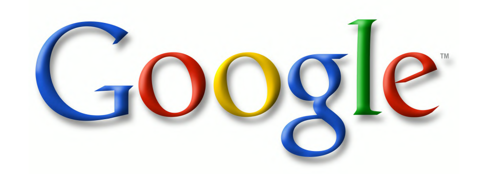
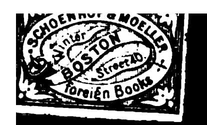
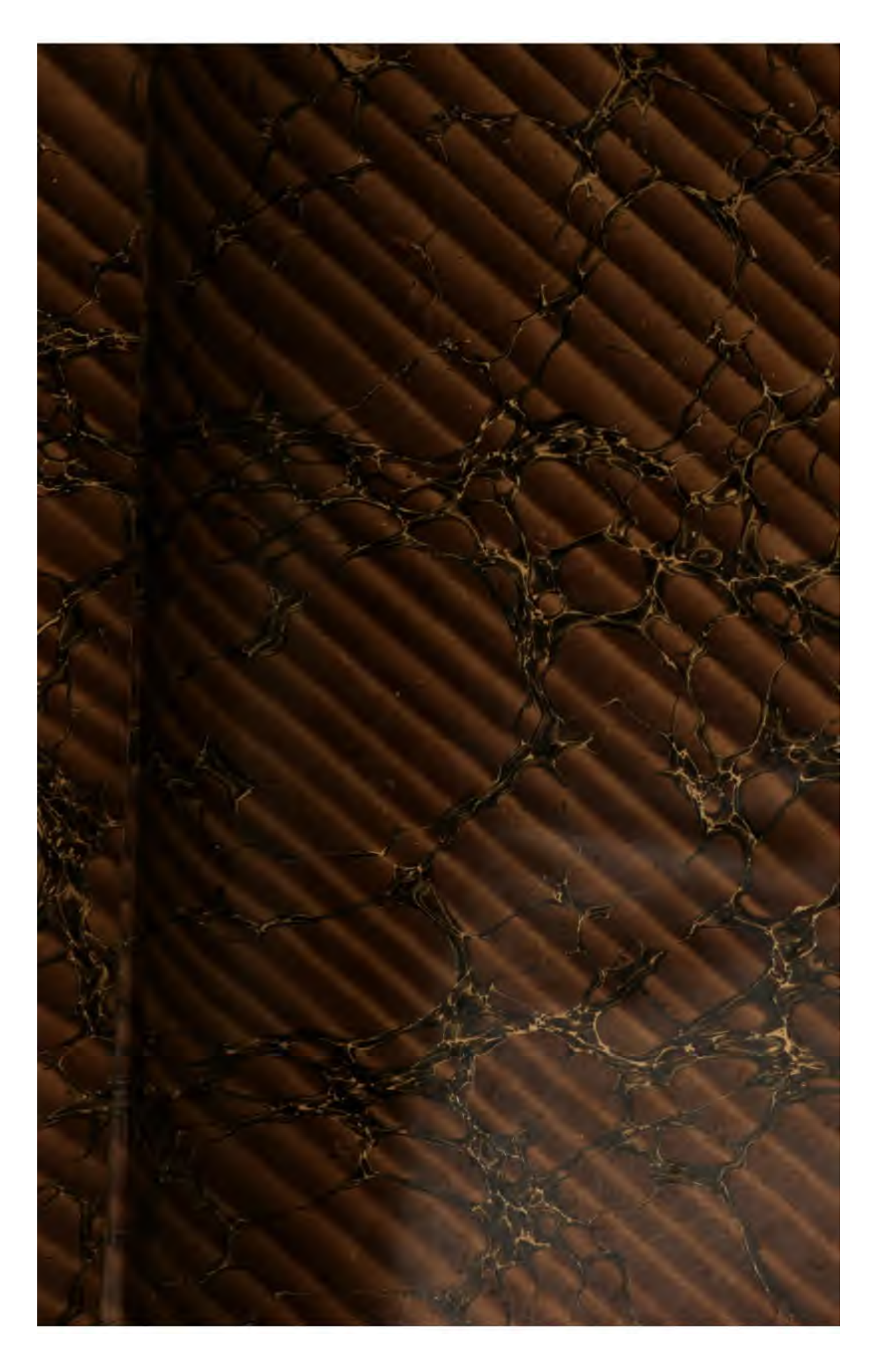



MARY LOWELL PUTNAM.


Schoenhof & Moeller
Winter Street
BOSTON
Foreign Books



HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

Mary Lowell Putnam.

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA,

POR

DON MODESTO LAFUENTE,

Consejero de Estado, Vocal del Real Consejo de Instruccion publica, Individuo de numero de las Reales Academias de la Historia y de Ciencias morales y politicas, Miembro correspondiente de la de Ciencias morales y politicas de Bruselas, de la de Ciencias de Lisboa, de la de Buenas Letras de Barcelona, Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida orden de Isabel la Catolica, etc., etc., etc.

EDICION ECONOMICA.

TOMO II.

MADRID: 1861.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. FRANCISCO DE P. MELLADO.
CALLE DE SANTA TERESA, NUMERO 8.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

PARTE SEGUNDA.

EDAD MEDIA.

LIBRO I.

CAPITULO I.

CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ÁRABES.

De 711 á 713.

La Arabia.—Su clima.—Vida, costumbres, religion de los primitivos árabes.—Nacimiento, educacion y predicacion de Mahoma.—El Koran.—La Meca; Medina; la Hegira.— Contrariedades y progresos del islamismo.—Muerte de Mahoma.—Sus discipulos y sucesores.—Abubekr.—Conquistas de los musulmanes.—La Siria, la Persia, el Egipto, el Africa.— Guerras con los berberiscos: son estos vencidos y se hacen mahometanos.—Muza, gobernador de Africa.—Pasan los árabes y moros á España.—Sucesos que siguieron á la batalla de Guadalete.—Venida de Muza.—Desavenencias entre Muza y Tarik.—Se apoderan de toda la peninsula.—Teodomiro y Abdelaziz.—Capitulacion de Oribuela.—Muza y Tarik son llamados por el califa á Damasco.—Castigo de Muza.—Conducta de los primeros conquistadores y carácter de la conquista.

¿De dónde procedian estos nuevos conquistadores que invadieron nuestra España, y por qué encadenamiento de sucesos han venido esas gentes á plantar los pendones de una nueva religion en las cúpulas de los templos cristianos españoles? ¿Qué causa los movió á dejar los campos del Yemen, y

quién fué ese hombre ó ese genio prodigioso á quien invocan por profeta?

Hay allá en el Asia una vasta península que circundan el mar Rojo y el Océano Índico, entre la Persia, la Etiopía, la Siria y el Egipto: pais en que se reunen, mas aun que en España, todos los climas; donde hay comarcas en que la lluvia del cielo está empapando los campos seis meses del año seguidos, y otras en que por años enteros suple á la falta de lluvia un ligerísimo rocío: heladas eminencias, y planicies abrasadas por un sol de fuego: vastísimos desiertos é inmensos arenales sin agua y sin vegetacion, donde se tiene por dichoso el viajero que al cabo de algunas jornadas encuentra una palma á cuya sombra se guarece de los ardientes rayos de aquel sol esterilizador; si antes no ha perecido ahogado en un remolino de arena, ó caido en manos de alguna tribu de beduinos, únicos que de aquellos inmensurables yermos han podido hacer una patria movible; y tambien risueñas campiñas, fertilísimos valles, frondosos y amenos bosques, verdes y abundosos prados, regados por mil arroyos de cristalinas aguas, donde estuvo, dicen, el Eden, el paraiso terrenal criado por Dios para cuna del primer hombre. Este país tan diversamente variado es la Arabia, que Tolomeo y los antiguos geógrafos dividieron en Desierta, Petréa y Feliz.

Preciábanse los árabes de descender de la tribu de Jectan, cuarto nieto de Sem, hijo de Noé, y tambien de Ismael, hijo de Abraham y de Agar, y de aquí los nombres de *Agarenos* y de *Ismaelitas*. Los habitantes del Yemen ó Arabia Feliz, y de una parte del desierto, ó labraban sus campos, ó comerciaban con las Indias Orientales, la Persia, la Siria y la Abisinia. Pero los más hacian una vida nómada, vagando en grupos de familias con sus rebaños y plantando sus movibles tiendas allí donde encontraban agua y pastos para sus ganados. Teniendo que ser á un tiempo pastores y guerreros, ejercitábanse y se adiestraban desde jóvenes en el manejo de las armas y del caballo para defender su riqueza pecuaria. Especie de campeones rústicos, los fuertes hacian profesion de defender á los débiles, y montados en caballos ligeros como el viento protegian las familias y sostenian su agreste libertad y ruda independencia contra toda clase de enemigos. Así resistieron á los mas poderosos reyes de Babilonia y de Asiria, del Egipto y de la Persia. Vencidos una vez por Alejandro, pronto bajo sus sucesores recobraron su independencia antigua. Aunque los romanos extendieron sus dominios hasta las regiones septentrionales de la Arabia, nunca fué ésta una provincia de Roma. Defendida la Arabia Feliz por los abrasados arenales de la Desierta, cuando ejércitos estrangeros amenazaban su libertad como en tiempo de Augusto, aquellas tribus errantes aparejaban sus camellos, recogian sus tiendas, cegaban los pozos se internaban en el desierto, y los invasores, hallánd-

dose sin agua y sin víveres, tenian que retroceder si no habian de sucumbir ahogados entre nubes de menuda y ardiente arena y sofocados por la sed, sin poder dar alcance á aquellos ligeros y fugitivos hijos del desierto.

Asi se defendió por miles de años esta nacion belicosa, protegida por los desiertos y los mares, y como aislada del resto del mundo. Pero divididas entre sí sus mismas tribus, no se libertaron de sostener sangrientas guerras intestinas, de que fué principal teatro la Arabia Central, y cuyas hazañas suministraron materia á multitud de poesías y cantos nacionales, á que tanto se presta el genio de Oriente.

En los tiempos de su ignorancia, como ellos los llamaban después, aquellas tribus acampadas en las llanuras adoraban los astros que les servian de guia en el desierto. Cada tribu daba culto á una constelacion, y cada estrella y cada planeta era objeto de una veneracion particular. Mas desde los primeros tiempos del cristianismo la religion cristiana habia tambien hecho prosélitos en la Arabia. Cuando los hereges fueron desterrados del imperio de Oriente, refugiáronse muchos en aquella península, especialmente monophisitas y nestorianos. Acogiéronse alli igualmente despues de la destruccion de Jerusalen muchos judíos, y el último rey de la raza homeirita se habia convertido al judaismo, lo cual le costó perder la corona y la vida en una batalla. Con esto y con distinguirse los árabes, en árabes primitivos, árabes de la pura raza de Jectan, y árabes mixtos ó descendientes de la posteridad de Ismael, hallábase el pais dividido en una confusa multitud de sectas y de cultos, cuando nació Mahoma en la Meca, ciudad de un canton de la Arabia Feliz, hácia el año 670 de Jesucristo.

Pertenecia la Meca á la tribu de los Coraixitas, que se suponian descendientes en línea recta de Ismael, hijo de Abraham. Gobernábanse por una especie de magistrados nombrados por ellos mismos, que eran al propio tiempo los sacerdotes y guardianes del templo de la Caabah, que decian construido por el mismo Abraham. A los dos años de su nacimiento quedó Mahoma huérfano de su padre Abdallah, el hombre mas virtuoso de su tribu. A poco tiempo le siguió al sepulcro su esposa Amina, que dejó á Mahoma por toda herencia cinco camellos y una esclava etiopia. El huérfano fué confiado á una nodriza, hasta que le recogió su tio Abutaleb, que hizo con él veces de padre, y le dedicó al comercio, llevándole consigo á todos los mercados. Púsole despues en clase de mancebo en casa de Cádija, viuda de un opulento mercader, que prendada del ingenio, de la gracia, de la elocuencia y del noble continente del jóven, le ofreció su fortuna y su mano. Tenia entonces Mahoma 25 años, y la que se hizo su esposa 40, y á pesar de la diferencia de edad no quiso Mahoma, dicen los árabes, en todo el tiempo que

vivió con ella usar de la ley que le permitia tener otras mugeres. Dueño ya de una inmensa fortuna, prosiguió algunos años dedicado á la vida mercantil, corriendo las ferias de Bostra, de Damasco, y de otros pueblos aun mas lejanos, al frente de sus criados y sus camellos.

No era esta, sin embargo, la ocupacion á que Mahoma se sentia llamado. Otros y mas elevados eran sus pensamientos. Por espacio de quince años, al regreso de cada viage, y despues de reposar en los brazos de Cádija, retirábase á una gruta del monte Ara á entregarse á sus silenciosas meditaciones. Allí fué donde se le apareció (al decir suyo) una noche el ángel Gabriel con un libro en la mano: «Mahoma, le dijo, tú eres el apóstol de Dios, y yo soy Gabriel.» Su libro estaba hecho: Mahoma comenzaba su mision: de allí salió proclamándose el *Profeta*, el *Enviado de Dios*. «*No hay mas Dios que Dios*, decia, y *Mahoma es su Profeta*.» Hé aquí su gran principio. Daba á su nueva religion el nombre de *islamismo*, *consagracion á Dios*. Proponíase acabar con la anarquía religiosa que reinaba en la Arabia, y principalmente con la idolatría, que habia llegado al mayor grado de desconcierto. En solo el templo de la Caabah se adoraba á mas de trescientos ídolos, representados muchos de ellos en ridículas figuras de tigres, de perros, de culebras, de lagartos y de otros animales inmundos, á los cuales se sacrificaban hombres y niños, y bajo este concepto la religion de Mahoma que predicaba la unidad de Dios era un verdadero progreso.

Escaso fué no obstante el número de prosélitos que en los primeros años logró hacer Mahoma. Fueron estos su muger Cádija, Alí, á quien dió en matrimonio Fátima su hija, Abubekr, con cuya hija se casó él cuando murió Cádija, Omar, Zaid y algunos otros. Cuando ya contó con adeptos entusiastas que le ayudáran en la obra de su mision, comenzó á hacer lectura pública de su libro, *Koran*, ó *Al-Koran*, que significa la lectura. Mas aunque tenia ya su libro acabado, ni le leia ni le revelaba todo de una vez, sino por páginas sueltas y gradualmente segun las escribia y entregaba el ángel Gabriel, recitando en las plazas públicas con aire y voz de hombre inspirado los versos mas maravillosos de su Coran, los mas á propósito para herir las ardientes imaginaciones orientales, aquellos en que prometia á los buenos y justos la posesion de un paraiso de delicias, de una mansion de deleites, embalsamada de suavísimos aromas y perfumes, donde descansarian en los purísimos senos de hermosísimas huríes que los embriagarian de placer. Pero al paso que con tan seductora doctrina halagaba la sensualidad de aquellas gentes y ganaba secuaces, escitaba mas los celos de los Coraixitas, sacerdotes del templo de la Meca, que no podian consentir una predicacion que daba al traste con su influjo y sus riquezas. Conjuráronse contra tan peligroso innovador y pu-

siéronse de acuerdo para asesinarle una noche. Fué avisado de ello Mahoma, y burló á los conspiradores fugándose con su discípulo y amigo Abubekr, con el cual llegó felizmente á *Yatreb*, llamada desde entonces *Medinath-ut-Nabi*, ciudad del profeta, y despues por excelencia *Medina* (la ciudad). Esta huida memorable fué la que sirvió de cómputo para la cronología de los árabes. Llámanla *hegira*, que significa *huida* (1).

Tenia entonces Mahoma cincuenta y cuatro años, y era el décimo cuarto de su apostolado. Contaba en Medina con partidarios numerosos, y la antigua rivalidad entre Medina y la Meca favoreció los designios del gran reformador. Uniéronsele allí muchas familias principales, y los emires ó gefes de las mas poderosas tribus. La espada de Dios vino luego en ayuda del Profeta, como decian sus sectarios, y en pocos años logró señalados triunfos contra sus perseguidores los Coraixitas, contra los incrédulos, los idólatras y los judíos. Fuerte y poderoso, púsose á la cabeza de sus fieles, que le siguieron entusiasmados, y acometió la Meca; rindió á los Coraixitas, se apoderó de la ciudad, abatió los ídolos del templo, le purificó y consagró al verdadero culto que él decia. Mahoma fué proclamado sobre la colina de Al-Safah primer gefe y soberano pontífice de los islamitas. Rendida la Meca, todas las tribus de la Arabia se agruparon en derredor de sus estandartes, todas las kabilas se fueron inclinando ante el Coran, y la Persia y la Siria se veian amenazadas del proselitismo. Volvió Mahoma á Medina, y entonces fué cuando dispuso la famosa peregrinacion á la Meca. Ochenta mil peregrinos le siguieron en aquella célebre espedicion: él ejecutó escrupulosamente todas las ceremonias del Coran: dió siete vueltas alrededor del templo de Caabah, besó el ángulo de la misteriosa piedra negra, inmoló sesenta y tres víctimas, tantas como eran los años de su edad, y se rasuró la cabeza: Khaled recogió sus cabellos, á los cuales atribuyó sus victorias posteriores. Hecho todo esto, regre-

(1) La hegira comienza en el primer dia de moharren, primer mes del año árabe, que corresponde al 16 de julio de 622 de J. C. Aunque la fuga de Mahoma se verificó el 8 de rabie primera de este año, y su llegada á Medina fué el 16 del mismo mes, los árabes comenzaron á contar su era desde el primer dia del año en que tuvo lugar la huida, no del dia mismo en que se realizó. Para buscar la relacion entre los años árabes y los cristianos, hay que comparar los dos calendarios, comenzando á contar el primero de los árabes por el 16 de julio de 622 de Cristo, teniendo presente que el año arábigo no es solar como el cristiano, sino lunar de 354 dias, 8 horas y minutos, y que la diferencia de diez ú once dias en un año, viene á ser considerable á la vuelta de un siglo, puesto que 97 años solares equivalen casi á 100 lunares. Estas diferencias, no bien conocidas de nuestros antiguos cronistas, dieron ocasion á muchas equivocaciones cronológicas, que han ido desapareciendo desde que se fijaron con la posible exactitud las correspondencias. Hoy tenemos ya tablas bastante minuciosas y exactas.

La huida de Mahoma de la Meca su patria, es una buena confirmacion del proverbio del Evangelio: *Nemo est propheta in patria sua: Nadie es profeta en su patria*.

só á Medina, y ya se disponia á llevar la guerra santa á la Siria y la Persia, cuando le arrebató la muerte hallándose en la casa de su amada Aiesha (1).

¿Quién habia de sospechar entonces que la naciente religion de Mahoma habia de propagarse por la mitad del globlo, y que habia de venir no tardando á aclimatarse en la España cristiana por espacio de ocho siglos? Veamos cómo se verificó tan grande é impensado suceso.

Muerto Mahoma sin sucesion, fué nombrado gefe de los creyentes su discípulo Abubekr, el cual levantó el pendon de la guerra en Medina, dispuesto á propagar con las armas la fé del Profeta por todas las naciones. Los moradores de las ciudades y los pastores de las praderas del Yemen y del Hejiaz, todos acudieron entusiasmados, y vióse en poco tiempo la ciudad de Medina inundada de una muchedumbre inmensa de voluntarios, desarmados, descalzos y medio desnudos, de flacos y renegridos rostros, pero llenos de fé y de entusiasmo, pidiendo lanzas y cimitarras con que seguir al Califa (2) y ayu-

(1) Los árabes en su fanatismo religioso han llenado de relaciones maravillosas y hasta de anécdotas absurdas toda la vida de Mahoma. Segun ellos, á su nacimiento se derramó por el horizonte un resplandor inusitado: el lago de Sawa se secó de repente, y el fuego sagrado de los persas, conservado mil años hacia, se apagó por sí mismo. Cuando Abraham é Israel edificaron el templo de la Meca, un ángel les llevó un jacinto blanco, que con el tiempo se petrificó: un dia le tocó con su mano una muger adúltera, y la piedra mudó de color y se hizo negra. Tocóle á Mahoma enterrar en el templo esta piedra misteriosa, signo de la nueva religion que iba á fundar. Las apariciones del ángel Gabriel fueron frecuentes: él fué quien le enseñó á leer y escribir, el que le infundió la ciencia y le nombró apóstol de Dios, el que le inspiró el Coran. Un dia, durmiendo Mahoma en el monte Merva, el ángel Gabriel le despertó con un soplo. A su lado estaba el cuadrúpedo gris Elborak, cuyo galope era mas vivo que el relámpago. El ángel echó á volar, y Mahoma le siguió en la famosa yegua. Llegaron á Jerusalen, donde Mahoma halló á Abraham, á Moises y á Jesús; los saludó, los llamó sus hermanos, y oró con ellos. Desde allí se remontaron àmbos viageros á los cielos: setenta mil ángeles estaban entonando alabanzas á Dios, el cual ordenó á Mahoma las oraciones que habia de hacer cada dia; de cincuenta que le prescribió diarias, fué rebajando á ruegos de Mahoma hasta cinco, que son las que manda el Coran. Despues de haber recibido las órdenes de Dios, volvió Mahoma á montar en su veloz yegua Elborak, y regresó á la tierra. Por este órden se contaban de él mil ridículas visiones y maravillas.

A pesar del entusiasmo que el impostor supo inspirar á sus adeptos, hubo ocasiones en que sus escándalos estuvieron á punto de hacerle perder toda su autoridad. La ley de su mismo Coran no permitia á los musulmanes tener mas de cuatro mugeres. Mahoma, luego que murió su primera esposa Cádija, pasando por encima de su propia ley, tuvo doce á un tiempo, y se jactaba de ello. Hizo mas; llevó á su lecho á Zainab, estando casada con Zaid, lo cual produjo entre los árabes gravísimo escándalo. «Dios (decia) ha dado á los hombres dos cosas buenas, los perfumes y las mugeres.» A pesar de todo, tuvo astucia y maña para acallar todas las murmuraciones, y logró que la misma Zainab fuese reconocida y saludada por muger legítima del Profeta. La mayor prueba del ascendiente y prestigio que Mahoma alcanzó sobre los árabes, fué haber conseguido hacerlos renunciar al uso del vino.

Cuando examinemos el Coran, juzgaremos del mérito de Mahoma como legislador, y como reformador religioso.

(2) Vicario.

darle en su santa empresa. Abubekr convirtió aquel entusiasmo en un verdadero vértigo ó frenesí, prometiendo á aquellos hombres la posesion del paraiso en premio de la muerte que recibieran en el campo de batalla peleando por la santa causa de Dios y del Profeta. «Habitaréis, les dijo, oh creyentes! anchos y fresquísimos verjeles, plantados en un suelo de plata y perlas, y variados con colinas de ámbar y esmeralda. El trono del Altísimo cobija aquella mansion de delicias, en la cual sereis amigos de los ángeles y conversareis con el Profeta mismo. El aire que allí se respira es una especie de bálsamo formado con el aroma del arrayan, del jazmin y del azahar, y con la esencia de otras flores. Frutas blancas y de jugo delicioso penden de los árboles, cuyas hojas y ramas son una labor de menuda filigrana. Las aguas murmuran entre márgenes de metal bruñido..... Allí está la *tuba*, ó el árbol de la felicidad, que plantado en los jardines del Profeta, estiende una de sus ramas hácia la mansion de cada musulman, cargado de sabrosas frutas que vienen á tocar los lábios de los que las apetecen. Cada uno de los creyentes será dueño de alcázares de oro, y poseerá en ellos tiernas doncellas de ojos negros y rasgados y tez alabastrina: sus miradas, mas agradables que el iris, no se fijarán sino en vosotros: aquellas huríes nunca se marchitarán, y serán tales sus encantos, tan aromático su aliento y tan dulce el fuego de sus lábios, que si Dios permitiera que apareciese la menos hermosa en la region de las estrellas durante la noche, su resplandor, mas agradable que el de la aurora, inundaria al mundo entero. El menor de los creyentes tendrá una morada aparte, con setenta y dos mugeres y ochenta mil servidores.... Su oido será regalado con el canto de Israfil, que entre todas las criaturas de Dios es el que tiene la voz mas dulce; y campanas de plata pendientes de los árboles, movidas por la suave brisa que saldrá del trono de Allah, entonarán con una melodía divina las alabanzas del Señor. La cimitarra es la llave del paraiso: una noche de centinela es mas provechosa que la oracion de dos meses: el que perezca en el campo de batalla será elevado al cielo en alas de los ángeles; la sangre que derramen sus venas se convertirá en púrpura, y el olor que exhalen sus heridas se difundirá como el del almizcle. Pero ¡ay del incrédulo que vacile, que no abrigue en su pecho la verdadera fé, y que desmaye por miedo á los peligros y á las fatigas! No hay palabras para deciros los martirios que sufrirá por los siglos de los siglos en las hogueras del infierno. Marchad á proclamar por el mundo: *No hay Dios sino Dios, y Mahoma es su profeta* (1).»

(1) En el Coran se hallan estas y otras descripciones de las bellezas y encantos del paraiso, tan propias para halagar el sensualismo oriental, especialmente en las *suras* ó capítulos 18, 25, 28, 38 y 56.

¿Cómo con tan vivas y halagüeñas imágenes no habian de foguearse los ánimos ya exaltados de aquellos hijos del desierto y las vivas imaginaciones de aquellos fanáticos, ya de por sí propensas á dejarse arrastrar de lo maravilloso? ¿Qué no acometerian aquellos pobres y desnudos soldados de la fé á trueque de ganar el paraiso? ¿Qué peligros no arrostrarian, qué brechas no asaltarian, qué temor podria infundirles la muerte, cuando en pos de ella les esperaba una mansion de tantas delicias, una embriaguez de bienaventuranza?

Despues de esto el Califa dió el mando general de las tropas que habian de ir á conquistar la Siria á Yezid ben Abi Sofian: hizo una corta oracion á Dios para que auxiliase á los suyos, y dirigiéndose á Yezid, escuchando todos con el mas profundo silencio: «Yezid, le dijo en alta y sonora voz, á tus cuidados «confio la ejecucion de esta santa guerra: á ti te encomiendo el mando y di«reccion de nuestro ejército: ni le tiranices, ni le trates con dureza ni altivez: «mira que todos son musulmanes: no olvides que te acompañan caudillos «prudentes y bravos; consúltales cuando se ofrezca; no presumas demasiado «de tu opinion, aprovecha sus consejos, y cuida de obrar siempre sin preci«pitacion, sin temeridad, con reflexion y prudencia; sé justo con todos, por«que el que no ama la equidad y la justicia no prosperará.»

En seguida, dirigiéndose á las tropas, les habló de esta suerte: «Cuando «encontreis á vuestros enemigos en las batallas, portáos como buenos mu«sulmanes, y mostráos dignos descendientes de Ismael: en el órden y disposi«cion de los ejércitos y en las lides, seguid vuestros estandartes, seguid á «vuestros gefes y obedecedles. Jamás cedais ni volvais la espalda al enemi«go; acordaos que combatis por la causa de Dios; no os muevan otros viles «deseos; asi no temais jamás arrojaros á la pelea, y no os asuste el número «de vuestros adversarios. Si Dios os da la victoria, no abuseis de ella, ni ti«ñais vuestras espadas con la sangre de los rendidos, de los niños, de las «mugeres y de los débiles ancianos. En las invasiones y correrías por tierras «enemigas, no destruyais los árboles, ni corteis las palmeras, ni abatais los «verjeles, ni asoleis sus campos ni sus casas; tomad de ellos y de sus gana«dos lo que os haga falta. No destruyais nada sin necesidad, ocupad las ciuda«des y las fortalezas, y arrasad aquellas que puedan servir de asilo á vuestros «enemigos. Tratad con piedad á los abatidos y humildes; Dios usará de la «misma misericordia para con vosotros. Oprimid á los soberbios, á los re«beldes, y á los que sean traidores á vuestras condiciones y convenios. No «empleeis ni doblez ni falsía en vuestros tratos con los enemigos, y sed siem«pre para con ellos fieles, leales y nobles; cumplid religiosamente vuestras «palabras y vuestras promesas. No turbeis el reposo de los monges y solitarios,

«y no destruyais sus moradas; pero tratad con un rigor á muerte á los ene-«migos que con las armas en la mano resistan á las condiciones que nosotros «les impongamos (1).»

Despues de estas arengas, en que se revela el genio muslímico, y el carácter á la vez pontifical, militar y político de los califas, que desde la Meca y Medina dirigian las conquistas y los ejércitos, ordenó Abubekr que la mitad de sus tropas marchase á la Siria, y la otra mitad al mando de Khaled ben Walid hácia los confines de la Persia. ¿Quién será capaz de detener estos torrentes, que se creen impulsados por la mano de Dios, ni qué imperio podrá resistir al soplo del huracan del desierto? Las ciudades de la Siria se rinden á la impetuosidad de los ejércitos musulmanes: Bostra, Tadmor, Damasco, dan entrada á los sectarios y á los estandartes del Profeta. Si alguno recibe la muerte, su gefe le señala el camino del paraiso, y una sonrisa de anticipada felicidad acompaña su último suspiro. Khaled, el mas intrépido de los ginetes árabes, llamado *la Espada de Dios*, lleva delante de sí el terror, y no encuentra quien resista el impulso de su brazo. La Persia sucumbe á la energía religiosa de los hijos de Ismael. Abubekr muere, y le sucede Omar. Bajo Omar el torrente se dirige hácia el Egipto; la enseña muslímica tremola en los muros de Alejandría y de Menfis; los árabes del desierto reposan á la sombra de las pirámides. Pero estos soldados misioneros no pueden detenerse: un soplo que parece venir de Dios los empuja, los hace arrastrar tras sí á sus gefes, mas bien que ser regidos por ellos: el verdadero gefe que los manda es el fanatismo; es Dios, dicen ellos, el que da impulso á nuestros brazos, y el que afila el corte de nuestras espadas; es el Profeta el que nos lleva por la mano á la victoria; si morimos, gozaremos mas pronto de Dios y del paraiso, hablaremos con el Profeta, y nos acariciarán las huríes que no envejecen nunca. ¿Quién puede vencer á un ejército que pelea con esta fé?

Del Egipto el torrente se desborda de nuevo. ¿Qué dique podrá oponerle el Africa, devastada por los vándalos, sometida por Belisario, y arruinada y empobrecida por la tiranía de los emperadores griegos? Desde las llanuras de Egipto hasta Ceuta y Tánger, desde el Nilo hasta el Atlántico, habia una línea de poblaciones, poderosas y florecientes en otro tiempo, yermas y pobres ahora. Berenice, la ciudad de las Hespérides; Cirene, la antigua rival de Cartago; Cartago, la ciudad de Anibal y de Escipion; Utica é Hipona, las

(1) Conde, Historia de la Dominacion de los árabes en España, part. I. cap. 8. A ser ciertas estas arengas, probarian verdaderamente una ilustracion y un espíritu de humanidad y de templanza, que seria de desear en muchos caudillos militares de los pueblos civilizados y de los siglos modernos. Por lo menos descubren no poca política de parte de aquellos conquistadores.

ciudades de Caton y de San Agustin; todas las poblaciones de las dos Mauritanias, teatro sucesivo de las conquistas de los cartagineses, de los romanos, de los vándalos, de los godos y de los griegos, se someten á las armas de ese pueblo nuevo, poco antes ó desconocido ó despreciado. Solo los moros agrestes, aquellas hordas salvages que, ó bien apacentaban ganados en las llanuras siendo el azote de los aduares agrícolas, ó bien vivian entre sierras y breñas disputando sus pieles á las fieras de los bosques, fueron los que opusieron á los árabes invasores una resistencia ruda y porfiada. Pero la política, la astucia y la perseverancia de los agarenos triunfaron al fin de todos los esfuerzos de los berberiscos. En medio del desierto y á unas treinta leguas de Cartago fundaron la ciudad de Cairwan, que unos suponen poblada por Okbah y otros por Merwam. El intrépido caudillo Okbah, despues de haber penetrado por el desierto en que se levantaron mas adelante Fez y Marruecos, cuéntase que detenido por la barrera del Océano, hizo entrar su caballo hasta el pecho en las aguas del mar, y exclamó: «¡Allah! ¡Oh Dios! Si la profundidad de estos mares no me contuviese, yo iria hasta el fin del mundo á predicar la unidad de tu santo nombre y las sagradas doctrinas del Islam.»

A principios del octavo siglo fué encargado Muza ben Nosseir, el futuro conquistador de España, de la reduccion completa de Al-Magreb, ó tierra de Occidente, que así llamaban entonces los árabes al Africa entera por su posicion relativamente á la Arabia. Muza llenó cumplidamente su mision, y el undécimo Califa de Damasco, Al Walid, le dió el título de walí con el gobierno supremo de toda el Africa Septentrional (1). Muza logró con la persuasion y la dulzura mitigar la ruda fiereza de los moros; y las tribus mazamudas, zanhegas, ketamas, howaras y otras de las mas antiguas y poderosas de aquellas comarcas, fueron convirtiéndose al islamismo y abrazando la ley del Coran. Llegaron los árabes á persuadirles de la identidad de su orígen, y los moros se hicieron musulmanes como sus conquistadores, llegando á formar como un solo pueblo bajo el nombre comun de sarracenos (2).

(1) Los califas sucesores de Mahoma hasta la conquista de España fueron, Abubekr, Oman, Othman y Alí, que residieron en la Meca y Medina desde 632 hasta 660. Hácia el fin del reinado de Alí, Moaviah ben Abi Sofian, de la casa de Ommiyah, walí de Siria, con pretesto de vengar la muerte de Othman, le disputó el poder, y se siguió una guerra civil. A la muerte de Alí le sucedió su hijo Hassan en el Hejiaz, pero Moaviah tomó el título de Califa de Damasco, y fué el orígen de los *Ommiadas*, que despues habian de fundar un imperio en España. Siguiéronle Yezid I., Moaviah II., Merwan, Abdelmelek y Walid, sexto de los Ommiadas, en cuyo califato fué conquistada España.

(2) Derivan algunos el nombre de *sarracenos* de *Sara*, una de las mugeres de Abraham, lo cual se opone á la genealogía que se dan ellos mismos. Otros de *Sharac*, que significa oriental, que puede ser mas probable, y otros tambien de *Sahara*, gran desierto, que no deja de ser verosímil.

En tal estado se hallaban las cosas en África en 711, cuando ocurrieron en España los sucesos que en el capítulo octavo de nuestro libro IV. dejamos referidos. Estaba demasiado inmediata la tempestad y soplaba el huracan demasiado cerca, para que pudiera libertarse de sufrir su azote nuestra península. Los desmanes de Rodrigo, las discordias de los hispano-godos, y la traicion de Julian, fueron sobrados incentivos para que Muza, gefe de un pueblo belicoso, ardiente, victorioso, lleno de entusiasmo y de fé, resolviera la conquista de España. De aqui la expedicion de Tarik, y la tristemente famosa batalla de Guadalete que conocemos yá, y en la cual suspendimos nuestra narracion, para dar mejor á conocer el pueblo que concluia y el pueblo que venia á reemplazarle.

La fama del vencedor de Guadalete corria por Africa de boca en boca. Picóle á Muza la envidia de las glorias de su lugarteniente, y temiendo que acabára de eclipsar la suya, resolvió él mismo pasar á España. Por eso al comunicar al Califa el triunfo del Guadalete calló el nombre del vencedor, como si quisiera atribuirse á sí mismo el mérito de tan venturosa jornada, y dió órden á Tarik para que suspendiera todo movimiento hasta que llegára él con refuerzos, á fin de que no se malográra lo que hasta entonces se habia ganado. Comprendió el sagaz moro toda la significacion de tan intempestivo mandato, mas no queriendo aparecer desobediente reunió consejo de oficiales, y les informó de la órden del walí, manifestando que se someteria á la decision que el consejo adoptase. Tódos unánimemente opinaron por proseguir y acelerar la conquista, aprovechando el terror que se habia apóderado de los godos, y no dando lugar á que pudieran reponerse de la sorpresa, y Tarik aparentó ceder á una deliberacion que ya esperaba y que él mismo habia buscado. Ordenó, pues, sus haces para la campaña; hizo alarde de sus huestes; nombró caudillos, otorgó premios y arengó á sus soldados, recomendándoles, segun costumbre de los musulmanes, que no ofendiesen á los pueblos y vecinos pacíficos y desarmados, que respetáran los ritos y costumbres de los vencidos, y que solo hostilizasen á los enemigos armados (1).

Con esto dividió su ejército en tres cuerpos: el primero bajo la direccion de Mugueiz *el Rumi* fué enviado á Córdoba; el segundo al mando de Zaide ben Kesadi recibió órden de marchar á Málaga; y el tercero guiado por él mismo partió al interior del reino por Jaen á Tolaitola, que asi llamaban ellos la ciudad de Toledo.

(1) Conde, Dominacion, etc., part. I., cap. 11.—Ahmed Almakari, lib. IV., cap 1.—Al Kattib, y Ben Hazil, en Casiri, tom. II.

Muza por su parte, resuelto á venir á España, organizó sus tropas, en número de diez mil caballos y ocho mil infantes, arregló las cosas de Africa, dejó en ella de gobernador á su hijo Abdelaziz, y trayendo consigo á otros dos hijos menores, Abdelola y Meruan, con algunos jóvenes coraixitas, y varios árabes ilustres, pasó el estrecho y desembarcó en Algeciras en la luna de Regeb del año 93 (712). Allí supo con indignacion y despecho que Tarik, desobedeciendo sus órdenes, proseguia la conquista. Desde entonces concibió el proyecto de perderle tan pronto como hallase oportuna ocasion.

Entretanto la primera hueste de Tarik al mando de Zaide tomó á Ecija, no sin resistencia; le impuso un tributo, encomendó la guarnicion de la plaza á los judíos, dejando tambien algunos árabes; se apoderó después, sin dificultad, de Málaga y Elvira, armó tambien á los judíos, procuró inspirar confianza á los pueblos, y marchó á incorporarse en Jaen con la division de Tarik. El segundo cuerpo regido por Mugueiz *el Rumi* (el romano), acampó delante de Córdoba, é intimó la rendicion bajo condiciones no muy duras. Los godos que defendian la ciudad negáronse á admitirlas. Entonces, informado Mugueiz por un pastor de la poca gente de armas que la ciudad encerraba, y tambien de que el muro tenia un punto de fácil acceso por la parte del rio, dispuso en una noche tempestuosa y de lluvia pasar el rio á la cabeza de mil ginetes que llevaban á la grupa otros tantos peones. El pastor que les servia de guia los condujo sin ser sentidos al lugar flaco de la muralla. Las ramas de una enorme higuera que al pie de ella crecia, sirvieron á un árabe para escalarla, y el turbante desplegado de Mugueiz sirvió á otros para subir á lo alto del muro. Cuando ya hubo sobre el adarve el número suficiente, degollaron los centinelas, abrieron la puerta inmediata, y entraron todos los sarracenos en la ciudad derramando en ella el terror con sus gritos y alaridos. El gobernador y unos cuatrocientos hombres se refugiaron en un templo bastante fortificado, donde se defendieron por algunos dias obstinadamente, hasta que Mugueiz mandó aplicarle fuego, y perecieron todos, quedándole al templo el nombre de *iglesia de la Hoguera*. Dueño *el Rumi* de la plaza, tomó rehenes á su arbitrio, confió una parte de su guarnicion á los israelitas, dejó el gobierno de la ciudad á los mas principales de ella, y partió con su ejército á correr la comarca, llenando de asombro el pais con su maravillosa actividad y rápidos movimientos.

Mientras Mugueiz se enseñoreaba de Córdoba, los dos ejércitos reunidos de Tarik y Zaide avanzaban hácia Toledo. Pronto estuvieron delante de la corte de los visigodos, porque la noticia del suceso de Guadalete, la fama del valor y ligereza de la caballería árabe, y hasta la vista de los turbantes muslímicos, todo habia difundido el pavor en las poblaciones, los nobles y el

ciero huian despavoridos, las reliquias de los soldados godos andaban dispersas, y las familias abandonaban sus hogares á la aproximacion de los invasores. Lo mismo habia sucedido en Toledo. Aunque la posicion de la ciudad la hacía apropósito para la defensa, fuese terror, flaqueza, falta de provisiones, escasez de guarnicion, ó todo junto, los toledanos pidieron capitulacion. Tarik recibió á los parlamentarios con firmeza y bondad, y concertóse la rendicion, á condicion de entregar todas las armas y caballos que hubiese en la ciudad, que los que quisiesen abandonarla podrian hacerlo dejando todos sus bienes, que los que quedáran serian respetados en sus personas é intereses, sujetos solo á un moderado tributo, con el libre ejercicio y goce de su religion y de sus templos, mas sin poder edificar otros nuevos sin permiso del gobierno, ni hacer procesiones públicas, y por último que se regirian por sus propias leyes y jueces, pero que no impedirian ni castigarian á los que quisiesen hacerse musulmanes. Con estas condiciones se abrió á Tarik la ciudad de Toledo; eran casi las mismas que imponian á todas las ciudades.

El caudillo moro se hospedó en el suntuoso palacio de los monarcas visigodos, donde halló, dicen, muchos tesoros y preciosidades, entre ellos veinte y cinco coronas de oro guarnecidas de jacintos y otras piedras preciosas y raras, porque veinte y cinco, dicen estos autores, eran los reyes godos que había habido en España, y era costumbre que cada uno á su muerte dejara depositada una corona en que escribia su nombre, su edad y los años que había reinado (1). Veamos lo que hacía entretanto Muza.

Determinado Muza á continuar la conquista de España por las partes en que no hubiera estado Tarik, tomó guias fieles (que dicen las historias arábigas que nunca le engañaron), y recorrió el condado de Niebla apoderándose de varias ciudades, y mientras algunos cuerpos de caballería berberisca discurrian por las vecinas comarcas, detúvose él delante de Sevilla, cuya ciudad capituló despues de un mes de resistencia. Muza entró en ella triunfante, tomó rehenes, y encomendando la custodia de la ciudad al caudillo Isa ben Abdila, pasó á Lusitania, donde tampoco halló resistencia de consideracion, y vino á acampar delante de Mérida. A la vista de esta ciudad dicen los historiadores árabes que se sorprendió el viejo musulman de su grandiosidad y magnificencia, y exclamó: «¡Dichoso el que pudiera hacerse dueño de tan so-

(1) Isidor. Pacens. Chron.—Roder. Tolet. de Reb. Hisp.—Conde, cap. 12.—Al Makari, lib. IV. En cuanto á haberse hallado en el palacio de Toledo algunas coronas, pudo muy bien suceder; pero no es tan verosimil que fuesen veinte y cinco, puesto que desde Leovigildo, primer rey godo de quien se sabe que usára corona, hasta Rodrigo, apenas pueden contarse diez y siete reyes.

berbia ciudad. Desde luego reconoció Muza la dificultad de reducirla, y confirmóle en ello la altiva respuesta que recibió á su primera intimacion. Tanto que desesperanzado de rendirla con la fuerza que acaudillaba, mandó á su hijo Abdelaziz que de África viniese en su ayuda con cuanta gente de armas allegar pudiera. Cada dia se empeñaba un combate entre sitiadores y sitiados: los mejores oficiales árabes iban pereciendo: Muza discurrió lograr por medio de un ardid lo que por la fuerza veia serle imposible. Escondió de noche gran parte de su gente en una caverna. A la alborada de la mañana siguiente presentóse Muza como de costumbre á atacar la ciudad; los cristianos salieron á rechazarlos; los árabes fingieron retirarse dejándose perseguir hasta la celada, y creyendo los cristianos aquella huida obra de su bravura y esfuerzo, llegaron hasta mas allá de la gruta, salieron entonces los emboscados, y se trabó una reñida y brava pelea que duró muchas horas; acometidos los cristianos de frente y de espalda, despues de pelear valerosamente y vender caras sus vidas, fueron la mayor parte degollados. Pronto vengaron el ultrage, pues á pocos dias, habiéndose apoderado los árabes de una de las torres de la ciudad, asaltáronla los españoles tan denodadamente. que ni uno solo de los musulmanes que la defendian quedó vivo. Llamaron desde entonces los árabes á aquella torre la *torre de los Mártires.*

Pero hé aqui que á este tiempo llega el jóven Abdelaziz de África con siete mil caballos y cinco mil ballesteros berberíes. Viendo los meridanos acrecentado el campo de los árabes con tan poderoso refuerzo, escasos ya de guarnicion y de provisiones, determinaron pedir capitulacion. El viejo walí recibió á los mensageros en su tienda, y acordó con ellos las bases del convenio. Muza acostumbraba á teñir su blanca barba, lo que dió ocasion á que en el segundo recibimiento que hizo al siguiente dia á los diputados de Mérida, se sorprendieran éstos de hallarle como rejuvenecido. Duras fueron las condiciones que les impuso Muza: la entrega de todas las armas y caballos, de los bienes de los que se habian huido, de los que se retirasen de la ciudad, de los muertos en la celada, las alhajas y riquezas de los templos, la mitad de las iglesias para convertirlas en mezquitas, y por rehenes las mas ilustres familias que se habian refugiado alli despues de la batalla de Jerez, entre las cuales se hallaba la reina Egilona, viuda de Rodrigo. Muza hizo su entrada triunfal en Mérida el 11 de julio de 712, el dia de Alfitra ó de la Pascua que termina el Ramadan (1).

Tarik desde Toledo hizo una escursion por los pueblos de lo que hoy forma el territorio de las dos Castillas, de donde noticioso de que Muza se

(1) Conde, cap. 13.—Lucas Tud. Chron.

encaminaba desde Mérida á la antigua córte de los godos, regresó á Toledo cargado de ricos despojos, entre ellos la célebre y preciosa mesa llamada de Salomon, guarnecida de jacintos y esmeraldas (1). Desde allí salió á recibirle á Talavera (Medina Talbera); y conociendo las desfavorables disposiciones que para con él traeria, llevó consigo algunas preciosas joyas que ofrecer á Muza, con las cuales esperaba templar su enojo. Tan luego como el vencedor de Guadalete vió al anciano wali, apeóse respetuosamente de su caballo. La entrevista fué fria y severa.—«¿Por qué no has obedecido mis órdenes? le preguntó Muza con altivez.—Porque así lo acordó el consejo de guerra, le respondió Tarik, á fin de no dar tiempo á los enemigos para reponerse de su primera derrota, y porque así creí servir mejor la causa del Islam.» Y presentóle las alhajas que llevaba, y que el codicioso Muza aceptó. Pasaron luego juntos á Toledo. Allí, en presencia de todos los caudillos, preguntó Muza á Tarik dónde estaba la preciosa mesa verde de *Suleiman*. Presentósela el africano, pero falta de un pie, que de intento le habia hecho quitar, ya veremos con qué singular prevision, diciendo no obstante que en tal estado habia sido hallada. El término de estas conferencias fué la destitucion de Tarik en nombre del Califa, nombrando en su lugar á Mugueiz el Rumi, el cual tuvo la generosa valentía de constituirse en defensor del exhonerado caudillo, pero sin poder evitar el que fuese reducido á prision. Estas reyertas de los dos gefes dejaron hondas huellas de division entre las dos razas de árabes y africanos, como en el discurso de la historia habremos de ver.

En este tiempo, el jóven Abdelaziz, que de órden de su padre habia ido á Sevilla á sosegar un motin popular que contra la guarnicion musulmana habia estallado, pacificado que hubo la ciudad, salió hácia la costa del Mediterráneo, defendida por el cristiano Teodomiro (llamado por los árabes Tadmir), el mismo que habia intentado rechazar la primera invasion de los árabes, y que después habia hecho proezas en la batalla de Guadalete. Retirado allí con las reliquias del destrozado ejército godo, habia sido proclamado rey de aquella tierra. Llevaba Abdelaziz á sus órdenes varios jóvenes entusiastas de las mas nobles familias árabes, entre ellos Otman, Edris y Abulcacin. Noticioso Teodomiro de la aproximacion de Abdelaziz, apostóse con su gente en los desfiladeros de Cazlona y Segura, con ánimo de hostilizar al enemigo desde aquellas asperezas, sin esponer sus mal pertrecha-

(1) Don Rodrigo de Toledo se estiende en muchos pormenores acerca de esta famosa mesa: supónese que fué hallada en Medinaceli, aunque no todos convienen en ello: otros creen que fué en la antigua Complutum: Dunham lo califica de cuento árabe; el historiador inglés propende á hacer casi siempre la misma calificacion de todo suceso que tenga algo de estraño ó de dramático.

dos soldados al rudo empuje de los lanceros árabes. Pero Abdelaziz combinó tan diestramente sus movimientos, que obligó á los españoles á replegarse á la provincia de Murcia. Persiguiéronlos los escuadrones musulmanes hasta las áridas campiñas de Lorca, donde los lancearon y acuchillaron. Teodomiro se encerró con muy pocos en Orihuela, á cuyas puertas se presentó en seguida Abdelaziz. Grande fué la sorpresa de este al ver las murallas coronadas de muchedumbre de guerreros. Preparábase no obstante á dar el asalto, cuando vió salir de la ciudad un gallardo mancebo, que dirigiéndose á él, solicitaba hablarle en nombre del caudillo godo. El árabe le admite en su tienda, y escucha con la mayor cortesanía las proposiciones de paz del caballero cristiano, y en esta célebre entrevista se ajusta un convenio que original nos ha conservado la historia, y que es uno de los documentos mas curiosos de este época. Hé aqui su contexto.

«En el nombre de Dios, clemente y mise ricordioso: rescripto de Abdela-«ziz, hijo de Muza para *Tadmir ben Gobdos* (Teodomiro hijo de los Godos): «séale otorgada la paz, y sea para él una estipulacion y un pacto de Dios y «de su Profeta, á saber: que no se le hará guerra ni á él ni á los suyos: «que no se le desposeerá ni alejará de su reino: que los fieles (asi se nom-«braban á si mismos los árabes), no matarán, ni cautivarán, ni separarán «de los cristianos sus hijos ni sus mugeres, ni les harán violencia en lo que «toca á su ley (su religion); que no serán incendiados sus templos; sin otras «obligaciones de su parte que las aqui estipuladas. Entiéndase que Teo-«domiro exercerá pacíficamente su poder en las siete ciudades siguientes: «Auriola (Orihuela), Balentila (Valencia), Lecant (Alicante), Mula, Biscaret, «Aspis y Lurcat (Lorca): que él no tomará las nuestras, ni auxiliará ni dará «asilo á nuestros enemigos, ni nos ocultará sus proyectos: que él y los suyos «pagarán un dinhar ó aureo por cabeza cada año, cuatro medidas de trigo, «cuatro de cebada, cuatro de mosto, cuatro de vinagre, cuatro de miel y «cuatro de aceite: los siervos ó pecheros pagarán la mitad.—Fecho el 4 de «redjeb del año 94 de la hegira (abril de 713). Signaron el presente rescripto «Otman ben Abi Abdah, Habib ben Abi Obeida, Edris ben Maicera, y Abul-«cacin el Mozeli.»

Concluido el tratado, y manifestando Abdelaziz deseos de conocer á Teodomiro, el caballero cristiano se descubrió al jóven árabe; era él, el mismo Teodomiro en persona. Sorprendió á los árabes tan impensado descubrimiento, celebráronlo mucho, y diéronle un banquete, en que comieron los dos caudillos juntos como si hubieran sido amigos toda la vida. Al dia siguiente entraron Abdelaziz y Otman en Orihuela con la gente mas vistosamente ataviada, y preguntando á Teodomiro dónde estaban aquellos tantos

guerreros que el dia anterior coronaban los muros de la ciudad, tuvieron que admirar una nueva estratagema y ardid del caudillo cristiano. Aquellos soldados pertrechados de cascos y lanzas, que habian visto sobre los muros, eran mugeres que Teodomiro habia hecho vestir de guerreros, sus cabellos los habian dispuesto de manera que imitáran la larga barba de los godos. Aplaudieron los árabes la ingeniosa ocurrencia, riéronse de su mismo engaño, y todo contribuyó á que se entablára una especie de confraternidad entre Teodomiro y el hijo de Muza (1).

Pacificada toda la tierra de Murcia y Valencia, Abdelaziz retrocedió á las comarcas de Sierra Segura, descendió á Baza, ocupó á Guadix y á Jaen, tomó á Granada (Garnathat), colonia judía y arrabal de la antigua Illiberis (Elvira), entró en Antequera, y prosiguió á Málaga, sin hallar resistencia, y dejando en las ciudades judíos y árabes de guarnicion.

A este tiempo recibió Muza órdenes del Califa, preceptuándole devolver á Tarik el mando de las tropas que tan gloriosamente habia conducido, diciéndole que no inutilizase una de las mejores espadas del Islam. Muza obedeció, aunque bien á pesar suyo, pero con gran contento de los muslimes. Fingió no obstante una reconciliacion sincera, y concertóse que Tarik con sus tropas marchase al Oriente de España, mientras él con las suyas se dirigia á reducir las regiones del Norte. Tarik recorrió el Sur y el Este de Toledo, la Mancha, la Alcarria, Cuenca, y descendió á las vegas y campos del Ebro hasta Tortosa. Muza tomó hácia Salamanca y Astorga, que se le rindieron sin resistencia, y volviendo y remontando el curso del Duero, haciendo despues una conversion hácia el Ebro, vino á incorporarse con el ejército de Tarik, que sitiaba ya á Zaragoza (Medina Saracusta). Obstinada resistencia habia encontrado Tarik en Zaragoza, pero la llegada de Muza, coincidiendo con el apuro de víveres de la plaza, desalentó á los sitiados, y fué causa de que se propusiese su entrega bajo las condiciones ordinarias. Muza, valiéndose de la ocasion y dejándose llevar de la codicia, impuso á los habitantes de Zaragoza una contribucion extraordinaria de guerra, para cuya satisfaccion tuvieron que vender sus alhajas y las joyas de los templos. Muza tomó en rehenes la mas escogida juventud, y dejando el gobierno de la ciudad á Hanax ben Abdala, que luego edificó allí una suntuosa mezquita, prosiguió sometiendo el Aragon y Cataluña. Huesca, Lérida, Barcelona, Gerona, Ampurias, todas fueron reducidas á la obediencia del Islam. De allí volvió y enderezóse á Galicia por Astorga, entró en la Lusitania, y en todas partes fué recogiendo riquezas que no partia con nadie.

(1) Isid. Pac. Chron. 38.—Roder. Tolet. de Reb. Hisp.—Conde, cap. 15.

Tarik por el contrario, siguiendo otra ruta, y encaminándose por Tortosa á Murviedro, Valencia, Játiva y Denia hasta los límites del pequeño reino de Teodomiro, observaba tambien muy opuesto comportamiento. Trataba á los pueblos con dulzura, partia con sus soldados los despojos de la guerra, y con mucha escrupulosidad reservaba el quinto de todo el botin para el Califa. Comunicaba á éste directamente sus operaciones sin entenderse con Muza. Este por su parte no perdia ocasion de desacreditar á su rival para con el Califa, ponderándole su espíritu de insubordinacion y sus prodigalidades.

Estos enconos de parte de los dos conquistadores fueron causa de que el Califa de Damasco escribiera á ambos mandándolos comparecer á su presencia, dejando el gobierno de España encomendado á personas de confianza. Tarik obedeció al momento: Muza lo hizo con mas repugnancia, mas al fin despues de haber nombrado á su hijo Abdelaziz wali ó gobernador en gefe de España, partió con los despojos de sus felices expediciones, con la famosa mesa verde, y con inmensa cantidad de oro y pedrería. Pasó el estrecho, y atravesó el Magreb, primer teatro de sus campañas y de sus glorias. En su comitiva iban cuatrocientos jóvenes de las familias godas mas ilustres, que tomó para que sirvieran de ostentacion á su marcha triunfal, y con este aparato fué costeando el litoral de África. Tarik habia llegado antes que él á Damasco, y expuesto ante el Califa sencillamente y con lealtad su conducta. Cuando llegó Muza, Walid se hallaba gravemente enfermo; Suleiman, su hermano, designado para sucederle, hizo comparecer á los dos rivales. La historia de esta entrevista es de un género enteramente oriental. Muza creyó adquirir gran mérito á los ojos del Califa, presentándole la célebre mesa de oro y esmeraldas. «Emir de los creyentes, dijo entonces Tarik, esa mesa soy yo quien la ha encontrado.—He sido yo, replicó Muza, este hombre es un impostor.—Preguntadle, repuso Tarik, qué se ha hecho el pie que falta á la mesa.—Estaba asi cuando se encontró, respondió Muza.—Emir de los fieles, exclamó Tarik, ahora juzgarás de la veracidad de Muza.» Y sacando el pie de la mesa que llevaba escondido, le presentó al Califa, el cual quedó convencido de que era Muza el verdadero calumniador. Y como ya deseaba tomar severa satisfaccion de su conducta, le castigó teniéndole un dia entero espuesto á un sol abrasador, haciéndole azotar y condenándole á una multa de cien mil mitcales, que Rasis y Ebn Kalkan hacen subir á doscientos mil. Asi pagó el conquistador de África y de España la envidia y rencor con que habia perseguido á Tarik.

Quedó, pues, sometida la España á las armas sarracenas. Rápida, breve, veloz fué la conquista. Lo que costó á los poderosos romanos siglos ente-

ros de porfiada lucha, lo hicieron los árabes en menos de dos años. Diestros, políticos, activos, valerosos y entendidos capitanes eran los gefes de la conquista. El estupor se habia apoderado de los españoles despues del desastre de Guadalete, y no les dieron tiempo para recobrarse. El principio religioso, único que hubiera podido realentar los abatidos ánimos, tuvieron los conquistadores la política de aparentar por lo menos que le respetaban, dejando á los vencidos el libre ejercicio de su culto. Sin perjuicio de juzgar mas adelante la conducta de estos primeros invasores, obsérvase desde luego que no fué ni tan ruda, ni tan cruel, ni tan bárbara como nos la pintaron nuestros antiguos cronistas, impresionados por las calamidades inherentes á tan brusca invasion, y como guiados por ellos la han representado después otros historiadores. Á ser auténticas, como no se duda ya, las capitulaciones de Córdoba, de Toledo, de Mérida, de Orihuela, y aun la de Zaragoza, revélase en ellas, mas la política de un proselitismo religioso que el afan de esterminio, y algunas de sus condiciones fueron mas humanitarias de lo que podia esperarse de un pueblo invasor que ocupaba por conquista un pais donde hallaba diferente religion y distintos hábitos y costumbres: creemos que en este punto no puede compararse la conducta de los árabes á la de los romanos y godos; si bien se comprende tambien que á nadie tanto como á los conquistadores convenia, pocos como eran, no exasperar á una nacion grande y vasta, que aunque amilanada entonces, hubiera podido en un arranque de cólera serles terrible (1).

Veamos como se condujeron los que sucedieron á Tarik y á Muza en el gobierno de España (2).

(1) Despues de leer las crónicas cristianas y árabes, nos quedamos sin saber con certeza qué fué del conde Julian, del obispo Oppas y de los demas parientes de Witiza, ó causadores ó cómplices de la pérdida de España. Los unos suponen al conde Julian alentando á Tarik en el consejo de oficiales á que se apresurára á apoderarse de Toledo, los otros le hacen servir de guia á Muza desde su desembarco y en casi toda la expedicion: otros, y son los mas, guardan profundo silencio. El Pacense dice que Muza condenó á muerte á varios nobles de Toledo por causa de Oppas que se habia fugado de la ciudad: *per Oppam... á Toleto fugam arripientem*: lo cual probaria que los árabes no habian correspondido muy bien con los mismos que los invitaron ó auxiliaron en la empresa de la conquista. De todos modos la suerte de la familia de Witiza ha quedado envuelta en bastante misterio.

(2) Fuera largo enumerar las inexactitudes que cometió Mariana, privado de muchos documentos posteriores, en los capítulos que destina á la narracion de estos sucesos. Su mismo ilustrador, el docto Sabau y Blanco, nota ya bastantes; y al llegar al cap. 25 del libro VI. dice: «Los cronicones antiguos no hablan nada de lo que refiere Mariana en este capítulo, ni sabemos de dónde tomó estas noticias.» Hay errores evidentes de fechas, de nombres y de hechos.

CAPITULO II.

GOBIERNO DE LOS PRIMEROS EMIRES

De 712 á 732.

Abdelaziz.—Regulariza la administracion de España.—Su tolerancia con los cristianos.—Cásase con la reina viuda de Rodrigo.—Hácese sospechoso á los musulmanes.—Muere asesinado de órden del emir de Africa.—Breve y justo gobierno de Ayub.—Traslada el asiento del gobierno de Sevilla á Córdoba.—El Horr.—Primera invasion de los árabes en la Galia.—Toma de Narbona.—Es depuesto El Horr por sus exacciones.—Alzama.—Hace una estadística de España.—Es derrotado en Tolosa de Francia.—Prudente y equitativo gobierno de Ambiza.—Conquista toda la Septimania.—Otros emires de España.—Castigo de sus tiranías.—Abderrahman.—Rebelion de Munuza y su término.—Famosa batalla de Poitiers.—Cárlos Martéll.—Gran derrota del ejército sarraceno y muerte de Abderrahman.

Encargado Abdelaziz del gobierno de España, y habiendo fijado su asiento en Sevilla, dedicóse á regularizar la administracion de las ciudades sometidas; nombró perceptores ó recaudadores de los impuestos, que por regla general consistian en el quinto de las rentas, si bien le rebajó hasta el diezmo á algunas poblaciones y distritos; creó un consejo ó divan, con el cual compartia la direccion de los negocios de España; estableció magistrados con el nombre de alcaides; dejó á los españoles sus jueces, sus obispos, sus sacerdotes, sus templos y sus ritos, de tal manera que los vencidos no eran tanto esclavos como tributarios de los vencedores. Indulgencia admirable, ni usada en las anteriores conquistas, ni esperada de tales conquistadores. Los que asi quedaban y vivian denomináronse *Mostárabes* ó *Mozárabes*, nombre ya de antes usado en otros paises por el pueblo vencedor.

Habíase señalado ya Abdelaziz por su clemencia y su moderacion para con los cristianos. Una circunstancia notable vino á hacer todavía mas suave

la suerte y condicion de los vencidos bajo el gobierno del jóven emir (1), á estrechar mas las relaciones entre árabes é indígenas, si bien fué al propio tiempo la causa de su ruina y perdicion.

Dijimos en el anterior capítulo, que entre los prisioneros hechos en Mérida se hallaba la reina Egilona, la viuda del desventurado Rodrigo. Era jóven y bella, Abdelaziz lo era tambien, y prendóse apasionadamente de su ilustre y hermosa cautiva. El generoso hijo de Muza logró hacerse amar de la viuda del último monarca godo, y con sorpresa de musulmanes y cristianos los que comenzaron por amantes se convirtieron luego en esposos. Abdelaziz no exigió de Egilona que abrazase el islamismo, la permitió seguir siendo cristiana, y le dió el nombre árabe de *Ommalisam*, que quiere decir *la de los lindos collares*. Desde entonces por amor á su nueva esposa fueron en aumento las consideraciones del ya tolerante emir para con los cristianos, al paso que se hizo sospechoso á los fervorosos musulmanes, que murmuraban la mansedumbre con que trataba á los pueblos conquistados, tan opuesta al rigor que con ellos habia empleado su padre. Suponíanle ya algunos traidor á la fé del islam, avanzando á decir que en secreto se habia hecho idólatra, que así llamaban ellos á los cristianos (2). Atribuíanlo todo al influjo de Egilona la infiel, muger ambiciosa y de corazon altivo, y añadian que todas las mañanas colocaba en la cabeza de Abdelaziz una corona semejante á la que llevaba su primer marido Ruderik el romano, como para incitarle á que se alzára con el señorío de España (3).

Tales rumores fueron tomando consistencia, pasaron los mares y llegaron hasta el Califa Suleiman, sucesor de Walid, hombre orgulloso y sombrío, que irritado ya contra el padre de Abdelaziz, y temiendo el resentimiento de sus hijos, emires todos tres, los dos en África y el uno en España, acogió con avidez la acusacion y resolvió deshacerse de todos. La órden de muerte para Abdelaziz la comunicó á los cinco principales caudillos de esta tierra. El primero que la recibió fué Habib ben Obeidad el Fehri (4),

(1) Dábase indistintamente á los gobernadores de España los títulos de *emir* y de *wali*, que equivalia á *príncipe*, *dux*, *gefe* ó *gobernador*. El emirato de España era una dependencia ó como vicariato del de Africa, que tenia su asiento en la moderna Cairwan, y éste á su vez dependia del califato de Damasco. Abdelaziz antes de venir á España habia desempeñado el emirato de Cairwan.

(2) Faustino Borbon, en sus *Cartas para ilustrar la Historia de la España árabe*, intenta probar con el testimonio de algunos autores árabes, que Abdelaziz habia realmente abrazado el cristianismo.

(3) Isid. Pacens., Cron. n. 42.

(4) *Habib* era el nombre personal: *ben* significa hijo; *ben Obeidah* hijo de Obeidah; *el Fehri* es el patronímico de la tribu. Este mismo órden siguen generalmente los árabes en todos los nombres. A veces citan los de muchos de sus abuelos, para lo cual nó hacen sino añadir á cada uno de ellos el *ben*. Es como el *filius* de la Biblia, en que se observa tambien la misma costumbre.

el mas fiel amigo y compañero de Abdelaziz. Grande fué la afliccion de Habib. «¿Es posible, esclamó, que la envidia y el odio paguen de esta manera los mas gloriosos servicios? Pero Dios es justo, y nos manda obedecer al Califa.» Tal era el deber de un musulman sumiso, y Habib se resignó.

Habitaba Abdelaziz una casa de recreo en las afueras de Sevilla; á su lado habia hecho construir una mezquita donde se congregaba el pueblo á la oracion. Resueltos los cinco gefes á ejecutar las órdenes del Califa, entraron una mañana en la mezquita, conducidos por Zeyad, cuando el desventurado y desprevenido Abdelaziz rezaba la oracion del alba. Echáronse sobre él los conjurados, y aunque muchos amigos pugnaron todavía por defenderle, acribilláronle con sus lanzas (año 97 de la hegira, 715 y 716 de J. C.) Cortáronle la cabeza, y enterraron su cuerpo en el patio de la casa. La cabeza alcanforada la enviaron al Califa de Damasco. Tocóle á Habib ser el conductor del funesto presente. Cuéntase que habiendo llegado Muza al palacio del Califa al tiempo que éste examinaba la cabeza de su víctima, tuvo la horrible crueldad de preguntarle: «¿Conocés, Muza, esta cabeza?—Sí, contestó altivamente el anciano walí, la reconozco: la maldicion de Dios caiga sobre el asesino de mi hijo, que valia mas que él.» Y salió del palacio, y partió para Waltichora, su patria, donde á poco tiempo murió oprimido de pesar. Los hermanos de Abdelaziz sufrieron la misma suerte que él. Justo castigo, dicen los cronistas cristianos, con que Dios hizo expiar á Muza sus crueldades para con los fieles: indigna recompensa, dicen los escritores árabes, de los distinguidos servicios que habia prestado al imperio tan noble familia (1).

Abdelaziz habia gobernado la España con prudencia cerca de diez y ocho meses. En las inmediaciones de Antequera hay un valle que llaman todavía de Abdalaziz, nombre sin duda conservado por los árabes en memoria de aquel desgraciado emir. Ignórase lo que fué de Egilona. Parece que la Providencia quiso cubrir con el velo de la oscuridad el término de los principales personages godos de la última familia real. En cuanto á Teodomiro, al tiempo que la cabeza de Abdelaziz le fué enviada al Califa, despachó tambien emisarios para suplicar á Suleiman que respetára las estipulaciones hechas con el emir, y consiguió que el Califa las mandára observar.

No habia nombrado el Califa sucesor á Abdelaziz. En su virtud reunié-

(1) Tarik murió tambien, como Muza, en la oscuridad y en la desgracia. Parecia destino de los conquistadores de España perecer ingratamente recompensados por sus pueblos. Anibal y Escipion, Muza y Tarik, todos tuvieron un fin poco digno de sus gloriosos hechos.

ronse en consejo los principales caudillos, y eligieron walí á Ayud ben Habib el Gahmi, primo hermano de Abdelaziz, guerrero esperimentado y administrador entendido. Trasladó el nuevo emir el asiento del gobierno á Córdoba, como punto mas central. Dividió la Península en cuatro grandes partes, con los nombres de Norte, Mediodía, Oriente y Occidente (1). Visitó á Toledo y Zaragoza, oyó las quejas de los pueblos sobre las injusticias de los alcaides y gobernadores, destituyó á muchos, puso órden en la administracion, y se captó el afecto de cristianos, judíos y musulmanes. Entre Toledo y Zaragoza, y sobre las ruinas de la antigua Bilbilis, erigió una fortaleza, que se llamó *Calat-Ayub*, castillo de Ayub (2). Íbanse reparando en lo posible los desastres de la guerra; pero gozó poco tiempo España las ventajas de un gobierno reparador. Depúsole el Califa por ser pariente de Muza, y nombró en su lugar á Alhaur ben Abderrahman, llamado comunmente El Horr, y Alahor en nuestras crónicas cristianas (3).

Violento y duro el nuevo emir, hizo pesar una opresion igualmente ruda sobre cristianos y musulmanes. Belicoso y emprendedor, fué el primero que se atrevió á llevar las armas sarracenas del otro lado de los Pirineos, ó por lo menos el primero que al frente de una espedicion formal franqueó la barrera oriental de aquellas montañas y penetró en la Galia Gótica, en aquella Septimania que habia constituido una parte integrante del reino godo-hispano, y que despues de la catástrofe habia tenido que ponerse bajo la tutela de los duques de Aquitania. Habíase refugiado á ella gran número de cristianos de la Península. Difundió El Horr el espanto por aquellos ricos y semi-abandonados paises. Narbona no pudo resistir al ímpetu de las huestes sarracenas, y la antigua capital de la Septimania gótica fué convertida en capital de la Septimania árabe. Por espacio de tres años recorrió, segun algunos, por un lado hasta Nimes y el Ródano, por otro hasta el Garona, hasta que le obligó á regresar la noticia de una victoria de los cristianos del Norte de la Península sobre un ejército musulman.

(1) *Al Guf*, *al Keblah*, *al Sharkyah*, y *al Garb*. Conserva todavía este último nombre una de las provincias occidentales de la Península, en lo que es hoy Portugal.

(2) Fundóse allí despues la ciudad que actualmente se nombra Calatayud.

(3) Debemos advertir, que en cuanto á los nombres árabes, así de personas como de pueblos, de empleos, dignidades, instituciones, etc., los escribiremos muchas veces con la ortografía, ó mas usada de nuestros cronistas é historiadores, ó mas acomodada á la pronunciacion castellana, sin que por eso dejemos muchas veces y respecto á los mas importantes, de poner á su lado la tecnología arábiga, segun que la vemos usada por los mas doctos orientalistas. Así lo hemos hecho con muchos nombres romanos y góticos. Nos acomodamos tambien en esto á la práctica de Conde, y creemos que de otro modo no seria fácil á muchos lectores hallar la identidad de una gran porcion de estos nombres con los que estarán acostumbrados a leer en nuestras antiguas historias.

Debió ser el primer triunfo de los refugiados en Asturias, suceso de que daremos cuenta en lugar separado, así por merecerlo su importancia, como por no interrumpir la narracion cronológica de lo que acontecia en todo el resto de España.

Las injustas exacciones de El Horr y sus violencias contra los alcaides y walíes que no se prestaban á cooperar á sus iniquidades, sobre todo contra los moros y berberiscos, levantaron contra él universal clamor, y movieron al califa Yezid á enviar en su reemplazo á Alsamah ben Melek, el Zama de nuestras crónicas (720), que se consagró á reparar los males causados por la avidez y la dureza de su predecesor. Hábil y entendido en administracion Alzama, arregló los tributos, hizo una distribucion por suerte de los bienes que habian quedado sin dueños, estudió las provincias, y fué el primero que hizo y envió al Califa una estadística de la poblacion del pais y sus riquezas de todo género, con una descripcion de sus ciudades, sus rios, sus costas y sus puertos.

Guerrero tambien Alsamah como todo buen musulman de aquel tiempo, no quiso ceder en gloria militar á ninguno de sus predecesores, y con numerosa hueste avanzó, no ya solo á la Septimania, sino á la Aquitania misma, centro de los vastos dominios del conde Eudon, y puso cerco á Tolosa. A punto de rendirse estaba ya la ciudad, cuando acudió Eudon con un ejército considerable. La muchedumbre de los enemigos era tanta, dice un historiador árabe, que el polvo que levantaba con sus pies oscurecia el cielo. Los dos ejércitos se acometieron con el ímpetu de dos torrentes que bajan de las cumbres: dudosa estuvo mucho tiempo la batalla: corria Alzama á todas partes como un bravo leon; cuando levantaba su espada, fluia la sangre y destilaba por su brazo: pero la lanza de un cristiano le atravesó el cuerpo y le dió el martirio. Con esto desmayó la caballería árabe; el campo quedó sembrado de cadáveres, y los restos del desbaratado ejército se retiraron á Narbona, y nombraron su gefe y emir al valiente Abderrahman el Gafeki (721), cuya eleccion confirmó el emir superior de África.

No hizo poco Abderrahman en contener á los cristianos de la Galia, y en reprimir á los de la frontera oriental española, que alentados con el triunfo de sus correligionarios de Tolosa se habian removido y alterado. Perdióle á Abderrahman su escesiva liberalidad para con los soldados; repartíales todo el botin, sin esceptuar mas que el quinto que la ley mandaba reservar para el califa: amábanle con esto las tropas, pero los gefes le representaron como corrompedor de las costumbres frugales y sencillas de los musulmanes; y bastó para que el emir de Africa le reemplazára con Ambiza ben Sehim, de de su misma tribu y familia.

Casi todos los emires comenzaban por organizar la administracion. Ambiza hizo una nueva y equitativa distribucion de los terrenos baldíos entre los veteranos del ejército y los musulmanes pobres que acudian á establecerse en España. Recargaba ó aliviaba el impuesto á las poblaciones, segun era mayor su sumision ó su resistencia á recibir la ley del Islam. Hacía constantemente justicia á todos, sin mirar que fuesen musulmanes ó cristianos, y cuando visitaba las provincias llenábanle los pueblos de bendiciones. Propúsose despues vengar el desastre de Tolosa, é invadió resueltamente la Galia gótica. Carcasona, Beziers, Agda, Magalona, Nimes, todas las ciudades de la Septimania, ademas de Narbona que pertenecia ya á los árabes, cayeron en su poder. Penetró hasta el Ródano y tomó á Lyon; avanzó á la Borgoña, y saqueó á Autum. La conducta de los conquistadores de la Galia era casi idéntica á la que habian observado en España. No imponian el islamismo; dejaban á los cristianos su culto, y el tributo á que los sujetaban era mas ó menos crecido segun la mayor ó menor resistencia de los pueblos conquistados. Murió no obstante allí Ambiza de resultas de heridas recibidas en un combate (725), designando antes de morir para sucederle á Hodeirah ben Abdallah, cuyo nombramiento no fué ratificado por el emir de Africa, el cual envió en su lugar á Yahia ben Salemah, hábil y bravo general, pero de un rigor inflexible (1).

Agriados por la severidad de Yahia los mismos gefes que habian influido en su nombramiento pidieron luego su destitucion, y el emir de Africa condescendiendo á los caprichos de aquellos caudillos, les dió á Hodeifa ben Alhaus, hombre sin talento, que solo pudo sostenerse algunos meses, y hubo de ser reemplazado por Othman ben Abu Neza, el Munuza de las crónicas cristianas, que á su vez fué pronto víctima de la inconstancia de aquellos turbulentos y descontentadizos gefes, y sustituido á los seis meses por Alhaitam ben Obeid.

Desacertada eleccion fué tambien la de Alhaitam. Su avaricia y sus tiranías con musulmanes y cristianos, sus tormentos, suplicios y confiscaciones le hicieron tan aborrecible, que informado el gobierno de Damasco de sus excesos, hubo de despachar á España á Mohamed ben Abdallah con la mision de averiguar lo que de cierto hubiese en los desmanes que se atribuian al emir, y de imponerle el conveniente castigo si resultase culpable. Poco trabajo le costó al enviado apurar la verdad: públicas eran sus vejaciones: el tirano fué preso; y despojado de sus insignias de gefe, con la cabeza desnuda y las manos atadas á la espalda, hízole pasear montado en un asno por las

(1) Isid. Pacens. Chron. 53.—Cron. de Moissac.—Ahmed Al Makari.—Conde, cap. 22.

calles de Córdoba, teatro principal de sus maldades, embarcándole en seguida cargado de cadenas á Africa á disposicion del emir (728). Asi vigilaban los califas de Damasco por la suerte de su nueva dependencia de España, siempre que á tan larga distancia podian llegar las quejas de los oprimidos. Dos meses permaneció Mohamed en España gobernando con justicia y equidad, al cabo de los cuales partió dejando nombrado wali al guerrero Abderrahman, aquel mismo que por su escesiva liberalidad para con los soldados habia sido antes depuesto. Recibido fué este nombramiento con general aplauso: solo los berberiscos vieron con enojo su elevacion, porque como árabe que era, distinguia y apreciaba con preferencia á los de su raza. Munuza el africano, revoltoso y altivo, tramó pronto una traicion contra el gefe de pura raza árabe.

Muchas injusticias reparó Abderrahman; afable y justo con cristianos y muslimes, depuso á los alcaides opresores, y los reemplazó con otros de conocida probidad; restituyó á los cristianos las iglesias que les habian quitado faltando á las estipulaciones, y destruyó las que por soborno y á precio de oro habian permitido levantar de nuevo algunos gobernadores. Empleó los dos años primeros en reconocer y visitar las provincias, y en restablecer el órden por todas partes. Pero lo que hizo célebre á Abderrahman fué su famosa expedicion á la Galia, aunque de fatal resultado para él y para los árabes. Estraordinarios fueron los preparativos; tribus enteras de Arabia, de Siria, de Egipto y de Africa vinieron á España á alistarse bajo las banderas de Abderrahman para la guerra santa; pero antes de emprenderla, érale preciso al emir deshacerse de Munuza, que envidioso de sus glorias, de carácter inquieto y díscolo, pero belicoso y bravo, se habia aliado con Eudon, duque de Aquitania, y casádose con su hija. Abderrahman conoció lo que podia temer de Munuza, que ambicionaba su puesto, si le daba lugar á encender una guerra civil entre los musulmanes, de concierto con su aliado. Despacha, pues, á un gefe sirio llamado Gedhi ben Zeyan, con órden espresa de buscar á Munuza y traérsele vivo ó muerto. Gedhi en cumplimiento de su mision marcha al frente de un fuerte destacamento hácia la residencia de Munuza: apenas tuvo este tiempo para huir con su esposa Lampegia; Gedhi le persigue por los desfiladeros de las montañas: Munuza fatigado se detiene á reposar en un fresco y frondoso valle al pie de una fuente de agua viva que se desgajaba de una roca: el murmullo de las aguas y las caricias de su cautiva bien amada, como la llama el autor árabe, no le permiten oir el ruido de los pasos de su perseguidor: Munuza es sorprendido. Gedhi se apodera de Lampegia, Munuza cae á los golpes de las lanzas, córtanle la cabeza, y llevan ambos presentes á Abderrahman. Admirado quedó el emir de la hermo-

sura de Lampegia; la cabeza de Munuza la envió al Califa según costumbre, esponiéndole las causas que le habian movido á esta rápida ejecucion.

Desembarazado de este rival, Abderrahman se pone en marcha con su grande ejército, el mayor que se habia visto jamás en España bajo los estandartes blancos de los Ommiadas. Dirígese por Pamplona y el Bidasoa á los Pirinéos, franquea esta inmensa barrera, penetra por los fértiles valles de Bigorra y el Bearnés en los estados de Eudon, duque de Aquitania. El inmenso ejército se derrama como un torrente devastador; Burdeos intenta resistirle, pero es tomada y saqueada, el conde que la defendia cae prisionero, y tomándole por Eudon, los árabes le cortan la cabeza para enviarla á Damasco. Prosigue el ejército sarraceno su marcha terrorosa, pasa el Garona y el Dordoña, y encuentra al fin á Eudon con considerables fuerzas de cristianos: Abderrahman no duda un momento en arremeter á Eudon, y el ejército aquitanio queda destrozado. Los sarracenos victoriosos, cargados de botin, marchan sin otro obstáculo que el inmenso despojo, y se presentan delante de Poitiers: penetran en un arrabal y le incendian, pero el centro fortificado de la ciudad se prepara á resistirles. Abderrahman duda si atacar á Poitiers ó marchar contra Tours, cuando vienen á anunciarle que numerosas huestes mandadas por Cárlos, hijo de Pepino, duque soberano de los Franco-Austrasios, marchan á su encuentro unidas con las reliquias del destrozado ejército de Eudon. Los francos y los árabes se encuentran en las vastas llanuras que se estienden entre Tours y Poitiers. Seis dias maniobran los dos ejércitos en presencia uno de otro; al séptimo ú octavo se empeña sériamente el combate; Abderrahman, confiado en su fortuna, acomete el primero impetuosamente con un cuerpo de caballería, la pelea se hace general, horrible la matanza por ambas partes, y pasa el dia sin declararse la victoria. Reempréndese al siguiente dia la batalla; Abderrahman arremete con rabioso brío, y rompe la espesa línea de los austrasios; los robustos soldados del Norte pelean cuerpo á cuerpo con los tostados árabes y africanos..... un tumulto se levanta en las tiendas de los sarracenos: eran las tropas del duque de Aquitania que habian hecho una irrupcion por aquel lado: los árabes, temiendo perder las riquezas de su botin, hacen un movimiento retrógrado para defender su campo; este movimiento introduce la confusion; en vano Abderrahman intenta restablecer el órden; haciendo heróicos esfuerzos cae del caballo atravesado de infinitas lanzas; estaba anocheciendo, y las tinieblas vienen á economizar alguna sangre mahometana. Los árabes se retiran silenciosamente del campo del combate: al dia siguiente los cristianos hallan las tiendas desiertas, los árabes habian ido en retirada hasta Narbona; el famoso Cárlos, llamado despues Martéll, que

quiere decir *martillo* (1), pone cerco á Narbona, pero los ismaelitas la defienden con valor, y le obligan á levantar el sitio con gran pérdida (2).

La derrota de Poitiers, acaecida en 732 (3), puso término al engrandecimiento de los árabes en Occidente, y acaso les impidió hacerse los dominadores de toda Europa, que tal habia sido el pensamiento de muchos de sus caudillos. Ella completó tambien el abatimiento de la casa real de Clodovéo, y fué el principio y cimiento del imperio Franco-Germano de Occidente, y la base sobre que Cárlos Martéll fundó la soberanía de la Galia para los herederos de Pepino de Herestall.

(1) «Por los terribles golpes que á manera de martillo descargó sobre los enemigos en esta batalla,» segun la Crónica de Saint—Denis.

(2) Isid. Pac. Cron. n. 59.—Conde, Dominac. cap. 25.—Fredegario, Cron.—Anales de Aniano.—Fauriel, Hist. de la Gaule Meridion.

(3) Conde la pone en 733: las crónica francas todas en 732.

CAPITULO III.

PELAYO.—COVADONGA.—ALFONSO.

DE 722 Á 756.

Los cristianos en Asturias.—Pelayo.—Combate de Covadonga.—Triunfo glorioso.—Formacion de un reino cristiano en Asturias y principio de la independencia española.—Reinado de Pelayo.—Su muerte.—Idem de su hijo Favila.—Elevacion de Alfonso I.—Estado de la España musulmana al advenimiento de Alfonso.—Sus guerras en la Galia con Cárlos Martéll.—Rebeliones y triunfos de los berberiscos en Africa.—Escisiones entre las razas muslímicas de España.—Atrevidas escursiones y gloriosas conquistas de Alfonso el Católico.—Terror de los árabes.—Nueva irrupcion de africanos.—Designacion de comarcas para el asiento de cada tribu.—Renuévanse con furor las guerras civiles entre las razas musulmanas.—Fraccionamiento de provincias.—Anárquica situacion de la España sarracena.

¿Era toda la España sarracena? ¿Obedecia toda á la ley de Mahoma? ¿Era en todas partes el Dios de los cristianos tributario del Dios del Islam? ¿Habian desaparecido todos los restos de la sociedad goda? ¿Habia muerto la España como nacion? No: aun vivia, aunque desvalida y pobre, en un estrecho rincon de este poco há tan vasto y poderoso reino, como un desgraciado á quien han asaltado su casa y robado su hacienda, dejando solo un triste y oscuro albergue, en que los salteadores con la algázara de recoger su presa no llegaron á reparar.

Desde la catástrofe del Guadalete y al paso que los invasores avanzaban por el interior de la Península, multitud de cristianos, sobrecogidos de pavor y temerosos de caer bajo el yugo de los conquistadores, buscaron su salvacion y trataron de ganar un asilo en las asperezas de los montes y al abrigo de los riscos de las regiones septentrionales, llevándose consigo toda su riqueza movilíaria, las alhajas de sus templos y los objetos mas preciosos de su culto: Obispos, sacerdotes, monges, labradores, artesanos y guerreros, hombres;

mugeres y niños, huian despavoridos á las fragosidades de las sierras en busca de un valladar que los pusiera al amparo del devastador torrente. Los unos ganaron la Septimania, los otros se cobijaron entre las breñas y sinuosidades de la gran cadena de los Pirineos, de la Cantabria, de Galicia y de Asturias. Esta última comarca, situada á una estremidad de la Península, se hizo como el foco y principal receptáculo de los fugitivos. País cortado en todas direcciones por innaccesibles y escarpadas rocas, hondos valles, espesos bosques y estrechas gargantes y desfiladeros, una de las postreras regiones del mundo en que lógraron penetrar las águilas romanas, no muy dócil al dominio de los godos, contra el cual apenas cesó de protestar por espacio de tres siglos, parecióles á aquellas asustadas gentes el mas apropósito para guarecerse con menos probabilidad de ser hostilizados, y para atrincherarse y defenderse en el caso de ser acometidos. Diéronles benévola acogida los rústicos é independientes moradores de aquellas montañas: y allí vivian naturales y refugiados, si no contentos, resignados al menos con su estrechez y sus privaciones, prefiriéndolas al goce de sus haciendas á trueque de no verse sujetos á los enemigos de su patria y de su fé. La fé y la patria eran las que los habian congregado allí. En el corazon de aquellos riscos y entre un puñado de españoles y godos, restos de la monarquía hispano-goda, confundidos ya en el infortunio bajo la sola dominacion de españoles y cristianos, nació el pensamiento grande, glorioso, salvador, temerario entonces, de recobrar la nacionalidad perdida, de enarbolar el pendon de la fé, y á la santa voz de religion y de patria sacudir el yugo de las armas sarracenas.

Los mahometanos por su parte habíanse cuidado poco de la conquista de un pais que sobre ser de difícil acceso debió parecerles miserable y pobre en cotejo de las fértiles y risueñas campiñas de Mediodía y Oriente de que acababan de posesionarse, mucho mas no sospechando lo que se ocultaba dentro de aquellas montuosas guaridas. Parece, no obstante, que bajo el gobierno del cuarto walí Ayub llegaron algunos destacamentos enemigos á la parte llana de Asturias, y que hallándola desierta, por haberse retirado sus moradores á lo mas fragoso de sus bosques y breñas, se apoderaron fácilmente de las aldeas y puertos de la costa. Dejaron por gobernador en Gegio ó Gigio (hoy Gijon) á un gefe que nuestras crónicas nombran Munuza, y que fué sin duda el Othman ben Abu Neza de que hemos hablado en el anterior capítulo.

Faltábales á los cristianos allí guarecidos un caudillo de tan grandes prendas como se necesitaba para que los guiara en tan grande y atrevida empresa como la que habian meditado. La providencia les deparó un noble godo nombrado Pelayo, hijo de Favila, antiguo duque de Cantabria, y de la sangre

real de Rodrigo. Habia sido Pelayo conde de los espatarios, ó sea de la guardia del último monarca; habia peleado heróicamente en la batalla de Guadalete, y la fama de sus proezas, y la gallardía de su persona, y la nobleza de su alcurnia, todo contribuyó á que los asturianos se agrupáran en derredor suyo y le aclamáran unánimemente por gefe y capitan de aquella improvisada milicia religiosa, de aquella grey de fervorosos cristianos, mas provistos de entusiasmo y de fé que de armas y materiales medios para la defensa. Pelayo aceptó, á fuer de hombre religioso y de varon esforzado y amante de su patria, el difícil y honroso cargo que se le confiaba, y dióse principio á la obra derramándose aquellas gentes por las comarcas vecinas de Cangas de Onís, llamada entonces Cánicas.

Llegó la noticia del levantamiento de los astures á oidos del walí El Horr, á tiempo que éste se disponia á penetrar con sus huestes en la Galia Gótica, y no dando grande importancia al movimiento de Asturias, encargó á su lugarteniente Alkamah la empresa de sujetar los asturianos. Partió, pues, Alkamah con un cuerpo de ejército respetable, si bien es de sospechar que hayan exagerado su cifra los primeros cronistas españoles. A la aproximacion de la hueste sarracena, no creyendo Pelayo conveniente esperarle en Cangas, se retiró con todo el pueblo hácia el monte Auseba. Las mugeres, viejos y niños buscaron lo mas fragoso de las breñas para cobijarse, mientras los hombres de armas se situaban en las alturas y colinas desde donde mejor pudieran ofender á los enemigos que se atrevieran á penetrar por aquellos desfiladeros.

A la extremidad de un estrecho y sombrío valle al Oriente de Cangas, que torciendo un poco hácia Occidente forma una cuenca limitada por tres cerros, se levanta una enorme roca de ciento veinte y ocho pies de elevacion, en cuyo centro hay una abertura natural, que constituye una caverna ó gruta, entonces como ahora llamada por los naturales la cueva de Covadonga Allí se retiró Pelayo con cuantos soldados podian caber en aquel agreste recinto, colocando el resto de sus gentes en las alturas y bosques que cierran y estrechan el valle regado por el rio Deva, y allí esperó con serenidad al enemigo, contando mas con la proteccion del cielo que con sus fuerzas. Noticioso Alkamah de la retirada de Pelayo, orgulloso y confiado hizo avanzar su ejército encajonado por aquella cañada, no pudiendo presentar sino un frente igual al que oponian los refugiados en la cueva, quedando sus inmensos flancos expuestos á los ataques de los que en las colinas laterales se hallaban emboscados. Entonces comenzó aquel ataque famoso, cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres. Las flechas que los árabes arrojaban solian rebotar en la roca y herir de rechazo á los infle-

les, mezcladas con las que desde la gruta lanzaban los cristianos. Al propio tiempo los que se hallaban apostados entre las breñas hacian rodar á lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles, que aplastaban bajo su peso á los agarenos y les causaban horrible destrozo. Apoderóse el desaliento de los musulmanes, tanto como crecia el ánimo de los cristianos, á quienes vigorizaba la fé y alentaba la idea de que Dios peleaba por ellos.

Cuando Alkamah vió sucumbir á su compañero Suleiman, intentó ganar la falda del monte Auseba y ordenó la retirada. Embarazábanse unos á otros en aquellas angosturas. Levantóse en esto una tempestad que vino á aumentar el espanto y el terror en los que iban ya de vencida. El estampido de los truenos, cuyo eco retumbaba con fragor por montes y riscos; la lluvia que se desgajaba á torrentes; las peñas y troncos que de todos lados sobre los árabes caian; el movedizo suelo que con la lluvia se aplastaba y hundia bajo los piés de los que habian logrado ganar alguna pendiente, y que caian resbalados por aquellos senderos sobre los que se rebullian confusos en el valle, y que perecian ahogados en las desbordadas aguas del Deva, todo contribuyó á hacer creer que hasta los montes se desplomaban sobre los soldados de Mahoma. Horrible fué la mortandad: hay quien afirma no haber quedado un solo musulman que pudiera contar el desastre: de todos modos el triunfo cristiano fué glorioso y completo; por mucho tiempo, cuando las crecientes del rio descarnaban las faldas de las colinas, se descubrian los huesos y armaduras de los soldados sarracenos. En medio de la vega de Cangas una capilla con la advocacion de la Santa Cruz muestra todavía el sitio en que se atrevió ya Pelayo á atacar en campo raso á sus diezmados enemigos. Aconteció este famoso suceso en el año 99 de la hegira, 718 de Jesucristo (1).

(1) Para la relacion que acabamos de hacer del levantamiento de Asturias, de la proclamacion de Pelayo y de la batalla de Covadonga, hemos recogido cuanto hemos hallado de mas comprobado y verosímil en los escritores árabes y cristianos, desnudo de las exageraciones y fábulas, de las invenciones maravillosas y de las estravagantes aserciones con que algunos parece haberse propuesto embrollar este brillante periodo de nuestra historia, los unos llevados del fanatismo propio de su época, los otros arrastrados de una especie de pirronismo histórico. Así no estrañamos que el doctor Dunhan se viera embarazado hasta el punto de expresarse de la manera siguiente: «Hay «tanta confusion, tanta contradiccion, y á «veces tal carencia de probabilidad en las «oscuras autoridades relativas á este perio«do, así árabes como cristianas, que es de«sesperada empresa la del que aspira á for«mar una narracion algo racional y un tan«to ordenada del reinado de Pelayo. Bien es «verdad que cuando discrepan las autorida«des, toca á la razon dar el fallo...» Esto es precisamente lo que nosotros hemos procurado hacer, con la diferencia que no tenemos por tan desesperada empresa como el historiador inglés, el entresacar de entre tan encontrados relatos lo mas conforme á la autoridad, á la razon y á la tradicion. Creemos que basta para ello un mediano criterio.

Convenimos en que se ha embrollado

Admiremos aqui los altos designios del que rige los pueblos y tiene en su mano los destinos de las naciones. El inmenso poder de aquellos godos, á cuyo pujante brazo no habia podido resistir el coloso de Roma, de aquellos godos vencedores de cien pueblos, dominadores de España, de Africa y de

mucho este periodo, ó por lo menos habia habido riesgo de que asi sucediese, máxime desde que algunos críticos españoles conocidos por su prurito de sentar opiniones nuevas y peregrinas, pretendieron trastornar toda la cronología de estos sucesos, suponiendo no haber acontecido hasta el año 756, es decir, 38 años mas tarde de lo universalmente admitido. Sustentó el primero esta asercion el erudito Pellicer, á quien un historiador moderno (Ortiz) llama el *Hardouin de España*, «por su ciega manía en decir cosas nuevas y sostener paradojas,» y á quien siguieron Mondejar, Masdeu y Noguera, aquejados tambien del mismo furor de novedad. Sirviéles de principal apoyo y fundamento el silencio del Pacense, único cronista español contemporáneo, acerca de todo lo acaecido en Asturias. Ciertamente es notable y lastimoso el silencio que sobre tan importantes sucesos guarda el obispo cronista. Mas por fortuna, sobre no pasar de ser un argumento negativo, ha venido la publicacion posterior de historias árabes, que aquellos críticos no conocieron, á confirmar la cronología general recibida y que nosotros seguimos. ¿No pudiera además el Pacense haber escrito aparte los sucesos de Asturias, y haberse perdido su obra, como desgraciadamente sucedió con el Epitome de la Historia de los Arabes, de que el mismo Isidoro nos habla en el n. 65 de su Crónica?

Por otra parte, mientras Noguera niega el título de rey á Pelayo, Masdeu empieza su catálogo de reyes desde Teodomiro y Atanaildo ó Atanagildo, tocándole á Pelayo ser el tercer rey de España. Nos parece aventurada la opinion primera, ó infundada la segunda.

Masdeu sostiene que los árabes no llegaron nunca á Gijon, y que Munuza no era gobernador de *Gegio*, sino de *Legio*, Leon. La similitud del nombre y la circunstancia de pertenecer entonces Leon á las Asturias, podrian hacerlo verosimil. Pero sus esfuerzos para probar que fuese *Legio* y no *Gegio* han sido insuficientes para persuadirlo.

Mas razon nos parece que tienen Pellicer y Masdeu para dar por fabulosa la ida del obispo Oppas á Asturias y su presencia en la batalla, cuanto mas los largos razonamientos que dice Mariana pasaron entre el obispo y Pelayo, y que nos da íntegros y á la letra segun su costumbre. Lo cual, dice un escritor de nuestro siglo, lleva un sello de falsedad tan evidente que avergüenza hablar de ello. Tampoco falta quien añada haberse hallado y muerto en el combate el conde Julian y los hijos de Witiza: lo que consignamos, porque se vea que no ha quedado nada por decir de aquella célebre familia.

En cuanto á la genealogía de Pelayo hay tambien variedad y confusion. La crónica Albeldense le hace hijo de Veremundo ó Bermudo y sobrino de Rodrigo. Sebastian de Salamanca le supone hijo de Favila, duque de Cantabria. Duque de Alava llama á su padre la crónica de Oviedo.

El P. Mariana da un origen muy singular al gran suceso de Asturias. En la idea de que la incontinencia de un rey cristiano (Rodrigo) fué la causa de la pérdida de España, buscó el desquite en la incontinencia de un gobernador moro para encontrar la causa de su restauracion. Al efecto supone que Munuza se enamoró ciegamente de una hermana de Pelayo, extraordinariamente hermosa, como era menester que fuese; y que no pudiendo lograrla en matrimonio, halló medio de enviar á Pelayo con una comision á Córdoba para el caudillo Tarik, cuya ausencia aprovechó el moro para satisfacer su torpe deseo. Noticioso Pelayo á su vuelta é indignado de la afrenta y deshonra de su hermana, juró vengarse del atrevido y deshonesto moro, y de aqui la excitacion á los asturianos á tomar las armas y todo lo demas que se siguió, y que el historiador exorna con circunstancias todas singulares, sin que podamos saber de dónde tomó la

la Galia, vióse reducido á un puñado de montañeses guarecidos en un rincon de esta Península, dentro de una cueva, capitaneados por un caudillo, en cuyas venas corria mezclada y confundida la sangre goda y la sangre española. Y del corazon de aquella gruta habia de salir un poder nuevo, que habia de

fábula y sus decoraciones. El caso es que el Padre d' Orleans, el Abad de Vairac y la compilacion de Paquis, tomaron ciegamente la fábula del historiador español, la cual ha podido ser muy buena para dar argumento á Moratin, padre, para su tragedia de Ormesinda, y á Jovellanos y Quintana para su Pelayo.

Escusado es decir que el P. Mariana acoge de lleno todos los milagros que se cuentan de la batalla de Covadonga.

Las crónicas antiguas hacen subir el ejército árabe que combatió en Asturias á una cifra que asombra. Sebastian de Salamanca sienta muy formalmente que murieron en la primera refriega *ciento veinte y cuatro mil moros* (caldeos llama él), y que los *sesenta y tres mil* restantes perecieron aplastados bajo aquella colina que se desgajó. De manera que segun el cronista, á quien han seguido el monge de Silos y otros posteriores, hasta el canónigo Ortiz, historiador de nuestro siglo, el ejército moro se componia de *ciento ochenta y siete mil hombres*, que todos perecieron sin quedar uno solo que lo contára. Si así fué, bien hacen en recurrir á dos milagros visibles para esplicar la derrota de Covadonga, pues de otro modo sería imposible. Don Rodrigo de Toledo solo hace perecer veinte mil en la primera pelea, y despues de la retirada una gran muchedumbre. A este sigue sin duda el P. Mariana. Un historiador árabe (Ebn Haiyan, in Ahmed) toma su exageracion por otro estilo. Este dice que el comandante de los infieles (Pelayo) se encerró en una cueva con trescientos hombres, los cuales todos perecieron de hambre y de fatiga, excepto treinta hombres y diez mugeres que sobrevivieron y se alimentaban de miel que las abejas habian dejado en las hendiduras de la roca. Por último, en el *Moro Espósito* de nuestro ilustrado contemporáneo el duque de Rivas, se acaba de poner el sello á la exageracion en el romance que supone cantado por un rústico como cancion popular en la España antigua, y dice así

El valeroso Pelayo
cercado está en Covadonga
por *cuatrocientos mil moros*
que en el zancarron adoran.
Solo *cuarenta cristianos*
tiene, y aun *veinte le sobran*.

Y concluye diciendo:

Cuatrocientas mil cabezas
de los perros de Mahoma
los valerosos cristianos
siegan, hienden y destrozan
concediendo así la Virgen
al gran Pelayo victoria.

Pero no era en España solo donde de tal manera se ponderaban las pérdidas de los infieles. Las crónicas cristianas francesas hacian subir el número de árabes muertos en el sitio de Tolosa á la enorme cifra de trescientos setenta y cinco mil, y á otros tantos en la batalla de Poitiers, si bien acaso algunos las confundieron. Menester es disimular tales hipérboles á las gentes de aquel tiempo en su ánsia de exterminar á los enemigos de su religion.

luchar con otro pueblo gigante, y habia de ser el fundador de un estado que con el tiempo habia de dominar dos mundos. Pelayo cobijado en la caverna de Covadonga, seméjasenos á la semilla desprendida de un árbol viejo cortado por el hacha del leñador, que encarcelada dentro del hueso ha de romperle, brotar, desarrollarse, crecer, fructificar, y formar con el tiempo un árbol mas lozano, robusto y vigoroso que el que le habia engendrado, y cuyas ramas se han de estender por todo el universo.

Aunque el memorable triunfo de Covadonga se esplique, como lo hemos visto, por sus causas naturales, preciso es no obstante reconocer en aquel conjunto de estraordinarias y portentosas circunstancias algo que parece esceder los límites de lo natural y humano. En pocas ocasiones ha podido ser mas manifiesta para el hombre de creencias religiosas la proteccion del cielo. Por lo mismo no nos maravilla que los escritores de una edad de tanta fé lo dieran todo al milagro y á la mediacion de la Vírgen María, cuya imágen habia llevado consigo Pelayo á la cueva. Las historias árabes refieren t mbien el suceso con asombro, no disimulan haber sido horrible la matanza, y hacen justicia al valor y á la audacia de *Belay el Rumi* (Pelayo el Romano), como ellas le nombran (1). El gobernador de Gegio, Munuza, sabedor de la derrota de los suyos y de la muerte de Alkamah, no se contempló seguro en Asturias, y retiróse hácia la España Oriental. Algunas crónicas cristianas afirman haber sido alcanzado y muerto en la vega de Ovalle por el héroe mismo de Covadonga; acaso pudo creerse asi entonces: mas este relato le contradicen los posteriores hechos de Munuza que en el precedente capítulo dejamos referidos. Quedó no obstante con esto todo el territorio de Asturias comprendido entre los montes y el mar, libre de soldados sarracenos.

En el entusiasmo de la victoria, los asturianos apellidaron rey á Pelayo: principio de una nueva monarquía, de la monarquía española; porque la religion y el infortunio han identificado á godos y romano-hispanos, y no forman ya sino un solo pueblo; y Pelayo, godo y es añol, es el caudillo que une la antigua monarquía goda que acabó en Guadalete con la nueva monarquía española que comienza en Covadonga. A la salida de esta célebre cueva hay un campo llamado todavía de *Repelayo* (síncope sin duda de Rey Pelayo), donde es fama tradicional que se hizo la proclamacion levantándole sobre el pavés; y nada mas natural que este acto de recompensa de parte de aquellas gentes hácia el valeroso caudillo que las habia conducido á la victoria, en el primer sitio en que p do hacer alto el ejército vencedor. A

(1) Sabido es que los árabes llamaban godo puro. Tambien significaba el *cristiano romano* á todo el que no fuese árabe, ó acaso el *estrangero*.

una legua, junto al pueblo de Soto, se halla el *Campo de la Jura*, donde hasta el siglo presente iban los jueces del concejo de Cangas á tomar posesion de la vara de la justicia. Respetables y tiernas prácticas tradicionales de los pueblos, que recuerdan con emocion la humilde y gloriosa cuna en que nació el legítimo principio de la autoridad.

O no conocieron los árabes toda la importancia de su desastre de Asturias, ó entretenidos á la otra parte de los Pirineos en la empresa de apoderarse de la Septimania gótica, descuidaron reparar el contratiempo de Covadonga, ó no tuvieron tropas que destinar á ello. Es lo cierto que una paz que parecia providencial proporcionó á Pelayo tiempo y quietud para poder dedicarse á la organizacion de su pequeño estado. La fama de su triunfo fué atrayendo á aquel primer asilo de la libertad á los cristianos de las vecinas comarcas, que abandonando sus hogares y haciendas acudian ansiosos de aspirar el aire de la independencia y de vivir entre aquellos esforzados montañeses, que tenian la misma fé y hablaban la misma lengua que ellos. A medida que la poblacion iba creciendo, y que la seguridad infundia aliento á los moradores de las montañas, iban descendiendo de las breñas y bosques á los valles y á los llanos. La necesidad y la conveniencia les prescribia ocuparse en desmontar terrenos incultos, en laborear los campos, en apacentar sus ganados, en edificar templos y casas, en ensanchar el recinto de sus pequeñas aldeas, y en aplicar cada cual su industria para irlas fortaleciendo: entre ellas debió ser una de las que recibieron mas agregaciones la corta villa de Cangas, destinada á ser la capital de aquel diminuto reino. Natural era tambien, aunque las crónicas no lo digan, que Pelayo se consagrára en aquel período de paz á ejercitar sus soldados en el manejo de las armas, y á dar á su pueblo una organizacion á la vez militar y civil, como lo es siempre la de los pueblos nacientes que conquistan su existencia por la guerra y tienen que sostenerla con la espada. No nos hablan las historias de nuevas batallas que tuviera que dar Pelayo. No hostilizado por los enemigos, fué por su parte muy prudente en no aventurarse á escursiones que hubieran podido ser peligrosas, y contento con haber formado el núcleo de la nueva monarquía, dedicado á consolidarla y robustecerla, reinó diez y nueve años, al cabo de los cuales murió pacíficamente en Cangas (737 de J. C.). Los restos mortales del ilustre restaurador de la independencia española fueron sepultados en Santa Eulalia de Abamia (antes Velamia), á una legua de Covadonga, junto con los de su muger Gaudiosa (1).

(1) Sebast. Salmant. n. 11.—El monge de Silos.—El arzobispo don Rodrigo.—La crónica general.—Los Arabes de Conde.—Ahmed Almakari y otros.

Mientras esto pasaba en Asturias, habian acontecido en los últimos años del reinado de Pelayo sucesos importantes en la España musulmana. La derrota de los sarracenos en Poitiers acaecida en 732, habia realentado á los cristianos de una y otra vertiente del Pirineo Occidental, que alzados en armas se dispusieron á resistir á los árabes, al abrigo de sus montañas. En reemplazo del desgraciado Abderrahman muerto en la batalla de Poitiers, fué nombrado emir de España el anciano Abdelmelek ben Cotan, que bajo una cabellera emblanquecida por los años, conservaba el vigoroso corazon de un jóven. Habiendo hallado sus tropas abatidas bajo el golpe del hacha de Cárlos Martéll, las reanimó diciendo: «La guerra es la escala del paraiso: el enviado de Dios se gloriaba de ser el *hijo de la espada*, y reposaba en el campo de batalla á la sombra de los estandartes ganados al enemigo. Los triunfos, las derrotas y la muerte todo está en manos del Todopoderoso, que exalta hoy á los que habia humillado ayer.» Animados con esta arenga los guerreros árabes, dirigianse con su anciano gefe á la Aquitania, ansiosos de vengar su anterior desastre y la sangre de Abderrahman; mas al atravesar los desfiladeros de la Vasconia, encontraron á aquellos rudos montañeses preparados á atajarles el paso, y cayendo bruscamente sobre los musulmanes los obligaron á retroceder con gran pérdida y á replegarse sobre el Ebro. Segundo ejemplo que encontramos de resistencia de parte de los naturales de España á las armas sarracenas, todo en la cadena de los Pirineos (734). Costóle á Abdelmelek ser depuesto por el walí de Africa, á quien preguntaba ya el Califa en qué consistia que saliesen tan desgraciadas todas sus empresas contra los hombres de Afranc (1)

El desastre de Abdelmelek infundió nuevo desaliento en las tribus de España, y el gobierno de Damasco nombró emir de esta tierra á Ocba ben Alhegag, cuya cimitarra se habia distinguido en Africa en las guerras contra los berberiscos. Tenia tambien fama de justo y de severo, y á ella correspondieron bien sus actos de gobierno en España. Ocba se mostró inexorable con los dilapidadores y concusionarios; quitó las alcaidías á los caudillos acusados de avaros ó crueles, y llenó las cárceles de malversadores y esactores injustos. El delito mas grave para este emir en un funcionario del gobierno, era el que oprimiese á los pueblos por saciar su codicia. Ocba era en esto inflexible. Ademas de haber establecido cadies ó jueces para que administrasen rectamente justicia, ordenó que los walíes organizáran partidas de seguridad pública para la persecucion de los ladrones y bandidos: llamábanse esta especie de celadores *kaziefes* (descubridores); institucion pareci-

(1) Ebn Khaldun, apud Ahmed Almakari. —Isidor. Pacens. Chron.

da á la que posteriormente han adoptado las naciones modernas, bajo denominaciones diferentes, como cuadrilleros, miqueletes ó gendarmes, acomodando su nombre y organizacion á las circunstancias y á la índole de cada gobierno y pais. Ocba deslindó las atribuciones de las autoridades, empadronó todos los vecinos de todas las poblaciones, é igualó los tributos sin distincion de orígenes ni de creencias. Creó escuelas y las dotó con las rentas públicas: mandó construir mezquitas y oratorios, y dispuso que hubiese en ellas predicadores y maestros que enseñasen la religion al pueblo. Era el emir irreprensible en su porte, amábanle los buenos y temíanle los malos. Examinó la conducta de Abdelmelek, y no hallándole delincuente, le nombró comandante de la caballería con destino á la frontera del Norte. El mismo Ocba se encaminaba hácia el Pirineo para invadir la Aquitania, cuando en Zaragoza recibió órdenes del wali de Africa en que le mandaba sin demora se pusiese en camino para aquella tierra, donde los turbulentos berberiscos de Magreb con nuevas rebeliones amenazaban sériamente la autoridad del Califa, y hacian necesaria la presencia de un caudillo cuyo alfange habia domado otras veces á los inquietos africanos. Obedeció Ocba, y regresando apresuradamente á Córdoba, pasó á Africa con un cuerpo escogido de caballería (737).

Coincidió este suceso con la muerte de Pelayo, á quien sucedió en el reino por consejo y determinacion de los grandes su hijo Favila, que en un corto reinado de menos de dos años no hizo cosa digna de la historia, dice el cronista Salmantino (1), sino haber construido cerca de Cangas la iglesia de Santa Cruz que poco há hemos mencionado. Era la caza la pasion favorita de este príncipe, y entregado á esta diversion pereció un dia desgarrado por un oso que habia tenido la imprudencia de irritar (739). Aunque Favila habia dejado hijos, ninguno de ellos fué llamado á reinar, acaso por sus pocos años, y dióse la soberanía al yerno de Pelayo, casado con su hija Ermesinda, llamado Alfonso, hijo de Pedro, duque tambien de Cantabria y de la noble sangre goda (2). Era el nuevo príncipe hombre de ánimo esforzado, inclinado á la guerra, emprendedor y atrevido, y el mas propio para mandar en aquella sazon al pueblo y gobernarle. Ardia ya Alfonso en deseos de acometer alguna empresa con los vencedores de Covadonga, y á este propósito co-

(1) Propter paucitatem temporis nihil historiæ dignum egit. Sebast. Salmant. Chron. n. 12.

(2) Afirma Mariana equivocadamente haber muerto Favila sin sucesion; y consiguiente á este yerro, que una inscripcion de la iglesia de Santa Cruz desmiente expresamente, comete otro mayor y de mas trascendencia, que es suponer que Alfonso fué nombrado rey, *«segun que estaba dispuesto en el testamento de don Pelayo.»* Ni da nadie noticia de semejante testamento, ni la monarquía entonces era todavía hereditaria, sino electiva como en tiempo de los godos.

menzó por excitar el celo religioso y guerrero de aquellos moradores, exhortándoles á salir de sus estrechas guaridas y á emprender la guerra de agresion contra los infieles, en lo cual no hacia sino seguir los instintos de su natural belicoso y fiero.

Brindábale oportuna ocasion el estado en que los musulmanes se hallaban del otro lado de los Pirineos. Allá en la Galia llevaba Cárlos Martéll mas de ocho años gastándoles las fuerzas con su prodigiosa actividad. Disputábanse con furor sangriento la posesion de la Provenza y de la Septimania. Marsella, Arlés, Avignon, Nimes, Beziers, Narbona, todas las ciudades del Sur de la Galia de que se habian posesionado los sarracenos, perdidas y recobradas alternativamente por árabes y francos, eran teatro de las devastaciones del feroz Cárlos, que en su furor de destruir pretendió hasta incendiar el maravilloso y colosal anfiteatro romano de Nimes. Guerra de esterminio era la que se hacia á los árabes por el Mediodía de la Francia. «Porque francos y sarracenos, dice con loable imparcialidad un historiador moderno de aquella nacion, bárbaros del Norte y bárbaros del Mediodía, parecia competir en aquella época desastrosa en menosprecio de la especie humana; y aun en esta triste rivalidad los francos excedian en mucho á los árabes. Desapiadados estos en el combate, pero tolerantes y humanos despues de la victoria, tenian aliados y súbditos, mientras los francos no tenian sino enemigos, y nadie jamás aplicó tan duramente como ellos el *væ victis* de Roma (1).» Asi cuando la muerte sorprendió en 741 al furibundo gefe de la raza Carlovingia, dominaba la Provenza, y tenia reducidos á los árabes á Narbona y á la insegura posesion de algunas ciudades de la Septimania.

En Africa habia conseguido Ocba sujetar á los inquietos berberiscos, derrotó muchas de sus tayfas, y dispersó á los mas rebeldes por el desierto. Pero el temor de nuevas insurrecciones le detuvo en Africa por espacio de cuatro años, y cuando regresó á España la encontró en el mayor desórden. Durante su ausencia, los walies y los gobernadores subalternos, mas ocupados en guerras y rivalidades de raza que en el gobierno de los pueblos y en el progreso del Islam, no habian pensado en empresa alguna del otro lado de las fronteras. La discordia reinaba en todas partes. Solo Abdelmelek habia hecho

(1) Saint-Hilaire, Hist. d' Espagn. lib. III, c. 3. «El duque de Austrasia, dice tambien Romey, se mostraba mas bárbaro con los cristianos que ninguno de los generales musulmanes que habian invadido el pais. Asi la memoria y el odio de la invasion de Cárlos Martéll han vivido mas tiempo en la Septimania que la memoria y el odio de la ocupacion sarracena.» Hist. d' Espagn. part. II., c. 4. «Aun pueden verse, dice Agustin Thierry hablando del famoso anfiteatro de Nimes, bajo las arcadas de sus inmensos corredores, todo lo largo de las bóvedas, las negras manchas trazadas por las llamas en los sillares que no pudieron ni destruir ni devorar.» Lettres sur l' Histoire de France.

esfuerzos por sostener el honor de las armas muslímicas, y acudido á reprimir las inquietudes de las fronteras. Ocba le dió las gracias por su celo y sus servicios, mas habiendo enfermado el emir en Córdoba, sucumbió sin haber podido hacer otra cosa que dejar el gobierno de España en manos de Abdelmelek como el mas digno.

Completemos el triste cuadro que para los musulmanes ofrecia el estado de su imperio en Africa y España, cuando Alfonso I. de Asturias se preparaba á hacer su primeras excursiones.

Horribles guerras entre árabes y berberiscos habian vuelto á ensangrentar el suelo africano desde la salida de Ocba. Aquellas bárbaras, numerosas y turbulentas tribus berberiscas, catervas de salvages de cetrinos rostros, ennegrecidos del sol, cubierta solo su cintura con un delantal corto y grosero, siempre de mal grado sujetos, montados en ligerisimos caballos, perpétuamente rebeldes al yugo de los árabes, habianse insurreccionado de nuevo, y vencido en dos mortíferas batallas las huestes árabes, egipcias y sirias, la una cerca de Tánger, en que veinte y cinco mil árabes con su gefe el anciano Koltum *recibieron el martirio*, la otra á las márgenes del Masfa, en que despues de otra semejante y no menos espantosa carnicería, obligaron á un cuerpo de veinte mil sirios mandados por Baleg y Thaalaba á refugiarse en Ceuta, desde donde acosados por el hambre imploraron el socorro de sus hermanos de España. Negósele al principio el emir de Córdoba Abdelmelek; y á un piadoso musulman, Zehiad ben Amru, que de su cuenta los envió barcos con provisiones, le hizo arrancar los ojos y ahorcarle entre un cerdo y un perro para ignominia y afrenta y ejemplar escarmiento de los que imitarle pensáran. Mas noticiosos los berberiscos de España de los triunfos de sus hermanos en la Mauritania, revolucionáronse tambien contra el emir, especialmente los de Galicia, y marcharon los unos sobre Toledo, los otros sobre Córdoba. Encerrado por ellos Abdelmelek en esta última ciudad, llamó entonces él mismo á los sirios de Ceuta, y los hizo trasportar, á condicion de que habian de reembarcarse cuando él lo creyera oportuno. Baleg, en el apuro en que se hallaba, aceptó todas las condiciones.

Vinieron, pues, los veinte mil sirios á España en una desnudez espantosa. Vestidos y armados que fueron, unidos á los árabes andaluces pelearon con los berberiscos y los derrotaron, vengando el desastre de Masfa. Mas cuando Abdelmelek no tuvo necesidad de ellos, y en cumplimiento del tratado quiso hacerlos reembarcar para Africa, negáronse á ello abiertamente, los auxiliares se convirtieron, como de comun acontece, en enemigos, pusiéronse sobre Córdoba, apoderáronse de Abdelmelek, y no olvidando Baleg su primera

negativa de socorro, sin respeto á la blanca cabellera del anciano emir, impúsole el castigo que él habia ejecutado en Zehiad, hízole ahorcar entre un perro y un cerdo. Asi los sirios se trocaron de miserables aventureros en señores de España, y aclamaron emir á su gefe Baleg (entre los años 742 y 743). No sufrieron los árabes andaluces que unos estrangeros les pusieran asi la ley, y se revolucionaron. Tambien Thaalaba, segundo gefe de los sirios, se negó á reconocer la eleccion de Baleg. La mas completa escision y anarquía se declaró en los ejércitos musulmanes. Vino á aumentar la confusion y el desórden el walí de Narbona Abderrahman ben Alkamah, uno de los árabes mas ilustres, que á la cabeza de un gran número de descontentos acudió desde la Septimania á medir sus fuerzas con Baleg. Encontráronse los walíes en los campos de Calatrava (Calat-Rahba), batiéronse cuerpo á cuerpo, la lanza de Abderrahman atravesó el cuerpo de Baleg, derrotó su hueste y fué apellidado *al Mansur* (el victorioso). Reunió Thaalaba los restos del ejército sirio, se apoderó de Merida (743), pasó á Córdoba y se hizo proclamar emir. Tal era el estado de desconcierto del imperio muslímico en la Galia, en Africa y en España (1).

Por su parte los cristianos del Norte, gallegos, cántabros, vascones y euskaros, mal sujetos á la dominacion sarracena, apoyados los unos en sus vecinos de Aquitania, alentados los otros con el ejemplo de los asturianos, y animados todos con las discordias en que se destrozaban las razas y bandos del pueblo muslímico, hacian esfuerzos ó por defender ó por rescatar su independencia, y aunque sin concierto todavía ni combinacion, comenzaban á entenderse, porque los impulsaba un mismo pensamiento, los unia un mismo peligro, un mismo odio al estrangero, una misma fé.

Conoció Alfonso de Asturias todo el partido que de este concurso de circunstancias podia sacar, y resolvióse á levantar el pendon de la conquista y á ensanchar los reducidos límites de su reino, saliendo de los atrincheramientos rústicos á que estaba concretado. Compartió el mando de las tropas de la fé con su hermano Fruela, y con animoso corazon franqueó las montañas que dividen las Asturias de Galicia (742). O mal guarnecido, ó abandonado entonces acaso este pais por los sarracenos disidentes, Lugo vió con alegría hondear en su recinto el estandarte de los cristianos; Orense y Tuy recibieron con júbilo las bandas libertadoras de la fé las ciudades de la Lusitania, Braga, Flavia, Viseo, Chaves, acogian con entusiasmo á sus hermanos de Asturias. Lástima grande que las crónicas no nos hayan relatado

(1) Isid. Pacens. Chron. n. 68 y sig.—Conde, part. I., cap. 29 y sig.—Ben Alabar de Valencia, en Cassiri, tom. 2.

sino en conjunto la série de las conquistas ejecutadas por el esforzado Alfonso, ni fijado con exactitud el órden de las excursiones, ni dado noticia cierta de las dificultades con que hubo de tener que luchar en su atrevida cruzada. Refiérennos en globo haber tomado, ademas de las espresadas ciudades, las de Ledesma, Salamanca, Zamora, Astorga, Leon, Simancas, Avila, Segovia, Sepúlveda, Osma, Saldaña, Auca, Clunia y otras muchas de los territorios de Cantabria, Vizcaya, Alava, hasta el Bidasoa y los confines de Aragon, llevando sus armas victoriosas desde el Océano Occidental hasta los Pirineos, y desde el Cantábrico hasta las sierras de Guadarrama y últimos términos de los Campos Góticos que taló y yermó (1), recorriendo con sus triunfantes pendones una cuarta parte de la Península.

Suponemos que haria en diferentes años estas rápidas y gloriosas escursiones, las cuales por otra parte no podian ser conquistas permanentes: antes bien la devastacion y el incendio iban señalando las huellas de la marcha de Alfonso. Los campos eran talados, desmanteladas las poblaciones, las guarniciones sarracenas degolladas, los hijos y las mugeres de los vencidos llevados como esclavos, los cristianos mismos recogidos para poblar con ellos las comarcas de Cantabria, Alava y Vizcaya, menos expuestas á la invasion de los musulmanes. Solo conservó y fortificó las ciudades de las montañas limítrofes á sus antiguos estados, las que se prometia poder conservar. Leon y Astorga eran de este número: Un historiador arábigo describe así las espediciones de Alfonso: «Entonces vino Adefuns, el *terrible*, el *matador de hombres*, el *hijo de la espada:* tomó ciudades y castillos, y nadie osaba hacerle «frente; mil y mil musulmanes sufrieron por él el martirio de la espada; que«maba casas y campiñas, y no habia tratados con él (2).» Aterraban á los árabes aquellos rudos montañeses, con sus largas cabelleras, sus groseras mallas de hierro, armados de hondas, del dardo ibero, del puñal cántabro, de horquillas de dos puntas, de aguzados chuzos y de cortas y cortantes guadañas, precipitándose de las sierras sobre los valles y campiñas.

En las poblaciones que conservaba, iba Alfonso restableciendo el culto católico, reponiendo obispos, restaurando ó erigiendo templos y dotando iglesias, lo cual le valió el dictado de *Católico*, que siglos adelante habia de aplicarse á otro rey de España para seguir siendo apelativo de honor de los monarcas españoles. Para defensa y seguridad de las fronteras, en las quebradas y en los lugares mas enriscados de las breñas y montes iba tambien

(1) Campos quos dicunt ghoticos usque ad flumen Dorium cremavit. Chron. Albeld. n. 52.—Los *Campos Góticos* se estendian entre el Duero, el Esla, el Pisuerga y el Carrion. Hoy se llama este pais *Tierra de Campos*, y pertenece á Castilla la Vieja.

(2) El Laghi, citado por Faustino Borbon, *Cartas*, p. 176.

erigiendo fortalezas y castillos, *Castella*, de donde mas adelante habian de tomar su nombre dos provincias de España. Asi empleó Alfonso los 18 años de su reinado, de modo que á su muerte, acaecida en 756, el reino de Asturias se estendia, aunque inseguramente y sin solidez, por toda la ramificacion de los Pirineos desde Galicia y la Cantabria hasta la Vasconia. Murió Alfonso en Cangas, y sus restos mortales fueron sepultados en el monasterio de Santa María de Covadonga que él habia fundado, donde fueron tambien trasladados los de Pelayo. Las crónicas cristianas cuentan los milagros que señalaron sus últimos momentos, y dicen que en su entierro se oyó á los ángeles cantar en armoniosos coros el salmo: *Ecce quomodo tollitur justus* (1).

Grandemente habia favorecido al éxito de las correrías militares de Alfonso el anárquico estado en que los musulmanes continuaban, no mas lisonjero que el que anteriormente hemos descrito. Cierto que en Africa el emir Hantala habia logrado vencer y sujetar, momentáneamente al menos, la raza indomable de los berberiscos. Pero la idea de descargar el suelo africano de esta gente feroz y desalmada trasplantándola á nuestra Peninsula vino á aumentar los elementos de discordia que ya pululaban en ella. Quince mil *magrebinos* fueron trasportados á España al mando del emir Hussan ben Dirhar, llamado tambien Abulkatar. Llegaron estos africanos á dar vista á Córdoba á tiempo que Thaalaba iba á degollar en las afueras de esta ciudad mil prisioneros berberiscos. Preparábase una inmensa muchedumbre á presenciar el horrible suplicio de aquellos infelices, cuando entre nubes de polvo se divisaron banderolas y turbantes y el brillo de fulgentes armas. A la llegada de Abulkatar se suspendió la sangrienta ejecucion; los que iban á ser sacrificados fueron puestos en libertad, ordenó Abulkatar la prision de Thaalaba, y encadenado le envió á Africa á disposicion del emir (744).

Deseoso Abulkatar de poner término á las escisiones en que se despedazaban las diversas razas de los musulmanes españoles, é informado de que una de las causas mas fuertes de las discordias era la reparticion de tierras, aspirando todos á poseer las fértiles campiñas de Andalucía, y principalmente los árabes y sirios que se creian con derecho de preferencia en la reparticion, como lo eran en la gerarquía religiosa, quiso por un medio ingenioso cortar todas las disputas, acallar todas las pasiones y contentar todas las voluntades, haciendo una nueva y general distribucion de territorios, señalando á cada tribu aquellas tierras ó comarcas que mas se asemejasen á su pais natal, y cuyo suelo y clima les suscitase mas dulces recuerdos de su patria.

(1) Sebast. Salmant. n. 15—Silens. 26.—Chron. Ovet. p. 65.

Asi á los de la Palestina les señaló el pais montuoso de Ronda, Algeciras y Medina Sidonia, que podian recordarles su Líbano y su Carmelo: los que habian pastoreado en las márgenes del Jordan estableciéronse en Archidona y Málaga, á orillas del Guadalhorce, que corre como el Jordan entre pintorescos valles; asentáronse los de Kinserina en tierra de Jaen; algunos persas se quedaron en Loja; los de Wacita en los alrededores de Cabra; los del Yemen y Egipto obtuvieron las comarcas de Sevilla, de Ubeda, Baza y Guadix; á otros egipcios les fué designada la tierra de Osonoba y Beja; los de Damasco no hallaron pais ni cielo que les representára mejor los jardines y verjeles que rodeaban la córte de sus Califas, que las márgenes del Genil y la vega de Garnathah y de Elvira, y adoptaron por nueva patria el pais de Granada: á los árabes de Palmira les fueron señaladas las campiñas de Murcia y las comarcas orientales de Almería que formaban la tierra de Tadmir. Por algun tiempo llamaron á Elvira *Damasco*, á Málaga *Arden*, á Jaen *Kinserina*, á Murcia *Palmira*, *Palestina* á Medina Sidonia, y asi á las demas (1).

Estas adjudicaciones no se hicieron sin perjuicio de los cristianos, saliendo entre ellos el mas lastimado en sus intereses el godo Atanaildo, que por muerte de Teodorico obtenia el señorío de la tierra de Murcia. Impúsole Abulkatar fuertes tributos para el mantenimiento de los nuevos colonos, ó creyéndose ó suponiéndose desobligado el emir de guardar los convenios y estipulaciones ajustadas entre Teodomiro y Abdelaziz. Asi fué desapareciendo aquel estado que el valor de Teodomiro habia sabido conservar enclavado entre los dominios musulmanes, sin que de él vuelva á hacer mencion la historia (2).

Lo que se hizo para traer las tribus á una concordia vino á ser causa de disturbios mayores. Samail, jóven sirio de ilustre cuna, pero de genio inquieto y díscolo, práctico en el ejercicio de las armas y astuto para tramar conspiraciones, alzó el estandarte de la rebelion so pretesto de que la tribu del Yemen, á que pertenecia Abulkatar, habia sido la mas favorecida en la distribucion de los lotes. Adhiriósele Thueba ben Salemi, aunque yemenita, y juntos declararon una guerra cruel á Abulkatar y á las tribus de su partido. Nada puede dar mejor idea del estremado encono á que se dejaron llevar en esta guerra aquellas razas vengativas que la descripcion que hace un historiador arábigo de las batallas que se dieron cerca de Córdoba. «Fué «(dice) como un duelo caballeresco entre dos ejércitos de quince á veinte mil

(1) Xerif Aledris. Geogr.—Ben Alabar, Cassiri, tom. 2.—Conde, cap. 33.—Al Kattib de Granada, part. 1.

(1) Segun el Pacense, le exigió 27,000 sueldos. Chron. n. 39.

hombres cada uño... No hubo lanza que no se rompiera, y los caballos heridos y sofocados por el calor, ni obedecian ya al freno, ni podian moverse: echaron los ginetes pié á tierra, y arremetiéronse espada en mano.... la mayor parte rompieron tambien sus aceros, pero no por eso dejaban de combatir, los unos con el pedazo de alfange que en la mano les quedaba, los otros hasta con puñados de arena y de guijo. Los que no hallaban con que herirse se abrazaban cuerpo á cuerpo, se asian por la garganta, por los cabellos, luchando, haciéndose rodar por el polvo, sobre los cuerpos de los heridos, de los moribundos, de los muertos. Hácia el medio dia la victoria estaba indecisa, faltaban ya á todos las fuerzas..... cuando de repente vienen de Córdoba algunos centenares de hombres á mezclarse en la pelea. No eran guerreros, era un populacho tumultuoso de artesanos, de ganapanes, de carniceros, ávidos de sangre, armados de lanzas ó de espadas, de hachas, de palos, de cuchillos ó de piedras..... que en otra ocasion no hubieran excitado sino risa, pero que en la crisis en que la lucha se hallaba no tuvieron que hacer sino ó prender ó degollar.... (1).»

Alzóse Thueba de resultas de esta batalla con el poder soberano de la Península: recompensó á Samail dándole el emirato independiente de Zaragoza y de la España Oriental, pero los walíes de Toledo y de Mérida se negaron á obedecer al usurpador. Así se fraccionaba ya en pedazos el imperio fundado por Muza y Tarik. La anarquía, el desórden y la inseguridad eran tales, que hasta los labradores y pastores tenian que defender con sus armas sus propiedades y ganados. Era esto en ocasion en que Alfonso de Asturias paseaba los estandartes cristianos desde la Lusitania hasta la Vasconia. Aprovechábase bien Alfonso del desconcierto de los musulmanes. En tan angustiosa situacion las diferentes razas de árabes, sirios, egipcios, persas, yemenitas y berberiscos, por un natural instinto de conservacion acordaron dar una tregua á sus rivalidades y reunir todas las fuerzas del Islam bajo la autoridad única y central de un emir. Congregáronse los mas nobles jeques en Córdoba en una especie de asamblea general de los estados musulmanes, y conviniendo en la necesidad de elegir un gefe bastante enérgico que administrára justicia por igual, y los sacára á todos de aquel estado de anarquía, recayó la eleccion en Yussuf ben Abderrahman el Fehri, noble coraixita y caudillo acreditado, que habia sabido mantenerse estraño á todos los partidos, siendo por esta razon recibido su nombramiento con aplauso y contentamiento universal (746).

Dedicóse Yussuf á escuchar y satisfacer las quejas de los pueblos; arregló

(1) Manuscrito árabe de la Biblioteca Real de París, citado por Fauriel, tom. III.

la administracion, reformó la estadística, destituyó á los malos gobernadores, consagró la tercera parte de las rentas de cada provincia á la construccion de mezquitas y á la reparacion de puentes y caminos, y dividió la España muslímica en cinco grandes provincias ó emiratos, cuyas capitales eran: Córdoba, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. De hecho el emir de España obraba ya con independencia del Califa de Damasco, ó era por lo menos una dependencia casi nominal. De ello se valió el ambicioso Ahmer ben Amru, walí de Sevilla, para intrigar con el Califa contra Yussuf y Samail á quienes aborrecia mortalmente. Descubrióse la intriga por una carta que le fué interceptada. Yussuf y Samail trataron de deshacerse de Ahmer y no pudieron lograrlo (753). Nuevas guerras civiles volvieron á ensangrentar los campos de la España musulmana, porque le fué fácil á Ahmer indisponer de nuevo á las siempre rivales y jamás bien unidas tribus. Pelearon, pues, otra vez encarnizadamente árabes, sirios, egipcios y mauritanos, y guerrearon entre sí los emires y walíes de Córdoba, Zaragoza y Toledo. Toda la España ardia en guerras civiles: todos sufrian; era un estado insoportable. Veremos como el mismo exceso del mal les inspiró el remedio.

CAPITULO IV

LOS OMMIADAS DE CORDOBA.

De 756 á 774.

Revolucion en Oriente.—Cambio de dinastía en el califato de Damasco.—Los Omeyas.—Los Abassidas.—Horrible esterminio de la familia destronada.—Aventuras del jóven Abderrahman el Beni Omeya.—Acuérdase la fundacion de un imperio independiente en España.—El proscripto Abderrahman es llamado de los desiertos de Africa para ocupar el trono muslímico español.—Su recibimiento en Andalucía.—Prosiguen las guerras civiles.—Yussuf y Samail.—Triunfos de Abderrahman.—Los hijos de Yussuf.—Marsilio.—Irrupciones de africanos.—Nuevos triunfos y nuevas contrariedades de Abderrahman.—Sitio de Toledo.—Guerra de las Alpujarras.—Espantosa noche en Sevilla.—Sosiégase la Andalucía.—Considerable fomento y desarrollo que dan á su marina los árabes de España.

«Loado seas, Señor Dios, dueño de los imperios, que das el señorío á quien quieres, y ensalzas á quien quieres, y humillas á quien quieres. En tu mano está el bien y el mal, y tú eres sobre todas las cosas poderoso.» Así exclama un autor arábigo al dar cuenta de la gran revolucion y mudanza que sufrió el imperio muslímico, y que vamos á referir nosotros en el capítulo presente.

No era solamente en África y en España, no era solo en estos dos emiratos dependientes de Damasco donde ardia el horno de las guerras civiles, donde lo devoraba todo el fuego de la discordia: acontecia otro tanto en Siria, en el centro del imperio, en la córte misma de los Califas. Por eso no podian ni reprimir con mano fuerte las revueltas de África y España, ni atender al buen gobierno de estas dependencias, ni evitar que se desgarráran en disensiones. Antes bien veian cómo se iban aflojando los lazos de estas provincias

con el gobierno central, y cuando los walíes de las ciudades procedian á nombrar su emir de propia autoridad y sin consultar á Damasco, como sucedió con Yussuf en España, la situacion vacilante y débil en que se encontraban los Califas los obligaba á ratificarlo, ya que no podian impedirlo.

Combatido y vacilante traian las contiendas civiles el trono imperial de Damasco, principalmente en los cuatro últimos reinados desde Walid ben Yezid hasta Meruân, todos de la ilustre familia de los Beni-Omeyas, que habia dado catorce Califas al imperio. Meruân veia la marcha que hácia la emancipacion iban llevando las provincias mas apartadas. Pero amenazábale todavía otro mayor peligro. La raza de los Abassidas (Beni-Alâbas), descendientes de Abbas, tio de Mahoma, y abuelo de Alí, aquel á quien el profeta habia dado en matrimonio su hija Fátima, aspiraba á suplantar en el trono á los Ommiadas ó descendientes de Abu Sofian. Uno de ellos, Abul-Abbas el Seffah, ayudado de su tio Abdallah, y del vazir Abu-Moslema, hombre feroz, tipo de los déspotas de Oriente, á quien no se habia visto reir en su vida, y que se jactaba de haber muerto medio millon de hombres, levantó el negro pendon de los Abassidas contra el estandarte blanco de los Omeyas, en cuyos colores se significaba la irreconciliable enemistad de los dos bandos. Meruân llamó á todos los fieles á la defensa de la antigua dinastía imperial; pero emprendida la guerra, perdió Meruân el trono y la vida en una batalla á manos de Saheh, hermano de Abdallah. Abul-Abbas se sentó en el trono de Damasco. Gran revolucion en el imperio muslímico de Oriente. Ella se hará sentir en España (749).

Horrible y bárbaro furor desplegaron los vencedores contra la familia del monarca destronado. Propusiéronse exterminar hasta el último vástago de la noble estirpe de los Omeyas. Todos los que podian ser habidos eran degollados. Noventa miembros de aquella ilustre raza habian hallado asilo cerca de Abdallah, tio del nuevo Califa; convidóles aquél á un festin en Damasco, como en demostracion de querer poner un término á las discordias. Cuando los convidados aguardaban á los esclavos que habian de servirles á la mesa esquisitos manjares, entraron de tropel en el salon del banquete los verdugos de Abdallah, y arrojándose á una señal suya sobre los noventa caballeros, apaleáronlos hasta hacerlos caer exánimes. El feroz Abdallah hizo extender una alfombra sobre aquellos cuerpos expirantes, y sentado con los suyos sobre el sangriento lecho, tuvo el bárbaro placer de saborear las delicadas viandas oyendo los gemidos y sintiendo las palpitaciones de sus víctimas. Otro tio de Abul-Abbas hizo degollar á los Ommiadas de Bassorah, y arrojó sus cadáveres á los campos para que los perros y los buitres les dieran se-

pultura. Falta serenidad y aliento para referir el refinamiento de los suplicios inventados para acabar con la familia y raza de los Omeyas (1).

Solo un tierno vástago de aquella esclarecida estirpe, mancebo de veinte años, ausente de Damasco al tiempo de las ejecuciones, habia logrado salvar su cuello de la tajante cuchilla de los Abassidas. «Bendito sea aquel Señor, «vuelve á exclamar aqui el escritor arábigo, en cuyas manos están los imperios, que dá los reinos, el poderío y la grandeza á quien quiere..... Estaba «escrito en la tabla reservada de los eternos decretos que á pesar de los Beni-Alabâs, y de sus deseos de acabar con toda la familia de los Beni-Omeyas, todavía se habia de conservar una fecunda rama de aquel insigne tronco, que se estableceria en Occidente con floreciente estado.» Era este jóven Abderrahman ben Moawiah, nieto de Hixem, décimo Califa de los Omeyas. Huyendo este jóven principe de la furiosa persecucion de los sacrificadores de su familia, refugióse á Egipto, donde anduvo errante de lugar en lugar, temeroso siempre de ser reconocido. Espiados alli sus pasos, tuvo que pasar al pais de Barca, donde entre aquellas tribus salvages halló una hospitalidad que le era negada en su patria. Alli el ilustre proscrito, criado en las delicias de la córte y del serrallo, hacía la vida agreste del beduino, manteniéndose de leche y de cebada medio cocida, y abrigándose en un humilde aduar, pero admirando á todos por su agilidad y destreza en el manejo de un caballo, por su conformidad en las privaciones, por el sufrimiento en las fatigas y por la serenidad en los peligros. Un dia llegaron alli los emisarios del Califa con un grueso destacamento de caballería: «¿Está por aqui, preguntaron á los beduinos, Abderrahman el Beni-Omeya?—Aqui ha venido, respondieron, un jóven desconocido que acompaña á la tribu en sus cacerías: hácia aquel valle ha salido con otros jóvenes á la caza de los leones.» Y les señalaron una lejana cañada. Dirigiéronse alli los satélites del Califa, y entretanto avisado Abderrahman pudo fugarse con seis animosos jóvenes del aduar, que se brindaron á escoltarle

Caminaron los siete viageros cruzando montes y collados de arena, oyendo á su paso el rugido de los leones y el maullido de los tigres, y errando de desierto en desierto llegaron á Tahart, en la Mauritania, capital de la tribu de los zenetas, donde habia nacido Tarik el conquistador de España (2). La madre de Abderrahman era tambien originaria de aquella tribu. Alli encontró el jóven príncipe su patria. Su desgracia, su amabilidad, su noble continente,

(1) Abul Feda, Annal. moslem.—D' Herbelot, Bibliotec. Orient.—Conde, part. I., c. 39.—Al Makari, History of the mohamm. dinast.—Roder. Tolet. Hist. Arab.

(2) Es tambien el pais donde en nuestros dias se estableció, segun Defrance, el célebre Abdelkader. Pertenecia al Algarbe ó Mogreb del Mediodía.

interesó á los jeques de aquella rústica tribu, y todos le ofrecieron proteccion. Pero hasta en aquellas apartadas comarcas le perseguia el odio inextinguible del Califa (1).

Acontecia esto en ocasion que la guerra civil asolaba las mas fértiles provincias de nuestra España, cuando Yussuf, Samail y Ben Amrû, y las razas partidarias de cada caudillo traian los pueblos fatigados con sus peleas, y los hacian víctimas de sus rivalidades y particulares enconos. El mismo exceso del mal, deciamos al terminar el anterior capítulo, les inspiró el remedio. Resueltos á oponer un dique al torrente de tantas calamidades, acordaron los ancianos y jeques de todas las tribus celebrar una junta en Córdoba, con objeto de arbitrar un medio de salir de tan angustioso y aflictivo estado. Congregáronse hasta ochenta venerables musulmanes con sus largas y blancas barbas, como por milagro escapados de la muerte en tantas guerras civiles (2). Convinieron todos en la poca esperanza que habia de poder salvar la España musulmana de los horrores de la anarquía, y en el ningun remedio que podian aguardar de la córte de Damasco, agitada como estaba ella misma y á tan larga distancia de la Peninsula. Ayub el de Emeso propuso como único medio de salvacion elegir un gefe que los gobernára con independencia del imperio de Oriente, y ante el cual todos se inclináran, pues ni ellos ni los pueblos debian ser por mas tiempo juguete de las miserables ambiciones de sus caudillos. ¿Pero dónde hallar un hombre que reuniera tan excelentes dotes como se necesitaban para salvar asi la causa del Islam en España? Suspensos estaban todos, hasta que se levantó Wahib ben Zahir, diciendo: «La eleccion de un príncipe no es dudosa: yo os propongo un jóven descendiente de nuestros antepasados Califas, y del linage mismo del Profeta. Proscrito y errante vaga ahora por los desiertos de Africa sin familia ni hogar; pero aunque perseguido y prófugo, es tal su superioridad y su mérito, que hasta los bárbaros le quieren y le veneran. De Abderrahman os hablo, el nieto del Califa Hixem ben Abdelmelek.» Aprobaron todos los jeques el pensamiento, y acordó la asamblea que Theman y Wahib pasasen en comision á Africa á ofrecer en su nombre al fugitivo huérfano Beni-Omeya un trono independiente en la Peninsula española. Partieron los emisarios, y los demas quedaron prepa-

(1) Conde, part II., c. 1,

(2) Id. cap. 2. Es la segunda vez que vemos á los musulmanes de España reunirse en asamblea para elegir un gefe que los gobernára. Creemos por lo tanto que se equivocó el ilustrado Roscew-Saint-Hilaire, cuando al hablar de la que antes celebraron los jeques de las tribus árabes y egipcias para nombrar á Yussuf dice: «Esta asamblea, única de este género de que hallamos vestigio en los historiadores árabes.........» Histoir. d' Espaga. lib. III. c. 3.

rando los ánimos para el buen éxito de la importante resolucion acordada en la asamblea (1).

Mientras los comisionados desempeñaban su encargo cerca del príncipe sirio, á quien hallaron en un pobre aduar de la tribu de los zenetas, Yussuf, vencedor en Aragon del rebelde Amrú, después de haber tenido á éste, con su hijo y su sagaz secretario el Zohiri, encarcelados en Zaragoza, habíalos conducido á Toledo en camellos y con cadenas. Descansado que hubo algunos dias en aquella ciudad, partía para Córdoba con los caudillos de Andalucía, cuando una tarde, reposando con su familia en un ameno y frondoso valle del camino, llegaron dos mensageros anunciándole que los pueblos de tierra de Elvira estaban esperando con ánsia la llegada de un príncipe Ommiada, á quien habian ofrecido el gobierno de España, y que era universal el levantamiento y entusiasmo por aquel príncipe. Indignado con esta nueva Yussuf, descargó su cólera y rabia sobre los infelices prisioneros, mandándolos despedazar en el acto. El emisario no le habia engañado. En aquellos momentos el príncipe Abderrahman con viento propicio verificaba su tránsito de las costas de Argel á las playas de Almuñecar. Agolpáronse los pueblos á recibir al ilustre vástago de los Beni-Omeyas, llamado del desierto para ocupar el trono de España (755). Acompañábanle sobre mil ginetes de la tribu africana que le habia dado asilo. No bien puso sus plantas en tierra española el jóven príncipe, la muchedumbre le victoreó con frenético entusiasmo: los jeques y caudillos de las tribus sirias y egipcias saludáronle con júbilo y rindiéronle homenage. La gallarda presencia del jóven, que entonces contaba veinte y cinco años, su talle esbelto y varonil, su dulce mirada y graciosa sonrisa, todo contribuia á aumentar la satisfaccion y á realzar la idea que les habian hecho formar de la gentileza del deseado príncipe. Escoltado por sus fieles zenetas, y seguido de una inmensa comitiva, atravesó la Alpujarra y llegó á Elvira, incorporándosele en el camino voluntarios de todas las partes de Andalucía. Toda su marcha fué una verdadera ovacion. Cuando llegó á Sevilla llevaba ya veinte mil hombres armados, y la ciudad le dispuso una entrada triunfal. Jamás príncipe alguno fué mas sinceramente aclamado. «Dios ensalce á Abderrahman ben Moawiah,» era el grito que resonaba por todas partes

Súpolo todo Yussuf el Fehri, y escusado es decir el enojo y desesperacion que le causaria. Dió órden á su hijo para que defendiese la ciudad y comarca de Córdoba, mientras él y Samail allegaban gente en las demas partes, y ponian en movimiento las tribus amigas de Mérida, Toledo, Valencia y Murcia. Pero la suerte habia abandonado á los caudillos que con sus rivalidades habian

(1) Conde, cap. 3.

manchado de sangre el suelo de España, y puéstose del lado del que aparecia en ella como el iris de paz en medio de tantas tormentas, y que habia de brillar después como un sol en despejado horizonte. El jóven Abderrahman batió al hijo de Yussuf que le habia salido al encuentro, y le obligó á encerrarse en Córdoba. Adelantábanse en tanto Yussuf y Samail con numerosas huestes, confiados en vencer fácilmente á un jóven inesperto y bisoño. Pero Abderrahman, dejando en el cerco de Córdoba diez mil infantes, salió con otros tantos caballos al encuentro de los dos orgullosos caudillos: á pesar de la inferioridad y desproporcion numérica, embistió Abderrahman con tal ímpetu, que no hubo filas que resistieran las lanzas de sus fogosos escuadrones: los dos ejércitos combinados quedaron deshechos. Yussuf no paró hasta la Lusitania; Samail con las reliquias de su gente se retiró hácia Murcia; el hijo de Yussuf salió con sus tropas desalentadas camino de Mérida, y Córdoba abrió sus puertas al vencedor.

De esta manera quedó en poder de Abderrahman la ciudad que habia de ser asiento y silla de su imperio. Y aunque todavía para asegurar su naciente trono tuvo que luchar contra récios huracanes, quedó por decirlo así instalado el imperio árabe español, independiente de Asia y África, empezando la dinastía de los Califas árabes españoles con el último y único vástago de la familia de los Beni-Omeyas, que por tantos años habia tenido el califato de Damasco.

Dióse pocos dias de reposo Abderrahman en Córdoba. Salió luego para Mérida con la mayor parte de su ejército. Las ciudades le abrian sus puertas como á un libertador, y los jeques se le presentaban á rendirle homenage. Mas noticioso el hábil Yussuf de la escasa guarnicion que en Córdoba habia dejado, dirigióse rápidamente á esta ciudad por desusadas sendas, como práctico que era ya en el pais, y apoderóse de ella por un atrevido golpe de mano. Avisado de ello Abderrahman, retrocedió con no menor precipitacion, si bien Yussuf, no teniendo valor para esperarle en la ciudad, habíase corrido ya con su hueste, reunida otra vez á la de Samail, hácia tierra de Elvira. Allí los siguió el intrépido sirio, y acosándolos por entre los desfiladeros de la Alpujarra, dióles alcance en Almuñecar (*Hins Almunecab*, fortaleza de las lomas), teatro de las primeras glorias de Abderrahman. Empeñóse allí otra mas brava y tenáz pelea, en que la fortuna favoreció segunda vez las armas del ilustre descendiente de los Califas. Retiráronse á Elvira los vencidos, y parapetáronse al abrigo de la villa de los Judíos (756). La poca gente que á Samail quedaba, el prestigio que veia ir ganando al jóven Ommiada, la idea que este último golpe le habia hecho formar de las altas prendas militares del ilustre emir, todo le movió á proponer á su compañero Yussuf el venir

á una avenencia y transaccion con el afortunado vencedor de Córdoba y Almuñecar. Accedió á ello Yussuf aunque con repugnancia. Deseaba tambien Abderrahman poner término á tan sangrienta guerra, y estipuláronse los tratos. Mostróse en ellos Abderrahman tan generoso, que queriendo premiar á Samail por la parte que habia tenido en la sumision de Yussuf, le dejó el gobierno de la España Oriental. Á Yussuf ofreció completo olvido de lo pasado, y éste por su parte hizo entrega de las fortalezas de Elvira y la Alpujarra. Tremoló pues el pendon blanco de los Ommiadas en todas las fortificaciones de las márgenes del Darro y del Genil, y los sometidos pasaron á tierra de Múrcia, donde los hijos de Yussuf, mas tenaces aun que su padre, no dejaron de conspirar y atizar de nuevo la guerra.

Terminada esta campaña, procedió el jóven emir (1) á visitar algunas provincias y ciudades principales, entre ellas Mérida, donde entró con gran pompa á la cabeza de sus fieles y distinguidos zenetas. Paseó la ciudad á caballo entre las aclamaciones de una multitud encantada de su amabilidad, gentileza y gallardía: él por su parte tuvo todavía ocasion de admirar los magníficos restos de la famosa Emérita de Augusto: trató con su genial dulzura á musulmanes y cristianos, y recibió allí los enviados de las ciudades de Estremadura y Lusitania que iban á ofrecerle sus respetos. Recorrió despues algunas comarcas de los Algarbes, y regresó apresuradamente á Córdoba, con motivo del estado crítico de la sultana Howara, que á los pocos dias le dió felizmente un hijo. Entonces, contando ya mas asegurado el trono (757), decidióse á hacer la capital del emirato asiento y córte del nuevo imperio. Las horas que los negocios del estado le dejaban libre, entreteníalas agradablemente en los bellos jardines de Córdoba que le recordaban con placer los de su amada Siria. Para que fuese mas vivo el recuerdo, plantó con su mano aquella esbelta palma que tan célebre se hizo en los anales de la España musulmana. En otro lugar hemos observado la singular circunstancia de haber sido plantada la reina de las selvas orientales por la mano de un árabe ilustre en los mismos sitios en que ocho siglos antes habia crecido el famoso plátano puesto por el mas ilustre de los capitanes romanos. Los jardines de Córdoba eran testigos de estas grandes revoluciones de los tiempos; un mismo recinto veia sucederse una planta á otra plan-

(1) Aunque el objeto habia sido hacer de España un imperio muslímico independiente, los primeros soberanos Ommiadas de Córdoba solo tomaron el modesto titulo de *Emires*: y aunque no usaron hasta mas adelante el de *Califas*, comunmente se los nombra en las historias arábigas y cristianas desde Abderrahman I. ó Califas ó reyes ó emperadores. Nosotros, hecha está salvedad, emplearemos tambien cualquiera de estas denominaciones generalmente adoptadas.

ta, un héroe á otro héroe, y un imperio á otro imperio. Pero César era guerrero é historiador, y su plátano tuvo que celebrarle un poeta de España; Abderrahman era guerrero y poeta, y él mismo compuso á su palma aquella célebre y tierna balada que los árabes repetian de memoria, y que revela toda la dulzura de sentimientos del jóven príncipe Ommiada:

Tú tambien, insigne palma,—eres aquí forastera;
De Algarbe las dulces auras—tu pompa halagan y besan.
En fecundo suelo arraigas,—y al cielo tu cima elevas,
Tristes lágrimas lloráras,—si cual yo sentir pudieras;
Tú no sientes contratiempos,—como yo, de suerte aviesa:
A mí de pena y dolor—continuas lluvias me anegan:
Con mis lágrimas regué—las palmas que el Forat (1) riega;
Pero las palmas y el rio—se olvidaron de mis penas,
Cuando mis infaustos hados—y de Alabas la fiereza
Me forzaron á dejar—del alma las dulces prendas.
A tí de mi patria amada—ningun recuerdo te queda:
Pero yo triste no puedo—dejar de llorar por ella (2).

A invitacion de Abderrahman vinieron á España muchos personages ilustres de los que por adictos á la causa de los Beni-Omeyas andaban proscriptos y errantes por Siria, Egipto y África, que fueron los troncos de otras tantas familias nobles en España. A todos los honró y distinguió el nuevo soberano, y á Moavia ben Salehi que de su órden habia ido á ofrecer una nueva patria á aquellos desterrados ilustres, le nombró *Cadí de los Cadíes* ó juez superior del nuevo imperio.

Poco tiempo gozó Abderrahman las dulzuras de sus pacíficos entretenimientos. El tenaz y nunca escarmentado Yussuf, faltando á los compromisos de Elvira, habia alzado de nuevo banderas contra el emir, llamándole el *Adaghel* (el aventurero, el intruso), y proclamándose emir legítimo de España. Dió Abderrahman el encargo de perseguirle al walí de Sevilla Abdelmelek ben Omar, el famoso *Marsilio* de las crónicas cristianas y de los romances moriscos (3), que pronto recobró las plazas de que Yussuf se habia apoderado. Alcanzándole despues en los campos de Lorca, la hueste rebelde fué acuchillada, y el mismo Yussuf se encontró entre los cadáveres acribi-

(1) El Eufrates.

(2) Traduccion de Conde. En este genero de metro, el mas usado en la poesía árabe, cada uno de los versos, divididos por dos hemistiquios, equivale á dos de los de nuestros romances.

(3) Contraccion sin duda de *Omares filius*, como llamarian los cristianos á *Ben Omar*, y despues por corrupcion *Marsilius* y *Marsilio*. Es el célebre personage mencionado en los romances de Cárlo-Magno, en los cantos de Ariosto, y en la escena del retablo de Maese Pedro en el Quijote.

llado de heridas. Su cabeza fué enviada al emir, que la hizo clavar á una de las puertas de los muros de Córdoba. Asi acabó el valeroso y tenaz Yussuf el Fehri (759). Su antiguo compañero Samail que gobernaba el oriento de España renunció el mando de su provincia y se retiró á vivir tranquilamente en su casa de Sigüenza.

¿Pero acabaron con esto las conspiraciones y las revueltas entre los dominadores musulmanes? Condenado estaba el buen Abderrahman á no gozar momento de descanso en el trono, como no le habia gozado en el destierro. Jamás imperio alguno habia sido mas espontáneamente ofrecido: ninguno habia de ser á costa de mas fatigas consolidado. Carácter era de aquellas gentes no renunciar nunca á los odios de tribu y de familia, trasmitirse el encono de generacion en generacion y no extinguirse nunca. Los hijos de Yussuf se encargaron de continuar la obra de su padre, y la bandera de la rebelion se alzaba alternativamente en la España Central y Meridional, ó en todas partes á un tiempo. Ni porque el mayor de los tres, Abderrahman, fuera cogido y su cabeza enviada á adornar la muralla de Córdoba al lado de la de su padre; ni porque al segundo, Abul Amad, prisionero á su vez, le fuera generosamente perdonada la vida; ni porque el tercero, Cassim, vencido en Sevilla y Algeciras, hallára todavía indulgencia en el magnánimo corazon de Abderrahman, que se contentaba con enviarle á una prision de Toledo, nada bastaba á escarmentar aquella familia aviesa é incorregible; y escapados de una prision ó sacados de ella por sus parciales, volvian á hacer armas y á conmover el imperio, y costábale á Abderrahman el sujetarlos ó largos cercos ó sangrientas batallas. Llegó el emir á arrepentirse de su clemencia, y el mismo Samail, cuando retirado en su casa de Sigüenza acaso no se acordaba de conspirar, hízosele sospechoso, y arrancado de su retiro y llevado á Toledo, murió al poco tiempo en un calabozo (761).

Otras contrariedades y reveses sufria entretanto por otra parte el imperio muslímico español. Narbona, aquella célebre capital de la Septimania gótica y de la Septimania árabe, caia, al cabo de cuarenta años de dominacion musulmana, en poder de Pepino, hijo de Cárlos Martéll, que llevaba siete años prosiguiendo activamente la obra de su padre. Despues de un largo asedio sucumbió aquel postrer baluarte de los mahometanos en la Galia, y la guarnicion sarracena pereció al filo de las espadas de los feroces y sanguinarios francos. Si de España habia intentado algun caudillo ismaelita llevar socorros á sus hermanos de Narbona, habia sido destrozado en el Pirineo de la España Oriental; que ya los cristianos de Cataluña se atrevian á ejemplo de los de Asturias, la Cantabria y la Vasconia, á caer sobre los infieles desde los desfiladeros de sus montañas.

Abderrahman estaba destinado á no reposar. Los Abassidas de Oriente, los mortales enemigos de su estirpe, no le tenian tampoco olvidado. Era imposible que vieran con indiferencia á un vástago de la raza proscrita fundar un imperio en Occidente. El Califa Almansur, sucesor de Abulabbas, que habia trasladado la silla del imperio á Bagdad, envió á las costas de Andalucía con poderosa hueste al walí de Cairvan Alí ben Mogueitz, que comenzó á recorrer el país excitando la insurreccion contra Abderrahman, el intruso, el usurpador, el maldecido, y proclamando al Abassida Almansur Califa de Oriente y de Occidente (763). Encendióse con esto en Toledo la llama de la rebelion mal apagada. Cada dia se allegaban nuevos rebeldes en derredor del estandarte negro de los Abassidas. Pero no amilanó esta nueva tormenta al ilustre y valeroso Ommiada, cuyo destino era pelear y vencer, estar siempre venciendo, pero siempre é incesantemente peleando. Encontráronse ambas huestes entre Badajoz y Sevilla. Siete mil abassidas quedaron en el campo. Pereció Alí entre ellos: algunos grupos de fugitivos pudieron ganar la Serranía de Ronda. Al poco tiempo de esta batalla, una mañana amaneció en la plaza pública de Cairvan un trofeo sangriento. Sobre una columna ó poste se veia clavada una cabeza humana junto con algunos truncados miembros. Encima habia un rótulo que decia: *Así castiga Abderrahman ben Moavia ben Omeya á los temerarios como Alí ben Mogueitz, walí de Cairvan.* Eran la cabeza y miembros de Alí, que el vencedor habia hecho trasportar secretamente á la capital del emirato africano. Muy irritado debia estar Abderrahman para cometer un acto de tan ruda ferocidad, habiéndose hasta entonces distinguido tanto por lo humanitario y lo clemente ¡Cuánto endurece la guerra los corazones mas propensos á la piedad! (1).

Lo peor fué que ni por eso terminaron las rebeliones. El viejo Hixem ben Adra, obstinado en sostener la doble causa de los Abassidas y de los Fehries, sorprendió á Sevilla, la saqueó, y corrió á encerrarse en Medina Sidonia, donde se habian reunido todos los caudillos facciosos. El célebre *Marsilio* fué sobre ellos, y de tal manera los apretó, que no les quedaba otra alternativa que capitular ó romper la linea enemiga erizada de lanzas. Adoptaron este último partido, y en una noche tenebrosa hicieron una arremetida súbita por dos diferentes puertas de la ciudad, logrando muchos de ellos ganar los riscos de la Serranía de Ronda. Hixem, menos afortunado y mas viejo, habiendo tenido la desgracia de que su caballo tropezase, cayó

(1) Añaden que el Califa exclamo con este motivo: «Este hombre es el mismo Eblis (*Satanás*). ¡Loado sea Dios que ha puesto un mar entre él y yo!»

en poder del torrible Marsilio, el cual temiendo que la escesiva bondad de Abderrahman le hiciese todavía gracia de la vida, le cortó inmediatamente la cabeza y se la envió al emir en señal de la victoria segun costumbre. Medina Sidonia abrió las puertas al vencedor Marsilio (765).

Pero el ilustre Ommiada, despues de haber corrido por Egipto y África todos los azares, todas las vicisitudes de un proscrito, semejábase en España á un bagel lanzado en medio del Occéano, y contra el cual el Dios de los mares parecia complacerse en conjurar todos los elementos y en levantar una tras otra cien deshechas borrascas. Asi fué que los rebeldes escapados de Medina Sidonia, abrigados en las fragosidades y riscos de las ásperas sierras de Ronda y de la Alpujarra, no contentos con hacer desde aquellas breñas una guerra de pillage, enviaron á África á invitar para que viniese á capitanearlos al jóven Abdel-Gafir, walí de Mequinez (Meknasah), que se jactaba de descender de Fátima, la hija del Profeta, y cuyo pujante brazo, preclaro linage, y brillantes virtudes ponderaban los rebeldes de España diciendo á los de Elvira: «ahora vendrá un caballero de fuerte brazo, descendiente del Profeta, que derribará del trono al usurpador y al intruso.» Halagó á Abdel-Gafir una invitacion que no esperaba, y que lisonjeaba grandemente su genio y carácter aventurero, y reclutando porcion de moros, dispúsose á venir á España. En vano Abderrahman quiso activar la guerra contra los fieros alpujarreños, en vano puso á pregon las cabezas de los caudillos rebeldes, en vano envió naves de guerra que protegiesen las costas de Málaga y Almería: el atrevido walí de Mequinez no por eso dejó de desembarcar junto á Almuñecar, y tremolando el negro pendon de los Abassidas, á que unió el verde de los Fatimitas, que era el suyo propio, é incorporado á los insolentes guerrilleros de aquellas sierras, comenzó por de pronto una campaña de depredacion, aunque limitándose á algunas ligeras excursiones y sin osar internarse demasiado en la tierra llana.

Por entonces el walí de Elvira Ased El Schebani, cuya larga permanencia en aquella ciudad le habia dado ocasion de conocer el genio indomable y fiero de los montañeses de aquellas sierras, no considerando á Elvira susceptible por su posicion de la conveniente defensa contra los ataques de los turbulentos alpujarreños, determinó fortificarse en lugar mas oportuno, y comenzó á ceñir de sólidos muros y espesos torreones las inmediatas colinas del *Garnathah*, la ciudad de los Judíos, desde cuya altura podia dominar y explorar de un solo golpe de vista toda la comarca, abundante por otra parte de aguas y de víveres. Entonces fué cuando echó los cimientos del castillo que con el nombre de Alcazaba se conoce hoy todavía en Gra-

nada y forma parte de la ciudad (1). Pero Ased no pudo ver concluida su obra, porque encargado por Abderrahman de perseguir los rebeldes del distrito, despues de atacarlos briosamente á la cabeza de sus tropas y arrojarles de sus posiciones, cayó mortalmente herido de una lanzada, y falleció luego en Elvira. Grandemente sintió el emir la muerte de su fiel Ased, y nombró en su lugar á un caballero sirio llamado Abdel-Salem ben Ibraim, el cual tenia doce hijos que todos llevaban las armas en favor de Abderrahman. Ufanos los rebeldes de Sierra Elvira con la muerte del wali, y protegidos por nuevos moros venidos de África, reunidos todos bajo las órdenes de Abdel-Gafir, plagaron la Serranía de Ronda, y con continuos amagos y rebatos nocturnos trabajaban los distritos de Arcos y Osuna, si bien contenidos por la gente de Écija, de Sevilla y de Carmona, que los hacian replegar á sus montuosas guaridas (766)

Otros cuidados embargaban al propio tiempo á Abderrahman. Los rebeldes de Toledo, sitiados tres años hacia, estábanlo tan flojamente, que mas bien que cerco parecia ser una tregua ó convenio tácito entre sitiadores y sitiados de guardar cada cuál sus posiciones sin hostilizarse. Tal estado de cosas no podia convenir á Abderrahman, y menos en las circunstancias en que se hallaba; y asi encargó al activo Teman ben Alkama que partiese á estrechar el sitio y apresurar la rendicion de la ciudad. La presencia de Teman cambió la inercia en movimiento y la apatía en actividad. Al ver sus enérgicas disposiciones, aterrorizados los de Toledo abrieron las puertas implorando la clemencia del vencedor, no sin haber dejado antes escapar á nado por la parte superior del rio á Casim ben Yussuf, aquel hijo menor del famoso Fehri, tantas veces afortunado en deber á la fuga su salvacion.

Entretanto Abdel-Gafir de Mequinez inquietaba desde sus montuosos abrigos á los alcaides de Ecija, de Baena, de Sevilla, de Carmona, de Arcos y de Sidonia, y su osadía creció con el suceso siguiente. Los walies de África, empeñados en arrojar de España á Abderrahman, y conceptuándole apurado con la guerra de Elvira y con la de los cristianos del Norte, enviaron á las costas de Cataluña una escuadra de diez buques con tropas aguerridas al mando del gefe abassida Abdalla ben Abih el Seklebi. La noticia de este desembarque inspiró sérios temores á Abderrahman, que abandonando los alcázares y jardines de Córdoba, marchó apresuradamente en direccion del punto nuevamente amenazado. Mas antes de llegar á Valencia recibió aviso del wali de Tortosa de haber dispersado ya á los africanos y obligádolos á

(1) Conde, part. II. c. 18.—Marmol, Rebel. de los morisc. lib. 1.

reembarcar con gran pérdida. En la refriega habia muerto su gefe el Seklebi. Abderrahman aprovechó esta ocasion para visitar la parte oriental de su imperio que aun no habia visto, y recorrió Tortosa, Barcelona, Tarragona, Huesca y Zaragoza, volviendo por Toledo y Calatrava á Córdoba, donde hizo una especie de entrada triunfal. Pero aquellas bandas dispersas de africanos habian logrado incorporarse con las de Abdel-Gafir, con cuyo inesperado refuerzo envalentonado el molesto caudillo, se atrevió á tentar fortuna en la tierra llana, invadiendo las comarcas de Antequera, Estepa y Archidona, y avanzando hácia Sevilla. Noticioso de esta aproximacion salió á su encuentro el valeroso Marsilio (Abd-el-Melek ben Omar), y como enviase de descubierta un destacamento al mando de uno de sus hijos, jóven tímido é inesperto, no avezado á los horrores de la guerra, sorprendido el mancebo y bruscamente atacado por la caballería de Abdel-Gafir, volvió bridas á su caballo y corrió á ampararse al lado de su padre. Marsilio indignado de verle huir tan cobardemente, no pudiendo reprimir la cólera: «*tú no eres mi hijo*, esclamó; *tú no eres un Meruán: muere, cobarde.*» Y enristrando ciegamente la lanza le derribó del caballo, llenando de terror á los circunstantes (768).

Sangrienta y brava fué la lucha que se emprendió al siguiente dia. El grueso de la faccion acudió á Sevilla en la confianza de que Ayub ben Salen les abriria las puertas de la ciudad. Abdel-Gafir ocupó á Alxarafe (hoy San Juan de Alfarache), donde esperó las tropas de Marsilio. Al penetrar en las calles este intrépido gefe, una lluvia de venablos y de saetas lanzadas desde las ventanas diezmó sus filas, sus mejores oficiales pagaron con la vida tan temerario arrojo, y el mismo Marsilio cayó gravemente herido. Entretanto en Sevilla ejecutábase otra no menos sangrienta tragedia. Ben Salen se habia alzado abiertamente en favor de los rebeldes, ocupado el alcázar, y degollado su guarnicion. Abdel-Gafir, triunfante en Alxarafe, recibió aviso de avanzar; sus feroces hordas entraron sin obstáculo y ya de noche en Sevilla: el palacio del walí fué brutalmente destrozado, robadas las casas de los opulentos vecinos, y entrados á saco los almacenes de víveres y armas. Infausta noche fué aquella. Cuando la desenfrenada soldadesca se hallaba entregada á los horrores del mas atroz vandalismo, vino á completar la confusion del sombrío cuadro la entrada de la caballería de Marsilio, que capitaneada por sus lugartenientes, irritada con la derrota de la víspera, penetró por las calles de la ya horrorizada poblacion. Las tinieblas de la noche, el estrépito de los caballos, el sonido de los instrumentos bélicos, los lamentos de los despojados vecinos, los gritos de los sorprendidos saqueadores, los ayes de los moribundos, y el crugir de las armas, todo formaba un conjunto de lúgu-

bres y espantosas escenas, hasta que el resplandor del nuevo dia vino á poner término al negro y sangriento cuadro. Abdel-Gafir con sus rebeldes se vió obligado á evacuar la ciudad y á retirarse á Cazalla, y los sevillanos respiraron, que harto lo habian menester (1).

Cansado Abderrahman de tan larga y fatigosa guerra, resolvió dirigir en persona las operaciones militares. Trabajo le costó al ministro Teman contener los fogosos ímpetus del emir, que á la cabeza de sus fieles zenetas queria lanzarse á castigar la audacia del pertinaz ó importuno Abdel-Gafir, al menos hasta que llegase el refuerzo de tropas que se habia pedido á Mérida. Llegaron al fin éstas, y Abderrahman puso en accion todos sus recursos materiales para una pronta y decisiva campaña. Combinó diestramente su plan, y cuando el rebelde Abdel-Gafir acababa de vadear el Guadalquivir por la parte de Lora para ganar sus antiguas guaridas de la sierra, un ataque simultáneo de los dos ejércitos combinados arrolló completamente á las tropas rebeldes en las alturas de Ecija, y una hora de matanza puso término á la guerra de siete años que tenia fatigado el pais. El turbulento y porfiado Abdel-Gafir pereció atravesado de un lanzazo dirigido por la vieja pero vigorosa mano del anciano Abdel-Salem, que le cortó la cabeza con su propio alfange. Mas de cincuenta cabezas de caballeros africanos de la tribu de Mequinez fueron distribuidas en las poblaciones del pais que habia sido teatro de la guerra, y clavadas segun costumbre en los muros de las ciudades sirvieron de sangriento trofeo en las plazas y edificios de Elvira, en la alcazaba de Granada, en los torreones de Almuñecar, y en las almenas de otras poblaciones de Andalucía. El vencedor Abderrahman tomó enérgicas medidas para que no se reprodujese el fuego de la rebelion, y publicó un edicto de perdon para todos los que en un plazo dado depusiesen las armas y se acogiesen á su clemencia. Con lo que restituyó la paz á un pais de tanto tiempo trabajado, y afirmó con ella su combatido trono (772).

Trasladóse el victorioso emir desde el campo de batalla de Ecija á Sevilla con el fin de visitar y consolar al valiente y fiel Marsilio, que ademas de sufrir de sus heridas, se hallaba acongojado por la muerte que en un momento de ciego arrebato habia dado á su hijo. Abderrahman creyó conveniente alejarle de un pais que le suscitaba dolorosos recuerdos, y le nombró walí de Zaragoza y de toda la España Oriental. Los grandes sucesos que en aquella tierra se preparaban habian de ofrecer á Abdelmelek un teatro digno de sus prendas, y allí habia de ganar aquella fama que hizo tan célebre el nom-

(1) Condo, cap. 10.

bre de *Marsilio* en las crónicas de la edad media y en los romances de Carlo-Magno, de cuyos sucesos habremos luego de tratar.

Sosegada la tierra de Andalucía con la derrota de Ecija, gozó al fin Abderrahman de una paz de diez años. Por de pronto, para asegurar las costas de las contínuas incursiones de los walíes de África, dedicóse á fomentar la marina, aumentando sus escuadras: nombró almirante *(emir-al-má)* al activo y fiel Teman ben Alkama, el cual en poco tiempo hizo construir numerosos buques de guerra sobre modelos que hizo venir de Constantinopla, de la mayor dimension que entonces se conocia en las construcciones navales, y las aguas de Barcelona, Tarragona, Tortosa y Rosas, las de Almeria y Cartagena, las de Algeciras, Huelva, Cádiz y Sevilla, se plagaron, al decir de los historiadores arábigos, de bien construidas naves, obra de la actividad de Teman, y los puertos de la Península se pusieron al abrigo de las incursiones africanas (774).

Dejemos por ahora á Abderrahman ocupado en plantear en sus estados una sencilla y sábia administracion á beneficio de la paz, y veamos lo que entretanto hacian los cristianos de uno y otro lado del Pirineo.

CAPITULO V.

ASTURIAS.

DESDE FRUELA HASTA ALFONSO EL CASTO.

De 757 á 791.

Reinado de Fruela I.—Rebélanse los vascones y los sujeta.—Medida sobre los matrimonios de los clérigos.—Consecuencias que produjo.—Rebelion en Galicia. La sofoca.—Funda á Oviedo.—Mata á su hermano, y él es asesinado despues por los suyos.—Reinado de Aurelio.—Idem de Silo.—De Mauregato.—De Bermudo el Diácono.—Sube al trono de Asturias Alfonso II.

Habia coincidido la fundacion del imperio árabe de Occidente en Córdoba con la muerte del belicoso rey de Asturias Alfonso el Católico (756). ¡Cuán bella ocasion la de las revueltas que despedazaban á los musulmanes para haberse ido reponiendo los cristianos y haber dilatado ó consolidado las adquisiciones de Alfonso, si los príncipes que le sucedieron hubieran seguido con firme planta la senda por él trazada y abierta, y si hubiera habido la debida concordia y acuerdo entre los defensores de una misma patria y de una misma fé! ¿Pero por qué deplorable fatalidad, desde los primeros pasos hácia la grande obra de la restauracion, cuando era comun el infortunio, idéntico el sentimiento religioso, las creencias las mismas, igual el amor á la independencia, la necesidad de la union urgente y reconocida, el interés uno solo, y no distintos los deseos, ¿por qué deplorable fatalidad, decimos, comenzó á infiltrarse el gérmen funesto de la discordia, de la indisciplina y de la indocilidad entre los primeros restauradores de la monarquía hispano-cristiana?

Por base lo asentamos ya en otro lugar. «Era el genio ibero que revivia con las mismas virtudes y con los mismos vicios, con el mismo amor á la independencia y con las mismas rivalidades de localidad. Cada comarca gustaba de pelear aisladamente y de cuenta propia, y los reyes de Asturias no podian recabar de los cántabros y vascos sino una dependencia ó nominal ó forzada (1).»

A Alfonso I. de Asturias habia sucedido en el reino su hijo Fruela (757). No faltaban á este príncipe ni energía ni ardor guerrero: pero era de condicion áspera y dura, y de genio irritable en demasía. Mas este carácter, que le condujo á ser fratricida, no impidió que fuera tenido por religioso, del modo que solia en aquellos tiempos entenderse por muchos la religiosidad, que era dar batallas á los infieles y fundar templos. De uno y otro certifican con su laconismo mortificante los cronistas de aquellos siglos. «Ganó victorias,» nos dice secamente uno de ellos (2). «Alcanzó muchos triunfos contra el enemigo de Córdoba,» nos dice otro (3). Si bien este último cita una de las batallas dadas por Fruela á los sarracenos en Pontumium de Galicia, en que afirma haber muerto cincuenta y cuatro mil infieles, entre ellos su caudillo Omar ben Abderrahman ben Hixem, nombre que no hallamos mencionado en ninguna historia árabe, las cuales guardan tambien profundo silencio acerca de esta batalla (4). No lo estrañamos. Achaque solia ser de los escritores de uno y otro pueblo consignar sus respectivos triunfos, y omitir los reveses. Así, y como en compensacion de este silencio, nos hablan las crónicas árabes de una espedicion hecha por Abderrahman hácia los últimos años del reinado de Fruela á las fronteras de Galicia y montes Albaskenses, de la cual regresaron á Córdoba los musulmanes victoriosos, llevando consigo porcion considerable de ganados y de cristianos cautivos, estendiéndose en descripciones de la vida rústica, de los trages groseros y de las costumbres salvages que habian observado en los cristianos del Norte de España (5). Y acerca de esta espedicion enmudecen nuestros cronistas. Tarea penosa para el historiador imparcial la de vislumbrar la verdad de los hechos por entre la escasa y escatimada luz que en época tan oscura suministran los parciales apuntes de los escritores de uno y otro bando, secos y avaros de palabras los unos, pródigos de poesía los otros (6).

(1) Discurso Preliminar.
(2) Albendens. Chron. n. 55.
(3) Salmant. n. 16.
(4) Solo Almakari hace alguna indicacion sobre ella.
(5) Conde, cap. 18.
(6) Para que se vea hasta qué punto están en desacuerdo las crónicas árabes y las cristianas respecto á los sucesos de esta época, baste decir que hácia el año en que éstas refieren la brillante victoria de Fruela en Pontumio, suponen aquellas haber im-

Una rebelion de los vascones contra la autoridad de Fruela en el tercer año de su reinado, demostró ya las tendencias de aquellas altivas gentes á emanciparse del gobierno de Asturias, á que sin duda los habia sometido Alfonso el Católico, y á obrar aislada é independientemente de los demas pueblos cristianos. Y aunque Fruela logró reducirlos, estas sumisiones forzadas, que hubieran debido ser espontáneas alianzas, sobre distraer la atencion y las fuerzas de los cristianos, que bien las habian menester todas para resistir al comun enemigo, eran flojos y precarios lazos que habian de desatarse fácilmente en la primera ocasion ó romperse. Las crónicas no nos esplican las causas ó motivos de aquel movimiento. ¿Pero hay necesidad de buscarlos en otra parte que en la índole misma y en la independiente arrogancia de los pueblos vascos, tan distintos de los demas pueblos de España, en carácter, en lengua, en costumbres, siempre dados á gobernarse á sí mismos por caudillos propios y de libre eleccion? Prendóse allí Fruela de una noble y hermosa jóven llamada Munia, la cual llevó consigo á Asturias, y haciéndola su esposa tuvo de ella un hijo que mas adelante habia de regir el reino y alcanzar glorioso renombre. Llamóse tambien Alfonso como su abuelo.

Enagenóse Fruela una gran parte del clero y del pueblo con una medida que acaso le inspiró su celo religioso. Tal fué la de prohibir los matrimonios de los sacerdotes, y aun obligar á los ya casados á separarse de sus mugeres: costumbre antigua en España y desde tiempo de Witiza muy recibida y generalizada. Bien fuese que no le creyeran con derecho á hacer por su sola autoridad esta innovacion en la disciplina canónica, bien que el clero y los pueblos mismos tuvieran interés en la conservacion de aquella costumbre, «porque los hombres, dice á este propósito uno de nuestros historiadores, quieren que lo antiguo y usado vaya adelante, y la libertad de pecar

puesto Abderrahman un tributo á los cristianos de Galicia, cuya escritura copian en los términos siguientes: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso: el magnífico rey Abderrahman á los patriarcas, monges, próceres y demas cristianos de España, á las gentes de Castela y á los que los siguieren de las regiones otorga paz y seguro, y promete en su ánima que este pacto será firme, y que deberán pagar diez mil onzas de oro, y diez mil libras de plata, y diez mil cabezas de buenos caballos, y otros tantos mulos, con mil lorigas y mil espadas, y otras tantas lanzas cada año por espacio de cinco años. Escribióse en la ciudad de Córdoba dia 3 de la luna safar del 148 (750).» Este documento tiene todos los visos de apócrifo. Ni entonces á Abderrahman se le nombraba rey, sino emir, ni al reino cristiano de Asturias le llamaban ellos Castela sino Galicia, ni hubiera sido posible á los cristianos pagar un tributo anual de diez mil caballos y diez mil mulos, ni tan inmensa suma de oro y plata, aunque se hubiera agotado toda la riqueza pecuaria y metálica del pais, ni estaban tampoco en aquella sazon los árabes, envueltos como andaban en sus guerras civiles, para dar de una manera tan dura la ley á los cristianos de las montañas. No podemos convenir con el doctor Dunham, á quien le parece verosimil este tratado.

es muy agradable á la muchedumbre (1),» atrájose con esto el desabrimiento de una gran parte del pueblo y de los sacerdotes. «Lo cual, dice hablando de esto mismo otro de nuestros analistas, agradó á todos los piadosos, aunque se exasperaron los mas de los eclesiásticos (2).» Con tanto disgusto se supone haber sido recibida esta medida, que á ella se atribuye la rebelion que en Galicia estalló contra Fruela, el cual desplegó para sofocarla toda la severidad de su irascible genio, devastando la provincia y castigando de muerte á todos los culpados.

De regreso de esta espedicion edificó á Oviedo, destinada á ser mas adelante el asiento y córte de los reyes de Asturias. Dos piadosos varones, el abad Fromistano y su sobrino el presbítero Máximo habian erigido un templo en honor de San Vicente mártir en un lugar cubierto de guájaras y arbustos, no lejos de la selva llamada por los romanos *Lucus Asturum*. Al rededor de este templo habíanse ido agrupando muchos fieles, que desbrozando las malezas de la colina hicieron allí sus viviendas, siendo la ermita el centro de la poblacion, que á favor de un terreno fértil y de un clima suave iba atrayendo á los moradores de las montañas. Agradóle á Fruela aquel sitio, y mandó construir en él otro templo de mayores dimensiones bajo la advocacion del Redentor. Fuéronse multiplicando las casas, y se dió á la nueva poblacion el nombre de Ovetum, hoy Oviedo (3). Asi, casi al mismo tiempo que el árabe Abderrahman embellecia con alcázares y jardines la córte del nuevo imperio musulman, y pensaba levantar en Córdoba la gran mezquita consagrada al culto del Profeta, Fruela el cristiano levantaba en Asturias una basílica consagrada al culto del Salvador de los hombres.

Pero este celo religioso de Fruela no le impidió afear su nombre con la mancha de un fratricidio horrible. Su hermano Vimarano, que por su amabilidad y su dulzura se habia hecho querer del pueblo y de los grandes, llegó sin duda á inspirar recelos y sospechas al irritable monarca, que dejándose llevar de su arrebatado genio le asesinó con su propia mano y dentro de su palacio mismo. Con este crímen acabó de exasperar á los grandes, á quienes antes se habia hecho ya harto aborrecible, y conjurados contra él, hiciéronle sufrir, dice el cronista, la justa pena del talion, asesinándole á su vez en Cangas los mismos suyos (4). Enterráronle en la iglesia de Oviedo que él habia fundado (768). Reinó once años y algunos meses (5).

(1) Mariana, lib. VII. c. 6.
(2) Ferreras, Sinops. hist. tom. 4. pág. 85.
(3) Risco, España Sagrada, tom, 37.
(4) *Talionem juste accipiens, á suis interfectus est*. Salmant. Chron. l. c.
(5) Mariana atribuye á Fruela una hija llamada Jimena, «muy conocida, dice, por ser madre de Bernardo del Carpio y por su poca honestidad.» Mariana refiere mas adelante muy extensamente los romancescos

No pasó la corona á su hijo Alfonso, ya por su corta edad, «que no estaba aquel pequeño estado, dice el juicioso Florez, para colocar corona y cetro donde faltaban cabeza y mano,» ya por el odio que los grandes á su padre tenian. Cualquiera de las dos causas hubiera bastado, continuando como continuaba entónces siendo electiva la monarquía. Fué, pues, nombrado en su lugar su primo-hermano Aurelio, hijo del otro Fruela hermano de Alfonso el Católico, su tio. Como una fatalidad puede contarse para el naciente reino cristiano el que le tocára un príncipe de quien solo han podido decir los historiadores que «no hizo cosa en paz ni en guerra que sea digna de memoria.» Parece, no obstante, que se debió á su prudencia el haber podido reprimir una insurreccion de los esclavos contra sus señores que sucedió en su tiempo. Discúrrese que aquellos esclavos serian los cautivos que Alfonso el Católico habia recogido y llevado en sus expediciones por las tierras de los sarracenos. La paz en que Aurelio vivió con éstos fué causa de que condescendiera en que algunas doncellas cristianas de linage noble se casáran con musulmanes, lo que acaso dió origen á la famosa fábula, inventada cerca de cinco siglos después, del tributo de las cien doncellas (1). Falleció Aurelio de muerte natural en Cangas en 773, despues de seis años de pacífico reinado.

Tambien esta vez fué postergado el hijo de Fruela, y dióse la soberanía del reino á un noble llamado Silo, por hallarse casado con Adosinda, hija de Alfonso I. Fijó Silo su residencia en Pravia, pequeña villa situada á la izquierda del Nalon despues de su confluencia con el Narcea. Príncipe tambien os-

amores de Jimena y el conde de Saldaña, el nacimiento de Bernardo del Carpio y sus celebradas proezas. Convencidas ya de fabulosas las hazañas de este romancesco personage, objeto de los cantos populares de los siglos XII y XIII en que se inventó, no hay para qué nos detengamos á refutar fábulas que los mismos ilustradores de Mariana desechan ya. Véanse las notas de Mondejar á Mariana, edicion de Valencia, 1787, y las de Sabau, edicion de Madrid, 1818.

(1) Mariana, que con una ligereza estraña en su buen juicio acoge de lleno esta fábula, como la de Bernardo del Carpio y tantas otras, dice en tono aseverativo hablando de este rey: «pero la loa que por esta causa ganó (la de haber sujetado los esclavos) la oscureció del todo y amancilló con un asiento muy feo que hizo con los moros, en que se obligó á darles cada un año cierto número de doncellas nobles como por parias.» Por fortuna la invencion de este supuesto tributo, que otros atribuyen á otro posterior monarca, y que ningun cronista mencionó hasta el siglo XIII., está ya tan desautorizada, que no hay escritor de mediano criterio que no la tenga por ridícula conseja. Por lo mismo no necesitamos detenernos á vindicar ninguno de nuestros reyes de esta deshonrosa mancha que algunos ligeramente echaron sobre ellos. Otros se han encargado de hacerlo antes que nosotros, y lo que sentimos es tener que hacer mencion todavía de tan desacreditadas tradiciones, y no lo hariamos á no hallarlas estampadas en la historia de España que mas popularidad ha alcanzado entre nosotros. Véase sobre esto á Ambrosio de Morales, á Mondejar, Florez, Ferreras, Masdeu, y á todos los modernos, inclusos los estrangeros.

cetro, solo se sabe de él que debió á la influencia de su madre la paz en que vivió con los árabes (1), sin que de esto nos hagan mas revelaciones las crónicas, y que sujetó y redujo á la obediencia á los gallegos que otra vez habian vuelto á sublevarse, batiéndolos en el monte Ciperio, hoy Cebrero. Viéndose sin sucesion, trajo á su lado á persuasion de la reina Adosinda, y dió participacion en el gobierno del palacio y del reino á su sobrino Alfonso, que desde la muerte de su padre se hallaba retirado en Galicia en el monasterio de Samos. Murió Silo en Pravia al año noveno de su reinado (783).

A la muerte de Silo la reina viuda Adosinda en union con los grandes de palacio hizo proclamar rey á su sobrino Alfonso. Mas como todavía muchos nobles guardáran encono á la memoria de su padre Fruela, hácia quien parecian conservar un odio inextinguible, concertáronse para anular la eleccion de Adosinda y sus parciales y proclamaron á su vez á Mauregato. Era este Mauregato hijo bastardo del primer Alfonso, á quien habia tenido de una esclava mora de aquellas que él en sus excursiones habia llevado á Asturias. Hay quien añade que puesto Mauregato á la cabeza de los descontentos, reclamó el auxilio del emir de Córdoba Abderrahman, el cual le acudió con un ejército musulman para ayudarle á derribar del trono á su sobrino, y que á esto debió apoderarse del reino (2). Sobre no estar justificado este llamamiento á los árabes, bastaba el recelo de los que habian tenido parte en la muerte de Fruela para que vieran de mal ojo el poder real en manos de su hijo, cuya venganza temian, y para que ayudáran con todas sus fuerzas á Mauregato á arrebatarle el cetro. Lográronlo al fin, y Alfonso se vió obligado á buscar un asilo en el pais de Alava entre los parientes de su madre. De esta manera conquistó Mauregato el trono de Asturias que ocupó por seis años, sin que del bastardo príncipe hubiera quedado á la posteridad otra memoria que la de su nombre, á no haberle dado cierta celebridad las fábulas con que en tiempos posteriores exornaron algunos su reinado. En la historia

(1) *Ob matris causam.... pacem habuit*, dice el Cronicon Albeldense.

(2) A éste es á quien han atribuido los mas el vergonzoso tributo de las cien doncellas, á cuyo precio, dicen, compró el auxilio de Abderrahman. El buen Mariana, sin tener presente que en el c. 6 (lib. VIII.) habia aplicado lo del infame tributo al rey Aurelio, no vaciló en aplicársele tambien en el cap. 7 á Mauregato, diciendo: «hizo recurso á los moros, pidiéndoles le «auxiliasen, y alcanzólo con asentar de dar«les cada un año por parias cincuenta don«cellas nobles y otras tantas del pueblo.« Sobre lo cual le dice su anotador Sabau: «No consta por ningun documento auténtico, ni por ningun escritor de aquellos tiempos que este príncipe pidiese socorro á los moros, ni que hiciese el concierto vergonzoso de darles las cien doncellas: y así debe reputarse por una fábula inventada para denigrar la fama de nuestros reyes, y recibida y propagada inconsideradamente por nuestros historiadores.» Por nuestra parte nada tenemos que añadir á lo que arriba dejamos dicho.

religiosa de España se hace mencion de la heregía que en aquel tiempo difundieron los dos obispos de Urgel y Toledo, Félix y Elipando, cuya doctrina era una especie de nestorianismo disfrazado, contra la cual escribieron luego algunos monges y otros obispos españoles, y fué anatematizada en los concilios de Narbona y Francfort, celebrados por Cárlo-Magno (1).

Todavía despues de la muerte de Mauregato (789), fué por cuarta vez desairado y desatendido el poco afortunado Alfonso. Temerosos siempre los nobles (que ya comenzaban á recobrar aquella antigua influencia que habian ejercido en tiempo de los godos) de que siendo rey quisiera tomar satisfaccion, no ya solo de la muerte de su padre, sino tambien de los repetidos desaires que en cada vacante le habian hecho, no hallando otra persona de sangre real en quien depositar el cetro, diéronsele á Veremundo ó Bermudo, hermano de Aurelio, sin reparar en que fuese diácono, traspasando asi por primera vez en este punto las leyes góticas que inhabilitaban para el ejercicio del poder real á los que hubiesen recibido la tonsura. Bermudo, aunque diácono, estaba casado con Numila, de quien tuvo dos hijos, Ramiro y García; que el precepto del celibatismo impuesto por Fruela á los clérigos ó no alcanzaba á los diáconos, sino solo á los sacerdotes, ó no habia tenido la mas rigorosa observancia. Era Bermudo hombre generoso y magnánimo, y mas ilustrado de lo que la índole de aquellos tiempos comunmente permitia. Por lo mismo conociendo las altas prendas de aquel Alfonso tantas veces excluido le llamó luego cerca de sí, y le confió el mando de las milicias cristianas, que era como predestinarle al trono, dando tambien de este modo ocasion á que conociéndole los grandes fueran deponiendo los recelos y prevenciones que contra él tenian. Y como nunca se hubiera olvidado de sus deberes de diácono, y pensára mas, como dice la crónica, en ganar el reino del cielo que en conservar el reino de la tierra, concluyó por resignar espontáneamente el cetro en manos de Alfonso, retirándose á cumplir con las obligaciones del órden sagrado de que se hallaba investido (791). Conocida ya por los grandes la condicion apacible y las altas cualidades de aquel Alfonso que tanto habian repugnado y temido, determináronse á reconocerle por rey, posesionándose de esta manera del supremo poder un príncipe que tantas contrariedades habia esperimentado. Bermudo vivió todavia lo bastante para gozar en su retiro y en medio de su abnegacion el placer de ver realizadas las esperanzas que de su sucesor habia concebido, manteniendo con él las relaciones mas afectuosas (2).

(1) Florez, Esp. Sagrad. tom. V. 20 21.- Florez, tom. 37.
(2) Chron. Albeld. 57.—Sebast. Salmant

Falta hacía al pobre reino de Asturias, despues de tantos monarcas ó indolentes ó flojos (pues apenas alguno desde Fruela habia sacado la espada contra los sarracenos), un príncipe enérgico y vigoroso que le sacára de aquel estado de vergonzosa apatía, é hiciera respetar otra vez á los infieles las armas cristianas como en tiempo de Pelayo y de Alfonso el Católico. Mas por lo mismo que va á tomar nuevo aspecto la monarquía cristiana bajo el robusto brazo del segundo Alfonso, fuerza nos es hacer una pausa para dar cuenta de los importantes sucesos que en otros puntos de nuestra España habian durante estos reinados acaecido.

CAPITULO VI.

RONCESVALLES.—FIN DE ABDERRAHMAN I.

De 774 á 788.

Educacion de los hijos de Abderrahman.—Defeccion del walí de Zaragoza Ibnalarabi.—Pide auxilio á Cárlo-Magno contra el emir.—Venida de Cárlo-Magno con grande ejército á España.—Llega á las murallas de Zaragoza.—Se retira.—Célebre derrota del ejército de Cárlo-Magno en Roncesvalles.—Canto de guerra de los vascos.—Nuevos disturbios en Zaragoza.—Sométela el emir.—Alzan otra vez bandera de rebelion los hijos de Yussuf.—Notable fin que tuvieron.—Paz.—Da principio Abderrahman á la construccion de la gran mezquita de Córdoba.—Nombra sucesor á su hijo Hixem, y muere.

Dejamos á Abderrahman en Córdoba en 774, vencidas las facciones de los Abassidas y Fehríes, gozando, si no de paz, por lo menos de un respiro que desde su arribo á España no habia podido obtener. Íbase afianzando el poder de los Ommiadas en el centro y Mediodía de España. Los hijos del emir desempeñaban ya cargos públicos importantes. El mayor, Suleiman, era walí de Toledo; el segundo, Abdallah, lo era de Mérida. El tercero, Hixem, el predilecto de su padre, el que destinaba para sucesor suyo, vivia en su compañía recibiendo la mas esmerada educacion, asistiendo á las asambleas de los cadíes de la aljama y al mexûar ó consejo de estado, é instruyéndose en las artes y en las ciencias, de que hacian los árabes alta estima: añaden los escritores que él mismo leia en las academias elegantes versos en elogio de su padre.

Mas al tiempo que reinaba esta calma por la parte del Mediodía, nublábase el horizonte por Oriente, y preparábase por el Norte estruendosa tempestad. Las indóciles tribus berberiscas que tenian su principal asiento en la parte oriental y septentrional de la Península, las mas apartadas del centro del imperio, en sus perpétuos odios de raza no cesaban de conspirar contra el

emirato, alimentando siempre la esperanza de la emancipacion. Ya un personage llamado Hussein el Abdari, walí que habia sido de Zaragoza, habia fraguado en esta ciudad una conspiracion, que el walí Abdelmelek, el bravo Marsilio, habia acertado á conjurar apoderándose bruscamente de Hussein y haciéndole decapitar instantáneamente, dejando con esto por entonces la ciudad consternada y tranquila. Mas estos no eran sino síntomas de otras mas terribles borrascas. El gérmen del descontento minaba sordamente aquel pais; silencio y misterio envuelven el período que siguió á aquel amago de revolucion, y las crónicas no nos dicen ni lo que pasó despues en Zaragoza, ni lo que fué del valeroso Marsilio, ni quién le reemplazó en el gobierno de la provincia. Sábese solo que en 777 se hallaba de walí de Zaragoza Suleiman ben Alarabi, que lo habia sido de Barcelona por Abderrahman y conducídose allí con la mayor fidelidad al emir. Pero el fiel servidor de Abderrahman en Barcelona dejó de serlo en Zaragoza. Acaso el verse al frente de una ciudad tan importante y en que dominaba el espíritu y abundaban los elementos de hostilidad hácia la familia de los Omeyas, le sugirió el pensamiento de alzarse en emir independiente de la España Oriental. Fuese éste ú otro semejante su designio, Zaragoza se hizo el centro y asilo de todos los enemigos y de todos los resentidos ó descontentos del emir. Creyó no obstante Ben Alarabi (comunmente Ibnalarabi), que necesitaba el apoyo de un aliado poderoso que le ayudase en sus planes contra el soberano de los muslimes de España. Corria entonces por Europa la fama de los grandes hechos de Cárlo-Magno, y á él determinó acudir el ingrato walí. Trasladémonos por un momento á otro teatro para comprender mejor el interesante drama que se va á representar.

Despues de los célebres triunfos de Cárlos Martéll sobre las armas sarracenas, su hijo Pepino el Breve habia estendido su dominacion desde este lado del Loire hasta las montañas de la Vasconia. A su muerte, acaecida en 768, los estados de Pepino se dividieron entre sus dos hijos Karl y Karloman; mas habiendo ocurrido á los tres años (771) la muerte de Karloman, hallóse su hermano Karl, el llamado despues Cárlos el grande y Cárlo-Magno, dueño de toda la herencia de Pepino hasta los Pirineos. Tuvo Cárlo-Magno en los primeros años siguientes ocupada toda su atencion y empleadas todas sus fuerzas y toda su política en el Norte del otro lado de los Alpes y del Rhin, peleando alternativamente contra los sajones y contra los lombardos, y oponiendo un dique á las últimas oleadas de las invasiones de los pueblos germanos. Habíanse los sajones sublevado de nuevo en 777; marchó contra ellos el rey franco y los deshizo, y despues de haber implantado, como dice un escritor de aquella nacion, con ayuda de los verdugos

la obediencia y el cristianismo en el suelo rebelde de la Sajonia, los emplazó para que compareciesen en el *Campo-de-Mayo* (1) de Paderborn.

Hallábase, pues, Cárlo-Magno presidiendo esta célebre dieta en el fondo de la Germania, cuando inopinadamente se presentaron en ella unos hombres cuyos trages y armaduras revelaban ser musulmanes. ¿A qué iban y quiénes eran aquellos estrangeros que asi interrumpian las altas cuestiones que se agitaban en la asamblea? Era Ben Alarabi el walí de Zaragoza, que con Cassim ben Yussuf (2), y algunos otros de sus compañeros iba á solicitar de Cárlo-Magno el auxilio de sus armas contra el poderoso emir de Córdoba Abderrahman. No desechó el monarca franco una invitacion que le proporcionaba propicia coyuntura, no solo de asegurar la frontera de los Pirineos, sino tambien de ensanchar sus estados incorporando á ellos por lo menos algunas ciudades de España que el disidente musulman le debió ofrecer (3), dado que mas allá no fuesen sus pensamientos de conquistador. Preparóse pues para invadir la España en la primavera del año siguiente (778). Dejó aseguradas las fronteras de Sajonia, pasó el Loire, cruzó la Aquitania, juntó el mayor ejército que pudo, y dividiéndole en dos cuerpos ordenó que el uno franqueára los desfiladeros del Pirineo Oriental, mientras él á la cabeza del otro penetraba por las gargantas de los Bajos Pirineos.

Sin tropiezo avanzó el rey franco con todo el aparato y brillo de un conquistador poderoso por San Juan de Pié de Puerto y los estrechos pasos de Ibañeta hasta Pamplona, cuya ciudad, en poder entonces de los árabes, tampoco le opuso resistencia; y prosiguiendo por las poblaciones del Ebro, talando y devastando sus campos, se puso sobre Zaragoza. Gran confianza llevaba el monarca franco de entrar derecho y sin estorbo á tomar posesion de la ciudad. Grande por lo mismo debió ser su sorpresa al encontrar las puertas cerradas y sus habitantes preparados á defenderla. ¿Qué se habian hecho los ofrecimientos y compromisos de Ben Alarabi? ¿Es que se arrepintió de su obra al ver á Cárlos presentarse, no como auxiliar, sino con el aire y ostentacion de quien va á enseñorearse de un reino? ¿O fué que los musulmanes llevaron á mal el llamamiento de un príncipe cristiano, y de un ejército estrangero, y se levantaron á rechazarle aun contra la voluntad de su

(1) Nombre que daban los francos á las asambleas semi-religiosas, semi-militares de la Germania, por haber Pepino trasladado al mes de mayo los antiguos *Campos de Marte*. Mas tarde se llamaron *dietas*, *estados generales*, *cámaras*, etc.

(2) Aquel tercer hijo de Yussuf el Fehri, que cuando el ejército de Abderrahman tomó á Toledo se habia fugado de la ciudad salvándose á nado. (Cap. IV. de este libro).

(3) «Entonces el rey, dice su mismo secretario y cronista Eginhard, concibiendo á persuasion del mencionado sarraceno la esperanza de tomar algunas ciudades en España... *Tunc rex persuasione prædicti sarraceni, etc*. Eginh. Annal.

mismo wali? Las crónicas no lo aclaran, y todo pudo ser. Es lo cierto que en vez de hallar amigos vió Cárlos sublevarse contra sí todos los walíes y alcaides, todas las poblaciones de uno y otro márgen del Ebro, y que temiendo el impetuoso arranque de tan formidables masas, tuvo á bien retirarse de delante de los muros de Zaragoza, con gran peso de bochorno tambien (1). Determinado á regresar á la Galia por los mismos puntos por donde habia entrado, volvió á Pamplona, hizo desmantelar sus muros, y prosiguiendo su marcha se internó en los desfiladeros de Roncesvalles, sin haber encontrado enemigos. Solo en aquel valle funesto habia de dejar sus ricas presas, la mitad de su ejército, y lo que es peor para un guerrero, su gloria.

Dividido en dos cuerpos marchaba por aquellas angosturas el grande ejército de Cárlo-Magno á bastante espacio y distancia el uno del otro. Cárlos á la cabeza del primero, «Cárlos, dice el Astrónomo historiador, igual en valor á Anibal y á Pompeyo, atravesó felizmente con la ayuda de Jesucristo las altas cimas de los Pirineos.» Iba en el segundo cuerpo la córte del monarca, los caballeros principales, los bagages y los tesoros recogidos en toda la expedicion. Hallóse éste sorprendido en medio del valle por los montañeses vascos, que apostados en las laderas y cumbres de Altabiscar y de Ibañeta, parapetados en las breñas y riscos, lanzáronse al grito de guerra y al resonar del cuerno salvage sobre las huestes francas, que sin poderse revolver en la hondonada, y embarazándolas su misma muchedumbre, se veian aplastadas bajo los peñascos que de las crestas de los montes rodando con estrépito caian. Los lamentos y alaridos de los moribundos soldados de Cárlo-Magno se confundian con la gritería de los guerreros vascones, y retumbando en las rocas y cañadas aumentaban el horror del sangriento cuadro. Allí quedó el ejército entero; allí todas las riquezas y bagages; allí pereció Egghiard, prepósito de la mesa del rey; allí Anselmo, conde de palacio; allí el famoso Roland (2), prefecto de la Marca de Bretaña, allí, en fin, se sepultó la flor de la nobleza y de la caballería francesa, sin que Cárlos pudiera volver por el honor de sus pendones ni tomar venganza de tan ruda agresion (3).

Tal fué la famosa batalla de Roncesvalles, como la refiere el mismo secretario y biógrafo de Cárlo-Magno que iba en la expedicion, desnuda de las ficciones con que después la embellecieron y desfiguraron los poetas y romanceros de la edad media de todos los paises (4). Por muchos siglos siguieron enseñan-

(1) Annal. Metens.—Id. de Aniano.—Id. de Eginhard. ad an. 778.

(2) El Roldan de nuestros romances. *Hruodland.*

(3) Eginh. Annal.—Id. Vit. Karol. Magn. —Conde, cap. 20.

(4) ¿Quién no conoce la famosa crónica del arzobispo Turpin, las proezas de Roldan

do los descendientes de aquellos bravos montañeses la roca que Roldan, desesperado de verse vencido, tajó de medio á medio con su espada, sin que su famosa Durindaina ni se doblára ni se partiera; aun muestran los pastores la huella que dejaron estampada las herraduras del caballo de aquel paladin; aun se conservan en la Colegiata de Nuestra Señora de Roncesvalles, fundada por Sancho el Fuerte, grandes sepulcros de piedra, con huesos humanos, astas de lanzas, bocinas, mazas y otros despojos que la tradicion supone pertenecientes á aquella gran batalla.

Entre los cantos de guerra que han inmortalizado aquel famoso combate, es notable por su enérgica sencillez, por su aire de primitiva rudeza, por su espíritu de apasionado patriotismo, de agreste y fogosa independencia, el que se nos ha conservado con el nombre de *Altabizaren cantua*, que abajo ponemos en el antiguo idioma vasco, y de que damos aqui una imperfecta traduccion.

«Un grito ha salido del centro de las montañas de los Eskaldunacs: y el «Etcheco-Jaona (el caballero hacendado, el señor de casa solariega), de pie de«lante de su puerta, aplicó el oido y dijo: ¿qué es esto? Y el perro que dor«mia á los piés de su amo se levantó, y sus ladridos resonaron en todos los «alrededores de Altabiscar.

«Un ruido retumba en el collado de Ibañeta; viénese aproximando por «las rocas de derecha é izquierda: es el sordo murmullo de un ejército que «avanza. Los nuestros le han respondido desde las cimas de las montañas; «han tocado sus cuernos de buey, y el Etcheco-Jaona aguza sus flechas.

«¡Qué vienen! ¡qué vienen! ¡oh qué bosque de lanzas! ¡qué banderas de «diversos colores se ven ondear en medio! ¡cómo brillan sus armas! ¿Cuán«tos son? ¡Mozo, cuéntalos bien! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, «ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y «siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

«¡Veinte, y aun quedan millares de ellos! Seria tiempo perdido quererlos «contar. ¡Unamos nuestros nervudos brazos; arranquemos de cuajo esas ro«cas; lancémoslas de lo alto de las montañas sobre sus cabezas: aplastémos«los, matémoslos!

«¿Y qué tenian que hacer en nuestras montañas estos hijos del Norte? «¿Por qué han venido á turbar nuestro reposo? Cuando Dios hizo las monta-

y de los Doce Pares de Francia, las hazañas de Bernardo del Carpio, y los mil romances, canciones y leyendas á que ha dado argumento aquella famosa batalla, incluso lo de

Mala la hubistes, franceses,
en esa de Roncesvalles,

que el inmortal Cervantes llegó á poner como el romance mas popular en boca de un labrador del Toboso?

«ñas, fué para que no las franqueáran los hombres. Pero las rocas caen ro«dando y aplastan las haces: la sangre corre á arroyos: las carnes palpitan. «¡Qué de huesos molidos! ¡qué mar de sangre!

«¡Huid, huid! los que todavía conservais fuerzas y un caballo. Huye, rey «Cárlo-Magno, con tus plumas negras y tu capa encarnada. Tu sobrino, tu «mas valiente, tu querido Roldan yace tendido allá abajo. Su bravura no le «ha servido de nada. Y ahora, Eskaldunacs, dejemos las rocas, bajemos apri«sa lanzando flechas á los fugitivos.

«¡Huyen! huyen! ¿Qué se hizo aquel bosque de lanzas! ¿Dónde están las «banderas de tantos colores que ondeaban en medio? Ya no despiden res«plandores sus armas manchadas de sangre. ¿Cuántos son? Mozo, cuéntalos «bien. Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, «catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, «dos, uno.

«¡Uno! ¡ni uno siquiera hay ya! Se acabaron. Etcheco-Jaona, ya puedes «retirarte con tu perro, á abrazar tu esposa y tus hijos, á limpiar tus flechas, «á encerrarlas con tu cuerno de buey, á acostarte después y dormir sobre «ellas.

«Por la noche las águilas vendrán á comer esas carnes machacadas, y to«dos esos huesos blanquearán eternamente (1).»

(1) **ALTABIZAREM CANTUA.**

Oiubal aituia izauda
Escualdunen mendeñen artelic;
Eta etcheco-jauna, bere atiaren aitcinian chutic,
Idekitu beharriac, eta errandu: norda hor? ¿Cer nahi dautel?
Eta chacurra bere nausiaren cinetan lo zaguena;
Alt chatuda eta carasiz Altabizaren ingurniac beteditu.
Ibanetaren lephuan harabostbat agercenda;
Hurbilcenda, arrokac ezker eta escuin iotcendi tuie lazic.
Horida urrundic helduden armada batên burrumba.
Mendñen capete iaric guriec erepuerta emandiote.
Bere tunten seinuia adiaaçinte:
Eta etcheco-jannac bere dardac choroch tentu;

¡Herdurida! ¡herdurida! ¡Cer lantzazco sasia!
¡Nola cernahi colorezco banderas noï en erdian agertcendiren!
¡Cer sinuitac at horatcendiren hoï en armetario!
¿Ceubat dira? Haurza, condaïtcac ongi!
Bat, bïïa, hirur, laü, bortz, sei, zatzpi, sortzi, bederatzi, hamar, hameca, hamabi,
Hamahirur, hamalaü, hamabort, hamasei, hamazazpi, hemeçortzi, hemeretsi, hogoi.

¡Hogoi eta milaca oraïno!
Holen condatcia deubora, gastcia liteke;

El escarmiento de Roncesvalles aleccionó á Cárlo-Magno y le enseñó á abstenerse de traspasar unas fronteras tan ostensiblemente por la naturaleza trazadas, asi como le sirvió para procurar la mejor defensa de aquel natural baluarte por la parte que miraba á sus estados, encomendando su guarda á sus mas fieles condes, abades y leudes, y poniendo la Aquitania bajo una vigorosa organizacion militar que la conservase al abrigo de una invasion por parte de los árabes ó de los montañeses vascones (1).

Hurbildet çagun gure beso çaï lac, errhotic alherabet çagun arroca horiec,
Botha detçahun mendáren petharra behera
Hoïen buruen gaïnezaino.
Loherdet çagun, berüoaz iodetçagun.

¿Cer nahiçuten gure medietaric norteeo giçon horiec?
¿Certaco iendira gure baakiaren maasterat?
Jaungoïcoa mendiac endituiemar, nahi izandu hec giçonec ez pasatçia
Bainan arrobac biribicoïlca eroztoendira tropac leher candituzte.
Odola currutan badoha, haragi puscac dardaran dande.
¡Oh! ¡ceubat hecur carrascat huac! ¡Cor odolesco itsasua!

Escapa, escapa, indar eta zaidi dituonīenac.
Escapa hadi, Carlomagno errege, hire luma beltcekin eta hire capa goria rekin.
Ire iloba maïtia Rolan çangarraha hautchet hila dago.
Bere cangarthasuna ieretaco ez tuiçan
Eta horaï, Escualdunac, utzdiçagun arrhoca horiec.
Jausgiten fite igordetçakun queredardac escapa toendiron contoa.

Baduaci! ¡baduaci! ¿Nunda bada lantzazco sasi hura?
¿Nun dira hoïen erdian agericiren cernahi colorezco bandera hec?
Ezta gibüago simistaric atheratcen hoïen arma odolez bethetario.
¿Ceuban dira? ¡Haura, condaltçac ongi!
Hogoï, hemeretzi, hemeçortzi, hamazazpi, hamazei, hamabortz, hamalaü, hamahirur,
Hamabi, hameca, hamar, bederatzi, zortzi, zatzpi, sei, bortz, laü, hirur, büa, bat.

¡Bat! Ezta bihiric ageri gibïiago.
¡Akhaboda! Etcheco-jauna, inaïten ahalteia çure Makurrarekin,
Zure emaztiaren, eta çure haurren bezarcat cerat, (eta lociteat.
Zuro darden garbitcerat, eta altchatcerat, çure tuntekin, eta gero heüen gaïnian et çatçat
Gabaz arrchanuac ienendira haragi pusca leherta horien iaterat
Eta hezur horiec oro zuritu codira eternitatcan.

Este bello canto de guerra en lengua éuskara, cuya tradicion aun se conserva entre los habitantes de los Pirineos donde pasó la batalla de Roncesvalles á que alude, hállase en el Recueil de M. J. Michel, Chansons de Roland, appd. pag. 226, y en el Journal de l' Institut historique, tom. 1, pag. 176.—El Altabizar es una colina que domina el vallado de Roncesvalles.

(1) No es posible formar una idea medianamente exacta de estos sucesos por la historia de Mariana. En el cap. 11 del lib. VII. que titula: *Como Carlo-Magno vino en España*, altera fechas, refiere fábulas, supone

Despues de la desastrosa retirada de Cárlo-Magno, Zaragoza fué teatro de nuevas turbulencias entre los caudillos musulmanes enemigos de Abderrahman. Hussein ben Yahia, el Abassida, habia hecho asesinar á Ibnalarabi, provocado una reaccion contra los malos muslimes, que habian llamado al rey de los cristianos *Karilah*, y proclamádose emir independiente de la España Oriental. Los partidarios de Ibnalarabi, incluso su hijo Issum, igualmente que los parciales del emir de Córdoba, habian tenido que refugiarse á los valles de los Pirineos y de la Septimania, huyendo de la comun persecucion de Hussein. La traicion de Ibnalarabi y la invasion de Carlo-Magno habian conmovido menos á Abderrahman que la noticia de haberse enarbolado de nuevo en Zaragoza el aborrecido pendon de sus eternos enemigos los Abassidas, y desde luego acudió con gran golpe de gente contra la sublevada ciudad. Costó esta vez la rendicion de Zaragoza dos años de obstinado sitio, al cabo de los cuales, cansado Hussein y agotados todos sus medios de defensa, se sometió á Abderrahman, dando al vencedor en rehenes sus hijos (780). El valeroso Ommiada, restablecida su autoridad en Zaragoza, pasó á Pamplona, que desmantelada de murallas dos años antes por Carlo-Magno, no pudo oponerle resistencia alguna; desde allí prosiguió á visitar el pais vecino á Roncesvalles, teatro de las glorias de los montañeses vascones, pero sin atreverse á penetrar en aquellas terribles gargantas en que tan duro escarmiento habia hallado un príncipe cristiano, no menos esclarecido y poderoso que él; despues cruzando de nuevo el Aragon, y reducidos á la obediencia los walíes y alcaides de las ciudades y villas de aquellas inquietas comarcas, pasó á Gerona, Barcelona y Tortosa, y asegurada al parecer la tranquilidad en estas no menos turbulentas tribus, regresó á su residencia habitual de Córdoba, satisfecho de dejar sometidos á su dominacion los valles del Ebro y las tribus y ciudades de las vertientes de los Pirineos.

Pero destinado estaba el ilustre fundador del imperio árabe de Occidente á pasar una vida desasosegada y zozobrosa. Veinte y cinco años se contaban desde su arribo á la Peninsula, y apenas habia podido gustar algunos momentos de reposo. Vencedor de cien rebeliones, tantas veces reproducidas como sofocadas, parecia que sus enemigos de dentro y fuera se habian propuesto proporcionarle ocasiones de ganar gloria, aunque á costa de inquietudes y peligros. Aun no habia trascurrido un año de la sumision de Zaragoza cuando se vió tremolar otra vez la bandera de la rebelion en el seno mis-

hechos, ni probados ni verosímiles, añade dos ó tres venidas de Carlo-Magno que no hubo, confunde épocas, y confunde tambien al lector, que debe mirar como no existente dicho capítulo.

mo de la Andalucía (781). El otro hijo de Yussuf el Fehri, aquel Abul Asûad, á quien en 763 dejamos recluido por órden de Abderrahman en un torreon de los muros de Córdoba, acababa de evadirse de la prision, y era el que habia alzado de nuevo el estandarte rebelde de los Fehríes. Las circunstancias de su evasion merecen ser referidas.

Los primeros años de su cautiverio habia sido custodiado con mucho rigor, porque el bando de los Fehríes era todavía fuerte y hacia necesaria toda precaucion. Mas al paso que se disipaban los temores de nuevas revueltas por parte de aquella parcialidad indócil, habia ido aflojando el rigor de los guardas y carceleros, y disminuyendo poco á poco su vigilancia y cuidado. No era, sin embargo, ésta tan escasa que hubiese podido Abul Asûad realizar su fuga en dos ocasiones que la intentó. Entonces apeló á un ardid, tan ingenioso como de paciencia grande y de ejecucion difícil. Un dia habiéndole sacado á que gozase de la luz del sol, fingió en aquel momento quedarse ciego, y lo fingió con tal propiedad y lo sostuvo con tal perseverancia que llegaron todos á persuadirse de ser una realidad su ceguera. Con este motivo fuéronsele ensanchando los límites de la prision; permitíasele bajar á los algibes, y á las salas bajas del baluarte que daban al rio, y cuyas ventanas ofrecian fácil salida; dejábasele hasta dormir en aquellas piezas en las noches del estío. En este estado habia tenido ocasion de comunicar su proyecto á algunos de los parciales de su familia que acudian á verle, y de concertar con ellos los medios de ejecucion. Asi fué que una tarde de verano, aprovechando la hora y sazon de estarse bañando las gentes en el Guadalquivir y distraidos en otros negocios sus carceleros, se descolgó de repente por una de las ventanas bajas de la escalera de las cisternas, pasó á nado el rio, y cuando se halló del otro lado tomó un disfraz y un caballo que sus amigos le tenian dispuesto, y se encaminó por sendas desusadas á Toledo, donde ya le esperaban tambien sus adictos, los cuales le proveyeron de todo lo necesario y le facilitaron medios para que pudiese sin peligro pasar á las montañas de Jaen, abrigo de todos los descontentos del emir y de todos los parciales del antiguo y pertinaz partido de los Fehríes.

Cuando el emir supo la evasion del creido ciego exclamó: «Temo mucho que la fuga de este ciego nos haya de causar no poca inquietud y efusion de sangre.» En efecto, ya entonces se hallaba Abul Asûad al frente de seis mil hombres posesionado de las sierras de Segura y de Cazorla, mientras su hermano Cassim, el fugado de Toledo, el compañero de Ibnalarabi, habia reaparecido otra vez como por encanto en la Serranía de Ronda, y reclutaba gente para engrosar las bandas de Abul Asûad. ¡Admirable actividad y constancia la de los hijos de Yussuf, solo comparable á la de su padre! No—

ticioso el emir de esta novedad partió de Córdoba á la cabeza de su caballería, y dió órdenes á diferentes walíes para que se le incorporasen con sus respectivas huestes. Encastillados los rebeldes en las breñas de Cazorla, sostuviéronse por espacio de tres años haciendo la guerra de montaña, la mas á propósito para rendir de fatiga y sin resultados las tropas del emir. Impacientado ya éste y ardiendo en deseos de terminar de una vez lucha tan prolongada y fatigosa, hizo un llamamiento general á todas las tribus, y congregados todos los hombres útiles de guerra, dispuso una batida simultánea en las asperezas en que se abrigaban los rebeldes, resuelto á no dejar un enemigo á vida. Abul Asûad de resultas de este ojeo reconcentró su gente en Cazorla. Aconsejábanle allí unos que implorase la clemencia del emir, seguro de que sería acogido con benignidad, otros que aceptára la batalla y en lo mas recio de ella se pasára al campo enemigo donde seria recibido con benevolencia. Desechó altivamente el Fehri una y otra proposicion como innobles, y prefirió aventurar el todo por el todo en un combate. Y así fué que forzado á aceptar la pelea en los campos de Cazorla, sus indisciplinadas bandas, buenas para la guerra de montaña, de sorpresa y de rapiña, pero poco á propósito para una batalla campal, fueron pronto acuchilladas y deshechas por los escuadrones regulares y aguerridos de Abderrahman. Muchos se ahogaron en las aguas del Guadalimar: otros se retiraron á sus casas; Hafila, uno de los bandidos mas antiguos, huyó á sus conocidas montañas de Jaen; Cassim pudo retirarse á la Serranía de Ronda, y Abul Asûad escapó despavorido con unos pocos por Sierra Morena á Estremadura y el Algarbe. Mas de cuatro mil hombres habian quedado en el campo (784).

Vióse Abul Asûad acosado en tierra estraña por los walíes de Beja, de Alcántara y de Badajoz: abandonáronle sus compañeros; y solo, errante noche y dia por bosques y cuevas, como hambriento lobo, dice un autor arábigo, derrotado y miserable entró en Coria, donde estuvo oculto algun tiempo: precisado á volver á salir de allí, continuó errante de bosque en bosque, apagando su sed en los arroyos, y pidiendo limosna á los transeuntes; por fin, descalzo y andrajoso, desfigurado con los trabajos, entró en Alarcon, pueblo y fortaleza de Toledo, donde recibió la hospitalidad del desvalido, y á poco tiempo una muerte oscura puso fin á sus infortunios. Tal fué el lamentable fin del hijo mayor de aquel Yussuf, enemigo implacable de Abderrahman. Habíase fingido ciego en la prision, y solo recobró la libertad y la vista para gozar de la libertad de las fieras del bosque y del espectáculo de su negra desventura.

Terminada esta guerra, pasó Abderrahman á visitar la Extremadura y Lusitania. Recorrió las ciudades de Mérida, Evora, Lisboa, Santaren, Coimbra,

Porto y Braga, haciendo levantar en todas partes mezquitas y estableciendo escuelas públicas para la enseñanza del islamismo: volvió por Zamora, Astorga y Avila, ciudades todas conquistadas antes por el rey cristiano de Asturias Alfonso I., y abandonadas sin duda después ó poco defendidas, y pasó á Toledo, donde fué recibido por su hijo Abdallah con las mayores demostraciones de alegría (785). Allí supo que Cassim, el hijo menor de Yussuf, unido al indómito Hafila, restos ambos de la batida de Cazorla, hacian todavía los últimos desesperados esfuerzos por la parte de Murcia y Almería. Mientras Abdallah, hijo del célebre Marsilio, y heredero del valor y de la severidad de su padre, perseguia á Cassim ben Yussuf, Abderrahman visitaba los pueblos de las montañas de Jaen, teatro de la última guerra, cambiando con su presencia y porte el espíritu desfavorable que en ellos dominaba y disipando con su amabilidad las prevenciones que contra él tenian. Al llegar á Segura de la Sierra, esclamó: «esta fortaleza, defendida por un buen alcaide y por algunos ballesteros fieles, sería inaccesible como el nido del águila en la empinada roca.» Lleváronle allí la noticia importante de haber caido Cassim el Fehri en manos de Abdallah, hijo de Marsilio (Abdelmolek ben Omar). Invirtió algunos dias el emir en recorrer las aldeas de la sierra, y luego bajó á Denia, donde le esperaba otra nueva no menos feliz. Abdallah habia capturado tambien al terrible caudillo de los rebeldes Hafila, á quien habia decapitado en el acto. Cuando Abderrahman llegó á Lorca, incorporósele el vencedor Abdallah, y juntos se encaminaron á Córdoba, donde entraron en medio de las mas vivas aclamaciones y plácemes de los habitantes de la ciudad (786). Presentáronle allí al rebelde Cassim encadenado: el hijo de Yussuf imploró la clemencia del emir, besando la tierra que pisaba el mismo á quien habia hecho guerra obstinada y pertinaz. El ilustre emir puso término á la guerra de treinta años con un rasgo de magnanimidad que acabó de realzar su grandeza. No solo mandó quitar las cadenas y grillos al cautivo Fehri, sino que le otorgó mercedes y le dió tierras en Sevilla para que pudiese vivir conforme á su antiguo rango y socorrer á sus parientes desvalidos. Cassim conmovido con tan generoso proceder ofreció solemnemente ser desde entonces el mas fiel servidor y amigo de su magnánimo bienhechor (1).

¡Cuán diferente estrella la de los dos hijos de Yussuf el Fehri! Abul Asûad, preso diez y ocho años en una torre, logra á costa de una fingida ceguera, ficcion aun mas incómoda que el mismo cautiverio, evadirse de la prision, alza el pendon rebelde en el corazon de una montaña, es batido á ojeo como

(1) Conde, part. II., cap. 23.

una fiera dañina, derrótanle en un combate, abandónanle los suyos, vaga por los bosques como una alimaña perseguida por el cazador, pide limosna á los transeuntes, apaga la sed en los torrentes del desierto, desfigúranle los trabajos de la vida salvage, y escuálido y desnudo entra en una poblacion donde muere como un mendigo en la oscuridad y en la miseria. Cassim, su hermano, diez veces prisionero y otras tantas auxiliado para fugarse, fomentador de todas las rebeliones, conspirador incansable y eterno, aparecido do quiera que habia enemigos armados del emir, en ciudades y en despoblados, en España y fuera de ella, en Mediodía y en Oriente, en riscos y llanos, es apresado al fin, y no solo obtiene perdon é indulto de un vencedor de quien fuera tan mortal enemigo, sino tambien tierras de que poder vivir con la grandeza de un príncipe. Inútil seria buscar en lo humano las causas de estos contrastes, que en todos los siglos, en todas las religiones y en todos los paises suele ofrecer la suerte de los hombres.

Llegamos por fin al término de la carrera de Abderrahman; treinta años llevaba de luchas el hijo de Moavia con pocas interrupciones, al cabo de los cuales, vencedor siempre, pero siempre molestado, logró todavía poder dedicar con quietud alguno aunque corto tiempo á afianzar el trono de los Ommiadas y á legársele en un estado brillante á sus sucesores. Dedicó, pues, Abderrahman este apetecido periodo de sosiego á embellecer á Córdoba con monumentos que testificáran á la posteridad su poder y grandeza. Ya la habia adornado con alcázares, palacios y jardines; mas queriendo dejar levantado en la capital del imperio un templo que igualára ó excediera á los mas magníficos y soberbios de Oriente, dió principio á la construccion de la grande aljama ó mezquita mayor de Córdoba sobre el mismo plan de la de Damasco, en lo cual llevó acaso la idea religiosa y el pensamiento político de apartar mas y mas á los musulmanes españoles de la dependencia moral de Oriente en que los conservaba la veneracion á la Meca, haciendo á Córdoba un nuevo centro de la religion muslímica. Para activar los trabajos y alentar á los operarios con su ejemplo, trabajaba Abderrahman por sí mismo una hora cada dia; mas á pesar de tanta actividad y de haber consumido en los gastos de la obra mas de cien mil doblas de oro, Dios no le permitió ver concluido el grandioso monumento, en que, al decir de un moderno poeta, el ojo habia de perderse en maravillas (1). Reservada estaba esta satisfaccion á su hijo Hixem (2). Pero á Abderrahman corresponde la gloria del pensamiento

(1) Victor Hugo.

(2) Abderrahman hizo la parte principal, desde el muro occidental hasta la undécima nave inclusive. Segun el autor del Indicador Cordobés (edicion de 1837), la actual catedral de Córdoba compendia en sí la historia

y la honra de haber dotado con rentas perpétuas lós hospitales y escuelas madrissas, que levantó á la sombra de la grande aljama.

Ocupado estaba el ilustre Ommiada en estos trabajos, cuando sintiéndose próximo á descender al sepulcro convocó á los walíes de las seis provincias, y á los gobernadores de doce ciudades principales con sus veinte y cuatro wazires, y teniéndolos reunidos en su alcázar, á presencia de su *hahgib* ó primer ministro, del cadí de los cadíes, de los alkatibes, secretarios y consejeros de estado, declaró su voluntad de dejar á su hijo Hixem por *walí alahdi*, ó sucesor del imperio; rogó á todos le reconociesen y jurasen por tal, é hiciéronlo así todos aquellos altos dignatarios, tomando la mano á Abderrahman, segun costumbre, en señal de obediencia y respeto, y prometiendo fidelidad al futuro emir cuando su padre muriese. Era Hixem el predilecto de su padre, porque aventajaba á sus hermanos en bondad y en sabiduría, en prudencia y rectitud. Murmuróse que la sultana Howara, madre de Hixem, la mas querida, y acaso la única esposa que tuvo el emir, no habia dejado de influir en la eleccion. Mas aunque los dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah no podian reclamar legalmente derecho de preferencia á la soberanía, puesto que esta era electiva, como lo era tambien en aquella época entre los cristianos, no pudieron sin secretos celos y sin un resentimiento que por entonces ahogaron, verse postergados á un hermano menor, cuyo mérito y virtudes presumian por lo menos igualar.

Despedida la asamblea, partió Abderrahman á Mérida, acompañándole Hixem, y quedando Abdallah en Córdoba: Suleiman volvió á su gobierno de Toledo. A los pocos meses adoleció Abderrahman en Mérida de una enfermedad, de la cual no tardó en sucumbir. Acaeció su muerte en el año de la hegira 171, el 22 de la luna de Rebie segunda (30 de setiembre de 788). Tenia entonces poco mas de cincuenta y nueve años, y dejaba once hijos y nueve hijas. Hízosele un entierro solemne y pomposo, acompañando su féretro toda la gente de la ciudad y de sus contornos, con señaladas muestras de sentimiento y pesadumbre (1).

de los cuatro grandes períodos de la España romana, gótica, arábiga y restaurada. En el sitio que hoy ocupa este grandioso templo estuvo el que los romanos dedicaron á Jano, que llamaron Augusto. De ello se hallaron dos inscripciones cuando se abrieron los cimientos para la fábrica de la capilla mayor, que están hoy colocadas en el arco llamado *de las Bendiciones*. En este mismo sitio, segun la opinion mas probable, estuvo en tiempo de los godos el templo de San Jorge, aquel fuerte donde se refugiaron los caballeros godos y cordobeses cuando la invasion de Mugueiz el Rumi, y que de la catástrofe en él ocurrida se llamó *iglesia de los Mártires*. Despues fué la gran mezquita, y San Fernando la convirtió en catedral cristiana, cuyo destino conserva.

(1) Conde, cap. 24.

Así terminó su agitada y gloriosa carrera el primero de los Ommiadas de España, Abderrahman ben Meruân, á cuyas aventajadas cualidades sus mayores enemigos no pudieron menos de hacer justicia. Almanzor, Califa de Bagdad, y por lo mismo natural enemigo de su nombre y familia, elogiaba su valor y sus talentos, y se felicitaba de que las guerras interiores de España le hubieran impedido ejecutar el atrevido pensamiento que tuvo, segun Al Makkari, de llevar la guerra hasta el Oriente, y de derrocar la poderosa dinastía de los Abassidas. Los escritores cristianos, á pesar de sus naturales antipatías, no pudieron dejar de reconocer sus virtudes. El Silense le llama el gran Rey de los Moros (1), y el Arzobispo don Rodrigo dice que Abderrahman fué llamado *Adahid*, el Justo (2). «Cárlo-Magno, dice un escritor contemporáneo, la figura colosal que descuella en aquel siglo, queda rebajado en comparacion de Abderrahman (3).»

Aunque Abderrahman gobernó como gefe supremo é independiente, y aunque las historias cristianas y algunas árabes le nombran Rey, Califa (Vicario), ó Miramamolin (4), consta por Al Makkari que nunca se dió á sí mismo sino el modesto título de Emir. Los dictados de Miramamolin y de Califa no empezaron á darse á los Emires de Córdoba hasta el octavo de los Ommiadas de España Abderrahman III, ó sea Abderrahman al Nasir.

El mismo año de la muerte de Abderrahman I. entró en África Edris ben Abdallah, que despues de haber andado errante por aquellas regiones como en otro tiempo Abderrahman, se apoderó de Almagreb, quitándoselo á los califas de Oriente, y echó los cimientos del reino de Fez, que trasmitió en herencia á su hijo Edris ben Edris. De esta manera el África propiamente dicha, desde el Egipto hasta el Estrecho, se constituia independiente de los califas Abassidas, como treinta y ocho años antes se habia constituido la España: circunstancia interesante para la inteligencia de los sucesos ulteriores de nuestra historia.

(1) Abderramen magnus rex Maurorum. Chron. n. 18.

(2) Hist. Arab. 18.

(3) Alcant., Hist. de Granada, tom. II.

(4) Corrupcion de *Emir-al-mumenin*, emir ó gefe de los creyentes.

CAPITULO VII.

HIXEM Y ALHAKEM EN CÓRDOBA; ALFONSO EL CASTO EN ASTURIAS.

De 788 á 803.

Solemne proclamacion de Hixem I. en Córdoba.—Guerra que le movieron sus dos hermanos Suleiman y Abdallah.—Véncelos el emir.—Noble y generoso comportamiento de éste.—Rebeliones de los walíes de la frontera oriental.—Proclama Hixem la *guerra santa*.—Progresos de los musulmanes de uno y otro lado del Pirineo.—Termina Hixem la gran mezquita de Córdoba.—Su descripcion.—Triunfo de Alfonso II. (el Casto) en Asturias.—Muerte de Hixem, y elevacion de su hijo Alhakem I.—Dispútanle el trono sus dos tios Suleiman y Abdallah.—Guerra civil. Su término.—Alfonso de Asturias hace una excursion hasta Lisboa.—Mensage y presentes de Alfonso á Cárlo-Magno en Aquisgran.—Es destronado momentáneamente, recluido en un monasterio, y vuelto á aclamar.—Conquistas de los francos en el Oriente de España.—Célebre sitio de Barcelona por Ludovico Pio, rey de Aquitania.—Ríndenle la plaza los musulmanes.—Origen del condado de Barcelona.

Estraño se mantenia á todos estos sucesos el pequeño reino de Asturias, como oscurecido en su rincon bajo los inertes príncipes que mediaron de primero al segundo Alfonso, que todavía, como anunciamos en otro capítulo, tardará tres años en empuñar el cetro de la monarquía de Pelayo.

Con desusada pompa se celebraba en 788 en Mérida, terminados los funerales de Abderrahman, la solemne proclamacion de su hijo Hixem I. «Que Dios ensalce y guarde á nuestro soberano Hixem, hijo de Abderrahman!» era el grito que resonaba en todas partes, y rezábase por él la *chotba* ú oracion pública en todas las mezquitas de España. Ayudaba al entusiasmo con que era saludado Hixem su magestuosa presencia, su índole apacible, y la fama de religioso y justiciero que ya gozaba, designándole desde el prin-

cipio con el doble dictado de *Al Adhil*, el justo, y de *Al Rahdi*, el benigno y afable.

Pero estas virtudes no bastaron á estorbar que sus dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah, walies de Toledo y de Mérida, no pudiendo resistir á la envidia y enojo de verse postergados, le declaráran abierta guerra, proclamándose independientes en Toledo, donde ambos se habian reunido. Al wazir de la ciudad, que se negó á coadyuvar á sus designios, encarceláronle y le cargaron de cadenas. Y como Hixem escribiese á su hermano Suleiman para que le diese cuenta de la causa ó motivo de aquel maltratamiento, la respuesta del soberbio Suleiman fué hacer sacar de la prision al desgraciado wazir y clavarle en un palo á presencia del portador de la carta, diciéndole á este: «vuelve y di á tu señor lo que vale aqui su soberanía: que queremos ser independientes en nuestras pequeñas provincias, lo cual es una corta indemnizacion del desaire que se nos ha hecho.» Justamente indignado Hixem de la desatentada osadía de sus hermanos, marchó á la cabeza de una hueste de veinte mil hombres sobre Toledo. Suleiman habia salido á su encuentro con quince mil. Batiéronse los dos hermanos con el encarnizamiento de estraños enemigos. Derrotado el rebelde, pudo á favor de las tinieblas de la noche refugiarse á los montes, y el ejército vencedor prosiguió á poner cerco á la ciudad defendida por Abdallah. El sitio apretaba, Suleiman no volvia, escaseaban los víveres, cundia en la ciudad el descontento, y Abdallah pidió permiso á los gefes del campo enemigo para pasar á conferenciar con el emir su hermano. Salió de Toledo de incógnito, presentóse á Hixem, el cual por uno de aquellos impulsos indeliberados, propios de las almas generosas, recibió á Abdallah con los brazos abiertos. Ante la elocuencia muda de la sangre no vió en su hermano al gobernador rebelde de Toledo, sino al hijo de Abderrahman como él. Concertóse, pues, la entrega de la plaza y el olvido de todo lo pasado, y juntos marcharon á Toledo, donde fué recibido Hixem con públicas demostraciones de alegría. Instaló en calidad de walí á un pariente del wazir tan inhumanamente sacrificado: dió á Abdallah para que pudiese vivir una casa de recreo situada en uno de los mas amenos sitios de la campiña del Tajo, y regresó á Córdoba á preparar los medios de reducir á Suleiman, que tenaz en su rebelion, se habia corrido de los montes de Toledo á los campos de Murcia, y reclutado gran número de descontentos.

Tampoco tardó en verse segunda vez humillada la soberbia de Suleiman. El jóven hijo de Hixem, Alhakem, que hacia el primer ensayo de acaudillar algunas tropas, mandaba la vanguardia del ejército destinado á perseguir á su rebelde tio. En los campos de Lorca encontró la gente de éste, y con el ardimiento y la inconsideracion de un jóven que no vé los peligros la arreme-

tió impetuoso, y tuvo la fortuna de arrollarla. Cuando llegó el ejército del emir no halló ya con quien pelear. Costóle al jóven vencedor ser amonestado por su padre, para que otra vez no procediera con tanta precipitacion, pues si bien es necesario el arrojo en las lides, no lo es menos la prudencia, por cuya falta caudillos muy bravos causaron muchas veces la ruina de su reino y la suya propia. Cuando Suleiman, que no habia estado en la batalla, supo la derrota., «¡maldicion á mi suerte!» esclamó, y sin decir mas corrióse con algunos ginetes á tierra de Valencia, donde acosado por la caballería del emir escribió á su hermano solicitando le admitiese en su gracia con las mismas condiciones que á Abdallah. Hixem, siempre generoso, allanóse tambien á ello, si bien conociendo el carácter impetuoso y arrebatado de Suleiman, le propuso que se estableciese en Tanger ú otra ciudad de Almagreb, donde con el valor de los bienes que tenia en España podria adquirir otras posesiones equivalentes. Accedió á todo Suleiman, y vendidas sus haciendas en sesenta mil mitcales de oro pasó á morar en Tanger. Así terminó (de 788 á 790) la guerra de los tres hermanos (1).

Simultáneamente habia estado ardiendo el fuego de la rebelion por las fronteras del Pirineo Oriental. Los inquietos berberiscos no se resignaban á la obediencia de los emires árabes. Ya era el walí de Tortosa Said ben Hussein que se negaba á reconocer á su sucesor, y se concertaba con sus vecinos los francos para sostener contra el soberano de Córdoba las plazas de Gerona, Ausona y Urgel; ya era el caudillo de la frontera Balhul, que unido á los walíes de Barcelona, Tarragona y Huesca, se apoderaba de Zaragoza, y se proclamaba independiente. Por fortuna de Hixem, el walí de Valencia, Abu Otman, enviado contra los rebeldes, fué tan enérgico y feliz en su expedicion, que no tardó en informar al emir de sus triunfos de la manera auténtica que los musulmanes solian hacerlo, enviándole las cabezas de los caudillos vencidos. Como esto coincidiese con la sumision de los dos hermanos, hiciéronse en Córdoba fiestas públicas. Hixem escribió de su puño una carta de gracias al bravo Abu Otman, y le dió el mando de la frontera de Afranc ó del Frandjat (que así llamaban ellos á la frontera de Francia), prometiéndole le serian enviados refuerzos para recobrar las ciudades que en aquella tierra habian perdido los muslimes.

Desembarazado Hixem de estas guerras, pensó en resucitar en los musulmanes españoles el fervor religioso de los buenos tiempos del Islam, y llevando el pendon del Profeta á los dominios cristianos, emplear las fuerzas y

(1) Roder. Tolet. Hist. Arab. c. 18.—Conde, part. II. cap. 25 y 26.—Ben Alabar, in Cassiri.

la atencion de todas las tribus en combatir á los enemigos de su fé, haciendo cesar por este medio el espíritu de sedicion que trabajaba y enflaquecia el imperio. Al efecto hizo leer en todos los *minbhares* ó púlpitos de las mezquitas la proclamacion del *alghied* ó guerra santa. Hizo un llamamiento general á todos los walíes y caudillos, á todos los creyentes, ofreciendo grandes premios á cuantos contribuyeran de algun modo á tan digna empresa. Respondieron á la invitacion del emir todos los buenos musulmanes, concurriendo los unos con sus personas, los otros suministrando armas ó caballos, los demas con sus bienes, haciendo donativos y limosnas (791). Juntáronse asi brevemente tres grandes cuerpos de ejército, que destinó el emir á Asturias y Galicia, á los montes *Albaskenses* (montañas vascas), y á las tierras de Afranc.

El primero, al mando del hadgib ó primer ministro Abdel Wahid, fuerte de cerca de cuarenta mil hombres, corrió las comarcas de Astorga y Lugo, talando y destruyendo el país, y cuando volvia cargado de ganados, despojos y cautivos, encontróse una parte de él en Burbia (1) con fuerzas del rey de Asturias Bermudo (Bomond que nombran los árabes). El resultado de esta pelea le traducen en su favor las historias musulmanas: distinta interpretacion le dan los cronistas cristianos (2), Era el último año del reinado de Bermudo, cuando ya Alfonso mandaba las armas de Asturias. El segundo ejército penetró por los montes de Vizcaya hasta la Vasconia. Pero la irrupcion mas notable de la guerra santa fué la que hizo el tercer cuerpo á las órdenes de Abdalá ben Abdelmelek á la Septimania ó Narbonense. Los momentos no podian ser mas oportunos. Cárlo-Magno se hallaba en el Norte defendiendo las fronteras de su reino contra los indóciles sajones: Luis el Bondadoso, su hijo (Ludovico Pío), rey de Aquitania, habia tenido que acudir á Italia al socorro de su hermano Pepino, contra quien se habian sublevado los de Benevento. En tal ocasion, el ejército musulman, despues de tomar á Gerona, que estaba por los franco-aquitanios, y de degollar á sus habitantes, invadió la Septimania, incendió el grande arrabal de Narbona, treinta años hacia perdida por los sarracenos, hizo gran matanza en sus defensores, y cargado de botin dirigióse á Carcasona. En vano quiso hacer frente el duque Guillermo de Tolosa en las riberas del Orbieu á las vencedoras huestes agarenas: inútiles fueron las proezas personales del duque cristiano. El pendon mahometano quedó otra vez triunfante, y contentos los árabes con esta segunda victoria, regresa-

(1) Junto á Villafranca del Vierzo, en la actual provincia de Leon.

(2) Conde, cap. 27.—Ahmed Almakari.—Albeld. Chron. n. 57.—Roder. Tolet. Hist. Arab. c. 21.

ron de este lado de los Pirineos á poner en seguridad su inmenso botin (793). Córdoba celebró con regocijos públicos las nuevas de tan felices espediciones (1). Del quinto de aquellos despojos tocaron al emir mas de cuarenta y cinco mil mitcales ó pesantes de oro.

«Con estos venturosos sucesos, dicen los historiadores árabes, era el rey Hixem muy temido de sus enemigos y muy amado de los pueblos; con su clemencia, liberalidad y condicion dulce y humana, se grangeaba las voluntades de todos.» Principe, añaden, tan magnánimo, que de su particular tesoro pagaba los rescates de los prisioneros, y tomaba á su cargo y bajo su proteccion los hijos y mugeres de los que morian en la guerra santa. Tan celoso por la religion como caritativo con los pobres, destinó en su totalidad el quinto de los despojos que le habia tocado á acabar la gran mezquita de Córdoba empezada por Abderrahman I., y en la cual, á ejemplo de su padre, tambien trabajaba él algun rato cada dia. Dicen que empleó como obreros á todos los cautivos hechos en Narbona, lo que pudo dar ocasion á la tradicion popular de haber hecho traer en hombros de cautivos los escombros de aquella ciudad para emplearlos en este edificio. Acabóse, pues, en tiempo de Hixem este grandioso templo, que describe asi un historiador árabe: «Esta magnífica aljama de Córdoba aventajaba á todas las de Oriente; tenia seiscientos pies de larga y doscientos cincuenta de ancha; formada de treinta y ocho naves á lo ancho y diez y nueve á lo largo, mantenidas en mil noventa y tres columnas de mármol: se entraba á su *alquibla* (2) por diez y nueve puertas forradas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la puerta principal cubierta de láminas de oro: tenia nueve puertas á Oriente y nueve á Occidente. Sobre la cúpula mas alta habia tres bolas doradas, y encima de ellas una granada de oro: de noche para la oracion se alumbraba con cuatro mil setecientas lámparas, que gastaban veinte y cuatro mil libras de aceite al año, y ciento veinte libras de aloe y ámbar para sus perfumes: el *atanor del mihrab*, ó lámpara del oratorio secreto, era de oro, y de admirable estructura y grandeza.» Otro escritor arábigo, Abdelhalin de Granada, que tuvo la humorada de informarse hasta de las tejas que cubrian el edificio, dice que eran cuatrocientas sesenta y siete mil trescientas (3). Tambien se reedificó de órden de Hixem el famoso puente romano de Córdoba.

Reinaba desde 791 en Asturias Alfonso II. llamado el Casto (4). En el ter-

(1) Hist. de Languedoc, tom. I.—Fauriel, Hist. de la Gaule, etc., tom. III.—Conde, cap. 27.—Rod. Tolet. Hist. Arab. c. 19.

(2) La parte destinada á la oracion, que se hacia con el rostro vuelto hácia la Meca.

(3) Conde, part. II., cap. 28.—Ponz, Viage de España.—Indicador Cordobés.

(4) Llamóselo asi, por ser fama que, «con

cer año de su reinado, y sesto del de Hixem en Córdoba (794), invadió las Asturias otro nuevo ejército sarraceno. Internáronse esta vez bastante los mahometanos en aquel suelo clásico de la restauracion española, devastando campiñas y destruyendo iglesias. Alfonso reunió toda la gente de armas que pudo; el número era mucho menor que el de los enemigos, pero la presencia de su rey y el celo por su religion les inspiraba un ardor irresistible. Alfonso supo con maña atraer á los enemigos á un lugar pantanoso llamado Lutus (Lodos), en que entraron confiadamente los musulmanes. Salieron entonces los cristianos que emboscados los esperaban, y embistiéronlos tan bravamente, que embarazados y confusos los moros en un terreno fangoso, y para ellos desconocido, sufrieron una horrible mortandad: las crónicas cristianas hacen subir el número de muertos á setenta mil (1). Las historias arábigas confiesan que fué grande la matanza de los muslimes, que pereció en ella el caudillo Yussuf ben Bath, y que perdieron la presa y cautivos que traian. Esta fué la última espedicion de los sarracenos á tierras cristianas durante el reinado de Hixem.

La santa guerra, feliz para él por la parte de Narbona, lo habia sido bien poco por la de Asturias. Entreteníase como su padre en el cultivo de las hermosas huertas y jardines de Córdoba. Conociendo su aficion, propusiéronle un dia la adquisicion de una heredad contigua sumamente feraz y amena: sabedor el emir de que deseaban adquirirla otros, abstúvose de comprarla por no perjudicarles (2).

deseo de vida mas pura y santa por todo el tiempo de su vida no tocó á la reina Berta, su muger:» dice Mariana. Lo que se infiere del cotejo de las crónicas de Albelda, de Alfonso III., de Pelayo de Oviedo y de Lucas de Tuy, es que si estuvo desposado con Berta, no debió llegar á realizarse el consorcio, ó esta señora, á quien suponen francesa, no vino á España. Por lo menos no se encuentra su nombre entre los confirmantes de los privilegios de aquel reinado, como acostumbraban á hacerlo las reinas en aquel tiempo.

(1) Sebast. Salmant. n. 21.—Algunos confunden esta entrada y derrota con la de 791.

(2) Con esta ocasion compuso los siguientes versos, que revelan no tanto ingenio como grandeza de ánimo.

Mano franca y liberal—es blason de la nobleza,
El apañar intereses—las grandes almas desdeñan;
Floridos huertos admiro—como soledad amena,
El aura del campo anhelo,—no codicio las aldeas,
Todo lo que Dios me da—es para que á darlo vuelva:
En los tiempos de bonanza—infundo mi mano abierta
En el insondable mar—de grata beneficencia:
Y en tiempo de tempestad—y de detestable guerra
En el turbio mar de sangre—baño la robusta diestra:
Tomo la pluma ó la espada,—como la ocasion requiera,
Dejando suertes y lunas,—y el contemplar las estrellas,

Conde, cap. 28.

Cuéntase que un astrólogo anunció á Hixem la proximidad de su muerte; y que en su virtud, sin apesadumbrarse por ello, dicen las crónicas, convocó una solemne asamblea de los principales dignatarios del imperio (ceremonia que desde su padre siguieron usando en iguales casos los emires), y en ella hizo reconocer por sucesor suyo á su hijo el jóven Al-Haken, al cual juraron todos los principales jeques obediencia y fidelidad. El vaticinio del astrólogo, si fué cierto, no tardó en cumplirse. En los primeros dias de abril de 796 enfermó Hixem, y á los doce dias, dicen los autores árabes, se fué á la misericordia de Alláh. Refieren que poco antes de morir llamó á su hijo y le dió los siguientes consejos, que algunos equivocadamente han atribuido á su padre (1). «Considera, hijo mio, que los reinos son de Dios que los da y los «quita á quien quiere. Pues Dios por su bondad nos ha dado el poder «que está en nuestras manos, démosle gracias por tanto beneficio, hagamos «su santa voluntad, que no es otra que hacer bien á todos los hombres, y en «especial á los que están encomendados á nuestra proteccion: haz justicia «igual á pobres y á ricos, no consientas injusticias en tu reino que es ca«mino de perdicion; sé benigno y clemente con todos los que dependan de «ti, que todos son criaturas de Dios. Confia el gobierno de tus provincias y «ciudades á varones buenos y esperimentados; castiga sin compasion á los «ministros que opriman tus pueblos: gobierna con dulzura y firmeza á tus «tropas cuando la necesidad te obligue á poner las armas en sus manos; sean «los defensores del estado, no sus devastadores; pero cuida de tenerlos paga«dos y de inspirarles confianza en tus promesas. No te canses de grangear la «voluntad de tus pueblos, pues en su amor consiste la seguridad del estado, «en el miedo el peligro, y en el odio su ruina cierta. Cuida de los labradores «que cultivan la tierra y nos dan el necesario sustento: no permitas que les «talen sus siembras y plantíos. En suma, haz de manera que tus pueblos te «bendigan, y vivan contentos á la sombra de tu proteccion y bondad, que «gocen tranquilos y seguros los placeres de la vida: en esto consiste el buen «gobierno, y si lo consigues, serás feliz, y alcanzarás fama del mas glorioso «príncipe del mundo (2).»

«Al leer este fragmento, exclama un escritor de nuestros dias, ¿no se cree tener á la vista una página de Fenelon?» Ciertamente, á ser auténtico, como lo parece, este discurso, holgariamos de ver practicadas las máximas del príncipe musulman por los mismos que rigen y gobiernan los pueblos cristianos. Dejó Hixem establecidas en Córdoba escuelas de lengua arábiga, y en su

(1) Viardot, Hist. des Arabes, etc. cap. 11. (2) Conde, cap. 29.

tiempo se comenzó á obligar á los cristianos mozárabes á no hablar ni escribir en su lengua latina.

Alfonso de Asturias habia trasladado su corte y residencia real á Oviedo, la ciudad que habia fundado su padre Fruela, y donde él habia nacido. Consagrábase el tiempo que las irrupciones sarracenas se lo permitian á fomentar la prosperidad de su reino con el celo, piedad y prudencia que hicieron tan glorioso su largo reinado. Cinco años llevaba gobernando la monarquía de Asturias, cuando por muerte de Hixem fué proclamado emir de la España musulmana Alhakem, su hijo, cuya brillante educacion, juventud, ingenio y cultura, hacian esperar á los muslimes que tendrian en él un digno sucesor de su abuelo y de su padre: y esperáronlo mas al verle nombrar su hagib ó primer ministro al ya ilustre en armas y letras Abdelkerim ben Abdelvahid, su bibliotecario y amigo desde la infancia. Pero la altivez é irascibilidad de su genio le condujeron á los escesos y estravagancias que nos irá diciendo la historia.

Borrascoso y turbulento comenzó el reinado del tercer Ommiada. Sus dos tios Suleiman y Abdallah, en Tanger el uno, en las cercanias de Toledo el otro, de nuevo aguijados de la ambicion de reinar, prepparáronse á disputar con las armas á su jóven sobrino un trono de que aun se creian injustamente despojados, como hijos mayores de Abderrahman. Entendiéronse entre sí, y mientras Abdallah con ayuda del cadí de Toledo Obeida ben Amza (el Ambroz de las crónicas cristianas), hombre astuto y de intriga, organizaba secretamente la rebelion, Suleiman en África reclutaba á fuerza de oro la gente movediza y vagabunda del Magreb para traerla á España. Abdallah, despues de haberse concertado con su hermano en Tanger, pasó resueltamente á solicitar el apoyo del mas poderoso príncipe que entonces en Europa se conocia, de Cárlo-Magno, que se hallaba á la sazon en su palacio de Aquisgran (Aix-la-Chapelle). Allá se fué el atrevido árabe, como antes Ibnalarabi á Paderborn, á implorar la ayuda del gran gefe de la cristiandad contra el emir su inmediato pariente y correligionario. A tal punto la codicia del poder ahoga en los hombres la voz de la sangre y el sentimiento religioso. Lo que negociaron en su comun interés el monarca franco y el rebelde ommiada, indicáronlo pronto, si del todo no lo aclararon los sucesos (1).

Despues de haber venido juntos hasta la Aquitania Abdallah y el rey franco Luis el Pio, y mientras el hijo de Cárlo-Magno se disponia á invadir la España por el Pirineo Oriental, el tio del emir de Córdoba atravesaba todo

(1) Eginhard, Annal.—Annal. Lauriss.—Conde, cap. 24.

el territorio que media hasta Toledo, donde ya su activo agente Ambroz (Aben Amza) le tenia ganadas algunas fortalezas de la provincia, alzado banderas por él, y apoderádose de las puertas y alcázar de Toledo por un atrevido golpe de mano (797). De todos los alcaides de la comarca ninguno habia permanecido fiel al emir sino Amrû el de Talavera. Suleiman con su hueste aventurera de África desembarcaba en Valencia y se reunió á su hermano en Toledo, sin que alcanzára á impedirlo el emir por pronto que acudió con la caballería de Arcos, de Jerez, de Sidonia, de Córdoba y de Sevilla. Viéronse al instante los resultados de la entrevista de Aquisgran, porque mientras Alhakem y su fiel Amrû sitiaban en Toledo á los dos hermanos rebeldes, el hijo de Cárlo-Magno y el rey de Aquitania Luis (Ludovico el Pio) por medio de sus leudes y caudillos recobraba á Narbona, batia á los comandantes musulmanes de la frontera Balhul y Abu Tahir, rendia otra vez á Gerona, se le entregaban Lérida, Huesca y Pamplona, y un moro nombrado Zaid escribia á Cárlo-Magno ofreciéndole poner la plaza de Barcelona á su disposicion.

En tal conflicto el jóven Alhakem, con una resolucion propia de su juventud, dejando encomendado á su fiel Amrû el sitio de Toledo, parte rápidamente con la caballería de su guardia á apagar el incendio de la España Oriental. Llega á Zaragoza, hace un llamamiento á los buenos musulmanes, su presencia, sus modales, sus ardientes discursos reaniman las poblaciones del Ebro, y acuden en derredor de la legítima bandera. Con esto emprende vigorosamente la reconquista de las plazas perdidas, los franco-aquitanios huyen delante de sus armas, recobra á Huesca, Lérida y Gerona, entra en Barcelona, traspone el Pirineo, avanza á Narbona, destruye, degüella, cautiva niños y mugeres, le aclaman sus soldados *Almudhaffar* (vencedor afortunado), y dejando el cuidado de la frontera á su primer ministro Abdelkerim, y al wali Foteis ben Suleiman, regresa á Toledo fuerte y orgulloso con el resultado de tan feliz y rápida campaña. En vano en su ausencia se habia engrosado el partido de sus rebeldes tios: en vano se les habian adherido las ciudades de Valencia y Murcia: íbale á Alhakem el trono y la vida en acabar con aquella rebelion: el sitio se activa; las aguerridas y triunfantes huestes del emir vencen en varios reencuentros á la gente allegadiza y baldía de Suleiman; tómanles las fortalezas del pais; Suleiman y Abdallah se ven forzados á pasar á tierras de Valencia y Murcia: el emir se mueve tambien, y establece su cuartel general en Gingilia (Chinchilla). A poco tiempo se le presenta en Chinchilla el intrépido y fiel Amrû con la noticia de haber entrado en Toledo, de haber decapitado á Ambroz, cuya cabeza le llevaba en testimonio segun costumbre, y de haber dejado de gobernador de la ciudad á su hijo Yussuf (799).

Intentan entonces Suleiman y Abdallah penetrar en Andalucía y apoderarse de Córdoba por un golpe de mano. Pero el activo emir les sale al encuentro, y casi en el mismo sitio en que en vida de su padre había hecho el primer ensayo de su temeraria intrepidez contra aquel mismo Suleiman su tio, allí encontró ahora las huestes de los dos hermanos: allí correspondió otra vez al alto concepto que desde aquella primera ocasion habia hecho formar de su arrojo; allí en lo mas recio de la batalla vió caer á los piés de sus caballos al mayor de sus tios, Suleiman, clavada una flecha en su cuello. Desordenáronse con este golpe las bandas rebeldes, y Abdallah se retiró á Valencia á favor de la noche seguido de algunos. Cuando al emir le fué presentado el cadáver de su tio lloró sobre él, y mandó hacerle solemnes exequias á que asistió él mismo. Aunque Addallah era muy querido en Valencia, tanto que le apellidaban *Al Balendi* (el Valenciano), no quiso prolongar por mas tiempo los males de una guerra que seria ya inútil, y envió á Alhakem su sumision, ofreciéndole pasar á vivir en África ó donde le destinase. Admitió el emir la propuesta, concediéndole generosamente morar donde mas gustase, asignándole mil mitcales de oro mensuales y cinco mil mas al fin de cada año, pero exigiéndole en rehenes sus hijos como en garantía de la fé de su padre. Trató Alhakem á sus primos como príncipes, otorgándoles altos empleos en muestra de su confianza, y aun dió al mayor de ellos, Esfah, en matrimonio su hermana *Alkinza* (1). Volvióse con esto Alhakem á Córdoba, donde fué recibido con grande alegría (800). De este modo acabó la segunda guerra de los dos hermanos Suleiman y Abdallah, en que se vieron tantos ejemplos de esa estraña mezcla de crueldad y de sentimientos nobles y humanitarios tan comun en las gentes de la Arabia.

¿Habia estado entretanto ocioso y quieto Alfonso de Asturias? Por el contrario, aprovechando las desavenencias de los musulmanes habia hecho en 797 una atrevida escursion á la Lusitania, llevádola hasta las lejanas márgenes del Tajo, penetrado aunque momentáneamente en Lisboa, talado sus campiñas y traido ricos despojos. Hallándose Cárlo-Magno en Aquisgran, vió llegar unos personages cristianos que mostraban ir de apartadas tierras, llevando consigo siete cautivos musulmanes con otros tantos caballos, lujosos arneses, y un magnífico pabellon árabe. Eran dos nobles españoles, Basilico y Froya, enviados y mensageros de Alfonso el Casto de Asturias, que iban á ofrecer de parte de su rey al monarca franco aquellos preciosos dones, gloriosos trofeos de su feliz expedicion á Lisboa, al propio tiempo que su alianza y amistad (2). Quedó desde entonces Alfonso en relacion íntima con el po-

(1) *Alkinza* significa *el tesoro*.

(2) Eginhard, Annal.—Id. Fuldens.—Reginon, Cron. cit. por Florez, tom. XI. p. 6.

deroso Cárlos, que estendió igualmente á su hijo Luis de Aquitania. Tambien á Tolosa, donde este príncipe celebraba una especie de asamblea para deliberar sobre el modo de hacer otra incursion en España, fueron mensageros de Alfonso con presentes para aquel rey, siendo de este modo los tres monarcas el nervio de la liga cristiana de aquel tiempo.

Pero tan íntimas relaciones, tales y tan cumplidas muestras de amistad por parte de Alfonso á los príncipes francos hubieron de ser interpretados por algunos celosos próceres de Asturias como signos de dependencia, sumision ó vasallage, y no pudiendo tolerar la idea del mas remoto peligro de dependencia estrangera, formóse un partido bastante poderoso para derrocar á Alfonso del trono y encerrarle, bien que por muy poco tiempo, en el monasterio de Abelanica (802). Las sucintas crónicas de aquella era no nos dicen quién fuese aclamado en su lugar. Acaso ninguno: porque muy brevemente, en aquel mismo año, los vasallos leales de Alfonso, que eran los mas, capitaneados por un godo llamado Theuda, le sacaron de la reclusion y le devolvieron la libertad y el trono de que injustamente le habian despojado. Fundado ó nó el cargo que á Alfonso le hacian, es lo cierto que desde aquella fecha no se volvió á hablar ni de presentes y regalos, ni de afectuosos escritos de parte del rey de Asturias y Galicia al señor emperador Cárlo-Magno, como ya entonces se le llamaba (1). Tampoco desde entonces volvió á ser inquietado Alfonso en la pacífica posesion de su cetro.

Por dichoso hubiera podido tenerse Alhakem con no contar mas enemigos cristianos que los del Norte de España. Hubiera al menos podido reposar un tanto tranquilo en su soberbio alcázar y á la sombra de sus bellos jardines de Córdoba, despues de terminada la guerra civil de sus dos tios, si por el Nordeste de la Península no viera irse estrechando las fronteras de su imperio al empuje de las armas de otro formidable adversario. Ni Cárlo-Magno ni su hijo Luis habian renunciado á sus proyectos sobre España. Uno y otro tenian honra que vindicar, pérdidas que resarcir, y ambicion que satisfacer: y la asamblea de Tolosa que hemos mencionado, no habia sido estéril; habíase acordado en ella una nueva invasion, y realizóse con la ayuda y cooperacion que habia ido á ofrecerles en Tolosa aquel gefe de frontera Balhul, uno de aquellos moros de quienes dice la crónica árabe, «que acostumbrados á ser independientes en sus gobiernos, se mantenian en ellos con artera y vil política, buscando la amistad y el favor de los cristianos, para no obedecer á su señor ni servirle, y cuando ya no podian sufrir la opresion de los cristianos, fingian ser leales y buenos muslimes, y se acogian al rey, que

(1) Albeld. Chron. l. c.- Astron. Vit. Ludovici Pii.—Egin. Vit. Karol. Magn.

por esta causa se habia perdido aquella frontera.» Viene, pues, otra vez el ejército franco-aquitanio. Gana fácilmente los lugares fronterizos: Gerona, tres veces en un año tomada y perdida por musulmanes y cristianos: la antigua Ausona, tan floreciente en otro tiempo, y en aquella sazon casi deshabitada (1); Caserras, situada sobre una alta roca; el fuerte de Cardona, en la pendiente de un desfiladero; Solsona, Manresa, Berga, Lérida, todas fueron cayendo sucesivamente en poder de los francos, que se dedicaron á fortificarlas, como quien pensaba hacer asiento en el pais, que fué el núcleo de lo que habia de llamarse luego *Marca Hispana*, y quedó por entonces encomendado al conde Borrell. El gobernador de Barcelona Zaid rehusó entregar la plaza, segun habia ofrecido. Tal era la fé de los moros. Quedó Barcelona para ser especial objeto de una gran cruzada por parte de los francos.

En el primer año del siglo IX. se celebraba en Tolosa una solemne asamblea, especie de Campo-de-Mayo, presidida por el rey Luis de Aquitania. Tratábase de formar una gran liga de todos los condes y leudes francos y aquitanios para la conquista de Barcelona. El duque Guillermo de Tolosa fué el orador mas vehemente y el instigador mas fogoso en favor de la espedicion. Ardia en deseos de vengar el desastre de Orbieu. El discurso de aquel Guillermo, entonces duque y despues santo, arrastró tras sí los votos de toda la asamblea. Francos, gascones, godos y aquitanios, de Tolosa, de la Guiena y de la Auvernia, provenzales y borgoñones enviados como auxiliares por Cárlo-Magno formaron el grande ejército expedicionario, que fué dividido en tres cuerpos. En el otoño de aquel año (801), una numerosa hueste cristiana derribaba los árboles de las cercanías de Barcelona, levantaba estacadas, construia torres de madera, armaba escalas, arrastraba piedras, manejaba arietes y todo género de máquinas de batir. Un moro, seguido de una muchedumbre de gente, paseaba por lo alto de los muros de Barcelona. Era Zaid, que alentaba á los musulmanes á que no desmayáran á la vista del ejército franco. Todos los asaltos de los sitiadores eran rudamente rechazados con no poca pérdida de la gente cristiana.

Los musulmanes esperaban que Alhakem les enviára socorros de Córdoba. Pero habíase apostado para impedirlo el duque Guillermo de Tolosa con el tercer cuerpo entre Tarragona y Lérida. Por otra parte, el moro Balhul, acaudillando á los cristianos del Pirineo, aquellos rústicos y bravos montañeses avezados á todo género de privaciones y de fatigas, devastaba las campiñas y poblaciones árabes que hallaba descuidadas, y en una de sus

(1) Estaba tan destruida que se le dió el nombre de Vicus (aldea) Ausonensis, de donde le quedó el de Vic, Vique, y hoy de Vich.

atrevidas escursiones llegó á apoderarse de Tarragona, que hizo su plaza de armas. Singular fenómeno el de un caudillo musulman haciendo guerra terrible á los de su misma creencia con guerrilleros cristianos. Un cuerpo de auxiliares andaluces mandado por Alhakem hubo de retroceder apenas llegó á Zaragoza, espantado del aparato bélico de los cristianos. Con eso pudo el duque Guillermo reunirse con su division á la de los sitiadores, y activáronse las operaciones del asedio, y jugaron con mas vigor las máquinas de guerra. Insultábanse y se denostaban sitiados y sitiadores. «¡Oh mal aconsejados francos! gritaba un árabe de lo alto del muro; ¿á qué molestaros en batir nuestras murallas? Ningun ardid de guerra os podrá hacer dueños de la ciudad. Sustento no nos falta; tenemos carne, harina y miel, mientras vosotros pasais hambre.» —«Escucha, orgulloso moro, le contestó el duque Guillermo; escucha palabras amargas que no te agradarán, pero que son ciertas. ¿Vés este caballo pio que monto? Pues bien, las carnes de este caballo serán despedazadas con mis dientes antes que mis tropas se alejen de tus murallas, y lo que hemos comenzado sabremos concluirlo.»

Lo del moro habia sido una arrogante jactancia. Hambre horrible llegaron á sufrir los sitiados: los viejos cueros de que estaban aforradas las puertas los arrancaban y los comian; otros preferian á las angustias del hambre precipitarse de lo alto de las murallas en busca de la muerte: todo menos rendirse: heroismo digno de otra mejor causa y religion que la de Mahoma: escitaban ya la compasion como la admiracion de los mismos cristianos. Créese que luego recibieron socorros por mar, porque el sitio continuó, y ellos en vez de rendirse se mostraron mas firmes y animosos.

Aproximábase ya la cruda estacion del invierno, y esperaban los muslimes que los rigores del frio obligarian á los cristianos á levantar el sitio y volver el camino de Aquitania. Por lo mismo fué mayor su confusion y sorpresa al ver desde las murallas los preparativos para la continuacion del bloqueo, construir chozas, clavar estacas, colocar tablones, levantar, en fin, por todo el campo atrincheramientos y abrigos que indicaban intencion resuelta de pasar allí el invierno. Mayor fué todavía el desánimo de los mahometanos al percibir un dia en el campo enemigo del lado del Pirineo un movimiento y una agitacion desusada. Era el rey Luis, que acababa de llegar del Rosellon con su ejército de reserva, avisado de que era el momento y sazon de venir á recoger la gloria de un triunfo con que ya se atrevian á contar. El desaliento de los musulmanes de la ciudad fué grande entonces: hablábase ya públicamente de rendicion: solo Zaid rechazaba esta idea con energía, y para reanimarlos les daba esperanzas de recibir pronto socorros de Córdoba. Poco tiempo logró mitigar la ansiedad del pueblo, porque los

socorros no llegaban y Alhakem parecia tenerlos abandonados. Zaid veia crecer la alarma y los temores, y no hallaba ya medio de acallarlos. Asaltóle entonces el atrevido pensamiento de salir él mismo de la ciudad, ir á Córdoba, pedir auxilio al emir, y volver á la cabeza de las tropas auxiliares á libertar á Barcelona. Arrojado era el proyecto, pero ante ninguna dificultad retrocedia el intrépido y valeroso Zaid. Comunicóle á los demas gefes, nombró gobernador de la plaza durante su ausencia á su pariente Hamar, y se dispuso á ejecutar su designio á la noche siguiente. Encargó y recomendó mucho á sus compañeros que no desanimáran, que no se asustáran por nada, que tuvieran serenidad, pero que no provocáran al enemigo con salidas imprudentes, seguros de que no tardaria en venir en su socorro.

A estas instrucciones añadió otra muy notable, que prueba la prevision al mismo tiempo que el ardor generoso del bravo musulman. «Si por casualidad, les dijo, cayese en poder de los cristianos, lo cual no es imposible, y quisieran sacar partido de mi cautiverio imponiéndome por condicion para el rescate de mi vida el exhortaros á entregar la ciudad, no me escucheis, no hagais caso de mis palabras, manteneos firmes, sufridlo todo, hasta la misma muerte, como la sufriré yo, antes que rendiros con ignominia. Esto es lo que os dejo encargado.» ¿Cómo no habia de inflamarse, por decaido que estuviese, el espíritu de los muslimes con tales palabras?

Llegó la noche; una noche tenebrosa de invierno. Zaid habia observado un sitio del campo enemigo en que las tiendas y cabañas estaban menos espesas ó á mas distancia unas de otras. En aquella direccion salió Zaid á caballo por una puerta secreta: el animal parecia comprender el oculto designio de su dueño; en medio del silencio de la noche percibíanse apenas sus pisadas: así llegaron sin ser sentidos casi á las últimas chozas que ceñian el campamento: unos pasos más, y el atrevido musulman se veia libre de peligros. Ya casi se lisonjeaba de estarlo cuando una desigualdad del camino hizo tropezar al caballo: el cuadrúpedo se levanta, relincha, espoléale el ginete, corren..... poco les falta para salvar el campo..... pero al relincho del corcel todos los centinelas se han puesto en movimiento, y Zaid encuentra embarazado el paso por un peloton de soldados. En su vista retrocede camino de Barcelona: pero la alarma habia cundido por todas partes; por todas encuentra soldados cristianos, que le acosan, le cercan, le hacen en fin prisionero, y le conducen á la tienda del rey. La alegría se derrama por el campamento cristiano; la noticia no tarda en llegar á los sitiados de Barcelona: compréndese el terrible efecto que causaria.

Sucedió todo lo que Zaid habia previsto. Los francos quisieron valerse de

su ilustre prisionero para que aconsejara á los suyos la entrega de la ciudad. Presentáronle, pues, ante los muros de Barcelona con un brazo ligado, el otro desnudo y suelto. Cuando Zaid llegó á sitio de poder hacerse oir de los suyos agolpados sobre las murallas, extendió hácia ellos el brazo que le quedaba libre, y comenzó á exhortarlos á voz en grito que abriesen las puertas de la ciudad; pero al mismo tiempo doblaba los dedos y hacia otras semejantes demostraciones, como para dar á entender que ejecutáran todo lo contrario de lo que con la voz les ordenaba. Reparó el duque Guillermo en aquel juego misterioso, sospechó de él, y no pudiendo reprimir su indignacion dejóse arrebatar hasta el punto de descargar su puño sobre el rostro del astuto musulman. Su seña, sin embargo, no habia sido perdida: los gefes de la ciudad la comprendieron y continuaron defendiéndose con vigor. Tambien los sitiadores redoblaron sus esfuerzos. Resolvióse el asalto general; no hubo máquina que no se empleára; eran tantas, dice la crónica, que faltaba sitio para colocarlas: abriéronse al fin algunas brechas, mas al penetrar por ellas los cristianos, millares de flechas, piedras y dardos llovian sobre ellos. Los cristianos hacian no menor destrozo en los musulmanes.

Últimamente, agotados todos los medios de defensa, hostigados por todas partes, oprimidos por el número, su gefe en poder de los sitiadores, cedieron los árabes y se rindieron, mas no sin obtener honrosas condiciones del vencedor, entre ellas la de salir de la ciudad ellos y sus familias con armas y bagages, y la de poder retirarse libremente á la parte de territorio musulman que les agradase escoger. Bajo este pacto abrieron las puertas y franquearon la entrada al ejército franco-aquitanio. Solo entró aquel dia una parte de él á tomar posesion de la ciudad. Hízolo el rey al siguiente con gran aparato, precedido de sacerdotes y clérigos cantando salmos y entonando himnos, y con este cortejo pasó á la iglesia de Santa Cruz á dar gracias á Dios por tan importante victoria (1).

Poco tiempo permaneció en Barcelona el rey Luis. Dejando en ella en calidad de conde á Bera, noble godo, y uno de los capitanes que mas se habian distinguido en el asedio, con fuerte guarnicion de francos y españoles, regresó á Aquitania. Desde allí despachó al conde Bego á anunciar al emperador Cárlo-Magno, su padre, los triunfos de sus armas, enviándole en testimonio de ello al ilustre y desgraciado prisionero Zaid con multitud de des-

(1) A las noticias de Eginhard, del Astrónomo autor de la vida de Ludovico Pio, del arzobispo Marca, de Conde, de la Historia de Languedoc, etc. sobre estos sucesos, hemos añadido los interesantes y dramáticos pormenores que solo se encuentran en la obra titulada *Gesta Ludovici Pii*, de *Ermoldius Nigellius*, ó Ermold-el-Negro, como le nombra Mr. Guizot,

pojos de guerra. Bego encontró en Lyon un ejército que Cárlo-Magno enviaba en auxilio de su hijo Luis, al mando de Cárlos su hermano mayor, el cual, no siendo ya necesario, volvió incorporado con Bego cerca de su padre. Extraordinario júbilo causó al emperador la nueva de la conquista de Barcelona, y acaso, añade un historiador francés, le halagó un momento la idea de poder hacer de toda España una provincia del imperio de Occidente con que acababa de ser investido (1). Cuéntase que Zaid fué mal recibido y no mejor tratado por el nuevo emperador, y que el mismo dia de su presentacion le condenó á destierro.

Tal fué el famoso sitio y toma de Barcelona por Ludovico Pio, hijo de Cárlo-Magno y rey de Aquitania; uno de los mas importantes acaecimientos de aquella época, por las consecuencias que estaba llamado á producir; verdadero fundamento de la Marca Gótica, y principio y base del condado de Barcelona, que tanta influencia y tanto peso habia de tener en la solemne lucha entre el mahometismo y el cristianismo, entre la esclavitud y la libertad de España, que hacia cerca de un siglo se habia inaugurado.

(1) Cárlo-Magno recibió la corona del Leon III. en Roma el año 800.
imperio de Occidente de mano del papa

CAPITULO VIII.

ALFONSO II. EN ASTURIAS: ALHAKEM I. EN CÓRDOBA.

De 802 á 842.

Recobra Alhakem una parte del territorio perdido en la España Oriental.—Noche horrible y trágica en Toledo. Espantoso espectáculo. Crueldad abominable del wali Amrû. —Sublevacion en Mérida apagada. La bella Alkinza.—Conspiracion en Córdoba contra el emir. Otra catástrofe sangrienta.—Cárlo-Magno y su hijo Luis de Aquitania intentan en vano por tres veces distintas tomar á Tortosa.—Frústrase otra espedicion de los francos contra Huesca.—Invasion de Ludovico Pio, rey de Aquitania, hasta Pamplona. Sus esquisitas precauciones al regresar por Roncesvalles.—Triunfos del rey Alfonso el Casto en Galicia sobre los árabes.—Famosos rescriptos de Cárlo-Magno y Luis el Pio en favor de los españoles de la Marca Hispana.—Abdicacion del emperador Cárlo-Magno en su hijo Luis.—Alhakem proclama sucesor del imperio á su hijo Abderrahman.—Muerte de Cárlo-Magno, y division de sus estados.—Horrorosas escenas en Córdoba. Suplicio de trescientos nobles musulmanes. Famosa destruccion del arrabal. Emigracion de veinte mil cordobeses.—Misantropía de Alhakem: sus demencias: su muerte.—Alfonso el Casto: funda y dota la catedral de Oviedo.—La cruz de los Angeles.—Invencion del sepulcro del apóstol Santiago.—Se erige en catedral el templo de Compostela.—Restablece Alfonso el órden gótico en su reino.—Ultimos hechos de Alfonso el Casto: su muerte.

Dominaba Alfonso el Casto en el segundo año del siglo IX. además de las Asturias, el pais de Galicia hasta el Miño, algunos pueblos de lo que despues fué Leon y Castilla, la Cantabria y provincias vascas, debilitándose su accion en estas últimas hasta perderse en la Vasconia, que á veces se sometia á los sarracenos ó se aliaba con ellos ó con los francos, ó se mantenian libres algunas de sus comarcas el tiempo que podian. Las ciudades de la Lusitania, poseidas por los árabes, pero expuestas á las irrupciones de los cristianos de Asturias, solian mudar frecuente aunque momentáneamente de dueño, segun los varios sucesos de la guerra. Los musulmanes acababan de ver

desmembrarse una buena parte de su imperio por una y otra vertiente del Pirineo Oriental, y la conquista de Barcelona aseguraba al hijo de Cárlo-Magno el territorio español que con el nombre de Marca Hispana se estendia desde las fronteras de la Septimania hasta Tortosa y el Ebro, y constituia una parte integrante de la Marca Gótica.

No se comprende la causa de haber estado el emir Alhakem tan remiso en socorrer á los apurados defensores de Barcelona. Acaso no le pesaba ver comprometido á aquel Zaid que antes habia cometido la imprudente ligereza de ofrecer la entrega de la plaza á Cárlo-Magno. Es lo cierto que todo estaba terminado ya cuando el emir se movió con su ejército á Zaragoza. No fué, sin embargo, estéril esta expedicion. Procedió primeramente á ocupar á Pamplona que no perdonaba ocasion de desprenderse del dominio musulman, y descendiendo por las riberas del Ebro pasó á Huesca, cuyo walí Hassan era de aquellos que se ofrecian á musulmanes y á cristianos, y no guardaba fé ni á cristianos ni á musulmanes. Y habiendo restablecido allí su autoridad y acaso decapitado al walí (de quien por lo menos no volvió á saberse), dedicóse á esterminar al famoso guerrillero mahometano Balhul, que desde Tarragona, la antigua ciudad de los Escipiones y de los Césares, ahora guarida de un bandido musulman, con sus bandas de cristianos, gente ruda y montaráz de los Pirineos, sorprendia las guarniciones muslímicas de las comarcas del Ebro, vejaba las poblaciones y devastaba los campos. Pudo el emir apoderarse fácilmente de Tarragona, que se hallaba desmantelada de muros, pero habiéndose corrido Balhul hácia Tortosa, allí le persiguió el emir, que despues de darle muchos combates parciales logró al fin vencerle en formal batalla, no sin esfuerzo grande, que no menos de catorce horas se sostuvo peleando con impavidez el rebelde caudillo musulman. Cayó por último vivo en manos del emir, que instantáneamente y en el acto le hizo decapitar (803). Con esto y con proveer á la seguridad de la frontera, sin intentar por entonces recobrar á Barcelona, regresó Alhakem por Tortosa, Valencia, Denia y el país de Tadmir á Córdoba, desde donde envió una embajada (804), con un séquito de quinientos caballeros andaluces, al jóven Edris ben Edris que acababa de ser proclamado emir independiente del Magreb, ofreciéndole su amistad y alianza; que importaba mucho á los Ommiadas de Córdoba fomentar todo lo que fuese desmembrar el imperio de los Abassidas de Oriente (1).

(1) Este Edris ben Edris, segundo emir independiente de Africa, fué el que despues en 807 (191 de la hegira) edificó la ciudad de Fez, que vino á ser capital de un imperio.

Una série de horribles tragedias, tan espantosas que las tomáramos por ficciones de imaginaciones sombrías si no las viéramos por todas las historias árabes confirmadas, señalaron el resto del reinado del primer Alhakem

Atónitos y helados de estupor se hallaron una mañana los moradores de Toledo al ofrecerse á sus ojos el sangriento espectáculo de cuatrocientas cabezas separadas de sus troncos y destilando sangre todavía. El espanto se mudó en indignacion al saber que aquellas cabezas eran de otros tantos nobles toledanos. ¿Quién habia sido el bárbaro autor de aquella horrorosa matanza, y cuál la causa del espantoso sacrificio?

Recordará el lector que cuando el walí Amrû rescató á Toledo del poder del rebelde Ambroz cuya cabeza llevó al emir hallándose en Chinchilla, habia dejado por gobernador de la ciudad á su hijo Yussuf. Este inexperto y acalorado jóven habia con sus violencias y su imprudente conducta exasperado en tal manera á los toledanos, que llegó á producir un tumulto popular en que su alcázar, su guardia, su vida misma corrieron inminente riesgo. Interpusiéronse los jeques y principales vecinos, y lograron apaciguar la tumultuada muchedumbre. Mas sabiendo que el imprudente walí intentaba hacer un ejemplar escarmiento en los sublevados, y temiendo que provocára nuevos desórdenes y desafueros, apoderáronse ellos mismos del temerario Yussuf, y encerráronle en una fortaleza, enviando luego un mensage al emir en que le participaban respetuosamente lo que se habian visto forzados á hacer para sosegar al irritado pueblo. Recibió el emir estas cartas cuando iba á Pamplona, enseñóselas á Amrû, el padre de Yussuf, y despues de haber acordado sacar á Yussuf de Toledo, donde su presencia era peligrosa, y dádole la alcaidía de Tudela, Amrû, disimulando el agravio, se convidó á reemplazar á su hijo en el gobierno de Toledo, á lo cual accedió el emir.

Oculto llevaba ya Amrû un pensamiento de venganza contra los nobles toledanos que habian sabido enfrenar á su desacordado hijo. Meditaba una ocasion, y quiso que fuese estruendosa y solemne. Enviaba Alhakem á la España Oriental cinco mil caballos andaluces al mando de su hijo Abderrahman, jóven de quince años. Al pasar la hueste cerca de Toledo salió Amrû á rogar al jóven príncipe se dignára entrar en la ciudad y descansar algun dia en su alcázar. Aceptó Abderrahman la invitacion, y se hospedó en casa del walí, el cual para obsequiar al ilustre huésped dispuso para aquella noche un magnífico festin, á que convidó á todos los vecinos mas distinguidos y notables de la ciudad. Acudieron estos á la hora señalada. Al paso que los convidados entraban confiadamente en el alcázar, apoderábanse de ellos los guardias de Amrû, conducíanlos á una pieza subterránea, y allí los iban degollando. El trágico término del festin le pregonaban á la mañana siguiente

las cuatrocientas cabezas que el bárbaro Amrû hizo enseñar al pueblo para inspirarle terror. ¿Qué parte habian tenido en la horrenda matanza Alhakem y su hijo? Si el emir no la habia ordenado ó consentido, por lo menos asi se divulgó por la ciudad, y gran parte del odio y de la animadversion pública cayó sobre él (805). En cuanto al jóven Abderrahman, no se le creyó participante de la negra traicion. A los tres dias salió con su hueste en direccion de Zaragoza (1).

Amagaba casi al mismo tiempo en Mérida otra catástrofe, que acertó á evitar la resolucion animosa de una muger. Esfah, el primo y cuñado de Alhakem, que tenia el gobierno de aquella ciudad, habia destituido á su wazir, el cual persuadió al emir de Córdoba que su destitucion envolvia de parte de Esfah el proyecto de sustraerse á la autoridad del emirato y de proclamarse independiente. Creyólo Alhakem, y á su vez ordenó la separacion de Esfah. Negóse éste á obedecerle diciendo: «pues qué, ¿asi se depone á un nieto de Abderrahman como á un hombre vulgar?» La respuesta excitó la cólera de Alhakem, que partió al punto á Mérida, resuelto á hacer un ejemplar escarmiento en el soberbio walí. Guerra terrible amenazaba á Mérida sitiada por el ejército de Alhakem, desgracias y desórdenes se temian dentro de la poblacion, cuando por una de las puertas de la ciudad se ve salir montada en un fogoso corcél una muger árabe lujosamente vestida, que acompañada de dos solos esclavos atraviesa impávida el campo de los sitiadores, y se dirige y llega hasta el pabellon del emir. Era la bella y virtuosa Alkinza, hermana de Alhakem y esposa de Esfah, que con varonil resolucion habia salido á interceder, y con elocuente persuasiva pedia gracia al ofendido hermano en favor del desobediente marido. Dejóse vencer Alhakem á pesar de la acritud y aspereza de su genio, y se conjuró y desvaneció la tempestad. Juntos y en armonía entraron los dos hermanos en Mérida, y Esfah que no esperaba sino ser decapitado si caia en manos del emir, le tuvo hospedado en su casa y recibió de el la confirmacion de su autoridad. Convirtióse en alegría y fiesta lo que se creyó que ocasionaria solo llanto y luto, y Mérida bendecia á la noble y hermosa Alkinza (806).

Mas si la borrasca de Mérida se habia conjurado por la mediacion benéfica de una muger, otra tan terrible como la de Toledo se preparaba en Córdoba, que ayudó á estallar el maléfico soplo de un hombre instigador. Una conspiracion se habia fraguado en la capital del imperio contra el aborrecido emir. Cassim, su primo, habia fingido entrar en ella, y bajo la fé de conjurado le habia sido confiada la lista de los conspiradores, que eran hasta

(1) Conde, cap. 32 y 33.

trescientos caballeros de los principales de Córdoba. El desleal Cassim escribió reservadamente á su primo que se hallaba en Mérida, indicándole lo que pasaba y escitándole á que sin pérdida de tiempo se trasladase á Córdoba para castigar á los conjurados. Asi lo ejecutó el colérico emir. Dos dias antes que hubiera de estallar la conspiracion, Cassim que estaba al corriente de todos sus planes y pasos entregó á su primo la fatal nómina, previniéndole que no se descuidase en hacer lo que convenia. «No se durmió el rey, añade la crónica, y por diligencia del *walilcodi*, ó presidente del consejo, á la tercera vela de la noche *vió tendidas sobre sus alfombras las trescientas cabezas de los conjurados*, y mandó que amaneciesen puestas en garfios en la plaza, y escrito sobre ellas: *Por traidores enemigos de su rey*. Horrorizó al pueblo este atroz espectáculo, ignorando la mayor parte la causa de este escarmiento (1).» ¡Asi practicaba Alhakem los humanitarios consejos que su padre le habia dado al tiempo de morir!

Despues del viage de Alhakem á las fronteras del Ebro, los vascones y pamploneses parece se habian desprendido de nuevo de la sumision á los árabes uniéndose al rey de Aquitania, y en Galicia los caudillos muslimes habian concertado ya una tregua de tres años con los cristianos del rey Anfós (Alfonso); que de esta manera se entablaban ya negociaciones entre el pueblo conquistado y el pueblo conquistador (2).

Donde mas viva se mantenia la guerra, aunque en parciales choques y sin resultados sustanciales, era en el territorio que entre el Pirineo y el Ebro se conocia ya con el nombre de Marca Hispana, siendo ahora Barcelona el baluarte principal de los franco-aquitanios, como antes lo habia sido de los árabes, y sirviendo á éstos de apoyo la plaza de Tortosa, que como llave del Ebro y el punto mas avanzado que les quedaba ya de aquella frontera se habian dedicado á abastecer en abundancia y á fortificar con esmero. Era tambien por lo mismo el punto en que tenia clavada su vista Cárlo-Magno desde su palacio de Aquisgran. Asi en cumplimiento de sus órdenes, de que era su hijo Luis de Aquitania dócil ejecutor, salieron en 809 de Barcelona dos cuerpos de ejército á poner sitio á Tortosa, el uno á las inmediatas órdenes del mismo rey Luis, el otro á las de Borrell, marqués de Gothia, de Bera, conde de Barcelona, y de otros condes de la Marca de España. El primero recobró de paso á la desmantelada Tarragona, tomó algunas fortalezas, destruyó otras, incendió y saqueó las poblaciones del tránsito y se puso sobre Tortosa. El segundo, despues de una correría hasta el Guadalope, cuyos ro-

(1) Conde, cap. 34.
(2) Eginharb, ad ann. 806.—Conde, ubi supra.

mancescos pormenores é incidentes se complacen las crónicas francas en contar, logró al fin incorporarse con el primero ante los muros de aquella plaza, cuyo asedio emprendieron con vigor. Mas habiendo acudido desde Zaragoza el jóven príncipe Abderrahman, junto con el wali de Valencia, dieron tan impetuosa acometida á los cristianos, que haciendo en ellos no poca matanza obligaron á los francos á tomar el camino de Barcelona con mas precipitacion de la que competia á soldados de Cárlo-Magno, á tantos condes acreditados de guerreros y á un rey tantas veces victorioso cual era el hijo del emperador.

Ganó con esto no poca fama entre los suyos el jóven Abderrahman, que apenas frisaba entonces en los 19 años. Mas en vez de recoger los frutos de su primera victoria, corrió á recoger aplausos en Córdoba, siendo nombrado en su lugar wali de Zaragoza el famoso Amrû, el verdugo de Toledo (809). El gobierno de Zaragoza era tentador para un musulman del temple de Amrû. Distante del gobierno central, y comprendiendo bajo su dependencia porcion de ciudades importantes de las fronteras de la Marca y de la Vasconia, comprendió Amrû el partido que de su nueva posicion podia sacar, haciendo un doble papel con el emir su señor y con Cárlo-Magno, el gefe de la cristiandad. Y como por muerte del conde franco Aureolo se apoderase bruscamente de las plazas de la Marca, por un lado escribia al emir poniendo á su disposicion con la alegría de un celoso musulman su nueva conquista, mientras por otro despachaba un mensage á Cárlo-Magno ofreciendo ponerse á su servicio: mensage en que el emperador creyó de lleno, correspondiéndole con otro y enviándole legados para acordar la ejecucion de lo prometido. Pero el astuto y falaz moro manejóse con tal maña, que los legados hubieren de volverse sin llevar otro resultado que buenas y muy atentas palabras y nuevas promesas.

De todos modos no desistia Cárlo-Magno de su empresa sobre Tortosa. Ademas de la importancia de la plaza, el honor de las armas francas se hallaba empeñado en ello. Asi al año siguiente (810), dispuso otra espedicion, que encomendó, no ya á su hijo, á quien destinó á defender las costas de Aquitania de las depredaciones de los normandos, sino á Ingoberto, uno de los leudes de su mayor confianza. Otra vez partieron de Barcelona dos cuerpos de ejército. Singulares eran las precauciones con que marchaban. Caminaban solo de noche, muy en silencio y por desusadas veredas; ocultábanse de dia en los bosques; ni llevaban tiendas, ni encendian fuego; pero iban provistos de unas barcas de cuatro piezas, que se armaban y desarmaban fácilmente, y podian ser trasportadas en acémilas, con las cuales atravesaron el Ebro. ¿De qué les sirvieron tan esquisitas precauciones? El walí de Tortosa

Obeidalah los hizo retirarse de delante los muros de la plaza tan vergonzosamente como la vez primera. El leude Ingoberto no fué mas afortunado que lo habia sido el rey Luis, y las huestes del gran emperador cristiano volvieron á la Aquitania con gran prisa y no poco bochorno (1).

A pesar de tan mal éxito, y cuando menos el emperador Cárlo-Magno podia esperarlo, recibió en Aquisgran una diputacion del emir Alhakem proponiéndole la paz; y es que el emir, fatigado de guerrear con los cristianos de Galicia, conocia lo difícil de sostener á un tiempo las dos luchas de Oriente y Occidente. Aceptóla Cárlo-Magno; si bien una espedicion marítima de los árabes á la isla de Córcega dependiente del imperio, sirvióle de pretesto para romperla antes de trascurrir un año. Y fijo en su idea favorita de tomar á Tortosa, un nuevo y mas numeroso ejército que los dos anteriores, al mando otra vez de Luis el Pio, partió en direccion de la codiciada ciudad. Provisto esta tercera vez Ludovico de todo género de máquinas de batir, hizolas jugar contra la plaza por espacio de cuarenta dias. Una sumision menos real que ilusoria, de parte del wali Obeidalah, que ofreció entregar las llaves de la ciudad, y que debió ser uno de los tantos ardides que los sarracenos solian emplear en los casos apurados para entretener al enemigo, fué bastante para que el rey Luis regresára á Aquitania sin que de esta tercera espedicion hubiera recogido fruto alguno que por positivo y duradero pudiera tenerse (2). Tanto que, picado el emperador su padre del poco resultado de esta empresa, envió en el mismo año de 811, otro cuarto ejército á la Marca de España á las órdenes del conde Heriberto, que esta vez parecia dirigido menos contra Tortosa que contra Huesca y los demas puntos que antes habia poseido Aureolo y de que se habia apoderado despues Amrû, á quien acaso iba á pedir cuenta de la falta de cumplimiento de su promesa y de su conducta ambigua y falaz.

Tampoco fué esta invasion mas feliz que las tres primeras. Desgraciadas fueron estas tentativas de los francos, y ni Cárlo-Magno, ni su hijo, ni sus leudes y condes ganaron en ellas gran reputacion.

Ni fueron tampoco mas afortunados en otra incursion que al año siguiente (812), hizo el rey de Aquitania á otra comarca de nuestra Península, tiempo hacía de los monarcas francos codiciada, la Vasconia Española. Los vascones de la otra vertiente del Pirineo se habian alzado hostigados por las vejaciones que sufrian del gobierno de Aquitania. El rey Luis habia marcha-

(1) Anon. Astronom. Vit. Ludovici.—Eginhard. Annal.—Ermold. Nigell.—Fauriel. Hist. de la Gaul. tom. 3.—Murphy.—Conde.

(2) Solo su biógrafo habla de la entrega de la ciudad: ningun otro historiador ni árabe ni franco confirma esta noticia, y los sucesos posteriores demuestran que Tortosa continuaba en poder de los árabes.

do en persona contra ellos y sometidolos por la fuerza. Despues de lo cual determinó venir á la Vasconia ultrapirenáica, que ya comenzaba entonces á llamarse Navarra. Conocia el espíritu indócil de estos habitantes, que en su independiente altivez, si en algunas ocasiones, como en 806, se amoldaban á la alianza de los galo-francos para sacudirse de los sarracenos, nunca de buena voluntad toleraban el influjo de gente estraña, aunque fuesen cristianos como ellos, y solo la necesidad los hacia valerse alternativamente del apoyo de unos y otros, mientras de unos y otros hallaban oportunidad de descartarse. Venia Luis con objeto de afirmar aquí su autoridad, y entrando por San Juan de Pié-de-Puerto, llegó sin obstáculo á Pamplona por el mismo camino que treinta y cuatro años antes habia traido su padre. Ni en la ciudad, ni en su comarca encontró resistencia, y arregló el gobierno del pais al modo que en la Marca Hispana lo habia hecho.

Sospechosa se le hizo ya por lo estraña al hijo del emperador aquella conformidad de los navarros, y habiendo determinado regresar á Aquitania por aquel mismo Roncesvalles de tan funesta memoria para Cárlo-Magno, no lo hizo sin tomar precauciones para que no le aconteciese lo que á su padre. Y hubiérale sucedido sin prevision tan oportuna, porque ya le esperaban los montañeses dispuestos á repetir la famosa caza de Roncesvalles. Pero Luis hizo reconocer y ojear ántes los montes y collados, y las cañadas y valles por donde tenia que pasar, y como hubiese caido en poder de los exploradores un navarro que tomaron por caudillo de aquellas gentes, hízolo colgar de un árbol, y apoderándose en seguida de las mugeres y niños de algunas poblaciones de aquellos valles, mandó el rey colocarlos en medio de las filas de su ejército, y así atravesaron aquellos desfiladeros terribles hasta llegar á sitio en que no pudieran ya ser sorprendidos. Tan temibles se habian hecho los navarros, y tan viva se conservaba en la memoria de los francos la derrota de 778 (1)!

Mientras de esta manera se libertaba Luis de Aquitania de las asechanzas de los navarros, el jóven Abderrahman, hijo de Alhakem, que habia vuelto á tomar el gobierno de la España Oriental, invadia la Marca Hispano-Franca, recobraba á Tarragona y Gerona, llevaba las armas muslímicas hasta la Narbonense, y volvia cargado de riquezas y cautivos: despues de lo cual pasó á las fronteras de Galicia. Fatigaba á Alhakem y apuraba su paciencia la

(1) Eginhard. Annal.—Astron. Anon.—El cap. 11 del libro VII. que Mariana dedica á hablar de la venida de Cárlo-Magno á España abunda, como hemos dicho, de inexactitudes históricas y cronológicas, con mezcla de no pocas fábulas. La invasion de Cárlo-Magno en 778, y la batalla de Roncesvalles la supone en 812 ó 14, y no habla de la de su hijo Luis el Bondadoso.

guerra que por esta parte le hacian los cristianos; tanto que de vuelta á Córdoba en 811, encomendó su direccion á los dos mas bravos generales del ejército musulman, Abdalá y Abdelkerim. Alentados éstos con algunos sucesos parciales, llevaron sus campamentos hasta el otro lado del Miño, internándose asi imprudentemente en comarcas montañosas que no conocian bien. El resultado de esta imprudencia vino á serles fatal. Dejemos á sus historiadores que lo refieran ellos mismos. «Al año siguiente, dice la crónica «arábiga (813), vencieron los cristianos al caudillo Abdalá ben Malehi en la «frontera de Galicia, y sufrieron los muslimes cruel matanza, y el esforzado «caudillo Abdalá murió peleando como bueno, y su caballería huyó en desór«den, llevando el terror y el espanto á la hueste que acaudillaba Abdelkerim, «y á pesar del valor de este caudillo huyeron desbaratados, y por huir se «atropellaban, que muchos murieron ahogados en la corriente de un rio, «donde confusamente se arrojaban unos sobre otros: otros se acogian á los «cercanos bosques y se subian sobre los árboles, y los ballesteros enemigos «por juego y donaire los asaeteaban y burlaban de su triste suerte. Cuenta «Iza ben Ahmed el Razi, que despues de esta derrota estuvieron trece dias «ambas huestes á la vista sin osar los cristianos ni los muslimes venir á ba«talla: pero que en una sangrienta escaramuza que se empeñó por ambas «partes, fué herido de un bote de lanza Abdelkerim, y dos dias después «murió (1).»

Nada podria espresar mejor esta solemne derrota de los musulmanes, que las palabras sencillas con que la cuenta el historiador de su nacion, ni nada puede dar idea del pavor que se apoderó de ellos, como representarlos encaramándose á los árboles y escondiéndose entre sus ramas, y á los cristianos entreteniéndose en cazarlos como si fuesen aves de rapiña. Estas dos derrotas se verificàron en Naharon y á orillas del rio Ancéo (2). Debieron á resultas de esta victoria los cristianos apoderarse de todo el pais desde el Miño hasta el Duero. Pues cuando Abderrahman pasó de la frontera Oriental á la de Galicia, dice la crónica que arrojó á los cristianos de Zamora. Entonces fué cuando ajustó con ellos la tregua de tres años. El rey Alfonso el Casto de Asturias era el que guiaba los cristianos de Galicia.

Desde que los franco-aquitanios habian conquistado aquella parte de España que se llamó Marca-Hispana, habian acudido á aquel pais muchos cristianos del interior, huyendo del dominio sarraceno. Todos eran alli bien recibidos, porque hacian falta hombres para poblar y brazos para el cultivo de las tierras. En poco tiempo estos activos colonos hicieron prosperar la agricul-

(1) Conde cap. 35.

(2) Sebast. Salmant. Chron. núm. 18.

tura, pero excitada la envidia y la codicia de los condes, oprimiéronlos con impuestos exorbitantes, llegando hasta disputarles la propiedad de sus tierras y la posesion de las ciudades que ellos habian fundado. Quejáronse los maltratados colonos al emperador, el cual los escuchó favorablemente, y en su virtud expidió un *præceptum*, que ahora llamariamos carta, edicto ó pragmática, á los principales condes de la Gothia (1). La tregua recientemente ajustada entre moros y francos dió ocasion á Luis el Pio para poner en ejecucion la carta espedida poco ántes por su padre en favor de la poblacion española. El texto del célebre *præceptum* de Cárlo-Magno, decia asi, traducido del latin al español.

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo, Cárlos, Serenísimo, Augusto, coronado por la mano de Dios, emperador grande, pacífico, gobernador del imperio romano, y por la misericordia de Dios rey de los francos y de los lombardos, á los condes Bera, Gausœlino, Gisclaredo, Odilon, Ermengardo, Ademar, Laibulfo y Erlino.

«Sabed que los españoles cuyos nombres siguen, habitantes de los paises que vosotros administrais, Martin, sacerdote, Juan, Quintila, Calapodio, Asimario, Egila, Esteban, Rebellis, Ofilo, Atila, Fredemiro, Amable, Cristiano, Elperico, Homodei, Jacinto, Esperandei, otro Esteban, Zoleiman, Marchatello, Teodaldo, Paraparius, Gomis, Castellano, Ardarico, Vasco, Vigiso, Viterico, Ranoido, Suniefredo, Amaucio, Cazorellas, Langobardo y Zate militares, Obdesindo, Valda, Roncariolo, Mauro, Pascales, Simplicio, Gabino y Salomon, sacerdote (2), han acudido á Nos quejándose de las numerosas opresiones que sufrian de vosotros y de vuestros oficiales inferiores. Y nos han dicho, asi como lo atestiguan los unos de los otros á nuestro fisco, que ciertos gefes del pais los han arrojado de sus propiedades contra toda justicia, quitándoles el beneficio de nuestra investidura de que han gozado hace treinta años y más; representándonos que eran ellos los que en virtud de la licencia que les habiamos otorgado habian sacado estas tierras del estado de incultura. Dicen tambien que muchas ciudades que ellos mismos edificaron les han sido quitadas por vosotros, y que los someteis á prestaciones injustas, que vuestros hugieres les exigen violentamente y á la

(1) Del nombre de esta marca ó territorio, *Gothia*, debió derivarse el de *Cataluña*, que recibió mas adelante la parte española en él comprendida. *Gothland*, palabra teutónica que significa tierra de Godos, se fué latinizando y convirtiendo en *Gothlandia*, *Gothalania*, *Catalonia*, y despues *Cataluña*.

(2) Entre estos nombres los hay, como advertirá el lector, de origen romano-hispano, como Cristiano, Homodei, etc., otros góticos, como Atila, Elperico, Viterico, etc., y otros tambien sarracenos, como Mauro, Zoleiman ó Suleiman, Zate, que acaso seria Zaide, sin duda musulmanes conversos.

«fuerza. Por lo tanto, hemos dado órden á Juan, arzobispo (1), nuestro de«legado, de presentarse á nuestro muy amado hijo, el rey Luís, para tratar «con él de este negocio cuidadosa y minuciosamente. Le enviamos, pues, «á fin de que llegando oportunamente y compareciendo vosotros por «vuestra parte á su presencia, arregle cómo y de qué manera hayan de «vivir los españoles. Hemos, no obstante, ordenado espedir estas cartas, «y os las despachamos, para que ni vosotros ni vuestros oficiales subalter«nos impongais por vosotros mismos censo alguno á los susodichos es«pañoles, venidos á Nos de España con confianza, propietarios ahora de «yermos ó baldíos que les habíamos dado á cultivar, y que se sabe han «cultivado, ni permitais que ellos mismos se impongan ninguno, sino «que al contrario, mientras nos sean fieles á Nos y á nuestros hijos, lo que «han poseido durante treinta años lo posean tranquilos ellos y sus herede«ros, y vosotros se lo conserveis. Y todo lo que hayais hecho vosotros y «vuestros oficiales contra justicia, si les habeis tomado algo indebidamente, «lo restituyais al momento si quereis obtener el favor de Dios y el nuestro. Y «para que deis mas entera fé á este escrito, hemos ordenado que vaya se«llado con nuestro anillo.

«Dado el IV de las nonas de abril, en el año de gracia de Cristo, XII. de «nuestro imperio, el XLIV. de nuestro reinado en Francia, y el XXXVIII. «de nuestro reinado en Italia, en la V. indiccion. Fecho felizmente en el pala«cio real de Aquisgran, en el nombre de Dios. Amen (2)

Este rescripto ó *præceptûm* fué confirmado por dos cartas posteriores redactadas en el mismo espíritu, pero mas esplícitas todavía, sobre los derechos y deberes de los españoles refugiados. «Todos los que sustrayéndose «á la dominacion de los sarracenos, decia el emperador en la primera á sus «condes, se pongan espontáneamente bajo nuestra potestad, queremos se«pais que los tomamos bajo nuestra particular proteccion, y que entendemos «que conservan su libertad.» Seguidamente deslinda los derechos y obligaciones de dichos súbditos. Estos colonos estaban obligados como los demas hombres libres á tomar las armas al llamamiento de sus condes, á los cuales competia regularizar el servicio. Estábanlo tambien á proveer de raciones, alojamientos y bagages á los enviados del emperador y á los de su hijo Lotario. Ninguna otra carga debia imponérseles. Debian comparecer ante su conde, cuando fuesen judicialmente llamados, así en las causas civiles como en las criminales. Los negocios de menor cuantía, las contestaciones ó diferencias que se suscitaban entre ellos y aquellos á quienes cedian sus tier-

(1) Era el arzobispo de Arlés.

(2) Baluz. Capitul. Tom. II.

ras como precio del trabajo, podian juzgarlas entre sí, segun su antigua costumbre (1). Pero los delitos de los terratenientes quedaban sujetos á la jurisdiccion de los condes. Los colonos perdian todo derecho de propiedad sobre las heredades que cultivaban en el caso de abandonarlas, y volvian á su primer dueño. En lo demas los colonos estaban exentos de tributos, y dependian directamente del emperador. Pero podian, segun costumbre franca, hacerse vasallos particulares de un conde, ó feudatarios suyos, si les parecia mas ventajoso. El original de este rescripto ó constitucion, como se nombra en latin (2), se depositó en los archivos del palacio real de Aquisgran, y se sacaron para cada ciudad tres copias, una para el obispo, otra para el conde, y otra para los vecinos españoles, es decir, para el pueblo.

La tercera carta (de 10 de enero de 816) arregló al fin las relaciones de los españoles entre sí. Los que se habian hecho vasallos de un propietario y en cambio y remuneracion habian recibido tierras de él, debian conservar su disfrute con las condiciones una vez pactadas; cuya disposicion se hizo estensiva á todos los refugiados españoles que en lo sucesivo se establecieron en las Marcas. De esta ordenanza se depositaron siete copias en las ciudades de Narbona, Carcasona, Rosellon, Ampurias, Barcelona, Gerona y Beziers, en cuyos territorios formaban los españoles una considerable parte de la poblacion y tenian mas particularmente sus propiedades (3).

Por esta reseña vemos la particular constitucion que regia á los españoles de estas Marcas. Súbditos del imperio por una parte, sujetos por otra en lo militar y judicial á los condes, pudiendo hacerse vasallos inmediatos, ó del rey, ó de los condes, ó de sus mismos compatriotas propietarios, vivian entre sí ligados con costumbres y leyes particulares.

Por una coincidencia singular dos acaecimientos importantes y parecidos se verificaron en la España árabe y en el imperio cristiano de Occidente durante la tregua de que hemos hablado entre cristianos y musulmanes. El emperador Cárlo-Magno sintiendo sus fuerzas debilitadas por la edad, llamó cerca de sí á su hijo Luis, y ante una asamblea de obispos, abades, duques, condes y sus lugartenientes, reunidos en su palacio de Aquisgran, pacifica

(1) More suo, sicut háctenus fecisse noscuntur.

(2) Cujus constitutionis in unaquaque civitate, etc.

(3) Entiéndese que estos dos rescriptos fueron dados ya por Luis el Pio, que habia sucedido á su padre en el imperio, como ahora vamos á ver. Romey ha ilustrado mucho con documentos y útiles investigaciones este periodo de la historia franco-hispana, y su relacion, conforme en lo general con nuestras averiguaciones, nos ha parecido preferible á otra alguna.

y honestamento, dice la crónica, preguntó á todos si serian gustosos en que trasmitiese el título de emperador á su hijo Luis. A lo cual contestaron unánimemente que tal pensamiento debia ser inspirado por Dios. Con que quedó Luis rey de Aquitania reconocido emperador de Occidente, como lo habia sido su padre. Por el mismo tiempo, conociendo Alhakem que su hijo Abderrahman, aunque jóven, pues solo contaba sobre veinte y dos años, era ya la gloria del estado y el alma del gobierno, convocó á todos los walíes, vazires, alcaides y consejeros, y á presencia de todos, segun costumbre, le declaró walí alahdí ó futuro sucesor del imperio, jurándole en seguida los primeros sus primos Esfâh y Cassim, hijos de Abdallah, despues el hagib ó primer ministro, el cadí de los cadíes, continuando los demas walíes y funcionarios, siendo celebrado aquel dia con grandes y solemnes regocijos.

Ocurrió al año siguiente (28 de enero de 814) la muerte del emperador Cárlo-Magno en Aix-la-Chapelle (Aquisgran), á los setenta y dos años de edad, el cuarenta y siete de su reinado como rey de los francos, el treinta y seis de la fundacion del reino de Aquitania, y el catorce del imperio. La muerte de este ilustre personage, que tanto y por tantos años habia influido en los destinos de Europa, no podia menos de hacerse sentir en nuestra España, si bien al pronto su hijo y sucesor Luis alteró muy poco la antigua constitucion del imperio. Mas en el año 817 hizose la famosa particion del imperio franco entre los tres nietos de Cárlo-Magno, Lotario, Pepino y Luis. Lotario fué asociado al título y á la potestad del emperador: á Pepino le fué adjudicada la Aquitania propiamente dicha, la Vasconia, la Marca de Tolosa, el condado de Carcasona, en la Septimania, el condado de Autun en Borgoña, Avalon y Nevers. La Marca de España y la Septimania fueron segregadas del antiguo reino aquitanio, y erigidas en ducado, cuya capital se hizo á Barcelona, bajo la dependencia directa del imperio de Luis y del mayor de sus hijos, reconocido heredero de la dignidad imperial, y admitido á llevar su título provisionalmente.

Parece que en 815 se habia roto la paz entre árabes y francos, pero momentáneamente y sin grandes consecuencias; pues Abderrahman que habia vuelto á tomar el gobierno de las fronteras orientales, la solicitó de nuevo del emperador Luis y fué prorogada por otros tres años.

Nadie gozaba mas de ella que Alhakem. Desprendido de todo cuidado del gobierno, encerrado en su alcázar de Córdoba, pasando la vida en sus jardines entre mugeres y esclavas, entregado de lleno á los placeres sensuales, sin miramiento á las prácticas religiosas de los buenos muslimes, no se acordaba de que era rey sino para exigir tributos, y para satisfacer, dice la crónica, cierta sed de sangre que parece tenia, pasándose pocos dias

sin dar ó confirmar alguna sentencia de muerte. Atribúyesele haber introducido en España el uso de los eunucos, de los cuales tenia muchos dentro del alcázar. Habia creado y le rodeaba una guardia de cinco mil hombres, los tres mil andaluces muzárabes, y los dos mil eslavos, á los cuales asignó sueldo fijo, imponiendo para ello un nuevo derecho de entrada sobre varias mercancías. Su vida muelle y licenciosa tenia disgustados á todos los buenos musulmanes, y su despotismo irritaba al pueblo.

Un dia negáronse algunos á pagar el nuevo tributo, y atropellaron á los recaudadores. Siguióse conmocion y alboroto en las puertas. Diez de los transgresores fueron presos. Alhakem halló ocasion de satisfacer sus instintos sanguinarios, y mandó empalar á los diez delincuentes á la orilla del rio. Acudió á presenciar la ejecucion gran muchedumbre de pueblo, especialmente del arrabal de Mediodía, y como acaeciese que un soldado de la guardia hiriera por casualidad á un vecino, alborotóse la multitud, y cargó sobre él á pedradas; herido y ensangrentado se acogió á la guardia de la ciudad, pero la muchedumbre desenfrenada persiguió á los soldados hasta el mismo alcázar con gran gritería y con amenazas insolentes. Alhakem ardiendo en cólera, sin escuchar los templados consejos de su hijo, del hagib, y de otros caudillos, salió de su alcázar, y puesto á la cabeza de sus mercenarios cargó bruscamente á la muchedumbre, que huyó al arrabal y se encerró en las casas. Muchos habian caido atravesados por las lanzas de los eslavos. Sobre unos trescientos que cayeron prisioneros fueron clavados vivos en estacas y colocados en hilera á lo largo del rio desde el puente hasta las últimas almazaras ó molinos de aceite. A tan bárbara ejecucion siguió una órden para que fuese demolido el arrabal, y por espacio de tres dias se permitió á la soldadesca cometer á mansalva todo género de desmanes, salvo la violacion de las mugeres que se les prohibió. Al cuarto dia mandó el emir quitar de los maderos á los infelices ajusticiados, y otorgo seguridad de la vida á los que habian podido escapar con ella, pero desterrándolos de Córdoba y su territorio. Abandonaron, pues, aquellos desventurados, no ya sus hogares, sino las cenizas de ellos, único que habia quedado. Muchos anduvieron errantes por las aldeas de la comarca de Toledo, hasta que por compasion les abrieron las puertas de la ciudad. Mas de quince mil pasaron con sus familias á Berbería, de las cuales ocho mil se quedaron en Magreb, y los restantes continuaron su marcha hasta Egipto (1).

(1) Digna es de saberse la suerte que corrieron los desgraciados prescritos del arrabal de Córdoba. A los que se quedaron en Magreb les concedió el emir Edris ben Edris un asilo en su nueva ciudad de Fez, y el barrio que se les dió á habitar se llamó el *Cuar-*

En mas de veinte mil hombres útiles disminuyó Alhakem con tan rudo golpe la poblacion de Córdoba. El grande arrabal quedó convertido en campo de siembra, y se prohibió edificar en él. Y el sanguinario emir, que en el principio de su reinado se apellidaba *Al Morthadi* (el Afable), fué despues llamado *Al Rabdi* (el del Arrabal), y *Abul Assy* (el Padre del mal), de que los cristianos hicieron Abulaz.

Desde este tiempo pocos sucesos notables ocurrieron en el imperio, como no fuesen las ordinarias correrías á las fronteras de Galicia y de Afranc, en que Abderrahman logró algunos parciales triunfos, y las expediciones marítimas que entonces ocupaban á los árabes á las islas de Cerdeña, de Córcega y Baleares, donde se señalaban por sus devastaciones, pero que mostraban el desarrollo que desde Abderrahman I. habia tomado la marina del pueblo musulman.

Por empedernido y sanguinario que fuese el corazon de Alhakem, la matanza del arrabal de Córdoba habia sido tan espantosamente terrible, que sus recuerdos le hicieron caer en una hipocondría febril que le consumia el cuerpo y le alteraba la razon. Paseábase solo y como espantado de sí mismo por los salones y azoteas del alcázar; en aquellos paseos solitarios representábasele la matanza, y pareciale ver y oir la gente que combatia, el ruido y chocar de las armas y los ayes de los moribundos. A deshora de la noche solia llamar á su palacio á los caudillos y jeques de las tribus, como para encomendarles la ejecucion de algun gran proyecto, y cuando los tenia reunidos hacia cantar á sus esclavas ó danzar delante de ellos sus bailarinas, y seguidamente los mandaba retirarse á sus casas. Cuéntanse de él muchos actos de verdadera demencia. A veces exhalaba su melancolía y

tel de los Andaluces. Menos afortunados los que prosiguieron á Egipto, les negó el gobernador de Alejandría la entrada en la ciudad, pero cansados ya y desesperados de tantas contrariedades é infortunios penetraron á viva fuerza, y despues de hacer gran mortandad se apoderaron de ella y de su gobierno. Habiendo luego acudido Abdalá ben Taher, wali de Egipto por el Califa abassida Almamun, capituló con los cordobeses, accediendo éstos á dejar la ciudad mediante una suma considerable de oro, y á condicion de dejarles libres los puertos de Egipto y de Siria hasta que eligiesen una isla en que establecerse. Salieron, pues, los desterrados andaluces de Alejandría, y armándose de naves con el dinero que habian recibido, corrieron como piratas el mar y las islas de Grecia, hasta que al fin se asentaron en Creta, que hallaron poco poblada, y cuyo clima y fertilidad les agradó. Gobernábalos Omar ben Xoaib, natural de las cercanias de Córdoba, á quien desde el principio habian nombrado su caudillo. La parte de la isla que eligieron para su morada fué donde hoy se levanta Candía. Poco á poco se hicieron dueños hasta de veinte y nueve ciudades, convirtieron en mesquitas los templos cristianos, y propagaron allí el mahometismo. Rechazaron varias expediciones que contra ellos fueron enviadas, y así se mantuvieron por espacio de 138 años hasta el 961, en que fué vencido su gobernador Abdelaziz ben Omar, y conquistada Creta por Armetas, hijo del emperador griego Constantino. Hist. del Bajo Imperio.—Conde, cap. 36.

sus impetuosos instintos en cantos poéticos de fogosa y vehemente espresion. Pero la fiebre le iba consumiendo; y al fin un jueves, cuatro dias por andar de la luna dylhagia del año 206 de la hegira (25 de mayo de 822) murió el cruel Ommiada, arrepentido de su crueldad, dicen sus crónicas, despues de un reinado de veinte y seis años.

Alfonso de Asturias, que desde su advenimiento al trono habia mostrado á los árabes que el cetro cristiano se hallaba en manos harto mas hábiles y fuertes que las de sus cuatro antecesores; Alfonso, que desde la victoria de Lutos habia paseado dos veces el pendon de la fé hasta los muros de Lisboa (1); Alfonso, que desde las montañas de Galicia habia sabido hacer frente y frustrar todos los esfuerzos del imperio musulman; que habia con su denuedo y su constancia desesperado á Alhakem, al jóven é intrépido Abderrahman, á sus mejores caudillos Abdallah y Abdelkerim; Alfonso II que como guerrero habia hecho revivir los tiempos de Pelayo y del primer Alfonso, y pactado ya con el emir de Córdoba como de poder á poder, dedicábase en los periodos de paz á fomentar la religion como príncipe cristiano, y á regularizar y mejorar el gobierno de su estado como rey. Oviedo se embellecia y agrandaba con nuevos edificios públicos, casas, palacios, baños, acueductos, ya de sólida y regular arquitectura. La iglesia del Salvador, fundada por su padre Fruela, se reedificaba y convertia en grandiosa basílica episcopal, con doce altares dedicados á los doce apóstoles. Asistian á su solemne consagracion todos los obispos que el peligro y la fé tenian refugiados en Asturias, y un noble godo, Adulfo, fué el primer prelado que tuvo la honra de ser designado y puesto por el piadoso monarca para regir la primera catedral de la restauracion, á la cual dotó el magnánimo rey con nuevas rentas, hizo y confirmó donaciones, y otorgó y ratificó privilegios (2).

(1) En 797 y 808.

(2) Interesantes son las dos actas ó escrituras de fundacion y donacion expedidas por Alfonso el Casto, ambas en 812, que originales se conservan en el archivo de la catedral de Oviedo, y su libro de Testamentos, y cuya copia inserta el P. Risco en el tomo 37 de la España Sagrada. La primera empieza: *Fons vitæ: oh lux, autor lúminis, etc.* La segunda. *In nomine sanctæ et individuæ Trinitatis per infinita sæculorum sæcula regnantis. Ego Rex Aldephonsus, indigne cognominatus Castus, etc.* En la primera, despues de dar á la iglesia el átrio, acueducto, casas, y otros edificios construidos en su circuito, y muchas albajas para el culto y ornato del templo, le ofrece los llamados mancipios ó clérigos sacricantores, á saber: «Nonnello, presbitero, Pedro Diácono, que adquirimos de Corbello y de Fatija, Secundino clérigo, Juan clérigo, Vicente clérigo, hijo de Crescente, Teodulfo y Nonnito clérigos, hijos de Rodrigo, Enneco clérigo, que compramos de Lauro Baca, etc.» Firman este testamento el rey, tres obispos, y varios abades y testigos. En la segunda, despues de confirmar el testamento y donaciones de su padre Fruela, le ofrece toda la ciudad de Oviedo que él habia circundado de muro: *offero igitur, Domine..... omnem Oveti ur-*

El pequeño templo dedicado á San Miguel, enclavado entonces en el palacio como capilla doméstica, y que hoy subsiste con el nombre de Cámara Santa, donde se custodian las reliquias de la catedral; el monasterio de San Pelayo, las iglesias de San Tirso, de San Julian, de Santa María del rey Casto, son monumentos que viven todavía en la capital de Asturias y recuerdan la piedad del ilustre hijo de Fruela.

Deseoso el rey de adornar la basílica del Salvador con una rica ofrenda, habia reunido grande cantidad de oro y joyas con intento de hacer labrar una preciosa cruz. Inquieto y apesadumbrado andaba por no hallar en sus estados artista bastante hábil para poder ejecutar tan piadosa obra, cuando repentinamente al salir un dia de misa (dicen las crónicas y las leyendas), se le aparecieron dos desconocidos en trage de peregrinos que le habian adivinado su pensamiento y se ofrecieron á realizarlo. Al instante los llevó Alfonso á un aposento retirado de su palacio. A poco tiempo, habiendo ido algunos palaciegos á examinar el estado en que los artífices llevaban su trabajo, sorprendiéronlos dos prodigios á un tiempo. Los peregrinos habian desaparecido: una cruz maravillosamente elaborada, suspendida en el aire, despedia vivos resplandores. Aquellos peregrinos eran dos ángeles, dijo el pueblo cristiano, y asi se lo persuadió su fé; y la preciosa cruz de Alfonso el Casto, revestida de planchas de oro y piedras preciosas, que hoy se venera todavía en la basílica de Oviedo, sigue llamándose *la Cruz de los Angeles* (1).

Otro prodigio, que como milagroso refieren tambien los devotos cronistas de la edad media, señaló el reinado del segundo Alfonso. Cerca de ocho siglos hacia, dicen, que el cuerpo del apóstol Santiago habia sido traido de la Palestina por sus discípulos, y depositado en un lugar cerca de Iria Flavia en Galicia. Pero las continuas guerras y trastornos de aquel pais habian hecho olvidar el sitio en que el sagrado depósito se guardaba, hasta que se descubrió en tiempo de Alfonso el Casto. Cuentan las crónicas haber acaecido del modo siguiente. Varios sugetos de autoridad comunicaron á Teodo-

bem, quam muro circumdatam, te auxiliante, peregimus...... montes, tierras, prados, aguas y molinos fuera de la ciudad, con muchos ornamentos de oro, plata y otros metales, telas de seda y lino para uso de los altares, etc. Confirman con el rey esta escritura cinco obispos y varios testigos.

¿Qué podian ser, pregunta un moderno historiador, esos sacerdotes, diáconos y clérigos que se compraban? No podian ser otra cosa, se responde á sí mismo, siguiendo la conjetura plausible de otro crítico español, que hijos ó nietos de esclavos mahometanos convertidos, que el rey manumitia y dedicaba al servicio de la iglesia. Las historias no lo declaran y no estamos lejos de pensar como estos autores.

Tardó la catedral de Oviedo treinta años en concluirse.

(1) El primero que mencionó como milagrosa la obra de esta cruz fué el Monge de Silos, á quien siguieron despues Pelayo de Oviedo y otros cronistas.

miro, obispo de Iria, haber visto diferentes noches en un bosque no distante de aquella ciudad resplandores estraños y luminarias maravillosas. Acudió en su virtud el piadoso obispo al lugar designado, y haciendo desbrozar el terreno y escabar en él, hallóse una pequeña capilla que contenia un sarcófago de mármol. No se dudó ya que era el sepulcro del santo Apóstol. Puso el prelado el feliz descubrimiento en noticia del rey Alfonso que se hallaba en Oviedo, é inmediatamente el monarca se trasladó al sagrado lugar con los nobles de su palacio, y mandó edificar un templo en el *Campo del Apóstol* (que desde entonces, acaso de *Campus Apostoli*, se denominó *Compostela)*, y le asignó para su sostenimiento el territorio de tres millas en circunferencia. Posteriormente le hizo merced de una preciosa cruz de oro, copia, aunque en pequeño, de la de los Angeles de Oviedo, y empleando la buena amistad en que estaba con Cárlo-Magno, le rogó impetrase del papa Leon III. el permiso para trasferir la sede episcopal de Iria á la nueva iglesia de Compostela. Hízolo asi el pontífice, que con este motivo escribió una carta á los españoles. Pronto se difundió por las naciones cristianas la noticia de la invencion del santo sepulcro y de los milagros del Apóstol, y multitud de peregrinos acudian ya á mediados del siglo IX. á visitar el santuario de Compostela (1).

Atento el monarca, no solo á los asuntos de interés religioso, sino tambien á los civiles y políticos de su reino, adicto á las costumbres y gobierno de los godos, que vivian en su memoria, restableció el órden gótico en su palacio, que organizó bajo el pie en que estaba el de Toledo antes de la conquista: promovió el estudio de los libros góticos, restauró y puso en observancia muchas de sus leyes, y llevó á la iglesia su antigua disciplina canónica (2): que fué un gran paso hácia la reorganizacion social del reino y pueblo cristiano.

Ni amenguaron por eso las dotes de guerrero que desde el principio habia desplegado. En las espediciones que Abderrahman II., sucesor de su padre Alhakem en el imperio musulman, hizo por sí ó por sus caudillos á las fronteras de Galicia, encontráronle siempre los infieles apercibido y pronto á rechazarlos con vigor. Hácia los últimos años de su reinado un caudillo árabe, Mohammed ben Abdelgebir, que en Mérida se habia insurreccionado contra

(1) Chron. Iriens.-Samp. Chron. Esp. Sagr. tom. 19. Apend.—Privil. de donac. de la catedral de Santiago.—Hist. Compostel.—Baluz Coleccion de cartas de los papas.—Son muy varias las opiniones acerca del año de la invencion del sagrado cuerpo. Morales y el marqués de Mondéjar suponen fuese en agosto de 835: Ferreras pretende haber acontecido en 808. Por la fecha del diploma del rey Casto, y mas aun por la circunstancia de haber intervenido Cárlo-Magno en este asunto, debió de todos modos suceder antes de 814.

(2) Chron. Albeld. n. 58.

el gobierno central de Córdoba, acosado por las victoriosas armas del emir, hubo de buscar un asilo en Galicia, que el rey Alfonso le otorgó con generosidad dándole un territorio cerca de Lugo, donde pudiesen vivir él y los suyos sin ser inquietados (833). Correspondió mas adelante el pérfido musulman con negra ingratitud á la generosa hospitalidad que habia debido á Alfonso, y tan desleal al rey cristiano como ántes lo habia sido á su propio emir, alzóse con sus numerosos parciales y apoderóse por sorpresa del castillo de Santa Cristina, dos leguas distante de aquella ciudad (838). Voló el anciano Alfonso con la rapidez de un jóven á castigar á sus ingratos huéspedes, y despues de haber recobrado el castillo que les servia de refugio, los obligó á aceptar una batalla en que pereció el traidor Mohammed con casi todos sus secuaces (1). Alfonso regresó victorioso á Oviedo por última vez.

Este fué el postrer hecho de armas del rey Casto, sin que ocurrieran otros sucesos notables hasta su muerte, acaecida en 842, á los cincuenta y dos años de reinado, y los ochenta y dos de su edad. Sus restos mortales fueron depositados en el panteon de su iglesia de Santa María. Aun se conserva intacto el humilde sepulcro que encierra las cenizas de tan glorioso príncipe. Los monges de los monasterios de San Vicente y San Pelayo iban diariamente en comunidad á orar sobre los restos del rey Casto, y aun conserva el cabildo catedral la costumbre de consagrarle anualmente un solemne aniversario. Su memoria vive en Asturias como la de uno de los mas celosos restauradores de su nacionalidad.

(1) Id. ibid.—El cronista de Salamanca, tan propenso á exagerar el número de enemigos que morian en cada encuentro, hace subir el de este combate á 50,000. Chron. n. 22.

CAPITULO IX.

LA ESPAÑA CRISTIANA EN EL PRIMER SIGLO DE LA RECONQUISTA.

DE 718 Á 843.

Marcha y desarrollo del reino cristiano de Asturias.—Cómo contribuyó á él cada monarca.—Bases sobre que se organizó el estado.—Tradiciones góticas.—Orden de sucesion al trono.—Navarra.—Conducta de los navarros con los musulmanes y con los francos.—Dos ejemplos de odio á la dominacion estrangera en Navarra y en Asturias.—Marca Hispana.—Orígen y carácter de la organizacion de este estado.

Ha pasado mas de un siglo de lucha entre el pueblo invasor y el pueblo invadido. Reposemos un momento para contemplar cómo vivió en este tiempo cada una de las dos poblaciones.

¿Cuál era la vida social de ese pobre pueblo cristiano, que ó se salvó de la inundacion, ó pugnaba por recobrar su existencia? ¿Cuál era su organizacion, sus leyes, sus instituciones, sus artes, sus ejércitos? Ejércitos, artes, instituciones, leyes, todo habia perecido ahogado por las desbordadas aguas del torrente. Al abrigo de una roca, que era como el Ararat del nuevo diluvio, y entre riscos y breñas moraba un puñado de hombres, pobres náufragos, sin riquezas, sin ciudades, sin gobierno regularizado, que poseian por todo tesoro un corazon ardiente, los símbolos de su fé, y los recuerdos de una sociedad que habia desaparecido. Unidos con el doble lazo de la religion y del infortunio, estrechados con el lenguage elocuente y fraternizador de la fé y de la desgracia, la necesidad los obliga á cobijarse en una cueva. Decretado estaba que de aquella gruta habia de salir un poder que dominára mundos que entonces no se conocian. Tambien el cristianismo nació en una gruta de Belen para desde allí derramarse con el tiempo por toda la tierra, lentamente y á fuerza de siglos y contrariedades como la mo-

narquía española. Belen y Covadonga..... una gruta para el cristianismo naciente, otra gruta para el cristianismo perseguido; en ambas se ve una misma providencia. Todos los grandes acontecimientos suelen semejarse en la pequeñez de sus principios.

Veianse precisados á pelear, y aquellos animosos montañeses, teniendo por ciudadela una gruta, rocas por castillos, peñascos por arietes, y troncos de robles por lanzas, vencen, arrollan, aniquilan á los vencedores de Siria, de Persia, de Egipto, de África y de Guadalete, y empieza á pregonarse por el mundo que el estandarte de Mahoma ha sido por primera vez abatido en un rincon de España. En los tiempos mitológicos se hubiera creido ver realizada la fábula de los Titanes: eran tiempos cristianos, y se llamó milagro la maravilla. El vencedor como caudillo supo ser prudente como rey, y Pelayo se limitó á guardar y conservar su pequeño estado. Ni el rey capitan, ni el pueblo soldado podian hacer otra cosa que cultivar para vivir y organizarse para defenderse. Es la sociedad cristiana que renace como una planta nueva al pie de la añosa encina derribada por el huracan. En la grosera reorganizacion de la nueva sociedad entraban como principal elemento las tradiciones y recuerdos de la sociedad que habia perecido. La razon nos enseña, aunque la historia no lo diga, cuán imperfecta tenia que ser la forma de su gobierno.

Tampoco la historia nos dice otra cosa de Favila, sucesor de Pelayo, sino que murió en una partida de caza. Una fiera le devoró, como si hubiera querido avisar á sus sucesores que mas que de distraerse en ejercicios de montería era tiempo ya de emplear el venablo contra los enemigos exteriores.

Hizolo asi Alfonso I., príncipe cual convenia entonces á los cristianos, guerrero y devoto. Como guerrero, sale á enseñar á los musulmanes que los soldados del cristianismo no tienen solo fé viva en el corazon, sino tambien robustas diestras para manejar la espada: pasea el estandarte de la cruz de uno á otro confin de la Península; destruye, incendia, degüella y cautiva. Como devoto, restablece iglesias, repone obispos, y funda y dota monasterios. Muere, y el pueblo cree oir armonías celestiales sobre su tumba: son los ángeles, dice, que anuncian que las puertas de la gloria se abren para recibir á Alfonso el Católico.

Vése bajo el reinado de Fruela el órden y la marcha progresiva de la poblacion cristiana. Un monge desbroza un terreno cubierto de jarales para construir una ermita. Los fieles de las montañas acuden á vivir allí donde se les ofrece pasto espiritual, y en derredor del pequeño templo edifican viviendas, levantan albergues y roturan terrenos. Al lado de aquella iglesia erige el rey otro santuario mayor, aunque no muy suntuoso. Aquel humilde lugar-

cito era Oviedo, que otro rey hará córte y asiento de los monarcas de Asturias, y la ermita del monge se convertirá en basílica episcopal. De aldeas y ermitas hacen los reyes ciudades y catedrales; asi protegen la poblacion y el culto.

La inaccion y la debilidad de los tres personages sucesivos que tuvieron el título de reyes, presentan una laguna lamentable en la historia de las glorias cristianas. Las biografías de Aurelio y de Silo pudieran reducirse á que vivieron y murieron en paz: felicidad ni envidiable ni honrosa en tiempos en que tan necesaria era la accion. A Mauregato solo pudieron darle celebridad dos circunstancias que nadie envidiaria tampoco, la de haber sido hijo natural de un rey y de una esclava, y la fábula del tributo de las cien doncellas. El corto reinado de Bermudo retrata las costumbres del pueblo cristiano de aquel tiempo. Los grandes no reparan en que sea diácono para investirle del poder real, y Bermudo, príncipe ilustrado, tampoco halla reparo en asentarse la corona real sobre la corona de la tonsura: ni el rey escrupuliza en unir en sí mismo el sacramento del matrimonio al del órden, ni el pueblo muestra escandalizarse de ello, á pesar de las leyes godas y de las prohibiciones de Fruela. Por último, el rey diácono y el clérigo padre de familias deja espontáneamente cetro y esposa para volver á la iglesia y al breviario, y coloca en el trono al segundo Alfonso su sobrino, á quien, sin dejar de convenirle el nombre de *Casto*, hubiérale cuadrado mejor el de *Contrariado*.

Aquel pequeño reino que en el siglo VIII. vimos nacer en el corazon de una roca con Pelayo, desarrollarse bajo el genio emprendedor del primer Alfonso, sostenerse, ya que no crecer, con Fruela, estacionarse ó amenguar bajo otros cuatro reyes ó débiles ó tímidos, aparece en el siglo IX. vigoroso y fuerte, con los arranques de un jóven lleno de robustez y de vida, ganoso de conquistas y de glorias. Aquella humilde córte, si título de córte podia dársele, que tenia un asiento incierto en Cangas, ó en Pravia, se ha fijado en Oviedo; y Oviedo no es ya una agregacion de modestas viviendas agrupadas en torno á la ermita de un monge; es una ciudad murada, y embellecida con palacios, con acueductos, con baños, con grandiosos templos, con un panteon destinado para sepulcro de los reyes. La ermita del monge se ha trasformado en iglesia catedral, erigida por un rey, consagrada por siete obispos, y regida por un prelado godo. En la cámara santa de este templo se ve una brillante cruz, cubierta con planchas de oro, engastadas en ella multitud de piedras preciosas, con infinitas labores de esmalte y filigrana ejecutadas con delicadeza esquisita. El pueblo la llama *la Cruz de los Angeles*, porque, mas lleno de fé que conocedor de las artes, no puede creer que tan pre-

ciosa labor haya podido salir de las manos de los hombres, y está persuadido de que los ángeles han sido los verdaderos artífices de aquella obra maravillosa (1). En los cuatro brazos de esa cruz se leen otras tantas inscripciones latinas: la de la parte superior nos revela el nombre del ilustre y afortunado príncipe á quien debe engrandecimiento el reino, esplendor la nueva córte, la religion aquel templo y aquella cruz.

Susceptum placide maneat hoc in honore Dei
Offert Adefonsus humilis servus Christi.

Es Alfonso II., el Casto, el religioso, el guerrero, el victorioso, el que ha consagrado á Dios esa preciosa ofrenda, fabricada de los despojos cogidos en Lisboa á los enemigos de la fé: porque Alfonso ha llevado las armas del cristianismo hasta las playas del Atlántico, y plantado su pendon en los muros de aquella ciudad. Su nombre suena ya con respeto del otro lado de los Pirineos, y el nuevo César de Occidente, el mas poderoso príncipe de su tiempo, Cárlo-Magno, que se decora con el título de protector de la iglesia y de gefe de la cristiandad, recibe embajadores del rey de Asturias, que se presentan con ostentacion en Aquisgran y Tolosa de Francia. Los emires le proponen treguas, porque han probado el valor de sus armas en los campos de Lutos, de Lisboa, de Naharon y de Ancéo.

Tiene la fortuna de que se descubra en su tiempo el sepulcro del apóstol Santiago, y desplegando su piedad religiosa en Compostela como en Oviedo, funda en Galicia una basílica cristiana que con el tiempo competirá en fama y grandeza con la mezquita musulmana de Córdoba, y entusiasma de tal modo á clérigos y obispos, que piden acompañarle á las batallas con la cruz del apóstol y el escudo del soldado. Político y legislador, da un gran paso hácia la restauracion de las leyes visigodas, restableciendo el órden gótico en la iglesia y en el palacio.

Hé aquí la nueva sociedad cristiana reorganizándose sobre la base de las tradiciones góticas. Lo anunciamos ya en otro lugar. «La religion y las leyes (dijimos) fueron las dos herencias que la dominacion goda legó á la posteri-

(1) Los que no creen que bajasen los ángeles á fabricar esta cruz, suponen que los dos mancebos ó peregrinos que, segun dijimos en el capítulo anterior, se habian aparecido al rey Alfonso y ofrecídosele á elaborarla, serian artistas árabes de Córdoba, que ya en aquel tiempo tenian fama de excelentes plateros, y se distinguian por el primor y delicadeza con que trabajaban esta clase de obras. Si así hubiera sido, no estrañamos que el monarca cuidára de no herir el celo religioso de su pueblo, que á no dudar se hubiera ofendido de que en un objeto que representaba el símbolo de su fé hubieran trabajado manos mahometanas.

dad, y estos dos legados son los que van á sostener los españoles en su regeneracion social. Tan pronto como tengan donde celebrar asambleas religiosas, pedirán que se gobierne su iglesia *juxta ghotorum antiqua concilia*, y tan luego como recobren un principio de patria, clamarán por regirse *secundum legem ghotorum* (1).» Si las actas del primer concilio de la restauracion que se cree celebrado en Oviedo bajo Alfonso el Casto no pudiesen acaso acreditarse evidentemente de auténticas (2), nadie por eso niega el espíritu y la tendencia que hácia estas asambleas religiosas ya en aquel tiempo se manifestaba.

Habiase observado ya desde el principio el sistema gótico en órden á las sucesiones al trono. Siguiendo tradicional y como instintivamente el principio electivo en lo personal, pero guardada siempre consideracion á la familia y conservando en ella el principio semi-hereditario, continuaba la intervencion poderosa de los grandes y nobles como en tiempo de los godos. Apenas desde el primer Alfonso dejó alguno de ser proclamado por este sistema mixto. Pero el ejemplo mas notable de esta libertad electoral lo fué Alfonso II. Siendo hijo único de Fruela, á la muerte de su padre le posterga los nobles so pretexto de su corta edad, y entregan el cetro en manos de Aurelio su tio. Muerto Aurelio, es desatendido otra vez Alfonso, y elevan á Silo, sin otro título que estar casado con Adosinda, hija de Alfonso I. Vaca de nuevo la corona, y antes que colocarla en las sienes del hijo de Fruela, y á pesar de la proclamacion que en su favor logró la reina Adosinda, consienten en colocarla en la cabeza de un bastardo. Y como si aquellos próceres quisiesen hacer gala y ostentacion de su libertad electiva, todavía á la muerte de Mauregato, no hallando vástago de estirpe real en el siglo, van á buscarle á la iglesia, y arrancan á un clérigo de las gradas del altar para hacerle subir las gradas del trono. Asi se pasan cuatro reinados, postergado siempre el hijo único y legítimo de un rey, hasta que los arbitrarios grandes ceden á las nobles instigaciones de otro rey generoso, y le dan al fin el tan escatimado cetro.

Lo mismo que en tiempo de los godos, la pena mayor que á los reyes les ocurria imponer era la excomunion, arrogándose la magestad atribuciones del pontificado: «si alguno de mi propia estirpe y familia, ó de otra estraña, decia Alfonso II. en sus cartas de dotacion, quitare, defraudáre, ó

(1) Discurso preliminar.

(2) Este concilio I. de Oviedo, que se halla en la coleccion de Aguirre y en los Apéndices al tomo 37 de la España Sagrada, es tratado de apócrifo por muchos críticos españoles. Sin embargo, el ilustrado P. Risco se esfuerza de nuevo por probar su autenticidad. Puede verse su disertacion en el mencionado tomo desde la pág. 166 á la 194.

con cualquier pretexto enagenar presumiére las cosas que os damos y concedemos, sea privado de la comunion de Cristo, sujeto á perpétuo anatema, y sufra con Datan y Abiron y con Judas traidor las penas eternas.»

Al otro extremo del Pirineo, los belicosos vascones pugnaban por rechazar todo yugo estraño y por recobrar y sostener su libertad dentro de sus propias montañas. Animados del mismo espíritu de religion y de independencia que los asturianos, alzábanse contra los musulmanes, pero ofendíales y esquivaban depender de otros hombres, aunque fuesen cristianos y españoles como ellos, mostrando la antigua tendencia al aislamiento y la repugnancia á la unidad heredadas de los pobladores primitivos. Si preferian su independencia turbulenta al gobierno de los reyes de Asturias, ¿cómo habian de sufrir la dominacion de los francos de Aquitania sus vecinos, siendo estrangeros, por mas que fuesen tambien cristianos? Así es que si la necesidad los forzaba tal cual vez á aceptar la alianza ó á tolerar el dominio de los monarcas francos para libertarse de los sarracenos, ni nunca aquella alianza fué sincera, ni nunca dejaban de romperla tan pronto como podian. En cambio se aliaban otras veces con los árabes para sacudirse de los francos. Y en esta alternada lucha, encajonados entre dos pueblos que aspiraban á dominarlos, no sabemos á cuál mostraban mas antipatía, si al uno por ser mahometano, ó al otro por ser estrangero.

Consignemos bien los dos grandes ejemplos de odio á la dominacion estraña que dieron los españoles casi á un tiempo en dos puntos extremos de la Península, en Navarra y en Asturias. Cuando penetró Cárlo-Magno con sus huestes hasta Pamplona y Zaragoza, por mas que apareciera dirigirse contra los musulmanes como monarca cristiano, hubieron de comprender los vascones que traeria miras de dominacion sobre ellos, y mirando solo á lo estrangero, y no atendiendo á lo cristiano, exclamaron: «¿Qué vienen á hacer entre nosotros esos hijos del Norte? ¿No ha puesto Dios entre ellos y nosotros esas montañas para tenernos separados?» Y las cañadas y desfiladeros de Roncesvalles fueron sepulcro de los soldados de Cárlo-Magno; y hubiéranlo sido mas adelante de los de su hijo Luis, á no haber empleado tantas precauciones para atravesar aquel valle de fatídicos recuerdos. Sospecharon los asturianos que las intimidades del segundo Alfonso con Cárlo-Magno pudieran degenerar en sumision y dependencia estraña y en menoscabo de su nacionalidad, y tomándolo ó por motivo ó por pretexto hicieron al casto rey perder temporalmente el trono. Justa ó injusta la deposicion, sirvióle de leccion al destronado monarca, despues de recobrado el cetro, para no dar mas celos á su pueblo con una amistad que se hacia aparecer peligrosa, siquie-

ra estuviese distante y agena de su intencion. Tales eran los españoles de los primeros tiempos de la reconquista.

Mas afortunados los franco-aquitanios en el Oriente que en el Norte de España, acostumbrados como estaban de antiguos tiempos los españoles de aquella parte á mirar como compatricios, como súbditos de un mismo trono á sus vecinos de la Septimania Gótica, trajéronles mas fácilmente á su alianza, y con su concurso expulsaron de allí á los árabes, y estendieron su dominacion desde los Pirineos hasta el Ebro, aunque sujeta á los vaivenes y oscilaciones de la guerra. Fundan así la Marca Hispana, la Marca de Gothia, en que entraban la parte española y el Rosellon, el condado de Barcelona, que habia de concentrar en sí los condados subalternos que ya existian, porque cuando Luis el Benigno dejó establecido por primer conde de Barcelona á Bera, éste lo era ya de Manresa y de Ausona. Naturalmente los que con mayores fuerzas y mas poder concurrian á lanzar de aquella parte del suelo español y á libertar sus poblaciones del dominio musulman, habian de imprimir al nuevo estado franco-hispano el sello de sus costumbres, de sus leyes, de su organizacion y de su nomenclatura. Los *Preceptos* de Cárlo-Magno y de Luis el Pio, si bien generosos y protectores de los españoles, comunicaban á aquella Marca ó Estado todo el tinte galo-franco de su orígen. De aquí aquella fisonomía particular que habia de seguir distinguiendo á los habitantes de aquella region, denominada despues Cataluña, de la de las otras provincias de España, en carácter, en inclinaciones, en costumbres, en instituciones, y hasta en dialecto.

¿Pero se conformaban de buen grado los catalanes, sufrian de buena voluntad el gobierno y la superior dominacion de los galo-francos de Aquitania? La historia nos dirá cuán pronto aquellos españoles, celosos de su independencia como todos, aprovecharon la primera ocasion que se les deparó para convertir la Marca Franco-hispana en estado español y en condado independiente, sin dejar por eso de conservar su legislacion originaria.

Así bajo distintas bases y elementos nacian y se desarrollaban los tres primeros estados cristianos que del primero al segundo siglo de la invasion sarracena se formaron en la península española, con la suficiente independencia y aislamiento entre sí, para seguir por largo tiempo viviendo cada cual su vida propia, que es uno de los caractéres que constituyen el fondo y la fisonomía histórica de nuestra nacion.

CAPITULO X.

LA ESPAÑA MUSULMANA EN EL PRIMER SIGLO DE SU DOMINACION.

I.—En qué consistia la religion de los musulmanes.—Exámen del Coran: en lo dogmático, en lo político, en lo civil y en lo militar.—Nótanse sus principales preceptos y disposiciones.—Juicio crítico de este libro.—II.—Conducta de los árabes con los cristianos de España.—Situacion en que quedaron los mozárabes.—Comportamiento de los diferentes emires.—Iglesias, obispos y monges en Córdoba.—Cómo se condujeron los conquistadores entre sí mismos en sus guerras civiles.—Inextinguibles odios de tribu. crueldades horrorosas: venganzas horribles.—Esplícase el contraste de tan opuesta conducta.—Carácter de los árabes.—III. Gobierno de los árabes en España en este primer período.—Administracion de justicia.—Idem económica.—Empleos militares.—Sistema de sucesion al trono.—IV. Varias costumbres de los árabes.

Conozcamos al pueblo que nos dominó, y con quien se ha emprendido una lucha que durará siglos. ¿Cuál era su religion, cuál su gobierno, cuáles sus costumbres, su conducta, sus relaciones con el pueblo conquistado?

I. ¿Qué religion traian esos hombres que tenian la presuncion de llamarse á sí mismos *los creyentes* por excelencia, y de dar el nombre de *infieles* á los que no creian lo que ellos? ¿Qué doctrina es esa que tan rápidamente desde un ignorado rincon del desierto se ha difundido por las inmensas y dilatadas regiones de Asia y África, y aspira á extinguir el cristianismo en Europa, y á prevalecer sola en el mundo?

Todo el dogma, todos los preceptos de la religion mahometana están encerrados en un libro, que es para los musulmanes el libro de Dios, el libro precioso, que es no solo su Biblia, sino tambien su código civil, político y militar. Este libro es el Coran, que fué sacado del gran libro de los decretos divinos, y cayó del cielo hoja á hoja. Dios le dictó, dicen ellos, el ángel Gabriel le escribió, Mahoma le recibió y le comunicó á los hombres. El Coran está dividido en capítulos ó *suras*, que en todos suman ciento catorce, y todos, á escepcion del noveno, van encabezados con la fórmula que los mu-

sulmanes ponen á la cabeza de todos sus escritos: *En el nombre del Señor clemente y misericordioso.* El noveno comienza de este modo: *Este libro se halla distribuido con un órden juicioso, siendo obra del que posee la sabiduría y la ciencia.* La asercion no puede ser mas falsa, y todo el libro la está desmintiendo. Respecto al órden, nada mas comun que encontrar al fin del Coran lo que evidentemente corresponde al principio, y los dos primeros versículos que Mahoma recibió de mano del ángel Gabriel son ahora el noventa y seis y el setenta y cuatro. Sin órden fueron publicados, y el celoso musulman que despues de Mahoma se dedicó á recoger las hojas sueltas del Coran y á recopilar en un libro lo que los discípulos del Profeta habian ido escribiendo en hojas de palmera, en piedras blancas, en pedazos de tela y de cuero, y hasta en huesos de animales, lo hizo sin órden de tiempo ni de materia. Y en cuanto á la sabiduría y la ciencia del autor, no la acreditan mucho la incoherencia de materias en un mismo capítulo, la vaguedad y confusion en las disposiciones legislativas y en los preceptos religiosos, las repeticiones, y hasta las contradicciones.

Como obra literaria, está muy lejos de corresponder su mérito al que han querido darle los devotos musulmanes y muchos de sus comentadores. Es cierto que se hallan en él algunos pasages sublimes, otros tambien poéticos y bellos, y algunas descripciones magestuosas: mas para encontrarlas es menester á veces devorar largos y enojosos capítulos. Parécenos semejarse al pais en que se escribió; que para hallar los vergeles del Yemen es necesario atravesar los abrasados arenales del Desierto. Necesítase perseverancia para leer todo el Coran. Si hay capítulos que parece revelar habilidad en el legislador para cautivar la admiracion de las clases ignorantes y crédulas, no comprendemos cómo las gentes ilustradas podian admitir los absurdos milagros del viage de Mahoma á Jerusalen, de su ascension nocturna al cielo en la famosa yegua Borak, de la luna que se hendia á su voz, de la tela de araña que cubrió la boca de la caverna en que se escondió en su huida de la Meca á Medina, y otros de este género. ¿Y qué diremos de las revelaciones celestes para cohonestar las faltas del Profeta á su misma ley, sus vicios y sus crímenes, los escándalos de su incontinencia, sus adulterios y divorcios, las liviandades y torpezas que se hallàn sancionadas por Dios en este libro *divino*? ¿Cómo no conocian que en vez de un legislador que se acercase á la divinidad, tenian un legislador que hacía á la divinidad descender á autorizar su desenfrenada lujuria y sus obscenos placeres?

Pero érale necesario al lascivo apóstol encubrir sus flaquezas de hombre halagando por el mismo lado las imaginaciones ardientes y voluptuosas de los orientales, é inventó un paraíso en que los servidores de Dios habrian

de hallar todo género de delicias y materiales placeres, y nada mas propio para esto y mas seductor que jardines esmaltados de arroyos, fuentes puras y cristalinas, sombrías alamedas, frutas deliciosas, manjares exquisitos, blandos lechos, aromas suaves, vírgenes hermosas y tiernas, adornadas de perlas y esmeraldas, inmarchitables huríes de ojos negros, siempre encantadoras y siempre enamoradas de los que tenian la dicha de morir por la fé del Profeta, de las cuales el mas humilde de los creyentes habia de tener para sus placeres por lo menos setenta y dos, cuya virginidad se estaria perpetuamente renovando. De modo que vino á hacer de la morada celeste un inmenso lupanar en que entraba todo lo que habia podido inventar una imaginacion lúbrica.

De esta suerte para los mahometanos los premios espirituales del cristianismo deberian ser ofertas áridas, sin aliciente, y en cierto modo incomprensibles. Mahoma, pues, discurrió una religion mas acomodada por entonces á la grosería del mundo oriental. Asi su código religioso, al través de sus incoherencias, contradicciones y absurdos, era un objeto de profunda veneracion para los árabes, y al cual rendian un homenage ciego. Prestábase juramento en los tribunales sobre el Coran. Nadie le tocaba sin hallarse legalmente purificado, sin besarle ó llevarle á la frente con mucho respeto y devocion. Miraban como un deber estudiarle de memoria y recitar versos y capítulos enteros. Muchos califas, sultanes, príncipes y grandes señores hacian vanidad de saberle de punta á cabo y le recitaban cada cuarenta dias. Otros poseian muchos ejemplares adornados y enriquecidos con oro y pedrería; y algunos mostraban su celo religioso copiándole muchas veces en la vida, y vendiendo los ejemplares á beneficio de los pobres. En su supersticiosa veneracion hubo quien se tomára la tarea de contar las voces y letras que entraban en él, resultando setenta y siete mil seiscientas treinta y nueve de las primeras, y trescientas veinte y tres mil quince de las segundas. Se sabe hasta las veces que cada letra está repetida: propia paciencia de quienes la tuvieron para contar las tejas que cubrian la gran mezquita de Córdoba. Siendo, pues, el Coran el libro santo, el código de las leyes religiosas, políticas y civiles de los conquistadores de España, la bandera que se enarboló en contra del cristianismo y á cuya sombra pelearon sus sectarios en nuestro suelo por espacio de ocho siglos, daremos una breve idea de sus principales dogmas y disposiciones.

El dogma fundamental del Coran es la unidad de Dios y la mision del Profeta. *No hay Dios sino Dios, y Mahoma es su Profeta.* Su idea dominante fué la abolicion de la idolatría que prevalecia entre los árabes, y para lo cual habia sido él elegido por Dios, el encargado de purgar la tierra de los

falsos ídolos y de restituir la religion á su primitiva pureza. Bajo este punto de vista y del reconocimiento de la gran verdad religiosa, la unidad de Dios, que forma tambien la base del cristianismo, y que acaso él aprendió de la comunicacion con los cristianos y judíos, Mahoma dió un gran paso hácia la civilizacion en Oriente, puesto que era una especie de transaccion y de término medio entre la idolatría y el cristianismo, y al cual probablemente se hubiera ya acercado si no hubiese prohibido absolutamente toda discusion sobre su doctrina. Mahoma admitió tambien ángeles buenos y malos, y genios á imitacion de los persas. Estos genios son creados de fuego como los ángeles, pero de organizacion mas grosera, puesto que comen, beben, propagan su especie, y están sujetos á la muerte. Consígnase en el Coran el principio de la inmortalidad del alma, el de la resurreccion, y el de los premios y castigos en el paraiso y en el infierno. El paraiso hemos visto ya cómo lo describia: el infierno era igualmente material. «Los que no creen serán vestidos de fuego: se echará agua hirviendo sobre sus cabezas, con ella se disolverán su piel y sus entrañas, y serán ademas apaleados con mazas de hierro.» El juicio final será anunciado por la trompeta de Israfil. Entre otras señales terribles el sol saldrá por el Occidente como al principio del mundo: el Antecristo derrocará reinos, y Cristo volviendo al mundo abrazará el islamismo. Despues de contar las escenas horribles y espantosas que precederán al juicio final, dice que aparecerá Dios para hacer justicia á todos. Abraham, Noé y Jesucristo habrán declinado su oficio de intercesores, y reemplazará á todos Mahoma. Los hombres darán entonces cuenta de su vida en este mundo, y el ángel Gabriel sostendrá la balanza en que se han de pesar las acciones buenas y malas, balanza cuyos platos serán bastante grandes para contener el cielo y la tierra y estar suspendidos el uno en el paraiso y el otro en el infierno.

Veneraban los musulmanes, ademas del Coran, la *Sunna* ó tradicion, que correspondia á la *Mischna* de los judíos. Eran doctrinas trasmitidas de viva voz por el Profeta y recogidas despues por sus discípulos. No faltaban sectas, cismas ni heregías entre los mahometanos, así sobre la Sunna como sobre el Coran mismo, á que daba ancho campo la oscuridad de muchos lugares de su código religioso y sus mismas contradicciones. No podemos nosotros detenernos á enumerar ni espliçar sus divergencias religiosas. Baste decir que sus cuestiones sobre el dogma y las diversas escuelas que se crearon produjeron escisiones profundas entre ellos, y los envolvieron mas de una vez en sangrientas guerras civiles.

Cuéntase que un dia se apareció á Mahoma el ángel Gabriel en forma de un beduino y le preguntó: *¿En qué consiste el islamismo?* A que Mahoma con

testó sin detenerse: *En creer que no hay mas que un Dios, y que yo soy su Profeta, en la rigurosa observancia de las horas de oracion, en dar limosnas, en ayunar el Ramadan, y en hacer, si se puede, la peregrinacion á la Meca.*

Estas palabras encierran las principales obligaciones de los musulmanes. Prescribíase la peregrinacion á la Meca al menos una vez en la vida á todo el que no estuviese imposibilitado de hacerla. El ayuno del mes de Ramadan era riguroso. No se podia tomar alimento desde la salida hasta la puesta del sol: cosa bien difícil de observar en otro pais que no fuese la Arabia. «Se os permite comer y beber hasta el momento en que haya luz bastante para distinguir un hilo blanco de un hilo negro. *El olor de la boca del que ayuna es mas grato á Dios que el almizcle.*» Prohibíase en todo tiempo el uso del vino y licores fermentados, la carne y sangre de puerco, y de todo animal que muriese ahogado, ó de alguna caida, ó herido por otro animal, ó sacrificado á algun ídolo. Los árabes encontraron motivo ó pretesto en el clima de España y en el ejercicio de la guerra para quebrantar la abstinençia del vino y de otras bebidas y manjares prohibidos, y los primeros á dar el ejemplo solian ser los califas. Mahoma habia imitado de los hebreos muchas de estas prácticas. Ordena tambien el Coran las abluciones, la santificacion del viernes, dia en que Dios crió al hombre y en que Mahoma hizo su entrada en Medina, y prohibe los juegos de azar y las varas divinatorias.

Ademas de la *chotba* ú oracion pública por el Califa que todas las fiestas tenian que hacer los muslimes en las mezquitas principales, el Corán les prescribe cinco oraciones diarias; antes de salir el sol, al medio dia, antes y despues de ponerse, y á la primera vigilia de la noche; cada una tiene su denominacion, como *al-Sohbi*, la oracion del alba, *al-Dohar* la de medio dia, etc. El que presidia á una asamblea de creyentes consagrada para la oracion, se llamaba *iman*, y el iman supremo era el sucesor de Mahoma. El *mufti*, intérprete de la ley, era el gefe de los *alfakies* ó doctores. *Almokri* era el lector de la mezquita: *alhafit* el doctrinero, y el *muezzin* llamaba á la oracion de lo alto del *minaret* ó *alminar*. «La oracion conduce al creyente hasta la mitad del camino del cielo, el ayuno le lleva hasta la puerta del Altísimo, la limosna le abre la entrada.»

No se aconseja la limosna como acto de caridad, sino que se impone como obligacion. «Haced limosnas de dia, de noche, en público, en secreto. Socorred á vuestros hijos, á vuestros deudos, á los huérfanos, á los peregrinos: el bien que hagais no quedará oculto para el Todopoderoso. Restituid á los huérfanos su patrimonio cuando lleguen á mayor edad, y no les deis malo por bueno; no devoreis sus haciendas, acreciendo con ellas la vuestra, porque esto es un gran pecado.» No dejan de abundar en el Coran

preceptos semejantes de humanidad y de beneficencia, que sin duda fueron tomados del Antiguo y del Nuevo Testamento. Condénase el suicidio y el asesinato, pero el legislador tuvo buen cuidado de no ser muy severo respecto á las pasiones á que su pueblo propendia más.

«El deseo de poseer á una muger, sea ó no manifiesto, no os hará delincuentes ante el Señor, pues sabe que no podeis prescindir de pensar en las mugeres. No os caseis mas que con dos, tres, ó cuatro. Si no podeis mantenerlas decorosamente, tomad una sola y contentáos con esclavas.» En otra parte hemos observado ya cómo el legislador comerciante se dispensó á sí mismo de esta especie de limitacion que puso á la poligamia, como quien habia recibido de Dios el privilegio exclusivo de casarse con cuantas mugeres y de tomar cuantas concubinas quisiese, inclusa la que fuese ya muger de otro. ¡Y sin embargo este moralista logró fanatizar aquel pueblo! Permitíase el divorcio, pero con harta desigualdad de derechos entre los dos sexos, pues al marido le bastaba el motivo mas leve, mientras la muger tenia que alegar motivos poderosos y perdia ademas su dote. Todas las leyes eran desfavorables á las mugeres, y el legislador que tanto las amaba las hizo esclavas.

Siendo el Coran un código político y civil al propio tiempo que religioso, contiene las leyes sobre herencias, sobre contratos, sobre hurtos y homicidios, y en general sobre todos los negocios y transacciones de la vida. No nos detendremos á analizar esta legislacion: haremos solo unas ligeras observaciones. Los hijos habidos de concubinas y esclavas son mirados en el Coran como legítimos para la sucesion en igualdad á los de las mugeres libres y legítimas: solo son declarados bastardos los hijos de mugeres públicas y de padre desconocido. El adulterio se castiga de muerte, pero ha de ser probado con cuatro testigos de vista. El testimonio de dos mugeres equivale al de un hombre. En las sucesiones los hijos reciben doble parte que las hijas. Impónese al delito de robo la amputacion de la mano que le ha cometido. Se castiga de muerte el homicidio voluntario, pero se admite la composicion pagando un tanto de indemnizacion á la familia del difunto. El Coran prescribe la pena del talion para los homicidios y las injurias personales. «¡Oh verdaderos creyentes! La ley del talion ha sido ordenada para el homicidio: el libre morirá por el libre, el esclavo por el esclavo, y la muger por la muger.» Obsérvase que la legislacion civil del Coran es mas completa que la criminal. La insuficiencia de ésta daba lugar á las modificaciones y decisiones de los tribunales, y dejó mucho á la prudencia y discrecion de los jueces ó cadíes, entre los cuales habia uno superior que se nombraba el cadí de los cadíes, alta dignidad, ante la cual los mismos Califas estaban obligados á comparecer.

Pero las disposiciones y preceptos que mas resaltan en el código sagrado de los musulmanes son las relativas á la guerra. No en vano se llama tambien al Coran *el libro de la Espada*. En todas sus partes se descubre la intencion de Mahoma de inflamar el espiritu belicoso de los árabes, de halagar sus pasiones aventureras y sanguinarias, haciendo del pueblo una especie de milicia sagrada dispuesta siempre á conquistar en nombre de la religion. «Combatid á los infieles hasta que no tengais que temer y esté consolidado el culto.» Como predicacion de guerra y de conquista, observa oportunamente un ilustrado escritor, jamás una trompeta mas belicosa ha sonado para llamar al combate. Esta conversion del principio religioso en enseña militar es la que imprime una fisonomía nueva y original al sistema del legislador de la Arabia, y á cuya influencia debieron las armas sarracenas sus rápidos triunfos, el mahometismo su asombrosa propagacion. En muchos pasages del Coran se declara la guerra á los infieles como el servicio mas agradable á los ojos de Dios, los que mueren peleando por la fé son verdaderos mártires, y se les abren inmediatamente las puertas del Paraiso. «La espada es la llave del cielo y del infierno; y una sola gota de sangre derramada en defensa de la fé ó del territorio musulman es mas acepta á Dios que el ayuno de dos meses. ¡Oh creyentes! no digais jamás de los que mueren en la pelea por la religion de Dios, que han muerto: ellos viven; pero vosotros no entendeis esto..... ¡Oh Profeta! Dios es tu apoyo, y los verdaderos creyentes que te siguen.... Alentad los fieles á la guerra; si veinte de vosotros perseveran constantes, destruirán á doscientos; si ciento, ellos derrotarán á mil infieles. El soldado musulman cuando va á la guerra no debe pensar ni en su padre, ni en su madre, ni en su esposa, ni en sus hijos; debe apartar todos estos recuerdos de su corazon, y pensar solo en la guerra; porque si su espíritu desfallece, no solo pecará contra la ley, sino que la sangre de todo el pueblo caerá sobre él, porque su cobardía será la causa de que se derrame la sangre del pueblo.» Cuando se llamaba á la guerra santa, todo buen musulman en estado de llevar armas estaba obligado á acudir sin escusa ni pretesto.

El Coran determina cómo se ha de distribuir el botin que se coge al enemigo. «Sabed que siempre que ganeis algun despojo, la quinta parte pertenece á Dios y al Apóstol, y á sus parientes, y á los huérfanos, á los pobres y á los peregrinos.» Estas palabras han sido de diversas maneras interpretadas. Abu Hanifa cree que la porcion destinada á Mahoma y sus parientes debió cesar desde la muerte del Profeta, y aplicarse á los peregrinos, huérfanos y pobres. Al-Shaafei opina que la porcion llamada de Dios debe destinarse al tesoro y servir para hacer mezquitas, fortalezas y otras obras públicas. Cada intérprete del Coran lo entiende á su modo.—Cuando los musul-

manes declaraban la guerra á los *infieles*, les daban á elegir entre estas tres cosas: ó abrazar el mahometismo, en cuyo caso cesaba la guerra: ó pagar un tributo, quedando entonces en libertad de seguir profesando su religion: ó decidir la contienda con la espada, en cuyo último caso los vencidos eran condenados á muerte, y sus hijos y mugeres hechos cautivos, si el príncipe no disponia de ellos de otro modo. Esto nos da la clave para juzgar la conducta de los árabes en España.

Hemos dado una ligera idea del Coran en su parte dogmática, política, civil y militar. Este libro ha sido ya juzgado por los filósofos y los historiadores. Reproduzcamos algunos de los juicios á que se conforma mas el nuestro. «El Coran, dice uno de ellos, es la obra de un presuntuoso, que cree resolver de lleno las mas elevadas cuestiones sin ocuparse de las dificultades, y que de este modo constituye un teismo insípido y superficial..... Es estéril é incompleta la doctrina de su libro, y bien examinada no pasa de una compilacion sacada de los evangelios apócrifos, preferidos en aquella parte de la Arabia á los auténticos, y de la Cábala mas bien que del Pentateuco. No queda por consiguiente mas que su mérito poético.» «Para libro bajado del cielo, dice otro, es una obra bastante imperfecta; para código redactado por mano de un hombre, su esfera de accion es demasiado limitada. Producto de un cerebro acalorado por los fuegos del desierto, á los hijos del desierto se dirige la ley de Mahoma, divinizando sus sensuales apetitos y sus inflamables cóleras. Quitad el desierto que le ha inspirado y el Coran no se comprende.»

Añadiremos, por último, que si el legislador de la Meca se hubiera propuesto solamente componer un libro para hacer un pueblo guerrero, conquistador, enérgico y valiente, hubiera sin duda acertado, porque al fanatismo que supo inspirar debió sus rápidas conquistas y la obstinada y tenaz resistencia que los conquistadores de España opusieron al valor y á la perseverancia de los cristianos. Mas como código religioso y social, llevaba en sí el principio de su muerte. Un fatalismo mortal pesaba sobre las acciones de los musulmanes. El despotismo no podia ser mas absoluto. Sin gerarquías en el órden religioso como en el órden civil, todo está sujeto á la voluntad omnipotente de un hombre solo, á la vez monarca, pontífice, juez supremo y general de los ejércitos. Era un crimen variar la legislacion, porque la legislacion era dogma. Estaba prescrito el estacionamiento eterno. Todos los demas pueblos marchan con los tiempos, adquieren nuevas ideas, modifican con arreglo á ellas sus instituciones. El pueblo musulman permanece inmóvil: su religion le prohibe moverse: tiene que envejecer, tiene que morir como era en su infancia. Esta era la religion que traian nuestros conquistado-

res. Recuérdese la débil pintura que del cristianismo hicimos en el tomo I. de nuestra obra: cotéjese con el islamismo que acabamos de bosquejar, y júzguese si sufren comparacion, si la Providencia podia permitir que de la religion pura del Crucificado en Jerusalen triunfára la moral lasciva del voluptuoso apóstol de la Arabia (1).

II. La conducta de los conquistadores de España habia sido en lo general conforme á las máximas y preceptos del Coran. La política se lo hubiera aconsejado, aun cuando el deber no se lo hubiera impuesto: que era el pueblo español demasiado respetable, y ellos no muchos en número al principio para que les conviniese exasperarle. Pero política, ó deber religioso, ó todo junto, es lo cierto que á los cristianos que se les sometieron, que fueron los más, dejáronles el libre ejercicio de su religion y de sus ritos, y permitiéronles gobernarse por leyes y jueces propios, y conservar sus tierras y haciendas, si bien afectas á un tributo, al tenor de las capitulaciones de Córdoba, de Toledo y demas ciudades sometidas. Así los sentidos lamentos, los quejidos elegiacos que con el nombre de *Llanto de España* copiamos en otro lugar de la Crónica del Rey Sábio (2), eran mas bien la espresion del justo dolor de ver una patria subyugada y una falsa religion enseñoreándose en ella, que la pintura exacta de la situacion y de los hechos: porque ni todos los templos fueron destruidos, ni todos los obispos y sacerdotes degollados, ni perecieron todos los fieles, ni todas las ciudades fueron arrasadas: antes quedaron ciudades y templos, subsistieron fieles y sacerdotes, y monges y prelados, si bien en una dependencia lastimosa y humillante.

¿Cual fué la suerte que corrieron estos cristianos mozárabes que vivian mezclados con los hijos de Ismael? A pesar de lo que ordenaba el libro del Profeta, la condicion de estos desgraciados estaba sujeta á la voluntad mas ó menos despótica y á los sentimientos mas ó menos generosos ó crueles de cada emir, y tambien á los caprichos ó á los arranques de intolerante celo del pueblo musulman. Abdelaziz que los habia considerado, bien por efecto de su condicion blanda y apacible, ó por agradar y complacer á su esposa Egilona la cristiana, infundió sospechas y dió celos á los ardientes ismaelitas, y le costó morir asesinado por los suyos. Ayub, que recorrió muchas provincias, arreglando la administracion, hizo justicia por igual, dicen las historias, á musulmanes y cristianos. El-Horr, cuyo carácter duro y guerrero contrastaba tanto con el de Ayub, si bien exigió rigurosamente á los

(1) Las leyes y disposiciones que hemos citado las hemos tomado del mismo Coran. Trad. de Sale.—Id. de Du Ryer.—Gagnier, vida de Mahoma, trad. de Abulfeda. No hemos visto algunas rectificaciones que Hammer hace á Sale y á Sacy en sus noticias sobre la religion musulmana.

(2) Tom. II. lib. IV. cap. VIII. al final.

mozárabes los tributos á que estaban sujetos, no se mostró menos implacable con los mismos muslimes. Ambiza distribuyó tierras entre los árabes sin perjudicar á los cristianos. Yahia, que reunia el esfuerzo y pericia militar á un carácter severo y justiciero, favoreció á los cristianos contra las violencias de los musulmanes, pero excitó el descontento de estos y fué causa de su deposicion. Alhaitan, de genio duro, vengativo y cruel, irritado por las turbulencias de los alcaides, hizo pesar sobre los mahometanos un yugo de hierro, con el pretexto, verdadero ó falso, de proteger á los cristianos contra sus vejaciones. Mohamed ben Abdallah hizo entregar á los mozárabes los templos que les pertenecian con arreglo á los pactos, mandando al propio tiempo arrasar los que las autoridades muslímicas habian permitido construir de nuevo, merced á las gruesas sumas que para otorgar su permiso arrancaban á los cristianos.

Pero las propias medidas y castigos que los emires mas humanitarios y tolerantes se veian forzados á tomar é imponer contra las arbitrariedades y demasías, ó de otros emires, ó de los alcaides y walíes, relativamente á los pobres cristianos, ya en el ejercicio de su culto, ya en la posesion de sus bienes, ya en las exacciones de los tributos, prueban cuán angustiosa era la situacion de los infelices mozárabes, pendientes de la voluntad de un emir despótico, ó del fanatismo, de la codicia y de la rapacidad de un walí ó de un alcaide subalterno.

Notablemente mejoró su condicion cuando la España musulmana se emancipó del Califato de Damasco. El primer Ommiada, Abderrahman, no solo se mostró tolerante, sino que llevó su respeto y su justicia hasta crear en Córdoba un magistrado con el cargo y título de protector de los cristianos. Institucion benéfica, en demasía tal vez, puesto que tanto halago y contemporizacion pudo ser causa de que se entibiara en algunos el fervor religioso, y de que otros llegáran á apostatar, como lo hacen creer los matrimonios que ya comenzaban á celebrarse entre cristianos y musulmanes, la guardia de tres mil mozárabes que creó para sí Alhakem I., y las sentidas quejas que emitieron luego los celosos escritores católicos Alvaro, Eulogio y Samson. A favor, pues, de esta tolerancia interesada y política, habia obispos que regentaban sus iglesias en Córdoba, en Málaga, en Baeza, en Guadix, en Elvira, en Ecija, en Martos, y en otras poblaciones, principalmente de la España Meridional y Oriental: los sacerdotes se presentaban en público con el trage de su profesion, con su barba rapada y su ropa talar; los monges vivian tranquilos en sus claustros; las vírgenes consagradas á Dios eran respetadas en sus modestos asilos, con arreglo al mandamiento del Profeta: «respetad á los monges y solitarios.» En la misma córte del imperio, en Córdoba, habia

tres iglesias y tres monasterios: en la vecina sierra y á las márgenes del Guadalquivir se contaban hasta ocho monasterios y varias iglesias: y el pueblo á toque de campana concurria á los templos y asistia á los divinos oficios sin que nadie se atreviera á inquietarle (1).

¿Subsistirá este estado, no lisonjero, pero en alguna manera tolerable para el pueblo cristiano? Pronto soplará el vendaval de la persecucion que vendrá á turbar su efímero y mal seguro reposo. Pronto sobrevendrá una era de martirios, y sangre preciosa de fervorosos cristianos enrojecerá las calles y los campos de Córdoba. Pronto vendrán, pero no anticipemos siquiera estos infaustos tiempos.

Digno es de notarse cuán diferente comportamiento observaban los sarracenos en su lucha con los cristianos españoles y en sus guerras domésticas, intestinas y civiles. Al lado de las capitulaciones benignas con aquellos, estremece la ferocidad aterradora que desplegaban con sus propios correligionarios. Como si fuesen los sencillos partes de una victoria, eran enviadas al emir las cabezas cortadas de los walíes rebeldes, y hacíanlas servir después, ó para trasmitirlas al Califa cuidadosamente alcanforadas en cajas lujosas como un delicioso presente, ó para festonar con ellas las murallas de las ciudades. El primer Ommiada, aquel noble y generoso Abderrahman, que creaba una magistratura protectora de los cristianos, que erigia y dotaba escuelas y enseñaba á sus hijos á disputar en las academias literarias los premios del saber, que desahogaba su corazon en tiernas baladas y confiaba la ternura de sus sentimientos á las palmeras de sus jardines, tenia la cruel complacencia de hacer cortar la cabeza, pies y manos al cadáver de Alí Ben Mogheitz y de enviar á Cairwan sus mutilados miembros para exponerlos clavados en un madero en la plaza pública con un rótulo ignominioso. Apenas se concibe que el bondadoso, el humanitario Hixem, el que abrazaba llorando al hermano que acababa de disputarle el trono, el que daba á su hijo consejos y preceptos que honrarian al mejor de los príncipes, recibiera como deleitosa ofrenda las cabezas de los vencidos caudillos que le remitia el wali Otman. Que aquellos mismos hombres que no podian resistir á las tiernas caricias de una esclava, y á los halagos de una *Redhya* ó de una *Zahira*, fueran los que ordenaban y presenciaban impasibles el acuchillamiento de un pueblo, los que degollaban en una sola noche á cuatrocientos nobles convidados á un banquete y saboreaban al dia siguiente el bárbaro placer de enseñar al pueblo sus cabezas destilando sangre, los que guarnecian las márgenes del Guadalquivir con una hilera de trescientos jeques empalados.

(1) Isid. Pacens.—Eulogio, Samson, Alvaro Cordobés.—Don Rodrigo, Morales, Florez.

Si como españoles y como cristianos consultáramos solo el interés de nuestra patria y de nuestra religion, parece que debiéramos celebrar estos terribles holocaustos, puesto que sacrificadores y víctimas todos eran musulmanes, y todo redundaba en descrédito de sus creencias y en enflaquecimiento de su poder. Pero hay en el hombre un sentimiento que no puede ahogar el interés de la patria, y que le hace mirar con lástima y horror tan trágicas escenas. Este sentimiento es el de la humanidad. Que á lo menos nos sirva la memoria de tales sacrificios para compadecer á aquellos pueblos que como el mahometano están sujetos á los caprichos de un solo hombre, que reasumiendo en sí todos los poderes y todas las soberanías, dispone á su antojo de las vidas de sus súbditos, sin que haya tribunal en lo humano que le impida reposar tranquilo sobre los mutilados troncos de sus víctimas: que tal era la índole y la organizacion del gobierno establecido por Mahoma.

¿Cómo se esplica esta mezcla de ferocidad y de ternura, de generosidad y de fiereza de nuestros dominadores? El árabe, impetuoso y ardiente como su corcél, violento en sus pasiones y en sus arranques, es generoso, galante y agradecido, pero vehemente en sus odios, ciego en sus iras é implacable en sus venganzas. La venganza es para él un artículo de religion, se trasmite como una herencia, y se hace inextinguible. Ademas de ser por lo comun en todas partes y en todos tiempos las guerras civiles mas crueles y sangrientas que las que se sostienen contra pueblos estraños, éranlo mucho mas entre los musulmanes de España, en que los odios y rivalidades de tribu, de raza y de familia comenzaron á mostrarse profundos y rencorosos desde Muza y Tarik, para proseguir sañosos entre árabes y africanos, entre Abassidas y Omeyas, entre Febríes y Moawias, como después habian de continuar entre Almoravides y Almohades, para perpetuarse por siglos hasta su mútua y comun destruccion. Pudo contribuir á tan ruda ferocidad la necesidad en que se veian de reprimir con el escarmiento y el terror la tendencia de los walies y gobernadores y de los caudillos de las tribus á la insubordinacion, á la rebeldía y á la independencia, acompañadas las mas veces de la traicion y la perfidia. Es lo cierto que hasta el fanatismo religioso desaparecia ante el odio de razas, y que Yussuf, Ibnalarabi, Balhul y demas caudillos rebeldes, no escrupulizaban de invocar la ayuda de los príncipes cristianos, ni de acaudillar bandas y capitanear huestes de enemigos de su fé, á trueque de vengarse de sus propios emires, y éstos por su parte tampoco dificultaban de hacer treguas y pactos con los monarcas católicos, reservando toda su ardiente ojeriza, toda la fogosidad de sus odiosos ímpetus para los discolos muslimes, y unos y otros trataban con mas saña á los enemigos de su estirpe ó de su tribu que á los enemigos de Mahoma y del Coran. Esta habia

de ser una de las causas mas poderosas de su perdicion. ¡Ojalá los cristianos hubieran sabido esplotar mas en su provecho estos elementos de disolucion y de ruina!

III. Como del gobierno, de las leyes y de las costumbres de los conquistadores siempre se trasmite algo á los pueblos conquistados, cuando es larga y detenida su mansion en ellos, natural consecuencia de las relaciones sociales que entre los dos pueblos, por antipáticos que sean, se engendran siempre, y que vienen á reflejar y aun á formar parte de su fisonomía, de sus hábitos, de su vocabulario, y hasta de sus instituciones, no nos es posible desentendernos de hacer algunas observaciones sobre la índole y forma del gobierno y administracion de los árabes en España.

Mientras la España muslímica estuvo sujeta á los califas de Damasco y á los walíes supremos de Africa, su gobierno no podia ser sino un reflejo del de Oriente, y participar de su misma organizacion y estructura. La necesidad obligó, no obstante, á los árabes españoles en mas de una ocasion á apartarse de las formas legales y á proveerse á sí mismos de emir ó gefe que los gobernára, sin órden del Califa y aun sin su consejo. Asi aconteció con los nombramientos de Ayub y de Yussuf el Fehri, hechos en una asamblea de jeques, ó sea de los principales y mas ancianos personages de cada tribu; y á una asamblea de este género se debió la eleccion de Abderrahman ben Moawiah, y la revolucion que produjo el establecimiento del imperio muslímico español independiente del de Damasco, con trono, gobierno y dinastía propia. Que asi en los extremos casos proveen todos los pueblos á su conservacion, y los mas avezados al despotismo practican como impulsados por una inspiracion secreta é instintiva el ejercicio de una soberanía que teóricamente no conocen.

Desde entonces comenzaron á introducirse en el imperio y córte de Córdoba empleos y cargos que no se habian conocido en el Oriente. El *mexuar*, ó consejo de estado, establecido por Abderrahman y al que consultaba en los casos árduos y negocios graves, ejerció atribuciones supremas durante las discordias civiles, y siendo como el plantel de donde se sacaban los altos funcionarios del estado, habia de irse convirtiendo en una especie de institucion aristocrática. Elegíase de entre sus miembros el *hagib* ó primer ministro, al modo del gran visir de Oriente, cuyas facultades se estendian á todos los ramos de la administracion. Seguian los *catibes* ó secretarios. Un magistrado, que los romanos habrian nombrado censor, entendia en los delitos contra las costumbres públicas, y estaba investido de atribuciones terribles, y facultado hasta para imponer por sí la pena de muerte, dado que rara vez la decretáran é impusieran. Encomendada estaba la administracion de la justicia á

los *cadíes*, á quienes presidia el *cadí de los cadíes* ó juez supremo, que residia en la capital; este era el que fallaba las causas en apelacion, y su autoridad era tan espetada, que el mismo califa ó emir tenia que comparecer ante él cuando era citado. Tenian bajo de sí los cadíes un funcionario subalterno llamado *alwacil* ó alguacil, encargado de prender los delincuentes y de ejecutar las sentencias criminales.

Tan sencilla como era la administracion de justicia, lo era tambien la económica. Ademas de la capitacion impuesta á los cristianos, cuya cuota solia variar segun las circunstancias y segun la condicion y carácter de arbitrarios gobernadores, habia dos clases de rentas del estado, el *azaque* y los derechos de aduana. El azaque consistia en la décima de los frutos de la agricultura, ganadería, minería y comercio. Destinábanse estas rentas al mantenimiento del califa y de sus funcionarios, á los gastos de guerra, á la construccion y reparacion de obras públicas, á la dotacion de escuelas y maestros, y al rescate de cautivos y alivio y socorro de los muslimes desvalidos ó pobres. Los productos de aduanas se cree consistian tambien en la décima de las mercancías importadas y exportadas. Percibíanse por un administrador, almojarife, nombre y empleo que se conservó durante algunos siglos entre los cristianos, como se conservó en la corona de Aragon y otros puntos el de almotacen, ó fiel medidor, que entendia en todo lo relativo á pesos y medidas, calidad de los comestibles y policía urbana. Aplicábanse al fisco los bienes de los que morian sin herederos. Siendo tan sencillo el plan de los impuestos, no podia menos de ser igualmente sencilla y fácil la administracion. El valor de las rentas subió al paso que se fué fomentando la agricultura y el comercio, y desde Abderrahman I. hasta Abderrahman III. hubo un aumento desde trescientos mil dinares hasta cinco millones cuatrocientos ocho mil. Conócese la importancia que los árabes daban á la estadística, pues desde los primeros gobernadores ó walíes, desde Alzama hasta que se declaró el reino independiente, hiciéronse ya varios censos y empadronamientos generales de España para la mas conveniente distribucion de los impuestos. El recaudador general residia en la córte, y tenia sus subalternos en las provincias.

Estas fueron cinco, segun la division hecha por Yussuf el Fehrí, á saber: Andalucía, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. Al frente de cada una de ellas habia un *walí* ó gobernador. Abderrahman hizo una nueva division territorial, quedando repartida en seis provincias, á saber: Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia. Narbona habia dejado de pertenecer á los árabes, y Córdoba era la capital del reino. Habia ademas otros doce *wazires* ó gobernadores subalternos en doce de las mas principales ciudades

despues de las referidas. En las demas ciudades y fortalezas tenian establecidos *alcaides*, nombre que se ha conservado tambien en España aplicado á diferentes empleos. Creáronse los walies ó comandantes de frontera para aquellas comarcas que estaban mas espuestas á las invasiones ó acometidas de los cristianos.

Es digno de reparo que el sistema de sucesion al trono entre los árabes fuese tan semejante al que regia entonces la sociedad cristiana. Misto de electivo y hereditario, el califa designaba de entre sus hijos el que preferia para que le sucediese en el imperio, y atendiendo mas, ó á las cualidades personales del hijo, ó al cariño y predileccion del padre que al órden de progenitura, á veces le asociaba á sí y compartia con él la gobernacion del estado, á veces solo cuando se sentia próximo á la muerte manifestaba su voluntad de que fuese reconocido *alhadi* ó futuro sucesor del reino. Convocaba para esto á los altos funcionarios del estado, cadíes, walíes y wazires, y á los principales jeques de las tribus, y ante aquella asamblea de los mas ilustres personages muslimes nombraba al que tenia designado por futuro emir y pedia su reconocimiento. Otorgábanselo ordinariamente sin réplica ni oposicion los próceres musulmanes, y todos por su órden iban besando la mano al príncipe electo en señal de obediencia y fidelidad. A la muerte del califa se aclamaba solemnemente al príncipe jurado, se rezaba por él la *chothba* ú oracion pública en todas las *aljamas* ó mezquitas del imperio, y esta ceremonia se repetia al fallecimiento de cada emir. Apenas esta libertad de preferencia de los padres dejó de producir en cada sucesion quejas, pretensiones, rebeliones y guerras de parte de los hijos ó deudos que se creian injustamente postergados

IV. Hemos indicado las principales leyes de la guerra prescritas en el Coran. Vistoso espectáculo deberia ser el de un campamento árabe en España. Al fin de cada jornada y al acercarse la noche hacia alto la hueste, y desplegaba sus tiendas y pabellones que con los bagages llevaban siempre consigo al uso de Oriente, conducidos en ligeros carros y acémilas, y en camellos, especie introducida por los árabes en nuestra peninsula, como antes los cartagineses habian importado los elefantes de Africa, que tanto estupor causaron al pronto á los españoles, y tanta parte tuvieron en el éxito de algunas batallas. Largas hileras de estacas servian para tener sujetos los caballos y mulos: los camellos acurrucados en grupos entreteníanse en rumiar: los guerreros se sentaban en derredor de las hogueras: las diversas formas y colores de los gorros y turbantes que distinguian á los berberiscos de los persas, á estos de los sirios, de los egipcios y de los árabes de todas razas, completaban la variada visualidad de aquel cuadro

nocturno: que conservaron nuestros invasores por mucho tiempo en toda su originalidad y pureza, aunque los modificaron despues sin perder nunca el tinte oriental, los trages, colores y formas que diferenciaban á cada tribu, raza ó nacion. Allí al fulgor de las hogueras se contaban en su animada, pintoresca y expresiva lengua, sus antiguas hazañas ó sus azares del dia, y exornándolos con la poesía natural á sus fecundas imaginaciones, y ávidos de aventuras y de cuentos, pasábanse hasta que el cansancio los rindiera, los unos relatando su historia, los otros escuchándola sin pestañar. Por la mañana plegábanse las tiendas, cargábanse los carros y los camellos, enfrenábanse los corceles, y se emprendia otra jornada. Los restos humeantes de las hogueras indicaban dónde habia acampado el ejército musulman.

Hábiles para la sorpresa, y propensos á la guerra de montaña, mas semejantes en esto á los españoles que á los demas pueblos que les habian precedido en la conquista, fuesen cartagineses, romanos ó godos, mil veces desde las fragosas y enmarañadas sierras de Ronda y de la Alpujarra, ó desde las asperezas del Pirineo, fatigaron los rebeldes sarracenos á los emires de Córdoba, ó tenian en jaque continuo á los cristianos con sus correrías y súbitas invasiones á que daban el nombre de *algaras*, y á que se prestaba así la ligereza de sus caballos como la agilidad y destreza de los ginetes. Pero topáronse en España con gente que no les cedia en inclinacion, inteligencia y práctica de este linage de guerra. Y por otra parte la preferencia que los árabes daban á la caballería fué en las batallas campales una de las desventajas que tuvieron para luchar con la infantería española, y una de las causas mas frecuentes de sus derrotas y descalabros.

Su marina militar tan escasa en los primeros tiempos de la conquista, que Yussuf el Fehri hubo de suprimir por innecesario el cargo de almirante ó emir del mar, recibió desde el primer Abderrahman tal desarrollo y fomento, que sus fuerzas navales no solo bastaban para poner la Península al abrigo de las continuas irrupciones de los moros de África y de los francos de Aquitania, sino que derramándose sus naves por el Mediterráneo, las islas y las costas de España, de la Galia, y de Italia, no podian verse libres de las continuas agresiones de las flotas musulmanas, y los insulares de Córcega, de Cerdeña y de las Baleares se veian incesantemente acosados por atrevidos corsarios sarracenos, que desde los puertos de España salian á devastar sus poblaciones marítimas y los obligaban á buscar un asilo en el corazon de las montañas.

Pero artistas y poetas los árabes, al propio tiempo que guerreros y piratas, los hemos visto batallar y fundar escuelas, degollar en las lides y disputar en los certámenes literarios, manejar el alfange y pulsar la lira, incen-

diar ciudades enemigas y erigir aljamas suntuosas, piratear en los mares y cultivar jardines, saquear poblaciones cristianas y construir palacios, acueductos y baños, adornar con cráneos humanos los lienzos de las murallas y cantar baladas amorosas en los artesonados salones de sus alcázares.

Espresiva y animada la lengua de los árabes, casi todos sus nombres personales significan alguna cualidad moral ó física. Los de las mugeres por lo comun son tomados ó de las gracias ó de las virtudes ó de bellos objetos del arte ó de la naturaleza; como *Redhiya*, dulce ó agradable; *Nocima*, graciosa; *Kinza*, tesoro; *Maliba*, bella; *Sobeiha*, aurora; *Zahira*, florida; *Naziha*, deliciosa; *Ommalisam*, la de los lindos collares; *Amina*, fiel; *Zaida*, dichosa; *Lobna*, blanca como la leche. De la misma manera los hombres gustaban de tomar un sobrenombre significativo, como *Al-Sherif*, el ilustre; *Al-Admed*, el deseado; *Saddilz-Allah*, el testigo de Dios; *Al-Radhi*, el benigno; *Al-Mudhaffar*, el vencedor; *Al-Mostayn-billah*, el que implora el auxilio de Dios; *Abder-el-Rahman*, servidor del misericordioso; *Obeid-Allah*, humilde servidor de Dios, etc.

No usaban los árabes el nombre de familia; distinguíanse solo, como en otra parte hemos indicado ya, por el de su padre, que añadian al suyo con la palabra *ben* ó *ebn*, de que hicieron muchas veces *aven* los europeos. Al nombre del padre solian agregar los de muchos de sus abuelos. «Entre nosotros, decia Numan, en uno de sus diálogos, no encontrarias á nadie que no pudiese nombrar sus padres hasta la vigésima generacion, sin omitir un grado.» A estos nombres añadian el de la tribu. Asi tenian los nombres de los árabes aquella longitud tan propia para fatigar la memoria. El emir Yussuf de quien tantas veces llevamos hecha mencion, se nombraba *Yussuf ben Abderrahman ben Habib ben Abi Obeida ben Okba ben Nafte el Fehri*. El *Fehri* era el patronímico de la tribu de *Fehr*, como el *Gafequi*, el *Yemeni*, los de las tribus de *Gafek* ó del *Yemen*, y asi de los demas.

Otras cualidades y costumbres de los árabes tendremos ocasion de ir observando en el curso de la historia. Prosigamos ahora nuestra interrumpida narracion.

CAPITULO XI.

ABDERRAHMAN II. Y MOHAMMED I. EN CÓRDOBA: RAMIRO I. Y ORDOÑO I. EN OVIEDO.

De 822 á 866.

Excelentes prendas de Abderrahman II.—Rebelion y sumision extraña de su tio Abdallah. —Condado de Barcelona: Bera: Bernhard.—Segunda derrota del ejército franco en Roncesvalles.—Curioso episodio de la vida de Abderrahman.—Célebres insurrecciones de Mérida y Toledo.—Revueltas en la Marca de Gothia.—Cárlos el Calvo.—Ramiro I. de Asturias, *el de la vara de la justicia*.—Supuesta batalla de Clavijo atribuida á este príncipe.—Guerras en la Marca de Gothia.—Terrible persecucion de los cristianos en Córdoba. Martirios. Causas que movieron esta persecucion.—Muerte de Abderrahman II.—Continúa la persecucion con su hijo Mohammed. San Eulogio: Alvaro: el abad Samson. Concilios en Córdoba. Apostasías.—Reinado de Ordoño I. en Asturias.—Verdadera batalla de Clavijo.—Muza el renegado.—Rebelion famosa del bandido Hafsûn. —Muerte de Ordoño I.

«Treinta y un años, tres meses y seis días, dice con su acostumbrada minuciosidad la crónica arábiga, cumplia el hijo de Alhakem el dia mismo que fué enterrado su padre, é investido él de unos poderes que de hecho habia ejercido ya en el imperio. Era, añade, Abderrahman II. hermoso de rostro, alto de cuerpo, esbelto de talle, color trigueño y bien dispuesta barba, que se teñia con alheña. Apellidábasele ya *Almudhafar* ó vencedor feliz, por el valor con que habia vencido y domado los rebeldes de las fronteras y los enemigos que habitaban los montes y sierras, gente rústica y feroz. Era, prosigue, tan intrépido y duro en la guerra como humano y benigno en la paz: llamábasele el padre de los desvalidos y de los pobres: tenia ademas excelente ingenio y admirable erudicion, y hacía elegantes versos. Gustábale la ostentacion y la magnificencia, y aumentó su guardia con mil africanos, gente

brillante y lucida.» Falta hacia á los árabes un príncipe de tan esclarecidas prendas para consolarse de las locuras de Alhakem (822).

Mas parecia ser estrella de la familia Ommiada que ninguno habia de subir al trono sin tener que luchar con algun pretendiente de la misma familia Por tercera vez se presentó en campaña aspirando á hacer valer sus pretensiones aquel Abdallah á quien dejamos en África, dos veces vencido por Alhakem, «y en quien la nieve de las canas, dice la crónica, no habia apagado el fuego de su corazon.» Confiaba ahora en la ayuda de sus tres hijos, Cassim, Esfah y Obeidallah. Pero los hijos, ó menos ambiciosos ó menos confiados en sus fuerzas que el padre, lejos de prestarle ayuda y fomentar sus ilusiones, acudieron á persuadirle que se sometiera al legítimo emir, cuando éste, despues de algunos combates, le tenia cercado en Valencia. La manera como se decidió Abdallah á hacer su sumision retrata al vivo lo que era un verdadero creyente, un musulman fanático de aquellos tiempos.

Tenia preparada una salida con toda su gente. Era un jueves, víspera del dia festivo de los musulmanes. «Compañeros, les dijo, mañana, si Dios quiere (1), haremos nuestra oracion de jhuma, y con la bendicion de Allah partirémos el sábado, y pelearémos si fuese su divina voluntad.» El viernes, congregadas sus tropas delante de la mezquita de Bab Tadmir ó puerta de Murcia, dirigióles otra breve arenga, y alzando despues los ojos y las manos al cielo: «¡Dios mio! exclamó, si tengo razon y es justa mi demanda, si mi derecho es mejor que el del nieto de mi padre, ayúdame y dame la victoria; mas si su derecho es mas fundado que el de su tio, bendícele, Señor, y no permitas las desgracias y horrores de la guerra y discordia que hay entre nosotros: apoya su poder y estado y ayúdale.» — «Asi sea,» contestaron á una voz el ejército y mucha parte del pueblo que se hallaba presente. En aquel momento, añade la crónica, sopló un viento frio y helado, extraño en aquel clima y estacion, que ocasionó á Abdallah un accidente repentino y le dejó sin habla, de modo que fué necesario concluir la oracion sin él. A los pocos dias desató Dios su lengua, y dijo Abdallah: «Dios ha declarado su voluntad, y no permita el Señor que yo intente cosa alguna contra ella.»

(1) La fórmula «*si Dios quiere*» que usa todavia en España comunmente el pueblo, estaba espresamente prescrita para los mahometanos en el Coran. Dícese que tuvo el siguiente orígen Habiendo rogado algunos cristianos á Mahoma que les contase la historia de los siete durmientes, les respondió: «mañana os la contaré,» olvidándose de añadir, «si asi lo quiere Dios.» Reprendiéronle el olvido, y de sus resultas dicen que le fué revelado por Dios este verso que se añadió al Coran. «Nunca digas: mañana yo haré tal cosa, sin añadir: «*si Dios quiere.*» Los turcos siguen observando escrupulosamente esta máxima, y jamás ofrecen hacer cosa alguna, sin añadir: «Si Dios quiere.» *En seha Allah.*

Al dia siguiente un venerable anciano musulman se apeaba á la entrada de la tienda de Abderrahman: un jóven llevaba asida la brida y otro sostenia el estribo de su lujoso palafren. Eran Abdallah y sus hijos, que iban á hacer su sumision al emír instituido por Dios para gobierno del pueblo musulman. Abderrahman los recibió con los brazos abiertos, y generoso como su abuelo Hixem, concedió á Abdallah el gobierno y señorío de Tadmir, donde murió dos años después.

Desembarazado Abderrahman de esta guerra, iba á licenciar sus tropas, cuando recibió noticia de una irrupcion que los condes de la Marca de España habian hecho en tierras musulmanas de este lado del Segre. Retuvo, pues, las licencias á sus soldados, y marchó precipitadamente sobre la Gothia llevando de vanguardia al caudillo Abdelkerim. Cerca de veinte años hacia (desde 801) que gobernaba la ciudad y condado de Barcelona el godo Bera, cuando fué acusado de traicion por otro godo llamado Sunila ante el emperador franco Luis, el cual le hizo comparecer en Aquisgran. Negó Bera los cargos de infidelidad que se le hacian, y apeló á un *juicio de Dios*, pidiendo que, pues el acusado y el acusador ambos eran godos, se tuviese el duelo al uso de su nacion, es decir, á caballo, al revés de los francos que en casos tales combatian á pie. Verificóse el combate, y vencido Bera, fué con arreglo á la ley de aquel tiempo declarado culpable y condenado á muerte: pero Luis conmutó esta pena en la de destierro á Ruan. Con tal motivo, el emperador nombró conde de Barcelona en reemplazo de Bera á Bernhard, hijo del conde Guillermo de Tolosa, que era el que gobernaba ya á Barcelona cuando se aproximó Abderrahman. Cuentan las historias arábigas que aquella importante ciudad cayó esta vez en poder del emir, así como Urgel y otras poblaciones de la Marca, obligando á los cristianos á refugiarse á las fortalezas de los riscos y á las angosturas de los montes, despues de lo cual, dejando á los francos llenos de pavor, regresó á Córdoba. Dúdase no obstante que llegáran los árabes á posesionarse esta vez de Barcelona. Las crónicas cristianas no lo confirman, y la poca certeza que puede adquirirse de acontecimientos tan importantes como éste prueba lo mucho que dejan que desear las crónicas de aquellos tiempos.

En la primavera del año siguiente vióse llegar á Córdoba unos personages griegos, llevando consigo muchos y hermosos caballos con preciosos y elegantes jaeces, cuales nunca en España se habian visto. Eran enviados del emperador bizantino Miguel el Tartamudo, que venian á ofrecer á Abderrahman aquel obsequio á nombre de su señor, y á solicitar su alianza contra el enemigo comun de las dinastías de Bizancio y de Córdoba, Almamun, califa de Bagdad. Abderrahman los hospedó en su alcázar, y despues de ha-

berlos agasajado, los despidió «con muy buena respuesta,» enviando en su compañía á Yahia ben Hakem, el Gazali, marino de gran mérito, tambien con caballos andaluces y espadas toledanas para el emperador.

Otra embajada, menos espléndida pero no menos interesante, recibió poco despues Abderrahman. Los vasco-navarros, que miraban, como hemos dicho, con mas antipatía á sus vecinos de raza germana, aunque cristianos, que á los mismos musulmanes, amenazados de otra invasion franca por los puertos de Roncesvalles y Roncal, iban á demandar auxilio á los árabes contra los enemigos traspirenáicos. De buena voluntad admitió Abderrahman la peticion, como admitia la alianza de aquellos montañeses. El temor de estos no era infundado. Al fin del año 823, los condes Eblo y Aznar, lugartenientes del rey de Aquitania, habian tenido órden de franquear los Pirineos en direccion de la Vasconia. Sin obstáculo atravesaron aquellos valles, y sin dificultad llegaron tambien á Pamplona. Cumplido su objeto (que el historiador no declara), los condes y su ejército emprendieron su regreso á Aquitania por el mismo camino. Aquellos valles parecia estar destinados para cementerio de guerreros francos. Reprodújose la tragedia de Cárlo-Magno al cabo de cerca de medio siglo, y las cóncavas montañas de Roncesvalles volvieron á resonar con los alaridos de los francos moribundos. Oigamos cómo lo refieren unos y otros autores.

«Los nuestros (dice el Astrónomo, en la Vida de Ludovico Pio) experimentaron de nuevo la perfidia acostumbrada del lugar, la astucia y el fraude innato de sus habitantes. Circuidos de todos lados por los naturales del pais, las tropas fueron deshechas, y los mismos condes cayeron en manos de los enemigos.» «Los walíes de la frontera (dicen las historias árabes) tuvieron esto año sangrientas batallas con los cristianos de los montes de Afranc, y los vencieron con cruel matanza en los angostos valles de los montes de Albortah..... y cautivaron sus caudillos, que vinieron con muchos despojos á Córdoba.» «A su retirada (dicen las historias de Navarra) acometieron los navarros á los franceses segun su costumbre, y derrotaron todo el ejército, quedando la mayor parte con bagages y banderas en el campo de batalla. Los condes fueron hechos prisioneros. Aznar, que era vascon, y tenia parientes y amigos entre los navarros, recobró la libertad, bajo juramento de no hacer la guerra contra Navarra: pero Eblo fué enviado con título de regalo á Abderrahman rey de Córdoba, cuya amistad y alianza necesitaba y solicitaban los navarros contra los franceses.»

Sufrieron, pues, los franco-aquitanios otra segunda derrota en Roncesvalles, que si acaso menos sangrienta que la primera, sirvióles de tan dura leccion y escarmiento que no volvieron mas á visitar aquellos funestos luga-

res. Del cotejo de las historias de las tres naciones infiérese que alguna parte del triunfo debió tocar á los sarracenos como auxiliares, si bien la gloria principal fué de los vascones, y asi lo confiesa el mismo Astrónomo biógrafo, que ciertamente en esto no podrá ser tachado de parcial (824).

Como un agradable alivio á la fatigosa narracion de tantas guerras se presenta aqui un corto episodio del reinado del segundo Abderrahman, que aprovechamos con gusto, porque al propio tiempo que nos informa de las ocupaciones pacíficas de los príncipes musulmanes, nos proporciona ir conociendo por los hechos el carácter galante y caballeresco de nuestros dominadores de Oriente. Oigamos á uno de sus historiadores. «En este tiempo (dice) mandó Abderrahman construir hermosas mezquitas en Córdoba, y en ellas puso fuentes de mármol y de varios jaspes, y trajo á la ciudad aguas dulces de los montes con encañados de plomo, y abrevaderos y grandes pilas para las caballerías. Edificó alcázares en las ciudades principales de España, reparó los caminos y construyó las ruzafas á orillas del rio de Córdoba: dotó las *madrisas* ó escuelas de muchas ciudades, y mantenia en la madrisa de la aljama de Córdoba trescientos niños huérfanos. Las horas que robaba á los negocios graves del estado, se entretenia con los sábios y buenos ingenios que habia en su córte, que eran muchos, y entre ellos estimaba y distinguia al célebre poeta Abdalá Aben Xamri, y Yahia ben Hakem, el Gazali, y como este sábio habia estado entre los cristianos de Afranc, y en Grecia en sus embajadas, gustaba mucho de conversar con él y de informarse de las costumbres de los reyes infieles, y de los pueblos y ciudades que habia visto. Habia hecho hagib al wali de Sidonia Aben Gamri, y con este sabio caudillo solia jugar al *scahtrang* ó ajedrez, que era uno de los mas diestros jugadores que en aquel tiempo se celebraban, y competia con él Abderrahman á este juego con grandes apuestas de joyas muy preciosas. Era en estremo liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus esclavas, pagando sus gracias y sus mas cortos obsequios con joyas inestimables.»

«Cuenta Ibrahim el Catib y otros, que un dia regaló á una niña esclava suya, muy linda y agraciada, un collar de oro, perlas y piedras preciosas, de valor de mil dinares, y como algunos wazires de su confianza que estaban presentes encareciesen tan sobresaliente dádiva, diciendo que aquel collar era joya de las que ennoblecian el tesoro real y podian servir en un apuro ó vicisitud de fortuna, Abderrahman les dijo: «Me parece que os deslumbra el brillo del collar y la estimacion imaginaria que dan los hombres á la rareza de estas piedrezuelas y á la figura y lindeza de sus perlas: ¿pero qué tienen que ver con la hermosura y gracia de la humana perla que Dios ha criado? Su resplandor encanta los ojos de quien la mira, arrebata y

«desmaya los corazones: las mas bellas perlas, los jacintos y esmeraldas mas «preciosas que ofrece la naturaleza en su especie, nó deleitan asi los ojos ni «los oidos, no tocan el corazon ni recrean el ánimo; y asi me parece que «Dios ha puesto en mis manos estas cosas para que yo les dé su propio destino, y sirvan de adorno y gargantilla á esta graciosa muchacha.»

Refiriendo despues el rey á su poeta Abdalá ben Xamri la contienda que sobre el collar habia tenido con los wazires, uno y otro dedicaron á la linda esclava versos igualmente conceptuosos. «Gualiah, dijo el rey al poeta (continúa el historiador), que tus versos son mas ingeniosos que los mios,» y mandó darle *una bidra* ó bolsa de diez mil adharames que repartió entre sus amigos presentes.

¿Pero de dónde sacaba Abderrahman para tant s larguezas, para tantos dispendios y tan locas prodigalidades? De donde comunmente lo sacan los príncipes, del pueblo. El que mucho daba, mucho tenia que pedir. Los impuestos se habian aumentado, el *azaque* ó diezmo, limitado al principio á los frutos de la tierra y de los ganados, se habia estendido á infinitos otros artículos. El pueblo murmuraba: cristianos, musulmanes y judíos, á todos desazonaba igualmente que á su costa estuviera el emir ganando fama de espléndido y dadivoso: el descontento era general: y en Mérida principalmente, ciudad populosa y considerable, se notaban muchas disposiciones á la revolucion. No se ocultaba este estado de los ánimos al emperador Luis el Benigno, y calculando en su política la utilidad que podria sacar de esta situacion de los ánimos, y poco escrupuloso en los medios, arrojó una tea incendiaria en el corazon de la España árabe, escribiendo á los meridanos y excitándolos á revolucionarse contra su emir (1).

(1) Hé aqui las frases mas notables de este estraño documento imperial.

«En el nombre del Señor Dios y de nuestro Salvador Jesucristo, Luis, por ordenacion de la divina Providencia emperador «augusto, á todos los primados, y á todo el «pueblo de Mérida, salud en el Señor.—Hemos sido informados de vuestra tribulacion «y de las vejaciones que sufrís de parte de «vuestro rey Abderrahman, cuya avaricia «os trae oprimidos. Lo mismo hacia su padre «Abolaz (Alhakem), el cual os sobrecargaba «de impuestos que no debiais pagar, convirtiendo asi á los amigos en enemigos, á «los servidores leales en rebeldes..... Pero «sabemos que vosotros, como hombres de «corazon, habeis rechazado siempre con vigor las injusticias de vuestros inicuos reyes, y resistido valerosamente á su codicia «y avidez. Por tanto nos complacemos en dirigiros esta carta para consolaros y exhortaros á perseverar en defender vuestra libertad contra los ataques de vuestro tirano «monarca, y á resistir con fortaleza, como «hasta aqui habeis sabido hacerlo, á su dureza y crueldad. Y como este mismo rey es «tan adversario y enemigo nuestro como «vuestro, os proponemos combatir de concierto contra él. Nuestra intencion es en el «próximo estío, con la ayuda de Dios Todopoderoso, enviar un ejército á nuestra Marca, y tenerle alli á vuestra disposicion. Si «Abderrahman y sus tropas hacen la tentativa de marchar contra vosotros, nuestro ejército lo impedirá atrayéndolos á sí, y nada «podrán contra vosotros sus fuerzas. Os asc-

Pero mientras Luis suscitaba enemigos interiores á Abderrahman, éste por su parte ganaba tambien auxiliares y aliados entre los súbditos del emperador, y una revolucion estallaba en la Marca Española. Un godo llamado Aizon, fugado del palacio del emperador, se puso en la Marca de Gothia á la cabeza de un partido numeroso que deberia tener ya preparado, y se hizo pronto dueño de Ausona (Vich), destruyó á Rosas, y para robustecer mas su partido despachó á un hermano suyo á Córdoba á solicitar socorros de Abderrahman, el cual le facilitó de buen grado un ejército, cuyo mando confirió á Obeidala, el hermano de Esfah y de Cassim. Con esta noticia Vilmund, hijo de Bera, el antiguo gobernador de Barcelona desterrado á Ruan, no quiso desaprovechar la coyuntura de vengarse de los enemigos de su padre, y se incorporó á los sublevados de Aizon (826).

Todo esto fué noticiado á Luis en ocasion de hallarse en la dieta de Seltz, del otro lado del Rhin, sin que al pronto tomára otra medida que pedir parecer á su consejo. Pero mientras el consejo daba su dictámen, los rebeldes y los árabes reunidos avanzaban por la Cerdaña, encerraban al conde Bernhard en las plazas fuertes de Barcelona y Gerona, y talaban y destruian campiñas y fortalezas, y engrosaban sus filas con los montañeses descontentos de los francos. Al fin un respetable ejército imperial se dirigió á la Marca al mando del jóven hijo del emperador, Pepino rey de Aquitania, y de los condes Hugo y Matfried. Pero este grande ejército no halló ocasion de medir sus armas con las huestes del rebelde Aizon y del árabe Abu Merûan, que reunidas recorrieron los campos de Barcelona y Gerona, y sin que nadie las hostilizára se volvieron á pequeñas marchas á Zaragoza. Afrentosa fué esta campaña para los leudes francos, á quienes la asamblea celebrada el año siguiente en Aquisgran castigó con la privacion de sus empleos. «Pequeña pena, añade un historiador francés, para el crímen de no haber peleado en unas circunstancias en que parecia prescribirlo las leyes militares de todos los paises y de todos los tiempos.»

Hablábase entretanto de una grande expedicion que Abderrahman preparaba contra la Aquitania, y en otra segunda asamblea de Aquisgran se decidió que marchase un fuerte ejército á los Pirineos bajo la conducta de los

«guramos ademas, que si quereis separaros «de Abderrahman y veniros á nosotros, os «volveremos vuestra antigua libertad ínte«gra y plena y os mantendremos libres de «todo tributo. Vosotros mismos elegireis la «ley bajo la cual querais vivir, y nosotros «no os trataremos sino como amigos y aso«ciado, honrosamente confederados para la «defensa de nuestro imperio. Os deseamos «salud en nuestro Señor.»—Eginhard, in Vit. Ludov.—El español Ferreras en su sinopsis histórica de España, tom. IV. pág. 170, habla de esta carta como dirigida á los de Zaragoza, no á los de Mérida, y en aquella ciudad supone equivocadamente el alboroto de que hablaremos despues.

hijos del emperador, Lotario y Pepino. Ya los dos príncipes se hallaban en Lyon dispuestos á emprender su marcha, y las tropas de Abderrahman iban á salir para las fronteras de Afranc, cuando un impensado incidente vino á llamar la atencion hácia otra parte y á dar otro giro á los negocios (1).

Las imprudentes prodigalidades de Abderrahman tenian, como dijimos, irritado al pueblo musulman, los tributos eran excesivos, el rigor de los recaudadores del diezmo acabó de encender el ya preparado combustible, y la revolucion que amenazaba en Mérida habia estallado. Figuraba á su cabeza Mohammed Abdelgebir, antiguo vazir de Alhakem, destituido por Abderrahman. El pueblo amotinado acometió las casas de los vazzires, las saqueó, y degolló algunos de ellos: el walí pudo salvarse huyendo de la ciudad. Mohammed y otros gefes de la sedicion repartieron armas, vestuarios y dinero á la plebe, sin distincion de creencias, y se prepararon á sostener su tumultuario gobierno. Esto fué lo que detuvo la salida de Abderrahman á las fronteras de Aquitania. Con la mayor presteza dispuso que pasasen las tropas de Algarbe y de Toledo, mandadas por el walí Abdelrûf, á sofocar la rebelion. Mérida no estaba para ser tomada fácilmente. Mas de cuarenta mil hombres armados recorrian sus calles. A falta de provisiones para tanta gente, pagábanlo las casas de los mercaderes y los ricos, de cuyos almacenes se apoderaban como de legítimo botin: achaque ordinario en las revueltas populares. En tan crítica situacion los buenos muslimes, dice la crónica, los hombres juiciosos y acomodados, entablaron inteligencias con Abdelrûf, y conviniéronse en entregarle la ciudad. Así sucedió. Dada una noche por los de dentro la señal convenida, abriéronse las puertas, y entraron sin dificultad las tropas. Grande fué la sorpresa de los sublevados: todos corrian inciertos; muchos dejaban las armas aturdidos; la caballería del emir recorria las calles persiguiendo la chusma: como unos setecientos del pueblo fueron acuchillados; los caudillos de la rebelion se salvaron en la confusion y entre el tropel de los fugitivos; muchos huyeron á los campos y Mohammed se refugió á Galicia. Sosegó Abdelrûf los ánimos de los vecinos pacíficos, avisó al emir del allanamiento de la ciudad, y á los pocos dias un indulto general de Abderrahman acabó de disipar el temor del castigo que á muchos inquietaba (828).

No bien sosegado el alboroto de Mérida, otro no menos imponente y grave estalló en Toledo. Movióle Hixem el Atiki, rico jóven de la ciudad, por solo el deseo de vengarse del vazzir Aben Mafot ben Ibrahim. Habia Hixem

(1) Eginhard, Vit. Ludov. — Astron, cap. 39. Anon. — Annal. Fuld. — Conde, part. II.

derramado mucho dinero entre la gente pobre, y ganado los berberiscos de la guardia del alcázar. Con esto penetraron en él los tumultuados, apoderáronse de los ministros, arrastráronlos por las calles, «y toda la ciudad (dice un escritor árabe, gran reprobador de estas revueltas) se alegró de ver arrastrados por la plebe los ministros de su opresion.» Fortuna del wali fué hallarse en aquella sazon en el campo: avisado de la insurreccion se retiró á Cala-Rahba (Calatrava) y comunicó la novedad al emir. Inmediatamente salió su hijo Omeya con parte de la caballería de su guardia y órden de reunirse al wali para castigar los rebeldes de Toledo. Pero Hixem con gran actividad repartió armas, distribuyó banderas, y viéndose al frente de una muchedumbre resuelta y armada, se atrevió á salir con la gente mas osada y escogida á buscar las huestes del emir. Algunos ventajosos encuentros con las tropas de Omeya y de Aben Mafot, dieron gran confianza y orgullo al jóven Hixem. Fué ya preciso que Abdelrûf pasára desde Mérida con todas las fuerzas disponibles.

Aun asi trascurrieron tres años sin que los tres generales de Abderrahman lográran ventaja de consideracion sobre los rebeldes de Toledo: hasta que en 832 pudo Omeya hacerlos caer en una celada, orillas del Alberche, causándoles gran matanza y obligando á los que quedaron con vida á refugiarse en la ciudad. Todavía al abrigo de sus fortificaciones hallaron recursos para persistir en la rebelion y no se rindió todavía Toledo.

En tal estado reprodújose otra vez la revolucion de Mérida. Ausente Abdelrûf y poco guarnecida la ciudad, introdújose en ella el mismo Mohammed, gefe del anterior motin, con todos los bandidos y malhechores que habia estado capitaneando en tierras de Alisbona (Lisboa). Saqueó de nuevo los almacenes, armó y vistió la gente menuda, y se repitieron los excesos pasados. Esta vez acudió el mismo Abderrahman con toda la caballería de su guardia. Hecho alarde de sus huestes en Ain Coboxi (la fuente de los carneros), contáronse cuarenta mil hombres y ciento veinte banderas. Circuida Mérida de antiguos muros romanos, habia sido flanqueada de torres despues de la conquista. Hizo Abderrahman minar algunas de ellas: anchas brechas le facilitaban poder entrar en la plaza; pero queriendo evitar la efusion de sangre y dar á conocer sus humanitarias disposiciones á los meridanos, hizo arrojar dentro de la ciudad flechas con papeles escritos, en que ofrecia general perdon á los que se entregasen, esceptuando solo á los gefes de la sublevacion, que señalaba con sus nombres. Algunos de estos billetes fueron á parar á manos de los esceptuados. Pero era imposible ya toda defensa, y Mohammed y sus cómplices huyeron, entregándose la ciudad á merced y discrecion del emir.

Magnánima y generosamente se condujo Abderrahman. Disculpándosele los principales meridanos de no haber podido prender á los caudillos rebeldes, cuentan que les dijo: «Doy gracias á Dios de que en este dia de complacencia me haya librado del disgusto de hacerlos degollar: tal vez Dios abrirá los ojos de sus entendimientos y volverán de su locura; y si no lo hacen, Dios me dará poder para estorbar que perturben la tranquilidad de mis pueblos.» Dignos y nobles sentimientos, que representan á Abderrahman II. como heredero de las virtudes de su abuelo, y como el reverso de la barbarie y crueldad de su padre. En los pocos dias que permaneció en Mérida, hizo reparar las fortificaciones destruidas, empleando en estas obras á los pobres de la ciudad.

Continuaba entretanto el sitio de Toledo. Al fin, despues despues de seis años de una resistencia porfiada, estrechados y reducidos á lo alto de la ciudad, y acosados del hambre, tuvieron que rendirse. Hixem cayó herido en manos de Abdelrûf, que le hizo cortar instantáneamente la cabeza, y colgarla de un garfio sobre la puerta de Bah-Sagra (1). El generoso Abderrahman mandó publicar luego un indulto general para todos los ciudadanos. Nombró á Aben Mafot vazzir de su consejo de estado, y á Abdelrûf wali de la ciudad. Dedicóse éste á reparar los maltratados muros, estableció una buena policía en la ciudad, y separó los cuarteles por medio de puertas para mayor seguridad de los vecinos (838). Asi terminaron las dos famosas rebeliones de Mérida y de Toledo (2).

Pudo ya Abderrahman atender á la Marca Gótica, cuya situacion no podia ser mas propicia para el progreso de las armas agarenas. Intrigas y discordias domésticas traian agitado el imperio franco-germano, y Bernhard, el conde de Barcelona, mezclado en ellas de lleno, habia corrido diferentes vicisitudes. Sus intimidades con la segunda muger del emperador Luis, llama-

(1) «Ahora se llama Bisagra, dice Conde, depravada la voz árabiga *Bab*, puerta, y la latina *Sacra*, que fué su nombre antiguo.» Hay dos puertas en Toledo con el nombre de *Visagra*, la una antigua, tapiada ya, y la otra nueva, que es la principal de la ciudad, asi por su construccion, como por ser la que da salida al camino de Madrid. Algunos quieren derivar el nombre de *Visagra* del *Via sacra* de los romanos, pero construida la puerta nueva por los árabes no es de creer que estos adoptáran un nombre latino. Acaso ellos la nombráran *Bab-Sahra*, Puerta del Campo, y los cristianos corromperian después la pronunciacion.

(2) Conde, del cap. 41 al 44, part. II.—Aquel Mohammed Aldelgebir, cabeza y gefe de los dos motines de Mérida, es el mismo de quien dijimos en el cap. IX. haberse acogido á la benignidad de Alfonso de Asturias, el Casto, el mismo á quien este monarca dió tierras cerca de Lugo, el que después le correspondió con tanta ingratitud y perfidia.—Los meridanos no vieron resultado alguno de la famosa carta del emperador franco: los auxilios, ni los dió, ni estaba muy en disposicion de darlos.

de Judith, fueron causa de que el pueblo atribuyera á ellas el nacimiento de un hijo (en 823), el que despues habia de ser emperador y rey bajo el nombre de Cárlos el Calvo. A pesar de estos rumores, constituido Luis en padrino y protector decidido de Bernhard, le llamó en 829 á su palacio, y le nombró su camarero, conservándole el gobierno de la Gothia que comprendia la Septimania y condado de Barcelona. Mal recibido el conde por los otros hijos del emperador, huyó en 829 del palacio imperial por sustraerse á su encono. Quedóle por único asilo la ciudad de Barcelona. Nuevas acusaciones le obligaron á comparecer en 832 ante la córte del imperio, y aunque se juramentó en descargo, fué destituido del condado de Barcelona, que se confirió á Berenguer, hijo del conde Hunrico. Mas habiendo muerto este en 836, Bernhard, que habia recobrado gran ascendiente y favor en la córte de Luis, fué segunda vez nombrado conde de Barcelona y de la Septimania, con mas ámplios poderes que antes.

Hallábanse así las cosas en 838, cuando el diestro Abderrahman, desembarazado de revueltas intestinas y alentado con las que trabajaban los dominios francos, ordenó al walí de Zaragoza que allegando las banderas de la España Oriental corriese las tierras de la Marca. Enfermo y casi moribundo el emperador Luis, disputándose sus hijos la herencia del imperio como una presa, bullendo en la misma Gothia las facciones y los partidos, pudieron Obeidalah, Abdelkerin y Muza hacer por espacio de dos años devastadoras incursiones por aquellas tierras con grande espanto de los cristianos de la Gothia. No se limitaron á esto las atrevidas hostilidades de los sarracenos. Vióse salir de Tarragona una expedicion marítima, que unida á otras naves sarracenas de Yebisar y Mayoricas (Ibiza y Mallorca), se dirigió á las costas de la Provenza, y llegó á saquear la comarca y arrabales de Marsella, retirándose con no escasas riquezas y gran número de cautivos.

Al paso que el imperio de Cárlo-Magno se debilitaba, crecia en importancia el hispano-sarraceno. Otra vez vinieron á Córdoba legados de Constantinopla enviados por el emperador Teófilo, á solicitar los auxilios de Abderrahman contra el Califa abassida de Oriente Almoatesim. Recibiólos el emir honoríficamente y los despidió con regalos, ofreciendo al emperador que le ayudaria tan pronto como las guerras que entonces le ocupaban se lo permitiesen. Falleció en esto en Alemania el emperador Luis el Benigno (840), y á su muerte sufrió el imperio franco-germano una nueva recomposicion, que habia de envolverle en mayores turbulencias, y habia de influir grandemente en los sucesos futuros de España (1). Por el contrario el pequeño reino de

(1) Algun tiempo antes de morir habia hecho Luis el Benigno dos partes iguales de

Asturias habíase ido afirmando y engrandeciendo bajo la robusta mano del segundo Alfonso, cuyos postreros hechos dejamos en otro lugar referidos.

Muerto sin sucesion en 842 Alfonso el Casto, el sóbrio, el pio, el inmaculado, como le nombra el cronista de Salamanca, los grandes y prelados del reino, de acuerdo en esto con los deseos del último monarca, nombraron para sucederle á Ramiro, hijo de Bermudo el Diácono. Mas como se hallase á la sazon en Bardulia (Castilla), donde habia ido á tomar por esposa la hija de un noble castellano, aprovechóse en su ausencia un conde palatino llamado Nepociano, pariente de Alfonso, para hacerse aclamar rey de Oviedo por sus parciales. Informado de ello Ramiro, encaminóse derechamente á Galicia, donde sin duda contaba con mas partidarios que en Asturias, y reuniendo en Lugo una numerosa hueste partió resueltamente en busca de su rival, á quien miraba como á un usurpador. Encontráronse los dos competidores cerca del rio Narcea. Batido Nepociano, y abandonado de los suyos, huyó hácia Pravia y Cornellana, pero alcanzado por dos condes de la parcialidad de Ramiro, fué entregado á éste, el cual le hizo sacar los ojos y le condenó á reclusion perpétua en un monasterio. Así subió al trono de Asturias el hijo de Bermudo el Diácono (1).

Conócese que el pequeño reino asturiano comenzaba tambien á ser codiciado y combatido de pretendientes como el imperio árabe. Otros dos nobles, Aldroito, conde del palacio como Nepociano, y Piniolo, uno de los próceres de Asturias, conspiraron mas adelante unos tras otro contra el monarca legítimo. Ambos fueron desgraciados en sus tentativas, y Aldroito sufrió la horrible pena de ceguera, prescrita en las resucitadas leyes godas, y Piniolo fué condenado á muerte con sus siete hijos; ¡severidad terrible la del nuevo monarca! Bien que Ramiro era inexorable y duro en el castigo de toda clase de

sus estados, dejando á su hijo mayor Lotario la parte que quisiera elegir para sí. Lotario tomó la primera, que comprendia la Francia Oriental, el reino de Italia, algunos condados de Borgoña, el reino de Austrasia, y la Germania, á excepcion de la Baviera, que dejaba á Luis su tercer hijo. La segunda abarcaba el reino de Neustria, la Aquitania, siete condados de Borgoña, la Provenza y la Septimania con sus Marcas. Este extenso reino fué dado por la voluntad expresa del emperador á Cárlos el Calvo, el mismo que hemos dicho pasaba en el concepto público por hijo adulterino de la empera riz Judith y del conde Bernhard, pero tiernamente amado no obstante esto por Luis. El Languedoc y una parte de Cataluña subsistian bajo el dominio del jóven Cárlos. Los hijos de Pepino, rey de Aquitania, quedaban excluidos de la sucesion de los estados de su padre en esta nueva particion del grande imperio de Cárlo-Magno, lo cual fué mas adelante un manantial de turbulencias y discordias en la Galia Meridional y paises contiguos.

(1) Solo el monge de Albelda da lugar á Nepociano en el catálogo de los reyes de Asturias. Nadie le ha seguido, como tampoco á Pellicer y Mondéjar en las genealogías que tejen de los dos Bermudos que suponen.

delitos. A los ladrones hacíales tambien sacar los ojos, con lo que purgó de salteadores sus estados, y á los agoreros y magos los hacía quemar vivos; ¡espantosa crudeza la de aquellos tiempos! Este rigor hizo que los cronistas de aquella edad le llamáran *el de la vara de la justicia.*

Una tentativa de invasion de gente estraña, desconocida hasta entonces en nuestra península, vino á poner á prueba la actividad y el valor bélico de Ramiro. Los normandos *(North-menn*, hombres del Norte), esos piratas emprendedores y audaces, especie de retaguardia de los bárbaros del Septentrion, que desde el fondo del Jutland y del mar Báltico, desde Dinamarca y Noruega habian salido á fines del siglo VIII. como á reclamar para sí una parte de los despojos del mundo, lanzándose atrevidamente á los mares en frágiles barcos sin mas equipage que sus armas, para arrojarse sobre las costas occidentales de Europa, saquearlas y volver á engolfarse cargados de botin en las olas del Océano; esos aventureros impertérritos, ejército regimentado de piratas á las órdenes de un gefe, que caian de improviso sobre las poblaciones de las costas, ó se remontaban con asombrosa rapidez por las embocaduras de los ríos, para devastar tierras, degollar habitantes, hacer cautivos, y derramar sangre humana sin perdonar sexo ni edad: esos terribles facciosos de los mares que tan funestamente se habian hecho conocer en la Inglaterra y en la Galia, aparecen por primera vez en la costa de Asturias con gran número de naves en el principio del reinado de Ramiro. Hacen su primera tentativa de desembarco en Gijon (843): pero ante las fortificaciones de la ciudad, y ante la actitud enérgica de los asturianos, desisten de la empresa, pasan adelante y van á desembarcar en el puerto Brigantino (Coruña).

Ramiro no se ha descuidado; un ejército cristiano cae intrépidamente sobre aquellos salteadores; muchos murieron; varias de sus naves fueron incendiadas, y viéronse forzados á abandonar aquellas costas fatales, y á tentar mejor fortuna en las de Lusitania y Andalucía. Allá van escarmentados por Ramiro el cristiano, á inquietar las poblaciones musulmanas, remontando el Guadalquivir hasta Sevilla, á continuar su obra de saqueo y de pillage, á pelear con las huestes de Abderrahman, hasta que son obligados á retroceder por los Algarbes, donde repiten los mismos estragos, y por último acometidos por los guerreros de Mérida, de Santarén y de Coimbra reunidos, desaparecen de aquellos mares (844). Honra fué del monarca de Asturias haber sabido guardar sus pequeños dominios de aquellos terribles invasores que habian logrado fijar su destructora planta en grandes y poderosos estados(1).

(1) Salmantic. Chron.—Id. Silens.—Con· Hist. de Dinamde, cap. 44.—Ann. Bertin.—Des Roches,

Con la misma intrepidez peleó Ramiro con los árabes, venciéndolos en dos batallas (1): sin que otra cosa añadan las antiguas crónicas. Por lo mismo, y por no apoyarse en fundamento alguno racional histórico, ha rechazado ya la sana crítica la famosa victoria de Clavijo que historiadores posteriores atribuyeron á este príncipe, y que ha constituido por siglos enteros una de las mas generalizadas y populares tradiciones españolas (2).

(1) *Adversus sarracenos bis prœliavit et victor extitit.* Seb. Salm. Chron.

(2) Hé aqui en sustancia lo que cuenta de esta batalla el arzobispo don Rodrigo, verdadero autor de la leyenda. Indignado el rey Ramiro de que Abderrahman de Córdoba le hubiera reclamado el tributo de las cien doncellas, á que suponen hallarse sujeto Mauregato, convocó en Leon á los prelados y abades, á los próceres y varones ilustres del reino, y con su consejo declaró la guerra á Abderrahman. Marchó el ejército cristiano contra los moros, dirigiéndose á la Rioja. Hallándose hácia Albelda, junto á Logroño, se vieron acometidos los cristianos por un ejército numerosísimo de moros, no solo de España, sino de Marruecos y de otros paises de Africa. La batalla fué desgraciadísima para los nuestros, los cuales se retiraron á llorar su infortunio al vecino cerro de Clavijo. A pesar de la derrota y la tristeza el rey se durmió, y entonces se le apareció en sueños el apóstol Santiago, el cual le habló amistosamente y le alentó á que volviera al dia siguiente á la pelea, seguro de que quedaria vencedor, pues él mismo combatiria á la cabeza del ejército cristiano. Atónito el rey, comunicó esta aparicion al amanecer á los grandes y prelados y al ejército mismo, y todos locos de alegría no ansiaban ya sino el memento de entrar en combate bajo la direccion de tan ilustre capitan. Recibieron antes los Santos Sacramentos; llegó la hora de la lid, y exclamando: *¡Santiago! ¡Santiago! Cierra España* (costumbre que quedó desde entonces al entrar en las batallas), comenzó la pelea, y con el socorro visible del Apóstol, que se apareció en los aires caballero en un blanco corcél y vestido él mismo de blanco, con espada en mano, fué tal el estrago que hicieron en los infieles, que quedaron en el campo mas de sesenta mil moros, sin contar los que acuchillaron persiguiéndolos hasta Calahorra.

Mariana, que acogió sin exámen ni crítica todo lo que halló en don Rodrigo, añadió por su cuenta no pocas circunstancias á la batalla, entre las cuales no podian faltar las arengas de costumbre.

Ni el monge de Albelda, ni el de Silos, ni Sebastian de Salamanca, ni ninguno de los antiguos cronistas dicen una sola palabra de un suceso que, á ser cierto, no le hubieran omitido en verdad. El primero que le mencionó fué el citado arzobispo que escribió cuatro siglos despues.

Sobre esto se fundó, ó acaso fué él mismo el fundamento de la fábula, el célebre privilegio ó diploma de don Ramiro, llamado del *Voto de Santiago*, por el que se supone haber hecho la nacion española voto general y perpétuo de pagar anualmente á la iglesia de Santiago cierta medida de los primeros y mejores frutos de la tierra, y de aplicar al Santo Apóstol una parte de todo el botin que se cogiese en las expediciones contra los moros, contándole como el primer soldado de caballería del ejército cristiano, cuya percepcion continuó realizándose hasta tiempos muy recientes. La falsedad de este pretendido documento ha sido tambien evidenciada por muchos sábios y críticos españoles de los tres últimos siglos, entre los cuales podemos citar al maestro José Perez, *Dissertationes eclesiasticæ*, tit. *Diploma celeberrimum de Voto*, al canónigo de Lugo don Joaquin Antonio del Camino, en su Disertacion impresa en el tom. IV. de las Memorias de la Real Academia de la Historia, al duque de Arcos, en su *Memorial* á Cárlos III.; Don Lázaro Gonzalez de Acebedo en otro *Memorial* al duque del Infantado; Ortiz, *Discurso Histórico-legal sobre el pretendido diploma del Voto de Santiago*: y pueden verse tambien, Florez, España Sagrada, tom. XIX., Ferreras, Si-

No menos piadoso y devoto Ramiro que sus predecesores, erigió cerca de Oviedo varios templos, que aun subsisten hoy, notables, ya no solo por su admirable solidez, sino tambien por cierta regular proporcion y belleza de arquitectura, que todavía merece los elogios de los distinguidos artistas que visitan aquellos célebres lugares, y que justifica las alabanzas que se leen en el cronista Salmantino. Es notable entre aquellos el que con la advocacion de Santa María edificó á la falda del monte llamado Naranco, á menos de media legua de Oviedo. Sin otros hechos importantes que las crónicas hayan consignado, terminó el honroso reinado del primer Ramiro en 850. Sus restos mortales fueron sepultados en el panteon de los reyes erigido por Alfonso el Casto, y su muerte no alteró la especie de armisticio tácito que habia entonces entre los sarracenos y los cristianos de Galicia.

No era por el Norte sino por el Oriente de España por donde ardia entonces vivamente la guerra. Los hijos de Pepino, resentidos de la exclusion á que se los habia condenado en la particion del imperio, se conjuraron en la Septimania contra Cárlos el Calvo, y ayudábalos secretamente Bernhard, el conde de Barcelona, con la mira ulterior de hacerse independiente. Pronto y caramente pagó su deslealtad el que pasaba por su hijo. Cárlos el Calvo en una asamblea de Tolosa á que le mandó comparecer le hizo condenar á la pena de muerte, que dicen ejecutó por su propia mano, y añaden que, poniendo

nopsis, tom. IV. Masdeu, Historia Critica, tom. XII. Sabau, en las notas á Mariana, lib. VII. cap. 13, y las razones que se expusieron en las Córtes de Cádiz de 1812, en que se abolió el tr búto conocido con el nombre de *Voto de Santiago*: Diario de las Sesiones: Toreno, Revolucion de España, lib. XXI.

Las razones que principalmente demuestran lo apócrifo del diploma, son, el lenguage en que está escrito, impropio de un rey cristiano; suponerse la córte del reino en Leon, donde aun no residian los monarcas; la firma de un arzobispo, cuyo título no se conocia todavía en España; mencionarse un arzobispo de Cantabria que no se conoció nunca, y estar fechado el año 834, ocho años antes que comenzára á reinar Ramiro, lo cual obligó á Mariana á decir con una naturalidad recomendable; «Puédese sospechar que en el copiar del privilegio *se quedó un diez en el tintero*: el original, añade, no parece.»

Sin embargo, no podemos tolerar la severidad con que suelen tratarnos los críticos estrangeros porque en nuestra historia se hayan mezclado invenciones como la de la batalla de Clavijo, como si no fuese comun achaque de las historias de todos los paises. Y para que se vea la injusticia con que en esto proceden, el mismo historiador Pedro de Marca, arzobispo de Paris, que de tan absurda califica esta aparicion del apóstol Santiago en Clavijo, refiere como cosa muy cierta que en una batalla que dieron los franceses á los normandos en 980, se apareció delante del ejército el mártir San Severo, en trage de capitan, montado tambien sobre un caballo blanco, matando y arrojando á los enemigos, en memoria de cuyo milagro el duque de Gascuña, Guillermo Sanchez, fundó el monasterio de San Severo en la ciudad del mismo nombre, por voto que de ello hizo. Así los mismos que tan acremente nos censuran por nuestras tradiciones populares, las imitan ó las copian acaso mas absurdas.

el pie sobre su cadáver, «¡maldito seas, exclamó, que has mancillado el lecho de mi padre y tu señor!» Cuyas palabras prueban que Cárlos no desconocia su orígen y que cometia á sabiendas un parricidio (1). Acto continuo nombró conde de Barcelona al godo Aledran, pariente de Berenguer. Propúsose Guillermo, hijo de Bernhard, vengar la muerte de su padre, atacó á Aledran, se declaró en favor del hijo de Pepino contra Cárlos el Calvo, é invocó el auxilio de Abderrahman de Córdoba. Al propio tiempo levantábanse los vascones con su conde Aznar contra el rey Pepino de Aquitania; de forma que, de una y otra vertiente de los Pirineos hormigueaban las facciones en términos que no es estraño que San Eulogio de Córdoba dijéra en una de sus cartas que no habia podido pasar á Francia por las bandas armadas que infestaban aquellos paises. Cruzábanse las conspiraciones y se hacian y deshacian con admirable facilidad las alianzas mas estrañas. Los árabes coligados con Guillermo en 846, hacian paces con Cárlos el Calvo en 847, pero Guillermo, peleando solo y por su cuenta, se apoderó en 848 de Barcelona y de Ampurias y al año siguiente logró hacer prisionero á Aledran. Poco le duró el contento. En 850 fué á su vez vencido por los partidarios de Aledran, que repusiéron á éste en el condado de Barcelona.

Las vicisitudes se sucedian rápidamente. En este mismo año vuelven á romperse las paces entre Cárlos el Calvo y Abderrahman II., y dos ejércitos musulmanes pasan el Ebro. El uno de ellos pone sitio á Barcelona, y declarándose los judíos por los islamitas, les abren las puertas de la ciudad, mientras una flota sarracena devastaba de nuevo las costas de la Provenza. No se empeñó Abderrahman en conservar á Barcelona, contentóse con desmantelarla y con perseguir á los enemigos hasta las tierras de los francos. Si no pereció Aledran en aquella invasion, por lo menos no volvió á saberse de él, y en 852 hallamos establecido como conde de Barcelona á Udalrico.

Todo iba entonces prósperamente para los musulmanes. El emperador Teófilo de Constantinopla enviaba á Abderrahman nuevos embajadores solicitando con urgencia su alianza y su ayuda. La marina musulmana recorria las costas de la Galia Meridional y de la Toscana, enseñoreaba el Mediterráneo, y llenaba de terror á la Europa entera: y otros sarracenos, no declaran bien las historias si de España ó de África, se atrevian á avanzar hasta las puertas de la capital del mundo cristiano, devastaban los arrabales de Roma, y saqueaban las iglesias de San Pedro y San Pablo, situadas extramuros sobre el camino de Ostia: gran conflicto, y sobresalto grande para la cristiandad.

Dias amargos y de ruda prueba estaban pasando ya los cristianos de Cór-

(1) Annal. Fald.—Hist. gener. de Languedoc, tomo I.

doba. La tormenta de la persecucion que anunciamos antes, descargaba ya con furia sobre aquellos fieles que hasta entonces habian logrado gozar de cierta libertad y reposo, y á la era de tolerancia habia sucedido una era de martirio. ¿Qué habia motivado este cambio? ¿No tenia fama de humanitario y generoso el segundo Abderrahman? Teníala, y los historiadores árabes cuentan el siguiente rasgo de su corazon benéfico.

Habia afligido en 846 á las provincias meridionales una sequía espantosa: faltaron las cosechas, se abrasaron las viñas y los árboles frutales; no quedó yerba verde en el campo; agotáronse los pozos y los abrevaderos; los ganados escuálidos morian de inanicion; las risueñas campiñas se convirtieron en soledades horribles, sin vivientes que las atravesáran; muchas familias pobres emigraron á África huyendo del hambre; la miseria hacia estragos horribles, y para completar este cuadro desconsolador un viento solano que sopló de Sahara envió una plaga de langosta que acabó de consumir las pocas subsistencias que quedáran. Abderrahman entonces apareció como un ángel de consuelo; suspendió la guerra santa y abrió las arcas del tesoro; distribuyó limosnas á los pobres, perdonó las contribuciones á los ricos, empleó los jornaleros en obras públicas, hizo por primera vez empedrar la ciudad, y de esta manera continuó curando los males del pueblo, hasta que Dios, dicen sus crónicas, se apiadó de los muslimes, y el rocío del cielo bajó á refrescar los campos. Esta conducta de Abderrahman hizo que los mismos que antes le murmuraban le amáran y llenáran de bendiciones.

¿Cómo este mismo Abderrahman, tan humano en Mérida y en Córdoba, persiguió despues tan crudamente á los cristianos? Examinemos las causas de este sangriento episodio.

A pesar de la tolerancia del gobierno musulman, y á pesar de haber adoptado mucha parte de los mozárabes el turbante, el albornoz y el calzon ancho de los muslimes, conservábanse vehementes antipatías entre los individuos de las dos religiones, en cada una de las cuales habia fanáticos que creian contaminarse con solo tocar los unos la ropa de los otros. Entre ciertas clases del pueblo es difícil, si no imposible, que haya la suficiente prudencia para disimular estos odios y animosidades, y que no las dejen estallar en actos positivos de recíproca hostilidad; y esto era lo que acontecia, sin que bastára á evitarlo el celo y vigilancia, así de los cadíes árabes como de los condes cristianos. Los alfaquíes, ó doctores de la ley, y algunos musulmanes exagerados, cuando oian tocar la campana que llamaba á los cristianos á los divinos oficios, tapábanse los oidos, y hacian otras demostraciones semejantes, prorumpiendo á veces en exclamaciones ofensivas, y á veces tambien poníanse á orar por la conversion de los que ellos llamaban infieles.

Los cristianos, por su parte, cuando oian al *muezzin* desde el *minaret* ó torre de la mezquita llamar á la oracion á los muslimes, hacian iguales imprecaciones y poníanse á gritar: «*Salva nos, Domine, ab auditu malo, et nunc et in æternum.*» Con esto exasperábanse unos y otros, y á la provocacion y á los denuestos seguíanse las riñas, las violencias y los choques.

La ley hacia esta lucha muy desventajosa por parte de los cristianos. Aunque gozaban de la libertad del culto, las palabras del Profeta daban mil ocasiones y pretextos para que fuesen molestados y perseguidos. El cristiano que pisaba una mezquita, ó habia de abrazar la fé de Mahoma, ó era mutilado de pies y manos. El que una vez llegaba á pronunciar estas palabras de su símbolo: «*No hay Dios sino Dios y Mahoma es su Profeta,*» aunque fuese solo por juego ó en estado de embriaguez, ya era tenido por musulman y no era libre de profesar otro culto. El que tenia comercio con muger musulmana, entendíase que abrazaba su religion. El hijo de mahometana y de cristiano ó vice-versa, el *mulado* ó *muzlita* (1), era reputado por mahometano tambien; porque el Profeta habia dicho muy astutamente que tenia que seguir aquella de las dos religiones del padre ó de la madre que fuese la mejor, y la mejor era natural que fuese la suya. El cristiano que de hecho ó de palabra injuriaba á Mahoma ó á su religion, no tenia otra alternativa que el mahometismo ó la muerte.

Con esto comenzó una série de persecuciones y de martirios, á que ayudaba por una parte el celo religioso, á las veces indiscreto y exagerado, de algunos cristianos, y por otra las ardientes excitaciones de los monges y sacerdotes, que ó alentaban á los demás ó se presentaban ellos mismos á buscar la muerte. El monge Isaac bajó espontáneamente de su monasterio, y comenzó á predicar el cristianismo en la plaza y calles de Córdoba, y aun á provocar al cadí ó juez de los musulmanes: el cadí le hizo prender, y de órden de Abderrahman le dió el martirio que buscaba. El presbítero Eulogio, varon muy versado en las letras divinas y humanas, exhortaba incesantemente con sus palabras y sus cartas á despreciar la muerte, á persistir en la fé de Cristo y á injuriar la religion de Mahoma. Asi lo hizo con las vírgenes Flora y María que se hallaban en la cárcel, con cuya ocasion escribió un libro titulado: «*Enseñanza para el martirio.*» Multitud de sacerdotes, de vírgenes,

(1) Estos *mulados* (de donde vino nuestra voz *mulato*), *muzlitas*, *moxlemitas* ó *mauludines*, eran los hijos ó nietos de musulmanes no puros, sino que habian sido cristianos renegados, ó hijos de cristiana y musulman, ó de mahometana y cristiano. Como el número de españoles era infinitamente mayor que el de las familias árabes y se fueron haciendo matrimonios mixtos, al cabo de algunas generaciones eran ya mas los *mulados* que los árabes puros: de aqui las rivalidades de familias y muchas de las guerras de que hemos dado cuenta.

de todas las clases y estados del pueblo fueron martirizados en este sangriento período, sufriendo todos la muerte con una heroicidad que recordaba la de los primeros tiempos de la Iglesia. Con la insensibilidad que ostentaban los sacrificados crecia el furor de los verdugos, y con las medidas rigurosas de los musulmanes se fogueaban mas los cristianos, y se multiplicaba el número de las víctimas voluntarias.

Vióse con este motivo un fenómeno singular en la historia de los pueblos; el de un concilio de obispos católicos congregado de órden de un califa musulman. Convencido Abderrahman de que cada suplicio de un mártir no producia sino provocar la espontaneidad de los martirios, convocó en 852 un concilio nacional de obispos mozárabes en Córdoba, presidido por el metropolitano de Sevilla, Recafredo. El objeto de esta asamblea era ver de acordar un medio de poner coto á los martirios voluntarios, y los obispos, ó por debilidad ó por convencimiento, declararon no deber ser considerados como mártires los que buscaban ó provocaban el martirio, lo cual dió ocasion al fogoso Eulogio para escribir con nuevo fervor contra esta doctrina, calificándola de debilidad deplorable. No cesó por esto ni la audacia de los fieles ni el rigor de los mahometanos: siguióse una dispersion de mozárabes, y el mismo obispo de Córdoba, Saul, se vió preso en una cárcel por el metropolitano de Sevilla (1).

Cumplióse en esto el plazo de los dias de Abderrahman II. Dicen nuestras crónicas, que asomándose una tarde á las ventanas de su alcázar, y viendo algunos cuerpos de mártires colgados de maderos orilla del rio, los mandó quemar, y que ejecutado esto, le acometió un accidente de que falleció aquella misma noche (setiembre de 852; último de la luna de Safar de 238). Todos los pueblos lloraron su muerte como la de un padre, dicen las historias musulmanas. Habia reinado treinta y un años, tres meses y seis dias. Dejó muchas hijas y cuarenta y cinco hijos varones: el que le sucedió en el imperio se llamaba Mohammed.

No se templó, antes arreció mas con Mohammed I. la borrasca de la persecucion contra los cristianos. El nuevo emir comenzó por lanzar de su palacio á los que servian en él, y por destruir sus templos. Entre los muchos mártires de esta segunda campaña, lo fué el ilustrado y fervoroso Eulogio, que acababa de ser nombrado metropolitano de Toledo. La causa ostensible fué haber ocultado en su casa á Leocricia, que siendo hija de padres mahometanos habia abrazado el cristianismo, y buscado un asilo en casa de Eulogio. Am-

(1) Eulog. Memorial. Sanctor.—Id. Liber apologet.—Alvar. Indicul. luminos.

bos fueron decapitados: los cristianos rescataron los cuerpos de estos santos mártires y los depositaron en sus templos.

La imparcialidad histórica nos obliga á consignar lo mismo los lunares que las glorias de las actas del cristianismo. No todo fué pureza, virtud y perseverancia en esta época de tribulacion y de prueba. Algunos cristianos tuvieron la flaqueza de apostatar, lo cual no nos admira, porque el heroismo no puede ser una virtud comun á todos los hombres, y esto es precisamente lo que constituye su mérito. Lo peor fué que vino á los cristianos andaluces otra persecucion de quien menos lo podian esperar, de algunos obispos cristianos. Hostigesio, prelado de Málaga, y Samuel de Elvira, no contentos con haber convertido sus casas, de asilos modestos de la virtud que debian ser, en lupanares inmundos; no satisfechos con propalar heregías acerca de la naturaleza de Cristo conforme á lo que de ella enseñaban los mahometanos; y no teniendo por bastante apropiarse las limosnas y oblaciones de los fieles y malversar los bienes del clero, excitaron á Mohammed á que exigiese nuevos tributos personales á los cristianos, haciendo para ello un empadronamiento general escrupuloso, convidándose ellos á hacer uno minucioso y exacto de los de sus diócesis. Servando, conde de los cristianos, en quien estos deberian creer encontrar consuelo y apoyo, habia pedido permiso á Mohammed para exigirles cien mil sueldos; hacia desenterrar á los mártires, y formaba causas á los fieles por haberles dado sepultura. En tan apurado y estraño conflicto, un nuevo atleta se presenta á sostener la buena causa de los oprimidos cristianos, el abad Samson, varon respetado por su piedad y por su literatura.

Pero el disidente Hostigesio negocia con Mohammed la convocacion y reunion de un concilio de los obispos de la comarca para que en él sea juzgado Samson, y para que se obligue á todos los prelados católicos á que hagan la matrícula de sus súbditos á fin de exigirles nuevos y crecidos impuestos. Extraña singularidad la de este lamentable episodio de la historia cristiana. Un obispo disidente, inmoral, avaro, manchado de heregía, instiga á un califa de Mahoma á celebrar un concilio de obispos cristianos para condenar al mas celoso defensor de la pureza de la fé. Este concilio se celebra en Córdoba con asistencia del prelado de esta ciudad, de los de Cabra, Ecija, Almería, Elche y Medina Sidonia. Samson se previene con una profesion de fé que sustenta con valor en sus discusiones con Hostigesio, pero las furibundas amenazas, ya que no las razones de este prelado, logran intimidar á los débiles ancianos que componian el sínodo, y la doctrina y proposiciones de Samson son declaradas perniciosas, cuya sentencia hacen circular Hostigesio y Servando por todas las iglesias de Andalucía. Samson por su parte, de

muèstra la nulidad de la sentencia como arrancada por la violencia y el dolo. Provocada nueva declaracion, algunos obispos se retractan de la primera, y entre ellos Valencio de Córdoba, que para manifestar el aprecio que le merecia la doctrina de Samson le hizo abad de la iglesia de San Zoilo (1). Esto acabó de irritar al partido de Hostigesio y Servando, que acudiendo entonces á la calumnia y á la intriga, y aprovechando la predisposicion de Mohammed, consiguen que el abad Samson sea depuesto y desterrado á Martos, donde compuso la interesante defensa de su doctrina con el título de *Apologético*, acalorando con esto mas y mas los ánimos. Siguiéronse mútuas profanaciones é insultos de cristianos y musulmanes en sus respectivos templos, hasta que la tormenta fué con la accion misma del tiempo calmando, ó mas bien la atencion de los muslimes se distrajo hácia los campos de batalla, donde cristianos, muzlitas y moros rebeldes combatian con las armas el poder central del imperio árabe-hispano.

Tal fué este episodio tan glorioso como sangriento de la iglesia mozárabe española, que podremos llamar la era de los martirios, y que produjo, ademas de una multitud de hechos heróicos mezclados con otros de lamentable recuerdo, un catálogo de santos con que se aumentó el martirologio de España, y los luminosos escritos de San Eulogio, de Pablo Alvaro y del abad Samson, que han llegado hasta nuestros dias, y sin los cuales nos veríamos privados de las noticias de este período de lucha religiosa, tanto mas gloriosa cuanto era con mas desiguales armas sostenida (2).

Habia sucedido en 850 á Ramiro de Asturias su hijo Ordoño, primero de este nombre, que tuvo que inaugurar su reinado con una expedicion contra los vascones de Alava que se habian sublevado, sospéchase que en connivencia con los musulmanes, y á los cuales logró sujetar y tener sumisos.

(1) El título de Abad que se da á Samson no lo era de dignidad monástica, sino de gobierno parroquial, como en nuestros dias se llaman abades los curas propios de las iglesias en Galicia y Portugal.

(2) A principios del siglo XVI., con ocasion de limpiarse un pozo distante media legua de Trasierra, se halló la famosa *campana del abad Samson*, así llamada por haber sido donacion de este virtuoso y erudito presbítero á la iglesia de San Sebastian, en 875, notable por la circunstancia de creerse la campana mas antigua que se conserva en España. Tiene cerca de un pie de alto y otro tanto de diámetro, con asa para tocarla, y una inscripcion que expresa el año de la oferta. Habia sido llevada al monasterio de Valparaiso cerca de Córdoba, y en la última supresion de las órdenes religiosas fué entregada por la comision de arbitrios de amortizacion á la de ciencias y artes, que la colocó en el colegio de humanidades de la Asuncion, donde se conserva. —Ramirez y las Casas-Deza, Antigued. de Córdoba.—Los preciosos escritos de San Eulogio, de Pablo Alvaro y de Samson, que tan interesantes noticias nos han trasmitido acerca de este importante periodo de la historia cristiano-musulmana, se hallan en los tomos X. y XI. de la España Sagrada de Florez.

Pero el hecho mas brillante de las armas del nuevo monarca de Oviedo fue la famosa victoria que en la Rioja alcanzó sobre un ejército mahometano mandado por Muza ben Zeyad. Antes de referir este célebre triunfo de Ordoño, necesitamos dar cuenta de quién era este Muza que tan famoso se hizo en la historia española del siglo IX.

Muza era godo de origen, y habia nacido cristiano. Por ambicion habia renegado de su fé, y abrazado el islamismo con toda su familia. En poco tiempo habia hecho una brillante carrera en tiempo de Abderrahman, y esto mismo acaso le tentó á rebelarse á su vez contra los árabes: con ardides tanto como por fuerza se habia ido apoderando de Zaragoza, de Tudela, de Huesca y de Toledo: el gobierno de esta última ciudad y comarca le dió á su hijo Lupo (el Lobia de los árabes), y cerca de Logroño levantó una nueva ciudad que nombró *Albaida* (Albelda entre los cristianos), y que hizo como la capital de sus estados. Los vascones, ó por temor á un vecino tan poderoso, ó por huir de sujetarse al reino de Asturias, hicieron alianza con Muza, y García su príncipe llegó á tomar por esposa una hija del doblemente rebelde caudillo. Alentado éste con sus prosperidades, y noticioso del miserable estado en que los dominios de Cárlos el Calvo se hallaban, acometió la Gothia, franqueó los Pirineos, y solo á precio de oro pudo el nieto de Cárlo-Magno comprar una paz bochornosa. Entretanto Lupo su hijo se mantenia en Toledo y el rey de Asturias fomentaba y protegia su rebelion, y aunque las huestes de Mohammed lograron un señalado triunfo sobre las tropas rebeldes de Lupo y las auxiliares cristianas, matando gran número de unas y otras, la ciudad no pudo ser tomada: dejó el emir encomendado el sitio á su hijo Almondhir, el cual no tardó en ser batido por Muza. Envanecido éste con tantas victorias, se hacia llamar *el tercer rey de España*, y quiso tratar con el emir como de igual á igual. Y en efecto, llegó á dominar Muza en una tercera parte de la Península. Pero estas mismas pretensiones hicieron que los cristianos, en vez de mirarle como aliado, le miráran ya como enemigo.

Desavenidos estaban cuando se encontraron en la Rioja. Ordoño fué el que tomó la ofensiva: un cuerpo de tropas destacó sobre Albelda, y al frente de otro marchó él mismo contra Muza. Dióse el combate en el monte Laturce, cerca de Clavijo: la victoria se declaró por los soldados de Ordoño; diez mil sarracenos quedaron en el campo; entre los muertos se halló el yerno y amigo de Muza, García de Navarra; el mismo Muza, herido tres veces por la lanza de Ordoño, pudo todavía salvarse en un caballo que le prestaron, y se fué á buscar un asilo entre sus hijos Ismail y Fortun, walí de Zaragoza el uno, de Tudela el otro: los ricos dones que habia recibido de Cárlos el Calvo quedaron en poder de Ordoño. El monarca cristiano marchó sin pérdida de tiem-

po sobre Albelda; y habiéndola tomado despues de siete dias de asedio la hizo arrasar por los cimientos; la guarnicion muslímica fué pasada á cuchillo, y las mugeres y los hijos hechos esclavos. De tal manera consternó este doble triunfo de los cristianos al hijo de Muza Lupo, el gobernador de Toledo, que pareció faltarle tiempo para solicitar la amistad de Ordoño y ofrecerse para siempre á su servicio. Asi humilló el valeroso rey de Asturias el desmedido orgullo de *Muza el renegado*, librando al mismo tiempo al emir de Córdoba de su mas importuno y temible enemigo (1).

Alentóse con esto Mohammed, y consagróse á acabar á toda costa con la rebelion de los hijos de Muza. Años hacia que Lupo se mantenia en Toledo sitiado por Almondhir, sin que le arredrára el haber visto enviar setecientas cabezas de los suyos cogidos en Talavera para adornar, segun costumbre, las almenas de Córdoba. Fué, pues, Mohammed á activar y estrechar el sitio. Cansados los labradores y vecinos pacíficos de Toledo de los males de la guerra y de ver cada año destruir sus mieses, sus huertas y sus casas de campo, ofrecieron al emir que le entregarian la ciudad y aun las cabezas de los gefes rebeldes si les otorgaba perdon. Prometióselo asi Mohammed, y abriéronsele las puertas de Toledo aun antes del plazo designado: algunos caudillos fueron puestos á su disposicion; otros pudieron huir disfrazados, entre ellos el mismo Lupo, que fué á refugiarse á la córte de Ordoño el cristiano (859), de quien continuó siendo aliado y amigo. Asi acabó por entonces la famosa rebelion de Muza el renegado, del que tuvo la presuncion de titularse *el tercer rey de España*. Ocupóse Mohammed en arreglar las cosas del gobierno de Toledo (2).

Cúpole á Ordoño otra gloria semejante á la que habia alcanzado su padre Ramiro. Los normandos, esos aventureros de los mares, ni nunca quietos, ni nunca escarmentados (los *Magioges* de los árabes), vinieron á intentar un nuevo desembarco en Galicia (860). Sesenta naves traian ahora. Rechazó de alli esta segunda vez el conde Pedro aquellos formidables marinos, que se vieron forzados á bordear como ántes el litoral de Lusitania y Andalucía en busca siempre de presas que arrebatar: arrasaron aldeas, atalayas y caseríos desde Málaga á Gibraltar, saquearon en Algeciras la mezquita de las Banderas, y acosados por las tropas de Mohammed pasaron á las playas de Africa, recorrieron la costa de la Galia, las Baleares, el Ródano, los mares de Sicilia y de Grecia, haciendo en todas partes los mismos

(1) Seb. Salmant. Chron. n. 26.—Esta fué la verdadera batalla de Clavijo, y es de sospechar que fuese la que por error se atribuyó á Ramiro.

(2) Conde, part. II, cap. 49.

estragos, dejando tras sí una huella de devastacion y de sangre, hasta que desaparecieron en el Océano para entrar otra vez en la Escandinavia con los despojos que habian podido recoger de todos los paises.

Ordoño, que no olvidaba sus naturales y mas inmediatos enemigos, los árabes, llevó sus armas á las márgenes del Duero. venció al walí de la frontera Zeid ben Cassim, y tomó varias poblaciones, entre ellas Salamanca y Coria, que no se esforzó en conservar, contentándose con destruir sus murallas y llevar cautivos al centro de su reino. Así no creemos que para recobrarlas hubiera necesitado Almondhir el Ommiada llevar tan grande ejército como luego llevó, y cuyo aparato de fuerza podia solo justificar el respeto que ya les imponia el nombre de Ordoño. Desde el Duero llevó Almondhir sus huestes hácia el Nordeste de la Península, franqueó el Ebro, penetró por Álava en la alta Navarra y montes de Afranc, taló las campiñas de Pamplona, ocupó algunas fortalezas de su comarca, y cautivó, dice un autor árabe, á un cristiano muy esforzado y principal llamado Fortun (1), que llevó consigo á Córdoba, donde vivió veinte años, al cabo de los cuales fué restituido á su patria. Esta expedicion tuvo sin duda por objeto castigar á los que habian sido aliados del rebelde Muza.

A poco tiempo de esto (en 863) llevaron al emir de Córdoba sus *forénicos*, ó córreos de á caballo, nuevas que le pusieron en grande cuidado y alarma. Los cristianos de Afranc y los de Galicia habian invadido simultáneamente y por opuestos puntos las tierras de su imperio. Ordoño habia entrado en la Lusitania, corrido la comarca de Lisboa, incendiado á Cintra, saqueado los pueblos abiertos y cogido multitud de ganados y cautivos. La fama abultaba los estragos, y Mohammed creyó llegado el caso de hacer publicar la guerra santa en todos los almimbares. Juntáronse todas las banderas y Mohammed penetró con sus huestes en Galicia hasta Santiago. Mas cuando él llegó, ya los cristianos se habian recogido y atrincherado en sus impenetrables riscos: con que tuvo por prudente regresar por Salamanca y Zamora hácia Toledo.

En las fronteras de Afranc un hombre oscuro daba principio á una guerra que habia de ser dura y porfiada. Este hombre era Hafsûn, originario de aquellas tribus berberiscas que en el principio de la conquista se establecieron en los altos valles y sierras mas ásperas del Pirineo. Aunque nacido

(1) Este Fortun pudo ser muy bien el hijo de Muza, gobernador de Tudela: mas al decir de algunas historias navarras era Fortuño, hijo del García Iñigo ó Iñiguez, muerto en Albelda, y añaden que con él fué llevada á Córdoba su hermana Iñiga, y que el haber recobrado su libertad al cabo de los veinte años fué debido al casamiento de Iñiga con Abdallah, hijo segundo de Mohammed.

en Andalucía, era oriundo de la proscrita raza de los judíos. Sus principios fueron oscuros y humildes. Vivia del trabajo de sus manos en Ronda, pero descontento de su suerte pasó á Torgiela (Trujillo) á buscar fortuna, y no hallando recursos para vivir se hizo salteador de caminos, llegando por su valor á ser gefe de bandoleros, y á adquirir no escasa celebridad en aquella vida aventurera y agitada. Hafsûn y su cuadrilla se hicieron dueños de una fortaleza llamada Calat-Yabester. Por último, arrojado del pais, se trasladó á las fronteras de Afranc, y se apoderó del fuerte de Rotah-el-Yehud (Roda de los Judíos), situado en un lugar inexpugnable por su elevacion y aspereza sobre peñascos cercados del rio Isabana.

No solo fué bien recibido allí Hafsûn por los judíos berberiscos, sino que viendo los cristianos de Ainsa, Benavarre y Benasque la fortuna de sus primeras algaras, confederáronse con él para hacer la guerra á los mahometanos; y precipitándose como los torrentes que se desgajan de aquellos riscos, cayeron sobre Barbastro, Huesca y Fraga, levantando los pueblos contra el emir. El walí de Zaragoza, resentido de haber sido nombrado otro gobernador de la ciudad, si no favoreció á los rebeldes, á lo menos no se opuso á sus progresos y correrías. El walí de Lérida Abdelmelik tomó abiertamente partido en favor de Hafsûn, y le entregó la ciudad. Lo mismo hicieron los alcaides de otras poblaciones y fortalezas. De modo que el menestral de Ronda, el gefe de bandidos de Trujillo, se vió en poco tiempo dueño de una parte considerable de la España Oriental y de gran número de ciudades y castillos, con lo que mas y mas envalentonado recorrió las riberas del Ebro y fértiles campiñas de Alcañiz, engrosando sus filas con todos los descontentos, fuesen cristianos, judíos ó muslimanes.

Sobresaltado Mohammed con tan séria insurreccion, y no pudiendo desatender las fronteras del Duero, continuamente invadidas é inquietadas por los cristianos de Ordoño, trató primeramente, y antes de emprender operaciones contra el rebelde Hafsûn, de asegurarse al menos de la neutralidad del imperio franco, á cuyo efecto envió á Cárlos el Calvo embajadores con ricos presentes y con proposiciones de paz y amistad. Cárlos, á quien hallamos siempre dispuesto y poco escrupuloso en firmar paces y alianzas con todo género de enemigos, no desechó tampoco la propuesta del emir, y despachó á su vez á Córdoba mensageros encargados de acordar las bases de la pacificacion, los cuales, desempeñada su mision, volvieron llevando consigo, en testimonio de las buenas disposiciones de Mohammed, camellos cargados con pabellones de guerra, ropas y telas de diferentes clases, y artículos de perfumería, que el nieto de Cárlo-Magno recibió gustoso en Compiegne. Despues de lo cual juntó Mohammed el mas numeroso ejército que pudo,

haciendo concurrir á todos los hombres de armas de Andalucía, Valencia y Murcia, resuelto á dar un golpe de mano decisivo al rebelde Hafsûn. Su hijo Almondhir quedó encargado de la frontera de Galicia con las tropas de Mérida y de Lusitania, y él con su nieto Zeid ben Cassim marchó hácia el Ebro con toda la gente.

Temeroso Hafsûn de no poder competir con fuerzas tan considerables, recurrió á la astucia, ó mejor dicho, á la falsía y al engaño, pero engaño mañosamente urdido para hombre de tan humilde estraccion. Escribió, pues, al emir haciéndole mil protestas, al parecer ingénuas, de obediencia y sumison, y jurando por cielos y tierra que todo cuanto hacia era un artificio para engañar á los enemigos del Islam; que á su tiempo volveria las armas contra los cristianos y malos muslimes; que le diese al menos el gobierno de Huesca ó de Barbastro, y veria cómo oportunamente y de improviso daba á los enemigos el golpe que tenia pensado. Cayó completamente Mohammed en el lazo, creyó las palabras arteras del rebelde, ofrecióle para cuando diese cima á sus planes no solo el gobierno de Huesca sino el de Zaragoza, envió una parte del ejército, como innecesario ya, á las fronteras de Galicia á reforzar el de Almondhir, encomendó á su nieto Zeid ben Cassim la espedicion proyectada de acuerdo con Hafsûn, y él regresó camino de Córdoba.

Incorporáronse las tropas de Zeid con las de Hafsûn en los campos de Alcañiz: con las demostraciones mas afectuosas acamparon llenas de confianza junto á los que creian sinceros aliados. Mas cuando se hallaban entregadas al reposo de la noche, los soldados de Hafsûn se echaron traidoramente sobre los de Zeid, y degollaron alevosamente á los mas, incluso el mismo Zeid ben Cassim, que murió peleando valerosamente antes de cumplir diez y ocho años. El emir, todos los caudillos de su guardia, todos los walíes de Andalucía, juraron vengar accion tan aleve; Mohammed lo escribió á su hijo Almondhir, el cual recibió los despachos de su padre en tierras de Alava, é inmediatamente hizo leer su contenido á todo el ejército. La indignacion fué general; caudillos y soldados, todos pedian ser llevados sobre la marcha á castigar la negra perfidia de Hafsûn. De Córdoba y Sevilla se ofrecieron muchos voluntarios á tomar parte en aquella guerra de justa venganza.

Partió, pues, Almondhir con su ejército de sirios y árabes, ardiendo todos en cólera. Los rebeldes habian vuelto á atrincherarse en los montes y en la fortaleza de Roda, que era, dice un autor musulman, el nido del pérfido Hafsûn. Allí salió á rechazarlos el intrépido Abdelmelik, el walí de Lérida, que se habia incorporado á Hafsûn. A pesar de las ventajas que le daba la posicion, los andaluces pelearon con tal corage, que sus espadas se

saciaron de sangre enemiga. Abdelmelik escapó herido con un centenar de los suyos, y se refugió en el castillo de Roda. La noche suspendió la matanza. Al dia siguiente los soldados de Almondhir atacaron la fortaleza sin que les detuvieran las breñas y escarpados riscos que la hacian al parecer inaccesible. Todo lo allanaron aquellos hombres frenéticos, si bien á costa tambien de no poca sangre: Abdelmelik, aunque herido, peleó todavía hasta recibir la muerte, y su cabeza fué cortada para presentarla á Mohammed; muchos rebeldes se precipitaron de las rocas: Hafsùn logró escapar á los montes de Arbe, aconsejó á sus secuaces que se sometiesen al vencedor para conjurar su justa saña, y repartiendo sus tesoros entre los que le habian sido mas fieles, desapareció, dicen, en aquellas fragosidades. La victoria de Almondhir intimidó toda la comarca, y apresuráronse á ofrecerle su obediencia las ciudades de Lérida, Fraga, Ainsa, y todas aquellas tierras (866). Almondhir victorioso se volvió á Córdoba, donde fué obsequiado con fiestas públicas.

En este año, que fué el de 866, falleció el rey Ordoño en Oviedo, muy sentido de sus súbditos, así por su piedad y virtudes, como por haber engrandecido el reino y héchole respetar de los musulmanes, con los cuales tuvo otros reencuentros en que salió victorioso, y cuyos pormenores y circunstancias no especifican las crónicas. Ordoño habia reedificado muchas ciudades destruidas mas de un siglo hacia, y entre ellas Tuy, Astorga, Leon y Amaya, y levantando multitud de fortalezas al Sur de las montañas que servian como de ceñidor al reino, y acrecido este en una tercera parte del territorio. Reinó Ordoño poco mas de diez y seis años, y fué sepultado en el panteon destinado á los reyes de Asturias (1).

(1) El Albeldense le dá el bello nombre de *padre del pueblo*. Con él acabó su crónica el obispo Sebastian de Salamanca, y empieza la suya el obispo Sampiro de Astorga.

CAPITULO XII.

ALMONDHIR Y ABDALLAH EN CÓRDOBA: ALFONSO III. EN ASTURIAS.

De 866 á 912.

Proclamacion do Alfonso III., el Magno,—Breve usurpacion del conde Fruela. Su castigo.—Primeros triunfos de Alfonso sobre los árabes.—Casa con una hija de García de Navarra.—Consecuencias de este enlace para los navarros.—Conjuracion de los cuatro hermanos de Alfonso.—Brillantes victorias de éste sobre los árabes: en Lusitania; en Zamora.—Calamidades en el imperio musulman.—El rebelde Hafsùn y su hijo.—Batalla de Aybar, en que perece García de Navarra.—Condes de Castilla y Alava.—Fundacion de Burgos —Tratado de paz entre Mohammed de Córdoba y Alfonso de Asturias.—Conspiraciones en Asturias descubiertas y castigadas.—Misteriosa muerte de Mohammed.—Breve reinado de Almondhir.—Famosa rebelion de Ben Hafsùn.—Emirato de Abdallah.—Complicacion de guerras y sediciones.—Campañas felices de Abdallah.—Renueva la paz con Alfonso de Asturias.—Sus consecuencias para uno y otro monarca.—Conjúranse contra Alfonso la reina y todos sus hijos.—Magnánima abdicacion de Alfonso.—Reparticion de su reino.—Primer rey de Leon.—Origen y principio del reino de Navarra.—Origen y principio del condado independiente de Barcelona.

Catorce años solamente tenia Alfonso, el hijo de Ordoño, cuando su padre le asoció ya al gobierno del reino. Diez y ocho años cumplia cuando en mayo de 866 entró á reinar solo bajo el nombre de Alfonso III., confirmando los prelados y próceres la voluntad de su padre (1). Parecia haberse contami-

(1) Mariana, en su empeño de hacer desde el principio hereditaria la corona de Asturias, contra todos los datos históricos, no podia dejar de decir que pertenecia de derecho á Alfonso, por ser el mayor de los hermanos. El trono de la restauracion no era mas hereditario que el de los godos: lo que hacian los monarcas era asociarse en vida aquel de sus hijos que querian les sucediese, para allanar asi el camino á la eleccion, y el clero y la nobleza solian condescender con la voluntad del padre cuando no habia un motivo poderoso para excluir al hijo. Asi tácitamente y por consentimien-

nado el reino de Asturias con el ejemplo del de los árabes, pues nunca faltaba ya ó algun magnate ó algun pariente del rey electo que le disputára la posesion del trono. Esto hizo con el tercer Alfonso el conde Fruela de Galicia, que puesto á la cabeza de un ejército marchó atrevidamente sobre Asturias, y hallando desapercibidos á los nobles y al rey, penetró en Oviedo y se apoderó del palacio y de la corona, teniendo el jóven Alfonso que huir á los confines de Castilla y de Alava, como en otro tiempo y por igual motivo habia tenido que hacerlo Alfonso II. De brevísima duracion fué su ausencia, porque volviendo pronto en sí los nobles asturianos, irritados contra el usurpador, asesinaron una noche á Fruela en su palacio, llamaron á Alfonso, y volvió el jóven príncipe á tomar posesion del trono que le pertenecia con gran contentamiento del reino.

Si en esto se asemejó el principio de su reinado al de su abuelo Ramiro, parecióse al de su padre Ordoño en haber tenido que hacer el primer ensayo de sus armas en reprimir una insurreccion de los alaveses, siempre inquietos y mal avenidos con la dominacion de los reyes de Asturias. La presencia y resolucion del jóven monarca, que voló á apagar aquel incendio, desconcertó á los sublevados, que asustados ó arrepentidos, le prometieron obediencia y fidelidad, y el autor de la sedicion, el conde Eilon, prisionero y cargado de cadenas, fué llevado por Alfonso á Oviedo y encerrado allí en un calabozo, donde acabó sus dias (1). El gobierno de Alava fué confiado al conde *Vigila* ó Vela Jimenez (867).

to se fué haciendo el trono hereditario, como lo iremos viendo.—En cuanto á las variantes que se notan en la cronología del tercer Alfonso entre las crónicas de Albelda, de Sampiro y del Silense, parécenos que las concierta cumplidamente el erudito Risco en la España Sagrada, tom. 37, capítulo. 25, á quien seguimos.

(1) Sampiro, Chron. p. 838.—La tradicion vascongada supone que apenas regresó Alfonso á Oviedo los habitantes de Vizcaya, provincia entonces comprendida en Alava, se rebelaron contra Alfonso, y congregados so el árbol de Guernica nombraron por su señor ó *jaona* á uno de sus compatriotas llamado *Zuria*: que Alfonso despachó á Odoario á sofocar esta nueva insurreccion, y que habiendo encontrado á los sediciosos en la aldea de *Padura*, no muy lejos del sitio donde mas adelante se edificó Bilbao, se empeñó un sangriento combate, en que las tropas reales quedaron completamente derrotadas y muerto su gefe: que en memoria de tan señalado suceso el lugar de Padura tomó el nombre de *Arrigorriaga*, que en la lengua del pais significa *piedras bermejas*, aludiendo á la mucha sangre de que quedó teñido: que Alfonso ocupado en otras guerras no pudo ó no cuidó de vengar esta derrota, y que de aquí data la independencia del señorío de Vizcaya, suponiendo á los señores de la tierra descendientes y sucesores de *Zuria*. Mas como todas estas relaciones no se apoyan en documento alguno histórico de que tengamos noticia, nos contentamos con indicarlas sin admitirlas.—Sobre esto y sobre los demas precedentes en que pretenden los vizcainos apoyar la antiguedad de su señorío, trató de propósito el erudito Llorente, *Noticia de las Provincias Vascongadas*, tom. I, cap. 9.—Todo esto acogió con su acostumbrada sinceridad

Aunque de pocos años Alfonso, y teniendo por rival á un príncipe tan avezado á los combates, tan valeroso y resuelto como Mohammed de Córdoba, estaba destinado á dar un gran impulso á la restauracion española y á merecer el renombre de *Magno* que se le aplicó y con que le conoce la posteridad. Una escuadra musulmana á las órdenes de Walid ben Abdelhamid se habia dirigido á Galicia. Al abordar á la desembocadura del Miño desencadenóse una borrasca, de cuyas resultas se perdieron ó estrellaron casi todos los buques, pudiendo apenas el almirante Walid regresar por tierra á Córdoba, no sin riesgo de caer en manos de los cristianos. Alentado el rey de Oviedo con este desastre, atrevióse á pasar el Duero y tomó á Salamanca y Coria. Verdad es que no pudo conservarlas, porque los walíes de la frontera se entraron á su vez por el territorio cristiano; pero en cambio, habiéndose internado mas de lo que la prudencia aconsejára, se vieron de improviso acometidos y envueltos en terreno donde no podia maniobrar la caballería, y una terrible matanza fué el castigo de su temeridad. Los árabes no disimularon su consternacion (868), y Alfonso se retiró tranquilo y triunfante á su capital.

Fueron los árabes, capitaneados por el príncipe Almondhir, á probar mejor fortuna por la parte de Afranc y montes Albaskenses. Tampoco fueron felices en esta expedicion. Almondhir intentó, pero no pudo tomar á Pamplona, defendida por García, hijo del otro García el yerno de Muza. Levantó, pues, el sitio, y dirigió sus huestes sobre Zaragoza, resuelto á castigar al viejo Muza que aun se mantenia allí. Prolongóse el sitio por todo el año, hasta que habiendo ocurrido la muerte de Muza, no sin sospechas de haber sido ahogado en su misma cama, se rindió la ciudad (870). Pero el espíritu de rebelion estaba como encarnado ya en el corazon de los musulmanes españoles, y á pesar de la muerte trágica de Muza, y de la rendicion de Zaragoza, otra sublevacion estalló en la siempre inquieta Toledo. Dirigíala Abdallah, nieto del mismo Muza, é hijo de aquel Lupo que habia vivido en Asturias en compañía del rey Ordoño. Era hombre de ánimo y de experiencia, y los cristianos fomentaban aquella rebelion. Acudió Mohammed en persona como en tiempo de Lupo, y limitóse como entonces á sitiar la ciudad. Cuando Abdallah conoció que no podia resistir á las numerosas tropas del emir, salió con pretesto de reconocer el campo enemigo, y despachó luego comisionados aconsejando á los toledanos que se sometiesen á Mohammed. Poco faltó para que la pleble indignada despedazase á los enviados de Abdallah; con dificultad pudieron contenerla los hombres mas pru-

el P. Mariana, y ademas supone un señor de Vizcaya nombrado Zenon, descendiente de Eudon, duque de Aquitania, de que no nos habla escritor alguno de aquellos tiempos.

dentes y de mas influjo; al fin, aunque de mala gana, vinieron á la capitulacion y se estipuló la entrega de la ciudad á condicion de que se echaria un velo sobre lo pasado. Muchos generales aconsejaban al emir que hiciese demoler las murallas y torres de un pueblo en que se abrigaba gente tan indómita y díscola, y que seria un perpétuo foco de revolucion; pero los hijos de Mohammed fueron de contrario parecer y prevaleció su dictámen (1).

Realizóse en este tiempo un suceso que habia de ejercer grande influjo en la posicion respectiva de los cristianos entre sí y en sus relaciones con los musulmanes. Los vascones navarros que desde la derrota del ejército de Luis el Benigno en 824 en Roncesvalles habian sacudido la tutela forzosa en que querian tenerlos los monarcas francos, se habian sostenido en una situacion no bien definible, ni enteramente sujetos á los reyes de Asturias, ni del todo independientes, aliándose á las veces con los sarracenos para libertarse del dominio, ya de los cristianos de Aquitania, ya de los de Asturias, y gobernábanse por caudillos propios, condes ó príncipes, que ejercian entre ellos una especie de autoridad real. Los monarcas asturianos solian domeñarlos de tiempo en tiempo, pero manteníase siempre viva una rivalidad funesta para los dos pueblos, y funesta tambien para la causa del cristianismo. Ejercia esta especie de soberanía en aquel tiempo aquel García gobernador de Pamplona y de Navarra, hijo del otro García Iñigo, acaso el conocido con el sobrenombre de *Arista*. Viendo Alfonso III. la dificultad de someter á García, y deseoso de robustecer el poderío de los cristianos, hizo con él una alianza política, que quiso afianzar con los lazos de familia, y pidió y obtuvo como prenda de seguridad la mano de su hija Jimena. De este modo esperaba reunir todas las fuerzas cristianas de España contra el comun enemigo. De cuyo principio nace que los caudillos, condes ó soberanos del Pirineo, comenzáran á obrar como reyes, considerando como separados de la corona de Asturias los territórias de Pamplona y Navarra, que hasta entonces se habian mirado como anexos, agregados ó dependientes (2).

Hácia esta época se refiere la conjuracion que al decir del cronista Sampiro tramaron contra el trono y la vida de Alfonso sus cuatro hermanos ó parientes, Fruela, Nuño, Veremundo y Odoario; conjuracion que castigó el monarca haciendo sacar á todos cuatro los ojos, horrible pena que las bárbaras leyes de aquel tiempo autorizaban; añadiendo el obispo cronista la circunstancia dificilmente creible, de que Veremundo ó Bermudo, ciego como estaba, lo-

(1) Conde, cap. 54.

(2) Sampiro, Chron. c. I.—Rózase esto con el oscuro y cuestionado origen del reino de Navarra, de que volveremos á hablar luego.

gró fugarse de la prision de Oviedo, y refugiándose en Astorga se mantuvo independiente en esta ciudad por espacio de siete años, aliado con los sarracenos (1).

Si fueron estas disensiones domésticas las que animaron al príncipe Almondhir á penetrar en los estados de Alfonso, engañáronle sus esperanzas, pues pronto las márgenes del pequeño rio Cea que riega los campos de Sahagun quedaron enrojecidas con la sangre de los mas bravos caballeros muslimes de Córdoba y de Sevilla, de Mérida y de Toledo (873). Limitáronse con esto los árabes por algunos años á guardar sus fronteras, si bien no pasaba dia, dicen sus crónicas, en que no hubiese vivas escaramuzas entre los guerreros de uno y otro pueblo. Y hubiérales sido muy ventajoso mantenerse en aquel estado de defensiva, puesto que habiendo tenido Almondhir la temeridad de penetrar mas adelante en Galicia, pais (dice su historiador biógrafo) el mas salvage y el mas aguerrido de los pueblos cristianos, no solo le rechazó Alfonso hasta sus dominios, sino que invadiéndolos á su vez, tomó el castillo de Deza y la ciudad de Atienza, arrojó á los musulmanes de Coimbra, de Porto, de Auca, de Viséo y de Lamego, empujándolos hasta los límites meridionales de la Lusitania, y poblando de cristianos aquellas ciudades (876). En una de estas espediciones fué hecho prisionero el ilustre Abuhalid, primer ministro de Mohammed, que rescató su libertad á precio de mil sueldos de oro, teniendo que dejar en rehenes hasta su pago á un hijo, dos hermanos y un sobrino (2). Tampoco fué mas dichoso Almondhir en el ataque de Zamora. Alfonso habia fortificado y agrandado esta pequeña ciudad del Duero. La importancia que con esto habia tomado movió al príncipe musulman á ponerle sitio en 879. Apurada tenia ya la ciudad cuando supo que el rey de Asturias venia en su socorro con numeroso ejército. Y como durante el sitio se hubiera eclipsado una noche totalmente la luna, tomáronlo los supersticiosos musulmanes por mal agüero, y cuando salieron al encuentro de Alfonso, y Almondhir los ordenó en batalla para la pelea, negábanse todos á combatir, y costó gran trabajo y esfuerzo al príncipe ommiada y á sus caudillos hacer entrar en órden á los atemorizados muslimes.

Vinieron por último á las manos los dos ejércitos en los campos de Polvararia, orillas del Orbigo, no lejos de Zamora. Tambien aquellos campos como los de Sahagun quedaron tintos de sangre agarena: quince mil mahometanos degollaron allí los soldados de Alfonso, y á excitacion y por con-

(1) Id. l. c. cap. 55.
(2) Cron. Albeld. n. 61 y 62.—Conde,

sejo de Abuhalid, el que habia estado antes prisionero, se ajustó una tregua de tres años entre cristianos y musulmanes. Entonces fué cuando Alfonso sometió tambien á Astorga, y obligó á su hermano Bermudo el ciego á huir de la ciudad y buscar un asilo entre los árabes sus aliados (1).

Al terminar aquel armisticio (831) ocurrió en el Mediodía y Occidente de España un suceso, que aunque ageno á las guerras, influyó de tal modo en los supersticiosos espíritus de los musulmanes que los sumió en el mayor abatimiento. Un escritor arábigo lo refiere en términos tan sencillamente enérgicos, que no haremos sino copiar sus mismas palabras. «En el año 267 «(dice), dia jueves, 22 de la luna de Xaval (25 de mayo de 881), tembló la tier«ra con tan espantoso ruido y estremecimiento, que cayeron muchos alcá«zares y magníficos edificios, y otros quedaron muy quebrantados; se hun«dieron montes, se abrieron peñascos, y la tierra se hundió y tragó pueblos «y alturas; el mar se retiró de las costas, y desaparecieron islas y escollos. «Las gentes abandonaban los pueblos y huian á los campos, las aves salian «de sus nidos, y las fieras espantadas dejaban sus grutas y madrigueras con «general turbacion y trastorno: nunca los hombres vieron ni oyeron cosa se«mejante: se arruinaron muchos pueblos de la costa meridional y occiden«tal de España. Todas estas cosas influyeron tanto en los ánimos de los «hombres, y en especial en la ignorante multitud, que no pudo Almondhir «persuadirles que eran cosas naturales, aunque poco frecuentes, que no te«nian influjo ni relacion con las obras de los hombres ni con sus empresas, «sino por su ignorancia y vanos temores, que lo mismo temblaba la tierra «para los muslimes que para los cristianos, para las fieras que para las ino«centes criaturas.»

No se habian recobrado los árabes del espanto que les causára tan terrible terremoto, cuando una tormenta de otro género se desgajó sobre ellos de los riscos de Afranc, y montes de Albortat, de las breñas de Aragon y de Navarra. Aquel Hafsûn, el antiguo capitan de bandoleros, el gran revolucionario de Roda y Ainsa, el que engañó á Mohammed y degolló traidoramente á su nieto Zeid ben Cassim y á sus tropas en los campos de Alcañiz, y á quien vimos despues desaparecer solo en las fragosidades de las montañas de Arbe, reaparece al frente de innumerables huestes, y descolgándose de los bosques que le sirvieron de guarida, recorre todo el pais hasta el Ebro: los walíes de Huesca y Zaragoza intentan detener en Tudela el curso de este torrente, y son arrollados por la impetuosa muchedumbre. El rey de Navarra, García Iñiguez, con sus cristianos, marcha ahora incorporado con el in-

(1) Conde, cap 55.—Albeldens, n. 62 y 63.—Sampir. Cron. n. 3.

trépido Hafsûn. Mohammed lo sabe y se pone en movimiento con su caballería: reúnensele todos los mejores caudillos árabes, cada cual con las tropas de su mando; sus dos hijos Almondhir y Abu-Zeid, padre este último del desgraciado Zeid ben Cassim, Ebn Abdelruf y Enb Rustan, son los que guian el grande ejército que marcha contra los confederados. Temiendo estos venir á batalla con tan formidable hueste, se retiran precipitadamente á sus montañas; pero en esta ocasion, dice arrogantemente un escritor árabe, «las montañas eran para los muslimes iguales á las llanuras.» Un dia, á primera hora de la mañana, encuentran á los enemigos tan cerca, que les fué imposible á éstos dejar de aceptar el combate. Era en un lugar llamado Larumbe en el valle de Aybar (Eibar llaman otros), de donde tomó el nombre la batalla. Peleóse bravamente de una parte y otra; mas declaróse el triunfo por los árabes, y los campos quedaron regados con sangre cristiana. El rey García Iñiguez murió en la pelea, y Hafsûn quedó mortalmente herido. de cuyas resultas murió, como veremos después. Gran triunfo fué el de Aybar para los musulmanes. Almondhir permaneció en la frontera hasta el fin del año 882, y Mohammed regresó á Córdoba, donde fué recibido como acostumbraban serlo los triunfadores.

Entretanto, cumplido el plazo de la tregua, distraido Mohammed por la parte de Navarra, y no pudiendo las armas de Alfonso permanecer ociosas, éntrase el rey de Asturias por tierras enemigas, pasa el Guadiana á diez millas de Mérida, avanza hasta las ramificaciones de Sierra-Morena, encuentra allí un cuerpo sarraceno, le derrota, mata algunos millares de enemigos, y regresa victorioso á sus montañas. Por primera vez desde el tiempo de la con quista hollaron plantas cristianas aquellas cordilleras: ningun príncipe se habia atrevido á llevar tan adentro sus estandartes.

La derrota de Aybar, aunque terrible, no escarmentó todavía á los parciales de Hafsûn. Y aunque el famoso caudillo sucumbió á los pocos meses de resultas de sus graves heridas, quedábale un hijo, heredero de los odios de su padre y de su tribu. Quedaban tambien los hijos de Muza el renegado, Ismail y Fortun, que aun retenian á Zaragoza y Tudela; todos enemigos de Mohammed. Por otra parte aquel Abdallah, hijo de Lupo, antiguo gobernador de Toledo, celoso de las relaciones que habia entre el rey de Asturias y los hermanos Ismail y Fortun, se desprendió de la alianza de aquel, y buscó las del emir de Córdoba, que con este arrimo se creyó bastante fuerte para acometer las posesiones de Alfonso en Alava y Rioja. Pero inútilmente atacó el castillo de Celorico, que defendió briosamente el conde de Alava, Vela Jimenez. Tampoco pudo rendir á Pancorbo, que defendia el conde de Castilla Diego Rodriguez, por sobrenombre Porcellos, y solo pudo tomar á Cas-

trojeriz, que el conde Nuño habia abandonado por no hallarse en estado de defensa.

Corrióse luego Almondhir hácia la co marca de Leon, y entró en Sublancia, abandonada por sus moradores. Pero la espada de Alfonso el Magno le amenazaba ya de cerca, y no creyéndose seguro el príncipe ommiada ni aun al abrigo de aquellos muros, retiróse á los estado s de su padre, batiendo de paso á Cea y Coyanza, destruyendo el mo nasterio de Sahagun, y dejando en la frontera á Abul-Walid, que negoció con Alfonso dos cosas, primeramente el rescate de su familia, que aun estaba en poder del monarca cristiano y que éste generosamente le restituyó, después una paz entre el emir y el rey de Asturias. Para acordar las bases de esta paz fué enviado por el monarca cristiano á Córdoba un sacerdote de Toledo llamado Dulcidio. Estipulóse muy solemnemente y despues de muy madura deliberacion en 883 el tratado entre los dos príncipes, entrando en las condiciones una cláusula que revela bien el espíritu de aquella época, á saber, que los cuerpos de los santos mártires de Córdoba Eulogio y Leocricia habian de ser trasladados á Oviedo, lo cual se verificó con gran pompa y solemnidad. La paz pareció haberse hecho con sinceridad por parte de ambos soberanos, puesto que no se quebrantó ni en el reinado de Mohammed ni en los de sus dos hijos y sucesores. El uno de ellos, el ya célebre guerrero Almondhir, fué declarado aquel mismo año *alhadi* ó futuro sucesor de su padre y reconocido por todos los grandes dignatarios del imperio, segun costumbre (1).

Desde este tiempo quedaron incorporadas al reino de Asturias, Zamora, Toro, Simancas y otras poblaciones del Pisuerga y del Duero que se iban ya haciendo importantes. Se aseguró al rey de Oviedo la posesion del condado de Alava, cuyas fronteras solian invadir los árabes frecuentemente, y para mas asegurarlas encomendó Alfonso al conde Diego Rodriguez la fundacion del castillo y ciudad que con el nombre de Burgos habia de adquirir mas adelante tanta celebridad histórica (2). Nada descuidaba el grande Alfonso, y preparándose en la paz para la guerra como previsor y prudente monarca, hizo construir en Asturias una línea de castillos ó palacios fortificados, ya en el litoral, como el de Gauzon, que aun conserva hoy su nombre, fabricado sobre altas peñas á la orilla del mar cerca de Gijon, ya en el interior, como los de Gordon, Alba, Luna, Arbolio, Boides, y Contrueces, que todos llegaron á tener importancia histórica (884).

Mas al tiempo que en tan útiles obras se ocupaba, fraguábanse contra

(1) Albeld, n. 76. —Risco, Esp. Sagr. tom. 37.—Conde, cap. 57.

(2) Chron. Burg.—Florez, Esp. Sagr. tom. 23.—Annal Complut.

él en su mismo reino conspiraciones inmerecidas é injustificables. La de Hano, magnate de Galicia, que intentaba asesinarle, fué oportunamente descubierta, condenado el autor á la horrible pena de ceguera, y confiscados sus bienes y adjudicados á la iglesia de Santiago. Al año siguiente (885) levantóse otro rebelde nombrado Hermenegildo: su muerte no impidió á su esposa Hiberia, muger resuelta y varonil, continuar al frente de los sublevados, que recibieron el condigno castigo, y sus haciendas fueron igualmente á acrecer las rentas de la basílica compostelana. Y no tuvieron por fortuna otro éxito algunas conjuras que adelante se formaron, si se exceptúa la de sus propios hijos que á su tiempo habremos de referir. Necesitamos ahora volver al imperio árabe.

Abdallah ben Lopia habia vencido á sus dos tios Ismael y Fortun, retenia prisionero á uno de ellos, y habia llegado á formarse un estado en el Ebro superior. Mas como en su desvanecimiento hubiese negado la obediencia al emir, hallóse con dos poderosos monarcas por enemigos, el de Córdoba y el de Asturias, que no le dejaban reposar. Vióse, pues forzado, á solicitar con humillacion las mismas amistades de que antes orgullosa y deslealmente se apartára. Pediasela con importunidad á Alfonso de Asturias, negábasela éste con justo teson, y cuando el monge de Albelda acabó su crónica en 883 la terminó con estas palabras: «El susodicho Abdallah no cesa de enviar legados pidiendo á nuestro rey paz y gracia al mismo tiempo; pero todavía Dios sabe lo que será.» Infiérese no obstante que al fin la otorgaría el rey, puesto que no vuelve á hablarse de guerra entre los dos.

En este mismo año ofrecióse otra prueba de lo inextinguibles que eran los odios y las venganzas entre los musulmanes. Un hijo del rebelde Hafsùn, llamado Caleb, sediento de vengar la muerte de su padre, descendió de las montañas de Jaca al frente de numerosos parciales, y por espacio de tres años hizo por toda la izquierda del Ebro una guerra viva á las tropas del emir, derrotándolas en mas de una ocasion, y llegando á hacerse dueño de todo el pais oriental comprendido entre Zaragoza y la Marca franco-hispana, donde le daban el título de rey. Así las cosas, ocurrió en Córdoba la muerte del emir Mohammed, que las crónicas musulmanas refieren de un modo esencialmente oriental. «Los mas grandes acaecimientos (dicen) como los «mas leves, el hundimiento de una montaña como el movimiento y vida de «una hoja de sauce, todo procede de la divina voluntad, y está escrito en la «tabla de los eternos hados cómo y cuando el soberano Señor lo quiere: así «fué que el rey Mohammed, hallándose sin dolencia alguna y recreándose en «los huertos de su alcázar con sus vazzires y familiares, le dijo Haxen ben «Abdelaziz, wali de Jaen; ¡cuán feliz condicion la de los reyes! ¡para ellos so-

dos es deliciosa la vida! para los demas hombres carece el mundo de atractivos! ¡qué jardines tan amenos! ¡qué magníficos alcázares! ¡y en ellos cuantas delicias y recreos! Pero la muerte tira la cuerda limitada por la mano del hado, y todo lo trastorna, y el poderoso príncipe acaba como el rústico labriego.» Mahommed le respondió: «La senda de la vida de los reyes está en apariencia llena de aromáticas flores, pero en realidad son rosas con agudas espinas; la muerte de las criaturas es obra de Dios, y principio de bienes inefables para los buenos: sin ella yo no seria ahora rey de España.» «Retiróse el rey á su estancia, y se reclinó á descansar, y le alcanzó el eterno sueño de la muerte, que roba las delicias del mundo y ataja y corta los cuidados y vanas esperanzas humanas. Esto fué al anochecer del domingo 29 de la luna de Safar, año 273 (886 de J. C.), á los sesenta y cinco años de su edad, y treinta y cuatro y once meses de su reinado: tuvo en diferentes mugeres cien hijos, y le sobrevivieron treinta y tres: fué de buenas costumbres, amigo de los sábios, honraba á los alimes, hafitzes ó tradicionistas, etc. (1)»

Sucedióle su hijo segundo, el infatigable guerrero Almondhir, reconocido tres años hacía sucesor del imperio. Mientras el nuevo emir acudió de Almería, donde su hallaba cuando murió su padre á tomar posesion del trono, el rebelde Caleb ben Hafsûn se apoderaba de Zaragoza y Huesca, y juntando hasta diez mil caballos y contando con la proteccion de los cristianos de Toledo, marchó sobre esta ciudad, entró en ella, hízose proclamar rey, y tomó y guarneció los castillos de la ribera del Tajo. Así el hijo del antiguo artesano de Ronda, y del capitan de bandidos de Extremadura se veía dueño y señor, con título de rey, de la mayor parte de la España oriental y central, desafiando el poder de la córte de Córdoba. A esta novedad congregó Almondhir todas las banderas de Andalucía y de Mérida, y envió delante á su primer ministro Haxem con un cuerpo de caballería escogida. Propúsole el astuto Ben Hafsûn entregarle la ciudad y retirarse al Oriente de España, con tal que le facilitase las acémilas y carros necesarios para trasportar sus enfermos, aprestos y provisiones, pues de otro modo no podria hacerlo sin causar extorsiones á los pueblos, añadiendo que habia venido engañado por los cristianos de Toledo y por los malos muslimes.

Parecióle bien á Haxem, y con deseo de evitar una guerra sangrienta y de éxito dudoso, lo avisó al emir inclinándole á aceptar la proposicion. «Miraos mucho, le contestó Almondhir, en fiaros de las ofertas *del astuto zorro de Ben Hafsûn.*» Hablaba Almondhir como hombre escarmentado, pues no podia

(1) Conde, cap. 57.

olvidar la tragedia de los campos de Alcañiz, en que la flor de los muslimes valencianos habia sido víctima de la falsía de Hafsûn. No bastó esta prevencion á desengañar á Haxem: la proposicion fué aceptada, y las acémilas enviadas á Toledo con una parte de sus soldados. Dióse principio á cargar en ellas los enfermos y provisiones, y salió Ben Hafsûn con algunas de sus tropas de Toledo. El ministro del emir dióse por posesionado de la ciudad, licenció sus banderas, dejó una corta guarnicion en Toledo, y se volvió á Córdoba. Pero Ben Hafsûn, digno hijo de su padre, y heredero de su doblez y de su perfidia como de su odio á los Ommiadas de Córdoba, cargó entonces de improviso sobre los conductores de las acémilas, los degolló á todos sin dejar uno solo con vida, y volviendo á Toledo, donde habia dejado oculta una parte de sus tropas, de acuerdo con los parciales de aquella ciudad, ejecutó lo mismo con los soldados de Haxem, aseguró los fuertes del Tajo, y quedó campeando en todo el pais.

Cuando la nueva de esta catástrofe llegó á Córdoba, bramó de cólera Almondhir, y haciendo prender á Haxem, y llevado que fué á su presencia, «tú fuiste, le dijo, quien me aconsejó, tú el que ayudaste á la perfidia del rebelde, tú morirás hoy mismo, para que aprendan otros en ti á ser mas cautos y avisados.» Y sin tener en cuenta sus buenos y largos servicios, le mandó decapitar en el acto en el patio mismo del alcázar; y no satisfecho todavía, hizo encerrar en una torre y confiscar sus bienes á sus dos hijos Omar y Ahmed, walíes de Jaen y de Ubeda. Profundo sentimiento causó aquella muerte á todos los caballeros y gefes muslimes, porque era Haxem por sus altas prendas querido de todos (1).

Hecho esto, reunió de nuevo sus banderas, y partió él mismo á Toledo con su guardia, llevando consigo á su hermano Abdallah, el mas esforzado, dicen, y el mas sábio de todos los hijos de Mohammed. A él encomendó el sitio de Toledo, y él se dedicó á la persecucion de los rebeldes y sus auxiliares con un cuerpo volante de caballería escogida. Mas de un año pasó sosteniendo diarias escaramuzas y reencuentros con partidas rebeldes, en que logró algunas parciales ventajas. Un dia recorriendo el país con algunas compañías de sus mas bravos caballeros, descubrieron en las cercanías de Huete numerosas tropas enemigas. Almondhir, dejándose llevar de su natural ardor, y sin reparar ni en el número ni en la ventajosa posicion de los contrarios, los acometió con su acostumbrado arrojo, y aun los hizo al pronto cejar. Mas luego repuestos circundaron por todas partes á los caballeros andaluces, que envueltos en una nube de lanzas perecieron todos, incluso el mismo Al-

(1) Conde, cap. 56.

mondhir, que cayó acribillado de heridas. Asi acabó el valeroso Almondhir Abu Alhakem en el segundo año de su reinado. Fué su muerte en fin de la luna de Safar, año 275 (888), y reinó dos años menos unos dias. Era Almondhir valeroso guerrero, sereno en las batallas, en extremo frugal: en sus vestidos, armas y mantenimiento no se diferenciaba de otros caudillos inferiores, y su tienda solo se distinguia por la bandera de las de otros walies.

Abdallah su hermano partió inmediatamente para Córdoba. Encontró ya el mejuar reunido para deliberar sobre la eleccion de emir. Entró Abdallah en el consejo y á su presencia levantáronse todos, y unánimemente le proclamaron emir de España sin restricciones ni reservas: nuevo testimonio de la libertad electiva que conservaban los árabes, puesto que Almondhir habia dejado hijos, aunque jóvenes. Inauguró Abdallah su gobierno mandando restituir la libertad y la hacienda á Omar y Ahmed, y llevando mas adelaute su generosidad, repuso á Omar en el cargo de walí de Jaen, y nombró á Ahmed capitan de su guardia. Tan noble comportamiento le grangeó el afecto y los aplausos del pueblo, pero disgustó á los príncipes de su familia, y muy particularmente á su hijo Mohammed, walí de Sevilla, resentido de Omar y Ahmed por cosas de amoríos y galanteos juveniles. Preparábase Abdallah á partir á Toledo para proseguir la guerra contra el pertinaz Ben Hafsûn, cuando recibió aviso de haberse levantado ya en Sevilla su hijo Mohammed, en union con sus dos tios, hermanos del emir, Alkacim y Alasbag, apoyados por los alcaides de Lucena, de Estepa, de Archidona, de Ronda y de todos los de la provincia de Granada. El nuevo emir, sin mostrarse por eso turbado, encargó á su hijo Abderrahman que negociase por prudentes medios la sumision de su hermano y de sus tios, y él se encaminó á Toledo considerando siempre como el enemigo mas temible al hijo de Hafsûn.

Comienza aqui una madeja de guerras y sediciones en todos los ángulos del imperio hispano-muslímico, una complicacion tal de escisiones y luchas entre las diferentes razas y tribus y entre los príncipes de una misma familia, que el Mediodía y centro de España semejan un horno en que hierven las rivalidades, los odios, los celos, los elementos todos que anuncian el fraccionamiento á que está llamado el imperio árabe antes de su destruccion.

No habia llegado Abdallah á dar vista á Toledo, cuando le fueron noticiadas dos nuevas insurrecciones, en Lisboa la una, en Mérida la otra. Para sofocar la primera envió con una flota equipada en Andalucía al wazzir Abu Otman. A reprimir la segunda marchó él en persona con cuarenta mil hombres. El rebelde cadí de Mérida Suleiman ben Anis se echó á los pies del emir, y puso su cabeza sobre la tierra, dice la crónica. Abdallah le otorgó perdon en gracia de su talento y juventud, y en consideracion á los servicios de su

padre. Seguidamente volvió á Toledo, donde se empeñó en una série de parciales combates con el sagaz Ben Hafsûn. Entretanto las gestiones amistosas de Abderrahman con su hermano y tios, habian sido de todo punto infructuosas. Mohammed ni siquiera se dignaba contestar á las atentas cartas de su hermano. Antes bien habia atizado el fuego por los distritos de Granada y Jaen, y los walíes puestos por el emir, reducidos á sus fortalezas, se veian aislados en medio de la general conflagracion. Ben Hafsûn no se descuidaba en añadir leña al fuego, y enviaba al valiente Obeidalah ben Omiad á impulsar y organizar las masas rebeldes que infestaban aquella tierra. Hasta las tribus semi-nómadas de los oscuros valles de la Alpujarra abandonaban sus rústicas guaridas para engrosar las filas de unos ú otros combatientes. No quedó quien labrára los campos, ni se pensaba sino en pelear. No habia rincon de Andalucía en que no ardiera la guerra civil.

Necesitábase todo el corazon de Abdallah, necesitábase un ánimo tan levantado y firme como el suyo para no abatirse ante tal estado de cosas. Hasta en la capital misma fermentaba el espíritu de sedicion, temíase un golpe de mano de Mohammed, y por consejo de Abderrahman tuvo que acudir su padre con preferencia á preservar la capital, sin que otra noticia satisfactoria en medio de tantos disgustos recibiera que la de haber vencido Abu Otman al rebelde walí de Lisboa y á sus secuaces, de cuyo triunfo recibió el parte oficial que acostumbraban á enviar los árabes, á saber, las cabezas cortadas de los sublevados. En cambio el agente de Ben Hafsûn, Obeidallah, se habia unido con Suar, que mandaba siete mil rebeldes, y con Aben Suquela, que tenia á sueldo seis mil hombres, árabes y cristianos. El caudillo imperial Abdel Gafir habia sido derrotado, cautivados él y sus mejores oficiales, y encerrados en las fortalezas de Granada. Con esto se extendieron los rebeldes por todo el pais, ocupando á Jaen, Huescar, Baza, Guadix, Archidona, y toda la tierra de Elvira hasta Calatrava, apoyados en una imponente línea de fortificaciones (889).

Desesperado salió ya Abdallah de Córdoba con la caballería de su guardia, jurando, dice el historiador de los Ommiadas, no volver hasta exterminar aquellas taifas de bandidos. Con esta resolucion se entró por tierra de Jaen y avanzó hasta la Vega de Granada (890). Saliéronle al encuentro Suar y Aben Suquela apoyados en Sierra Elvira: brava y recia fué la pelea; doce mil rebeldes perecieron, entre ellos el caudillo Aben Suquela: Suar cayó herido del caballo, cogiéronle unos soldados del emir y presentáronle á Abdallah, que en el momento le hizo decapitar (1). No se desanimaron los rebeldes con

(1) El poeta Suleiman que seguia á los rebeldes y habia celebrado los anteriores

tan rudo golpe; pero tuvieron el mal tacto de elegir por caudillo á Zaide, hermano del poeta guerrero Suleiman, guerrero y poeta él tambien, que mas arrojado que prudente cometió la temeridad de salir de Granada, cruzar a Vega y provocar á las tropas del emir en los campos de Loja, precisamente donde podia maniobrar la caballería real: de modo que fueron pronto lastimosamente alanceados sus peones y regados con su sangre aquellos hermosos campos. El mismo Zaide, despues de haber hundido su lanza en muchos pechos enemigos, tuvo al fin que rendirse. Abdallah, faltando á su natural generosidad, ordenó con la crueldad de la desesperacion que un verdugo le abrasase los ojos con un hierro candente, y despues de tres dias de agudisimos dolores y tormentos mandó que le cortáran la cabeza. Por resultado de esta campaña las tropas del emir ocuparon á Jaen, y recobraron á Granada, Elvira y muchos de los torreones alzados en las llanuras del Darro y del Genil (1).

Los restos de las destrozadas huestes se retiraron á la Alpujarra, donde aclamaron por gefe á un ilustre persa, señor de Medina Alhama de Almería (2), llamado Mohammed ben Abdeha ben Abdelathif, conocido en las historias granadinas por Azomor; el cual, mas cauto que sus antecesores, se limitó á guarnecer castillos, y á hacer desde las inaccesibles sierras de Granada, Antequera y Ronda la guerra de montaña tan propia para cansar y fatigar al enemigo. Asi fué que Abdallah hubo de retirarse á Córdoba para no gastar en una guerra sin brillo las fuerzas que necesitaba para empresas mas urgentes.

Si próspera y feliz habia sido la campaña de Elvira y de Jaen, no lo fue menos la de su hijo Abderrahman en Sevilla. En pocos dias quitó á su hermano esta ciudad y la de Carmona, y continuando su persecucion, y habiéndose empeñado á poca distancia de la primera una batalla en que pelearon de una y otra parte todos los mas nobles y principales caballeros de Andalucía, cayeron en poder de Abderrahman prisioneros y heridos su hermano Mohammed y su tío Alkasim. A ambos los hizo curar con esmero: á ambos los encerró en una torre de Sevilla, donde Alkasim vivió como olvidado, y

triunfos de Suar, dedicó á su muerte estos sentidos versos.

De Suar se quebró la espada—en esa de Sierra Elvira,
La espada que á las hermosas—de tristes lutos vestia,
La que de mortales ansias—daba copas repetidas,
Y de una misma brindaba—á gente noble y baldía........

Conde, cap 62.

(1) Ben Alabar, Ben Hayan, in Casiri, tom. II.—Conde, c. 61 y sig.

(2) *Alhama*, baños: *Medina Alhama*, ciudad de los baños.

donde Mohammed murió en 895, no sin sospechas de que su muerte hubiese sido mas violenta que natural. Lo cierto es que la voz popular designó á este infortunado príncipe con el dictado de *El Mactul*, que quiere decir el *asesinado*; y un niño que dejó de cuatro años llamado Abderrahman fué conocido siempre con el nombre de «el hijo de Mactul,» ó el *hijo del asesinado*. Este tierno huérfano habia de ser después el mas ilustre de la esclarecida estirpe de los Ommiadas.

Con esta felicidad se iba desembarazando Abdallah de aquel enjambre de rebeliones, no restándole al parecer mas enemigos musulmanes que Ben Hafsûn y Azomor. Pero mil enconados odios quedaron por consecuencia de tan complicadas guerras y encontrados intereses. Retábanse entre sí los walíes y caudillos rivales, y se asesinaban en las calles mismas: así por personales resentimientos veia el emir perecer no pocos de sus mas bravos y útiles servidores. Otra calamidad vino por aquel tiempo á aumentar la turbacion en que se hallaba el imperio muslímico. Padecióse en el año 285 de la hegira (897 de J. C.) tal esterilidad y carestía, y siguióse un hambre tan terrible, que al decir de las historias musulmanas, «los pobres se comian unos á otros; y la mortandad de la peste fué tál que se enterraban muchos en una misma sepultura, sin lavar los cadáveres y sin las oraciones prescritas por la religion, y no habia ya quien abriera sepulcros (1).»

Por fortuna de Abdallah, mientras devoraba sus dominios la llama de tantas guerras civiles, el rey Alfonso de Asturias, observaba religiosamente la tregua y armisticio concertado en 883 con su padre Mohammed, y le dejó desembarazado para desenvolverse de tan complicadas sediciones y de tantos enemigos domésticos. Lejos de turbarse después esta buena inteligencia entre el príncipe musulman y el cristiano, un suceso vino luego á estrecharla mas, y dió ocasion al Ommiada para mostrar que sabia corresponder á la religiosidad con que Alfonso habia cumplido lo pactado, en unas circunstancias en que hubiera podido convertir las discordias intestinas del imperio sarraceno en provecho propio, y quizá derribar el combatido trono de los Beni-Omeyas.

Habia en el partido de Caleb ben Hafsûn un general ilustre, de la misma familia, dicen de los Ommiadas, llamado Ahmed ben Moavia, por sobrenombre Abul-Kassim, que sin duda por algun resentimiento contra los suyos se

(1) Conde, cap. 63.—La frecuencia con que las historias arábigas nos hablan de años de esterilidad, de sequía, de hambres y pestes, de mortandades y estragos, nos permite sospechar que haya en ello algo de hipérbole, pues de otro modo apenas se concibe cómo entre tan continuadas guerras y tan repetidas plagas no se despobló muchas veces el imperio, y principalmente la Andalucía.

habia pasado al bando rebelde. Este Abul Kassim, á quien Ben Hafsûn tenía confiado el mando de las fronteras cristianas, fanático y orgulloso hasta el punto de apellidarse profeta, quiso señalarse por alguna empresa ruidosa, y reclutando cuanta gente pudo en toda la España oriental y en tierras de Algarbe y Toledo, con muchos berberíes de África que trajo á sueldo, llegó á reunir un ejército de sesenta mil hombres, el mayor que habia acaudillado nunca ningun gefe rebelde. Este hombre presuntuoso tuvo la arrogancia de escribir al rey de Asturias intimándole, que se hiciese musulman ó vasallo suyo, ó se preparase á sufrir una muerte ignominiosa. Con estos pensamientos se entró el arrogante musulman por tierras de Zamora, talando y pillando indistintamente poblaciones muslímicas y cristianas.

Los cristianos que, en paz entonces con el emir de Córdoba, tenian mal guardadas las fronteras, refugiáronse á Zamora, desde donde pidieron auxilio á sus correligionarios. No tardó Alfonso en aparecer en los campos de Zamora con un ejército no menos considerable que el de su atrevido competidor. Tan pronto como se encontraron empeñóse un combate general que se sostuvo con igual encarnizamiento por espacio de cuatro dias. Arrollaron al fin los cristianos á los infieles, y el orgulloso Ahmed encontró la muerte en lugar de la gloria que ambicionaba: huyeron con esto desordenadamente los suyos, haciendo en ellos los cristianos gran carnicería, en la que cayó tambien envuelto Abderrahman ben Moavia, wali de Tortosa y hermano de Ahmed. «Cortaron los cristianos, dice la crónica musulmana, muchas cabezas, y las clavaron en las almenas y puertas de Zamora:» costumbre que sin duda tomaron de ellos. Llamóse aquella célebre batalla *el dia de Zamora* (901 de J. C.) (1).

Motivo fué este triunfo de Alfonso para que se renovára y se estrechára mas la alianza entre el emir de Córdoba y el rey de Oviedo; que á ambos soberanos aprovechaba y convenia mantenerse amigos para mejor resistir al inquieto, activo y formidable Ben Hafsûn, á quien miraban uno y otro como el mas temible y peligroso vecino. Alentado Alfonso con la reciente victoria y con el nuevo pacto, marchó al año siguiente sobre Toledo, como quien se consideraba bastante fuerte para atacar al hijo de Hafsûn en el corazon mismo de sus dominios; mas habiéndole ofrecido los toledanos gran suma de dinero porque se alejára, y conociendo por otra parte las dificultades que le oponia la fuerte posicion de la ciudad, volvióse á Asturias, tomando de paso algunos castillos, y contento con el fruto de su expedicion y con la gloria de

(1) Sampir. Chron. n. 14.—Roder. Tolet. De reb. in Hisp. gest.—Conde, cap. 64.

haber sido el primer monarca cristiano que se habia atrevido á acercar sus banderas á los muros de la antigua córte de los godos (902).

Por el contrario, la conducta de Abdallah con el rey cristiano excitó de tal modo la murmuracion y el descontento de los austeros y fanáticos sectarios de Mahoma, que en algunas ciudades de Andalucía llegaron los imanes y katibes de las mezquitas á omitir su nombre en la chotba ú oracion pública, como si fuese un musulman excomulgado, y en Sevilla propasáronse á aclamar el nombre del Califa de Oriente. Su mismo hermano Alcasim, acaso libertado de la prision por los disidentes, predicaba abiertamente que no debia pagarse el azaque ó diezmo á un mal creyente que le empleaba en combatir á los mismos musulmanes. Procedió Abdallah en esta ocasion con enérgica entereza; hizo prender á Alcasim, que al poco tiempo murió envenenado en la prision, y desterró de Sevilla á algunos alimes turbulentos, con lo que logró restablecer por entonces la tranquilidad (903).

No estaba en tanto Caleb ben Hafsûn ni dormido ni ocioso. Desde Bailen, donde se hallaba de incógnito, espiaba las discordias y bandos que agitaban la córte misma del emir; contaba en ella con parciales poderosos, y tan audaz como mañero y astuto, halló medios de introducirse en Córdoba disfrazado. No pecaba Ben Hafsûn de humilde en sus pensamientos, y acaso lisonjeaba al hijo del antiguo bandido la idea de ser cabeza de una nueva dinastía que reemplazara en el trono imperial á los Beni-Omeyas. Una casualidad dió al traste con todos sus altivos proyectos. Entre las numerosas sátiras y escritos picantes que se habian publicado contra el emir habia llamado la atencion una en que se le daba el apodo de *El Himar*, el ignorante, el *asno*. Súpose que era de aquel cadí revolucionario de Mérida, Suleiman ben Albaga, que por haberse postrado á los pies de Abdallah habia obtenido su perdon. Llevado ahora á su presencia, «¡por Dios, amigo Suleiman, le dijo el emir, que «mis beneficios han caido en bien ingrato terreno! A fé que no merecia de «ti estos vituperios, ó sean alabanzas, que para mí lo mismo valian siendo «tuyas; y pues tan poco te aprovechó en otro tiempo mi benignidad y man«sedumbre, ahora deberia darte á gustar el rigor de mi justo enojo; pero no «quiero que vivas, y cuando te lo mande me has de repetir tus versos; y pa«ra que veas que los estimo en mucho, has de pagar por cada uno mil do«blas, y si mas hubieras cargado *al asno*, mayor y de mas precio seria la «paga (1).» Abochornado Suleiman, y «puesta la cara, dice la historia, á los pies del emir,» le pidió perdon, otorgósele Abdallah, y agradecido el delin-

(1) Conde, cap. 65. — Romey traduce: «prepárate á recibir de mi tesoro mil piezas de oro por cada verso,» tomando por paga del emir lo que segun el texto arábigo era multa al poeta.

cuente poeta le descubrió la conspiracion, y le reveló la estancia de Ben Hafsûn en Córdoba; mas éste, sabedor del arresto de Suleiman, huyó otra vez disfrazado de mendigo , y pidiendo de puerta en puerta, segun despues se supo, pudo llegar á su ciudad de Toledo (905).

Perseguido allí y acosado por el vazzir Abu Otman, vióse reducido á no poder salir en tres años de la ciudad. Quiso después encargarse de la guerra de Toledo el hijo del emir, el valiente Abderrahman, llamado ya Almudhaffar, que acababa de pacificar las provincias del Mediodía. Abu Otman fué nombrado capitan de los slavos, que formaban la guardia asalariada del emir, y con tal vigor y energía emprendió Almudhaffar la guerra contra Ben Hafsûn, que no era osado el orgulloso rebelde á desamparar los muros de Toledo (909). La paz se habia ido restableciendo, gracias á la vigorosa actividad del emir y su hijo, en el resto de la España musulmana, antes tan agitada y revuelta.

Proseguia la amistad y buena inteligencia entre el emir de Córdoba y el rey cristiano de Asturias. Dedicado se hallaba el grande Alfonso al fomento de la religion y al gobierno interior de su estado, y cuando parecía que deberia reposar tranquilo entre los suyos sobre los laureles de sus anteriores victorias, un acto de horrible deslealtad de parte de su propia familia vino á acibarar los últimos dias de su existencia y de su glorioso reinado. Tenia Alfonso de su esposa Jimena cinco hijos adultos, á saber, García, Ordoño, Fruela, Gonzalo y Ramiro; casado el mayor, García, con la hija de un conde de Castilla llamado Nuño Fernandez, residentes los dos entonces en Zamora. Ambicioso García, y alentado é instigado por su suegro Nuño, tramó una conspiracion encaminada á arrancar la corona de las sienes de su propio padre. Oportunamente pareció haberla conjurado Alfonso, haciendo prender á su hijo en Zamora y trasladarle cargado de cadenas al castillo de Gauzon en Asturias. Asi hubiera sido, á no haber entrado en esta conspiracion indefinible todos sus hijos, y lo que es mas incomprensible aún, su misma esposa, sin que la historia nos haya revelado las causas de este estraño concierto de toda una familia contra un padre, contra un esposo, contra un monarca, de quien no sabemos qué pudo haber hecho (1) para concitar contra sí ingratitud tan universal (908).

Es lo cierto que todos sus hijos, su esposa, su yerno, todos se alzaron en armas contra él, y libertando de su prision á García, y apoderándose de los castillos de Alba, de Luna, de Gordon, de Arbolio y de Contrueces, de toda

(1) Conténtase el arzobispo don Rodrigo marido, con decirnos que la reina amaba poco á su

aquella línea de fortificaciones que Alfonso habia levantado para proteger las Asturias contra los ataques de los sarracenos, vióse el reino cristiano arder por espacio de dos años en una funesta y lamentable guerra civil. Alfonso, siempre grande en medio de sus amarguras, conociendo las calamidades que de prolongar aquella lucha doméstica lloverian sobre todos sus súbditos, y deseando evitar el derramamiento de una sangre que no podia dejar de serle querida, convocó á toda su familia y á los grandes del reino en el palacio fortificado de Boides, y á presencia de todos y con su asentimiento renunció á una corona que con tanta gloria y por tan largos años habia llevado (909), y abdicó solemnemente en favor de sus hijos (1).

Repartiéronse, amistosamente al parecer, los tres hermanos mayores los dominios de su padre. Tomó García para sí las tierras de Leon, que desde entonces comenzó á ser la capital del reino de este nombre. Tocáronle á Ordoño la Galicia y la parte de Lusitania que poseian los cristianos. Obtuvo Fruela el señorío de Asturias. Gonzalo, que era eclesiástico, se quedó de arcediano de Oviedo; y Ramiro, á quien acaso por su corta edad no se adjudicaron estados, llegó á usar mas adelante, como dictado de honor, el título de rey (2). Reservó para sí Alfonso únicamente la ciudad de Zamora, á la cual miraba con predileccion por haberla él reedificado y por haber sido teatro de uno de sus mas gloriosos triunfos. Pero antes de fijarse en ella quiso visitar el sepulcro del apóstol Santiago, cuya iglesia habia reconstruido y dotado; y como de regreso de este piadoso viage hallase en Astorga á su hijo García, pidióle el destronado monarca, siempre magnánimo, le permitiese pelear, una vez siquiera antes de morir, con los enemigos de Cristo. Otorgóselo García, y emprendió Alfonso su última campaña contra los moros de Ben Hafsûn el de Toledo, que desde los fuertes del Tajo no cesaban de inquietar las fronteras cristianas. Con el ardor de un jóven se entró todavía Alfonso por las tierras de los musulmanes; y despues de haber talado sus campos, incendiado poblaciones y hecho no pocos cautivos, volvió triunfante á Zamora, donde enfermó al poco tiempo, y falleció el 19 de diciembre de 910, á los 44 años de su advenimiento al trono (3).

Habia ido entretanto creciendo en Córdoba el jóven Abderrahman, el hijo de Mohammed el Asesinado, nieto de Abdallah y sobrino de Almudhaffar,

(1) Sampir. Chron. n. 45.—Roder. Tolet. De Reb. Hisp. l. IV.—Risco, Esp. Sagr. tom. 37.

(2) Consta así de una donacion hecha por el mismo Ramiro á la catedral de Oviedo en 926.

(3) Seguimos en esto la crónica del obispo Sampiro. Sobre la variedad que se nota en los historiadores acerca del año de la muerte de Alfonso el Magno, que algunos han querido prolongar hasta el 913, puede verse á Risco, Esp. Sagr. tom. 37. pág. 223,

siendo por su gentileza, amabilidad y talento la delicia del pueblo, el querido de los walíes y vazzires, el protegido de Abu Otman, y el predilecto de su abuelo, si bien no se atrevia Abdallah á manifestar ostensiblemente todo el cariño que le tenia por no dar celos á su propio hijo Almudhaffar. Con razon se habia captado tan universal cariño el tierno príncipe, que á la edad de ocho años sabia de memoria el Coran y recitaba todas las sunnas ó historias tradicionales, que aun no tenia doce cumplidos y ya manejaba un corcél con gracia y soltura, tiraba el arco, blandia la lanza, y hablaba de estratagemas de guerra como un capitan consumado. Tan raras prendas y tan precoz talento anunciaban que habia de ser el mas ilustre entre los ilustres Ommiadas. Los trabajos, las inquietudes y disgustos, mas aun que la edad, tenian á su abuelo Abdallah desmejorado y enmagrecido. La muerte de su madre le afectó hondamente, y le sumió en una profunda melancolía; íbale consumiendo una fiebre lenta, y sintiendo cercano el fin de sus dias, congregó á los walíes y vazzires y les declaró su voluntad de que le sucediera en el imperio Abderrahman ben Mohammed su nieto. Reconociéronle todos con gusto, inclusо su tio Almudhaffar, que lejos de darse por resentido de su postergacion se constituyó en protector generoso y en servidor leal de su sobrino. Cumplióse el plazo de los dias de Abdallah, y falleció á principio de la luna de Rabie primera del año 300 de la hegira (noviembre de 912), dejando once hijos y catorce hijas. Príncipe de gran corazon fué Abdallah, bondadoso en lo general y benigno; si bien la exasperacion de tantas rebeliones le hizo cometer algunos actos de crueldad, que sin duda le causaron remordimientos. Tuvo habilidad para vencer enemigos, pero le faltó maña para hacerse amigos, y sus alianzas con el rey cristiano y sus preferencias á los sirios sobre los árabes fueron causa de malquistarle con éstos y de enagenarse á los fervientes y fanáticos muslimes.

¿Y qué habia sido de los cristianos de la Vasconia y de la Marca franco-hispana, de esos dos estados que se estaban formando á uno y otro estremo de la cadena del Pirineo?

Despues de la desgraciada batalla de Aybar en que pereció el conde de Pamplona, ó si se quiere rey de Navarra, García Garcés *(García Garseanus)*, con cuya hija habia casado Alfonso III. de Asturias, aparece gobernando á los navarros el hijo de García y descendiente de los condes de Bigorra Sancho Garcés, temible enemigo con quien tuvo que contar el rebelde y poderoso moro Ben Hafsûn en la parte del Ebro superior á que se extendian sus dominios. Mientras este formidable rival de los Ommiadas habia sostenido su sediciosa bandera en el Mediodía y Centro de España, peleando alternativamente con el emir de Córdoba y con el monarca de Asturias, Sancho Garcés

de Navarra nabia hecho una guerra viva á los musulmanes del Nordeste, ganándoles muchas poblaciones, tomando muchas fortalezas, y extendiendo sus conquistas desde Nájera hasta Tudela y Ainsa, y hasta las tierras á que comenzaba á darse el nombre de Aragon. Dueño de estos territorios, sobre los cuales ejercia un mando independiente, tomó en 905 el dictado de rey de Navarra, si no por primera vez, por lo menos mas abiertamente que ninguno de sus predecesores (1). Es lo cierto que desde esta época y con este

(1) *In era DCCCCXCIII* (dice la crónica Albeldense) *surrexit in Pampilona Rex nomine Sancio Garseanis.* Hasta ahora ninguna crónica que sepamos habia hecho mencion tan expresa del título de rey con aplicacion á los gobernadores pamploneses. —No es posible que haya un punto histórico en que mas disientan los autores que el orígen y principio del reino de Navarra. No estrañamos que al llegar á este periodo digan casi unánimemente los modernos historiadores: «El orígen del reino Pirenáico está «cubierto de oscuridad y de tinieblas.»—«Nada se presenta en los anales de nuestra nacion mas oscuro y enmarañado que el orígen del reino de Navarra, y no solo ha contribuido á esta confusion la falta de documentos históricos, sino muy especialmente «la rivalidad de los escritores aragoneses y «navarros: he estudiado detenidamente las «relaciones de los mismos, y no he podido «sacar otra cosa que confusion y contrariedad en las ideas.» (Tapia y Meron, en sus Historias de la Civilizacion de España). Asi, poco mas ó menos, se explican todos. Repetimos que no es de extrañar esta perplejidad y embarazo al tratarse de un reino sobre cuyo principio hay entre los autores la discordancia nada menos que del año 716, en que le suponen unos, hasta el 905, en que le fijan otros, aparte de las fechas que otros señalan en el intermedio de estos 189 años. Tambien nosotros, como el escritor citado, hemos intentado penetrar en este laberinto, y procurado examinar los fundamentos en que apoyan sus diferentes opiniones los autores que mas de propósito han tratado este punto, tales como Moret, Blancas, Garivay, Morales, Sandoval, Yepes, Briz, Elizondo, Zurita, Risco, Mariana, Mondéjar, Traggia, Yanguas y otros de los que pasan por mas autorizados, sin que nos haya sido posible recoger otro fruto que oscuridad y contradicciones; contradicciones tales, que no vemos medio de concertar ni avenir unos con otros. Y no se limita solo la divergencia en cuanto á la época en que pudo el reino de Navarra tener principio, sino tambien en cuanto á las cronologías de los antiguos reyes que cada cual supone. Pueden servir de muestra las siguientes:

SEGUN GARIVAY.

García I. Jimenez
García II. Iñiguez.
Fortuño I. Garcés.
Sancho I. Garcés.
Jimeno I. Iñiguez.
Iñigo I. Jimenez, *Arista.*
García III. Iñiguez.
Fortuño II. Garcés.
Sancho II. Garcés, etc.

SEGUN MORET.

García I. Jimenez.
Iñigo I. Garcés, *Arista.*
Fortuño I. Garcés.
Jimeno Iñiguez.
Iñigo II. Jimenez.
García II. Jimenez.
García III. Iñiguez.
Fortuño II. Garcés.
Sancho II. Garces, etc.

SEGUN TRAGGIA.

Iñigo I. *Arista.*
García I. Iñiguez.
Fortuño I. Garcés.
Sancho I. Garcés.
García II. Jimenez.
Iñigo II. Garcés.

rey comenzó el reino de Navarra á adquirir extension, importancia y celebridad, y verémosle desde ahora ir creciendo y robusteciéndose hasta ser uno de los que contribuyeron mas á la grande obra de la restauracion española.

Cuéntase de este Sancho, que hallándose del otro lado del Pirineo en ocasion que los moros de Zaragoza hicieron una tentativa sobre Pamplona y estando los montes cubiertos de nieve, proveyó á sus soldados de abarcas de cuero para que pudiesen trepar mejor por aquellas nevadas sierras (de que le quedó el nombre de Sancho *Abarca*, á semejanza del que de su calzado tomó el emperador Calígula), y cayendo precipitadamente sobre los enemigos, los sorprendió causándoles una horrible matanza, de que se salvaron pocos; y que seguidamente y sin descanso atacó y tomó el castillo de Monjardin (de donde algunos historiadores le nombran tambien Sancho *el de Monjardin*), llevando luegó sus armas (908) por tierras musulmanas hasta la confluencia

García III. Iñiguez.
Fortuño II. Garcés.
Sancho II. Garcés.
Jimeno II. Garcés, etc.

SEGUN MASDEU.

García Sanchez Iñiguez, I.
Sancho Garcés, *Abarca*, II.
García Sanchez, el *Temblon*, III. etc.

Para hablar de los fundamentos en que cada cual apoya su genealogía, dando cada uno por apócrifos los documentos en que los otros fundan su sistema, necesitaríamos hacer una disertacion aun mas difusa que la de Traggia inserta en el tomo IV. de las Memorias de la Academia, la cual confesamos que á pesar de la asombrosa erudicion que el autor ha vertido en ella no ha podido satisfacernos, ni despejar para nosotros el confuso caos en que los expresados autores han logrado envolver este punto, y hemos estado para exclamar al leerla: *non nostrum est tantas componere lites*. Por eso en nuestra historia nos hemos concretado á consignar lo que acerca de este reino hemos hallado en el Continuador del Biclarense que escribia en 724, en el Pacense que acabó su crónica en 754, en Sebastian de Salamanca, en el de Albelda, en Vigila y Sampiro, en San Eulogio de Córdoba, que hizo un viage á Navarra á mediados del siglo IX., en los biógrafos de Carlo-Magno y Luis el Pio, en las historias francas y en las arábigas de aquel tiempo, que son para nosotros las fuentes mas auténticas. Parécenos hasta cierto punto digna de elogio la sinceridad con que un moderno historiador de las cosas de Navarra, el señor Yanguas, archivero de aquel antiguo reino, exclama al ver el calor con que se sostiene esta controversia: «Por «que á la verdad (dice) ¿qué nos importa que «los primeros reyes de Navarra se llama«sen Sanchos, Iñigos ó Aznares? ¿Qué sig«nifican esas eternas disputas queriendo atri«buirse cada uno la gloriosa casualidad de «haber dado reyes á un pais que jamás qui«so ser dominado sino de sí mismo? ¿No «tiene tambien algo de puerilidad la disputa «entre aragoneses y navarros, sobre si el «primer rey fué proclamado en Sobrarbe ó «en Amescoa? ¿Acaso entonces las montañas «de Jaca y de Navarra dejaban de ser una «misma nacion? No habia aragoneses ni na«varros, todos eran vascones, todos partici«paban igualmente de las virtudes y de los «vicios de los montañeses y de sus glorias, «y los moros no les daban otro dictado que «el de *cristianos de los montes de Afranc.*» (Prólogo á la Historia del reino de Navarra: 1832).

de los rios Ebro y Aragon, y casi sin soltar la espada de la mano pasó otra vez el Ebro, y corrióse hasta Nájera, Vecaria y Calahorra, donde le dejaremos, porque sus posteriores hechos se enlazan ya mas con los de los reinos de Leon y de Córdoba en época á que no alcanza todavía la narracion que nos hemos propuesto comprender en este capítulo.

Tambien en la Marca Hispana habian ocurrido novedades importantes. Habia Cárlos el Calvo dividido el condado de Barcelona separando la Septimania de la Gothalania ó Cataluña, cada una bajo el gobierno de un conde. Obtuvo despues de Udalrico el condado de Barcelona Wifredo llamado el de Arria, que le gobernó con una especie de independencia moral, y sucedióle al poco tiempo un godo-franco de la Septimania nombrado Salomon. Asesináronle los catalanes en 874, que deseando ya tener condes propios é independientes nombraron á uno que habia nacido en su pais, llamado Wifredo *el Velloso*, á quien muchos suponen hijo del otro Wifredo, emparentado con la estirpe real Carlovingia de Francia (874).

Fuese que Cárlos el Calvo remitiera á Wifredo en compensacion de algun servicio el feudo en que hasta entonces habian estado los condes de Barcelona, ó que él conquistára su independencia con la punta de la espada y con la ayuda de los catalanes, es fuera de duda que con Wifredo el Velloso dió principio aquella série de condes soberanos é independientes de Barcelona, que habian de elevar á tan alto punto de grandeza aquel nuevo estado cristiano de la España oriental, uno de los mas importantes de la gran confederacion monárquica española. Supone la tradicion haberle concedido el emperador Cárlos por armas las cuatro barras coloradas en campo de oro, marcadas en su escudo con los cuatro dedos de la mano ensangrentada de la herida que recibió peleando en favor del emperador contra los normandos. Sea lo que quiera de estas contestadas tradiciones, es lo cierto que Wifredo, primer conde independiente de Barcelona, con la sola ayuda de los catalanes arrojó á los sarracenos de todo el antiguo condado de Ausona (Vich), de las faldas del Monserrat, y de una gran parte del campo de Tarragona; y que tan piadoso como guerrero, fundó en el valle alto del Ter los dos célebres monasterios de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll.

A los catorce años de gobierno independiente murió Wifredo el Velloso, dejando el triple condado de Barcelona, Ausona y Gerona, á título ya de herencia, á su hijo Wifredo II. ó Borrell I., que con ambos nombres le designan los documentos (898): *Wifredi, qui vocabulum fuit Borrello*. Continuó Borrell la obra de su padre hasta 912, en que pereció en la flor de su edad, no dejando sino una hija llamada Rikildis, y pasando por lo tanto la herencia del condado, segun la costumbre de los francos por que se regian

los condes de Barcelona, y que no admitia la sucesion de las hembras, á su hermano Suniario ó Sunyer (1).

Hé aqui lo que hasta la época que nos propusimos recorrer en el presente capítulo habia acontecido en todos los ángulos de España.

(1) Bofarull, condes de Barcelona, tom. I. —Comienza á servirnos de guia en lo relativo á la cronologia y genealogía de estos condes la obra que con el título de *Los Condes de Barcelona vindicados* ha publicado el investigador laborioso y erudito don Próspero de Bofarull, archivero general de la antigua corona de Aragon, con cuya amistad nos honramos, y á cuya inteligencia y amabilidad debimos durante nuestra estancia en aquel archivo la satisfaccion de revisar multitud de preciosos documentos históricos, que sin su atinada direccion dificilmente hubiéramos podido examinar. La posicion del señor Bofarull, por tan largos años al frente de aquel riquísimo depósito de antigüedades, unido á su laboriosidad é inteligencia, le ha permitido hacer un bien inmenso á la historia de Cataluña y de consiguiente de España, aclarando rectificando y fijando la cronología de aquellos condes soberanos, incierta, oscura ó equivocada hasta ahora, no solo en nuestras historias generales, sino tambien en las que pasaban por las principales fuentes históricas de aquel principado, tales como la Historia del Languedoc, la Marca Hispana del arzobispo Pedro de Marca, la coleccion de documentos de Ballucio, los manuscritos de Ripoll, las crónicas de Pujades, Diago, Feliú, etc. La gran copia de datos auténticos y originales con que el señor Bofarull ha enriquecido su obra le dan una autoridad indisputable, si bien no puede menos de adolecer de falta de amenidad, achaque natural y consiguiente á toda obra documental.

CAPITULO XIII.

FISONOMIA SOCIAL DE AMBOS PUEBLOS EN ESTE PERIODO.

(SIGLO IX.)

I. Extension material de los tres estados cristianos á la muerte de Alfonso III.—Observacion importante sobre las turbulencias que señalaron estos reinados; en Asturias, en Cataluña, y en los imperios árabe y franco-germano.—Extrañas relaciones entre unos y otros pueblos.—Examinase el móvil y principio que las dictaba.—Espíritu religioso del pueblo.—Conducta de los monarcas. Su política.—Respeto de los árabes á Alfonso el Magno.—Nobleza de los árabes: perfidia y doblez de la raza berberisca.—Estado de las letras en esta época.—II. Qué leyes regian en cada uno de los estados.—Asturias: legislacion goda.—Condado de Barcelona: leyes góticas: leyes francas.—Navarra: fuero de Sobrarbe.—Qué era.—Diversos juicios sobre este código.—Opinion del autor.—Otras observaciones sobre el gobierno de los estados cristianos.—III. De la lengua que en este tiempo se hablaria en España.—Principio de la formacion de un nuevo idioma.—Qué elementos entraron en él.—Origen del castellano.—Idem del lemosin.

I. Cerca de otro siglo ha trascurrido desde Alfonso II. el Casto hasta Alfonso III. el Magno, desde Abderrahman II. hasta la proclamacion de Abderrahman III. : y en este período la situacion material y moral de ambos pueblos ha sufrido modificaciones sensibles. La España cristiana ha crecido, el imperio musulman ha menguado: los confines de la una han avanzado, los límites del otro han retrocedido. Un hijo del rey de Asturias se atreve ya á establecer su córte en Leon; ya no se necesitan riscos que constituyan un valladar al pequeño reino de Asturias; basta ya el Duero, que corre por pais llano, para servir de frontera al que ha sido reino de Asturias y comienza á serlo de Leon. Aquel otro pais del Pirineo, la Vasconia Navarra, que tanto ha pugnado por recobrar su apetecida libertad, ha logrado sacudir la triple dependencia que alternativamente pesaba sobre ella ó la amenazaba, la de los francos, la de los árabes y la de los asturianos. Roncesvalles la ha libertado de la prime-

re; Pamplona de la segunda; un matrimonio, una muger, Jimena, ha recabado de un rey de Asturias una especie de *fiat* á la independencia en que de hecho se habian constituido ya los navarros; y ya la Navarra es otro reino cristiano aparte, con monarcas y leyes propias. Aquella Marca Hispana que al Oriente de la Península fundaron los emperadores francos, ha redimido el feudo de la Francia y se ha erigido tambien en estado español independiente. El condado de Barcelona se ha hecho otro reino cristiano; que si sus condes siguen usando este modesto título, el nombre será signo de su modestia, no de que falten al estado las condiciones de monarquía, al modo que se cuentan por emperadores y califas de Córdoba los que hasta ahora han conservado el sencillo título de emires.

Vió, pues, el siglo IX constituido dentro de los naturales lindes de la Península tres estados cristianos, independientes entre sí, que han ido arrancando al imperio musulman los territorios comprendidos, de una parte desde el mar Cantábrico hasta el Duero, de otra desde el Pirineo hasta el Ebro. Y á estas adquisiciones de las armas cristianas se agregan las usurpaciones que la rebelion ha hecho al imperio muslímico, dominando un rebelde mahometano desde el Ebro hasta el Tajo, desde mas allá de Zaragoza hasta mas acá de Toledo. Gran desmembracion, que no han bastado á impedir ni la actividad, ni la política, ni los talentos militares de los emires.

Han imperado en este período en Asturias Ramiro, Ordoño y Alfonso el Magno; en Córdoba Abderrahman II., Mohammed, Almondhir y Abdallah; en Navarra los dos Garcías y Sancho; en Barcelona, despues de los siete condes francos, los españoles Wifredo y Borrell; en Francia Luis el Pio, y sus hijos Cárlos, Lotario y Pepino.

No hemos visto que ningun historiador haya reparado en la semejanza y analogía de los elementos y contrariedades con que tuvo que luchar cada uno de los soberanos ó gefes de estos estados, é de tan diferentes procedencias, ó de tan distintas religiones; y sin embargo, creemos que esta observacion nos revelará en gran parte la índole, la tendencia, el genio, los rasgos comunes de la fisonomía de cada pueblo en estos siglos: sediciones y revueltas en los paises por cada uno dominados: rebeliones de súbditos, conspiraciones de magnates, conjuras y tramas de príncipes, de hermanos, de hijos de cada soberano reinante: ¡qué asimilacion de circunstancias!

Ramiro no ha empuñado el cetro, cuando se ve suplantado por el conde Nepociano, y tiene que castigar despues las conspiraciones de Aldroito y de Piniolo. Ordoño, antes que contra los enemigos de la fé, tiene que ensayar sus armas contra sus propios súbditos de la Vasconia alavesa rebeldes á su autoridad. El reinado de Alfonso III. se inaugura con la rebelion de un conde co-

mo el de Ramiro, y antes que contra los sarracenos tiene que marchar contra los alaveses como Ordoño. Multiplícanse y se suceden en tiempo de aquel gran monarca las conjuraciones. Ya son los magnates Hanno y Hermenegildo, ya son los hermanos del príncipe, ya son sus propios hijos y esposa, que le ponen en el caso de desprenderse de un cetro que con tanta gloria y por tantos años habia manejado.

¿Qué acontecia en el imperio musulman? Abderrahman II., como Alhakem su padre, y como Hixem su abuelo, tiene que pelear contra sus propios parientes que le disputan el trono antes que con los cristianos sus naturales enemigos. Los Suleiman y los Abdallah, los Mohammed y los Aben-Mafot, son para los emires de Córdoba lo que los Nepocianos, los Aldroitos, los Piniolos, para los monarcas de Asturias. Los walies del Ebro y del Pirineo se rebelan contra Abderrahman y Mohammed, como los condes de Galicia y de Alava contra Ramiro y Alfonso. En el reinado de Abdallah se suceden una tras otra las conjuraciones como en el de Alfonso el Magno. Los Hafsûn, los Muza, los Lupos, los Suar y Aben Suquela son para el emir Abdallah lo que los Fruelas, los Hannos, los Hermenegildos y los Witizas para el rey Alfonso. Si contra Alfonso se alzaron sus hermanos y sus hijos en Oviedo y Zamora, contra Abdallah se rebelaron dos hermanos y un hijo en Sevilla: Mohammed, Alkasim y Alasbag nos recuerdan á García, Fruela y Ordoño.

¿Reinaba mas armonía entre los cristianos de la Marca Hispana? Bera, primer conde godo-franco de Barcelona, es acusado de traidor por otro godo, y condenado á muerte. Bernhard, despues de haber sido combatido por un conde del palacio imperial, muere asesinado por el mismo Cárlos el Calvo, su emperador, y probablemente su padre. Aledran es hecho prisionero por Guillermo, y Guillermo á su vez muere á manos de los parciales de Aledran. Supónese al conde Salomon autor del asesinato de Wifredo el de Arria, y Salomon á su turno perece á manos de los catalanes, que proclaman á Wifredo el Velloso.

¿Habia mas concordia entre los sucesores de Carlo-Magno y Luis el Pío, entre estos príncipes, entre quienes se distribuyó el imperio del nuevo César de Occidente? Por favorecer Luis á su hijo menor Cárlos el Calvo desmembra la herencia de Lotario: los obispos no escrupulizan de alentar la sedicion de el hijo contra el padre, y Pepino y Luis sus hermanos se ligan con el hermano mayor contra el padre de los tres, como Fruela y Ordoño se ligaron en Asturias con su hermano mayor García contra su padre comun Alfonso el Magno. Los leudes destronan á Luis en el *Campo del Perjurio*, como los nobles habian destronado en Oviedo á Alfonso el Casto, y condenado Luis en un concilio á penitencia canónica por el resto de sus dias, viste públicamente el cili-

cio y el saco gris de la penitencia en la Abadía de Saint-Medard, como Alfonso el Casto en el monasterio Abelianense, aunque luego recobra el trono como Alfonso II. ¿Hay necesidad de recordar el destronamiento de Cárlos el Calvo por su hermano Luis el Germánico, y las perpétuas guerras domésticas en que anduvo siempre envuelto el débil nieto de Carlo-Magno?

A vista de este cuadro, de esta fisonomía que presentan el imperio franco-germano, la España Oriental y Septentrional, los reinos y estados cristianos, el imperio árabe-hispano de Mediodía y Occidente, ¿no podremos designar este espíritu de sedicion, de discordia y de rebeldía, como uno de los caractéres del genio de la época, y en este gérmen de insubordinacion y de ruda independencia entrever ya en lontananza el gran fraccionamiento y descomposicion á que ha de venir la España cristiana, y mas todavía la España sarracena?

Este mismo espíritu producia las transacciones mas estrañas y las alianzas mas injustificables entre gentes de distintas y aun opuestas creencias y principios. ¿Era ya la fé, era el principio religioso el solo que motivaba los pactos ó las rupturas entre los dos pueblos contendientes, y el que aflojaba ó estrechaba los vínculos sociales? ¿O prevalecian ya el interés y la política sobre el principio religioso? Es lo cierto que hemos visto pelear no solo ya cristianos con musulmanes, sino cristianos con cristianos y agarenos con agarenos: y lo que es mas, al tiempo que los guerreros del cristianismo se hostilizan entre sí, negocian tratos de alianza y amistad con los sectarios de Mahoma, y pelean juntos y unidos por una misma causa, que parece no puede ser la del Evangelio: y mientras los seguidores del Profeta se despedazan entre sí, se ligan en confederaciones solemnes con los monarcas ó condes cristianos, y sus huestes combaten unidas y mezcladas por una causa que parece no puede ser tampoco el triunfo del Coran. Si antes vimos al moro Balbul acaudillando guerrilleros cristianos en el Pirineo Oriental contra su propio emir, vemos luego á Caleb ben Hafsûn al frente de los montañeses cristianos de Jaca desprenderse de aquellos riscos para batir las huestes del soberano Ommiada. Si antes los cristianos de la Vasconia imploraban la ayuda de los emires cordobeses contra los reyes cristianos de Aquitania, despues García de Navarra se enlaza con la hija de Muza el renegado, y combate contra el monarca cristiano de Asturias.

Podriamos atribuir estos y otros semejantes ejemplos, ó á personales resentimientos y ambiciones, ó á individuales deslealtades, que nunca faltan en todo pueblo y en toda causa por popular y nacional que sea, ó á odios de localidad, de tribu ó de familia, si no viésemos tales alianzas y tratos erigidos como en sistema entre los mas poderosos soberanos de unos y otros estados

y de opuestas y enemigas creencias; si no viésemos á los condes de la Gothia, á los caudillos ó reyes de la Vasconia, á los emperadores cristianos de Occidente, aliarse, no ya solo con la córte del imperio mahometano, sino con cualquier caudillo musulman que no tuviese mas representacion que la de un intrépido capitan de bandidos; si no viésemos á los mismos monarcas de Asturias, los legítimos representantes de la causa cristiana, al mismo Alfonso el Magno, el piadoso, el devoto, que fundaba basílicas y convocaba concilios, hacer alianzas ofensivas y defensivas, y observarlas con religiosa escrupulosidad, con Abdallah, último soberano del imperio muslímico el siglo IX.

¿Deberemos sospechar por eso que el sentimiento religioso de ambos pueblos no se conservaba ya tan puro como en los primeros tiempos de la conquista y de la restauracion? Creemos que no hay necesidad de suponer que se hubiera ido enfriando ó evaporando el ardor religioso para esplicar las causas de unas negociaciones y conciertos que en verdad se habrian tenido por irrealizables en el principio de una lucha, que parecia haber abierto una sima infranqueable entre los dos pueblos. Creemos, y es mas natural que así fuese, que obraban así los más por ambicion, por rivalidades de localidad y de origen, por enconos y venganzas, por amor á la independencia individual, y por pasiones humanas comunes á musulmanes y á cristianos. Aconsejábaselo á los monarcas la necesidàd ó la conveniencia política, á la cual no escrupulizaban en sacrificar una parte de la antipatía religiosa á trueque de libertarse de un vecino temible ó de quedar desembarazados para atender á un competidor peligroso. Pero el pueblo, que no alcanzaba las miras políticas de sus soberanos, estaba pronto á murmurar de unos convenios de que se figuraba no podian salir sino muy lastimadas sus creencias. Así los árabes andaluces y los moros de Toledo criticaban á Abdallah de mal creyente porque negociaba paces y alianzas con Alfonso el infiel, y los unos omitian su nombre en la oracion pública, y los otros excitaban á la rebelion contra el ismaelita excomulgado. Así los cristianos de Asturias, aun cuando nuestras crónicas explícitamente no lo espresen, debian llevar muy á enojo la larga paz de Alfonso con los soberanos infieles de Córdoba, pues no se comprende de otro modo el grande apoyo que encontraron en el reino sus rebeldes hijos, siendo como era Alfonso un monarca tan esclarecido y de tan grandes prendas, y que á tan alto punto de esplendor habia sabido ensalzar la monarquía.

El primero que contó el milagro de la batalla de Clavijo se mostró mas conocedor del espíritu del pueblo que de su historia. Porque tal era la fé y el entusiasmo religioso de los soldados españoles de aquel tiempo, que si les hubieran dicho que peleaba por ellos el apóstol Santiago en persona, hubieran jurado verle, como los soldados de Constantino juraban haber visto la mis-

teriosa cruz; y con el mismo ardor que combatieron las legiones del emperador romano en los campos del Tiber, hubieran lidiado las huestes de Ramiro en el collado de Clavijo, confiados en que el esclarecido capitan los sacaria triunfantes cualquiera que fuese el número de los infieles. Y este espíritu fué el que les dió, no ya la victoria fabulosa de Clavijo con Ramiro, sino el triunfo verdadero de Albelda con Ordoño, casi en el mismo sitio en que se supuso la primera.

Gran monarca fué este Ordoño. «Príncipe, decia su epitafio de Oviedo, de quien siempre hablará la fama, y cuyo semejante no verán quizá los siglos futuros.» Sin poder convenir nosotros con el autor del honroso epitafio, y mas cuando hemos visto sucederle un Alfonso III., no ya semejante, sino muy superior á Ordoño, debiéronle engrandecimiento la religion y el reino. Administrador celoso y acertado, mereció el título mas honroso de los reyes, el de padre de los pueblos. Fué, dicen, de irreprensibles costumbres, y esto mas que la fortuna y el valor en las batallas nos hace mirar con gusto su alabanza en el sarcófago de Oviedo.

¿Pero era Alfonso III. menos piadoso y menos devoto que sus antecesores porque celebrase tratos de paz y viviese á veces en buena inteligencia con los emires del imperio mahometano? ¿Lo seria por que enviára sus hijos á instruirse en las ciencias naturales en las escuelas arábigas de Zaragoza, de acuerdo y aun bajo la proteccion del walí Ismael? Alfonso, bastante ilustrado para no confundir la educacion profana con la religiosa, y bastante discreto para distinguir las necesidades del guerrero de los deberes del creyente, no cedió á ninguno de sus predecesores en actos de piedad cristiana. Bajo su reinado, y merced á sus generosas donaciones, prosperan el culto, la riqueza y la magnificencia de los templos. La iglesia compostelana, erigida de pobre y tosco material por Alfonso el Casto, se trasforma en templo suntuoso de sólidos sillares por la mano liberal de Alfonso el Magno. La de Oviedo, que habia hecho catedral Alfonso II., es elevada á metropolitana por el tercer Alfonso, y asigna rentas de que puedan vivir á los obispos de las ciudades ocupadas por los infieles, que se habian ido congregando en Oviedo. Propúsose exceder al rey Casto en esplendidéz y largueza, y al modo que aquél enriqueció el templo del Salvador con la famosa *cruz de los Angeles*, éste, no satisfecho con haber hecho el presente de una hermosísima cruz de oro á la iglesia de Santiago, regala á la de Oviedo otra cruz aun mas preciosa, forrada en planchas de oro, con labores de esmalte, y tachonada de riquísimas piedras, casi con las mismas inscripciones que se leian en la del segundo Alfonso, como si en los actos mas piadosos no pudiera dejar de entreverse el orgullo humano. El alma ó parte interior de esta segunda cruz es

de roble. ¿Qué misterio encierra este leño? Encierra un recuerdo el mas propio para excitar al mismo tiempo el entusiasmo religioso y el patriotismo de los asturianos. Es la misma cruz de Pelayo, es aquella cruz rústica que el primer libertador de España tenia en Covadonga, y con la cual se presentó en el glorioso combate. Es *la cruz de la Victoria*, que asi la llama el pueblo, porque con ella venció su héroe.

¿Cuál seria el móvil principal que impulsára á Alfonso á consagrar este don, que Ambrosio de Morales, teniéndole á la vista, llamó la mas rica joya de España? ¿Seria todo piedad, mezclaríase algo de rivalidad humana, ó seria acaso un pensamiento político? Todo pudo aunarse en unos tiempos en que si la devocion y la piedad eran verdaderas virtudes en los príncipes, tenian que ser tambien su política, como el medio de captarse las voluntades de unos pueblos para quienes era todo la fé (1).

Al espirar el año 883 y comenzar el 884, presenciaron los españoles, cristianos y musulmanes, un espectáculo interesante, cuadro dramático y tierno, que representa y dibuja á los ojos del hombre pensador, mejor que los documentos históricos, la índole de la época y la situacion respectiva en que se habian colocado ya los dos pueblos. Un embajador cristiano se habia presentado en la córte mahometana de Córdoba, enviado por el rey de Asturias. Este embajador es un ministro del altar, era un presbítero, Dulcidio de Toledo. ¿Cómo asi se ha atrevido ya un sacerdote de Cristo á presentarse, solo, desarmado, indefenso, en la capital del imperio Ommiada, allí donde está el sucesor de Mahoma, el terrible Mohammed, gran perseguidor que ha sido de los cristianos? Es que este Mohammed ha solicitado una tregua, ha propuesto una alianza al rey cristiano Alfonso el temido, y ese sacerdote ha llevado de Alfonso la mision de ajustar las condiciones de la paz. Entre estas condiciones habia entrado una muy propia del espíritu de aquel tiempo, la de que los cuerpos de los santos mártires Eulogio y Leocricia que los mozárabes de Córdoba guardaban, fuesen trasladados á Oviedo. Accedió á todo el emir, y las reliquias de dos santos, conducidas por un sacerdote, cruzaron pacíficamente desde el Mediodía de España hasta su extremidad septentrional por en medio de pueblos mahometanos, sin que nadie se atreviese á inquietar ni los sagrados restos ni al ministro de paz qne los conducia. Una solemne festividad religiosa anunciaba el 9 de enero en la córte del reino cristiano la llegada del precioso tesoro. Es extraño que la imaginacion poética de los orientales no augurára de esta primera humillacion del isla-

(1) En el tomo 37 de la España Sagrada pueden verse las escrituras de otras donaciones hechas á diferentes iglesias y monasterios por Alfonso el Magno.

mismo que pudiera un dia el templo del Salvador de Oviedo donde iban las reliquias, acabar de abatir la gran mezquita de la ciudad de donde salian.

¡Sublime testimonio del gran respeto que debia inspirar ya á los infieles el solo nombre de Alfonso el cristiano! ¿Y cómo no habian de respetar al vencedor de Abdel Walid, al triunfador de Orbigo, de Polvoraria, de Sahagun y de Zamora, al que les habia arrancado á Deza y Atienza, á Salamanca y Coria, al que los habia arrojado de Coimbra, de Porto, de Auca, de Lamego y de Viseo, al que se habia atrevido á llevar las lanzas cristianas hasta tocar con ellas los viejos torreones de la antigua córte de Recaredo y de Wamba? ¡Príncipe magnánimo, que despues de abdicar un centro que empuñara con gloria por espacio de 45 años, tuvo la heróica humildad de pedir permiso al mismo á quien acababa de hacer monarca para combatir á los infieles, y que, anciano y destronado, acreditó que para ser grande y vencedor no necesitaba ni de juventud ni de cetro, y ejecutada su postrera hazaña bajó tan satisfecho al sepulcro como habia descendido resignado del trono!

Por lo menos entre los monarcas de Asturias y los emires de Córdoba hemos visto guardarse los pactos con cierta nobleza y dignidad correspondiente á dos grandes poderes. La sangre árabe mostrábase por lo comun menos indigna de mezclarse con la sangre española. Perfidia y doblez era lo que acreditaban casi siempre los caudillos berberiscos. Estos africanos no solo no escrupulizaban de faltar abiértamente á las promesas y convenios, sino que empleaban los artificios mas aleves para engañar asi á cristianos como á musulmanes, asi á enemigos como á favorecedores. Zaid, Hassam, Amrû, hacen gala de rebelarse primero contra su soberano para burlar despues á Carlo-Magno y Luis. Mohammed ben Abdelgebir, el revolucionario de Mérida, infiel á Abderrahman, concluye con ser traidor á Alfonso el Casto, á quien habia debido asilo y hospitalidad. Hafsûm, el famoso gefe de bandidos de Trujillo, gran revolvedor en el Pirineo y en el Ebro, despues de protestar sumision, obediencia y lealtad á Mohammed, asesina traidoramente á su nieto Ben Cassim y á las tropas que el confiado emir le suministrára. Su hijo Caleb, heredero de su deslealtad, ejecuta en Toledo una felonía semejante á la de su padre en Alcañiz, abusando tan alevemente de la buena fé de Haxem, como su padre habia abusado de la de Almondhir. Abdallah ben Lopia corresponde con ingratitud á Alfonso III. protector de su padre; abandónale sin motivo, para aliarse después y faltar alternativamente á sus dos tios, al emperador musulman y al monarca cristiano. La conducta de Muza el renegado con árabes y españoles, con extraños y con deudos, mostró lo que habia que fiar en la fé morisca. Parecia que estos africanos se habian propuesto renovar en Es-

paña y resucitar la memoria de aquella fé púnica de los otros africanos sus mayores, los cartagineses.

En este período han comenzado á sonar en Alava, Castilla y Galicia, y como á anunciar su futura influencia los condes gobernadores de provincias y castillos. En Alava, Eilon y Vela Jimenez, rebelde y prisionero el uno, enviado á reemplazarle el otro: en Castilla Rodrigo, de desconocido linage, Diego Rodriguez Porcellos su hijo, fundador de Burgos, Nuño Nuñez, gobernador de Castrojeriz, Nuño Fernandez, suegro de García de Leon y conspirador con él: en Galicia Pedro, el que arrojó á los normandos, y Fruela, el que se levantó contra Alfonso III. Hasta ahora han sido gobernadores puestos por los monarcas; no tardarán en aspirar á ser independientes.

Epoca estéril todavía en letras, no dejaba de haber ya escuelas cristianas, tales como la estrechez de los tiempos las permitia. Abundaban los libros sagrados (1), y no faltaba algun obispo y algun monge que escribiera las crónicas de los sucesos; y si la que hemos citado tantas veces como del obispo Sebastian de Salamanca no fué acaso del mismo rey Alfonso III., como muchos sostienen, y con cuyo nombre es tambien conocida, prueba por lo menos que se suponia á aquel monarca bastante aficionado á las letras para hacerla escribir, ó con bastante capacidad para escribirla él mismo (2).

II. ¿Cómo y por qué leyes se regian estos tres estados cristianos independientes que se han formado en la Península? Distintos en orígen y procedencia, distintos el carácter, las costumbres, las tendencias de cáda localidad, distintos tenian que ser tambien los principios que sirvieran de base á su organizacion, y diversa la fisonomía social de Asturias, de Barcelona y de Navarra.

Las tradiciones y las leyes góticas seguian prevaleciendo en el mas antiguo de los tres reinos, asi en la córte como en la iglesia, asi en el órden de sucesion al trono como en el sistema penal; y las dos asambleas de obispos que el tercer Alfonso congregó en Santiago y en Oviedo, para consagrar aquella iglesia reedificada por él, y para elevar ésta á la clase y dignidad de metropolitana, ambas fueron como una reproducion de los concilios góticos, con la misma intervencion que en aquellas antiguas congregaciones eclesiásticas tenian respectivamente los monarcas y prelados (3).

(1) En el testamento ó carta de dotacion de Alfonso III. á la iglesia de Oviedo se lee haber entrado en el número de las dádivas *muchísimos* libros sagrados: *libros etiam divinæ paginæ plurimus*.

(2) Atribuyéronla al primero, Pelayo de Oviedo, Ocampo, Morales y Sandoval; al segundo, Perez, Mariana, Pellicér, Mondéjar, Pagi y otros. Puede verse sobre esto el Apendice VII. al tomo 13 de la España Sagrada de Florez.

(3) En el concilio de Oviedo dijo el rey

Mixto de orígen godo y franco el condado de Barcelona, tenian que reflejar en su constitucion y en sus usos el genio y carácter de los dos pueblos de que procedia. Godos eran los que se habian refugiado en considerable número á aquel territorio; con el nombre de Gothia se señaló el vasto pais de que formaba parte la Marca Hispana, y después el condado de Barcelona, y era natural que se considerára en derecho como vigente la legislacion goda; por lo mismo no es maravilla que las leyes godas se citáran con la frecuencia que manifiestan los documentos insertos en el apéndice á la Marca Hispánica del arzobispo Pedro de Marca. ¿Pero cómo habia de dejar de sentirse al propio tiempo, y aun con mas fuerza, la influencia inmediata de la organizacion y de las costnmbres francas, habiendo sido los monarcas francos los creadores de aquel estado? ¿Cómo no habia de participar el condado de Barcelona, aun despues de erigido en independiente, de la constitucion, de la índole, de la legislacion de la monarquía franca, de que era hijo, y de que habia sido feudatario? De aqui la necesidad que mas adelante se reconoció de corregir en parte la legislacion goda y de suplir lo que á ella faltaba con los *Usages*, que á su tiempo daremos á conocer, como lo hicimos con el fuero de los visigodos.

Desde luego se observa en el condado de Barcelona el principio hereditario de la soberanía, con aquella especie de carácter patrimonial y de familia que le daban los reyes de la raza Carlovingia, tan diferente del principio casi electivo que seguia observándose en la monarquía de Asturias. Veíase el tinte, la fisonomía feudal que constituia la organizacion de las monarquías francas, y que arrancando de la corona se estendia á las últimas autoridades y funcionarios del estado, formando como una escala gerárquica de infeudaciones, de señoríos y vasallage, viniendo á ser la condicion social del condado de Barcelona por causas de orígen y de influencia casi idéntica á la de aquellas monarquías, como nos lo irá demostrando la historia (1).

á los padres, que los habia convocado para elegir metropolitano, arreglar la disciplina eclesiástica, y reformar las costumbres que con la revuelta de los tiempos andaban algo estragadas. Determinóse en él entre otras cosas que se celebrasen sínodos dos veces cada año, y se concluyó mandando que se observasen los cánones de los de Toledo. Las actas se perdieron, y no hay razones bastante fuertes para asegurar que sean auténticas las que publicó Aguirre en el tomo 3.° de su coleccion. Véanse Risco, Esp. Sagra. tom. 37.—Ferreras, Sinopsis Hist.—Mariana se muestra bien poco versado en la historia cuando al hablar de este concilio dice: «No era lícito conforme á las leyes eclesiásticas convocar los obispos á concilio si no fuese con licencia del papa.» En harto fuertes términos le reprenden este error histórico sus dos ilustradores Mondéjar y Sabau. Nosotros le remitiríamos á la historia de los ocho siglos de la iglesia que iban trascurridos.

(1) El erudito catalan Masdeu se dejó sin duda arrastrar de un celo laudable, pero exagerado, de amor patrio, al sentar en tér-

Si oscuro, intrincado y nubloso hemos hallado el orígen y principio del reino de Navarra, no rodea mas claridad ni alumbra mas copia de luz al orígen, época y naturaleza del primer código de leyes que se supone hecho por los navarros, conocido con el nombre de *Fuero de Sobrarbe*. ¿Qué era, y dónde y cuándo nació el famoso Fuero de Sobrarbe? Compendiaremos lo que se cuenta de la historia de este código, que así se refiere al reino de Navarra como al de Aragon, que algunos suponen simultáneos, pretendiendo otros hacer aquél posterior á éste, que es la eterna disputa que el afan de la antigüedad ha suscitado, y mantendrá si se quiere perpétuamente entre aragoneses y navarros, como si uno y otro pais no abundáran de verdaderas glorias históricas, sin necesidad de encaramarse á buscarlas allá donde no pueden hacer sino darse tormento á sí propios y dársele al historiador.

Dícese que un ermitaño llamado Juan, con deseo de hacer vida retirada, construyó para sí una morada en el monte Uruel cerca de Jaca, donde levantó tambien una capilla con la advocacion de San Juan Bautista. La fama de su santidad le atrajo otros cuatro compañeros que quisieron hacer la misma vida ascética y eremítica que él. Cuando murió el ermitaño Juan, acudió mucha gente de la comarca á hacerle las honras. Entre los concurrentes lo fueron trescientos nobles ó caballeros, que algunos hacen subir á seiscientos, los cuales no iban, dicen otros, á hacer las exéquias al ermitaño Juan de Atarés, sino huyendo de los conquistadores moros. Allí reunidos, comenzaron á tratar de la manera de defender su pais de los infieles y sacudir su pesada servidumbre, y entonces aclamaron por rey ó caudillo, segun unos á Iñigo Arista, segun otros á García Jimenez, que suponen dió el señorío de Aragon al conde Aznar, padre de Galindo que le sucedió en el condado de aquella tierra. Bajo la conducta de aquel gefe ganaron una gloriosa batalla sobre un numeroso ejército de moros junto á la villa de Ainsa, que desde entonces fué como la capital del naciente reino de Sobrarbe. A la media legua de esta villa se encuentra una cruz puesta sobre una columna de piedra, imitando el

minos absolutos que «Cataluña jàmas recibió la legislacion francesa.»—(Historia crítica de España, t. 13). Asercion estraña en quien da cuenta de los nombramientos de condes hechos por los reyes francos, y de los *preceptos* de Carlo-Magno, Luis el Piadoso y Cárlos el Calvo, que en el nombre mismo de *preceptos* parece llevar envuelto carácter jurisdiccional. Pudiera ser admisible la asercion del docto crítico si se refiriera á época posterior.

Merece mencionarse, por la idea que da de las costumbres de la época el singular privilegio que Ludovico Pío concedió á la iglesia de San Justo y pastor de Barcelona, fundada y dotada por él. Cuando algun caballero era desafiado, retado y retador debian ir á jurar la batalla en dicha iglesia. El dia del combate antes de pasar al campo habian de entrar en el templo á prestar juramento, el acusador de ser cierta la acusacion, y el acusado de ser falsa, de pelear con armas legales, etc.—Pujades, chronica, part. II. lib. 10, cap. 14.

tronco de un árbol, rodeada de otras columnitas de órden dórico, que sostienen una media naranja cubierta de pizarra, cerrado todo el monumento por una verja de hierro. Este, dicen, fué el sitio de aquella célebre victoria, y aquella cruz es el emblema de una cruz roja que se le apareció al afortunado caudillo sobre una encina durante la refriega, y de la cual viene el nombre de *Sobrarbe*, contraccion de *sobre-el-árbol*, si bien otros le derivan de *super-Arbem*, *sobre la sierra de Arbe*. Todos los años el 14 de setiembre acuden los fieles en romería á aquella capilla, y para mantener viva la memoria de tan glorioso suceso algunos vecinos vestidos de moros hacen una especie de simulacro de la referida batalla. Esta es una de las diferentes versiones con que se esplica el nacimienio del reino de Sobrarbe á principios del siglo VIII. (1)

Añádese que al depositar aquellos montañeses el poder en manos de un caudillo le pusieron entre otras las condiciones siguientes: «que jurase mantenerlos en derecho y mejorar siempre sus fueros; que se obligase á partir la tierra y distribuir bienes y honores entre los naturales del pais; que ningun rey pudiera juzgar, ni hacer guerra, paz ó tregua, ni determinar negocios graves con príncipe alguno, sin acuerdo de doce ricos-omes, ó de doce de los mas ancianos y sábios de la tierra.» A esto poco mas ó menos se reducia el Fuero de Sobrarbe segun Moret y Elizondo; el mismo en lo sustancial, pero distinto en los términos del que trae Blancas en sus Comentarios de las cosas de Aragon, escrito en la propia forma y estilo que las famosas leyes de las Doce tablas de los romanos (2). Avanzan algunos escritores aragonese[s] á asegurar que en el *Fuero de Sobrarbe* se estableció ya la dignidad del *Jus-*

(1) De aqui han pretendido muchos escritores aragoneses derivar la antigüedad del reino de Aragon, disputándosela la de Navarra, apoyándose en la vecindad de Bigorra, de donde creen haber venido Iñigo Arista, en que los caballeros que se hallaron á la eleccion de rey eran de sus montañas, y en haber elegido para su sepultura aquellos primeros reyes los monasterios de San Juan de la Peña y San Vitorian; sin embargo, los críticos modernos no dudan en rechazar por apócrifas las inscripciones sepulcrales de San Juan de la Peña, uno de los grandes fundamentos de toda esta historia.

(2) Hé aqui el texto latino: *In pace et justicia regnum regito, nobisque foros meliores irroganto.—E Mauris vindicabunda dividuntur inter ricos-homines non modo, sed etiam inter milites et infantiones.—Peregrinus autem homo nihil inde capito.—Jura dicere regis nefas esto, nisi adhibito subditorum consilio.—Bellum agredi, pacem inire, inducias agere, remve aliquam magni momenti pertractare caveto rex, præterquam seniorum annuente consilio.—Ne quid autem damni, detrimentive lege aut libertates patiantur, judex quidam medius adesto, ad quem á rege provocare, si aliquem læserit, injuriasque arcere, siguas forsan reipublicæ intullerit, jus fasque esto*

El que insertó Pellicer en castellano antigue en sus Anales de España, copiado de un códice del Escorial, y compuesto de un prólogo y de diez y seis leyes, ha sido calificado expresamente de apócrifo.

ticia, que tan célebre se hizo en la historia política y civil de aquel reino, y no lo dirian sin fundamento á ser ciertas las palabras del Fuero latino: *Judex quidam medius adesto, ad quem á rege provocare etc.*

En vista de esto, ¿será cierta la existencia del Fuero de Sobrarbe? El historiador Moret que trató de propósito de esta materia despues de haber consultado los archivos, y á cuyo buen juicio y espíritu investigador hacen justicia los mismos que difieren de sus opiniones, sienta como cosa incontestable que el Fuero de Sobrarbe no pudo redactarse hasta fines del siglo XI. en tiempo de don Sancho Ramirez (1). El motivo, dice, de haberse puesto en forma por don Sancho Ramirez el Fuero de Sobrarbe fueron las grandes quejas que en su reinado se levantaron acerca del gobierno, leyes y forma de juzgar entre aragoneses, pamploneses y sobrarbinos. Así lo indica aquel rey en una escritura suya, segun la cual pasó á arreglarlo todo con los magnates en San Juan de la Peña (2).

Niegan muchos modernos no solo la existencia del Fuero, sino hasta la del reino mismo de Sobrarbe, que ciertamente no hallamos mencionado en las crónicas que nos han servido de guia, al menos como existente en la época remota en que se supone (3).

El señor Yanguas, antiguo archivero de la diputacion de Navarra, y de cuyos conocimientos en esta materia tenemos mas de un testimonio en sus diferentes obras (4), dice así, hablando del Fuero de Sobrarbe: «Si oscura es la materia que acabamos de esplicar (5), no lo es menos la del origen del Fuero de Sobrarbe, y el tiempo en que se estableció: porque *el Fuero primitivo no existe*, y son muchos los códices que andan manuscritos, casi todos de diferente contexto, variados y adicionados... Yo sospecho que el Fuero original de Sobrarbe contenia muy pocos artículos, reducidos principalmente á la forma de levantar rey, su juramento, y las prerogativas de la nobleza y

(1) Investig. Histor. lib. II.

(2) El original que vió Moret comenzaba así: *Quoniam mexclabatur omnis terra mea per judicios malos super terras, et vincas, et villas, placuit mihi supradicto regi, et veni ad Sanctum Joannem, etc.*—Tabula pinnat. lig. 1, n. 20., lib. 1.

(3) «En mi concepto, dice Moron, no existió jamás el reino de Sobrarbe figurado por los aragoneses, ni el fuero que suponen en el modo y forma con que describen su redaccion. Hasta don Sancho el Mayor, es decir, hasta el siglo XI., no hacen mérito los documentos históricos ni siquiera del territorio de Sobrarbe, ni aparece la monarquía de Aragon hasta que don Sancho el Mayor de Navarra dió este reino, pequeño á la sazon, á don Sancho Ramirez.» «Y en el siglo XIII., añade, no se sabia siquiera lo que era el Fuero de Sobrarbe.» Hist. de la Civilizacion de España, tom. IV.

(4) En su Diccionario de Antigüedades del reino de Navarra, Diccionario de los Fueros, Apuntes para la sucesion á la corona de Navarra, y su historia compendiada del mismo reino.

(5) Hablaba del *Fuero general* de Navarra.

del pais de Sobrarbe, á quien parece se concedió; de manera que podia titularse el *Fuero de los Infanzones*, como lo indica el artículo 137 del códice de Tudela que dice así: «Et establimos é damos por fuero á los infanzones de Sobrarbe etc. (1).» Y mas adelante: «El título y prólogo de este Fuero de Sobrarbe tampoco dan ninguna luz acerca de la época de su establecimiento, porque están llenos de inconexiones.» El de Tudela comienza diciendo: «En el nombre de Jesucrist, que es é será nuestro salvamento, empezamos este libro, por siempre remembramiento, de los Fueros de Sobrarbe é de cristiandad exaltamiento.» «En medio de estas dificultades, dice después, solo se puede asegurar que hubo un Fuero de Sobrarbe, pero nada de la época en que se estableció, del rey que intervino en su concesion, ni de sus leyes primitivas. Pudiera dudarse tambien si se le dió el nombre de Fuero de Sobrarbe por haberlo concedido á ese pais, ó por haberse formado en él; pero parece mas cierto lo primero, si se examina con reflexion el artículo 137 ya copiado: *et establimos é damos por fuero á los infanzones de Sobrarbe*: lo cual indica que dicho Fuero era relativo únicamente á la nobleza, esto es, á los hombres libres; pero tambien se mezclaron en ese código leyes y costumbres antiguas, y se adicionaron otras sucesivamente... Puede asegurarse finalmente, que hubo ciertos pactos sociales y jurados entre los monarcas y los pueblos de Navarra, Sobrarbe y Aragon, cuyos naturales, unidos desde el principio de la guerra contra los africanos, por costumbres, simpatías y necesidades que les eran comunes, caminaron tambien acordes en sus instituciones civiles, hasta que la division de las monarquías, las nuevas conquistas de Aragon, y las relaciones de Navarra con Francia, les hizo contraer respectivamente otros hábitos, y alejarse con el tiempo de los primitivos (2).

La Academia de la historia (dice el académico Tapia), que registró tantos autores y documentos originales para ilustrar la primera época del reino Pirenáico, da por sentado que en la elecion de Iñigo Arista se hicieron pactos fundamentales. Natural era, pues, prosigue, que se escribiesen para preservarlos del olvido; y esto se haria en latin, que era la lengua usada para los instrumentos públicos (3).

Sentados estos precedentes, y omitiendo otros que no harian sino complicar esta reseña de las diversas opiniones sobre la existencia, carácter y origen del Fuero de Sobrarbe, nosotros creemos que los vascones del Pirineo

(1) Diccion. de Antigüed. tomo 1. art. *Fuero general.*

(2) Ibid. pag. 578.

(3) Tapia, Historia de la Civilizacion española, tom. I. cap. 6.

que habia de resultar andando el tiempo la rica y armoniosa lengua castellana? Creemos que los eruditos Aldrete, Pellicer, Poza, Mayans y Ciscar, Larramendi, Escolano, Sarmiento, Marina y otros ilustres españoles que han tratado de propósito esta materia hubieran podido andar mas acordes en sus opiniones y sistemas, si algunos no se hubieran dejado llevar del apasionamiento hácia lo que se llama glorias de cada pais; flaqueza de que no suelen eximirse los escritores de mas ilustracion y criterio (1). No nos empeñaremos ahora nosotros en apurar la parte respectiva que en la formacion del nuevo idioma que lentamente se elaboraba pudo caber á cada uno de los elementos que entraron en su composicion: ni es de nuestro propósito, ni nos prometeriamos que de nuestro exámen saliera una opinion menos sujeta á controversia que las de los autores citados. Cúmplenos solo como historiadores considerar las circunstancias de tiempo y de lugar en que comenzó á obrarse esta fusion de idiomas y la situacion relativa en que cada pueblo entonces se hallaba, para deducir cuáles de ellos pudieron ejercer mas influjo en la construccion de aquella nueva é imperfecta gramática, de que despues habia de resultar una de las mas variadas y armoniosas lenguas vulgares.

Reunidos al abrigo de unos riscos los restos del imperio godo-hispano, apiñados alli y en inmediato contacto emigrados é indígenas, obispos, clérigos, monges, nobles y pueblo de diferentes comarcas de España, asi habitantes del interior como moradores de aquellas montañas que mas habian resistido la influencia civilizadora de los pueblos dominadores; los unos con el influjo que les daba su mayor saber, los otros con el ascendiente del número; viviendo todos en íntimo trato y comunicacion; hablando el clero y los hombres mas ilustrados el latin heredado de los romanos, mas ó menos alterado ó puro, degenerado en las masas, y adulterado y confundido en los dialectos usuales de éstas con vocablos del primitivo idioma que siempre conservan los pueblos, y con los que en mas ó menos copia dejan y trasmiten á cada pais las dominaciones que pasan, al modo de las arenas ó del limo que los rios desbordados van depositando en las comarcas que riegan: todos estos elementos, alli donde la necesidad, el peligro y el interés estrechaban

(1) Desconsuela ver la divergencia que en este punto se nota entre nuestros filólogos. Mientras Larramendi hace la lengua euskara ó vascongada una de las mas influyentes en la adulteracion del latin y en la formacion del castellano, Mayans y Ciscar la coloca en el último lugar de las que entraron en su composicion. «Los etimologistas, dice el escritor valenciano, hallarán en el territorio español mas etimologías en la lengua latina que en la árabe, mas en la arábiga que en la griega, mas en la griega que en la hebrea, mas en la hebrea que en la céltica, mas en la céltica que en la gótica, mas en la gótica que en la púnica, y mas en la púnica que en la vizcaina ó vascuence.» Orígenes de la lengua castellana. tom. II. p. 67.

tanto á los hombres, debieron entrar en la refundicion del idioma que comenzó á obrarse. Por lo mismo no tenemos dificultad en convenir en que al latin, raiz principal y elemento dominante siempre, se agregarian voces célticas, euskaras, fenicias, púnicas, griegas y hebreas, y que alterando su sintaxis, y modificándole en sus casos, desinencias é inflexiones, dieran nacimiento á la lengua mixta, que perfeccionada y enriquecida habia de ser la que despues habláran los españoles.

Siguiéronse luego las guerras con los árabes; las contínuas y recíprocas irrupciones; las conquistas y reconquistas, las treguas y alianzas. Comarcas enteras eran dominadas frecuente y alternativamente por españoles y sarracenos; árabes resentidos emigraban á territorio cristiano, cristianos habia en paises de contínuo ocupados por los árabes; ejércitos árabes y españoles peleaban juntos; cautivos musulmanes eran educados por los cristianos y los hacian sacerdotes, como los *clérigos sacricantores* de Alfonso el Casto; sacerdotes cristianos eran hechos cautivos por los sarracenos, y con sus predicaciones convertian después á los muslimes como San Victor (1); renegados de una y otra religion que se pasaban á los dominios contrarios; capitulaciones, cartas, embajadas, y por último enlaces matrimoniales entre súbditos y aun entre príncipes de ambos pueblos. Todas estas relaciones no podian menos de producir mezcla en los idiomas, y no estrañamos que Marina señale la lengua arábiga como una de las que se inocularon mas en la que hoy se habla en Castilla (2); ni que Escalígero dijera que eran tantas las voces arábigas que se encontraban en España, que podia hacerse de ellas un lexicon completo (3). Y aunque no carezca de razon un crítico moderno cuando dice, «que entrando en el exámen de la afinidad de las lenguas por el significado de ciertos vocablos y por el análisis, se entra en un laberinto y se prueban los mayores absurdos,» tales pueden ser las afinidades, y tan numerosas las voces y de tan clara procedencia, que no pueda ponerse en duda su origen, y no hay sino abrir el vocabulario español para hallar multitud de palabras cuya raiz, sabor y sonido arábigo es imposible desconocer.

Mientras asi se formaba la lengua en el Norte de España, los cristianos del Mediodía de tal manera llegaron á arabizarse, que al decir del ilustre cordo-

(1) Florez, Esp. Sagr. tom. 28: Apéndice III.—El mismo Florez, y Berganza en sus Antigüedades traen documentos de fundaciones religiosas, en los cuales se leen, entre los nombres de los firmantes, no pocos de presbíteros ó clérigos, ó con muy poca alteracion, ó completamente árabes, como *Melki presbiter*, *Maeruanus presbiter*, *Alaytrac presbiter*, *Ayub diaconus*, *Mohamudi diaconus*, etc.

(2) Memoria sobre el origen y progresos de la lengua, y especialmente del romance castellano, inserta en el tomo IV. de las de la Academia de la Historia.

(3) Joseph. Escalig. Epistolæ: epist. 228 ad Isaacum Fontanum.

bés Pablo Alvaro (1), á mediados del siglo IX. apenas se encontraba en aquella tierra quien supiese escribir bien una carta en latin, habiendo por el contrario muchísimos que hacian elegantes y muy correctos y limados versos en árabe. Y esto hubiera acontecido de todos modos con el trascurso de los tiempos, aun cuando el emir Hixem no hubiera prohibido, como prohibió, que se enseñase el latin en las escuelas de los cristianos, y ordenado el uso del árabe para todas las transacciones sociales.

Entretanto en el Oriente de España, en la Cataluña ó condado de Barcelona, formábase tambien otra lengua, nacida, como la castellana, del latin corrompido y modificado con los idiomas y dialectos de los pueblos de raza germánica que se establecieron en el Mediodía de la Francia, con quienes en tan inmediatas y tan largas relaciones estuvieron aquellas regiones españolas. Este idioma, construido tambien sobre las ruinas del romano, fué el provenzal ó lemosin, del que dijo nuestro historiador Gaspar Escolano: «La tercera lengua maestra de las de España es la lemosina, y mas general que todas..... por ser la que se hablaba en Provenza, y toda la Guiayna, y la Francia Gótica, y la que agora se habla en el principado de Cataluña, reino de Valencia, Islas de Mallorca, Minorca, etc (2).» Y hablábase en efecto el lemosin en la larga zona comprendida desde las fronteras de Valencia y parte de Aragon, Cataluña, la Guiena, Languedoc, Provenza, y la Italia Septentrional hasta los Alpes: era la lengua de los célebres *trovadores provenzales* (3).

No insistimos ahora mas sobre este punto, porque la historia y los documentos nos irán mostrando cómo el idioma, siguiendo la misma marcha que la nacion, se fué formando como ella sobre los fragmentos incoherentes y dispersos arrancados á anteriores dominaciones, que unidos con el tiempo habian de constituir una nacion y una lengua propia, abundante y rica.

(1) En su *Indiculus luminosus*.

(2) Hist. de Valencia, part. I., lib, 1. ap. 14.

(3) «Tal vez, añade un moderno escritor francés que suele hablar con acierto de las cosas de España, tal vez en Cataluña y Aragon tomó orígen el uso de la lengua provenzal, porque los catalanes en su famosa *Proclamacion católica* recuerdan al rey de España, como uno de sus principales méritos, que los primeros padres de la poesía vulgar fueron los catalanos....» Viardot, Hist. de los Arábes de España, part. II., cap. 2.

CAPITULO XIV.

ABDERRAHMAN III. EN CÓRDOBA:

DESDE GARCÍA HASTA ORDOÑO III. EN LEON.

De 912 á 950.

Toma Abderrahman el título de *Califa* y de *Emir Almumenim*.—Dedícase á pacificar la España musulmana.— Vence á Caleb ben Hafsûn.—Persigue y somete á los rebeldes de Sierra Elvira.—Breve reinado de García, primer rey de Leon.—Eleccion de Ordoño II.—Recobra Abderrahman á Zaragoza.—Muerte del famoso revolucionario Ben Hafsûn.—Triunfo de Ordoño II. sobre los árabes en San Esteban de Gormaz.—Derrota de los reyes de Leon y Navarra en Valdejunquera: resultados de esta batalla.—Llega Ordoño II. hasta una jornada de Córdoba.—Prende y ejecuta á cuatro condes de Castilla.—Muerte de Ordoño II.—Efímero reinado de Fruela II.—Jueces de Castilla: Lain Calvo y Nuño Rasura.—Alfonso IV. de Leon.—Gloriosos triunfos de Abderrahman.—Apodérase de Toledo.—Ramiro II. de Leon.—Encierra en un calabozo á su hermano Alfonso y á sus tres primos, y hace sacarles los ojos.—Su primera campaña contra los sarracenos: toma y destruye á Madrid.—El conde Fernan Gonzalez.—Célebres batallas de Simancas y Zamora: triunfos de Ramiro II.—Tregua con Abderrahman.—Prision y libertad de Fernan Gonzalez.—Muerte de Ramiro II. y elevacion de Ordoño III.

Llegamos á uno de los reinados mas brillantes de la dominacion árabe en España; pero tambien comienza á complicarse la historia de esta nacion, abriéndose nuevos teatros á los sucesos.

Reinaba García en Leon; gobernaban sus dos hermanos Ordoño y Fruela la Galicia y Asturias, como condes ó señores, ó si se quiere con el título honorario de reyes; á Borrell I. habia sucedido Sunyer en el condado de Barcelona (1); y en Navarra seguia reinando Sancho García ó Garcés, cuando

(1) Y no Miron, como suponen casi todas nuestras historias, inclusas las de Cataluña, hasta que en la obra antes citada del archivero Bofarull se fijó la verdadera cronología

subió al trono de los Beny-Omeyas el nieto de Abdallah, el hijo de Mohammed *el Asesinado*, el jóven y aventajado príncipe que estaba siendo el encanto y las delicias de la córte de Córdoba, el mas hermoso de los muslimes, el de color sonrosado y ojos azules, el amable, el gentil, el erudito y prudente Abderrahman, de quien anunciamos habia de ser la gloria y el orgullo de los Ommiadas, de quien dijo Ahmed Almakari, «que Dios le habia dado la mano blanca de Moisés, aquella mano poderosa que hace brotar agua de las peñas, que hiende las olas del mar, la mano que domina, cuando Dios lo quiere, los elementos y la naturáleza entera, y con la que llevó el estandarte del islamismo mas lejos que ninguno de sus predecesores.» Todos los pueblos y todos los partidos recibieron con júbilo la proclamacion de aquel jóven de veinte y dos años, á quien conocian ya por su discrecion y sus virtudes. Los partidarios de Abdallah veian en él al predilecto de su abuelo; los muzlitas no recelaban de un príncipe cuyo padre habia sido sacrificado por su propia causa; y hasta los cristianos andaluces, despues de las persecuciones sufridas, miraban con aficion al primer soberano musulman por cuyas venas corria sangre cristiana, porque «la madre que le parió (dice la crónica árabe) se llamaba María, hija de padres cristianos (1).»

Fué el primer emir de Córdoba que tomó el título de Califa á imitacion de los de Bagdad, abusivamente dado por nuestros historiadores á los que le habian precedido. Y deseando honrarle los pueblos le dieron tambien otros como el de Imam, de *Al-Nassir Ledin Allah* (amparador de la ley de Dios), y de *Emir Almumenin* (príncipe de los fieles), de que los cristianos hicieron por corrupcion *Miramamolin*. Fué el primero tambien que hizo grabar su nombre y sus títulos en las monedas, que hasta entonces no se habian diferenciado de las de los califas de Oriente sino en la indicacion del año y lugar en que se acuñaban. En las de Abderrahman se leia de un lado esta frase sacramental: *No hay mas Dios que Dios, único y sin compañero:* cincundada de una orla que contenia estas palabras: *En el nombre de Dios, este dirhem* (ó

de los condes. Es estraño que habiéndose publicado esta obra en 1836, y habiendo dado á luz tres años despues el diligente Cárlos Romey el tomo III. de su Historia de España, haya incurrido en el mismo error cronológico, haciendo á Miron sucesor de Wifredo el Velloso, cuando mediaron entre los dos Borrell., Sunyer ó Suniario, y Borrell II. Acaso no conoceria aun los *Condes de Barcelona vindicados*.

(1) Conde, cap. 68.—Segun un Mss. del Escorial á que se refiere Morales, Abderrahman III. era nieto de Abdallah y de Iñiga, hija de García Iñiguez el de Navarra, la cual fué cautivada en la batalla de Aybar en que murió su padre. Mohammed, hijo de esta cristiana, se casó tambien con otra, llamada María, de quien nació Abderrahman.

dinar) *ha sido acuñado en Andalucía* en tal año. De otro lado: *Imam Alnasir Ledin Allah Abd-el-Rahman Emir Almumenin;* y por último, la leyenda siguiente: *Mahoma es el apóstol de Dios: Dios le envió para dirigir el mundo, para anunciar la verdadera religion, y hacerla prevalecer sobre todas las demas, á despecho de los adoradores de muchos dioses.* La naturaleza de los caractéres arábigos y el carecer sus monedas de busto permitian tan largas inscripciones. A partir de este reinado muchas de ellas llevaban tambien el nombre del hagib ó primer ministro, lo cual no dejó en lo sucesivo de influir en las prerogativas de estos primeros funcionarios.

Dedicóse antes de todo Abderrahman á pacificar la España muslímica, y dirigiendo sus miras hácia los hijos del rebelde Hafsûn que seguian apoderados de Toledo, de algunas ciudades del Mediodia, y de gran parte del Este de España, hizo un llamamiento general á todos los buenos muslimes, los cuales acudieron en tanto número á la voz del nuevo califa, que para que las familias no quedáran sin apoyo y los campos sin cultivo, fué menester limitar las huestes, quedando reducidas á cuarenta mil hombres, distribuidos en ciento veinte y ocho banderas. Al frente de este ejército se encaminó Abderrahman hácia Toledo. Sometiéronsele pronto las fortalezas de la comarca, y no atreviéndose Caleb ben Hafsûn á sostener la campaña, salió en busca de refuerzos á la España Oriental, dejando encomendada la defensa de Toledo á su hijo Giafar. Siguióle allí el califa: su tio el valeroso Almudhaffar, bien conocido ya de los rebeldes, guiaba la vanguardia y se encargó de dirigir el combate. Pronto se encontraron con los enemigos en una espaciosa llanura á propósito para los horrores de una batalla campal, entre Toledo y las montañas de Cuenca. Prévias algunas ligeras escaramuzas entre las avanzadas de uno y otro ejército, empeñáronse en la lid ambas huestes en medio de espantosos alaridos y al ruido de las trompetas y añafiles (1). Algun tiempo estuvo incierta la victoria. Al fin la numerosa caballería de Abderrahman desordenó las filas contrarias, y siete mil cadáveres enemigos quedaron cubriendo el campo del combate; el triunfo costó al califa tres mil hombres: Ben Hafsûn se retiró á Cuenca con fuerzas respetables todavía. Era la primera batalla en que se encontraba el jóven Abderrahman, y se estremeció de ver tanta sangre muslímica derramada; los heridos de uno y otro partido le merecieron igual solicitud, y mandó que se curara á todos con esmero (913).

La continuacion de aquella guerra quedó al cuidado del entendido y leal Almudhaffar, y el califa se volvió á Córdoba acompañado de los principales je-

(1) *Al nafil*: una de las muchas palabras árabes que quedaron en nuestro idioma.

ques de las tribus andaluzas y de los gefes de su guardia particular. Poco tiempo permaneció en la córte del imperio. Habia entrado en su ánimo antes que todo sosegar las turbulencias intestinas y calmar los enconos de los partidos, y con este objeto se dirigió á las sierras de Jaen y Elvira, donde se abrigaban rebeldes que no cesaban de inquietar el reino. Cuál seria la politica, la prudencia, la dulzura, y la confianza que inspiraba el jóven califa, demuéstranlo los resultados. Los mas poderosos y altivos guerrilleros de aquellos montes no solo le rindieron las armas, sino que pidieron emplearlas en su servicio y ayudarle á acabar la guerra civil. Tales fueron el ya célebre Azomor, señor de Alhama, y el famoso Obeidalah, señor de Cazlona y gefe de los sediciosos de Huéscar y de Segura. El generoso Abderrahman no solo los recibió con benevolencia, sino que nombró al primero alcaide de Alhama, y al segundo walí de Jaen. Valióle esta conducta la sumision de mas de doscientos alcaides de poblaciones fuertes, que tremolaron en sus almenas el pendon real con gran contento del pais. Despues de lo cual regresó Abderrahman á Córdoba, y fué recibido del pueblo con inexplicable regocijo (915).

¿Qué era entretanto de los reyes de Leon? Las crónicas musulmanas no hablan de guerras con los monarcas cristianos en los primeros años de Abderrahman, ni los mencionan siquiera. Pero suplen este vacío las crónicas cristianas. Por ellas sabemos que el primer rey de Leon, García, hizo el primer año de su reinado (910) una espedicion contra los moros de Hafsûn, en que habiendo talado y quemado á Talavera, volvió con gran botin y cautivos, entre ellos el caudillo Ayola, que por descuido de los conductores logró fugarse (1). Que dotó, segun costumbre, varias iglesias y monasterios, entre ellos el de San Isidoro de Dueñas, y que murió en Zamora despues de un reinado de poco mas de tres años (desde diciembre de 910 á enero de 914). A su muerte, reunidos los grandes de palacio y los obispos del reino para el nombramiento de sucesor, con arreglo á la antigua costumbre de los godos, fué electo rey de Leon su hermano Ordoño, que gobernaba la Galicia, y que ya en mas de una ocasion habia aterrado á los musulmanes con sus arrojadas escursiones hasta el Guadiana. Asi volvieron á reunirse bajo un cetro Leon y Galicia, momentáneamente separadas (2).

Ocupábase Abderrahman, despues de los triunfos de Jaen y Elvira, en embellecer y agrandar los palacios, mezquitas, fuentes, y otros edificios de Córdoba y de otras ciudades de Andalucía, cuando recibió cartas de su tio Almudhaffar noticiándole sus ventajas contra los rebeldes de Ben Hafsûn, á

(1) Sampir. Chron. n. 17.

(2) Samp. ibid—Silens. Chron. p. 295.—Sandoval, Cinco Obispos—Morales, lib. 15.—Florez, t. 14.

quienes de tal manera habia acosado que ni se atrevian yà á entrar en las poblaciones, ni se tenian por seguros sino en las fragosidades mas ásperas de las montañas; añadiendo que para acabar de esterminarlos era menester reunir toda la gente de armas de la tierra de Tadmir, y perseguirlos sin tregua ni descanso, y sin consideraciones de una humanidad mal entendida. Penetrado el califa de las razones de su tio, escribió sobre la marcha á los gobernadores de Valencia y Murcia, para que al apuntar la primavera tuviesen toda su gente aparejada y pronta para entrar en campaña: él mismo partió con su caballería á la provincia que conservaba el nombre de Tadmir: recibiéronle con entusiasmo en Murcia, Lorca y Orihuela, visitó las ciudades de la costa, Elche, Denia y Játiva, detúvose unos dias en Valencia, y de alli por Murviedro, Nules y Tortosa siguió por la orilla del Ebro hasta Alcañiz, donde se presentaron á hacerle sumision multitud de gefes que habian sido del partido de Ben Hafsûn.

Dirigióse seguidamente á Zaragoza, ciudad de muchos años ocupada por aquel rebelde, y donde por lo mismo contaba con numerosos parciales. Pero la fama de Abderrahman y de sus virtudes era ya grande; casi todos los habitantes se declararon por él, en términos que acordaron abrirle las puertas sin condiciones y sin otra fianza que su generosidad. No debió pesarles de ello, porque el califa recibió á todos con su bondad acostumbrada, publicó un indulto para todos los partidarios de Ben Hafsûn que se hallasen en la ciudad ó se le sometiesen en un plazo dado, á escepcion del caudillo rebelde y sus hijos, de quienes exigia una sumision especial y con garantías que la asegurasen, y al dia siguiente entró en Zaragoza, dando un dia de júbilo á sus moradores. Gran prestigio ganó Abderrahman con la recuperacion de una plaza tan importante como Zaragoza, y tanto tiempo hacia desmembrada del imperio. Estas victorias alcanzadas sin efusion de sangre, prueban lo que puede un príncipe á quien antes que el aparato bélico y el esplendor de las armas ha precedido la fama de sus bondades y el brillo de sus virtudes.

Hallándose el califa en Zaragoza, cuya deliciosa campiña mostró agradarle mucho, presentáronsele dos enviados de Ben Hafsûn proponiéndole tratos de paz. El rey, dice la crónica árabe, los recibió sin aparato ni ostentacion en su campo á orillas del Ebro. El mas anciano de los dos, que era alcaide de Fraga, le expuso en muy atentos términos que los deseos de Ben Hafsûn eran de vivir en paz con él; que sentia como el que más la sangre que se derramaba en los combates, y que por lo mismo, si le reconocia la tranquila posesion de la España Oriental para sí y sus sucesores, él mismo le ayudaria á defender las fronteras de aquella parte; en cuyo caso y en prueba de su lealtad le entregaria inmediatamente las ciudades de Toledo y

Huesca, y los fuertes que tenia en su poder. Oyó Abderrahman el estraño mensage y respondió: «por un exceso de paciencia he sufrido que un rebelde se atreva á proponer tratos de paz al príncipe de los creyentes con aire de soberano: agradeced á vuestra calidad de parlamentarios el que no os haga empalar; volved y decid á vuestro gefe, que si en el término de un mes no viene á rendirme homenage, pasado este plazo no le admitiré ni con ninguna condicion ni en ningun tiempo.» Volviéronse, pues, los dos mensageros poco satisfechos del éxito de su mision, y Abderrahman, arreglado lo necesario al gobierno de Zaragoza, y dejando otra vez á su tio Almudhaffar el cuidado de la guerra, regresó de nuevo á Córdoba (1).

Las aclamaciones con que le recibió el pueblo de Córdoba turbáronse con la noticia que llegó de una nueva sublevacion en las sierras de Ronda y de Alpujarra. ¿Quién movia ahora á estos montañeses, cuando sus principales caudillos se habian sometido al califa? Un imprudente recaudador de las rentas del azaque habia vuelto á encender el fuego ya apagado. La dureza que empleaba en la exaccion, las demasías de los soldados que le acompañaban y que se entraban por las casas de los contribuyentes á arrancarles á la fuerza los impuestos, exacerbó los ánimos de aquellos montañeses, que acometieron á las tropas y mataron la mayor parte de ellas. Una vez de nuevo rebelados, volvieron á nombrar por su caudillo al alcaide de Alhama Azomor, el mas prudente y humano de todos, y de quien habian sido tratados con dulzura. Azomor, aunque acababa de someterse al califa y de ser favorecido por él, no tuvo el suficiente carácter para resistir á las exigencias de sus antiguos secuaces y al entusiasmo y empeño con que le proclamaban otra vez. Por debilidad, pues, mas que por su deseo, faltó al califa, y tornó á convertirse en caudillo de rebeldes. Indignado de tal conducta Abderrahman, acudió apresuradamente á sujetar á tan indócil gente, y su diligencia fué tál que apenas tuvieron tiempo los sublevados para internarse en las sinuosidades de sus breñas. Apoderóse el califa de muchos fuertes, mas como considerase que no era ocupacion digna de un gefe del imperio la guerra de bandidos, trasladóse á Jaen y desde allí á Córdoba.

Parecia destino de Abderrahman encontrarse, cada vez que entraba en la córte, con alguna importante nueva; esta vez era próspera y grata. Un despacho de su tio Almudhaffar le informaba de la muerte del obstinado Caleb ben Hafsûn, acaecida en un castillo de las inmediaciones de Huesca (en mayo de 919). Abderrahman dió gracias á Dios por la desaparicion de tan terrible enemigo. Quedaban, no obstante, todavía sus dos hijos, Suleiman y Giafar,

(1) Conde, cap. 71.

herederos del valor y del espíritu revolucionario y terco de su abuelo y de su padre, que asi se trasmitian y perpetuaban de generacion en generacion entre los sarracenos los odios de familia y de tribu.

Mientras el califa y sus huestes se hallaban ocupados en sujetar los rebeldes de su mismo imperio, el rey de Leon Ordoño II. que ya antes de serlo habia dado pruebas de su belicoso ardor á los musulmanes, mostraba al tercer Abderrahman que habia empuñado el cetro de Leon un monarca por cuyas venas corria la sangre de Alfonso el Magno. Despues de haber devastado el territorio de Mérida, y puesto á los meridanos mismos en la necesidad de comprarle una paz humillante á fuerza de dádivas (918), corrióse á la tierra de Castilla conocida ya con el nombre de Campos de los Godos. Otra acometida que hizo á Talavera, algo reparada ya por los moros de la destruccion de su hermano García, hizo que Abderrahman pensára en atajar los progresos del atrevido cristiano, y juntando grueso ejército, penetró con él hasta San Esteban de Gormaz. En mal hora avanzaron hasta alli los musulmanes; el valiente Ordoño los atacó de improviso, y ganó sobre ellos tan brillante victoria, que al decir del obispo Sampiro, *delevit eos usque ad mingentem ad parietem*, y segun el Monge de Silos, desde San Esteban hasta Atienza quedaron montes, collados, bosques y campos tan sembrados de cadáveres sarracenos, que sobrevivieron pocos que pudieran llevar al califa la nueva de tan fatal derrota (919): que grande debió ser aunque se suponga la asercion de los cronistas algo exagerada (1). Decímoslo, porque no debieron quedar los musulmanes tan completamente deshechos, cuando al poco tiempo se los vió vengar en Mindonia el desastre de San Esteban de Gormaz, haciendo en las tropas de Ordoño considerable matanza.

Pero otro suceso, de mas compromiso aún, sobrevino al año siguiente, no ya solo al rey de Leon, sino al de Leon y al de Navarra juntos. El ilustre Sancho García (Abarca), que despues de haber dilatado maravillosamente los términos de su reciente reino habia encomendado la direccion del estado á su hijo García, y retirádose él al monasterio de Leire, veia su provincia invadida cada dia y sin cesar hostigada por el valeroso Almudhaffar que guerreaba por la parte de Zaragoza. La noticia de una mas numerosa irrupcion de musulmanes debió despertar su antiguo ardor bélico, y hubo de dejar el claustro para acudir al socorro de su hijo: ello es que nos presentan las crónicas á uno y otro príncipe pugnando por rechazar el torrente invasor: y como se sintiesen todavia débiles para resistirle, reclamó

(1) Silens. p. 297.—Sin embargo no tenemos otra guía para estos sucesos que las crónicas cristianas, pues los historiadores árabes guardan aqui un profundo, y como si fuese estudiado silencio.

García el auxilió del monarca de Leon. No vaciló el leonés en responder al llamamiento del navarro, y púsose en marcha para darle ayuda. Acompañábanle dos prelados, Hermogio de Tuy y Dulcidio de Salamanca (1), llevados de aquella aficion á las lides y al estruendo de las armas que tenia entonces contaminados á sacerdotes y obispos. Invitó Ordoño á varios condes de Castilla á que se le incorporáran y ayudáran en esta empresa, mas ellos, ó abiertamente se negaron, ó por lo menos no respondieron á la excitacion, y Ordoño prosiguió con sus leoneses hasta juntarse con Sancho y García, y verificada que fué la union marcharon en busca del enemigo que hallaron acampado entre Estella y Pamplona, ó mas bien entre Muez é Irujo, en un valle que por estar cubierto de juncos se llamó Val-de-Junquera (921).

Allí se dió la batalla de este nombre, tan fatal para los tres reyes cristianos. Disputada fué la victoria, pero declaróse por los agarenos, los cuales, entre otros muchos cautivos, llevaron á Córdoba los dos ilustres prelados. Dulcidio pudo al fin obtener su rescate: Hermogio para poder volver á su diócesis tuvo que dejar en rehenes á su sobrino Pelayo, niño de diez años, que encerrado en un calabozo alcanzó después la palma del martirio, y cuya desventurada y lastimosa historia mas adelante referiremos. Derrota fué la de Valdejunquera que hubiera podido ser mucho mas desastrosa para los cristianos, y muy señaladamente para el rey de Navarra, si en lugar de seguirle las huellas no hubieran tomado los moros con extrañeza general el camino de Francia por los ásperos y rudos senderos de las montañas de Jaca, sin que sepamos qué objeto pudo moverlos á tan aventurada expedicion. Sabemos, sí que algunos llegaron por la Gascuña hasta Tolosa, donde acaso se contentaron con la curiosidad de visitar rápidamente, ó con la vanidad de poder contar que habian visitado los paises donde habian llegado las armas de sus mayores. De todos modos al regreso tuvieron ocasion de reconocer su imprudencia, porque rehechos Sancho y García, los esperaron en los terribles desfiladeros del Roncal, donde vengaron la derrota de Valdejunquera, por mas que Murphy parezca ó negarlo ó ignorarlo (2).

Tampoco hablan las historias árabes de lo que hizo el rey de Leon durante la expedicion del ejército musulman allende el Pirineo. Parece estudiado olvido el que sobre estos reinados padecieron los escritores mahometanos. Mas no por eso hemos de dejar de mencionar nosotros la atrevida incursion

(1) El mismo á quien, siendo presbítero de Toledo, envió Alfonso el Magno á Córdoba á estipular con Abdallah las condiciones de la paz.

(2) Abarca y Moret en sus historias.—Murphy, c. 3.

de Ordoño II. por las tierras muslímicas, asegurando el cronista Sampiro que llevó su arrojo hasta ponerse á una jornada de Córdoba (1). De vuelta de esta arriesgada correría y hallándose en Zamora tuvo el sentimiento de perder su primera esposa Elvira (2), á quien amaba mucho, y de quien tenia cuatro hijos y una hija, Alfonso, Sancho, Ramiro, García, y Jimena: sentimiento que no le impidió contraer segundas nupcias con una señora llamada Aragonta, gallega tambien como Elvira, y á la cual repudió luego (3), pasando á tomar otra tercera muger de la sangre real de Pamplona, Sancha, hija de García (4).

No podia olvidar el monarca leonés el desaire y agravio que le hicieron los condes de Castilla en haberse negado á acompañarle y auxiliarle en la guerra de Navarra; y como á su falta atribuyese en gran parte el desastre de Valdejunquera, determinó castigar con todo rigor á los que tanto habian ofendido su autoridad. El resentimiento parecia fundado: el castigo no le aplaudiremos nosotros si fué del modo que Sampiro refiere. Cuatro eran los condes que principalmente se habian atraido el enojo del rey, y los mas poderosos de aquella época; Nuño Fernandez (el suegro de su hermano y predecesor don García), Abolmondar el Blanco (en cuyo nombre no puede desconocerse la procedencia árabe), su hijo Diego, y Fernando Ansurez. Sabedor Ordoño de que todos cuatro se hallan reunidos en Burgos, los invitó á una conferencia en un pueblecito de la provincia llamado Tejares sobre las márgenes del Carrion. Acudieron allí sin desconfianza los desprevenidos condes; y tan luego como los tuvo en su poder hízolos conducir, cargados de cadenas, á las cárceles de Leon: despues de lo cual ya no se supo mas sino que todos habian sido condenados á muerte. De desear seria que se descubriera, si llegó á formarse, el proceso de estos desgraciados.

Dos solas ciudades de Navarra se levantaron por la causa de los condes, Nájera y Viguera (entonces Vecaria ó Vicaría). Nuevamente solicitó el navarro el auxilio del leonés para el recobro de las dos fuertes ciudades rebela-

(1) Chron. n. 18.

(2) Sampiro la llama Nuña. El arzobispo don Rodrigo la supone dos nombres, cosa muy comun en aquel tiempo.—Florez, Reinas Católicas, tom. I, pag. 79.

(3) Este acto del repudio, que algunos escritores censuran ágriamente en Ordoño, y que otros omiten como quien huye de lastimar su reputacion, era muy frecuente en aquellos tiempos, y de ello encontraremos en lo de adelante ejemplos muy repetidos. En Navarra, al decir de Yanguas (Hist. de Navar. pag 43), los nobles podian divorciarse libremente segun fuero, y los plebeyos pagando un buey de multa. El obispo de Pamplona Pedro de París, aconsejó á Sancho el Sabio que no permitiese semejante abuso, y el rey con acuerdo de los ricos-hombres mandó que los matrimonios hechos con capellan y sortija no pudieran deshacerse.

(4) Florez, Reinas Católicas, tom. I,

das, y nuevamente acudió Ordoño en persona al frente de su ejército, y obrando en combinacion con García, no tardó en poner á su amigo y aliado en posesion de aquellas dos importantes plazas. En esta espedicion, última que hizo el rey Ordoño (923), fué cuando obtuvo la mano de la princesa Sancha (1), viviendo aun la repudiada Aragonta.

Poco tiempo pudo gozar de los halagos de su nueva esposa. Regresado que hubo con ella á sus estados, sorprendiòle la muerte en el camino de Zamora á Leon (enero de 924) á los nueve años y once meses de reinado. Fué el primer monarca que se enterró en la suntuosa catedral de Leon que él mismo habia hecho erigir desde 916 en el sitio donde estaban los palacios reales (2).

Aunque Ordoño II. dejaba los cuatro hijos varones que hemos nombrado, á ninguno de ellos le fué dada la corona. Los magnates y prelados colocaron en el trono de Leon á su hermano Fruela, que gobernaba las Asturias dándose el título de rey, verificándose asi que todos tres hijos de Alfonso el Magno fueron sucesivamente reyes de Leon, con perjuicio de los hijos del segundo: bien para la unidad española, porque de esta manera volvieron á unirse en el tercero de estos principes Leon, Galicia y Asturias, divididas á la muerte de su padre. No sabemos qué pudo mover á los grandes á dar esta preferencia á Fruela II., cuyo corto reinado de catorce meses solo ha suministrado á la historia dos actos de insigne crueldad é injusticia cometidos con dos hijos de un caballero leonés nombrado Olmundo, condenando á muerte al uno, y desterrando del reino al otro, que lo era Fronimio, obispo de la ciudad, sin razon ni causa que se sepa, como acaso no los sospechára cómplices en las anticipadas pretensiones de Alfonso, hijo de Ordoño II., al trono que ocupaba su tio. De todos modos no debió aparecer justificado el motivo, puesto que el hecho le concitó la odiosidad de sus súbditos, y á castigo providencial de aquella arbitrariedad tiránica atribuyeron la temprana muerte del rey (925), y la inmunda lepra de que sucumbió. Algunas fundaciones y donaciones piadosas y un camino público hecho en Asturias, todo antes de ser rey de Leon, fueron los únicos recuerdos que dejó este monarca (3).

En el mismo año que se coronó rey de Leon Fruela II., falleció el ilustre rey de Navarra Sancho García Abarca, dejando por sucesor del reino á su hijo García Sanchez llamado el Temblon (4).

(1) Sanctiva la llama Mariana.

(2) En su sepulcro se leen dos largos epitafios latinos, que son como un compendio de su historia.

(3) Sampir. Chron. n. 20.—Risco, Esp. Sagr. tom. 37.

(4) Porque temblaba, dicen, y se agitaba siempre al entrar en batalla, no de miedo, añaden, sino por natural ardor é impaciencia de vencer al enemigo.

Refiérese tambien á este tiempo la creacion de un famoso tribunal en Castilla; creacion que aunque descansa en el testimonio del arzobispo don Rodrigo, escritor muy posterior á la época de los sucesos, alcanzó gran celebridad histórica, y ha sido después objeto de graves cuestiones entre los críticos. Hablamos de la institucion de los *Jueces de Castilla*. Refiérese que indignados los castellanos de las arbitrariedades de los monarcas leoneses, y no siéndoles facil levantarse en armas contra su autoridad, acordaron proveer por sí mismos á su gobierno, á cuyo fin eligieron de entre los nobles dos magistrados, uno civil y otro militar, con nombre de *Jueces*, título que les recordaba su mision de hacer justicia, no el derecho de autoridad sobre los pueblos, ni menos el de oprimir su libertad. Que para este honroso cargo nombraron á Lain Calvo y á Nuño Nuñez Rasura, yerno aquél de éste, aquél para los negocios de la guerra, por ser varon de grande ánimo y esfuerzo, éste para los asuntos civiles, por su mucha instruccion y prudencia. Que estos magistrados juzgaban por el Fuero Juzgo de los visigodos, y que bajo esta forma semi-republicana se rigió la Castilla hasta que se erigió en condado independiente. Por último, que de estos dos primeros jueces trajeron su procedencia y fueron oriundos los ilustres Fernan Gonzalez y Rodrigo Diaz de Vivar, que sucesivamente se hicieron después tan célebres en los fastos españoles (1).

Del mismo modo que Fruela II. habia sido antepuesto en la dignidad real á los hijos de su hermano Ordoño, así á su fallecimiento se vieron á su vez postergados los hijos de Fruela eligiendo los grandes al mayor de los de Ordoño, Alfonso, que ciñó la corona con el nombre de Alfonso IV. (2): prueba grande de la libertad electiva que seguian ejerciendo los prelados y nobles del reino. De carácter pacífico y devoto Alfonso IV., aunque débil y voluble, comenzó su reinado con un acto de justa reparacion, llamando del

(1) Emitiremos mas adelante nuestro juicio sobre esta institucion, que admitió sin vacilar Mariana, que niegan sus comentadores, y sobre la que escribió Masdeu una de las *Ilustraciones* de su Historia Crítica. —Diremos, no obstante, que en la provincia de Burgos, á trece leguas de la capital, partido judicial de Villarcayo, existe un pueblo llamado *Visjueces*: en el pórtico de su iglesia se ven dos estátuas de piedra, que dicen representar los dos primeros jueces de Castilla, sentados en actitud de administrar justicia, por ser este el pueblo donde supone la tradicion tenian su residencia y tribunal los dichos jueces, y de aquí el nombre de *Visjueces*, corrupcion del antiguo *Vijudico*. Al pie de las estátuas se leen las siguientes inscripciones.

Laino Calvo fortissimo Civi Gladio, Galeæque civitatis.
Nuño Rasure Civi sapientissimo civitatis Clipeo.

(2) Los hijos de Fruela, habidos de su primera esposa Nunilona Jimena, eran tres, Alfonso, Ordoño y Ramiro, y otro tenido fuera de matrimonio nombrado Aznar. Su segunda muger se llamaba Urraca. Florez, Reinas Católicas, tom. I.

destierro y reponiendo en su silla al obispo Fronimio relegado por su tio Fruela (927). En el mismo año hizo una espedicion á Simancas, donde erigió silla episcopal. Pero inclinado Alfonso á las prácticas y ejercicios de devocion, y mas dado á ellas que á los cuidados del gobierno, resolvió en el quinto año de su reinado abdicar el cetro para retirarse al claustro, y llamando á su hermano Ramiro que se hallaba en el Vierzo (entre Leon y Galicia), con acuerdo de los grandes y demas electores reunidos en Zamora, hizo en él cesion formal de la corona de Leon (11 de octubre de 930), ejecutado lo cual se retiró al monasterio de Sahagun sobre el rio Cea, donde tomó el hábito de monge.

Dejemos reposar en su claustro al monge ex-rey, mientras damos cuenta de cómo marchaban las cosas del imperio musulman bajo la vigorosa conducta del emir Almumenin Abderrahman III.

Los moros rebeldes de Sierra Elvira habian vuelto á lograr algunas ventajas sobre las tropas imperiales, y su primer caudillo Azomor se habia apoderado otra vez de Jaen. Otra vez tambien tuvo que acudir Abderrahman en persona á apagar el nuevo incendio. Al aproximarse á Jaen huyeron los sediciosos á sus guajaras y riscos, y Azomor fué á buscar su último asilo en Alhama, ciudad fuerte por su natural posicion, guarnecida ademas con gigantescas torres, provista de almacenes y rebosando de agua sus algibes. Pero allí le siguió Abderrahman, resuelto á no alzar reales hasta ver á sus pies la cabeza del pérfido Azomor. Rudos y obstinados fueron los ataques, y obstinada y ruda la defensa de los sitiados. Desesperaba al califa la dilacion de un sitio en que veia comprometida su honra. Al fin aplicado un combustible á una parte enmaderada del muro, que calcinando la obra sólida produjo su desplomo y abrió una ancha brecha, por encima de aquellos ardientes escombros penetraron arrojadamente en la ciudad los soldados del rey. Muchos defensores murieron peleando: todo lo que se halló con vida en la poblacion, sin distincion de edades ni sexos, fué pasado á cuchillo: reconocióse entre los moribundos á Azomor acribillado de heridas y horriblemente desfigurado. Abderrahman en cumplimiento de su promesa mandó decapitarle, y su cabeza fué el parte triunfal que se envió á Córdoba.

De Alhama pasó el califa á Granada, cuya pintoresca situacion, bordados ya de jardines los amenos valles del Darro y del Genil, agradóle mucho, y se detuvo allí algun tiempo. Allí bajaron á prestarle sumision los rebeldes de las sierras, que privados de su gefe se vieron en la necesidad de reconocer al califa, quedando así extinguidas unas facciones que por espacio de medio siglo habian tenido en continuo desasosiego la Andalucía y ensangrentado muchas veces sus campos.

Terminada esta guerra, volvió el califa su atencion hácia Toledo, que en poder de Giafar, el hijo de Ben Hafsûn, estaba siendo largos años hacia padron de afrenta para los soberanos Beni-Omeyas. Esta vez se propuso Abderrahman á todo trance recobrarla para el imperio. Por espacio de dos años hizo que sus caudillos se ocuparan exclusivamente en talar la tierra, no dejando en pie ni mieses ni frutos de ningun género. Apurada ya de recursos la ciudad, convocó el califa todas las banderas musulmanas, y él mismo con sus cordobeses estableció su campo al Norte de la plaza, el solo punto por donde no la ciñe el Tajo. Destruidos los antiguos edificios que habia entre el campo y la ciudad y que servian de avanzados baluartes á los sitiados, de tal manera se apretó el cerco, que convencido Giafar de la imposibilidad de sostenerse trató con los principales toledanos sobre el mejor modo de salir de tan difícil trance. Una mañana al romper el alba y cuando todo reposaba todavía en el campamento árabe, salió Giafar con dos mil ginetes, cada uno de los cuales llevaba otro soldado á la grupa ó asido de la cincha del caballo, y abriéndose impetuosamente paso á través del campo enemigó, cuando las tropas reales se apercibieron de este inopinado movimiento apenas pudieron ya hacer algunos prisioneros. El califa prohibió que se persiguiera á los fugitivos, suponiendo que le seria entregada la ciudad, y así fué. Aquel mismo dia salieron comisionados á ofrecerle obediencia, aprovechando, decian, el primer momento en que se veian libres de sus opresores. Este habia sido el plan concertado entre los toledanos y Giafar. Abderrahman aceptó benévolamente su ofrecimiento, dándoles seguridad de sus vidas y bienes; y entró el tercer Abderrahman en Toledo por la puerta Bisagra en el año 315 de la hegira (927), despues de cerca de cincuenta años de estar la ciudad emancipada del dominio ommiada (1)

El gran recurso de los moros rebeldes cuando se veian vencidos era buscar apoyo en los cristianos. Así lo habia hecho Caleb Ben Hafsún acogiéndose á Sancho Abarca el de Pamplona poco antes de su muerte, y así lo hizo ahora su hijo Giafar, prefiriendo hacerse vasallo del rey de Leon, que lo era Alfonso IV., á someterse al califa de Córdoba. A tal extremo llegaba la enemiga y el encono de los bandos y parcialidades que dividian á los mahometanos. Gran partido hubiera podido sacar de esta sumision otro que hubiera sido menos irresoluto y débil que el cuarto Alfonso.

Dejamos á este príncipe en 930 haciendo la vida del monge en el monasterio de Sahagun. Al año siguiente su hermano Ramiro II., mas animoso y resuelto que él, se hallaba en Zamora preparando una expedicion contra

(1) Conde, cap. 72 y 73.

los moros, cuando llegó el inopinado aviso de que Alfonso, tan voluble en el claustro como en el trono, habia dejado la morada religiosa y trasladádose á la córte de Leon, cambiada otra vez la cogulla monacal por las vestiduras reales. Ramiro, de genio vivo y belicoso, y de temperamento irascible y fuerte, á la noticia de esta novedad mandó tocar clarines y blandir lanzas, y con el ejército que tenia preparado contra los sarracenos tomó apresuradamente el camino de Leon, y sin permitir un momento de descanso á sus tropas llegó á la ciudad, que asedió y estrechó hasta rendirla; apoderóse de Alfonso, y le encerró en un calabozo con grillos á los pies (1).

Acaso la noticia de esta prision hizo pensar á los tres hijos de Fruela II Alfonso, Ordoño y Ramiro, que se hallaban en Asturias, en aprovecharse de las discordias de sus primos para algun proyecto personal, y mas cuando no habrian olvidado que eran los hijos del tercer monarca leonés. Ello es que Ramiro II. pasó á Asturias á invitacion de los nobles asturianos, invitacion que hubo de parecerle sospechosa, puesto que fué bien prevenido y escoltado. Si habia designios contra él, no solo supo frustrarlos, si no que apoderándose de los tres hijos de Fruela los hizo conducir á Leon, y encerrándolos en la misma prision en que tenia á Alfonso, en un mismo dia ordenó que á todos cuatro les fuesen sacados los ojos con arreglo á la cruel legislacion goda. Añádese que mas adelante los mandó trasladar al monasterio de Ruiforco, donde fueron tratados hasta su muerte con mas humanidad y blandura. Alfonso el Ciego, el ex-monge, vivió todavia mas de dos años. Habia tenido de su muger Iñiga un hijo, á quien veremos figurar después bajo el nombre de *Ordoño el Malo* (2).

Tan luego como Ramiro II. se vió, aunque por tan crueles medios, afirmado en el trono, no permitiéndole su belicoso genio tener ociosas las armas, y no olvidando que aquel mismo ejército que le habia servido para reducir y castigar á su hermano y primos le habia reunido anteriormente para combatir á los sarracenos, celebró un consejo ó asamblea de los magnates del reino para acordar hácia qué parte de los dominios musulmanes convendria llevar las banderas cristianas. Determinóse dirigirse hácia el Este, y el ejército leonés acaudillado por Ramiro franqueó la sierra de Guadarrama, que era la marca fronteriza de moros y cristianos por la parte de Castilla, y se puso sobre Magerit (3), desmanteló sus murallas, pasó á cuchi-

(1) Samp. Chron. n. 21.

(2) Samp. Chron. l. c.

(3) Es la primera vez que suena en la historia el nombre de esta poblacion que andando los siglos habia de ser la capital de España. El cronista Asturicense la nombra *Magerit*: el Monge de Silos y Lucas de Tuy *Magerita*; don Rodrigo de Toledo *Majori-*

llo su guarnicion y habitantes, ejecutó lo mismo en Talavera, y sin que pudiese darle alcance el walí de Toledo se retiró á su capital cargado de despojos (932).

El conde Fernan Gonzalez que gobernaba á Castilla avisó luego á Ramiro del peligro en que ponia sus tierras el movimiento de las tropas musulmanas, ansiosas de vengar los desatres de Madrid y Talavera, y conjurábale que acudiera en su socorro. Hízolo así el leonés, y avanzando hácia Osma, é incorporadas las tropas del monarca y del conde, encontraron á las de Almudhaffar acampadas cerca de aquella ciudad. Empeñóse allí un recio combate, y «el Señor por su divina clemencia (dice la cronica cristiana) dió á Ramiro la victoria; muchos enemigos mató, multitud grande de cautivos llevó consigo, y regresó á sus dominios gozoso de triunfo tan brillante (1).» Y, sin embargo, atribuyéronse los árabes la victória, segun en sus historias se lee; y cuando Almudhaffar á su regreso por Talavera, cuyos demolidos muros hizo reparar, entró en Córdoba, fué recibido en medio de aclamaciones: cosa muy comun en las guerras, aplicarse el triunfo de una misma batalla unos y otros contendientes (933).

Estos primeros hechos de armas de Ramiro II. no fueron sino los preliminares de otros mas brillantes y ruidosos, que habian de mostrar á los mahometanos que si ellos tenian un Abderrahman III. y un Almudhaffar, guerreros insignes, los cristianos tenian un Ramiro II. y un Fernan Gonzalez, que sabian medir con ellos su poderío y su brazo y les harian probar el alcance y temple de sus armas. Hubo, no obstante, de mediar alguna tregua entre los sucesos referidos y los que ocurrieron después. Para la inteligencia de estos necesitamos exponer la situacion en que se encontraba el imperio muslímico español y sus relaciones con los mahometanos de Africa.

De mal grado sujetos siempre los musulmanes africanos á los califas de Damasco y de Bagdad, habian logrado los descendientes de Edris sacudir el yugo de los Abassidas de Oriente y fundar en Fez el imperio independiente de los Edrisitas. Otra dinastía rival de ésta, la de los Aglabitas, habia alzado el pendon de la independencia y erigido otro imperio en la parte central del Magreb, estableciendo la córte de su nuevo estado, primero en Cairwan, después en Tunez. Los Aglabitas habian extendido su dominacion á la Sicilia

tum: es la misma que el Nubiense llama *Maghlit*, y de la que dijo mas expresamente la crónica de Cardeña: «Regnó don Ramiro XX annos, é cercó á *Madrid* é prisóla é lidió muchas veces con los moros é fué «aventurado contra ellos.» Debia ser ya Madrid entonces plaza fuerte y de alguna importancia, como situada cerca del cordon fronterizo de los castillos cristianos y como un fuerte avanzado para proteger à Toledo. Samp. n, 22.—Chron. Silens.—Id. Tudens.—Roder Tolet. lib. V.—El Edris. Clima IV.

(1) Samp. Chron. n. 23.

y la Calabria y llevado sus devastadoras excursiones á todo el litoral de Italia. A principios del siglo X. levantóse en África otro nuevo profeta, Obeidallah Abu Mohammed, que se nombraba *Al Mahadi* (el conductor), y se decia, como Edris, descendiente de Alí y de Fatima la hija de Mahoma. Este impostor acertó á fanatizar las poblaciones africanas que en gran número se le adhirieron y reconocieron por gefe, y en poco tiempo fundó otro nuevo imperio en el Magreb central, fijando su córte en una ciudad nueva que de su nombre denominó Almahadia. Arrojados por él los Aglabitas de Cairwan y de Sicilia, sujetos tambien á su obediencia los Edrisitas del Magreb, pronto la naciente monarquía de el Mahadi ó de los Fatimitas se encontró mas extensa, pujante y poderosa que la de los mismos califas de Córdoba y de Bagdad. El octavo soberano edrisita de Fez, Yahia, se veia cercado en su capital por el Mahadi, y solo á costa de oro y de su independencia pudo comprar una seguridad momentánea. A poco tiempo se apoderó de la ciudad el emir de Mequinez, y le obligó á salvarse con la fuga. El depuesto Ben Edris invocó el auxilio del califa de Córdoba Abderrahman III, el cual, ya acordándose de la antigua amistad de los Edrisitas y los Ommiadas, ya por el interés de atajar los progresos de los Fatimitas que podian ser peligrosos para la misma España, ya tambien porque viese ocasion de extender sus dominios por la costa de África, envió en socorro del destronado rey de Fez un ejército y una escuadra.

No es nuestro propósito referir las vicisitudes de las terribles guerras de Almagreb que empaparon de sangre los campos africanos, sino indicar solamente que estas espediciones lejanas gastaban al califa de Córdoba las fuerzas que le hubiera sido mas conveniente emplear contra los cristianos españoles. Cierto que por un pacto con el último heredero de la estirpe de los Edris llegó Abderrahman III. á gobernar á Fez por medio de uno de sus walíes, mientras el príncipe protegido se habia venido á residir en la Península; pero ademas de haberle costado muchas pérdidas y no poca sangre de los suyos, debió convencerse de que en pais como el de Almagreb era mas fácil hacer conquistas que conservarlas, por mas que el engrandecimiento momentáneo de sus dominios pudiera lisonjear su amor propio. En esto tenia empleada una gran parte de su ejército cuando ocurrieron en España los sucesos que vamos á referir.

Ramiro de Leon habia empezado á inquietar de nuevo á los musulmanes por la parte de Lusitania y Estremadura, y un poderoso walí nombrado Omeya ben Ishak Abu Yahia (1), resentido con el califa por haber condena-

(1) Sampiro dice que era el de Zaragoza, el árabe Masudi supone que lo era de Santarén.

do á muerte á un hermano suyo, pasóse al rey de Leon arrastrando consigo muchos valientes musulmanes de la frontera, y entregándole los castillos que dependian de su gobierno (937). Sabido por Almudhaffar, hizo con sus cordobeses una correría hácia el Duero como para neutralizar el mal efecto de aquella defeccion, pero volvióse por Mérida á Córdoba, sin otro resultado que el de una algara comun. Esto mismo le movió á concertar con el califa y con el divan una espedicion séria para castigar al propio tiempo las atrevidas incursiones de Ramiro el cristiano y la deslealtad escandalosa de Abu Yahia.

Proclamóse entonces la guerra santa: á la voz del califa toda la España musulmana se puso en movimiento: Almudhaffar conducia la caballería de los Algarbes; Abderrahman salió de Córdoba con su guardia y la flor de los caballeros andaluces, con gran cortejo de jeques y llevando en su compañía todo el divan: los caminos, dicen sus crónicas, estaban cubiertos de gentes y aparatos de guerra: el punto de reunion eran los campos de Salamanca. A orillas del Tormes se formó un vasto campamento (fines de 938), en que figuraban todas las tribus muslímicas de España en número de cien mil guerreros. Pasada revista general y tomadas todas las disposiciones, púsose el ejército en marcha en la primavera de 939, y pasando sin resistencia el Duero, talando campos y quemando poblaciones, y haciendo (dice su crónica) los estragos de las tempestades, llegó la muchedumbre sarracena á la vista de Zamora, «fuerte á maravilla, circundada de siete muros de robusta y antigua fábrica, obra de los pasados reyes, con dobles fosos anchos y profundos llenos de agua, y defendida por los mas valientes cristianos.» Comenzó el sitio: los cercados hacian salidas que los mismos enemigos llaman impetuosas, si bien rechazadas por los tiradores árabes, que á la menor señal salian de sus tiendas armados de arco y de lanza, y montados en ligerísimos corceles.

En esto supo Abderrahman que Ramiro le iba al encuentro con gran golpe de gente cristiana, y con esta noticia, dejando veinte mil hombres en el cerco de Zamora al cargo del wali de Valencia y de Abdallah ben Gamri, pusiéronse en marcha el califa y Almudhaffar el Duero arriba en busca del ejército leonés. Encontráronse ambas huestes cerca de Simancas hácia la confluencia del Pisuerga y del Duero. Los escritores árabes y cristianos refieren todos que al dia siguiente hubo un espantoso eclipse de sol que en medio del dia cubrió la tierra de una amarillez oscura, que llenó de terror á aquellos guerreros que no habian visto en su vida cosa semejante (1). Inútil

(1) El eclipse fué cierto, y le mencionan no solo las historias arábigas sino tambien Sampiro, los Anales de Saint-Gall, Luitprand, los Monges de San Mauro en su Cro—

es decir cuanto consternaria este fenómeno á los supersticiosos cristianos, y á los mas supersticiosos musulmanes. Dos dias pasaron sin que unos ni otros hicieran movimiento alguno. Al tercero comenzó el ruido de los añafiles y trompetas y los alaridos de ambas huestes á anunciar el combate. Dejemos á los autores árabes que nos cuenten ellos mismos esta memorable batalla.

«Bajaba el inmenso gentío de los cristianos muy apiñado en sus escuadrones, y con enemigo ánimo se acometieron ambas huestes y se trabaron con atroz matanza. Por todas partes se veia igual furor y constancia: el príncipe Almudhaffar recorria todos puestos animando á los muslimes, blandiendo su robusta lanza, y revolviendo su feroz caballo entraba y salia en los mas espesos escuadrones enemigos, haciendo cosas hazañosísimas. *Sostenian los cristianos el encuentro de la caballería muslímica con admirable esfuerzo, y su rey Radmir con sus caballos armados de hierro rompia y atropellaba cuanto se le ponia delante*: el rebelde Aben Ishac (Abu Yahia, el que acompañaba á Ramiro), con sus valientes caballeros andaba tambien cubierto de crugientes armas, derramando la sangre de los muslimes como el mas feroz de sus enemigos: cedian el campo los muslimes al valor de esta aguerrida gente; pero el rey Abderrahman viendo desordenadas muchas banderas del ala derecha, y que toda la hueste cedia el campo á los enemigos, se lanzó con la caballería de Córdoba y toda su guardia al costado del ejército de los infieles, y rechazados con valor por apiñados escuadrones de lanceros, todo el ímpetu de la caballería logró penetrar en ellos, y se volvió de aquel lado toda la fuerza del ejército enemigo: por todas partes se renovó la batalla con el mayor ardimiento. Aben Ahmed separó su gente, y peleando en los primeros contra los mas valientes enemigos, fué derribado del tercer caballo con un fiero golpe de hacha y espiró al punto: tambien murió al lado de este caudillo, y á la vista del rey Abderrahman, el cadí de Valencia Gahaf ben Yeman, y el esforzado caudillo de Córdoba Ibrahim ben David, que se distinguió en este dia con estrañas proezas, y cayó lleno de heridas. Ya la victoria se declaraba á favor de los muslimes, y los cristianos se retiraban peleando, cuando la venida del encubridor tiempo de la noche puso treguas á tantos horrores. Quedaron los muslimes sobre el campo mismo de batalla, que estaba regado de humana sangre y cubierto de cadáveres y de heridos moribundos, que expiraban hollados entre los pies de la caballería: allí pasaron la

nología de los eclipses, y otros muchos autores. La Crónica Burgense dice que salieron llamas del mar é incendiaron muchas ciudades y villas, y entre ellas un barrio de Zamora, Carrion, Castrojeriz, cien casas en Burgos, Briviesca, la Calzada, Pancorbo y otras muchas. Chron. Burg. ad kalend. julii.

noche, y descansaban los vivos tendidos y mezclados sobre los muertos, esperando con impaciencia y temor la luz del dia para acabar aquella sangrienta é inhumana contienda.»

Hemos preferido de intento la relacion de un escritor árabe, porque en ella se revela bien á las claras la horrorosa derrota que en aquella célebre lid sufrieron los suyos: la verdad se le escapa de la pluma refiriendo la muerte de sus mejores caudillos y describiendo las irresistibles acometidas de los cristianos, sin atreverse ni siquiera á indicar la pérdida que éstos tuviesen.

Confiesan tambien los árabes, que si Ramiro no acabó al dia siguiente con todo el poder de Abderrahman fué porque el moro Abu Yahia, arrepentido ya sin duda de haber contribuido á derramar tanta sangre ismaelita, halló medio de disuadir al rey de Leon de continuar la pelea, so protesto de tenerle preparado una emboscada los árabes, y con otras razones y engaños: lo cierto es que «desistió, dicen sus cronistas, alejándose de aquellos estragados campos, lo cual libró á los muslimes de manos de Radmir.» Dirigióse entonces otra vez el escarmentado ejército sarraceno á Zamora, donde, como dijimos, habian quedado veinte mil hombres sitiando la ciudad. Oigamos tambien la relacion que hace el escritor arábigo de la no menos famosa batalla del *Foso de Zamora*.

«Diéronse, dice, recios combates á sus torreados muros, *y los cercados se defendian con bárbaro valor*. No se adelantaba ni ganaba un paso sino á costa de sangre de los esforzados muslimes: la presencia del rey Abderrahman y del príncipe Almudhaffar escitaba el ánimo de los combatientes, y lograron aportillar y derribar dos muros, entraron numerosas compañías de muslimes, y hallaron dilatado espacio, y en medio una ancha y profunda fosa llena de agua, y los cristianos con desesperado ánimo defendian aquella fosa. Fué una espesa nube y horrible torbellino de tiros y saetas, la matanza fué atroz, y los *esforzados castellanos caian muertos en el lugar que ocupaban*. Los valientes muslimes perdieron en aquella pelea algunos millares que alcanzaron este dia las copiosas recompensas y premios de su algihed: entraron muchas banderas de la gente de Algarbe y Toledo, y *arrojando al foso los cadáveres de sus hermanos muslimes, estos les sirvieron de puentes*, y los cristianos no pudieron resistir el ímpetu de tantas espadas sedientas de sangre, y allí *murieron como buenos*. La sangre de éstos y la de los muslimes enturbió y enrojeció las aguas del foso, y parecia un lago de sangre...........

Esta fué la célebre batalla de Alhandic, ó del foso de Zamora, *tan sangrienta para los vencedores como para los vencidos*.....»

Hasta aquí la relacion del cronista musulman, de la cual harto claramente se desprende que si los mahometanos llegaron á plantar sus estandartes en

los muros de Zamora, no lo hicieron sino á costa de una mortandad desastrosamente horrible, que el cronista Sampiro hace subir á ochenta mil muertos; número que convendremos podrá ser exagerado, como acaso los árabes le disminuirian tambien por su parte al fijar el de cuarenta ó cincuenta mil, pero que de todos modos hace equivaler á una gran derrota la que ellos proclaman como victoria insigne, y en la cual hasta el mismo califa, segun Sampiro, fué retirado del campo del combate malamente herido. Fué la famosa batalla del foso de Zamora el 5 de agosto de 939, víspera de los santos Justo y Pastor, catorce dias despues de la de Simancas (1).

Poco tiempo fueron los árabes dueños de Zamora: contados dias se enseñorearon de la ciudad, porque Ramiro revolvió inmediatamente sobre ella, y recobróla, é hizo pagar bien caro á los soldados del califa su efímero triunfo, si triunfo habia sido. Allí hizo prisionero al dos veces desleal Abu Yahia. ¿Cómo se encontraba ahora en Zamora este caudillo sarraceno que habia peleado en las filas de Ramiro en la batalla de Simancas? Falto de fé este moro, como lo eran generalmente los de su nacion, despues de haber sido traidor á Abderrahman no paró hasta serlo á su vez al rey Ramiro. Abandonó, pues, las banderas de Cristo el que antes habia desertado de las de Mahoma. Recibióle el Miramamolin, acaso mas por política que por benevolencia, pues le importaba mucho privar á Ramiro de tan temible auxiliar. Preso ahora por el monarca leonés, cuando acaso iba á recibir el merecido de su felonía, con la suerte que á las veces tienen los malvados, logró fugarse y volvió á obtener entre los muslimes las funciones de walí que antes habia ejercido.

Dos meses mas tarde, y retirado ya á Córdoba el califa, envió Ramiro su ejército hácia el Tormes á repoblar varias ciudades y pueblos ó desiertos ó arruinados, entre los cuales lo fueron Salamanca, Ledesma, Baños, Peñaranda y varios otros lugares y castillos (2). Pero el conde de Castilla Fernan Gonzalez, que debia traer ya en su ánimo el proyecto de emanciparse del rey de Leon, celoso de que el leonés erigiera por sí solo poblaciones que pertenecian al territorio de Castilla, levantóse contra Ramiro en union con

(1) Nuestros historiadores suelen confundir las dos batallas, acaso por mala interpretacion del breve y sumario texto de Sampiro: pero en las historias árabes se señalan bien explícitamente las dos.

(2) La mala inteligencia de una palabra de Sampiro dió ocasion á muchos historiadores españoles para suponer que en esta expedicion del Tormes habia tenido que pelear Ramiro con un general moro llamado *Azeipha*, con quien dicen se alió Fernan Gonzalez. Es el caso que Sampiro dijo: *Deinde post duos menses* azeipha *ad ripam Turmi tre disposuit*. Y siendo *azeipha* una palabra árabe (de *al saiffah*) que significa ejército ó reunion de gente armada, tomáronlo ellos por el nombre propio de un caudillo sarraceno, y de aquí la batalla que era menester se siguiese, y las desavenencias entre Ramiro y Fernan Gonzalez á instigacion del moro *Azeipha*, y todo el edificio que sobre este falso cimiento se levantó.

Diego Nuñez ó Muñoz, á quien suponen su yerno, conde tambien ó gobernador de alguna comarca. No se descuidó Ramiro en conjurar esta tormenta, y haciendo á los dos prisioneros (940), los trasportó, al castillo de Leon al uno y al de Gordon al otro. Allí permanecieron algun tiempo, hasta que hecho juramento de lealtad al rey y de renunciar para siempre á todas sus pretensiones, no solo les dió libertad, sino que llevó su confianza en Fernan Gonzalez, cuyo mérito y valor por otra parte conocia, al estremo de concertar el matrimonio de su hijo primogénito Ordoño con la hija de Gonzalez llamada Urraca (1).

No bien escarmentados todavía los árabes, intentaron al año siguiente (941) otra invasion por la frontera cristiana del Duero. Mas sorprendidos los infieles cerca de San Esteban de Gormaz entre el rio y unos altos cerros y tajadas peñas, no les quedaba otra alternativa que perecer ó triunfar. El Coraixi que los mandaba era uno de aquellos musulmanes que reunian la cualidad de poetas á la de guerreros; para alentar pues á sus soldados en trance tan comprometido les recitó unos célebres versos que nos han conservado sus historiadores (2). Segun ellos surtió su efecto la enérgica excitacion del caudillo poeta, las aguas del Duero se enturbiaron con sangre cristiana, y se apoderaron de la fortaleza de *Sanestefan* con gran mortandad de sus defensores.

Desde esta batalla no se habla de otras relaciones entre árabes y leoneses hasta una tregua ajustada en 944, que el escritor arábigo refiere en los siguientes términos: «El rey Radmir de Galicia envió sus mandatarios al rey Abderrahman para concertar ciertas avenencias de paz en sus fronteras; y Abderrahman los recibió muy bien, y otorgaron sus treguas que ofrecieron guardar por conveniencia de ambos pueblos, y envió el rey Abderrahman á su vazzir Ahmed ben Said con los mandaderos de Galicia para saludar en su nombre al rey Radmir, y fué el vazzir á Medina Leionis (Leon)...... se ajustaron treguas por cinco años y fueron muy bien guardadas (3).»

Tales fueron las consecuencias de la famosa batalla de Simancas, la mayor que se habia dado entre cristianos y musulmanes desde el desastre de Guadalete.

(1) Sampir. n. 23.—Monach. Silens.—Lucas Tud.—Roder. Tolet

(2) Conde los traduce así:

De un lado nos cerca Duero,—del otro peña tajada,
La salida está en vencer,—y en el valor la esperanza;
La sangre de los infieles—enturbie del Duero el agua.

(3) Conde, cap. 82.

Invirtiéronse los años que duró la tregua en fundar y repoblar ciudades y villas en Castilla y Leon, hasta que habiendo aquella espirado (949), y no bien avenido con la ociosidad el genio activo y belicoso de Ramiro, repasó el Duero con sus leoneses, y dirigiéndose á la siempre combatida Talavera maltrató sus muros, obligó á los moros á aceptar un combate en que les mató doce mil hombres, les hizo siete mil prisioneros, y se volvió victorioso á su córte de Leon (1). Esta fué su última campaña. Habiendo en el otoño del mismo año hecho un viage de Leon á Oviedo, regresó atacado de una grave enfermedad, de la cual sucumbió el 5 de enero de 950, víspera de la Epifanía, despues de haber recibido la confesion y el hábito penitencial ante la presencia de varios obispos y abades, y hecho cesion de la corona en su hijo Ordoño, tercero de este nombre, casado con la hija del conde Fernan Gonzalez. Enterrósele en el monasterio de San Salvador de Leon, fundado por él para su hija Elvira; que en los pocos períodos de paz que en un reinado de cerca de veinte años disfrutó Ramiro II. hizo lo que acostumbraban á hacer los monarcas de aquel tiempo, fundar y dotar monasterios y dedicarse á arreglar las cosas de la iglesia (2).

(1) Samp. Chron n. 24.—Los árabes lo cuentan de otro modo, y se atribuyen la victoria como de costumbre.

(2) Disputase mucho todavía sobre si Ramiro II. tuvo una sola, ó dos ó mas mugeres. Sampiro dice espresamente que casó con *Teresa Florentina*, hija de Sancho Abarca de Navarra. Morales menciona escrituras en que aparece el nombre de *Urraca*, Sandoval cita otras en que se nombra á *Jimena*. El maestro Florez en sus Reinas Católicas intenta resolver la cuestion del modo que generalmente acostumbra, esforzándose en probar que fué una sola con los nombres de *Urraca Teresa*. Con frecuencia vemos suscitarse estas dudas sobre el número y nombres de las mugeres de los reyes de Asturias, Leon y Castilla, bien nazca de que en aquellos tiempos pusieran á las reinas varios nombres, bien de los muchos yerros que en punto á nombres propios cometian los copiantes de manuscritos, bien de que se confundieran los de las mugeres legítimas con los de las *amigas* de los reyes (que asi las llama por decoro el erudito Florez), ó bien de que no se diera á la averiguacion de este asunto la mayor importancia, hasta que el mencionado Florez dedicó á este exclusivo objeto su utilísima obra de las *Reinas Católicas*, que por lo comun nos sirve de guia sobre este particular en nuestra historia.

CAPITULO XV.

ABDERRAHMAN III. EN CORDOBA:

DESDE ORDOÑO III. HASTA SANCHO I. EN LEON.

De 950 á 961.

Grandeza y esplendidez de la córte de Abderrahman III.—Descripcion del maravilloso palacio de Zahara.—Embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneta.—Otras embajadas de príncipes extrangeros al soberano de Córdoba.—Grave disgusto de familia. Suplicio de su hijo Abdallah.—Muerte de Almudhaffar.—Ordoño III. de Leon.—Conspiran contra él su hermano Sancho y el conde Fernan Gonzalez.—Frustra su empresa, y repudia á su muger Urraca.—Muerte de Ordoño III. y elevacion de Sancho el Gordo.—Sancho es destronado.—Refúgiase á Pamplona.—Pasa á Córdoba á curarse de su extremada obesidad.—Su amistad con Abderrahman.—Repónele el califa en el trono de Leon.—Fuga y desgraciado término de Ordoño el Malo.—Guerras y engrandecimiento de Abderrahman en Africa.—Conquista de Tunez —Riquisimo y espléndido regalo de Ahmed.—Célebre embajada.—Othon el Grande de Alemania.—El monge Juan de Gorza.—Sobre el martirio de San Pelayo.—Ultimos momentos de Abderrahman III.—Su córte. Ciencias, letras, artes. Poetisas de su alcázar.—Dicho célebre de Abderrahman III.

A cinco millas rio abajo de Córdoba habia un ameno y apacible sitio, donde Abderrahman, convidado por su frescura y frondosidad, solia pasar las temporadas de primavera y otoño. Alli hizo construir edificios magníficos y bellos jardines, pasion predilecta de los árabes. En medio levantó un soberbio alcázar, que se propuso decorar y enriquecer con todo lo mas suntuoso y que mas pudiera halagar los caprichos de la imaginacion humana. Tan galante como espléndido el califa, dedicóle á su esclava favorita, la mas hermosa y linda de su harém, llamada *Zahara*, que significa *Flor*, y de cuyo

nombre llamó á la nueva ciudad Medina Zahara, ciudad de las flores (1).

Para la construccion de este palacio trabajaron, dicen sus historias, diez mil hombres, mil quinientos mulos y cuatrocientos camellos. Entraban cada dia seis mil piedras labradas, sin contar las de mampostería. Hiciéronsele quince mil puertas, y sustentábanle cuatro mil trescientas columnas de mármoles preciosos. Empleábanse en su servicio interior trece mil setecientos cincuenta esclavos varones, y seis mil trescientas cuarenta mugeres. Los pavimentos y paredes eran tambien de mármol, los techos pintados de oro y azul, las vigas y artesonados de cedro con relieves de un trabajo exquisito. En los salones habia elegantes fuentes que derramaban sus aguas en tazas y conchas de mármoles de colores. En la llamada del Califa habia una de jaspe con un cisne de oro de maravillosa labor, trabajado en Constantinopla, y sobre la fuente del cisne pendia del techo una magnífica perla que habia regalado á Abderrahman el emperador griego Leon VI. Contiguo al alcázar estaba el generalife (2), con multitud de árboles frutales, bosquecillos de laureles, arrayanes y mirtos, estanques y lagos en que se pintaban las frondosas copas de los arboles y las arreboladas nubes del cielo. En medio de los jardines, y sobre un cerro que los dominaba, se veia el pabellon del califa, sostenido por columnas de mármol blanco con capiteles dorados, en el cual descansaba cuando volvia de caza. Las puertas eran de ébano y marfil. Cuentan que en el centro de este pabellon habia una gran concha de pórfido con un surtidor de azogue vivo, que fluia y refluia como si fuese de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor fantástico. Los baños de los jardines eran igualmente de mármol, hermosos y cómodos; las alcatifas, cortinas y velos tejidos de oro y seda, con figuras de flores y animales que parecian vivos y naturales á los que los miraban. En suma, dice el escritor árabe de quien tomamos esta descripcion, dentro y fuera del alcázar estaban como compendiadas todas las riquezas y delicias del mundo que puede gozar un príncipe poderoso. Con razon, pues, esclama en su estilo otro escritor arábigo (3), «que solo el Dios del cielo podria llevar cuenta de los grandes tesoros qne en esta posesion consumió el califa Abderrahman.»

Espléndido y fastuoso en todo, hizo construir en Medina Zahara una mez-

(1) Otros escriben *Azzahra*.—Aun quedó entre nosotros el nombe de *azahar*, aplicado á la flor del naranjo y del limonero, que es una de las mas aromáticas y agradables.

(2) *Genat al Aryf*, jardin de recreo, sitio de placer. El que con este nombre se conserva todavia en Granada al Oriente de la Alhambra puede dar idea del gusto de estos jardines, en que se mezclaba lo agreste con lo bello, y en que competian la naturaleza y el arte.

(3) Ahmed Almakari, Hist. de las Dinastías mahom. en España.

quita que en preciosidad y elegancia, ya que no en grandeza, aventajaba á la de Córdoba. Edificó tambien una *zeka* ó casa de moneda, y otros muchos edificios, y cuarteles para el alojamiento de su guardia, que se componia de doce mil hombres, cuatro mil slavos de á pié, cuatro mil africanos zenetas de caballería, y otros cuatro mil caballeros andaluces; los gefes y capitanes de esta guardia habian de ser ó de la propia familia real, ó jeques principales de Andalucía. En sus cacerías y espediciones, además de la guardia militar que le acompañaba, llevaba siempre consigo un número de esclavos y esclavas, y hacia tambien que le acompañasen algunos wazires, alcatibes, sábios, poetas y astrónomos, porque Abderrahman no daba un paso en que no desplegase una ostentacion y una pompa verdaderamente orientales. ¿Pero qué se hizo esa ciudad de delicias, ese depósito de todo lo mas magnífico y bello que la imaginacion de un árabe pudo inventar? ¿Qué fué de Medina Zahara? Ni un solo vestigio ha quedado de esta ciudad de maravillas; todo ha desaparecido, y tuviéramosla por una ciudad fantástica, y las descripciones que de ella hacen sus historias se nos antojáran fabulosas, si no nos certificáran de su existencia las muchas monedas en ella acuñadas que se han conservado y aun subsisten. Edificóse Medina Zahara por los años 324 y 325 (936 y 937 de nuestra era).

Asi vivia el califa Abderrahman III. el tiempo que le dejaban libre las guerras de que en el capítulo anterior hemos hablado. La tregua celebrada en 944 con el rey Ramiro de Leon, le permitió poderse dedicar mas tranquilamente á los placeres del campo y al trato y comunicacion con los eruditos y sábios de su córte, que eran entonces muchos, y de los cuales andaba constantemente acompañado. La fama del esplendor y brillo de la córte de Córdoba y de las guerras de Abderrahman en África y España habia llegado á los reinos estrangeros y á los paises mas apartados. En 949 recibió el esclarecido príncipe Ommiada una embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneta, hijo de Leon VI., el que le habia regalado la famosa perla del alcázar de Zahara, solicitando la renovacion de las antiguas relaciones de amistad y alianza que habian existido entre sus mayores contra los califas de Bagdad. La carta del emperador venia escrita en pergamino con caractéres de oro y azul; esta carta contenia otra en fondo azul y letras de plata, en que se espresaban los regalos que ofrecerian al príncipe musulman los enviados del monarca bizantino. La primera estaba escrita de mano del mismo emperador, de quien dicen que era un escelente calígrafo. Cerrábala un sello de oro, de peso de cuatro mitcales, en cuyo anverso se representaba el rostro de Cristo, y en el reverso los bustos de Constantino y de su hijo Romano. Esta carta iba dentro de una cajita de plata elegantemente cincelada,

sobre la cual en un cuadro de oro se veia el retrato de Constantino pintado sobre el cristal. Otra segunda caja de forma de un carcax, forrada de tela tejida de oro y plata, servia de cubierta á la primera. La carta comenzaba asi: «Constantino y Romano, adoradores del Mesías, ambos emperadores y «soberanos de Roma, al grande, al glorioso, al noble Abderrahman, Califa «reinante de los árabes de España, prolongue Dios su vida, etc.»

El recibimiento no podia menos de corresponder, y aun era de esperar que escediese en magnificencia y brillo á la embajada. Desde que Abderrahman supo que venian los embajadores habia enviado á la frontera á Yahia ben Mohammed con un escogido cortejo para recibirlos, y cuando se aproximaron á la córte, las mejores tropas con los gefes mas distinguidos salieron á darles escolta. Alojáronse en el palacio Meruan, y allí estuvieron sin comunicarse con nadie hasta el dia de la recepcion solemne, que fué el 11 de la luna de rabie primera (7 de setiembre de 949). Aquel dia las tropas de la guardia se pusieron de gran gala; el pórtico, vestíbulo y escalera del alcázar se adornaron con ricas colgaduras. El califa estaba sentado en su trono con sus hijos á la derecha, sus tios á la izquierda, y sus ministros á un lado y otro en el órden de su respectiva gerarquía; los hijos de los vazzires con los funcionarios subalternos, vestidos con ricos trages, ocupaban el fondo del salon, cuando comparecieron los embajadores, é hicieron presentacion al califa de la carta de Constantino. Abderrahman para hacerles los honores mandó á los poetas y literatos de su córte que celebrasen la grandeza del Islam y del califato, dando gracias á Dios por la proteccion manifiesta que habia dispensado á su santa religion humillando á sus enemigos. Cuentan con este motivo una curiosa anécdota, en que no sabemos si habrá tenido alguna parte la imaginacion hiperbólica de los escritores orientales.

Dicen que turbados oradores y poetas con el brillo y magestad que presentaba aquella asamblea, bajaron los ojos y apenas pudieron tartamudear las primeras frases de sus discursos. Mohammed ben Abdilbar, encargado por Alhakem, hijo mayor del califa, de pronunciar una oracion, al tiempo de comenzar á hablar se sintió indispuesto y no pudo proseguir. Hallábase de huésped del califa un afamado sabio y poeta, llamado Abu Aly al Kaly, el cual fué con este motivo invitado á hablar; pero ni él ni nadie pudieron pronunciar sino algunas palabras. Presentóse entonces un jóven, á quien nadie tenia por poeta, y sin haberse preparado pronunció un largo discurso, que mas bien, dicen, fué un largo poema, con tal facilidad, elegancia y facundia, que dejó atónita la asamblea, y aquel hombre hasta entonces ignorado y oscuro fué mirado ya como un genio superior. Llamábase Almondhir ben Said, y tan satisfecho quedó el califa de las disposiciones de aquel jóven, que le confirió de

pronto una de las primeras dignidades de la mezquita de Zahara, y despues le hizo Cadí de los cadíes de la grande aljama de Córdoba, en cuyo empleo murió con gran reputacion de predicador, poeta y escritor moralista.

Los embajadores, despues de haber visitado y admirado las maravillas de Córdoba, despidiéronse del califa, el cual dispuso que los acompañara uno de sus vazzires hasta Constantinopla, con encargo de saludar al emperador, de llevarle algunos presentes, que consistieron en hermosos caballos andaluces, con jaeces y armas, y de mantener allí y estrechar los lazos de amistad que ya unian á los dos príncipes.

Habíase estendido la fama de Abderrahman y de su grandeza por toda Europa, y embajadores de otros monarcas extrangeros vinieron entonces á la capital de los musulmanes de Occidente. Cuéntanse entre ellos los del rey de los Esclavones, los de Hugo, rey de Italia y de Provenza, y los de la reina viuda de Cárlos el Simple, y madre de Luis de Ultramar, á quienes acompañaron enviados de Suniario conde de Barcelona, los cuales todos volvieron maravillados de la esplendidez de la córte del califa. Hallábase pues, Abderrahman III. en el apogeo de su poder y de su gloria, cuando vino á acibarar sus satisfacciones un suceso de familia de que ahora daremos cuenta, no por serlo de familia, sino por el influjo que tuvo en la suerte del estado.

Tenia Abderrahman dos hijos, Alhakem y Abdallah, ambos de brillantes prendas, de talento distinguido, y celebrados ambos por su vasta erudicion. Abdallah era poeta, astrónomo, filósofo y jurisperito, y habia escrito una historia de los Abassidas. Gozaba de gran popularidad; pero Abderrahman amaba con predileccion á Alhakem; habíale educado con esmero, y proporcionádole los maestros y profesores de mas reputacion y saber: entre otros habia hecho venir á costa de oro al que en Oriente tenia mas celebridad por su ciencia y erudicion, y este era el que instruia y acompañaba constantemente al príncipe, con el cual vivia en el palacio de Zahara: llamábase Abu Aly al Kaly, y era el mismo á quien hemos nombrado en la solemne recepcion de la embajada de Constantinopla. Digno Alhakem por su instruccion, por su bondad, y hasta por su carácter amable de ocupar el trono de los Ommiadas, habia sido declarado por su padre walí alahdi, ó príncipe heredero, ante el cuerpo reunido de los walíes, vazzires, alcatibes y demas altos funcionarios del estado, segun costumbre.

Pero Abdallah tenia á su lado un consejero ambicioso, Ahmed ben Mohammed, conocido por Ben Abdilbar, á quien tambien hemos nombrado en la audiencia de los embajadores griegos, que queriendo explotar para sí la popularidad de Abdallah, comenzó por adularle diciendo que todo el pue-

blo estaba resentido de la preferencia que su padre habia dado á su hermano; que conocia la superioridad de las prendas y de los merecimientos de Abdallah, y que por lo tanto estaba muy dispuesto á hacer una aclamacion popular en su favor, y á obligar al califa á revocar la declaracion hecha, para lo cual solo se necesitaba que diese su consentimiento: que en esto su padre no haria sino seguir el noble ejemplo del primer Abderrahman, el fundador de la dinastía de los Omeyas, que no habia vacilado en dar la preferencia á su hijo Hixem sobre sus dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah atendiendo á la superioridad de sus talentos, que era el mismo caso en que él se hallaba con Alhakem su hermano. En fin tales razones le dijo el ambicioso consejero, y tan fácil y segura le representó la empresa, que el buen Abdallah, no exento de la flaqueza comun á todos los hombres, y mas comun á los príncipes, de creer todo lo que les lisonjea, dejóse deslumbrar hasta el punto, no solo ya de acceder á que hiciese el pueblo la demostracion ofrecida, sino á fomentarla por su parte hablando al efecto y tratando de ganar á los walíes y caudillos y á los hombres de mas valer. Así fascina y pierde muchas veces á los mejores y mas virtuosos príncipes la lisonja y la instigacion de un consejero interesado y ambicioso. Eralo en gran manera Abdilbar bajo un exterior modesto y humilde; pero menos prudente y cauto que intrigante, confió el secreto de la conjuracion á uno con quien equivocadamente se atrevió á contar, y éste lo denunció todo al califa, designando el dia en que estaba dispuesta y acordada la revolucion, que era el de la pascua de las Víctimas, una de las cuatro pascuas que celebraban los musulmanes de España.

Consultó el califa sobre tan grave negocio con su tio Almudhaffar, y para averiguar la verdad que pudiera haber en la delacion acordaron despachar uno de los vazzires de palacio con la mision de sorprender á media noche el de Merûan en que habitaba Abdallah. Hízolo así el vazzir, y habiendo hallado al príncipe acompañado de Abdilbar y de otro caballero conocido con el nombre de el Señor de la Rosa (Sahed al Ward), los prendió á todos tres por sospechosos y los condujo al palacio de Medina Zahara, donde fueron encerrados separadamente y sin comunicacion. Cuando Abdallah fué presentado á su padre, le preguntó éste. «¿Te tienes por ofendido porque no reinas?» Abdallah dió solo lágrimas por respuesta. Interrogado después por dos vazzires del consejo de Estado declaró cuanto habia, por instigacion de quién obraba, y que todo era obra de las sugestiones de Abdilbar, que aspiraba á ser cadí de los cadíes de todas las mezquitas de España, pero que el Señor de la Rosa era inocente y no tenia complicidad alguna en la conspiracion. Ni la franqueza, ni el arrepentimiento, ni el llanto le sirvieron al infeliz Abda-

llah; Abderrahman obró menos como padre que como inexorable juez, y el ilustrado príncipe fué sentenciado á muerte el dia de la pascua de las Víctimas, el señalado para estallar la conspiracion. El pérfido Abdilbar se suicidó en la cárcel la noche de la víspera en que habia de ser ejecutado (1).

Dícese que Alhakem pidió á su padre el perdon de su hermano, y que Abderrahman le respondió: «Bien están de tu parte la intercesion y los ruegos, y si yo fuese un hombre privado y pudiera escuchar solo los impulsos y sentimientos del corazon, desde luego accederia á tus súplicas; pero como iman y califa que soy, tengo un deber de justicia que cumplir y dar ejemplo de ella á mis pueblos mientras viva: yo debo imitar al gran califa Oman ben Alchitab: así, pues, ni tus lágrimas, ni mi desconsuelo y el de toda nuestra casa pueden librar á mi desgraciado hijo de la pena debida á su crímen.» El infeliz Abdallah tambien intercedió con su padre pidiéndole por el Señor de la Rosa: «Señor, le dijo, que no padezca un inocente por mi culpa.» Estas fueron las últimas palabras del desgraciado príncipe. Aquella misma noche recibió la muerte en su propia habitacion, y al siguiente dia fué enterrado en el cementerio de la Ruzafa, acompañando sus restos mortales sus mismos hermanos y toda la nobleza de Córdoba. Severidad admirable de un padre, y lastimoso y sensible sacrificio el de un hijo de tan grandes prendas (950)!

«Como las desgracias no vienen solas, añade aquí el historiador arábigo, poco después falleció el príncipe Almudhaffar, tio del rey, con grande sentimiento de éste que le amaba como á padre.» Y bien pudo sentirlo, porque en él perdió el mejor y mas acreditado y temible guerrero del imperio, y sobre todo un príncipe que habia sido para él el tipo de la lealtad, de la nobleza y de la generosidad.

Era esto en ocasion en que Ordoño III. acababa de suceder á su padre Ramiro en el trono de Leon. Príncipe hábil, valeroso y discreto el tercer Ordoño, hubiera podido dar al reino dias de ventura si desde el principio no se hubiera levantado contra él su hermano Sancho, llamado despues el Gordo, gobernador de Burgos. Tuvo Sancho maña para arrastrar á su partido no solo á su tio García de Navarra, sino tambien á Fernan Gonzalez, suegro del de Leon, que así correspondió á los deberes de deudo y al juramento de fidelidad prestado á Ramiro en la prision. De acuerdo el ingrato conde con el desnaturalizado Sancho, entráronse cada uno con su ejército por tierras de Leon para caer simultáneamente sobre la capital. Pero engañáronse en sus cálculos, porque prevenido Ordoño hallaron los pasos tan cerrados, tan forti-

(1) Abu Omar ben Afif, en su Historia que perfeccionó Ben Hayan. Conde, cap. 83.

ficadas las plazas, y tan apercibidas y bien distribuidas las tropas reales, que convencidos de las insuperables dificultades de su empresa tuvieron que desistir y retirarse vergonzosamente á sus casas (252).

Todo el golpe de esta campaña vino á descargar sobre la reina; porque irritado Ordoño de la infidelidad de su suegro, repudió á su hija, buscando en la infecundidad de Urraca motivo ó pretesto para la anulacion del matrimonio, pasando después á contraer segundas nupcias con Elvira, hija del conde de Asturias Gonzalo, de quien tuvo á Bermudo, que llegó á reinar mas adelante.

No bien frustrada la tentativa de Sancho, un nuevo movimiento estalló en Galicia que llenó de amargura el corazon todavía lacerado de Ordoño: pero acudiendo prontamente con un ejército respetable logró fácilmente sujetar á los turbulentos, sin que nadie osára mas rebelarse contra el legítimo monarca; el cual viéndose allí con fuerzas imponentes, no quiso volver á Leon sin señalarse con alguna empresa contra los mahometanos. Entróse, pues, por tierras de Lusitania, avanzó hasta la embocadura del Tajo, tomó y saqueó á Lisboa, y regresó á Leon victorioso con multitud de despojos y cautivos. Invasion tan atrevida exasperó á los musulmanes, y á su vez penetraron en Castilla, talando tambien y saqueando pueblos desde San Esteban de Gormaz hasta las puertas de Burgos. La política ó la necesidad habia obligado al conde Fernan Gonzalez á volverse á poner al servicio del rey de Leon, y castellanos y leoneses marcharon ya juntos contra los moros, persiguiéndolos hasta el Duero, y forzándolos á dejar en su poder tiendas, prisioneros y caballos (954). Los historiadores arábigos traducen, no obstante, esta campaña como gloriosa á sus banderas, suponiendo haber arrojado á los cristianos de Setmánica (Simancas) y de otras fortalezas del Duero, llevando sus algaras hasta los montes con gran matanza de infieles y gran presa de despojos, cautivos y ganados. Que así se confunde y oscurece la verdad histórica por el empeño de interpretar cada historiador los sucesos de una misma campaña en favor de las armas de su nacion.

Disponíase Ordoño III. á pelear otra vez en persona contra los sarracenos al año siguiente, cuando la muerte vino á atajar sus pensamientos en lo mejor de sus dias. Falleció, pues, Ordoño en Zamora (agosto de 955) despues de un corto reinado de poco mas de cinco años y medio. Su cuerpo fué trasportado á Leon y sepultado en la iglesia de San Salvador al lado del de su padre Ramiro (1).

Con esto quedó abierto el camino del trono á su hermano Sancho que tan

(1) Samp. Chron.

ansiosamente habia mostrado codiciarle. Reinó, pues, Sancho I., y reinó el primer año con sosiego y tranquilidad. Pero al siguiente (956) «dispuso el Dios de las venganzas, dice no sin oportunidad un escritor moderno, que sufriese los mismos trabajos que él habia hecho padecer á su hermano, y por los mismos caminos y con resultas todavía mas pesadas.» Y así fué, que el conde Fernan Gonzalez, que parecia ser el instrumento escogido por la Providencia ó para castigar los vicios ó para poner á prueba las virtudes de todos los reyes de Leon; este mismo conde que años antes habia sido el alma de las pretensiones de Sancho contra su hermano Ordoño III. concertóse ahora con otro Ordoño, hijo de Alfonso (monge de Sahagun), para destronar al que antes habia favorecido. Fernan Gonzalez habia casado á su hija Urraca, la repudiada de Ordoño III, con este otro Ordoño, y entraba en sus intereses colocar otra vez á su hija en el trono de Leon. Esta vez fué el conde de Castilla mas afortunado: logró cohechar las tropas del rey, faltóle á Sancho el apoyo de la fuerza material, y se vió precisado á huir de Leon y buscar un asilo en Pamplona al lado de García su tio, dejando el trono á merced de otro Ordoño, cuarto de su nombre.

No negó el navarro al destronado sobrino la hospitalidad debida al infortunio, mas no se atrevió ó no pudo suministrarle socorros positivos con que pudiese recobrar el perdido trono. Aconsejóle, sí, que pasara á Córdoba á ponerse en manos de los médicos árabes para que le curaran aquella escesiva obesidad á que debió el sobrenombre de Sancho *el Gordo*, ó Sancho *el Craso*, con que es conocido en la historia: grosura tal, que le inhabilitaba, dicen, para montar á caballo y para todo ejercicio militar, que en unos tiempos en que tan necesaria era la actividad personal á los reyes equivalia á imposibilitarle para el gobierno del reino. Decidióse Sancho á hacer el viage, despachó García embajadores al califa cordobés, hizo que acompañaran á su sobrino varios personages de su córte, entre los cuales afirman algunos haber ido la reina madre, Teuda, abuela de Sancho. Aunque el objeto ostensible de este viage era la curacion del obeso monarca, llevaba ademas el fin político de interesar al califa en su favor por si llegaba la oportunidad de poder reclamar sus derechos al trono: que ya los reyes de Leon y de Navarra no eran aquellos primitivos caudillos de groseros y rudos montañeses, sino príncipes que sabian manejarse con una astucia que hoy llamaríamos diplomacia.

Fué Sancho recibido en Córdoba con aquella cortesanía que distinguia á los árabes, y Abderrahman le hizo alojar en su mismo palacio, dándole sus propios médicos para que le asistiesen y tratasen. Plácenos ver á dos príncipes de enemigas religiones y pueblos, al uno arrojarse confiadamente en brazos del otro, buscando en él y en sus sabios el remedio á sus males, al

otro hospedándole en su propio alcázar y haciendo servir á su bienestar la ciencia de sus doctores, siendo tan admirable la generosa correspondencia del sarraceno como la noble confianza del cristiano. Tuvo Sancho la fortuna y los médicos cordobeses el acierto de corregir su extremada obesidad, y hasta de volverle toda la agilidad y soltura de la juventud (1). Mas para esto hubo de hacer larga residencia en Córdoba, y en este intervalo se instruia en la lengua de los árabes y en sus costumbres, captábase mañosamente la gracia del califa y del divan mismo, ayudábale tambien el rey de Navarra con sus manejos, y cuando al cabo de tres años de permanencia trató ya sériamente de los medios de recuperar el usurpado trono, encontró tan propicios á Abderrahman y sus principales jeques, que llegaron á poner á su disposicion un ejército musulman. Las crónicas no expresan las condiciones del tratado que debió ajustarse entre el destronado huésped y el poderoso Miramamolin, pero los resultados inducen á creer que fueron harto generosas por parte del califa y nada humillantes para el rey depuesto.

Vió, pues, España por primera vez con asombro ponerse en marcha un ejército agareno conducido por un principe cristiano. Emprendió éste en derechura el camino de Leon (959). Ordoño IV. llamado *el Intruso*, y á quien por sus violencias y exacciones apellidaban tambien *el Malo*, no tuvo valor para esperar las huestes sarracenas, y de noche y á la escapada se refugió á Asturias, donde esperaba con ayuda de algunos parciales mantenerse contra su rival. Continuó Sancho magestuosamente su marcha de ciudad en ciudad, aclamándole las mas como libertador, sujetando con las armas á las que le resistian, que eran las menos, porque el escaso partido que tenia Ordoño el Malo acabó de perderle con su cobarde fuga, y apenas habia quien se atreviera á defender su causa. Asi llegó Sancho á Leon, donde le esperaban numerosos parciales, y ganada la capital sometióse luego todo el reino de sus mayores.

Ordoño, no considerándose ya seguro en Asturias, pasó con su familia á Burgos: pero alli donde pensaba encontrar mas favor y apoyo, ni siquiera encontró un asilo. El conde Fernan Gonzalez su suegro, único que hubiera podido protegerle, habia salido á defender las tierras de Castilla acometidas por el rey de Navarra, y él y su hijo fueron hechos prisioneros por García en el pueblo de Cirueña (960), y de alli enviados á Pamplona (2). Los burgaleses,

(1) *Crassitudinem ejus abstulerunt á ventre ejus, et ad pristinam levitatis astutiam reductus, etc.* Samp. Cron. l. c.

(2) Moret, Investigaciones, lib. II. cap. 10.—Annal. Compostel. ad ann. 960. Segun estos Anales, cuando García vió afianzado ya á su sobrino en el trono de Leon, sacó de la prision al conde y le envió libre á Castilla.

sin dolerse siquiera del infortunio, y sin mostrarse conmovidos de la suerte de un monarca abandonado y prófugo, apoderáronse de su muger Urraca, y de sus dos hijos, y á él le hicieron salir de la ciudad, no quedándole otro recurso que pasarse á los dominios de los moros de Aragon, entre los cuales vivió algun tiempo haciendo una vida harto desgraciada y miserable, y allí murió ignorado y oscuro, sin que se sepa siquiera el lugar en que acabó su existencia infortunada (1). Tal fué el desastroso fin de Ordoño, cuarto de este nombre, llamado *el Intruso*, y mas conocido en las historias por *Ordoño el Malo*.

De este modo Abderrahman, de enemigo que habia sido de los cristianos vino en cierto modo á hacerse mediador de sus diferencias, y con haber logrado colocar y asegurar en el trono á su protegido se halló en paz con toda la España. Sancho por su parte, viéndose tranquilo poseedor del reino, pensó en tomar estado, y se enlazó en matrimonio con doña Teresa (961), hija del conde de Monzon Ansur Fernandez, de quien tuvo á Ramiro, que mas adelante veremos reinar tambien.

Aun se prolongó por algunos años el reinado de Sancho. Pero la circunstancia de haber ocurrido este mismo año la muerte del califa Abderrahman III., personage interesante y colosal del siglo X., nos mueve á dejar por ahora al repuesto rey de Leon para dar cuenta de lo que entretanto habia acaecido en la córte y dominios de los musulmanes españoles bajo el mas esclarecido de sus príncipes.

Habíase hecho el califa español dueño de una gran porcion de la Mauritania, si bien teniendo que desplegar un rigor y una severidad inflexibles para con las tribus bereberes, que siempre turbulentas, inconstantes siempre, sin fé ni palabra, haciendo causa tan pronto con los Fatimitas, tan pronto con los Edrises, apenas pasaba año en que no fatigasen con alguna revolucion al califa cordobés. Bien se necesitaba el rigor de Abderrahman para tener á raya á aquellos díscolos y volubles africanos.

Un hecho privado, y pudiera decirse casual, vino á proporcionar á Abderrahman la conquista de las principales y mas opulentas ciudades de la costa de África. Apoderadas sus escuadras de Tunez, sacaron de allí riquezas inmensas, así en oro y pedrería, como en telas y vestidos de todo género, y como en armas, caballos y esclavos; tanto, que despues de deducido el quinto para el califa, y despues de hacer una distribucion abundante á los generales, capitanes y soldados, hasta el punto de quedar satisfechos andaluces y zenetas, aun le restó al habgib una suma cuantiosísima. Recibióle Ab-

(1) Samp. Chron. n. 26.

derrahman con alegría grande, hízole muchos honores, y le señaló una renta anual de cien mil doblas de oro.

Pero por grande que fuera el premio que del califa recibiese Ahmed ben Said, aun fué mucho mayor y mas espléndido el regalo que éste hizo al emir Almumenin de la parte que le tocó de los despojos de aquella expedicion. Consistió este célebre regalo, segun lo refiere Aben Chalican, en los objetos siguientes: cuatrocientas libras de oro puro de Tibar, valor de cuatrocientos mil zequíes en plata en barras, cuatrocientas libras de madera de linaloe, quinientas onzas de ámbar, trescientas onzas de alcanfor precioso, treinta piezas de tela de oro y seda, ciento y diez pieles de martas finas de Korasan, cuarenta y ocho cubiertas ó caparazones de oro y seda para caballos, tejidas en Bagdad, cuatro mil libras de seda en madejas, treinta alfombras de Persia, ochocientas armaduras de hierro bruñido para caballos de guerra, mil escudos, cien mil flechas, quince caballos árabes de raza con ricos jaeces recamados de oro, cien caballos de África y de España bien enjaezados, veinte acémilas con sillones y cubiertas largas, cuarenta esclavos jóvenes, y veinte lindas esclavas, todas con vestidos preciosos, y una casida ó composicion larga de elegantes versos en elogio del rey, obra del mismo Ahmed ben Said (1). Todo aparece grande y suntuoso en el reinado del tercer Abderrahman.

No pudiendo ya sufrir Maad ben Ismail, cuarto califa Fatimita, el engrandecimiento del iman de Córdoba en África, envió á su caudillo Gehwar el Rumi con veinte mil caballos de Ketama y Zanhaga, y muchos mas de otras tribus, con órden de que ocupára los estados de Almagreb. El wali de Abderrahman de Córdoba reunió tambien sus cabilas de zenetas, y mazamudas, y saliéronse al encuentro ambas huestes. Gehwar ofreció grandes premios al que quitara la vida al wali del califa español, y en efecto logró el placer, que placer era este siempre para todo sarraceno, de enviar su cabeza á Maad ben Ismail, el cual la hizo pasear clavada en una lanza por las calles de Cairwan. A esta victoria siguieron otras, y á principios del año 960 se atrevió ya el vencedor Fatimita á poner cerco á la ciudad de Fez, principal asiento del poder del califa español en África. Combatióla dia y noche sin descanso, y al cabo de trece dias la tomó por asalto con gran mortandad de andaluces y zenetas que se

(1) Conde, en el cap. 84, supone este famoso regalo de Ahmed ben Said como hecho de vuelta de su anterior incursion en Galicia. A no dudar se distrajo en esto el ilustrado orientalista español, pues si aun traidas estas riquezas de la opulenta ciudad de Tunez, no puede menos de sospecharse algo de exageracion en el relato, ¿cómo pudo haberlas recogido en las pobres poblaciones cristianas, donde eran ademas desconocidos la mayor parte de estos objetos?

defendieron hasta morir: la ciudad fué saqueada, cautivado su gobernador, y demolidos sus muros y las torres de sus puertas. En pocos meses se apoderó el valiente Fatimita de todas las ciudades de Almagreb, á excepcion de Ceuta, de Tánger y Tlencen que defendian las tropas de Abderrahman. El cautivo walí de Fez con otros quince caballeros, juntamente con el gobernador prisionero de Sigilmesa, fueron llevados encadenados y desnudos en lomos de camellos; y cubiertas sus cabezas con andrajos de lana y cuernos entrelazados, paseáronlos así por las calles y plazas de Cairwan y de Mahedia, y encerráronlos después en calabozos, donde todos perecieron.

Vivamente alarmado Abderrahman con estas noticias, recibidas en ocasion que acababa de perder á su primer ministro Ahmed ben Said, y cuando todavía lloraba las muertes de su hijo Abdallah y de su tio Almudhaffar, en el mal humor que todos estos disgustos le produjeron juró vengar los ultrages recibidos en Almagreb, y con los arranques de una melancólica desesperacion mandó hacer prontos y numerosos aprestos de gente y naves, y que pasáran á África á volver por el honor de los Omeyas de Córdoba. Embarcáronse con presteza y diligencia tropas de á pié y de á caballo, y unidas con las que guarnecian á Ceuta, Tánger y Tlencen, pelearon con tanto valor y con tan próspera fortuna, que en pocos meses recobraron las ciudades y fortalezas perdidas, y tomaron por asalto á Fez, quedando así dueños de todo el pais desde Fez hasta el Océano. En todos los almimbares y mezquitas de Almagreb fué proclamado emir Almumenin el poderoso califa de Córdoba Abderrahman Anasir Ledinala con general contentamiento y aplauso de los pueblos y cabilas zenetas (1).

Así iban las cosas de Abderrahman en sus últimos años por parte de las armas y de la conquista. Habia pacificado la España árabe aniquilando todas las facciones intestinas que la infestaban; el rey cristiano de Leon era hechura suya; vivia en amistad con el de Navarra; enviados del conde de Barcelona habian venido á su córte; príncipes y monarcas italianos, franceses, esclavones y griegos habian solicitado su amistad y enviádole embajadores que volvian haciendo lenguas de su grandeza; las naves de Egipto y de Tunez habian caido en su poder, y en Africa acababan de triunfar sus armas, y en todas las mezquitas resonaba su nombre como el de un salvador. Réstanos dar cuenta de otra embajada que recibió de otro príncipe contemporáneo, de Othon I., rey de la Germania, emperador de la Alemania después, llamado el Grande: embajada notable y curiosa, llena de lances dramáticos, que nos revelarán el espíritu religioso y político de los hombres de ambas creencias

(1) Cartas de Abd el Halim.—Conde, part. II, cap. 86.

muslímica y cristiana en aquella época, y el genio y carácter de Abderrahman.

El califa de Córdoba habia tenido que enviar un mensage al gran gefe de la *Alamanya* que ellos decian. La carta misiva de Abderrahman contenia varias frases de aquellas que tan familiares eran á los muslimes y que nunca faltaban en sus documentos oficiales, esto es, elogios de su religion, de la proteccion que Dios dispensaba á los mahometanos contra los infieles, de las excelencias del islamismo sobre el Evangelio y la Cruz y otras semejantes. Pareciéronle á Othon estas espresiones otras tantas injurias que se hacian al Dios de los cristianos, y retuvo mucho tiempo á los enviados del califa, como quien temia con su respuesta ocasionar una ruptura. Pero era menester tomar una resolucion, y la resolucion fué despachar una embajada á Córdoba, menos al parecer para tratar negocios políticos que para responder á la parte injuriosa de la carta de Abderrahman en que se vulneraba la religion cristiana. El sábio Bruno, arzobispo de Colonia y hermano de Othon, se encargó de redactar la respuesta; respuesta en que prodigaba algunos mas denuestos á Mahoma y al Corán que los que de la carta del califa se hubieran podido sacar contra Cristo. Necesitábase para llevar esta carta una persona de resolucion y arrojo, que no temiera arrostrar la cólera del califa. Un monge de la célebre Abadía de Gorza se ofreció espontáneamente á ello, acaso con la esperanza del martirio: llamábase este monge Juan, y se le dió por adjunto á otro monge de la misma Abadía nombrado Garamanno. Partieron, pues, los dos mensageros camino de España y llegaron á Córdoba, donde hallaron una acogida benévola de parte del monarca musulman; el cual les destinó una casa distante dos millas de su palacio, los hizo tratar con un lujo verdaderamente regio, pero en aquella especie de cautividad dorada los tuvo mas y mas tiempo sin que pudieran dar cuenta de su mision.

Preguntaron ya los buenos monges en qué consistia que tanto se tardára en admitirlos á la presencia del rey, á lo cual les fué respondido que pues los enviados del califa habian sido detenidos tres años por su monarca, ellos lo serian tres veces más, es decir, nueve años. La verdad era que habiéndose traslucido que la carta del rey Othon contenia frases injuriosas á Mahoma y su religion, y prescribiendo espresamente el Coran que el que tal hiciese ó autorizase fuese irremisiblemente condenado á muerte, queria el califa evitar este extremo dando largas y moratorias hasta ver si se hallaba medio hábil de salir de aquel compromiso. Ni el califa queria faltar á la ley, ni hubiera podido aunque quisiera, porque noticiosos los principales musulmanes de Córdoba del contenido de la carta, y recelando que el califa quisiera ser indulgente con los portadores de ella, presentáronse un dia tumultuariamente

en palacio, exigiendo la observancia de la ley del Coran, y costó no poco trabajo á Abderrahman sosegar aquel movimiento hijo del celo religioso. Deseando el califa conciliarlo todo del mejor modo posible, envió á decir al monge Juan, que desde luego le recibiria, siempre que no presentase las cartas del rey de Germania: el comisionado de Abderrahman se esforzó inútilmente en hacer ver al monge cristiano los inconvenientes y peligros que esto podia traer: el monge se mostró obstinado é inflexible; pero mas prudente el califa quiso todavía darle tiempo para que lo pensára mejor, á cuyo efecto mandó que se le dejára solo y entregado á sus meditaciones, sin mas compañía que la del otro monge su adjunto.

Al cabo de algunos meses pasó de órden del califa el obispo mozárabe de Córdoba á la habitacion del monge Juan, con el solo objeto de persuadirle á que desistiera de presentar las ya ruidosas cartas, haciéndole ver que do insistir en su empeño, ademas de seguirse una colision entre los dos pueblos, se veria el califa obligado á usar con él personalmente de una severidad que no podria evitar. Pero si duro habia estado el monge embajador con el que le habia hablado primeramente, estuvo aun mas en esta entrevista con el obispo mozárabe, reprendiéndole á él mismo por la sumision en que vivian él y su iglesia á un príncipe mahometano, y concluyendo con decir que nada en el mundo le haria cejar de su resolucion. Comunicada á Abderrahman esta respuesta, todavía quiso evitar un conflicto, y discurrir algun medio de ablandar el duro temple de alma del monge cristiano, que le causaba no poca admiracion. Trascurriendo algunas semanas más, y nuevos enviados pasaron á tantear las disposiciones del monge de Gorza, al cual hallaron inmutable en su propósito. Entonces el califa determinó ensayar si por el terror conseguia lo que no habia podido recabar por la prudencia y la blandura; y conociendo que la amenaza de un castigo personal no bastaria á doblegar á un hombre de tanto corazon y de ánimo tan firme, hízole entender, que si persistia en su temeridad, decretaria una persecucion contra todos los cristianos de sus dominios, y que él solo por su obstinacion seria responsable de todas las víctimas y de todas las desgracias que se siguieran. Ni esto bastó á hacer desistir al inexorable monge, parapetándose en que su deber era ejecutar las órdenes de su monarca, sucediese lo que quisiera.

Ya eran los cristianos mozárabes los mas interesados en buscar una solucion á tan difícil y delicado negocio. Hablaron, pues, con el monge Juan, y se acordó proponer al califa que se enviase nueva embajada al rey Othon informándole de los embarazos en que se hallaban, y pidiéndole nuevas instrucciones para ver el medio de salir de ellos. A todo accedió Abderrahman.

y como no se encontrára quien se prestase á desempeñar tan delicada mision, publicó un edicto prometiendo un favor especial al que se ofreciese á pasar á Germania, y todo género de presentes para cuando volviese á Córdoba.

Habia en el palacio de Abderrahman un lego llamado Recemundo ó Raimundo, empleado en la secretaría del califa por su instruccion en las lenguas latina y arábiga. Viendo Recemundo una ocasion de prosperar y acaso de elevarse á un alto puesto, y asegurado por Juan de que seria bien recibido, aceptó la embajada con una sola condicion, la de obtener el obispado de Illiberis que se hallaba vacante. No tuvo dificultad el califa en acceder á ello, y de simple lego que era se encontró de repente Recemundo convertido en prelado de una de las primeras iglesias de Andalucía (1). Consagrado obispo, y recibidas sus instrucciones como embajador, partió de Córdoba, y al cabo de algunas semanas llegó á la abadía de Gorza, donde fué recibido con mucho agasajo, y aun le acompañaron después á Francfort, donde Othon tenia entonces su córte. Presentado Recemundo al emperador, fácilmente consiguió lo que deseaba. Othon despachó un nuevo enviado á Córdoba acompañando á Recemundo con un escrito en que autorizaba á Juan á suprimir ó no presentar la carta primera, causa de todos aquellos debates, y á negociar en cambio un tratado de paz y amistad que pusiese fin á las incursiones de los bandidos sarracenos que infestaban el imperio de Othon. Recemundo y Dudon (que era el nombre del otro mensagero) llegaron á Córdoba á principios de junio de 959.

Presentóse inmediatamente el nuevo enviado en el palacio del califa pidiendo audiencia. «No consiento, contestó Abderrahman, en ver á nadie sin que venga ántes ese monge testarudo que tanto tiempo me las ha estado apostando. Los otros se podrán presentar después.» Y envió una comision á Juan mandándole comparecer á su presencia. Poco faltó para que otra vez burlára al califa aquel monge singular. Cuando los vazzires fueron á comunicarle la órden le encontraron despeinado y con barbas, con su túnica de sayal tosca y no nada limpia. Expusiéronle los vazzires que para poder presentarse al califa era menester que se hiciera rasurar la barba y peinar el cabello, asi como ponerse otro vestido mas decoroso, pues el califa no acostumbraba á recibir á nadie en trage desaliñado. El monge contestó sin turbarse que aquel era el hábito de su órden, y que no tenia otro. Dijéronselo asi á Abderrahman, quien se apresuró á mandarle diez libras de plata,

(1) Vióse en efecto en la iglesia mozárabe el ejemplar doblemente extraño de un lego elevado á la dignidad episcopal sin pasar por los grados intermedios, y de un prelado católico nombrado por un emperador mahometano.

cantidad que consideró sobrada para que pudiera hacerse un trage cual correspondia. Juan aceptó la suma, y dió las gracias al califa por su atencion y generosidad, pero la distribuyó entera á los pobres, y volvió á repetir que no se presentaria sino con su ropaje ordinario. «Pues bien, exclamó ya Abderrahman al anunciarle esta última resolucion, que venga como él quiera, aunque sea envuelto en un saco si asi le parece, y decidle que no dejaré por eso de recibirle bien.» Era menester tanta paciencia y bondad del califa para tanta obstinacion y terquedad del monge.

Fijóse, pues, el dia para su recepcion, y Abderrahman hizo desplegar la mas suntuosa pompa y aparato para hacer los honores al ya célebre benedictino. En toda la carrera desde la casa del humilde monge hasta el palacio del poderoso califa estaban escalonadas las tropas de infantería y caballería de la guardia, los unos con sus picas apoyadas en tierra, los otros blandiendo dardos y venablos y ejecutando una especie de simulacro de combate, los otros oprimiendo con sus largas espuelas los hijares de sus caballos, y haciéndolos retozar y caracolear de mil maneras. Unos grupos de moros, probablemente dervises, especie de monges de la religion musulmana, que solian asistir á todas las ceremonias públicas, iban dando saltos y haciendo ridículas contorsiones, ataviados tambien de un modo extravagante y raro. Al aproximarse el monge cristiano al real alcázar salieron á su encuentro los principales dignatarios del califa. El atrio estaba cubierto de vistosas y ricas alfombras. El monge Juan fué introducido al fin por medio de dos filas de magníficos sillones á la presencia del príncipe de los muslimes, que sentado sobre blandos y suntuosos cojines con las piernas cruzadas á estilo oriental aguardaba al embajador en un salon cubierto de riquísimos tapices y telas de seda.

Cuando el monge lorenés estuvo ya cerca del califa español, dióle éste á besar la palma de su mano, honor que dispensaba muy rara vez á los mas elevados personages, nacionales ó extrangeros; y le hizo seña de que se sentara en un sillon que á su lado preparado le tenia. Un intervalo de silencio se siguió á esta ceremonia. Rompióle el califa esponiendo las causas que habian retardado aquella audiencia, contestó Juan de Gorza, y en seguida hizo entrega de los presentes del rey Othon; y como luego hiciera ademan de retirarse, «oh, no, esclamó el califa, no lo consentiré sin obtener antes palabra de que nos habremos de ver muchas veces, y de que nos habremos de tratar para conocernos mejor.» Prometióselo asi Juan de Gorza, y salió complacido y satisfecho de haber hallado en el príncipe musulman un hombre que estaba lejos de merecer el epíteto de bárbaro que entonces aplicaban los cristianos á todos los ismaelitas.

Las entrevistas y conferencias se repitieron conforme habian convenido: en ellas se informó el califa de las fuerzas y poder del rey Othon, del número de sus tropas, de su sistema de guerra y de gobierno, y de otras circunstancias, y despues de haber hablado y cuestionado diferentes puntos, y quedado mútuamente aficionados el emir y el monge, partió éste á dar cuenta al emperador del éxito de sus negociaciones, con lo cual quedaron amigos el emperador germano y el príncipe musulman. Tal fué el resultado de la célebre embajada de Juan de Gorza, que pudo haber sido trágico para éste y de muy desagradables consecuencias para los dos pueblos sin la extremada prudencia de Abderrahman (1).

Por desgracia no habia sido siempre este príncipe tan tolerante con los cristianos. O era desigual su carácter, ó habia mudado con la edad. Porque diametralmente opuesta habia sido su conducta con el cristiano español Pelayo, aquel jóven sobrino del obispo Hermogio de Tuy que recordará el lector haber sido dado en rehenes á Abderrahman para rescatar á su tio hecho prisionero en la batalla de Valdejunquera. Era, dicen, Pelayo tan hermoso como discreto, y hacia ya tres años que estaba cautivo en Córdoba, cuando informado el califa de sus prendas quiso verle y atraerle á su religion. «Jóven, le dijo, yo te elevaré á los mas altos honores de mi imperio, si renegando de Cristo quieres reconocer á nuestro Profeta como el profeta verdadero. Yo te colmaré de riquezas, te llenaré de plata y oro, te daré ricos vestidos y alhajas preciosas. Tú escogerás de entre los esclavos de mi casa los que mas te agraden para tu servicio. Te regalaré caballos para tu uso, palacios para tu habitacion y recreo, y tendrás todas las delicias y comodidades que aqui se gozan. Sacaré de sus prisiones á quien tú quieras, y si tienes gusto en que vengan tus parientes á vivir en este pais, les daré los mas altos empleos y dignidades.»

A estos y otros seductores halagos resistió con entereza y constancia el jóven Pelayo, que contaba entonces trece años de edad. Los escritores cristianos añaden que el califa se propasó á hacer al jóven demostraciones y caricias de otro género, que hubieran sido mas criminales que las primeras, con lo cual enfurecido y colérico Pelayo se arrojó intrépidamente á Abderrahman, y le hirió en el rostro y le mesó la barba, desahogándose en las espresiones mas fuertes contra el califa y contra su falsa religion. El desenlace de este drama fué el martirio del jóven atleta, cuyo cuerpo mandó Abderrahman atenacear, y que después fuese arrojado al Guadalquivir: horrible

(1) Suministran estas noticias las Actas de los Santos de los monges benedictinos, en Mabillon, y las de la *Vida de San Juan de Gorza*; porque este monge se cuenta en el catálogo de los santos.

muerte, que sin embargo sufrió el jóven cristiano con una resignacion que parecia increible en su corta edad. Fué el martirio de San Pelayo á 26 de junio de 925. Crueldad tan desusada en Abderrahman, y empeño tan grande en la conversion de un niño que apenas rayaba en la adolescencia, nos induce á sospechar que se mezclaba en ello otro interés que el de la religion, y que no carecen de fundamento las pretensiones de otro género que le atribuyen los escritores cristianos (1).

Esta mancha, la mas negra pero no la sola que afeó el reinado del tercer Abderrahman, y que tanto contrasta con otros actos de generosidad y de tolerancia de su vida, no nos impide reconocer que en lo general fué reinado el suyo lleno de esplendidez y grandeza. Protector decidido de las letras y de los sabios, las ciencias y las artes tomaron bajo su influjo un desarrollo maravilloso. La historia, la geografía, la medicina, la poesía, la gramática, las ciencias naturales, la música, la arquitectura, porcion de otros ramos y conocimientos literarios y artísticos, todo prosperó de un modo admirable; fácilmente pudiéramos presentar un largo catálogo de literatos eminentes y de artistas distinguidos, que hicieron célebre en la historia de las letras el reinado del tercer Abderrahman, contando á él mismo entre los poetas y entre los hombres de erudicion no comun. Habíase propuesto que la capital del imperio árabe-hispano fuese el centro de la religion, la madre de los sábios, y la lumbrera de Andalucía. A este fin no perdonaba gasto ni medio para traer á Córdoba los profesores mas ilustres y las obras mas afamadas de todos los pueblos musulmanes: á aquellos los colmaba de honores, y éstas las compraba á precio de oro. Sus mismos hijos eran historiadores y filósofos, y el palacio de Merûan, punto de reunion de todos los literatos, era mas bien que el palacio de un príncipe un liceo ó academia perpétua, en que se cultivaban todos los ramos del saber que en aquella época se conocian; multitud de obras arábigas de aquel tiempo llenan todavía los estantes de las bibliotecas.

Hasta las mugeres de que se acompañaba eran literatas ó artistas. «Los últimos meses de su vida, dice uno de sus historiadores, los pasó en Medina de Zahara entretenido con la buena conversacion de sus amigos, y en oir cantar los elegantes conceptos de Mozna, su esclava secretaria; de Aixa, doncella cordobesa, que cuenta Ebn Hayan que era la mas honesta, bella y erudita de su siglo; de Safía, hija de Abdallah el Rayi, asimismo en extremo linda y docta poetisa, y con las gracias y agudezas de su esclava Noiratedia:

(1) Raquel, Vida y pasion de San Pelayo mártir. Ambrosio de Morales refiere largamente este martirio, que cantó en versos latinos la monja alemana Roswita, y que se hizo célebre por los poemas y dramas que sobre él se compusieron en la segunda mitad del siglo X.

con ellas pasaba las horas de las sombras apacibles en los bosquecillos, que ofrecian mezclados racimos de uvas, naranjas y dátiles.»

Ademas de los soberbios palacios y jardines de Zahara que hemos descrito en otro lugar, y que la mano destructora del tiempo, ayudada de la no menos destructora del hombre, ha hecho desaparecer, le debió la España la fundacion del arsenal de Tortosa (944), la construccion de un canal de riego y de un magnífico abrevadero en Ecija (en 949), la de un bello mihrab ó adoratorio en la mezquita principal de Tarragona, multitud de otras mezquitas baños, fuentes y hospitales, y el patio principal de la grande aljama de Córdoba (en 958), llamado hoy patio de los Naranjos, plantado entonces no solo de naranjos, sino de palmeras, de jazmines, de bosquecillos, de boxes, de mirtos y de rosales, por entre los cuales serpenteaban arroyuelos de puras y cristalinas aguas.

Llególe por fin á Abderrahman su última hora, y como dice uno de sus cronistas, «la mano irresistible del ángel de la muerte le trasladó de sus alcázares de Medina Zahara á las moradas eternas de la otra vida, la noche del miércoles dia 2 de la luna de Ramazan, del año 350 (961), á los setenta y dos años de su edad, y cincuenta años, seis meses y tres dias de su reinado, que ninguno de su familia reinó mas largo tiempo: loado sea aquel Señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso.»

Cuenta Ahmed Almakari, que entre los papeles que se hallaron despues de su muerte se encontró uno escrito por él que decia así: «He reinado cincuenta años, y mi reino ha sido siempre ó pacífico ó victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y de los príncipes mas poderosos de la tierra, he tenido cuanto parece pudiera desear, poder, riquezas, honores y placeres. Pero he contado escrupulosamente los dias que he gustado de una felicidad sin amargura, y solo he hallado catorce en mi larga vida.» Otros dicen que hizo esta célebre confesion al filósofo poeta Suleiman ben Abdelgafir en un momento de melancolía. Uno y otro pudo ser muy bien. Así murió Abderrahman III. en el apogeo de su poder y de su gloria.

CAPITULO XVI.

ALHAKEM II. EN CÓRDOBA;

DESDE SANCHO I. HASTA RAMIRO III. EN LEON.

De 961 á 976.

Solemne proclamacion de Alhakem II.—Brillantes cualidades de este príncipe. Protege las letras y los sábios. Riquísima biblioteca de Merúan.—Sus campañas en Castilla.—Ajuste de paz con Sancho I. de Leon.—Traslacion del cuerpo del jóven mártir San Pelayo á Leon.—Rebelion de algunos condes de Galicia.—Muere Sancho alevosamente envenenado.—Escena dramática y ruidosa entre dos obispos de Compostela.—Ramiro III. de Leon.—Situacion de los demas reinos de España.—Condado de Barcelona. Suniario: Borrel II.: Miron.—Navarra. Muerte de García el Temblon, y principio de Sancho el Mayor.—Castilla. Muerte de Fernan Gonzalez.—Juicio crítico sobre este célebre conde, y sobre el orígen y principio de la independencia y soberanía de Castilla.—Imperio árabe. Guerra de Africa y su resultado.—Extincion del imperio edrisita.—Cultura de la córte de Córdoba.—Las mugeres literatas. Asambleas de hombres doctos y eruditos.—Estadística de la riqueza y poblacion de Córdoba.—Estado de la agricultura y ganadería entre los árabes.—Sentida muerte del ilustre Alhakem II.—Anuncio de cambio en la situacion de los pueblos de España.

Aquel Abderrahman que decia no haber gustado en los cincuenta años de su reinado sino catorce dias de felicidad, pudo haber contado por el décimoquinto el dia de su muerte, pues felicidad es para un monarca en los últimos momentos de su vida saber que va á sucederle un hijo que perpetuará la gloria de su nombre.

Al siguiente dia de la muerte de Abderrahman III. (16 de noviembre de 961), veíase en el patio exterior del alcázar de Zahara los andaluces y zenetas de la guardia vestidos de gran lujo y cubiertos de brillantes armaduras: seguian dos hileras de esclavos negros con trages blancos y con hachas de

armas al hombro; otras dos filas de guardias slavos, teniendo en una mano su espada desnuda y en la otra su ancho escudo, circundaban un gran salon; los wazzires, cadies y catibes en trages blancos, color de luto entre los árabes; los capitanes de la guardia, todos los altos dignatarios del imperio daban frente á un trono erigido en el centro del dorado salon, en que se veia sentado un hombre, que si no tenia el magestuoso continente de Abderrahman, era de un exterior agradable y de una presencia noble: era Alhakem, que rodeado de sus hermanos y primos recibia el juramento de obediencia y fidelidad de su pueblo, y á quien los astrólogos y poetas anunciaban en elegantes versos la continuacion del venturoso reinado de su padre. Tenia Alhakem II. de cuarenta y siete á cuarenta y ocho años.

Uno de los primeros actos del nuevo califa fué nombrar su hagib ó primer ministro á Ghiafar el Sekleby, hombre poderoso y guerrero acreditado.

El dia de su nombramiento regaló al califa cien mamelucos europeos, armados de espadas, venablos y escudos, montados en ligerisimos caballos, y uniformados á la india; trescientas veinte cotas de malla, cerca de quinientos cascos, indios unos, y europeos otros, trescientos venablos ó lanzas arrojadizas, diez cotas de malla de plata sobredorada, cien cuernos de búfalos que servian como de trompetas, y otros efectos preciosos y raros.

Formado Alhakem II. desde sus mas tiernos años en el estudio y cultivo de las letras, de las cuales habia hecho su placer y su pasion dominante, cuando llegó al poder recibieron las ciencias un impulso cual todavía no habian alcanzado jamás. No habia en parte alguna profesor de mérito, ni obra rara, que no hiciese venir á Córdoba á costa de oro, para lo cual tenia comisionados especiales en todas las ciudades principales de África, de Egipto, de Siria, de Persia, de todos los paises en que pudieran salir producciones literarias. Asi llegó á reunir en el palacio de Merûan la biblioteca mas numerosa y escogida de aquellos tiempos. Componíase de *cuatrocientos mil volúmenes*, clasificados por ciencias y materias. El índice ó catálogo de obras, segun Ebn Hayan, formaba cuarenta y cuatro volúmenes, y ademas hizo emprender otro en que á los títulos de las obras se añadia los nombres de los autores con su genealogía y su biografía completa. La mayor parte de este trabajo era obra del mismo Alhakem, porque este ilustrado príncipe no era solamente bibliógrafo, no solo sabia el objeto y materia de cada obra de su biblioteca, sino que era tambien biógrafo, historiador y genealogista, y él mismo habia escrito las genealogías de los árabes de todas las tribus que habian pasado á España. La biblioteca de Merûan ademas de abundante y rica era tambien vistosa, porque casi todos los libros estaban lujosamente encuadernados con dibujos y arabescos de los mas vivos colores, á cuyo fin habia

hecho venir y reunido en su palacio los encuadernadores mas acreditados, asi como los mas hábiles copiantes. Ayudábale en sus trabajos bibliográficos su secretario particular Galib ben Mohammed, por sobrenombre Abu Abdelsalem, de quien dice El Razis que de órden del califa hizo el empadronamiento general de todos los pueblos de España. El escribió por sí mismo al célebre autor de aquel tiempo Abulfaragi, rogándole que enviase una copia de su libro titulado el Agani, coleccion muy preciosa de canciones, y para gastos de la copia le envió letra franca y mil escudos de oro. Abulfaragi le mandó la copia, y ademas una historia genealógica de los Ommiadas muy completa y circunstanciada, y una casida muy elegante de versos en elogio de los príncipes de esta dinastía.

Como despues de hecho califa no pudiera dedicarse á su ocupacion favorita del estudio sino los ratos que le dejaban libres los negocios del estado, y como por otra parte tuviese que habitar en el palacio de Zahara, encargó la administracion de la Biblioteca Meruana á su hermano Abdelaziz, y el cuidado de las academias y de los sábios á otro hermano llamado Almondhir. El pasaba la mayor parte del tiempo en Medina Zahara, gozando de las delicias de aquel sitio con mas tranquilidad que su padre, comunmente en la compañía de su favorito Mohammed ben Yussûf de Guadalajara, que escribió para el rey la Historia de España y África, y otras historias de ciudades particulares. Tenia tambien en mucho aprecio al poeta Mohammed ben Yahye, llamado el Calafate, uno de los mas floridos ingenios de Andalucía, y al persa Sapor, que á instancias suyas habia venido á Córdoba; por ser uno de los hombres mas doctos de su pais, Alhakem le habia hecho comarero suyo. Y como apenas seria posible suponer á un príncipe árabe sin alguna linda esclava que amenizára aquellos vergeles, cítase como su favorita á la bella *Redhiya* (que quiere decir la *Apacible*), á quien él llamaba la *Estrella feliz*.

Vivió Alhakem los dos primeros años de su reinado enteramente consagrado á la administracion interior del imperio, sin que por parte del rey Sancho de Leon se turbáran las relaciones amistosas en que habia vivido con su padre. Solo el conde Fernan Gonzalez de Castilla, libre ya de la prision en que le habia tenido el rey de Navarra, molestaba con correrías y cabalgadas los dominios musulmanes de las márgenes del Duero, tomando á los moros las mieses ó los frutos ya recogidos, los ganados y todo cuanto pillaba, de tal manera que no dejaba momento de reposo á los enemigos, y haciales á éstos insoportable vivir en pais tan de contínuo acometido. Para poner término á este estado de cosas, vióse precisado Alhakem á publicar el algihed ó guerra santa contra los cristianos de Castilla, y para dirigir mejor y mas de cerca asi los preparativos de la espedicion como las operaciones se

trasladó en persona á Toledo (963). Entonces fué cuando mandó publicar á los caudillos de todas las banderas como órden del dia aquella célebre proclama que nos recuerda la de Abu Bekr, primer sucesor de Mahoma, en los campos de la Meca al tiempo de partir á la conquista de la Siria.

«Soldados, les decia Alhakem, deber es de todo buen musulman ir á la «guerra contra los enemigos de nuestra ley. Los enemigos serán requeridos «de abrazar el islam, salvo el caso en que como ahora sean ellos los que co«miencen la invasion..... Si los enemigos de la ley no fuesen dos veces mas «en número que los muslimes, el musulman que volviese la espalda á la pe«lea es infame y peca contra la ley y contra el honor. En las invasiones de un «pais, no mateis las mugeres, ni los niños, ni los débiles ancianos, ni los «monges de vida retirada, á menos que ellos os hagan mal..... El seguro que «diere un caudillo sea observado y cumplido por todos. El botin, deducido «el quinto que nos pertenece, será distribuido sobre el campo de batalla, «dos partes para el de á caballo, y una para el de á pie... Si un muslim re«conoce entre los despojos algo que le pertenezca, jure ante los cadíes de «la hueste que es suyo, y se le dará si lo reclamase antes de hacerse la parti«cion, y si despues de hecha, se le dará su justo precio. Los gefes están fa«cultados para premiar á los que sirvan en la hueste aunque no sean gente «de pelea ni de nuestra creencia... No vengan á la guerra ni á mantener «frontera los que teniendo padre y madre no traigan licencia de ambos, sino «en casos de súbita necesidad, que entonces el primer deber del musulman «es acudir á la defensa del pais, y obedecer al llamamiento de los wa«líes (1).»

Arengadas las tropas y reunidas las banderas de todas las provincias, quiso Alhakem manifestar á los pueblos que no solo era sábio y prudente sino que tambien sabia ser guerrero, aunque era la primera vez que empuñaba las armas, pues su vida anterior habia sido toda consagrada al estudio de las letras. Hé aqui como refiere la crónica musulmana esta expedicion de Alhakem: «Entró, dice, con numerosa hueste en tierra de cristianos, y puso cerco al fuerte de Santisteban (San Esteban de Gormaz): vinieron los cristianos con innumerable gentío al socorro (2), y peleó contra ellos, y Dios le ayudó, y venció con atroz matanza: entró por fuerza de espada la fortaleza, y degolló á sus defensores, y mandó arrasar sus muros: ocupo

(1) Casi todas estas máximas se encuentran á la letra en el Coran.

(2) No debió ser tan innumerable, puesto que en esta guerra no se sabe que tomára parte el rey de Leon, y el conde de Castilla sólo no podia acaudillar tantas tropas que ni por hipérbole se pudieran decir innumerables, y menos comparadas con el grande ejército musulman.

Selmanca, Cauca, Uxama, y Clunia (Simancas, Coca, Osma y Coruña del Conde), y las destruyó: fué sobre Medina Zamora, y cercó á los cristianos en ella, y les dió muchos combates, y al fin la entró por fuerza, y pocos de sus defensores lograron librarse del furor de las espadas de los muslimes: se detuvo en aquella ciudad con toda su hueste, destruyendo sus muros. Con muchos cautivos y despojos se tornó vencedor á Córdoba, y entró en ella con aclamaciones de triunfo; y se apellidó Almostansir Billah (el que implora el auxilio de Dios).»

Las crónicas cristianas confirman el resultado de esta espedicion de Alhakem, tan fatal para las armas de Castilla. Solo añaden que el conde castellano Vela, que de resultas de un choque con Fernan Gonzalez, de cuyo engrandecimiento recelaba, habia sido expulsado de Castilla, con propósito de vengarse venia ahora ó acompañando ó guiando el ejército musulman, y del cual dicen que se ensangrentó en la pelea contra los cristianos como el mas cruel de los enemigos. Acaso á la ayuda y direccion de este tránsfuga debieron los árabes tan rápido y completo triunfo (1).

A la primavera del año siguiente (964) el secretario de Alhakem, Galeb, literato á un tiempo y guerrero como lo eran muchos musulmanes, volvió á hacer de órden del califa nueva irrupcion en el pais castellano, donde tuvo algunos reencuentros ventajosos. Despues de lo cuál y en combinacion con el wali de Zaragoza Attagibi revolvió contra el rey García el Temblon de Navarra, que dicen habia infringido las condiciones de un tratado hecho con Alhakem. Asi el rey de Pamplona como el conde de Castilla se refugiaron á Coria. Las huestes musulmanas talaron el pais y se retiraron. Tan felices expediciones persuadieron á Alhakem de la superioridad de sus armas, y no hubo ya parte de la España cristiana donde no dirigiera sus ejércitos en el otoño de 964 y principios del siguiente. Y si por un lado se atrevieron los musulmanes, conducidos por Attagibi, á penetrar hasta cerca de Barcelona, y á devastar y pillar el territorio de aquel condado, por otro Ebn Hixem y Galeb reunidos se apoderaron de Calahorra en Navarra, cuya ciudad reedificó y fortificó el califa haciendo de ella el baluarte avanzado del islamismo sobre el Ebro superior.

Victorias tan repetidas movieron al rey de Leon y á los señores de Castilla á enviar mensageros á Córdoba que entablasen con el califa negociaciones de paz. Alhakem, que como hombre dado con apasionamiento al estudio, gustaba naturalmente mas de la paz que del estruendo y ruido de las ar-

(1) Roder. Tolet. de Reb. Hispan. lib. V. —Lucas Tudens. Chron.—Comienzan á hacerse frecuentes estos casos de pasarse alternativamente cristianos y musulmanes á las banderas enemigas.

mas, recibió con complacencia las proposiciones de los cristianos y accedió á ellas fácilmente; y despues de haber agasajado á los mensageros en el palacio de Zahara segun la noble costumbre de su padre, cuando se despidieron para regresar á su pais envió en su compañía á un wazzir de su consejo con despachos para el rey de Leon, encargado tambien de presentarle en su nombre dos hermosos caballos árabes ricamente enjaezados, dos preciosas espadas de las fábricas de Toledo y de Córdoba, y dos halcones de los mas generosos y altaneros, dice la crónica (1).

Casi al mismo tiempo recibió Alhakem emisarios de los condes de Barcelona y de otras plazas de la España oriental, solicitando renovase con ellos la alianza en que habian vivido con su padre. Dice Almakari que la demanda de los enviados de Cataluña iba acompañada de un magnífico presente, compuesto de veinte jóvenes slavos eunucos, diez corazas slavas, doscientas espadas del Frandjat, veinte quintales de martas cebellinas, y cinco quintales de estaño. El califa ajustó con ellos un tratado de paz, en que se estipuló que habian de destruir ciertas fortalezas de la frontera oriental que incomodaban á los musulmanes, y que habian de impedir á los cristianos de dichas fronteras el que despojasen y cautivasen, como acostumbraban siempre que tenian ocasion, á los muslimes de las comarcas aledañas (2).

Alentado Sancho de Leon con el buen éxito de la primera embajada, y á instancias de su muger Teresa y de su hermana Elvira, religiosa esta última en el monasterio de San Salvador de aquella ciudad, se atrevió á enviar al califa cordobés una nueva mision, no ya de carácter político, sino de naturaleza puramente religiosa; á saber, la de que permitiese trasladar á Leon el cuerpo del jóven martir San Pelayo, que los cristianos cordobeses habian

(1) Conde, cap. 89.

(2) Cuentan los árabes un suceso ocurrido en este tiempo que nos da idea de cómo se habian ido adulterando las costumbres de los mahometanos españoles. Dicen que por abuso y licencia introducida por los de Irak y otros extrangeros, se habia hecho tan comun el uso del vino, que no solo el pueblo sino los alfaquíes mismos lo bebian con escandalosa libertad en las bodas y festines, pero que informado de ello Alhakem, religioso y abstinente como era, juntó sus alimes y alfaquíes y les preguntó en qué podia fundarse el uso que se hacia, no ya solamente del ghamar y el sahiba (vino tinto y blanco de uva), sino tambien del de dátiles de higos y otras bebidas embriagantes. Respondiéronle que desde el reinado de Mohammed se habia hecho recibida y comun opinion que estando los muslimes de España en continua guerra con los enemigos del islam, podian usar del vino, porque esta bebida alienta el ánimo de los soldados para las batallas, y que asi en todas las fronteras se permitia su uso para tener mas valor y esfuerzo en las lides. Reprobó, añaden, el califa estas opiniones, y mandó arrancar las viñas en toda España, dejando solo la tercera parte de las vides para aprovechar el fruto de la uva en su sazon, en pasas y en arrope, y otras diferentes composiciones saludables y lícitas, hechas de mosto espesado.—Conde, cap. 90.

tenido cuidado de recoger del Guadalquivir. Acompañó esta vez á los legados del rey el obispo Velasco de Leon (966). Algunas dificultades parece que halló al principio el prelado cristiano, mas al fin condescendió tambien el generoso y amable califa con su demanda, y el cuerpo del mártir Pelayo entró en Leon al año siguiente con gran contento de todos los cristianos, y muy principalmente de las dos princesas á quienes se debia la adquisicion de la preciosa reliquia. El cuerpo fué llevado en procesion solemne á la iglesia de un monasterio erigido por el rey, cuyo monasterio se nombró de San Pelayo (1).

No pudo Sancho participar de esta solemnidad religiosa. Asuntos graves le habian llamado á Galicia, mientras sus enviados negociaban en Córdoba la entrega de los restos mortales del santo mártir. Varios grandes, ó condes ó duques, se habian alzado en rebeldía contra el rey de Leon: entre ellos eran los principales Rodrigo Velazquez y Gonzalo Sanchez, este último pariente del obispo de Compostela Sisnando, por cuya instigacion se cree que obraba. Este prelado, mas inclinado á manejar la espada del guerrero que el báculo del apóstol, hijo de un conde ilustre de Galicia de quien acababa de heredar cuantiosos bienes, habia solicitado y conseguido del rey Sancho el permiso para fortificar á Compostela, so pretesto de poner el templo del Santo Apóstol al abrigo de las incursiones de los normandos que de nuevo se habian dejado asomar por la costa de Galicia. En efecto, él circunvaló su ciudad y palacio episcopal de murallas, torres y fosos al modo de una plaza fuerte, pero sacrificando para ello á los fieles de su iglesia, á quienes trataba como esclavos. En vano el rey, á cuya noticia llegaron las tiranías del obispo, le reconvino repetidamente por sus excesos: el prelado continuaba en sus violencias sin que le movieran las reales amonestaciones. Confiaba en la proteccion de sus parientes, y en poder con su ayuda resistir al rey, el cual creyó llegado el caso de pasar á Galicia con algun golpe de gente. El obispo compostelano, á pesar de sus fortificaciones y sus bravatas, no tuvo ánimo para resistir al rey, y le abrió las puertas de la ciudad. Sancho depuso al rebelde prelado de su silla, añadiendo algunos que le encerró en un castillo, y puso en su lugar á Rosendo, obispo que era de Mondoñedo y varon respetado por sus grandes virtudes (2).

Quedábale á Sancho todavia un enemigo poderoso, el conde Gonzalo Sanchez que gobernaba á Lamego, Viseo y Coimbra. El monarca leonés no dudó en dirigirse en su busca, pero apenas habia pasado el Miño encontróse con los

(1) Samp. Chron. n. 27.—Annal. Compost., p. 318.

(2) Samp. ibid.—Chron. Iriens., n. 9.

enviados del sublevado conde que venian á ofrecerle en su nombre reconocimiento y homenage y á pedirle le concediera tener una entrevista con él. Todo lo otorgó el rey fácilmente; pero el paso del conde encerraba un proyecto pérfido y ocultaba una intencion indigna de un pecho castellano. La entrevista se verificó; el conde, mostrándose agradecido, quiso festejar al monarca, y en un banquete que dió le hizo servir una fruta emponzoñada que el monarca comió sin recelo. Apenas la habia gustado comenzó á sentir sus efectos mortíferos: con gestos y palabras entrecortadas pudo solo hacer entender su deseo de ser llevado á Leon. Tratóse de ejecutar su voluntad. Pero al tercer dia de camino espiró en el monasterio de Castrelo de Miño (967).

Su cuerpo fué trasportado á Leon, y sepultado en la iglesia de San Salvador junto al de su hermano Ordoño (1).

Asi acabó Sancho el Gordo á los doce años y un mes de haber empuñado por primera vez el cetro de Leon, dejando de su muger Teresa Jimena un hijo llamado Ramiro, de edad de solos cinco años.

Dos novedades notables ocurrieron en Leon á la muerte de Sancho el Gordo: fué la primera haber colocado la corona en las tiernas sienes del niño Ramiro, habiendo sido hasta entonces la infancia causa frecuente ó pretexto especioso para no sentar en el trono de sus padres á tantos hijos de reyes: la segunda fué haber puesto al tierno monarca, que tomó el nombre de Ramiro III., bajo la tutela de su madre y de su tia Elvira, religiosa ésta en el monasterio de San Salvador, viéndose por primera vez una monja constituida en co-regente y gobernadora de un reino.

Un suceso no menos extraño, pero de muy distinto linage, se verificaba entonces en Galicia. Reposaba tranquilamente en su lecho la noche de la Natividad del Señor el venerable prelado de compostela Rosendo (967), cuando un ruido que sintió en su dormitorio le hizo despertar despavorido y sobresaltado: un personage armado de espada y de coraza levantaba con la punta del acero el lienzo que le cubria; s guidamente vió amenazado su pecho con la punta de aquella misma espada. ¡Cuál seria la sorpresa del virtuoso obispo al reconocer á su antecesor Sisnando, el prelado depuesto por Sancho, que habiendo despues de la muerte del rey recobrado la libertad con ayuda de sus parientes, se presentaba á reclamar la silla episcopal de aquella manera y por aquel medio! A semejante insinuacion el sobrecogido prelado mostróse dispuesto á ceder su báculo, mas no sin tener valor para recordar al obispo guerrero aquellas palabras de Cristo: «el que maneja el acero, por el acero perecerá.» Y despojándose de sus vestiduras episcopales, se re-

(1) Samp. ibid.—Cron. Iricus., n. 10.

tiró resignado al monasterio de San Juan de Cabero edificado por él, pasando después al de Celanova, fundado tambien por él mismo, donde vivió santa y tranquilamente por espacio de diez años hasta el fin de sus dias (1).

En cuanto á Sisnando, cumplióse en él la sentencia de la noche de Navidad. Habiendo los normandos y frisónes acometido de nuevo la Galicia con una flota de cien velas al mando de su rey Gunderedo (968), y derramádose por la comarca de Compostela, talando, devastando y cautivando hombres y mugeres segun su costumbre, armóse loca y arrebatadamente el guerrero obispo Sisnando de todas armas, y con su gente salió furioso en busca de los invasores: hallólos cerca de Fornelos, los acometió, pero pagó su temeridad cayendo atravesado de una saeta; con lo que huyeron los suyos quedando los normandos dueños del campo (2). Alentados con este triunfo internáronse esta vez aquellos piratas hasta los montes de Cebrero, saqueando, incendiando y degollando sin piedad; hasta que al regresar hácia la costa con objeto de embarcar el fruto de sus depredaciones, viéronse arrollados por un ejército gallego capitaneado por el conde Gonzalo Sanchez (el mismo que habia propinado el veneno á Sancho el Gordo), que arremetiendo con ímpetu y bravura hizo un espantoso degüello en aquella gente advenediza, quedando entre los muertos el mismo Gunderedo. Quemadas fueron en seguida sus naves, y de este modo desapareció en Galicia aquella hueste de atrevidos aventureros, que tan afortunados habian sido en Francia y en Bretaña (3). Era el tercer año del reinado de Ramiro (969).

Desembarazados de este episodio, volvamos la vista hácia la situacion de los demas estados de España al tiempo que comenzaba á reinar en Leon Ramiro III.

Habíamos dejado en 912 establecido en Barcelona al conde Sunyer ó Suniario, hermano de Borrell I., é hijo segundo de Wifredo el Velloso. Lo mismo que los reyes de Leon y de Navarra, habia dividido Suniario su tiempo entre la devocion y la guerra, fundando y dotando monasterios y peleando con los musulmanes fronterizos. La suerte de las batallas le privó de su hijo primogénito Ermengaudo ó Armengol, á quien amaba tiernamente, y á quien habia dado alguna participacion en el gobierno, y titulaba conde de Ampurias. Asoció entonces el apesadumbrado conde en el mando al mayor que quedaba de sus hijos nombrado Borrell, en cuyas prendas cifraba tambien grandes esperanzas, y en quien por último vino á descargar todo el peso del

(1) Cron. Iriens. n. 11.—Vit. S. Rudesindi, apud Florez, tom. 18.

(2) Samp. Chron. n. 28,

(3) Chron. Iriens.—Id. Samp.—Annal. ó Hist. Compostel,

gobierno, retirándose él á un monasterio, donde vistió el hábito religioso, y donde falleció en 15 de octubre de 953. Quedó, pues, Borrell II. de conde soberano de Barcelona (954), rigiendo solo el estado hasta 956, en que entró su hermano Miron á compartir con él el solio, acaso porque así fuese la voluntad testamentaria de su padre. Mas como sobreviniese á Miron una muerte anticipada (31 de octubre de 966), quedó otra vez Borrel II. solo para contrarestar las tormentas que no habian de tardar en amenazar á Cataluña como á los demas estados cristianos españoles. Promovió entretanto el segundo Borrell las fundaciones religiosas, y agregó á su corona el condado de Urgel por muerte sin sucesion de otro Borrell primo suyo, titulándose duque y príncipe de la Marca Hispana, aun cuando los demas condados no viniesen vinculados al de Barcelona, pero al cual iban de esta manera incorporándose (1). Este era el conde soberano de Barcelona al advenimiento de Ramiro III. al trono de Leon.

En Navarra acabó en 970 su vida y reinado García Sanchez el Temblon, sucediéndole su hijo Sancho García II., llamado el Mayor, de no mas edad acaso que Ramiro el de Leon, y cuyo larguísimo reinado, el mas dilatado que se habia conocido, pues le hacen durar cerca de sesenta y cinco años, fué tambien uno de los que ejercieron mas influjo en la suerte futura de España. Y como si estuvieran los estados cristianos destinados á sufrir en este tiempo una renovacion general en el personal de sus príncipes, acaeció en el propio año en Burgos (970) la muerte del célebre conde de Castilla Fernan Gonzalez, que tantas inquietudes habia causado á los reyes de Leon, que tantas batallas, ya prósperas, ya adversas, habia sostenido contra los musulmanes, uno de los mas activos y briosos adalides de aquella edad, y el fundador de la independencia de Castilla. Enterrósele en el monasterio de Arlanza reedificado por él, y le sucedió en la soberanía de Castilla su hijo García Fernandez (2).

(1) Documentos del Archivo de la antigua corona de Aragon, citados largamente por Bofarull en los *Condes vindicados*. Recordamos al lector la rectificacion de la Cronología de los condes de Barcelona hecha por Bofarull, distinta de la que hallará en todas las historias generales de España y particulares de Cataluña anteriores á sus investigaciones.

(2) La biografía de este famoso personage ha sido adicionada con tan maravillosas hazañas y estrañas aventuras por los historiadores y romanceros de los siglos XIII. al XVI, que vino á ser manantial fecundo é inagotable de asuntos dramáticos para los poetas. Y aunque estamos persuadidos de que los únicos hechos señalados y auténticos del insigne conde castellano que constan de las verdaderas fuentes históricas son los que dejamos consignados, basta la popularidad que aquellas han adquirido para que no dejemos de hacer una rápida y sucinta reseña de ellas, siquiera porque esta misma celebridad es ya histórica, y para que

Solo Alhakem II. continuaba en Córdoba en paz con los cristianos y entregado á las reformas interiores del reino y á los placeres literarios, mas de su gusto que las guerras y el choque de las armas. Lejos de aprovecharse de la propicia coyuntura que le ofrecia la tierna edad de los reyes de Leon y de

el lector pueda tambien juzgar por si mismo si tales proezas deben pertenecer á la historia ó al romance.

La fama, dicen, de Fernan Gonzalez volaba ya por el mundo desde su mocedad. Una de las hazañas que empezaron á darle prez y á hacer resonar su nombre fué el desafio con el rey de Pamplona Sancho Abarca. Fernan ó Fernando se habia entrado con un ejército por los estados del rey de Navarra á tomar con la punta de su lanza la satisfaccion que no habia querido dar á sus embajadores. Encontráronse los dos ejércitos y se embistieron con igual ímpetu y corage; pero como en mucho tiempo ninguno de ellos venciese ni fuese vencido, impacientes entrambos generales se retaron como buenos caballeros para decidir la contienda personalmente y cuerpo á cuerpo. El combate fué tan reñido y fuerte que ambos á un tiempo cayeron heridos, con la diferencia que Sancho Abarca exhaló allí el último aliento, y el valeroso conde de Castilla no solo volvió á levantarse sino que se sintió con fuerzas para pelear seguidamente con el conde de Tolosa que salió á vengar al difunto rey de Navarra, é hízolo con tal brio que de un bote de lanza le derribó tambien al suelo sin vida, y echó luego del campo á los enemigos, permitiéndoles solo por gracia y generosidad que se llevasen los cadáveres de los dos príncipes. Mas los que inventaron esta proeza no tuvieron presente, que habiendo muerto Sancho Abarca hácia los años 924 ó 26, en que suponen la exaltacion de Nuño Rasura, á quien hacen abuelo de Fernan Gonzalez, ó este era un niño cuando mató al rey de Navarra ó acaso no habia nacido todavía.

En cuanto á batallas y victorias contra los moros atribúyenle tantas que no se dan vagar unas á otras, y tan maravillosas que no hay términos como poderlas ponderar. Con cien caballos y quinientos infantes derrotó el dia de San Quirce un numerosísimo ejército de infieles, en memoria de lo cual edificó una iglesia á aquel santo en el lugar del combate. El dia de la batalla de Simancas, á consecuencia de un voto que hicieron el rey de Leon y el conde Fernando á sus respectivos santuarios de Santiago y San Millan de ofrecer un donativo anual y perpetuo á las dos iglesias si les concedian la victoria, ademas del eclipse de sol que privó á los hombres de luz por mas de una hora, aparecieron en el aire estrellas ambulantes y cometas de figura espantosa, abrasándose las tierras en viva llama, y se vió pelear en la vanguardia del ejército cristiano sobre caballos blancos dos personages celestiales, que unos decian eran dos ángeles y otros conocieron ser Santiago y San Millan, el primero en defensa de los leoneses y gallegos y el segundo de los castellanos, y que por eso Leon y Castilla se repartieron el trabajo y las victorias, ganando don Ramiro la primera en Simancas y Fernan Gonzalez la segunda despues en Albóndiga. A esta siguieron otras muchas en diferentes puntos, casi todas con intervenciones misteriosas, y no podia dejar de adjudicarsele la derrota de aquel supuesto general moro *Azeipha*, que ni fué moro ni cristiano, ni general ni hombre.

Pero las dos mas famosas batallas fueron las dos que dicen dió al valeroso y célebre Almanzor á fines del reinado de Ordoño III. y principios del de Sancho, es decir, sobre unos veinte y tres años antes que Almanzor comenzára á darse á conocer como regente del califa Hixem. Acompañaron á estas batallas lances dramáticos y aventuras novelescas, prodigios y milagros patentes. Almanzor habia acudido con un ejército de ochenta mil hombres; las fuerzas de Fernan Gonzalez eran infinitamente inferiores en número; pero este no era un inconveniente para el intrépido conde, que resueltamente marchó con sus escasas tropas á la villa de Lara, por donde los infieles tenian que pasar. Mientras llegaban, quiso divertirse en perseguir un jabalí, que aventado del mon-

Navarra, respondia á los que le instigaban á la guerra, entre ellos algunos tránsfugas castellanos, con aquellas palabras del Profeta: «Guardad fielmente vuestros pactos, y Dios os lo tomará en cuenta.»

Las nuevas recibidas de Africa vinieron á turbar al sábio califa en sus pacificos goces. La ambicion de los Fatimitas habia vuelto á inquietar el Magreb

te se metió en una ermita en que vivian retirados tres santos varones, Pelayo, Arsenio y Silvano. Al encontrarse el conde con una capilla y un altar parecióle mas oportuno hacer oracion que perseguir la fiera, y puesto de rodillas oró á Dios muy fervorosamente por la felicidad de sus armas. Allí pasó toda la noche, ya orando, ya departiendo con el buen Pelayo, quien le anunció de parte de Dios que ganaria la batalla, pero que antes sucederia una catástrofe impensada y fatal. No nos dicen qué fué entretanto del jabalí, aunque es de suponer que se volviera al monte.

En efecto, el dia de la batalla un caballero llamado Pedro Gonzalez, que tenia fama de valiente, quiso adelantarse con su caballo, y de repente se abrió la tierra y los tragó, sin que jamás volviesen á parecer ni caballo ni caballero. Quedó con esto el ejército helado de asombro, y hubiera querido retroceder si el conde á voz en grito no hubiera avisado que aquella precisamente era la señal de la victoria que le habia dado el ermitaño, con lo que realentado el ejército acometió con tal ímpetu que en poco tiempo desbarató y destrozó aquel enjambre de mahometanos. Y como mas adelante volviesen otra vez los sarracenos con duplicadas fuerzas, siendo limitadísimas las del conde, no tuvo reparo en atacar á los infieles, seguro de la victoria, porque así se lo habia ofrecido el mismo ermitaño, que ya difunto se le apareció entre sueños la noche que precedió á la pelea. Duró, no obstante, tres dias el combate, hasta que el apóstol San iago vino á dar visible ayuda á los cristianos, y entonces se cansaron de matar moros por espacio de dos dias sembrando de cadáveres toda la tierra. En reconocimiento de tan señalada proteccion de Dios y de sus santos, reedificó el antiguo monasterio de San Pedro de Arlanza, objeto predilecto de su especial devocion hasta el último dia de su vida.

A esta série de gloriosas hazañas añaden una cadena de aventuras amorosas. Diremos algunas de ellas. Fué el caso que la reina viuda de Navarra doña Teresa, deseando vengar la muerte que el conde habia dado á su padre don Sancho Abarca, discurrió inducirle con palabras dulces y engañosas á que se casase con su hermana doña Sancha, pero con la torcida intencion de que esto sirviese solamente como de anzuelo para llevársele á Pamplona, y allí hacerle prender de acuerdo con el rey don Garcia. Marchó, pues, el conde á Pamplona con la alegría y satisfaccion de quien va á enlazar su mano con la de una princesa ilustre. Pero el placer de novio se convirtió muy pronto en amargura de prisionero, viéndose encarcelado sin atinar el delito ni la causa. La reina, sin embargo, no logró por esta vez su objeto, porque la princesa, á quien sin duda pareció bien el conde y en su virtud apetecia ya que las fingidas bodas pasasen á veras, ingenióse para sacarle de la cárcel, y escapándose con él llegaron felizmente á Burgos, donde efectuaron su matrimonio.

Indignado el rey de Navarra con la fuga del conde, y mas todavía con la de su hermana, salió inmediatamente con sus tropas para Castilla, resuelto á volverle á prender muerto ó vivo, como pudiese. Pero no pudo de ninguno de los modos, antes fué él el que quedó preso del conde, quien le retuvo mas de un año, hasta que las lágrimas de doña Sancha y los ruegos de los demas príncipes aplacaron el ánimo del héroe castellano. No desistió de su proyecto de venganza la reina viuda. Persuadió, pues, al rey don Sancho de Leon á que con pretesto de celebrar córtes generales llamase al conde y le hiciese prender. Así se verificó, cayendo el bueno de Fernan Gonzalez en este segundo lazo, que por lo visto era el conde mas valiente y hazañoso que cauteloso y precavido. Mas sabedora de su nueva prision la ya condesa

sometido por Abderrahman III. En 968 Moez ben Ismail habia enviado un ejército á las órdenes de Balkin ben Zeir para castigar las tribus zenetas que se habian negado á reconocer su imperio. El edrisita Alhassan que gobernaba el Magreb á nombre de los califas de Córdoba, abandonó deslealmente la causa de su soberano, y se unió á los fatimitas que hacian proclamar en las ciuda

doña Sancha, que debia ser señora no poco varonil y resuelta, púsose luego en viage con pretesto de ir á visitar el cuerpo del apóstol Santiago. A su tránsito por Leon obtuvo la gracia de pasar con su marido en la cárcel toda una noche, y al amanecer puso al conde sus vestidos, con los cuales salió disfrazado sin que la guardia se apercibiese de ello, quedando doña Sancha en la cárcel vestida con los del conde. Cuando le pareció que éste se hallaria ya en lugar seguro, escribió al rey una carta diciendo: «Señor, aquí me teneis en la cárcel en lugar del conde mi marido, con quien yo he trocado mi libertad. Si os hice injuria en tomaros un preso, lo recompenso enteramente con mi persona entregándome prisionera en su lugar, para que me considereis culpable de sus mismos delitos, si es que los tuviese, y cargueis sobre mí todo el peso del castigo que él hubiere merecido. Dos cosas solas os suplico que considereis; que yo soy hermana de vuestra madre y muger del prisionero á quien he libertado. Si os ensangrentais contra mí, os bañareis las manos en vuestra misma sangre, y si castigais mi único delito, castigareis la piedad de una muger para con su marido, etc.»

Sintió mucho el rey al principio el engaño, pero despues aplacado su enojo con la razon, alabó el valor de su tia, y mandó que la llevasen á su marido con grande acompañamiento.

Pero aun es mas peregrina la manera como logró el insigne Fernan Gonzalez hacerse conde soberano é independiente de Castilla, al decir de los mismos historiadores. Cuentan que el rey don Sancho de Leon se enamoró de un hermoso caballo y de un halcon de singular habilidad que el conde tenia, y como no quisiese admitirlos en concepto de regalo por mas que el conde se empeñára en ello, los adquirió á un precio considerable, conviniendose en que de no pagarlos el dia que se designó, por cada dia que pasára se duplicaria el precio. No los pagó el rey, no sabemos por qué: y al cabo de siete años, resentido Fernan Gonzalez de los malos tratamientos que de Sancho habia recibido, reclamó la paga de su caballo y de su halcon, pero se halló que la suma en este tiempo habia subido tanto que no habia en el tesoro real dinero con que satisfacerla; y en su virtud se concertaron los dos en que el conde en recompensa de la deuda quedaria desde entonces soberano independiente de Castilla sin reconocer ningun género de vasallage á los reyes de Leon. Por mas que la anécdota no carezca de cierto gusto romancesco, tal es su carácter de conseja que hasta los historiadores menos críticos y menos escrupulosos miran ya como cargo de conciencia el admitirla.

El prurito de formar líneas genealógicas, el empeño de hacer á Fernan Gonzalez descendiente directo ó inmediato de los jueces de Castilla, y el error de suponer hereditario el condado de Castilla en un tiempo en que todavía no lo era, ha suscitado cuestiones cronológicas de dificilísima solucion, si posible acaso, dado que se admitan aquellos principios. Lo que mas averiguadamente consta es que esta parte de España nombrada antiguamente Bardulia, que desde las conquistas de los primeros Alfonsos comenzó á llamarse Castilla por los muchos castillos que para la defensa de sus estados fueron levantando aquellos príncipes, comenzó tambien entonces á ser regida por condes ó gobernadores á estilo de los godos, pero dependientes de los reyes de Asturias y Leon. El primer conde de quien se tenga noticia fué un Rodrigo, sin duda de orígen godo á juzgar por su nombre, pero de familia desconocida. Este Rodrigo fué el poblador de Amaya (villa á nueve leguas de Burgos), la cual hubo de hacer como la capital del con-

des y mezquitas africanas el nombre de Moez. No sirvió una victoria que Ghiafar, general de Alhakem, alcanzó en 972 contra los fatimitas. La guerra prosiguió viva, y habiendo hecho traicion á Ghiafar los gefes zenetas, tuvo que retirarse á Andalucía, donde el califa recompensó sus servicios con el título de hagib. Asustado Alhakem con el rápido engrandecimiento de sus rivales

dado, mientras duró su gobierno, como parece indicarlo aquel antiguo refran:

Harto era Castilla pequeño rincon.
Cuando Amaya era la cabeza y Fitero el mojon.

Hijo de este Rodrigo fué Diego Rodriguez Porcellos, el fundador y poblador de Burgos (884), destinada á ser el núcleo y la verdadera capital de el condado. Prosiguieron los condes gobernadores, no en línea genealógica ni con título hereditario, sino como autoridades amovibles puestas por los reyes; y á veces no mencionan uno solo las historias, sino varios que regian á un tiempo diferentes comarcas ó fortalezas de Castilla, acaso subordinados á uno principal, como en lo antiguo lo estaban los condes al duque de la provincia. Citanse entre estos Nuño Fernandez, Nuño Nuñez, Gonzalo Telliz, Rodrigo Fernandez, Gonzalo Fernandez, y Fernan Gonzalez, que aparecen como pobladores, Nuño Nuñez de Roa, Gonzalo Tellez de Osma, Gonzalo Fernandez de Oca, Coruña del Conde y San Esteban de Gormaz, Fernan Gonzalez de Sepúlveda. Todos estos condes y algunos otros cuyos nombres se suelen encontrar en las escrituras gobernaban temporalmente y sin órden de sucesion los paises ó ciudades que se les encomendaban.

Muy pronto mostraron, asi los condes como los pueblos de Castilla, tendencias á emanciparse de los reyes de Asturias y Leon. Pruébalo la temprana rebelion de Nuño Fernandez contra Alfonso III. su suegro, el duro castigo que Ordoño II. hizo en los cuatro condes desobedientes, la eleccion que se supone de los dos jueces, y que probablemente entonces no tuvo mas objeto que proveerse á sí mismos de magistrados que les administráran justicia mejor que solian hacerlo los monarcas leoneses, hasta que vino el ilustre Fernan Gonzalez, hijo de Gonzalo Fernandez, que con su esfuerzo, valor y destreza supo conquistar poco á poco la independencia de Castilla.

Vemos desde luego á Fernan Gonzalez eclipsar con su nombre á otros cualesquiera condes subalternos que en Castilla hubiese, dependiendo todavía del belicoso rey de Leon Ramiro II. hacer un papel importante en los mas graves sucesos de la época, pelear por su cuenta con los musulmanes y vencerlos muchas veces: aun preso en las cárceles de Leon despues de frustrada su primera tentativa de independencia, merecer tal consideracion y respeto al monarca, que para obtener su juramento de fidelidad hubo de pactar el enlace de su hijo primogénito con la hija del conde: vémosle mas adelante todavía, ó por política ó por fuerza, al servicio de Ordoño III.: mas luego aparece (siempre rivalizando su poder con el de los reyes), entronizando á Ordoño IV., casado con su hija la repudiada del III., y lanzando del trono á Sancho el Craso, su aliado anteriormente: y por último conducirse en sus luchas con los reyes de Leon y Navarra con tal actividad, sagacidad y politica, que llega á sacudir definitivamente la dependencia de Leon, y á quedar como un soberano absoluto entre ambos reinos, siendo de esta manera el fundador del condado independiente de Castilla, nueva soberanía que en menos de un siglo habia de convertirse en el mayor y mas preponderante de los reinos cristianos de la Peninsula, hasta absorber en sí con el tiempo todas las demas monarquías de España.

Casado Fernan Gonzalez con Sancha, hija del rey Sancho Abarca de Navarra, habia tenido de ella varios hijos, de los cuales por muerte de los primogénitos le sucedió en el condado García Fernandez, tomando ya esta soberanía el carácter de hereditaria.

Tal fué el principio de la independencia de Castilla, cuyo ilustre fundador fué harto

de Africa, envió al walí Mohammed ben Alcasim con numerosas huestes al Magreb, pero batido por las cabilas berberiscas del traidor Alhassan, pereció en un sangriento combate el caudillo andaluz, y los restos de su destrozado ejército se refugiaron á Tánger y Ceuta, las solas ciudades que quedaban al soberano cordobés. Aun no desalentado éste, despachó á Galib con nuevas fuerzas, diciéndole: «No volverás aqui sino muerto ó vencedor: el fin es vencer; asi no seas avaro ni mezquino en premiar á los valientes.» El califa y su caudillo sabian bien el poder que tenia el oro para con aquellos interesados y venales africanos. Las instrucciones fueron ejecutadas; el cebo se derramó copiosa y diestramente, y las codiciosas tribus se dejaron ablandar en tal manera, que en una sola noche se vió Alhassan abandonado de todas sus tropas, á escepcion de algunos caballeros que le ayudaron á refugiarse en la inaccesible *Peña de las Aguilas*, donde habia dejado su harem y sus tesoros.

Rodeó Galib la roca con toda su hueste, y cortando el agua á los sitiados vióse Alhassan reducido á tal extremidad, que hubo de someterse á la avenencia que le propuso Galib, asegurándole su vida, su libertad y sus tesoros, á condicion de venir á España á hacer por sí mismo su sumision á Alhakem (973). Con esto se posesionaron las tropas andaluzas de la *Peña de las Aguilas*; redujo en seguida Galib todos los pueblos y fortalezas de Almagreb, puso en Fez un walí de su confianza, y asegurado aquel imperio para el califa en solo un año de campaña, embarcóse en Ceuta para Algeciras (974), llevando consigo al último descendiente de los Edris. Admirable fué la galantería y la generosidad de Alhakem con aquel ilustre prisionero á pesar de su

esclarecido por sus hazañas verdaderas, sin necesitar para serlo de las que posteriormente hayan podido ser inventadas por romanceros ó historiadores.

En un monumento erigido en la ciudad de Burgos, que lleva el nombre de *Arco de Fernan Gonzalez*, levantado, dicen, sobre el solar de la casa que habitó el insigne conde, se lee una inscripcion latina, que viene á decir: *A Fernan Gonzalez, libertador de Castilla, el mas excelente general de su tiempo, padre de grandes reyes, á su ciudadano, en el solar de su misma casa, para eterna memoria de la gloria de su nombre y de su ciudad.* Otra mucho mas pomposa se leia en el monasterio de San Pedro de Arlanza, cerca del altar mayor en un sepulcro de mármol sostenido por leones.

Estos nombres patronímicos ó apellidos de Castilla, terminados en *ez*, como *Rodriguez*, *Gonzalez*, *Fernandez*, *Nuñez*, etc., vienen de la costumbre de añadir al nombre de los hijos el bautismal de los padres. Y como en los documentos públicos se los nombraba en latin: *Nunnius Roderici*, *Rodericus Ferdinandi*, *Ferdinandus Gundisalvi*, suprimiendo el *filius*, supliase en castellano con aquella terminacion, que equivale en español al *fitz* de los ingleses, al *witch* de los rusos, al *ebn* de los árabes. etc.

Sobre Fernan Gonzalez y los condes de Castilla pueden verse y cotejarse los documentos recogidos en Sandoval, Yepes, Argaiz, Sota, Berganza, Salazar de Mendoza, Coronel, Florez en el tom. 26 de la España Sagrada, y otros varios.

pérfida conducta. Viendo ya en él solamente á un enemigo vencido que venia á ponerse en sus manos, y queriendo al propio tiempo honrar al general vencedor, él mismo con su hijo Abdelaziz y los principales jeques de Córdoba salió á recibirlos á cierta distancia de la ciudad. Cuando se avistaron, apeose Alhassan y se postró á sus pies. Pero el califa le alargó su mano, y haciéndole que volviese á montar y le acompañáse á caballo, entró Alhakem en Córdoba llevando á un lado á Alhassan y á otro á Galib, recibiendo las aclamaciones de la agolpada muchedumbre. No contento con esto el generoso califa, mandó hospedar en el palacio Mogueiz á Alhassan y su familia, señalando rentas de príncipe al que habia sido tan ingrato y desleal enemigo. Cuentan que gastaba con él y con los demas africanos, que eran unos setecientos, lo que bastaria para vivir siete mil; con lo cual muchos de ellos se establecieron en Córdoba y quedaron al servicio de Alhakem.

Pero pronto se cansó Alhassan de aquella dorada prision, y pidió al califa permiso para volverse con su familia á Africa. Otorgósele Alhakem, aunque con disgusto, y á condicion de que hubiera de residir en el Africa Oriental, donde su presencia era menos peligrosa. Embarcóse, pues, el africano con su familia y sus tesoros en Almería para Tunez (976). Mas desde allí partió á Egipto, donde puesto bajo la proteccion del califa Moez, por cuya causa habia peleado en Africa, siempre ingrato y pérfido, escribió cartas insultantes á Alhakem, que las recibia con desdeñoso silencio (1). «Así se extinguió, dice un escritor erudito, la última huella del imperio de Edris, cuyo postrer vástago vivia de las limosnas de un califa y de la clemencia de otro.»

Desembarazado de la guerra de Africa, pudo Alhakem dedicarse ya exclusivamente á sus ocupaciones favoritas, la administracion del estado y el fomento de las letras y de las artes. Por complacer á su muger predilecta Sobeiha hizo celebrar con gran magnificencia el reconocimiento y proclamacion como futuro sucesor de su hijo Hixem, aunque muy niño. Con este motivo se leyeron en la solemne asamblea de la jura elegantes composiciones en verso de los mejores ingenios de España. Los escritores árabes se complacen, como siempre, en enumerar las obras que se presentaban, el premio que cada una obtenia, juntamente con los nombres y una reseña biográfica de sus autores. Por el número de estos se comprende bien los progresos que la amena erudicion habia hecho entre los árabes de España, y la estimacion grande que gozaban los literatos en el reinado del segundo Alhakem.

(1) Conde, part. II. cap. 91 y 92.

Si en tiempo de su padre Abderrahman se habia estendido hasta las mugeres la ilustracion, el alcázar de Alhakem era como un plantel de literatas que hubieran podido ser el ornamento de la buena sociedad en los mejores siglos. Radhiya, la *Estrella Feliz* que llamaba Abderrahman III., habia pasado del padre al hijo; era poetisa é historiadora, y aun despues de la muerte de este príncipe hizo un viage á Oriente donde se captó la admiracion de todos los sabios. Lobna, versada en la gramática y poesía, en la aritmética y en otros ramos del saber humano, prudente además y celebrada por la agudeza de sus pensamientos, era de quien se valia el califa para escribir sus asuntos reservados: Ayxa, de quien dice Ebn Hayan que no habia en España quien la aventajara en elocuencia y discrecion, ni en belleza y buenas costumbres: Cádiga, que cantaba con dulcísima voz los versos que ella misma componia: Maryem, que enseñaba en Sevilla literatura con gran celebridad á las doncellas de las familias principales, y de cuya escuela salieron muchas alumnas que hacian las delicias de los palacios de los príncipes y grandes señores; y otras que los escritores árabes enumeran con muy justo y fundado placer.

El ejemplo del califa no era perdido para los walíes y vazzires de las provincias, que en sus respectivos gobiernos no perdian ocasion de fomentar las ciencias y de proteger y premiar á los doctos. Habíase hecho ya gusto de la época el dedicarse á la cultura del espíritu. La historia nos ha conservado la descripcion de cómo solian invertir el tiempo los literatos en sus reuniones amistosas. Ahmed ben Said, docto y rico alfaquí de Toledo, tenia costumbre de reunir en su casa todos los años, en los meses de noviembre, diciembre y enero, hasta cuarenta amigos aficionados á la bella literatura, asi de la ciudad como de Calatrava y otras poblaciones. Reuníanse en un salon, cuyo pavimento estaba cubierto de alfombras de lana y seda, con almohadones de lo mismo, y cubiertas las paredes de tapices y paños labrados: en medio de la gran sala habia un grueso cañon cilíndrico lleno de lumbre, especie de estufa, alrededor de la cual se sentaban. Comenzaba la sesion ó conferencia por la lectura de algun capítulo ó seccion del Coran, ó bien por algunos versos, que luego comentaban, y seguian después otras lecturas, sobre las cuales cada uno emitia sus ideas. De tiempo en tiempo se suspendia la conferencia, y entraban los esclavos con perfumes para quemar y con agua de rosas para sus abluciones. Después hácia el medio dia les servian una mesa sencilla, pero abundante. Ningun habitante de Toledo, aunque los habia muy ricos, era tan generoso y espléndido como Ahmed ben Said, llegando á tanto su amor á las letras que solia pensionar y tener en su casa muchos jóvenes que buscaban su instruccion. Habiéndole hecho el califa prefecto de los juz-

gados de Toledo, un cadí de la misma ciudad, envidioso de su popularidad y fama, asesinó en su casa á aquel hombre inapreciable y singular.

Inútil es decir que Alhakem buscaba los mas doctos profesores de Oriente y Occidente para que dirigiesen la educacion del príncipe su hijo: y supondríase, si las historias no nos lo dijeran, que tenia colocados á todos los hombres literatos y doctos en los mas honoríficos y eminentes puestos del estado.

Al empadronamiento ó matrícula general que mandó hacer de todos los pueblos del imperio debemos las siguientes curiosas noticias estadísticas de la poblacion y riqueza que alcanzaba entonces la España musulmana. Habia, dicen, seis ciudades grandes, capitales de capitanías, otras ochenta de mucha poblacion, trescientas de tercera clase, y las aldeas, lugares, torres y alquerías eran innumerables. Suponen algunos que solo en las tierras que riega el Guadalquivir habia doce mil: que en Córdoba se contaban doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas, y novecientos baños para el pueblo. Las rentas del estado subian anualmente á doce millones de mitcales de oro, sin contar las del azaque que se pagaban en frutos. Esplotábanse muchas minas de oro, de plata y otros metales por cuenta del rey, y otras por particulares en sus posesiones. Eran celebradas las de Jaen, Bulche y Aroche, y las de los montes del Tajo en el Algarbe de España. Habia dos de rubíes á la parte de Beja y Málaga. Se pescaban corales en la costa de Andalucía, y perlas en la de Tarragona. La agricultura prosperó tambien grandemente al abrigo de la larga paz que supo mantener Alhakem: se construyeron canales de riego en las vegas de Granada, de Murcia, de Valencia y Aragon: se hicieron albuheras ó pantanos con el propio objeto, y se aclimataron multitud de plantas acomodadas á la calidad de cada terreno. En suma, dice el autor árabe que nos suministra estas noticias, este buen rey convirtió las espadas y lanzas en azadas y rejas de arado, y trasformó los belicosos é inquietos muslimes en pacíficos labradores y pastores. Los hombres mas distinguidos se preciaban de cultivar sus huertos y jardines con sus propias manos; los cadíes y alfaquíes se holgaban bajo la apacible sombra de sus parrales, y todos iban al campo dejando las ciudades, unos en la florida primavera, otros en el otoño y las vendimias. Envidiable estado y admirable prosperidad el de la España árabe de aquel tiempo, que casi nos hace sospechar si habrá alguna exageracion de parte de sus escritores nacionales, si bien no desconocemos cuán grande y feliz puede hacer á un estado un príncipe ilustrado y virtuoso que tiene la fortuna de suceder á otro príncipe no menos grande, filósofo é ilustrado.

Muchos pueblos, continúa el mismo historiador, se entregaron á la gana-

dería, y trashumaban de unas provincias á otras, procurando á sus rebaños comodidad de pastos en ambas estaciones, en lo cual seguian la inclinacion y manera de vivir de los antiguos árabes que de este modo pastoreaban sus ganados, buscando en la *mesaifa* ó estacion de verano las alturas frescas hácia el Norte ú Oriente, y volviendo al fin de la estacion para la *mesta* ó invernadero hácia los campos abrigados del Mediodía ó Poniente. Llamábanse estos árabes *moedinos*, vagantes ó trashumantes (1).

Largo fuera enumerar todas las obras asi literarias como artísticas, industriales y de ornato y comodidad pública que se debieron al ilustre Alhakem. La famosa biblioteca del palacio Merûan dicen que se aumentó hasta seiscientos mil volúmenes (2); cifra asombrosa para aquellos tiempos, cuando hoy mismo con el auxilio del gran multiplicador, la imprenta, y con los progresos admirables de la mecánica, son pocas todavía las bibliotecas que reunen tan considerable depósito de libros. Siendo la poesía como innata á los árabes y una de las bases de su educacion, no podia Alhakem dejar de ser poeta, y lo era por educacion y por genio (3).

Dicen que solia dar á su hijo Hixem los consejos siguientes: «No hagas sin necesidad la guerra: manten la paz para tu ventura y la de tus pueblos: no desenvaines tu espada sino contra los malvados: ¿qué placer hay en invadir y destruir poblaciones, arruinar estados y llevar el estrago y la muerte hasta los confines de la tierra? Conserva en paz y en justicia los pueblos, y no te deslumbren las falsas máximas de la vanidad: sea tu justicia un lago siempre claro y puro, modera tus ojos, pon freno al ímpetu de tus deseos, confia en Dios, y llegarás al aplazado término de tus dias.» ¡Coincidencia sin-

(1) Es fácil, añade Conde, que de estos *moedinos*, alterado el nombre, haya procedido el de nuestros ganados *merinos*. Y de aquí, no sin verosimilitud, opinan muchos que ha podido traer su origen la institucion conocida en España con el nombre de *Mesta*, que tenia un objeto semejante y ha durado hasta nuestros dias.

(2) Ebn Alabar, in Casiri.

(3) Bella y notable es la composicion que dedicó á la sultana favorita Sobehya cuando partió para la campaña de San Estéban de Gormaz.

De tus ojos y los mios—en la triste despedida
De lágrimas los raudales—inundaban tus megillas:
Líquidas perlas llorabas,—rojos zafires vertias,
Juntos en tu lindo cuello—precioso collar hacian:
Extrañó amor al partir—cómo no perdí la vida:
Mi corazon se arrancaba,—el alma salir queria:
Ojos en llanto anegados,—aquellas lágrimas mias
Si del corazon salieron,—en su propia sangre tintas,
Este corazon de fuego—¿cómo no se deshacia?
Loco de amor preguntaba,—¿dónde estás, bien de mi vida?
Y estaba en mi corazon,—y con su encanto vivia........

gular! Estas máximas son casi las mismas que inculcó Hixem I. á su hijo Alhakem I. Ahora es Alhakem II. el que las recomienda á su hijo Hixem II. Perdidos fueron los consejos de ambos padres, y distantes estuvieron de observarlos los dos hijos.

Pasaron los dias del esclarecido Alhakem II., dice su cronista arábigo, como pasan los agradables sueños que no dejan sino imperfectos recuerdos de sus ilusiones. Trasladóse á las mansiones eternas de la otra vida, donde hallaria, como todos los hombres, aquellas moradas que labró antes de su muerte con sus buenas ó malas obras: falleció en Medina Zahara á 2 de safar del año 366 (976), á los 63 años de su edad, y á los 15 años, 5 meses y tres dias de su reinado: fué enterrado en su sepulcro del cementerio de la Ruzafa (1).»

Con la muerte de Alhakem II., último califa de los Beny-Omeyas que mereciera el renombre de ilustre, variará completamente la situacion de todos los pueblos de España, musulmanes y cristianos. Se levantará un genio estraordinario y colosal, que amenazará acabar de nuevo con la independencia y la nacionalidad española, estinguir en este suelo la fé del Crucificado, llevar hasta el último confin de España el pendon del Profeta y frustrar la obra laboriosa de cerca de tres siglos. Examinaremos en otro capítulo esta época fecunda en graves sucesos.

(1) Conde, cap. 94.

CAPITULO XVII.

ESTADO MATERIAL Y MORAL

DE LA ESPAÑA ÁRABE Y CRISTIANA.

De 910 á 970.

I. Reinos cristianos.—Progreso de la obra de la restauracion.—Lo que se debió á cada monarca.—Débil reinado de García de Leon.—Vigor y arrojo de Ordoño II.—Tendencia de los castellanos hácia la emancipacion.—Obispos guerreros de aquel tiempo.—Piedad religiosa y moralidad de los reyes.—Jueces de Castilla.—Sistema de sucesion al trono.—Breves reinados de Fruela II. y de Alfonso IV.—Ramiro II. y Fernan Gonzalez.—Lo que influyó cada uno en la suerte de la España cristiana.—Ordoño III.: Sancho el Gordo y Ordoño el Malo.—Manejo de cada uno de estos príncipes: extraña suerte que tuvieron.—Castilla: Fernan Gonzalez: cuándo y cómo alcanzó su independencia.—II. Imperio árabe. Equivocado juicio de nuestros historiadores sobre su ilustracion en esta época.—Grandeza y magnanimidad de Abderrahman III.: generosidad y abnegacion de Almubaffar.—Magnificencia y esplandidez del Califa: prosperidad del imperio.—Alhakem II.—Cultura de los árabes en este tiempo.—Proteccion á las letras: progreso intelectual; cómo se desarrolló y á quién fué debido.—Observacion sobre las historias arábigas.

I. En la obra laboriosa y lenta de la restauracion española, cada período que recorremos, cada respiro que tomamos para descansar de la fatigosa narracion de los lances, alternativas y vicisitudes de una lucha viva y perenne, nos proporciona la satisfaccion de regocijarnos con la aparicion de algun nuevo estado cristiano, fruto del valor y constancia de los guerreros españoles, y testimonio de la marcha progresiva de España hácia su regeneracion. En el primero vimos el orígen y acrecimiento, la infancia y la juventud de la monarquía Asturiana: en el segundo anunciamos el doble nacimiento del reino de Navarra y del condado de Barcelona: ahora hemos visto irse for-

mando otro estado cristiano independiente, la soberanía de Castilla, con el modesto título de condado tambien. La reconquista avanza de los extremos al centro.

Merced á la grandeza del tercer Alfonso de Asturias, Navarra se emancipa de derecho, y el primogénito de Alfonso el Magno puede fijar ya el trono y la córte de la monarquía madre en Leon: paso sólido, firme y avanzado de la reconquista. ¡Asi hubiera heredado el hijo las grandes virtudes del padre, como heredó el primer rey de Leon las ricas adquisiciones del último monarca de Asturias! Pero el hijo que conspiró siendo príncipe contra el que era padre afectuoso y monarca magnánimo, ni heredó las prendas paternales, ni gozó sino por muy breve plazo de la herencia real. A castigo de su crímen lo atribuyen nuestras antiguas crónicas; propios juicios de quienes escribian con espíritu tan religioso.

Vínole bien al reino su muerte, porque sobre haberse reincorporado Galicia á Leon con la sucesion de Ordoño II., acreditó pronto este príncipe que el cetro leonés habia pasado á manos mas robustas que las de García su hermano. Los campos de Alange, de Mérida, de Talavera, de San Esteban de Gormaz, resonaron con los gritos de victoria de los cristianos. Sin embargo, la batalla de Valdejunquera demostró á Ordoño que no se desafiaba todavía impunemente el poder de los agarenos, y eso que pelearon unidos el monarca navarro y el leonés. Mas ni á Sancho de Navarra escarmentó aquel terrible descalabro, ni acobardó á Ordoño de Leon. Todavía el navarro tuvo aliento para esperar á los musulmanes en una angostura del Pirineo y vengar su anterior desastre, y todavía Ordoño tuvo el arrojo de penetrar hasta una jornada de Córdoba, como quien avanzaba á intimar al príncipe de los creyentes: «Apresúrate á sofocar las discordias de tu reino, porque te esperan las armas cristianas ansiosas de abatir el pendon del Islam.» Y cuenta que imperaba en Córdoba Abderrahman III. el Grande, y que mandaba los ejércitos mahometanos su tio el valeroso y entendido Almudhaffar.

La prision y ejecucion sangrienta de los cuatro condes castellanos ha dado ocasion á nuestros escritores para zaherir ó aplaudir, segun sus opuestos juicios, la severa conducta del monarca leonés. Los unos cargan todo el peso de la culpabilidad sobre los desobedientes condes para justificar el suplicio impuesto por el rey de Leon: los otros intentan eximir de culpa á aquellos magnates para hacer caer sobre el monarca toda la odiosidad del duro y cruel castigo. Nosotros, sin pretender librar á los castellanos condes de la debida responsabilidad por la desobediencia á un monarca de quien eran súbditos todavía, y por cuya falta de concurrencia pudo acaso perderse la batalla de Valdejunquera, tampoco hallamos medio hábil de poder justificar

el capcioso llamamiento que Ordoño les hizo, ni menos la informalidad del proceso (si fué tal como Sampiro lo cuenta) para la imposicion de la mayor de todas las penas, lo cual se nos representa como una imitacion de las sumarias y arbitrarias ejecuciones de Alhakem I. y de los despóticos emires de los primeros tiempos de la conquista, menos indisculpables en éstos que en un monarca cristiano. Lo que descubrimos en este hecho es la tendencia de los condes ó gobernadores de Castilla á emanciparse de la obediencia á los reyes de Leon; tendencia, que mal reprimida por el escesivo rigor y crueldad de Ordoño, habia de estallar no tardando en rompimiento abierto y en manifiesta escision. Asi, mientras por un lado vemos con gusto estrecharse entre las monarquías de Leon y Navarra las relaciones incoadas por Alfonso III. y pelear ya juntos sus reyes, por otro empieza á vislumbrarse el cisma que habrá de romper la unidad de la monarquía leonesa.

Lo que acerca de los prelados y sacerdotes de esta época dijimos en nuestro discurso preliminar (1), á saber, que solian ceñir sobre el ropage santo del apóstol la espada y el escudo del soldado, vióse cumplido en el combate de Valdejunquera. Los musulmanes no debian maravillarse de esto, puesto que sus alimes y alcatibes peleaban tambien, y porque estaban acostumbrados á ver batallar los obispos cristianos desde el metropolitano Oppas. Pero no dejaria de causarles estrañeza ver que uno de los obispos prisioneros era el prelado de Salamanca Dulcidio, aquel mismo Dulcidio que siendo simple presbítero de Toledo se habia presentado en Córdoba indefenso y desarmado como apóstol de paz, encargado de una negociacion pacífica entre el califa Mohammed y el rey Alfonso III. La Providencia parecia haber permitido la prision de aquellos dos venerables pastores, como para enseñarles que mejor estuvieran en sus iglesias dando el pasto espiritual á los fieles de su grey, que acompañando belicosas huestes en los campos de batalla. Pocos años despues, olvidado de este saludable aviso otro prelado, Sisnando de Compostela, aquel turbulento obispo que fué á reclamar del virtuoso Rosendo la cesion de la silla episcopal con la punta de la espada, se ajusta los arreos del guerrero y sale á campaña, y la saeta de un normando le avisa á costa de la vida que no es el oficio de guerreador el que compete al ministro de un Dios de paz. Tales eran sin embargo las costumbres de aquel tiempo: mas si los medios de defender la fé no eran los mas apostólicos, el celo religioso que los impulsaba no puede dejar de reconocerse altamente plausible, y veremos por largos siglos á los ministros del altar creerse obligados á blandir la lanza en defensa de la religion, y al pueblo mirar á los sacerdotes de Cristo como

(1) Tom. I.

legítimos capitanes de los ejércitos de la fé. ¿Y cómo no habian de considerarlos así, cuando se persuadian de que los apóstoles y los santos descendian del cielo á capitanearlos en persona y á esgrimir con propia mano el acero contra los enemigos de la cristiandad?

Piadosísimo llaman todas nuestras historias á Ordoño II.; y así era natural que calificáran al que erigió y dotó la catedral de Santa María de Leon, al que cedia para templo episcopal sus propios palacios, y al que se desprendia de sus propias alhajas de oro y plata para colocarlas con su misma mano en los nuevos altares. El palacio en que habitaban los reyes de Leon era un magnífico edificio abovedado que los romanos tuvieron destinado para baños termales. He aquí la historia religiosa de España. Al principio era un monge el que desbrozaba un terreno inculto para erigir sobre él una pobre ermita, que despuès un monarca piadoso convertia en catedral. Avanza la conquista, y ya los monarcas cristianos pasan á habitar los edificios que antiguos dominadores gentiles habian hecho para su recreo; estos monarcas ceden después su propia morada para hacerla morada del Señor: las joyas de la corona van á adornar los altares de los santos: lugares y villas del dominio real se trasfieren al de la iglesia por donacion espontánea del rey, que quita y pone obispos y demarca los límites de cada diócesis. De modo, que siendo los reyes los que nombraban y deponian obispos, los que fundaban y dotaban iglesias y monasterios, los que mandaban los ejércitos en persona, y los que administraban por sí mismos la justicia, venian á reasumir por la fuerza de las circunstancias las funciones pontificales, militares, políticas y civiles, del modo que por la organizacion de su código las ejercian los califas en su imperio. Pero la organizacion política de los estados cristianos no es invariable; ella se perfeccionará y se irán deslindando los poderes: la de los musulmanes es inmutable, y durarán los vicios radicales de su constitucion tanto como dure la obcecacion de los hombres en la creencia de su falso símbolo (1).

Aquel Ordoño tan belicoso, aquel monarca tan inexorable y tan severo en sus castigos, terminó su gloriosa carrera militar pagando un tributo á la debilidad humana, enamorándose en su postrera espedicion de la hija del rey de Navarra su aliado, que hizo su tercera muger, viviendo todavía la segunda aunque repudiada. La facilidad con que iremos viendo á los reyes cristianos

(1) La catedral de Leon que edificó Ordoño II. en 916 no es, como muchos creen, la misma que hoy por su grandeza y suntuosidad arrebata la admiracion de las gentes. Destruida aquella por Almanzor, el magnífico templo que hoy existe fué comenzado en tiempo del prelado don Manrique, hijo del conde don Pedro de Lara. Véase Risco, Esp. Sagr: t. 34 y 35.

repudiar una muger legítima, divorciarse, casarse con otra en vida de la primera, sin que ni el pueblo mostrára escandalizarse ni los obispos dieran señales de oponerse, prueba el ensanche de las costumbres de aquel tiempo en esta parte de la moral.

Fruela II. que sucede á sus dos hermanos no hace sino desterrar á un obispo y condenar á muerte á un hermano del prelado sin causa conocida. La lepra de que murió el rey dió ocasion á que el pueblo atribuyera su pronta y asquerosa muerte á castigo del cielo por aquella doble injusticia: juicio tal vez mas religioso que exacto, pero que prueba cómo condenaba el pueblo de aquel tiempo las injusticias, y que imposibilitado de pedir cuentas al soberano que las cometiéra, volvia naturalmente los ojos al cielo, y le consolaba la fé de que habia allí un rey de reyes que no dejaba impunes las injusticias de las potestades de la tierra. ¿Extrañarémos que este mismo instinto de moralidad social los condujera á buscar tambien en sí mismos el remedio posible á sus males? En vista del duro comportamiento de Ordoño y de Fruela con los condes, obispos y magnates, no nos maravilla que los castellanos, mas apartados del centro de accion de los monarcas leoneses, é inclinados ya á la independencia, tratáran de proveerse de *jueces* propios que les administráran justicia con mas imparcialidad, ó por lo menos con mas formalidad en los procesos que la que aquellos reyes habian usado; principio del ejercicio, aunque imperfecto, de la soberanía, mientras no contáran con la fuerza para llevarla á complemento. Mientras la historia no haga evidente la no existencia de los *jueces de Castilla*, la verosimilitud está en apoyo de la tradicion y de los recuerdos históricos en que tambien se funda.

Aunque Fruela II. dejaba al morir tres hijos, ninguno de ellos ciñe la corona: los grandes y prelados llaman á sucederle al hijo de Ordoño II. con el nombre de Alfonso IV. ¿Cómo los hijos de Ordoño no habian sucedido antes á su padre? ¿Y cómo no suceden ahora á Fruela los suyos? ¿Qué sistema de sucesion á la corona se guardaba entre los reyes de Leon? Los hechos nos lo dicen; el mismo de los reyes de Asturias, el mismo del tiempo de los godos, y lo que es mas, casi el mismo que el de los árabes: sucesion generalmente consentida en la familia, libertad electiva en las personas: las exclusiones de Alfonso el Casto en el siglo IX. en Asturias, se ven reproducidas con Ordoño y Fruela en Leon en el siglo X.

Y solo un alarde de libertad electiva pudo mover á los magnates leoneses á poner la corona en las sienes de Alfonso IV., príncipe á quien sentaba mejor la cogulla de monge que la diadema de rey, y mas aficionado al claustro y al coro que á los campos de batalla y á los ejercicios militares. Sin embargo, la salida de Alfonso IV. del claustro de Sahagun para vestir otra vez las in-

signias reales de que se habia despojado nos presenta un ejemplo práctico de lo que suelen ser las abdicaciones de los reyes, aun aquellas que parecen mas espontáneas.

Nos horroriza el recuerdo del terrible castigo impuesto por Ramiro II. á su hermano Alfonso y á los tres príncipes sus primo-hermanos, y duélenos considerar que no ha bastado el trascurso de siglos para hacer desaparecer la horrible pena de ceguera heredada de la legislacion visigoda, antes la vemos aplicada con frecuencia y con dureza espantosa por nuestros monarcas á los príncipes de su propia sangre y á sus deudos mas inmediatos. Siglos bien rudos eran estos todavía.

Mas si como cruel nos estremece Ramiro II., como guerrero nos admira y asombra; y asombraríanos mas, si á su lado no viéramos al mismo tiempo al brioso Fernan Gonzalez, á ese adalid castellano, que con su solo esfuerzo supo ganar para sí una monarquía sin cetro y un trono sin corona. El ruido de los triunfos del monarca leonés y del conde castellano penetra en los salones del soberbio palacio de Zahara, y avisa á su ilustre huésped, el gran Miramamolin que decian los cristianos, el mas esclarecido y poderoso de los Beni-Omeyas, Abderrahman III., la necesidad de abandonar aquella mansion de deleites y de empuñar la cimitarra si quiere volver por el honor humillado del Coran. Publica entonces el alghied, y acampa á las márgenes del Tormes el mas numeroso ejército musulman que jamas se congregó contra los cristianos. Mahoma y Abu Bekr no hubieran vacilado en encomendarle la conquista del mundo, porque menos numeroso era el que habia subyugado la Persia, el Egipto y el África, y una sexta parte habia bastado para posesionarse de España dos siglos hacia. Conducíanle Abderrahman el Magnánimo y el veterano Almudhaffar su tio, vencedores de Jaen, de Sierra Elvira, de Alhama, de Valdejunquera, de Zaragoza y de Toledo. ¿Cómo no habian de creerse invencibles?

Al revés que en Guadalete, donde los soldados de Cristo eran los más, los del Profeta los menos, en el Duero los guerreros del cristianismo eran infinitamente menos en número que los combatientes del Islam. Y sin embargo, el Coran y el Evangelio van á disputarse otra vez el triunfo en los campos de Simancas como en los campos de Jerez. No importa la desigualdad del número á los cristianos: con las contrariedades de dos siglos se ha enardecido su ardor bélico, y son los vencedores de Osma y de Madrid. Antes de cruzarse las armas se eclipsa el sol, como si esquivase alumbrar el sangriento espectáculo que se preparaba: este fenómeno natural difunde el asombro en los dos campos, y todos sacan consecuencias fatídicas temiendo tener contra sí la ira y el enojo del cielo, porque todos son supersticiosos,

cristianos y musulmanes. Dáse al fin la pelea, y la clara luz del sol de otro dia, mas resplandeciente ya de lo que entonces los mahometanos hubieran querido, enseñó á los cristianos con admiracion suya el prodigioso número de infieles que en el campo habia dejado tendidos el filo de sus espadas. La larga tregua que despues hubo de ajustarse entre Ramiro II y Abderrahman III. prueba mas que las relaciones de batallas la pujanza que habia alcanzado ya la monarquía leonesa.

Aprovechó el califa esta paz para atender á la guerra de África y para dotar al imperio de escuelas, de palacios y mezquitas: aprovechóla el rey de Leon para fundar monasterios y dotar iglesias ó reedificarles. Esta era la marcha de las dos religiones y de los dos pueblos.

Ramiro II. se despidió de los moros con otra batalla, de su hijo Ordoño trasfiriéndole el cetro, y del mundo vistiendo el hábito de la penitencia.

Con Ordoño III., aunque sin culpa suya, comienzan á romperse los lazos que unian á los diferentes gefes de los cristianos, y se conjuran contra el nuevo monarca su hermano, su suegro y su tio. Comprendemos que á Sancho le punzára la ambicion de reinar; que la política de Fernan Gonzalez fuera debilitar la monarquía leonesa para labrar la independencia castellana; pero no alcanzamos lo que pudo impulsar á García de Navarra á romper la buena armonía en que su padre habia vivido con tres reyes de Leon consecutivos. Ordoño en un arranque de indignacion por la deslealtad de Fernan Gonzalez, su suegro, se divorcia de la reina: único ejemplar que sepamos de una princesa que ha subido al trono en premio de un juramento de fidelidad de su padre, y que desciende de él en castigo de haber quebrantado su padre aquel mismo juramento; como si mas que reina fuese una prenda pretoria depositada en garantía de un contrato.

Ocupa al fin Sancho por muerte de su hermano Ordoño III. el trono que anticipadamente habia intentado asaltar, y el conde Fernan Gonzalez de Castilla tuerce repentinamente el giro de su política, y de auxiliar que ha sido de *Sancho pretendiente* se muda en enemigo armado de *Sancho rey*; y es que quiere sentar en el trono á Urraca su hija, la repudiada de Ordoño III., que ha pasado á ser esposa del que va á ser Ordoño IV., todo por negociaciones de su padre Fernan Gonzalez, que parecia especular en tronos con su hija. Es difícil bosquejar bien el complicado cuadro de sucesos que produjo la conducta incierta del voluble, ó si se quiere, del político conde. Merced á ella, Sancho el Gordo, siendo ya *rey legítimo*, vióse destronado por el mismo que habia querido hacerle *rey intruso*, y forzado á buscar un asilo al amparo de su tio García de Navarra.

Para que todo sea irregular y anómalo en esta época confusa y revuelta

Sancho el Gordo, destronado por los suyos, pasa de Pamplona á Córdoba á curarse de su inmoderada obesidad, y encuentra en la córte del califa médicos musulmanes que le restituyan su agilidad primitiva y un emperador mahometano que le ayude á recuperar su trono. Y el rey cristiano, depuesto por un príncipe, un conde y un ejército cristiano, es restablecido por un sucesor de Mahoma y por soldados del Profeta. Cristianos y musulmanes sacrifican otra vez el principio religioso ó á la ambicion ó á la política. No podia prosperar mucho la causa de la fé cuando los cetros se conquistaban al abrigo de los estandartes infieles.

Ordoño el intruso huye cobardemente á Asturias, de donde le arrojan las armas victoriosas de Sancho: busca un refugio en Burgos, y los burgaleses le arrebatan su esposa y sus hijos, y le envian donde su buena ó mala ventura le valiera; y Ordoño el Malo, rey sin trono, marido sin esposa, padre sin hijos, lanzado de Leon, arrojado de Oviedo, expulsado de Burgos, acaba sus dias desastrosamente entre los moros, sin dejar otra cosa que la memoria de algunas tiranías que ejerció siendo rey, y el sobrenombre de Malo que le ha conservado la posteridad. A pesar de haber reinado mas de tres años, ni siquiera ha obtenido un lugar en la cronología.

Parecia que Sancho deberia haber perdido prestigio en el pueblo cristiano y devoto por haber debido la recuperacion del trono á los auxilios de un mahometano. Pero Sancho obtiene del califa el permiso de trasladar el cuerpo del santo mártir Pelayo á Leon, y el pueblo leonés, entretenido con la solemne procesion de las santas reliquias, olvida que tiene un rey por la gracia de Dios y del vicario de Mahoma.

La traicion y el veneno pusieron fin á los dias de Sancho, y el rey cristiano que habia debido su salud á médicos musulmanes en la córte mahometana, perece emponzoñado en su propio reino por un conde cristiano súbdito suyo. La nobleza y la generosidad de los árabes correspondian entonces á la grandeza y á las virtudes de sus califas: el imperio árabe estaba en su época de engrandecimiento. Las costumbres de los cristianos se resentian de las pasiones de sus príncipes y de sus magnates: el reino cristiano iba á entrar en un período de decadencia. Todo guardaba armonía.

Descúbrese en la conducta de Fernan Gonzalez, que no se olvidaba nunca del fin á que lo encaminaba todo. De genio altivo y ánimo arrogante, conocedor de su propio valer, sabiendo lo que podia esperar de su corazon y de su brazo, amante de la independencia y al frente de un pais que pugnaba por adquirirla, fijóse en el pensamiento de emancipar á Castilla de los reyes de Leon, y de fundar en ella una soberanía. Achaque suele ser de los escritores apasionarse de los personages eminentes que nacieron en el mismo

suelo que ellos y le ilustraron con hazañosos hechos y heróicas acciones, viendo solamente en ellos lo grande del héroe, nada de lo flaco del hombre.

No nos cegará á nosotros aquella circunstancia para dejar de reconocer que si grande fué el fin, justificado el propósito, admirable la perseverancia, mucha la destreza, asombrosa la actividad é indisputable el denuedo y el brio con que el conde castellano llevó á complemento su obra, no aparecen á nuestros ojos tan plausibles todos los medios que empleó para realizarla. En su manejo con los monarcas de Leon Ramiro II., Ordoño III., Sancho I. y Ordoño el Malo, asi como con el rey García de Navarra, auxiliando y contrariando alternativamente á unos y á otros, ó trabajando sucesivamente para entronizar ó destronar á unos mismos, ó jurando fidelidad y quebrantándola, creemos que es menester vengan muy en su auxilio las necesidades ó conveniencias de la política para neutralizar los juicios que pudiera inspirar la moral severa. Notamos no obstante con orgullo, entre otras nobles cualidades del conde Fernan Gonzalez, la de no haberse aliado nunca con los sarracenos ni transigido jamás con los enemigos de su patria y de su fé: cualidad que desearíamos poder sacar á salvo en mas de un monarca cristiano y en mas de un celebrado campeon español de los que en la galería histórica irán apareciendo.

Traigan tambien apasionados escritores la independencia de Castilla de tan antiguo como quieran. Nosotros, ciñéndonos á los datos históricos, no podemos anticiparla á la mitad del siglo X., y á la época en que vemos al ilustre conde obrar ya de su cuenta y sin sujecion á los reyes de Leon, antes bien lanzando de aquel trono al monarca reconocido, y colocando en su lugar, siquiera fuese sin derecho, á un deudo suyo. No señalaremos el dia preciso en que Castilla pudo decirse independiente, porque no hubo dia de solemne proclamacion, ni leemos en parte alguna que se alzáran en determinado dia pendones en las plazas públicas gritando: «¡Castilla por el conde Fernan Gonzalez!» Castilla y su conde fueron ganando la independencia lentamente y de hecho, al compás y en la escala á que los esfuerzos de Fernan Gonzalez iban alcanzando, y entre oscilaciones, alternativas y contrariedades, á la manera de aquel que despues de luchar con las vicisitudes de una enfermedad penosa llega á encontrarse en buen estado de su salud, sin que pueda señalar el momento preciso en que la recobró.

Vamos ahora al imperio árabe.

II. Nos es tanto mas necesario bosquejar la fisonomía del imperio musulman en esta época, cuanto que nuestros cronistas é historiadores apenas usan otro dictado que el de bárbaros para nombrar á nuestros dominadores árabes. Las creencias religiosas como las opiniones políticas suelen de tal manera ce-

gar la razon de los hombres. que no les permiten ver en sus adversarios ni cualidad buena, ni accion digna de alabanza. Puede disculparse este apasionamiento en los que fueron actores ó testigos presenciales de aquella lucha sangrienta, é injustamente por los estraños provocada. Nosotros, hombres de otro siglo, tan sinceramente religiosos como nuestros mayores, pero no perturbada nuestra razon ni enardecida con escenas que por fortuna no presenciamos, debemos juzgar con mas imparcialidad á los hombres de aquel tiempo, fuesen adversarios ó amigos. Por lo mismo que estamos mas tranquilos, tenemos obligacion de ser mas desapasionados.

Príncipes muy esclarecidos habia dado ya la ilustre estirpe de los Beni-Omeyas al imperio árabe-hispano en el siglo y medio trascurrido desde su fundacion en 756 hasta la muerte de Abdallah en 911. Siete emires, ó sean califas, habian ocupado en este espacio el trono muslímico de Córdoba, y á pesar de los excesos y lunares de algunos de ellos, pocas dinastías reinantes pudieran presentar una série de soberanos de tan altas dotes como lo fueron la mayor parte de los Ommiadas. Desde el primer Abderrahman, figura histórica bella y esbelta como la célebre palma que plantó en Córdoba por su mano, grande y colosal como la soberbia mezquita que comenzó, pocos dejaron de señalarse ó por su ingenio ó por sus hechos de armas hasta Abderrahman III., en que comienza el período en este nuestro capítulo comprendido.

Aconteciale á Abderrahman III. de Córdoba lo que á Alfonso III. de Asturias. A ambos les habian precedido dos ilustres príncipes de su mismo nombre, cuya gloria y fama era muy difícil igualar, cuanto mas exceder. Pero los grandes hombres y los grandes ingenios nunca hallan agostado el campo de la gloria, porque le fecundizan ellos mismos. Y así como el tercer Alfonso supo elevarse sobre los dos predecesores de su nombre, así el tercer Abderrahman halló todavía cosecha abundante de laureles que sus antecesores no habian recogido.

Todo fué grande en la exaltacion de Abderrahman III. al califato, y todo hacía á los musulmanes augurar bien de su elevacion. El viejo Abdallah dió una gran prueba de prevision y de tacto en proclamar sucesor del imperio á un nieto sin padre, vástago tierno cuyos frutos solo en lontananza era dado preveer, con preferencia á un hijo reputado ya de guerrero insigne, y con quien habia compartido los cuidados del gobierno. Grandeza de ánimo y abnegacion admirable fué necesaria en Almudhaffar para verse pospuesto por su padre á un jóven sobrino, hijo de un hermano rebelde, y no solo no darse por sentido, sino constituirse de entonces para siempre en el mas decidido sostenedor y en el mas firme y constante auxiliar del proclamado. Y sobremanera relevante debia ser el mérito precoz del nieto del califa para ser re-

cibido por el pueblo musulman con tan unánime y universal aplauso. Cuando un imperio cuenta en la familia de sus príncipes hombres de la prevision y tacto exquisito de un Abdallah, de las aventajadas prendas de un Abderrahman, y de la generosidad y prudencia de un Almudhaffar, aquel pueblo está en el camino seguro del engrandecimiento. Tal aconteció al imperio árabe-hispano.

Sin unidad y sin tranquilidad interior es imposible que prospere un pueblo, y Abderrahman y Almudhaffar se dedican á acabar con las añejas y envejecidas rebeliones que le traian desgarrado. Ambos rivalizan en energía: en el Mediodía el uno, en el Oriente el otro, á la presencia del prudente y simpático Abderrahman, al brillo de la espada del intrépido y fogoso Almudhaffar tiemblan y huyen los insurrectos, las fortalezas enarbolan el pabellon del legítimo califa, y ni en los riscos de la Alpujarra ni en las crestas del Pirineo logran hallar abrigo seguro los rebeldes. Zaragoza, de tanto tiempo en poder de los sediciosos; Toledo, segregada del imperio mas de medio siglo hacia; Toledo con sus altos muros tenidos por inexpugnables, todas abren sus puertas al emir Almumenim, y el imperio árabe-español recobra la unidad rota hacía cerca de doscientos años.

Mayor gloria para los cristianos, mayor lauro para Ramiro y Fernan Gonzalez que han sabido humillar en mas de una lid los estandartes muslímicos conducidos por guerreros como Abderrahman y Almudhaffar en el apogeo de su poder. Y de estar en el punto culminante de su poder daban testimonio los alminbares de las aljamas de Almagreb que resonaban con el nombre de Abderrahman Alnasir Ledin Allah, gefe de los creyentes del imperio africano: dábanle las embajadas de los emperadores de Bizancio y Alemania, de multitud de soberanos de Europa; dábanle las escuadras del califa que cruzaban los mares de Levante, y dábale el soldan de Egipto que experimentó bien á su costa el poderío y pujanza del soberano cordobés.

Si el sobrenombre de Magnánimo con que los cristianos mismos apellidaban al tercer Abderrahman no indicára bastante cuál habia sido su conducta con ellos despues de hecha la paz, publicáralo la hospitalidad generosa otorgada á Sancho el Craso, y su reposicion, si acaso no del todo desinteresada, por lo menos con todas las apariencias de tál, en el trono leonés. ¿Hubiera sido imposible que Abderrahman se enseñoreara en todo ó en parte del reino de Leon, si tal entonces hubiera intentado, á vueltas de las discordias que en aquella sazon ardian entre castellanos y leoneses? Pero fuese política, ó compasion al infortunio, ó simpatía personal, ó cumplimiento fiel de algun pacto hecho con su favorecido, ú otra causa que la historia no ha querido revelarnos todavía, concedámosle el mérito y á los cristianos la suerte de haberse con-

ientado con el título honroso de protector, sin pretensiones ni reclamaciones de indemnizacion material.

Unia Abderrahman á la magnanimidad la pasion á la magnificencia. Consignada la dejó en aquella maravilla de los monumentos árabes, en el palacio esplendoroso de Zahara, prodigioso conjunto de grandiosidad y de belleza, morada de delicias y de encantos, que mas que otra alguna parece representar los que una imaginacion fantástica acertó á reunir en las *Mil y una noches*: con la diferencia que si estos fueron inventados para dar recreo y deleite con su lectura, los de Medina Zahara fueron una realidad segun los testimonios históricos certifican. Los mármoles y jaspes, los artesonados y jardines de Zahara podrian ser obra de una loca prodigalidad; imposible asociar á ella la idea de la barbarie, con que nuestros cronistas solian regalar en cada página á sus autores.

Cuando la Providencia quiere permitir el engrandeciento de un imperio, alarga prodigiosamente los reinados de los monarcas mas ilustres. Mas de cincuenta años duró el de Abderrahman III.

El de Alhakem II. su hijo fué el reinado de las letras y de la civilizacion, como el de su padre habia sido el de la grandeza y la explendidez. Nombre de bellos recuerdos debió ser para los árabes este de Alhakem II. ¿Y dejaremos nosotros mismos de recordar con admiracion las eminentes dotes de este esclarecido Ommiada porque fuese musulman y no cristiano? Esto equivaldria á pretender negar el mérito de los Augustos, de los Trajanos, de los Adrianos y de los Marco-Aurelios, porque estos ilustres emperadores no hubiesen sido cristianos y si gentiles. A la paz de Octavio en la España romana sustituyó la paz de Alhakem en la España árabe, pero no sin que Alhakem, como Octavio César, diera antes pruebas de que si deseaba la paz no era porque no supiese guerrear y vencer, sino porque amaba mas las musas que las lides, los libros que los alfanges, los verdes laureles de las academias que los laureles ensangrentados de las batallas, y nadie con mas gusto que Alhakem II. hubiera mandado cerrar el templo de Jano, si los hijos de Mahoma hubieran conocido las divinidades y las costumbres romanas.

Vióse, pues, al cabo de mil años reproducido en España bajo nueva forma el siglo de Augusto: con la diferencia que si en el de Augusto los talentos habian tenido ademas un Mecenas, en el de Alhakem cada walí y cada jeque aspiraba á ser un Mecenas protector de los sábios y amparador de los buenos ingenios. A los Sénecas, los Lucanos y los Marciales reemplazaron los Abu Walid, los Ahmmed ben Ferag y los Yahia ben Hudheil, y las églogas y las odas reaparecian con el nombre de cásidas, como las célebres tituladas de las Flores y de los Huertos. La córte habíase convertido en una vasta aca-

demia; era Córdoba como la Atenas del siglo X., y la liberalidad, largueza y munificencia con que se premiaba las obras del ingenio era tal, que para creerla necesitamos verla por tantos y tan contestes testimonios confirmada. Pero compréndese bien á costa de cuántos sacrificios, de cuánta solicitud y de cuántos dispendios hubo de adquirirse aquella asombrosa coleccion de 400 ó 600 mil volúmenes manuscritos que constituian la biblioteca del palacio de Meruan.

Hay que advertir, no obstante, que ni este riquísimo depósito de las producciones de la inteligencia, ni la civilizacion que en aquel tiempo llegaron á alcanzar los árabes, fué obra de solo Alhakem II. ni de solo su reinado. La preparacion venia de atrás, y era una semilla que habia ido desarrollándose y creciendo. Desde que Abderrahman I. fundó el califato español, propúsose la dinastía de los Beni-Omeyas aventajar así en civilizacion como en material grandeza el imperio de sus implacables enemigos los Abassidas de Damasco y de Bagdad. El primer Abderrahman habia buscado ya las mayores celebridades literarias para encomendarles la educacion de sus hijos, los cuales asistian á los certámenes académicos, á las audiencias de los cadíes y á las sesiones del divan. El fundador del imperio muslímico de Occidente erigió ya multitud de madrisas ó escuelas, premiaba los doctos, y hasta nosotros han llegado los elegantes versos que él mismo escribió con su pluma. Su hijo Hixem siguió las huellas de su padre y fomentó y propagó la enseñanza. Alhakem I., aunque sanguinario y cruel, era docto y le dieron el sobrenombre de el *Sabio*. Abderrahman II. oia y examinaba las producciones literarias de sus hijos Ibam y Othman. Del III. hemos visto cómo llevaba á su córte los sábios de todas las partes del mundo y los colocaba en los cargos y puestos mas eminentes del estado, cómo iba siempre rodeado de un séquito numeroso de astrónomos, médicos, filósofos y poetas distinguidos, y debiale Alhakem II. su esmerada educacion literaria. Este califa, ilustradísimo ya y aficionado á las letras, alcanzó un período dichoso de paz; y como el gérmen de la civilizacion existia, desarrollóse al amparo de su proteccion, al modo que las plantas crecen con lozanía cuando despues de mucho cultivo y de copiosas lluvias aparece un sol claro, radiante y vivificador.

Una observacion nos suministra la lectura de las historias arábigas. Ni un solo literato, ni un solo erudito deja de ser mencionado por sus historiadores. No se verá que omitan jamás los nombres de los doctos que florecieron en cada reinado, con sus respectivas biografías y la correspondiente reseña de sus obras. Cítase con frecuencia el fallecimiento de un profesor distinguido como el acontecimiento mas notable de un año lunar. La narracion de un combate empeñado entre dos ejércitos se interrumpe en lo mas interesante

para dar cuenta de que alli se encontraba, ó de que llegó á la sazon, ó de que murió á tal tiempo en cualquier punto que fuese tal poeta ilustre ó tal astrónomo afamado. Conócese que estaba como encarnada en aquellas gentes la apreciacion del mérito literario, y asi correspondia á un pueblo en que los califas eran eruditos, en que los príncipes eran bibliotecarios, y en que los guerreros soltaban el alfange con que habian combatido para empuñar la pluma y transcribir con ella las escenas mismas en que acababan de ser actores en los campos de batalla.

Anticiparemos, sin embargo, aunque mas adelante tendremos ocasion de hacerlo observar, que era esta una ilustracion mas brillante que positiva, mas superficial que sólida y mas poética que filosófica, con cuya prevencion ya no nos maravillaremos tanto cuando la veamos desaparecer.

Tal era el estado de los dos pueblos, musulman y cristiano, cuando murió el ilustre Alhakem Almostansir Billah. Uno y otro van á sufrir grandes mudanzas y alteraciones en su situacion física y moral.

CAPITULO XVIII.

ALMANZOR EN CORDOBA:

DE RAMIRO III. A ALFONSO V. EN LEON.

De 976 a 1002.

Situacion de los tres reinos cristianos al advenimiento del califa Hixem II.—Memoria de Ramiro III. de Leon.—Pónesele bajo la tutela de dos religiosas.—Imprudencias y desórdenes del monarca en su mayor edad.—Irrita á los nobles y proclaman á Bermudo II. el Gotoso.—ALMANZOR primer ministro y regente del califato.—Imbecilidad del tierno califa.—Obra Almanzor como soberano del imperio.—Su nacimiento: sus altas prendas: su conducta.—Jura eterna guerra á los cristianos.—Sus dobles campañas anuales.—Sus triunfos.—Fuga de Bermudo II. á Asturias.—Toma Almanzor á Leon y la destruye.—Sus victorias en Africa.—Conquista á Barcelona.—Recóbrala el conde Borrell II.—Descripcion de las fiestas nupciales del hijo de Almanzor.—Los Siete Infantes de Lara.—Vence Almanzor y hace prisionero al conde García Fernandez de Castilla: su muerte.—Destruye el gran templo de Santiago de Galicia.—Triunfos de los musulmanes españoles en Africa.—Muerte de Bermudo II. de Leon.—Alfonso V.—Calamitosa situacion de la España cristiana.—Alianza de los soberanos de Leon, Castilla y Navarra para resistir á Almanzor.—Refuerzos que éste recibe de Africa.—Famosa batalla de Calatañazor.—Glorioso triunfo de los cristianos.—Almanzor es derrotado despues de veinte y cinco años de victorias, y de cincuenta batallas felices.—Muere en Medinaceli.—Epitafios de su sepulcro.

Podemos anunciar que llegamos á uno de los períodos mas importantes de la dominacion sarracena en España. El nombre del personage que va á la cabeza de este capítulo lo dice tambien bastante al que no sea del todo peregrino en nuestra historia de la edad media. En el hecho mismo de ponerle al frente, no siendo Almanzor califa, damos ya en entender suficientemente

que no va á ser el califa, sino su primer ministro, el alma y el sosten del imperio musulman y el gran competidor de los cristianos en la época que nos toca describir.

Por una rara y singular coincidencia, de los cinco estados independientes que se han formado en nuestra Península, á saber, el imperio árabe, los reinos de Leon y de Navarra, y los condados de Barcelona y de Castilla, en los tres primeros y mayores reinan simultáneamente tres niños, Ramiro III. en Leon, Sancho Garcés el Mayor en Navarra, Hixem II. que ha sucedido á su padre Alhakem II. en Córdoba: acontecimiento nuevo para los tres reinos, de donde hasta ahora hemos visto excluidos los príncipes de menor edad. ¿Cuál de los tres tiernos soberanos prevalecerá sobre los otros? Naturalmente habrá de preponderar aquel que tenga la fortuna de ver depositadas las riendas del estado que él no pueda manejar en manos mas robustas y vigorosas, el que vea encomendada la direccion del reino á persona de mas talento y capacidad, la de la guerra á genio mas activo y emprendedor.

Habíase confiado la tutela y educacion del tierno monarca leonés y la regencia del reino á dos mugeres, á dos religiosas, que lo era ya su tia Elvira cuando subió Ramiro III. al trono, y entró tambien despues en el claustro su madre Teresa, la viuda de Sancho I. Por fortuna á la natural flaqueza del sexo suplia la piedad y discrecion de estas dos mugeres, en términos que no solo marchaba en prosperidad el estado bajo su gobierno, sino que en una asamblea de obispos y magnates celebrada en Leon (974) se dieron gracias á Dios por los particulares beneficios que el reino disfrutaba bajo la acertada y prudente direccion de las dos piadosas princesas, y principalmente de Elvira, que era la que ejercia mas manejo en los negocios públicos, hasta el punto de decir aquellos próceres, que si por el sexo era muger, por sus distinguidos hechos merecia el nombre del varon (1). En principios de virtud y en máximas de sana moral educaban las dos religiosas princesas á su real pupilo: ejercitábanse en piadosas obras y fundaciones; remediaban y corregian abusos, contándose entre sus medidas la supresion que de acuerdo con los obispos hicieron de la silla episcopal creada en Simancas por Ordoño II. contra los sagrados cánones que prohibian la existencia simultánea de dos cátedras episcopales en una misma diócesis. Prosperado hubiera el reino de Leon bajo el gobierno de tan virtuosas y discretas señoras, si por una parte el príncipe no hubiera, á medida que crecia en años, crecido tam-

(1) *Et quoniam scriptum est* (dijeron aquellos ilustres varones) *quia non est discretio apud Dominum diversorum sexuum virorum ac fœminarum, sed qui recte credit et recte agit sine dubio vir nuncupatur*, etc. Risco, Esp. Sag. tom. 34, pag. 283.

bien en aviesas inclinaciones, desviádose de los saludables consejos de su madre y tia, y dado rienda á sus pasiones juveniles y á los instintos de su natural soberbio y altivo; y si por otra parte el reino leonés hubiera podido conservar la paz que habian respetado Abderrahman III. y Alhakem II., y no se hubiera levantado en el imperio musulman un genio inquietador y belicoso que habia de poner en turbacion y conflicto todos los estados cristianos.

Como si diera por perdido el tiempo que las directoras de su educacion habian tenido enfrenadas sus malas tendencias y quisiera darse prisa á indemnizarse, asi obró Ramiro III. tan pronto como salió de su menor edad. Con pretesto de que no debia tolerar que el reino continuára gobernado por mugeres y de querer manejar los negocios por sí mismo, emancipóse de sus dos prudentes ayas, contrajo matrimonio con una señora llamada Urraca Sancha, de no conocida familia y no señalada por lo prudente; y lo que fué peor, juntando Ramiro á los caprichos y desarreglos de su corta edad los ímpetus de un natural presuntuoso, despreciador de los grandes, no cumplidor de las palabras, y desatento y acre en las respuestas, ni instruido ni veraz ni discreto (1), de tal manera disgustó y desabrió á los condes y próceres de Galicia, Leon y Castilla, ya de por sí poderosos y envalentonados, que los mas se le hicieron enemigos, y los de Galicia abiertamente se le rebelaron proclamando á Bermudo, hijo de Ordoño III. y aun procediendo á consagrarle como rey en la iglesia de Santiago (980). Noticioso Ramiro de esta novedad salió con sus tropas en busca de su competidor: encontráronse ambas huestes en Portela de Arenas, donde se dió una batalla, en que murieron muchos de ambas partes, mas sin que se decidiera en favor de ninguna la victoria. Retiróse Bermudo á Compostela, y Ramiro, que de suyo no era muy belicoso ni esforzado, volvióse tambien á Leon. La muerte que á los dos años sorprendió á Ramiro dejó á su rival desembarazado el camino del trono. Fué sepultado en San Miguel de Destriana, donde yacia su abuelo Ramiro II. (2).

(1) Tal es el retrato que de este príncipe nos ha dejado el obispo Sampiro en el número 29 de su Crónica.

(2) Suponen algunos haber vivido todavía Ramiro dos años, fundados en tres diplomas de este rey hallados en el monasterio de Sahagun que llevan la fecha 984. Dada la autenticidad de estos documentos, resultaria haberse retirado á aquel monasterio despues del reconocimiento de Bermudo como rey de Leon. Mas en cuanto á la duracion de su reinado, parece no dejar lugar á duda los testimonios contestes de Sampiro, del Silense, de Lucas de Tuy y de Rodrigo de Toledo. Debemos, no obstante, advertir que asi en este reinado como en el que le sigue se nota tal discordancia de fechas entre los autores, que no hay medio fácil ni acaso posible de conciliarlos. El haber terminado Sampiro su luminosa crónica

Resonaba ya por este tiempo en toda España el nombre de Almanzor. ¿Quién era este famoso personage que desde el principio se anunció tan terrible para los cristianos? Dirémoslo.

Al morir el ilustrado califa Alhakem II. habia dejado (cosa extraña en aquella prolífica familia) un solo hijo de poco mas de diez años, que á pesar de su corta edad fué sin oposicion reconocido y jurado califa por los grandes del imperio bajo el nombre de Hixem II.: primer ejemplo de una menoría en los anales del califato andaluz, como lo habia sido en los del reino de Leon la de Ramiro III. Hallábase á la sazon de hagib ó primer ministro aquel Giafar que tanto se habia distinguido en las guerras de Africa (976). Pero habia entre los vazzires de la córte un hombre, que por su talento, por su afabilidad y gentileza se habia captado el favor y la confianza de la sultana Sobheya, la esposa favorita de Alhakem, la que habia intervenido en todos los negocios del imperio durante los últimos diez años, y la sola muger que habia hecho un papel político en la historia de los Ommiadas. El hombre que asi habia merecido la predileccion de la sultana viuda, y á quien ésta habia hecho sucesivamente su secretario íntimo y su mayordomo, se llamaba Mohammed ben Abdallah ben Abi Ahmer el Moaferi: habia nacido en una aldea cerca de Algeciras; su padre habia sido muy particularmente honrado por Abderrahman III., y su madre pertenecia á una de las mas ilustres familias de España. Habia venido al mundo en el mismo año de la famosa derrota de los musulmanes en Simancas, «como si Dios (añade un historiador crítico) hubiera querido señalar y como compensar aquel desastre de los muslimes con el nacimiento del que habia de ser su vengador.»

Este hombre, que ademas del favor de la sultana viuda, gozaba por su valor y prudencia de la consideracion y el respeto de los vazzires de palacio, de los gefes de la guardia y de los walíes de las provincias, fué nombrado por Sobheya primer ministro de su hijo, sin quitar el título á Giafar, pero encomendando á su favorito la tutela de Hixem, y la regencia y direccion del imperio: ofendióse de ello Giafar, pero disimuló su resentimiento. Vióse desde entonces el imperio árabe en una situacion nueva. La política de Almanzor, y lo que es mas estraño, la de la sultana madre, fué mantener al tierno califa en una ignorancia y como niñez perpétua, para que

que tanta luz nos ha dado hasta aqui, la falta de memorias de aquel tiempo, de que ya un respetable historiador se queja muy fundamente, y los errores introducidos por el cronista Pelayo de Oviedo, han podido ocasionar confusion tan sensible. Felizmente conviniendo casi todos en los hechos, han venido á aclarar mucho su cronología las historias arábigas últimamente publicadas, que no pudieron ser conocidas de aquellos respetables escritores, y de ellas y de su cotejo con nuestras crónicas resultan bastanto ilustrados los sucesos del último tercio del décimo siglo.

ni conociera nunca su posicion, ni nunca pensára en emanciparse de la tutela en que se propusieron tenerle. Alejaron de su lado los maestros á quienes su padre tenia fiada su educacion, y rodeáronle de jóvenes esclavos que le tuvieran entretenido con sus juegos en los jardines de Zahara. Ni Hixem pensaba en otra cosa que en divertirse, ni su madre y tutor le permitian hacer mas que crecer entre juegos y deleites, siempre encerrado en su alcázar, sin comunicar con nadie sino con los muchachuelos de su edad; pues si en ciertos dias se daba entrada en palacio á los vazzires, haciaseles retirar en cuanto le saludaban, como suponiéndole en cierto estado de imbecilidad intelectual. De modo que el niño Hixem era, mas bien que califa, un preso incomunicado, y solo por las monedas y oraciones se sabia que habia un califa llamado Hixem; pero el verdadero califa de hecho era Almanzor, que obraba en todo como si fuese el legítimo soberano, los decretos se publicaban en su nombre, que se esculpia tambien en las monedas, y se oraba por él en las mezquitas al propio tiempo que por el califa.

Aunque su elevacion habia sido del gusto de la mayoría de los vazzires y walies del imperio, no faltaron algunos que se mostráran hostiles, y uno de los primeros cuidados del regente soberano fué irse deshaciendo de sus enemigos y rivales, castigando directamente á unos, é indisponiendo mañosamente á los otros entre sí haciendo que se destruyéran mútuamente. Al mismo tiempo ganaba á los poderosos con honores, á los soldados con larguezas, á los sábios colocándolos en altos puestos, siguiendo en esto el sistema y la política de Alhakem. Si alguna medida odiosa se veia precisado á tomar, como la disminucion de la guardia slava devota de los Ommiadas, tenia el ardid de hacer recaer su odiosidad sobre su compañero Giafar, desprestigiándole con los Meruanes mismos. Y mientras meditaba cómo acabar de perder sin estrépito á Giafar, tuvo la astucia de comprometer á su hijo en la guerra de Africa, negándole los auxilios que le pedia, y dando lugar á que cayéra prisionero (1). Asi llegó á adquirir un grado de poder

(1) El erudito orientalista *Dozy*, en sus *Investigaciones sobre la Historia política y literaria de España en la edad media*, hace el siguiente retrato de Almanzor, de quien ciertamente no se muestra apasionado: «Un solo hombre llegó no solo á hacer importante al califa su señor, sino tambien á derribar los nobles de entonces, ya que no la nobleza. Este hombre que no retrocedia ante ninguna infamia, ante ningun crimen, ante ningun asesinato, con tal de arribar al objeto de su ambicion; este hombre, profundo político y el mas grande general de su tiempo, ídolo del ejército y del pueblo, á quien la fortuna favorecia en todas las ocasiones; este hombre era el terrible primer ministro, el hagib de Hixem II., era Almanzor. Trabajando únicamente por afianzar su propio poder, se contentó con asesinar sucesivamente los gefes poderosos y y ambiciosos de la raza noble que le hacian sombra, pero no trató de destruir la aris-

irresistible; poder que habia de ser bien fatal á los cristianos; porque á la manera que Anibal habia jurado sobre los altares de los dioses ódio eterno é implacable á Roma, asi Almanzor habia jurado por el nombre del Profeta acabar con los cristianos españoles y no descansar hasta conseguir el esterminio de su raza.

Con este designio hizo paces con los africanos, y celebró con el fatimita Balkim, que tenia sitiada á Ceuta, un tratado de amistad, por el que el emir africano se obligó á enviar anualmente al regente de España cierto número de soldados y caballos berberiscos; lo cual dió ocasion á que algunos murmuráran de que teniendo enemigos declarados en Africa se mostrase tan dispuesto á inquietar á los cristianos de Galicia y de Afranc, que años hacia estaban siendo fieles cumplidores de los tratos de paz hechos con Alhakem. Almanzor supo acallar todas estas murmuraciones, y cuando hubo recibido los primeros refuerzos de Africa, emprendió sus primeras escursiones por los territorios cristianos (977), dirigiéndose primeramente á la España oriental; dadas alli las convenientes órdenes para las sucesivas campañas á los walies de aquellas fronteras, torció hácia las del Duero, y con las huestes de Mérida y de Lusitania hizo una incursion esploratoria en Galicia, taló campiñas, saqueó pueblos y ganados, hizo cautivos, y se volvió impunemente á Córdoba satisfecho del éxito de sus primeras algaras (1).

Y sin embargo, no eran estas correrías sino el preludio y como el ensayo de otras mas sérias y terribles espediciones que meditaba. Desembarazado de los rivales que podia temer, á escepcion de Giafar, casi el único

tocracia misma. Lejos de confiscar los bienes y tierras que esta poseia, era por el contrario el amigo de aquellos patricios que no le inspiraban temor (pág. 2 y 3).»

Cuenta mas adelante (pag. 206), cómo dos poderosos gefes de los eunucos slavos concibieron y trataron de realizar el proyecto de proclamar por sucesor de Alhakem II. á su hermano Al-Mogirah, en lugar de su hijo Hixem, aunque á condicion de que aquel hubiera de declarar á su vez sucesor del trono á su sobrino. Comunicaron el proyecto al ministro Giafar, el cual fingió aprobarle, pero habiéndolo revelado con el fin de tomar medidas para conjurar la conspiracion á varios de sus amigos, y entre ellos á Mohammed ben Abi Amer (despues Almanzor), éste se encargó de asesinar á Al-Mogirah, « y estranguló al jóven príncipe que aun no sabia la muerte de su hermano.» De este y otros semejantes hechos, que cita tambien Almakari, no dice nada Conde.

(1) En este mismo año se acabó en Ecija el acueducto que habia mandado hacer la sultana madre, y en él se puso la inscripcion siguiente:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso, mandó edificar esta acequia la señora, engrandézcala Dios, madre del Príncipe de los creyentes, el favorecido de Dios, Hixem, prologue Dios su permanencia, esperando por ella copiosas y grandes recompensas de Dios: y se acabó con la ayuda y socorro de Dios: por mano de su artífice y prefecto cadí de los pueblos de la cora (comarca) de Ecija y Carmona y dependencias de su gobierno, Ahmed bien Abdallah ben Muza, en la luna de Rebie postrera del año 367.»

que quedaba; dueño de la confianza de Sobheya; reducido á la nulidad el califa Hixem: contando con los socorros de Africa, y obrando ya en fin con la autoridad de un soberano, pudo dar principio á la realizacion de sus proyectos y de su plan de campaña, que consistia, como después se vió, en hacer por lo menos dos irrupciones anuales en tierras cristianas, invadiendo alternativamente, ya el Norte, ya el Oriente, con la velocidad del rayo, y dejándose caer repentinamente allí donde menos le podian esperar. Tocó á Leon y Galicia sufrir el ímpetu de la primera irrupcion (978). En manos aquel reino de un monarca niño y de dos piadosas mugeres, no preparado por otra parte á la guerra, y acostumbrado á la paz en que Alhakem le habia dejado vivir, poca resistencia podia oponer al intrépido guerrero musulman, el cual volvió á Córdoba llevando consigo porcion de jóvenes cautivos de uno y otro sexo, siendo recibido con grandes demostraciones de entusiasmo. Entonces fué cuando, al decir de varios autores, se dió á Mohammed el título de Almanzor (*El Mansur*), el Victorioso, el Defensor ayudado de Dios.

O muy desinteresado ó muy político Almanzor, no recogia para sí otro fruto de estas espediciones que la gloria de haber vencido: el botin distribuíalo todo entre los soldados, sin reservar mas que el quinto que tocaba por la ley al califa, y la *estafa* ó derecho de escoger que se dejaba á los caudillos. Hombre de memoria y retentiva, conocia á todos sus soldados, y conservaba los nombres de los que se señalaban y distinguian: hábil en el arte de ganarse sus voluntades, inspeccionaba personalmente los ranchos de todas las banderas, restableció la costumbre de dar banquetes á las tropas despues de cada triunfo, y convidaba á su propia mesa á los que se habian distinguido en el campo de batalla. ¡Y ay del que se atreviera á murmurar de su liberalidad para con los soldados! En la expedicion que con arreglo á su sistema hizo en la primavera de 979 á las provincias fronterizas de la España oriental, fué tan pródigo en la remuneracion de las huestes que le siguieron, que hubo de quejarse el hagib Giafar de lo poco que del quinto del botin, llamado el lote de Dios, habia ingresado en el tesoro. Súpolo Almanzor, y sirvióle de buen pretexto para desembarazarse del único competidor que le quedaba, redújole á prision, confiscóle todos sus bienes á nombre del califa, y le despojó de todos sus honores y empleos. Cuatro años mas tarde corrió la voz de que Giafar habia muerto de consuncion y de melancolía. Historiadores hay que suponen haber tenido mas parte en su muerte la voluntad de Almanzor que ninguna enfermedad.

Pero tan espléndido como era con los soldados, tanto era de severo y rígido en la disciplina. Dice Almakari, que cuando les pasaba revista, no solo los hombres estaban en las filas inmóviles y como clavados, sino que

apenas se oia un caballo relinchar. Cuenta que habiendo visto un dia relumbrar una espada al extremo de una línea faltando á la uniformidad del movimiento, hizo llevar á su presencia al culpable, el cual interrogado sobre su falta, dió una escusa que no pareció suficiente á Almanzor, y en el acto le mandó decapitar, y que su cabeza fuera paseada por delante de todas las filas para escarmiento de los demás. Al propio tiempo era clemente con los vencidos, y no permitia ni hacer daño ni cometer violencias con la gente pacífica y desarmada. Su política con los cristianos, á quienes por otro lado deseaba exterminar, la confiesan nuestros mismos cronistas. «Lo que sirvió mucho á Almanzor, dice el monge de Silos, fué su liberalidad y sus larguezas, por cuyo medio supo atraerse gran número de soldados cristianos: de tal manera hacia justicia, que segun hemos oido de boca de nuestro mismo padre, cuando en sus cuarteles de invierno se levantaba alguna sedicion, para apagar el tumulto ordenaba primero el suplicio de un bárbaro que el de un cristiano (1).»

Este hombre singular, cada vez que volvia del campo de batalla, hacia que al entrar en su tienda le sacudiesen con mucho cuidado el polvo que habian recogido sus vestidos, y lo iba guardando en una caja hecha al efecto, la cual constituia uno de los muebles mas indispensables y de mas estima de su equipage, con ánimo de que á su muerte cubriesen en la sepultura su cuerpo con aquel polvo, sin duda por aquello de la Sura ó capítulo IX. del Coran: «Aquel cuyos pies se cubran de polvo en el camino de Dios, el Señor le preservará del fuego.»

Tal era el nuevo enemigo que de repente se habia levantado contra los cristianos. Con esto llegó á entusiasmar de tal suerte á los musulmanes, que todos á porfía pedian alistarse en sus banderas, y no eran los menos entusiastas los africanos berberiscos, á quienes daba una especie de preferencia, y de quienes llegó á hacer el núcleo y la fuerza principal de su ejército. Supónese que en una revista general que pasó en Córdoba contó hasta doscientos mil ginetes y seiscientos mil infantes: cifra prodigiosa, que no puede entenderse fuese toda de tropas regimentadas, sino de todos los hombres dispuestos á tomar las armas en los casos necesarios. Tenia, sí, un grande ejército activo y permanente que le acompañaba en todas las espediciones, el cual se engrosaba además con la gente de la frontera por donde hacia cada invasion. Aunque sus irrupciones eran inciertas, acometiendo indistinta é inopinadamente ya un punto ya otro, invadia con mas frecuencia la Castilla y la Galicia que la España oriental. Llevaba siempre consigo á su hijo el jóven Abdel-

(1) Mon. Silens. Cron. n. 70.

melik para acostumbrarle á los ejercicios y á las fatigas de la guerra. El lector comprenderá lo difícil que debia ser para los escritores de aquellos tiempos dar cuenta de todas las campañas de este hombre esencialmente guerrero, què sin contar mas que las dos espediciones anuales que infaliblemente realizó, resulta haber hecho en veinte y seis años de gobierno cincuenta y dos invasiones por lo menos en tierras cristianas. Las principales de ellas, sin embargo, han quedado consignadas, ya en nuestras historias, ya en las crónicas árabes.

Las de los primeros años no podian menos de ser felices para el ministro regente, descuidados los cristianos, desavenidos entre sí, y ocupando el trono de Leon un rey jóven, de poco atinada conducta, y no muy querido del pueblo. Debió, no obstante, el peligro mismo y la necesidad obligarlos á apercibirse y fortalecerse, cuando las mismas crónicas muslímicas nos hablan de una campaña en el año 370 de la hegira (1), en que habiéndose encontrado frente á frente los dos ejércitos cristiano y sarraceno, ocurrieron circunstancias dignas de especial mencion.

Hallábase Almanzor, dicen, á la vista de una poderosa hueste de cristianos de Galicia y Castilla en el año 370: trababan los campeadores de ambos ejércitos frecuentes escaramuzas mas ó menos sangrientas y porfiadas. En esta ocasion preguntó Almanzor al esforzado caudillo Mushafa: «¿Cuántos valientes caballeros crees tú que vienen en nuestra hueste?— Tú bien lo sabes, le respondió Mushafa.—¿Te parece que serán mil caballeros? volvió á preguntar Almanzor.—No tantos.—¿Serán quinientos?—No tantos.—¿Serán ciento, ó siquiera cincuenta?—No confio sino en tres; respondió el caudillo.» A este tiempo salió del campo cristiano un caballero bien armado y montado, y avanzando hácia los muslimes, «¿Hay, gritó, algun musulman que quiera pelear conmigo?» Presentóse en efecto un árabe, peleó el cristiano con él y le mató. «¿Hay otro que venga contra mí?» volvió á gritar el cristiano. Salió otro musulman, comenzó el combate, y el cristiano le mató en menos tiempo que al primero. «¿Hay todavía, volvió á esclamar el cristiano, algun otro, ó dos ó tres juntos, que quieran batirse conmigo?» Presentóse otro arrogante musulman, y á las pocas vueltas, dice su misma crónica, le derribó el cristiano de un bote de lanza. Aplaudian los cristianos con algazara y estrépito, desesperaba el despecho y la indignacion á los muslimes, y el cristiano volvió á su campo, y al cabo de breves momentos viósele reaparecer en otro caballo no menos hermoso que el primero, cubierto con una gran piel de

(1) Este año árabe comprendió desde el año cristiano.
16 de julio de 980 al 5 de julio de 981 del

tigre, cuyas manos pendian anudadas á los pechos del caballo, y cuyas uñas parecian de oro. «Que no salga nadie contra él, esclamó Almanzor.» Y llamando á Mushafa le dijo: «¿No has visto lo que ha hecho este cristiano todo el dia?—Lo he visto por mis ojos, respondió Mushafa, y en ello no hay engaño, y por Dios que el infiel es muy buen caballero, y que nuestros muslimes están acobardados.—Mejor dirias afrentados, repuso Almanzor.»

En esto el esforzado campeon con su feroz caballo y su preciosa cubierta de piel se adelantó y dijo: «¿No hay quien salga contra mí?—Ya veo, Mushafa, esclamó Almanzor, ser cierto lo que me decias, que apenas tengo tres valientes caballeros en toda la hueste: si tú no sales, irá mi hijo, y si nó iré yo, que no puedo sufrir ya tanta afrenta.—Pues verás, replicó Mushafa, que pronto tienes á tus pies su cabeza, y la erizada y preciosa piel que cubre su caballo.—Asi lo espero, dijo Almanzor, y desde ahora te la cedo para que con ella entres orgulloso en el combate.» Salió Mushafa contra el cristiano, y éste le preguntó: «¿Quién eres tú y á qué clase perteneces entre los nobles muslimes?» Mushafa blandiendo la lanza le respondió: «Esta es mi nobleza, esta es mi prosapia.» Pelearon, pues, ambos adalides con igual brio y esfuerzo, hiriéndose de rudos botes de lanza, revolviendo sus caballos, parando los golpes, y entrando y saliendo el uno contra el otro con admirable gallardía. Pero el cristiano estaba ya cansado, y Mushafa, jóven y ágil, acertó á revolver su corcel con mas presteza, y dando una mortal lanzada á su valiente competidor logró derribarle del caballo: saltó Mushafa del suyo, y le cortó la cabeza y despojó al caballo de la hermosa piel, y corriendo con uno y otro despojo á Almanzor, fué recibido de éste con un abrazo, é hizo proclamar su nombre en todas las banderas del ejército. Dada después la señal del combate, empeñáronse ambas huestes en sangrienta batalla, que vinieron á interrumpir las sombras de la noche. Al dia siguiente los cristianos no se atrevieron á volver á la pelea, y se retiraron al asomar el dia. Almanzor volvió triunfante á Córdoba (1).

Las dos irrupciones del año siguiente (de julio de 981 á junio de 982) fueron tambien sobre Castilla, que los árabes seguian nombrando Galicia. El fruto de la primera fué la toma de Zamora, con otras cien fortalezas y poblaciones, cuyas murallas hizo abatir. Los cautivos de ambos sexos, los ganados y despojos que Almanzor cogió en esta campaña fueron tantos, que al decir de sus historiadores faltaban carros y acémilas en que llevarlos, y cada soldado tuvo ocasion de saciar bien su codicia. Dicen que Almanzor

(1) Conde, cap. 97. ¡Lástima grande que no nos haya sido trasmitido el nombre de aquel valeroso castellano, digno de figurar entre los héroes de los tiempos homéricos!

entro en Córdoba precedido de mas de nueve mil cautivos que iban en cuerdas de á cincuenta hombres, y que el wali de Toledo Abdala ben Abdelaziz llevó á aquella ciudad cuatro mil, despues de haber hecho cortar en el camino igual número de cabezas cristianas, si bien esta última circunstancia no la dan por tan segura, ó al menos aparentan tener para ellos mismos el carácter de rumor. No fué tan feliz el incansable enemigo de los cristianos en la espedicion del otoño de aquel mismo año. Sin oposicion ni resistencia habia pasado el Duero el ejército musulman y llegado á las frondosas márgenes del Esla, pero no sin que los cristianos los siguiesen y observasen desde las alturas. Allí, creyéndose seguros los sarracenos, dejaron sus caballos forrajear libremente y que paciesen la yerba que entre espesas alamedas viciosa crecia, y entregáronse ellos tambien descuidadamente al solaz en aquellas frescuras. Los cristianos que los atalayaban aprovecharon tan buena ocasion y cayeron impetuosamente sobre ellos esparciendo con sus gritos de guerra el terror y el espanto en el campo enemigo. Los mas valientes corrieron á las armas y quisieron prepararse á la defensa, pero la multitud despavorida, huyendo sin direccion y sin concierto, atropellando los de la primera á los de la segunda hueste de las dos en que estaban divididos los árabes, dió ocasion á que las espadas de los cristianos se cebáran en la sangre de sus confiados enemigos. En este estado, bramando de despecho Almanzor, arroja al suelo su dorado turbante, y llama á voz en grito por sus nombres á los mas esforzados caudillos: éstos, al ver la cabeza de Almanzor desnuda y sus desesperados ademanes, se agrupan en derredor suyo, y tanto supo enardecerlos con sus enérgicas palabras y con el ejemplo de su desesperado arrojo, que revolviendo sobre los cristianos los persiguieron hasta encerrarlos en Leon (Medina Leyonis), y hubieran acaso penetrado en la ciudad, si una borrasca repentina de nieve y granizo no los hubiera obligado á suspender la marcha y á pensar en retirarse por temor á la cruda estacion del invierno que se anunciaba (1).

¿Cómo era posible que Almanzor en su orgullo pudiera olvidar ni dejar sin venganza el descalabro del Esla? Desde entonces su pensamiento, su idea dominante fué la de destruir la córte de los cristianos. Preparóse á ello como

(1) Monach. Silens. Chron. n. 71.—Conde, cap. 97.—Como este suceso acaeciese el año en que dejó de reinar en Leon Ramiro III., y en que fué entronizado Bermudo II., no se sabe con certeza en cuál de los dos reinados ocurriese, y dúdase mas, porque ninguna crónica árabe ni cristiana nombra á ninguno de los dos reyes, infiriéndose que ni uno ni otro se hallaron presentes al combate. Si hemos de creer una indicacion del Cronicon Iriense (n. 12), Almanzor obraba acaso de acuerdo con Bermudo, á quien éste parece habia hecho ofrecimientos porque le ayudára á posesionarse del reino de Leon.

para una grande empresa haciendo construir en Córdoba ingenios y máquinas de batir sobre el modelo de las romanas; que eran los muros de Leon altos y gruesos flanqueados de elevadas torres y defendidos por puertas de bronce y de hierro. Provisto ya de maquinaria, y congregadas las huestes de Andalucía, de Mérida y de Toledo, y lo que era mas sensible, acompañado de algunos condes tránsfugas cristianos (1), partió al año siguiente á las fronteras de Leon y Castilla resuelto á tomar á toda costa la ciudad. Reinaba ya en ella Bermudo II. llamado el Gotoso, por la enfermedad de gota que padecia. Si antes habia hecho el hijo de Ordoño III. algun concierto con Almanzor, debió conocer ahora que no iba el guerrero musulman dispuesto á respetar antiguas relaciones. Así hubo de persuadírselo el nuevo monarca leonés, cuando se resolvió á abandonar su apetecida capital y á refugiarse á Oviedo, llevando consigo las alhajas de las iglesias, las reliquias de los santos, y los restos mortales de los reyes sus mayores: triste y melancólica procesion, que recordaba los dias angustiosos de la pérdida de España (2).

Con todo eso no fué ni pronta ni fácil la toma de la ciudad, cuya defensa habia quedado encomendada al valeroso conde de Galicia Guillermo Gonzalez. Eran ya los bellos dias de la primavera de 984 cuando Almanzor, estrechado el cerco, hizo jugar incesantemente todas las máquinas contra los muros y puertas de Leon. Por espacio de algunos dias fingió el caudillo mahometano atacar por la parte de Oeste para simular el verdadero ataque que habia dispuesto por el Sur. Ya logró derruir una parte de la muralla, y las ferradas puertas comenzaban á bambolear. El conde Guillermo, enfermo y postrado, quebrantadas sus fuerzas con las largas fatigas, avisado por los suyos del aprieto en que se veian, hízose ajustar su armadura y conducir en silla de manos desde el lecho en que yacia á la parte mas amenazada del muro y donde el peligro era mayor. Desde allí alentaba á los bravos leoneses á que defendieran con brio su ciudad, sus haciendas, sus vidas y las de sus hijos y mugeres. A sus enérgicas exhortaciones se debió la resistencia heróica de los últimos tres dias. Irritado Almanzor con la obstinacion de aquellos valientes, ante cuyas espadas caian diezmados en las brechas los soldados musulmanes, fué el primero que penetró dentro de la ciudad con la bandera en una mano y el alfange en otra: siguiéronle multitud de sarracenos: el intrépido, el brioso, el imperturbable Guillermo pereció en su puesto al golpe de la cimitarra de Almanzor. Vino la noche, y pasáronla todavía

(1) Pelagii Ovetens. Chron. p. 468.

(2) *Rex autem Veremundus* (dice Lucas de Tuy) *podagrica ægritudine nimium gravatus, cum non posset barbaro obviare, se recepit Ovetum.*

los alarabes sobre las armas sin atreverse á penetrar en el corazon de la ciudad. A la primera hora de la mañana siguiente comenzó el saqueo y el degüello general, de que no se libraron ni ancianos, ni mugeres, ni niños: jamás en dos siglos y medio de guerras desde que habia dado principio la restauracion habia sufrido ningun pueblo cristiano tragedia igual (1). Las bronceadas puertas fueron derribadas, y los macizos muros en gran parte arrasados por órden de Almanzor.

Astorga, la segunda ciudad de aquel reino, fué tambien tomada, no sin porfiada resistencia. «Pero sus defensores, añade el historiador árabe, trabajaron en vano, pues Dios destruyó sus fuertes muros y gruesos torreones.» No pasó por entonces mas adelante aquel genio de la guerra; rápido en sus conquistas y constante en su sistema de expediciones; logrado su principal objeto volvióse á Córdoba, si bien destruyendo al paso á Exlonza, Sahagun, Simancas y algunas otras poblaciones (2). Terrible en verdad. habia sido esta campaña para los cristianos. Era la primera vez desde Alfonso el Católico que el estandarte de Mahoma ondeaba en la capital de la primitiva monarquía; Quedaban por allí reducidos sus límites á los que tuvo en los primeros tiempos de la reconquista.

Hombre político era Almanzor al mismo tiempo que guerrero. En el tiempo que despues de sus expediciones descansaba en Córdoba, su casa era una especie de academia á que asistian los poetas y sábios, á los cuales todos trataba con la mayor benevolencia y consideracion, y sus obras las premiaba con tanta liberalidad como hubieran podido hacerlo los dos últimos califas. El estableció una especie de universidad ó escuela normal para la enseñanza superior, en que solo entraban los hombres ya ilustres por su erudicion ó por las obras de un mérito especial y relevante, y él mismo solia concurrir á las aulas y tomar asiento entre los alumnos, sin permitir que se interrumpieran las lecciones ni á su entrada ni á su salida, y muchas veces premiaba por sí mismo á los discípulos sobresalientes. Estraña amalgama esta que vemos en los árabes, tan dispuestos para pelear en los campos de batalla como para discutir en las academias, tan aptos para las letras como para la milicia, para la pluma como para la espada.

Entretanto el imbécil califa Hixem, aunque mozo ya de diez y ocho años

(1) Luc. Tudens. Chron. p. 89.—Conde, cap. 97.

(2) No sabemos con qué fundamento pudo decir Mariana quo tomó tambien los castillos de Alva, Luna, Gordon y otros que resguardaban á Asturias, contra los testimonios de Lucas de Tuy y de Pelayo de Oviedo: este último dice espresamente: *Asturias. Gallæciam et Berizum non intravit. Lunam, Alvam, Gordonem non intravit.*

continuaba bellamente aprisionado en su palacio de Zahara y sus deliciosos jardines, sin que nadie pudiese verle sin licencia de su madre y del ministro soberano. Y cuando en las pascuas y otras fiestas solemnes asistia por ceremonia á la mezquita, no salia de su *maksura* hasta que todo el pueblo se hubiese retirado, y entonces volvia, ó por mejor decir, le volvian á su alcázar rodeado de su guardia y de su córte sin que apenas pudiese ser visto del pueblo (1).

En el mismo año de la toma de Leon ocurrieron en Africa novedades grandes para los muslimes españoles. Aquel Alhassam, á quien vimos en 975 embarcarse en Almería para Tunez y Egipto, aquel prisionero africano tan generosamente recibido y tan espléndidamente agasajado por el califa Alhakem II., prosiguiendo en su carrera de ingratitudes reapareció ahora en Tunez, y ayudado de Balkim, al frente de tres mil caballos y algunos cabilas berberiscos, recorrió el Magreb y se hizo proclamar en muchas ciudades. Almanzor no podia ver con serenidad este movimiento del ingrato Edrisita, é inmediatamente encomendó la guerra de Africa á su hermano Abu Alhakem Omar ben Abdallah. Pero la expedicion de Omar del otro lado del Estrecho no fué tan feliz como lo habian sido las de su hermano en la Península. El ejército andaluz fué deshecho en una sangrienta batalla, y el emir edrisita obligó al hermano de Almanzor á refugiarse en Ceuta, donde le tuvo estrechamente bloqueado. No era posible que el orgullo de Almanzor sufriera humillacion semejante: y asi envió seguidamente á Africa á su mismo hijo Abdelmelik, jóven que al lado de su padre habia sabido ganarse en pocos años una reputacion militar aventajada. Tal era ya la influencia de su nombre, que á la noticia de su arribo á Ceuta dándose Alhassam por perdido le despachó mensagèros solicitando un arreglo, y ofreciéndose á pasar él mismo á Córdoba á ponerse á la merced del califa Hixem, siempre que se le diera seguro para él y su familia. Otorgóselo Abdelmelik, y en su virtud volvió á embarcarse para España el tantas veces rebelde y tantas veces sometido Alhassam. Equivocóse esta vez en sus cálculos: creeria sin duda encontrar otro califa tan generoso como Alhakem, y lo que encontró fué un comisionado de Almanzor encargado de cortarle la cabeza en el camino, como asi lo ejecutó, enviándola á Córdoba en testimonio del cumplimiento de su

(1) Llamábase *maksura* la tribuna de los califas, un poco elevada sobre el pavimento en la parte principal de la mezquita. La colocacion del pueblo era la siguiente: los jóvenes se ponian detrás de los ancianos, las mugeres detrás de los hombres y separadas de ellos: estos no se movian hasta que se hubiesen salido todas las mugeres. Las doncellas no iban á las mezquitas en que no tuviesen un lugar apartado, y siempre asistian muy tapadas con sus velos. Conde, cap. 98.

comision. Así terminó su carrera de deslealtades el temerario Alhassam, y con él acabó en Magreb la dinastía de los Edrisitas, que habia comenzado con la proclamacion de Edris ben Abdallah en el año arábigo de 172, y concluyó con la muerte de Alhassam ben Kenuz en el de 373, habiendo de este modo durado 202 años y 5 meses lunares. El hijo de Almanzor tomó con este motivo el título que tanto le lisonjeaba de Almudhaffar, ó vencedor feliz.

No impidieron estas guerras ni interrumpieron las expediciones periódicas de Almanzor á tierras cristianas. En el otoño del propio año de 984 volvió á acabar de arruinar el reino de Leon, y entonces fué sin duda cuando tomó á Gormaz y Coyanza, hoy Valencia de Don Juan. A la primavera siguiente (que las primaveras y otoños eran siempre las estaciones que elegia para sus rápidas y afortunadas irrupciones), la tempestad periódica fué á descargar á la region oriental. Tocóle esta vez á Cataluña. Salió, pues, Almanzor de Córdoba con lo mas escogido de su caballería. Detúvose en Murcia aguardando las naves y tropas que habian de acudir de Algarbe á proteger sus operaciones militares en Cataluña. Los árabes describen con placer el suntuosísimo hospedage que se hizo á Almanzor y á los suyos en los veinte y tres dias que permanecieron en Tadmir. Alojábase el regente en casa del gobernador de la provincia Ahmed ben Alcbatib: los manjares mas raros y esquisitos, las frutas mas delicadas se presentaban diariamente á su mesa: los aromas mas estimados de Oriente se derramaban con prodigalidad, y todas las mañanas aparecia lleno de agua de rosas el baño de Almanzor y de sus principales vazzires. A todas sus tropas se dieron cómodos alojamientos, y todos dormian en camas ricamente cubiertas con telas de seda y oro. Cuando Almanzor al tiempo de partir pidió la cuenta de los gastos, dijéronle que todo se habia hecho á espensas del gobernador Ahmed. «En vérdad, exclamó, que este hombre no sabe tratar gentes de guerra, que no deben tener mas arreo que las armas, ni mas descanso que pelear, y me guardaré bien de enviar otra vez por aquí mis tropas: mas por Alá que un hombre tan generoso y espléndido no debe ser un contribuyente comun, y yo le relevo de todo impuesto por toda su vida (1).»

Tomó desde allí Almanzor el camino de Barcelona, mientras las naves hacian su derrotero por la costa hasta la capital del condado. El conde Borrell II., á quien los árabes daban el título de rey de Afranc (2), salió con

(1) Ebn Hayan, Hist. de los Alameries. —Abu Bekr Ahmed ben Said, en Conde, cap. 98.

(2) Es muy extraño que el juicioso Roseew-Saint-Hilaire diga al hablar de esta expedicion: «Esta ciudad (Barcelona), mandada por un conde Borrell, *feudatario de los reyes francos*......» Pues no debia igno-

numerosas tropas á hacer frente á las del caudillo sarraceno; ¿pero quién podia resistir al ímpetu de los aguerridos y victoriosos soldados de Almanzor? Los cristianos de las montañas fueron arrollados, y buscaron su salvacion dentro de los muros de Barcelona; los musulmanes cercaron la ciudad con ardor y resolucion: Borrell se fugó una noche como en otro tiempo el walí Zeid, solo que aquél lo hizo por mar, y mas afortunado que el moro, á favor de las tinieblas pasó sin ser visto por en medio de los bageles algarbes: á los dos dias la ciudad se rindió por capitulacion, y Almanzor se encontró dueño de las capitales de dos estados cristianos, Leon y Barcelona (1). En seguida se volvió á Córdoba por el interior de España. Tal era el sistema de Almanzor, invadir, conquistar, volverse y prepararse para otra invasion (985).

Faltaba el otoño de aquel año, y no podia dejar de aprovecharle el incansable sarraceno. Las sierras y montañas de Navarra fueron el campo de sus triunfales correrías; Sancho Garcés el *Mayor* probó á su turno cuán impetuosas eran las acometidas del guerrero musulman, el cuál, después de haber devastado el pais de Nájera, volvióse á invernar á Córdoba cargado de despojos.

Su llegada á la córte muslímica coincidió con la de su hijo Abdelmelik, el triunfador de África, que habia ido á celebrar sus bodas con su sobrina la jóven Habiba. La descripcion que hacen los árabes de estas famosas bodas y de las fiestas y regocijos con que se celebraron, nos informan de sus costumbres en estas ceremonias solemnes, si bien las del hijo de Almanzor se hicieron con una pompa desacostumbrada. El ministro absoluto convidó á las fiestas hasta á los cristianos: distribuyó á su guardia armas y vestuarios lujosos: dió abundantes limosnas á los pobres de los hospicios, dotó un gran número de doncellas menesterosas, y prodigó regalos á los poetas que con mejores versos cantaron el mérito y las virtudes de los dos esposos. La novia fué paseada en triunfo por las calles principales, acompañada de todas las jóvenes amigas de la familia, precedida del cadí y de los testigos, y seguidas de los principales jeques y caballeros de la ciudad. Doncellas armadas de bastoncitos de marfil con puño de oro guardaban el pabellon de la novia: el novio acompañado de gran séquito de nobles mancebos de su familia, armados de espadas doradas, habia de conquistar el pabellon de la novia, de-

rar este ilustrado autor que el feudo de los reyes francos habia concluido con Wifredo el Velloso, y que hacia mas de un siglo que el condado de Barcelona constituia un estado independiente. En el mismo error incurre Romey, si mal no lo hemos comprendido.

(1) Gesta Comit. Barcinon. c. 7.—Los dos Chronicones de Barcelona.—Conde, cap. 96.

fendido en su entrada por la guardia de sus doncellas. Los jardines estaban espléndidamente iluminados: en los bosquecillos de naranjos y arrayanes, en derredor de las fuentes, en los lagos y estanques, en todas partes ondeaban vistosas banderolas, y coros de músicos acompañaban las lindas canciones en que se presagiaba la felicidad de los dos esposos: el pabellon de la desposada fué asaltado y conquistado por el novio despues de un simulacro de combate entre los mancebos y las doncellas: toda la noche duraron las músicas y los conciertos, y la fiesta se repitió al dia siguiente (1).

(1) Conde, cap. 99.—En este tiempo colocan tambien algunos de nuestros historiadores otras fiestas nupciales celebradas en Burgos, con poca menos solemnidad, pero de bien mas trágicos resultados que las de Córdoba. Eran las del famoso castellano Ruy Velazquez, señor de Villaren, con doña Lambra, natural de Bribiesca, señora tambien de una gran parte de la Bureba, y prima del conde de Castilla Garci Fernandez. Terrible é inolvidable memoria dejaron estas bodas en España por la sangrienta catástrofe á que dieron ocasion, al decir de estos autores. Hablamos de la célebre aventura de los *Siete Infantes de Lara*.

Eran estos siete hermanos hijos de Gonzalo Gustios y de Sancha Velazquez hermana de Ruy, y nietos de Gustios Gonzalez, hermano de Nuño Rasura, y por consecuencia oriundos de los jueces y condes de Castilla. Su padre, dicen, les habia construido un soberbio palacio repartido en siete salas, de donde se llamó el pueblo *Salas de los Infantes*. Habia convidado Ruy Velazquez á sus bodas á sus siete sobrinos, que en aquel dia fueron armados caballeros por el conde don García. Ocurrió en la fiesta nupcial un lance desagradable entre Alvar Sanchez, pariente de los novios, y Gonzalo, el menor de los siete infantes, que uno de los romances compuestos por Sepúlveda describe así:

Un primo de doña Lambra,
que Alvar Sanchez es llamado,
vió que caballero alguno
no alcanzaba en el tablado.
. . . .
Ninguno dió miente á ello,
que están las tablas jugando:
solo Gonzalo Gonzalez,
el menor de los hermanos,
que á furto de todos ellos
cabalgaba en un caballo.
. . . .
Alvar Sanchez con pesar
al infante ha denostado.
El respondió á sus palabras,
á las manos han llegado.
Gran ferida dió el infante
á Alvar Sanchez su contrario.
. . . .
Doña Lambra que lo vido
grandes voces está dando,
feríase en el su rostro
con las manos arañando.......

En su despecho la buena de doña Lambra mandó á un criado que arrojase al ros-

Mas ni las bodas de su hijo, ni los sucesos de Africa en que figuraba ahora la familia de los Zeiríes que habia de fundar una nueva dinastía en Almagreb,

tro de Gonzalo un cohombro empapado en sangre, que era la mayor afrenta que podia hacerse á un caballero castellano. Este vengó el ultrage matando al osado sirviente en el regazo mismo de doña Lambra á que se habia guarecido. La señora pidió venganza á su esposo en los términos que expresa otro romance:

Matáronme un cocinero
so faldas de mi brial:
si de esto no me vengad
yo mora me iré á tornar.

Ruy Velazquez, deseoso de complacerla, juró vengarse, no solo de Gonzalo sino de todos sus hermanos, y hasta de su padre. Al efecto envió primeramente á Córdoba á Gonzalo Gustios con pretesto de que cobrase ciertos dineros que el rey bárbaro (dice el P. Mariana) habia prometido, pero haciéndole portador de una carta semejante á la de Urías en que encargaba al rey moro que tan pronto como llegára le hiciese quitar la vida. No lo hizo asi el moro, ó por humanidad, ó por respeto á las canas de hombre tan principal y venerable, antes le puso en una prision tan poco rigurosa, que la hermana del rey moro le solia hacer frecuentes visitas, aficionándose tanto al prisionero cristiano que de tales visitas vino á resultar con el tiempo el que dicha señora diera al mundo un Mudarra Gonzalez, fruto de sus amores, que despues vino á ser el fundador del linage nobilísimo de los Manriques de Lara. Tal gracia debió hallar la princesa mora en las canas del venerable castellano.

Meditando entretanto Ruy Velazquez cómo vengarse de los siete hermanos, logró ganar á los moros de la frontera y en combinacion con estos les armó una celada en los campos de Araviana á la falda d l Moncayo, en que descuidados los de Lara y no pudiendo sospechar la traicion fueron todos asesinados en union con su ayo Nuño Salido, aunque no sin que peleasen como buenos y derramáran mucha sangre de enemigos. Ruy Velazquez envió á Córdoba á Gonzalo Gustios el horrible presente de las cabezas de sus siete hijos, que reconoció el desgraciado padre á pesar de lo magulladas y desfiguradas que llegaron. Movido á compasion el rey de Córdoba dió libertad á Gonzalo, y le dejó ir á Castilla, sin que nos digan qué fué despues de este infortunado padre. Lo que nos dicen es que cuando el niño Mudarra, fruto de sus amores de prision, llegó á los catorce años, á persuasion de su madre pasó á Castilla, y ayudado de los amigos de su familia vengó la muerte de sus hermanos matando á Ruy Velazquez, y haciendo que doña Lambra muriese apedreada y quemada; accion por la cual no solo mereció que el conde de Castilla le hiciese aquel mismo dia bautizar y le armase caballero, sino que su misma madrastra doña Sancha le adoptase por hijo y heredero del señorío de su padre. Esta adopcion se hizo al decir de nuestras historias con una ceremonia bien singular. Dicen que la doña Sancha metió al mancebo por la manga de una muy ancha camisa (que bien ancha era menester que fuese por delgado que supongamos al recien cristianado moro), le sacó la cabeza por el cuello, le dió paz en el rostro, y con esto quedó recibido por hijo. De aqui viene, añade el P. Mariana con admirable candidez, el adagio vulgar: «entra por la manga y sale por el cabezon.»

Tal es la famosa historia, anécdota ó aventura de los *Siete Infantes de Lara*, tan celebrada por poetas y romanceros, sacada de la Crónica general, desechada como fabulosa por muchos críticos, admitida por otros como cierta en su fondo, pero desestimando las circunstancias ó ridículas ó inverosímiles, y adoptada con todos sus episodios por el P. Mariana. Sus editores de la grande edicion de Valencia le ponen la siguiente nota: «Nuestros escritores mas estimables tienen por aventuras caballerescas la desgraciada muerte de los Infantes de Lara, los amores de don Gonzalo Gustios,

nada estorbaba a Almanzor para continuar sus campañas periódicas. Otra vez en 986 volvió sobre Castilla, y tomó sin resistencia notable á Sepúlveda y Za-

con la infanta de Córdoba, la adopcion de Mudarra Gonzalez, hijo de estos hurtos amorosos, y que este héroe imaginario haya sido tronco nobilísimo del linage de los Manriques. Seria detenernos demasiado hacer demostracion de tal fábula, y mucho mas producir los argumentos con que se desvanece, que pueden ver los lectores en los capítulos 11 y 12 del lib. II. de la *Historia de la Casa de Lara* del erudito Salazar; aunque por respeto á la antigüedad no se atreve este excelente genealogista á negar el suceso de los Siete Infantes de Lara. Don Juan de Ferreras trató tambien separadamente de este asunto en el t. XVI. cap. 14. pag. 99. de su Hist. de Esp. (equivocan la página de Ferreras, pues es la 118).»

De novela la califica tambien el señor Sabau en sus ilustraciones á Mariana. Pero el ilustrado don Angel Saavedra, duque de Rivas, en la nota tercera á la página 188 del tomo II. de su *Moro Expósito* nos hace conocer el siguiente documento, que existe (dice) en el archivo del duque de Frias, actual poseedor de los estados de Salas, el cual puede dar diferente solucion á la cuestion de autenticidad de esta tradicion ruidosa.

«En 12 de diciembre de 1579 se hizo una informacion de oficio por el gobernador de la villa de Salas, con asistencia de los señores don Pedro de Tovar y doña Maria de Recalde su muger, marqueses de Berlanga, ante Miguel Redondo, escribano de número de ella, de la cual resulta, que pues allí habia en la iglesia mayor de Santa María, en la pared de la capilla del lado del Evangelio *las cabezas de los Siete Infantes de la Hoz de Lara, y la de Gustios su padre, y la de Mudarra Gonzalez su hijo bastardo*, que por haber tantos años que estaban allí, y ser los letreros antiquísimos dudaban algunas personas si era verdad; mandase abrir las pinturas de ellas, y armas con que estaba cubierta dicha pared, para saber lo que habia dentro y enterarse de la verdad. Y dicho gobernador, poniéndolo en ejecucion, mandó á un oficial que quitase una tabla pintada, que estaba inclusa en la dicha pared, la cual tiene *siete cabezas* de pintura antigua, al parecer de mas de cien años, y encima de ellas hay siete letreros cuyos nombres dicen: *Diego Gonzalez, Martin Gonzalez, Suero Gonzalez, don Fernan Gonzal z, Ruy Gonzalez, Gustios Gonzalez, Gonzalo Gonzalez*. Y al cabo de ellas, un poco mas abajo, está otra cabeza, que dice el letrero que está sobre ella *Nuño Salido*. Y de la otra parte de arriba de las cabezas está un castillo dorado, y encima pintados dos cuerpos de hombres de la cinta arriba: el letrero del uno dice *Gonzalo Gustios*, y el del otro *Mudarra Gonzalez, los cuales tienen cada uno en la mano medio anillo y le están juntando*. Y quitada la dicha tabla, pareció en la pared otra pintura muy antiquísima, con los mismos nombres que la primera, excepto que el nombre de la cabeza que está de la parte de abajo en la primera tabla dice *Nuño Salido*, y en el mas antiguo *Nuño Sabido*. Y visto que dichas pinturas estaban sobre piedra, y que no habia ningun oficial de cantería que rompiese la pared, suspendieron la diligencia. En el dia 16 de dicho mes y año de 1579 mandó el propio gobernador á Pedro Saler, cantero, que tentase la dicha pared para saber si estaba hueca: y dando golpes con un martillo donde estaban las armas (que es un castillo dorado), sonó hueco. Y quitando la pintura que estaba sobre la dicha piedra, se halló otra piedra de cerca de media vara de largo y una tercia de alto, que se meneaba y estaba floja. Y dicho cantero, presentes muchos vecinos de la villa, la quitó, y dentro habia un hueco grande á manera de capilla, en la cual estaba un arca, clavada la cubierta con dos clavos. Y sacada, la pusieron junto á las gradas del altar, donde se desclavó, y pareció dentro de ella un lienzo muy delgado y sano, sin ninguna rotura, en el cual estaban envueltas las dichas cabezas, algo deshechas, desmolidas y descoyuntadas del largo tiempo, aunque las quijadas y cascos están de manera que claramente se conoció ser cabezas antiguas, que estaban en la dicha arca. Y vistas por mucha parte de los vecinos de aquella villa, y otros, el dicho

mora (1). Pero el rumor de un sério movimiento hácia los valles del Pirineo oriental obligó á Almanzor á volver sus pasos hácia Cataluña. No era infundado el rumor. Muchedumbre de cristianos habian bajado de aquellas altas montañas, llenos de fé y resolucion: mandábalos el conde Borrell. En vano se apresuró el caudillo musulman á evitar un golpe de aquella gente; cuando llegó ya estaba dado; Borrell habia recobrado á Barcelona, ocupada un año hacia por los agarenos: Almanzor no pudo hacer sino vencer en algunos reencuentros á los cristianos: á pesar del terror que inspiraba su nombre Barcelona quedó y continuó en poder de los catalanes, y el regente de la España muslimica tuvo que contentarse esta vez con llevar á Córdoba algunos despojos de su correría (2).

Con mas fortuna al año siguiente el hombre de las dos campañas anuales invadió la Galicia, llegó cerca de Santiago, tomó á Coimbra, que dejó al fin abandonada, y regresó á Córdoba por Talavera y Toledo. Diríase que antes se habian cansado los autores de escribir que Almanzor de ejecutar sus sistematizadas irrupciones, pues ni los anales cristianos ni los árabes nos dan noticias ciertas de las campañas que debió emprender en los siguientes años, acaso porque no fuesen de particular importancia, si se exceptúa lo que hizo en 989, en que destruyó y desmanteló las ciudades fronterizas de Castilla, Osma y Atienza, que por su posicion habian sufrido ya cien veces todos los rigores de la guerra, y habian sido á cada paso tomadas, perdidas y reconquistadas por cristianos y musulmanes (3).

En tanto no faltaron disgustos de otro género ni al conde García Fernandez de Castilla ni al rey Bermudo de Leon, comenzando á dar al primero graves pesadumbres su hijo Sancho, queriendo sucederle antes de tiem-

gobernador mandó al oficial tornase á clavar el arca, y él lo verificó con cinco ó seis clavos en la cubierta, dejando dentro las dichas cabezas, y volviendo á poner el arca en la capilla y lugar donde antes estaba.»

En vista de este documento parece no poder dudarse del trágico fin de los siete hermanos de Lara: los demas episodios han podido ser inventados por los novelistas y romanceros.

(1) *Era MXXIV, prendiderunt Sedpublica* (Annal. Complut.) *In Era MXXIV. prendiderunt Zamoram.* (Ann. Tolet.).

(2) Gesta Comit. Barcin. in Marca, p. 542 —Segun la tradicion y las crónicas catalanas, en esta ocasion el conde Borrell II. ofreció privilegio militar ó de nobleza hereditaria á cuantos se presenrasen con armas y caballos en las montañas de Manresa, y de aqui, dicen, nació la clase llamada *Homens de Paradge*, esto es, hidalgos, hombres de Parage ó casa Solariega.

En este tiempo acaeció en Francia la memorable revolucion que hizo pasar la corona de la familia de los Carlovingios á la de los Capetos, de la dinastía de Carlo-Magno á la de Hugo el Grande, Hugo Capeto, hijo de el Grande, fué consagrado en Reims el 3 de julio de 987.

(3) Chron. Conimbric.—Annal. Compl. y Toled.—Conde, cap. 90.

po (990), y rebelándose contra el segundo algunos condes de Galicia; sucesos que aunque por entonces no pasaron adelante, hubieran favorecido mucho á Almanzor para sus acometidas y ulteriores designios, si él no hubiera tenido por este tiempo otro mayor disgusto de la misma índole. Y vamos á referir un hecho que ninguno de nuestros historiadores ha mencionado hasta ahora.

Abatidos por Almanzor los mas poderosos nobles del imperio, el único que quedaba, Abderrahman ben Motarrif, walí de Zaragoza, temia que no habia de tardar en llegarle su turno, y quiso probar si podia á su vez deshacerse del regente. Hallábase en Zaragoza el hijo menor de Almanzor llamado Abdallah, resentido de su padre por la preferencia que daba á sus dos hermanos. Proyectaron, pues, Abderrahman y Abdallah una revolucion con el designio de alzarse el uno con la soberanía de Zaragoza y de todo Aragon, el otro con la de Córdoba y el resto de España. Contaban ya con algunos generales y vazzires. Súpolo Almanzor, y llamó á Córdoba á su hijo, á quien comenzó á tratar con mucha atencion y dulzura. En cuanto al de Zaragoza, supo Almanzor con su acostumbrada astucia ganar á sus tropas en una expedicion en que aquél le acompañaba, y que ellas mismas le acusáran de haberse apropiado el sueldo de los soldados. Con este motivo le quitó el gobierno de Zaragoza, pero con mucha política nombró para reemplazarle al hijo mismo de Abderrahman. Preso éste y procesado por malversador, hízole Almanzor decapitar en su presencia. Faltábale atraerse á su propio hijo Abdallah, y lo intentó á fuerza de halagos y de amabilidad, mas todos sus esfuerzos se estrellaron ante el carácter obstinado y el genio sombrío de Abdallah, que en otra expedicion contra Castilla se pasó secretamente al conde García Fernandez, prometiéndole ayudarle contra su padre. Informado de ello Almanzor, reclamó enérgicamente al conde castellano la entrega de su hijo. Negóse García á la intimacion, y permaneció Abdallah por espacio de un año al lado del conde de Castilla. Mas en el otoño de 990, perdidas por García las ciudades fronterizas arriba mencionadas, y recelando él mismo de las pretensiones de su propio hijo Sancho, debió convenirle desenojar á Almanzor y accedió á entregarle el reclamado Abdallah, y enviósele con buena escolta de castellanos. De órden de Almanzor salió el esclavo Sad á recibirle al camino, el cual en el momento de encontrarle besó la mano á Abdallah, y no dejó de alimentarle la esperanza de que hallaria indulgencia en su padre. Mas al llegar á las márgenes del Duero, intimáronle los soldados de Sad que se dispusiera á morir: el pérfido esclavo que les habia dado esta órden se habia quedado algunos pasos detrás: Abdallah se apeó con resignacion, y entregó sin inmutarse su cuello á la cuchilla del verdugo. Asi pere-

ció el ambicioso y obstinado hijo de Almanzor á la edad de veinte y tres años (1).

Llegó así el año 992, en que falleció el conde Borrell II., sucediéndole su hijo Raimundo ó Ramon Borrell III., y dejando el condado de Urgel á otro hijo nombrado Armengaudo ó Armengol. Los historiadores árabes se detienen en referirnos los sucesos que á este tiempo en Africa acaecian, los cuales ocupaban no poco á Almanzor, y preparaban en el Magreb la elevacion de una nueva dinastía bajo la astuta política de Zeiri ben Atiya, pero cuyos pormenores nos dispensamos de referir por no pertenecer directamente á nuestra España. Repetimos que por nada dejaba Almanzor sus dobles expediciones anuales. Muchas parece haber sido consideradas por los escritores de aquel tiempo como acaecimientos comunes, pues apenas dan cuenta de ellas: otras les merecian mas atencion por sus resultados, tal como la que en 994 ejecutó sobre Castilla, y en que tomó á Avila, Coruña del Conde y San Esteban de Gormaz; y la que en 995 hizo á la España Oriental con tan asombrosa rapidez, que antes llegó él á Cataluña que supiesen los cristianos su salida de Córdoba.

Tantos desastres sufridos en los estados cristianos por las repetidas invasiones del infatigable, enérgico y valeroso Almanzor, movieron al conde García Fernandez de Castilla, uno de los que mas habian tenido que luchar contra las huestes del intrépido agareno, á llamar en su auxilio al rey don Sancho de Navarra, para ver de resistir aunados á tan formidable poder. Así fué que en su espedicion de 995 encontró ya Almanzor juntas las tropas castellanas y navarras entre Alcocer y Langa. Mas aun no habian acabado de reunirse ni de prepararse al combate, cuando ya se vieron atacadas por la caballería sarracena: sostúvose no obstante la lid por todo el dia con igual arrojo y denuedo por ambas partes, y cuando la noche separó á los dos ejércitos combatientes, unos y otros contaban con que al siguiente dia se renovaría la pelea con mas furor.

Cuenta Abulfeda (que tambien eran no poco dados á consejas los árabes de aquel tiempo), que la noche á que nos referimos, uno de los literatos que solian ir en el ejército segun costumbre de los musulmanes, llamado Said ben Alhassan Abulola, presentó á Almanzor un ciervo atado por el cuello, á cuyo ciervo puso por nombre García, y que en unos versos que llevaba le pronosticó que al dia siguiente el rey de los cristianos, García (que así llamaban ellos al conde), sería llevado al campo muslímico atado como el ciervo de su nom-

(1) Este hecho, que refiere Ebn Abdari en su *al-Bayano el-mogrib*, nos le ha dado á conocer el orientalista Dozy en sus Investigaciones sobre la historia de la edad media de España, tom. I. página. 19 á 24.

bre. Aceptó Almanzor el ciervo y los versos con regocijo, y pasó una parte de la noche con sus caudillos preparando lo conveniente para la batalla, á fin de que se cumpliese el vaticinio del poeta (1).

A la hora del alba comenzaron ya á sonar por el campo muslímico los añafiles y trompetas; y la terrible algazara, y las nubes de flechas y los torbellinos de polvo anunciaban haberse empeñado la pelea: á poco tiempo los caudillos de la vanguardia sarracena comenzaron á cejar: los cristianos se precipitaron como torrentes impetuosos de las cuestas y cerros con espantosa gritería; á su llegada, parecia desordenarse el centro del ejército musulman y como prepararse á huir en confusion..... los cristianos se internan mas y mas..... ¡desgraciados! cayeron en el lazo que les tendiera Almanzor: aquella retirada y aquel desórden eran un ardid combinado, y pronto se vieron envueltos por las dos alas y por la retaguardia de la caballeria enemiga; y por mas que sus generales y caballeros pelearon con denuedo y ardor, abatida la tropa cristiana con tan imprevisto ataque, dióse á huir con el mayor aturdimiento, siendo acuchillada por los ginetes árabes. Y aun no fué este el resultado mas funesto de la batalla; el agüero poético se habia cumplido; entre los caballeros castellanos que habian sido hechos prisioneros se encontró el valeroso y desgraciado conde García, tan gravemente herido, que aunque Almanzor encomendó su curacion á los mejores médicos musulmanes, sucumbió el digno hijo de Fernan Gonzalez á los cinco dias. Fué esta memorable y funesta batalla, segun los datos que tenemos por mas exactos, el 25 de mayo de 995, y la muerte de García el 30 del propio mes (2). El cadáver del conde fué trasportado á Córdoba y depositado provisionalmente á ruegos de los cristianos en la iglesia llamada de los Tres Santos: los árabes añaden que Almanzor le hizo poner en un cofre labrado, lleno de perfumes y cubierto con telas de escarlata y oro, para enviarlo á los cristianos, y que habiendo estos solicitado su rescate á precio de riquísimos presentes, Almanzor, sin admitir los regalos, le hizo conducir hasta la frontera con una escolta de honor. Tan caballerosamente solia conducirse el héroe musulman (3).

(1) Abulfeda, tom. II. pág. 533.—Conde, cap. 100.

(2) Era el conde García Fernandez suegro de Bermudo el Gotoso, cuya segunda muger llamada Elvira, fué hija del conde y de Ava su esposa, hija de Enrique, emperador de Alemania: tuvo ademas García á Urraca, que entró religiosa en el monasterio de Cobarrubias, y á Sancho que le sucedió en el condado.

Omitimos por fabulosos los amores romancescos del conde García Fernandez con Argentina y Sancha, y las demas aventuras novelescas y absurdas que nos cuenta Mariana, evidenciadas ya de tales, y como tales deshechadas por Morales, Yepes, Berganza, Mondejar y otros respetables autores.

(3) Annal. Compost. p. 319.—Annal. Burg. p. 308. *Et ductus fuit ad Cordobam, et inde adductus ad Caradignam.*

Pero esto no le obstaba para proseguir sus acostumbradas espediciones, y en el mismo año de la muerte de García Fernandez ejecutó otra á tierras de Leon, en que tambien obtuvo ventajas, de cuyas resultas el rey don Bermudo (*Bermond* que ellos decian), envió embajadores y cartas á Almanzor solicitando avenencias y paz. Acompañó de regreso á los enviados cristianos uno de los vazzires, Ayub ben Ahmer, encargado por Almanzor de tratar con Bermudo. No debió el vazzir corresponder muy cumplidamente ó á los deseos ó á las instrucciones del ministro cordobés, pues al regresar á Córdoba de vuelta de su mision hízole encarcelar, y no le restituyó la libertad mientras él vivió.

O no fueron notables las invasiones que hiciera en 996, ó al menos no nos informan de ellas los documentos que conocemos. En cambio en el 997, despues de una incursion en tierras de Alava en la estacion lluviosa de febrero, cuyo botin se distribuyó por completo entre las tropas sin deducirse el quinto para el califa en consideracion á haberse emprendido en medio de un temporal de frios y lluvias, verificóse la gran gazúa á Santiago de Galicia (*Schant Yakub*), la mas célebre, si se esceptúa acaso la de Leon, y la cuadragésima octava de sus irrupciones periódicas, segun Murphy (1). El conde de Galicia Rodrigo Velazquez, uno de los que antes habian conspirado contra el rey de Leon, por haber éste depuesto de la silla compostelana á su hijo el turbulento obispo Pelayo y reemplazádole con un virtuoso y venerable monge, parece que puesto á la cabeza de los nobles descontentos, si no provocó, por lo menos auxilió esta entrada del guerrero mahometano. Es lo cierto que habiendo partido Almanzor de Córdoba y encaminádose por Coria y Ciudad Rodrigo, incorporáronsele, dicen, los condes gallegos en los campos de Argañin, y juntos marcharon sobre Santiago. Almakari, que nos da el itinerario que llevó Almanzor, refiere minuciosamente las dificultades que tuvo que vencer el ejército espedicionario para pasar ciertos rios y atravesar ciertas montañas. El 10 de agosto se hallaba el formidable caudillo del Profeta sobre la Jerusalen de los españoles. Desierta encontró la ciudad. Sus murallas y edificios fueron arruinados, el soberbio santuario derruido, saqueadas las riquezas de la suntuosa basílica; solo se detuvo el guerrero musulman ante el sepulcro del santo y venerado Apóstol; sentado sobre él halló un venerable monge que le guardaba: el religioso permaneció inalterable, y Almanzor, como por un misterioso y secreto impulso, se contuvo ante la actitud del monge y respetó el depósito sagrado.

(1) Conde pone esta espedicion tres años de Oviedo, y á Almakari, antes. Seguimos al monge de Silos, á Pelayo

Destruida la grande y piadosa obra de los Alfonsos, de los Ordoños y de los Ramiros, avanzó Almanzor con su hueste hácia la Coruña y Betanzos, recorriendo paises, dicen sus crónicas, «nunca hollados por planta musulmana,» hasta que llegando á terreno en que ni los caballos podian andar, ordenó su retirada. Al llegar otra vez á Ciudad Rodrigo colmó de presentes á los condes auxiliares y los envió á sus tierras. Añade el arzobispo don Rodrigo, y lo confirma Almakari, que hizo trasportar á Córdoba en hombros de cautivos cristianos las campanas pequeñas de la catedral de Santiago, que mandó colgar para que sirviesen de lámparas en la gran mezquita, donde permanecieron largo tiempo (1). Entró, pues, Almanzor en Córdoba precedido de cuatro mil cautivos, mancebos y doncellas, y de multitud de carros cargados de oro y plata y de objetos preciosos recogidos en esta terrible campaña. Al decir de nuestros historiadores estuvo lejos de ser tan feliz su regreso. Cuentan que Dios en castigo del ultraje hecho á su santo templo de Santiago envió al ejército muslímico una epidemia de que morian á centenares, y aun á miles. Pero el Tudense, que no menciona aquella disenteria, dice que el rey Bermudo destacó por las montañas de Gálicia ágiles peatones, que ayudados por el Santo Apóstol, perseguian desde los riscos á los moros y los cazaban como alimañas (2), lo cual es muy verosímil atendida la topografía de aquel pais y sus gargantas y desfiladeros.

Dedicóse el rey Bermudo II. despues del desastre de Santiago á restaurar el santo templo con la magnificencia posible, y á reparar las maltratadas fortalezas, ciudades y monasterios de sus dominios, para lo cual pudo aprovechar el reposo que al fin de sus dias parece quiso dejarle Almanzor, pues no se sabe que en los dos años que aun mediaron hasta la muerte de aquel monarca volviera á molestar el territorio leonés el formidable guerrero musulman. Habíasele agravado á Bermudo la gota en términos de no permitirle cabalgar, y tenia que ser conducido en hombros humanos. Al fin sucumbió de aquella enfermedad penosa despues de un reinado no menos penoso de diez y siete años, en uno de los últimos meses del año 999, en un pequeño pueblo del Vierzo nombrado Villabuena; su cuerpo fué trasladado después al monasterio de Carracedo, y de allí años adelante á la catedral de Leon, donde se conserva su epitaflo y el de su segunda muger Elvira (3).

(1) *Campanas minores in signum victoriæ secum tulit, et in Mezquita Cordubensi pro lampadibus collocavit, quæ longo tempore ibi fuerunt.* Roder. Tolet. de Reb. Hisp. l. V. c. 16.

(2) *More pecudum trucidabant.* Luc. Tud. Chron p. 88.

(3) El obispo cronista Pelayo de Oviedo se empeñó en afear la memoria de este rey con una animosidad que sienta mal á un

Debido fué sin duda el extraño reposo de que gozaron en estos últimos años Leon y Castilla á las graves turbulencias que de nuevo se suscitaron en Africa, y á cuya guerra, si bien no concurrió Almanzor en persona, dedicó toda su atencion y esfuerzos. El emir Zeiri ben Atiya, no pudiendo disimular mas el enojo contra Almanzor que hasta entonces habia encubierto con el velo de una amistad aparente, se resolvió ya á suprimir en la chotba ú oracion pública el nombre del regente de España, conservando solo el del califa Hixem. Deshecho y destrozado por el caudillo fatimita el primer ejército que envió Almanzor, fué preciso que acudiera su hijo Abdelmelik que ya habia ganado en Africa el título de Almudhaffar ó vencedor afortunado. Con su ida mudó la guerra de aspecto. En una refriega recibió el emir Zeiri tres heridas en la garganta, causadas por el yatagan del negro Salem, y en otro combate, que duró desde la mañana hasta la noche, sucumbió en el campo de batalla. El valeroso hijo de Almanzor se posesionó de Fez, donde

historiador y desdice de su carácter de prelado. Comienza por llamarle indiscreto y tirano en todo (*indiscretus et tyrannus per omnia*): atribuye á castigo de sus pecados las calamidades que sufrió el reino, y hasta la circunstancia de haber repudiado su primera muger y casádose con otra en vida de aquella, accion tan comun en aquellos tiempos como hemos observado, la califica él de *nefas nefandissimum*. Pero el monge de Silos, que muy justamente es tenido por escritor mas verídico desapasionado y juicioso, nos pinta á Bermudo como un príncipe prudente, amante de la clemencia y dado á las obras de piedad y devocion. Cierto que su reinado fué calamitoso y desgraciadísimo; ¿pero qué pudiera haber hecho Bermudo contra un enemigo del talento y del temple de un Almanzor? A pesar de todo y en medio de tan azarosas circunstancias no se olvidó de dotar al pais de algunas instituciones útiles. Restableció las leyes del ilustre Wamba, y mandó observar los antiguos cánones; no los cánones pontificios como arbitrariamente interpreta Mariana y le hacen ver sus anotadores, sino los de la antigua iglesia gótica.

En su afan de ennegrecer la fama del monarca le atribuyó el cronista crímenes que no cometió, y milagros á los obispos que tuvo necesidad de castigar, y aun los aplica á obispos que se sabe no existieron. No fatigarémos á nuestros lectores con el relato de estas invenciones que acreditaron á Pelayo de poco escrupuloso y aun de falsificador de la historia, de cuyo concepto goza entre los mejores críticos.

Con respecto á las mugeres de Bermudo, de las exquisitas investigaciones del erudito Florez resulta en efecto haber tenido dos legítimas ó por lo menos veladas ambas *in facie ecclesiæ*: la primera llamada Velasquita, de quien tuvo á Cristina, que casada despues con el infante don Ordoño, dió orígen á la familia de los condes de Carrion: la segunda Elvira, hija, como hemos dicho, del conde de Castilla García Fernandez, de la cual tuvo tambien varias hijas y un hijo varon, que fué el que le sucedió en el trono con el nombre de Alfonso V. Es tambien indudable que se casó con Elvira viviendo Velasquita, á quien habia repudiado, no sabemos por qué causa, pero que fué reconocida como legítima: y este monarca nos suministra otro ejemplo de la facilidad y ningun escrúpulo con que los reyes católicos de aquellos tiempos se divorciaban y contraian nuevos matrimonios viviendo su primera esposa. Tuvo ademas sucesion Bermudo de otras dos mugeres que se cree fueron hermanas, á quienes el sábio Florez llama segun su costumbre *amigas*, y los demas cronistas nombran con menos rebozo *concubinas*. Noticias son todas estas que dan luz no escasa sobre las costumbres y la moralidad de aquellos tiempos en esta materia.

gobernó seis meses con justicia y con prudencia, y el territorio de Magreb quedó de nuevo sometido á la influencia de Almanzor. Tan lisongeras nuevas fueron solemnizadas en Córdoba dando libertad á mil ochocientos cautivos cristianos de ambos sexos, haciendo grandes distribuciones de limosnas á los pobres, y pagando á los necesitados todas sus deudas.

La prosperidad de las armas andaluzas al otro lado del mar hubo de ser fatal á los cristianos de la Península; porque desembarazado Almanzor de aquel cuidado, volvió á sus acostumbradas espediciones. Dos mencionan las historias arábigas en el año 1000, al Oriente la una, al Norte la otra, que dieron por resultado la destruccion de algunas poblaciones y la devastacion de algunas comarcas, que los naturales mismos solian abandonar é incendiar á la aproximacion de los enemigos. Trascurrió el año 1001 sin notable ocurrencia, como si hubiera sido necesario este reposo para preparar el gran suceso que iban á presenciar los dos pueblos.

Habia sucedido en el reino de Leon á Bermudo II. el Gotoso, su hijo Alfonso V., niño de cinco años como Ramiro III. cuando entró á reinar, y al cual se puso bajo la tutela del conde de Galicia Menendo Gonzalez, y de su muger doña Mayor. Dirigíale al mismo tiempo su tio materno el conde de Castilla, Sancho Garcés, el hijo y sucesor de Garcia Fernandez. Reinaba en Pamplona otro Sancho Garcés el Mayor, nombrado *Cuatro-Manos* por su intrepidez y fortaleza, y estaba casado con una hija del de Castilla, llamada Sancha (1). Todos estos soberanos vieron en el año 1002 un movimiento universal é imponente por parte de los sarracenos en el Mediodía y centro de la España muslímica. Los walíes de Santarén, de Badajoz y de Mérida, allegaban toda la gente de armas de sus respectivos territorios. Numerosas huestes berberiscas habian desembarcado en Algeciras y en Ocsonoba; eran refuerzos que Moez, hijo y sucesor del difunto Zeiri, se habia comprometido á enviar á Almanzor para la gran gazúa que meditaba contra los cristianos. Las banderas de Africa, de Andalucía y de Lusitania se congregaban en Toledo. ¿Qué significan estos solemnes préparativos? Es que Almanzor ha re-

(1) El rey Sancho de Navarra era llamado en este tiempo rey de los Pirineos y de Tolosa, en razon á que su poder se estendia á quella region de la Galia, nombrada antiguamente la Segunda Aquitania, ya por su parentesco con los condes de aquellas tierras, ya por que estos prefiriesen reconocer una especie de soberanía en el monarca navarro á someterse á la nueva dinastía de los Capetos. Háblase tambien de un conde Guillermo Sanchez, cuñado de Sancho el Mayor que era duque de la Vasconia francesa. Todos estos parece que suministraron tropas al navarro para la batalla de que vamos á hablar, y así se esplica el número considerable de cristianos que llegaron á reunirse. Hist. des Cont. de Tolose, Rodolp. Glaber, Bouquet, Briz, Martinez y Sandoval, cit. por Romey, tom. IV. c. 47.

suelto dar el último golpe á Castilla, á esa Castilla cuya obstinada resistencia le es ya fatigosa, y quiere agregarla definitivamente al imperio musulman. Terrible es la tormenta que amenaza á los castellanos. Pero su mismo estruendo los despierta, y en vez de amilanarse se preparan á conjurarla. Convidó Sancho de Castilla á los dos soberanos sus parientes á formar una liga para resistir de consuno al formidable ejército musulman. La necesidad de la union fué reconocida, cesaron las antiguas disensiones, pactóse la alianza, y se organizó la cruzada contra los infieles. El punto de reunion del ejército cristiano combinado eran los campos situados por bajo de Soria, hácia las fuentes del Duero, no lejos de las ruinas de la antigua Numancia. Conducia las banderas de Leon, Asturias y Galicia el conde Menendo á nombre de Alfonso V., niño entonces de ocho años; mandaban las de Navarra y Castilla sus respectivos soberanos.

Los musulmanes, divididos en dos cuerpos, compuesto el uno de españoles, el otro de africanos, dirigiéronse el Duero arriba, y hallaron á los cristianos acampados en Calatañazor (*Kalat-al-Nosor*, altura del buitre, ó montaña del águila). Cuando los esploradores árabes (dice su crónica) descubrieron el campo de los infieles tan estendido, se asombraron de su muchedumbre y avisaron al hagib Almanzor, el cual salió en persona á hacer un reconocimiento y á dar sus disposiciones para la batalla. Hubo ya aquel dia algunas escaramuzas que interrumpió la noche. En la corta tregua que ésta les dió, añade el escritor arábigo, no gozaron los caudillos muslimes la dulzura del sueño: inquietos y vacilantes entre el temor y la esperanza, miraban las estrellas y á la parte del cielo por donde habia de asomar el dia. Al divisar el primer albor que tanto suele alegrar á los hombres, los tímidos sintieron como anublarse su espíritu, y el toque de añafiles y trompetas estremeció á los mas animosos. Almanzor hizo su oracion del alba: ocuparon los caudillos sus puestos, y se reunieron las banderas. Moviéronse tambien los cristianos y salieron con sus haces bien ordenadas: el clamoréo de los musulmanes se confundió con el grito de guerra de los cristianos: las trompetas y atambores, el estruendo de las armas y el relincho de los caballos hacian retumbar los vecinos montes y parecia hundirse el cielo.

Empeñóse la lid con furor igual por ambas partes. Los cristianos con sus caballos cubiertos de hierro peleaban como hambrientos lobos (es la espresion del escritor arábigo), y sus caudillos alentaban á sus guerreros por todas partes. Almanzor revolvia acá y allá su fogoso corcel que semejaba á un sangriento leopardo: metíase con su caballería andaluza por entre los escuadrones de Castilla, é irritábale la resistencia que encontraba «y el bárbaro valor de los infieles.» Sus caudillos peleaban tambien con un arrojo

que nosotros á nuestra vez podríamos llamar bárbaro. Con las nubes de polvo que se levantaban se oscureció el sol antes de su hora, y la noche estendió antes de tiempo su ennegrecido manto. Separáronse con esto los guerreadores sin que ninguno hubiese cejado un palmo de terreno: la tierra quedó empapada en sangre humana: la victoria no se sabia por quién.

Habia Almanzor recibido muchas heridas. Retirado por la noche á su tienda, y observando cuán pocos caudillos se le presentaban, segun costumbre despues de un combate: «¿Cómo no vienen mis valientes? preguntó:—Señor, le respondieron, algunos se hallan muy mal heridos, los demás han muerto en el campo.» Entonces se penetró del estrago que habia sufrido su ejército, y antes de romper el dia ordenó la retirada y repasó el Duero marchando en órden de batalla por si le perseguian los cristianos. Sintióse en el camino Almanzor abatido y desalentado: recrudeciéronsele y se le enconaron con la agitacion las heridas de tal modo, que no pudiendo sostenerse á caballo, se hizo conducir en una silla y en hombros de sus soldados por espacio de catorce leguas hasta cerca de Medina Selim (Medinaceli). Allí le encontró su hijo Abdelmelik (á quien no sabemos cómo no llevó á la batalla), enviado por el califa para adquirir nuevas de su padre. A tiempo llegó solamente para recoger su postrer aliento, pues allí mismo y en sus brazos espiró el héroe musulman á los tres dias por andar de la luna de Ramazan, año 392 de la hegira (9 de agosto de 1002), y á la edad de 65 años (1).

Sus restos mortales fueron sepultados en Medinaceli, cubriéndolos con aquel polvo que, como dijimos, se habia ido depositando en una caja del que sus vestidos recogian en los combates. Cumplióse la ley del Coran que decia: «Enterrad á los mártires segun les coge la muerte, con sus vestidos, «sus heridas y su sangre. No los laveis, porque sus heridas en el dia del «juicio despedirán el aroma del almizcle.» Su hijo Abdelmelik Almudhaffar que tomó el mando del ejército, le hizo tambien los honores fúnebres, y sobre su sepulcro se inscribieron sentidos versos (2).

(1) Muchos de nuestros historiadores, y entre ellos Mariana, anticipan con manifiesta equivocacion tres años esta memorable batalla, y por consecuencia de este error hacen asistir á ella á Bermudo el Gotoso. Bien que no es posible formar idea por Mariana ni de los hechos de Almanzor ni de los sucesos de los reinos cristianos de aquel tiempo. Encontrámosle lleno de inexactitudes y de aventuras fabulosas y hasta absurdas. Sentimos tener que censurar á tan respetable escritor, pero no podemos prescindir de nuestro deber histórico.

(2) Conde copia la traduccion que de uno de sus epitafios hizo su amigo don Leandro Fernandez de Moratin y es como sigue:

No existe ya, pero quedó en el orbe
Tanta memoria de sus altos hechos
Que podrás, admirado, conocerle

Así acabó el famoso Mohammed ben Abdallah ben Abi Ahmer, conocido por Almanzor, despues de veinte y cinco años de continuados triunfos, y que hasta su muerte se habia creido invencible. Lloráronle los soldados con amargura: «¡perdimos, esclamaban, nuestro caudillo, nuestro defensor, nuestro padre!» Con luto y afliccion universal se recibió en Córdoba la nueva de su muerte, y en mucho tiempo ni la ciudad ni el imperio se consolaron; ó por mejor decir, no pudieron consolarse nunca, porque la muerte del grande hombre habia de llevar tras sí la muerte del imperio. Dice nuestro cronista el Tudense, que luego que murió Almanzor se dejó ver á las márgenes del Guadalquivir un hombre en trage de pastor, que andaba gritando, unas veces en árabe y otras en castellano: «*En Calatañazor Almanzor perdió el tambor.*» Y que cuando se acercaban á preguntarle se ponia á llorar y desaparecia á repetir las mismas palabras en otra parte. «Creemos, añade el piadoso cronista, que aquel hombre era el diablo en persona, que gritaba y se desesperaba por la gran catástrofe que habian sufrido los moros.»

Cual si le vieras hoy presente y vivo:
Tal fué, que nunca en sucesion eterna
Darán los siglos adalid segundo,
Que así, venciendo en guerras, el imperio
Del pueblo de Ismael acresca y guarde

CAPITULO XIX

CAIDA Y DISOLUCION DEL CALIFATO.

De 1002 á 1031

Justos temores y alarmas de los musulmanes.—Gobierno de Abdelmelik, hijo y sucesor de Almanzor, como primer ministro del califa Hixem.—Sus campañas contra los cristianos: su muerte.—Gobierno de Abderrahman, segundo hijo de Almanzor.—Infundado orgullo de este hagib: su desmedida ambicion: hácese nombrar sucesor del califa.—Terrible castigo de su loca presuncion.—Ministerio de Mohammed el Ommiada y del slavo Wahda.—Encierran al califa Hixem en una prision y publican que ha muerto.—Mohammed se proclama califa.—Le destrona Suleiman con auxilio del conde Sancho de Castilla.—Gran batalla y triunfo de los castellanos en Gebal Quintos.—Recobra Mohammed el trono con ayuda de los cristianos catalanes.—Saca Whada al califa Hixem de la prision, y le enseña al pueblo que le creia muerto.—Entusiasmo en Córdoba: alboroto: Mohammed muere decapitado, y su cabeza es paseada por las calles de la ciudad.—Apodérase Suleiman otra vez del trono, y desaparece misteriosamente y para siempre el califa Hixem.—Muere Suleiman asesinado por Alí el Edrisita, que á su vez se proclama califa.—Precipítase la disolucion del imperio: partidos, guerras, destronamientos, usurpaciones, crímenes.—Ultimos califas: Alí, Abderrahman IV., Alkasim, Yahia, Abderrahman V., Mohammed III., Yahia, segunda vez, Hixem III.—Acaba definitivamente el imperio Ommiada.

Muy fundado era en verdad el desaliento y la afliccion y la pesadumbre que produjo en toda la España muslímica la nueva de la derrota de Calatañazor. Penetraba bien el instinto público que todo aquel esplendor y grandeza, toda aquella estension, pujanza y unidad que habia adquirido el califato bajo la enérgica y sábia direccion del ministro regente, habia de desplomarse y venir á tierra con la muerte de aquel hombre privilegiado, que con tanta intrepidez como fortuna, con tanta maña como arrojo, y con tanta política como vigor, habia elevado el imperio musulman á la mayor altura de poder que alcanzó jamás. y reducido al pueblo cristiano casi á tanta estre-

chez como en los tiempos de Muza y de Tarik. Que si los defensores de la cruz no se vieron en tan escaso territorio encerrados como en los dias de Pelayo, halláronse al cabo de cerca de tres siglos de esfuerzos casi en la situacion que tuvieron en tiempo del primer Alfonso, y apenas fuera de la cadena del Pirineo podian contar con una fortaleza segura y con un palmo del terreno al abrigo de las incursiones del gran batallador. Temian los musulmanes, derribada la robusta columna de su imperio, por la suerte de la dinastía Ommiada, con un califa siempre en estado de pueril imbecilidad, y sin esperanza de sucesion. Temian tambien no menos justamente lo que á los príncipes y guerreros cristianos, antes tan abatidos, habria de alentar aque solemne triunfo.

Brindaba ciertamente ocasion propicia á los cristianos el resultado glorioso de la batalla, y mas que todo el desconcierto y descomposicion á que por consecuencia de ella vino el imperio musulman, no solo para haberse recobrado de sus anteriores pérdidas, sino para haber reducido á la impotencia á los sarracenos, si los nuestros hubieran continuado unidos, y en lugar de aprovecharse de las disensiones de los infieles no se hubieran ellos consumido tambien en intestinas discordias y rivalidades. Achaque antiguo de los españoles era esta falta de union y de concierto, y causa perenne de sus desdichas y de la prolongada dominacion de los pueblos invasores.

El rey Alfonso V. de Leon, niño de ocho años, continuaba bajo la tutela de su madre doña Elvira y de los condes de Galicia Menendo Gonzalez y su esposa, que educaban al rey y gobernaban el reino con recomendable prudencia. El hijo de Almanzor, Abdelmelik Almudhaffar, que habia ido á Córdoba con las destrozadas huestes del ejército sarraceno, fué nombrado por la sultana Sobheya (que sobrevivió un corto tiempo á Almanzor) hagib ó primer ministro del califa Hixem; el cual proseguia en su dorado alcázar, entregado á sus juegos infantiles, contento con llevar el nombre de califa y sin tomar parte alguna en los negocios del imperio. Heredero Abdelmelik de la autoridad y de algunas de las grandes cualidades de su padre, pero no de su fortuna, quiso proseguir tambien su sistema de guerra con los cristianos, y asegurado por la parte de África en cuyo emirato confirmó á Moez ben Zeiri, comenzó sus incursiones periódicas por el lado de Cataluña, y alcanzó una victoria cerca de Lérida (1003). En el otoño de aquel mismo año, despues de un corto descanso en Córdoba, pasó con grande ejército á tierras de Leon, y al decir de los historiadores árabes, venció n un encuentro á los leoneses, se apoderó otra vez de la capital y destruyó lo que habia quedado en pie en la ocupacion de su padre: relacion que está en manifiesta discordancia con la que de esta expedicion nos cuenta el arzobispo

don Rodrigo, el cual dice expresamente que Abdelmelik en esta tentativa fué puesto en vergonzosa fuga por los cristianos (1).

Continuó el hijo de Almanzor sus incursiones periódicas, ni notables por su brillo ni fecundas en resultados, hasta el 1005 en que otorgó á los cristianos una tregua, que equivalió para ellos á una paz. Debieron mover á los leoneses á solicitar esta transaccion algunas desavenencias ocurridas con el conde de Castilla, y apoyó y esforzó su instancia el walí de Toledo Abdallah ben Abdelaziz, uno de los mas antiguos y fieles caudillos de Almanzor. Motivaba este interés del walí toledano en favor del monarca leonés lo siguiente. Entre las cautivas cristianas que Abdallah tenia en su poder se hallaba una hermosa doncella, hácia la cual concibió el walí una pasion vehemente. Supo que aquella linda jóven era hermana del rey de Leon y pidiósela en matrimonio. Accedió Alfonso á darle su hermana como medio y condicion de alcanzar la paz de Abdelmelik. Celebráronse las paces, y tambien las bodas muy contra la voluntad de Teresa, que así se llamaba la princesa cristiana. Cuenta la crónica que la noche de las bodas le dijo á su mal tolerado esposo: «Guárdate de tocarme, porque eres un príncipe pagano: y si lo hicieres, el ángel del Señor te herirá de muerte.» Rióse de ello el musulman, y desatendió su intimacion. Mas no tardó en arrepentirse de ello, porque á poco tiempo se cumplió el fatal vaticinio, y como el walí sintiese acabársele la vida, llamó á sus consejeros y sirvientes, mandó que devolviesen á su hermano la jóven desposada, tan bella cautiva como infausta esposa, y que fuese conducida á Leon, acompañando el mensage con ricos dones de oro y plata, joyas y vestidos preciosos. Abdallah falleció al poco tiempo: Teresa profesó de religiosa en un convento, y en este estado murió en Oviedo en el año 1039 (2).

Muerto Abdallah, y espirado que hubo tambien el plazo de la tregua, invadió de nueve Abdelmelik las tierras de Castilla (1007), desmanteló á Avila, Gormaz, Osma y otras fortalezas que los cristianos habian ido reparando: avanzó por Salamanca á Galicia y Lusitania, y regresó á Córdoba, donde solo se detuvo á preparar la campaña de la primavera siguiente. Emprendió ésta hácia el interior de Galicia (1008), «al frente, dicen las crónicas árabes,

(1) «Venció, dicen los escritores árabes de Conde, á los cristianos cerca de Leon, y se apoderó de la ciudad, y arrasó sus muros hasta el suelo, que ya antes su padre los habia destruido hasta la mitad.» Cap. 103. —«Habiendo congregado, dice el arzobispo don Rodrigo, un grande ejército sobre Leon, fué vergonzosamente ahuyentado, y se retiró ignominiosamente... *á cristianis turpiter effugatus, turpiter est reversus.*» Hist. Arab. c. 32.—Estas contradicciones son frecuentes, y no es ya fácil apurar de parte de quién está la verdad.

(2) Pelag. Ovet. Chron. n. 3.

de cuatro mil ginetes escogidos, armados de corazas resplandecientes como estrellas, cubiertos sus caballos con caparazones de seda de dobles forros: seguia la caballería andaluza y africana, gente aguerrida que se habia distinguido en las mas peligrosas ocasiones..... Acometieron á los cristianos, y aunque eran los héroes de su tiempo, que todos habian entrado en muchas batallas y eran gente avezada á los horrores de las peleas, los atropellaron y rompieron sus almafallas, y se volvieron sobre ellos como dragones, y se pusieron en desordenada fuga, dejando el campo regado de sangre. Siguió Abdelmelik el alcance con su caballería, y reparados los cristianos en unos recuestos y pasos difíciles, se renovó la cruel batalla. Los infieles (continúa su crónica) pelearon como rabiosos tigres, y allí los muslimes padecieron mucho. A favor de la oscuridad que sobrevino se retiraron los cristianos á sus ásperos montes, y los musulmanes viendo la horrible pérdida que habian sufrido se volvieron á las fronteras, y de allí por Toledo á Córdoba.» Esta fué la última campaña de Abdelmelik. A poco tiempo le acometió una grave enfermedad, de que sucumbió en Córdoba en el mes de Safar de 399 (octubre de 1008) con gran sentimiento de los buenos muslimes, y no sin sospechas de que hubiese sido envenenado.

Habia muerto ya la sultana madre; su hijo el califa Hixem continuaba vegetando en su alcázar entre juegos y placeres, y restaba otro hijo de Almanzor, llamado Abderrahman, tan parecido á su padre en el cuerpo y la fisonomía, como desemejante en las cualidades del corazon y del entendimiento. Sin aptitud para los negocios graves ni disposicion para gobernar, dado al vino y á las mugeres, acostumbrado á pasar su vida entre juegos y festines, y aficionado á los ejercicios de caballería en que lucia su bella figura, fué no obstante nombrado hagib del califa como su padre y hermano, por los slavos y eunucos del palacio, conocidos con el nombre de Alameríes, que eran los que disponian de la voluntad del imbécil Hixem y de las primeras dignidades del imperio. Tan lleno de ambicion como escaso de mérito el nuevo ministro, no se contentó con tomar el pomposo título de Al Nasir Ledin Allah como Abderrahman III. el Grande, lo cual revelaba bastante su presuncion desmedida, sino que so pretexto de la falta de sucesion de Hixem, aunque todavía se hallaba en edad de poder tenerla, pretendió y obtuvo del mentecato califa que le declarára wali alhadi ó sucesor del imperio. Paso tan arrojado y pretencioso, á que no se habia atrevido ni aun el mismo Almanzor, y que no dejó de traspirar aunque dado en secreto, no podia menos de indignar á los ilustres miembros de la familia Ommiada, que se consideraban, y con razon, con mas derechos y mas títulos á la herencia del califato en el supuesto de morir Hixem II. sin sucesion, y que si habian soportado el yugo

de Almanzor, habia sido solo por las relevantes prendas é indisputable mérito del ministro regente.

Distinguíase entre ellos el jóven Mohammed, biznieto de Abderrahman III., hombre de resolucion y de brío, el cual, dispuesto á atajar las orgullosas pretensiones de Abderrahman, pasó á las fronteras, habló, escitó y logró reunir en torno suyo á los muchos adictos á la familia de los Meruanes, y congregada una respetable hueste marchó á su cabeza derechamente sobre Córdoba. Informado de esta marcha Abderrahman, salió con la caballería africana y la guardia del califa á hacer frente á su competidor; pero éste, hurtándole la vuelta por medio de una hábil maniobra, penetró atrevidamente en la capital, apoderóse del resto de la guardia y de la persona del califa, y cuando el hijo de Almanzor revolvió sobre Córdoba, ardiendo en ira y en despecho, confiado en el favor popular con que contaba por respetos á la memoria de su padre, halló la plaza de palacio ocupada por las tropas de Mohammed: empeñóse allí un rudo y sangriento combate: el populacho en que confiaba Abderrahman, no solo se hizo sordo á sus órdenes, sino que se puso de parte de Mohammed; faltóle hasta la guardia africana, y cuando desesperado intentó retirarse, cayó acribillado de heridas en poder de los enemigos: poco tiempo tardó en verse clavada en un palo la cabeza del usurpador cortada de órden de Mohammed (1009). Así acabó el segundo hijo del grande Almanzor: sus bienes fueron confiscados, y el pueblo, versátil en sus afecciones, desahogó su furor destruyendo el magnífico palacio de Azahira que Almanzor habia construido para sí (1).

Comenzó el nuevo ministro por alejar del lado del califa todas las hechuras de sus antecesores y por rodearle de personas de su partido y confianza. Pero aguijóle pronto la impaciencia de reinar: al efecto hizo difundir primeramente la voz de que el califa habia sido atacado de una enfermedad grave: el poco interés que el pueblo mostró por la salud de un soberano á quien no conocia y que nada significaba, inspiró á Mohammed el pensamiento de atentar á su vida, pero el slavo Wahda á quien confió su designio, antiguo camarero de Hixem, y á quien por lo tanto conservaba un resto de cariño, pudo disuadirle de la idea de derramar sin necesidad una sangre inocente, y le sugirió la de encerrarle en una estrecha prision y publicar su muerte, lo cual era igual para sus fines. Accedió á ello Mohammed, y el califa fué sigilosamente encerrado. Para dar mas aire de verdad á la proyectada farsa, se discurrió y ejecutó lo siguiente. Habia en Córdoba un cristiano por

(1) Conde, cap. 104.—Almakari, en Murphy, cap. 3. — Roder. Tolet. Histo. Arab capit. 31.

su desgracia y fatalidad muy parecido en edad, en estatura y en fisonomía al hijo de Alhakem y de Sobheya. Este infeliz fué de noche sorprendido y ahogado; y habiendo colocado su cadáver en el lecho mismo de Hixem, publicóse que el califa habia sucumbido de su enfermedad. Creyólo el pueblo: hiciéronse solemnes y pomposas exequias al supuesto califa, y congregados los walíes y vazzires, fué declarado sucesor del califato el hagib Mohammed, de la ilustre dinastía de los Beni-Omeyas (1), el cual tomó el título de Mahady Billah (el pacificador por la gracia de Dios).

No justificaron en verdad los sucesos la adopcion de tan bello título. Habiendo determinado expulsar de Córdoba la guardia africana, aborrecida del pueblo y de ninguna confianza para él, insurreccionóse ésta á la voz de sus gefes: los formidables zenetas y los rudos berberiscos atacaron bruscamente el real alcázar, y costó una lucha mortífera de dos dias el arrojarlos de la ciudad: la cabeza de su primer caudillo, que cayó en la retirada herido y prisionero, fué arrojada por encima del muro al campo africano. Un primo suyo, nombrado Suleiman ben Alhakem, á quien aclamaron por gefe, juró vengar tamaña afrenta, y partiendo para las fronteras de Castilla, invocó la ayuda y proteccion del conde Sancho García, ofreciéndole la posesion de varias fortalezas si le prestaba su auxilio contra el usurpador Mohammed. Acogió el conde castellano la proposicion, y un ejército cristiano, unido á los berberiscos de Suleiman, se encaminó hácia Córdoba. Salióle al encuentro Mohammed con sus andaluces, y hallándose ambas huestes en Gebal Quintos, trabóse una tremenda batalla (conocida en la historia árabe por la *batalla de Kantisch*), en que las lanzas castellanas de Sancho se cebaron horriblemente en la sangre de los andaluces de Mohammed: veinte mil árabes quedaron en el campo (7 de noviembre de 1009), y Mohammed, el Pacificador por la gracia de Dios, tuvo que refugiarse en Toledo al abrigo de su hijo Obeidallah, walí de aquella ciudad. Suleiman, victorioso, merced á los robustos brazos castellanos, no se atrevió á entrar en Córdoba receloso del mal espíritu del pueblo contra las razas africanas. Un mes tardó en resolverse á entrar. Entonces se hizo proclamar califa con el sobrenombre de Almostain Billah (el protegido de Dios).

Con justa desconfianza estaba Suleiman en Córdoba. Sus africanos eran aborrecidos de las razas árabes que predominaban en el Mediodía de España. Estallaban continuas conjuraciones que tenia que ahogar con sangre, y en una ocasion se vió precisado á cortar la cabeza á un pariente suyo que intentaba suplantarle en el mando, y á cincuenta cómplices mas. Sin embargo de

(1) Roder. Tolet. Hist. Arab. l. c.—Conde, ubi supra.

ser africano, no carecia Suleiman de elevados sentimientos. Habiéndole descubierto el slavo Wahda que el califa Hixem vivia y atrevídose á proponerle que le repusiera en el poder; «Wahda, le respondió sin enojarse, yo lo desearia mucho, pero no es ocasion de entregarnos á manos tan débiles: su tiempo le vendrá.» Y como le hubiese aconsejado alguno que permitiese á sus soldados hacer una matanza de los cristianos que le habian favorecido, á fin de que nunca pudiesen ayudar á otro: «Jamás, contestó Suleiman con energía, jamás consentiré semejante maldad; han venido bajo mi fé y cumpliré mis juramentos.» Pero temiendo algun desman por parte de los suyos, dió licencia á los cristianos, y los invitó á que regresáran á sus tierras colmándolos de riquezas y preciosos dones (1), lo cual ejecutaron ellos de muy buen grado.

Pero Suleiman habia enseñado á su competidor Mohammed á quién habia de recurrir para ganar victorias; y á la manera que aquél habia acudido al conde Sancho de Castilla, éste desde Toledo solicitó el auxilio de los condes de Afranc, Bermond y Armengudi (Ramon Borrell, conde de Barcelona, y su hermano Armengol, que lo era de Urgel), los cuales mediante tratos y convenios le asistieron con una hueste de nueve mil cristianos, que Mohammed incorporó á treinta mil musulmanes de las provincias de Valencia, Murcia y Toledo. A la cabeza de los catalanes venian los dos valerosos condes Ramon y Armengol, y en las primeras filas ondeaban las banderas de los obispos de Barcelona, Gerona y Vich, que personalmente quisieron compartir con sus compatricios los peligros de aquella guerra. Por primera vez los estandartes de Cataluña reflejaron en las aguas del Guadalquivir. Los ejércitos de los dos rivales mahometanos, Suleiman y Mohammed, se hallaron frente á frente en los campos llamados de Akbatalbacar (la colina de los Bueyes). Lanzáronse impetuosamente los berberiscos sobre las huestes aun no bien ordenadas de el Mahady, y hubieran sucumbido si las lanzas catalanas no hubieran inclinado la victoria en favor de Mohammed, y regado los campos con sangre africana. El triunfo fué tan señalado, que el año 400 de los árabes (el 1010 de los cristianos), en cuyo estío se dió este famoso combate, quedó señalado en la historia arábiga con el nombre de *el año de los Francos*, que asi llamaban ellos á los catalanes. Pero tan insigne triunfo fué comprado con noble y preciosa sangre cristiana. Allí pereció el brioso conde Armengol de Urgel; allí sucumbieron los tres venerables prelados, á quienes tal vez un escesivo celo religioso hizo preferir al ejercicio pacífico de su ministerio la vida inquieta y peligrosa de campaña (2)

(1) Roder. Hist. Arba. c. 32 et 33.—Conde, cap. 105.

(2) Roder. Tolet. Ibid. Conde, cap. 106. —Segun algunos, el conde Armengol no mu-

Quedáronle abiertas las puertas de Córdoba á Mohammed ; y Suleiman, que debió echar muy de menos el socorro de los castellanos, retiróse hácia Algeciras con intento de reclamar auxilios de Africa, despues de haber saqueado sus soldados el espléndido palacio de Zahara, llevádose las joyas y suntuosas colgaduras, las lámparas de oro y plata del alcázar y de la mezquita, y destruido con bárbara y salvage mano una gran parte de los libros de su magnífica biblioteca; que asi comenzó la deliciosa mansion del magnífico Abderrahman á ser destruida por los vándalos africanos. Salió Mohammed de Córdoba en persecucion de los fugitivos y dióles alcance en los campos del Guadiaro. Pero alumbróle en este encuentro infausta estrella: arremetieron su hueste los berberiscos con impetuosa furia, y hubo de retirarse á Córdoba en desórden. Dedicóse á fortificar la ciudad, pero bullian ya, asi en la capital como en toda la España muslímica, las parcialidades y los bandos. El slavo Wahda, que tenia guardado al califa, serviase del secreto de su depósito como de un talisman para conservar su influencia y dársela á los slavos sus compatricios, que de este modo dominaban á Mohammed. Hubiera éste querido conservar los auxiliares catalanes, pero siniestros rumores que corrieron acerca de atentados que contra ellos se proyectaban, movieron al conde Ramon Borrell á volverse á Barcelona á pesar de las protestas del califa. Invocó Mohammed el apoyo de los walies de Mérida y de Zaragoza y de los alcaides de la frontera, y escusáronse todos bajo diferentes pretestos; y era que cada cual no pensaba ya sino en apropiarse algun despojo de un imperio que veian desmoronarse. Inquietábanle los africanos con incesantes algaras; á las calamidades de la guerra civil se agregaron las de una epidemia: faltaban en Córdoba las provisiones: todo el quel podia abandonaba la ciudad, y sus mismas tropas se le desertaban para ir á incorporarse á los africanos. La situacion de Mohammed era desesperada y no sabia qué partido tomar.

Tomóle por él el astuto Wahda. De improviso y de su propia cuenta sacó de la prision al desventurado califa Hixem á quien todos creian muerto, y le presentó al pueblo en la maksura ó tribuna de la grande aljama. Entusiasmado el pueblo con tan inesperada novedad, se agolpó á la mezquita, y saludó con aclamaciones de júbilo al resucitado califa (junio de 1012), no viendo ya en él al príncipe imbécil, sino al legítimo soberano de una dinastía á quien amaba entrañablemente. Asustado Mohammed con los gritos de

rió en esta batalla, sino en la de Guadiaro, y segun otros despues de haber salido de Córdoba á consecuencia acaso de las heridas recibidas en ella. Conde se contradice en dos páginas no muy distantes. De todos modos es cierto que murió en esta espedicion.

alegría que oia resonar por todas partes, ocultóse en una de las piezas mas apartadas de su alcázar: descubrióle un slavo y le presentó al califa, que con una energía desacostumbrada: «Ahora probarás, le dijo, el fruto amargo de tu desmesurada ambicion.» Y en el acto le hizo cortar la cabeza, que un vazzir paseó á caballo en la punta de su lanza por toda la ciudad: su cuerpo fué desgarrado y hecho piezas en la plaza pública, y la cabeza enviada al campo de Suleiman como para que sirviese de leccion y de escarmiento al caudillo africano. Mas el uso que de ella hizo Suleiman fué embalsamarla y hacerla conducir con diez mil mitcales de oro al walí de Toledo Obeidallah, el hijo de Mohammed, que se preparaba á vengar á su padre, con el mensage siguiente: «Ahí va la cabeza de tu padre Mohammed: así recompensa «el emir Hixem á los que le sirven y le restituyen el imperio: guárdate de «caer en manos de este ingrato y cruel tirano: si buscas seguridad y ven«ganza, Suleiman será tu compañero.»

La carta y el presente surtieron el efecto que se apetecia. Obeidallah, ántes rival y enemigo de Suleiman, se unió á él para combatir juntos al verdugo de su padre, y con este fin habia salido ya de Toledo. Súpolo el slavo Wahda y partió de Córdoba con un cuerpo escogido de caballería en direccion de aquella ciudad. Conocedor de la importancia y del valor del auxilio de los cristianos, le solicitó del conde Sancho de Castilla haciéndole ventajosas proposiciones. Pero habíasele anticipado ya Suleiman, y Sancho le contestó: «Seis fortalezas me ofrece ya Suleiman: si Wahda me promete por lo menos otras tantas, preferiré emplear mis armas en favor del califa Hixem.» Duélenos ver á un soberano de Castilla adjudicar su poderosa espada y disponer de los brazos castellanos en favor del mejor postor de entre los competidores musulmanes, pero así era por desgracia (1). Wahda hizo su puja, y Sancho se decidió por él, y con ayuda de los cristianos se apoderó fácilmente de Toledo. Volvió el jóven Obeidallah contra el enemigo, pero batido en Maqueda por musulmanes y cristianos desbaratada su hueste y hecho prisionero él y sus principales oficiales fué enviado á Córdoba, donde el califa Hixem, convertido despues de su resurreccion de imbécil y mentecato en déspota terrible, como si realmente hubiera renacido con otra naturaleza, hízole dar una muerte tan cruel como la de su padre, y su cuerpo decapitado y mutilado fué arrojado al rio (1013). Dejó Wahda el gobierno de Toledo al poderoso y noble jeque Abu Ismail Dilnûm, y despues de haber entregado á los cristianos algunas de las fortalezas contratadas y despe-

(1) El arzobispo don Rodrigo, Hist. Arab. c. 37.

dìdolos con grandes dádivas y promesas (1), tomó la vuelta de Córdoba. Premióle largamente el califa Hixem, y dió á sus slavos y alameries á titulo de perpetuidad las alcaidías y tenencias de Murcia, Cartagena, Alicante, Almería, Denia, Játiva y otras: costumbre y manera de premiar imprudentemente introducida por Almanzor, y principio y fundamento de los reinos independientes que no habian de tardar en nacer (2).

(1) De las siete fortalezas prometidas solo se mencionan como entregadas cuatro, San Esteban, Coruña del Conde, Osma y Gormaz, «y algunas otras casas en Extremadura.» Chron. Burgens.-Annal. Complut. y Compostel.

(2) La relacion de los sucesos de estas guerras, que hemos tomado de los autores árabes de Conde y de los historiadores latinos españoles, difiere en muchos incidentes de la que hace el señor *Dozy* con arreglo á otras historias arábigas que él ha consultado (*Recherches sur l' Histoire, etc.* T. I. desde la pág. 238 hasta la 268).

El autor de esta obra, titulada: *Recherches sur l' Histoire politique et litteraire de l' Espagne pendant le moyen age*, comenzada á publicar en Leyden en 1849, se muestra en ella profundamente versado en la historia de la dominacion de los árabes en España y gran conocedor de los autores arábigos, cuyas palabras textuales cita, copia y coteja con frecuencia en sus propios caractéres, al mismo tiempo que manifiesta no serle extraño lo que en otras lenguas se ha escrito antigua y modernamente asi en España como en otros paises, por lo menos en lo relativo al oscuro período que se propone examinar. Escudriñador é investigador minucioso, pero crítico severo, duro, inexorable, confesamos que no han podido menos de introducir en nuestro ánimo zozobra, confusion y desconfianza las atrevidas proposiciones que con aire de infalible magisterio sienta en el brevísimo prólogo en forma de epístola de su obra y en el discurso de toda ella. El señor *Dozy* con un rigor desapiadado parece haberse propuesto dar al traste con todas las ilusiones de los que creiamos que despues de las publicaciones de Casiri, de Conde, de Gayangos y de otros orientalistas nacionales y estrangeros, podiamos ya saber *algo* de la historia de los árabes españoles. El señor *Dozy* tiene la crueldad de decirnos que no sabemos *nada* porque estos escritores no lo sabian ellos mismos. Copiaremos algunas palabras de su prólogo.

De Casiri dice, que «sus extractos dejan mucho que desear en punto á exactitud; que no estaba suficientemente familiarizado con la materia que intentaba esclarecer, y que por otra parte no se distingue por un juicio sólido y claro.»—Es, sin embargo, á quien trata con mas compasion y con menos dureza.—«Conde (dice) trabajó sobre documentos árabes sin conocer mucho mas de esta lengua que los caractéres en que se escribe, pero supliendo con una imaginacion en extremo fecunda la falta de los conocimientos mas elementales, con una impudencia sin ejemplo ha forjado fechas á centenares, inventado millares de hechos, haciendo siempre alarde de quien pretende traducir fielmente textos árabes.... Los historiadores modernos, sin sospechar que eran unos simples engañados por un falsario, han copiado muy cándidamente todas estas mentiras: algunos han dejado atrás á su mismo maestro combinándo sus invenciones con los autores latinos y españoles á quienes de esta manera calumniaban............» «En resúmen (dice mas adelante), si contamos solo el libro de Conde, considerado siempre como el mas importante y el mas completo sobre la historia de la España árabe, el público de hoy, y hablo aqui de los literatos no orientalistas, no tiene mas medios para instruirse en esta historia que los que tenia el público para quien escribió Morales en el siglo XVI. Es peor todavía: los que han leido y estudiado á Conde, se hallan en la necesidad de hacer todo lo posible para salir de este abominable camino en que se los ha extraviado, de olvidar todo lo que habian aprendido....... Porque se deberá considerar de hoy mas el libro de Conde como si no existiera *(comme non avenu)*..... etc.»

La situacion de Córdoba y de toda Andalucía estaba bien lejos de ser lisonjera. Quejábanse amargamente los nobles de la preferencia que Hixem y su ministro daban á los slavos y alameríes. Criticábanlos ágriamente por el suplicio de Obeidallah, que al fin habia sido hecho prisionero peleando contra

Con muy poca mas piedad trata al señor Gayangos, de quien dice desde luego que «su libro no ha reemplazado al de Conde.» Y nos seria fácil citar muchísimas páginas en que hace una crítica ácre y amarga de su traduccion de Almakari, ya suponiendo que no ha entendido bien el original, ya notando omisiones esenciales ó adiciones que dice haber hecho el traductor de su cuenta, ya haciendo indicaciones no muy embozadas que parece tienden á demostrar que de parte de este ilustrado traductor ha habido algo mas que descuido ó mala inteligencia. No se podrá en verdad argüir al señor *Dozy* de indulgente en sus juicios.

De todo ello deduce, que «la historia de España en su edad media hay que rehacerla.» «Yo creo, añade, que se hará bien en abandonar la senda hasta ahora seguida. En lugar de hacer historia será mejor estudiar y publicar desde luego los textos.»

Véase si deciamos con razon que el señor Dozy con sus palabras y su obra habia introducido en nuestro ánimo confusion y desconfianza, por lo mismo que su erudicion y los inmensos recursos literarios de que parece dispone no pueden menos de dar valor y peso á sus juicios. Dejamos, no obstante, á los orientalistas españoles y estrangeros (y en ellos comprendemos á todos los que hasta ahora han escrito de la historia de la España árabe) el cuidado de contestar á los gravísimos cargos que contra ellos envuelven sus dogmáticas y absolutas aserciones, y de demostrar (como esperamos y nos alegraremos de que lo hagan) que ni ellos han sido ó tan ignorantes ó tan falsarios, ni los que nos hemos valido de sus obras hemos sido tan cándidos y tan simples, ni acaso el señor Dozy sea tan infalible como él en sus arrogantes asertos supone.

Nosotros mismos, que no nos preciamos de orientalistas, lo haremos ver fácilmente. Pongamos un solo ejemplo. En la relacion misma de los hechos, en que tanto corrige á nuestros autores y que le hacen exclamar: «¡Así la pobre España no tendrá jamás una Historia (pág. 256)!» cuenta el crítico holandés que despues de la batalla de Akbatalbacar, Suleiman que se habia retirado hácia Zahara, «en una noche abandonó aquella mansion con sus berberiscos, y se retiró sobre *Xátiva* (pág. 245).» ¿Sabe bien el señor Dozy dónde está Xátiva? Pues está á nueve leguas de Valencia, y á mas de setenta ó ochenta de Córdoba y de donde estuvo Zahara, regular distancia para retirarse en una noche. Por lo menos los españoles no tenemos noticia de otra Xátiva que la Sætabis de los romanos, la Xátiva de los árabes, San Felipe de Játiva hoy. Añade *Dozy*, que do Mohammed entró en Córdoba acompañado los catalanes; que los berberiscos dejaron á *Xátiva* y avanzaron hasta *Algeciras*; que salió Mohammed de Córdoba en su busca, y se encontraron los dos ejércitos cerca del Guadiaro en las cercanías de Algeciras, donde se dió la segunda batalla; todo en el espacio de cinco dias que mediaron de uno á otro combate (del 15 al 21 de junio), en cuyo tiempo, si Suleiman y sus berberiscos anduvieron de Zahara á Xátiva y de Xátiva á Algeciras, tuvieron que andar cosa de ciento sesenta leguas por lo menos. El señor Dozy enmienda (en la nota primera de dicha página) al arzobispo don Rodrigo que en lugar de *Xátiva* nombra *Citana*, y á Conde que la nombra *Citawa*. No conocemos hoy esta ciudad, pero tenemos esto por menos malo que hacer á Suleiman y sus africanos ir donde ni podian ni debian de ir, y andar lo que ni podian ni debian andar. Y no debe ser otra Xátiva que la que nosotros conocemos, puesto que el mismo Dozy, hablando del principado de Almería, nos dice, que «comprendia al N. E. las ciudades de Murcia, Orihuela y *Xátiva* (pág. 65).» De todos modos agradeceríamos al sábio orientalista holandés que con su infalibilidad nos disipara esta dificultad histórico-geográfica que nos ha ocurrido.

cristianos. Ardia la capital en discordias y partidos, y Suleiman, que con sus correrías no dejaba un momento de reposo al país y estaba informado del descontento de la poblacion, traspuso á Sierra Morena, visitó y escribió á los walíes de Calatrava, Guadalajara, Medinaceli y Zaragoza, ofreciéndoles la posesion hereditaria de sus gobiernos y reconocerlos como soberanos feudatarios sin otra carga que un ligero tributo, si le ayudaban á libertar á Córdoba del tirano protector de los slavos. Aceptaron ellos la proposicion y le asistieron con sus personas y sus banderas. Aproximóse con este refuerzo Suleiman á Córdoba, desolada simultáneamente por la peste, la miseria y los partidos. Huian otra vez las gentes de la ciudad, acosadas por la penuria. Desde Medina Zahara, donde Suleiman sentó sus reales, mantenia inteligencias con algunos nobles cordobeses por medio de los tránsfugas que iban á su campo. En tal conflicto el ministro Wahda creyó oportuno escribir á los walíes edrisitas de Ceuta y Tanger pidiéndoles ayuda y haciéndoles grandes ofrecimientos, mas luego mudó de parecer y guardó las cartas. No faltó quien le denunciara al califa como uno de los que se correspondian secretamente con Suleiman. Fuese verdad ó calumnia, vióse el ministro Wahda preso por aquel mismo califa á quien él mismo habia tenido tanto tiempo aprisionado; hízosele capítulo de acusacion de aquellas cartas que se hallaron en su poder, escritas, segun muchos piensan, con acuerdo del califa y que nada revelaban menos que la inteligencia que se le suponia con Suleiman, y á pesar de todo, aquel Hixem, que al cabo le era deudor de la vida y del trono, sin consideracion de ningun género condenó á muerte á su antiguo servidor; que parecia haberse propuesto aquel malhadado califa desquitarse en pocos dias á fuerza de crueldad inflexible de la torpe flaqueza de tantos años. Fué el desgraciado Wahda reemplazado por el walí de Almería Hairan, slavo tambien, hombre distinguido por su valor y generosidad, por su benignidad y prudencia, y «el mas á propósito para salvar á Hixem si su fortuna no hubiese llegado ya al último plazo (1).»

Apretaba ya Suleiman el cerco de Córdoba, y Hairan se propuso cumplir con los deberes de hombre pundonoroso y de fiel hagib. Pero de poco le sirvieron ni sus nobles propósitos ni sus heróicos esfuerzos, que no es posible, dice oportunamente el escritor arábigo, defender una ciudad que no quiere ser guardada, y en vano es sacrificarse por un pueblo que desea ser conquistado. Mientras él á la cabeza de sus slavos rechazaba vigorosamente los enemigos que atacaban una puerta, el populacho arrollaba la guardia de la ciudad que defendia otra, y la franqueaba á los africanos. Merced á

(1) Conde, cap. 106.—Roder. Tolet. c. 36.

la cooperacion de los de dentro, penetró Suleiman en la plaza: el combate fué horrible; inundáronse las calles de noble sangre árabe, porque los andaluces de pura raza árabe defendieron el alcázar del califa hasta no quedar uno con aliento, y entre cadáveres nobles cayó herido el generoso Hairan que los habia alentado á todos, y fué tenido y contado por muerto. Apoderáronse al fin los africanos del alcázar y de todos los fuertes; por espació de tres dias fué entregada la ciudad á un horroroso saqueo: muchos nobles jeques y cadíes, muchos sábios y hombres de letras fueron pasados al filo de los rudos alfanges africanos (1013). El valeroso Hairan era el que, tenido por muerto, respiraba todavía: á favor de la oscuridad de la noche y de la confusion del saqueo, habia podido refugiarse en casa de un pobre y honrado vecino, donde sin ser conocido se hizo la primera cura de sus heridas. Vivia Hairan, y le veremos todavia hacer un importante papel en la historia. Dueño Suleiman del alcázar y del califa, suplicáronle y le pidieron por la vida de éste algunos de sus honrados servidores: «lo que hizo de él se ignora, dice la crónica árabe, pues nunca mas pareció ni vivo ni muerto, ni dejó sucesion sino de calamidades y discordias civiles.» Así desapareció definitivamente el califa Hixem II., tan misteriosa y oscuramente como habia vivido (1).

Remuneró Suleiman á los walíes y caudillos sus auxiliares, reconociéndoles, conforme á lo ofrecido, la soberanía independiente de sus provincias, aunque con la condicion de asistirle en las guerras, especie de feudo que ya casi ninguno se prestó á cumplir, y cuya medida apresuró mas y mas el fraccionamiento y subdivision de pequeños principados en que vino pronto á caer el imperio. Al paso que protegia á sus africanos, perseguia y ahuyentaba á los alameríes y slavos (2). El slavo Hairan, último ministro del califa, curado ya de sus heridas, logró escaparse de Córdoba y ganar á Almería, ciudad de su antiguo waliato. El walí puesto por Suleiman quiso impedirle la entrada, y aun se sostuvo en su alcázar por espacio de veinte dias, al cabo de los cuales, indignado contra él el pueblo, le arrojó por una ventana al mar con sus hijos. De Almería pasó Hairan á Africa, donde consiguió persuadir á Alí ben Hamud, walí de Ceuta, y á su hermano Alkasim, que lo era de Algeciras, que le ayudasen á lanzar de Córdoba al usurpador Sulei-

(1) Conde, ibid.

(2) Aun no hemos esplicado lo que estos eran. Los árabes compraban á los judíos gran número de esclavos germanos ó slavos, de los cuales unos eran eunucos y se servian de ellos en los harems, otros constituian parte de la guardia de los califas, y solian distinguirse en las batallas: todos llevaban el nombre genérico de slavos, y habian abrazado el islamismo: los príncipes los manumitian por servicios particulares, y muchos se habian hecho ricos propietarios, y llegaron á formar un partido poderoso opuesto al de los africanos berberiscos.

man y á reponer al legítimo soberano Hixem, á quien suponia vivo y encarcelado por Suleiman. Sirviéronle mucho al efecto las cartas cogidas al desgraciado Wahda, en las cuales el califa Ommiada ofrecia á Alí nombrarle su sucesor y heredero. Alentáronse con esto los hermanos Ben Hamud, y desembarcó Alí en Málaga con sus huestes de Ceuta y Tanger. Uniéronsele los alameríes, y diósele el mando general del ejército. Apoderado de Málaga, marchaba el ejército aliado hácia Córdoba cuando salió Suleiman á su encuentro. Vióse éste obligado muy contra su voluntad á aceptar un combate general, en el cual llevó la peor parte y tuvo que tocar retirada. Cúpole peor suerte todavía en otro encuentro con los confederados cerca de Sevilla. Abandonáronle las mismas tropas andaluzas pasándose á los africanos: abandonábale ya del todo la fortuna: él y su hermano heridos perdieron sus caballos y cayeron prisioneros. Entraron al dia siguiente los vencedores en Sevilla sin resistencia, y avanzando á Córdoba, tampoco hallaron oposicion, que no quiso estorbarles la entrada el padre de Suleiman que gobernaba la ciudad, sabedor de la desgracia de sus dos hijos y temeroso de mayores males.

Valióle poco, en verdad, al anciano aquella conducta; porque el feroz Alí, haciendo que le fuesen presentados el padre y sus dos hijos Suleiman y Abderrahman, éstos ya casi exánimes de resultas de sus heridas: «¿Qué habeis hecho de Hixem, les preguntó, y dónde le teneis?—Nada sabemos de él, respondió el anciano.—Vos le habeis muerto, replicó Alí.—No, por Dios, contestó el viejo Alhakem, ni le hemos muerto, ni sabemos si vive ni dónde está.» Entonces sacando Alí su espada: «Yo ofrezco, dijo, estas cabezas á la venganza de Hixem y cumplo su encargo.» Alzó Suleiman los ojos y le dijo: «Hiéreme á mí solo, Alí, que estos no tienen culpa.» Pero Alí, desatendiendo su ruego, los descabezó á todos tres con ferocidad horrible con propia mano. Diéronse luego á buscar á Hixem por todas las estancias, y hasta por los subterráneos de palacio, y por todas las casas de la ciudad, y no habiéndole encontrado por ninguna parte, se anunció públicamente su muerte en la ciudad, muerte en que ya no queria creer el pueblo, dando esto ocasion al vulgo por espacio de algunos años para mil fábulas y consejas (1016).

Proclamado califa Alí ben Hamud el Edrisita, tomó los títulos de Motuakil Billah (el que confia en Dios), y de Nassir Ledin Allah (el defensor de la ley de Dios). Pero dábanle mucha inquietud los alameríes, y el mismo Hairan le inspiraba recelos, por lo que, temeroso de su influjo, le envió á su gobierno de Almería. Habia escrito Alí á los walíes de las provincias reclamando su fidelidad y obediencia como á sucesor legítimo del califato desig-

nado por el mismo Hixem; pero los de Sevilla, Toledo, Mérida y Zaragoza ni aun siquiera se dignaron contestar á sus cartas. Formóse por el contrario una federacion entre los walies emancipados, al parecer y de público con el intento de colocar en el trono á algun príncipe Ommiada, de secreto tal vez con el principal designio de asegurar la independencia de sus gobiernos. Proclamóse, pues, á Abderrahman ben Mohammed, llamado Almortadi, de la ilustre estirpe de los Beni-Omeyas, hombre virtuoso y rico, de ánimo esforzado y muy querido de todos, al cual se dió el nombre de Abderrahman IV. Casi todos los walies de la España Oriental y muchos alcaides del Mediodía, do quiera que dominaban los alameríes, se agruparon con gusto en derredor de aquella bandera. Mas en su misma córte y dentro de su propio alcázar tenia Alí ben Hamud desafectos que espiaban ocasion de deshacerse de él. Un dia, cuando él se preparaba á salir de Córdoba, como ya lo habian verificado sus tropas y acémilas, para combatir á Abderrahman que se sostenia en tierra de Jaen, quiso tomar antes un baño, del cual no salió, porque le ahogaron en él los mismos slavos que le servian, tal vez ganados por los alameríes de la capital (1017). Divulgóse su muerte como un accidente y natural desgracia, y así lo creyeron sus guardas y familiares.

Nada aprovechó este acaecimiento á Abderrahman Almortadi, porque el partido africano, bastante fuerte todavía en Córdoba, proclamó al walí de Algeciras Alkasim, hermano del ahogado. Condújose Alkasim con una crueldad que hizo olvidar la de su antecesor, y con pretexto de descubrir y castigar á los perpetradores de la muerte de su hermano, á unos daba tormento, á otros hacia perecer en suplicios, y los alameríes y las familias mas nobles de Córdoba se vieron oprimidas ó proscriptas, y no habia quien no temiera su venganza. Pero alzóse pronto contra él un terrible enemigo, su propio sobrino Yahia, hijo de su hermano Alí, que se hallaba en Ceuta, el cual pretendiendo que le pertenecia el trono de Córdoba, desembarcó en España al frente de sus salvages tribus, trayendo consigo una hueste auxiliar compuesta de los feroces negros del desierto de Sûs, raza belicosa y bárbara que nunca habia pisado el suelo español. Cuando Alkasim partió de Córdoba á su encuentro, ya su sobrino se habia apoderado de Málaga: diéronse los dos competidores algunas batallas sangrientas, mas temeroso Alkasim de que sus discordias redundasen en provecho de Abderrahman el Ommiada que se mantenia en las Alpujarras, propuso á Yahia un concierto, por el cual se convino en compartir entre sí el imperio. Tocóle á Yahia la ciudad de Córdoba, y encargóse Alkasim de proseguir la guerra contra Almortadi con la gente de Sevilla, Algeciras y Málaga que reservó para sí.

Mas habiendo tenido este último la imprudente confianza de pasar á Ceuta, con objeto de dar solemne sepultura á los restos mortales de su hermano, Yahia, con insigne mala fé, se hizo proclamar en su ausencia soberano único del imperio muslímico español. Favoreciólo mucho la general odiosidad que habia contra Alkasim, no solo para que aquel fatigado pueblo no se opusiese á la usurpacion, sino para que los jeques y vazzires se alegráran del cambio y le juráran gustosamente fidelidad y apoyo (1021).

Súpolo Alkasim en Málaga de regreso de su espedicion funeral, y con toda su gente marchó resueltamente sobre Córdoba decidido á vengar la alevosía de su sobrino. Faltóle á Yahia el valor cuando mas le habia menester, y á pesar de contar con el arrojo de sus negros, y con mas partido, ó siquiera con menos antipatías en el pueblo que Alkasim, no se atrevió á esperarle, y abandonando la ciudad, no paró hasta Algeciras. Sin resistencia entró segunda vez Alkasim en Córdoba, si bien la soledad, el silencio, la tristeza que notó á su entrada le significaron bastante el disgusto con que era recibido, y que él aumentó con sus nuevas crueldades y sañudas ejecuciones. El aborrecimiento llegó á punto que no podia ya dejar de producir un conflicto. Una noche se tocó á rebato, y el pueblo, de antemano y secretamente armado, acometió furiosamente el alcázar, que á pesar de su impetuosa arremetida no pudo tomar, porque la guardia le defendió con bizarría. El populacho, sin embargo, no se separó de allí, y por espacio de cincuenta dias tuvo estrechamente asediado al califa y sus guardias. Faltos ya de provisiones, determinaron hacer una salida vigorosa: muchos perecieron clavados en las lanzas populares: el mismo Alkasim hubiera sido despedazado sin la generosidad de algunos caballeros que le conocieron y escudaron, y le sacaron de la ciudad, y aun le dieron escolta hasta Jerez.

Cansada la poblacion del yugo africano, hubiera recibido con los brazos abiertos al Ommiada Abderrahman Almortadi, si á tal sazon no hubiera llegado la noticia de su muerte. ¿Cómo fué la muerte de este esclarecido príncipe, y qué habia sido de sus aliados, y cómo no prosperó mas su partido á través de las disidencias entre los caudillos y califas africanos? Hé aqui como lo cuenta Ebn Khaldun en su capítulo sobre los príncipes de Granada. Veian Hairan y Almondhir (walí de Almería el uno y de Zaragoza el otro, principales fomentadores de la insurreccion y del partido de Abderrahman) que Almortadi no era el califa que ellos se habian propuesto buscar. Cuidábanse ellos en el fondo muy poco de los derechos de los Omeyas, y si combatian por un príncipe de aquella familia, era con la esperanza de reinar ellos bajo un señor débil é impotente que hubieran impuesto como soberano legítimo á los berberiscos. Pero Almortadi, que era de natural altivo y fiero,

no quiso acomodarse á semejante papel ni contentarse con una sombra de soberanía. Lejos de obrar segun las miras y fines de Hairan y Almondhir, fué bastante imprudente para hacérselos enemigos. Un dia les habia prohibido entrar en su casa. «A la verdad, se dijeron ellos entre sí, este hombre se conduce de bien distinta manera ahora que manda un numeroso ejército que antes. Indudablemente es un engañador de quien no se puede fiar.» Para vengarse de Almortadi, que habia favorecido á costa de ellos á los gefes de las tropas de Valencia y Játiva, escribieron á Zawi (1), excitándole á que atacase á Almortadi en su marcha á Córdoba, prometiéndole que abandonarian al califa cuando la lid estuviera empeñada. La batalla duró muchos dias; en uno de ellos las huestes de Almondhir y de Hairan, segun su promesa, volvieron la espalda al enemigo, quedando Abderrahman solo con los verdaderos partidarios de su familia y con algunos cristianos auxiliares que llevaba. Fueron éstos pronto puestos en fuga por los berberiscos, que hicieron horrible matanza en sus contrarios, y se apoderaron de sus riquezas y de las magníficas tiendas de sus príncipes y de sus generales.

«Esta derrota, dice Ebn Hayan, fué tan terrible, que hizo olvidar todas las demas: desde entonces jamás el partido andalúz pudo reunir ya un ejército, y él mismo confesó su decaimiento y su impotencia.» Expiaron, pues, Hairan y Almondhir con la ruina de su propio partido su infame traicion contra Almortadi. Este desventurado príncipe logró no obstante poder escapar de los berberiscos, y ya habia llegado á Guadix cuando unos espías enviados por Hairan le descubrieron y asesinaron. Su cabeza fué enviada á Almería, donde Almondhir y Hairan se hallaban entonces (2).

Gran desconsuelo causó esta novedad á los alameríes de Córdoba y á todos los parciales de los Omeyas, que temian verse de nuevo envueltos en los

(1) Zawi ben Zeri era el walí de Granada que, como berberisco, se habia mantenido fiel á Alkasim, y fué el que principalmente sostuvo la guerra con Abderrahman.

(2) Dozy, Recherches, etc. tomo 1., pág. 10. y sig.—Conde, cuyo relato difiere del de Ibn Khaldun, cuenta que «en lo mas recio de la pelea, cuando la victoria se declaraba por los alameríes, una fatal saeta flechada por la mano del destino enemigo de los Omeyas, hirió tan gravemente al rey Abderrahman, que espiró en la misma hora que sus tropas y aliados seguian victoriosos á sus enemigos (cap. 118).» Dozy supone este acaecimiento en 1018. Conde en 1028. Esta última fecha concierta mejor con los sucesos anteriores y posteriores, segun hasta ahora los conocemos. Segun Conde, no pudo Hairan tener parte en el asesinato del califa Ommiada, puesto que refiere haber sido decapitado por Alí en una invasion que este hizo en Almería. Dozy le hace morir despues de muerte natural. ¡Notables discordancias!

horrores de la guerra civil de que un momento se lisonjearon haberse libertado. Pero conociendo que no debian perder el tiempo en lamentos estériles, apresuráronse á proclamar califa á Abderrahman ben Hixem, hermano de Mohammed el biznieto de Abderrahman III. Diéronle el título de Abderrahman V., y el sobrenombre de Almostadir Billah (el que confia en el amparo de Dios). Jóven de veinte y tres años, bella y agradable figura, ingenio claro, erudito y elocuente, y de costumbres severas, parecia Abderrahman V. el mas á propósito para reparar los males del imperio, si los males del imperio no hubieran sido ya irreparables. Todos ambicionaban ya el trono, y su mismo primo Mohammed ben Abderrahman fué el que mas sintió verse postergado y juró destronarle ó sucumbir en la demanda. Sobre no poder contar ya ningun califa con la sumision de los walíes de las provincias, perdióle á Abderrahman su propia severidad y su celo por la reforma de los abusos. Quiso enfrenar la licencia de la guardia africana, andaluza y slava, y suprimir algunos privilegios odiosos que se habian arrogado, y como no faltára quien instigase á los descontentos, á quienes tales medidas ofendian, burlábanse de él diciendo que era mas cortado para superior de un convento de monges que para soberano de un imperio. Mohammed era el qûe principalmente fomentaba estas malas disposiciones. El resentimiento estalló en rebelion abierta, y una mañana antes de levantarse el califa se vió asaltado por una muchedumbre tumultuosa, que comenzó por asesinar los slavos que guardaban la puerta de su departamento. Despertó Abderrahman al ruido, y empuñando su alfange se defendió valerosamente un buen espacio, hasta que sucumbió á los repetidos golpes de los asesinos, que con bárbara ferocidad hicieron su cuerpo pedazos, y se derramaron tumultuariamente por la ciudad proclamando á desaforados gritos á Mohammed en medio de la sorpresa y espanto de una poblacion intimidada.

Dueño Mohammed del apetecido y ensangrentado trono, siguió el sistema opuesto al de su antecesor. Propúsose conquistar la afeccion de la guardia africana á quien debia su elevacion, á fuerza de prodigalidades y larguezas. Otorgóle nuevos privilegios, daba á los soldados espléndidos banquetes, agasajábalos de mil maneras, y creyéndose con esto afianzado y seguro entrególse á una vida de placeres, entre músicas, versos, juegos y festines en el palacio y jardines de Zahara que hizo reparar. Los walíes y alcaides que le veian tan distraido y apartado de los negocios públicos y de gobierno obraban como señores independientes y disponian por sí de las rentas de las provincias, y como éstas dejaron de ingresar en el tesoro y los dispendios del califa consumian tan apresuradamente los escasos recursos que quedaban, agotáronse estos pronto, y solo á fuerza de gabelas y vejaciones empleadas

por los recaudadores públicos podian los pueblos de Andalucía subvenir á las liberalidades de su pródigo soberano. Pero era á costa de la miseria y de la opresion del pueblo, cuyas quejas y lamentos eran necesarios y naturales. Cuando todo se apuró, y llegó á faltar no solo para las acostumbradas larguezas sino hasta para las atenciones indispensables, murmurábanle ya simultáneamente la guardia y el pueblo, éste por lo que habia dado de más, aquella por lo que dejaba de percibir. Pueblo y guardia al fin se sublevaron; comenzó la multitud amotinada por pedir la destitucion de algunos vazzires y las cabezas de otros, y concluyó por reclamar á gritos la del califa y sus ministros. Merced á la lealtad de algunos ginetes de la guardia africana que pudieron librarle del furor popular, logró Mohammed salir de Zabara con su familia y refugiarse en la fortaleza de Uclés, cuyo alcaide le franqueó generosamente la entrada. Pero allí le alcanzó el odio de sus perseguidores, y en aquel hospitalario asilo murió á poco tiempo envenenado, despues de un corto reinado de año y medio (1025).

Córdoba suspiraba ya por un soberano capaz de poner término á la feroz anarquía que la desgarraba. Poseia entonces el emirato de Málaga y extendia su gobierno á Algeciras, Ceuta y Tanger aquel Yahia ben Alí el Edrisita, que ya habia obtenido algun tiempo el califato, y gozaba fama de gobernar con moderacion y con justicia. A invitacion de sus parciales pasó Yahia á Córdoba, donde fué recibido con demostraciones públicas de alegría. Su primer cuidado fué escribir á los walíes ordenándoles que pasáran á la capital á jurarle obediencia, pero estos no estuvieron con él mas deferentes que con sus antecesores: los unos ó se excusaron ó se hicieron sordos, los otros le desobedecieron abiertamente, y aun se atrevieron á tratarle de intruso y usurpador. De este número fué el de Sevilla Mohammed ben Abed, llamado Abu al-Kasim, conocido ya por su rivalidad con Yahia. Quiso éste castigar ejemplarmente su desobediencia, y salió á combatirle con la caballería de Córdoba, dando órden á los alcaides de Málaga, de Arcos, de Jerez y de Medina Sidonia para que se le incorporasen. Noticioso de ello el de Sevilla dispuso una emboscada, y por medio de una hábil estratagema logró envolver el ejército del califa, que fué completamente desbaratado: el mismo Yahia recibió en la refriega una lanzada que le clavó á la silla de su caballo: su cabeza fué enviada á Sevilla en señal de triunfo, y las reliquias del destrozado ejército cordobés se retiraron en el mas triste abatimiento (1026). Así acabó Yahia ben Alí, último califa edrisita, que en dos veces que ocupó el trono no llegó á reinar año y medio. Mohammed ¡cosa extraña! se volvió á Sevilla sin aspirar al califato.

Hubieron de proceder á nueva eleccion los cordobeses, y á propuesta

é influjo del vazzir Gehwar recayó el nombramiento de califa en Hixem ben Mohammed, otro biznieto del grande Abderrahman, y hermano do aquel desgraciado Abderrahman IV. Almortadi. Hallábase el elegido retirado en la fortaleza de Albonte (acaso Alpuente) en compañía de su alcaide, cuando le fué anunciada la nueva de su proclamacion. Modesto, desinteresado y prudente Hixem, contestó á los enviados del divan que daba las gracias al pueblo de Córdoba por la honra que le hacia y el afecto que le mostraba, pero que no podia resolverse á echar sobre sus hombros el grave peso del gobierno, ni á dejar la vida quieta y pacífica de su vida. Pasáronse algunos meses antes que pudieran vencer su repugnancia al trono, y cuando hostigado por las instancias de los principales alameries se resolvió á aceptarle, difirió cuanto pudo su entrada en Córdoba so pretexto de organizar un ejército en las fronteras, encomendando entretanto el gobierno de la capital al vazzir Gehwar á quien nombró su hagib. Habian los cristianos, á través de las discordias que tambien los consumian entre sí, aprovechádose algo, aunque mucho mas hubieran podido hacerlo, de las que destrozaban á los musulmanes, y ensanchado considerablemente los límites de sus fronteras. Guerreó, pues, Hixem III. con ellos por espacio de tres años con fortuna varia, y principalmente por la parte de Calatrava y de Toledo. Fomentó mucho la institucion de los zahbits, especie de monges guerreros, y como la milicia sagrada de los musulmanes, que se consagraban voluntariamente al ejercicio de las armas y á defender constantemente las fronteras contra los almogavares cristianos; origen, á lo que muchos creen, de las órdenes militares cristianas.

Pero si algo ganaba el califa sosteniendo el honor de las armas muslímicas en las fronteras, perdia mas por otra parte el imperio con su apartamiento de la capital, aflojándose, ó mas propiamente desatándose ya los escasos vínculos que le unian, ya tomando ocasion de su misma ausencia los sediciosos para fomentar en la capital hablillas y disturbios, ya declarándose los walíes en completa independencia y obrando como reyes absolutos. De todo le dió aviso su fiel hagib Gehwar, instándole á que con la mayor presteza y diligencia pasase á Córdoba. Hízolo así Hixem (1029), y su presencia, su afabilidad, su prudente y generoso comportamiento no dejó de calmar los ánimos de los mas revoltosos é inquietos, y de captarse las voluntades de la mayoría de la poblacion, visitando las escuelas, colegios y hospicios, y socorriendo á los huérfanos, desvalidos y enfermos. Mas cuando quiso persuadir á los walíes con amistosas cartas y prudentes razones la necesidad de la union y cooperacion comun para recuperar lo que las discordias habian hecho perder al imperio, no obtuvo ya sino ó negativas ó indiferencia, y no

hubo manera de recabar de ellos las contribuciones y subsidios. Convencido de la ineficacia de los medios blandos y suaves, apeló á los fuertes y violentos, y encomendó á sus mas fieles caudillos la reduccion de los walíes desobedientes. Inútiles y tardíos esfuerzos! Algunos de los disidentes eran momentáneamente sometidos, pero la unidad del imperio, ya virtualmente disuelta, acabó de disolverse en lo material. El africano Zawi ben Zeiri se hacia proclamar rey de Granada y de Málaga: los de Denia y Almería, los de Zaragoza, Badajoz, Mérida y Toledo, declaráronse independientes de hecho y de derecho; á las mismas márgenes del Guadalquivír se le rebelaban los de Carmona, Sevilla y Medina Sidonia; y el mismo Abdelaziz á quien habia dado el gobierno de Huelva se alzaba con el señorío de aquel pais. Apenas le quedaba sino la capital, y esta no tardó en enagenársele.

Supieron que el califa en última necesidad habia hecho pactos y transacciones con los rebeldes, y aquella poblacion, aquella raza degenerada, que, como el mismo Hixem decia, ni sabia ya mandar ni sabia obedecer, le criticó de débil y de cobarde, le culpó de la mala suerte de la guerra y de las calamidades del reino, y se produjo en términos y demostraciones amenazadoras contra el califa. Aconsejábale Gehwar que abandonára la ciudad: él, que no habia merecido la desafeccion del pueblo, no creia tampoco en su ingratitud, hasta que llegó el caso de pedir la amotinada multitud á gritos por las calles la deposicion del califa y su destierro. Avisóselo el mismo Gehwar, y entonces Hixem con resignacion filosófica exclamó sin alterarse; «Gracias sean dadas á Dios que así lo quiere.» Y aquel príncipe, que con repugnancia habia aceptado un trono jamás ambicionado, salió sin pesar de Córdoba acompañado de su familia y de algunos principales caballeros y literatos que quisieron correr la misma suerte que su soberano. Retiróse éste primeramente á Hisn Aby-Sherif (1031), mas perseguido allí por los cordobeses buscó un asilo cerca de Lérida, donde acabó tranquilamente sus dias en 1037. «En él, dice el historiador arábigo, feneció la dinastía de los Omeyas en España, que principió en Abderrahman ben Moawia año 138, y acabó en este Hixem al-Motadi año 422 (de 756 á 1031). Así pasó el estado y la fortuna de ellos, añade, como si no hubiese sido. Feliz quien bien obró y loado sea siempre aquel cuyo imperio jamás acabará (1).»

(1) Conde, cap 117.

CAPITULO XX.

REINOS CRISTIANOS.

DESDE ALFONSO V. DE LEON HASTA FERNANDO I. DE CASTILLA.

De 1009 á 1037

Falta de union entre los monarcas cristianos.—Conducta de Alfonso V.—Repuebla á Leon.—Sus desavenencias con Sancho de Castilla.—Célebre concilio de Leon de 1020.—Sus principales cánones ó decretos.—Constituye el llamado *Fuero de Leon*.—Muerte de Alfonso V.—Fueros de Castilla otorgados por el conde don Sancho.—Fueros en el condado de Barcelona.—Borrell II. y Berenguer Ramon I.—Fuero de Nájera por el rey Sancho el Mayor de Navarra.—García II. de Castilla y Bermudo III. de Leon.—Muere el conde García asesinado en Leon por la familia de los Velas.—Apodérase el rey de Navarra del condado de Castilla.—Horrible castigo de los Velas.—Conquista una parte del reino de Leon.—Discordias entre el leonés y el navarro.—Vienen á acomodamiento y se pacta reconocer á Fernando por rey de Castilla.—El navarro se apodera de Astorga y se erige en rey de Leon.—Muerte de Sancho el Grande de Navarra, y famosa distribucion de reinos que hizo entre sus hijos.—Guerra entre Ramiro de Aragon y García de Navarra.—Guerra entre Bermudo III. de Leon y Fernando I. de Castilla.—Muere Bermudo.—Extínguese la línea masculina de los reyes de Leon.—Hácese reconocer por rey de Leon Fernando de Castilla.—Reunion de las coronas de Leon y Castilla en Fernando I.

Decíamos en el anterior capítulo que el resultado de la batalla de Calatañazor y la descomposicion á que por consecuencia de ella vino el imperio musulman, brindaba ocasion propicia á los cristianos, no solo para recobrarse de sus pasadas pérdidas, sino para haber reducido á la impotencia á los sarracenos, si los nuestros hubieran continuado unidos y sabido convertir en provecho propio el desconcierto á que aquellos vinieron y las disensiones que los destrozaban. Añadiremos ahora, que si despues de la muerte

de Almanzor (1002) y durante los seis años del gobierno de su hijo Abdelmelik pudieron todavía los estandartess que triunfaron en la cuesta de las Aguilas detenerse ante un resto de pujanza que conservaba el imperio mahometano bajo la direccion de aquel belicoso caudillo, muerto éste (1008), ni hallamos la razon ni podemos justificar la conducta de los príncipes cristianos en no haber proseguido de concierto la guerra contra los enemigos de la fé. Pronto olvidaron que una sola vez que se habian unido habian triunfado del gran capitan de los agarenos en el apogeo de su poder: y como si hubiera pasado para ellos todo peligro, volvieron al sistema fatal de aislamiento y renacieron antiguas rivalidades.

Seguian, es verdad, venciendo las armas cristianas en Gebal Quintos y en Akbatalbacar, allí mandadas por el conde Sancho de Castilla, aquí por los condes Ramon Borrell de Barcelona y Armengol de Urgel. Pero vencian, el uno para dar el trono de Córdoba á Suleiman el Berberisco, el otro para entronizar á Mohammed el Ommiada. Eran solicitados como auxiliares, y aparecian como mercenarios pudiendo haber obrado como señores. Contentábanse con la cesion de algunas fortalezas y ciudades en pago de un servicio los que hubieran podido ganarlas por conquista, y las espadas que hubieran debido emplearse contra los enemigos de la fé eran arrojadas en la balanza muslímica para inclinarla con su peso alternativamente, ya en favor de uno, ya en favor de otro de los aspirantes al trono musulman. Algo los disculpa el haberse propuesto, como creemos, debilitar de aquella manera las fuerzas de los mahometanos y contribuir á fomentar sus escisiones.

Sin embargo, no fué por estos solos medios, ni fué solamente el material ensanche de territorio lo que ganaron los reinos cristianos durante la disolucion del imperio Ommiada. Repuráronse y se repusieron de las pérdidas y desastres causados por Almanzor, y lo que fué mas importante todavía, dieron grandes y avanzados pasos hácia su reorganizacion religiosa, política y civil. Alfonso V. de Leon, ya en su menor edad bajo la tutela y direccion del conde Menendo de Galicia y su esposa, y de su madre doña Elvira (1),

(1) Usándose ya en los siglos que históricamente recorremos los antenombres de *Don* y *Doña* aplicados á los reyes y reinas y á otras personas ilustres, los emplearemos nosotros tambien, aunque no en todos los casos ni para todos los nombres, siguiendo en esto la costumbre generalmente recibida.

Con respecto á los *Alfonsos* ó *Alonsos*, que de ambas maneras se encuentran nombrados en nuestros autores aquellos monarcas, hemos preferido usar constantemente el de *Alfonso*, ya por ser una contraccion de *Ildephonsus*, ya porque los árabes nunca omitian el sonido de la *f* ó *ph*, fuese que los nombráran *Alfûns*, *Anfus* ó *Adefuns*, ya porque los mismos monarcas en sus instrumentos públicos se decian siempre: «Ego *Adephonsus* Dei gratia, etc.»

ya despues de haber alcanzado la mayoría y enlazádose en matrimonio con la hija de los condes sus ayos llamada Elvira tambien (1008), en ambas épocas con recomendable piedad, ó inspirada ó propia, se ocupó en reparar y fundar iglesias y monasterios, ó en dotarles de rentas y hacerles ricas donaciones. Llenos están el cartulario y tumbo de Leon y todos los pergaminos de aquel tiempo de privilegios de este género otorgados por el jóven y piadoso monarca (1).

Mas no fueron solos monasterios é iglesias los que fundó, reedificó ó restauró el hijo del segundo Bermudo. La capital misma de su reino, la ciudad de Leon desde las deplorables irrupciones de Almanzor y de Abdelmelik habia quedado asolada, casi yerma, reducida, como dijo Ambrosio de Morales, á un cadáver de poblacion. Alfonso V. se consagró con ahinco y afan á levantarla de sus ruinas, emprendió enérgicamente obras de reparacion y construccion, dictó oportunas medidas para atraer nuevos pobladores, y no perdonó medio para hacerla recobrar en lo posible su grandeza y esplendor primitivo. Aun conserva Alfonso V. el título de repoblador de Leon. *Qui populavit Legionem post destructionem Almanzor*, dice todavía su epitafio: *et fecit ecclesiam hanc de luto et latere.* Hasta á los muertos los hizo contribuir á dar vida á aquella poblacion exánime, haciendo trasladar á la iglesia de San Juan los restos mortales de todos los reyes que se hallaban sepultados en diferentes iglesias del reino, entre ellos el cuerpo de su padre que hizo conducir desde el Vierzo.

Las desavenencias entre el rey de Leon y su tio el conde Sancho de Castilla debieron comenzar de 1012 en adelante, puesto que aquel año se ve al rey don Alfonso hablar del conde con el afecto de deudo (2), y en 1017 le trata de inicuo, de desleal, de enemigo que no piensa ni de dia ni de noche sino en hacerle daño (3). Acaso fué la causa de estas excisiones la proteccion que el castellano solia dar á los criminales que del reino de Leon pasaban á sus dominios, de cuyo comportamiento se vengó el leonés despojándole de algunas posesiones que aquel tenia en su reino y trasfiriéndolas á sus leales servidores. Agregóse á esto que aquella familia de los Velas, enemiga de los condes de Castilla desde Fernan Gonzalez, y que expulsada por éste y unida á los sarracenos los habia concitado á hostilizar la Castilla y dirigídolos á veces en sus invasiones, viendo mal paradas las cosas de los musulmanes, ha-

(1) Pueden verse los muchos que recogió el P. Risco en el tom. XXXVI. de la España Sagrada.

(2) *Et etiam tius et adjutor meus Sanctius comes.* Esp. Sagr. tom. 36 ap. IX.

(3) *Infidelissimo et adversario nostro Sanctioni, qui die nocteque malum perpetrabat apud nos.* Cartular. de Leon, fol. 488.—Esp. Sagr. tom. 26 ap. XII.

biase acogido otra vez á Castilla, donde los recibió el conde don Sancho. Mas como los Velas diesen muestras de volver á sus antiguas infidencias, los arrojó ignominiosamente el conde de sus estados. Entonces el de Leon no solo los admitió benévolamente en su reino, sino que les señaló en los valles limítrofes de Leon y Asturias tierras y posesiones con que pudiesen vivir con arreglo á su distinguida clase (1), lo cual produjo gran resentimiento en el conde castellano, y estas disidencias duraron hasta su muerte.

No estorbaron al monarca leonés estas discordias ni le sirvieron de embarazo para congregar una de las mas importantes asambleas que en la época de la restauracion se celebraron en España, y de las que mas influjo ejercieron en su reorganizacion política y civil. Hablamos del concilio de Leon del año 1020 (2); asamblea político-religiosa que nos recuerda las famosas de Toledo del tiempo de los godos, y la primera de los siglos de la reconquista en que se hizo un código ó pequeño cuerpo de leyes escritas que nos hayan sido conservadas despues del Fuero Juzgo. Abrióse el dia 1.° de agosto (3), en presencia del rey y de su esposa doña Elvira, en la iglesia de Santa María, con asistencia de todos los prelados, abades y próceres del reino. «En la Era MLVIII. (dice), el 1.° de agosto á presencia del rey don Alfonso y de la reina Elvira su muger, nos hemos congregado en la misma sede de Santa María todos los pontífices, abades y grandes del reino de España, y por mandado del mismo rey hemos ordenado los decretos siguientes, que habrán de ser firmemente observados en los tiempos futuros (4).» Hiciéronse en él cincuenta y ocho decretos ó cánones, de los cuales los siete primeros versan sobre asuntos eclesiásticos, previniéndose en el 7.° que se trate primero de las cosas de la iglesia, despues lo perteneciente al rey, y en último lugar la causa de los pueblos (*causa populorum*). Los otros hasta el 20 son verdaderas leyes políticas y civiles para el gobierno de todo el reino, y los demas son como ordenanzas municipales de la ciudad misma de Leon y su distrito: el 20.° tiene por especial objeto la repoblacion de la ciudad, «despoblada (dice) por los sarracenos en los dias de mi padre el rey Bermudo.»

(1) Estos Velas eran tres, segun testimonios auténticos, Bermudo, Nebuciano ó Nepociano y Rodrigo; no Rodrigo, Iñigo y Diego, segun el arzobispo don Rodrigo á quien siguió Mariana, ni menos Diego y Silvestre, segun Lucas de Tuy, que nombra solo estos dos. En escrituras del archivo de Leon aparecen las firmas de los tres primeramente nombrados.

(2) Mariana con manifiesto error le supone celebrado en Oviedo.

(3) Ya no se duda de esta fecha, con la cual concuerdan todos los códices, y que por una mala inteligencia apareció equivocada en la coleccion de Aguirre, t. III, página 160.

(4) Tenemos á la vista la copia del libro de testamentos de la iglesia de Oviedo, inserta por don Tomás Muñoz en el tomo. II de su Coleccion de Fueros Municipales y Cartas-pueblas de los reinos de Castilla, Leon, etc., 1847.

Son notables, entre otras disposiciones de este célebre concilio, las siguientes: «Mandamos (dice el canon 13), que el hombre de *benefactoría* vaya libre con todos sus bienes y heredades á donde quisiere.» El hombre ó pueblo de *benefactoría*, de donde se derivó la palabra *behetría*, era el que tenia derecho ó facultad de sujetarse al señor que mas le acomodaba, para que le amparase, defendiese é hiciese bien, con la libertad de mudar de señor á voluntad: «con quien bien me hiciere con aquel me iré (1).»

«Los que han acostumbrado á ir al *fosado* con el rey, con los condes ó con los merinos (2), vayan siempre segun costumbre.» Ir al fosado era lo mismo que ir á campaña, á lo cual por las leyes godas estaban obligados todos los propietarios, llevando á la guerra, ademas de su persona, la décima parte de sus esclavos. En las nuevas monarquías habian ido los nobles y ricos relajando esta obligacion, y mirando como mera costumbre lo que habia sido verdadera ley. En algunas partes se habia conmutado el servicio personal en una contribucion llamada *fonsadera*. El citado canon tenia por objeto conservar aquella ley ó costumbre tan útil y necesaria para la defensa del estado.

Decretóse en el 18.° que en Leon y en todas las ciudades del reino hubiese jueces nombrados por el rey. Que tambien en este punto se habia relajado la legislacion visigoda, apropiándose los señores en muchos lugares este derecho de la soberanía.

En cuanto á los fueros particulares que por este concilio le fueron otorgados á la ciudad de Leon, habíalos tambien muy notables. «Ningun vecino de Leon, clérigo ó lego, pagará rauso, fonsadera ni mañería (3).» Concediase por el 24.° á la ciudad de Leon el fuero de que si se cometia en ella algun homicidio, huyendo el reo de su casa y estando oculto nueve dias, pudiera volver á ella seguro de la justicia y guardándose de sus enemigos

(1) Estas *behetrías*, tan célebres en el derecho de Castilla de la edad media, eran de diferentes clases segun su estension ó limitacion. A veces el señor ó benefactor que se hubiera de elegir habia de ser de determinado pueblo ó localidad. A veces este derecho se estendia á todo un pais ó distrito, y en ocasiones no se prescribian límites, sino que el pueblo de *behetría* tenia facultad de elegir señor en cualquier punto de la Peninsula de uno á otro extremo, que era la que se denominaba *de mar á mar*.

(2) Los *merinos* (derivacion de la voz latina *majorinus*), de que ya se halla mencion en el Fuero de los visigodos, eran unos jueces mayores del rey, de los cuales el *sayon* era el ejecutor ó ministro. «Merino es nome antiguo de España (dice la l. 23, t. 9. p. 2, de la Recopilacion), que quier tanto decir como home que ha mayoría para facer justicia sobre algun lugar señalado, asi como villa ó tierra, etc.»

(3) Ya hemos esplicado lo que era fonsadera. *Rauso* se llamaba la multa que debia pagarse por las heridas y contusiones. *Mañería* (manería) era otra contribucion por el derecho de testar los que morian sin hijos, del cual estaban privados los esclavos, colonos y demas personas de origen servil.

é componiéndose con ellos, sin que el sayon le exigiera cosa alguna por su delito. Las causas y pleitos de todos los vecinos de Leon y de su término habian de decidirse precisamente en la capital, y en tiempo de guerra estaban todos obligados á guardar y reparar sus muros, gozando el privilegio de no pagar portazgo de lo que alli vendiesen (can. 28). Todo vecino podia vender en su casa los frutos de su cosecha sin pena alguna (can. 33). Las panaderas que defraudáran el peso del pan, por la primera vez habian de ser azotadas, por la segunda pagarian cinco sueldos al merino del rey (can. 34). Ninguna panadera podia ser obligada á amasar el pan del rey, como no fuese esclava suya (can. 37).

Dos de los mas apreciables privilegios concedidos por este concilio fueron los siguientes: «Ni merino ni sayon pueda entrar en el huerto ó heredad de hombre alguno sin su permiso, ni extraher nada de él, sino fuese de siervo del rey (can. 38).» «Mandamos que ni merino, ni sayon, ni dueño de solar, ni señor alguno entren en la casa de ningun vecino de Leon *por nenguna caloñia*, ni arranque las puertas de su casa (can. 41).» Recaen estos privilegios, ya sobre la mala costumbre que habia, ó mejor dicho, abuso, que con el nombre de *fuero de sayonía* se arrogaban los jueces y sus ministros de hacer pesquisas y visitas domiciliarias de oficio y sin queja de parte conocida, estafando á los pueblos á pretexto de costas judiciales, ya sobre la corruptela de entrar por fuerza en las casas para cobrar deudas, en cuyos casos, entre otras vejaciones, solian arrancar y llevarse las puertas: costumbres que con razon se denominaban en algunas escrituras *malos fueros*. Estas mismas gracias concedidas por el concilio demuestran lo oprimidos que antes de su concesion estaban los vecinos de la capital, y de aqui puede deducirse lo tiranizados que vivirian los moradores de las pequeñas poblaciones.

Concluye el concilio con una terrible conminacion de anatema á los transgresores de aquella ley: «Si alguno de nuestra progenie ó de otra cual«quiera intentase quebrantar á sabiendas esta nuestra constitucion, cortada la «mano, el pie y el cuello, arrancados los ojos, sacadas y derramadas las en«trañas (1), herido de lepra, juntamente con la espada de la excomunion, «pague la pena de su delito en condenacion eterna con el diablo y sus án«geles.»

Tales fueron las principales disposiciones del célebre concilio de Leon de 1020. Mantúvose este código en observancia por espacio de muchos siglos, y recibió el nombre de *Fuero de Leon*. Como principal título de gloria

(1) «*E con mas estrañas fuera é espar*cidas por la tierra......» Copia de la traduccion de este código que existia en el monasterio de Benevivere.

pregona, y con justicia, el epitafio de Alfonso V. el haber dotado el reino y la ciudad de buenos fueros *(et dedit ei bonos foros)*. Asi se iba modificando, sin abolirse por eso ni dejar de regir el Fuero Juzgo, la jurisprudencia heredada de los visigodos, con arreglo á las nuevas condiciones en que se iba encontrando la sociedad española.

Continuó el rey don Alfonso en los años sucesivos promoviendo la devocion religiosa y dando de ella personal ejemplo, protegiendo á los buenos prelados como el docto Sampiro, aplicando frecuentemente á los monasterios é iglesias los bienes que confiscaba á los criminales, y recompensando los servicios de sus mas leales súbditos á costa de los que intentaban rebelarse contra su autoridad. Llegóse asi el año 1026, en que con motivo de la guerra que hacia por las fronteras cristianas el último califa Ommiada Hixem III., á semejanza del postrer esfuerzo de un moribundo, pasó el monarca leonés el Duero, y prosiguiendo hácia el Sur fué á poner sitio á Viseo en la Lusitania. La plaza estaba ya casi á punto de rendirse, cuando un dia, hostigado el rey por el calor, escesivo para aquella estacion (5 de mayo de 1027), púsose á hacer un reconocimiento á caballo alrededor del muro, sin coraza y sin otro abrigo ni defensa que una delgada camisa de lino: en esto que una flecha lanzada de lo alto de una torre por mano de un musulman vino á clavársele en el cuerpo, y cayendo del caballo sucumbió á muy poco tiempo de la herida. Asi murió Alfonso V. de Leon el de los buenos fueros, á los 33 años de su edad y 28 de reinado, dejando dos hijos jóvenes, Bermudo y Sancha, que ambos heredaron el reino como veremos después (1).

Sancho de Castilla por su parte tampoco se habia contentado con dilatar las fronteras de sus dominios, ya recobrando con la espada muchas plazas perdidas en los calamitosos tiempos de Almanzor, ya recibiendo, como antes hemos enunciado, fortalezas y ciudades á cambio y premio del auxilio que á solicitud de los califas ó caudillos sarracenos, solia prestarles. Ganó tambien Sancho, aun antes que el monarca leonés, fama y renombre de generoso y de justiciero, al propio tiempo que de político y de organizador, por la largueza con que otorgó á los pobladores de las ciudades fronterizas exenciones, franquicias y derechos apreciables, que recibieron y conservan el nombre de *fueros*: nueva forma que comenzó á recibir la jurisprudencia española, origen noble de las libertades municipales de Castilla, y justa y merecida recompensa con que los príncipes cristianos ó remuneraban á los defensores de una ciudad que se sostenia heróicamente contra los rudos é incesantes ataques del enemigo, ó alentaban á los moradores de un pueblo

(1) Pelag. Ovet. Chron n. 5.—Mon. Silens. 5.—Chron. n. 73.—Luc. Tud. p. 89 etc.

que habia de servir de centinela ó vanguardia avanzada de la cristiandad, espuesta siempre á las incursiones é invasiones de los musulmanes; pequeñas cartas otorgadas, y preciosas aunque diminutas y parciales constituciones especie de contrato mútuo entre los soberanos y los pueblos, que mas de un siglo antes que en otro pais alguno de Europa sirvieron de fundamento á una legislacion que todavía encarecen las sociedades modernas.

Precedió, hemos dicho, el conde Sancho de Castilla a rey Alfonso V. de Leon en la concesion de estos fueros y cartas-pueblas. Nos ha quedado escrito el que en 1012 concedió á Nave de Albura á la márgen izquierda del Ebro (1). Las referencias de otros soberanos posteriores al confirmar los que muchos pueblos habian obtenido del conde don Sancho, nos certifican de la liberalidad con que otorgó esta clase de derechos á las poblaciones de sus dominios el que tuvo la gloria de pasar á la posteridad con el honroso sobrenombre de *Sancho el de los Buenos Fueros*. La exencion de tributos y el no hacer la guerra sin estipendio, como hasta entonces se habia acostumbrado, fué uno de los mas notables fueros que concedió este célebre conde de Castilla. «*Heredado é enseñoreado el nuestro señor conde don Sancho del condado de Castilla..... fizo por ley é fuero que todo home que quisiese partir con él á la guerra á vengar la muerte de su padre en pelea, que á todos facía libres, que no pechasen el feudo ó tributo que fasta alli pagaban, é que no fuesen de alli adelante á la guerra sin soldada* (2).» «Dió mejor nobleza á los nobles, dice el arzobispo don Rodrigo, y templó en los plebeyos la dureza de la servidumbre (3).»

El que precedió á su coetano Alfonso V. de Leon en la concesion de fueros, si bien los del conde castellano no formaban todavía un cuerpo de derecho escrito como los del monarca leonés (4), precedióle tambien en la muerte, en 1021 (5), dejando por sucesor del condado á García su hijo, muy jóven

(1) Llorente, Memorias de las Provincias Vascongadas, part. III.—Memorias de la Academia de la Historia, tom. III., pag. 308. —Coleccion de Fueros y Cartas-pueblas, tom. I. pág. 58.

(2) Documento antiguo inserto por el M. Berganza en sus Antigüedades de España, tom. II.

(3) *Nobiles nobilitate poliore donavit, et in minoribus servitutis duritiam temperavit*. De Reb. Hisp. lib. V.

(4) No insistimos ahora mas sobre las concesiones forales del conde Sancho de Castilla, puesto que tendremos ocasion de hablar de la legislacion foral de España, y entonces demostraremos tambien que los fueros y cartas-pueblas fueron en España mas antiguos de lo que generalmente se cree.

(5) Omitimos por infundado y fabuloso el cuento del envenenamiento de su madre y los amores de ésta, que refiere el P. Mariana, con aquello de haberse aficionado á ella cierto moro principal, «hombre muy dado á deshonestidades y membrudo.» El mismo Mariana, tan poco escrupuloso en prohijar esta clase de consejas, añade después de haberla referido: «es verdad que para dar este cuento por cierto no hallo fundamentos bastantes.» Mariana llama doña Oña á la ma-

aun; pues que habia nacido en el mismo año que su padre hizo la espedicion á Córdoba en calidad de aliado y auxiliar de Suleiman.

Mientras asi obraban los soberanos de Leon y de Castilla durante la disolucion del imperio muslímico cordobés, el conde Ramon Borrell de Barcelona, no menos celoso de la prosperidad y engrandecimiento de su estado que los castellanos y leoneses, despues de su expedicion á Córdoba como auxiliar de Mohammed, y de regreso de las batallas de Akbatalbacar y del Guadiaro, redobló sus ataques contra las fronteras musulmanas, en union con los prelados, abades, vizcondes, caballeros y todos los hombres de armas, conquistando fortalezas y castillos hácia el Ebro y el Segre, y proveyéndolos de alcaides y gobernadores de probado valor. Asi descendió el noble conde al sepulcro (25 de febrero de 1018), dejando por sucesor del trono condal á su hijo Berenguer Ramon, jóven de tierna edad, bajo la tutela de su madre la condesa doña Ermesindis, que en las ausencias de su esposo habia quedado siempre gobernando el condado, y de saber dirigir los negocios públicos con fortaleza, discrecion y buen consejo habia dado multiplicadas pruebas. Mas esta misma intervencion en el gobierno del estado á que se acostumbró en vida del conde su esposo, las excesivas facultades con que éste quiso dejarla favorecida en su testamento, y la corta edad é inesperiencia de su hijo, despertaron en la condesa viuda tan desmedida ambicion de mando, que el jóven Berenguer Ramon I. tuvo que luchar despues constantemente contra las exageradas pretensiones de su madre, origináronse disturbios graves en la familia, acaso las catástrofes sangrientas que luego sobrevinieron tuvieron en estas discordias su principio y causa, y el hijo tuvo por fin que pactar con la madre sobre el imperio como se pudiera pactar entre dos rivales y extraños poderes.

A pesar de estas flaquezas y de no haber sido el conde Berenguer Ramon un príncipe guerrero, debióle el condado el haber hecho sentir la fuerza blanda de la ley y haber comenzado á dar asiento y forma al imperio heredado de sus mayores. «Por esto, dice un moderno historiador de Cataluña, la historia debiera trocar por el de *Justo* el sobrenombre de *Curvo* con que designa á Berenguer Ramon I.; y á Barcelona le cumple añadirle el de *Liberal*, ya que á él debieron en 1025 los moradores de este condado la primera confirmacion histórica de todas sus franquicias y de la libertad de sus propiedades (1).» Ya el conde Borrell II en 986 en su carta de poblacion

dre de Sancho, siendo su verdadero nombre doña Aba.

(1) El juicioso y malogrado señor Piferrer, *Recuerdos y Bellezas de España*, tomo de Cataluña, página 95.

de Cardona habia dado á esta ciudad privilegios y derechos apreciables (1), y estas y otras exenciones eran las que confirmaba el desgraciado hijo de Ramon y de Ermesindis. Asi iban los soberanos de la España cristiana casi simultáneamente y como por un sentimiento unánime fundando una nueva jurisprudencia y despojándose de sus atribuciones para compartirlas con los pueblos que con tan heróico y constante esfuerzo sostenian sus tronos al mismo tiempo que la causa de la cristiandad.

No de otra manera obraba por su parte Sancho el Mayor de Navarra. Aunque otro monumento no hubiera quedado de este gran príncipe que el insigne y celebrado fuero de Nájera, hubiera bastado para darle renombre (2). De esta manera y por una coincidencia singular, mientras el imperio mahometano de Córdoba caminaba apresuradamente hácia su disolucion, los reinos ó estados cristianos de Leon, de Castilla, de Barcelona y de Navarra, sin dejar de progresar en lo material, aunque no tanto como hubieran podido si hubieran obrado de concierto contra el enemigo comun, se reorganizaban y reconstituian interiormente sobre la base de una nueva modificacion, que sin destruir la antigua (pues ya hemos dicho que el código de los visigodos no dejó por eso de considerarse como la jurisprudencia general), daba nueva fisonomía á la constitucion civil de los estados, suplia á aquél en las necesidades y condiciones de nuevo creadas en las nacientes monarquías, y ampliándose cada dia habia de ser la base y principio de la legislacion foral que tanta celebridad goza en la historia de la edad media de España.

La muerte de Sancho de Castilla y la de Alfonso V. de Leon, ocurridas la primera en 1021, la segunda en 1027, dieron ocasion á enlaces de familia entre los príncipes y princesas de las dinastías reinantes, los cuales produjeron relaciones y sucesiones que cambiaron esencialmente la condicion de los estados cristianos en que estaba la España dividida y complicaciones de largos y duraderos resultados.

(1) Copiada por Villanueva en el tomo 8.° de su Viage literario á las iglesias de España. ap. XXX.—Coleccion de Fueros y Cartas-pueblas, tom. I. pág. 51.—Léese en esta carta, entre otras cosas, lo siguiente: *Et imperanitis per vestram bonan-voluntad si vobis major necessitas fuerit, omnes votem, sicut videritis quodmodo opus est vobis, ut vos defendatis contra inimicis vestris* (sic).

(2) Los doctores Asso y Manuel atribuyeron este famoso fuero, sin duda por equivocacion de nombres, á los condes de Castilla don Sancho y don García su hijo. Sempere y Guarinos le supone otorgado por el rey Alfonso VI. de Leon, que lo que hizo en 1076 fué confirmarle. Las palabras de este mismo monarca nos descubren su origen: *Isti sunt fueros quæ habuerunt in Nasera in diebus Sanctii regis et Garciani regis.* —Véase Marina, Ensayo Histórico-crítico sobre la antigua legislacion de Castilla, n. 105.

Era, como hemos dicho, conde de Castilla el jóven García II. hijo de Sancho, cuando sucedió en el trono de Leon á Alfonso V. su hijo Bermudo, tercero de su nombre, jóven tambien de diez y siete á diez y ocho años, pero esclarecido en saber, aunque pequeño en edad, como le califica un antiguo escritor (1). Uno de los primeros actos del nuevo monarca leonés fué unirse en matrimonio con la hermana del conde castellano (1028) llamada Gimena Teresa, en algunos documentos tambien Urraca. Otra hermana del conde de Castilla, doña Mayor de nombre, y mayor tambien en edad, estaba casada con don Sancho el de Navarra. De forma que los tres soberanos de Leon, Navarra y Castilla, estaban emparentados en igual grado de afinidad.

Para estrechar mas todavía estos lazos entre las familias reinantes, los condes de Burgos celebraron consejo y acordaron enviar un mensage á Bermudo III. de Leon solicitando diese en matrimonio su única hermana Sancha al conde García, y que con tal motivo consintiese en que dicho conde tomára el título de rey de Castilla. Acogió el leonés con beneplácito la embajada de los caballeros burgaleses y les prometió acceder á los dos extremos de su demanda. Partió, no obstante, Bermudo á Oviedo, cuya iglesia parece habia hecho voto de visitar, dejando en Leon á la reina su esposa y á su hermana. Satisfechos del resultado de su mision los nobles castellanos, regresaron á Burgos, é instaron al conde García á que pasase por Leon á Oviedo y concertase con Bermudo todo lo concerniente á su matrimonio y al título real. Hízolo asi García, partiendo de Burgos en los primeros dias de mayo de 1029, con la flor de la nobleza castellana. Llegado que hubieron á Leon, pasó inmediatamente García á visitar á la reina su hermana y á la hermana del rey, Sancha su prometida. Pensaba detenerse en Leon solo los dias precisos para el descanso y para cumplir con los deberes de la galantería y de la urbanidad. ¡Cuán ageno estaba de sospechar la catástrofe que le esperaba allí!

Sabedores los Velas de la llegada de García á Leon, aquellos Velas á quienes el conde Sancho habia arrojado de Castilla y Alfonso V. habia acogido en su reino y dádoles posesiones en las montañas de Asturias, aquellos eternos enemigos de la familia de Fernan Gonzalez, que vieron una ocasion de vengar antiguos y personales agravios, aprovechándose de la ausencia del rey Bermudo, levantaron un buen golpe de gente de sus parciales, y marchando á su cabeza y caminando toda una noche sin descanso, sorprendieron al rayar el alba del otro dia la ciudad de Leon. Habíase dirigido el conde castellano, sin duda con objeto de cumplir alguna devocion, al tem-

(1) *In ætate parvus, in scientia clarus.* Anon. de Sahagun.

plo de San Juan Bautista. A la puerta misma del templo se vió de improviso asaltado por los conjurados, que sin respeto á la santidad del lugar consumaron su horrible proyecto, y la cabeza del jóven conde de Castilla cayó á los pies de los que habian sido súbditos de sus mayores, en los momentos en que le sonreía el mas halagueño porvenir. Por una coincidencia que hace resaltar el horror del crímen, Rodrigo Velaz que en los dias de reconciliacion con el conde don Sancho habia tenido en la pila bautismal al niño García, fué el que descargó ahora con mano impía el golpe mortal sobre su ahijado. Varios caballeros castellanos y leoneses que acudieron á defender al jóven conde cayeron tambien al golpe de los afilados aceros de la gente de los Velas. Mas viendo estos amotinarse el pueblo para vengar la muerte de García abandonaron la ciudad y se retiraron al castillo de Monzon. Fué este lamentable suceso el 13 de mayo de 1029. La princesa Sancha, dice la crónica, derramó abundante llanto sobre el cadáver de su prometido esposo, y le hizo enterrar con los debidos honores cerca del de Alfonso su padre en la iglesia misma de San Juan Bautista (1).

Con la muerte de García acababa la línea masculina de la ilustre prosapia de Fernan Gonzalez, su tercer abuelo, y solo restaban dos princesas, casadas ambas, la menor con Bermudo III. de Leon, la mayor con Sancho el Grande de Navarra. Así el importante condado de Castilla venia á quedar expuesto á las pretensiones, ó del mas ambicioso de los dos monarcas, ó del mas fuerte, ó del que se creyera con mas derecho á él. Reuníanse todas estas cualidades en don Sancho el Mayor de Navarra, que no tardó en hacerlas valer para alzarse con la soberanía de Castilla, ni tardó tampoco en presentarse con poderoso ejército, apoderándose del pais como de una herencia de que venia á tomar posesion. Pero al propio tiempo los asesinos de García vieron caer sobre sí un vengador terrible, de aquellos de que á las veces se vale la Providencia para la expiacion de los grandes crímenes.

Dijimos que los Velas se habian refugiado al castillo de Monzon. Estaba esta fortaleza situada en una colina á orillas del rio Carrion, en tierra de Campos, á dos leguas de Palencia, en la villa que hoy conserva su nombre. Allí los fué á buscar el viejo rey de Navarra; púsoles apretado cerco, tomó al fin el castillo por asalto, degolló á todos sus defensores, excepto á los tres hijos de Vela, á los cuales reservaba otro género de muerte..... Los hijos de Vela, los asesinos de García fueron quemados vivos por órden del nuevo so-

(1) Luc. Tud. Chron.—Púsosele en el panteon de San Isidoro, antes San Juan, el siguiente sencillo epitafio: *H. R. Dominus Garcia, qui venit in Legionem ut acciperet regnum, et interfectus est á filiis Vele comitis.*

berano de Castilla. Despues de lo cuál el heredero y vengador del malogrado conde pasó á Burgos, y se hizo reconocer por los grandes y caballeros castellanos como conde ó duque soberano de un pais que tan digna y valerosamente habia sabido hasta entonces conservar su independencia desde los tiempos de Fernan Gonzalez cerca de un siglo habia (1).

Asi don Sancho de Navarra se encontraba el mas poderoso de los monarcas cristianos. Pero esto era poco para satisfacer sus ambiciosas miras, que la facilidad con que se apoderára de Castilla no hizo sino despertar. La proximidad al reino de Leon, la corta edad del príncipe que ocupaba aquel trono, la fuerza de que entonces disponia, todo le excitaba á proseguir en la carrera de conquista que tan próspera se le presentaba. Érale, no obstante, necesario otro pretesto para llevar sus armas al territorio leonés, sobre el cual carecia absolutamente de derechos que alegar. Un suceso vino á proporcionarle el motivo ú ocasion que deseaba para romper con el rey de Leon. Hé aqui como lo refieren las crónicas.

Cazaba un dia el viejo monarca navarro con sus monteros en uno de los bosques de la comarca de Palencia. Un jabalí herido y acosado por los alanos se internó en lo mas fragoso de la selva: el rey que le perseguia con el ardor é interés de entusiasmado cazador le vió entrar en una gruta, y no vaciló en entrar tambien en pos de la fiera con resolucion de acabarla de matar: mas al levantar el brazo para arrojarla el venablo le sintió embargado é inmóvil. Entonces reparó en un altar que en el subterráneo habia con la imágen de San Antolin (2), y conociendo que la repentina paralisis del brazo podria ser un castigo de su desacato, pidió al santo perdon y le ofreció edificarle allí un templo, con lo que el brazo recobró su accion. Y habiéndole informado á don Sancho de que aquel era el solar de la antiquísima Palencia que el tiempo y las guerras habian arruinado y convertido en bosque de jarales, determinó reedificar la ciudad y en ella el prometido templo á San Antolin, encomendando este cuidado al obispo Ponce de Oviedo, de quien no sabemos cómo estuviese en tan íntimas relaciones con el monarca navarro siendo súbdito del de Leon. Sea lo que quiera de esta anécdota, que se encuentra referida en uno de los privilegios del rey don Sancho, debiósele á este rey la reedificacion de la ciudad y templo, y hállase hoy aquella santa gruta en medio del cuerpo principal de la catedral, dedicada al santo mártir Antolin, siendo objeto de gran veneracion para los fieles palentinos, de

(1) Roder. Tolet. De Reb. Hisp. c.—Escalona, Hist. de Sahagun, Apend.—Morales Coron. l. XVII.

(2) No de San Antonino, como le nombra Ferreras, ni de San Antonio, como le llama equivocadamente Romey.

los cuales no hay quien ignore la aventura del rey don Sancho y del jabalí, orígen tradicional de la fundacion del venerado santuario.

Opúsose el monarca leonés á la reedificacion de Palencia comenzada por el navarro, alegando pertenecer aquel territorio á sus dominios y no á los de Castilla; sostenia lo contrario el de Navarra, y la discordia produjo un rompimiento entre los dos príncipes, que era sin duda lo que Sancho apetecia, y mas en aquellos momentos en que el rey de Leon se hallaba en Galicia con objeto de sofocar dos pequeñas sediciones que en aquel pais se habian movido. Escogió, pues, el activo y experimentado Sancho ocasion tan oportuna para invadir resueltamente los estados de su nuevo enemigo, y fuéle fácil posesionarse del territorio comprendido entre el Pisuerga y el Cea, Franqueó seguidamente este rio, y avanzó hasta los llanos de Leon. Mas allí encontró ya á los leoneses alzados en defensa de su reino y de su rey. Este por su parte acudió tambien con su ejército de Galicia, y ya los dos monarcas estaban para venir á las manos, cuando los obispos de uno y otro reino se presentaron como mediadores, haciendo ver á ambos monarcas lo funestas que eran tales disensiones para la causa comun del cristianismo. Y éranlo en verdad tanto, que en aquella sazon acababa de caer el último califa de los Omeyas, arrastrando tras sí la disolucion del imperio musulman; oportunísima ocasion para arruinar del todo el quebrantado poderío de los muslimes, si los cristianos no se halláran con tales discordias distraidos. Lograron al fin las razones de los prelados traer á los dos monarcas á un acomodamiento (luego veremos si de buena fé por ambas partes), estableciéndose por bases de la paz el casamiento de Sancha, la hermana del rey de Leon antes prometida al malogrado García de Castilla, con el príncipe Fernando, hijo segundo del rey de Navarra (1012), que éste tomaria el título de rey de Castilla, y que Bermudo daria en dote á su hermana el pais que Sancho al principio de la campaña habia conquistado entre el Pisuerga y el Cea, quedando de esta manera cercenado el reino de Leon. Celebráronse las bodas con la mas suntuosa solemnidad, y Fernando quedó instalado rey de Castilla (1).

Parecia que con esto deberia haber quedado satisfecha la ambicion del anciano rey de Navarra, si á la ambicion de los conquistadores se pudiera poner límites. Pero apenas habian gozado un año de paz los leoneses, cuando volvió el navarro, sin pretesto que nos sea conocido, á llevar sus armas al territorio de Leon; se apoderó de Astorga (2), y procedió á gobernar como

(1) Roder. Tolet. De Reb. Hisp.—Luc. Tud. Chron.

(2) *Presit Sancius rex Astorga.* Ann. Complut.

dueño y señor el reino de Leon, las Asturias y el Vierzo hasta las fronteras de Galicia (1), donde se habia acogido Bermudo. De esta manera se halló Sancho el Grande de Navarra, merced á su ambicion y á su energía, dueño de un vasto imperio que se extendia desde mas allá de los Pirineos hasta los términos de Galicia, y si él no tomó ya el título de emperador, aplicáronsele despues por lo menos (2).

Pero duróle ya poco el goce de tan vasto poder, porque se cumplió el plazo que estaba señalado á la vida del conquistador. Y bien fuese que recibiera muerte violenta yendo á visitar las reliquias y el templo de Oviedo, segun la Crónica general; bien fuese natural su muerte, como parece indicarlo los dos prelados cronistas de Toledo y de Tuy, no le cogió aquella desprevenido, puesto que sintiendo aproximarse su fin tuvo tiempo para hacer entre sus hijos aquella célebre distribucion de reinos que tantas discordias habia de producir y tanto habia de alterar la respectiva condicion de los estados cristianos. Dejó, pues, Sancho á su hijo mayor García el reino de Navarra; á Fernando el antiguo condado de Castilla, juntamente con las tierras conquistadas al reino de Leon entre los rios Pisuerga y Cea; á Ramiro, habido fuera de matrimonio, le señaló el territorio que hasta entonces habia formado el condado de Aragon, y por último á Gonzalo, otro de sus hijos, el señorío de Sobrarve y Rivagorza.

Tal fué la famosa particion de reinos que don Sancho el Mayor de Navarra hizo entre sus hijos poco tiempo antes de su muerte acaecida en febrero de 1035, despues de un reinado de cerca de 65 años; duracion prodigiosa, y la mas larga que se hubiese hasta entonces visto (3).

En este mismo año (26 de mayo de 1035), murió tambien el conde de Barcelona Berenguer Ramon I. el *Curvo*, cuando solo contaba treinta años de edad, si bien el cielo le habia dotado de larga sucesion en dos mugeres que habia tenido, doña Sancha de Gascuña y doña Guisla de Ampurias, sucediéndole en la soberanía condal de Barcelona el primogénito del primer matrimonio Ramon Berenguer, llamado el *Viejo*, aunque jóven, por la razon que diremos después.

(1) Privilegio del rey don Fernando I. del año 1059.—Risco. España Sagr. tom. XXXVI. Apend.—Escol. Hist. de Sahagun, Apend.—Tal vez en este tiempo se acabó la iglesia de Palencia, cuya consagracion alcanzó á ver, y entonces hizo acaso tambien abrir el nuevo camino desde Francia á Santiago de Galicia, por Navarra, Briviesca, Amaya, Carrion, Leon, Astorga y Lugo, para los peregrinos que antes iban rodeando por las montañas de Alava y Asturias. Yerra Mariana cuando atribuye esta obra al conde Sancho de Castilla.

(2) El epitafio que se puso á la reina su muger decia asi: *Hic requiescit famula Dei Domna Mayor Regina, uxor Sancii imperatoris.*

(3) Mon. Silens. Chron.—Annal. Complut. p. 113.—Chron. Burg. pág. 308.

No conocemos bastante para poder apreciarlas debidamente, ni las razones especiales que moverian á Sancho de Navarra, ni la intencion y el fin que pudo llevar en distribuir de la manera que lo hizo entre sus hijos la rica herencia que les legó, ni los motivos personales que le impulsáran á dejar favorecidos á unos mas que á otros en aquella desigual partija. Infiérese de las escatimadas y oscuras esplicaciones de los escritores de aquel tiempo que influyeron no poco en ella secretos y afecciones nacidas de la vida doméstica de aquel gran monarca. De todos modos, cualquiera que hubiese sido la particion, una vez rota la obra laboriosa de la unidad, una vez distribuido como patrimonio de familia el grande imperio que Sancho habia sabido concentrar en una sola corona con los esfuerzos de su vigoroso brazo, hubiera sido difícil poner freno á la ambicion, á la codicia y á la envidia que muy pronto se desarrolló entre los hermanos coherederos, y evitar las sangrientas guerras civiles que entre ellos nacieron apenas enfrió el hielo de la muerte el cadáver de su padre.

Ramiro el Bastardo (1), á quien tocó el pequeño reino de Aragon, fué el primero que, descontento de su lote tomó las armas contra su hermano García de Navarra, que de órden y acaso con alguna mision de su padre se hallaba á la sazon en Roma. Mas no contando Ramiro con bastantes fuerzas propias para despojar á su hermano, llamó en su ayuda á los régulos musulmanes de Zaragoza, Huesca y Tudela, con cuyo refuerzo penetró hasta Tafalla y puso sus tiendas alrededor de esta ciudad. Pero García, que con noticia de la muerte de su padre, regresaba á sus estados, informado del movimiento y proyectos de Ramiro, reunió apresuradamente un ejército de pamploneses, y con la celeridad del rayo cayó sobre el campamento de Tafalla, arrolló las desapercibidas huestes, huyeron despavoridos los que quedaron con vida, y el mismo rey de Aragon, que acaso reposaba descuidado, para no caer en manos de García hubo de montar descalzo y casi desnudo en un caballo desjaezado y sin mas bridas que un tosco ronzal al cuello, y así huyó hasta ganar las montañas de su reino; quedando los navarros dueños de las tiendas y despojos de cristianos y musulmanes. Debe creerse que

(1) Pretenden algunos hacer á Ramiro hijo legítimo. Creemos que se equivoca el señor Cuadrado cuando dice (Recuerdos y Bellezas de España, tomo de Aragon, nota á la pág. 23): «La opinion de que Ramiro era bastardo no tiene apoyo alguno en las crónicas antiguas» En el *Ordo numerum Regum Pampilonensium* se lee: *Sanctius rex ex ancilla quadam nobilissima et pulcherrima, que fuit de Aybari, genuit Ranimirum*... ..*Deinde accepit uxorem legitimam reginam*.......*filiam comitis Sanzio de Castella*. El monge de Silos (Chron. n. 75) dice espresamente que le tuvo de una concubina: «*Dedit Ramiro, quem ex concubina habuerat*.......»

no tardaron en ajustarse paces entre los dos hermanos, pues se vió luego á don Ramiro en posesion tranquila de su reino (1).

Por su parte Bermudo de Leon, tan luego como supo la muerte de Sancho, se preparó á recobrar sus antiguos dominios. Ayudábale el buen espíritu de sus pueblos, y fácilmente se reinstaló en Leon y recuperó las tierras del Oeste del Cea. Como quien ostentaba hallarse otra vez en la plenitud de sus derechos, expidió carta de privilegio para la reedificacion de la ciudad y templo de Palencia, anulando la que habia dado don Sancho, como emanada de un poder ilegítimo. Y como en su propósito de recuperar todo lo que obligado por la fuerza y necesidad habia cedido al nuevo rey de Castilla avanzase sobre las modernas fronteras de los dos reinos, don Fernando, viéndose atacado por fuerzas superiores á las suyas, acudió en demanda de auxilio á su hermano don García el de Navarra. No tardó éste en presentarse con un ejército en Burgos. Reunidas las fuerzas de ambos reyes castellano y navarro, marcharon al encuentro del leonés. Halláronle con su gente en el valle de Tamaron, ribera del rio Carrion, y empeñóse una sangrienta batalla, en que de un lado y otro se peleó con igual arrojo y esfuerzo. El rey don Bermudo se mostró uno de los mas intrépidos y de los primeros en arrostrar los peligros: fiado en su juventud, en su valor, y en la ligereza de su caballo, llamado *Pelagiolus*, se precipitó lanza en ristre en lo mas cerrado y espeso de las filas enemigas buscando y desafiando á Fernando. Su ciega intrepidez le perdió. Fernando y García resistieron firmemente el choque de su rival; tropezóse Bermudo con las puntas de sus lanzas, y cayó mortalmente herido del caballo. Siete de sus compañeros de armas perecieron á su lado. El combate duró todavía algunos instantes, pero la noticia de la muerte de Bermudo se difundió entre los leoneses, y se pronunciaron en dispersion y retirada hácia Leon (1037).

Asi pereció el jóven rey don Bermudo III. (2), concluyendo en él la línea varonil de los reyes de Leon, pues un solo hijo que habia tenido sobrevivió unos pocos dias no mas á su nacimiento. El monge de Silos al dar cuenta de la muerte de aquel malogrado monarca, se muestra embargado y como agoviado de dolor. Todos los historiadores elogian las virtudes de este príncipe. Jóven, sin los vicios de la juventud, se ocupó en reformar las costumbres, era el consuelo de los pobres, fué justo y benéfico, y con leyes y castigos oportunos llegó á corregir en gran parte el desenfreno y la licencia que se habian introducido y propagado en el reino.

(1) Rod. Tolet. l. VI.—Mon. Sil. n. 76.—Luc. Tud. p. 91.

(2) Mon. Sil. n. 79.—Luc. Tud. ubi sup.—Sandoval, Historia del rey don Fernando el Magno.

Despues de la batalla de Tamaron, conociendo Fernando lo que le importaba la actividad para consumar su obra, prosiguió con su ejército victorioso hasta los muros de Leon. Cerráronle los leoneses las puertas; pero reflexionando luego sobre la dificultad de resistir al castellano, considerando por otra parte que no habia mas heredero del trono de Leon que doña Sancha su muger, y que no les convenia atraerse la enemistad del que un dia ú otro habia de ser su soberano, acordaron abrirle las puertas, entró don Fernando en Leon con banderas desplegadas y entre las aclamaciones de su ejército y alguna parte, aunque pequeña, del pueblo. Hízose, pues, ungir y coronar rey de Leon en la iglesia catedral de Santa María por su obispo Servando á 22 de junio de 1037.

De este modo vinieron á reunirse las coronas de Castilla y de Leon, que ambas habian recaido en hembras, la primera en doña Mayor, hija del conde de Castilla y muger de don Sancho de Navarra, y la segunda en doña Sancha, hermana del rey de Leon don Bermudo III. y muger de don Fernando: «accidente y cosa (dice el padre Mariana hablando de haber recaido las dos coronas en hembras), que todos suelen aborrecer asaz, pero diversas veces antes de este tiempo vista y usada en el reino de Leon: si dañosa, si saludable, no es de este lugar disputallo ni determinallo. A la verdad muchas naciones del mundo fuera de España nunca la recibieron ni aprobaron de todo punto.»

De esta manera se extinguió la línea masculina de aquella ilustre estirpe de reyes de Asturias y Leon que se remontaba hasta Pelayo y se enlazaba con las dinastías de los antiguos monarcas godos. La reunion de las dos coronas de Leon y de Castilla, si bien costó sangre muy preciosa, encerraba en gérmen la futura unidad de las monarquías cristianas de España. Por desgracia esta obra de la perseverancia española tardará todavía en llevarse á feliz término: sufrirá todavía interrupciones sensibles y contrariedades penosas; pero los cimientos de tan apetecida union quedaron echados.

CAPITULO XXI.

FRACCIONAMIENTO DEL CALIFATO.

GUERRA ENTRE LOS MUSULMANES.

De 1031 á 1060

Causas de la disolucion del imperio ommiada.—Reinos independientes que se formaron.—Córdoba, Toledo, Badajoz, Zaragoza, Almería, Valencia, Malaga, Granada, Sevilla, etc. —Familias y dinastías.—Alameríes, Tadjibitas, Beni-Al Afthas, Edrisitas, Zeiritas, Abeditas, etc.—Sábio y benéfico gobierno de Gehwar en Córdoba.—República aristocrática. —Orden interior.—Armamento de vecinos honrados.—Seguridad pública.—Ambicion del de Sevilla.—Sus guerras con los de Carmona, Málaga, Granada y Toledo.—El rey de Sevilla se apodera por traicion de Córdoba.—Fin del reino cordobés.—Revolucion en Zaragoza.—Extínguese allí la dinastía de los Tadjibi, y la reemplaza la de los Beni-Hud. —Independencia y sucesion de los reyes de Almería.—Justo y pacífico gobierno de Al-Motacim.—Prendas brillantes de este príncipe.—Reyes de Valencia. Alzase con este estado el de Toledo.—Los Beni-Al Afthas de Badajoz.—Engrandecimiento de Al-Motadhi el de Sevilla.—Su muerte.—Cualidades de su hijo y sucesor Al-Motamid.—Su rivalidad con el de Almería.—Necesidad de estas noticias para el conocimiento de la historia de la España cristiana.

Dos términos puede tener un imperio que se descompone y desquicia combatido por las ambiciones, destrozado por las discordias, devorado por la anarquía, y corroido y gangrenado por la desmoralizacion y por la relajacion de todos los vínculos sociales. Este imperio, ó es absorvido por otro, que se aprovecha de su desórden, de su debilidad y flaqueza, ó se fracciona y divide en tantas porciones y estados cuantos son los caudillos que se consideran bastantes fuertes para hacerse señores independientes de un territorio y defenderle de los ataques de sus vecinos. No aconteció lo primero

al imperio de los Ommiadas de España, merced á la falta de acuerdo entre los príncipes cristianos, los Alfonsos, los Sanchos, los Bermudos y los Borrells, á algunos de los cuales los mahometanos mismos habian enseñado por dos veces el camino de su capital. Malogróse aquella ocasion, y España tuvo que llorarlo por siglos enteros. Sucedió, pues, lo segundo, esto es, el fraccionamiento del imperio musulman en multitud de pequeños reinos independientes, como pedazos arrancados de un manto imperial.

Acostumbrados los walíes de las provincias á ver sucederse rápidamente dinastías y soberanos, fuertes por la flaqueza misma del gobierno central, halagados y solicitados por califas débiles que necesitaban de su apoyo para conservar un poder disputado, hechos á recibir por premio de un servicio prerogativas que los hacian semi-soberanos en sus distritos respectivos, de que fué el primero á dar ejemplo el grande Almanzor con sus slavos y alameríes (que no comprendemos cómo se escaparon sus funestas consecuencias al talento de aquel grande hombre), fuéronse emancipando de la autoridad suprema, de forma que á la caida del último califa no tuvieron que hacer sino cambiar los nombres de alcaides y walíes en los de emires ó reyes. Eran entre estos los mas poderosos los de Toledo, Zaragoza, Sevilla, Málaga, Granada y Badajoz, y por la parte de Oriente, los de Almería, Murcia, Valencia, Albarracin, Denia y las Baleares; aparte de otra multitud de pequeños soberanos, de los cuales habíalos que poseian solo un reducido canton, una sola ciudad ó fortaleza. C· da cual en su escala tenia su córte, sus vasallos y su ejército, levantaba y cobraba impuestos, muchos acuñaron moneda con su nombre, y alguno tomó el pomposo título de Emir Almumenin.

No es fácil determinar la época precisa en que cada uno de estos reinos comenzó á ser ó á llamarse independiente, pues si bien desde el año 1009 empezaron algunos walíes á negar con diferentes pretestos y escusas su obediencia á los califas ó á rebelarse de hecho contra ellos, ó bien reconocian después á otros que les sucediesen y fueran mas de su partido, ó bien aquellas mismas excusas y pretestos demuestran que aun no se atrevian á emanciparse abiertamente del gobierno central. Otros á quienes los califas dejaban en una dependencia puramente feudal, iban arrogándose poco á poco los demas derechos y constituyéndose en señores absolutos, relevándose del feudo siempre que la debilidad de los califas lo permitia. De modo que desde la muerte del segundo hijo de Almanzor hasta la extincion del califato en el tercer Hixem, puede decirse que fueron fermentando y desarrollándose estas pequeñas soberanías, hasta que al nombramiento de Gehwar en Córdoba en 1031 se vió que era escusado contar ya

con los walies, y que cada cual gobernaba su comarca con autoridad propia y se apellidaba rey.

Compréndese bien que entre tantos régulos ó caudillos, pertenecientes á distintas familias ó dinastías, todos mas ó menos ambiciosos, obrando todos con independencia, dispuestos á sostener la posesi on de su territorio, con opuestos intereses, sin respeto á un poder superior que los refrenára, la condicion natural é inevitable de esta situacion habia de ser la guerra. La España mahometana habia de ser teatro de complicadas luchas, de alianzas y rompimientos infinitos de los musulmanes entre sí y con los príncipes cristianos, de variados incidentes, en que se viera á soberanos y pueblos desplegar todo género de afectos, y pasiones, nobles y generosas, miserables y flacas, á que ayudaban las costumbres á la vez bárbaras y caballerescas de las diferentes razas y familias que formaban aquellos reinos. Embarazo grande para el historiador, que por largo tiempo ha de tener que ligar los descosidos retazos de cerca de cuarenta estados, entre cristianos y musulmanes, que á este tiempo se encuentran formados en el territorio de nuestra Península. Dejamos, no obstante, á los historiadores de la dominacion sarracena en España el cargo de referir los sucesos especiales de algunas de estas pequeñas soberanías que pasaron sin ejercer grande influjo, tal vez sin que llegára á sentirse su influencia en la condicion social de los dos grandes pueblos, y nos concretaremos á hablar de las principales dinastías, y de aquellos hechos que tuvieron alguna importancia en la historia general de la Península.

Hemos nombrado ya los mas poderosos emiratos que se formaron en la España musulmana á la caida del imperio Ommiada. Casi toda la parte oriental y mucha de la meridional quedaba en poder de los Alameríes y de los Tadjibitas (llamados así estos últimos de la tribu de que eran originarios), familias unidas por la sangre y por las alianzas. En Zaragoza dominaba el bravo Almondhir el Tadjibi, á quien hemos visto figurar en las guerras de los últimos califas de Córdoba, y que por su valor y sus hazañas era apellidado con el título de Almanzor. Almondhir se habia apoderado de Huesca, cuyo gobierno tenia su primo Mohammed ben Ahmed, el cual tuvo que refugiarse al lado del rey de Valencia Abdelaziz, nieto de Almanzor. Acogió Abdelaziz con tanta benevolencia á su ilustre y desgraciado huésped, que dió en matrimonio sus dos hermanas á los dos hijos de Mohammed. Pereció éste en el mar queriendo pasar á Oriente. Sucedió á Almondhir en el reino de Zaragoza su hijo Yahia, que reinó diez y seis años, y acabó con él la dinastía de los Beni-Hixem, apoderándose de Zaragoza Suleiman ben Hud, aquel walí de Lérida que habia dado generoso asilo al postrer califa Ommiada Hixem III. Con Suleiman reemplazó en Zaragoza á la familia de los Tadjibitas la de los

Beni-Hud. Era Yahia rey de Zaragoza cuando el pirmer rey de Aragon don Ramiro invocó el auxilio de los musulmanes aragoneses para hacer la guerra á su hermano don García de Navarra (1).

En Almería sucedió á Hairan el Alameri, muerto en 1028, su hermano Zohair, el cual guerreó con Badis el de Baeza, y murió en batalla en Alpuente en 1038 despues de un reinado de diez años. Abdelaziz el de Valencia intentó apoderarse de Almería despues de la muerte de Zohair, pero Mogueiz el de Denia atacó entretanto á Valencia, y queriendo Abdelaziz hacer la paz con él salió de Almería dejando el gobierno de la ciudad á su hermano Abul Ahwaz Man, que despues se declaró independiente, y le reconocieron entre otras ciudades, Lorca, Baeza y Jaen.

Murcia pertenecia á los estados del dominio de Zohair, pero despues de la muerte de este príncipe pasó con su territorio á Abdelaziz el de Valencia (2). En Castellon, Tortosa y fronteras de Cataluña, dominaban tambien los Tadjibitas y Alameríes. Otro tanto acontecia en Mérida y casi todo el Portugal. Mandaba allí Abdallah ben Al Afthas, y los Afthasidas eran tambien adictos á los Alameríes á quienes debian su reino. Alameri era igualmente Sapor ó Sabur que se habia alzado con el gobierno independiente de Badajoz, hasta que se apoderó de esta ciudad y reino el mismo Abdallah ben Al Afthas. Y en Toledo dominaba Ismail Dilnûm, cuya familia dió á este reino cuatro emires ó reyes.

Por el contrario, en Málaga y Algeciras reinaban los Edrisitas, ó sea la familia de los Ben Alí y Ben Hamud, de aquellos emires de África que obtuvieron en los últimos tiempos el califato de Córdoba, y cuyo señorío se estendia por las vertientes meridionales de las Alpujarras, teniendo su principal fuerza y apoyo en Africa. El pais de Granada y Elvira era regido por un sobrino de Zawi el Zeiri, aquel que tanto habia favorecido á los califas africanos contra los Ommiadas durante las guerras del imperio, y que continuaba tan adicto como su tio al partido y familia de los Hamuditas. Por último, el reino de Sevilla se hallaba en manos del poderoso Mohammed Ebn Abed, que habia bastado él solo para derribar al califa Yahia ben Alí, y

(1) Aquí nos separamos en muchos puntos de la narracion de Conde, y tomamos del señor Dozy aquellas noticias en que nos parece rectifica con mas justicia y fundamentos á Conde, al arzobispo don Rodrigo, y á los que han seguido á estos autores. En la pág. 53 y siguientes del tom. I. de sus Investigaciones sobre la historia de la edad media de España pueden verse los errores que nota en Conde acerca de esta dinastía de los Tadjibitas.

(2 Es muy oscura la historia de Murcia en esta época. Gayangos confiesa que es casi imposible decidir en esta materia no pudiendo consultarse los manuscritos de que se valieron Conde y Casiri. Dozy se propone aclararla.

acaso el mas terrible de los que aspiraban á recoger la herencia de los Ommiadas.

Tal era el estado de la España muslímica cuando á consecuencia de la retirada del último califa Ommiada fué proclamado emir de Córdoba por los jeques, vazzires y cadíes reunidos el honrado Gehwar ben Mohammed, hombre de relevantes dotes personales, de ilustres ascendientes, ageno á todos los partidos, respetado por todos los bandos y muy querido de todos. Gehwar, modelo de desinterés y de modestia en medio de tantas ambiciones desmedidas, creó para el gobierno del estado un divan ó consejo compuesto de los principales gefes de las tribus, especie de asamblea aristocrática á la cual invistió del supremo poder, reservando para sí solamente la presidencia. El divan era el que deliberaba sobre todos los negocios graves del estado, y si alguno se dirigia á él en particular con alguna queja ó demanda, acostumbrába á responder: «Yo no puedo resolver por mí en este asunto: eso pertenece al consejo, y yo no soy mas que uno de sus individuos.» Moderacion desusada en tales tiempos, y con cuya política, á la vez que rehuia la responsabilidad de exigencias peligrosas se captaba las voluntades así de los hombres influyentes como del pueblo. Todo correspondia en él á esta prudente y modesta conducta. Costó mucho trabajo hacerle habitar los régios alcázares, y cuando ya se determinó á ello, arregló el servicio de palacio bajo el pie económico de una casa particular, reduciendo gastos y suprimiendo gran número de sirvientes, y fuera de la material suntuosidad del alcázar parecia mas bien la vivienda de un súbdito honesto que la morada del gefe del estado.

Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre el gobierno de este ilustre musulman. Una de sus primeras medidas fué la abolicion de los delatores, que vivian como en otro tiempo los de Roma de las calumnias y litigios que ellos mismos inventaban ó fomentaban. Estableció procuradores asalariados como los jueces y especie de fiscales encargados de las acusaciones públicas. Creó proveedores, alcaldes de los mercados, almoxarifes ó recaudadores de los impuestos, que cada año tenian que dar cuenta de su administracion al divan. Formó un cuerpo de inspectores de seguridad pública y de wazzires encargados de vigilar la ciudad de dia y de noche. Cerrábanse las puertas y las tiendas á determinada hora. Hizo dar armas á los vecinos mas honrados y acomodados, los cuales por turno rondaban las calles, y concluido su servicio entregaban las armas á los que habian de reemplazarlos, dándoles cuenta de lo que habian observado. Para prevenir los excesos y crímenes que solian cometerse de noche y que los malhechores no pudieran evadir el castigo fugándose de un cuartel á otro, hizo construir

barreras ó verjas de hierro al extremo de cada calle. Con tan esmerada policía logró restablecer la tranquilidad y seguridad pública despues de tantos desórdenes, y con las medidas para el abastecimiento de la ciudad llegó á hacerse Córdoba el granero de España y el gran mercado á que concurrian gentes de todas las provincias.

Bajo un gobierno tan prudente y paternal, y bajo una administracion tan económica y acertada parece que hubieran debido los walies agruparse en derredor del único hombre que se mostraba capaz de volver la vida al desmoronado imperio. Asi lo intentó el mismo Gehwar escribiéndoles y exhortándoles á que le prestáran obediencia como á gefe superior del estado: pero fueron ya inútiles los esfuerzos y las buenas intenciones de Gehwar; llegaban tarde, y el mal no tenia remedio. Despreciaron la excitacion unos, y recibiéronla otros con indiferencia fria y desconsoladora. Disimuló no obstante el prudente Gehwar, y aun volvió á escribirles aplaudiendo su celo por el bien y la seguridad de las provincias que les estaban encomendadas, pero rogándoles no olvidasen que la union y la concordia eran la base de la prosperidad de los imperios.

Dirigíanse tan buenos consejos á quienes no tenian voluntad de oirlos. Estaban demasiado vivas las rivalidades y las ambiciones, y la guerra era inevitable. Fué el primero á romperla el poderoso emir de Sevilla, Mohammed Ebn Abed, acometiendo al sahib de Carmona, cuya familia deseaba exterminar. Bloqueado estrechamente el de Carmona, pudo no obstante fugarse, y corrió á implorar el auxilio de los de Málaga y Granada, Edris ben Ali y Habus ben Zeiri, los cuales le facilitaron tropas y recursos con el designio de atajar los ambiciosos proyectos del de Sevilla. Este por su parte envió contra los aliados á su hijo Ismail con un cuerpo de ejército. En un encuentro que tuvieron sucumbió peleando Ismail, y los soldados de Málaga enviaron su cabeza en testimonio de su triunfo á su rey Edris (1034). Este funesto golpe y el temor de que Gehwar pudiese ligarse contra él con aquellos mismos emires movieron al de Sevilla á discurrir un medio que le diese á él prestigio y visos de justificacion á sus pretensiones. Al efecto inventó la especie mas original y peregrina. Publicó que el califa Hixem II. el Ommiada habia reaparecido otra vez en Calatrava, que aquel infortunado califa le habia pedido su amparo, que él le habia dado asilo en su alcázar y prometídole reponerle en el califato. Hízolo anunciar oficialmente, y escribió á los principales jeques y walies de España y África interesándolos en favor del segunda ó tercera vez resucitado califa. Por extravagante y absurda que fuese la ficcion, era tal el respeto y cariño que los pueblos de Andalucía conservaban al ilustre nombre de los Beni-Omeyas, que aunque todos los hom-

bres de razon oyeron con desden tan inverosímil fábula no faltó quien por credulidad ó por política la prohijase, y llegó á rezarse la chotba en las mezquitas y á batirse moneda en la zeka de Sevilla á nombre de Hixem II (1036).

Pero entretanto el ejército aliado de Málaga, Granada y Carmona corrió las tierras de Sevilla, llevó sus algaras hasta las puertas de la ciudad, y llegó á entrar en el arrabal de Triana. Logró al fin rechazarlos el general de la caballería sevillana, Ayub ben Ahmer, y los aliados, culpándose mútuamente del mal éxito de la espedicion, se separaron desavenidos y se volvió cada cual á su pais. Ayub se recompensó á sí mismo alzándose con la soberanía de Huelva y de Gezirah Saltis, cuyo gobierno tenia, al modo que su hermano Ahmed ejercia un señorío absoluto en Niebla. A este precio se salvó Sevilla.

Así las cosas, falleció el rey de Málaga Edris ben Alí (1039), sucediéndole con general aprobacion su hijo Yahia ben Edris, conocido por Hassan. Mas llegado que hubo la noticia de la muerte de Edris á Ceuta, el slavo Nahjah que tenia aquel gobierno, vino de allí con el proyecto de coronar en Málaga al jóven Hassan ben Yahia, á quien él habia educado, y á cuya sombra se prometia dominar á un tiempo en Málaga y Ceuta. Siguióse una guerra en que el slavo llegó á poner en aprieto grande al de Málaga, y en la mayor extremidad, hasta encerrarle en su propio palacio como en una prision. Dios sabe en qué hubieran parado sus proyectos á no haber acudido en socorro del de Málaga su pariente Mohammed ben Kassin el de Algeciras. Murió por último el ambicioso Nahjah en una celada que el de Algeciras supo prepararle, y desalentadas sus tropas, las unas se retiraron á África, las otras se quedaron al servicio del mismo Ben Kassin el de Algeciras, el emir de Málaga fué repuesto, y volvieron las cosas al estado anterior.

Tales discordias, tales facciones y guerras á la vecindad misma de Córdoba, convencieron al buen Gehwar, con harta pesadumbre suya, de que sus generosos planes de union y de paz eran irrealizables, é inútiles de todo punto sus nobles gestiones. Entonces se resolvió á ir sometiendo por la fuerza á los mas vecinos y menos poderosos de los rebeldes. Envió, pues, un general con un cuerpo de caballería escogida á ocupar la comarca de Alsahliah que tenia Hudhail como si fuese suya propia. Pero imploró este jeque el auxilio de Ismail ben Dilnûm el de Toledo, y una hueste toledana penetró fácilmente en el territorio ocupado por los de Gehwar y repuso á Hudhail, á quien el pais por otra parte amaba por sus buenas prendas y por la dulzura con que le gobernaba. A pesar de no ser venturosos los sucesos de la guerra de Gehwar contra el señor de Alsahliah y el de Toledo,

amábanle los cordobeses con justo entusiasmo por su bondad y su acrisolada justicia, y bendecíanle por la tranquilidad y la abundancia interior de que gozaban á la benéfica sombra de su sábia administracion y gobierno: llamábanle el padre del pueblo y el defensor del estado, y no habia sacrificio á que por él no se prestáran gozosos. En tan feliz estado vivieron hasta que acaeció su muerte en el año de la hegira 435 (1044). Acompañaron su pompa funeral con llanto y sollozos todos los vecinos de Córdoba; y hasta las retiradas doncellas, dice el escritor arábigo, fueron detrás de su féretro derramando preciosas lágrimas. Sucedióle su hijo Mohammed Abul Walid, tan prudente y virtuoso como su padre, pero de salud enfermiza y quebrantada. Amigo de la paz, mas de lo que convenia en tan revueltos tiempos, entabló negociaciones de avenencia con el rey de Toledo y el señor de Alsahllah, mas habiéndole éstos contestado con altiva aspereza, continuó á pesar suyo la guerra por las comarcas fronterizas, no con gran resultado.

Entretanto el de Sevilla creyó ya oportuno dar otro giro á la fábula de la aparicion de Hixem, y publicó que habia muerto, dejándole escritas unas cartas en que le declaraba su heredero y vengador de sus enemigos. No faltaron todavía imaginaciones que se dejáran seducir por la nueva conseja, y especialmente los alameres y la gente sencilla del pueblo, á quienes el inextinguible apego á la dinastía de los Omeyas predisponia á creer todo lo que se les contára favorable á aquella esclarecida familia. Logró, pues, con esto que se le mantuvieran fieles los que se le habian adherido cuando comenzó á pregonar la primera parte de la fábula. Mas un suceso fatídico vino á su vez á turbar la imaginacion supersticiosa del emir. Su hijo Abed estaba casado con una hermana de Mogueiz el rey de Denia, y de este matrimonio nació en 1041 un niño de quien auguraron los astrólogos que al fin de sus dias y cuando su fortuna se hallase en el plenilunio de la prosperidad se eclipsaria totalmente. Al oir Ebn Abed que su nieto estaba sometido á las adversidades de un fatalismo irresistible, devoróle la pesadumbre de saber lo poco duradera que habria de ser su dinastía. Consumióle una enfermedad de melancolía, y al poco tiempo la muerte, dice la crónica, le trasladó de los alcázares de Sevilla á los del Paraiso (1042).

Sucedióle su hijo Abed llamado Al Motadhi, príncipe de buen personal y de agudo ingenio, pero cruel y por demas voluptuoso. Dícese de él que en tiempo de su padre entretenia en su harem hasta setenta lindas esclavas compradas á precio de oro en diferentes paises, y que dueño del trono aumentó el número hasta ochocientas. Al propio tiempo hacia servir á sus cortesanos bebidas dulces en tazas guarnecidas de oro y pedrería, formadas de cráneos de los principales personages cuyas cabezas habian derribado el

alfange de su padre y el suyo, entre los cuales se contaba el del califa Yahia ben Alí. Este hombre feroz y disoluto era ademas censurado de impío, porque en los veinte y cinco castillos de sus dominios solo hizo una mezquita y un púlpito, y en las comidas y bebidas no era tampoco mas guardador de la ley del Coran. Hizo Al Motadhi de nuevo la guerra á los emires de Málaga, Granada y Carmona, y logrando ganar à su partido á Mohammed el de Algeciras, éste, aunque primo de Edris II. el de Málaga, á la cabeza de sus negros mercenarios acometió la capital del Edrisita y se apoderó de su trono. Sublevóse en favor de su legítimo rey el pueblo de Málaga, los negros del de Algeciras ó capitularon ó se fugaron descolgándose por el muro, y abandonado Mohammed se rindió á discrecion. Edris tuvo la generosidad de perdonarle la vida contentándose con desterrarle á Larache. Perdióle aquella misma clemencia, porque Mohammed, nunca arrepentido, siguió desde el destierro el hilo de sus tramas, volvió sobre Málaga, conmovió el pueblo, y destronó á Edris, que murió ya viejo en una prision.

El de Toledo que veia sus campiñas taladas por las tropas del de Córdoba, escribió á su yerno Abdelmelik, hijo del rey de Valencia Abdelaziz, y al walí de Cuenca Abu Ahmer para que levantasen gente y le acudiesen con ella. Para quedar mas desembarazado hizo treguas con los cristianos de Castilla y Galicia. Hecho esto, entróse con poderosa hueste por las tierras del de Córdoba, tomóle muchas fortalezas, y convencido Ben Gehwar de que no podia resistir solo á tan terrible adversario solicitó por su parte la alianza y ayuda de Al Motadhi el de Sevilla y de Mohammed ben Al Afthas el de Algarbe. En uno y otro halló la proposion benévola acogida, y por medio de sus respectivos vazzires reunidos en Sevilla, despues de una madura discusion á que asistieron los arrayaces ó régulos de otros pequeños estados, se estipuló una triple alianza entre los de Sevilla, Córdoba y Algarbe, para el mantenimiento y recíproca defensa de la integridad de sus dominios contra los enemigos exteriores, pero sin mezclarse en los asuntos de gobierno interior del estado de cada uno. Sin embargo, no quedaron los de Córdoba y el Algarbe muy satisfechos de los términos del convenio, en el cual salia aventajado el de Sevilla; pero disimularon por entonces porque le necesitaban (1051).

En conformidad á lo pactado auxilió el de Sevilla á Ben Gehwar el de Córdoba con un cuerpo de quinientos ginetes mandados por Ben Omar de Oksonoba, y otro semejante socorro le envió el de Badajoz. Los señores de Huelva, Niebla y Santa María de los Algarbes, desazonados contra el de Sevilla por no haber querido reconocerlos independientes, se ofrecieron á pasar sin su órden al servicio del cordobés; sabido lo cual por Ben Abed el

Sevillano, despachó contra ellos á su hijo Mohammed, que sucesivamente se fué apoderando de los estados y dominios de todos aquellos aspirantes á soberanos. Carmona, aquella ciudad tan codiciada por los Abed, vióse tambien en la triste necesidad de rendírsele, y aunque otra vez pudo su sahib escaparse de noche é interesar de nuevo en su favor á su antiguo aliado el de Málaga, no alcanzó otra cosa que poder fortalecerse en Ecija, única ciudad que le quedaba de su pequeña soberanía.

No intimidó la triple alianza á Ismail Dilnûm el de Toledo: sus huestes continuaron devastando las campiñas de Córdoba, y por último en un sangriento combate que duró un dia entero deshicieron el ejército confederado cerca del rio Algodor, así llamado por los muchos ardides y estratagemas que usaron en aquella lid los caudillos de ambas huestes. Golpe fué aquél que difundió la consternacion en Córdoba, é hizo despertar al príncipe Abdelmelik, hijo de Ben Gehwar, hasta entonces distraido en juegos y deleites con los jóvenes de su edad. Avivóle el temor del peligro, y corrió á Sevilla á implorar con urgencia mayor socorro de Abed Al Motadhi. Pero este astuto y artificioso emir entretúvole con obsequios, cumplimientos y lisonjas, y despidióle por último con muchos ofrecimientos y con el escaso auxilio de doscientos caballos. Cuando Abdelmelik llegó á las cercanías de Córdoba, halló la ciudad estrechamente cercada por los toledanos. Cortadas las comunicaciones, apretada la plaza, enfermo el rey y consternado el pueblo, ofreciéronse premios á quien se atreviera á llevar cartas al príncipe Abdelmelik y al rey de Sevilla, que eran ya su única esperanza. No faltó quien tuviera arrojo para atravesar el campo enemigo, y poner las cartas en manos de los dos personages. El rey de Sevilla creyó llegada la ocasion oportuna para sus secretos proyectos, y dióse prisa á enviar á su hijo Mohammed y al caudillo Aben Omar con toda la fuerza que pudo reunir de á pie y de á caballo, y con instrucciones de lo que deberian hacer. Qué instrucciones fuesen éstas, nos lo van á demostrar pronto los hechos. Grande fué la actividad que desplegaron los gefes sevillanos y muy bien meditadas las dispociones que tomaron para el combate. Realizóse éste, y la caballería valenciana auxiliar del de Toledo huyó ante la impetuosa acometida de las lanzas sevillanas y cordobesas. El desórden de aquella desconcertó á los de Toledo, y todos se retiraron despavoridos. Los caballeros de Córdoba no quisieron presenciar inactivos el triunfo de sus favorecedores, y salieron tambien de la ciudad en alcance de los fugitivos.

Aquí comenzó el caudillo Aben Omar de Sevilla á cumplir las instrucciones de su señor. Mientras las tropas vencedoras corrian dando caza á los que huian, y en tanto que los de Córdoba habian salido á recoger los des-

pojos del campo enemigo. Aben Omar, sin que nadie pudiese sospechar de sus intenciones, entróse con su hueste en Córdoba, ocupó las puertas y los fuertes, se apoderó del alcázar, y el desgraciado y enfermo Abul Walid Ben Gehwar se encontró custodiado, preso en su propio palacio por una guardia que se habia convertido de auxiliar en señora. Afectóle de tal manera tan inesperada maldad y traicion, que la enfermedad se le agravó rápidamente, y á los pocos dias le condujo al sepulcro. Cuando el príncipe Abdelmelik volvió del alcance y supo la alevosía de los sevillanos que le esperaban ya como enemigos á las puertas de la ciudad para impedirle la entrada, ardiendo en ira vacilaba sobre el partido que deberia tomar, pero sacóle de la incertidumbre la misma caballería sevillana que le rodeó intimándole la rendicion. Determinóse el desesperado príncipe á morir matando, y peleó con heróica bravura, despreciando las ocasiones que tuvo para huir, hasta que herido de muchas lanzadas cayó prisionero. Encerráronle los nuevos poseedores de Córdoba en una torre, donde le acabó la pesadumbre mas que las heridas, y murió maldiciendo á su falso amigo Abed Al Motadhi el de Sevilla, pidiendo al Dios de las venganzas que diese igual suerte al príncipe su hijo, y oyendo entre los sollozos de la muerte las aclamaciones con que era recibido en Córdoba el rey de Sevilla, el cual á fuerza de mercedes y de fiestas y espectáculos de fieras (1), con que halagó y entretuvo á los cordobeses, procuró hacerles olvidar la memoria del sábio y benéfico gobierno de los Gehwar, cuya dinastía quedó extinguida juntamente con el reino de Córdoba (1060).

Asi acabó la grandeza y la independencia de aquella ciudad insigne, que por mas de tres siglos habia sido la metrópoli del imperio ismaelita, «la madre de los sábios, la antorcha de la fé y la lumbrera de Andalucía,» la córte de los ilustres y poderosos califas, el centro y emporio del comercio, del lujo, de la riqueza y de las artes, y la envidia del Oriente. El rey de Sevilla pudo vanagloriarse del medio que empleó para alzarse con el mas precioso resto del imperio y del califato.

Mientras tales sucesos acontecian en el Mediodía y Centro de la España musulmana despues de la caida del imperio Ommiada, en la parte oriental ocurrian otros de no menor importancia, y cuyo conocimiento nos es indispensable para la inteligencia de la historia misma de los reinos cristianos, con la cual está íntimamente unido (2). Al emir de Zaragoza Almondhir el

(1) Es la primera vez, observa un erudito escritor moderno, que hallamos mencionados en las memorias arábigas los combates de fieras á estilo de los romanos.

(2) Para los hechos hasta aquí referidos en el presente capítulo hemos consultado á Conde part. III., desde el cap. 1. hasta el 5). «Sobre las guerras civiles que si-

Tadjibi, cuyos hechos hemos contado en otro capítulo, sucedió en 1023 su hijo Yahia, que reinó diez y seis años, y fué el que auxilió á Ramiro I. de Aragon, aunque con poca fortuna (1). Yahia murió en una revolucion que acaeció en Zaragoza en 1039, asesinado por su primo Abdallah ben Hacam, probablemente sobornado por Suleiman ben Hud el de Lérida, que fué el que se alzó con el reino, puesto que el asesino le reconoció por su soberano. Amotinóse el pueblo de Zaragoza contra Abdallah, que tuvo que retirarse al fuerte castillo de Rota'l-Yeud, llevando consigo todos los tesoros de la familia real. El populacho saqueó el palacio arrancando hasta los mármoles, y hubiérale destruido completamente si no hubiera acudido á toda prisa Suleiman, el cual restableció el órden y quedó desde esta época reinando en Zaragoza, reemplazando asi á la dinastía de los Tadjibi la de los Beni-Hud.

Otro de los mas poderosos, y acaso el mas bello de todos los principados que se fundaron sobre las ruinas del imperio fué el de Almería. Despues de la muerte de Zohair el sucesor de Hairan, cuyos hechos hemos tambien referido, quiso apoderarse de Almería Abdelaziz el de Valencia, nieto de Almanzor, pero estorbóselo Mogueiz el de Denia acometiendo á Valencia mientras aquél se hallaba en Almería. Con objeto de hacer la paz con Mogueiz, salió Abdelaziz de esta ciudad dejando por gobernador de ella á su cuñado Abul Ahwaz Man (1040). Declaróse Man independiente, y reconociéronle la mayor parte de las ciudades de aquel reino, que abrazaba territorios de Murcia, de Granada y de Jaen. Poco tiempo reinó Man, pues murió en 1041, y le sucedió su hijo Mohammed, de edad de catorce años, durante cuya minoría gobernó el estado su tio Abu Otbah el Zomadih. Sublevóse contra el nuevo príncipe

guieron á la caida del califato de Córdoba, dice el ilustrado Romey (tom. V. cap. 22 nota), las mejores noticias, aunque recogidas con poco tino y criterio, se hallan en Conde. Nosotros le hemos seguido en muchas cosas, sin dejar por eso de consultar el corto número de textos ó fuentes que están á nuestro alcance, tales como Casiri, Al Makari, Ebn Abd el Halim, etc.». Otro tanto hemos hecho nosotros. Mas respecto á los emiratos y dinastías de Zaragoza, Valencia y Almería, etc., á no dudar padeció Conde muchas equivocaciones, y seguimos generalmente á Dozy que le rectifica, segun al principio apuntamos. «Reina, dice Saint-Hilaire (tom. III., pág. 273, nóta), en la sucesion de los emires dè Zaragoza una confusion enmarañada..... Conde, Rodrigo de Toledo y Casiri se contradicen á cual mas sobre este punto.» Sobre los emires de Almería, punto no menos intrincado, dice Lafuente Alcántara (Hist. de Granada, tom. II. p. 204 nota 2): «La historia dé esta dinastía debe ocupar á los ingenios valencianos y aragoneses.» Es lo que se ha propuesto esclarecer Dozy en el tom. I. de sus Investigaciones. Tócamos, pues, ser el primer español que, guiado por este sábio orientalista, aclàre los oscuros sucesos de aquellos paises en el período que nos ocupa.

(1) La familia de los Tadjibitas ó de los Beni-Hixem habia reemplazado en Zaragoza á los Beni Lope, de quienes en nuestra historia hemos hablado. Habia sido su gefe Abderrahman el Tadjibi. El primer Tadjibita que vino á España fué Almirah, segun Ibn Alabar.

el gobernador de Lorca, y aunque acudió contra él el regente, no le fué posible reducirle á la obediencia. El regente murió á los tres años, y Mohammed comenzó de diez y siete á regir por sí mismo el reino (1044), y á ejemplo de Abed el de Sevilla que habia tomado el nombre de Al Motadhi, este tomó el de Al Motacim, con que es conocido en la historia.

La corta edad de este príncipe tentó á sus vecinos á hacerse señores de las plazas situadas á alguna distancia de la capital, y como en realidad Al Motacim no se distinguiera por lo belicoso, lográronlo aquellos sin dificultad grande hasta reducirle al recinto de la ciudad y de la comarca que la circunda, y aun asi no carecia de importancia, porque la sola ciudad equivalia á un reino. Todos los escritores árabes ponderan su grandeza en aquella época. Contábanse en ella, dicen, cuatro mil telares de las mas preciosas telas, habia multitud de fábricas de utensilios de hierro, de cobre y de cristal, era el puerto mas concurrido de España, buques de Siria, de Egipto, de Génova y Pisa se surtian en él de todo género de mercancías, y contenia cerca de mil hospederías y casas de baños.

Mas si Al Motacim no era ni gran capitan ni profundo político (dice el autor de quien tomamos estas noticias); si el historiador no puede consagrarle páginas brillantes, la justicia obliga á poner en su cabeza la bella corona debida á un príncipe que merecia ser llamado el bienhechor de sus súbditos. No envidiaba á los que poseian mas vastos dominios que los suyos; contentábase con lo que tenia: enemigo de verter sangre, cuando la necesidad le forzaba á rechazar los ataques de sus ambiciosos vecinos, hacia la guerra contra su voluntad: honraba la religion y los sacerdotes, y ciertos dias de la semana reunia en una sala de su palacio los faquíes y cortesanos, los cuales conferenciaban alli y discutian sobre los comentarios del Coran y sobre las tradiciones relativas al Profeta. Era justo, bondadoso, y se complacia en perdonar las injurias (1). Ciertamente, prosigue este autor, si un príncipe tan noble,

(1) Cuéntase de él la siguiente curiosa anécdota. Despues de haber colmado de favores al famoso poeta de Badajoz Abul Walid al-Nibli, éste desde Sevilla cometió la ingratitud de insertar en un ditirambo compuesto en honor de aquel rey, el siguiente verso: *Ebn Abed ha destruido los berberiscos; Ebn Man* (que era el de Almería), *ha esterminado los pollos de las aldeas.* Pasado algun tiempo volvió el poeta á Almería, olvidado ya de la amarga sátira que habia escrito contra Al Motacim. Convidóle este príncipe un dia á comer, y no le presentó otra cosa que pollos de distintas maneras aderezados. «Pero, señor, esclamó admirado el poeta, ¿no hay en Almería otros manjares que pollos?—Otros tenemos, respondió Al Motacim, pero he querido haceros ver que os engañásteis cuando dijisteis que Ebn Man habia esterminado los pollos de las aldeas.» Quiso el poeta, abochornado, disculparse, pero el príncipe: «Tranquilizaos, le dijo; un hombre de vuestra profesion no gana su vida sino obrando como vos: el solo que merece mi cólera es el que os oyó recitar este verso, y sufrió que ultrajáseis á un

tan generoso, tan justo, tan amante de la paz, hubiera reinado en otra época y en un pais mas estenso, su nombre hubiera sido inscrito entre los de los reyes que no deben su gloria á los arroyos de sangre vertida por ensanchar algunas leguas los límites de su reino, sino á los beneficios que han derramado sobre sus súbditos y á su amor por la justicia. El carácter de Al Motacim era bien diferente del de los demás príncipes que gobernaban entonces la España, y su proteccion á las letras atrajo á Almería un considerable número de los mas distinguidos ingenios de la época. Consagrado á hacer la felicidad pacífica de sus gobernados, ningun acontecimiento político de importancia caracterizó su largo reinado, que duró hasta junio de 1091.

Habiendo muerto en 1061 Abdelaziz el de Valencia, sucedióle su hijo Abdelmelik Almudhaffar bajo la tutela de su pariente Al Mamun el de Toledo, que habia sucedido á Ismail Dilnûm, el cual nombró su representante en Valencia á Abu Abdallah Ebn Abdelaziz, perteneciente á una familia plebeya de Córdoba y cuyo hijo habia de sentarse en el trono de Valencia. Cuando en 1064 fué esta ciudad sitiada y atacada por Fernando de Castilla, segun en su lugar diremos, Abdelmelik pudo salvarse por la fuga. Al Mamun el de Toledo dejó apresuradamente su capital y pasó á Cuenca para estar mas cerca de Abdelmelik. Pero fuese que no quisiera fiar la defensa de aquella ciudad á un príncipe tan débil como Abdelmelik contra un monarca tan valeroso y diestro como el cristiano, ó fuese solo ambicion, Al Mamun despojó á su deudo del trono y le tomó para sí (1065). Alzado el sitio de Valencia por los cristianos, volvióse Al Mamun á Toledo dejando encomendado el gobierno de aquella ciudad á Abu Bekr, hijo de Ebn Abdelaziz que habia muerto. Este Abu Bekr se proclamó mas adelante soberano independiente de Valencia, y era el que poseia aquel reino cuando Alfonso VI. se puso sobre aquella ciudad (1).

A Mohammed ben Afthas el de Badajoz, llamado Almudhaffar, sucedió en 1068 su hijo Yahia, nombrado Almanzor como su abuelo; que este honroso sobrenombre se hizo comun entre los emires ó reyes de estos pequeños estados, y aplicábanseles con frecuencia desde que le llevó con tanta gloria el gran ministro y regente del califa Hixem. Mas como hubiese quedado de gobernador de Evora su hermano Omar Al Motawakil, estallaron pronto desavenen-

igual suyo.» Para mas tranquilizarle le hizo el príncipe nuevas dádivas, pero el poeta que no conocia bien toda la bondad de su carácter, no se atrevió á permanecer en Almería, y dirigió á Al Motacim otros versos llenos de arrepentimiento: el príncipe prosiguió dispensándole mercedes.

(1) Esta es la relacion que hace Dozy en sus Investigaciones (t. I. p. 808 y sig.) enteramente diversa de la de Conde (part. III. c. 5.)

cias entre los dos hermanos, de que nos tocará hablar en la historia de la España cristiana, viniendo por último á reinar en Badajoz Al Motewakil, el postrero de la dinastía Afthasida (1081).

Continuaba Al Motadhi el de Sevilla engrandeciendo sus estados á costa de los de Málaga y Granada y de los señores de otras pequeñas comarcas vecinas. Ayudábale en sus expediciones de conquista su hijo Mohammed, aquel sobre quien habia recaido el horóscopo fatal, y como ya entonces comenzára á sonar la fama de los Almoravides de Africa, no dudaba Al Motadhi que aquellas gentes serian las que habian de eclipsar la estrella de su dinastía segun el pronóstico de los astrólogos, lo cual no dejaba de llenar su corazon de amargura y zozobra en medio de sus triunfos. Nuevas revoluciones estallaron en Málaga, y el viejo rey Edris ben Yahia fué fácilmente desposeido por su sobrino Mohammed ben Alcasim el de Algeciras, que continuó la guerra contra los Beni-Abed de Sevilla. Murió Habus el de Granada, y su hijo Badis ben Habus, enérgico, noble y brioso como su padre, guerreó tambien valerosamente contra el sevillano, y supo mantener la integridad de su territorio. Llególe tambien su hora al terrible y ambicioso Abed Al Motadhi de Sevilla (1069). Aquel hombre codicioso, falso, disipado y cruel, que por tan pérfidos medios se habia apoderado de Córdoba, tenia el sentimiento de la familia, y le mató la pesadumbre de haber perdido á su hija querida Thairah, jóven de maravillosa y singular hermosura. Empeñóse en que el cortejo fúnebre habia de pasar por delante de su palacio, y aunque la fiebre le tenia postrado en cama, no pudo contenerse y se levantó y asomó á una ventana para presenciar la ceremonia funeral: causóle el espectáculo sensacion tan viva y profunda que hubo que retirarle casi exánime, y á los dos dias siguió á su hija á la tumba.

Sucedióle su hijo Abul Casim, el del horóscopo fatídico, que entre otros títulos tomó el de Al Motamid Billah (el fortalecido ante Dios). Valeroso, magnífico y liberal, dulce y humano en la victoria, literato y protector de los hombres de letras, en lo cual rivalizaba con Al Motacim el de Almería, pero ambicioso tambien, político y astuto, supo el nuevo monarca ganarse el afecto de sus súbditos, y restituyó á sus hogares á todos los que la crueldad de su padre tenia desterrados. Criticábanle, no obstante, como á aquél, porque tambien bebia vino y lo permitia beber á sus tropas para animarlas á los combates, y ademas gustaba de la sociedad de los judíos y de los cristianos. Veremos mas adelante las relaciones que con estos últimos sostuvo, y la intervencion que en ellas le tocó ejercer á su hija Zaida. Habíale recomendado su padre en el lecho de muerte que se guardára mucho de los Lamtunas ó Almorabitinos, (los que despues conoceremos bajo el nombre de Almoravides), y que cuidára

de asegurar bien y guardar las llaves de España, Gibraltar y Algeciras, y sobre todo que trabajára por reunir y concentrar en su sola mano el fraccionado imperio de España, que le pertenecia como señor de la imperial Córdoba (1).

Tal era en general la situacion de los pequeños estados musulmanes formados sobre los escombros del desmoronado imperio de los Ommiadas. Importábanos conocer las principales divisiones en que quedó partida la España musulmana, las familias y dinastías que en cada region prevalecieron, las escisiones y guerras que tuvieron entre sí, y el poder de cada uno de aquellos príncipes, no solo por lo que respecta á la historia muslímico-española, sino para comprender lo mejor posible la de la España cristiana en este oscuro y complicadísimo período.

(1) Conde, part. III. c. 5.

CAPITULO XXII.

FERNANDO I. DE CASTILLA Y DE LEON.

De 1037 á 1065.

Cómo se captó Fernando el afecto de los leoneses.—En qué empleó los primeros años de su reinado.—Medidas de gobierno interior.—Concilio de Coyanza en 1050.—Sus principales cánones.—Confirmacion de los fueros de Castilla y Leon.—Guerra con su hermano García de Navarra.—Batalla de Atapuerca, en que muere García.—Noble conducta de Fernando antes y despues de esta guerra.—Primeras campañas de Fernando contra los sarracenos.—Conquistas de Viseo, Lamego y Coimbra.—Sus campañas en el centro de la Península.—Sitió de Alcalá de Henares.—Humilde súplica del rey musulman de Toledo.—Campaña contra el rey mahometano de Sevilla.—Humillacion de Eba Abed.—Historia de la traslacion del cuerpo de San Isidoro de Sevilla á Leon.—Testamento de Fernando. Distribucion de reinos.—Campaña y sitio de Valencia.—Sorpresa de Paterna.—Enfermedad de Fernando.—Se retira á Leon.—Religiosa y ejemplar muerte de este gran monarca.

Dejamos en el capitulo XX. á Fernando, primero de este nombre, hijo de Sancho el Grande de Navarra, posesionado de las dos coronas de Castilla y de Leon, heredada esta última por su esposa la princesa doña Sancha, por haberse extinguido en Bermudo III., su hermano, la línea masculina de Alfonso el Católico, y adquirida la primera por extincion tambien de la linea varonil de los condes de Castilla y por herencia de otra princesa castellana, esposa de su padre Sancho, viniendo á ser de este modo dos hembras el lazo que unió las familias de Navarra, Castilla y Leon, la base y principio de la unidad de la monarquía española, cuyo complemento, no obstante, habrá de diferirse todavía siglos enteros.

Quedaba con esto don Fernando el mas poderoso de los reyes cristianos de España. Y si bien al principio le miraban muchos leoneses con alguna des-

afeccion, nacida del natural sentimiento de faltarles la antigua y gloriosa dinastía de sus reyes propios y de considerarle de algun modo como estrangero para ellos, dedicóse este prudente monarca, despues de conquistada la ciudad, á conquistar los corazones de sus nuevos súbditos, ya gobernando con dulzura y con justicia, ya confirmándoles los *buenos fueros* que les habia otorgado Alfonso V., ya añadiendo otros conformes á sus costumbres, ya tambien halagándolos con anteponer en algunos diplomas el título de rey de Leon al de Castilla, aunque posterior aquél á éste respecto á su persona. A pesar de esto, avezados algunos magnates y poderosos á revolucionarse fácilmente contra sus reyes y señores, no dejaron de darle algunas inquietudes; hay quien señala entre aquellos al conde Lain Fernandez, pero la prudencia y vigor del nuevo monarca redujeron tales conatos á inútiles tentativas, y el órden y la subordinacion se conservaron en ambos reinos.

Consagróse, pues, Fernando en los primeros años de su reinado á moralizar las costumbres, á restaurar las antiguas leyes góticas, á organizar su antiguo y nuevo estado y á cuidar del órden y la disciplina de la iglesia (1). Si la historia no nos ha trasmitido las particulares medidas que dictó para estos objetos, hallámoslas como compendiadas en el concilio de Coyanza (hoy Valencia de Don Juan), diócesis de Oviedo, celebrado por este monarca en union con la reina Sancha en 1050, y con asistencia de todos los obispos, abades y próceres ó magnates del reino, *ad restaurationem nostræ christianitatis:* asamblea á la vez religiosa y política como las de Toledo del tiempo de los godos, y en que se ordenaron trece cánones ó decretos, algunos de ellos importantísimos para la historia, relativos unos á negocios eclesiásticos, otros al órden político y civil (2). Notaremos las principales disposiciones de este concilio,

Mándase en el primer decreto (*título* que se dice en el acta), que cada obispo desempeñe convenientemente su ministerio con sus clérigos en su respectiva diócesis.

Ordénase en el segundo que todos los abades y abadesas, monges y mon-

(1) Muchos historiadores, y entre ellos Mariana, suponen á este monarca desde los primeros años en guerra con los infieles. Esto no se conforma ni con las historias árabes ni con las crónicas cristianas mas antiguas.

(2) Los obispos que asistieron fueron los siguientes: Froilan de Oviedo, Diego de Astorga, Cipriano de Leon, Siro de Palencia, Gomez de Huesca, Gomez de Calahorra, Juan de Pamplona, Pedro de Lugo y Cresconio de Compostela. No sabemos cómo pudo encontrarse aquí el de Pamplona. Habialos tambien de ciudades ocupadas todavía por los árabes. El de Huesca, nombrado en el acta Visocensis, acaso por Oscensis, fué probablemente el que Ferreras tomó por de Viseo, deduciendo de aquí que el concilio de Coyanza habia sido posterior á la conquista de esta ciudad por Fernando, que es error manifiesto

jas, se rijan por la regla de San Benito; y que todos con sus monasterios estén sujetos á los obispos.

El tercero sujeta á todas las iglesias y clérigos á la jurisdiccion episcopal, quitando á los legos toda potestad ó autoridad sobre ellas. Prescribe el servicio personal, el de libros y ornamentos que han de tener las iglesias y los altares: da reglas para el sacrificio de la misa; designa cómo han de vestirse los clérigos, mándales llevar siempre la corona abierta y la barba rapada, les prohibe el uso de armas de guerra, y tener en su casa otra muger que no sea madre, hermana, tia ó madrastra.

Preceptúa el quinto á los sacerdotes que no vayan á las bodas á comer sino á echar su bendicion; que los clérigos y legos convidados á comer á las casas mortuorias no coman el pan del difunto sino haciendo alguna obra buena por su alma, y dando participacion á los pobres.

En el sexto, despues de aconsejar á los cristianos que asistan á las vísperas los sábados por la tarde y á la misa los domingos, se manda que no anden por los caminos como no sea para enterrar los muertos, visitar los enfermos, ó por órden del rey, ó para resistir alguna invasion sarracena; y que los cristianos no cohabiten con judíos ni coman con ellos. El noveno exceptúa á los bienes de las iglesias de la ley trienal de la prescricion, y el duodécimo devuelve á los templos el derecho de asilo en conformidad á la ley gótica.

Versan los sétimo, octavo y décimotercero sobre negocios de gobierno político y civil. Estos dos últimos son de especial importancia histórica. «Ordenamos, dice el octavo, que en Leon y sus términos, en Galicia, en Asturias y en Portugal se juzgue con arreglo á lo establecido por el rey Alfonso para los homicidios, robos y todas las demas caloñas. En Castilla administrese la justicia de la misma manera que en los dias de nuestro abuelo el duque Sancho.» — «Mandamos, dice el décimotercero, que todos, grandes y pequeños, no solo respeten la justicia del rey, sino que sean fieles y rectos como en los tiempos del señor rey Alfonso, y se rijan de la misma manera que entonces: pero los castellanos en Castilla sean para el rey como lo fueron para el duque Sancho. El rey por su parte los gobierne como el mencionado conde Sancho. Y confirmo todos aquellos fueros que á los moradores de Leon otorgó el rey Alfonso, padre de la reina Sancha mi esposa. El que esta nuestra constitucion quebrantáre, rey, conde, vizconde, merino ó sayon, eclesiástico ó seglar, sea excomulgado, etc. (1)»

Por lo decretado en esta asamblea, aparte de lo perteneciente á la disciplina eclesiástica, se ve cómo el monarca garantia y confirmaba á cada uno

(1) Aguirre, Collect. Max. Concil.

de los dos estados reunidos el uso y ejercicio de sus respectivos privilegios y fueros, dando al propio tiempo testimonio del respeto que le merecian asi los pueblos como los reyes sus antecesores. Pasó, pues, Fernando el primer período de su reinado en afianzar la pacificacion interior de sus reinos, en sofocar las tendencias de los magnates á la rebelion, en dictar reformas para el clero, en establecer las bases de la legislacion, renovando la de los visigodos y agregando á ella la que las nuevas necesidades de sus pueblos exigian, y en cuidar además con la solicitud de padre y con el esmero de rey de la educacion de sus hijos. Eran estos, Urraca, á quien habia tenido tres años antes de su advenimiento al trono de Leon; Sancho, que nació en el mismo año de su coronacion; Elvira (en latin Ge'oira), Alfonso y Garc'a. A cada uno de estos hijos procuraba darle la educacion mas adecuada á su edad y á su sexo, con arreglo á las costumbres de la época y á lo que el estado de la ilustracion entonces permitia: á las hijas haciéndolas instruir en las labores propias de mugeres y en los ejercicios de religion y de piedad, y á los varones amaestrándolos en el manejo de armas y caballos y en los deberes á que pudieran ser llamados algun dia.

Fatalidad fué de Fernando, como lo habia sido de los Alfonsos y de los Ordoños, y lo era para España, tener que desnudar el acero antes contra sus propios deudos y hermanos que contra los enemigos naturales de su patria y de su fé. Por desdicha fué asi, y esta desdicha perseguirá todavía por mucho tiempo á esta nacion tan heróica como desventurada. La particion de reinos hecha por Sancho el Grande de Navarra, sin duda con mejor intencion y fé que con prudencia y tino, y que muy pronto habia comenzado á dar amargos frutos con las funestas disidencias entre los hermanos coherederos de Aragon y de Navarra, produjolos aun mas amargos, si bien algo mas tarde, entre los de Navarra y Castilla. Tiempo hacia que estaba viendo en secreto con envidiosos ojos el rey García de Navarra una tan bella porcion como la de los dos reinos unidos de Castilla y de Leon en manos de su hermano Fernando. Aunque parecia distraido de este pensamiento, ocupado como se hallaba en union con su esposa Estefanía en embellecer con grandes edificios y suntuosos templos la ciudad de Nájera, que habian hecho córte y residencia real, no por eso habian dejado de devorarle la ambicion y los celos, pasiones de que tan dificilmente se suelen desnudar los príncipes, hasta que un suceso vino á ponerle en ocasion de revelar designios que había tenido encubiertos y en tentacion de cometer un acto de insidiosa perfidia.

Habiendo enfermado este monarca, creyóse Fernando en el deber fraternal de pasar á visitarle á Nájera (1053). Mas no bien hubo llegado, sugirió su presencia á García tentaciones siniestras contra su hermano, y aun hubo de

proceder á dar órdenes para la ejecucion de su mal pensamiento. Con todo, no debieron ser tan reservadas que de ellas no se apercibiese el castellano, lo cual le movió á dejar apresuradamente aquella mansion y volverse á sus dominios con la fortuna de haber prevenido y frustrado oportunamente todo criminal intento contra su persona. Hizo la casualidad que á poco tiempo enfermára á su vez Fernando; y García, ya restablecido, quiso volverle la visita, como el medio mas propio para disipar cualesquiera sospechas que sobre él hubiera podido concebir su hermano. Grandes pruebas ó gran convencimiento debia tener Fernando de las desleales intenciones de García, cuando procedió á ponerle en prision y á encerrarle en el castillo de Cea (1). Mas habiendo logrado el navarro evadirse de la prision sobornando á la guardia encargada de su custodia, y ponerse en cobro en sus estados, rebosando de indignacion y de despecho ya no pensó en mas que en hacer guerra abierta á su hermano. Comenzó por devastar á mano armada las tierras fronterizas del de Castilla, el cual por su parte reunió grande ejército con el fin de castigar, ó por lo menos de reprimir semejantes agresiones. Todavía, sin embargo, quiso emplear los medios de la persuasion para ver de evitar un fatal rompimiento, y despachó á García personas respetables y prudentes que le recordáran la sangre comun que por las venas de ambos corria, que le hicieran ver cuánto importaba el mantenimiento de la paz entre hermanos, que cada cual podia vivir tranquilo y feliz en los dominios que su padre les habia señalado, y que meditára por último que en el caso de obstinarse no era posible que sus tropas, inferiores en número como eran, pudiesen resistir á la muchedumbre de las que Castilla tenia dispuestas contra él. Desoyó el navarro en su ciega cólera tan justas y racionales proposiciones, y en lugar de venirse á buenas como la razon y la conveniencia le dictaban, cometió el atentado de hacer prender los legados, si bien mudó luego de propósito, y poniéndolos en libertad: «Andad, les dijo con arrogancia, id ahora á buscar á vuestro señor, que cuando yo venza á éste, os volveré á traer prisioneros como ovejas de un rebaño.»

Fiaba García en el valor de sus navarros, fiaba en los aliados musulmanes que habia logrado atraer á su partido, y fiaba en que él mismo era tan hábil general como soldado valeroso. Con esta confianza rompió con su

(1) No Ceya, como escriben Mariana, Romey y otros. Ceya está en Navarra, cerca de Pamplona. El redactor de la parte histórica del Diccionario de Madoz ha aplicado con mas acierto este suceso á la villa nombrada Cea, en la provincia de Leon, pero ha cometido al mismo tiempo dos graves equivocaciones, la una en suponer acaecido este hecho en 1040, habiendo sido en 1033, y la otra en llamar al rey prisionero Sancho García, siendo García Sanchez.

ejército por tierra de Burgos en busca de su hermano, y estableció su campamento en Atapuerca, á cuatro leguas de aquella ciudad, y á la vista de las huestes castellanas que acampaban en aquel valle. Todavía Fernando, mas, á lo que es de creer, por generosidad y nobleza de sentimientos que por temor, renovó á su hermano las proposiciones de paz, y aun envió á sus campo á dos venerables varones, San Ignacio, abad de Oña, y Santo Domingo de Silos, á intento de ver si con sus santas palabras hacian desistir de su temerario empeño al obstinado García. Inútiles fueron tambien los piadosos esfuerzos de tan virtuosos prelados. El malhadado rey de Navarra corria desbocado á su perdicion como aquellos hombres á quienes parece arrastrar á su ruina un destino fatal. Frustradas todas las tentativas de avenencia por parte del monarca castellano, la batalla se hizo inevitable, y la batalla se dió.

Al primer albor de la mañana (1.º de setiembre de 1054), entre la confusa gritería de ambas huestes mezcláronse los peleadores y se cruzaron con furor las espadas. En el calor de la pelea vióse á un anciano y venerable navarro arrojarse lanza en ristre, sin casco y sin coraza, en lo mas cerrado de las filas enemigas, como quien busca desesperado la muerte, que recibió con la imperturbabilidad de quien la deseaba. Era el ayo del rey don García, el que le habia educado en su niñez, que despues de haberle exhortado con enérgicas razones á que desistiese de aquella guerra, viendo la ineficacia de sus consejos, no quiso sobrevivir á la pérdida de su patria y á la muerte de su señor que preveia, y se anticipó á morir como bueno. Una cohorte de caballeros leoneses, antiguos allegados al rey Bermudo, y particularmente adictos á la causa de su hermana la reina doña Sancha, de los que se habian hallado en la batalla de Tamaron, se abrieron paso con sus lanzas á través de los dos ejércitos, y llegando á donde se hallaba don García rodeado de un grupo de valientes navarros, se precipitaran sobre ellos y los arrollaron, derribando de su caballo al rey, que cayó al suelo acribillado de heridas. Quedáronle al temerario monarca tan solamente algunos momentos de vida, que aprovechó para confesarse con el abad de Oña, uno de los dos santos prelados cuya mision de paz no habia querido escuchar antes el acalorado rey (1).

(1) Hemos tomado la relacion de estos sucesos principalmente del monge de Silos, Chron n. 82 y 83, con la cual concuerda Lucas de Tuy. Al decir del Silense, Fernando de Castilla habia manifestado á aquellos caballeros su deseo de que le entregaran vivo mas bien que muerto á su hermano; pero ellos y la reina deseaban vengar con sangre la que él habia hecho verter á Bermudo en los campos de Tamaron. El arzobispo don Rodrigo lo cuenta con algunas variantes. Nos merece en esto mas fé el Silense, por ser escritor contemporáneo.

Tal fué el fruto que de su tenacidad sacó el monarca navarro García Sanchez, conocido por *el de Nájera*, en los campos de Atapuerca, que la tradicion designa todavía hoy con el nombre *de la Matanza*. Muerto García, gritaron victoria los castellanos, y desalentáronse y huyeron los navarros y sus auxiliares. Fernando ordenó que se persiguiera á los fugitivos cristianos de modo que se les diera tiempo para salvar sus vidas: los sarracenos auxiliares quiso que fuesen tratados con todo el rigor de los leyes de la guerra, y los que no fueron acuchillados quedaron cautivos. Hizo Fernando recoger y trasportar el cadáver de su hermano á Nájera, y enterróle en la iglesia de Santa María, edificada y dotada por él (1), Pudo Fernando despues de esta victoria haberse hecho acaso sin gran dificultad dueño del reino de Navarro: moderado anduvo en haberse contentado con Nájera y con los pueblos de la derecha del Ebro: de todo lo demas puso él mismo en posesion á su sobrino Sancho, el primogénito de su desventurado hermano García.

Desembarazado de esta guerra, y deseando ya medir sus armas con los infieles, regresado que hubo el victorioso castellano á sus antiguos dominios, preparó sus huestes para la campaña que emprendió la primavera siguiente (1055), pasando el Duero y el Tormes, y penetrando en las provincias de la Lusitania ocupadas por los musulmanes (2). Apoderóse desde luego por asalto de la fortaleza de Sena (hoy Cea) en la provincia de Beira. Desde allí continuó haciendo devastadoras correrías y tomando poblaciones, sin darse ni dejar mas descanso que el que el rigor de las estaciones le obligaba á hacer, y que empleaba en atender á los negocios interiores de su reino. Atrevióse ya en 1057 á poner sitio á Viseo, ante cuyos muros una flecha fatal habia dado treinta años hacía una muerte prematura á su suegro Alfonso V. de Leon. Terrible fué la resistencia que le opusieron los sitiados. Aquellos ballesteros musulmanes eran tan diestros y certeros, que á mas de no errar un golpe de saeta arrojábanlas con violencia tál, que no habia casco ni coraza tan dura que no la traspasáran, lo cual obligó á los sitiadores á armarse de triples corazas y de escudos forrados de madera. Habíase provisto tambien Fernando de cuerpos de honderos. Merced á estos medios y al

(1) Tuvo el rey García Sanchez ocho hijos, cuatro varones y cuatro hembras; Sancho, Ramiro, Fernando y Raimundo, y Urraca, Ermesinda, Jimena y Mayor. La reina doña Estefanía sobrevivió tres años y medio á su esposo.

(2) *Mortuo fratre*, dice el mongo de Silos, *jam securus de patria reliquum tempus in expugnandos barbaros.....agere decrevit.* Esto unido á lo que antes había dicho este cronista, que «pasó diez y seis años sin salir de los límites de su reino ni emprender nada contra extrañas gentes,» demuestra que los historiadores españoles, Mariana, Sandoval, Ferreras y otros han puesto indebidamente las campañas de Fernando en Portugal antes que la guerra con su hermano García.

arrojo de los castellanos la plaza fué entrada á viva fuerza, y sus habitantes y defensores ó pasados á cuchillo ó hechos cautivos. Entre estos últimos se hallaba todavía el que disparó el mortífero venablo que puso fin á la preciosa vida de Alfonso V. Dicen que el rey, despues de sacarle los ojos, le hizo cortar ambas manos y un pié; venganza que querriamos no ver ejecutada por un príncipe cristiano, pero que en aquellos y aún en muy posteriores tiempos se consideraba y aplaudia como un rasgo de celo religioso y de piadosa y justa severidad (1). A la toma de Viseo siguió algunos meses después la de Lamego, ciudad situada cerca del Duero, y tenida por casi inexpugnable en razon á sus elevados muros. Nada arredró á los castellanos y leoneses, y abierta brecha en aquellas altísimas murallas, posesionáronse de la ciudad matando y cautivando segun costumbre. Lo mejor de los despojos fué de órden del piadoso monarca destinado al servicio de las iglesias y «de los pobres de Cristo,» segun la espresion de la crónica (2).

Alentado Fernando con estos triunfos, concibió el proyecto de apoderarse de Coimbra. Era Coimbra la ciudad mas importante y como la capital de todas aquellas posesiones musulmanas. Para prepararse á tan gloriosa empresa como cumplido y fervoroso cristiano pasó el rey de Castilla á visitar el sepulcro del santo apóstol Santiago, á quien dirigió por espacio de tres dias y tres noches humildes y fervientes oraciones, implorando por su intercesion el auxilio divino en favor de las armas españolas. Hecho esto, volvió á poner sitio á Coimbra (enero de 1058), lleno de esperanza y de fé. No le fué, sin embargo, la toma de la ciudad tan fácil como acaso se habria imaginado. Costóle siete meses de asedio, al cabo de los cuales el hambre y la penuria, á lo que se cree, obligaron á los sitiados á pedir capitulacion (24 de julio), que el monarca cristiano les otorgó, fijándose en los dos dias siguientes las condiciones, reducidas á que los habitantes entregarian la plaza al monarca cristiano, saliendo ellos con sus mugeres y sus hijos y el dinero necesario para su viage. Fueron, no obstante, mas de cinco mil sarracenos entregados al vencedor en calidad de cautivos, y el domingo 26 de julio hizo su entrada solemne en Coimbra, acompañado de la reina doña Sancha, de los obispos de Compostela, Lugo, Viseo y Mondoñedo, y de otros principales personages (3).

(1) Mon. Sil. Chron. n. 85 y 86.

(2) Id. n. 86.—Chron. Conimbric. pág. 637.—Florez, Esp. Sagrada, tom. 14.—Ribeiro, Dissert. Chronolog. é crit. sobre la hist. de Portugal, t. IV.

(3) Chron. Complut. p. 316.—Mon. Silens. n. 89.—Florez, Esp. Sag, tom. 14, p. 90 y siguientes. Otros difieren la conquista de Coimbra hasta el año 1064.—Los anotadores de Mariana en la edicion de Valencia dicen: «Las antiguas crónicas cuentan que en la mezquita mayor de Coimbra despues de su purificacion fué armado caballero Rodrigo Diaz de Vivar llamado el Cid, por el rey Fernando, y descri-

Dueño Fernando de Coimbra, encomendó el gobierno de la ciudad y su comarca á un tal Sisnando, que en su juventud habia sido hecho prisionero en Portugal por Ebn Abed, rey de Sevilla; en cuya ciudad habia llegado por su mérito y sus luces á obtener de tal modo el favor del emir, que ademas de haberle confiado éste importantes cargos, vino á hacerle su mas íntimo consejero. Habíase puesto despues Sisnando en relaciones con el rey de Castilla y de Leon, y como Sisnando conocia bien la religion, las costumbres y la lengua de los árabes, parecióle al rey á propósito para gobernar así á los cristianos como á los musulmanes que quedaron en la jurisdiccion y distrito de Coimbra, donde les permitió seguir viviendo bajo ciertas condiciones. Sisnando gobernó sábiamente aquel territorio, haciéndose respetar igualmente de mahometanos y cristianos, bajo el título que adoptó de *alvasir*, españolizando el *vazzir* de los árabes. Bajo la administracion de este singular personage fué agrandada y embellecida Coimbra con magníficos monumentos.

Fernando volvió á dar gracias al apóstol Santiago por el feliz éxito de su empresa, y regresando á Leon celebró una asamblea de magnates para deliberar, al modo que lo hizo en otro tiempo Ramiro II., á qué punto de los dominios mahometanos convenia llevar la guerra. Tomado el competente acuerdo, salió el ejército cristiano á campaña la primavera siguiente (1059), y tomó á San Esteban de Gormaz, tan disputada dos siglos hacia por musulmanes y cristianos, á Vadoregio, Aguilar y Berlanga. Prosiguió hácia Medinaceli, destruyó castillos y poblaciones, derribó las cabañas ó aduares que los sarracenos tenian para proteger y guardar los ganados, demolió la línea de atalayas que de trecho en trecho habian construido, pasó la frontera de Cantabria (1060), y revolviendo otra vez hácia el reino de Toledo, traspuso á Somosierra, taló los campos de Uceda y Talamanca, recogiendo rebaños, cautivando hombres, mugeres y niños, llevando la devastacion por todas partes, y no dando reposo ni á los musulmanes ni á sus soldados. Guadalajara, Alcolea, Madrid, todas las poblaciones musulmanas, situadas en los valles ó á las márgenes del Henares, del Jarama y del Manzanares, fueron teatro de las terribles correrías del monarca y ejército castellano, que por último puso estrecho cerco á la importante ciudad de

bien el ceremonial de esta funcion. Lo cierto es que en la escritura de Lorbaon confirma el Cid, siendo esta la primera memoria verídica que de él se encuentra (tom. III., pag. 290 nota).» La escritura que se cita es de una gratificacion que hizo el rey á los monges de Lorbaon por el socorro de víveres que le suministraron para el sitio de Coimbra, que publicó en castellano Sandoval en los *Cinco Reyes*, p. 12.

Al-Kalaa-en-Nahr (altura ó fortaleza del rio), de que le vino el nombre que hoy tiene de Alcalá de Henares.

Habia ya el rey de Castilla desmantelado á hierro y fuego los edificios esteriores, ya el ariete habia desmoronado una parte de sus muros, cuando en tal aprieto despacharon los sitiados una embajada al rey de Toledo, que lo era entonces Al Mamun, suplicándole les libertase por cualquier medio del rudo enemigo que en tan apretado trance los tenia, y que lo hiciese pronto si no queria que á la pérdida de Alcalá siguiese la de todo el reino de Toledo. Hecho cargo Al Mamun del peligro, y escuchando los consejos de los mas prudentes, reunió una inmensa cantidad de oro y plata acuñada, telas y vestidos riquísimos, y habiendo obtenido un salvo conducto del monarca cristiano, pasó muy cortesmente en persona al campo del rey, y admitido á su presencia le rogó que aceptase aquellos presentes y que levantára mano en la devastacion de las fronteras de su reino. Aun hizo mas el musulman toledano. Para mover al rey de Castilla á que dejase mas pronto en paz sus dominios le dijo que él y sus estados quedaban desde aquel momento bajo la proteccion y amparo del monarca leonés. Fernando, si bien no confiaba mucho en las palabras del sarraceno, como que de todos modos por ser llegada la estacion fria pensaba regresar á sus dominios, aceptó el presente y la oferta, y volvió cargado de botin á Tierra de Campos, como en otro tiempo Alfonso III. se habia retirado cargado de riquezas de debajo de los muros de Toledo (1).

Aprovechó Fernando aquel periodo de reposo dedicándole á las mejoras interiores de su reino: restauró á Zamora, arruinada como Leon en los calamitosos tiempos de Almanzor, y en esta última ciudad reconstruyó de cal y canto la iglesia de San Juan Bautista, ya reedificada de tierra cuarenta años antes por Alfonso V. que habia hecho colocar en ella los cuerpos de los reyes sus predecesores. Fernando, á ruegos de la reina Sancha, que tenia especial devocion á este templo, destinóle tambien para panteon suyo y de su familia, y dispuso que fuesen trasladadas á él las cenizas de su padre Sancho el Mayor y de su cuñado Bermudo. Terminadas estas obras, y deseando el piadoso monarca aumentar la devocion del pueblo á aquel privilegiado santuario, determinó enriquecerle con las reliquias de los santos que existian en las ciudades dominadas por los infieles. Y como no esperase adquirirlas de otro modo que por la fuerza de las armas, juntó Fernando po-

(1) Este ofrecimiento de Al Mamun, que el monge de Silos espresa en estos términos, *se et regnum suum suæ potestati commisumus dedit*, y que parecia constituirle en vasallo ó tributario del rey de Castilla, ha sido sin duda el que dió ocasion á algunos escritores á suponer que Al Mamun habia obrado como aliado de Fernando en las campañas sucesivas.

deroso ejército, y encaminóse con él por la Extremadura y Lusitania, y entróse por tierra en Andalucía esparciendo la devastacion y el terror. Intimidado Ebn Abed el de Sevilla, de quien eran los estados invadidos, y á quien hemos visto en guerra casi incesante con los de Málaga y Granada, salió al encuentro del castellano llevando ricos presentes, que ofreció al monarca cristiano rogándole los aceptase y que dejara de hostilizar sus tierras y súbditos. Consultó Fernando con los prelados y principales caudillos la respuesta que deberia dar, y como éstos le aconsejasen que usára de mansedumbre hasta con los enemigos de la fé, aceptó el ofrecimiento del musulman, mas no sin exigirle otro tributo de bien diferente índole, el que permitiera trasladar el cuerpo de la santa vírgen y mártir Justa que desde la persecucion de Diocleciano yacia en aquella ciudad. Accedió gustoso Ebn Abed á la demanda, satisfecho de haber conjurado á tan poca costa la tempestad que le amenazaba, y hechas las paces tornóse Fernando con su victorioso ejército á Leon (1062).

Desde allí despachó á Sevilla una solemne embajada, compuesta del obispo de Leon Alvito, de Ordoño de Astorga, del conde Munio ó Nuño, y de otros dos nobles personages llamados Gonzalo y Fernando, con buena escolta, para que llevasen á ejecucion lo pactado con Ebn Abed. Presentáronse estos ilustres comisionados al rey musulman, el cual les dijo que en efecto se acordaba de lo ofrecido, pero que era el caso que el cuerpo de la mártir Justa no se encontraba. Vanas fueron tambien las diligencias y pesquisas que por hallarle hicieron los enviados cristianos, lo que les dió no poco desconsuelo. Cuentan que en tal afliccion el obispo Alvito exhortó á sus compañeros á que por tres dias consecutivos de ayuno y oraciones procurasen mover á Dios á que no hiciese inútil su piadoso viage, revelándoles dónde se ocultaba el sagrado tesoro que iban buscando. Parecióles bien el pensamiento, y practicáronlo así los enviados del rey. La crónica añade que las tres noches se le apareció en sueños al venerable Alvito un hombre con una respetable cabellera blanca, ceñida su frente con la mitra episcopal, que con gran magestad y dulzura le dijo: «Sé que el intento con que tú y tus compañeros habeis venido es el de llevar el cuerpo de la bienaventurada mártir Justa. Mas tén por cierto que la voluntad de Dios es que las reliquias de la santa queden aquí para consuelo y amparo de esta ciudad. Sin embargo, no quiere la bondad divina que os volvais con las manos vacías á vuestra patria, pues desde ahora os concede mi propio cuerpo; tomadle pues, y llevadle á la córte de Leon.» Preguntó entonces Alvito á aquel venerable prelado quién era, y él respondió: «Yo soy el doctor de las Españas, Isidoro, que fuí en otro tiempo obispo de esta ciudad.» Y dicho esto, desapareció el santo anciano con toda la magestad

y claridad que traia. Dicen tambien que en la segunda aparicion señaló el santo obispo el lugar donde estaba su sepulcro hiriendo la tierra tres veces con el báculo que llevaba, y que en confirmacion de ser verdad cuanto decia pronosticó á Alvito que hallado el sepulcro y sacadas las reliquias, le atacaria una enfermedad, la cual á los pocos dias le enviaria á participar con él de la corona de la gloria (1).

Todo, dice la crónica, se verificó tal como el venerable prelado godo lo habia revelado al de Leon. La caja de enebro en que reposaban los restos de San Isidoro, fué hallada en el sitio por él indicado, llenando de suavísima fragancia á todos los circunstantes como si hubiera caido sobre ellos un blando rocío de bálsamo; el obispo Alvito murió á los siete dias en Sevilla, despues de recibir los santos sacramentos y de haber encomendado la traslacion del santo cuerpo á sus compañeros. Obtenida, pues, la venia del soberano musulman, fueron las sagradas reliquias del Santo Isidoro, junto con el cuerpo del obispo Alvito, trasladadas á Leon, donde el rey Fernando les tenia ya preparado un recibimiento solemne y pomposo, y aun él mismo con la reina y sus hijos, seguido del clero y el pueblo salió de la ciudad en procesion á recibir los sagrados cuerpos. El de San Isidoro fué depositado en la iglesia de San Juan Bautista, que desde aquel dia tomó el nombre y advocacion de aquel santo, y el del obispo Alvito lo fué en la de Santa María de Regla. El dia de la ceremonia el rey agasajó con un banquete á todo el clero leonés, en el cual para dar un testimonio público de humildad y de devocion, él mismo, la reina y los príncipes sus hijos sirvieron á los convidados á la mesa, haciendo los oficios no solo de domésticos ó criados, sino los reservados á los esclavos de ambos sexos que se cogian en la guerra. Acaeció el ruidoso suceso que acabamos de referir en diciembre de 1063 (2).

Con motivo de la ceremonia de la traslacion de las reliquias de la lumbrera de la iglesia goda San Isidoro, habian acudido á Leon los principales personages de ambos reinos, y aprovechando esta ocasion el piadoso rey don

(1) El monge de Silos, que fué el primero que nos trasmitió la historia de este glorioso y estraño suceso, interrumpe varias veces su narracion para decir: «Hablo cosas prodigiosas, pero contadas por los mismos que intervinieron en ellas: *stupenda loquor, ab his tamen qui interfuere prolata.*» «Cuento, exclama otra vez, cosas maravillosas, pero que recuerdo haber oido á los mismos que las presenciaron: *mira loquor, ab his tamen, qui interfuere, me reminiscor audisse,*» Véase tambien Risco en la Vida de San Alvito.

(2) Pueden verse las Actas de esta traslacion publicadas por el maestro Florez.-Mariana, que ademas de sus muchos errores históricos en esta época, confunde y trueca á cada paso lastimosamente la cronología, pone el suceso de la traslacion del cuerpo de San Isidro antes del concilio de Coyanza celebrado en 1050.

Fernando, y sintiéndose ya en edad avanzada, reunió una asamblea mas política que religiosa, á fin de repartir el reino entre sus hijos, para que á su muerte pudieran vivir con tranquilidad y en buena armonía. En esta distribucion, en que tal vez se propuso imitar á su padre, no considerando bien los males y excisiones que aquella habia ocasionado entre los hermanos, adjudicó á Alfonso, que aunque no era el mayor era á quien amaba con preferencia, todo el reino de Leon con los Campos Góticos ó Tierra de Campos; á Sancho, que era el primogénito, le dió el reino de Castilla; hizo rey de Galicia á García, el mas jóven de todos; á Urraca, su hija mayor, le confirió en dominio absoluto la ciudad de Zamora, y á Elvira la de Toro, ambas sobre el Duero, con todos los monasterios de su reino para que pudiesen vivir en el celibato hasta concluir sus dias (1).

Decoró el piadoso monarca con lujo y esplendidez la iglesia ya dicha de San Isidoro, pasábase en ella muchas horas en oracion, y solia mezclar su voz con las de los sacerdotes que cantaban las alabanzas divinas. Cuando iba al monasterio de Sahagun asistia con los monges al coro, y mas de una vez tomó humildemente asiento con ellos á la hora de la refeccion, participando como si fuese otro monge de la vianda preparada para la comunidad (2). Su mano liberal estaba siempre abierta para socorrer á sacerdotes y clérigos, á las vírgenes consagradas á Dios, y en general á todos los pobres cristianos menesterosos.

Réstanos hablar de la última campaña contra los infieles con que este gran monarca terminó su glorioso reinado. Era, por el cotejo de las historias árabes y españolas, el año 1064, cuando penetró Fernando con su ejército en la antigua provincia Celtibérica, infundiendo nuevamente el terror en los sarracenos, talando campiñas, saqueando lugares, incendiando y destruyendo cuanto encontraba fuera de las ciudades amuralladas, llegando en su escursion delante de la ciudad de Valencia. Gobernaba este reino el débil Abdelmelik Almudhaffar, hijo de Abdelaziz, ó por mejor decir, le gobernaba en su nombre su pariente Al Mamun el de Toledo. Sitiáronla los castellanos y leoneses. Un dia fingieron estos levantar el sitio como quienes se retiraban convencidos de su impotencia para conquistar la ciudad. Cayeron los valencianos en el lazo, y haciendo una salida, vestidos con sus trages de gala

(1) Mon. Sil. Chron. n. 103.—Pelag. Ovet. Chron.

(2) Cuenta el Silense que en uno de estos dias habiendo bendecido el abad en las ánforas el vino que se habia de servir á la mesa, segun costumbre, hizo presentar al rey una copa de aquel vino. El rey la dejó caer por descuido, y como era de cristal se rompió en mil piezas. Entonces llamó á uno de sus pages y le mandó llevar la copa de oro en que él bebia ordinariamente, y poniéndola sobre la mesa la regaló á los padres en reemplazo de la que habia roto.

como si fuesen á divertirse con el ejército cristiano, dieron en la emboscada que Fernando astutamente les habia preparado cerca de Paterna, y acometidos de improviso por los cristianos, gran número de ellos fueron acuchillados, siendo bastante afortunado su rey Abdelmelik para salvarse por la fuga (1). Volvió Fernando despues de este triunfo á estrechar el cerco de Valencia, y estaba á punto ya de tomarla, cuando hizo la mala suerte que le acometiera una enfermedad que le obligó á retirarse otra vez á Leon, donde no mucho antes habia hecho que fuese trasladado el cuerpo del mártir San Vicente, hermano de las santas Sabina y Cristeta, que se hallaban en Avila.

Llegó, pues, Fernando á Leon un sábado 24 de diciembre de 1065. A pesar de su quebrantadísima salud su primera visita fué al templo de San Isidoro, donde arrodillado ante los sepulcros de los santos mártires hizo fervorosa oracion á Dios por su alma. De allí pasó al palacio á reposar algunas horas. A la media noche se hizo conducir otra vez á la iglesia, donde asistió á la misa solemne de la Natividad del Señor, y despues de haber comulgado hubo que llevarle en brazos á su lecho. A la mañana siguiente, al apuntar el dia, presintiendo cercano su fin, convocó á los obispos, abades y religiosos de la córte para que fortificasen su espíritu en aquel trance supremo, y todavía otra vez se hizo trasportar al templo en compañía de aquellos venerables varones, revestido de todas las insignias reales. Allí arrodillado ante el altar de San Juan, alzando los ojos al cielo, pronunció con voz clara y serena estas memorables palabras: «Vuestro es el poder, Señor, vuestro es el reino, vos sois sobre todos los reyes, y todos los imperios del cielo y de la tierra están sujetos á vos. Yo os devuelvo, pues, el que de vos he recibido, y que he conservado todo el tiempo que ha sido vuestra divina voluntad. Ruegoos, Señor, os digneis sacar mi alma de los abismos de este mundo y recibirla en vuestro seno.» Y dicho esto, se desnudó del manto real, se despojó de la corona de piedras preciosas que ceñía su frente, y recibiendo el oleo santo de mano de los obispos, trocó el manto por el cilicio y la diadema por la ceniza, y prosternado y con lágrimas imploró la misericor-

(1) De esta sorpresa de Paterna, de que no hablan nuestras crónicas nos ha dado noticia el árabe Ibn-Bassán, escritor contemporáneo, MS. de Gotha, citado por Dozy. —A la nueva de este desastre fué cuando acudió Al Mamun el de Toledo á Cuenca á proteger á su pariente Abdelmelik, y considerándole poco hábil para defender la ciudad contra tan poderoso enemigo como Fernando, le depuso y encerró en la fortaleza de Cuenca, alzándose con su reino luego que levantó el sitio Fernando, segun en el anterior capítulo expusimos. Así, pues, segun Ibn-Bassán, el escritor mas inmediato á los sucesos que se conoce, Al Mamun no fué á Valencia como aliado de Fernando, que es lo que se habia creido hasta ahora, sino como protector de Abdelmelik, aunque la ambicion le convirtió pronto de auxiliar en usurpador de su reino.—Almakari habla tambien de la batalla de Paterna, que indica igualmente Ebn Hayan.

dia del Señor, á quien entregó su alma á la hora sesta del tercer dia de pascua, fiesta de San Juan Evangelista. Tal fué y tan ejemplar y envidiable la muerte del primer rey de Castilla y de Leon, á los 28 años y medio de haber ceñido la segunda corona, cerca de 31 de haber llevado la primera. Fué enterrado en el panteon de la iglesia de San Isidoro que él habia hecho construir (1).

Bajo el cetro vigoroso de Fernando I. adquirieron gran preponderancia los reinos cristianos de Castilla y de Leon, y su reinado preparó la gloria de los siguientes. Con justicia, pues, es llamado Fernando el Magno el que fué uno de los príncipes mas gloriosos que cuenta la España (2).

(1) Mon., Sil., Chron. n. 106.—Yepes, Coron. de la órden de San Benito.—Sandoval, Cinco Reyes.—Florez, Esp. Sagr., y muchos otros.—La reina doña Sancha, señora no menos piadosa, prudente y amable que su marido, le sobrevivió solo dos años, y fué enterrada tambien en la misma iglesia de San Isidoro al lado de su esclarecido esposo, como se ve por los epitafios grabados en sus tumbas.—Anales Complut., Compostel. y Toledanos.

(2) Hemos omitido el inverosimil é infundado suceso que cuenta la Crónica general y adoptó de lleno Mariana (l. IX., c. 5.), de la reclamacion que en tiempo de este rey hicieron el papa y el emperador de Alemania para que Castilla se reconociera feudataria de aquel imperio, de las córtes que para deliberar sobre este extraño negocio, dice, reunió el rey Fernando, del razonamiento que en ellas hizo el Cid, de la resolucion que á consecuencia de su discurso se tomó, del ejército de diez mil hombres que al mando de Rodrigo de Vivar pasó á Francia, de la embajada que aquél recibió en Tolosa, del asiento que allí se hizo para libertar á España del pretendido feudo, etc. por estar ya reconocido y probado de fabuloso todo este conjunto de bellas invenciones por los mejores críticos. Ferreras dijo ya: «Esta pretension no es mas que cuento, porque yo no he hallado, ni en los escritores germánicos, ni en otros de aquella edad rastro de tal intento etc.» Los ilustradores de la edicion de Valencia dijeron tambien hablando de lo mismo: «Pero nuestros historiadores mas atinados han desechado como fingida toda esta narracion.» Y el doctor Sabau y Blanco dice con su acostumbrado desenfado sobre este capítulo de Mariana: «Todo este cuento es tomado de la Crónica general de España, que no tiene fundamento en ningun autor que merezca fé. Ninguno de los escritores de este tiempo hace mencion de semejante suceso; y asi debe despreciarse toda esta narracion de Mariana como fabulosa.»

CAPITULO XXIII.

LOS HIJOS DE FERNANDO EL MAGNO.

SANCHO, ALFONSO Y GARCIA.

De 1065 á 1085.

Juicio de la distribucion de reinos que hizo Fernando I. de Castilla en sus tres hijos.—Guerra de Sancho de Castilla con sus primos Sancho de Aragon y Sancho de Navarra y su resultado.—Despoja Sancho de Castilla á sus dos hermanos Alfonso y García de los reinos de Leon y Galicia.—Aventuras de Alfonso VI. de Leon.—Su prision: toma el hábito religioso en Sahagun: se refugia á Toledo, y vive en amistad con el rey musulman.—Quita Sancho la ciudad de Toro á su hermana Elvira.—Sitia en Zamora á su hermana Urraca.—Muere Sancho en el cerco de Zamora.—Traicion de Bellido Dolfos.—El Cid.—Es proclamado Alfonso rey de Castilla, de Leon y de Galicia.—Juramento que le tomó el Cid en Burgos.—Alianza de Alfonso VI. con Al Mamun el de Toledo.—Toman juntos á Córdoba y Sevilla.—Piérdense otra vez estas dos ciudades.—Muerte de Al Mamun.—Resuelve Alfonso la conquista de Toledo.—Alianza con el de Sevilla.—Ofrece este su hija Zaida al monarca leonés y la acepta.—Ríndese Toledo al rey de Castilla.—Capitulacion.—Entrada de Alfonso en Toledo.—Concilio.—Primer arzobispo de Toledo.—Conviértese la mezquita mayor en basílica cristiana.—Cambio en la situacion de los dos pueblos cristiano y musulman.

El ejemplo vivo y reciente de lo funesta que habia sido la particion de reinos hecha por Sancho el Mayor de Navarra, ejemplo cuyas consecuencias fatales habia experimentado en sí mismo su hijo Fernando, no sirvió á este de escarmiento, é incurrió, como hemos visto, en el propio error de su padre, rompiendo la unidad apenas establecida, y subdividiendo las dos coronas de Castilla y Leon, unidas momentáneamente en sus sienes, entre sus tres hijos Sancho, Alfonso y García, en los términos que en el anterior capítulo dejamos espresados. Creyó sin duda Fernando, y tal debió ser su

propósito y buen deseo como aconteceria á su padre, dejar de aquella manera mas contentos á sus hijos, prevenir los efectos de la envidia y de la ambicion entre ellos, y acaso se persuadió tambien de que distribuido el reino en pequeños estados, cada soberano podria regir con mas facilidad el suyo y sostenerle con mas energía contra los sarracenos ó dilatar cada cual con mas fuerza de accion sus respectivas fronteras. Si tal pensamiento tuvo, pudo mas en él el buen deseo que la leccion práctica de la esperiencia, y mostróse poco conocedor del corazon humano. Faltaba por otra parte todavía el conocimiento y fijacion de la sábia ley de la primogenitura para la sucesion al trono. Lo cierto es que la particion de reinos de Fernando encerraba, como vamos á ver, el gérmen de guerras tan mortíferas entre sus hijos como las que antes habia ocasionado la distribucion de su padre Sancho de Navarra.

Bien lo previeron algunos nobles leoneses, y entre ellos principalmente el prudente y experimentado Arias Gonzalo, los cuales habian intentado persuadir al rey que revocase aquella division. No escuchó el monarca el consejo, y en conformidad á su determinacion el mismo dia de su muerte fueron proclamados Sancho rey de Castilla, Alfonso de Leon, y García de Galicia y Portugal. Aunque descontento y quejoso Sancho, ya porque viese mas favorecido en la partija á su hermano Alfonso, ya porque como primogénito se creyera con derecho á toda la herencia de su padre, no hubo todavía rompimiento entre los hermanos, ni se turbó su aparente concordia en algun tiempo, acaso porque supo mantenerlos en respeto su madre doña Sancha, señora de gran juicio y prudencia: por lo menos estuvo reprimida su envidia y no se manifestó en abierta hostilidad hasta que murió la reina madre en 1067.

Mas no estuvo entretanto ocioso el genio turbulento y activo de Sancho. Llamóle su ambicion hácia otra parte, y esto contribuyó tambien á que dejára algun tiempo en paz á sus hermanos. Reinaban en aquel tiempo en Aragon y Navarra otros dos Sanchos, primo-hermanos del de Castilla; el de Aragon hijo de su tio don Ramiro, y el de Navarra hijo de su tio don García (1); reinando de este modo simultáneamente tres Sanchos en Aragon, Navarra y Castilla; coincidencia que ha podido dar lugar á confusion y equivocaciones históricas, y sobre lo cual repetimos lo que acerca de la identidad de

(1) A su tiempo rectificaremos á Mariana, Romey y otros historiadores, que difieren la muerte de Ramiro I. de Aragon hasta el año de 1067, y le hacen reinar al mismo tiempo que Sancho de Castilla, habiendo muerto aquel en 1063. Notaremos tambien entonces la grave equivocacion en que incurrió el juicioso y docto Zurita en este punto.

nombres dijimos en el primer volúmen de nuestra obra En tanto que el de Castilla encontraba ocasion para arrancar á sus hermanos la herencia de su padre, ensayóse en otra empresa, que fué la de querer privar á su primo el de Navarra de la parte que Fernando mismo le habia reconocido. Pero el navarro y el aragonés, conocedores sin duda del genio codicioso del de Castilla, habíanse confederado ya para impedir todo atentado que contra sus dominios intentase, y cuando aquél pasó el Ebro encontráronle los dos aliados en la llanura en que se fundó mas adelante la ciudad de Viana, llamada, dice un moderno historiador navarro (1) el *Campo de la verdad*, «porque de muy antiguo estaba destinado para los combates de los nobles en desafío, que creian encontrar la verdad y la razon en la fuerza ó en la destreza de las armas.» Dióse allí una batalla entre los tres Sanchos, en la cual el de Castilla quedó vencido, teniendo que escapar precipitadamente en un caballo desenjaezado, como en los campos de Tafalla habia acontecido treinta años antes á Ramiro de Aragon. Fuéle preciso al castellano repasar el Ebro, y regresar á sus estados, lo cual proporcionó al de Navarra el poder recuperar las plazas de la Rioja, perdidas por su padre y ganadas por Fernando á consecuencia de la victoria de éste en Atapuerca (2).

No pudo el rey de Castilla tomar satisfaccion y venganza de sus dos primos como hubiera deseado, porque la muerte de su madre (1067) vino á allanarle el único obstáculo que parecia haber estado comprimiendo los ímpetus de su ambicion y estorbádole atentar abiertamente contra la herencia que sus dos hermanos habian recibido de su padre comun. Vió, pues, llegado el caso de aspirar á lo que mas codiciaba, y rota toda consideracion y miramiento, acometió primeramente á Alfonso, que era el que mas cerca tenia, y sin dar tiempo á que el leonés recibiese los auxilios que habia solicitado de sus primos los de Aragon y Navarra para contener al turbulento castellano (3), dióle un combate que el de Leon se vió en necesidad de aceptar en Plantaca ó Plantada (despues Llantada), á orillas del Pisuerga, en que pelearon los dos hermanos como dos encarnizados enemigos (1068). La victoria quedó por los castellanos, y Alfonso vencido tuvo que retirarse á Leon (4).

Fuese que Alfonso (el VI. de su nombre) contentára por entonces á Sancho cediéndole alguna parte de las fronteras de su reino ó condescendiendo con alguna de sus exigencias, ó que Sancho, debilitado en los campos

(1) Yanguas, Hist. Compend. de Navarra, pág. 69.

(2) Moret, Annal. de Nav. lib. 14.

(3) «Y perseguir (añade el culto Mariana) aquella bestia fiera y salvage.»

(4) Annal. Complut. p. 312.

de Viana, no se considerára en aquella sazon bastante fuerte para internarse en los dominios leoneses teniendo enemigos á la espalda, no se vuelve á hablar de nueva lucha entre los dos hermanos hasta tres años mas adelante (1071), que reaparecen combatiendo otra vez en Golpejar á las márgenes del Carrion, aun mas sangrientamente que en Llantada. Hay quien dice haber concertado antes y convenídose en que aquel que venciese quedaria con el señorío de ambos reinos. La fortuna favoreció esta vez á los leoneses, y los castellanos volvieron la espalda dejando abandonadas sus tiendas. Condújose Alfonso con laudable aunque perniciosa generosidad, prohibiendo á sus soldados la persecucion de los enemigos, á fin de que no se vertiese mas sangre cristiana, y porque, si fué cierta la estipulacion que se supone, se creeria ya señor de Castilla. Perdióle aquella misma generosidad. Porque uno de los guerreros castellanos reanimó al monarca vencido diciéndole: «Aun es tiempo, señor, de recobrar lo perdido, porque los leoneses reposan confiados en nuestras tiendas; caigamos sobre ellos al despuntar el alba, y nuestro triunfo es seguro.» El caballero que asi hablaba era Rodrigo Diaz, conocido y célebre después bajo el nombre de el *Cid Campeador*, que ya entonces tenia entre los suyos fama de gran capitan, aunque es la primera vez que le hallamos mencionado como tal en las antiguas historias (1).

Aceptó Sancho el consejo de Rodrigo, y sin tener en cuenta, si no un compromiso pactado, por lo menos la noble conducta que con él habia usado Alfonso, cayó con su ejército al rayar la aurora sobre los descuidados y dormidos leoneses, de los cuales muchos sin despertar fueron degollados, los demas huyeron despavoridos, y Alfonso buscó un asilo en la iglesia de Santa María de Carrion, de cuyo sagrado recinto fué arrancado y conducido desde allí al castillo de Burgos (julio de 1071). Pasó Sancho con su ejército victorioso á la capital del reino leonés, de la cual se posesionó ya fácilmente. Amaba con predileccion doña Urraca á su hermano don Alfonso, y á instigacion y por consejo suyo rogó el conde Pedro Ansurez á don Sancho sacase de la prision á su hermano, á lo cual accedió el de Castilla, á condicion y bajo la promesa de que Alfonso tomaria el hábito monacal en el monasterio de Sahagun. Resignóse el destronado monarca á cubrir con la cogulla aquella cabeza que acababa de llevar una corona, él y sus favorecedores con la esperanza de que el tiempo trocaria las cosas y el variable viento de la fortuna daria otro rumbo á su suerte. Asi sucedió. Por arte y maña de los mismos que habian negociado su entrada en el claustro no tardó Alfonso en salir de él á favor de

(1) Lucas de Tuy, p. 97 y 90.—El arzobispo don Rodrigo, l. VI, c. 16.

un disfraz, y tomando el camino de Toledo acogióse al amparo del rey Al Mamun, que no solo le recibió con benevolencia, sino que le trató como á un hijo, segun la expresion del arzobispo cronista. Dióle el rey musulman morada cerca de su mismo palacio, proporcionábale todo lo que podia hacerle amena y agradable la vida, y hasta le señaló una casa de recreo fuera de muros donde pudiese vivir apartado del tumulto de la ciudad, y entretenido con sus cristianos.

Acompañábanle allí tres nobles hermanos, Pedro, Gonzalo y Fernando Ansurez, servidores fieles suyos y de su hermana Urraca, que con tierna solicitud le habia procurado esta buena compañía. Con estos y otros cristianos no menos leales vivia Alfonso en su deliciosa alquería, en la mas estrecha amistad con el monarca sarraceno. Un dia, habiendo salido Alfonso á caza por aquellos bosques, llegó hasta un sitio llamado Brivea, hoy Brihuega, fortaleza entonces de poca importancia, pero cuya situacion agradó mucho al desterrado castellano. Pidiósela á Al Mamun, y éste se la concedió sin dificultad. Allí estableció Alfonso una especie de colonia de cristianos sometidos á su autoridad. Así pasó el destronado rey de Leon cerca de un año, ya auxiliando con sus cristianos al rey de Toledo en sus guerras con otros musulmanes, ya entreteniendo los períodos de paz en ejercicios de montería, á que se prestaba grandemente aquel sitio.

Cuenta el arzobispo don Rodrigo, que habiendo bajado un dia Al Mamun al jardin del castillo de Brihuega á solazarse un rato, y habiéndose puesto á conferenciar con los árabes de su córte sentados en círculo, sobre el medio como se podria tomar una plaza tan fuerte como la de Toledo, Alfonso se habia recostado al pie de un árbol, y aparecia profundamente dormido: creyéndolo así los árabes, continuaron departiendo entre sí en alta voz y con toda confianza. Preguntóles Al Mamun si creian posible que una ciudad como aquella pudiera nunca ser conquistada por los cristianos. «Solo habria un medio, contestó uno de los interlocutores, que seria talar por espacio de siete años sus campiñas, de suerte que llegáran á faltar absolutamente los víveres.» No fué perdida la respuesta, dice el historiador cristiano, para Alfonso que no dormia, y guardada la tuvo en su memoria; como queriendo atribuir á esta revelacion la conquista que años adelante hizo de Toledo este mismo Alfonso. Nosotros, concediendo el hecho, creemos que Alfonso no necesitaba de estas revelaciones, teniendo como tuvo tiempo sobrado para conocer la ciudad y calcular todos los medios que pudieran facilitarle su grande empresa, si por caso pensó en ella entonces (1).

(1) La estancia de Alfonso en Toledo se ha exornado con anécdotas y cuentos inve-

Mientras esto pasaba en Toledo, Sancho, ufano con la victoria, y no satisfecho con el reino de Leon, habia continuado su marcha á Galicia, resuelto á deponer tambien de aquel reino á García, su hermano menor. García tenia exasperados los pueblos con inmoderados tributos, y disgustados á los principales gallegos con el ascendiente que dispensaba á uno de sus sirvientes ó domésticos llamado Vernula, á cuyas delaciones daba siempre oidos con una credulidad ciega. Muchas veces los nobles que habian sido el blanco de sus calumnias habian rogado al príncipe que alejase de sí tan indigno favorito. El rey se habia empeñado en sostenerle, y haciéndose ya insoportables á los grandes las vejaciones que les causaba, asesinaron un dia al delator á la presencia y casi en los brazos del rey. La cólera de García no reconoció límites ni freno desde entonces, y degeneró en una especie de demencia ó de manía de persecucion contra todos sus súbditos de cualquiera edad ó sexo que fuesen. Así cuando se presentó Sancho en Galicia, fuéle fácil la sumision de los gallegos, harto indignados ya contra la loca dominacion de su hermano. Solos trescientos soldados seguian á García, con los cuales, conociendo la imposibilidad de resistir á la hueste castellana, acudió en demanda de auxilio á los sarracenos de Portugal, ofreciéndoles que si le ayudaban á hacer la guerra les daria en vasallage no solo su reino, sino tambien el de su hermano. Contestáronle los musulmanes con palabras de alto desprecio. «¿Con que no has podido, le dijeron, defender tu estado siendo rey, y ahora que le has perdido nos ofreces dos reinos?» Tuvo no obstante el desairado y desatentado García la temeridad de seguir recorriendo el pais con su pequeña cohorte, hasta que llegando á la campiña de Santaren (1), encontróse con su hermano Sancho, donde vinieron á las manos. Acuchillada y deshecha la gente de García y él prisionero, quedó Sancho dueño y señor de todo el reino de Galicia (1071). Fué el prisionero destinado al castillo de Luna, de donde luego le soltó Sancho sobre homenage que le hizo de ser siempre vasallo suyo, y refugióse á Sevilla (2).

Parece que deberia haber quedado satisfecha la ambicion de Sancho con verse señor de los tres reinos de Castilla, Leon y Galicia. Mas como su codicia fuese insaciable, tan pronto como regresó á Leon, volvió sus ojos hácia los

rosimiles, como aquello de haberle echado plomo derretido en una mano para probar si estaba realmente dormido, de que diz le quedó el sobrenombre de *el de la mano horadada*; lo de habérsele encrespado el cabello en términos de no podérsele allanar, y otras puerilidades absurdas que el buen sentido nos dispensa de refutar sériamente.

(1) Las palabras del arzobispo don Rodrigo nos descubren la etimología de Santaren. *In loco qui* Santa-Hirenea *dicitur.*

(2) Fragmento de una crónica manuscrita del Escorial que cita Berganza.—Chron. Compost. é Iriense, publicados por Florez, Esp. Sagr., tom. 20 y 23.

pequeños dominios independientes de sus dos hermanas Urraca y Elvira; y so pretexto de que se interesaban demasiado en favor de Alfonso, llevó contra ellas un ejército considerable. Elvira no le opuso resistencia en Toro. Pero Urraca, contando con el pueblo de Zamora y con la lealtad de algunos nobles caballeros, entre ellos el prudente y valeroso Arias Gonzalo, á quien encomendó la defensa de la ciudad, se dispuso á soportar con ánimo varonil todos los azares y rigores del sitio. Estrechóle Sancho cuanto pudo; los ataques y los asaltos se renovaban cada dia con mas ímpetu y corage, mas todos se estrellaban en el valor y decision de los valientes zamoranos, acaudillados por el brioso y entendido Arias Gonzalo. Ya los sitiados iban sintiendo algunos efectos de tan prolongado sitio, cuando salió de la ciudad un hombre llamado Bellido Dolfos, que dirigiéndose á don Sancho, y fingiendo acaso quererle informar del estado de la plaza, logró que el rey, dando entera fé á sus palabras, saliese solo con él á reconocer el muro, con cuya ocasion, cogiendo á Sancho desprevenido, le atravesó á traicion con su lanza, y corrió á refugiarse á la ciudad. Rodrigo Diaz, el Cid, que hacia parte del ejército de Sancho, sabedor de la accion de Bellido, lánzose como un rayo en persecucion del traidor, á quien se abrió una de las puertas á punto que faltaba ya poco para alcanzarle la lanza de aquel insigne guerrero: lo que hizo sospechar á los castellanos que Bellido contaba en la ciudad con participantes y favorecedores de la traicion (1).

Con la muerte de Sancho difundióse en el campo la consternacion. Los leoneses y gallegos, como que servian de mala voluntad en sus banderas, abandonáronlas incontinenti y se desbandaron. Los castellanos, como mas obligados, permanecieron firmes en su puesto; y colocando después en un féretro el cadáver del rey, le trasportaron con lúgubre aparato al monasterio de Oña, donde le dieron sepultura y le hicieron las correspondientes exequias. Algunos añaden que los de Zamora salieron de la ciudad en persecucion de los fugitivos, y que los castellanos, correspondiendo á su fidelidad proverbial, se fueron defendiendo vigorosamente en la retirada, siendo celosos guardadores de los inanimados restos de su señor hasta depositarlos en la tumba.

Acaeció la muerte de Sancho II. de Castilla el 6 de octubre de 1072. Su muger, la reina Alberta, no le dió sucesion. Habia reinado seis años, nueve

(1) Luc. Tud. Chron. p. 98 y sig.—Chron. Lusit. p. 405.—Id. Burg. p. 309.—Annal. Compost. p. 319.—Id. Tolet. era MCX.—La embajada del Cid con quince caballeros á la infanta doña Urraca, y el desafío de Diego Ordoñez de Lara con los tres hijos de Arias Gonzalo, con que Mariana y otros autores han amenizado el célebre cerco de Zamora, no tienen fundamento en ninguna crónica antigua, y deben ser contados en el número de los romances.

meses y diez dias en Castilla: en Leon un año, dos meses y veinte y dos dias, contando desde la batalla de Golpejar. Mereció por su valor el dictado de Sancho el Fuerte. Era de arrogante y bella apostura, y en el epitafio de Oña se le compara en la figura y belleza á *Páris*, en la bravura bélica á *Héctor* (1).

Reunidos los castellanos en Burgos, sin rey y sin persona de familia real en quien pudiese recaer el cetro, acordaron de comun consentimiento elegir por su rey y señor á Alfonso, á condicion solamente de que hubiera de jurar no haber tenido participacion alguna en la muerte alevosa de Sancho. Tomada la resolucion, despacharon legados á Toledo que informasen secretamente al rey Alfonso de su eleccion. Por su parte doña Urraca, de acuerdo con la nobleza de Leon y de Zamora, envióle tambien secretos nuncios, recomendándoles mucho que procuráran no llegase la nueva á oidos del rey Al Mamun, temerosa de que tal vez retuviera á Alfonso, ó le impusiera condiciones humillantes á trueque de la libertad que le diera. Con corta diferencia de tiempo llegaron los mensageros de Zamora y de Burgos. Encontráronse unos y otros antes de entrar en Toledo con el conde Pedro Ansurez (Peranzules), que todos los dias acostumbraba á pasear á caballo fuera de la ciudad, al parecer por via de distraccion y de recreo, y en realidad por si tropezaba con quien le llevase noticias de su patria. Comunicó el conde la alegre nueva al rey Alfonso, y conferenciaron los dos sobre si convendria ó no informar á Al Mamun de lo que pasaba, recelando peligros de hacerle la revelacion, y temiéndolos no menos de guardar el secreto si por acaso lo sabia por otro conducto el musulman.

En tal perplexidad exclamó de repente Alfonso: «No, no debo ocultar nada á quien tan generosa y noblemente se ha portado conmigo, tratándome como á un hijo.» Y presentándose con la franqueza propia de un noble castellano, informó por sí mismo al musulman de cuanto acababan de noticiarle los enviados de su hermana y de los castellanos. Todo lo sabia ya Al Mamun; y correspondiendo á la confianza de su ilustre huésped, y llevando hasta el fin la generosidad con que desde el principio le habia tratado: «¡Gracias doy á Dios, exclamó lleno de alegría, que te ha inspirado tal pensamiento! El ha querido librarme á mí de cometer una infamia, y á ti de un peligro cierto: si hubieras intentado fugarte de aquí sin mi conocimiento y voluntad, no hubieras podido salvarte de la prision ó la muerte, porque ya habia hecho vigilar todas las salidas de la ciudad, con órden á mis guardias de que aseguráran tu persona. Ahora vé, y toma posesion de tu reino; y si algo necesitas, oro, plata, caballos, armas, ú otros recursos, de todo te podrás

(1) *Sanctius forma* PARIS *et ferox* HECTOR *in armis.*

servir, pues todo te será inmediatamente facilitado.» Rasgo digno de todo encarecimiento, y cuyo relato nos pareciera apasionada exageracion si nos le hubiesen trasmitido escritores árabes, y no historiadores cristianos nada sospechosos de parcialidad en favor de aquellos infieles (1).

Semejante conducta afianzó y estrechó mas y mas las amistosas relaciones entre Alfonso y Al Mamun. Pidióle éste al de Castilla que renovase el juramento de respetar su reino, y de ayudarle en caso necesario contra los árabes sus vecinos; igual juramento le demandó para su hijo mayor. Hízolo así Alfonso, obligándose para con él en los propios términos Al Mamun y su hijo.

Otro hijo menor del de Toledo no fué comprendido en este compromiso, sin que sepamos la razon de ello, pero cuya circunstancia conviene no olvidar para lo de adelante. Con esto se dispuso Alfonso á tomar el camino de Zamora. Colmóle Al Mamun de obsequios y presentes, y con solemne y régia pompa le acompañó hasta la altura de una colina, donde se hicieron el cristiano y el musulman una tierna despedida: prosiguió el primero con sus caballeros castellanos hasta Zamora, donde ya su cuidadosa hermana lo tenia todo aparejado y dispuesto para su proclamacion. Desde allí partiéronse á Burgos á recibir el juramento de los castellanos. Ya hemos dicho el que éstos por su parte habian acordado exigir al rey para prestarle su reconocimiento. Dura en verdad era la condicion, y no poco violento para un rey haber de humillarse á prestar un juramento de su inocencia é inculpabilidad en la muerte de su hermano. Así es que no habia caballero que osára exigírsele, y un silencio mudo é imponente reinaba en la iglesia de Santa Gadea. Hubo uno al fin que se atrevió á pedírsele, y levantando su robusta voz, «¿Jurais, Alfonso, le dijo, no haber tenido participacion ni aun remota en la muerte de vuestro hermano Sancho rey de Castilla?—Lo juro, respondió Alfonso.» Aquel arrogante castellano era Rodrigo Diaz, el Cid (2). Desde

(1) Roder. Tolet. de Reb. in Hisp. Gest. Luc. Tud. Chron. ubi sup.

(2) Luc. Tud., Chron. p. 99.—Algunos historiadores cuentan que se repitió hasta tres veces la fórmula del juramento, aunque las crónicas antiguas no hablan mas que de una. El obispo don Fr. Prudencio de Sandoval en los *Cinco Reyes*, trae lo siguiente acerca del juramento de Alfonso VI. en Burgos. «En un tablado alto para que todo el pueblo lo viese, se puso el rey, y llegó Rodrigo Diaz á tomarle el juramento, abrió un misal puesto sobre un altar y el rey puso sobre él las manos, y Rodrigo dijo así: «*Rey don Alfonso, ¿vos venís á jurar por la muerte del rey don Sancho vuestro hermano, que si lo matastes ó fuistes en aconsejarlo decid que sí, y si no murais tal muerte cual murió el rey vuestro hermano, y villanos os maten, que no sean hidalgos, y venga de otra tierra, que no sea castellano?* El rey y los caballeros respondian: *Amen.* Segunda vez volvió Rodrigo y dijo: *¿Vos venís á jurar por la muerte del rey mi señor, que vos no lo matastes ni fuistes en aconsejarlo?* Respondió el rey y los caballeros: *Amen. Si no murais tal muerte cual murió mi señor; villanos os maten, no sea hidalgo, ni sea de Castilla, si no que venga de fuera, que no sea del reino de Leon*; y él respondió: *Amen*, y

entonces, por mucho que Alfonso lo disimulara, quedóle en su ánimo cierto desabrimiento y enojo hácia el Cid. Oido el juramento victorearon todos al monarca, y acabada la ceremonia se alzaron los pendones de Castilla por Alfonso rey de Castilla, de Galicia y de Leon (1073).

Creyó su hermano García, el destronado rey de Galicia, ocasion oportuna aquella para salir de su destierro de Sevilla y presentarse á Alfonso, en quien esperaba sin duda hallar mas benignidad que en Sancho. Engañóse por su mal el desventurado príncipe, porque Alfonso, conociendo acaso su condicion desasosegada, su incapacidad para gobernar, las pretensiones que pudiera suscitar un dia, y que tal vez no tuviese del todo cabal su juicio, prendióle de nuevo, é hízole encerrar otra vez en el castillo de Luna para no mas salir de él, pues allí acabó sus dias al cabo de diez y siete años de rigorosa prision (1).

No tardó Alfonso VI. de Leon y de Castilla en acreditar á Al Mamun el de Toledo que la generosa hospitalidad, las atenciones, agasajos y finezas que le habia dispensado cuando era un príncipe destronado y prófugo, no habian sido hechas á un corazon desagradecido: al contrario, deparósele pronto ocasion de mostrarle que, soberano de un estado poderoso, sabia cumplir con los deberes que la gratitud por una parte, los recientes pactos por otra le imponian. Presentóle esta ocasion la guerra que el rey de Sevilla y de Córdoba Ebn Abed Al Motamid habia movido al de Toledo, invadiéndole sus posesiones. Asustóse, no obstante, Al Mamun cuando observó el movimiento en que se pusieron las tropas castellanas, recelando de su objeto, hasta que Alfonso le tranquilizó manifestándole que, cumplidor fiel del juramento con que se habia empeñado á auxiliarle en las guerras que los príncipes musulmanes pudieran moverle, como auxiliar y amigo suyo iba, no como enemigo y contrario. Causó no poco alborozo esta manifestacion á Al Mamun, y dando las gracias á Alfonso, entráronse unidos por las tierras de

mudósele el color. Tercera vez volvió Rodrigo Diaz á decir estas mesmas palabras al rey, el cual y los caballeros dijeron: *Amen*. Pero ya no pudo el rey sufriese, enojado con Rodrigo Diaz, porque tanto le apretaba, y dijole: *Varon Rodrigo Diaz, ¿por qué me ahincas tanto que hoy me haces jurar, y mañana me besarás la mano?* Respondió el Cid: *Como me ficiéredes algo, que en otras tierras sueldo dan á los hijosdalgo, y así fareis vos á mí si me quisiéredes por vuestro vasallo*: mucho le pesó al rey de esta libertad que Rodrigo Diaz le dijo, y jamás desde este dia estuvo de veras en su gracia. Que los reyes ni superiores no quieren súbditos tan libres.»

(1) Murió García en 1090, á consecuencia de una evacuacion de sangre que se empeñó en hacerse, segun el obispo Pelayo de Oviedo, autor contemporáneo, (Chron. n. 10). *Et ille in illa captatione voluit minuere se sanguine, et postquam sanguinem minuit decidit in lecto, et mortuus est, et sepultus est in Legione*: Mariana le hace morir en 1084.

Córdoba, llevando en pos de sí la devastacion y el incendio, «como una terrible tempestad de truenos y relámpagos, dice un escritor árabe, que espantaba y destruia las provincias en pocas horas.» Apoderáronse los toledanos de Córdoba, donde en una sangrienta refriega que en los patios mismos del alcázar real fué herido y espiró de sus resultas el hijo de Ebn Abed que se hallaba en la flor de su edad. «¡Venganza de Dios, que es terrible vengador!» gritaban los toledanos paseando por las calles la cabeza del jóven príncipe clavada en la punta de una lanza. Pasaron desde allí á Sevilla, que tampoco pudo defender Ebn Abed, divididas como estaban sus fuerzas para atender á otra guerra en tierras de Jaen, Málaga y Algeciras (1075). Seis meses estuvo Sevilla en poder de Al Mamun, hasta que repuesto Ebn Abed la cercó con todas sus fuerzas; enfermo Al Mamun, privado del auxilio de los castellanos que habian regresado hácia sus dominios, agravada la enfermedad del de Toledo, y habiendo por último sucumbido de ella (1076), por mas que sus caudillos quisieron tener oculta su muerte para que las tropas no se desalentáran, ya no les fué posible defender la ciudad, y recobróla Ebn Abed, que seguidamente marchó á Córdoba, y arrojó de allí á los toledanos y alanceó al gobernador Hariz puesto por Al Mamun (1).

Al morir Al Mamun en Sevilla, habia dejado su hijo Hixem Al Kadir bajo la tutela y proteccion, entre otras personas, del rey de Castilla su amigo, «de cuya lealtad y amor estaba muy seguro.» Pero debió aquel príncipe reinar muy breve tiempo, desposeido, segun algunos escritores, por los mismos toledanos en un alboroto que contra él movieron, acusándole de ser mas amigo de los cristianos que de los musulmanes, y poniendo en su lugar á su hermano menor Yahia Al Kadir Billah, en quien concurrian opuestas circunstancias (2). Pero pronto debieron arrepentirse los toledanos de su obra,

(1) Conde, parte III. c. 7.

(2) Sobremanera embrollados y confusos hallamos los sucesos de este periodo en las historias arábigas y españolas. Prescindiendo de que Conde pone la muerte de Al Mamun en 1074, Dozy con arreglo á sus autores árabes en 1075, Romey (que se separa en esto de Conde, á quien comunmente sigue) en 1077, y otros á quienes nosotros seguimos en 1076, aparte de este hecho, que no pasa de una discordancia de fechas, encontrámosla mayor todavia en cuanto al sucesor de Al Mamun. Dozy dice que fué su nieto Al Kadir (tom. I. de sus Investigaciones, p. 311). Conde, que fué su hijo Yahia Al Kadir (part. III., cap. 7). El arzobispo don Rodrigo, que con tanta exactitud nos ha informado de la vida de Alfonso en Toledo, hace á Yahia hijo segundo de Al Mamun, y supone que otro hermano reinó antes que él, pues habla de si seguia ó no las huellas de su padre y hermano: *qui a viis fratris et patris minus aberrans.....: etc.* Y es el mismo que dijo antes no haber sido comprendido en el pacto de Alfonso y Al Mamun: *erat autem minor filius de cujus fædere nihil dixerunt, nec Aldefonsus fuit ei in aliquo obligatus*. Creemos, pues, que hubo un hijo mayor de Al Mamun que sucedió á este y precedió á Yahia. Dé él dice solamente Romey que le destituyó el pueblo revolucionariamente, pero ignoramos de

porque era Yahia hombre cruel, despótico, vicioso y desatentado. Abubekr ben Abdelaziz, el gobernador de Valencia puesto por Al Mamun, negó su reconocimiento á la autoridad de un soberano que no vivia sino entre eunucos y mugeres. Los toledanos, oprimidos con todo género de vejaciones, llegaron á decirle un dia: «O tratas mejor á tu pueblo, ó buscamos otro que nos defienda y ampare.» Mas no por eso abandonó Yahia ni su vida de disipacion ni sus despóticos instintos. Entonces los vecinos de Toledo, enviaron un mensage al rey Alfonso de Castilla, invocando su poderosa proteccion, é invitándole á que pusiera cerco á la ciudad, que aunque reputada por inexpugnable, confiaban en que ellos mismos tendrian ocasion de facilitarle la entrada: resolucion estrema, pero no estraña en quienes se veian tan oprimidos y ajados que en expresion del arzobispo cronista preferian la muerte á la vida. Por otra parte Al Motamid el de Sevilla, perpétuo enemigo y rival de los ben Dilnûm de Toledo, provocó tambien á Alfonso á que rompiera la alianza que le habia unido á aquellos emires, y aceptára la suya que le ofrecia. Negoció, pues, Aben Omar en su nombre un tratado secreto con Alfonso que los escritores musulmanes con apasionada indignacion califican de alianza vergonzosa, pero que al sevillano le convenia mucho, asi por abatir al de Toledo, como por quedar él desembarazado para estender sus dominios por Jaen y Baeza, y por Lorca y Murcia. No desaprovechó el monarca cristiano tan tentadoras invitaciones, y

donde lo ha tomado. parece que quiso decirlo, pues al referirlo hace una llamada á nota (pag. 210 del tomo V. de su Historia), mas la nota se le olvidó. Por otra parte, de un pasage de una crónica árabe traducido por Gayangos parece resultar que á consecuencia de un alboroto que se movió de noche en Toledo pidió Al Kadir á Alfonso un ejército cristiano que le ayudará á contener sus súbditos: que Alfonso le exigió por ello tan gran suma de dinero, que no pudiéndola pagar el musulman reunió á los principales vecinos y les intimó que de no facilitársela entregaria á Alfonso sus hijos y parientes en rehenes: que entonces los toledanos acudieron á Al Motawakil el de Badajoz, con cuya noticia el rey de Toledo abandonó la ciudad de noche, y huyó á Huete, cuyo gobernador no quiso darle asilo: que Al Motawakil entró en Toledo, y no quedó á Al Kadir otro recurso que implorar de nuevo el auxilio de Alfonso, el cual le exigió en recompensa todas las contribuciones de Toledo y ademas dos fortalezas; que Al Kadir aceptó las condiciones, Alfonso sitió la ciudad, Al Motawakil huyó, la ciudad se rindió, y Al Kadir fué repuesto en el trono. Nos es imposible conciliar esta narracion con todas las demas noticias que tenemos acerca de la conquista de Toledo por Alfonso.

Conde, que es entre los nuestros el que mas de intento y mas difusamente trató de las cosas de los árabes, está tan confuso en lo relativo á este siglo, que es dificilísimo seguirle, y poco menos dificil entenderle. Ya nos contentariamos con que nos ocurrieran en lo sucesivo otras dificultades y de otro género que las que ligeramente apuntamos. Nuestra relacion, no obstante, irá basada en lo que del cotejo de unos y otros resulte para nosotros mas averiguado. Por lo mismo deseamos tanto como el señor Dozy que haya quien nos aclare este oscuro y complicado periodo de la historia de la edad media de España.

como que no le ligaba compromiso ni pacto con Yahia, no habiendo sido éste comprendido en el juramento hecho entre Alfonso y Al Mamun, quedó resuelta en el ánimo del rey de Castilla la empresa de conquistar á Toledo, y comenzó á hacer gente y levantar banderas, y á juntar armas, vituallas y todo género de bastimentos de guerra (1078).

Hechos todos los aprestos, franqueó Alfonso con sus huestes las montañas que dividen las dos Castillas, talando campos, incendiando y destruyendo poblaciones, haciendo incursiones rápidas é inesperadas, no dejando á los musulmanes, en expresion de uno de sus historiadores, ni tiempo para alabar á Dios ni para cumplir con sus obligaciones religiosas. Contaba, no obstante el toledano, aunque aborrecido de sus súbditos, con muchos medios de defensa, la ciudad era fuerte por naturaleza y por el arte, y ni podia ni se proponia Alfonso conquistarla desde luego, sino iria privando de mantenimientos y recursos hasta reducirla á la estremidad. Repitiéronse los siguientes años estas correrías devastadoras, sin que bastára á impedirlas el emir de Badajoz Yahia Almanzor ben Alafthas, que se presentaba como protector y auxiliar del de Toledo, pero que se iba á la mano en lo de medir sus fuerzas con las huestes castellanas. El rey de Zaragoza Al Moktadir ben Hud, que en 1076 habia despojado de sus estados al de Denia, y era uno de los mas poderosos emires de España, se preparaba en 1081 á acudir en socorro del toledano, pero la parca, dice la crónica muslímica, le atajó sus gloriosos pasos, y su muerte fué un suceso feliz para Alfonso. Hizo éste en 1082 otra entrada por las montañas de Avila, fortificó á Escalona y se apoderó de Talavera. Interesado el de Sevilla en estrechar la amistad y alianza con el monarca cristiano, á favor de la cual se habia apoderado de Murcia en 1078, ofrecióle en premio de ella por medio de su astuto negociador Aben Omar su misma hija la hermosa Zaida con cierto número de ciudades por via de dote si la aceptaba en matrimonio, proposicion que admitió Alfonso, aunque casado entonces en segundas nupcias con Constanza de Borgoña. Prometia además el de Sevilla invadir por su lado el territorio de Toledo, y entregar al de Castilla en cumplimiento de aquel trato las conquistas que hiciese al Nordeste de Sierra Morena. En su virtud la bella Zaida pasó á poder de Alfonso *quasi pro uxore*, que es la espresion del obispo cronista de Tuy. Escándalo grande fué éste para los muslimes, que acusaban á Ebn Abed y á su favorito de sacrificar los intereses del islamismo y el decoro de su propia familia á una alianza bochornosa, y hacíanle fatídicos presagios. Pero el sevillano cumplió su promesa, tomando á Huete, Ocaña, Mora, Alarcos y otras importantes poblaciones de aquella comarca que vinieron á formar la dote de su hija.

En la campaña siguiente (1083) se apoderó Alfonso de todo el país comprendido entre Talavera y Madrid. Al fin, despues de tantas y tan devastadoras correrías, llegó ya el caso de poner el cerco á la ciudad fuerte, al baluarte principal del islamismo en España. Está Toledo situada sobre una elevada roca, ó mas bien sobre una eminencia cercada de barrancos y peñas escarpadas, por cuyas sinuosidades corre el Tajo bañando casi todo el recinto de la ciudad, excepto por la parte de Septentrion en que deja una entrada de subida ágria y difícil, formando una especie de península. Defendíanla gruesas murallas ademas de sus naturales fortificaciones. Sus calles estrechas y tortuosas contribuian tambien á dificultar su entrada aun en el caso de una sorpresa. Por eso desde una época que se pierde en la oscuridad de los tiempos habia sido Toledo una ciudad importante. Lo fué ya mucho bajo la dominacion de los godos, y estaba desde la entrada de Tarik bajo el dominio de los sarracenos, que habian hecho de ella un centro del lujo y de las artes, que casi podia competir con Córdoba en sus mejores tiempos.

Tal era la ciudad que se propuso conquistar Alfonso. Para cerrarla por todas partes, cortar todos los pasos é impedir la entrada de vituallas y socorros, fuéle preciso emplear mucha gente y ocupar tambien toda la vega que se estiende á la falda del monte sobre que está asentada la ciudad. Levantáronse torres, y se jugaron máquinas é ingenios. Pero la principal arma de guerra era la privacion de todo género de mantenimientos para los sitiados. El rey Yahia, que no se atrevia á habérselas en persona con enemigo tan poderoso, pidió auxilio al de Badajoz, que lo era entonces Al Motawakil, el último de los Afthasidas, el cual envió en efecto en su socorro al walí de Mérida su hijo. Pero el refuerzo llegó tarde; Alfadal ben Omar no pudo ponerse en combinacion con los sitiados, y tuvo que retirarse apresuradamente á Mérida, derrotado por las tropas de Alfonso. Los árabes dicen que el cadí Abu Walid el Bedji profetizó en esta ocasion la ruina del islamismo en Andalucía: los cristianos cuentan que San Isidoro se apareció en sueños al obispo de Leon y le profetizó la pronta conquista de Toledo. Así los escritores de cada religion citan sus profecías.

Ultimamente perdida por parte de los de la ciudad toda esperanza de socorro y apurados por el hambre, la mayoría de los habitantes en union con los judíos y con los cristianos mozárabes, expusieron al rey, algo tumultuariamente, la necesidad de que entrára en negociaciones con Alfonso. Diferentes veces salieron comisionados á tratar de paz, llegando en una de ellas á ofrecer el de Toledo que se haria vasallo y tributario del de Leon, á condicion de que levantára el sitio. Mantúvose firme Alfonso en no admitir ni escuchar otra proposicion que la de entregarle la ciudad. Por fin la necesidad

obligó á unos y la conveniencia á otros á celebrar el pacto de entrega bajo las bases y condiciones siguientes: Que las puertas de la ciudad, el alcázar, los puentes, y la huerta llamada del Rey, serian entregadas á Alfonso; que el rey musulman podria ir libre á Valencia; que los árabes quedarian en libertad de acompañar á su rey, llevando consigo sus haciendas y menage; que el rey don Alfonso le ayudaria á cobrar la ciudad y reino de Valencia; que á los que permaneciesen en la ciudad les serian respetadas sus propiedades; que la mezquita mayor quedaria en su poder para seguir teniendo en ella su culto; que no se les impondrian mas tributos que los que antes pagaban á sus reyes; y que se les conservarian sus jueces propios ó cadíes para que les administrasen justicia conforme á las leyes de su nacion. Prestáronse por una y otra parte los juramentos de cumplir este tratado, de que se hicieron cuatro ejemplares en árabe y en latin, y que firmaron ambos reyes con los principales funcionarios eclesiásticos, militares y civiles de uno y otro.

En su virtud entró Alfonso triunfante en la ciudad de Toledo el dia 25 de mayo de 1085, dia de San Urbano; y el rey Yahia Al Kadir con sus principales oficiales salió para Valencia llevando consigo sus mas preciosos tesoros. Asi volvió la gran ciudad de Toledo á poder de los reyes cristianos despues de trescientos setenta y cuatro años cumplidos que estaba bajo el dominio sarraceno, desde que se apoderó de ella el berberisco Tarik ben Zeyad hasta su reconquista por Alfonso VI. El rey cristiano fijó por algun tiempo sus reales fuera de la poblacion, hasta que bien seguro del favor popular y de que no tenia nada que temer de la poblacion musulmana, que era mucha ocupó el alcázar con toda su córte y desde entonces volvió á ser Toledo la capital del imperio cristiano como en tiempo de los godos (1).

Ayudaron al rey de Castilla en esta gloriosa conquista tropas auxiliares de Aragon, y hasta aventureros y caballeros principales de Francia, que espontáneamente acudieron á tomar parte en una empresa cuya fama se extendia por toda la cristiandad, y veremos mas adelante cómo algunos de ellos fueron señaladamente protegidos en España y se enlazaron con las princesas reales de Castilla, y fueron después troncos de dos familias de reyes. Hallábanse con Alfonso y entraron con él en Toledo la reina doña Constanza, sus hermanas doña Urraca y doña Elvira, los mas distinguidos condes y caballeros de la nobleza castellana y leonesa, entre ellos el ilustre Rodrigo Diaz, el *strenuus miles* de las antiguas crónicas, que al decir de algunos his-

(1) Rod. Tolet. lib. IV.—Conde, cap. 8. —Luc. Tud. p. 100.—Chron. Lusit. p. 405.— Tumbo negro de Santiago.—Becerro de Sahagun, fol. 50.

toriadores, fué el primero que con su pendon entró en la ciudad, y á quien el rey dió, aunque poco tiempo, su gobierno (1). Aseguró con esto don Alfonso todo lo que hay desde Atienza y Medinaceli hasta Toledo, y desde esta ciudad hasta Plasencia, Coria y Ciudad Rodrigo, cuyas principales poblaciones hasta veinte y seis enumera con sus nombres el arzobispo cronista (2).

Recobrada Toledo al cristianismo, y deseando Alfonso volverle su antigua grandeza religiosa, congregó en concilio los obispos y próceres del reino, en el cual se restauró la antigua silla metropolitana y se eligió para ella al abad de Sahagun Bernardo, de nacion francés, monje de Cluni que habia sido en su patria, y protegido por la reina Constanza, francesa tambien (1086); varon de buen ingenio y que gozaba de aventajada reputacion por su doctrina y sus costumbres, pero mas celoso por la religion que discreto y prudente á lo que se vió luego. El rey dotada la iglesia con gran número de villas y aldeas, de huertas, molinos y campos para la sustentacion de su culto y de sus ministros, habíase partido para Leon, donde le llamaban atenciones urgentes. Entretanto el nuevo arzobispo, ó por hacer mérito de su celo, ó porque en realidad considerase afrentoso para los cristianos el que los infieles siguieran poseyendo el mejor templo de la recien conquistada ciudad, una noche de acuerdo con la reina Constanza y acompañado de operarios y gente armada hizo derribar las puertas, despojar y purgar el templo de todo lo que pertenecia al culto muslímico, poner altares á estilo cristiano, y colocar en la torre una campana que mandó tañer para convocar al pueblo á los oficios divinos. Indignó tanto como era natural á los musulmanes ver tan pronto y de tal manera violada una de las condiciones de la capitulacion, por la cual se habia estipulado dejarles el uso de aquel templo, y como aun constituian la mayoría de la poblacion estuvo á punto de moverse un alboroto que hubiera puesto nuevamente en riesgo la ciudad. Contúvolos por fortuna la esperanza de que el rey anularia lo hecho por el arrebatado arzobispo.

Irritó en efecto tanto á Alfonso la noticia de aquella accion, que desde Sahagun, donde se hallaba, partió con la mayor velocidad á Toledo, resuelto á escarmentar al arzobispo y á la reina misma como quebrantadores del solemne pacto celebrado por él con los árabes. Los principales vecinos de Toledo, sabedores del enojo del rey, saliéronle al encuentro en procesion y cubiertos de luto. Los mismos musulmanes, calculando ya mas tranquilos las graves consecuencias que habrian de esperimentar de llevarse adelante el rigoroso castigo con que el rey amenazaba, salieron tambien á recibirle, y

(1) Sandoval, Cinco Reyes, p. 227 ed. de 1792.

(2) De Reb, Hisp. lib. VI, c. 22.

uniendo sus súplicas á las de los cristianos, arrodillados todos intercedieron con lágrimas y razones en favor del arzobispo y de la reina. Costóles trabajo ablandar el ánimo irritado de Alfonso, pero al fin hubo de ceder á tantos ruegos, y otorgado el perdon hizo su entrada en Toledo, donde con tal motivo se trocó en dia de regocijo y gozo el que se temia que fuese de luto y llanto. Desde entonces la que habia sido por largos siglos mezquita de mahometanos quedó de nuevo convertida en basílica cristiana para no dejar de serlo jamás, y se ordenó que en memoria de tan señalado beneficio se celebrára cada año el 24 de enero solemne festividad religiosa en nomb e de Nuestra Señora de la Paz.

Con la conquista de Toledo variará sensiblemente la posicion de los dos pueblos beligerantes. Privado de aquel fuerte apoyo el uno, contando el otro con un nuevo y avanzado baluarte, el puebo musulman irá ya en declinacion, el pueblo cristiano tomará una actitud imponente y vigorosa. La España cristiana sufrirá tambien desde esta época modificaciones esenciales, no solo en lo material, sino tambien en lo moral, en lo religioso y en lo político. Desde la conquista de Toledo comenzará una nueva era para la monarquía castellana : por eso la consideramos como una de las líneas que marcan los límites del primer período de los tres en que hemos dividido la historia de la edad media de España. Antes, sin embargo, de bosquejar el cuadro que presentaba el estado social de la Península en el siglo que comprende la narracion de los sucesos que llevamos referidos en este volúmen, veamos lo que hasta esta fecha habia acontecido en los demás reinos crist anos.

CAPITULO XXIV

ARAGON.—NAVARRA.—CATALUÑA.

RAMIRO.—LOS SANCHOS.—RAMON BERENGUER.

De 1035 á 1085.

Ramiro I. de Aragon.—Estrechos límites de su reino.—Frustrada tentativa contra su hermano García de Navarra.—Hereda lo de Sobrarbe y Ribagorza por muerte de su hermano Gonzalo.—Toma algunas plazas á los sarracenos.—Concilio de San Juan de la Peña.—Idem de Jaca.—Testamento de Ramiro I.—Errores en que nuestros historiadores han incurrido acerca de su muerte, y cuéntase como fué ésta.—Sancho Ramirez.—Conquista á Barbastro.—Relaciones entre los tres Sanchos, de Aragon, Navarra y Castilla.—El cardenal legado del papa, Hugo Cándido.—Cuando se abolió en Aragon el rito gótico y se introdujo el romano.—Negociaciones con Roma.—Muere asesinado Sancho Garcés de Navarra, y se unen Navarra y Aragon en Sancho Ramirez.—Campañas de Sancho Ramirez con los árabes.—Condado de Barcelona.—Ramon Berenguer I. *el Viejo*.—Resultados de su prudente y sábio gobierno.—Ensancha los límites de su estado.—Reforma eclesiástica: concilio de Gerona.—Córtes de Barcelona: famosas leyes llamadas *Usages*.—Auxilia al rey musulman de Sevilla.—Estension que en su tiempo adquiere el condado de uno y otro lado del Pirineo.—Muere asesinada su esposa la condesa Almodis.—Afliccion del conde y su muerte.—Heredan el condado *pro indiviso* sus hijos.—Hace asesinar Berenguer á su hermano Ramon, llamado *Cabe a de Estopa*. —Queda con la tutela de su sobrino y con el gobierno del Estado.—Causas por qué se suspende esta narracion.

En nuestro prólogo advertimos ya que en las épocas en que estuvo fraccionada en muchos estados independientes nuestra Península contaríamos separadamente los sucesos peculiares de cada reino ó estado, siempre que las relaciones de unos con otros no estuviesen tan íntimamente enlazadas que hicieran indispensable la simultaneidad de la narracion. Solo así nos parece que puede darse la claridad posible á la complicadísima historia de nuestro pais, en la cual, mas que en otra alguna que conozcamos, es tan fácil

caer en confusion como difícil guardar la trabazon y unidad necesarias á la historia de un gran pueblo.

Diminuto y reducido era el territorio comprendido en el reino de Aragon, asi llamado del rio de este nombre, que en la parte central de los Pirineos entre los valles del Roncal y de Gistain constituia el estado que en la distribucion de reinos hecha por Sancho el Mayor de Navarra señaló á su hijo primogénito Ramiro. Apenas, segun varios historiadores de aquel reino, abarcaba entonces una comarca como de veinte y cuatro leguas de largo sobre la mitad de ancho poco mas ó menos. Nadie podia imaginar en aquella sazon que tan estrecho recinto se habia de convertir andando el tiempo en estado vasto y poderoso, y que habia de ser uno de los reinos mas estensos y respetables no solo de España sino de Europa. Que Ramiro intentó muy desde el principio ensancharle á costa de los estados de su hermano García de Navarra, dijímoslo ya en el capítulo XXII de este libro. Pero sorprendido y vencido en Tafalla, hubo de agradecer el poder regresar fugitivo á guarecerse en las montañas de su estrecho y exiguo estado. Asi permaneció hasta 1038, en que su hermano Gonzalo, señor de Sobrarbe y Ribagorza, fué asesinado á traicion en el puente de Monclús por su vasallo Ramonet de Gascuña, al volver un dia de caza. Entonces los de Sobrarbe y Ribagorza, viéndose sin señor, eligieron por rey á Ramiro, con lo que comenzaron á recibir los primeros ensanches los límites de su reino.

Habia casado Ramiro en 1036 con Gisberga, hija de Bernardo Roger, conde de Bigorra, á la cual mudó el nombre en el de Ermesinda. Tuvo de ella cuatro hijos, á saber, Sancho que le sucedió en el reino; García que fué obispo de Jaca; Teresa y Sancha que casaron con los condes de Provenza y Tolosa. Hijo natural de Ramiro fué tambien otro Sancho, á quien dió el señorío de Aybar, Javierre y Latre, con título de conde, y el de Ribagorza. Murió la reina Ermesinda en 1.º de setiembre de 1049, y fué enterrada en el monasterio de San Juan de la Peña.

Nótase gran falta de documentos y noticias respecto á los primeros años del reinado de Ramiro. Los escritores aragoneses suponen haber estendido su dominacion al condado de Pallás, y afirman haber conquistado de los moros á Benabarre, lanzádolos de todos los términos de Ribagorza, y aun hecho tributarios á los emires de Lérida, Zaragoza y Huesca, en lo cual no están de acuerdo las crónicas arábigas. Mas conocidos son sus hechos religiosos. Dos concilios se celebraron en el reinado de Ramiro I., en San Juan de la Peña el uno, en Jaca el otro. En el primero, que ha llegado mutilado á nosotros, se hizo un cánon notable por lo singular: «Decretamos é instituimos, dijeron los padres, que los obispos de Aragon sean nombrados y elegidos de los

monjes de este monasterio (1):» testimonio inequívoco de la influencia y ascendiente que aquellos monjes ejercian. Pero mas importante y célebre fué el de Jaca, congregado en 1063. Asistieron á él y le confirmaron, el rey don Ramiro, los dos Sanchos sus hijos, el legítimo y el bastardo, nueve obispos (2), tres abades, un conde y todos los próceres de la córte del rey. Era por lo tanto un concilio mixto, como la mayor parte de los de aquel tiempo. Despues de tratar de la reforma de las costumbres y disciplina eclesiástica estragadas por las guerras y por el comercio con los infieles, se restauró en Jaca la antigua silla episcopal de Huesca, declarando que cuando esta ciudad se recobrára del poder de los mahometanos, la de Jaca le fuese súbdita y una misma cosa con ella «y la obedeciese como hija á su matriz.» Asignó el rey á esta diócesis á título de perpetuidad diferentes tierras y monasterios con sus dependencias.

Mas la deliberacion trascendental que se tomó en este concilio, fué la donacion que Ramiro y su hijo Sancho hicieron á Dios y á San Pedro (al bienaventurado pescador, *beato piscatori)* «de todo el diezmo de sus derechos, del oro, plata, trigo, vino y demás cosas que de grado ó por fuerza les pagaban asi cristianos como sarracenos, de todas las villas y castillos, así en las montañas como en los llanos... de todos los tributos que al presente ó de futuro percibieran ó pudieran percibir con la ayuda de Dios.» «Y donamos, añadieron, á dicha iglesia y obispo, la tercera parte del diezmo que recibimos de Zaragoza y de Tudela.» «Y yo Sancho, hijo del precitado rey, encendido en amor divino, concedo á Dios y á San Pedro *(beato clavigero)* la casa que tengo en Jaca con todas sus pertenencias.» Tal era la devocion y piedad del primer Ramiro de Aragon, á quien por lo mismo no estrañamos que el papa Gregorio VII. llamára mas adelante *cristianísimo príncipe.* Ofrece este concilio la notable singularidad de haber sido tambien confirmado por todos los moradores de Jaca, hombres y mugeres *(cuncti habitatores aragonensis patriæ, tam viri quam fœminæ)* que unánimemente esclamaron: «Demos gracias al Cristo Celestial, y á nuestro benignísimo y serenísimo príncipe Ramiro... etc. (3).»

(1) *Hoc veró est nostræ institutionis decretum: ut episcopi aragonenses ex monachis præfati cœnobii habeantur et eligantur.* Collect. Max. Conc. Hisp. t. III — Segun Florez (Esp. Sagr. t. III), este concilió debió celebrarse en 1062. Supónenle algunos celebrado en 1034: error manifiesto, puesto que asistió á él el rey don Ramiro, que no empezó á reinar hasta 1035. Por consecuencia todo lo que se le podria anticipar seria á este año.

(2) Los de Aux, Urgel, Bigorra, Oloron, Calahorra, Leytora, Aragon, (Jaca), Zaragoza y Roda. Los nombres de estas diócesis dan idea de la circunscripcion de los límites que alcanzaba entonces el reino, si bien algunos de estos prelados estaban todavia *in partibus infidelium*, como el de Zaragoza.

(3) Aguirre, Collect. Conc. Hisp.

Dos años antes de este concilio, hallándose el rey enfermo en San Juan de la Peña (1061), hizo su testamento, que se conserva y cita como pieza auténtica, en el cual, despues de declarar sucesor de todas sus tierras y señoríos á su hijo Sancho, «hijo de Ermesinda, cuyo nombre bautismal fué Gisberga,» cede al otro Sancho, el ilegítimo, Aybar, Javierre y Latre con las villas de su pertenencia para que las posea en feudo por su hermano Sancho como si fuese por él. Mas «si, lo que Dios no permita, hiciese la infamia de separarse de su obediencia, ó de querer levantarse contra los reyes de Pamplona, que sea echado de estas tierras y del señorío que le dejo, y que estas tierras y este señorío vengan á poder de mi hijo Sancho, hijo mio y de Ermesinda.» Curiosas son algunas de las claúsulas que siguen, asi por la idea que dan de las costumbres, como de la modificacion que estaba sufriendo la lengua en aquel tiempo (1). «Pero mis armas, que pertenecen á barones y caballeros, sillas, frenos de plata, espadas, escudos, adargas, cascos, cinturones y espuelas, los caballos, mulas, yeguas, vacas y ovejas, las doy á mi hijo Sancho, al mismo á quien dejo aquella mi tierrra, para que lo posea todo; á excepcion de mis vacas y ovejas que estuvieron en Santa Cruz y en San Cipriano, que las dejo por mi ánima, mitad á San Juan y mitad á Santa Cruz. En cuanto á mi moviliario, oro, plata, vasos de estos metales, de alabastro, de cristal y de macano, mis vestidos y servicio de mesa, vaya todo con mi cuerpo á San Juan, y quede alli en manos de los señores de aquel monasterio; y lo que de este moviliario quisiere comprar ó redimir mi hijo Sancho, cómprelo ó redímalo, y lo que no quisiere comprar, véndase alli á quien mas diere; y aquellos vasos que mi hijo Sancho comprare ó redimiere, sea peso por peso de plata. Y el precio de lo que mi hijo comprare ó redimiere, y el precio de todo lo demas que fuere vendido, quede la mitad por mi ánima á San Juan, donde he de reposar, y la otra mitad distribúyase á voluntad de mis maestros, al arbitrio del abad de San Juan y del obispo que fuere de aquella tierra, y del señor Sancho Galindez y el señor Lope Garcés y el señor Fortuño Sanz y de otros mis grandes barones,

(1) Hé aqui algunos trozos de latin castellanizado de este documento: De meas autem *armas* qui ad varones et *cavalleros* pertinent, *sellas* de argento et *frenos* et brumias, et *espatas*, et *adarcas*, et *gelmos*, et tertinias, et *esutorios*, et *sporas*, et *cavallos*, et *mulas*, et equas, et *vaccas*. et oves, dimitto ad Sanctium meum filium, etc..... et *vassos* de auro et de argento, et de *girca*, et *cristalo*, et macano, et meos *vestitos*, et *acitaras*, et *collectras*, et *almucellas*, et *servitium de mea mensa*, totum vadat, etc...... Et illos *vassos* quos Sanctius filius meus *comparaverit*, et redemerit, *peso per peso de plata*, aut de cazeni, illos *prendat*..... et in Castellos *de fronteras de Mauros* qui sunt *pro facere*, etc.— Publicado por Briz Martinez, en la Historia de San Juan de la Peña, pág. 438.

por la salud de mi ánima pártase entre los diversos monasterios del reino, y en construir puentes, redimir cautivos, levantar fortalezas ó terminar las que están construidas en fronteras de los moros para provecho y utilidad de los cristianos, etc.»

Cuentan la mayor parte de nuestros historiadores, inclusos los particulares de Aragon, que teniendo Ramiro I. puesto cerco al castillo de Grus, el Grado segun otros, para arrancarle del poder de los sarracenos, fué contra él con poderoso ejército, y como aliado del rey moro de Zaragoza su sobrino el rey Sancho el Fuerte de Castilla, y que acometido y envuelto por todas partes el de Aragon pereció allí con muchos de los suyos. Mas como Sancho de Castilla no comenzára á reinar hasta 1065, en que murió su padre Fernando el Magno, los escritores que le suponen en guerra con Ramiro I. de Aragon han tenido que recurrir á prolongar la vida de este monarca hasta 1067 habiendo muerto en 1063, añadiendo así un error cronológico para poder sostener una inexactitud histórica (1). Siendo para nosotros cosa averiguada la muerte de Ramiro en 1063 (2), resulta no haber sido posible la ida del rey Sancho de Castilla contra él cuando tenia asediado el castillo de Graus, ni otra guerra alguna entre los dos monarcas. ¿Cómo fué pues la muerte do Ramiro I?

Un historiador arábigo (3), casi contemporáneo y que vivia en Zaragoza nos informa de este suceso de una manera que hasta ahora no conociamos. «Cuando Al Moktadir Billah (dice, dejó á Zaragoza para ir con su hueste al »encuentro del tirano Radmil (Ramiro), el príncipe de los cristianos, habiendo reunido los dos reyes el mayor ejército posible, diéronse vista musulmanes é infieles; cada uno de los dos ejércitos estableció su campo y se »colocó en órden de batalla. El combate duró una gran parte del dia; pero los »musulmanes salieron derrotados. Consternóse Al Moktadir; la lucha habia »sido tan encarnizada que los musulmanes se dispersaron acá y allá. En-

(1) El erudito Romey ha incurrido en este punto en la misma equivocacion de Mariana. Ambos, con otros muchos que nos dispensamos de citar, difieren la muerte de Ramiro hasta 1067, para dar lugar á la guerra con Sancho. El docto Zurita (Anales de Aragon, lib. I. cap. 18) cae en una contradiccion todavía mayor. Conviniendo en que la muerte de Ramiro acaeció en 1063, cuenta sin embargo la guerra de este con Sancho de Castilla que no reinó hasta 1065, y la ida de Sancho al castillo de Graus cercado por Ramiro.

(2) Anal. Toledan. primeros: «Murió el rey don Ramiro en Grados, era MCI.»—Epitafio de San Juan de la Peña.—Blancas, Comentarios.—Id. Inscripciones de los reyes de Aragon.—Moret, Annal. de Navarra, t. I—Id. Investigac. historic. pág. 494.—Cron. de Ripoll, citada por Villanueva, Viage literario, pág. 245.—España Sagr. t. III. p. 298.—Id. tomo XLIV. Fragm. histor. p. 327.

(3) Al Tortóschi, en su Sirádjo'l-moluc, cit. por Dosy en sus Invest. p. 483.

tonces Al Moktadir llamó á cierto musulman que aventajaba á todos los demás guerreros en conocimientos militares, el cual se llamaba Sadadáh. —¿Qué pensais vos de este dia? le preguntó Al Moktadir.—Desgraciado ha sido, le respondió Sadadáh; pero aun me queda un recurso.» Y dicho esto se marchó. Llevaba este tal el trage de los cristianos y hablaba muy bien su lengua porque vivia á su vecindad y se mezclaba con ellos muchas veces. Penetró pues en el ejército de los infieles, y se acercó al tirano Radmil. Encontróle armado de piés á cabeza, con la visera calada de suerte que no se le veia mas que los ojos. Sadadáh le acechó esperando una ocasion de poderle herir. Presentósele esta, lanzóse sobre Ramiro y le hirió en el ojo con su lanza. Ramiro cayó boca abajo en tierra. Entonces Sadadáh comenzó á gritar en romance: «El sultan ha sido muerto, ¡oh cristianos!» Difundida por el ejército la noticia de la muerte de Ramiro, dispersáronse los cristianos y huyeron precipitadamente. Tal fué, por la permision del Todopoderoso, la causa de la victoria de los musulmanes.»

Si así fué como lo cuenta el historiador arábigo, aquel Sadadáh fué el Bellido Dolfos de los sarracenos, Sin embargo el rumor de la muerte de Ramiro habia sido falso: el rey estaba herido solamente; pero murió de sus resultas el 8 del siguiente mayo (1) dejando por sucesor á su hijo Sancho el legítimo, que ya durante la enfermedad de su padre habia gobernado el reino, y á quien llamaremos Sancho Ramirez, para distinguirle de los otros dos Sanchos que reinaron en su tiempo en Navarra y en Castilla (2).

(1) En San Juan de la Peña, donde fué enterrado.

(2) Dice Mariana, en cap. 7. del lib. IX. de la Historia, hablando de este rey: «Del papa Gregorio VII. que gobernó la iglesia por estos tiempos se halla una bula en que alaba al rey don Ramiro, y dice fué el primero de los reyes de España que dió de mano á la supersticion de Toledo (que así llamaba él al Breviario y Misal de los godos), la cual supersticion tenia con una persuasion muy necia deslumbrados los entendimientos, y que con la luz de las ceremonias romanas dió un muy grande lustre á España. A la verdad este príncipe fué muy devoto de la Sede Apostólica, en tanto grado que estableció por ley perpétua para él y sus descendientes que fuesen siempre tributarios al sumo pontífice: grande resolucion y muestra de piedad.»

No es posible decir mas errores en menos palabras. 1.° El papa Gregorio VII. no gobernaba entonces la iglesia, ni ocupó la silla pontificia basta diez años despues de la muerte de Ramiro. 2.° La bula á que se refiere no se halla en los registros de sus cartas. 3.° El rey don Ramiro I. de Aragon no dió de mano al Breviario gótico, ni este se abolió en Aragon hasta 1071, ocho años despues de haber muerto Ramiro. 4.° El rito gótico no era una supersticion que con persuasion muy necia tuviese deslumbrados los entendimientos, sino un rito nacional muy venerado y muy legítimo, reconocido como tal no solo por la iglesia española, sino por concilios y pontífices. 5.° Ramiro I. de Aragon no hizo su reino perpétuamente tributario de Roma. 6.° Si lo hubiera hecho, habria sido muestra de gran piedad, pero no una grande resolucion, sino una resolucion muy perjudicial á Es-

Jóven de diez y ocho años Sancho Ramirez; pero príncipe de grande ánimo y esfuerzo, prosiguió guerreando contra los árabes ansioso de vengar la muerte de su padre, y ensanchó los términos de sus dominios mucho mas de lo que eran cuando él los heredara. Una de las empresas que en los primeros años de su reinado dieron mas fama al jóven príncipe fué la conquista de Barbastro, que hizo en union con el conde de Armengol de Urgel su suegro, si bien costó la vida á este ilustre vástago de la familia de los Armengoles de Urgel que tantos laureles ganaron en las guerras con los musulmanes (1065). Abrió aquella conquista á Sancho Ramirez el camino para otras no menos importantes en las regiones fértiles y abundosas de la tierra llana, en que hasta entonces habian vivido los sarracenos con toda seguridad y regalo. Asi no le hubiera distraido del que debia ser su principal objeto como el de todos los monarcas cristianos de aquella época la ambicion de Sancho de Castilla, que obligó á los dos Sanchos de Navarra y Aragon á confederarse entre sí, y que produjo la batalla de Viana (1066) con todas las demas consecuencias de que dimos ya cuenta en el anterior capítulo tratando de la historia de Castilla.

Un negocio eclesiástico, de grave interés por las proporciones que llegó á tomar y por el grande influjo que con el tiempo ejerció en la condicion religiosa y política de toda España, vino á ocupar al rey Sancho Ramirez de Aragon en medio de las atenciones de la guerra. Era el tiempo en que los papas y la córte de Roma aspiraban á estender su influjo y dominacion y á someter á él todos los imperios y príncipes cristianos, de cuyo sistema, y de su justicia ó injusticia, conveniencia ó inconveniencia no juzgaremos ahora. España era el pais en que menos intervencion habia ejercido la Santa Sede aun en los negocios eclesiásticos, y mucho menos en los temporales. A ella, pues, dirigieron sus miras los romanos pontífices. Ocupaba á este tiempo la silla de San Pedro el papa Alejandro II., el cual en el año segundo del reinado de Sancho Ramirez (1064) envió á Aragon al cardenal legado Hugo Cándidó, con la comision de impetrar del rey la abolicion del rito y breviario gótico ó mozárabe que hasta entonces habia usado constantemente la iglesia española, reemplazándole con el breviario y ritual romano. Este paso del pontífice debió lisongear mucho al monarca aragonés, el cual recibió al

las leyes del reino.

Todo esto recae despues de haber hecho Mariana vivir á Ramiro hasta 1067, habiendo muerto en 1063, y de haberle hecho morir en guerra con su sobrino Sancho de Castilla cuyo reinado no alcanzó. Pone el concilio de Jaca de 1063 en 1060, y hace posterior á este en dos años el de San Juan de la Peña. No hallamos pues en Mariana verdad ni exactitud en nada de lo que cuenta de don Ramiro. ¿Tendremos necesidad de hacer la misma advertencia en otras épocas y reinados?

legado en su corte con grandes honras acompañado de sus hermanos Sancho el conde, y García obispo de Jaca, y de varios ricos-hombres y caballeros principales del reino. Acaso los asuntos de la guerra impidieron al rey arreglar por entonces la negociacion apostólica relativa á la sustitucion del rezo por favorables que fuesen para ello sus disposiciones. O mas bien se diferiria por la reclamacion que en favor del oficio gótico hicieron Castilla y Navarra, de donde pasaron tres prelados al concilio de Mántua de 1067 á representar ante el papa y el sínodo la legitimidad y santidad del rito mozárabe, logrando que uno y otro le reconocieran y aprobáran como tal. A pesar de todo, fué tal el empeño que en aquel negocio mostró Alejandro II., que habiendo vuelto el legado Hugo Cándido á Aragon, quedó abrogado el rito gótico en aquel reino y reemplazado por el romano (marzo de 1071), comenzando á usarse este en el monasterio de San Juan de la Peña; primera brecha que se abrió en España á la preponderancia de la corte pontificia, preponderancia que habia de ir acreciendo, y que monarcas y pueblos inútilmente se habian de esforzar despues por atajar (1).

Deferente y respetuoso el monarca aragonés á la silla pontificia, puso bajo su proteccion todos los monasterios de su señorío, y con el cardenal Hugo Cándido envió á Roma al abad del de San Juan de la Peña, Aquilino, suplicando al papa recibiese bajo su amparo aquel monasterio que sus predecesores habian fundado y dotado con cuantiosas rentas. A su paso por Barcelona lograron estos dos envíados que el conde Ramon Berenguer decretase la abolicion del rito mozárabe en sus estados y su reemplazo por el romano, al modo de lo que acababa de ejecutarse en Aragon, contribuyendo á ello la condesa doña Almodis, de nacion francesa, acostumbrada en su patria á las ceremonias de aquella liturgia (2). Fácil le fué á don Sancho Ramirez alcanzar del papa Alejandro II. las bulas que impetraba. Pero llevaba muy á mal su hermano García, el obispo de Jaca, la exencion de los monasterios y de las iglesias que se iban fundando y dotando en los lugares que se ganaban á los moros: exponia al rey que eso era derogar la jurisdiccion ordinaria, y procedia contra todos los que pretendian la exencion. Inquietos traia á los monges y al rey la conducta del celoso prelado. Envió Sancho con este motivo nuevo embajador á Roma, y Gregorio VII., que habia sucedido en 1073 en la silla de San Pedro á Alejandro II. confirmó las exenciones otorgadas por este. Por último, merced á la solicitud y buena maña

(1) Sobre la verdadera época de la introduccion del oficio y rezo romano en Aragon, puede verse la luminosa disertacion del erudito maestro Florez, en el tom. III. de la Esp. Sagrada.

(2) Diago, Hist. de los condes de Barcelona.—Sandoval, Cinco obispos.—Florez, en la citada disertacion. Esp. Sagr. tom. III.

del abad Galindo, concedió el sumo pontífice al rey la facultad de distribuir y anexar las rentas de las iglesias, los monasterios y capillas que en adelante se fundasen en su reino ó se conquistasen de los infieles (1074). Dió esto ocasion á un hecho que nos demostrára las ideas que en aquel tiempo dominaban.

El rey habia hecho aplicacion de algunas de aquellas rentas á los gastos y atenciones de la guerra que sostenia contra los enemigos de la fé. Á pesar de lo sagrado del objeto, «teníase, por grave, dice un historiador de Aragon, lo que el rey hacia; «él mismo entró en escrúpulos; y pareciéndole que con aquello ofenderia á Dios y acaso movia escándalo en el pueblo, hallándose con la corte en Roda hizo á presencia del obispo de aquella diócesis penitencia pública en el templo, y pidió perdon y satisfaccion á Dios por haber echado mano de las décimas y primicias de las iglesias, mandando desde luego restituir á la de Roda lo que él decia haberle usurpado (1)

Un acontecimiento imprevisto vino á poner un nuevo cetro en manos de Sancho Ramirez de Aragon. El 4 de junio de 1076 hallándose entretenido en el ejercicio de la caza su primo Sancho Garcés de Navarra en los bosques de Peñalen, fué alevosamente sorprendido por su hermano Ramon y precipitado por él y sus amigos de lo alto de una elevada roca, de lo cual le quedó en la historia el nombre de Sancho el despeñado y de Sancho el de Peñalen. Engañose el fratricida si cometió el asesinato con intencion de arrancar á su hermano la corona, porque los navarros viéndose sin rey y no creyendo digno del trono á quien por tan criminales medios pretendia usurparle, eligieron de comun acuerdo al de Aragon, que asi se encontró soberano de una nueva y poderosa monarquia. Marchó el aragones á Pamplona á posesionarse del reino que tan inopinadamente le habia venido, pero al propio tiempo Alfonso VI. de Castilla que se consideraba con derecho á la sucesion de aquel estado, dirigióse tambien con el ejército á Navarra, y se apoderó de la Rioja, de Calahorra y de otras plazas limítrofes de Navarra y de Castilla. Un hijo de Sancho el despeñado, llamado Ramiro, huyó por temor al asesino de su padre y se refugió en Valencia, donde permaneció mucho tiempo y casó con una hija del Cid. Ramon el fratricida, expulsado por los navarros, se acogió á Zaragoza, donde fué bien recibido por el rey musulman, que le dió casa y haciendas con que pudiese vivir con el decoro correspondiente á su clase de principe (2).

No trató por entonces el aragonés de disputar á su primo el de Castilla

(1) Zurita, Anal. lib. I. cap. 18.

(2) Annal. Compost. p. 320.—Moret, Anales de Navarra, lib. XIII.—Id. Invest. lib. III.—Zurita, Anal. lib. I. cap. 25.

la posesion de las plazas de Rioja de que se habia apoderado. Urgiale mas pelear contra los infieles, y con este intento pasó á Ribagorza, donde sitió el fuerte castillo de Muñones y le tomó por asalto despues de derrotar en sangrienta lid al emir de Huesca que á defenderle habia acudido. En 1078 se atrevió á pasar á la vista de Zaragoza, taló sus campos, siguió las corrientes del Ebro y construyó la fortaleza de Castellar, desde la cual tenia en respeto toda aquella comarca mahometana. En los años siguientes obligó al rey de Zaragoza á comprar la paz con un tributo anual, tomó varias fortalezas, se posesionó por asaltó del castillo de Graus, lugar que tan funesto habia sido á su padre, fortificó á Ayerbe, conquistó á Piedra Tajada, y por último en 1086 ganó á Monzon, que con titulo de rey dió á su hijo don Pedro, que ya lo era de Sobrarbe y Ribagorza (1).

Tal era el estado de las cosas en Aragon y Navarra cuando Toledo fué conquistada por las armas de Castilla. Veamos lo que entretanto y en el mismo período habia acontecido en el condado de Barcelona.

De once á doce años de edad contaba solamente Ramon Berenguer I. cuando en conformidad al testamento de su padre Berenguer Ramon I. *el Curvo*, subió al trono condal de Barcelona en 26 de mayo de 1035) (2). Veremos no obstante la justicia con que se aplicó al conde niño el sobrenombre de *el Viejo*, por el tino, madurez y prudencia que supo desplegar en el gobierno del estado. Eranle tanto mas necesarias estas prendas y virtudes cuanto que tuvo que luchar muy desde el principio contra las pretensiones de su abuela la condesa Ermesindis, cuya ambicion y afan de dominar habian dado ya harto que hacer á su hijo, el padre del actual conde. No porque ella tuviese la tutela y administracion del condado durante la menor edad. de su nieto, como han consignado graves autores, sino porque no queriendo renunciar á la desapoderada sed de influencia y de mando, movió tales desavenencias, rencores y disturbios en la familia, que llegaron á hacer ligas y confederaciones muy enconadas unos con otros, y aunque su jóven nieto la contrariaba con la entereza de un hombre de edad madura, no por eso dejó de llenar de amargura sus dias: que son temibles las intrigas y manejos de una muger ambiciosa de influjo y dada por intervenir en los negocios de gobierno. Llegó su venganza hasta el punto de pedir y alcanzar del gefe de la iglesia una excomunion contra el conde su nieto, comprendiendo en ella á su segunda esposa Almodis y al obispo de Narbona Wifredo. En cuanto á sus preten-

(1) Zurita, Anal. cap. 27 y 29.

(2) De estrañar es en verdad el error del cronista Pujades, que da á este principe 39 años cuando heredó el condado. Véase á Bofarull, Condes de Barcelona, tomo II. p. 3.

siones, no renunció á ellas hasta los últimos años de su larga vida, en que arrepentida tal vez de sus injusticias, y de cierto cansada de luchar en vano con la firmeza del conde, vino á pactos con él, como habia hecho con Berenguer Ramon su hijo, y añadiendo una prueba de interesada y desdorosa codicia á las que habia dado de ambicion, vendióle sus pretendidos derechos á los condados de Gerona, Barcelona, Manresa y Vich por el miserable precio de 100,000 sueldos barceloneses, ó sean 1,000 onzas de oro, confesando ella misma en las escrituras su usurpacion, obligándose á ser fiel á sus nietos y comprometiéndose á impetrar del papa el alzamiento de la excomunion que á su instancia habia contra ellos fulminado (1).

Unido en matrimonio con la princesa Isabel, hija del conde de Bitiers, Bernardo Trencavelo, tuvo de ella tres hijos, Berenguer, Arnaldo y Pedro Ramon, de los cuales solo vivió el último para desgracia de su padre y del estado, como veremos despues. En los once años que duró esta union, de 1039 hasta 1050 en que murió la condesa, tuvieron no pocas contestaciones y diferencias grandes con varios otros condes y obispos, transacciones, convenios, alianzas, cesiones mútuas de poblaciones y fortalezas, que demuestran cómo los nobles catalanes esquivaban ya y rehuian la sujecion á la autoridad central, y cómo el prudente conde supo renovar los feudos y hacer que los principales barones le rindieran homenage y le juráran lealtad y ayuda en las guerras contra los sarracenos. Dedicóse á estas mas principalmente despues de la muerte de la condesa Isabel su primera esposa, y la fortuna le favoreció lo bastante para obligar á varios régulos musulmanes á rendirle parias. El de Zaragoza fué uno de los que probaron mas la fortaleza y el brio de los cristianos catalanes. De gran auxilio sirvió para esto al de Barcelona el célebre pacto que hizo con el intrépido y valeroso Armengol de Urgel, por el cual se obligó este á serle amigo fiel y á ayudarle sin fraude ni engaño en todas sus expediciones contra los infieles, si bien reservando Armengol para sí la tercera parte de lo que conquistasen, dándole el de Barcelona en feudo el castillo de Cubells, con 100 onzas de oro barcelonesas y 350 mancusos de oro anuales (1058). En virtud de este pacto, que nos recuerda el que en otro tiempo hicieron los dos hermanos Ramon Borrell de Barcelona y el otro Armengol de Urgel para atajar aunados las invasiones de Almanzor, rompieron los dos aliados la guerra por el valle de Noguera Ribagorzana, tomaron varias fortalezas á los musulmanes, y se ensancharon los

(1) Pujades, Feliu, Carbonell, Masdeu, Balluels, Bofarull y otros.—Archivo de la corona de Aragon, Coleccion de los documentos sin fecha de Ramon Berenguer I. números 173 y 204.

límites del condado barcelonés por la parte de Lérida, de Tortosa y de Tarragona, estableciendo el conde alcaides de frontera en los castillos y fuertes avanzados hasta darse la mano por algunos puntos con el reino de Aragon. El ardimiento bélico del de Urgel y la circunstancia de haber dado su hija Felicia en matrimonio al rey Sancho Ramirez de Aragon moviéronle á ofrecer su brazo á este monarca para ayudarle en el sitio de Barbastro, y en esta gloriosa empresa le arrebató la muerte (1065), de lo cual le quedó en la historia el sobrenombre de Armengol el de Barbastro.

No era el conde don Ramon Berenguer I. hombre que por atender á las empresas militares desatendiera los negocios religiosos y políticos del estado. Por el contrario, mas todavía que de guerrero supo ganar perdurable fama de piadoso, de legislador, de reformador de las costumbres públicas. Ademas de haberle debido Barcelona la nueva fábrica de la catedral y otras piadosas fundaciones, quiso poner remedio á las costumbres relajadas y un tanto rudas de los eclesiásticos, que mas se cuidaban de armaduras y caballos y de ejercicios de guerra y de montería que de los deberes de su sagrado ministerio. A este propósito congregó en 1068 con aprobacion del papa Alejandro II. un concilio en Gerona, que presidió el legado Hugo Cándido de vuelta de su primer viage á Roma. Los catorce cánones de este concilio nos revelan cuáles eran los abusos y excesos que predominaban y que se creyó mas urgente corregir. Se condenó la simonía, se aseguró la dotacion del clero secular, se excomulgó á los que no se apartasen de los matrimonios incestuosos y á los maridos que rehusasen reunirse con sus mugeres legítimas, se prohibió á los clérigos el matrimonio y el concubinato, el uso de las armas, el ejercicio de la caza y los juegos de azar, pero no se abolió en este concilio el oficio gótico, como muchos han creido, sino tres años despues y de la manera que hemos enunciado ya (1).

No contento con esto el celoso conde, y aspirando al glorioso título de legislador, convocó en aquel mismo año (2) y congregó en Barcelona y en su mismo palacio á los condes, vizcondes y barones principales de Cataluña, y de acuerdo y conformidad con la condesa doña Almodis, su segunda ó tercera esposa (3), manifestó á aquella ilustre asamblea la necesidad de re-

(1) Actas del concilio de Gerona.—Véase Florez Esp. Sagr. tomo III.—La Canal, continuacion de la misma, tom. XLIII.

(2) Otros suponen que en 1070. La opinion mas comun y seguida es que fué en 1068.

(3) Hay vehementes indicios y aun algunos datos para creer que despues de la muerte de la condesa doña Isabel y en los tres años que mediaron hasta que el conde contrajo nuevo matrimonio con doña Almodis, hija de los condes de la Marca en el Limosin, estuvo don Ramon Berenguer el Viejo casado con doña Blanca, de desconocida familia, á quien sin duda repudió por los nuevos amores con doña Almodis, repu-

formar la legislacion catalana. Habia regido hasta entonces el célebre Fuero Juzgo de los godos; pero muchas de sus leyes se habian alterado ó caido en desuso con el trascurso de los tiempos, eran otras inaplicables á las circunstancias de entonces, y los usos y costumbres de los nuevos pueblos habian introducido y arraigado costumbres que habian ido adquiriendo fuerza de ley. Era pues necesario suprimir unas, acomodar otras á las nuevas condiciones sociales, y autorizar con la sancion lo que la esperiencia habia aconsejado como conveniente. Era menester en una palabra variar la constitucion civil y social del pueblo, y esto fué lo que hizo el conde don Ramon Berenguer el Viejo con su esposa doña Almodis y con el auxilio de sus barones y magnates en las córtes de Barcelona de 1068, compilando el famoso código de los *Usages de Cataluña*, sábia compilacion que los ilustrados monges de San Mauro llamaron *la compilacion sistemática é íntegra de usos, mas antigua y auténtica que se conoce* (1). Obra fué esta la mas honrosa del conde Ramon Berenguer I., y una de las mas brillantes páginas de la historia del pueblo catalan. Debemos advertir que aquella asamblea de Barcelona no fué un concilio, como equivocadamente han querido decir Baronio, Mariana y otros autores, ni la presidió el cardenal Hugo Cándido, ni asistió á ella un solo obispo, sino un verdadero congreso político, unas cortes en que no se trató una sola materia eclesiástica. Y lo que es mas, no se abolieron tampoco en ellas las leyes góticas, como muchos tambien han pretendido, sino que se mantuvieron en observancia en la parte no reformada ó reemplazada por los *Usages* hasta mucho despues de incorporado el condado de Barcelona con el reino de Aragon (2).

La fama de la grandeza y poderío de Ramon Berenguer habia llegado á los árabes del Mediodía de España, y cuando Ebn Abed el de Sevilla se puso sobre Murcia, su negociador y caudillo Ebn Omar, el mismo que habia agenciado la amistad y alianza de Alfonso VI. de Castilla, pasó tambien á Barcelona á solicitar auxilios del conde, que obtuvo á precio de diez mil doblas de oro, prometiendo otras tantas tan pronto como la hueste auxiliar catalana llegase á Murcia. El hijo del rey de Sevilla habia de ser entregado en rehenes al conde de Barcelona, y este envió con igual condicion un primo

diada á su vez por Poncio, conde de Tolosa. Créese que este hecho fué el que dió ocasion á la abuela doña Ermesinda para alcanzar del papa la excomunion de que hemos hablado contra sus nietos.

(1) *L' Art de vérifier les dates* citado por Capmany, Memorias de Barcelona, tom. II.—Vives, Usages y otros derechos de Cataluña, tom. I.

(2) Florez, Esp. Sagr. tom. III. Id. tom. XXIX.—Masdeu, Hist. Crit. tom. XIII.—Bofarull, tom. II.—Vives. Usag. tom. I.—Balucio, Marca Hispan, lib. IV.

suyo al emir sevillano. Pisaron, pues, las tropas catalanas los campos de Murcia; púsose el hijo del emir en manos del conde barcelonés, mas como no viese cumplidos por parte del rey musulman otros artículos del convenio, apoderóse la sospecha y la desconfianza del ejército catalan y de su gefe, siguiéronse conflictos y choques en el campo, y Ramon Berenguer tomó sin soltar sus rehenes la vuelta de Cataluña. Retenido permaneció en su poder el hijo de Ebn Abed Al Motamid, hasta que su ministro Aben Omar volvió á pasar á Barcelona, no ya con solo la suma estipulada, sino con treinta mil doblas de oro, efectuándose entonces el cange del primo del barcelonés y del hijo del sevillano (1).

Si prudente, activo y mañoso fué el conde Ramon Berenguer I. para restablecer la quebrantada unidad condal y dilatar las fronteras de su estado de este lado de los Pirineos, no lo fué menos para aumentar y asegurar las posesiones que de la otra parte de los montes le pertenecian por derecho de herencia de su abuela Ermesinda. Astucia, energía y diligencia necesitó, y esta fué una de sus mayores glorias, para conseguir que fuesen renunciando á sus respectivas pretensiones los gefes de aquellas casas poderosas; y merced á su habilidad y destreza vióse por los años 1070 á 1071 dueño de los pingües estados de Carcasona, Tolosa, Narbona, Cominges, Conflent y otros de aquella parte del Rosellon. De modo que llegó este célebre conde á concentrar en una sola mano un vastísimo territorio que de uno y otro lado de los Pirineos comprendia los condados de Barcelona, Gerona, Vich, Manresa, Carcasona, el Panadés, y las comarcas que caian en los condados de Tolosa, de Foix, de Narbona, de Minerva y de otras regiones traspirenáicas.

Pero reservado estaba á tan gran príncipe ver acibarados los postreros años de su gloriosa carrera con un gravísimo disgusto doméstico, el mayor de todos los que habia esperimentado. Entre su esposa la condesa Almodis y el hijo único que le habia quedado de la princesa Isabel, llamado Pedro Ramon, estallaron discordias que turbaron lastimosamente la paz de la familia. Acaso el entenado sospechaba que la madrastra por amor á sus hijos propios instigára al padre para que le privase de lo que le pertenecia por derecho de primogenitura. Fuese esta ú otra la causa, el encono y las malas pasiones del hijo de Isabel le cegaron y arrastraron al estremo de ensangrentar sus manos en la prudentísima esposa de su padre, y á mediados de noviembre de 1071 cometió el horrible crimen de asesinar á su madrastra la condesa Almodis. Golpe fué este que apenó tan hondamente al des-

(1) Conde, part, III. cap. VI.

graciado padre y esposo, que aquel corazon que los contratiempos no habian podido nunca consternar, dió entrada al pesar y al abatimiento, á términos de ir consumiendo poco á poco aquella vida preciosa hasta llevarle á la tumba. Falleció, pues, el ilustre conde don Ramon Berenguer el Viejo, el guerrero, el legislador, el justo, coronado de gloria y de laureles, pero lleno de amargura, el 27 de mayo de 1076, despues de un reinado de 41 años. La historia sigue denominándole con el título de *el Viejo*, no por su edad, sino por el consejo y prudencia que mostró desde su juventud (1).

Era el año en que á consecuencia de la muerte alevosa dada á otro príncipe, Sancho Garcés el de Peñalen, se habian unido las dos coronas de Navarra y de Aragon en la persona de Sancho Ramirez. Asi, al propio tiempo que estos dos reinos parecia marchar hácia la unidad, Ramon Berenguer el de Barcelona, llevado del amor de padre como Sancho el Mayor de Navarra y Fernando el Magno de Castilla, habia incurrido en el mismo deplorable error que ellos, dejando el estado *pro indiviso* á sus dos hijos y de la condesa Almodis, los dos hermanos gemelos Ramon Berenguer II. y Berenguer Ramon II. Parecia fatalidad de los grandes príncipes, cuanto mayores eran, desconocer mas las pasiones de la naturaleza humana. Tenian demasiado cerca los nuevos condes el incentivo de la ambicion para que pudiera dejar de tentar al uno ó al otro. Una sola corona para dos cabezas, por mas que el padre dejára dispuesto para evitar discordias que partiesen entre sí las rentas y las gozasen por igual, fácilmente se habia de convertir en manzana de discordia, y asi aconteció. Ramon Berenguer, el primer nacido, llamado Cabeza de Estopa *(Cap d'estopes)* por su blonda cabellera, era de tan gentil presencia como de índole apacible y amante de las virtudes pacíficas: Berenguer Ramon, el menor, era belicoso, activo, impetuoso y descontentadizo.

No tardó este último en mostrar por quién habia de romperse la difícil armonía y concordia tan necesarias para el bien de sus comunes pueblos, exigiendo al mayor palabra pública y testimoniada de que se efectuaría la particion de las tierras. Antojósele luego poco segura aquella palabra, y mas adelante, en 1079, ya exigió su cumplimiento, proponiendo ademas que, pues el gobierno debia partirse en lo posible, cada uno de ellos morase me-

(1) Los cuerpos de los ilustres condes don Ramon Berenguer I. y doña Almodis se conservan en la catedral de Barcelona, en dos urnas de madera cubiertas de terciopelo carmesí, colocadas en el lienzo de pared interior que media desde la puerta de la sacristía que da salida al claustro, á unos quince palmos de elevacion del pavimento. —El matador de su madrastra, Pedro Ramon, parece que desterrado de su pais natal fué condenado por el pontífice y colegio de cardenales á una ruda penitencia que duró veinte y cuatro años.

dio año en el palacio condal, el uno desde ocho dias antes de Pentecostés hasta ocho antes de Navidad, y el otro el resto del año, y que cada cual esperase su turno y retuviese como en garantia el castillo del puerto. A todo iba accediendo el bondadoso y cándido Ramon Berenguer *Cap de Estopa*, y nada bastaba á satisfacer al exigente y descontentadizo hermano Berenguer Ramon. Al año siguiente (1080) los hallamos celebrando otro contrato, que descubre á las claras el rencor y malquerencia del hermano menor, pues entre otras condiciones arrancó á su hermano la de entregarle en rehenes diez de sus mejores prohombres (1). Tanta condescendencia y tanta mansedumbre de parte de don Ramon Berenguer no hicieron sino precipitar su ruina. Dos años despues de este último convenio, el 6 de diciembre de 1082, en un bosque solitario que habia camino de Gerona entre San Celoni y Hostalrich se encontró el cadáver de un hombre que se conocia haber muerto á manos de asesinos. Era él, el buen Berenguer Cap de Estopa, asesinado por gentes de su hermano Berenguer Ramon. El desgraciado acababa de ser padre de un niño que un mes hacia le habia dado su esposa Mahalta, la hija del valiente capitan normando Roberto Guiscard (2).

Espanto, indignacion y horror causó en toda Cataluña la nueva del horrible crimen. Sin embargo nadie se atrevia á tomar sobre si la defensa y tutela de la desventurada viuda y del ilustre huérfano, llamado tambien Ramon Berenguer como su padre. Atrevióse el primero el vizconde de Cardona Ramon Folch (1083) á declararse vengador del *Fratricida*. Siguieron mas adelante su ejemplo (1084) los Moncadas y otros barones y allegados de la casa condal, juntos con el conde y condesa de Cerdaña y el obispo de Vich. «Mas ¿qué podia, exclama con razon un juicioso historiador catalan, una junta celebrada á escondidas y á la sombra del misterio por unos pocos servidores contra la habilidad y pujanza de Berenguer Ramon?» Por otra parte el testamento del último conde favorecia al que sobreviviese de los dos hermanos coherederos, y ya por respeto á esta claúsula, ya por temor al carácter y pujanza de Berenguer Ramon, hubieron los conjurados de tener por prudente diferir para mejor ocasion sus planes de venganza, y consentir en que se sometiese la tutela del niño y el gobierno de lo que á este le tocaba en herencia á su tio Berenguer, el asesino de su padre, de la cual se le in-

(1) Archivo de la corona de Aragon, coleccion de don Ramon Berenguer II. n. 48.

(2) El maestro Diago ha querido salir á la defensa del conde *Fratricida* (que con este infamante nombre se le conoció despues): de seguro no se hubiera constituido en defensor de tan mala causa si hubiera examinado bien los documentos del archivo de Barcelona, y principalmente si hubiese visto la sentencia que los jueces de corte pronunciaron en Lérida en 1157 sobre este hecho.

vistió en 6 de junio de 1085, si bien limitándola al plazo de once años, y hasta que el niño Ramon alcanzase á los quince el derecho de reinar y de calzar las espuelas de caballero, símbolo del mando.

Dejamos pues al conde Berenguer Ramon II. *el Fratricida*, gobernando el condado de Barcelona por sí y á nombre de su sobrino; época que fué en Cataluña fecundo principio de grandes é importantes sucesos: y puesto que hemos trazado el cuadro de lo que aconteció en los tres reinos de Aragon, Navarra y Barcelona hasta la memorable conquista de Toledo, que inauguró una nueva era para Castilla, cuya marcha y vicisitudes hemos adoptado por norma para las divisiones de nuestros períodos históricos, hagamos aquí alto y examinemos con arreglo á nuestro sistema las modificaciones que en su vida material y moral ha ido recibiendo cada estado de la España, así cristiana como muslímica, en el período que comprenden los capítulos de este volúmen.

CAPITULO XXV.

RESUMEN CRÍTICO DE LOS SUCESOS DE ESTE SIGLO.

De 976 á 1085.

Expónense las causas de los sucesos de este periodo.—Cotéjase la situacion de la España cristiana y de la España árabe á la aparicion de Almanzor.—Retrato moral de este personage.—Lo que ocasionó su ruina.—Crisis en el imperio musulman.—Mudanza en la condicion de los dos pueblos.—Comparaciones.—Por qué los príncipes cristianos no aprovecharon el desconcierto del imperio árabe.—Desavenencias, escisiones, guerra entre las familias reinantes españolas.—Juicio del carácter y conducta de cada monarca, y fisonomía de cada reinado.—Paralelo entre el comportamiento de un rey árabe, de un rey de Castilla y del Cid Campeador con Alfonso VI.—Disidencias entre los príncipes cristianos de Aragon, Navarra y Cataluña.—Importante y melancólica observacion que nos sugieren estos sucesos.—Por qué iba adelantando la reconquista en medio de tantas contrariedades.—Causas de la decadencia y disolucion del imperio ommiada

En los 109 años que han transcurrido desde la elevacion de Almanzor, el enemigo formidable de los cristianos, hasta la conquista de Toledo por Alfonso VI de Leon y de Castilla, ha variado completamente la situacion respectiva de los dos pueblos, el cristiano y el musulman. Los poderosos y soberbios son ahora los abatidos y flacos. Los que eran débiles y pobres se presentan ya pujantes y orgullosos. Parecia que no faltaba sino inscribir definitivamente la palabra «triunfo» sobre el pendon del Islam, y sin embargo resplandece la cruz sobre la cúpula de la grande aljama de Toledo convertida en basílica cristiana. El grande imperio mahometano de Córdoba que amenazaba absorber hasta el último rincon de la España independiente ha caido desplomado; extinguióse la ilustre estirpe de los esclarecidos Beni-Omeyas, y los reyezuelos que sobre las ruinas del grande imperio han levan-

tado sus pequeños tronos, los unos han sido derrocados por los monarcas cristianos, los otros han caido á impulsos del huracan de la discordia civil, los otros son tributarios de los soberanos de Castilla, de Aragon ó de Barcelona. ¿Cómo y por qué causas se ha obrado esta mudanza en la condicion de los dos pueblos?

Despues que la traicion y el veneno pusieron fin á los dias de Sancho el Gordo, la monarquía madre de Asturias y Leon viene á caer en manos de un niño de cinco años (1), y de dos mugeres (2). ¿Qué se podia esperar de la suerte de este pobre reino, fiado á manos tan débiles, precisamente cuando en el imperio musulman ha sucedido á Abderrahman III. el Grande su hijo Alhakem II. el Sábio? Por fortuna de los cristianos Alhakem los deja vivir en paz, porque ama mas los libros que las armas y gusta mas de letras que de conquistas: y por fortuna suya tambien la monja Elvira que gobierna el reino acredita con su prudencia y discrecion que bajo la toca de la virgen hay una cabeza que pudiera ceñir dignamente la diadema real. Pero aquel niño crece, y creciendo en cuerpo y en años crece tambien en aviesas inclinaciones, sacude el freno de la direccion y del buen consejo de sus prudentes tutoras, corre desbocado por el camino de los vicios, irrita con su desacordada conducta, con su altivez y ásperos tratamientos á los magnates de su reino, levántanse los nobles, se alza un pretendiente al trono, corónanle sus parciales y le ungen con el óleo santo, se hacen armas por una y otra parte, se pelea, y la discordia, y el desconcierto y el desórden reinan en la pobre monarquía leonesa.

¿Y cuándo acontece todo esto? Cuando en el pueblo enemigo, cuando en el grande imperio musulman aparece un genio belicoso, emprendedor y resuelto, figura histórica colosal, gigante, que desde su aparicion asombra, y á quien sin embargo se le ve siempre creciendo; político profundo, ministro sábio, guerrero insigne, el Alejandro, el Aníbal, el César de los musulmanes españoles. Escusado es que nombremos á este famoso personage con su verdadero nomb.e: porque ¿quién conoce á Mohammed ben Abdallah ben Abi Ahmer el Moaferi? Mas si le apellidamos con el título que le valieron sus hazañas, si le nombramos *Almanzor*, no hay ni quien le desconozca ni quien le pronuncie sin asombro y sin respeto.

Cuando un pueblo tiene la desgracia de ver sucederse una série de príncipes, ó débiles y flacos, ó desatentados y viciosos; cuando ademas este pueblo se ve destrozado por las ambiciones y las discordias; cuando al propio tiempo en el pueblo enemigo se levanta un genio de las dimensiones de Al-

(1) Ramiro III

(2) Toresa y Elvira, madre y tia del rey.

manzor, ¿quién no teme, y quién no augura la ruina pronta é inmediata do aquel imperio? Emprende Almanzor aquel sistema propio suyo de las dos irrupciones y campañas anuales. Incierto como un cometa errante, terriblo como el trueno, rápido como el rayo, no se sabe nunca dónde irá á descargar el siniestro influjo de este astro de muerte, si al Norte, si al Este, si al Oeste de la España cristiana. Todo lo recorre el valeroso musulman, y allí se deja caer como una lluvia de fuego donde menos se le espera. Los cristianos pelean con valor, pero ¿quién resiste á la impetuosidad del mahometano? Cada estacion señala un triunfo para el guerrero árabe, y sus victorias se cuentan por el número de sus campañas. Zamora, la Numancia de aquellos tiempos; Leon, la córte de los monarcas cristianos; Barcelona, la ciudad de Luis el Pio y de los Wifredos; Pamplona, la plaza envidiada de Cárlo-Magno; Compostela, la Jerusalen de los españoles; San Esteban de Gormaz, una de las llaves de Castilla, todo cae al golpe de las cimitarras sarracenas, todo cede al ímpetu del alfange manejado por el brazo irresistible de Almanzor. Bermudo el Gotoso de Leon se refugia á los riscos de Asturias con las reliquias de los santos y las alhajas de los templos como en tiempo de Rodrigo el Godo. Borrell huye de Barcelona como Bermudo de Leon. Las campanas de la basílica del santo apóstol son llevadas á la córte musulmana para servir de lámparas en el gran templo de Mahoma. El conde García de Castilla es conducido y atado como un ciervo á los piés de Almanzor; y mientras su hijo Abdelmelik gana en África el título de Almudhaffar (guerrero afortunado), los cristianos de España se ven reducidos á la cuna de su independencia como en tiempo de la conquista.

Una ilustre religiosa de Leon, la célebre abadesa Flora, cautivada con otras compañeras en la catástrofe de aquella ciudad, nos dejó consignados en patéticos lamentos los estragos de aquellos dias de tribulacion. «Los pecados de los cristianos, dice, atrajeron la gente sarracena de la estirpe de los ismaelitas sobre toda la region occidental, para devorar la tierra, pasar á todos al filo de sus aceros, ó llevar cautivos á los que quedáran con vida. Nuestra constante acechadora la antigua serpiente les dió la victoria: destruyeron las ciudades, desmantelaron sus muros y lo conculcaron todo: los pueblos quedaron convertidos en solares, las cabezas de los hombres cayeron tronchadas por el alfange enemigo, y no hubo ciudad, aldea ni castillo que se librára de la universal devastacion.»

¿Será que haya sonado la última hora para el pueblo fiel? ¿Habrá entrado en los decretos eternos que sean perdidos para los cristianos los sacrificios de cerca de tres siglos? No; el que rige la marcha de la humanidad y tiene en su mano los destinos de las naciones, volverá los ojos hácia su

pueblo: pasará la tormenta, se calmará el huracan, caerá el coloso del Mediodía, el Nembrot de los muslimes. La Providencia envia un soplo de inspiracion á los monarcas cristianos, y los que estaban sumidos en el abatimiento se sienten de repente fortalecidos, y los que hasta entonces habian sido víctimas de sus propias rivalidades se unen instantáneamente para hacer un vigoroso y desesperado esfuerzo en defensa de su fé y de su libertad. Líganse como instintivamente los soberanos de Leon, de Castilla y de Navarra, atrévense á desafiar al hombre de las cincuenta victorias, y se da la memorable batalla de Calatañazor. La Providencia que suele hacer visible su omnipotente mano en las ocasiones solemnes, mostró allí que no abandonaba á los que confinados en ella no se dejan abatir por los infortunios. En el camino de Medinaceli se ven cuatro guerreros musulmanes conduciendo en hombros un personage moribundo entre las desordenadas filas de un ejército consternado. Este personage exhala entre acerbos dolores su último suspiro..... Conducido á Medinaceli, una lápida sepulcral guarda sus restos inanimados. Era Almanzor, el grande, el guerrero, el victorioso. «¡Almanzor ha muerto! exclaman los soldados de Mahoma con acento dolorido: ¡cayó la columna del imperio!» El pueblo cristiano entona himnos de regocijo, y Córdoba viste de luto despues de la batalla de Calatañazor, como Roma despues de la batalla de Cannas. El imperio musulman que llegó al apogeo de su engrandecimiento bajo un califa niño, comenzará á decrecer bajo un rey cristiano niño tambien, porque niño es Alfonso V. de Leon como Hixem II. de Córdoba, que Dios quiso colocar al pueblo cristiano en circunstancias análogas á las del pueblo infiel para sus sábios fines.

Difícilmente presentará la historia de ningun pueblo entre sus grandes hombres el tipo de un personage como Almanzor. Que fuese gran ministro, hábil regente, político profundo, administrador diestro, batallador insigne y el mayor general de su siglo, nos causaria admiracion pero no asombro: que no se arredrára ante ningun obstáculo, ni cejára ante ningun crímen, ni reparára en la calidad de los medios para llegar á los fines de su ambicion: que fuera deshaciéndose por reprobados caminos de todos los que creyera podian servirle de estorbo para afianzar su omnipotencia, cualidades son en que por desgracia se le han asemejado muchos de los que la historia decora con el título de héroes. Pero Almanzor es acaso el único valido que colocado por el favor en la cumbre del poder haya ejercido por espacio de veinte y cinco años una soberanía absoluta, una omnipotencia ilimitada, sin escitar la murmuracion ni la odiosidad del pueblo, siempre propenso á aborrecer á los privados. Almanzor, ministro, tutor y árbitro de un califa imbécil, dueño del favor de la sultana madre, sin rivales que temer porque ha cuidado de

anonadarlos ó extinguirlos, emplea su omnipotente privanza en dar ensanche, engrandecimiento y gloria al imperio. Soberano de hecho, querido del pueblo y adorado de los soldados, reducido á perpétua nulidad el que de derecho ceñia la corona, Almanzor no aspira á usurpar un título cuyas atribuciones ejercia; era rara moderacion atendida la condicion humana que así suele ambicionar los títulos como las cosas. Y el pueblo que gustaba de ver respetado el principio de sucesion en su amada familia de los Beni-Omeyas, parecia al propio tiempo agradecer en vez de sentir, que su califa viviese aislado y encerrado como un imbécil, á trueque de ver prosperar el imperio bajo el poder omnímodo de tan gran ministro.

El califa Hixem vegetando entre pueriles placeres en el alcázar de Zahara represéntanos al débil emperador Honorio cobijado en el palacio de Ravena en vísperas de desmoronarse el imperio romano; con la diferencia que Estilicon, aunque ministro hábil y guerrero valeroso, no poseia ni el talento ni las altas prendas, ni el ánimo elevado de Almanzor.

¿Era en realidad imbécil el califa Hixem, ó fué plan combinado de Almanzor y de la sultana Sobehya mantener embotadas sus facultades intelectuales? Si no lo era ¿cómo la sultana madre consentia que su hijo desempeñase un papel tan degradante y abyecto? ¿Qué clase de relaciones mediaban entre la sultana y el ministro-regente? ¿Eran solo políticas, ó se mezclarian afecciones de otra índole? Esto es lo que no vemos declarado por ningun escritor musulman, como si se hubiesen propuesto encubrir con el velo del silencio hasta la menor flaqueza, si la habia, que pudiera empañar la gloria del grande hombre á quien tanto debia el imperio.

Contrastes singulares presenta la vida de Almanzor. Como guerrero, hace su campaña periódica, vence, conquista, destruye, se vuelve á Córdoba, licencia su ejército, y ya no es Almanzor el guerrero, el conquistador, el victorioso: es Mohammed el hagib, el primer ministro y regente del imperio, el administrador celoso, el justo distribuidor de los cargos públicos, el amigo de los pobres, el fundador de escuelas, el académico, el protector de las ciencias y de los sábios, el amparador y premiador de los talentos (1). El gran perseguidor de los cristianos y el destructor de sus ciudades celebra las victorias de su hijo en África dando libertad á dos mil esclavos cristianos,

(1) Si es cierto lo que cuenta Dozy (Investigaciones, tom. I. página 4.), que para captarse el amor del pueblo hizo quemar los libros de filosofía y de astronomía que halló en la gran biblioteca formada por Alhakem II., no acertamos á conciliar esta conducta con el grande amor á las letras y con las ocupaciones académicas de que nos dan noticia los mas de los historiadores.

pagando á los pobres sus deudas y distribuyendo entre los necesitados abundantes limosnas, y festeja y solemniza las bodas de ese mismo hijo haciendo donativos á los hospicios y madrissas, y dotando doncellas huérfanas. Grande debió ser este personage cuando los mismos escritores cristianos reconocieron su mérito y no pudieron negar las altas prendas de su mas terrible enemigo. Por primera y única vez que sepamos en los fastos del mundo, se vió al gefe de un estado compartir las estaciones entre las letras y las armas, y esta fué una de las causas de su perdicion. Era ciertamente bello poder decir cada invierno y cada estío en Córdoba: «salí, vencí, conquisté y he vuelto;» y despues de cada campaña consagrarse á los negocios pacíficos del estado. Pero no advertia, y esto parece incomprensible en tan gran capitan, que con tales periodos, y no deteniéndose á consolidar sus adquisiciones, daba lugar á los infatigables cristianos á que se repusieran de sus pérdidas, y á que mientras él se enseñoreaba de Barcelona, los cristianos de Asturias recobráran en su ausencia las ciudades de Galicia ó de Leon, y en la primavera que Almanzor invadia de nuevo la Castilla, Borrell recuperára á Barcelona; y así les dió tiempo para rehacerse y confederarse, hasta recoger en Calatañazor el castigo de su orgullo y el fruto amargo de su errado sistema.

Cuando se desenlaza y resuelve una gran crisis, todo por lo comun se trastrueca y cambia. La muerte de Almanzor fué tambien la crisis de muerte para el imperio omniada. Era una bóveda que se sostenia sobre los hombros de un Atlante: faltó el apoyo, y tenia que deplomarse el edificio. De los dos hijos de Almanzor, el uno, Abdelmelik, fué como el último resplandor de una luz que se apagaba. El otro, Abderrahman, fué un insensato que quiso parodiar la grandeza de su padre, y lo que hizo fué presentar un triste ejemplo de lo pronto que suele degenerar una raza. Fióse en que llevaba en su fisonomía la imágen y recuerdo de su padre, y no advirtiendo que le faltaba su corazon, su entendimiento, su alma, atrevióse á mas de lo que su padre se habia atrevido. En el castigo que sufrió llevó la penitencia de su desacordada ambicion y necio orgullo. Cuando el pueblo cordobés paseaba la cabeza del hijo de Almanzor clavada en un palo, no pensaba en que aquel desfigurado rostro se habia parecido al de su padre, tenia solo presente que al padre habia debido el imperio engrandecimiento y gloria, y el hijo habia sido un presuntuoso miserable. Desde entonces comienza la guerra entre los pretendientes á un trono, como en otra parte dijimos, ni vacante en realidad, ni en realidad ocupado. Los aspirantes solicitan el auxilio de las armas cristianas, y Sancho de Castilla coloca en el trono muslímico á Suleiman, como antes Sancho de Leon habia sido repuesto en el trono cristiano por Abderrahman el Grande. Los papeles se han trocado. Y es que antes el im-

perio musulman se hallaba en el período de crecimiento, ahora está en el de decadencia.

¿Por qué los príncipes cristianos no llevaron esta decadencia á completa ruina, aprovechando el desconcierto de los musulmanes? Porque despues de la union momentánea que les dió el triunfo de Calatañazor volvieron á su sistema habitual de aislamiento, herencia fatal del antiguo genio ibero-celta, y como patrimonio inamisible de los españoles. Castellanos y catalanes contentáronse con poner su brazo y su espada á sueldo de solicitadores sarracenos, y con debilitar, si se quiere al enemigo en vez de aniquilarle. Triunfaban las huestes cristianas en Gebal Quintos y en Acbatalbakar; ¿para qué? para recibir á precio de su auxilio algunas plazas fronterizas, y sentar en el trono de Córdoba á un enemigo de su fé. Verdad es que se ocuparon en este tiempo los soberanos de la España cristiana en una tarea honrosa, la de dar leyes, libertades y preciosos derechos á sus pueblos. Nacieron entonces los Fueros de Castilla, de Leon, de Navarra y de Barcelona, y no negaremos á los Sanchos, á los Alfonsos y á los Borrelles y Berengueres el merecimiento que por ello ganaron. Lisonjero es poder decir que nacieron las libertades de los municipios en España antes que en otra nacion alguna. Gloria es no pequeña de nuestro pueblo. Pero prefiriéramos haberla obtenido un poco mas tarde, porque hubiera convenido mas que aquellos buenos príncipes hubieran diferido algo mas los fueros y consagrádose á anticipar algo mas la reconquista.

La desunion y la rivalidad, plantas indestructibles en el suelo de España, y causas perpétuas de sus males, vinieron tambien á entorpecer y diferir la grande obra de la restauracion. Alfonso V. de Leon y Sancho de Castilla, antes aliados y amigos, deudos antes y ahora, se llaman de público enemigos y duran sus desavenencias hasta la muerte de Sancho. García su hijo que le sucede va á Leon á recibir por esposa á la hermana de Bermudo III., y en vez de arras nupciales encuentra puñales de asesinos. El mismo Vela que le habia tenido en la pila cuando recibió el agua bautismal fué el que le dió el bautismo de sangre. La linea varonil de la noble estirpe de Fernan Gonzalez quedó estinguida á manos de una familia castellana que ganó una funesta celebridad por sus deslealtades, y su extincion produjo alteraciones y mudanzas sin cuento en todos los estados cristianos de España.

Sancho el Mayor de Navarra fué un gran rey, pero grandemente ambicioso. Pudo haberse presentado en Castilla como heredero y se presentó como conquistador. No contento con haber dado la soberanía de Castilla con el título de rey á su hijo Fernando, no satisfecho con haberle casado con la

hermana de Bermudo de Leon, y con los derechos eventuales a esta corona, no tiene paciencia el viejo monarca navarro para esperar é estas eventualidades, calcula sobre su vitalidad, y como si temiese que el jóven monarca leonés pudiera tener mas hijos que dias pudiese él vivir, busca un pretesto para romper la paz, le invade sus estados y se titula rey de Leon. ¡Cuán otra hubiera sido la suerte de los reinos cristianos si Sancho el Grande de Navarra hubiera empleado su brazo y sus armas contra los sarracenos en vez de emplearlas contra los príncipes sus propios deudos y correligionarios! Un acto de justicia, de justicia terrible, hizo Sancho en Castilla, quemando vivos á los Velas, los asesinos del conde García, cuya muerte le valió tan grande herencia. A veces un mismo hombre es al propio tiempo perpetrador de injusticias y castigador de crímenes, al modo de aquellas plantas cuyo jugo es á las veces mortífero veneno, á las veces medicina salvadora.

Muere el gran monarca navarro, á quien es lástima que tengamos que llamar usurpador, y Bermudo III. de Leon recobra fácilmente su córte y parte de sus estados: ¿para qué? para malograrse jóven en la batalla de Tamaron, no al golpe de las cimitarras agarenas, sino atravesado por la lanza del esposo de su hermana; y Fernando debe á la muerte dada al hermano de su esposa el ceñirse las dos coronas de Leon y de Castilla. ¡Triste y lamentable felicidad? Este primer paso hácia la unidad nacional es producto de una guerra fratricida, y la ilustre estirpe de los reyes de Asturias y de Leon, de los sucesores de los Ordoños y Ramiros, de Alfonso el Grande, del Casto, del Católico, de Pelayo, de Wamba y de Recaredo, esta esclarecida dinastía godo hispana que no han podido acabar en mas de tres siglos de luchá todas las fuerzas, todo el poder de los agarenos, se extingue con Bermudo en su linea varonil, como la de los condes de Castilla, en lid sangrienta con príncipes cristianos, con príncipes españoles, con deudos, con hermanos suyos. ¡Deplorable fatalidad de España!

¡Y si al fin hubieran terminado con esto las funestas discordias! Pero el espíritu de ambicion, de envidia y de rivalidad estaba como encarnado en las familias de nuestros príncipes, y la famosa distribucion de reinos de Sancho el Mayor de Navarra, bien que la supongamos hecha con la mejor fé, no hizo sino desarrollar aquel gérmen de division y de muerte. No bien habia descendido á la huesa aquel padre de reyes, cuando ya dos de sus hijos, Ramiro y García, de Aragon y de Navarra, habian blandido sus lanzas para combatirse y despojarse mútuamente. Ramiro habia llevado en su ayuda gente infiel, y estrangera contra un hermano, español y cristiano como él.

Aquel mismo García que en la batalla de Tamaron habia lidiado en favor

de su hermano Fernando de Castilla contra el cuñado de éste Bermudo de Leon, conspira mas adelante contra Fernando, le arma asechanzas, le tiende lazos, en que al fin vino á caer el mismo que los tendia: *incidit in foveam quam fecit*. Por último le mueve una guerra imprudente y obstinada, lleva consigo auxiliares sarracenos para pelear contra su hermano, como antes los llevó contra él su hermano Ramiro, y se da el combate en que recibe García el castigo de su temeraria provocacion. Fernando de Castilla que habia visto en Tamaron caer á sus pies al hermano de su esposa, ve en Atapuerca sucumbir el hijo de su mismo padre. ¡Tristes victorias las de Fernando! La una cubre de luto á Leon, la otra á Navarra: en cada una perece un hermano. ¿Necesitaremos ya investigar las causas por que no progresaba como debia la reconquista?

Y sin embargo no es Fernando el culpable; ambas veces ha sido provocado: Fernando es un príncipe generoso: tiene á sus pies la corona de Navarra y no la recoge; le dice á su sobrino Sancho: «ciñetela tú, que harto severa leccion has recibido con la muerte de tu temerario padre.» Fernando sabe á quienes ha de mirar como á verdaderos enemigos de su patria, y tan pronto como las turbulencias intestinas se lo permiten sale á combatir los musulmanes. Toma á Cea, Viseo, Lamego y Coimbra, y despues de conducirse como guerrero intrépido comienza á obrar como gran político. Pruébalo un hecho importantísimo, en que no han parado la consideracion nuestros historiadores. Dueño Fernando por la capitulacion de Coimbra, de todo el territorio comprendido entre el Mondego y el Duero, deja á los moros que habitaban aquel distrito vivir en él tranquilos, regidos por sus propias leyes, aunque sujetos al monarca cristiano y pagándole un tributo. Llamáronse *mudejares*, como se llamaban *mozárabes* los cristianos que vivian con iguales condiciones en territorios dominados por los árabes. Gran novedad en la historia de ambos pueblos, y principio de tolerancia por primera vez practicado despues de tres siglos de lucha.

Igual conducta observa despues con los reyes de Toledo y de Sevilla. Cuando lleva el teatro de la guerra al primero de estos reinos, destruye, desmantela, demuele, tala, incendia y cautiva. Es el capitan brioso que subyuga á fuerza de armas el pais enemigo, es el guerrero que vence y aterra. Mas cuando los moradores de Alcalá invocan en su apurada situacion el socorro de Al Mamun, cuando el rey mahometano se presenta en el campo del victorioso monarca de Castilla y le ofrece tributo y le presenta cuantiosos dones á trueque de que no hostilice mas sus pueblos, entonces Fernando obra ya como gran político, y comprendiendo cuan útil podrá serle la alianza del musulman y contento con verle humillado, ostenta una generosidad que

deja obligado y reconocido al de Toledo. Cuando invade los estados del de Sevilla, las huestes castellanas llevan en pos de sí la devastacion, el incendio, el esterminio. Entonces Fernando es el conquistador terrible. Mas cuando el rey Ebn Abed sale á encontrarle ofreciéndole dádivas y presentes, y se resigna á darle párias y accede á entregarle los cuerpos de dos santos mártires que los cristianos le reclaman, entonces Fernando vuelve á ser el vencedor generoso y el monarca político: y sepáranse ambos reyes satisfechos, el de Sevilla con haber conjurado á costa de una humillacion la tormenta que amenazaba á su trono y sus dominios, el de Castilla con la superioridad moral que parecia entrar en su sistema con preferencia á las adquisiciones materiales, y que le valió el título de *par de emperador* que le dan algunas crónicas cristianas.

Por resultado de aquel concierto vió por segunda vez la España mahometana, humillada y silenciosa, la conduccion pacífica de las reliquias de un santo desde Sevilla á Leon, como en tiempo del tercer Alfonso habia visto conducir las del mártir Pelayo desde Córdoba á Oviedo. Aquello pudo atribuirse á la condescendencia de un califa, cumplidor exacto de una condicion de paz, pero gefe de un grande imperio que no podia temer la guerra si se hubiera turbado la procesion religiosa: esto era ya una concesion que la necesidad arrancaba á un príncipe mahometano para salvar su imperio: porque ¡ay de él, si las cenizas del santo obispo Isidoro no hubieran llegado indemnes á la capital del reino cristiano! La traslacion de aquellas reliquias dió ocasion á Fernando para acreditar á sus súbditos que el vencedor de Bermudo de Leon y de García de Navarra, que el conquistador de Viseo y de Coimbra, que el humillador de los reyes de Toledo y de Sevilla, que el reformador del clero en Coyanza, era el príncipe religioso que reedificaba templos, que los dotaba con esplendidez y los enriquecia con los cuerpos de santos ilustres traidos de las mas populosas ciudades musulmanas. Hace mas: Fernando da un banquete al clero, y el príncipe coronado de victorias, el rey de Castilla, de Leon y de Galicia, depone espontáneamente su grandeza, y sirve á la mesa á los convidados, apareciendo mas grande cuanto mas se humilla, y avasallando mas los corazones cuanto mas parece querer nivelarse con el postrero de sus vasallos.

Se ve pues bajo Fernando I. el Magno al reino unido de Castilla y de Leon alcanzar una importancia, una solidez y una superioridad cual no habia tenido nunca tódavía. Y eso que la muerte robó á España y á la cristiandad tan insigne príncipe cuando amenazaba hacer tremolar el estandarte de la cruz sobre los adarves de Valencia. Piadoso y devoto en todo el discurso de su glorioso vida, modelo de uncion, de virtud y de humildad religiosa en

el acto de dejar el cetro para despedirse de este mundo, no sabemos cómo la iglesia no decoró al primer Fernando de Castilla y de Leon con el título con que honra á sus mas esclarecidos hijos, y que muy merecidamente aplicó mas adelante al tercer monarca de su nombre.

Que fué funesta la distribucion de reinos que hizo Fernando á ejemplo de la particion de su padre, lo dijimos ya. ¿Pero le haremos por ello un cargo tan severo como el que algunos modernos críticos pretenden hacerle? Acaso no fué solo un esceso de amor paternal el que le movió á obrar de aquel modo: tal vez conociendo Fernando la tendencia de cada conde y de cada magnate á la independencia, creyó que la mejor manera de reprimir aquel espíritu de insubordinacion y de precaver una desmembracion semejante á la del imperio árabe, era dejar á cada uno de sus hijos una monarquía mas limitada y que pudiera mas fácilmente vigilar. ¿Quién sabe si se propuso, designando á cada hermano una porcion casi igual de territorio, contentar á todos, y prevenir aquellas rivalidades y envidias que estallaron despues? No lo estrañaríamos, aunque los sucesos acreditaron lo errado del cálculo. Lo que no comprendemos es como á Fernando se le ocultó el genio ambicioso y díscolo de su hijo Sancho, y cómo no conoció la falta de capacidad y de virtud para gobernar de su hijo García. ¿Pero se hubieran acallado las ambiciones y evitado las discordias si hubiera caido toda la herencia en uno solo? Confesemos que en aquellos tiempos era una desgracia para el pais el que un monarca muriese dejando muchos hijos. Recordemos las conspiraciones de familia que mortificaron á los reyes de Asturias, las conjuraciones de hermanos que perturbaron el sosiego de los monarcas de Leon: volvamos la vista á Navarra y Cataluña, y veremos los mismos odios de hermanos y las mismas catástrofes. Si las guerras que sobrevinieron se hubieran circunscrito á los tres hijos de Fernando, podríamos creer que el gérmen de las disidencias habia estado todo en las partijas que aquel hizo de su reino. Mas cuando vemos á Sancho de Castilla, no bien cubierta la hoya en que reposaban las cenizas de su padre, en guerra ya con sus primos, los Sanchos de Navarra y Aragon; cuando le vemos, despues de dejarse arrastrar de la codicia hasta llevar las lanzas castellanas contra dos débiles mugeres, ir á inquietar en sus limitadas posesiones de Toro y de Zamora á sus dos hermanas Elvira y Urraca. ¿cómo no hemos de atribuis estos males, mas que á culpa d el padre, al natural turbulento, codicioso, avieso y desnaturalizado del hijo?

Este despojador de reinos, azote de su familia, que habia desenvainado su espada contra dos primos y cuatro hermanos, cuando ya no le faltaba sino una hermana á quien despojar, se estrelló ante la constancia de una muger

fuerte, y en el cerco de Zamora halló el condigno castigo de su desmesurada codicia. El venablo de un traidor puso fin á sus dias al pie de los muros de la única ciudad que le restaba para redondear el despojo de toda su familia, sin que le valiera estar mandando un poderoso ejército ni tener á su lado al tipo del valor y de la intrepidez, Rodrigo el Campeador. No pretenderemos indagar por qué la Providencia se vale á veces de los criminales como instrumentos para castigar á los que se desvian de la senda de la humanidad y de la justicia: pero es lo cierto que suele emplearlos para sus altos fines. ¿Tuvo Urraca alguna participacion en el trágico término de su hermano? Asi lo espresaba uno de los epitafios que se dedicaron á la memoria de Sancho el Bravo (1). Nosotros no hallamos bastante justificada tan grave inculpacion, pero tampoco nos atreveriamos á salir garantes de su inocencia, ni estrañariamos no hallarla pura, atendido su justo resentimiento y lo mal parados que en aquel siglo andaban los afectos de la sangre.

La muerte de Sancho el Bravo valió á su hermano Alfonso tres coronas por una que aquel le habia arrancado. Las vicisitudes dramáticas de Alfonso VI. son como el trasunto de la fisonomía de su época. Rey de Leon, inquietado por un hermano codicioso, vencedor y vencido en las márgenes del Carrion y del Pisuerga, despojado del trono, acogido á un templo, preso en un castillo de Burgos, monge en Sahagun, fugado del claustro, prófugo en Toledo, agasajado por un rey musulman, brindado en su destierro por leoneses, gallegos y castellanos con las coronas de los tres reinos, aliado y auxiliar de un rey mahometano (el de Toledo) para destronar á otro rey mahometano (el de Sevilla), en amistad despues y en alianza con el de Sevilla para destronar al de Toledo: favorecido y obsequiado del padre (Al Mamun), y derrocando del trono al hijo (Yahia), dueño y señor de la antigua córte de los godos donde antes habia recibido hospitalidad de un árabe, Alfonso VI. representa y compendia en este primer período de su dramática historia la vida, las costumbres, el manejo, las condiciones de existencia de hombres y pueblos en aquella época turbulenta y crítica.

¡Qué contraste tan desconsolador forma la noble y generosa conducta de Al Mamun el de Toledo con la de Sancho de Castilla para con Alfonso! El uno arranca el cetro á su hermano, el otro, siendo un infiel, acoge y trata al príncipe destronado como á un hijo; el hermano encierra al hermano en un

(1) En uno de los ángulos de su sepulcro en Oña se leia el epitafio siguiente: *Rex iste occisus fuit, proditore consilio sororis suæ Urracæ apud Numantiam civitatem per manum Bellili Adolphis magni traditoris.*

castillo, el mahometano le da palacios y jardines para su recreo: cuando por la muerte de Sancho quedó vacante el triple trono de Castilla, Leon y Galicia, Al Mamun tenia en su poder al único príncipe llamado á ocuparle, y sin embargo en vez de retenerle, en vez de aprovechar para sí aquella horfandad de los reinos cristianos para acometer cualquiera de ellos, ayuda á Alfonso con todo género de medios para que vaya á ceñir sus sienes con las coronas que le esperan; en cambio de tanta proteccion solo le pide su amistad. Este proceder de Al Mamun, que nos recuerda el de Abderrahman el Grande con Sancho el Gordo, revela los instintos generosos de aquella noble raza árabe que se iba á extinguir en España, al propio tiempo que la tolerancia que habia ya entre árabes y españoles, que aparte de la religion llegaban á rivalizar en hidalguía. Alfonso VI. como monarca español y cristiano hizo un bien inmenso á España y á la cristiandad con la conquista de Toledo: como amigo jurado de Al Mamun parece que deberian haber alcanzado al hijo las consideraciones de que era deudor al padre: aquel hijo no obstante no habia sido comprendido en el asiento de alianza, los toledanos mismos reclamaron ser libertados de su opresion por el monarca de Castilla, y Alfonso pudo, sin romper juramento, hacer aquel servicio inmensurable al cristianismo y á la libertad española, y redimir al propio tiempo á los musulmanes que le invocaban.

El célebre juramento tomado á Alfonso en el templo de Santa Gadea de Burgos patentiza toda la arrogancia de la nobleza castellana. Sin embargo solo se encontró un caballero que se atreviera á tomársele, Rodrigo Diaz: se ha ensalzado á coro este hecho del Cid como un rasgo de heróico valor cívico; lo fué, y con ello dió el Campeador un testimonio de la grandeza de su alma; pero tambien fué un rasgo de audacia insigne el humillar á un monarca haciéndole que jurase por tres veces no haber tenido participacion en la muerte de su hermano: audacia que el Cid, menos acaso que otro caballero alguno, hubiera debido permitirse: porque Alfonso pudo haberle demandado á su vez: «¿Y jurais vos, Rodrigo, no haber tenido parte en la alevosía de Carrion, en aquella funesta noche en que mi hermano Sancho, por consejo vuestro, despues de vencido pagó mi generosidad degollando á mis soldados desapercibidos, haciéndome prisionero y apoderándose de mi trono? ¿Jurais vos estar inocente de aquella negra ingratitud que costó tanta noble sangre leonesa, y que me hizo cambiar mi trono por una prision, mi córte por un claustro, y mi libertad por el destierro de que vengo ahora?» No sabemos qué hubiera podido contestar el Cid, si de esta manera se hubiera visto apostrofado por el mismo á quien tan arrogantemente juramentaba. No lo hizo Alfonso, contentándose con guardar secreto enojo

á Rodrigo Diaz, enojo que hallamos fundado, si bien sentimos que le llevara, como en otra parte hemos dicho (1), mas allá de lo que reclamaba el interés de la causa cristiana, y de lo que á él mismo le convenia para no ser tachado de rencoroso.

Mientras tan lastimosas y mortales excisiones agitaban los tronos y los pueblos de Castilla y de Leon, ¿reinaba mas armonía entre los príncipes soberanos de Aragon, de Navarra y de Cataluña? Mencionado hemos ya las guerras entre los hermanos Ramiro de Aragon y García de Navarra: entre este y su hermano Fernando de Castilla, y entre los tres Sanchos de Castilla; Navarra y Aragon. ¿A qué se debió la union de estas dos últimas coronas en las sienes del aragonés? á un fratricidio: á la muerte alevosa del navarro por su hermano Ramon en Peñalen, como la union de las coronas de Leon y Castilla en Fernando se habia debido á la muerte de Bermudo peleando con el esposo de su hermana en Tamaron. ¡Triste fatalidad de nuestra España! Aquel suceso, sin embargo, nos suministra una observacion importantísima. El trono de Navarra pasa de repente de hereditario á electivo. Al menos los navarros prescinden del derecho de los hijos del último monarca: huye el uno por temor, y desechan al otro por tirano y fratricida, y entregan de libre y espontánea voluntad el reino á un príncipe, que aunque de la dinastía de sus reyes, era considerado ya como extraño, que tal debia ser para ellos Sancho Ramirez de Aragon. Este ejercicio de la soberanía en los casos extraordinarios le hallamos lo mismo en los pueblos cristianos que en los musulmanes.

En el condado de Barcelona el gran príncipe Ramon Berenguer el Viejo, el autor de los famosos Usages, trabajando siempre por someter á los díscolos condes, víctima de discordias domésticas, herido de excomunion por arte y manejo de una abuela intrigante y codiciosa, sufre la amargura de ver á un hijo ambicioso y desnaturalizado teñir sus manos en la sangre de la esposa de su padre, y baja al sepulcro prematuramente agobiado de pena y de dolor. Tambien el príncipe catalan, como los de Castilla, Aragon y Navarra, hizo alianzas con los árabes; y los campos de Murcia se vieron inundados de huestes catalanas y andaluzas, cristianas y muslímicas, mezcladas y confundidas en defensa de una misma causa y en contra de otros cristianos y de otros infieles, como en otros tiempos se habian reunido en los campos de Acbatalbakar y del Guadiaro.

Una fatalidad tan lamentable como indifinible parecia presidir á los testamentos de los príncipes cristianos españoles. Apenas se concentraba en

(1) Discurso preliminar

una mano una vasta extension de territorio á fuerza de apagar interiores disturbios y de vencer enemigos exteriores volvian las disposiciones testamentarias de los príncipes á legar á sus hijos y á sus reinos una herencia de discordias y una semilla de ambiciones, de envidias, de turbulencias y de crímenes. Ramon Berenguer el Viejo de Barcelona, siguiendo el camino opuesto al de Sancho el Mayor de Navarra y de Fernando el Magno de Castilla, dejó en su testamento el gérmen de resultados igualmente desastrosos. Desconociendo como aquellos la índole de sus hijos y las ventajas de la unidad en el gobierno de un estado, y como si la soberanía consintiese participaciones y su sola voluntad bastase á enmendar la naturaleza humana y á despojarla de las pasiones de la ambicion y de la envidia, quiso ceñir con una sola corona las sienes de sus dos hijos, lo que equivalía á legarles una manzana de discordia y un incentivo perenne de desavenencias. Desarrolláronse pronto por parte del mas descontentadizo y díscolo, del mas codicioso y avaro, y el génio maléfico de la envidia arrastró á Berenguer Ramon II. al extremo de teñir su mano en la inocente sangre del apacible Ramon Berenguer *Cap de Estopes*, y de darle una muerte alevosa. Otro fratricidio.

Concluiremos este cuadro con una observacion bien triste, pero exacta por desgracia. Los príncipes que han regido los diferentes estados de la España cristiana en el período que examinamos, todos á su vez han peleado entre sí, y casi todos cuando han blandido sus lanzas contra los soberanos de sus mismas creencias y de su misma sangre, han llevado consigo auxiliares musulmanes, ó comprados á sueldo, ó ligados con ellos en amistosas alianzas. De ellos los siete han muerto, ó en guerra con sus parientes, ó asesinados por sus propios hermanos. García de Castilla bajo las alevosas espadas de los Velas: Bermudo III. de Leon y García Sanchez de Navarra combatiendo contra su hermano Fernando de Castilla: Sancho de Castilla sitiando en Zamora á su hermana Urraca: García de Galicia en una prision en que le encerraron sucesivamente sus dos hermanos Sancho y Alfonso: Sancho Garcés de Navarra traidoramente asesinado por su hermano Ramon en Peñalen: Ramon Berenguer II. de Barcelona bajo el puñal fratricida de Berenguer Ramon.

A vista de tan aflictivo cuadro de miserias y de crímenes, que hacian interminable la obra gloriosa de la restauracion española, nuestro corazon se llenaria de horror y desesperaria del triunfo de la buena causa, si no se elevára á otra mas alta esfera, allá donde hay un ser superior que lleva magestuosamente las naciones y los pueblos á su destino al través de todas las miserias de la humanidad. A pesar de tantas rivalidades y malquerencias de familia, á pesar de tantas discordias interiores y tantas alianzas con los

mahometanos, conservábase siempre vivo el sentimiento de la independencia y el principio religioso como el instinto de la propia conservacion. Y á la manera que en otro tiempo aunque se aliáran los españoles alternativamente con cartagineses y romanos se mantenia un fondo de espíritu nacional y un deseo innato de arrojar á romanos y cartagineses del suelo español, del mismo modo ahora subsistia, á vueltas de las flaquezas y aberraciones que hemos lamentado, el espíritu religioso y nacional, que puesto en accion por algunos grandes príncipes como Sancho el Mayor de Navarra, Fernando el Magno de Castilla, Sancho Ramirez de Aragon, Ramon Berenguer el Viejo de Barcelona, hacía que fuese marchando siempre la obra de la reconquista. Debióse á esta causa el que aquellas contrariedades no impidieran el acrecimiento y ensanche que recibieron las fronteras cristianas en Leon y Castilla, en Navarra, Aragon y Cataluña, desde la recuperacion de Leon hasta la conquista de Toledo, el acaecimiento mas importante y glorioso de la España cristiana desde el levantamiento y triunfo de Pelayo.

¿Cómo no aprovecharon los árabes aquellas discórdias de los cristianos para consumar su conquista? Porque ellos estaban á su vez mas divididos que los españoles. Por fortuna suya los cristianos se consumian en excisiones domésticas cuando mas útil les hubiera sido la union. Por fortuna de los españoles los sarracenos en las ocasiones mas críticas se enflaquecian y destrozaban entre sí y dejaban á los cristianos en paz. Iguales miserias en ambos pueblos. De aqui haber durado la lucha cerca de ochocientos años.

El imperio árabe en su decadencia corrió la suerte de los imperios destinados á fenecer, no por conquista, sino por una de esas enfermedades interiores lentas y penosas, que del mismo modo que á los individuos van consumiendo los cuerpos sociales y corroyéndolos hasta producir una completa disolucion. Era ya un fenómeno que con una cabeza tan flaca como la de Hixem II. se hubiera robustecido en vez de enflaquecerse el cuerpo del imperio; pero este fenómeno era debido á las altas y privilegiadas prendas de Almanzor, y los fenómenos no se repiten cada dia. Muerto el hombre prodigioso, la marcha del estado siguió su natural órden y curso. Faltaba la cabeza y todos querian serlo. Despertáronse las ambiciones que la superioridad de un solo hombre habia tenido reprimidas, y comenzó aquella cadena de convulsiones violentas, de sacudimientos, de crímenes, de confusion y de anarquía, que acompañan siempre al desmoronamiento de un estado. Todos los imperios que perecen por disolucion se asemejan en el período que precede á su muerte. Conjuraciones, turbulencias, guerras de razas,

relajacion de los vínculos de la sangre, extincion de los afectos de familia, regicidios, hermanos que asesinan á hermanos, hijos que siegan la garganta del padre, temiendo no sucederle si se prolonga unos dias mas su existencia, caudillos feroces que capitaneando turbas tan feroces como ellos conquistan un trono por el puñal y la espada para descender de él por la espada y el puñal, soldados que quitan y ponen emperadores, pueblos que pasean hoy con regocijo la cabeza ensangrentada del que proclamaron ayer con entusiasmo, soberanos de un dia, casi á la vez sacrificadores y sacrificados, grandes crímenes y grandes criminales, horribles y trágicos dramas, entre los cuales se deja ver de período en período alguna virtud heróica y sublime, como el fulgor de una estrella en noche tempestuosa y oscura. Habiendo visto los escesos que acompañaron la agonía del imperio romano, no nos sorprenden los que señalaron la caida del imperio ommiada: con la diferencia que la ruina de este fué mas rápida, porque debido su engrandecimiento á las prendas personales de sus califas, faltando estos tenia que desplomarse casi de repente el edificio.

Ademas del elemento de disolucion que en su seno encerraba el imperio con tantas razas y tribus rivales y enemigas que ansiaban y espiaban la ocasion de destruirse, Almanzor en medio de su gran talento cometió errores que ayudaron no poco á la explosion de estos odios y rivalidades, ya con la proteccion que dispensó á las huestes africanas que llegaron á constituir la mayoría del ejército musulman, ya con la influencia que dió á la raza slava, á aquellos extrangeros que de la clase de esclavos de otros esclavos subieron á la de príncipes y emperadores. Abrió tambien Almanzor ancha brecha á la unidad del imperio con los gobiernos perpétuos que por premio de momentáneos servicios confirió á los alcaides y walíes. Este paso cuyas consecuencias no se conocieron durante su vigorosa administracion, fué un ejemplo funesto para el porvenir, para cuando el imperio cayese en manos mas débiles que las suyas. Los califas que siguieron á Hixem, así como los aspirantes al califato, todos á imitacion de Almanzor para ganar el apoyo de los walíes apelaban al recurso de halagarlos, invistiéndolos con aquella especie de soberanía feudal; y ellos, harto propensos ya á la independencia, ó se emancipaban abiertamente del gobierno central, ó les negaban los subsidios de sus provincias y se hacian sordos á sus excitaciones y llamamientos; la impunidad en que los débiles califas dejaban á los walíes desobedientes alentaba á otros á seguir su ejemplo, y Córdoba, la metrópoli del imperio muslímico de Occidente, que se dilataba por casi toda España y por inmensos territorios africanos, llegó á encontrarse completamente aislada, constituido cada walí en soberano independiente del distrito de su mando. De aquí la

multitud de régulos y pequeños monarcas que se alzaron sobre las ruinas del califato, y de que hemos dado cuenta en nuestra historia, y cuyas guerras entre sí y con los cristianos hemos referido.

Expuestas las causas principales de los acontecimientos, veamos la fisonomía política y social que presentaban los diferentes estados de la España cristiana en este periodo.

CAPITULO XXVI.

GOBIERNO, LEYES, COSTUMBRES DE LA ESPAÑA CRISTIANA EN ESTE PERIODO.

I. Los reyes.—Atribuciones de la Corona.—Cómo se desprendian de algunos derechos.—Conservaban el alto y supremo dominio.—Funcionarios del rey.—Sistema de sucesion.—Impuestos.—II. Mudanza en la legislacion.—Jurisprudencia foral.—Exámen del fuero y concilio de Leon.—Los siervos: cómo se fué modificando y suavizando la servidumbre.—Behetrías: qué eran: sus diferentes especies.—Milicia.—Jueces.—Diversas clases de señoríos.—Si hubo feudalismo en Castilla.—Fueros de Sepúlveda, Nájera, Jaca, Logroño y Toledo.—Sistema feudal en Cataluña.—Los Usages.—III. Gran mudanza en el rito eclesiástico.—Historia de la abolicion del misal gótico-mozárabe é introduccion de la liturgia romana.—Empeño de los papas y del rey.—Resistencia del clero y del pueblo.—Pretensiones del papa Gregorio VII.—Carácter de este pontífice.—Monges de Cluni.—Comienza á sentirse la influencia y predominio de Roma en España.—IV. Estado intelectual de la sociedad cristiana.—Ignorancia y desmoralizacion general del clero en toda Europa en esta época.—El clero español era el menos ignorante y el menos corrompido.—V. Costumbres públicas.—Espíritu caballeresco.—El duelo como lance de honor y como prueba vulgar.—Otras pruebas vulgares.—Respeto al juramento.—Formalidades de los matrimonios.—Fiestas populares.

I. Al paso que en lo material avanzaba la reconquista por los esfuerzos parciales de los príncipes y de los pueblos, progresaba tambien, aunque lenta y gradualmente, la organizacion política, religiosa y civil de cada sociedad ó de cada estado, no de un modo uniforme, sino con arreglo á las circunstancias de localidad, á las tendencias y costumbres y al origen y procedencia de cada reino, que es lo que constituyó la diferencia de fisonomía que distinguió los diversos estados en que entonces se dividió la España, diferencia que subsistió por muchos siglos, y que á pesar del trascurso de los tiem-

pos no ha acabado de borrarse todavía. Dió no obstante la organizacion social de la España cristiana pasos avanzados en el período que nos ocupa.

Continuaban los reyes ejerciendo la autoridad suprema en la plenitud del poder, aun sin aquel consejo aúlico de que se rodeaban los monarcas godos; si bien la necesidad por una parte, el espíritu religioso por otra, los hacian desprenderse diariamente de una parte de aquel poder y de aquella autoridad con las donaciones de territorios, rentas, derechos y jurisdicciones que hacian á iglesias ó monasterios, á obispos ó particulares, bien como actos de piedad y devocion, bien como remuneracion y recompensa de servicios prestados al monarca, con lo que iba debilitándose el poder de estos y robusteciéndose el del clero y la nobleza. Seguian no obstante los reyes considerándose y obrando como dueños y supremos señores de los territorios que se ganaban á los infieles, proveian á las iglesias, nombraban y trasladaban obispos, mandaban los ejércitos y administraban la justicia. Representaban su autoridad en las provincias ó distritos los condes, y ejercian en los pueblos á su nombre las funciones judiciales los merinos (majorini), que tenian bajo su dependencia los ejecutores ó ministros inferiores nombrados sayones (1).

La costumbre y el consentimiento habian ido haciendo mirar como hereditaria la corona; sin embargo, ni habia todavía una ley de sucesion al trono, ni menos estaba establecido el principio de la primogenitura. Sancho el Mayor de Navarra y Fernando el Magno de Castilla dispusieron de sus reinos como de un patrimonio de familia, y en la adjudicacion de las partijas á sus hijos atendieron mas al cariño que al órden del nacimiento. Los prelados y magnates se amoldaban en esto á la voluntad de los monarcas, y la falta de una ley fija de sucesion produjo las discordias en las familias reinantes, y las turbaciones en los reinos, que tanto hemos lamentado. Pero ningun prin-

(1) Concilio de Leon de 1020.—El señor Moron, en su Historia de la civilizacion de España (tomo III, p. 296), sienta con grande equivocacion que el nombre de *Merino* apareció por primera vez en el año 1090 en una escritura de donacion hecha por Alfonso VI. á la iglesia de Palencia. Error notable en un historiador, que no podia ignorar cuántas veces se nombraban dichos funcionarios en el mencionado concilio ó sean Córtes, como autoridad existente y ya conocida. Segun Salazar de Mendoza (Dignidades de Castilla, libro I.), la memoria mas antigua que se halla de este oficio es en el reinado de Bermudo II. Los habia *mayores* y *subalternos*. El *Merino* se empezó á llamar *alguacil mayor* antes de Enrique II. (Santayana, Magistrados y tribunales de España, lib. III., cap. 2.) De Merino se denominaron las *merindades*, que se distinguian en antiguas y modernas. El conde Fernan Gonzalez dividió las siete merindades de Burgos, Valdivieso, Tovalina, Manzanedo, Valdeporro, Losa y Montija, (Berganza, lib. III, cap. 14.)

cipe se sentaba en el trono sin la aprobacion y el reconocimiento de los obispos y próceres, y cuando la aplicacion del principio hereditario era peligrosa, apelaban los pueblos á la eleccion, como aconteció en Navarra despues de la muerte de Sancho el de Peñalen. Alfonso VI. de Castilla subió la segunda vez al trono por la voluntad de los castellanos. Las hembras en Castilla y Leon no estaban excluidas de la sucesion al trono como en Cataluña; y habia caido en desuso la ley de los godos que condenaba á reclusion á las viudas de los reyes; por el contrario, solian ser tutoras de sus hijos y regentes del reino como la madre de Ramiro III.

No hubo en los primeros siglos un sistema general de impuestos. Las rentas reales se componian de los dominios particulares del rey, del quinto de los despojos ganados en la guerra, uso que los cristianos tomaron de los árabes, de las prestaciones señoriales, que consistian en servicios personales del trabajo, en frutos, que alguna vez eran el diezmo, y en las multas y penas pecuniarias, que eran el arbitrio de mas consideracion, atendido el sistema de redimir las penas y sentencias judiciales por dinero, á lo cual se agregó despues del siglo X. los tributos conocidos con los nombres de moneda forera, de rauso, yantar, fonsadera, martiniega, etc., que en otro lugar hemos mencionado y esplicado (1).

II. La legislacion sufre en este tiempo una modificacion esencial. El célebre código de leyes heredado de los visigodos, el Fuero Juzgo, único cuerpo legal que habia regido, aunque imperfectamente, en la España de la restauracion, no podia ya ser aplicado en todas sus partes á un pueblo cuyas condiciones de existencia habian variado tanto. Las circunstancias eran otras, otras las costumbres, distinta la posicion social, y era menester atemperar á ellas las leyes, era necesario no abolir las antiguas, sino suplir á las que no podian tener conveniente aplicacion con otras mas análogas y conformes á lo que exigian las nuevas necesidades de los pueblos y de los individuos. Nacieron, pues, los *Fueros* de Leon y de Castilla, de Navarra, Aragon y Cataluña, y gloria eterna será de los Alfonsos, de los Sanchos, de los Fernandos y de los Berengueres de España, haber precedido en mas de un siglo á todos los principes de Europa en dotar á sus pueblos de derechos, franquicias y libertades comunales, tanto mas meritorio en ellos, cuanto que las continuas y desastrosas luchas domésticas y exteriores en que andaban envueltos no les impidieron fijar su atencion en la organizacion interior de sus estados.

El concilio de Leon de 1020, asamblea politico-religiosa, testimonio insigne del encadenamiento y enlace de las épocas y de las sociedades, por-

(1) Cap. 20 de este libro.

que revéla la herencia que la España de la restauracion habia recibido de la España gótica, causó una verdadera revolucion social en el pais, introdujo un nuevo órden de cosas en lo civil y en lo político, y mejoró notablemente la condicion de los hombres de aquella sociedad. Un ligero exámen de sus leyes (que nuestra cualidad de historiador general no nos permite hacerle mas detenido) nos dará una idea clara del estado de aquella sociedad y del mejoramiento que recibió (1).

«Nadie, dice el cánon 7.°, compre heredad del siervo de la iglesia, ó del rey, ó de cualquiera hombre, y el que la compráre, pierda la heredad y el precio.» Este decreto expresa las tres clases de siervos que habia. Los del rey eran los mas considerados y tenian otros siervos bajo su dependencia. Los siervos de la iglesia eran los destinados al servicio de los templos y al cultivo de las heredades del clero: los de particulares eran todos los demas que estaban bajo el dominio de los nobles ó de los simplemente ingénuos, y se destinaban á los oficios mecánicos y serviles y á las labores del campo. La servidumbre se habia trasmitido de generacion en generacion, y los descendientes de siervos eran los que constituian las *familias de creacion*. Poco á poco habia ido modificándose esta servidumbre, y los siervos fueron convirtiéndose lenta y sucesivamente en solariegos y estos en vasallos. Contribuyeron al mejoramiento progresivo de la condicion de esta clase, por una parte las ideas civilizadoras del cristianismo, por otra el interés personal de los señores, que convencidos de que el cultivo de sus tierras prosperaba mas con el trabajo de personas libres que con el de esclavos, los elevaban á la clase de solariegos, y por otra la necesidad de repoblar las villas y ciudades fronterizas de los moros para que sirviesen de valladar contra las invasiones enemigas. Los siervos que acudian á poblarlas obtenian su libertad, y adquirian tierras que labrar y derechos vecinales. Los particulares, temerosos de que sus siervos se acogieran á las nuevas poblaciones y los abandonáran, se apresuraban á dulcificar su condicion, dándoles solares para sí y para sus hijos, imponiéndoles solo un tributo mas ó menos grande. Esto habia sido un verdadero progreso social. Nada prueba mejor nuestro principio del mejoramiento progresivo de la humanidad, que ver cómo ha ido

(1) Nos fijamos en el concilio y fuero de Leon, no porque fuese el mas antiguo fuero que se conoce, como dice Mariana (Ensayo Histórico Crit. lib. IV. n. 6), puesto que hubo antes que él otros fueros de localidad, como los de Castrojeriz y Melgar de Laso, los de Palenzuela, Sepúlveda, etc., sino por ser el documento solemne escrito, en que se contienen ordenanzas y leyes civiles y criminales encaminadas á establecer sólidamente las municipalidades y comunes de un reino, y afianzar en ellas un gobierno acomodado á las circunstancias de los pueblos.

pasando la clase de esclavos á la de siervos, la de estos á la de solariegos, despues á la de vasallos, en cuya marcha se podia haber augurado en aquella misma edad que todos los hombres habian de ser libres con el tiempo (1).

En el cánon 9.º de dicho concilio se habla ya de *behetrías*, cuya palabra nos conduce á distinguir las cuatro especies de señoríos que en este tiempo habia en Leon y Castilla, á saber: el *Realengo*, en que los vasallos no reconocian otro señor que el rey: el *Abadengo*, que era una porcion del señorío y jurisdiccion real, de que los reyes se desprendian á favor de algunas iglesias, monasterios ó prelados: el *Solariego*, que tenian los señores sobre los colonos que habitaban en sus solares y labraban sus tierras, pagando una renta ó censo, que se llamaba *infurcion:* y el de *Behetría*, el mas favorable de todos á los vasallos por la gran preeminencia de mudar de señor á su voluntad y dejarle cuando querian (2).

Fué una institucion hija de la necesidad y de las circunstancias en que se hallaban los pueblos ó individuos en los primeros siglos de la reconquista. Los débiles y pobres necesitaban del apoyo de los poderosos y ricos, y buscaban su proteccion y se sometian á una especie de vasallage mediante algunas pequeñas prestaciones en señal de reconocimiento, obligándose por su parte los señores á protegerlos y ampararlos, pero quedando aquellos en libertad de dejarlos y de mudar de señor tan pronto como cesasen de ser protegidos en sus bienes, personas ó familias. Todos han seguido la definicion que de las behetrías y sus diferencias hace el canciller Pedro Lopez de Ayala en su Chrónica del Rey Don Pedro cuando dice: «Debedes saber «que Villas é Lugares ay en Castilla, que son llamados behetrías *de mar á* «*mar*, que quiere decir que los moradores, é vecinos en los tales lugares «pueden tomar señor á quien sirvan, é acojan en ellos, quienes ellos quer«rán, y de cualquier linage que sea, é por esto son llamados behetrías *de* «*mar á mar*, que quiere decir, como que toman señor, si quieren de Sevilla, «si quieren de Vizcaya, ó de otra parte. E los lugares de las behetrías son «unos que toman señor cierto, de cierto *linage*, y de parientes suyos entre sí, «é otras behetrías ay que non han naturaleza con linages, que serán natu«rales de ellos, é estas tales toman señor de linages, qual se pagan, é dicen

(1) Sobre el origen, clases y diferencias de solariegos y vasallos, puede verse á Ambrosio de Morales, á Berganza en sus Antigüedades, Asso y Manuel en las notas al Fuero Viejo de Castilla, Pidal en las adiciones al mismo, Muñoz en las Notas á los Fueros latinos de Leon, etc.

(2) La palabra *behetría* no es derivada del griego, como dice Mariana (lib. XVI., cap. 17), sino de *benefactoría*, que se corrompió despues en *bienfetría*, y mas adelante en *behetría*, que significaba que los pueblos escogian señores para bienhechores ó *benefactores* suyos.

«que todas estas behetrías pueden tomar y mudar señor *siete veces al dia*, «y esto se entiende *cuantas veces les placerá*, y entendieren que los agra«via el que los tiene.... (1).»

Necesitábase para la constitucion de las behetrías el beneplácito del rey en virtud del superior dominio que tenia sobre todos los pueblos de la corona, y su organizacion y condiciones variaban notablemente en cada pueblo segun los pactos que se estipulaban entre los señores y los vasallos, fuesen pueblos ó personas. De aqui los tributos y prestaciones llamadas *devisa, naturaleza, servicio personal*, etc. y los diferentes medios porque se adquiria el derecho de behetría. Subsistieron estas hasta los tiempos de don Juan II., que con sábia política trastornó su constitucion primitiva (2).

Prescribíase en el cánon ó decreto 1.° del concilio y fuero que examinamos la obligacion de ir al *fosado* (á la guerra) con el rey, con los condes y los merinos, segun costumbre. Supone este capítulo una fuerza pública, una milicia armada que tenia que acudir al llamamiento del rey, ya fuesen moradores de los pueblos de realengo, ya de los de señorío, que á costa de esta obligacion solian concederse y adquirirse los derechos señoriales. Pero aquella milicia no era una milicia regimentada y á sueldo. Cuando el rey proyectaba una conquista ó una irrupcion, convocaba los nobles, los obispos y el pueblo, y cada señor y á veces cada obispo que ejercia derechos dominicales, acudian con su respectiva gente y sus banderas, igualmente que los vasallos de los pueblos de realengo. Ninguno habia disfrutado de sueldo de campaña hasta el fuero que hemos mencionado del conde don Sancho de Castilla: hasta ese tiempo los gefes de las tropas asi congregadas subsistian lo que llevaba cada cual, y mas principalmente de lo que tomaban al enemigo. Terminada la campaña, volvíanse los soldados á sus hogares, y las plazas recuperadas ó conquistadas pertenecian al rey, que solia darlas á los condes ó señores en premio de sus servicios, con el cargo de fortificarlas y defenderlas, y concediendo privilegios á los soldados, vasallos ó siervos que quisieren establecerse en ellas y repoblarlas, origen de los señoríos y de las cartas de poblacion.

(1) Equivocóse gravemente el P. Soto (Chron. de los Príncipes de Asturias. lib. III.) al decir que los solares de los infanzones comenzaron á llamarse behetrías por la libertad que tenian los señores de elegir un juez que entendiese en los pleitos de sus vasallos.

(2) Los que deseen mas noticias sobre esta materia, pueden consultar las leyes del tít. VIII., libro I., del Fuero Viejo de Castilla, con las Notas de los doctores Asso y Manuel, las del tít. III. lib. VI. de la Nueva Recopilacion, las memorias del fiscal don Antonio Robles Vives, el tratado que dejó escrito don Rafael de Floranes sobre esta materia, y otros muchos documentos que seria largo enumerar.

Establécense en dicho concilio jueces nombrados por el rey para que juzguen «las causas de todo el pueblo (1),» y se concede á los concejos ó ayuntamientos atribuciones administrativas y algunas veces tambien judiciales (2). Se decreta la abolicion del odioso y terrible fuero de sayonía (3); preciosa garantía otorgada á los individuos y á los pueblos contra las arbitrariedades de los delegados del poder, y progreso relativamente grande en la civilizacion, pero se confirmaban las absurdas pruebas vulgares por juramento, por agua caliente, por pesquisa y por duelo ó combate personal (4), triste testimonio de la ignorancia y grosería y del atraso intelectual en que estaba todavía nuestra España, y del carácter supersticioso de una época, en que aun se creia que velando Dios sobre la inocencia y el crímen no podia permitir la impunidad del reo ni la condenacion del inocente, y suponíase que Dios habia de hacer en cada caso un milagro suspendiendo el efecto de las causas naturales. Sin embargo, esta manera tan ineficaz y tan absurda de justificar é investigar la verdad en los juicios, heredada de los pueblos del Norte, era comumente usada en toda Europa.

A pesar de las diferentes especies de señoríos que hemos apuntado como existentes en Castilla en la época que examinamos, y que parecia tener cierto tinte de feudalidad, estuvo lejos de aclimatarse en esta parte de España el sistema feudal que regia en otros estados de Europa. Ni la nobleza leonesa y castellana alcanzó aquí la independencia y el poder que obtuvo en Alemania, Francia é Inglaterra, ni se conoció aquí la rigorosa organizacion gerárquica del feudalismo, ni los condes y señores de Castilla tuvieron el derecho de batir moneda, ni el tribunal de los pares, ni las ayudas pecuniarias, ni otros que constituian el sistema de infeudacion. A pesar de los derechos dominicales y jurisdiccionales que los reyes de Leon y Castilla otorgaban á los próceres y nobles y á los obispos y abades, á pesar de que unos y otros tenian sus vasallos especiales, nunca los monarcas se desprendieron de la suprema autoridad sobre todos sus súbditos, de cualquier gerarquia que fuesen, convocaban y presidian las córtes ó concilios, administrábase en su nombre la justicia, conservaron el derecho inalterable de apoderarse en caso necesario de los castillos y fortalezas de los señores y todos tenian obligacion de asistirles á la guerra. Las circunstancias especiales de este pais le colocaron en un caso excepcional al en que se encontraban en lo general los demas estados y naciones de Europa (5). La guerra continua

(1) Can. 18.
(2) Can. 25, 45 y 47.
(3). Can. 11.
(4) Can. 40.

(5) El ilustrado Robertson en su escelente y erudita Introduccion á la Historia del reinado de Cárlos V., ó no tuvo presente ó padeció el descuido de no distinguir

con los árabes obligaba á los cristianos españoles á reunirse á una sola cabeza, á agruparse en derredor de un poder central, para dar mas unidad á las operaciones militares, y los señores tampoco podian vivir mucho tiempo encastillados como los barones feudales, ni el desarrollo del régimen municipal les permitia arrogarse la independencia y la soberanía que en otros paises; y si los condes y nobles de Castilla se insubordinaban muchas veces contra sus monarcas, ni aquel desórden era habitual y permanente, ni aquella resistencia al poder monárquico era legal; era el resultado del estado todavía incierto de la sociedad, y de que faltaban aun al poder supremo medios para asegurarse contra las agresiones de los genios turbulentos y contra la desobediencia individual. No hubo pues en España verdaderos feudos sino en el condado de Barcelona, donde introdujeron los francos, fundadores de aquel estado, sus leyes, usos y costumbres; pues aunque en Aragon existió una especie de feudo con el nombre de *honor*, los magnates de aquel reino y del de Navarra no eran tampoco aquellos señores feudales que hacian la guerra á los monarcas como iguales suyos, y que ejercian en sus estados una autoridad sin límites, como pequeños soberanos con su corte, sus tribunales, sus casas de moneda y su gobierno privativo.

Ya dijimos que aunque el Fuero de Leon habia sido el mas solemne por la forma con que se otorgó y el primero que se escribió y cuyas leyes se dieron para que rigieran todo el reino, existian antes y desde el siglo X. otros fueros en Castilla otorgados por sus condes soberanos, y principalmente por don Sancho, llamado el *de los buenos fueros*, que confirmó el primer rey de Castilla y de Leon Fernando el Magno en el concilio de Coyanza de 1050. Goza entre ellos de justa nombradía el de Sepúlveda, de grande estima en la edad media por las franquicias y libertades que dispensaba á sus pobladores, y cuya legislacion, aunque diminuta, se estendió á otros muchos pueblos. Redújole por primera vez á escritura en 1076 el rey don Alfonso VI., confirmando los primitivos usos y costumbres autorizados por los antiguos

esta situacion escepcional de la monarquía castellana en lo relativo al feudalismo: omision indisculpable en quien tenia que tratar del estado político y civil de España anterior al gran reinado cuya historia se proponia escribir.—Monsieur Guizot, en su historia de la civilizacion europea, describe los caractéres del feudalismo y enumera las atribuciones de los poseedores de feudos, y ninguna de ellas es aplicable á los señores de Leon y Castilla.—Véase tambien á Mondejar, en las memorias históricas del rey don Alfonso el Sábio. Marina, Ensayo hist. crit. núm. 63. «El único señorío feudal, dice Tapia (Historia de la civilizacion española, tom. I., pág. 66), conocido en los reinos de Castilla y Leon, segun el testimonio de los historiadores españoles, fué el de Portugal, que con título de condado dió el rey don Alfonso VI. á don Enrique de Besanzon, casado con su hija natural doña Teresa, para si y sus sucesores.»

condes. «Yo Alfonso rey, dijo, y mi esposa Inés confirmamos á Sepúlveda su fuero, que tuvo en tiempo de mi abuelo, y en tiempo de los condes Fernan Gonzalez y García Fernandez y del conde don Sancho, de sus términos, etc. (1)»

Un mismo espíritu animaba en este siglo á los soberanos de Leon y de Castilla, de Aragon y de Navarra. El fuero concedido á Nájera por Sancho el Mayor, el otorgado á Jaca por Sancho Ramirez, no fueron ni menos ámplios, ni menos célebres que el de Sepúlveda; y Alfonso VI. de Leon y de Castilla confirmó los de sus antecesores, estendió la legislacion foral á muchos pueblos, y los dió de nuevo á Toledo, Logroño, Miranda de Ebro, y otras poblaciones que fuera largo enumerar. Semejábanse todos, á pesar de su variedad aparente, en los puntos principales, reducidos á mejorar la condicion civil de las personas y de los pueblos, á disminuir los derechos dominicales, y á amplificar las franquicias y libertades del estado general. Era la nacion que se constituia en lo político y en lo civil por esfuerzos parciales, del mismo modo que se constituia en lo material. Convendremos con el erudito Marina en que todos estos cuadernos de leyes no formaban un cuerpo de derecho general y compacto. Sin embargo, esta jurisprudencia foral contenia un sistema de leyes políticas, civiles y administrativas, local por una parte, pues que muchas de estas cartas se daban á ciudades y villas particulares, y general por otra, atendida la poca variedad en las exenciones, y el espíritu igualmente popular y democrático que dominaba en todas, en cuyo sentido llegaban á constituir los fueros un sistema general de legislacion que venia á reducirse á tres principales puntos: régimen municipal, disminucion de prestaciones señoriales, y concesion de franquicias y garantías al estado llano, para alentarle á poblar y defender del enemigo las ciudades fronterizas, ponerle á cubierto de las violencias de los magnates y establecer mas inmediatás relaciones entre los pueblos y el rey (2). Lo que la

(1) Marina, en su Ensayo Histórico crit. números 107 á 112, rectifica varios errores en que acerca de este célebre fuero incurrieron los doctores Asso y Manuel en su Introduccion á las Instituciones del derecho de Castilla, don Rafael Floranes en la suya á la copia del Fuero de Sepúlveda y otros, y da noticia del que existe en el archivo de aquella villa, discurriendo acerca de su autenticidad.

(2) Daremos una muestra de las franquicias de los principales fueros. 1.° Del de *Sepúlveda*. Ninguna persona podia prendar á otra por deuda, ni en Sepúlveda ni en sus aldeas, sin decreto judicial, bajo la pena de sesenta sueldos y el duplo de las prendas: si el señor ó gobernador de Sepúlveda injuriaba á algun vecino, debia acusarle al concejo y obligarle á dar satisfaccion al agraviado: el alcalde, merino y arcipreste debian ser precisamente naturales de aquella villa: el juez debia ser elegido anualmente de sus *collaciones* ó parroquias: eximióse á los vecinos del tributo de mañeria, y al fonsado del rey solo debian ir los caballeros, como no fuera estando cercado y para batalla

autoridad real perdia por una parte renunciando derechos y prerogativas y concediendo inmunidades y privilegios locales, ganábalo por otra en prestigio con los pueblos, que recibian agradecidos aquellos beneficios, neutralizaban asi los monarcas el poderío peligroso de la nobleza, creando un nuevo poder en el estado, y estimulaban á la poblacion y conservacion de las fronteras con el aliciente de las franquicias que concedian á sus moradores y defensores. De esta manera la concesion de fueros era en los reyes simultáneamente una conveniencia y una necesidad, y redundaba en recíproca ventaja de los pueblos y de la corona.

Grandemente progresó tambien la constitucion de Cataluña en el siglo XI. con la promulgacion de los *Usages*. Pero diferente este estado de los demas de España asi por su procedencia como por su organizacion y sus costumbres, su division en condados demostraba ya el carácter feudal que habia recibido. La nobleza catalana, organizada gerárquicamente como la francesa, y dividida en condes (ó potestades segun los Usages), vizcondes, varvesores, y simples caballeros, tenia una jurisdiccion privilegiada para sus causas, administrando justicia por sí ó por sus bailes: existian para ellos los juicios de los pares; los barones eran juzgados en su córte por los barones, los caballeros de un escudo por caballeros de un escudo, y asi los

campal: cuando el rey iba á la villa, no se habia de forzar á ningun vecino á dar alojamiento á su comitiva: todo el que quisiera mudar de señor podia hacerlo, sin perder su casa ni heredad, como el señor nuevo no fuera enemigo del rey, etc.—2.° Del de *Nájera*. El pueblo de Nájera no estaba obligado á ir al fonsado sino una vez al año y para batalla campal: ni el infanzon ni el villano debian dar al rey el quinto de lo que ganáran en la guerra, como era costumbre general en otras partes: se eximió á los vecinos del yantar, ó sea obligacion del suministro de víveres al rey, como no fuera pagándolos por su justo precio: los delincuentes no podian ser presos dando fiadores: los reos de cualquier delito, menos de hurto, refugiados en la casa de algun vecino de Nájera, no podian ser extraidos por fuerza, bajo la pena de doscientos cincuenta sueldos siendo de noble, y de ciento siendo de villano: quien pusiese una querella ante los alcaldes, y no la concluyera dentro de un año y dia, perdia su derecho: los vecinos de Nájera no debian dar escusadera ni otro pecho mas que el de trabajar el alfoz (término de la jurisdiccion) ó pago de su castillo: su concejo debia nombrar todos los años dos sayones: todos los vecinos podian comprar las tierras, viñas y heredades que quisiesen, sin las restricciones y *malos fueros* que habia en otras partes, y construir todo género de artefactos y vender libremente sus fincas, etc.—3.° Del de *Logroño*. Se concedieron franquicias á todos los que quisiesen establecerse en Logroño, fuesen españoles, franceses ó de cualquier otra nacion: se prohibió á los gobernadores hacerles violencia ni injusticia: ni el merino ni el sayon podian entrar en las casas á sacar prendas por fuerza ni tomarles cosa alguna contra su voluntad: se los eximió de las pruebas de hierro y agua caliente, de batalla y pesquisa: el señor ó gobernador de la villa no habia de nombrar para merino, alcalde ó sayon sino á naturales de ella: se concedió á los vecinos libertad de comprar y vender heredades, uso libre de aguas, pastos, leña, de ocupar y labrar las tierras baldías, etc. —4.° Del de *Jaca*. Se le quitaron los malos

demas. Y aunque los derechos del príncipe fueron en Cataluña mayores que en otros paises feudales, los de cada señor sobre sus vasallos, plebeyos ó payeses, eran absolutos, y algunos hasta inmorales y repugnantes como el de servirse de los hijos é hijas de los payeses contra su voluntad, y el de tomar para sí con las desposadas las primicias de los derechos del matrimonio. El vasallo no podia repartir el feudo entre sus hijos, sin permiso del señor. El payés que recibiese daño en su cuerpo, honor ó haber, debia reclamar al señor y estar del todo á su justicia. Aquel mismo órden gerárquico constituia á unos mismos á la vez en vasallos de los que ocupaban una gerarquía mas alta y en señores de los que tenian debajo de sí. No podia, pues, existir en Cataluña un poder público central como en Castilla, y si los condes de Barcelona conservaron su superioridad fué por lo extenso de sus dominios y porque solian concentrar en sí diferentes condados. Tuvo, pues, el condado de Barcelona todos los caractéres de la organizacion feudal que en su fundacion y origen le habia sido comunicada y trasmitida, si bien no adquirió desde el principio sino con el trascurso del tiempo su completo desarrollo.

Tales fueron en resúmen las alteraciones y novedades que sufrió cada uno de los estados cristianos de España en el período que abarca nuestro exámen, relativamente á su organizacion política y civil, y á la respectiva po-

fueros que antes tenia, y se elevó la villa á la categoría de ciudad: todo vecino podia edificar casas con la comodidad que mas gustase; comprar y vender libremente, prohibiéndoles donar ni vender los honores á la iglesia ni á los nobles: no se les obligaba á la fonsadera sino por tres dias, y esto para batalla campal ó estando el rey cercado por los enemigos: ninguno podia ser preso dando fianzas: se tasaron las penas de los homicidios y heridas como en otros fueros, etc. —Pueden verse mas pormenores sobre estos fueros en Sempere y Guarinos, Hist. del Derecho español, tom. I., cap. 10. y en Marina. Ensayo Histórico Crítico ya citado.—Merece por último especial mencion el Fuero de *Toledo*, por la especialísima situacion en que se halló aquella ciudad cuando fué conquistada. Componian su vecindario cinco clases de moradores: 1.° los mozárabes: 2.° los castellanos, así llamados porque constituian el mayor número de los que habian contribuido á la conquista: 3.° los francos ó estrangeros que atraidos de su riqueza fijaron en ella su domicilio: 4.° los árabes y moros, y 5.° los judíos, á quienes se permitió vivir en su ley. A cada una de estas clases concedió Alfonso VI. privilegios y fueros muy apreciables, y el gobierno municipal de Toledo sirvió despues de modelo para otras ciudades y villas. Es notable la disposicion de que todos los pleitos se decidieran por un alcalde, asociado de diez personas de las mejores y mas nobles, con arreglo á las leyes del Fuero Juzgo. A los labradores, pagando al rey un diezmo de sus frutos, no se les habia de exigir otra contribucion, ni servicio de jornales forzados, fonsadera etc., concediéndoles ademas que qualquiera de ellos que quisiese cabalgar pudiera hacerlo y entrar en las costumbres de los caballeros. Sempere y Guarinos, ubi sup. cap. 11. Marina, Ensayo y Teoría de las Córtes, Ortiz de Zúñiga, Anales de Sevilla, y Mem. para la vida de San Fernando.

sicion social de los reyes para con el pueblo, de este para con los monarcas y los nobles, y de todos entre sí.

III. Una novedad importantísima, un suceso de consecuencias inmensas para el porvenir de nuestra nacion en el órden moral se realizó en el último tercio del siglo XI en España, innovacion cuyo influjo se esperimenta todavía despues del trascurso de cerca de nueve siglos. Hablamos de la abolicion del oficio gótico ó breviario mozárabe, y su reemplazo por la liturgia romana á instancia y gestion de los romanos pontífices, y de la intervencion que desde esta época comenzaron á ejercer los papas, no ya solo en los asuntos pertenecientes al gobierno de la iglesia española, sino tambien en lo tocante al poder temporal de sus príncipes y soberanos. Jamás monarca alguno español (y habia habido desde Recaredo hasta Fernando el Magno de Castilla multitud de piadosísimos y cristianísimos reyes) habia sometido y subordinado su autoridad al poder pontificio: contaba ya el cristianismo cerca de once siglos de existencia, y la iglesia española, sin dejar de reconocer la suprema y universal jurisdiccion espiritual de los sucesores de San Pedro sobre todos los fieles de la cristiandad, habíase gobernado á sí misma, bajo la proteccion de sus católicos monarcas, con una independencia en que no la aventajó otra alguna de las naciones cristianas, como en ninguna brilló tan gran número de sábios, virtuosos y esclarecidos obispos, y ninguna acaso suministró tan largo y glorioso catálogo de insignes mártires y de varones santos. Una lucha heróica en que se hallaba empeñada hacía ya cerca de cuatro siglos para sostener la pureza de su fé, y á la cual se debió sin duda que el pendon de Mahoma no llegára á tremolar en la cúpula del Vaticano, habia acreditado á la faz del mundo que España era la nacion esencialmente católica y religiosa. ¿Cómo, pues, se introdujo en su culto esa gran novedad que hemos anunciado contra la voluntad del pueblo y de la iglesia española? Esplicarémoslo con la severa imparcialidad de historiadores.

Venia de muy atrás, y principalmente desde la coronacion del emperador Carlo-Magno por el papa Leon III., el pensamiento de ensanchar los límites de la autoridad pontificia, y algunos papas habian aspirado ya á someter el poder temporal de los príncipes al dominio del gefe de la igle sia y á subordinar y sujetar las coronas á la tiara y los cetros de los imperios de la tierra á las llaves de los sucesores de San Pedro. Las pretensiones de los papas Zacarías, Gregorio II. y Nicolás I. habian producido ya vehementes y acaloradas cuestiones, choques peligrosos y sérios conflictos en los imperios. Mas en el estado de barbarie, de ignorancia y de corrupcion y desorganizacion social en que generalmente llegó á encontrarse la Europa en los primeros siglos de la edad media, á vista de las calamidades y desgracias que afligian la humanidad,

de las rudas y feroces pasiones que agitaban hombres y pueblos en aquellos infortunados siglos, volvíanse naturalmente los ojos como en busca de remedio hácia la única institucion que por su antigüedad, por su especial y sagrado origen, y por su universal influencia parecia reunir en sí las condiciones propias para moralizar la sociedad y dar unidad al mundo, á saber, á la institucion del pontificado. Cundió, pues, la idea de que el mundo no podia ser reformado sino por la iglesia que estaba á su cabeza. Mas, desmoralizada tambien la iglesia (1), oponíanse los obispos y el clero á las reformas; la medida de prescribirles la observancia del celibato halló una resistencia desesperada, si bien el pueblo cansado de presenciar la incontinencia, el lujo y la disipacion de los sacerdotes, se puso en este punto del lado y á favor de los pontífices reformadores (2). Comenzó por otra parte la lucha entre los papas y los gefes de los imperios, sosteniendo estos y disputándoles aquellos el poder temporal: deponíanse unos á otros, valíanse de todo género y linage de armas y de medios, guerreaban en persona, sufrian las alternativas y vicisitudes de la vida de las armas, y los pueblos padecian turbaciones y conmociones violentas. Sin embargo, en medio de la lucha mas viva y continuada con los monarcas y con los obispos, la iglesia romana fué en-

(1) El mismo Gregorio VII. decia: «Apenas descubro algunos sacerdotes que hayan llegado por las vias canónicas al episcopado, que vivan como cumple á su clase, que gobiernen su rebaño con espiritu de caridad, no con el despótico orgullo de los poderosos de la tierra. Entre los principes seculares no encuentro ninguno que prefiera la gloria de Dios á la suya propia, la justicia al interés. Peores son que judios y gentiles los romanos, los lombardos, los normandos, entre quienes vivo. (Epist. II., 49).»—Pero á su vez la córte romana era acusada de sórdida codicia. El monge Raoul Glaber, que atribuia al papa el derecho de dar el imperio de Italia á quien le pareciese, censuraba ácremente la corrupcion de la córte pontificia. (Coleccion de historiadores originales de Guizot, tomo VI., pág. 295). Y cuando el conde Foulques, célebre por sus maldades y robos, logró á fuerza de oro que el papa Juan enviase un cardenal para la consagracion de su iglesia, á que se oponia el virtuoso arzobispo de Tours, decia el citado monge: «Los prelados de las Galias reconocieron que esta órden sacrílega no habia podido ser dictada sino por una ciega codicia, y que las rapiñas del uno recogidas por la avaricia del otro acababan de manchar la iglesia romana con este nuevo escándalo, etc. (ib. p. 210. á 213.)» Fuertes son las espresiones del monge, pero los escritores mas religiosos las citan como prueba de que todo en aquel tiempo habia llegado á contaminarse. En parte no estrañamos este lenguage cuando al hablar de Juan XIX. que ocupó la silla romana en 1024, dicen los juiciosos monges de San Mauro, «qué compró la tiara á precio de oro.» Puede verse á Cesar Cantú. His. Univ, Epoc. X., cap. 17. Moron, Hist. de la Civiliz. de Esp. tom., IV. lecc. 32.

(2) Un escritor de aquellos siglos de tinieblas pinta con las siguientes ingeniosas palabras la vida de los eclesiásticos de su tiempo: «*Potius dediti gulæ quam glossæ: potius colligunt libras quam legunt libros: libentius intuentur Martham quam Marcum: malunt legere in Salmone quam in Salomone:* Alan, de Art. prædicat. apud Le Bœuf. Dissert. t. II. Cit por Robertson, His. de Carl. V. tom. I., not. X.

sanchando su autoridad en progresion ascendente preparándose el camino para la dominacion universal á que aspiraba, y á la cual favorecia el espíritu religioso de la época, y la circunstancia de que los pontífices á vueltas de su sistema de invasion temporal llevaban el noble y laudable objeto de conservar la pureza del dogma y de oponer á la anarquía en que se agitaba la sociedad la unidad de un poder central venerable, sagrado y de prestigio, como era la Santa Sede.

En esta solemne lucha del gefe de la iglesia con los poderes temporales, en esta guerra de conquista de la tiara sobre las coronas, en que el influjo de aquella llegó á hacerse sentir en la mayor parte de los estados europeos, natural era que aspirára á estenderse tambien á nuestra España, que era la que se habia conservado mas independiente. El campo que se escogió para infiltrar este influjo en España fué la pretension de abolir el rito y misal gótico ó mozárabe tan justamente venerado de los españoles, como que era su culto nacional, inalterablemente conservado desde los primeros tiempos de la iglesia gótica, y de reemplazarle con el oficio romano que se observaba en Italia, en Francia y en otras iglesias de Europa. Esta fué la mision especial que en nombre del papa Alejandro II. trajo á Aragon en 1064 el cardenal legado Hugo Cándido cerca del rey don Sancho Ramirez. Las negociaciones llevaron los trámites que en otro lugar dejamos referidos (1). Mas á pesar de haber sido aprobado el rito gótico español en Roma en 923 (2), á pesar de haber sido de nuevo reconocido y aprobado como legítimo y católico en el concilio de Mantua de 1067 (3), el papa redobló su empeño, y las nuevas gestiones del cardenal legado lograron al fin recabar del rey de Aragon en 1071 que decretase en su reino la abolicion del rito mozárabe y su reemplazo por el romano, y lo mismo obtuvieron en el propio año del conde Ramon Berenguer de Barcelona, allí con mayor facilidad, por las razones que en nuestra historia ya espusimos.

Conservábase sin embargo el rito gótico-mozárabe en los reinos de Leon, Castilla y Navarra, no obstante algunas tentativas de Roma y de los monges cluniacenses. Pero en 1073 subió al solio pontificio un hombre de alma apasionada, de temperamento fuerte, de genio activo, severo, inflexible y osado. El mas ardiente defensor del sistema de dominacion omnímoda y universal, era tambien el mas apropósito para realizarle sin cejar ante ninguna consideracion, ante ninguna contrariedad ni obstáculo, y desde luego alzó su

(1) En el cap. 24 de este libro.

(2) Florez, Esp. Sagr. tom. III. número 147.

(3) Con cuyo objeto pasaron á Mantua y asistieron á dicho concilio algunos obispos españoles. Id. ib. n. 134.

voz tremenda como para atemorizar á los príncipes y soberanos de los pueblos. Pero al propio tiempo austero y rígido en sus costumbres, era inexorable contra los vicios y desórdenes del clero, é infatigable en el afan de reformar y corregir sus costumbres y mejorar la relajada disciplina de la iglesia. Este personage colosal, á quien Bayle ha comparado con los Alejandros y Césares, por el principio de que las conquistas de la iglesia no exigen ni menos talento ni menos corazon que las conquistas de los imperios, era el monge cluniacense Hildebrando, que subió al pontificado con el nombre de Gregorio VII. y que por su influjo puede decirse que habia sido el verdadero pontífice bajo Alejandro II. En su gran proyecto de regenerar la sociedad con ayuda del cristianismo, y no creyendo poder realizar sus designios sin que la cátedra de San Pedro se sobrepusiera sobre lo temporal como en lo espiritual á los tronos de los reyes, proclamó ya atrevida y desembozadamente el principio de la soberanía universal del pontificado. Volúmenes enteros han escrito, asi los panegiristas como los detractores de este célebre papa, para calificar sus pensamientos: nosotros dejaremos al mismo Gregorio VII. exponer sus propias ideas.

«La iglesia debe ser libre ó llegar á serlo por medio de su gefe, por el «sol de la fé, el papa. Este ocupa el lugar de Dios, cuyo reino gobierna so- «bre la tierra... Conviene, pues, que éste arranque á los ministros del altar de «los lazos con que el poder temporal los tiene encadenados..... Hállase el «mundo alumbrado por dos luminares, el sol, que es el mayor, y la luna «mas pequeña. La autoridad apostólica se asemeja al sol, el poder real á la «luna. Como la luna no alumbra sino por influjo del sol, asi los emperado- «res, los reyes, los principes no subsisten sino por el papa, porque este «emana de Dios..... «Emanando el papa de Dios todo le está subordinado: «ante su tribunal deben ser llevados todos los asuntos espirituales y tempora- «les... La iglesia romana como madre manda á todas las iglesias y á «todos los miembros que les pertenecen, y tales son los emperadores, reyes, «príncipes etc. (1).»

Todas sus cartas están llenas de estas máximas. Con arreglo á ellas quiso someter á su autoridad á todos los príncipes de la tierra, constituir á la Santa Sede árbitra de los destinos del universo, y considerar el mundo como una gran monarquía cuya cabeza era el romano pontífice. Asi apenas hubo príncipe á quien no disputára la soberanía ni reino que no pretendiera pertenecerle: él sostenia que la Sajonia habia sido dada á San Pedro por Carlo-Magno: él invocaba un diploma de este emperador, que decia poseer en

(1) Epist. de San Greg. VII.

sus archivos, para exigir tributos de la Francia: él amenazaba á los soberanos de Cerdeña con dar su isla á los conquistadores que se la pidiesen, si persistian en negarle el denario de San Pedro: él escribió á los dos reyes que se disputaban la Hungría intimándoles que se sometieran uno y otro al juicio y decision de la Santa Sede: él alegaba derechos sobre la Dalmacia, y habiendo el heredero del trono de Rusia ido á Roma á visitar los sepulcros de los santos apóstoles, le hizo recibir la corona de sus manos como un don de la iglesia romana; y sabidas son las guerras, los disturbios, las conmociones y los escándalos que produjeron sus contestaciones y disputas con Enrique IV. de Alemania, á quien excomulgó y depuso relajando á sus súbditos el juramento de fidelidad y aboliendo el derecho de investidura (1). No menos aspiró al señorío en propiedad de toda España, alegando que pertenecia á la silla apostólica antes de haber sido de los sarracenos, y diciendo que preferiria verla en poder de estos mejor que en el de cristianos que no rindieran el debido homenage á la Santa Sede.

En su carta *á los príncipes de España* les decia: «Creo no ignorareis que «desde lo antiguo era el reino de España propio del patrimonio de San Pe«dro, y aunque le tengan ocupado los paganos, como no faltó el derecho, «pertenece al mismo dueño. Por tanto el conde Ebolo de Roceyo, cuya fa«ma no ignorareis, va á conquistar esa tierra en nombre de San Pedro, «bajo las condiciones que hemos estipulado. Y si alguno de vosotros em«prendiese lo mismo, observará el trato igual de pagar á San Pedro el dere«cho de lo adquirido; y no de otra manera (2).»

Jamás se habian visto tan audaces pretensiones ni tanta actividad y perseverancia, unidas á un celo y á una severidad de costumbres, que hacen

(1) Este derecho de investidura consistia en que el emperador debia consentir en la eleccion de los prelados, quienes le juraban fidelidad y recibian de él por medio del báculo y el anillo los señoríos y derechos reales. El derecho de investidura, que tantas luchas produjo entre los emperadores de Alemania y los papas, duró hasta el concordato de Calixto II. en 1122, por el cual el emperador resignó toda pretension de investir á los obispos del báculo y el anillo, y reconoció la libertad de las elecciones.

(2) Sobre esta carta que copia el maestro Florez en el tom. XXV. de la España Sagrada, pág. 132. dice aquel erudito y religioso escritor: «¿Dónde están las constitu«ciones, por donde se dice haber sido en«tregado el reino de España al derecho y «propiedad de la iglesia romana?..... ¿Qué «emperador cristiano, qué rey, herege ó ca«tólico, hizo cesion de su dominio?» Estiéndese en probar con solidísimas razones lo infundado y absurdo del pretendido derecho, y manifiesta luego que el mismo San Gregorio «habiendo llegado á reconocer el «mal informe en que le interesó la fraudu«lencia, no volvió á tocar semejante pro«puesta en las diversas cartas que escribió «á España despues de 1077, siendo así que «sobrevivió ocho años, cuya desistencia debe «atribuirse al desengaño del mal informe, etc.» Pág. 142.—El conde de Ebolo Roceyo era hermano de la reina de Aragon Felicia, muger de Sancho Ramirez.

perdonar á Gregorio VII., dice un escritor contemporáneo, las innovaciones peligrosas que alentó con su ejemplo, y que se extendieron y perpetuaron despues con poco provecho para la iglesia y con grave daño para los estados.

Como la pretension del señorío y dominio temporal, lejos de hallar eco, fué rechazada en España, quiso que el reino le estuviese por lo menos moralmente supeditado. El medio escogido para llegar á este fin era la adopcion del rito romano, y tan pronto como Gregorio VII. ocupó la silla pontificia escribió al rey Sancho Ramirez de Aragon (1074) tributándole muchos elogios y llamándole rey piadosísimo y cristianísimo porque habia abrogado en sus dominios el oficio mozárabe (1), y en el propio año escribió á Alfonso VI. de Leon y de Castilla para que practicase lo mismo en sus estados (2), sin omitir por eso otras gestiones ni dejar de enviar legacias, que hasta entonces en Castilla solo habian producido disturbios. Pero Alfonso VI., príncipe á quien por otra parte tanto debió la España, tenia la cualidad de ser adicto á todo lo que fuese francés; y el que tan afecto se mostraba á los monges de Cluni, á cuya órden habia pertenecido el papa Gregorio, el que casó consecutivamente con dos princesas de Francia, el que dió despues sus dos hijas en matrimonio á dos condes franceses, el que nombró primer prelado de Toledo á un francés y monge cluniacense y trajo de Francia monges de Cluni para sentarlos en las primeras sillas episcopales de Castilla, no podia dejar de estar dispuesto á admitir el rito romano, que se denominaba tambien rito galicano ó rito francés. En 1077 manifestó ya á las claras su voluntan de suprimir la liturgia mozárabe ó toledana, mas como hallase una tenaz y obstinada resistencia en el clero y en el pueblo á dejar su antiguo rito nacional, remitióse la decision á la prueba del duelo. Pelearon, pues, dos campeones, el uno en defensa del oficio romano, el otro en favor del rito mozárabe. Venció este á su adversario: la historia nos ha conservado el nombre de este adalid de la causa del clero y del pueblo: era un castellano viejo llamado Juan Ruiz de Matanzas (3).

No sirvió este solemne triunfo. Empeñado el rey, siempre obsecuente á los deseos del papa, en que se adoptara el oficio romano, consiguió al fin en 1078, con ayuda del cardenal Ricardo que á peticion suya le envió el pontífice, que se comenzára á introducir aquel rito en Castilla (4). Creyóse no

(1) Epist. 63 del lib. I. de San Gregorio.
(2) Epist. 64 de id.
(3) Chron. Burg. Era 1115.—Anal Compostel.—Chron. Malleacens.—Florez, Esp. Sagr. t. III., p. 173.
(4) *Era 1116 entró la ley romana en España*. Memorias antiguas de Cardeña.—Florez, ibid, n. 175.

obstante, necesario (que tal era la repugnancia y mala voluntad con que era admitido el nuevo rezo) celebrar un concilio en Burgos, que presidió el mismo cardenal Ricardo, legado del papa, en que se decretó ya solemnemente (1085) la abolicion del rito mozárabe tan querido y venerado de los españoles (1). Todavía no bastó esto á vencer el disgusto con que era mirada en el reino esta innovacion. Cuando se trató de establecerla en Toledo renovàronse las disidencias entre el pueblo y el monarca. Este no desistia, y aquel se obstinaba en no querer desprenderse de un rito que habia tenido la gloria de conservar por siglos enteros en medio de la dominacion musulmana. Temíanse grandes disturbios, y se apeló á pedir al cielo nueva sentencia. Convínose en que se echasen al fuego los dos misales, y en que prevaleciera el que no se quemára y saliera ileso de las llamas. Tambien triunfó en esta prueba el breviario toledano, saliendo sin lesion de la hoguera (2). En vano se regocijaron el pueblo y clero con el doble triunfo de su causa en las dos pruebas del duelo y el fuego, decisivas en aquella edad. Contra la voluntad de los españoles, y á riesgo de que se alterára la tranquilidad de sus reinos, mandó el rey que se desterrára de las iglesias de Castilla el venerado oficio gótico y que se recibiera el romano. El papa habia triunfado; el predominio de Roma quedaba establecido en España; la cuestion de los dos ritos fué la que le abrió la puerta. Desde Gregorio VII. los legados del papa presiden nuestros concilios: el primer arzobispo de Toledo despues de la conquista se nombra á gusto de Roma, y el pontífice designa un estrangero, un francés, un monge de Cluni (3): los legados que enviaba eran tambien cluniacenses y franceses: el rey adicto al papa y á los monjes de Cluni, francesa la reina, franceses los condes y obispos á quienes los monarcas favorecieron mas, todo cooperaba á arraigar en España la influencia pontificia, la influencia francesa y la influencia cluniacense, que venian á ser una misma, y todo cooperó al cambio radical que sufrió en este tiempo la iglesia española, y con ella el estado social de la monarquía, cuyos resultados y consecuencias habremos de ver despues (4).

(1) Florez, ubi sup. n. 186.—Mariana pone muy equivocadamente este concilio en 1076, cuando ni siquiera habia venido á España el legado pontificio que le presidió.

(2) Roder. Tolet.—Véase Florez, ubi sup. n. 204.

(3) «No te importe, decia el papa al rey Alfonso, que sea estrangero y de humilde sangre, con tal que sea indóneo para el gobierno de la iglesia.» Aguirre, Collect. Max. Concil. tom. III., p. 257.

(4) Es singular coincidencia que la liturgia romana se introdujera en España en tiempo de tres principes casados todos con francesas; Sancho de Aragon con Felicia, Ramon Berenguer de Barcelona con Almodis, y Alfonso de Castilla con Inés primero y con Constanza despues, todas francesas.

IV. El estado intelectual de la sociedad cristiana en este siglo no podia ser todavía muy aventajado. Reducida la España desde el siglo VIII. hasta el XI. á la triste condicion de un pais conquistado, abrumada por enemigos poderosos, ahogados como en un diluvio los restos de la cultura goda, teniendo que reconquistarse palmo á palmo, en lucha incesante y perpétua con los dominadores, y casi siempre ademas trabajada con guerras civiles, precisados todos los españoles, inclusos clérigos, monges y obispos, á enristrar la lanza y embrazar el escudo para dar al pais la existencia material, sin la cual es imposible la vida civil, ¿qué literatura, qué artes, qué comercio, qué industria, qué escuelas, qué civilizacion podia tener la pobre España, ni qué cultura podia haber en una sociedad puramente guerrera? Gracias si del retirado fondo de algun claustro, ó como de debajo de la bóveda de alguna catedral, salia un cronicon descarnado y seco, escrito en mal latin, ó alguna leyenda piadosa, con que se entretenia y fomentaba el espíritu religioso en aquellos malhadados tiempos. Apenas siquiera en las crónicas y documentos de aquella época, calamitosa por una parte y gloriosa por otra, se encuentra noticia de las escuelas que no dudamos habia ya en algunas iglesias y monasterios. Pero concentrado el escaso saber de aquellos siglos en los obispos y sacerdotes, encontrándose apenas entre los legos quien supiese estender y menos redactar una escritura, los clérigos tenian que hacer oficios de notarios, y, sin embargo, el clero hizo un señalado servicio á la España y aun á Europa, conservando en medio de su escasa instruccion los últimos restos del saber humano.

En este estado vino el siglo XI., al cual por las razones ya indicadas y por otras que iremos exponiendo, miramos como el siglo divisorio, como el eslabon que une la antigua rudeza con el renacimiento de un estado social mas culto, ó por lo menos mas apartado de la ignorancia que habia señalado á los anteriores. Porque con las conquistas materiales, con la posesion ya mas pacífica y segura de grandes poblaciones y de territorios extensos y fértiles, con el mayor trato y comunicacion con los árabes, y con la nueva organizacion de la sociedad que obraron la legislacion foral y los concilios, aquella nacion antes tan pobre y atrasada no podia menos de entrar con la reunion de todos estos elementos en una carrera de adelantos progresivos, aunque mas lentos de lo que fuera de apetecer. Asi es excusado buscar todavía en el siglo XI. ni obras científicas, ni esmerados artefactos, ni edificios suntuosos. En nuestra visita al archivo general de la Corona de Aragon hemos encontrado un documento que prueba bien el atraso literario de aquel pais en el siglo que examinamos. Es una escritura, en que consta que Giliberto obispo de Barcelona y los canónigos de Santa

Cruz, por la gran falta y necesidad que tenian de libros, compraron en las calendas de diciembre del año 14 de Enrique (1) á Raimundo Seniofredo dos libros de gramática por precio de un casal sito en el Call de Barcelona, y una pieza de tierra sita en Mogoria, y firmaron la escritura de contrato cuatro obispos y varios eclesiásticos de dignidad, con el juez de Ausona (2). Todos estos requisitos y formalidades se emplearon para la adquisicion de dos libros de gramática.

¿Pero era solo en España donde se padecia esta escasez de elementos de instruccion? General era y acaso mayor en otros paises de Europa á pesar de hallarse en circunstancias menos desfavorables que el nuestro. Un ejemplar de las Homilías de Haimon obispo de Halberstad, costó á la condesa de Anjou doscientos carneros, cinco cuarteras de trigo y otras tantas de centeno y de mijo (3). Cuando se regalaba algun libro á alguna iglesia ó monasterio, el donador le ofrecia en persona delante del altar *por el remedio de su alma* (4). Motivábalo en gran parte la falta de materiales en que escribir. Escribíase solo en pergamino, y era muy comun tener que borrar un libro de Tito Livio ó de Tácito para reemplazarle con la vida de un santo ó con las oraciones de un misal. Remedióse mucho este mal en el siglo XI. con la invencion del papel debida á los árabes, que favoreció extraordinariamente el estudio de las ciencias con la multiplicacion de los manuscritos.

Asi no es maravilla que el clero español fuese poco ilustrado: y á pesar de todo éralo mas que el de otras partes. Lamentábase Alfredo el Grande de que desde el rio Humber hasta el Támesis no se encontrase un sacerdote que entendiese la liturgia en su idioma natural, ó que fuese capaz de traducir el mas fácil trozo de latin. Entre las preguntas que los cánones prescribian hacer á los que aspiraban á ser ordenados, era una si sabian leer el evangelio y las epístolas, y si á lo menos literalmente podian exponer su sentido; y muchos eclesiásticos constituidos en dignidad no pudieron firmar los cánones de los concilios á que asistian como miembros (5). General era la ignorancia entre los legos de mas alta gerarquía: y en esa Francia, despues tan ilustrada, se cita, ya en el siglo XIV., el ejemplo del condestable Duguesclin, uno de los mas ilustres personages de su época, que no sabia leer ni escribir (6). La irrupcion de la milicia de Cluni en España, de esa mili-

(1) Que corresponde al 1044.—En Cataluña siguieron por muchisimo tiempo rigiéndose en su sistema cronológico por los reinados de los reyes de Francia, en lugar de la *era* que regia en el resto de España.

(2) Pergamino n. 75 del 8.° conde de Barcelona don Ramon Berenguer I.

(3) Hist. lit. de France par des relig. benedict. tom. 7. p. 3.

(4) Murat. vol. 3. p. 836.

(5) Nouveau Traité de Diplomat. vol. 2.

(6) Sainte-Pelaye, Mem. sur l' anc. chev.

cia que producia los varones mas doctos de su tiempo, fué favorable bajo el aspecto literario al clero español, si bien parecia llevar en ello la doble mira de monopolizar las letras en el clero y de convertir la España en una nacion puramente teocrática, pues á muy poco vemos al obispo Diego Gelmirez en un concilio de Santiago prohibir que los clérigos enseñasen á los legos (1).

En cuanto á la groseria y corrupcion de costumbres, no negaremos que fuese lamentable la de una gran parte de nuestro clero, á juzgar por las medidas que para corregirla se tomaron en los concilios de Coyanza, Jaca, Gerona y otros de este siglo. Duélenos leer en la Historia Compostelana que los canónigos de la iglesia de Santiago «vivian como animales, y se presentaban en coro sin cortarse jamás las barbas, con capas rotas y cada una de su color, habiendo tal desórden, que mientras unos canónigos comian con la mayor esplendidez otros se morian de hambre.» ¿Pero eran mas cultos ó menos corrompidos los eclesiásticos del resto de Europa? Desconsuela leer los escritos de Baronio y de Pedro Damiano, y los cuadros de desmoralizacion que en ellos nos presentan. Rather, arzobispo de Verona, que habiendo congregado un concilio halló que muchos de los asistentes ni aun sabian el *Credo*, declamaba enérgicamente contra el clero de Italia, que «excitaba con el vino y los alimentos sus apetitos lividinosos.» El bienaventurado Andrés, abad de Vallombrosa, exclamaba: «El ministerio eclesiástico estaba seducido por tantos errores, que apenas se hallaba un sacerdote en su iglesia: corriendo eclesiásticos por aquellas comarcas con gavilanes y perros, perdian su tiempo en la caza: unos tenian tabernas, otros eran usureros: todos pasaban escandalosamente su vida con meretrices: todos estaban gangrenados de simonía hasta tal estremo, que ninguna categoría, ningun puesto desde el mas ínfimo hasta el mas elevado podia ser obtenido, si no se compraba del mismo modo que se compra el ganado. Los pastores, á quienes hubiera correspondido poner remedio á esta corrupcion, eran hambrientos lobos (2).» «Tienen hambre de oro, exclama Pedro Damiano hablando de los prelados... (3).» Pero no recargarémos mas este cuadro, y solo diremos con un erudito escritor de nuestros dias: «Tanta depravacion atestiguan las crónicas, las invectivas de los hombres honrados y de los concilios, que en esto mismo se ve una prueba

Puede verse sobre este asunto toda la nota X. del discurso prelim. de Robertson á la Hist. de Cárlos V.

(1) Aguirre, Collect. max. concil. t. III.
(2) Ap. Puricelli de San Arialdo, II.
(3) Op. XXXI c. 69.

mas de la institucion divina de la iglesia, pues si hubiera sido una institucion humana, de cierto hubiera sucumbido (1).»

Infiérese de todo, que el clero español en este siglo, en medio del estado de perturbacion en que se hallaba la España, y á pesar de sus desarreglos parciales, era el menos corrompido y acaso el menos ignorante de Europa.

V. Difícil es siempre reducir á un cuadro las costumbres públicas que retratan ó constituyen la fisonomía de un pueblo y de un período, y mas de una época de que quedan tan escasos documentos. Indicaremos no obstante algunas de ellas.

El espíritu caballeresco toma gran desarrollo en este siglo. Aunque mezclados muchos hechos con las fábulas introducidas por los romances; aunque contemos entre las invenciones el reto del príncipe don Ramiro de Navarra á todos sus hermanos por defender el honor de su madre acusada de adulterio; el de don Diego Ordoñez de Lara á don Arias Gonzalo y á sus hijos y á todos los zamoranos, y como dice la crónica general, «á los grandes como «á los pequeños, é al vivo, é al que es por nascer, asi como al que es nas«cido, é á las aguas que bebieren, é á los paños que vestieren, é aun á las piedras del muro;» el del Cid con el caballero aragonés Martin Gomez por la posesion de Calahorra, y otros semejantes que se le atribuyen y de que está llena las historia romancesca de este siglo, encuéntranse en él tipos, rasgos y acciones caballerescas en abundancia, asi en Castilla como en Aragon y Cataluña y en todos los estados cristianos. El caballero castellano que retó solemnemente á los moros del ejército de Almanzor, Gonzalo de Lara el vengador de sus hermanos, el conde Armengol de Urgel, el mismo Cid, que aun despojado de los arréos con que le revistiera despues la fábula, se presentaba ya como el génio y tipo de la caballería, daban ya á esta época aquel tinte que habia de distinguir el carácter español en los siglos sucesivos de la edad media.

De que no era el combate personal usado tan solamente como lance de honor, sino tambien como prueba jurídica, hemos presentado ya hartos testimonios. Vése no obstante en el siglo XI. comenzar la lucha entre una costumbre generalizada y el convencimiento de su monstruosidad. Pues por una parte la cuestion de los oficios gótico y romano se remite de público á la pueba del duelo, y el antiguo fuero de Sahagun prescribe la lid para que los acusados de homicidio oculto pudiesen justificarse con esta prueba: por otra don Alfonso VI. liberta al clero de Astorga de esta prueba judicial co-

(1) César Cantu, Hist. Univ. época X.

mo de un mal fuero; el de Sepúlveda exime á sus habitantes de la prueba de batalla, y en el de Jaca se manda que no estén obligados al duelo sino de consentimiento de las partes, y precediendo para los desafios con personas de fuera el consentimiento de la ciudad. Asi nuestros monarcas, si no quisieron ó no pudieron desterrar de la sociedad este abuso monstruoso, procuraron por lo menos contenerle, sujetando los duelos, lides, rieptos y desafios á un prolijo formulario, estableciendo leyes oportunas para precaverla frecuencia y evitar el furor y crueldad con que antes se practicaban.

Otro tanto decimos de las demas pruebas llamadas vulgares, tales como la caldaria, ó del agua hirviendo, y la del fuego ó hierro encendido. Horroriza leer el difuso ceremonial de este género de pruebas en el antiguo libro de fueros de San Juan de la Peña. «El agua, dice, debe ser fervient..... et «sea tanta en la caldera que él pueda cobrir al que ha de sacar las gleras de la «muineca de la mano fata la yuntura del cobdo; pués que hobiere sacado «las gleras el acusado, átenle la mano con un paino de lino que sean las dos «partes del cobdo. Et sea atado en la mano con que sacó las gleras en IX «dias, et seyeillenle la mano en el nudo de la cuerda con que está atado con «seello sabido, en manera que no se suelte fata que los fieles lo suelten. Acabo «de IX dias los fieles cátenle la mano, et si le fallairen quemadura peche la «pérdida con las calonias. Et es á saber que en el fuego con el que se ha «de calentar el agoa en que meten las gleras, deben haber de los ramos «que son benedichos en el dia de Ramos en la eglesia (1).» «Muger que á «sabiendas fijo abortare, decia el Fuero de Plasencia, quémenla viva si ma«nifesto fore, si non sálvese por fierro.» «Causa ciertamente admiracion, dice con justicia á este propósito uno de nuestros mas sábios jurisconsultos, cómo nuestros mayores pudieron consentir que los intereses, fortuna, honor y vida de los hombres pendiese de cosas tan casuales y tan inconexas con la conciencia y con el crimen como las pruebas llamadas comunmente vulgares.» Ya hemos dicho las causas, y por fortuna tambien se iba conociendo la monstruosidad y poniendo el remedio,

Conócese que el juramento era muy sagrado y respetado en aquel tiempo, y el perjurio uno de los delitos que se miraba con mas horror. Imponíase entre otras penas á los testigos falsos la de destruir sus casas hasta los cimientos, y la espiritual y terrible de la excomunion (2). Y si las leyes son el reflejo de las costumbres generales de un pueblo, las noticias que de la lenislacion conciliar y foral hemos apuntado no dejan de dar luz sobre el es-

(1) Al fol. 83. De traher gleras de la caldera.

(2) Can. 19. del Concil. de Leon.

tado social y moral de la España de aquel siglo. Podemos no obstante añadir, que si es cierto, como no duda afirmarlo el cronista don Pelayo de Oviedo, que en los últimos años de Alfonso VI. de Castilla podia una muger cruzar sola de un estremo á otro de España con el oro en la mano sin temor de ser robada, inquietada ni ofendida, no habia sido inoportuno el derecho penal ni infructuosa su aplicacion, al menos en cuanto á la seguridad de las personas y de las propiedades, moralizacion prodigiosa en una época en que el continuo guerrear parecia deberia traerlo todo en turbacion y desórden.

La alta idea que se tenia del matrimonio hacia que se mirára un dia de boda como de júbilo para el pueblo, y las leyes mismas establecian severas penas contra los perturbadores de la pública alegría, y principalmente contra los que en tales dias injuriasen á los desposados. Los juegos con que se festejaban solian ser ya las danzas, las justas y torneos (1). Y entre las formalidades de los matrimonios, figuraba siempre la trasmision de arras, ceremonia que hallamos solemnemente practicada en los contratos matrimoniales de Sancho el Mayor de Navarra, de Rodrigo Diaz el Cid, de Ansur Gomez y de otros caballeros castellanos, navarros y catalanes.

No damos mas estension á esta ligera reseña del estado social de la España cristiana, asi por la escasez de los documentos de este tiempo, como porque la variacion misma, que mas adelante con mas copia de datos iremos notando, nos habrá de informar mejor de lo que existia, por la mudanza de lo que en lo eclesiástico, en lo político, en lo civil y en lo moral esperimentaron los reinos cristianos desde los fueros, desde la alteracion del rito, y desde la conquista de Toledo.

(1) El P. Fr. Luis de Ariz en su historia de Avila, describe las fiestas que en 1107 hubo en aquella ciudad con motivo de las bodas de Blasco Muñoz con Sancha Diaz, y dice que hubo en ellas corridas de toros, torneos y bofardeos, añadiendo que la infanta doña Urraca danzó con el gallardo moro Fermin Hiaya á la usanza de la morería, y los demas cada cual con sus moras. Suceso que manifiesta lo admitida que estaba ya esta clase de fiestas populares, la mezcla de árabes y cristianos en los regocijos públicos, y la modificacion que en esta parte habian ido sufriendo las costumbres, á que debió contribuir mucho el ejemplo del enlace de Alfonso VI. con la mora Zaida, la hija de Ebn Abed de Sevilla.

PARTE SEGUNDA.

EDAD MEDIA.

LIBRO II.

CAPITULO I.

ALFONSO VI.—LOS ALMORÁVIDES.

De 1086 á 1094.

Apurada situacion de los musulmanes.—Desaviénense el rey Alfonso y el rey árabe de Sevilla.—Arrogante y ágria correspondencia que medió entre los dos.—El de Sevilla y los demas reyes mahometanos de España llaman en su auxilio á los almoravides de Africa.—Quiénes eran los almoravides.—Retrato de su rey Yussuf ben Tachfin, fundador y emperador de Marruecos.—Vienen los almoravides á España: nueva y formidable irrupcion de mahometanos: únense con los musulmanes españoles.—Salen á combatirlos Alfonso y los demas príncipes cristianos.—Célebre batalla de Zalaca: solemne derrota y horrible mortandad del ejército cristiano: logra salvarse el rey Alfonso y se refugia en Toledo.—Ausencia de Yussuf.—Reanímanse los cristianos.—Resuelve Yussuf hacerse dueño de toda la España musulmana.—Apodéranse los almoravides sucesivamente de Granada, Córdoba, Sevilla, Almería, Valencia, Badajoz y las Baleares.—Desastrosa suerte de los emires de estas ciudades.—Consideraciones Con el de Zaragoza.—Dominan los almoravides en España.

Parecia que con la disolucion del imperio ommiada, con las ventajas que en todas partes las armas cristianas habian obtenido, y con el desconcierto, los disturbios, las guerras que los reyezuelos musulmanes tenian entre sí,

deberia haberse decidido en favor de España la gran lucha entre los dos pueblos y las dos creencias que se disputaban su señorío. Y hubiera sucedido así, si por una parte el comun peligro no hubiera inspirado á los mahometanos el pensamiento de apelar, como en otra ocasion, á un remedio heróico, y si por otra parte no hubieran tenido una África á que acudir, semillero innagotable de enemigos del pueblo español y del nombre cristiano y á la cual volvian los ojos en sus mayores conflictos y tribulaciones.

Pesábale ya al mismo Ebn Abed de Sevilla haber contribuido tanto con sus alianzas al engrandecimiento del poder de Alfonso. Advertíanselo tambien las sentidas quejas y murmuraciones que llegaban á sus oidos y el disgusto general de los musulmanes. Meditó, pues, á pesar de los lazos que con él le unian, cómo cooperar á abatir al orgulloso cristiano, que dueño de Toledo, y despues de haber corrido y devastado los emiratos de Zaragoza y Badajoz, tuvo el atrevimiento de penetrar con un cuerpo de caballería por tierras del de Sevilla con pretesto de protegerle contra sus rivales de la costa meridional, y avanzando hasta Tarifa metió su caballo hasta el pecho en las aguas del mar como en otro tiempo Okba, y exclamó: «¡He llegado á los últimos términos de la tierra de Andalucía!» Y regresó tranquila y orgullosamente á Toledo. Acabó de mortificar el amor propio de Ebn Abed aquella audacia del castellano y aquella inesperada aparicion so color de un auxilio simulado y no pedido. Todavía sin embargo no estalló la oculta rivalidad de los dos monarcas, hasta que con motivo de haber apuñalado los sevillanos á un judío, tesorero y privado del rey Alfonso, que este habia enviado á cobrar el tributo que le pagaba Ebn Abed, le despachó el rey de Castilla nueva embajada pidiendo satisfaccion del agravio y reclamando varias fortalezas de su reino que le pertenecian. Arrogante y ágria era la carta que Alfonso envió con el mensage; decia así.

«De parte del emperador y señor de las dos leyes y de las dos naciones, el excelente y poderoso rey don Alfonso hijo de Fernando (1), al rey Al Motamid Billah Ebn Abed (ilumine Dios su entendimiento para que se determine á seguir el buen camino): salud y buena voluntad de parte de un rey engrandecedor de sus reinos y amparador de sus pueblos, cuyos cabellos han encanecido en el conocimiento de los negocios y en el ejercicio de las armas... en cuyas banderas se asienta la victoria, que hace á sus caballeros blandir las lanzas con esforzadas manos, que hace ceñir las espadas en las cinturas de sus campeadores,

(1) En esta correspondencia, que inserta Conde en los cap. 12 y 13 de la tercera parte de su Historia, se llama equivocadamente á Alfonso, hijo de Sancho, cuyo error copió Viardot al trascribirla en la nota 1.ª á su Historia de los árabes y moros.

que hace vestir de luto las esposas y las hijas de los musulmanes y llenar vuestras ciudades de lamentos y alaridos. Bien sabeis lo que ha pasado en Toledo, cabeza de España, y lo que ha sucedido á sus moradores y á los de su comarca en el cerco y entrada de la ciudad; y que si vos y los vuestros habeis escapado hasta ahora, ya os llega vuestro plazo, que solo se ha diferido por mi voluntad... Y si no mirára á los conciertos que hay entre nosotros, ya hubiera invadido vuestra tierra y echádoos á sangre y fuego de España sin dar lugar á demandas ni respuestas, y no habria entre nosotros mas embajador que el ruido y tropel de las armas, y el relinchar de los caballos, y el estruendo de los atambores y trompetas de batalla.....»

Aunque muchos vazzires, en vista de esta carta aconsejaban al rey de Sevilla que viniese á un acomodamiento con Alfonso y le pagára el tributo, él le contestó con otra no menos soberbia y altiva, concebida en estos términos: «Del rey victorioso y grande, el amparado con la misericordia de Dios y confiado en su divina bondad, Mohammed Ben Abed, al soberbio enemigo de Allah, Alfonso, hijo de Fernando, que se intitula rey de reyes y señor de las dos leyes y naciones (quebrante Dios sus vanos títulos): salud á los que siguen el camino recto. En cuanto á llamarte señor de las dos naciones, mas derecho tienen los muslimes para preciarse de esos títulos que tú, por lo que han poseido y poseen de las tierras de los cristianos, y por la multitud de sus vasallos y riquezas, que nunca llegará á ser comparable tu poder con el nuestro, ni puede alcanzarlo toda tu ley y tus secuaces... Hasta ahora pensábamos pagarte tributo, y tú no te contentas con él y quieres ocupar nuestras ciudades y fortalezas: pero ¿cómo no te avergüenzas de tales peticiones, y quieres que se entreguen á los tuyos y nos mandas como si fuéramos tus vasallos? Maravillome mucho de la manera con que nos estrechas á que cumplamos tu vana y soberbia voluntad. Te has envanecido con la conquista de Toledo, sin mirar que eso no lo debes á tu poder, sino á la fuerza y voluntad divina que así lo habia determinado en sus eternos decretos, y en eso te has engañado á ti mismo torpemente. Bien sabes que tambien nosotros tenemos armas, caballos y gente esforzada que no se asusta del estruendo de las batallas, ni vuelve el rostro á la horrorosa muerte, y que metidos en la pelea nuestros caballeros saben salir de ella airosos. Nuestros caudillos saben ordenar las haces, guiar los escuadrones, armar celadas, y no temen entrar por entre los filos de vuestras espadas, ni los estremecen las lanzas asestadas á sus pechos. Sabemos dormir en la dura tierra sobre el albornoz, rondar y hacer la vela de la noche... y porque veas que es así como te lo digo, ya te tienen preparada la respuesta á tu demanda, y de comun acuerdo te esperan con sus alfanges limpios y acerados y con sus grueses y

agudas lanzas... Es verdad que hubo entre nosotros conciertos y capitulaciones para que no moviésemos nuestras armas el uno contra el otro, porque yo no ayudase á los de Toledo con mis fuerzas y consejo, de lo que pido perdon á Dios, y de no haberme opuesto antes á tus intentos y conquistas, aunque gracias á Dios toda la pena de nuestra culpa consiste en las palabras vanas con que nos insultas: pero como estas no acaban la vida, confío en Dios que con su ayuda me ampararé contra tí, y sin tardanza verás entrar mis tropas por tus tierras..... (1).»

Despues de estas cartas era imposible ya todo acomodamiento, y ambos se prepararon á la guerra. El de Sevilla llamó á su hijo Raschid y le comunicó el pensamiento de implorar el auxilio de los Almoravides de Africa contra el poderoso rey de Toledo. Disuadióselo el príncipe diciéndole que si tal hacía aquellos bárbaros acabarian por arrojarlos de de su patria. Obstinóse en ello el padre y le replicó: «Preferiré, hijo mio, guardar los camellos del rey de Marruecos á ser tributario y vasallo de estos perros cristianos.—Pues hágase, contestó Raschid, lo que Dios te inspire.» Entonces el rey de Sevilla, tan arrogante con Alfonso, escribió al gefe de los Almoravides de África la siguiente humilde carta, en que se pinta bien el abatimiento á que habian venido los mahometanos españoles: «A la presencia del príncipe de los musulmanes, amparador de la fé, propagador de la verdadera secta del califa, al iman de los muslimes y rey de los fieles Abu Yacob Yussuf ben «Tachfin, el ínclito y engrandecido con la grandeza de sus nobles, alabador «de la magestad divina, y de la potencia del Altísimo, venerador de Dios «y del cielo; que no se envanece de su honra y grandeza, salud cumplida

(1) Dice el autor arábigo, que en verso le añadia lo siguiente:

Abatimiento de ánimo y vileza
En generoso pecho no se anida,
. . . .
El miedo es torpe y vil, de vil canalla
Es el pavor, y si por mal un dia
Párias forzadas te ofrecí, no esperes
En adelante sino dura guerra,
Cruda batalla, sanguinoso asalto,
De noche y dia sin cesar un punto,
Talas, desolacion á sangre y fuego.
. . . .
Ármate, pues, prevente á la batalla,
Que con baldon te reto y desafío.
. . . .

Traduc. de Conde. Part. III. c. 13.

«de Dios, como conviene á su soberana y alta persona, con la misericordia «de Dios y su bendicion. Te envia la presente el que abandonándolo todo se «dirige á tu generosa magestad desde Medina-Sevilla en el interlunio de Giu«mada primera del año 479 (1086), persuadido, oh rey de los muslimes, de «que Dios se sirve de ti para ensalzar y sostener su ley. Los árabes de Andalucía no conservamos en España separadas nuestras kabilas ilustres, sino «mezcladas unas con otras, de suerte que nuestras generaciones y familias «poca ó ninguna comunicacion tienen con nuestras kabilas que moran en «África: y esta falta de union ha dividido tambien nuestros intereses, y de la «desunion procedió la discordia y apartamiento, y la fuerza del estado se de«bilitó, y prevalecen contra nosotros nuestros naturales enemigos, y esta«mos en tal estado que no tenemos quien nos ayude y valga sino quien «nos baldone y destruya; siendo cada dia mas insufrible el encono y rabia «del rey Alfonso, que como perro rabioso con sus gentes nos entra las tier«ras, conquista las fortalezas, cautiva los muslimes y nos atropella y pisa «sin que ningun emir de España se haya levantado á defender á los opri«midos....... que ya no son los que solian, pues el regalo, el suave ambiente «de Andalucía, los recreos, los delicados baños de aguas olorosas, las fres«cas fuentes y esquisitos manjares los han enflaquecido y han sido causa de «que teman entrar en guerra y padecer fatigas... asi es que ya no osamos «alzar la cabeza; y pues vos, señor, sois el descendiente de Homair, nuestro «predecesor, dueño poderoso de los pueblos y dilatadas regiones, á vos «acudo y corro con entera esperanza, pidiendo á Dios y á vos amparo, su«plicándoos que sin tardanza paseis á España para pelear contra este ene«migo, que infiel y pérfido se levanta contra nosotros procurando destruir «nuestra ley. Venid pronto y suscitad en Andalucía el celo del camino de «Dios..... que no hay fuerza ni poder sino ante Dios alto y poderoso, cuya «salud y divina misericordia y bendicion sea con vuestra alteza.»

Juntó ademas en Sevilla una asamblea de los jeques, cadíes y príncipes mas amenazados del poder de Alfonso, y les espuso la necesidad de llamar con urgencia al príncipe de los morabitas de África para que viniera á ayudarlos en su santa empresa. Todos convinieron en ello, á escepcion de Abdallah ben Yussuf, gobernador de Málaga, que tuvo el valor de oponerse al comun dictámen en un vigoroso discurso que concluia: «Unios y vence«reis. No sufrais que los habitantes de los abrasados arenales de Africa «vengan á posarse sobre nuestras tierras como enjambres de devoradoras «langostas, y á pasear sus camellos por los deliciosos campos de nuestra «Andalucía.» En mal hora hizo tan patriótica exhortacion el previsor wali. Irritáronse todos contra él, llamáronle mal musulman, traidor y enemigo

de la fe, y hay quien añade que le condenaron á muerte. Tan obcecados estaban y tan abatidos se veian aquellos próceres del islamismo, tan soberbios en otro tiempo. Decretóse pues enviar un mensage de llamamiento al príncipe de los Almoravides de Africa, como allá en 756 en una asamblea de la misma índole se habia decretado otro ignal para llamar al principe Abderrahman el Beni-Omeya. Omar ben Alafthas el de Badajoz, que ya antes habia escrito por sí al rey Yussuf ben Tachfin una carta en que le pintaba con tristes colores la situacion apurada y angustiosa de los musulmanes españoles, fué el encargado de redactar el mensage, que los embajadores nombrados habian de llevar personalmente. Era el principio del año 1086. Mas antes de anunciar su resultado, digamos quienes eran esos poderosos estrangeros que los árabes de España llamaban en su ayuda.

Un historiador moderno ha compendiado las noticias que acerca del origen y progresos de aquellas gentes pueden interesarnos para la inteligencia de nuestra historia (1). «Mientras que así destrozaban las discordias intestinas la España árabe, levantábase del otro lado de la cadena del Atlas, en los desiertos de la antigua Getulia, un hombre que habia de reconstituir un dia y dar unidad á los elementos entonces disidentes de la dominacion musulmana, asi en España como en Africa, y apuntalar con su mano poderosa el bamboleante edificio de su imperio. Este hombre era el berberisco Yussuf ben Tachfin, de la tribu de Zanaga. Los lamtunas, fraccion de esta gran tribu, á la cual pertenecia Yussuf, bien que hubieran aceptado con los primeros conquistadores la religion del Islam, habian quedado casi del todo estraños á la inteligencia de su moral y de sus dogmas, cuando llegó entre ellos Abdallah ben Yasim, morabita de Sûz, afamado por su ciencia y su santidad (414 de la hegira, 1026 de J. C.). Abdallah, hombre entendido y hábil, esplicando los preceptos de una religion que prescribia el proselitismo por la conquista, despertó fácilmente el instinto guerrero de aquellas incultas y groseras poblaciones, y esplotando mañosamente el entusiasmo que en ellas habia producido una fé vivificada y rejuvenecida, las lanzó contra algunas tribus berberiscas que se habian mantenido fieles á sus antiguas creencias. En el favor de una conviccion nueva, los lamtunas soportaron con admirable constancia fatigas inauditas, y alcanzaron en sus ásperas guaridas á aquellos montañeses, á quienes forzaron á admitir la religion del profeta guerrero, y entonces fué cuando para recompensar el valor de que habian

(1) Roseew Saint-Hilaire, que á su vez las ha tomado de Walsin Esterhazy. Conde destina á esto tres capítulos enteros, y Romey llena con los antecedentes de los Almoravides cerca de cincuenta largas páginas. —Yussuf es el Juzef de Conde, y el Yusof de Dozy.

dado tantas pruebas los llamó *los hombres de Dios* (Al morabith), y les profetizó la conquista del Magreb sobre los musulmanes degenerados.

«No tardó Abdallah, aprovechando el entusiasmo de los recien convertidos, en conducirlos de la otra parte del desierto, y pasó con ellos el Atlas. La conquista de Sijilmesa y de todo el pais de Darah fué el fruto de sus primeras victorias; sentaron los vencedores sus tiendas en el Sahel, entre la montaña y el mar, en medio de las llanuras de Agmat, y ocuparon la pequeña ciudad de este nombre. Algun tiempo despues murió Abdallah, dejando á Abu Bekr ben Omar el cuidado de dirigir la regeneracion religiosa que él habia comenzado. Supo Abu Bekr corresponder á la importancia de su difícil mision (460 de la hegira, 1068 de J. C.) Consolidó su poder en el pais tanto por la dulzura y el ascendiente de la opinion como por la fuerza de las armas. Agmat se hizo el centro á que acudian de todas partes las poblaciones atraidas por la reputacion de la justicia y por la fama de la santidad de los Almoravides. El número de prosélitos se hizo tan considerable que fué menester fundar una nueva ciudad y dar una capital al nuevo imperio. Escogió para ello Abu Bekr una vasta y fértil planicie, llamada en el pais Eylana. Mas en el momento de comenzar á edificar, los lamtunas que habian quedado del otro lado del Atlas, viéndose amenazados por sus vecinos, reclamaron la asistencia de sus jeques, y Abu Bekr, sacrificando su naciente imperio á las exigencias de su antigua patria, volvió á tomar el camino del desierto dejando el cargo de proseguir su obra á Yussuf ben Tachfin, que ya se habia hecho conocer en las últimas guerras de los lamtunas contra los berberiscos.

«Yussuf no pertenecia á las familias nobles de los lamtunas, y debió á su solo mérito y á la estimacion de que gozaba entre los suyos el honor de continuar la árdua mision de conquistador religioso, bien que inaugurada por Abdallah y por Abu Bekr. Nacido de pobre cuna, no podia aspirar á tan alto honor. Su padre era alfarero, y andaba de tribu en tribu vendiendo las obras de arcilla, producto de su industria.» Cuenta aqui el historiador como habia anunciado el horóscopo á Yussuf que seria señor de un grande imperio: describe su carácter generoso, emprendedor, afable y digno. «Reunia, dice, todas las gracias que atraen á la multitud y entusiasman á las masas. Asi no tardó en captarse numerosos parciales en las poblaciones de Agmat. Para afirmar su autoridad, que era solo provisional y meditaba hacer definitiva, resolvió sancionarla por la gloria de las armas. Comenzó pues por llevar la guerra á algunas tribus árabes de la comarca no sometidas aun, y les dió la ley. Despues de este fácil triunfo proyectó la invasion de la antigua herencia de los Edris del reino de Fez. Convocó todas las tribus que reco-

nocian su autoridad....... Mas de ochenta mil ginetes armados respondieron á su llamamiento. A la cabeza de esta formidable masa de guerreros invadió como un huracan la provincia de Fez, y se apoderó de la capital, despues de haber batido cerca de la montaña de Onegui, á doce leguas de Mequinez, á los descendientes de Zeirí que mandaban allí con independencia de España. De allí avanzó á Tlemcen, de donde arrojó á los Zenetas; se hizo dueño de toda la provincia de este nombre hasta Argel, y volvió triunfante al pais de Agmat á comenzar la construccion de su capital proyectada, á la cual se dió mas tarde el nombre de Marruecos.

«A este tiempo Abu Bekr, sofocados los disturbios de los lamtunas, regresaba sobre el Tell. Pronto tuvo conocimiento de las brillantes hazañas de Yussuf. Demasiado débil para pretender disputar con las armas un imperio que este habia conquistado casi entero, cedió á la opinion y tuvo la prudencia de renunciar á todas sus pretensiones: mas como antes de partir desease ver al feliz conquistador, pidióle una entrevista que se verificó entre Agmat y Fez, en un bosque que se denominó despues el bosque de los Albornoces, porque Yussuf tendió en el suelo su manto para que sirviese de alfombra al que habia sido su señor. Abu Bekr le felicitó por sus victorias, díjole que solo habia dejado sus desiertos por venir á regocijarse en las glorias de su discípulo, la honra y el mas firme apoyo de los Almoravides; que en cuanto á él, su mision estaba cumplida, y que no deseaba mas que el reposo de una vida apacible en medio de los suyos.

«Sometidas las provincias del Magreb, dueño de Ceuta y de las ciudades de la costa, llevó Yussuf sus armas hácia Oriente, haciendo guerra implacable á los árabes rebeldes á su dominacion. En vano los antiguos conquistadores intentaron rechazar un yugo, tanto mas odioso cuanto que se le imponian aquellos mismos á quienes sus mayores habian antes subyugado; en vano forcejaron bajo la mano poderosa del berberisco: no les quedó mas alternativa que ó doblegarse á sus leyes ó ir á vivir bajo la de los califas Fatimitas, porque en breve las fronteras de Egipto fueron los solos términos de su poder. Apoderóse de Bugía y de Tunez, hizo á sus príncipes tributarios, y regresó victorioso á su capital de Marruecos, donde se hizo proclamar emir de los musulmanes y defensor de la religion (2).»

Algunos escritores árabes hacen el siguiente retrato físico y moral de Yussuf. «Era, dicen, de color moreno lustroso, buena estatura, aunque delgado, poca barba, voz clara, ojos negros, cejas arqueadas, nariz aguileña,

(1) Accedió á tomar este título á instancias de todos los jeques, walies, alcaides y alkatibes, los cuales, sin embargo, no pudieron vencer su modestia ni reducirle á que tomára el de califa

cabellos largos: valeroso en la guerra, prudente en el gobierno, en estremo liberal, austero y grave, modesto y decente en el vestir, moderado en los placeres, afable en sus maneras y en su trato, jamás vistió sino de lana, ni comia otra cosa que pan de cebada, carne de camello y leche de camella, aun en el colmo de su grandeza y de su fortuna, y en todo se mostraba digno del gran destino que Dios le tenia deparado.»

Tal era el hombre cuyo auxilio invocaron los musulmanes españoles. Cuando recibió el mensage de estos consultó á su alkatib lo que deberia hacer: respondióle aquel que mirára bien lo que hacia con pasar á España; «porque has de saber, oh emir de los muslimes, le dijo, que España es como una isla cortada y ceñida de mar por todas partes; es como una cárcel donde el que entra difícilmente vuelve á salir, y si una vez pones allá los pies, no estará en tu mano la vuelta.» A pesar de este consejo Yussuf contestó á los embajadores y á Al Motamid el de Sevilla, que le daria su ayuda, pero que no podria hacerlo si antes no ponian en su poder la *Isla Verde* (Algeciras), para poder entrar y salir de España cuando fuese su voluntad. Inútilmente espuso al sevillano su prudente hijo Raschid el peligro de acceder á la proposicion de Yussuf. Obcecado Al Motamid, hizo solemne donacion de la plaza de Algeciras al emperador de Marruecos para sí, sus hijos y descendientes. Un vértigo fatal le arrastraba hácia su ruina; y no contento con entregar la llave de sus dominios á su formidable aliado, determinó pasar á África para informarle personalmente de su desesperada situacion. Encontróle entre Ceuta y Tanger; hízole una pintura sombría de la angustia en que tenia á los muslimes de España la pujanza y soberbia del rey Alfonso, y le instó á que no tardase en venir á socorrerlo. «Anda, le dijo Yussuf, torna luego á tu tierra y cuida de tus negocios, que allá iré yo, si Dios quiere, y seré vuestro caudillo y venceremos: yo iré en pos de ti.» Volvióse Ebn Abed á España, y Yussuf entró en Ceuta, y previniendo sus naves y allegando sus banderas, mandó que pasase el ejército á España, y fué tanta la gente que pasó, dice la crónica, que *solo su criador puede contarla.*

Desembarcó esta infinita muchedumbre en Algeciras y acampó en sus playas. Cuando Yussuf entró en su nave dicen que extendió sus manos al cielo y exclamó: «Oh Dios mio, si este mi tránsito ha de ser para bien de los muslimes, aplaca y sosiega este mar, y si no ha de ser de provecho, embravécele para que no pueda hacer la travesía.» Dicen que Dios sosegó el mar y la nave de Yussuf arribó con admirable velocidad á Algeciras (30 de junio de 1086) á cuyas puertas le esperaban ya el rey de Sevilla y los principales emires de España, y en aquella misma tarde hubo consejo para deliberar sobre el mejor medio de ejecutar la expedicion. Yussuf hizo reparar

los muros de la ciudad, levantar torres y abrir fosos. Ebn Abed partió para Sevilla á disponer alojamientos, provisiones y regalos para el ejército auxiliar. Siguió detrás Yussuf con su innumerable muchedumbre.

Sobre el campo de Zaragoza se hallaba el rey Alfonso VI. cuando le llegó la nueva de la irrupcion de los africanos. Alzó apresuradamente el sitio de aquella ciudad, celebró consejo con sus generales, llamó en su auxilio á Sancho de Aragon y á Berenguer de Barcelona, de los cuales el uno sitiaba á Tortosa y el otro corria el pais de Valencia, y los tres príncipes unieron sus banderas para resistir al nuevo y terrible enemigo: á las tropas de Castilla y Galicia se agregaron muchos caballeros franceses, con deseo de defender la cristiandad contra el mas formidable adversario que se habia presentado despues de Almanzor. Tambien acudieron á Sevilla todos los emires musulmanes con sus respectivas banderas. Ebn Abed el de Sevilla mandaba todos los mahometanos españoles; Yussuf conducia el ejército africano. Pusiéronse en marcha desde aquella ciudad en direccion de Badajoz. Ebn Abed iba delante, y el lugar en que este acampaba por la mañana le ocupaba por la tarde Yussuf con sus Almoravides (1). Los dos grandes ejércitos cristianos y musulmanes se encontraron no lejos de Badajoz en las llanuras llamadas de Zalaca. Separábalos un rio, de cuyas aguas unos y otros bebian. De un lado resplandecian las brillantes cruces de las banderas de Castilla y Leon: del otro ondeaban los estandartes de Mahoma en que se veian inscritos versos del Coran. Llamaban la atencion de los cristianos las enormes espadas, los groseros sacos y agrestes pieles de los morabitas que les daban un aspecto lúgubre: miraban estos con admiracion las armaduras de los cristianos, sus manoplas y sus caballos cubiertos de hierro. Las crónicas árabes y cristianas, todas refieren sueños misteriosos que dicen haber tenido asi Alfonso como Yussuf, y presagios fatídicos, como acostumbran á contar siempre que se iba decidir una gran contienda.

Con arreglo á lo que prescribe el Coran, Yussuf habia intimado á Alfonso, ó que le pagára tributo y se reconociera vasallo suyo, ó que abandonára la fé de Cristo y se hiciera musulman. Y luego añadia: «He sabido, ó rey Alfonso, que deseabas tener naves para pasar á buscarme á mi tierra.

(1) La Crónica lusitana dice tambien aqui que «eran tantos que ni su rey ni hombre alguno era capaz de contarlos, sino solo Dios.» El arzobispo don Rodrigo dice que cubrian la tierra como langostas: *et effusi sunt super terræ faciem uti locustæ*. En cambio la historia arábiga hace subir el ejército de Alfonso nada menos que á ochenta mil caballos, de los cuales cuarenta mil cubiertos de hierro, y los demas árabes, que era la caballeria ligera. El Homaidi supone que llevaba cien mil peones y cuarenta mil caballos. En lo que convienen todos es en que le acompañaba mucha caballería árabe como auxiliar.

Hé aquí que te he aborrado esta molestia viniendo yo en persona á encontrarte en la tuya. Dios nos ha reunido en este campo para que veas el fin de tu presuncion y de tu deseo.—Vé y dí á tu emir, contestó Alfonso al mensagero, que procure no ocultarse, que nos veremos en la batalla.»

Señalóse dia para el combate; combate horrible, cual no habian visto otro los hombres, dicen los escritores arábigos. Era un viernes, 23 de octubre de 1086. No nos detendremos á referir los pormenores de aquella lucha sangrienta, de aquella terrible lid en que se derramó tanta sangre cristiana. Nuestros cronistas la mencionan con un laconismo que parece significar que quisieran no les mortificase su recuerdo (1). En cambio los poetas árabes la celebraron á competencia, como si hubiese sido el triunfo definitivo del Coran sobre el Evangelio. El parte que dió Yussuf el gefe de los Almoravides al mejuar de Marruecos, demuestra lo que envaneció á los musulmanes aquella victoria.

«Luego que nos acercamos (le decia) al campo del tirano nuestro enemigo (maldígale Dios), le dimos á escoger entre el islam, el tributo y la guerra, y él prefirió la guerra. Habiamos convenido en que la batalla se diese el lunes 15 de Regeb, pues él nos dijo: «el viernes es la fiesta de los musulmanes, el sábado la de los judíos de que hay muchos en nuestro ejército, y el domingo es la de los cristianos.» Convenimos, pues, en el dia: pero este tirano y sus gentes faltaron como acostumbran á las palabras y conciertos, lo cual acrecentó nuestra saña para la pelea, y les pusimos campeadores y espías que oteasen sus movimientos y nos avisasen de ellos. Asi fué que á la hora del alba del viernes 12 de Regeb nos vino nueva de como el enemigo ya movia su campo contra nosotros.....» Refiere luego algunas circunstancias de la batalla y continúa: «Sopló entonces el torbellino impetuoso del combate, y la sangre que las espadas y las lanzas sacaban de las profundas heridas que abrian formaba copiosos rios.... y cada uno de nuestros valientes campeadores ofrecia al de Afranc y al maldito Alfonso raudales que les podian servir para hartarse y nadar en ella los quinientos caballeros que de ochenta mil y cien mil peones le quedaron, gentío que trajo Dios á la Almara para molerlos y exprimirlos, y quiso Dios librar á unos pocos malditos en un monte para que desde allí viesen su calamidad...» sin quedar mas que el vano recurso y miserable del Gual de Alfonso, que no halló mas remedio en su desventura que ocultarse en las tinieblas de

(1) «Arrancaron moros al rey don Alfonso en Zagalla,» dicen solamente los Anal. Toledan. II.—La Crónica Burgense es igualmente sucinta. Lo mismo los Anales Complutens, y Compostel. Don Rodrigo la refiere con mucha brevedad. La Crón. Lusitana es la que se detiene algo mas en ella.

«da oscura y atezáda noche. El emir de los muslimes, el defensor de la santá «guerra, el numerador y destructor de los ejércitos enemigos, dadas gra«cias á Dios con bendita seguridad, acampaba sobre el carro del triunfo y de «las victorias y á la sombra de las vencedoras banderas, insignias del ampa«ro y de la gloria. Ya los caudalosos rios, el Nilo de las algaras, arrebata «impetuoso sus edificios y fortalezas, tala sus campos y encadena sus cau«tivos, y mira esto con ojos de complacencia y de alegría, y Alfonso lleno «de rabia con desmayados y tristes y vertiginosos ojos. De los emires de «España solo Ebn Abed rey de Sevilla no volvió la cara al temor de la cruel «matanza, y se mantuvo peleando como el mas esforzado y valiente campea«dor, como el principal caudillo de los muslimes, y salió de la batalla con «una leve herida en un muslo para gloriosa reliquia de la maravillosa accion «en que la recibió. Alfonso amparado de las sombras de la oscura noche se «salvó huyendo sin camino cierto ni direccion, y sin dar sus tristes ojos al «sueño, y de los quinientos caballeros que con él escaparon, los cuatrocien«tos perecieron en el camino, y no entró en Toledo sino con ciento. Gracias «á Dios por todo esto.»

Mandó Amir Amuminin, añade el autor arábigo, cortar las cabezas á los cadáveres cristianos, é hicieron á su presencia montones de ellas como torres, que cubrian la lanza mas larga que habia en el campo puesta en pie. Abu Merûan que se halló en la batalla escribe que por curiosidad se contaron delante del rey de Sevilla hasta veinte y cuatro mil. Y Abdel Halim refiere (cosa que parece increible, exclama el mismo autor musulman), que de aquellas cabezas envió Yussuf diez mil á Sevilla, diez mil á Córdoba, diez mil á Valencia, y otras tantas á Zaragoza y Murcia, quedando además cuarenta mil para repartir por las ciudades de África (1), «que con tan pro«digiosa victoria humilló Dios la soberbia de los infieles en España (2).»

Aun rebajada la parte hiperbólica de las relaciones de los árabes, no hay duda de que el triunfo de los Almoravides en Zalaca fué grande y solemne, y tal vez el combate que costó mas sangre española y cristiana desde que los soldados de Mahoma habian pisado nuestro suelo. Habia reunido Alfonso el mayor y mas noble ejército que se habia visto en España, y todo pereció en un solo dia en Zalaca como en Guadalete.

(1) Conde, par. III., cap. 16 y 17.

(2) Cuentan los árabes que Al Motamid el de Sevilla escribió el resultado de la batalla á su hijo en dos dedos de papel que ató bajo las alas de una paloma, la cual envió á Sevilla, y que al ver llegar el ave mensagera toda la ciudad fluctuaba entre el temor y la esperanza, hasta que llegó, y desatado y desenvuelto el papel se saludó la nueva del triunfo con trasportes de alegría.

De temer era que España hubiera vuelto á sucumbir como entonces bajo la ley del Profeta, si Yussuf hubiera proseguido la conquista como Tarik. Pero Dios determinó no abandonar á los suyos, y no dar á los vencedores dicha cumplida. En la noche misma del triunfo recibió Yussuf la triste nueva de haber fallecido en Africa su hijo mas querido, y no pudiendo resistir á un sentimiento de ternura, partió el héroe africano á presenciar los funerales de su hijo en lugar de asistir á las fiestas triunfales que en España se preparaban, dejando el mando del ejército á Abu Bekr, uno de sus mejores caudillos. Con la ausencia de tan insigne gefe cobraron aliento los cristianos, y no tardó en volver á introducirse la desunion entre los musulmanes, obrando otra vez cada cual por su cuenta. Abu Bekr, con los africanos y con Ben Alaftas el de Badajoz, corrió las fronteras de Castilla y de Galicia recobrando pueblos y fortalezas ocupadas por los cristianos. El de Sevilla se entró por tierra de Toledo y tomó las plazas que en virtud de anteriores tratos habia cedido á Alfonso. Pasó luego al pais de Murcia, donde encontró una partida de esforzados españoles que desesperadamente le arremetieron y destrozaron la mitad de su hueste, forzándole á buscar asilo al lado del gobernador de Lorca. Acaudillaba estos españoles Rodrigo Diaz el Cid, que con este motivo volvió á la gracia del rey Alfonso. Envió el monarca algunos refuerzos al castilo de Aledo (Alid ó Lebit entre los árabes) de que el Cid se habia apoderado, y desde donde molestaba sin cesar las fronteras del sevillano. Disgustado éste del mal éxito de sus operaciones en lo de Murcia y Lorca, retiróse á Sevilla, y escribió á Yussuf informándole de los estragos que los cristianos hacian en sus tierras, y ponderándole sobre todo los que el Cid hacía por la parte de Valencia. Decíale que los Almoravides no tenian gefe que supiera mandarlos ni entendiera la guerra que convenia hacer en España: que si las atenciones del gobierno no le permitian venir, él se encargaria de conducir las banderas muslimicas en la Peninsula. La impaciencia no le permitió esperar la respuesta á esta carta, y pasó á Marruecos con el fin de exponer de palabra á Yussuf la situacion de España. Esperaba Ebn Abed que le daría el mando en gefe de los Almoravides, pero Yussuf penetró su pensamiento y sus intenciones, y despues de recibirle con mucho agasajo le dijo como la vez primera: «Allá iré yo pronto, y pondré remedio á todos los males arrancando de raiz las causas que los producen.» Con esto Al Motamid se volvió á España mas apesarado que satisfecho.

En efecto, al poco tiempo desembarcó Yussuf por segunda vez en Algeciras (1088), donde ya le esperaba Ebn Abed con multitud de acémilas y carros, y mil camellos cargados de provisiones. Escribió desde allí Yussuf á todos los emires españoles invitándolos á concurrir á la guerra santa, y se-

ñalándoles por punto de reunion la fortaleza de Aledo, ó mas bien los campos que la rodeaban. Concurrieron á esta expedicion los granadinos acaudillados por su rey Abdallah ben Balkin; los malagueños, por Themín, hermano de éste; los de Almería por Mohammed Al Motacim; los de Murcia por Abdelaziz; los walies de Jaen, Baza y Lorca; Ebn Abed el de Sevilla con todos los suyos, y por último Yussuf con sus Almoravides. Atacaron los musulmanes la plaza de Aledo con vigor, y Yussuf la hizo bloquear y batir por todas partes; en vano se repitieron los ataques dia y noche por espacio de cuatro meses. La bizarría con que se defendieron los cristianos hizo inútil toda tentativa, y Yussuf y Ebn Abed fueron de opinion de que se levantára el cerco, y que seria mas ventajoso correr las fronteras de los cristianos y hacer incursiones en sus dominios. Túvose consejo para deliberar; los pareceres fueron diversos; agrióse la discusion, y Ebn Aben echó en cara á Abdelaziz el de Murcia, que estaba en inteligencia con los cristianos; Abdelaziz, jóven acalorado y fogoso, echó mano á su alfange para herir á Ebn Abed; Yussuf hizo prender al agresor y se le entregó á Ebn Abed con grillos á los pies. Las tropas de Abdelaziz se amotinaron, y no solo abandonaron el campo, sino que acantonados en los confines de la provincia inte. ceptaban las comunicaciones y víveres al mismo ejército musulman, haciendo cundir en él el hambre y la miseria.

Noticioso de estas desavenencias el rey de Castilla, juntó un ejército y marchó al socorro del castillo. Al propio tiempo cundió en el campo de Yussuf la nueva de que los de Afranc se dirigian al mismo punto en auxilio de Alfonso, y todo junto le movió á levantar sus tiendas, y dándose repentinamente á la vela en Almería, pasó otra vez á la Mauritania. Los demas capitanes retiráronse tambien cada cual á sus dominios. Alfonso entonces corrió la tierra de Murcia, y convencido de los peligros y dificultades de conservar una fortaleza enclavada en territorio enemigo, hizo desmantelar el castillo de Aledo, donde tantos intrépidos defensores habian recibido una muerte gloriosa, y volvió satisfecho á Toledo.

Pasó Yussuf todo el año siguiente en África, atendiendo á los negocios de su vasto imperio. Mas llegó el año 1090 (483 de los árabes), y las cartas apremiantes de Seir Ben Abu Bekr, su lugarteniente en España, revelándole las intrigas y discordias de los andaluces, é informándole de las continuas hostilidades de los cristianos en las fronteras musulmanas, le movieron á venir por tercera vez á España. Ahora no venia llamado por los reyes árabes de Andalucía, ahora traia Yussuf otras intenciones, y pronto iban á recoger los mismos que antes reclamaron su auxilio el fruto de su imprudente llamamiento. Desembarcó Yussuf en su ciudad de Algeciras, y á marchas forza-

das se puso sobre Toledo, obligando á Alfonso á encerrarse en la ciudad, devastando las campiñas y poblaciones de sus contornos, y aterrando á las gentes de la comarca. Pero el hecho de no haberle acompañado á esta espedicion ningun príncipe andaluz, le hizo sospechosos los emires españoles, y estos por su parte conocieron que no eran ya solo los cristianos contra quienes iba á desenvainarse la espada del poderoso morabita. El primero que penetró sus intenciones fué el rey de Granada Abdallah Ben Balkin, y el primero tambien contra cuya ciudad se encaminó Yussuf desde los campos de Toledo, acompañado de formidable hueste de moros zenetas, mazamudes, gomeles y gazules. Unos dicen que el rey de Granada le cerró al pronto las puertas, otros que disimuló y le recibió como amigo. Es lo cierto que Yussuf se posesionó de Granada, y que habiendo hecho prender á Abdallah y á su hermano el gobernador de Málaga Themin, los envió aprisionados con sus hijos y servidumbre á Agmat de Marruecos, donde les señaló una pension para vivir que satisfizo religiosamente, acabando asi la dinastía de los Zeiritas en Granada, que habia dominado ochenta años.

Fijó Yussuf por algun tiempo su residencia en esta ciudad, encantado de sus bosques, sus jardines, sus aguas, su espaciosa vega, sus aires puros, su brillante sol, y las altas cumbres de aquella sierra cubierta de perpétua nieve. Alli le enviaron los reyes de Sevilla y Badajoz sus emisarios para felicitarle por la adquisicion de su nuevo estado, que el miedo á los poderosos conduce casi siempre á la adulacion y á la bajeza. El príncipe africano no permitió á los aduladores que pisasen los umbrales de su alcázar y los despidió con enérgica dignidad, harto bochornosa para ellos. Esto acabó de descorrer el velo que hasta entonces hubiera podido encubrir sus intenciones, y los emires desairados, reconociendo, aunque tarde, su falta y la posicion comprometida en que iban á verse, comenzaron á prepararse á la propia defensa, y mas el de Sevilla, á quien principalmente amenazaba la tempestad (1).

Resuelto habia venido Yussuf á apoderarse de toda la España mahometana, arrancándola de manos que creia impotentes para defenderla, y haciéndola, como en otro tiempo Muza, una provincia del imperio africano. Con este pensamiento y el de levantar nuevas huestes de las tribus berberiscas, pasó otra vez á Ceuta y Tanger, dejando las convenientes instrucciones á Seir Abu Bekr sobre el modo como habia de manejarse en la ejecucion de

(1) De si en este tiempo hicieron Alfonso y el Cid una incursion hasta la Vega de Granada y alli se desavinieron otra vez, hablaremos luego cuando contemos los hecho del Cid.

la empresa. Reunidos pues los africanos que de nuevo envió Yussuf con los que existian ya en España, dividiéronse los Almoravides en cuatro cuerpos para operar simultáneamente al Este y al Oeste de Granada. El general en gefe Abu Bekr marchó en persona al frente de la mas fuerte de estas divisiones contra el rey de Sevilla, como el mas poderoso y temible enemigo. Porfiada y tenaz resistencia opuso Ebn Abed; no tanto por el número de sus fuerzas, que eran inferiores á las del moro, como por los recursos de su talento. Pero poco á poco fué perdiendo las plazas de su reino; Jaen, que fué tomada por capitulacion; Córdoba, en que los africanos hicieron gran carnicería, y en que fué pérfidamente asesinado un hijo de Ebn Abed; Ronda, en que pereció tambien el mas jóven de sus hijos á manos del mismo ejecutor; Baeza, Ubeda, Almodovar, Segura, Calatrava, y por último Carmona, tomada al asalto por el mismo Seir Abu Bekr y que acabó de quitar toda esperanza de resistencia á Al Motamid reducido ya á los solos muros de Sevilla.

Entonces viéndose perdido este emir, se humilló á solicitar de nuevo el auxilio del rey cristiano Alfonso, contra quien antes habia llamado á Yussuf y á sus Almoravides, ofreciendo al rey de Castilla entregarle las plazas en otro tiempo conquistadas para dote de su hija Zaida, asi como todo lo que en lo sucesivo con su ayuda adquiriese. Y Alfonso, bien fuese por consideracion y obsequio á Zaida, bien por que le asustasen los progresos de los Almoravides, todavía accedió á enviar al inconstante Al Motamid, olvidando tantos perjuicios y males como por causa suya habia sufrido, un ejército de cuarenta mil infantes y veinte mil caballos, á las órdenes probablemente del conde Gormaz (1). Pero habiendo escogido Ben Abu Bekr sus mejores tropas lamtunas, zenetas y mazamudes, para que saliesen á batir á los cristianos, quedaron estos derrotados cerca de Almodovar despues de rudos y sangrientos combates en que perecieron multitud de lamtunas ó almoravides.

Privado Ebn Abed de este primer recurso, estrechada mas y mas por el activo representante de Yussuf, y acosado por las instancias de los sevillanos que reducidos al último extremo le aconsejaban la capitulacion, consintió en solicitarla, y la obtuvo alcanzando seguridad para sí, sus hijos, mugeres y esclavos, y para todos los habitantes. Tomó pues posesion de Sevilla Seir Abu Bekr en la luna de Regeb (setiembre de 1091), é hizo embarcar á Ebn Abed con toda su familia con destino á la fortaleza de Agmat. Cuando por última vez desde la nave que los conducia por el Guadalquivir

(1) El conde Gumis, dicen las historias arábigas.

volvieron los ojos hácia la bella ciudad de Sevilla, abierta como una rosa, dice un autor árabe, en medio de la florida llanura, y vieron desaparecer las torres de su alcázar nativo, como un sueño de su grandeza pasada, todas sus mugeres, sus hijos que cambiaban una vida de placeres por las miserias del destierro, saludaron con destrozadores lamentos aquella patria que no habian de ver mas. En su cautiverio estuvo siempre Ebn Abed rodeado de sus hijas, vestidas de pobres y andrajosas telas; pero bajo aquellos humildes vestidos se descubria su delicadeza y hermosura y resplandecia en sus rostros la regia magestad, siendo como un sol eclipsado y cubierto de nubes. Dicen que era tan estremada su pobreza que llevaban los pies descalzos y ganaban hilando su sustento. Murió Ebn Abed Al Motamid, el mas poderoso de los emires de España despues del imperio, en su destierro de Agmat miserable y desastrosamente: triste remate á que le condujo el llamamiento de auxiliares extrangeros.

Dueños los Almoravides de Granada, de Córdoba y de Sevilla, fácil les fué enseñorearse de toda la España musulmana. Poco tardó en caer en su poder Almería, donde tan gloriosamente habia reinado el erudito y generoso Al Motacim, teniendo su hijo Izzod-haula (que solo reinó despues de su padre tres meses) que buscar un asilo en Bugía (1091). Aun cupo mas desventurada suerte á Omar ben Alaftas el de Badajoz, que hecho prisionero con sus dos hijos Fahdil y Alabbás despues de tomada por asalto la ciudad, fueron inhumanamente degollados de órden de Seir Abu Bekr (1). Valencia, donde reinaba el antiguo emir de Toledo Alkadir ben Dilnûm que destronó el rey Alfonso, fué tomada tambien por los Almoravides. Abandonada por los cristianos que sostenian á Ben Dilnûm, el cadí de Valencia Ahmed ben Gehaf la entregó á los africanos, y Yahia Alkadir sucumbió desastrosamente (1092). Cayeron luego las Baleares en poder de los nuevos conquistadores de África. De esta manera en menos de tres años tuvo Yussuf el orgullo de someter una en pos de otra todas las soberanías de la España musulmana.

Solo Zaragoza se habia salvado de la universal conquista. Razones de alta política y de mútuo interés mediaron para que fuese respetada esta parte de España. Su rey era un príncipe rico, afable ademas y muy humano, querido de sus pueblos y respetado de los vecinos: sostenia con heróico valor una gran parte de la España Oriental, en que se comprendian las importantes ciudades de Medinaceli, Calatayud, Daroca, Huesca, Tudela, Bar-

(1) Dozy, Recherches, tom. I., p. 122 y 236, que refiere estos sucesos con arreglo á los textos de Ben Alabar y Ben Alkatib, con algunas variantes de como los cuenta Conde.

bastro, Lérida y Fraga: dueño del Ebro bajo, de los Alfaques y Tarragona, enviaba sus naves cargadas de frutos españoles á los mares y puertos de África, y recibia en retorno mercaderías de Oriente, de la India, de la Persia y de la Arabia. Yussuf no se atrevió á enojar á tan poderoso rey, y Abu Giafar temia por su parte tener por enemigo á quien tan multiplicadas victorias y conquistas iba haciendo. Para conjurar, pues, la tempestad envió á Yussuf presentes de gran valor, que Alcodai hace consistir en catorce arrobas de plata, acompañados de una carta en que solicitaba su alianza y amistad, y en la cual entre otras cosas le decia: «Es mi reino el baluarte que media «entre tí y el enemigo de nuestra ley: este antemural es el amparo y defensa «de los muslimes, desde que reinaron en esta tierra mis abuelos, que siem«pre velaron en esta frontera para que los cristianos no entrasen á las de«mas provincias de España. Será mi mas cumplida satisfaccion la seguridad «y confianza de tu amistad, y que estés cierto de que soy tu buen amigo y «aliado. Mi hijo Abdelmelik te manifestará las disposiciones de nuestro co«razon, y nuestros buenos deseos de servir á la defensa y propagacion del «Islam.» A esta carta contestó Yussuf con otra no menos atenta y expresiva, ofreciéndole todas las seguridades de una amistad sincera y estrecha, con que quedaron ambos reyes satisfechos y contentos.

Oportunamente hizo esta alianza el rey mahometano de Zaragoza, y falta le hacian los auxilios que le suministráran los Almoravides, por mas que los historiadores árabes exageren su poder, porque desde 1088, así el rey don Sancho Ramirez de Aragon como don Pedro su hijo no habian cesado de hostilizar y talar sus fronteras, le habian tomado á Monzon y á Huesca, y haciendo por último una violenta irrupcion en tierras de Zaragoza, se habia apoderado el último de estos monarcas de Barbastro, habiendo sucumbido mas de cuarenta mil musulmanes en esta guerra al filo de las espadas cristianas. Pero con la ayuda que recibió de los Almoravides, y gracias á su oportuna alianza, no dejó de mejorar su posicion y de variar el aspecto de la guerra, como habremos de ver en la historia de aquel reino.

Quedaba, pues, posesionada de la España muslímica una nueva raza de hombres, los Almoravides africanos, conquistadores de los mismos que antes los habian conquistado á ellos: nuevos cartagineses llamados por sus hermanos y convertidos en dominadores y tiranos de los mismos que los habian invocado como protectores y salvadores. Cumplióse la profecía del walí de Málaga y del hijo de Ebn Abed cuando dijeron: «Ellos nos atarán con sus cadenas y nos arrojarán de nuestra patria.» Terribles fueron sus primeros ímpetus y arremetidas contra los cristianos: veremos como se desenvuelven de estos nuevos y formidables enemigos.

CAPITULO II.

EL CID CAMPEADOR.

Enojo del rey de Castilla con Rodrigo.—Destiérrale del reino. —Alianza del Cid con el rey Al Mutamin de Zaragoza.—Sus campañas contra Al Mondhir de Tortosa, Sancho Ramirez de Aragon y Berenguer de Barcelona.—Vence y hace prisionero al conde Berenguer: restitúyele la libertad.—Acorre al rey de Castilla en un conflicto: separase de nuevo de él.—Correrías y triunfos del Cid en Aragon.—Sus primeras campañas en Valencia.—Política y maña de Rodrigo con diferentes soberanos cristianos y musulmanes —Reconcíliase de nuevo con el rey de Castilla, y vuelve á indisponerse y á separarse. —Vence segunda vez y hace prisionero á Berenguer de Barcelona.—Tributos que cobraba el Campeador de diferentes príncipes y señores.—Sus conquistas en la Rioja. —Pone sitio á Valencia.—Muerte del rey Alkadir.—Apuros de los valencianos.—Hambre horrorosa de la ciudad.—Tratos y negociaciones.—Poezas del Cid.—Rendicion de Valencia.—Comportamiento de Rodrigo.—Sus discursos á los valencianos.—Horrible castigo que ejecutó en el cadi Ben Gehaf.—Rechaza y derrota á los Almoravides.—Conquista á Murviedro.—Muerte del Cid Campeador.—Sostiénese en Valencia su esposa Jimena.—Pasa á Valencia el rey de Castilla, la quema y la abandona.—Posesiónanse los Almoravides de la ciudad.—Aventuras romancescas del Cid.

Resonaba por este tiempo en España la fama de las proezas y brillantes hechos de armas de un caballero castellano, cuyo nombre gozará de perpétua celebridad, no solo en España y en Europa sino en el mundo, y que ha alcanzado el privilegio de oscurecer y eclipsar á tantos héroes como produjo la España de la edad media. Este famoso caballero era Rodrigo Diaz de Vivar, llamado luego el *Cid Campeador* (1), de quien ya hemos contado en

(1) El *Cid*, de el *Seid*, señor.—El *Campeador*, equivalente á *retador*, *peleador*, de la palabra teutónica *champh*, duelo y pelea: algunos le hacen sinónimo de *campeon*: entre los árabes *cambitor*, *cambiatur*; los latinos solian llamarle *campidoctus*.—Nombrábasele tambien *Ruy Diaz*, síncope de *Rodrigo Diaz*.

nuestra historia algunos hechos, pero cuyas principales hazañas nos proponemos referir en este capítulo (1). ¿Mas cómo adquirió este personage tan singular prestigio? ¿Cómo se hizo el Cid el tipo de todas las virtudes caballerescas de la edad media española? ¿Cómo ha venido á ser el héroe de las leyendas y de los cantos populares? ¿Es el mismo el Cid de la historia que el Cid de los romances y de los dramas?

Que desde el siglo XII hasta el XIV, se mezclaron á las verdaderas hazañas de Rodrigo el Campeador multitud de aventuras fabulosas que inventaron y añadieron los romanceros, es cosa de que no duda ya ningun crítico. El deslindar la parte verdadera y cierta de la inventada y fabulosa, ha sido trabajo que ha ocupado por mucho tiempo á los críticos mas eruditos, sin que hasta ahora haya sido posible fijar con exactitud la línea divisoria entre la verdad y la fábula. Felizmente los modernos descubrimientos, especialmente de memorias y manuscritos árabes, y su cotejo y confrontacion con los documentos latinos y castellanos debidos á celosos escudriñadores de nuestras bibliotecas y archivos, permiten ya descifrar con mas claridad, sino con entera luz, lo que acerca de este célebre personage puede con certeza ó con probabilidad adoptar la historia y lo que debe quedar al dominio de la poesía. No vamos sin embargo á hacer una biografía del Cid, sino á referir la parte de sus hechos que tiene alguna importancia histórica, por los documentos arábigos y españoles que hasta ahora han llegado á nuestra noticia (2).

(1) Seria por consiguiente casi supérfluo advertir que rechazamos completamente los desacertados asertos de Masdeu, que dedicó casi un volúmen á poner en duda todo lo relativo al Cid, y concluyó con estas temerarias palabras: «Resulta por consecuencia legítima, que no tenemos del famoso Cid ni una sola noticia que sea segura ó fundada, ó merezca lugar en las memorias de nuestra nacion. Algunas cosas dije de él en mi historia de la España árabe...... pero habiendo ahora examinado la materia mas prolijamente, juzgo deberme retractar aun de lo poco que dije, y confesar con la debida ingenuidad, que de Rodrigo Diaz el Campeador (pues hubo otros castellanos con el mismo nombre y apellido) nada absolutamente sabemos con probabilidad, ni aun su mismo ser ó existencia. (Refutacion crítica de la historia leonesa del Cid, página 370.»—Sentimos que tales palabras hayan sido estampadas por un español, y mas por un español erudito, y amante por otra parte de las glorias españolas, á veces hasta la exageracion.

(2) Tomamos generalmente por guía en esta materia al doctor Dozy, que en sus investigaciones sobre la Historia literaria y política de España en la edad media, nos parece haber reunido mas copia de datos sobre el Cid que ningun otro escritor que conozcamos, y en lo cual creemos ha hecho un notable servicio á la literatura histórica española. Las últimas cuatrocientas páginas de su primer tomo en 4.° las dedica á hablar del Cid.

Los documentos mas antiguos que dan noticia del Cid son: un manuscrito árabe de Iba Bassán, escrito en 1109, que copia el referido autor: el *Poema del Cid*, que suponen muchos compuesto hácia la mitad del siglo XII: una crónica escrita en el Me-

Hémosle visto ya distinguirse como guerrero bajo las banderas del rey don Sancho el Fuerte de Castilla en los combates de Llantada y Golpejares y en el cerco de Zamora. Hémosle visto en el templo de Santa Gadea de Burgos tomar al rey Alfonso aquel célebre juramento que tanto debió herir el amor propio del monarca castellano. Bien que éste disimulára al pronto su enojo, es lo cierto que no le perdonó la ofensa, y que mas adelante le des-

diodia de la Francia hácia el año 1141: del siglo XIII. son la Crónica de Burgos, los Anales toledanos primeros, el *Liber Regum*, los Anales Compostelanos, las Crónicas de Lucas de Tuy y del arzobispo don Rodrigo, que dan escasas noticias sobre el Campeador: la *Crónica general* atribuida á don Alfonso el Sábio, y las crónicas ó historias de los siglos siguientes, que adoptaron las noticias de las que las habian precedido. En 1792 publicó el ilustrado P. Risco un libro con el título de *La Castilla y el mas famoso castellano*, de un manuscrito latino en 4.° que halló en la biblioteca de San Isidoro de Leon, y que contenia entre otras cosas una antigua historia del Cid que llevaba por título: *Hic incipit gesta de Roderici Campidocti*. El célebre historiador de la Confederacion suiza, Juan de Müller, que publicó en 1805 en aleman una historia del Cid, admitió como auténtica la latina y tomó como buena fuente histórica el Poema del Cid. Mas en aquel mismo año publicó Masdeu el volúmen 20 de su *Historia crítica de España*, en que se propuso probar que el manuscrito de Leon era apócrifo, concluyendo por negar, ó al menos por poner en duda hasta la existencia del Cid. Huber, en su historia del Cid publicada en 1829, cree en la autenticidad de la de Risco. La muerte impidió á este contestar á Masdeu. El ilustrado P. La Canal, continuador como Risco de la España Sagrada, habia escrito una refutacion á la crítica de Masdeu, que no se publicó, entre otras razones, por haber muerto el crítico jesuita. El señor Quintana escribió la vida del Cid. Hablan de él ademas no pocos historiadores árabes citados ó traducidos por Conde, Gayangos y Dozy.

El primer instrumento público en que sepamos pusiera su firma el Cid es el privilegio de Fernando el Magno dado á los monges de Lorbaon cuando conquistó á Coimbra, cuya copia tenemos á la vista, y que citamos en nuestro capítulo 23 del anterior libro: hállase ademas en varios documentos del rey don Sancho de los años 1068, 1069, 1070 y 1072: en la *Carta de Arras* para su contrato de matrimonio con doña Jimena en 1074, que publicó Sandoval en los *Cinco Reyes*: se ve tambien la firma de Rodrigo Diaz en el Fuero de Sepúlveda de 1076, y en otros muchos instrumentos de aquel tiempo. Su carta de arras es un documento notable.

«En el nombre de la Santa é indivisible Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Criador de todas las cosas visibles é invisibles, un solo Dios admirable y rey eterno, como saben muchos y pocos pueden declarar. Yo, pues, Rodrigo Diaz, recibí por muger á Ximena, hija de Diego, duque de Asturias. Quando nos desposamos prometí dar á dicha Ximena las villas aquí nombradas, hacer de ellas escritura y señalar por fiadores al conde don Pedro Assurez y al conde don García Ordoñez de que son ciertas las herencias que tengo en Castilla. Es á saber la hacienda que tengo en Cavia y la porcion de la otra Cavia, que fué de Diego Velazquez, con las que tengo en Mazullo, en Villayzan de Candemunio, en Madrigal, en Villasances, en Escobar, en Grijalva, en Ludego, en Quintanilla de Morales, en Boada, en Manciles, en Villagato, en Villayzan de Treviño, en Villamayor, en Villahernando, en Vallecido, en Melgosa y otra parte de Boada, en Alcedo, en Fuenterevilla, en Santa Cecilia, en Espinosa, en Villanuez y la Nuez, en Quintana Laynez, en Villanueva, en Cerdiños, en Bivar, en Quintana Hortuño, en Ruseras, en Perquerino, en Ubierna, en Quintana-montana, en Moradillo con el monasterio de San Cebrian de Valdecañas, en Laimbistia. Doyte todas estas villas,

terró de su reino, á cuyo acto acaso no fué agena la familia de García Ordoñez, enemigo de Rodrigo. Pasó entones el de Vivar á tierras de Barcelona y Zaragoza y comenzó á guerrear por su cuenta. El rey mahometano de Zaragoza Al Moktadir habia dividido sus estados entre sus dos hijos Al Mutamin y Al Mondhir, llamado tambien Alfagib: el primero obtuvo á Zaragoza, el segundo á Lérida, Tortosa y Denia. Habiendo estallado la guerra entre los dos hermanos, Al Mondhir hizo alianza con Sancho Ramirez, rey de Ara-

en que no se cuentan las que sacaron Alvar Fañez y Alvaro Alvarez mis sobrinos, con todas sus tierras, viñas, árboles, prados, fuentes, dehesas y molinos con sus entradas y salidas. Todo esto os doy y otorgo en arras á vos mi muger Ximena, conforme al fuero de Leon, y segun hemos acordado entre nosotrós, con título de filiacion y prohijacion. Ademas de esto te doy todas las demas villas y heredades fuera de las aqui espresadas, en donde quiera que yo las tenga, y tú las puedes aver enteramente, asi las que al presente tenemos, como las que pudiesemos adquirir por razon de esta prohijacion. Y si yo Rodrigo Diaz muriese antes que vos mi muger Ximena Diaz, y permaneciereis en estado de viuda, goces de dichas villas en título y prohijacion, como arras propias, con lo demas que dejare y quedare en mi casa de bienes, muebles, ganado, cavallos, cavallerías, armas y ajuares de casa; de modo que sin tu voluntad no se dé cosa alguna, ni á hijos ni á otra persona: y despues que murieses lo hereden los hijos que naciesen de nuestro matrimonio. Si sucediere que yo Ximena Diaz tomare otro marido pierda el derecho á todos los bienes, que por esta prohijacion y arras recibo y la hereden los hijos que nacieron de nuestro matrimonio. Asimismo yo Ximena Diaz prohijo á vos Rodrigo Diaz mi marido de estas mis arras, de todos mis muebles y cuanto heredare, esto es, villas, oro, plata, heredades, cavallerías, armas y alhajas de casa. Y si sucediere que yo Ximena Diaz muriere antes que vos Rodrigo Diaz mi marido, es mi voluntad heredeis toda mi hacienda como queda dicho y seais dueño de toda ella y la podais dar á quien gustaseis despues de mi muerte y despues la hereden los hijos que de nosotros hayan nacido, lo cual otorgo y prometo yo Rodrigo Diaz á vos mi esposa, por el decoro de vuestra hermosura y pacto de matrimonio virginal. Tambien nosotros los dichos condes Pedro hijo de Assur y García hijo de Ordoño fuimos y seremos fiadores. Por tanto yo el dicho Rodrigo Diaz otorgo esta carta á vos Ximena Diaz, y quiero que sea firme sobre toda la hacienda nombrada y prohijacion, que entre nosotros hacemos para que la goceis y dispongais de ella á vuestra voluntad. Si alguno en adelante, asi por mí como por mis parientes, hijos, nietos, estraños ó herederos, contraviniere á esta escritura, rompieren ó instaren á romperla, el tal quede obligado á pagar dos ó tres veces doblado; y lo que se hubiese mejorado; y pague al fisco real dos talentos de oro y vos lo goceis perpétuamente. Fué hecha esta carta de donacion y prohijacion en 19 de julio de la era 1122, que es año de 1074. Nosotros Pedro Conde y García Conde, que fuimos fiadores, oimos leer esta carta, la confirmamos con nuestras manos. En nombre de Cristo, Alfonso rey por la gracia de Dios, Urraca Fernandez Elvira, hija de Fernando juntamente con mis hermanos. Conde Nuño Gonzalez, conf. Conde Gonzalo salvadores conf. Diego Alvarez, Diego Gonzalez, Alvaro Gonzalez, Alvaro Salvadores, Bermudo Rodriguez, Alvaro Rodriguez, Gutierre Rodriguez, Rodrigo Gonzalez, page de lanza del rey, Munio Diaz, Gutierre Muñiz, Froyla Muñiz, Fernando Perez. Sebastian Perez, Alvaro Añiz, Alvaro Alvarez, Pedro Gutierrez, Diego Gutierrez, Diego Maurel, Sancha Rodriguez, Teresa Rodriguez. Fueron testigos Anaya, Diego y Galindo.»

Era Rodrigo hijo de Diego Lainez, descendiente de Lain Calvo, uno de los jueces de Castilla; y Ximena lo era de Diego, conde de Asturias.

gon y de Navarra, y con Berenguer Ramon II. de Barcelona; peleaba Rodrigo Diaz en favor de Al Mutamin. Entró el Cid en Monzon á la vista del ejército de los aliados, por mas que Sancho hubiera jurado que nadie tendria la audacia de hacerlo. Despues de lo cual dedicóse con Al Mutamin á reedificar y fortificar el viejo castillo de Almenara, entre Lérida y Tamariz. Acudió á sitiar esta fortaleza el conde Berenguer, junto con los de Cerdaña y Urgel, y con los señores de Vich, del Ampurdan, del Rosellon y de Carcasona. Sancho Ramirez de Aragon andaba por otra parte ocupado. Prolongábase el cerco y comenzaba á faltar el agua á los sitiados (1081). Notició Al Mutamin á Rodrigo, que se hallaba entonces en la fortaleza de Escarps, en la confluencia del Segre y del Cinca, la apurada situacion en que se veia la guarnicion de Almenara. Queria el musulman que Rodrigo atacára á los sitiadores, mas el castellano prefirió ofrecer á los condes catalanes cierta suma de dinero á condicion de que levantáran el asedio, propuesta que rechazaron los catalanes con indignacion. Irritado con este desaire el Cid, los atacó, acuchilló gran número de ellos, ahuyentó los demas, hizo prisionero al conde Berenguer de Barcelona, y partió con el orgullo del triunfo á Tamariz, donde presentó su ilustre prisionero á Al Mutamin, y de alli á Zaragoza, si bien á los cinco dias de retenerle en su poder le devolvió, al decir de la crónica, su libertad (1). Premió Al Mutamin al Campeador con muchos y ricos dones y alhajas, y le dió mas autoridad que á su propio hijo, de suerte que era el Cid como el señor de todas las tierras pertenecientes al reino de Zaragoza.

Cuando en 1083 el gobernador de Roda Albofalac se rebeló contra Al Mutamin y proclamó soberano á su tio Almudhaffar, este pidió ayuda al rey don Alfonso, que le envió á su primo el príncipe Ramiro de Navarra con el conde Gonzalo Salvadores de Castilla y muchos otros nobles que conducian una respetable hueste. No contento con esto Almudhaffar, suplicó al rey de Castilla que fuese en persona. Tambien le complació en esto Alfonso

(1) Gesta Comit. Barcin p. 20.—Segun el *Poema del Cid*, Rodrigo habia estado antes en Barcelona, donde debieron sobrevenir desavenencias entre el castellano y el barcelonés, que el poeta indicó en los siguientes versos, puestos en boca del conde:

> Grandes tuertos me tiene mio Cid el de Bibar:
> Dentro en mi Cort tuerto me tobo grant:
> Firiom' el sobrino é non lo enmendó mas.

Y hablando de la batalla añade:

> Hy ganó á Colada, que mas vale de mil marcos de plata.
> Prisólo al conde, para su tierra lo lebaba:
> A sus creenderos mandarlo guardaba......

y permaneció algunos dias en Roda. Mas como despues de su partida hubiese muerto Almudhaffar, trató Albofalac con el infante Ramiro, y ofreciéndole entregar la plaza á Alfonso rogó á este que pasase personalmente á posesionarse de ella. Por fortuna receló el monarca de tan generoso ofrecimiento y dispuso que entráran sus generales delante de él. La sospecha era harto fundada. Al entrar las tropas de Castilla una lluvia de piedras descargó de improviso sobre los cristianos: muchos sucumbieron víctimas de aquella traicion, y entre ellos el conde Gonzalo Salvadores nombrado Cuatro-Manos, cuyo cadáver fué trasportado á Oña (1084). Triste y apesadumbrado se hallaba en su campo el rey Alfonso, cuando noticioso el Cid de aquel desastre pasó á unírsele desde Tudela. Recibióle benévolamente el monarca, y le manifestó su deseo de que le siguiera y acompañara á Castilla. Hízolo asi Rodrigo. Mas como no tardase en penetrar que no se habia extinguido aun la desfavorable prevencion del rey hácia su persona. separóse otra vez de él y se volvió á Zaragoza.

Encomendóle entonces Al Mutamin que hiciese algunas incursiones por tierras de Aragon. Rápidas como el relámpago y abrasadoras como el rayo eran estas correrías que el Campeador hacia con sus bandas, y antes regresaba él cargado de prisioneros y de botin que tuvieran tiempo sus enemigos para apercibirse de ello cuanto mas para prepararse á resistir sus acometidas. Entróse despues por los dominios de Al Mondhir Alfagib, taló y devastó sus campos, puso sitio á Morella, y reedificó y fortificó el castillo de Alcalá de Chivert. Invocó Al Mondhir el auxilio de su aliado Sancho Ramirez: asentaron los dos príncipes sus reales en los campos del Ebro, desde donde intimó Sancho á Rodrigo Diaz que evacuara el territorio de Al Mondhir. «Si venis, contestó el arrogante castellano, con intenciones pacíficas, os dejaré el paso libre, y aun os daré ciento de mis guerreros para que os escolten y acompañen: pero yo no me moveré de donde estoy.» Con esta respuesta marcharon Sancho y Al Mondhir contra Rodrigo que los esperó á pie firme. Empeñóse el combate: larga y reñida fué la pelea: pero el guerrero castellano derrotó al fin y deshizo las huestes de los dos monarcas, cristiano y musulman, que ambos se salvaron por la fuga. Persiguiólos el Campeador y logró hacer prisioneros dos mil soldados con multitud de nobles aragoneses: con estos y con un inmenso botin se volvió á Zaragoza, donde Al Mutamin le colmó nuevamente de honores.

Otro campo se abrió despues al hazañoso castellano. El nuevo teatro de sus proezas habia de ser Valencia. Reinaba intranquilamente en esta ciudad el desgraciado Yahia Alkadir ben Dilnûm, á quien Alfonso habia arrojado de Toledo. Gracias á las tropas castellanas que guarnecian á Valencia

mandadas por Alvar Fañez. aunque costeadas por Alkadir, habia podido éste irse sosteniendo contra propios y estraños enemigos. Sin embargo habia perdido á Játiva que su gobernador entregó á Al Mondhir, el rey de Lérida, de Tortosa y de Denia, hermano del de Zaragoza. Al Mondhir habia hecho ya algunas tentativas para apoderarse de la misma capital, y aunque infructuosas, los valencianos tenian el triste presentimiento de que Valencia se habria de perder por Alkadir como Toledo. En tal estado ocurrió la famosa irrupcion de los Almoravides, y la terrible y funesta derrota de Alfonso VI. en Zalaca que dejamos referida en el anterior capitulo. Alfonso habia llamado á Alvar Fañez de Valencia, y privado Alkadir de su único sosten y apoyo hizo alianza con Yussuf el gefe de los Almoravides, emancipándose del soberano de Castilla. Mas como Yussuf volviese á África y el Cid hubiera ahuyentado á los Almoravides de Murcia, encontróse otra vez el de Valencia abandonado y solo: su rival Al Mondhir se presentó con poderosa hueste al pie de los muros de la ciudad: en tal apuro volvió otra vez Alkadir los ojos hácia Alfonso de Castilla, cuyo auxilio reclamó, como igualmente el de Almostain de Zaragoza que habia sucedido á su padre Al Mutamin, y con quien el Campeador continuaba en la misma amistad y alianza que con su padre. Concertaron entonces Almostain y Rodrigo ayudarse reciprocamente para conquistar á Valencia, á condicion de que la ciudad habria de ser para Almostain, el botin para Rodrigo todo.

Noticioso de esta confederacion y de este proyecto Al Mondhir, apresuróse á levantar el sitio, y los dos aliados se presentaron delante de Valencia. Dióles Alkadir cumplidas gracias, considerándolos como atentos auxiliares é ignorante de sus ulteriores designios. Mas cuando el de Zaragoza recordó al Cid su empresa de ayudarle á conquistar á Valencia, respondiöle el castellano que aquel proyecto era irrealizable, porque Alkadir era un vasallo del rey de Castilla, y que quitársela á Alkadir equivalia á quitársela á Alfonso, su soberano, á quien él no podia faltar: contestacion que dió al traste con todas las ilusiones de Almostain, el cual se retiró desazonado á Zaragoza. Manejóse entonces el Cid con la maña y astucia de un gran político. Mientras con buenas palabras entretenia por un lado á Alkadir el de Valencia, por otro á Al Mondhir el de Lérida, y por otro á Almostain el de Zaragoza, hablando á cada cual en el sentido que halagaba mas sus intereses, aseguraba y protestaba al rey de Castilla que, vasallo suyo como era, ni obraba ni guerreaba sino en el interés de su soberano: que su objeto era enflaquecer y debilitar á los moros; que la hueste que mandaba la sostenia á costa de los infieles y nada le costaba al rey, á quien pensaba hacer pronto dueño de todo aquel pais. Satisfecho con esto Alfonso permitióle retener bajo su

mando aquel ejército, y comenzó el Cid á hacer por la comarca de Valencia aquellas atrevidas excursiones que al propio tiempo que le proporcionaban proveer al mantenimiento de su gente, difundian el espanto y el terror entre los mahometanos (1089).

Convencido ya el de Zaragoza de que para tomar á Valencia no podia contar con el Cid, trató con Berenguer de Barcelona, á quien halló mas propicio, tanto que seguidamente vino el barcelonés á poner cerco á aquella ciudad tan codiciada de todos. Era esto á la sazon que Rodrigo habia pasado á Castilla á conferenciar con el rey Alfonso sobre sus proyectos y operaciones. Recibióle bien el monarca y le dió el dominio y señorío de todos los pueblos y fortalezas que conquistára á los musulmanes. Cuando regresó hácia Valencia el Campeador con una hueste de siete mil hombres que entonces acaudillaba, no se atrevió el conde Berenguer á esperarle, y levantando el cerco tomó la vuelta de Barcelona, contentándose sus soldados con dirigir amenazas é insultar á los del Cid, el cual no quiso atacarlos por consideracion al parentesco que unia á Berenguer de Barcelona con Alfonso de Castilla su soberano (1). Prometió á Alkadir el de Valencia que le protegeria contra todos sus enemigos, moros ó cristianos, y pactó con él que llevaria á la ciudad el botin que recogiera en sus espediciones, y en cambio el de Valencia le asistiria á él con mil dinares mensuales. Emprendió de nuevo Rodrigo sus correrías por el pais, y obligó á los alcaides de las fortalezas á pagar á Alkadir el tributo que acostumbraban.

Una nueva complicacion vino á indisponer otra vez al Cid con su soberano. Cuando en 1090 Yussuf con sus Almoravides y con los árabes andaluces fué á atacar el castillo de Aledo, Alfonso avisó á Rodrigo para que acudiera al socorro de los sitiados. Por una fatal combinacion de circunstancias, y acaso mas por culpa de Alfonso que de Rodrigo, no pudo este incorporarse oportunamente al ejército cristiano. Valiéronse de esta ocasion sus enemigos para acusar al Cid de traidor á su rey, imputando su retraso á intencion de comprometer el ejército de Castilla y de proporcionar un triunfo á los sarracenos. Por inverosímil é injustificable que fuese la acusacion, el monarca, siempre prevenido contra Rodrigo Diaz, ó dió ó aparentó dar crédito á los denunciadores, revocó el derecho de señorío que le habia dado sobre las fortalezas que conquistára, le privó hasta de las posesiones de su propiedad, é hizo poner en prision á su esposa y sus hijos. Noticioso de tan duras medidas, despachó el Cid uno de sus caballeros para que le justi-

(1) Sin duda por alguna de las esposas cia como las condesas de Barcelona, de este último, casi todas oriundas de Fran-

ficára ante el rey Alfonso ofreciendo probar su inocencia en duelo judicial. Desoyó el monarca la proposicion. Devolvióle, no obstante, la esposa y los hijos prisioneros, mas no satisfecho con esto el Cid, le envió cuatro justificaciones, cada una en términos diferentes: nada bastó á ablandar el ánimo del injustamente enojado monarca.

Volvió entonces el Campeador á guerrear por su cuenta. Desde Elche donde se hallaba partió siguiendo la costa. En pocos dias rindió la guarnicion de Polop, donde se apoderó de una cueva en que habia custodiado un tesoro de inmensas riquezas en dinero y en telas preciosísimas. Pasó el invierno en las inmediaciones de Denia. Desde Orihuela hasta Játiva no dejó un solo muro en pie. El botin vendíalo en Valencia con arreglo al trato hecho con Alkadir. Marchó despues con todo su ejército contra Tortosa, taló la comarca y se apoderó de Mora. Su antiguo enemigo Al Mondhir, rey de aquella tierra, acudió de nuevo á Berenguer de Barcelona, suplicándole le ayudára á desembarazarse del importuno guerrero castellano. Berenguer que deseaba tambien vengar las humillaciones que habia recibido del Cid, púsose con grande ejército sobre Calamocha, y aun logró hacer entrar en la confederacion al rey de Zaragoza Almostain. Eran ya tres príncipes, dos musulmanes y uno cristiano, conjurados contra Rodrigo solo, y sin embargo, todavía quisieron comprometer al rey de Castilla á que los ayudára á humillar al altivo y formidable castellano, lo cual no consiguieron.

Hallábase el Cid acampado en un valle circundado de altas montañas, cuando Almostain, que sin duda queria congraciarse con Rodrigo, le avisó que iba á ser atacado por el barcelonés. «Pues bien, le contestó en una carta el de Vivar, aqui le esperaré y os ruego que le enseñeis esta carta.» Vivamente picado el de Barcelona escribióle á su vez diciendo que esperára su venganza; que si creia que él y los suyos eran mugeres, pronto le haria ver lo contrario; que si se atrevia al dia siguiente á dejar sus montañas y combatir en el llano, entonces le tendria por Rodrigo el guerrero, el Campeador, mas si lo rehusaba ó esquivaba le tendria solo por traidor y alevoso. A tales denuestos contestó sobre la marcha Rodrigo, haciéndole ver que no le intimidaban sus bravatas, y que si hasta entonces no le habia atacado agradeciéralo á la consideracion que habia querido guardar al rey Alfonso su soberano; pero que en la llanura le encontraria (1). En su consecuencia, hizo el conde Berenguer ocupar de noche y con sigilo las montañas que se levantaban á espaldas de los reales del Cid, y al rayar el alba se precipitaron los catalanes en el valle. El de Vivar que no estaba despreve-

(1) Gesta Comit. Barcin.—La Castilla y el mas famoso castellano, página 186.

nido salió impetuosamente á su encuentro y arrolló la vanguardia de Berenguer, si bien el Cid cayó herido del caballo en términos de no poder pelear. Pero sus intrépidos y leales castellanos prosiguieron combatiendo tan briosamente, que despues de hacer grande mortandad en los catalanes condujeron prisionero al pabellon de Rodrigo al conde Berenguer con varios otros nobles catalanes y cinco mil soldados mas.

Humillado y confuso el conde, fué al principio dura y ásperamente tratado por su vencedor, que ni siquiera le permitió tomar asiento á su lado en la tienda. Mandó que le tuvieran bien custodiado fuera del recinto de los reales, pero que ni al ilustre prisionero ni á los suyos les escaseáran la despensa. Inútil era el obsequio para quien con el disgusto y el bochorno de la derrota estaba mas para pensar en lo amargo y desabrido de su suerte que en lo sabroso y dulce de las viandas (1). Dolióse al fin el Cid de la pesadumbre del barcelonés y dióle libertad á los pocos dias, como ya en otra ocasion lo habia hecho, no sin recibir ahora por premio del rescate la enorme suma de ochenta mil marcos de oro de Valencia. Los demas prisioneros ofrecieron tambien por el suyo crecidas cantidades, y bajo palabra de aprontarlas se les permitió ir á sus tierras: cumpliéronlo ellos, volviendo cada cual con la suma que le correspondia, y como algunos no hubiesen podido reunirla, llevaban sus hijos ó sus padres en rehenes hasta satisfacer el resto. Admirado el Cid y aun enternecido de tanta lealtad, quiso

(1) Esta escena de la comida está pintada en el Poema con una sencillez ruda y enérgica, al propio tiempo que con una vivacidad sumamente dramática.

A Mio Cid Don Rodrigo grant cocinal adobaban:
El conde Don Remont non gelo presia nada.
Adíscenle los comeres, delante gelos paraban:
El non lo quiere comer, á todos los rasonaba.
«No combré un bocado por quanto ha en toda España.
Antes perderé el cuerpo é dexaré el alma,
Pues que tales malcalzados me vencieron de batalla.»
Mio Cid Ruiz Diaz odredes lo que dixo:
«Comed, Conde, deste pan é bebed deste vino:
Si lo que digo ficiéredes, saldredes de cativo:
Sinon en todos vuestros dias non veredes Christianismo...»
Quando estó oyó el conde yas iba alegrando:
«Si lo ficiéredes, Cid, lo que avedes fablado,
Tanto quanto yo viva dend seré maravillado.»
—«Pues comed, conde, é quando fueres yantado,
A vos é á otros dos darvos he de mano....»
Alegre es el conde, é pidió agua á las manos....
«Del dia que fui Conde, non yanté tan de buen grado,
El sabor que dend' he non será olvidado....»
Dánle tres palafrés muy bien ensellados.... etc.

corresponder á ella generosamente y declaró á todos libres sin rescate alguno.

Despues de esta victoria, llamada de Tobar del Pinar, el Cid estuvo algun tiempo enfermo en Daroca, desde cuyo punto envió mensageros al rey de Zaragoza Almostain, y como se hallase con él en esta ciudad el vencido y rescatado conde de Barcelona, envió á decir á Rodrigo por los mismos mensageros que deseaba ser su amigo y valedor. Despreció al pronto el Cid rudamente la oferta, y solo á instancias de sus compañeros de armas que le expusieron no ser acreedor á tan tenaz encono quien tanto se humillaba despues de vencido y despojado, consintió en aceptar la alianza de Berenguer, el cual pasó alegre y contento á darle las gracias, y poniendo una parte de sus dominios bajo la proteccion del de Vivar, bajaron juntos hácia la costa, y acampando el Cid en Burriana, tomó Berenguer la vuelta de Barcelona.

La derrota del conde Berenguer causó tal pesadumbre á su aliado Al Mondhir el de Tortosa, que de ella enfermó y murió al poco tiempo, dejando un hijo de corta edad bajo la tutela de los Beni-Betyr, de los cuales el uno gobernó á Tortosa, el otro á Játiva y el tercero á Denia. Comprendieron estos la necesidad de aliarse con el Cid, y obtuviéronlo á costa de un tributo anual de cincuenta mil dinares. De modo que en aquel tiempo cobraba el Campeador, ademas de estos cincuenta mil dinares, y de los doce mil que le pagaba el de Valencia, otros diez mil del señor de Albarracin, diez mil del de Alpuente, seis mil del de Murviedro, seis mil del de Segorbe, cuatro mil del de Jérica, y tres mil del de Almenara. Con tales riquezas y tales tributos no debia apesadumbrarle mucho que Alfonso le hubiera despojado de sus estados y bienes.

Sitiaba Rodrigo á Liria en 1092, cuando recibió cartas de la reina Constanza de Castilla y de sus amigos en que le rogaban diese ayuda y mano á Alfonso en la expedicion que preparaba á Andalucía contra los Almoravides, asegurándole que asi volveria á entrar en la gracia de su rey. Galante el Cid y obsecuente á la voz de su soberana, dejó á Liria cuando estaba á punto de rendirse y se incorporó al ejército expedicionario de Castilla. Mas como Alfonso sentase su campo en las montañas de Granada, y el Cid para protegerle avanzára al llano de la vega, vió en esto el monarca castellano, siempre receloso del Cid, un rasgo de personal presuncion, que los envidiosos cortesanos no se descuidaron tampoco en representar como tal; asi cuando volvian á Toledo, no bien tratados por los africanos, al paso por Ubeda dirigió el rey á Rodrigo palabras ásperas y de enojo, y aun dejó entrever su intencion de arrestarle. Calló el Cid y disimuló; mas durante la

noche levantó su campo y se volvió á tierra de Valencia. Muchos de los suyos se quedaron entonces en las banderas de Alfonso.

Nada, sin embargo, arredraba al Campeador. Cuando llegó á Valencia, el rey Alkadir padecia una grave enfermedad, y el Cid era quien de hecho dominaba allí. Pero hallábase mal Rodrigo con el reposo. Salió, pues, para Morella, y cuando de aquí se dirigia á atacar á Borja, recibió aviso de Almostain el de Zaragoza que le rogaba le amparase contra Sancho Ramirez de Aragon que se iba apoderando de sus dominios. Mudó el Cid de rumbo y se fué á Zaragoza. Costóle al aragonés, si quiso evitar el venir á las manos con el Campeador, solicitar un acomodamiento con él, que el Cid aceptó á condicion de que no molestára mas á Almostain. Sancho regresó á sus estados, y el Cid se quedó en Zaragoza.

Habia aprovechado el rey Alfonso la ausencia de Rodrigo para sitiar á Valencia, de acuerdo con los genoveses y pisanos que con sus naves le habian de apoyar por la parte del mar. Desgraciadamente ocurrieron entre los sitiadores desavenencias que obligaron á Alfonso á volverse á Castilla. El Cid en tanto habíase dirigido á la Rioja, y apoderádose de Alberite, de Logroño y de Alfaro. Hallábase en esta última fortaleza, cuando el conde gobernador de Nájera García Ordoñez le envió unos mensageros para intimarle que permaneciera allí siete dias solamente, al cabo de los cuales se veria con él en batalla. Contestóle el Cid que quedaba esperándole; pero en vano aguardó los siete dias que su retador deseaba. El conde Ordoñez, despues que hubo juntado su ejército, volvióse desde el camino sin atreverse á medir sus armas con las del Campeador; el cual acabando de talar aquellos campos, tomó otra vez la vuelta de Zaragoza.

Entretanto habian ocurrido en Valencia sucesos de la mayor gravedad. Los Almoravides se habian apoderado de Murcia, de Denia, y despues de Alcira. Esto y la ausencia del Cid habian alentado al traidor cadí de Valencia Ben Gehaf para intentar sentarse en el trono del débil Alkadir: movió un alboroto en el pueblo, y facilitó la entrada á los Almoravides. El desventurado Alkadir, invadido su palacio, salió vestido de muger y se cobijó en una casita entre sus mismas concubinas. Allí le alcanzó el puñal de un asesino, y apoderado de su cadáver el cadí revolucionario Ben Gehaf, cortóle la cabeza que arrojó á un estanque, y el tronco de su inanimado cuerpo fué al dia siguiente enterrado en un foso fuera de la ciudad sin un lienzo siquiera que le cubriese. Tal fué el desastroso fin (noviembre de 1092) del desgraciado Alkadir ben Dilnûm, á quien Alfonso VI. habia lanzado en 1085 de Toledo, donde tantos beneficios habia recibido de su padre cuando era un príncipe desterrado y prófugo. El usurpador cadí paseábase orgu-

lloso por las calles de Valencia con toda la pompa y aparato de un rey. Sin embargo, nadie le daba el título de tal, y Valencia se gobernaba á modo de república por un senado compuesto de los ciudadanos mas respetables, del mismo modo que Córdoba cuando se extinguió la dinastía de los Beni-Omeyas.

Los partidarios del monarca asesinado avisaron de todo al Cid Campeador, que desde Zaragoza acudió presuroso á las inmediaciones de Valencia. Uniéronsele todos los fugitivos y descontentos de la ciudad. Escribió Rodrigo al rebelde cadí reprendiéndole su comportamiento y reclamando imperiosamente el trigo que habia dejado en los graneros de Valencia. Contestóle Ben Gehaf que el trigo habia sido robado, y que la ciudad se hallaba en poder de los Almoravides. Indignó al altivo castellano aquella carta, trató al cadí de malvado y de imbécil, y le conminó con constituirsé en vengador del asesinado Alkadir. Escribió á todos los gobernadores comarcanos, y á todos los hizo ó tributarios, ó vasallos, ó auxiliares. Dos veces al dia enviaba el Cid sus *algaras* al territorio valenciano: hombres, ganados, todo lo arrebataban los soldados de Rodrigo, respetando solo á los labradores y habitantes de la Huerta, á quienes mandaba respetar y aun tratar con dulzura para que se dedicáran libremente á sus faenas. Ya en lugar de dos, hacia tres algaras diarias, una á la mañana, otra al medio dia y otra á la tarde, no dejando un instante de reposo á los valencianos. Incapaces de rechazar sus ataques los trescientos ginetes que Ben Gehaf mantenia con el trigo que habia pertenecido al Cid, iban menguando cada dia diezmados por las espadas castellanas. Una parte de los tesoros de Alkadir que Ben Gehaf enviaba al general almoravide que se hallaba en Denia, cayó en manos de Rodrigo.

Dueño ya éste de todos los fuertes de la comarca, avanzó con todo su ejército á estrechar de cerca la ciudad. Hizo quemar todos los pueblos de la circunferencia, los molinos, las barcas del Guadalaviar, las torres, las casas y las mieses de la campiña. A los pocos dias atacó y tomó el arrabal de Villanueva, con gran mortandad de moros y Almoravides. Al siguiente se posesionó de la Alcudia, y las tropas cristianas escalaron una parte del muro de la ciudad. Acudió innumerable morisma en su defensa, y empeñóse largo y récio combate hasta que los moros pidieron á voz en grito la paz. Otorgósela el Cid á los del arrabal á condicion de que mantuvieran sus tropas, y quedó tranquilo poseedor de la Alcudia encargando mucho á sus soldados que respetáran las personas y las propiedades de sus moradores. Cada vez mas estrechados los valencianos, ya no sabian qué partido tomar. Congregados por último valencianos y Almoravides acordaron pedir la paz al Campeador

con las condiciones que él quisiera dictarles. Respondióles el Cid que las pusieran ellos, con tal que entrára en la estipulacion que se alejasen los Almoravides. Cuando se les comunicó esta respuesta exclamaron los africanos: «Jamás hemos tenido un dia mas feliz.» Concertóse, pues, que los Almoravides saldrian de la ciudad; que Ben Gehaf pagaria á Rodrigo el valor del trigo de que se habia apoderado, con mas diez mil dinares mensuales y todo lo atrasado, y que este podria tener su ejército en Cebolla, fortaleza que él habia conquistado y puesto en formidable estado de defensa. A ella se retiró el Cid con arreglo al tratado, si bien conservando los arrabales, donde dejó un almoxarife encargado de cobrar el tributo.

Nuevas complicaciones vinieron á poner á prueba el valor, la serenidad, la astucia y la política del Cid. Los Almoravides, vencedores en el resto de España, se aproximaban á Valencia. Eran la única esperanza de los valencianos, y contando ya con su apoyo hicieron que el mismo Ben Gehaf, antes tan humillado y abatido, declarára la guerra al Campeador, pues de otro modo lo hubieran hecho los Beni-Tahir sus rivales que dominaban en Valencia. Llegaron una noche los valencianos á divisar desde las torres de la ciudad las hogueras del campamento de los Almoravides que avanzaban por la parte de Játiva, y regocijábalos ya la esperanza de verlos al siguiente dia atacar las tropas de Rodrigo, cuyo momento aguardaban para salir ellos y consumar la derrota. ¡Vanas ilusiones! El de Vivar que los esperaba á pie firme, habia hecho destruir los puentes del Guadalaviar é inundar la planicie, de suerte que solo por una estrecha garganta se podia entrar en su campo. Los elementos vinieron tambien en su ayuda: aquella noche se desgajó á torrentes el agua del cielo: los hombres no recordaban una lluvia tan copiosa: los caminos se pusieron intransitables: á las nueve de la mañana un mensagero llegó á Valencia á anunciar que los Almoravides habian retrocedido. Los que se aproximaron fueron los cristianos, que desde el pie de la muralla se burlaban de los de la ciudad; el Cid la hizo cercar por todas partes; las subsistencias iban escaseando dentro y subian de precio cada dia, mientras los sitiadores tenian víveres en abundancia. Anuncióse que los Almoravides habian tomado la vuelta de Africa, y los gobernadores de los castillos se apresuraban á implorar humildemente la alianza y la proteccion del Cid (1093). Un poeta valenciano de los sitiados espresó entonces la angustia de su situacion en la siguiente elegía que traducida del árabe nos conservó la *Crónica general.*

¡Valencia, Valencia! vinieron sobre tí muchos quebrantos, é estas en hora de morir: pues si ventura fuere que tú escapes, esto será gran maravilla á quien

qui er que te viere.—E si Dios fizo merced á algun logar, tenga por bien de lo facer á tí, ca fueste nombrada alegría é solaz en que todos los moros folgaban, é avien sabor é placer.—E si Dios quisier que de todo en todo te hayas de perder desta vez, será por los tus grandes pecados é por los tus grandes atrevimientos que oviste con tu soberbia.—Las primeras cuatro piedras caudales sobre que tu foeste formada, quiérense ayuntar por facer gran duelo por tí é non pueden.—El tu muy nobre muro, que sobre estas cuatro piedras fué levantado, ya se estremece todo, é quiere caer, ca perdido ha la fuerza que avíe.—Las tus muy altas torres, é muy fermosas, que de lejos parescien é confortaban los corazones del puebro, poco á poco se van cayendo.—Las tus brancas almenas, que de lejos muy bien relumbraban, perdido han la su lealtad con que bien parescien al rayo del sol.—El tu muy nobre rio caudal Guadalaviar, con todas las otras aguas de que te tú muy bien servíes, salido es de madre é va onde non debe.—Las tu muy nobres é viciosas huertas que en derredor do ti son, el lobo rabioso les cavó las raices é non pueden dar fructo.—Los tus muy nobres prados en que muy fermosas flores é muchas avie, con que tomaba el tu puebro muy grande alegría, todos son ya secos. . . . .
—El tu gran término, de que tú te llamavas señora, los fuegos lo han quemado, é á tí llegan los grandes fumos.—A la tu gran enfermedad non le puedo fallar melezina, é los físicos son ya desesperados de te nunca poder sanar.—Valencia, Valencia, todas estas cosas que te he dichas de tí, con gran quebranto que yo tengo en el mi corazon, las dixe é las razoné. . . . .

Culpábanse los de dentro unos á otros, y el pueblo, inconstante en sus pasiones, tan pronto acriminaba á Ben Gehaf, tan pronto se irritaba contra los Beni-Tahir. El hambre comenzaba á hacer estragos: hacíalos tambien la discordia. El furor popular descargó entonces sobre los Beni-Tahir; púsose fuego á la casa en que se habian ocultado; prendiéronlos y los entregaron al Cid. Indignáronse sus partidarios, y ardian en deseos de venganza. Ben Gehaf solicitó una entrevista con Rodrigo; concediósela este, y entre otras humillantes condiciones á que accedió el apurado cadí, fué una que entregaria en rehenes al castellano su propio hijo. Mas por la noche reflexionó sobre su imprudencia, y al dia siguiente escribió al Cid diciéndole que antes perderia la vida que entregar su hijo. Contestóle el Cid con una carta amenazadora, y las hostilidades se renovaron. Estaban los cristianos tan cerca de la ciudad, que arrojaban piedras á mano sobre ella. El hambre hacía cada dia mas estragos: ya no se vendia el trigo por cahices ni por fanegas, sino por libras y por onzas: las bestias de carga se consumian, y se devoraban los animales inmundos (1).

(1) «E tornáronse á comer los perros é los gatos é los mures.» El autor árabe del *Kitábo' l-iktifá* asegura que un raton costaba un dinar (p. 25). Ibn Bassan dice tam-

Se registraban los sumideros para buscar el desperdicio y el rampojo de la uva. Las mugeres y los muchachos atisvaban el momento en que se abria una puerta de la ciudad para lanzarse fuera y entregarse á los cristianos, los cuales solian venderlos á los moros de la Alcudia por un pan ó un jarro do vino, y aquellos desgraciados estaban tan transidos de hambre, que luego que tomaban alimento se morian.

En tal estremidad, Ben Gehaf y las personas acomodadas que aun no querian rendirse, acordaron implorar el auxilio del rey de Zaragoza Almostain, el cual no atreviéndose á romper con el Cid, no hacia sino entretener con moratorias y buenas palabras á los de Valencia, y enviar alternativamento mensages á Rodrigo y á Ben Gehaf. Entretanto se habian ido consumiendo los poquisimos víveres que quedaban (1). Alimentábase ya de cadáveres la gente pobre: llegaba la estenuacion en muchos al punto de caerse muertos andando: ya no tenian fuerzas para precipitarse de las murallas y entregarse á los cristianos como antes habian hecho otros. Viendo el cadí que no podia aliviar los padecimientos del pueblo, indignado ya contra él, condescendió en entregar el mando al fakih Al Wattán, el cual envió un mensagero á Rodrigo para arreglar un tratado en los siguientes términos: los valencianos pedirian socorro al rey de Zaragoza y al general de los Almoravides, que se hallaba en Murcia: si estos no les auxiliaban en el término de quince dias, Valencia se rendiria al Cid con las siguientes condiciones: Ben Gehaf conservaria la misma autoridad que antes, con seguridad para su persona, familia y bienes: Ben Abdus (el almoxarife del Cid) seria inspector de impuestos: Muza (que seguia su partido) tendria el mando militar: la guarnicion se compondria de cristianos mozárabes: el Cid residiria en Cebolla, y no alteraria ni las leyes ni las contribuciones, ni la moneda de Valencia. La estipulacion fué firmada por ambas partes.

Al dia siguiente partieron cinco patricios (homes mayorales, dice la Chrónica) para Zaragoza, y otros tantos para Murcia. Rodrigo habia puesto por condicion que cada embajador podria llevar consigo cincuenta dinares solamente. En su virtud pasó en persona á reconocer á los que iban á embarcarse para Denia, y de allí continuar por tierra á Murcia. Hizolos registrar, y se halló que llevaban gran cantidad de oro y plata, de perlas y piedras preciosas, parte de su propiedad, parte de los comerciantes de Valencia, que que-

bien que «el hambre y la miseria obligaron á los valencianos á comer animales inmundos.»

(1) La Crónica general da cuenta de las tarifas que iban teniendo los artículos de consumo, segun que se iba prolongando el sitio. Baste decir que la medida de trigo fué subiendo desde un dinar hasta 100, y asi lo demas.

rian poner á salvo sus tesoros. El Cid confiscó todo esto, y dejó á los embajadores los cincuenta dinares convenidos.

Trascurrieron los quince dias, y los embajadores no regresaban. El Campeador intimó á Ben Gehaf que si pasaba un momento mas del plazo estipulado se consideraria relevado de observar la capitulacion. Sin embargo, aun trascurrió un dia sin que le abrieran las puertas, y cuando los negociadores del tratado se presentaron al Cid, éste los hizo entender que no estaba obligado á nada, porque el plazo habia pasado. Respondiéronle ellos que se ponian en sus manos y se encomendaban á su generosidad y prudencia. Al siguiente dia se presentó Ben Gehaf al Cid, y ambos con los principales caudillos cristianos y musulmanes firmaron los artículos de la ya citada capitulacion. Ben-Gehaf regresó á la ciudad, y al medio dia se abrieron las puertas al ejército cristiano. Verificóse la entrada del Cid Ruy Diaz el Campeador en Valencia, el jueves 15 de junio de 1094 (1).

Subió Rodrigo á la torre mas alta del muro para contemplar la ciudad de que acababa de enseñorearse. Recibia con mucha afabilidad á los moros que iban á besarle la mano, y encargaba á sus guerreros que los saludáran y aun les hicieran lado cuando pasaban. Agradecidos á tan generoso comportamiento los infieles, pregonaban á voz en grito que no habian visto jamás un hombre mas honrado ni que acaudillára una tropa mas disciplinada. Ben Gehaf le ofreció una gran parte del dinero que habia tomado á los monopolistas del trigo durante el sitio; pero el Cid, que sabia de qué manera lo habia adquirido, rehusó el presente.

Despues por medio de un heraldo hizo una invitacion á todos los patricios del territorio valenciano para que se reunieran en el jardin de Villanueva; luego que se hubieron congregado, subió á un estrado cubierto de estera y tapiz, mandó á los magnates que se sentáran enfrente de él, y les habló de esta manera: «Yo soy un hombre que nunca he poseido ningun «reino, pero soy de linage de reyes (2): el dia que vi esta ciudad me agra«dó y la envidié, y pedí á Dios que me hiciera dueño de ella: ved cuánto «es el poder del Señor! el dia que puse cerco á Juballa (Cebolla), no tenia «mas que cuatro panes, y ahora Dios me ha hecho merced de darme á Va«lencia, y me encuentro señor de la ciudad. Si hago en ella justicia, Dios «me la dejará; si no hiciere derecho, sé bien que me la volverá á quitar. «Asi, que recobre cada cual su hacienda y la disfrute como antes: el que

(1) Ibn Alabbar y la Crónica general están contestes en señalar este dia. Los Anales Toledanos primeros dicen tambien: «Prisó Mio Cid Valencia, Era 1132.»

(2) La Chrónica: «mas so de linage de reys.» — Dozy traduce: «y nadie de mi linage le ha tenido.»

«encuentre su campo labrado, que éntre al instante en él; el que le halle «sembrado y cultivado, pague su trabajo y la simiente al cultivador y po«séale. Quiero tambien que los colectores de impuestos en la ciudad no to«men mas que el diezmo, segun vuestra costumbre: he determinado oiros «en juicio dos dias cada semana, los lunes y jueves; mas si teneis algun ne«gocio urgente, venid cuando querais, y os oiré, que no soy yo hombre que «me encierre con las mugeres para beber y yantar como vuestros señores á «quienes nunca lograis ver (1); quiero arreglar vuestros negocios por mí mis«mo, ser como un compañero vuestro, protegeros como un amigo y como un «padre: yo seré vuestro alcalde y vuestro alguacil; y siempre que tengais que «querellaros unos de otros, os haré justicia.» —Luego añadió: «Hánme dicho «que Ben Gehaf ha hecho muchos males á algunos de vosotros, tomando vues«tros haberes para hacerme con ellos un presente: yo me he negado á admi«tirle, que si codiciara yo vuestra hacienda sabria tomarla sin pedirla ni á él «ni á otro; pero libreme Dios de hacer violencia á nadie por adquirir lo que «no me pertenece. Haga buen provecho, si Dios lo permite, á los que han tra«ficado con sus bienes; y lo que Ben Gehaf haya tomado, mando que lo tor«ne luego sin otro alongamiento ninguno. . . . .
«Quiero que me jureis que habeis de cumplir lo que os diré y que no os des«viareis de ello. Obedecedme, y no quebrantéis jamas los pactos que haga«mos: observad lo que os ordene «ca me pesa mucho de quanta lazeria é de «quanto mal pasastes comprando el cahiz de trigo á mil maravedís de plata, «mas fio yo en Dios que yo lo tornaré á maravedi:» en fin, ahora estad tran«quilos y seguros, porque he prohibido á mis gentes que entren en vuestra «ciudad á traficar: he designado para mercado suyo la Alcudia: lo he hecho «por consideracion á vosotros. He mandado que no se prenda á nadie en la «ciudad: si alguno contraviene á esta órden, matadle sin miedo alguno.» — «No quiero, añadió todavia, entrar en Valencia, no quiero vivir en ella, quie«ro establecer sobre el puente de Alcántara una casa de recreo, *un logar en «que vaya á folgar á las veces.»*

Con gran contento oyeron los moros este discurso. Sin embargo al querer tomar posesion de sus tierras hallaron mil dificultades de parte de los cristianos que las poseian (1). Esperaron pues á que el Cid les hiciera justicia el pri-

(1) Dozy traduce: «beber y *cantar*: *pour boire et chanter*;» tomando sin duda cantar por yantar.

(2) «Ca de quantas heredades los cristianos tenian labradas, no les quisieron dejar ninguna; como quier les dejaban las que non eran labradas; ca decian que el Cid que les dicra por este anno en cuenta de sus soldadas: é los moros veyendo esto, atendieron fasta el jueves que el Cid habia de salir á oir los pleitos así como dijiera.» Chronica, c. 206.

mer dia de tribunal que era un jueves. Admiráronse y se desconsolaron de oir al conquistador espresarse en aquella audiencia en términos bien desemejantes á los que en la anterior asamblea habia usado, diciendo que él necesitaba sus soldados como su brazo derecho; y que no podia enojarlos. Dijoles ademas que él era el único señor de Valencia, y si querian obtener su favor era menester que le entregáran la persona de Ben Gehaf, á quien queria castigar por la traicion cometida contra su rey, y por las miserias y padecimientos que á ellos y á él mismo habia ocasionado. Pidiéronle ellos tiempo para deliberar. ¿Pero quién se atrevia entonces á contrariar la voluntad del Cid? Ben Gehaf fué preso y entregado. Hizole Rodrigo poner una nota de todo lo que poseia, y que jurase ante los principales moros y cristianos no poseer otra cosa que lo que en la lista constaba, reconociendo al Cid el derecho de condenarle á muerte si otro haber se le encontrára. Obraba de esta manera Rodrigo porque sabia que Ben Gehaf habia tomado para sí y conservaba ocultos los tesoros del asesinado Alkadir. Mandó, pues, reconocer las casas de los amigos de Ben Gehaf imponiendo pena de la vida á los que ocultáran las riquezas que este les hubiera confiado: el miedo hizo que todos le fueran entregando los tesoros que guardaban. Hizo igualmente registrar la casa de Ben Gehaf, y por revelacion de un esclavo se hallaron en ellas inmensas riquezas en oro y pedrería.

Habíase trasladado ya el Cid al palacio de Valencia, contra los términos de la capitulacion que no creia obligarle, y reunidos allí los principales de la ciudad, les habló otra vez de esta suerte: «Bien sabeis, prohombres de la aljama de Valencia, cuánto he servido y ayudado á vuestro rey «y cuántos trabajos he soportado antes de ganar esta ciudad. Ahora que «Dios me ha hecho dueño de ella, la quiero para mí y para los que me «han ayudado á ganarla, salva la soberanía de mi señor el rey don Alfon«so. Vosotros estais en mi presencia para ejecutar lo que fuere de mi vo«luntad y bien me pareciere. Yo podria tomar todo lo que poseeis en el «mundo, vuestras personas, vuestros hijos, vuestras mugeres; pero no lo «haré. Pláceme y ordeno que los hombres honrados de entre vosotros, los «que se han conducido siempre con lealtad, vivan en Valencia en sus casas «con sus familias; mas no habeis de tener cada uno sino una mula y un «criado, ni podreis usar ni conservar armas sino en caso de necesidad y «con mi autorizacion: los demas desocuparán la ciudad y vivirán en la Alcu«dia, donde yo estaba antes. Tendreis mezquitas en Valencia y en la Alcudia: «tendreis tambien vuestros alfaquíes: vivireis con arreglo á vuestra ley, y «con vuestros alcaldes y alguaciles que nombraré yo: poseereis vuestras «heredades, pero me dareis el señorío sobre todas las rentas, administrará

«la justicia, y haré batir moneda mia. Los que quieran quedar conmigo bajo «mi gobierno, que queden; los que no, vayan á la buena ventura, pero «solo sus personas, sin llevar nada consigo: yo les daré salvo-conducto.»

Dejó tan contristados á los moros este discurso como satisfechos habian quedado con los anteriores. Pero la voluntad del Cid era entonces la ley, y tenia que ser cumplida. En su virtud salieron los moros con sus mugeres y sus hijos de Valencia á ocupar el arrabal, y los cristianos de la Alcudia entraron á reemplazarlos en la ciudad. Los que salieron eran tantos, dicen, que tardaron en desfilar dos dias enteros.

Creyó el Cid llegado el caso de ejecutar en el usurpador Ben Gehaf un castigo ejemplar y terrible. En medio de la plaza hizo ahondar un hoyo, en el cual dispuso fuese metido el antiguo cadí de modo que quedáran solamente descubiertas la cabeza y las manos. En derredor de esta fosa se pusieron haces de leña á los cuales se les prendió fuego. Aquel desventurado mostró una serenidad horriblemente heróica. Pronunciando las palabras sacramentales de los árabes: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso,» á fin de abreviar su suplicio con su propia mano se aplicaba las ascuas y tizones encendidos, y asi expiró entre tormentos horrorosos. El Cid queria quemar tambien á la familia y parientes de Ben Gehaf, pero musulmanes y cristianos se interesaron é intercedieron por ellos y lograron, aunque con trabajo, ablandar á Rodrigo y salvarlos de tan ruda sentencia. Sin embargo, ejecutó el mismo castigo en algunos otros personages. Con esto Ben Gehaf, antes tan aborrecido, fué mirado como un mártir entre los musulmanes. Sus mismos enemigos ensalzaban despues aquella desgraciada víctima. Ibn Bassán, el escritor mas inmediato á los sucesos, decia: «Quiera Dios escribir esta accion meritoria en el libro en que ha registrado las buenas acciones del cadí; que le sirva para borrar los pecados que antes hubiese cometido.» Fué el suplicio de Ben Gehaf en mayo ó principios de junio de 1095.

«El poder de este tirano (continúa el citado escritor árabe hablando del Cid), fué siempre creciendo, de modo que pesó sobre las altas y las bajas comarcas, y llenó de terror á nobles y á plebeyos. Uno me ha contado haberle oido decir en un momento de vivos deseos y de estremada avidez: *Un Rodrigo perdió á España y otro Rodrigo la rescatará*. Palabra que infundió el pavor en los corazones, y que hizo pensar á los hombres que sucediera pronto lo que recelaban y temian. Sin embargo, este hombre, la plaga de su tiempo, era por su amor á la gloria, por la prudente firmeza de su carácter, y por su valor heróico, uno de los prodigios del Señor.» Elogio grande en la pluma de un musulman contemporáneo.

Propúsose Yussuf ben Tachfin, el emperador de los Almoravides, recon-

quistar á toda costa á Valencia. Era Valencia para él, dice el citado escritor, una arista en el ojo. Un numeroso ejército mandado por su lugarteniente Ben Aixa fué á ponerle sitio. Al undécimo dia hizo el Cid una salida impetuosa, derrotó á los enemigos y se apoderó de su campo (1096).

Despues de la batalla de Alcoraz ganada por Pedro I. de Aragon, de que daremos cuenta en las cosas de este reino, los nobles aragoneses aconsejaron á su rey que hiciera alianza con el Cid. Gustosos vinieron en ello el aragonés y el castellano, y habiendo tenido una entrevista marcharon reunidos hácia Valencia. Cerca de Játiva salió á su encuentro el general almoravide Ben Aixa con treinta mil hombres; pero lo meditó mejor, y tuvo por prudente evitar el combate. Prosiguiendo despues por la costa hácia el Sur, viéronse acometidos por los Almoravides favorecidos por una escuadra. Comenzaban á desfallecer los cristianos viéndose acosados por mar y por tierra. El Cid recorrió las filas á caballo, los realentó, lanzaron el ejército almoravide de sus ventajosas posiciones, apoderáronse de los efectos de su campo, y volvieron á entrar en Valencia. El de Aragon regresó á sus estados, el castellano se preparó á tomar á Murviedro, donde mandaba el señor de Albarracin, que aliado suyo antes, le habia sido infiel durante el sitio de Valencia (1097).

Primeramente quiso recobrar á Almenara, que cayó en su poder á los tres meses. Púsose despues sobre Murviedro. Pidiéronle los sitiados un plazo de treinta dias, á condicion de rendírsele sino eran en este intervalo socorridos. El Cid se le concedió. El señor de Murviedro y de Albarracin se dirigió sucesivamente en demanda de auxilio á Alfonso de Castilla, á Almostain de Zaragoza, á los Almoravides y al conde de Barcelona. Alfonso contestó que mas le agradaria ver á Murviedro en poder de Rodrigo que en el de un príncipe sarraceno. Negósele Almostain intimidado por las amenazas del Campeador. Los Almoravides no quisieron moverse sin que el emperador Yussuf se pusiera á su cabeza. Y el de Barcelona, que sitiaba á Oropesa, se retiró con solo el rumor de que se aproximaba el Cid. Pasados los treinta dias intimó Rodrigo la rendicion á los sitiados. Disculpáronse ellos con que los mensageros no habian regresado aun, y el Cid les dió espontáneamente un nuevo plazo de doce dias. Pasaron estos, y todavia le suplicaron que prorogára aquel hasta la pascua de Pentecostés: el Cid les concedió generosamente hasta San Juan: tal era la confianza que tenia de que nadie seria osado á socorrerlos, y aun les permitió poner en seguridad sus mugeres, sus hijos y sus bienes. En vano esperaron este largo tiempo los sitiados, nadie se atrevió á acudir en su ayuda, é hizo el Cid su entrada en Murviedro el 24 de junio de 1098. Pidióles entonces el equivalente al dinero que habian enviado á los Almoravides para empeñarlos á que fueran á combatirle, y como no les fuese

posible aprontarlo fueron los moros de Murviedro encadenados y conducidos á Valencia.

Pero Castilla iba á verse bien pronto privada del robusto brazo del mas ilustre de sus guerreros. Los Almoravides mandados por Ben Aixa derrotaron á Afvar Fañez, pariente y compañero del Cid, en las inmediaciones de Cuenca. Avanzaron hácia Alcira y habiendo encontrado alli una parte del ejército de Rodrigo le derrotaron tambien. Cuando los soldados que escaparon con vida le llevaron tan triste nueva, el Cid, jamás vencido cuando él capitaneaba á sus guerreros, murió de pesar (julio de 1099). «¡Que Dios no use de misericordia con él!» añade el escritor arábigo.

Todavia despues de la muerte de Rodrigo su esposa Jimena, digna consorte de tan grande héroe, continuó defendiendo á Valencia contra los reiterados ataques de los Almoravides. Mas de dos años sostuvo la ilustre viuda el honor de las armas castellanas en aquella ciudad ya famosa, hasta que en octubre de 1101 le puso cerco el general almoravide Mazdalí con poderosísimo ejército. Aun asi se sostuvieron firmemente los sitiados por espacio de siete meses, al cabo de los cuales, envió Jimena al obispo de la ciudad, Gerónimo, francés como la mayor parte de los que Alfonso habia colocado, á suplicar al rey de Castilla que acudiera en su socorro. Hízolo asi Alfonso VI., entrando con su ejército en Valencia sin que el de los Almoravides fuera capaz á estorbárselo. Mas conociendo Alfonso que sin el brazo y la espada del Cid seria difícil sostener una ciudad tan apartada del centro de sus estados, determinó abandonarla, y despues de haberla puesto fuego salió con toda la guarnicion cristiana en procesion solemne, llevando Jimena consigo el cadáver de su ilustre esposo. Entró, pues, Mazdalí con sus Almoravides en la ciudad el 5 de mayo de 1102. «¡Que Dios le asigne, dice el escritor musulman, un lugar en el sétimo cielo, y se digne recompensar su celo y sus combates por la santa causa otorgándole las mas bellas recompensas reservadas á los que han practicado la virtud!»

En aquellos momentos mismos escribia Abu Abderrahman ben Tahér al vazzir Abu Abdelmelik: «Os escribo á mediados del mes bendito (Ramadan): hemos triunfado, porque los musulmanes han entrado en Valencia (restitúyale Dios su vigor), despues de haberse visto cubierta de oprobio. El enemigo ha incendiado la mayor parte, dejándola en estado tal que asusta al que la contempla y le hace caer en silenciosa y sombría meditacion. La ha cubierto de negros ropages, como el luto que llevaba cuando se encontraba en ella: un velo cubre todavía su mirada, y su corazon que se agita sobre carbones encendidos lanza suspiros profundos. Pero quédale su cuerpo delicioso: quédale su terreno elevado semejante al oloroso musgo y al oro-

esplendente, sus jardines cubiertos de árboles, su rio de limpias aguas: y gracias á la buena estrella del emir de los musulmanes y á los cuidados que le consagrará, se disiparán las tinieblas que la cubren; recobrará su ornato y sus joyas; por la tarde se adornará de nuevo con sus magníficos vestidos; se mostrará en todo su brillo, y se asemejará al sol cuando ha entrado en el primer signo del Zodiaco. Alabanza á Dios, rey del reino eterno, que la ha purgado de los que adoran muchos dioses. Ahora que ha sido recobrada al Islam, el consuelo ha venido á dulcificar los dolores que el destino y la voluntad de Dios nos habian causado.»

El cuerpo del Cid fué sepultado en el claustro del monasterio de Cardeña. Jimena su esposa murió en 1104, y fué tambien sepultada en aquel ilustre monasterio al lado de su esposo. El Cid tuvo un hijo llamado Diego Rodriguez, que fué muerto por los moros en Consuegra. De las dos hijas de Rodrigo y de Jimena, la mayor llamada Cristina casó con Ramiro, infante de Navarra y señor de Monzon, de cuyo matrimonio nació García Ramirez, el restaurador del reino de Navarra. La otra, nombrada María, tuvo por esposo á Ramon Berenguer III., conde de Barcelona, los cuales hubieron una hija que casó con Bernard, último conde de Besalú (1).

Tales son los hechos históricos mas importantes del Cid Campeador ó por lo menos los que del cotejo de las historias y crónicas arábigas y latinas que conocemos y gozan de alguna autoridad, resultan mas probados y averiguados (2). Objeto y argumento el Cid del mas antiguo monu-

(1) Berganza, Antigued. tom. I. página 553.—Huber, Hist. del Cid, página 215.—Bofarull, Condes, tomo II., p. 157.

(2) Ademas de las obras citadas en las primeras notas de este capítulo, poco nos habrá quedado por consultar de lo muchísimo que del Cid se ha escrito desde el *Poema* hasta las *Vidas de Españoles ilustres* de *Quintana*, y hasta los artículos de *Pidal* y *Hartzembuch* en la *Revista de Madrid* y el *Globo*, y hasta las notas de *Galiano* á la historia de España del inglés *Dunham*.

Por lo mismo estrañamos y lamentamos, y casi no concebimos cómo un español de nuestros dias tan ilustrado como el señor Alcalá Galiano, se atreva á decir en la nota del apèndice U. del tom. II. de dicha Historia, lo siguiente: «*Sobre si ha existido ó no el Cid está pendiente todavia la disputa: siendo imposible determinar de un modo que no deje lugar á la duda por faltar para ello las competentes autoridades.*»

Segun eso, no son autoridades competentes para el señor Galiano ni los escritores árabes de Conde, ni Ibn Bassán, ni Ibn Alabbar, ni Ibn Kaldhun, ni otros que cita y copia Dozy, algunos de los cuales vivieron y escribieron en tiempo del Cid, ó por lo menos, cuando todavía estaban, por decirlo asi, calientes sus cenizas. Segun eso, no son autoridades competentes para el señor Galiano ni los Anales Toledanos, ni los Compostelanos, ni Lúcas de Tuy, ni Rodrigo de Toledo, ni la Crónica general, ni la de Burgos, ni la de Leon, ni ninguna otra crónica. Bien que parece no haber visto ninguno de estos documentos, puesto que mas abajo dice: «*En verdad, el silencio de los escritores mas antiguos tocante al Cid no deja de tener peso.*» Y en seguida: «*Otro silencio hay no menos inexplicable y muy poderoso para probar que era poco conoci-*

mento de la poesía castellana, tema perpétuo de los cantos populares de la edad media, y héroe predilecto de las leyendas y romances, cada poeta y cada romancero fué añadiendo á la vida del Campeador alguna hazaña, algun reto, alguna batalla, alguna aventura amorosa ó caballeresca, mas ó menos verosímiles, hasta hacerle el tipo ideal de los héroes y de los caballeros de la edad media; de todo lo cual, sin admitirlo como historiadores, nos haremos cargo cuando juzguemos al Cid y su época bajo el punto de vista crítico y filosófico (1).

do el Cid en los tiempos en que floreció, y es haber cartas pueblas del tiempo de don Alfonso el VI., firmadas por varios de los principales magnantes del reino, entre las cuales no está el nombre de Rodrigo Diaz.» Remitimos al señor Galiano á las escrituras que hemos citado en nuestro capítulo, y aun podríamos añadir algunas mas si fuese necesario. No nos sorprenderian tales asertos en Dunham y en Southey, á quienes sigue; pero los estrañamos en Galian aun mas que en Masdeu.

En nuestra relacion de los hechos del Cid hemos seguido en mucho la *Crónica general* de don Alfonso el Sabio. Daremos la razon. Esta crónica habia sido mirada como un tejido de leyendas populares y de tradiciones fabulosas. Tiénelas, en efecto, y hay épocas en que es menester mucho discernimiento para distinguir la verdadera historia por entre la multitud de fábulas y romances que se le han agregado. Pero en lo relativo al Cid, que ocupa mas de la mitad de su parte cuarta, el señor Dozy en sus Investigaciones ha hecho ver que la *Chronica* del rey Sábio es la que está mas de acuerdo con las de los árabes que gozan de mas crédito y autoridad y mas inmediatas á los sucesos, escepto en lo que evidentemente ha sido tomado de la desacreditada crónica de Cardeña. El doctor Dozy cita muchas palabras, frases, ideas y locuciones que le hacen creer que la *Chronica general* en este punto no solo está basada sobre autores árabes, sino que en muchas ocasiones se revela haber sido traducidos pasages enteros de ellos. Sospecha que el autor de quien principalmente tomó su relato el cronista fué Ahmed ben Giafar Al Batti, que residia en Valencia durante el sitio del Cid, el cual escribió una historia de Valencia desde la conquista de Toledo por Alfonso VI. hasta la prision de Ben Gehaf. El susodicho autor parece que fué una de las personas que el Cid hizo quemar. En el Diccionario Biográfico de los gramáticos y lexicógrafos por Al Soyutí, se halla el artículo siguiente sobre el dicho Ahmed Al Batti: «habia estudiado las bellas letras, escribió libros de gramática, etc. El Campeador (maldígale Dios), despues que se apoderó de Valencia le hizo quemar.... etc.» Por eso, observa Dozy, el autor de la Chronica general deja de ser exacto desde que llega á la muerte de Ben Gehaf, y haciéndole morir apedreado se pone en contradiccion con Ibn Bassân, valenciano y contemporáneo, y con Ibn Alabbar, valenciano tambien y uno de los mas exactos y verídicos de los árabes. Sea de esto lo que quiera, el crítico holandés ha hecho un servicio grande á la historia con demostrar el acuerdo en que está la Chronica general con las arábigas, facilitando así el conocimiento de los hechos verdaderos é históricos del Cid.

(1) Ni nos compete, ni es fácil dar cuenta de todas las aventuras que los dramas, las leyendas y romances han atribuido al Cid. Mencionaremos algunas, siquiera sea solo como muestra del carácter de la época en que se inventaron.

Desde muy mancebo, dicen, comenzó Rodrigo á mostrar su travesura y su gran corazon; y cuentan que habiendo recibido su padre una afrenta del conde Gormaz, el buen anciano ni comia, ni bebia ni descansaba. Movido de su pena Rodrigo, salió á desafiar al conde, le mató, le cortó la cabeza, y colgándola de la silla de su caballo fué á presentársela á su padre, en ocasion

que éste se hallaba sentado á la mesa sin tocar los manjares que delante tenia. Entonces el hijo llamó la atencion del padre hácia aquel sangriento trofeo, y le dijo: «Mirad la yerba que os ha de volver el apetito: la lengua que os insultó ya no hace oficio de lengua, ni la mano que os afrentó hace el oficio de mano.» El buen viejo se levantó y abrazó á su hijo, diciéndole, que quien habia llevado á su casa aquella cabeza debia serlo de la casa de Lain Calvo. Lo singular fué que la hija del conde, enamorada del Cid, se presentó en la córte de Leon, y puesta de hinojos ante el rey le pidió por esposo á Rodrigo, poniéndole en la alternativa ó de concederle su mano ó de quitarle la vida. Otorgada tan estraña merced, y obtenida la mano de Rodrigo, este la llevó á su casa; pero hizo voto de no conocerla hasta haber ganado cinco batallas campales. Dióse entonces á correr por las tierras comarcanas de los moros, é hizo en efecto cautivos cinco reyes mahometanos.

Yendo en peregrinacion á Santiago de Compostela, al llegar á un vado encontró un leproso, que metido en un barranco rogaba á los transeuntes le pasáran por caridad. Los demas caballeros huyeron de tocar aquel desgraciado; solo Rodrigo tuvo compasion de él, le tomó por su mano, le envolvió en su capa, le colocó en su mula y le llevó al lugar á que iba á dormir. Por la noche le hizo sentar á su lado y comer con él en la misma escudilla. La repugnancia de los compañeros de Rodrigo fué tal, que se imaginaban que la lepra habia contaminado sus platos, y salieron de la pieza á toda prisa. Rodrigo se acostó con el leproso, envueltos ambos en la misma capa. A media noche, cuando Rodrigo se habia dormido, sintió en sus espaldas un soplo fuerte que le despertó. Buscó al leproso, le llamó, y viendo que no respondia, se levantó. encendió una bugía.... el leproso habia desaparecido. Volvióse Rodrigo á acostar con la luz encendida; en esto que se le apareció un hombre vestido de blanco: «¿Duermes, Rodrigo? le preguntó.—No duermo; ¿pero quién eres tú que tanta claridad y tan suave olor difundes?—Soy San Lázaro. Y has de saber que el leproso á quien has hecho tanto bien y tanta honra por amor de Dios, era yo: y en recompensa de ello es la voluntad de Dios que cada vez que sientas un soplo como el que has sentido esta noche, sea señal de que llevarás á feliz remate las cosas que emprendas. Tu fama crecerá de dia en dia, te temerán moros y cristianos, serás invencible, y cuando mueras morirás con honra.»

Son muchas las proezas y hechos maravillosos que suponen ejecutó ya en los reinados de Fernando y de Sancho; pero comienza á aparecer mas novelesco desde que desterrado por Alfonso VI. deja la casa paterna. Pintan con colores vivos y tiernos la afliccion de Rodrigo cuando al disponerse á salir de Vivar vió las salas desiertas, las perchas sin capas, sin asientos el pórtico, y sin halcones los sitios donde estar solian. A su paso por Burgos con su lucida comitiva, hombres y mugeres se asomaban á las ventanas á verle pasar, y nadie se atrevia á recibirle en su casa por temor al rey Alfonso, que habia prohibido severamente que le diesen albergue.

Mio Cid Ruy Diaz por Burgos entraba.
En su compañía LX pendones llevaba.
. . . .
Convidar le yen de grado, mas ninguno non osaba:
El Rey Don Alfonso tanto avie la grand' saña.
Antes de la noche en Burgos dél entró su carta,
Con grand' recabdo é fuertemente sellada:
Que á mio Cid Ruy Diaz que nadi nol' diesen posada;
E aquel que ge la diese sopiese vera palabra
Que perderíe los averes é mas los oyos de la cara,
E aun demas los cuerpos é las almas.
Grande duelo avien las gentes christianas:
Ascóndense de mio Cid ca nol' osan decir nada.

Entonces sin duda debió decir el Cid de su barba aquellas célebres palabras: «Por causa del rey don Alfonso que me ha desterrado de su reino no tocarán tijeras á estos pelos, ni de ellos caerá uno solo, y de esto tendrán que hablar moros y cristianos.»

Multiplicáronse los prodigios en la conquista de Valencia, y sobre todo cuando los Almoravides mandados por el rey Bucar (Seir Abu Bekr) fueron á acometer la ciudad. Entonces no solo el Cid, sino el obispo don Gerónimo, armado de lanza y espada, mató tantos moros que no hubo quien le igualára en matar sino el mismo Campeador; rompiósele el asta de su lanza al prelado guerrero, y echando mano á la espada, no se sabe cuantos infieles murieron á sus golpes. Rodrigo buscaba al rey Bucar, que á todo correr de su caballo huia del Campeador. «¿Por qué asi huyes, le gritaba, tú que has venido de allende el mar á ver al Cid de la luenga barba? Vuelve y nos saludaremos uno á otro.» Pero por mas que el Cid espoleó á su Babieca, el rey moro ganó la orilla del mar; entonces Rodrigo le arrojó su *Tizona* y le hirió entre ambos hombros, y el rey Bucar malamente herido se entró en el mar, y ganó un barquichuelo: el Cid se apeó del caballo y recogió su espada. Asombra el número de moros que segun las leyendas murieron aquel dia.

Volvió mas adelante el rey Bucar sobre Valencia con numerosisimo ejército. El Cid reposaba en su lecho cuando se le apareció un personage, despidiendo un olor fragantisimo y vestido de un ropage blanco como la nieve. Esta vez era San Pedro: «Vengo á anunciarte, le dijo, que no te restan sino treinta dias de vida. Pero es la voluntad de Dios que tus gentes venzan al rey Bucar, y que tú mismo despues de muerto seas el que dés el triunfo en esta batalla. El apóstol Santiago te ayudará, pero antes has de arrepentirte delante de Dios de todos tus pecados. Por el amor que me profesas y por el respeto que siempre has tenido á mi iglesia de San Pedro de Arlanza, el hijo de Dios quiere que te suceda lo que te he dicho.» Al dia siguiente refirió el Cid á sus caballeros la vision que habia tenido, juntamente con otras que hacia siete noches le perseguian, y les anunció que vencerian al rey Bucar y á los treinta y seis reyes moros que le acompañaban. Despues de aquel dircurso se sintió malo y se confesó con el obispo don Gerónimo. Los pocos dias que aun vivió no tomó mas alimento en cada uno que una cucharada del bálsamo y la mirra que el soldan de Persia, noticioso de sus hazañas, le habia enviado de regalo, mezclado con agua rosada. Las fuerzas se le acababan pero su tez se conservaba sonrosada y fresca. La víspera de morir llamó á doña Jimena, al obispo don Gerónimo, á Alvar Fañez, á Pero Bermudez y á Gil Diaz, y les dijo cómo habian de embalsamar su cadáver, y lo que despues habian de hacer de él. Dictó al fin su testamento y murió cristianamente.

A los tres dias de su muerte, el rey Bucar y los treinta y seis reyes moros pusieron sus quince mil tiendas delante de las puertas de Valencia. Habia en el campo moro una negra que capitaneaba otras doscientas negras, con las cabezas rapadas, á escepcion de un mechon de pelo, porque iban cumpliendo una peregrinacion: sus armas eran arcos turcos. A los doce dias de sitio despues de haber hecho todo lo que el Cid habia ordenado, determinaron los cristianos salir de Valencia. El cadáver embalsamado del Cid iba montado en su fiel Babieca, sujeto por medio de una máquina de madera que habia fabricado Gil Diaz. Como se mantenia derecho, y el Cid llevaba los ojos abiertos, la barba peinada, escudo y yelmo de pergamino pintado, que parecia de fierro, y en la mano su formidable tizona, semejaba perfectamente estar vivo. Salieron, pues, de la ciudad. Iba Pero Bermudez de vanguardia: escoltaban á doña Jimena seiscientos caballeros; detrás iba el cadáver del Cid con escolta de cien caballeros, y el obispo y Gil Diaz á sus lados. Alvar Fañez preparó el ataque. De las doscientas negras las ciento fueron al instante derrotadas, las otras ciento hicieron no poco estrago en los cristianos, hasta que habiendo muerto su capitana huyeron todas. Entonces los cristianos atacaron el grueso del ejército musulman. Los moros que vieron un caballero mas alto que los otros, montado en un caballo blanco, en la izquierda un estandarte blanco como la nieve, y en la derecha una espada que parecia de fuego, huian despa-

voridos; hicieron en ellos los fieles horrible matanza, y continuaron victoriosos camino de Castilla.

Llegado que hubieron á San Pedro de Cardeña, colocaron el cadáver del Campeador á la derecha del altar, en una silla de marfil, con una mano descansando sobre su Tizona. En una ocasion entró un judío en la iglesia del monasterio á ver el cadáver del Cid, y como se hallase solo, dijo para sí: «Hé aquí el cadáver del famoso Ruy Diaz de Vivar, cuya barba nadie fué osado á tocar en vida: ahora voy á tocarla yo á ver qué me sucede.» Y alargó el brazo, y en el momento envió Dios su espíritu al Cid, el cual con la mano derecha asió el pomo de su Tizona y la sacó un palmo de la vaina. El judío cayó trastornado y comenzó á dar espantosos gritos. El abad del monasterio, que predicaba en la plaza, oyó los lamentos, suspendió el sermon y acudió con el pueblo á la iglesia. El judío ya no gritaba, parecia difunto; el abad le roció con unas gotas de agua y le volvió á la vida. El judío contó el milagro, se convirtió á la fé de Cristo, se bautizó, recibió el nombre de Diego Gil, y entró al servicio de Gil Diaz.

Fuera largo enumerar los prodigios que los romanceros y poetas, y ya no solo poetas y romanceros, sino los venerables monges de Cardeña aplicaron al Cid en vida y en muerte, y no tan solamente á la persona del héroe, sino á su cadáver, á su féretro, á su cofre, á su tizona, y hasta á su caballo Babieca, que Gil Diaz enterró á la derecha del pórtico del convento, plantando sobre su tumba dos álamos que crecieron enormemente. La historia romancesca del Cid llegó á hacer olvidar su historia verdadera, y ha costado no poco trabajo deslindar la una de la otra, y aun no está de todo punto determinada y clara la línea que las separa y divide. Sucede ademas que al través de las aventuras bélicas, religiosas, amorosas y caballerescas que los poemas y los cantares han atribuido al Cid, se revela el genio de la edad media: á vueltas de estas bellas ficciones, se descubren importantes realidades: los poetas y los monges habrán inventado las anécdotas, pero las anécdotas están basadas sobre el espíritu de la época. De modo que si los anales y las crónicas contienen la historia de los verdaderos sucesos, los poemas, las leyendas, los cantares y las tradiciones desarrollan á nuestra vista el cuadro moral de las pasiones, de las creencias, de los amores, de las luchas políticas, de las costumbres, en fin, que constituian la índole y el genio de la edad media castellana.

Terminaremos esta nota ó apéndice con la célebre aventura de los infantes de Carrion, que tanta popularidad adquirió en España, á pesar de no hallarse apoyada en fundamento alguno histórico que merezca fé. Cuando el Cid conquistó á Valencia, dos caballeros castellanos solicitaron la mano de sus dos hijas. Estos dos caballeros eran los condes de Carrion. Omitiendo las negociaciones que al decir del poeta mediaron entre los pretendientes, el rey Alfonso y el Cid, el doble enlace se verificó, aunque con harta repugnancia de este, y los infantes permanecieron durante dos años en Valencia. Estando allí sus yernos, le sucedió al Cid la famosa aventura del leon que se salió de la jaula y puso en consternacion á todos sus caballeros, habiendo sido los de Carrion los que se condujeron mas cobardemente. Cuando el Cid, agarrando al leon por la melena le volvió á encerrar en su jaula, los infantes de Carrion, que se habian escondido, el uno debajo de una cama, el otro tras del huso de un lagar, salieron de sus escondites, pero tuvieron que sufrir la burla y el sarcasmo de los demas caballeros, lo cual los llenó de cólera, y no pensaron sino en vengar aquella afrenta, aunque sobradamente merecida. Despues de la victoria del Cid sobre el rey Bucar, los infantes de Carrion, á quienes tocó una gran parte del botin, manifestaron su deseo de volverse á Carrion con sus esposas. El Cid accedió á ello, y mandó á Felez que los acompañára.

En Molina fueron muy cortesmente recibidos por el rey Abengalvon, aliado del Cid, el cual en la confianza de amigos tuvo la debilidad de enseñar sus tesoros á sus huéspedes. Ellos, correspondiéndole con ingratitud, proyectaron quitarle vida y riquezas. Un moro que entendia el latin les oyó lo que hablaban, y los denunció á su rey. Abengalvon les afeó su indigno proceder y alevosos designios, mas por consideracion al Cid los dejó partir libremente. Al llegar á los montes de Corpa, meditaron ejecutar otro proyecto todavía mas horrible que desde Va-

lencia traian. A las orillas de un limpio arroyuelo, que en el bosque hallaron, levantaron sus tiendas, y allí pasaron la noche en brazos de sus esposas. Al amanecer ordenaron á la comitiva que se pusiera en marcha y se fuera delante. Luego que quedaron solos con doña Elvira y doña Sol (que así llama la leyenda á las hijas del Cid), les intimaron que iban á vengar en ellas los insultos recibidos de los compañeros de su padre cuando la aventura del leon, y desnudándolas de sus vestidos se prepararon á azotarlas con las correas de sus espuelas. Expusiéronles las desgraciadas hermanas que preferian les cortasen las cabezas con las espadas Colada y Tizona que el Cid les habia dado. Inexorables estuvieron los bárbaros esposos: azotáronlas con correas y espuelas, la sangre corrió de sus cuerpos, y cuando ya el dolor les embargó la voz y no podian gritar, las abandonaron á los buitres y á las fieras del bosque.

Lleno de cuidado esperaba Felez Muñoz á la ladera de una montaña, y cuando vió llegar los infantes sin sus esposas, sospechó alguna catástrofe y se volvió al monte, donde halló á sus desventuradas primas casi moribundas. Las llamó por sus nombres, abrieron ellas los ojos, doña Sol le pidió agua, que él le llevó en su sombrero; puso á las dos damas sobre su caballo, las cubrió con su capa, y tomando el caballo de la brida las condujo á la torre de doña Urraca. Cuando este desaguisado llegó á noticia del Cid, llevó la mano á la barba, y exclamó: «Por esta barba que nadie jamás tocó, los infantes de Carrion no se holgarán de lo que han hecho: en cuanto á mis hijas yo sabré casarlas bien.» Llegaron sus hijas á Valencia, el padre las abrazó tiernamente y volvió á jurar que las casaría bien y que sabria tomar venganza de los de Carrion. Envió, pues, á Muño Gustios á pedir justicia al rey Alfonso de Castilla contra los infantes. Alfonso convocó córtes en Toledo. Los de Carrion pidieron al rey les permitiera no asistir; pero el monarca los obligó á ello. Para intimidar al Cid se presentaron los infantes con gran comitiva y acompañados de García Ordoñez, el mortal enemigo de Ruy Diaz. Alfonso nombró árbitros á los dos condes Enrique y Ramon. El Cid presentó su querella, y reclamó sus dos espadas Colada y Tizona. Los árbitros aprobaron su demanda, y las dos espadas fueron devueltas al Cid. Despues reclamó las riquezas que habia dado á los infantes al partir de Valencia. Hubo algunas dificultades por parte de los de Carrion, pero al fin las restituyeron tambien. Por último, pidió vengar en combate la afrenta que habian hecho á sus hijas. Realizóse el duelo, y los tres campeones del Cid, Pero Bermudez, Martin Antolinez y Muño Gustios vencieron á los dos infantes y á Asur Gonzalez, y las hijas del Cid se casaron con los infantes de Navarra y Aragon.

El autor de esta leyenda (que no se halla en historia alguna fidedigna) parece se propuso infamar la familia de los condes de Carrion, aborrecida acaso en Castilla, los Vani Gomez del poema. Ademas, el conde que hubo en Carrion desde 1088 hasta 1117, fué Pedro Ansurez, que no era de la familia de los Gomez, como puede verse en Sandoval, Sota, Moret, Llorente y otros. De la misma manera pudiéramos evidenciar de apocrifas otras muchas anécdotas del Cid, con que no queremos ya fatigar á nuestros lectores, y que puede ver el que guste en el Poema, en los dramas y en las colecciones de romances de Sanchez, de Duran y de Depping.

CAPITULO III.

FIN DE ALFONSO VI. DE CASTILLA:

SANCHO RAMIREZ Y PEDRO I. EN ARAGON: BERENGUER RAMON II. Y RAMON BERENGUER III. EN CATALUÑA.

De 1094 á 1109.

Casa Alfonso sus dos hijas Urraca y Teresa con dos condes franceses.—Dales en dote lós condados de Galicia y Portugal.—Muerte de la reina Constanza, y matrimonios sucesivos de Alfonso.—La mora Zaida abraza el cristianismo, y se hace reina de Castilla con el nombre de Isabel.—Continuan las guerras de Alfonso con los Almoravides.—Muere Yussuf y su hijo Alí es proclamado emperador de Marruecos y emir de España.—Funesta batalla de Uclés: derrota del ejército castellano, y muerte del príncipe Sancho, único hijo varon de Alfonso.—Sentidos lamentos de este.—Enferma y muere Alfonso VI. de Castilla.—Su elogio.—Sobre las diferentes esposas de este monarca.—Aragon.—Campañas de Sancho Ramirez.—Muere herido de flecha en el sitio de Huesca.—Proclamacion de su hijo don Pedro.—Prosigue el sitio de Huesca.—Muerte de don Pedro, y sucesion de su hermano don Alfonso.—Cataluña.—Hechos de Berenguer II. el Fratricida.—Sus guerras con el Cid.—Importante conquista de Tarragona.—Acusacion y reto por el fratricidio: su resultado.—Auséntase Berenguer de Cataluña.—Entra á regir el condado Ramon Berenguer III. el Grande.

No habia hecho poco Alfonso de Castilla en irse reponiendo del desastre de Zalaca, hasta el punto de triunfar al poco tiempo de los Almoravides en Aledo, y de poder en 1093 hacer una gloriosa expedicion por Estremadura y Portugal, apoderándose sucesivamente de Santaren, Lisboa y Cintra (1). Tanto en Aledo como en la campaña del Algarbe habian hecho importantes

(1) Chron. Lusit. ad ann. 1093.—Id. Conimbric. p. 330.

servicios al monarca castellano aquellos condes franceses que dijimos habian venido á España con el deseo de tomar parte en la solemne lucha que en nuestra Península se sostenia con tanto heroismo en favor de la cristiandad. Habíanle merecido particular predileccion dos caballeros de la ilustre casa de Borgoña, Ramon y Enrique, primo hermanos, y parientes de la reina de Castilla, Constanza, segunda muger de Alfonso VI. (1). De tal modo ganaron estos condes el afecto y privanza del rey, que en 1092 les dió en matrimonio sus dos hijas Urraca y Teresa. Obtuvo el conde Ramon la mano de Urraca, hija legítima de Alfonso, habida de su matrimonio con Constanza. Fuéle dada á Enrique la otra hija de Alfonso llamada Teresa, nacida de la union declarada ilegítima del rey con Jimena Nuñez. A Urraca y Raimundo les dió el condado de Galicia, á Teresa y Enrique el del territorio que de los moros habia ganado en la Lusitania. Principio fué este de grandes sucesos, origen del nuevo reino que habia de erigirse en Portugal, y fundamento que habia de servir para que dos estrangeros fuesen tronco y raiz de dos dinastías reales en España, como lo habremos pronto de ver. De esta manera tomaron los franceses en Castilla en el reinado de Alfonso VI. igual influjo y preponderancia en lo político y en lo militar al que anunciamos habian tomado en lo eclesiástico y lo religioso los prelados y monges de aquella nacion de que aquel monarca llenó las iglesias españolas.

Las invasiones de los Almoravides en el Algarbe y la conquista de Badajoz con la muerte del último emir Omar ben Alaftas que en otro lugar dejamos indicada, hicieron que Alfonso volviera á perder una parte de aquellas adquisiciones, abrieron sus puertas á los africanos Evora, Silves, la misma Lisboa y otras importantes poblaciones de Occidente. Mas distraidas despues las fuerzas musulmanas á la parte de Valencia por el Cid Campeador, y habiendo los dos condes franceses sostenido algunos encuentros y combates con las tropas muslímicas que en Portugal y en sus fronteras habian quedado, hallamos en 197 á Enrique de Borgoña dominando el territorio comprendido entre el Miño y el Tajo, y á Raimundo en posesion de lo que hoy abraza la moderna Galicia, despues de haber ayudado á Alfonso á repoblar las ciudades de Castilla, Avila, Salamanca, Almazan y Segovia (2).

Habiendo fallecido en 1093 la reina Constanza, el monarca castellano contrajo nuevas nupcias con Bertha, repudiada de Enrique IV de Germania,

(1) La reina Constanza era hija de Roberto, duque de Borgoña, y viuda del conde Chalons. Ramon ó Raimundo era hijo de Guillermo de Borgoña, y Enrique lo era de otro Enrique, hermano de aquel, y todos descendientes de Roberto, hermano del rey Enrique II. de Francia.

(2) Sandov. Cinco. Reyes, Alfonso VI.

que á los dos años dejó otra vez vacante con la muerte el tálamo de Alfonso. Una princesa mora fué entonces llamada á compartir con el rey de Castilla el lecho y el trono. Era la bella Zaida, la hija del rey árabe Ebn Abed de Sevilla, que en los tiempos en que su padre habia hecho alianza con el monarca cristiano la habia entregado á éste como prenda de amistad y á título de esposa futura, juntamente con los pueblos de Vilches, de Alarcos, de Mora, de Consuegra, de Ocaña y otros del reino de Toledo, en calidad de dote. Muy jóven en aquel tiempo la hermosa Zaida, habia continuado en poder de Alfonso, segun unos como consorte, segun otros en concepto mas equívoco y menos honroso. Ni lo uno ni lo otro creemos fundado. Ni las crónicas insinúan que Alfonso quebrantára la ley de los cristianos que prohibe la bigamia, ni hay documento que indique que tuviera con la bella musulmana relaciones de naturaleza de producir escándalo.. Pero Alfonso amaba tiernamente á la jóven mora, y el corazon de la hija de Ebn Abed se habia prendado de la grandeza y generosidad del monarca castellano. Ambos deseaban unirse con legítimos lazos, pero la diferencia de religion establecia entre ellos un abismo. Acaso el afecto y la conviccion obraron de concierto en el corazon de Zaida, y Zaida renunció á la fé de sus padres y abrazó la religion de Alfonso; hízose cristiana, y tomó en el bautismo el nombre de María Isabel (con el segundo la nombraba siempre Alfonso y es conocida en los documentos). Entonces el rey, libre de todo compromiso por las muertes sucesivas de Constanza y de Bertha, realizó solemnemente su deseado enlace con Isabel Zaida (1095), de la cual tuvo al año siguiente el ansiado placer de ver nacer un príncipe, fruto de su amor y heredero de su trono, puesto que Sancho, que así se llamó el hijo de Zaida, era el único varon que Alfonso habia logrado tener en sus diferentes consorcios (1).

Pasáronse los años siguientes atendiendo Alfonso á las cosas de su reino, y acudiendo, ya á la parte de Extremadura, ya á la de Aragon ó Andalucía, segun que la necesidad y sus relaciones con los reyes musulmanes y cristianos lo reclamaban, sin que otros sucesos importantes ocurrieran en Castilla que los que en anteriores capítulos dejamos referidos. Así las cosas, volvió Yussuf el emperador de Marruecos por cuarta vez á España, trayendo en su compañía sus dos hijos Abu Tahir Temin y Alí Abul Hassan. Aunque el me-

(1) Isabel comienza á aparecer como reina en las cartas y privilegios del rey Alfonso desde 1095, y apenas hay año que no le hallemos inscrito en algun documento hasta el 1107, en que murió; como puede verse en el libro becerro de la iglesia de Astorga. En un privilegio de 25 de enero de 1103 da el rey don Alfonso á su esposa Isabel los epítetos de *dilectissima*, *amatissima*: y en otro se lee: *Elisabeth Regina divina*. Sota, cit. por Romey.

por este último, tenia mas talento y mas valor que su hermano, y era el predilecto de su padre. Con ellos recorrió las provincias, y hablando de la disposicion y naturaleza del pais comparaba su conjunto á un águila, y decia que la cabeza era Toledo, Calatrava el pico, el pecho Jaen, las uñas Granada, el ala derecha la Algarbia, y la Axarkia el ala izquierda (1). Terminada su visita, convocó los jeques y principales caudillos Almoravides, y concertó con ellos declarar futuro sucesor de todos sus estados de Africa y España á su hijo Alí, cuya carta y pacto de sucesion comenzaba en los siguientes términos: «Alabanza á Dios que usa de misericordia con los que le sirven en las herencias y sucesiones; que hizo á los reyes cabezas de los estados para la paz y concordia de los pueblos... etc.» Estendida y leida la carta, prestado por Alí el juramento de gobernar el imperio en conformidad á las condiciones que su padre le imponia, y por los jeques y vazzires el de aceptar gustosos y contentos la sucesion, firmóse el acta en Córdoba en setiembre de 1103. Entre las condiciones que Yussuf impuso á su hijo relativamente al gobierno de España se hallaban las de que habria de encomendar las magistraturas y gobiernos superiores militares á los morabitas de Lamtuna: que la guerra contra los cristianos y la guarda de las fronteras la hiciese con los musulmanes andaluces como mas prácticos y entendidos en la manera de pelear que convenia para España: que mantuviera constantemente en la Peninsula un ejército bien pagado de 17,000 ginetes Almoravides, distribuidos de esta manera; 7,000 en Sevilla, 1,000 en Córdoba, 3,000 en Granada, 4,000 en el Este y 2,000 en el Oeste; que honrára siempre á los musulmanes andaluces y evitára toda colision con los de Zaragoza que eran el baluarte del Islam.

Dadas estas disposiciones, partió Yussuf otra vez para Ceuta, donde retirado de los negocios comenzó al poco tiempo á enfermar, ó mas bien á sentir la debilidad de la vejez, pues contaba ya cerca de cien años. Lleváronle á Marruecos; pero de cada dia, dice el autor árabe, era mayor su debilidad, tanto que sus fuerzas del todo desaparecieron, «y asi murió (Dios haya misericordia de él) á la salida de la luna de Muharran entrado el año 500 (1107), habiendo vivido cien años y reinado cerca de cuarenta.» Llamáronle el excelente, la estrella de la religion, el defensor de la ley de Dios, y dábanle otros pomposos nombres. Su imperio llegó á ser el mas vasto que se habia conocido, y fué el que hizo predominar en España la raza africana sobre la raza árabe. Su hijo Alí Abul Hassan, que habia ido á recoger sus últimos

(1) Conde. part. III. c. 23.

alientos y á recibir sus postreras instrucciones, fué inmediatamente proclamado emperador en Marruecos.

En aquel mismo año vino Alí á España. En Algeciras recibió á todos los cadíes de las aljamas, á los walíes y gobernadores de las ciudades, á los sábios y principales caballeros del pueblo, que fueron á visitarle, y arregladas las cosas de Andalucía se volvió á Africa, desde donde envió á su hermano Temim, walí que habia sido de Almagreb, confiriéndole el gobierno de Valencia. Deseoso Temim de ejecutar alguna empresa que acreditára su mando en España, propúsose tomar la ciudad y castillo de Uclés, que defendia una fuerte guarnicion castellana. Un numeroso ejército africano asedió la poblacion y la combatió con tal ímpetu que la tomó á viva fuerza. Los cristianos se atrincheraron en el castillo. El rey Alfonso con noticia de este suceso, aunque anciano ya y achacoso de salud, se disponia á partir para socorrer en persona á los defensores de Uclés. Pero impidióselo al decir de algunos autores, una herida recibida en otra anterior batalla (1), y en su lugar envió á los principales de sus condes, y quiso además que fuese en su compañía su hijo Sancho, que aunque de solos once años de edad habia sido ya armado caballero por su padre y sabia manejar un caballo. Iba el jóven príncipe encomendado á su ayo el conde García de Cabra. Encontráronse ambos ejércitos y pelearon con ánimos encarnizados. El triunfo se declaró por los musulmanes. Sobre veinte mil cristianos quedaron en el campo, entre ellos el tierno infante don Sancho, el heredero del trono y el ídolo de su padre (1108). En lo mas récio de la pelea, dice el arzobispo don Rodrigo, el jóven príncipe sintió su caballo gravemente herido, y dirigiéndose á su ayo esclamó: «¡Padre, padre! ¡mi caballo está herido!» A estas voces acudió el conde y presenció la caida simultánea del caballo y del infante. Apeóse el conde del suyo, y cubriendo con su escudo á Sancho se defendió por buen espacio rechazando valerosamente los golpes de multitud de musulmanes que le rodeaban, hasta que enflaquecido por las muchas heridas cayó sobre el cuerpo de Sancho, como para morir antes que su

(1) Sandoval (en sus Cinco Reyes, de quien sin duda la ha adoptado Dozy) supone esta batalla en 1106, y dada en un pueblo de Extremadura nombrado Salatrices. En ella, dice, salió derrotado el rey don Alfonso y herido en una pierna. Retirado á Coria, añade, vió con alegría llegar algunos de sus condes que tenia por perdidos, y como entre ellos fuese el obispo don Pedro de Leon con el roquete salpicado de sangre sobre las armas, exclamó el rey: «*Gracias á Dios que los clérigos hacen lo que habian de hacer los caballeros, y los caballeros se han vuelto clérigos por los mios pecados*:» aludiendo á García Ordoñez el enemigo del Cid, y á los condes de Carrion, que «fea y cobardemente se habian retirado y faltado en la batalla.» Dice tambien que sentido de aquellas palabras el conde García Ordoñez se pasó á los moros y fué causa de grandes males en Castilla.

protegido, y allí sucumbieron los dos. Los otros magnates quisieron sustraerse á la muerte con la huida; pero alcanzados por un destacamento de caballería musulmana fueron los mas degollados. Los que escaparon con vida llevaron la triste nueva al rey don Alfonso, el cual traspasado de dolor y amargura, dicen que esclamó en el lenguage que se supone de su tiempo, en medio de suspiros que parecia arrancarle el corazon: «*¡Ay meu fillo! ¡ay meu fillo! alegría de mi corazon é lume dos meos ollos, solaz de miña vellez: ¡ay meu espello en que yo me soya ver, é con que tomaba moy gran pracer! ¡ay meu heredero mayor! Caballeros, ¿hu me lo lejastes? Dadme meu fillo, condes.*» A lo cual el conde Gomez de Candespina respondió: «Señor, el hijo que nos pides, no nos le confiaste á nosotros.» A esto replicó el rey: «Si no le confié á otros, vosotros erais sus compañeros para el combate y para la defensa; y cuando aquel á quien yo le dí murió amparándole, ¿qué buscais aquí los que le habeis abandonado?—Señor, le respondió Alvar Fañez, pareciónos que no podiamos vencer aquel campo, que seria mayor daño vuestro perecer allí todos en vano, y que no os quedára con quien poder defender la tierra, y las ciudades, fortalezas y castillos que con tanto trabajo habeis ganado; esto nos hizo venir aqui, señor, para que con la falta del príncipe, y con la nuestra no os quedarais de todo punto sin arrimo.» Mas no bastaban razones á consolar al rey, que cada vez lanzaba mas hondos suspiros.

Llamóse esta batalla de Uclés la batalla de los Siete Condes, por el número de los que en ella perecieron, y á esta lamentable derrota se siguió la pérdida de Cuenca, Huete, Ocaña, Consuegra, y otras poblaciones de las que habian formado el dote de Zaida, la cual para mayor desconsuelo del monarca hacia poco tiempo le habia dejado en triste viudez. Habia muerto tambien en 1107 su yerno el conde Ramon de Galicia, el marido de su única hija legitima Urraca, de la cual dejaba un niño de cuatro años llamado Alfonso, nacido en un lugar de la costa de Galicia nombrado Caldas, que de esto se dijo mas adelante Caldas del Rey. Este tierno nieto era el único varon que despues del malogrado Sancho le quedaba de sus diferentes matrimonios al anciano y afligido monarca de Castilla. Tal vez el ánsia de lograr todavía sucesion inmediata varonil fué la que pudo determinarle, á pesar de su provecta edad, de sus achaques y de sus amarguras, á contraer aun nuevas nupcias con una señora nombrada Beatriz, cuyo consorcio le proporcionaria en sus últimos dias algunos consuelos; pero la naturaleza le negó ya el de la sucesion qne tanto apetecia y que tan conveniente hubiera podido ser para la tranquilidad del reino, que harto turbado se vió por aquella falta, como luego hemos de ver.

Tantas y tan hondas penas no podian dejar de abreviar los dias de un príncipe que tantos trabajos y vicisitudes habia sufrido, y á quien por otra parte aquejaban materiales y físicos padecimientos. La enfermedad y las penas le iban simultáneamente consumiendo la vida, que al decir del arzobispo cronista se iba sosteniendo con el ejercicio á caballo que por consejo de los médicos hacia diariamente, como el mas provechoso para quien estaba acostumbrado á las duras fatigas de la campaña (1). Al fin sintiéndose ya estremadamente débil, llamó cerca de sí al arzobispo don Bernardo y á los monges de San Benito, y con ellos pasó los postreros dias. Por último en la noche del 30 de junio de 1109 pasó á gozar del eterno descanso el gran conquistador de Toledo, á los setenta y nueve años de su edad y á los cuarenta y tres y medio de su reinado tan lleno de glorias como de azares y vicisitudes, sostenido con ánimo constante en todas las mudanzas de la fortuna (2). Lloráronle los toledanos, y esclamaban: «¿Cómo asi, oh pastor, abandonas tus ovejas? Ahora los sarracenos y malhechores acometerán el rebaño que estaba encomendado á tu guarda.»

El arzobispo don Rodrigo nos dejó un magnífico elogio de este monarca. «Fué (dice la traduccion antigua) de gran bondad é muy noble, alto en vir«tud, é de gran gloria, y en los sus dias nunca menguó justicia, y el duro «servicio ovo cabo é fin, y las lágrimas lo ovieron, y la fé ovo crecimiento, «y la tierra y el reino ovo ensalzamiento, y el pueblo atrevimiento, y el «enemigo ovo confondimiento. Amansó el cuchillo, quedó el alarábe, ovo «miedo el de África. El lloro y el llanto de España nunca ovo consolador «fasta que este reynó..... La grandía del de su corazon, virtud de los fijos«dalgo, no se tuvo por entero de vivir entre las angosturas de las Asturias, y «escogió el afan y el trabajo por compañero en su vida. El deleite y el vi«cio tovo mezquindad, é probar las dubdosas lides le fué placer é alegría... «Rey crecido, recio, fuerte el su corazon, fiando en nuestro Señor falló gracia ante los ojos de nuestro Señor del cielo é de la tierra.»

Su cuerpo estuvo expuesto por espacio de veinte dias, al cabo de los cuales con gran solemnidad y acompañamiento de obispos, sacerdotes, magnates, guerreros, nobles, plebeyos, hombres y mugeres, cubiertos de ceniza, con los vestidos desaliñados, y dando gritos de dolor, fué trasladado, segun él lo habia dispuesto, al monasterio de Sahagun, de que habia sido gran protector y devoto, donde al decir de algunos historiadores tuvo impulsos de tomar el hábito monacal, donde le habia tomado provisionalmente algun

(1) Roder. Tolet. lib. VI. c. 35.

(2) Pelag. Ovet. n. 15.—Anal. Toled. primeros: p. 386.

tiempo en dias de desventura, y donde yacian las cenizas de sus mugeres (1).

Antes de entrar en las graves alteraciones que á poco de la muerte de este gran príncipe agitaron y conmovieron los reinos cristianos, menester es que volvamos un momento la vista hácia lo que entretanto en Aragon y Cataluña habia acontecido, y mas habiendo de enlazarse tanto despues los sucesos de unos y otros estados.

Hemos visto como las fronteras del reino de Aragon se iban dilatando bajo el enérgico y activo Sancho Ramirez, rey tambien de Navarra, que cada dia tomaba alguna poblacion, alguna fortaleza, algun enriscado castillo á

(1) «El tratado de las mugeres del rey don Alfonso VI. (dice el investigador y erudito Florez en su obra de las *Reinas Católicas*), es una especie de laberinto, donde se entra con facilidad, pero es muy dificultoso acertar á salir mientras no se descubra alguna guia, que hasta hoy no hemos visto, siendo así que han entrado muchos á reconocer el terreno; y aun oyéndolos no se vencen las dudas, antes parece que mientras mas hablan menos nos entendemos.

«Cinco mugeres le señalan comunmente los autores. Algunos añaden mas; otros quitan; y como si no bastára la incertidumbre del número, se nos acrecienta la del órden, ignorándose cuál fué primero, cuál despues. Los escritores antiguos ofrecian un camino algo suave; pero los modernos le han sembrado de espinas, añadiendo tanto número de sendas que es difícil discernir cuál sea la legítima.»

En efecto, no hay sino leer el tratado mismo del ilustrado Florez para ver el caos que los escritores han introducido en el punto relativo á las mugeres de Alfonso VI., á su órden, y á la distincion entre legítimas y concubinas. Creemos no obstante, que pesadas imparcialmente las razones de unos y otros, el caos desaparece en gran parte, y solo quedan algunas diferencias que tampoco vemos imposible concertar. Nosotros nos hemos tomado el trabajo de leerlos casi todos y examinar los datos en que cada cual apoya su opinion, con arreglo á los cuales hemos formado la nuestra, dispuestos á dar razon de los fundamentos que nos han servido para formarla, aunque la naturaleza de una historia general no nos permita ahora detenernos á esplanarlos.

Para nosotros es fuera de duda que la primera muger de Alfonso fué Inés, hija de Guido Guillermo, duque de Aquitania y conde de Poitou: que casó con ella hácia 1074, y duró el matrimonio hasta 1078. Esta reina no tuvo sucesion. (Chron. Malleac.—Escrit. de San Millan.—Fuero de Sepulv.)

Síguese Jimena Nuñez ó Muñoz (segun que al padre nombran unos Nuño y otros Munio), de la cual tuvo Alfonso dos hijas, Elvira y Teresa, que fueron las que casaron la primera con Raimundo de Tolosa, y la segunda con Enrique de Besanzon. De esta Jimena es de la que se cuestiona si fué muger legítima ó fué solo concubina. Para nosotros ni fué concubina ni muger legítima sino muger ilegítima, con la cual no podia casarse por ser parienta en tercer grado de consanguinidad, en que no se dispensaba entonces, y ademas por afinidad; y que esto fué lo que debió escitar la cólera del papa Gregorio VII. para hacer al rey separarse de ella. Mas es indudable que vivió con ella como muger desde el 1078 al 1080, en que casó con su segunda legítima muger Constanza.

Era Constanza hija de Roberto duque de Borgoña, y viuda de Hugo II, conde de Chalons. De ella tuvo á Urraca, la que casó con Raimundo ó Ramon de Borgoña, conde de Galicia, y que fué despues reina de Castilla. Vivió esta reina, que se llamó Emperatriz desde la conquista de Toledo, hasta el año 1092, ó principios del 1093. (Sandov.—Yepes.—Garivay y otros.)

En este año de 1093 casó con Bertha, repudiada de Enrique IV. rey de Germania en 1069. (Crónicas de Francia). Tenemos con Florez por mas auténticas las escrituras que

los sarracenos, acosándolos, y reduciéndolos por las riberas del Ebro y del Gállego, del Cinca y del Alcanadre (1). Enemigo terrible de los dos reyes mahometanos de Zaragoza Al Mutamin y Almostain, hemos visto en cuan apretados conflictos llegó á ponerlos muchas veces, aliándose al efecto con Berenguer de Barcelona y con el emir de Tortosa y Denia Al Mondhir Alfagib, si bien por desgracia contrariado en muchas ocasiones y teniendo que medir sus armas con las del Cid Campeador (2). A pesar de estas contrariedades llegó el caso de considerarse bastante fuerte para poner en ejercicio el proyecto que constituia el blanco de sus mas vehementes deseos, el de la

suponen haber fallecido Bertha en 1095, en cuyo año mencionan ya á Isabel. Tampoco tuvo Alfonso sucesion de esta reina, y el deseo de tener un heredero legítimo y varon era sin duda una de las causas de multiplicar tantos matrimonios.

Convienen todos en que Alfonso tuvo una cuarta muger legítima nombrada Isabel, y están todos igualmente de acuerdo en que el hijo único del rey, Sancho, el que murió en la batalla de Uclés, le habia tenido de Zaida, hija de Ebn Abed el rey árabe de Sevilla, la cual para unirse á Alfonso se habia hecho cristiana y tomado por nombre bautismal María Isabel, aunque el rey la nombraba Isabel solamente, y era el solo que usaba en las escrituras. Hé aquí al parecer dos Isabeles, que han sido causa de las mas debatidas cuestiones entre los historiadores, y en lo que está lo mas complicado del laberinto de las mugeres de Alfonso VI. Pues los que admiten las dos como mugeres legítimas no saben cuándo ni dónde colocar la una que no estorbe á la otra y que no trastorne la cronología. Y los que hacen á Isabel Zaida concubina solamente, no aciertan á esplicar ni el ser tenido su hijo Sancho por heredero legítimo del trono de Castilla, ni las escrituras en que se nombra una Isabel como muger legítima despues que suponen muerta la otra, ni saben de quién pudo ser hija la primera. Y sobre esto han armado una madeja de cuestiones que en el supuesto de las dos Isabeles no es fácil desenredar.

Nosotros tenemos por cierta la inexistencia de la que se supone primera Isabel, á quien Lucas de Tuy, y otros escritores posteriores, y hasta un epitafio que le pusieron en Leon, la hacen hija de Luis, rey de Francia, y es cierto y averiguado por todas las historias de aquella nacion que el rey de Francia á que alude el Tudense no tuvo ninguna hija que se llamára Isabel. Creemos pues que no hubo mas Isabel que Zaida, la hija del rey moro de Sevilla, que tomó aquel nombre al hacerse cristiana, que fué muger legítima de Alfonso, que estuvo casada con él desde 1095 ó 96 hasta 1107 en que murió, que de este matrimonio nació Sancho, el que pereció en Uclés, heredero legítimo que era del reino, y que luego tuvieron á Sancha y Elvira, que casaron despues la una con el conde Rodrigo Gonzalez de Lara, y la otra con Rogerio I. rey de Sicilia. Ademas de los datos que hay para creer esta opinion la mas segura, es la única que puede conciliar el órden y las fechas de todos los matrimonios de este rey, y las edades de cada uno de sus hijos, sin embarazo ni confusion.

Poco feliz el rey en la sucesion varonil que tanto deseaba, y suspirando todavia por ella, casó aun, á pesar de su edad y sus achaques, en 1108, con Beatriz á quien el arzobispo don Rodrigo hace tambien francesa, y la cual le sobrevivió, habiendo muerto el rey, como hemos dicho, en 1109. Dé Beatriz no se sabe mas sino que luego que enviudó se volvió á su patria. (Pelag. Ovet. Chron. número 14.)

Tales fueron las mugeres de Alfonso VI. segun los documentos que tenemos por mas fehacientes.

En 1101 habian muerto las dos hermanas del rey doña Urraca y doña Elvira, las que habian tenido las ciudades de Zamora y de Toro. (Sandov. Cinco Reyes.

(1) Vease el cap. 24 del anterior libro.
(2) Cap. 1.º de este libro.

conquista de Huesca, uno de los mas fuertes baluartes de los infieles y su principal escudo de defensa contra las armas cristianas de Aragon. Habia ido Sancho Ramirez preparando muy diestramente el terreno para esta importante conquista, y cuando se determinó ya á ponerle sitio llevó consigo respetable hueste de aragoneses y navarros que distribuyó en los collados de alrededor.

Sentó el rey sus reales en un montecillo ó repecho de donde podia ofender grandemente á los sitiados, y que desde entonces tomó el nombre de *el Pueyo* de Sancho. El cerco no obstante continuaba con lentitud, porque los sitiados se defendian con bizarría. Impaciente el monarca aragonés púsose un dia á reconocer el muro, y habiendo hallado en él una parte mas flaca que las otras, y por donde le parecia que se podria fácilmente combatir, levantó el brazo derecho para señalar aquel sitio á sus compañeros de armas: en esto una flecha arrojada desde el adarve vino á herir al rey debajo del brazo en la parte que dejó descubierta el escote de la loriga. La fatal saeta llevaba en su punta la muerte, como la que atravesó á Alfonso V. en el sitio de Viseo. Conociólo asi Sancho, y convocando á todos los ricos-hombres y caballeros hizo jurar ante ellos á sus dos hijos don Pedro y don Alfonso, que no levantarian el cerco hasta tener ganada la ciudad y puesta bajo su dominio y poder. Hecho esto, y consolando con animoso esfuerzo á los príncipes y á sus caudillos, murió este aguerrido y valeroso monarca el dia 4 de junio del año 1094. Su cuerpo fué llevado al monasterio de Monte-aragon fundado por él, donde estuvo depositado hasta que ganada la ciudad le trasladaron al de San Juan de la Peña, donde le dieron honrosa sepultura (1).

Muerto don Sancho, y aclamado y reconocido por rey su hijo don Pedro, continuó éste el sitio de Huesca con el mismo ánimo, perseverancia y empeño con que hubiera podido hacerlo su padre. Mas considerando tambien el de Zaragoza que de la conservacion ó pérdida de Huesca dependia la posesion de toda la tierra llana, hizo un llamamiento general á los musulmanes de su reino, y aun invocó la cooperacion de dos condes cristianos sus amigos, Gonzalo y García Ordoñez de Nájera (2); «ca en aquella revuelta de tiempos «y estrago de costumbres, dice un historiador, no se tenia por escrúpulo que «cristianos ayudasen á los moros contra otros cristianos.» Púsose en marcha el ejército infiel, sin que su número arredrára al nuevo rey don Pedro; antes

(1) Anal. Compostol.—Roder. Tolet.—Zurita, Abarca, y otros escritores de Aragon.

(2) Este García Ordoñez, que aparece unas veces peleando en las filas de Alfonso de Castilla, otras guerreando en favor de los moros, es un personage misterioso é incomprensible, cuya biografía seria dificilísimo escribir,

salió á encontrarle, marchando delante de todos el príncipe Alfonso su hermano, que ya anunciaba lo que habia de ser mas adelante este insigne guerrero. Acompañábanle los principales caballeros y ricos hombres de Aragon, los Gaston de Biel, los Lizanas, los Bacallas, los Lunas, y aquel Fortuño, que dicen traia de Gascuña trescientos peones armados de mazas, de que tomó el nombre de Fortuño Maza que dejó á sus nobles descendientes.

Los agarenos eran en tan gran número que cubrian todo el camino desde las riberas del Ebro hasta las del Gállego. El conde García envió un atento mensage al rey don Pedro aconsejándole que levantára el sitio, porque no era posible que escapára ningun cristiano. La respuesta del rey fué avanzar á los campos de Alcoráz, donde se encontraron las dos huestes. El príncipe don Alfonso fué el que comenzó el combate haciendo terrible daño á los infieles. La pelea se fué generalizando y embraveciendo: convienen todos en que fué de las mayores y mas sangrientas batallas que se habian dado entre musulmanes y cristianos: duró hasta la noche, y el arrogante don García, auxiliar de los moros, el que decia que no podria escapar ningun cristiano, fué uno de los prisioneros (1). Aguardaban los aragoneses que al dia siguiente se renovára la pelea, y lo que al dia siguiente sucedió fué ver desamparados los reales de los infieles, que con pérdida de treinta á cuarenta mil muertos se habian retirado de prisa con su rey á Zaragoza. Ganada la batalla, volvió el rey don Pedro sobre Huesca, que á los ocho dias se le rindió, y entró en ella triunfante el 25 de noviembre de 1096. Esto es lo que refieren las crónicas cristianas; veamos como la cuentan los árabes.

«El rey de Zaragoza Almostain Billah Abu Giafar, cuando creia descan-«sar, y que los cristianos escarmentados en Zalaca le dejarian gozar de la fe-«licidad de aquella victoria, se vió acometido de muchedumbre de infieles que «acaudillaba el tirano Aben Radmir (2). Salió contra él con cuanta gente pu-«do allegar, que serian veinte mil hombres entre ginetes y peones, gente muy «esforzada, y robusta columna del Islam. Encontráronse estas tropas con las «del tirano Aben Radmir, que eran igual número entre caballos y peones. Fué «el encuentro de estas dos huestes, dice Ben Hudeil, cerca de Medina Huesca, «fronteras de España Oriental (fortifíquelas Dios y ampárelas). Estaban am-«bos ejércitos muy confiados cada uno en su poder y en el valor y destre-«za de sus caudillos, hijos de la guerra, leones embravecidos. Presentáron-«se la batalla, y al principio de ella dijo Aben Radmir (destrúyale Dios) á sus

(1) Debió ser puesto pronto en libertad, porque en 19 de mayo de 1097 aparece otra vez acompañando á Alfonso de Castilla en una espedicion hácia Zaragoza.

(2) Esto es, el hijo de Ramiro; Sancho Ramirez.

«principales campeadores: «Ea, mis amigos, señalemos con piedra blanca es-«te dia; ánimo y á ellos.» En este punto se trabàron las dos contrarias hues-«tes con igual denuedo y valor, y fué la batalla muy reñida y sangrienta, «que ninguno tornó la cara á la espantosa muerte, ni queria ceder ni perder «su puesto ni fila, y mucho menos el campo: cada uno queria que su caudillo «le viese peleando como bravo leon, hasta que fatigados ambos ejércitos que «no podian menear las armas suspendieron la cruel matanza á la hora de alah-«zar. Estuviéronse mirando unos á otros como una hora, y luego haciendo se-«ñal ellos con sus bocinas y trompetas, y nosotros con nuestros atambores, «se trabó con nuevo ímpetu la porfiada y sangrienta lid: acometieron los cris-«tianos con tal pujanza que de tropel entraron dividiendo nuestra hueste, «y así hendida aquella fortaleza que se mantenia, se siguió la confusion y «desordenada fuga, *y la espada del vencedor se cebó en las gargantas muslí-«micas hasta la venida de la noche*, y el rey Almostain el Zagir Aben Hud y «los suyos se acogieron á la ciudad de Huesca.

«Luego los cristianos cercaron la ciudad y la combatian con máquinas é in-«genios, y los valientes muslimes salian y daban rebatos, y se los destruian, y «en uno de estos fué herido y muerto de saeta Aben Radmir, el rey de los «cristianos: pero no por eso levantaron el sitio, antes bien con nuevas tro-«pas vinieron á la conquista. Estaban los muslimes muy apurados, y como «Almostain hubiese logrado salir de la ciudad allegó muchas gentes, y pidió «auxilio á los emires de Albarracin y de Játiva y Denia, que luego fueron «en su ayuda. Con la fama de la venida de este socorro los cristianos levan-«taron su campo de Huesca, y salieron con poderosa hueste al encuentro «de los muslimes. Fué el encuentro en cercanías de la fortaleza de Alcora-«za, acometiéronse con grande ánimo y la pelea fué muy reñida y sangrienta «que duró hasta la venida de la noche: en ella los muslimes recibieron gra-«ve daño, y muchos principales, asi que como fuesen gentes diversas, cul-«pando los unos á los otros del suceso, no quisieron esperar al dia siguiente «la suerte de nuevo combate, y unos por una parte y otros por otra se reti-«raron aquella noche, dejando muchos muertos y heridos en montes y valles «para agradable pasto de las fieras y de las aves carnívoras. El rey Almostain «se retiró á Zaragoza perdiendo la esperanza de mantener aquella ciudad, y «pocos dias despues se entregó Huesca á los cristianos (1).»

De esta victoria data el haber tomado los reyes de Aragon por armas la cruz de San Jorge en campo de plata (pues los historiadores aficionados á

(1) Conde, part. III. cap. 18.—Dozy copia la relacion de Al-Tortoschi, autor contemporáneo, que conviene en todo lo sustancial con la de Ben Hudeil.

apariciones dicen que San Jorge anduvo á caballo en aquella batalla), y en los cuadros del escudo cuatro cabezas rojas que dicen representan cuatro reyes ó caudillos moros que en aquella jornada murieron.

Dueño don Pedro de Huesca, hizo convertir la mezquita principal en templo cristiano, que se dió al obispo de Jaca para establecer en ella la silla episcopal, como habia estado antes de la entrada de los moros, y el obispo de Jaca volvió á intitularse de Huesca. Y el papa Urbano II. con noticia de esta victoria, confirmó al rey la facultad que Alejandro II. y Gregorio VII. habian concedido á su padre para que los reyes de Aragon pudiesen distribuir las rentas de las iglesias que se ganasen de los moros, y de las que de nuevo se edificasen, á escepcion de las catedrales; dando tambien facultad á los ricos-hombres para que pudiesen anejar á cualquier monasterio, ó reservarse para sí y sus herederos cualesquiera iglesias de lugares de moros que ganasen en la guerra, ó las que se fundasen en sus propios heredamientos, con las décimas y primicias, á condicion de hacer celebrar los oficios divinos por personas convenientes con lo demas necesario al culto (1).

Siguió á la conquista de Huesca la alianza del aragonés con el Cid y su expedicion á Valencia segun en el capítulo II lo dejamos referido. De regreso á sus estados prosiguió el rey don Pedro atacando denodadamente los castillos y fortalezas de los moros, entre ellos el formidable de Calasanz, el de Pertusa, con que terminó la campaña de 1099, y por último la importante plaza de Barbastro (1100), con los castillos de Ballovar y Velilla, últimas reliquias del reino de Huesca. Viósele en 1102 correr las fronteras de Cataluña, donde habian quedado á los moros algunos asilos que les quitó sin dificultad, y en 1104 entrar atrevidamente por tierras de Zaragoza hasta poner el pie cerca de sus muros, talar y destruir su campiña, y retirarse á Huesca, donde pronto iban á verse malogradas las esperanzas que á los aragoneses habia infundido la reputacion de su jóven monarca. La pérdida de un tierno príncipe de su mismo nombre que habia tenido de su esposa Bertha acibaró los dias de aquel ilustre soberano en términos que sobrevivió muy poco tiempo á la prematura muerte de su hijo. Ni sus glorias de conquistador fueron bastantes á consolarle, ni la robustez de la edad, que contaba entonces treinta y cinco años, pudo neutralizar el estrago que en su naturaleza produjo el dolor de aquel infortunio, y el 28 de setiembre de aquel mismo año (1104) lloraron los aragoneses el fallecimiento del conquistador de Huesca y de Barbastro. Mucho en verdad los consoló el haber recaido la sucesion del reino en su hermano Alfonso, príncipe animoso y fuerte, que habia de merecer mas adelante el so-

(1) Zurita, Anal. part. I. c 32.—Bula de Urbano II.

brenombre de Batallador; pero cuyos hechos nos reservamos referir en otro capítulo por el íntimo enlace que tuvieron con los sucesos de Castilla que siguieron á la muerte de Alfonso VI.

Dejamos en Cataluña al conde de Barcelona Berenguer Ramon II. *el Fratricida* rigiendo el estado por sí y como tutor del tierno príncipe Ramon Berenguer, el hijo de su hermano Cap de Estopa el asesinado (1), si bien con la condicion impuesta por los condes y barones de que la tutela no hubiese de durar sino hasta que el huérfano niño cumpliese los quince años y con ellos adquiriese el derecho de reinar calzando las espuelas de caballero. Ocupado trajeron al Fratricida en los siguientes años las guerras en que le hemos visto envuelto con el Cid Campeador, tan funestas para la causa de la cristiandad como las alianzas del conde catalan con el rey de Tortosa y Denia Al Mondhir Alfagib, que dejamos en otra parte referidas (2).

En medio de estas lamentables escisiones entre el conde barcelonés y el guerrero castellano, una empresa grande, noble, digna, vino á ocupar la atencion del primero con gran contentamiento de los catalanes: tal fué el proyecto de reconquistar la antigua metrópoli de la España Citerior, la célebre Tarragona, punto avanzado que los musulmanes poseian en el Oriente de España y cuya ventajosa posicion para el tráfico de mar les hacia cuidar con particular interés de su conservacion. Ya en el anterior condado el clero catalan, ansioso de recobrar su antigua metrópoli, habia hecho escitaciones para que se acometiera una empresa á la vez patriótica y religiosa; ya habia preocupado este pensamiento á don Ramon Berenguer el Viejo; y ahora el hijo, mal seguro de la sumision de los condes y barones, menos seguro todavía del cariño del pueblo, temeroso de ver recaer sobre sí las penas y censuras de la iglesia y acosado tal vez de remordimientos, no podia menos de acoger con ahinco un proyecto cuya ejecucion habria de borrar en gran parte el hondo disgusto que en todo el pais y en todos los ánimos habia producido el fratricidio. Por otra parte el obispo de Vich, cabeza de la asamblea de los vengadores de aquel crimen, tenia el mayor interés en la realizacion de una conquista que habia de valerle la posesion de aquella silla metropolitana, por haberlo ofrecido así la Santa Sede para cuando llegára el caso de la apetecida restauracion. Así mientras el conde soberano se aparejaba para una empresa de que esperaba habria de resultar su rehabilitacion en el aprecio público, el prelado Ausonense partia á Roma á implorar los auxilios del gefe de la cristiandad.

Ocupaba entonces la silla de San Pedro el papa Urbano II., el gran pro-

(1) Cap. 24 del anterior libro.

(2) Cap. 1.º de este libro.

moveaor de las cruzadas á la Tierra Santa que á la sazon absorbian el pensamiento y el entusiasmo del mundo cristiano. El pontífice vió en el proyecto de recobrar y restaurar la iglesia Tarraconense un motivo de cruzada no menos digno de los apóstoles y de los guerreros de la fé que el de recuperar los santos lugares; por lo cual no solo acogió con gusto la demanda del prelado catalan, sino que eximió del voto de cruzarse para la Palestina á cuantos quisiesen acudir á la reconquista de Tarragona, «futuro antemural, decia, del pueblo cristiano;» concedió jubileo plenísimo á los que personalmente acompañasen la espedicion, otorgó otras muchas gracias espirituales, confirmó al obispo de Vich la futura prelacía de aquella metrópoli, y escitó eficazmente á todos los príncipes, barones y caballeros, eclesiásticos y seglares de los paises limítrofes, á que concurrieran á la santa empresa. Con tales elementos activáronse los preparativos, alistáronse en gran número los guerreros, y abrióse la campaña. Prósperas y felices marcharon las primeras operaciones; fueron los sarracenos perdiendo sus castillos; la ciudad de las antiguas murallas ciclópeas fué con impetuoso vigor acometida, y los pendones del cristianismo tremolaron en los muros en que tiempos atrás resplandecieron las águilas romanas y en que despues habia ondeado orgulloso el estandarte de Mahoma (1090). Lanzados los infieles de la ciudad y campo de Tarragona, y forzados á internarse en lo mas áspero de las montañas de Prades al abrigo de Ciurana y de Tortosa, limpio de sarracenos el territorio comprendido entre el llano de Tarragona y de Urgel, quedó allanado el camino para los futuros ataques de Tortosa y de Lérida. Restaurada y purificada solemnemente aquella insigne iglesia, y arreglado lo conveniente al gobierno de la ciudad, el conde Berenguer hizo donacion de su conquista al apóstol San Pedro, y á los pontífices sucesores suyos: «con lo cual, añade un ilustrado escritor catalan, acaba de ser notorio que vino en la empresa movido de penitencia y cuánto ansiaba detener el rayo del Vaticano (1).»

De incalculables y felicísimas consecuencias hubiera podido ser para todo el Oriente de España la gloriosa conquista de Tarragona, si seguidamente no hubieran embarazado de nuevo al conde Berenguer y á los catalanes las guerras con el Cid, sus descalabros y contratiempos en Calamocha y Tobar del Pinar (1092) que en otra parte dejamos referidos, su estancia en Zaragoza y sus correrías por tierras de Valencia despues de avenido con el Campeador, hasta la conquista de Murviedro por el de Vivar y el sitio de Oropesa por el barcelonés (1095). La misma Tortosa habia sido ya objeto de algunas tentativas de parte de Berenguer II. en 1096, cuando de repente se

(1) Piferrer, Recuerdos y Bellezas, tom. de Cataluña, p. 117.

ve vacar la corona condal, y al año siguiente se encuentra á su jóven sobrino rigiendo por sí el estado. ¿Qué fué lo que motivó tan repentina desaparicion?

Las expediciones militares del conde Berenguer Ramon II. pudieron acaso suspender, pero no hacer desistir á los magnates barceloneses de su empeño en descubrir y castigar al perpetrador de la muerte de Ramon Cap de Estopa; y aunque la asamblea de 1085 no tuvo el resultado que entonces se propusieron, no pararon los coligados, especialmente Bernardo Guillermo de Queralt, Ramon Folch de Cardona y Arnaldo Miron, hasta retar como buenos al uso de aquellos tiempos, y obligarle á fuer de caballero á presentarse al reto en la córte de Alfonso VI. de Castilla, donde al fin fué convencido de su traicion y alevosía judicialmente ó *per batallam* (1). Este singular juicio debió verificarse entre el 1096 y el 1097, que es la fecha que media entre las últimas escrituras que se hallan firmadas por este conde y su desaparicion del condado de Barcelona. Convencido pues y deshonrado el fratricida, tomó la única resolucion que era ya compatible con el descrédito en que la prueba de su delito le ponia á los ojos de los catalanes: la de partir á la Tierra Santa. Asi y por tan misteriosos caminos conduce muchas veces la Providencia á los hombres á la expiacion de sus crímenes. Allá en aquellos apartados lugares murió batallando en defensa de la cruz el matador de su hermano, con cuya penitencia pudo acaso aplacar al eterno juez, ya que acá sus hazañas no fueron bastantes á desenojar á los vengadores del fratricidio (2).

Como ya en aquel tiempo el jóven Ramon Berenguer, hijo del asesinado y sobrino del fratricida, el defendido y amparado en su niñez por la fidelidad de los catalanes en medio de aquellas turbaciones y guerras, se hallase en la edad de los quince años en que podia ser armado caballero, fué proclamado conde y sucesor de su padre con arreglo al testamento de su abuelo. Acaso ya entonces se habia enlazado el jóven príncipe con María, la hija segunda del Cid y de doña Jimena, de quien hablamos arriba, y de la cual solo tuvo una hija cuyo nombre se ignora (3). Muerta ésta, casóse hácia

(1) Este hecho ha pasado desconocido de nuestros historiadores hasta que nos le ha descubierto el investigador é ilustrado señor Bofarull en sus *Condes vindicados*.

(2) Necrologio de Ripoll.—Zurita, Anal. p. I. c. 26.—Gaultier d'Arc, Histoire des conquêtes des Normands, etc.—Muchos catalanes iban ya entonces á la conquista de la Tierra Santa, creciendo el furor de cruzarse para la Palestina al paso que menguaba el temor por la seguridad de Cataluña.

(3) Archivo de la corona de Aragon, Colecc. del undécimo conde.—Apend. á la Marca Hispana, números 337 al 339

mediados de 1106 con Almodis, de la cual no tuvo sucesion, y últimamente de terceras nupcias en 1112 con Dulcia, condesa de Provenza, de quien tuvo tres hijos y cuatro hijas, de los cuales hablaremos mas adelante.

Fué este conde el conocido con el nombre de Ramon Berenguer III. el Grande, príncipe valeroso y esforzado caballero, como tendremos ocasion de ver en otro lugar: puesto que los sucesos del reinado de don Ramon Berenguer III. serán ya objeto y materia de otro capítulo.

CAPITULO IV.

DOÑA URRACA EN CASTILLA:

DON ALFONSO I. EN ARAGON.

De 1109 á 1134

Dificultades de este reinado. Opuestos juicios de los historiadores.—Matrimonio de doña Urraca con don Alfonso I. de Aragon.—Desavenencias conyugales.—Disturbios, guerras, calamidades que ocasionan en el reino.—La reina presa por su esposo.—Indole y carácter de los dos consortes.—Alternativas de avenencias y discordias. Guerras entre castellanos y aragoneses.—Batallas de Candespina y Villadangos.—Proclamacion de Alfonso Raimundez en Galicia.—Guerrean entre sí la reina y el rey, la madre y el hijo, Enrique de Portugal, el obispo Gelmirez, doña Urraca y su hermana doña Teresa.—Declárase la nulidad del matrimonio.—Retírase don Alfonso á Aragon.—Nuevas turbulencias en Castilla, Galicia y Portugal.—Gran motin en Santiago: los sublevados incendian la catedral, maltratan á la reina é intentan matar al obispo: paz momentánea.—Nuevos disturbios y guerras.—Amorosas relaciones de doña Urraca: su muerte: proclamacion de Alfonso VII. su hijo.—Entradas de los sarracenos en Castilla.—Sucesos de Aragon.—Triunfos y proezas de Alfonso I. *el Batallador*.—Importante conquista de Zaragoza.—Atrevida espedicion de Alfonso á Andalucía.—Nuevas invasiones en Castilla: su término.—Franquea el Batallador por segunda vez los Pirineos y toma á Bayona.—Sitio de Fraga: su muerte.—Célebre y singular testamento en que cede su reino á tres órdenes religiosas.

Turbulento, aciago, calamitoso, y tristemente célebre fué el reinado de doña Urraca: «episodio funesto dijimos ya en nuestro discurso preliminar, que borraríamos de buen grado de las páginas históricas de nuestra patria.» Y no somos solos á decirlo: díjolo ya antes que nosotros el autor del prólogo á la historia de doña Urraca por el obispo Sandoval con estas palabras: «Deberíamos descartar tales reinados de la série de los que constituyen

nuestra historia nacional (1).» Y como si fuese poco embarazo para el historiador haber de dar algun órden y claridad al caos de turbulencias y agitaciones, de desconcierto y de anarquía que distinguió este desastroso período, viene á darle nuevo tormento la mas lamentable discordancia entre los escritores que nos han trasmitido los sucesos y la divergencia mas lastimosa en los juicios y calificaciones de los pesonages que en ellos intervinieron.

Los unos, como por ejemplo, Lucas de Tuy y el arzobispo de Toledo, á quienes siguen Mariana y otros, hacen recaer toda la culpabilidad de los desastres y de las discordias en la reina de Castilla, á la cual llaman «muger recia de condicion y brava;» hablan de sus «mal encubiertas deshonestidades;» dicen «que con mengua de su marido andaba mas suelta de lo que sufria el estado de su persona;» y suponen que el haberse separado del rey «fué porque este prudentísimo varon procuraba refrenar y corregir sus liviandades.» Mientras otros, como Berganza y Perez, y mas especialmente los maestros Florez y Risco, rechazan como calumniosas todas las flaquezas que le han sido atribuidas, y echan toda la odiosidad de las desavenencias y disturbios sobre el rey don Alfonso, suponiéndole las intenciones mas aviesas y los hechos mas sacrílegos, llamándole rudo maltratador de su esposa, tiránico perseguidor de sacerdotes y obispos, profanador y destructor de templos, robador de haciendas y de vasos sagrados, y atentador á la vida del tierno príncipe. No hay maldad que los unos no atribuyan al rey; no hay estravío que los otros no achaquen á la reina.

Juicios mas encontrados y opuestos, si en lo posible cabe, hallamos acerca del prelado de Compostela Gelmirez, personage importante de esta época. Al decir de la Historia Compostelana, el obispo Gelmirez fué un dechado de santidad y de virtud, como apóstol, como guerrero, como consejero del niño Alfonso, y como tál favorecido singularmente de Dios por una larga série

(1) Mas no nos es posible á nosotros, historiadores españoles, seguir el partido que ha adoptado Romey, que ha sido pasar casi en blanco el reinado de doña Urraca, supliendo el vacío con una estensísima relacion de los hechos de los árabes en aquel tiempo; como si aquel erudito historiador se hubiera arredrado ante las inmensas dificultades y complicaciones que este reinado ofrece; cosa que sin embargo estrañamos en tan laborioso y discreto investigador.

Conociendo estas mismas dificultades el ilustrado señor Herculano, moderno historiador de Portugal, dice hablando de este reinado: «En la falta absoluta de notas cronológicas que se encuentra en las crónicas contemporáneas el historiador moderno que desea atinar con la verdad se ve muchas veces perplejo para señalar el órden y el enlace de los acontecimientos. Cuando la España tenga una historia escrita con sinceridad y conciencia, el período del gobierno de Doña Urraca será uno de los que pongan á mas dura prueba el discernimiento del historiador.» Hist. de Portugal, tomo I, p. 217.

de extraordinarios favores. El autor de la España Sagrada le coloca en el número de los héroes evangélicos, y le encomia y le ensalza como varon doctísimo, como moralizador de la iglesia, como generoso y fiel á su reina: mientras el crítico Masdeu hace de él el siguiente horrible retrato: «El arzobispo, dice, ciego por Francia, aborrece á España; se dedicó á la milicia mas que á la iglesia; fué codicioso y usurpador de lo ageno; fué inquieto y litigioso; infiel á sus dos reyes Alfonsos y á su reina doña Urraca; traidor y vengativo; famoso por su excesiva ambicion; insigne por sus sacrílegas simonías... regalaba dinero por no obedecer al papa; obligaba á sus penitentes á darle regalos en pena de sus culpas... consiguió á peso de oro las dignidades de arzobispo y nuncio... etc.» ¿Quién será capaz de reconocer á un personage por dos tan opuestos retratos?

Mas fácil es conocer las influencias y los fines que guiaron las plumas de escritores tan antagonistas, y lícito será sospechar que panegiristas y detractores escribieron con apasionamiento, y fueron extremados los unos en sus alabanzas, los otros en sus vituperios. Nosotros emitiremos con desapasionada imparcialidad lo que del cotejo de unos y otros autores creemos resulta mas conforme á las leyes y reglas de la verdad histórica.

Poco antes de morir Alfonso VI. de Castilla declaró heredera de sus reinos á su hija legítima doña Urraca, viuda de Ramon de Borgoña, conde de Galicia, que habia fallecido en 1107 en Grajal de Campos, y del cual tenia dos tiernos niños, Alfonso y Sancha. Ya en vida de aquel monarca se habia tratado de las segundas nupcias de la heredera de Castilla; mas aunque su padre se manifestó inclinado á que se enlazára con Alfonso de Aragon, acaso con el laudable designio de que llegáran á reunirse asi las dos coronas de Aragon y de Castilla, no se realizó entonces el consorcio, antes bien recomendó el anciano monarca á su hija que en este como en otros graves negocios en que se interesára el bien del reino siguiera los consejos de los grandes y nobles castellanos (1). Recayó pues el gobierno de Castilla en las débiles manos de una muger, cuando tanta falta hacia un brazo vigoroso que le reparára de los desastres sufridos y enfrenára la osadía de los africa-

(1) En esto convienen la Historia Compostelana, Lucas de Tuy, el Anónimo de Sahagun y los documentos y escrituras que citan Berganza, Antigued. tom. II. y Risco, Hist. de Leon, tom. I. En consecuencia debe desecharse como falso lo que, siguiendo al arzobispo don Rodrigo, cuentan Sandoval, Mariana y otros de haberse efectuado las bodas viviendo Alfonso VI.; de hallarse la reina doña Urraca ausente de Castilla con su marido cuando falleció su padre: de haber venido entonces doña Urraca y despojado de sus estados al conde Pedro Ansurez, etc. La reina no se casó hasta algunos meses despues del fallecimiento de su padre, y el conde Pedro Ansurez aparece firmando con ella la confirmacion de los Fueros de Leon y de Carrion.

nos vencedores en Zalaca y en Uclés. Contentó no obstante doña Urraca á leoneses y castellanos en los primeros meses de su reinado, confirmando (setiembre de 1109) los fueros de Leon y de Carrion, aquellos en la forma que los habia otorgado su ilustre bisabuelo Alfonso V., firmando con ella los obispos de Leon, Oviedo y Palencia, y el famoso conde don Pedro Ansurez, su ayo y tutor y su principal consejero en el gobierno del reino.

Amenazaba ya en este tiempo los estados de Castilla el rey Alfonso I. de Aragon, príncipe belicoso y atrevido, que se hallaba en la flor de su edad y gozaba ya fama de gran guerrero. La nobleza castellana, temiendo por una parte la audacia del aragonés, considerando por otra la necesidad de confia la defensa del reino á un príncipe cuyo nombre y cuya espada pudiera tener á raya á los mahometanos, resolvió casar á la reina con el hijo de Sancho Ramirez, sin reparar entonces ni en las cualidades de los futuros consortes, ni en los inconvenientes del parentesco en tercer grado que los unia como descendientes ambos de Sancho el Mayor de Navarra. Condescendió la reina, aunque muy contra su gusto, con la voluntad de los grandes, asi por cumplir lo que su padre le tenia recomendado, como por no exponer sus estados á riesgo de ser poseidos por un príncipe extrangero, que como tal era considerado el aragonés entonces (1). Reunidos pues los condes y magnates en el castillo de Muñon en octubre de 1109, «alli casaron é ayuntaron, dice un escritor contemporáneo, á la dicha doña Urraca con el rey de Aragon (2).» Matrimonio fatal, que llevaba en sí el gérmen de las calamidades é infortunios que no habian de tardar en afligir y consternar el reino.

Todavía sin embargo al año siguiente (1110) acompañó la reina con el ejército castellano á su esposo por tierras de Nájera y Zaragoza, con el fin sin duda de ayudarle á conquistar por aquel lado algunas poblaciones de los moros, señalándose este viage de doña Urraca por las donaciones y mercedes que iba haciendo á los pueblos, iglesias y monasterios. Pero la discordia entre los régios consortes no tardó en estallar. Unidos sin cariño; mas dotado el aragonés de las rudas cualidades del soldado que de las prendas que hacen amable un esposo; no muy severa la reina en sus costumbres, ó por lo menos no muy cuidadosa de guardar recato en ciertos actos

(1) La repugnancia con que doña Urraca accedió á esto matrimonio la manifestó ella misma bien esplícitamente mas adelante cuando decia al conde don Fernando: «En esta conformidad vino á suceder que habiendo muerto mi piadoso padre me vi forzada á seguir la disposicion y arbitrio de los grandes, casándome con el cruento, fantástico y tirano rey de Aragon, juntándome con él para mi desgracia por medio de un matrimonio nefando y execrable.» Anon. de Sahagun.—Risco, Hist ria de Leon.

(2) Anónimo de Sahagun.

exteriores, llegó el rey no solo á perder todo miramiento para con su esposa, sino á maltratarla, ya no de palabra sino de obra, poniéndola las manos en el rostro y los pies en el cuerpo (1). Los prelados y el clero, que siempre habian desaprobado este matrimonio, por el parentesco en grado prohibido que entre ellos mediaba, proponian á la reina el divorcio como el mejor medio de salir de la disgustosa situacion en que se encontraba. Prestaba ella gustosamente oidos á esta especie, segun unos porque ademas del mal trato que sufria, abrigaba escrúpulos sobre la legitimidad y validez de su matrimonio, segun otros porque asi la animaba la esperanza de poder unirse con el noble conde don Gomez de Candespina, que ya en vida de su padre dicen habia aspirado á su mano, y con quien mantenia aun relaciones no muy desinteresadas. Tales discordias y hablillas fueron dando márgen al descaro con que los partidarios de el de Aragon desacreditaban á la reina y á sus parciales, llegando los burgeses de Sahagun á llamarla sin rebozo *meretriz pública y engañadora*, y á todos los suyos «hombres sin ley, mentirosos, engañadores y perjuros (2).»

Alarmado don Alfonso con estas disposiciones y proyectos, y con pretesto de ocurrir á la defensa de Toledo amenazada por los africanos, puso en las principales ciudades y fortalezas de Castilla guarniciones de aragoneses, y lo que fué mas significativo todavía, encerró á la reina en el fuerte de Castellar (1111).

Para la debida inteligencia de los importantes sucesos á que estas disensiones dieron lugar y que vamos á referir, menester es dar idea del estado en que se encontraban Portugal y Galicia, cuyos príncipes, magnates y prelados van á tomar una parte activa en ellos. Ya en vida de Alfonso VI. los dos condes franceses yernos del monarca, correspondiendo con ingratitud á sus beneficios, habian hecho entre sí un pacto secreto de sucesion para repartirse el reino á la muerte del soberano de Castilla (3). La del conde Ramon de Galicia, primer esposo de doña Urraca, frustró la alianza y concierto de los dos primos, pero al propio tiempo avivó la ambicion de Enrique el de Portugal, que llevando mas lejos que antes sus miras concibió la atrevida idea de hacerse señor, no ya de una parte, sino de toda la monarquía castellana. Frustradas sus pretensiones con el llamamiento de doña Urraca á la sucesion del trono leonés, pero no cediendo en sus audaces proyectos, pasó á Francia á reclutar gente con que hacer la guerra á la hermana

(1) *Faciem meam suis manibus sordidis multoties turbatam esse, pede suo me percusisse omni dolendum est nobilitati*: Historia Compost. l. I. cap 64

(2) Anon. de Sahagun, cap. 48.

(3) De este documento, que publicó por primera vez D'Achery, daremos mas noticias cuando tratemos del principio de Portugal.

de su esposa. Prendiéronle en aquel pais, acaso por suponerle otros fines de los que aparentaba; pero fugado de la prision, y habiendo regresado á España por los estados del aragonés, ligóse con Alfonso para acometer unidos las tierras de Leon y Castilla y repartírselas luego entre sí (1111).

Entre tanto criábase en Galicia en la pequeña aldea de Caldas y bajo la tutela y direccion del conde Pedro de Trava, el tierno príncipe Alfonso Raimundez, hijo de doña Urraca y de su primer esposo don Ramon de Borgoña. Luego que su madre pasó á segundas nupcias con el de Aragon, el conde Pedro trató de hacer proclamar rey de Galicia al infante don Alfonso, con arreglo, segun varios escritores, á las disposiciones testamentarias de su ilustre abuelo para el caso del segundo matrimonio de doña Urraca. Cuando esta señora se hallaba retenida en la fortaleza de Castellar, el resentimiento contra su marido la hizo naturalmente volver su pensamiento hácia su hijo, y envió mensageros á Galicia escitando á los nobles á que le proclamáran en aquellos estados. Una repentina reconciliacion del rey y la reina detuvo en su propósito á los condes gallegos parciales del príncipe, temiendo la venganza del impetuoso aragonés, de cuya violenta índole tenian ya pruebas en su primera espedicion á Castilla y Galicia. Mas aquella reconciliacion cambiaba al propio tiempo la situacion de Enrique de Portugal, el cual considerándose ya desobligado del concierto hecho con el aragonés, púsose de parte del conde de Trava, y le instigó á que llevára adelante el pensamiento de elevar al tierno príncipe su pupilo al trono de Galicia. Descubrióse entonces, al decir de la Historia Compostelana, el proyecto que habia formado el monarca aragonés de atentar á la vida del infante y de su ayo.

Pero la conducta del conde Frolaz de Trava hizo estallar una guerra civil en Galicia. Algunos hidalgos suyos, y especialmente los hermanos Pedro Arias y Arias Perez, atacaron á fuerza armada la fortaleza de Santa María de Castrelfo donde la condesa de Trava custodiaba al tierno infante: defendióse aquella señora valerosamente y pidió auxilio al obispo de Compostela Diego Gelmirez, que habiendo seguido hasta entonces una política vacilante, se declaró protector del jóven príncipe. Acudió el prelado, mas al tiempo de abrirle la puerta del castillo, entróse tras él la gente de Arias Perez, que intentó arrancar al niño Alfonso de los brazos de la condesa; tomóle en los suyos el obispo; pero los sediciosos arrebatáronselo con violencia, y príncipe, condesa y prelado todos quedaron prisioneros. Viendo despues Arias Perez y sus parciales que la ciudad de Santiago y toda la tierra se ponian en armas en favor del obispo, púsole en libertad, logrando despues el prelado pacificar la Galicia, y aun atraer al partido del infante á los nobles que se habian mostrado mas adversos.

De repente mudaron otra vez de aspecto las cosas. El genio dominante y brusco del rey de Aragon y el ligero proceder de la reina de Castilla no eran para hacer ni sincera ni durable la concordia, y añadia leña al mal apagado fuego de la disension conyugal la preferencia que doña Urraca parece seguia dando al conde Gomez Gonzalez, y que los amigos de don Alfonso traducian de criminal. Agriáronse pues, de nuevo los régios consortes, y llegó el desabrimiento á producir pública y formal separacion. Agrupáronse en torno de la reina los condes castellanos, y muy especialmente su anciano ayo Pedro Ansurez, don Gomez Gonzalez de Candespina y don Pedro Gonzalez de Lara, estos dos últimos esperando tal vez cada cual que el divorcio les abriera el camino del trono, pues ambos blasonaban de su íntimo valimiento. En cambio Enrique de Portugal, que por ambicion y personal interés se arrimaba siempre al bando enemigo de la reina de Castilla, volvióse otra vez al lado del de Aragon renovando su antigua alianza con Alfonso, que durante su pasagera reconciliacion con la reina se habia apoderado de Toledo donde gobernaba Alvar Fañez (1). Llegadas las cosas á estado de rompimiento y de material hostilidad, encontráronse leoneses y castellanos con el de Aragon y el de Portugal en el Campo de Espina, cerca de Sepúlveda, distrito de Segovia. Mandaba la vanguardia de los de Castilla el conde don Pedro de Lara: cargó sobre ella el aragonés con tal brio que el de Lara hubo de abandonar el campo y retirarse de huida á Burgos. Quedaba para sostener el combate el conde don Gomez, que se defendió mas tiempo, pero arrollado tambien por los aragoneses, declaróse por estos la victoria (noviembre de 1111), contándose entre los muertos el mismo conde con no pocos magnates y muchos soldados (2).

Orgulloso quedó con este triunfo el aragonés; la destruccion y el pillage señalaban la marcha de su ejército por los pueblos de Castilla; los obispos partidarios de la reina ó eran desterrados, ó abandonaban asustados sus sillas, y los templos sufrian las depredaciones de la soldadesca. La reina convocaba á sus parciales; y los próceres gallegos temerosos de la impetuosidad y pujanza del de Aragon, olvidando al parecer antiguas discordias y agravios, de acuerdo tambien con doña Urraca, realizaron la aclamacion de su hijo el niño Alfonso Raimundez por rey de Galicia, ungiéndole por su mano en la catedral de Compostela el obispo Diego Gelmirez: despues de lo cual determinaron llevarle á su madre á Castilla, acompañándole el prelado,

(1) Annal. Toled. primeros.—Berganza, Antigüed. tom. II.

(2) Annal, Complut. ad ann. 1111.—Lucas Tud.—Rodor. Tolet. l. 7.—Florez, siguiendo la Historia Compostel., anticipa la fecha de esta batalla.

el conde de Trava y otros muchos señores gallegos con toda la gente armada que pudieron allegar. Noticioso de este suceso el aragonés salió á encontrar la comitiva del príncipe su entenado, á la cual halló ya del lado de acá de Astorga, en el camino de esta ciudad á Leon. En un pueblo nombrado Viadangos (hoy Villadangos) se travó un reñido combate entre aragoneses por una parte y leoneses y gallegos por otra. Pugnaron aquellos ferozmente por apoderarse del rey niño, éstos por defenderle y ampararle. Vencieron aquellos otra vez, pero en medio de la batalla cogió al tierno monarca el obispo Gelmírez y le salvó llevándole al castillo de Orcillon donde se hallaba su madre. Los demas se refugiaron á Astorga, donde se hicieron fuertes. La reina y el obispo se fueron por las asperezas de Asturias á Santiago, huyendo de encontrarse con las vencedoras tropas de Aragon, y sufriendo los rigores de un crudísimo invierno (1).

Hecho en Galicia un llamamiento á todos los que se les conserváran fieles, pronto pudieron la reina y el obispo salir de nuevo á campaña con mayores fuerzas, marchando en auxilio de los de Astorga, á quienes sitiaba ya el aragonés. Venia ahora como auxiliar de los castellanos y gallegos capitaneando las tropas, el conde Enrique de Portugal que otra vez habia mudado de partido y arrimádose al de la reina de Castilla. Temió Alfonso de Aragon este poderoso refuerzo, levantó el cerco de Astorga y se retiró al castillo de Peñafiel (2), á la parte de Valladolid. Cercáronle allí los castellanos, portugueses y gallegos (1112). Durante este sitio ocurrieron graves desavenencias entre doña Urraca, don Enrique de Portugal y su esposa doña Teresa, la hermana de la de Castilla, que habia acudido allí, y que produjeron entre ellos nuevas y sérias escisiones, y la retirada del portugués (3). Por

(1) *Per gravia itinera et laboriosos montes, frigidosque nivibus et glacie prœteritœ hiemis.* Historia Compost l. 7. c. 73.

(2) Anal. de Sahagun. c. 21.—La Compostelana dice á Carrion. Seguimos en esto al de Sahagun, que escribia mas cerca del teatro de los sucesos.

(3) ¿Qué movia al de Portugal á pasarse con tanta frecuencia de uno á otro bando, y qué habia ocurrido para que le veamos tan pronto de auxiliar como de enemigo, ya del rey de Aragon, ya del de Galicia, ya de la reina de Castilla? En esta complicadísima madeja de sucesos no es fácil dar cuenta de todos los episodios ó incidentes si no se ha de interrumpir á cada paso el hilo de la narracion principal. Pero veamos cómo esplica la versátil conducta de este importante y revoltoso personage un moderno historiador de Portugal, que ha estudiado bien este período, como principio que fué de aquel reino.

Despues del triunfo de Alfonso y Enrique en Campo de Espina, el ejército de los dos aliados entró en Sepúlveda. Algunos nobles castellanos á quienes unian lazos de antigua amistad con el portugués, representáronle cuánto mas digno sería de su persona que hiciera causa comun con ellos que con el enemigo de Leon y de Castilla; dijéronle que si tal hiciera le nombrarian gefe de sus tropas é inducirian á la reina á que repartiese con él fraternalmente una parte de los estados de Alfonso VI. Halagaron al ambicioso

otra parte la llegada de un legado del papa, enviado para poner término á tantos males y llevar á efecto la definitiva separacion de Alfonso y de Urraca, dió nuevo rumbo á los negocios, celebrándose por intervencion de los principales señores de Leon y de Castilla una especie de concordia, en que se acordó se hiciese distribucion de castillos y lugares entre el rey y la reina, á condicion de que si el rey perjudicase á la reina y faltase á los pactos la defenderian todos, mas si ésta traspasase la convencion, todos favorecerian al rey.

Pronto mostró el aragonés la mala fé con que habia hecho aquel asiento y capitulacion. Apoderábase de los castillos y lugares que en la concordia habian tocado á la reina, y propasóse hasta querer lanzarla del reino. Ofendidos de esto los castellanos y acordándose de que doña Urraca, á vueltas de sus flaquezas y defectos, era su reina legitima, y considerando ademas que don Alfonso era el quebrantador del pacto, declaráronse en favor de ella, y obligaron al aragonés á abandonar la Tierra de Campos, y refugiarse en el

é inconstante Enrique aquellas razones, y abandonando otra vez el partido del de Aragon, fué á presentarse á doña Urraca, la cual confirmó las promesas hechas por los barones. Juntos, pues, caminaron á Galicia, y unidos hicieron la espedicion de Astorga y Peñafiel. Sitiando estaban esta villa, cuando llegó al campamento la condesa de Portugal, Teresa, hermana de Urraca y esposa de Enrique, que venia á unirse con su marido. Esta señora, que no cedia ni en ambicion ni en espíritu de intriga al mismo conde, instigóle á que antes de todo exigiese á su hermana la realizacion de la prometida particion de sus estados, esponiéndole que era una locura estar arriesgando su vida y las de sus soldados en provecho ageno. Dióle Enrique oidos, y comenzó á instar por que se le cumpliese lo pactado. Agregábase á esto que los portugueses nombraban á doña Teresa con el titulo de reina, todo lo cual ofendia el amor propio de doña Urraca como reina y como muger, y en su resentimiento púsose en secretas inteligencias con Alfonso, y levantando el cerco con pretesto de satisfacer las pretensiones de Enrique y de Teresa, se encaminó con ellos á Palencia. Hizole alli, por lo menos nominalmente, la particion prometida. Solo se le entregó el castillo de Cea, y con respecto á Zamora, que era una de las ciudades mas importantes que tocaban á Enrique, determinóse que fuera á recobrarla con tropas de la reina. Pero ésta previno secretamente á sus caballeros que tomada que fuese la ciudad, no se la entregasen. Con esto se encaminaron las dos hermanas á Sahagun, cuyos habitantes eran parciales del aragonés. Doña Urraca se separó alli de su hermana, dejándola en el monasterio, contra cuyos monges, como señores de la villa, abrigaban ódio grande los del pueblo, y ella se fué á Leon. Fácil es de imaginar cual seria la indignacion de don Enrique cuando supo el desleal comportamiento de la reina de Castilla, su cuñada, y cuando vió de esta manera fallidos sus proyectos. Entonces resolvió hacer á un tiempo la guerra á los dos reyes. Cuando despues se juntaron Alfonso y Urraca en Carrion, Enrique fué á poner sitio á la villa; mas por causas que la historia no declara, acaso porque viese malparada la suya, retiróse el portugués con los nobles que le seguian. Todavía continuó por algun tiempo en su politica incierta y versátil este conde sin renunciar nunca á sus ambiciosos planes y á sus sueños de dominacion en Castilla, hasta que la muerte atajó unos y otros en 1.° de mayo de 1114 en Astorga.—Anónimo de Sahagun.—Heroul. Hist. de Portugal lib. I.

castillo de Burgos. Alentada la reina, y protegida por fuerzas de Galicia, marchó allá en persona contra don Alfonso, y con tan feliz éxito que se vió éste forzado á rendir el castillo y á retirarse á sus estados. Todavía desde allí se atrevió á enviar embajadores á Castilla, solicitando volver á unirse con la reina y prometiendo ser fiel cumplidor de los pactos, y todavía los castellanos se inclinaban á complacerle en obsequio á la paz, que tal era el ánsia de quietud que tenian. Merced á la enérgica oposicion que hizo el obispo de Santiago á que reanudára un matrimonio declarado ya por el papa incestuoso y nulo, fué desechada la propuesta de Alfonso. Tan obcecados estaban algunos que la oposicion de Gelmirez le puso á riesgo de perder la vida despues de ser insultado. La reina fué la que se mostró mas agradecida, y en su virtud hizo con el prelado un pacto de estrechísima alianza (junio de 1113.) Sin embargo la declaracion solemne y formal de la nulidad del matrimonio, solo se hizo algunos meses mas adelante en un concilio celebrado en Palencia, promovido por el arzobispo de Toledo don Bernardo y presidido por el legado del pontífice Pascual II.

Muy lejos estuvieron de terminar por esto los disturbios, las calamidades, las intrigas, las miserias, las ambiciones, los atentados, las deslealtades, inconsecuencias, excesos, venganzas y desmanes de todo género á que estaba destinada la monarquía castellano-leonesa en este malhadado período. Aparte de no haber cesado las pretensiones del de Aragon, de haber quedado ocupadas muchas plazas por guarniciones aragonesas y de alzarse todavía bandos y sublevaciones en favor de aquel monarca, ó tomándole al menos por pretesto, quedaban dentro de Castilla elementos sobrados de turbaciones y revueltas, comenzando por la reina y acabando por los últimos burgeses, que envolvieron al reino en un laberinto de intestinas luchas mas fácil de lamentar que de describir. Desprestigiaban á doña Urraca, ademas de sus anteriores flaquezas, las intimidades, por lo menos sospechosas, con don Pedro Gonzalez de Lara, de quien confiesan sus mismos defensores que «estaba unido con ella en lazo muy estrecho de amor (1),» y de cuyas comunicaciones existia una prenda en el hijo de ambos don Fernando Perez *Hurtado*, si bien los escritores que salen á la defensa del honor de la reina intentan legitimar el nacimiento de este hijo con el matrimonio que dicen mas ó menos públicamente celebrado entre doña Urraca y el de Lara. Por otra parte como barruntase que el obispo Gelmirez movia tramas en Galicia á favor del infante Alfonso indisponiendo los ánimos contra la reina, pasó allá doña Urraca, intentó prender al prelado sin tener en cuenta la reciente

(1) Hist. Compost. l. II. Florez, Reinas Católicas, tom. I. pagina 257

alianza, resistió él con resolucion, é interviniendo los nobles gallegos, reconciliáronse otra vez la reina y el obispo (1114).

Nada mas distante que la buena fé en estas concordias, y todo lo habria en ellas menos sinceridad. Apenas la reina se habia retirado de Galicia tuvo aviso de que el conde de Trava en connivencia con el obispo de Santiago su amigo íntimo, pretendia despojarla de su autoridad, ó por lo menos desmembrar su reino para formar un estado grande é independiente para su pupilo. Los autores de la Historia Compostelana que escribian por encargo de Gelmirez procuran justificar al prelado del cargo de infidelidad á su soberana, diciendo que eran calumniosas imputaciones que los malévolos inventaban para malquistarle con la reina, pero la índole del prelado, mal encubierta por sus mismos panegiristas, hace demasiado verosímiles los ocultos manejos que le atribuian. Ello es que la reina volvió nuevamente á Galicia (1115), resuelta otra vez á prender al mañoso y artero obispo, el cual resistió ya á mano armada, en términos de obligar á la reina no solo á ceder débilmente de sus intentos, sino á desenojarle con humillaciones indignas de la magestad, jurándole que no daria oidos á sus émulos é instigadores, y que antes perderia el reino que volver á ofenderle. Estos propósitos no fueron de mas duracion que los anteriores. Fuesen ó no ciertas las maquinaciones á que dicen volvió el turbulento prelado, por tercera vez intentó la reina su prision; entonces Gelmirez arrojó la máscara y se declaró abiertamente en favor del príncipe, y con él muchos varones de Galicia, con lo cual el de Trava que figuraba á la cabeza del partido, se encaminó con su regio pupilo á Santiago. La reina, á quien en medio de la ligereza de su carácter no faltaba actividad ni resolucion, marchó derecha y precipitadamente á aquella ciudad con cuantos caballeros pudo reunir de los que seguian su bando, procurando al propio tiempo ganar al obispo Gelmirez ofreciéndole satisfacciones y escitando su codicia con mercedes y cesiones de castillos que hacia á su iglesia para tenerle favorable. Prosiguió á pesar de todo el prelado favoreciendo el partido del príncipe, declarando perjuros á todos los gallegos que le fuesen infieles (1116).

No pensaba asi el pueblo de Santiago, que aborreciendo á su obispo, despues de haber hecho salir al niño rey con la condesa de Trava su tutora, abrió á la reina de Castilla las puertas de la ciudad. Refugióse el revoltoso prelado con su gente de armas á las torres de la iglesia: los burgeses entraron á saco el palacio episcopal, proclamándole rebelde y enemigo y pedian su deposicion; los soldados del de Trava se pasaban á las filas de la reina, y por último á mediacion de algunos nobles vínose el apurado obispo á buenas y compúsose con doña Urraca asentando otra paz semejante á las anteriores. Con esto

la reina de Castilla salió en persecucion de los partidarios de su hijo, y especialmente del conde Gomez Nuñez que tenia por él algunos castillos. Sitiado se hallaba ya el conde gallego, cuando la reina se vió á su vez inopinadamente sitiada por un nuevo enemigo. Este nuevo enemigo, ¡triste y lamentable complicacion de guerras domésticas! era su misma hermana doña Teresa de Portugal, la viuda de Enrique, que disimulada y astuta, despues de haber vivido en aparente armonía con su hermana, mas sin renunciar á sus pretensiones, habíase ligado secretamente con los partidarios de su sobrino, el conde Frolaz de Trava y el obispo Diego Gelmirez. Hallábase pues la reina de Castilla en Soberoso cuando se vió cercada por las tropas del de Trava y de su hermana Teresa. Necesitó de todo el esfuerzo de sus castellanos para salir á salvo de aquel conflicto, mas al fin, á favor de una salida impetuosa que desconcertó á los rebeldes pudo doña Urraca retirarse á Compostela y de allí á Leon (1).

Libres el de Trava y la condesa de Portugal con la ausencia de la reina, avanzaren hácia Santiago matando y cautivando hombres y recogiendo ganados. La alianza de la de Portugal con el ayo del príncipe su sobrino no era por cierto desinteresada. Valióle primeramente dilatar sus dominios por los distritos de Tuy y de Orense, donde ejerció por largo tiempo actos do señorío. Valióle ademas otra relacion que comenzó entonces y habia de hacerse en lo de adelante ruidosa y funesta, con harto menoscabo de su honra. Acompañaban al conde de Trava sus dos hijos Bermudo y Fernando. Entre este último y la condesa viuda de Portugal despertáronse, en medio de las fatigas y riesgos de aquella vida procelosa, aficiones que no eran políticas y que habian de producir en Portugal escándalos y perturbaciones harto mayores que las que en Castilla habian movido las amistades y tratos de doña Urraca. Permaneció doña Teresa en Galicia hasta que los peligros con que los sarracenos amenazaban las fronteras de sus estados la obligaron á regresar á Portugal para acudir á su defensa.

Quedaba el obispo en Santiago para hacer frente á las hostilidades del conde en virtud del último pacto con la reina. Mas apenas ésta se habia ausentado, estallaron de nuevo los odios de los compostelanos contra su obispo, al cual trataban con menosprecio insultante, tanto que tuvo que acogerse al amparo de la reina, á quien fué á buscar á Castilla. Recibióle doña Urraca con benevolencia, contra las esperanzas y cálculos de los gallegos: y tanta confianza puso en él esta vez, que despues de haberle regalado la cabeza del apóstol Santiago el Menor que habia traido de Jerusalen el obispo Mauricio de Braga,

(1) Hist. Compost. l. I. c. 111.

le dió la importante mision de negociar paces y restablecer la armonía entre la reina y su hijo y los condes de su parcialidad. Feliz el prelado en estas negociaciones que tanto interesaban á la paz del reino, á las cuales le ayudaron varios condes de Castilla con arreglo á lo que en una reunion celebrada en Sahagun habian acordado, ajustóse un pacto de reconciliacion entre la madre y el hijo, que firmaron treinta nobles por cada parte, jurándose mútua amistad, fidelidad y apoyo por espacio de tres años (1117).

¿Quién diria que el reino leonés no habia de recobrar con esto el sosiego que tanto necesitaba? Y sin embargo en lugar de bonanza comenzaron aquí las borrascas mas tempestuosas. La reina partió otra vez á Galicia con deseo de abrazar á su hijo, que tambien la recibió con muestras del mayor contento, y despues de este acto de tierna expansion dirigióse doña Urraca á Santiago con ánimo de castigar á los revoltosos enemigos del obispo. Tumultuáronse éstos de nuevo, y tomando las armas hiciéronse fuertes en la catedral del Santo Apóstol. La nueva de que la reina y el obispo intentaban desarmarlos acrecentó su furor. Los que fueron á mandarles deponer las armas hubieron de perecer á manos de los sediciosos. Dentro del templo mismo se combatia con lanzas, saetas, piedras y todo género de proyectiles. Púsose fuego á las puertas y á los altares, y las llamas subian hasta la cúpula de la gran basílica. La reina y el obispo, no creyéndose seguros en el palacio episcopal, refugiáronse á la torre llamada de las Señales (1), con su córte y sus mas fieles defensores y allegados. No tardaron en verdad los populares en invadir el palacio destruyendo cuantos objetos á su vista se ofrecian. Acometieron seguidamente la torre en que la reina y el prelado se hallaban, y como las piedras y las armas arrojadizas no bastasen á hacerse rendir á los ilustres refugiados, introdujeron fuego y materias combustibles por una de las ventanas bajas de la torre. El fuego, el humo, la gritería feroz de los amotinados pusieron tal pavor á los de dentro que creyendo llegado el término de su vida prepararónse á morir cristianamente confesándose todos con el prelado. La reina instaba al obispo á que saliese. «Salid vos que podeis, oh reina, contestó Gelmirez, puesto que yo y los mios somos el blanco principal del encono de esta furiosa gente.» Y era asi que de fuera gritaban: «Que salga la reina si quiere; muera el obispo con todos sus secuaces (2).» Determinóse con esto la reina á salir, mas la ciega y frenética muchedumbre, perdido todo pudor y respeto, lanzóse sobre ella, y entre improperios y baldones maltratóla brutalmente hasta rasgar sus vestiduras, mesar sus cabellos y dejarla

(1) *Confugiunt ad turrem signorum una cum comitatu suo.* Hist. Compost. l. I. c. 114.

(2) *Regina si vult egrediatur... celeri armis et incendio pereant.* Ead. ibid.

deshonestamente tendida en tierra. A poco rato salió tambien el obispo, disfrazado con la capa de un pobre que le proporcionó el abad de San Martin, y tuvo la fortuna de atravesar de incógnito por entre las furiosas turbas hasta ganar el templo de Santa María. Allí se acogió tambien la maltratada reina.

Los ataques de la torre prosiguieron: precipitábanse unos de lo alto de ella huyendo de las llamas, perecian otros abrasados, contándose entre las víctimas un hermano y un sobrino del obispo. Buscábase á éste por todas partes; andaba el prelado de templo en templo y de casa en casa, escalando tapias, ventanas y tejados como un miserable ó como un criminal á quien persiguen los satélites de la justicia, buscando un asilo seguro y no hallando lugar en que pudiese reposar tranquilo, hasta que á vueltas de mil aprietos, de repetidos sustos y dramáticos lances en que frecuentemente se vió á riesgo de perder la vida, logró ser trasportado á un convento de las afueras de la ciudad (1). La reina no consiguió verse libre sino á costa de un pacto jurado con los disidentes, ofreciéndoles que les daria otro obispo y que todo se gobernaria en la ciudad á satisfaccion suya, y prometiéndoles que ratificarian aquel concierto el príncipe su hijo, y el conde su ayo, y todos los magnates de su córte. Duró este pacto impuesto por la violencia, el solo tiempo que tardó la reina en incorporarse con las tropas de su hijo y del conde de Trava, que apostados á las afueras solo esperaban saber que la reina estaba libre para embestir la ciudad, no haciéndolo antes por el temor de que aquella señora fuera sacrificada al furor popular. Luego que se vieron reunidos, la reina madre, el jóven Alfonso su hijo, el prelado, el conde de Trava y todos sus parciales y seguidores, dispusiéronse á acometer la poblacion y á hacer espiar su audacia y sus escesos á los revoltosos. En vista de tan imponente actitud y pasada la primera efervescencia del tumulto, salieron los principales de la poblacion, canónigos y ciudadanos, los unos á implorar la indulgencia de la reina, los otros á suplicar al obispo alzára la excomunion que contra ellos habia fulminado. Menester fué para templar el grande enojo de los ofendidos lo humilde y lo porfiado de los ruegos; mas al fin, convenidos los insurrectos á influjo de los principales compostelanos en deponer las armas y disolver lo que llamaban su *germa-*

(1) Los autores de la Historia Compostelana, amigos personales del obispo Gelmirez, ponderan la saña y el encono con que le perseguian los sublevados, buscándole hasta detrás de los altares de los templos, en los rincones y sótanos de las casas, profiriendo las amenazas mas horribles y los denuestos mas injuriosos, llamándole tirano y opresor del pueblo, indigno del episcopado etc. Horroriza leer la relacion que de este tumulto hacen los referidos escritores, que eran dos canónigos de la catedral, testigos oculares de los sucesos.

nía ó *hermandad* (1), en jurar fidelidad á la reina y al obispo y dar en rehenes cincuenta jóvenes de las familias mas distinguidas, accedió por su parte la reina á indultarles de la pena de muerte, limitándose á desterrar y confiscar sus bienes á ciento de los principales fautores de la rebelion, canónigos y ciudadanos, y á imponer á la ciudad una multa metálica. Entraron, pues, la reina y el obispo en Santiago: don Diego Gelmirez fué repuesto en su silla apostólica: ordenóse la restitucion de las alhajas robadas, y la iglesia del apóstol y el palacio episcopal fueron reparados á costa de los insurgentes.

Mas prósperamente marcharon en los siguientes años los sucesos para el obispo Gelmirez que para la reina de Castilla y para el rey su hijo. Tiempo hacia que el ambicioso prelado andaba negociando elevar su silla á la categoría de metropolitana. Inútiles, sin embargo, habian sido sus gestiones con los papas Pascual y Gelasio. Vino en esto á alentar sus esperanzas la ocupacion de la sede pontificia por Calixto II. hermano que era del difunto Ramon de Borgoña, padre del tierno rey don Alfonso Raimundez. No desaprovechó el prelado de Compostela tan favorables circunstancias y relaciones para activar su pretension, valiéndose para ello no solo del influjo de los monges franceses de Cluni, sus amigos, del obispo de Porto y de canónigos de Santiago que enviaba á Roma para gestionar su demanda, sino de otros medios menos evangélicos que sus mismos panegiristas nos han revelado, cuales eran las remesas metálicas que por conducto de los canónigos de Santiago dirigia á la curia romana, no sin graves dificultades á causa de tener el rey de Aragon interceptados los pasos del Pirineo. «Quién podrá decir, esclaman con cándida ingenuidad los autores de la historia Compostelana, cuánto ha gastado del tesoro del apóstol, y aun de su propio bolsillo, para ver finalmente realizado su deseo (2)?» Puso el nuevo pontífice no poca resistencia al otorgamiento de la merced que con tantos ruegos se le pedia, mas al fin vencido por las instancias de los negociadores, expidió las letras apostólicas trasladando la metrópoli de Mérida á Santiago, y dando

(1) *Germanitatem suam*, scilicet conspirationem, omnino destruere.

(2) Los canónigos autores de dicha Historia, escrita por encargo del propio obispo, nos informan de lo que le costó la gracia del arzobispado. Ademas de las grandes remesas en metálico, refieren haberse enviado á Roma una mesa redonda de plata que habia sido del rey moro Almostain, una cruz de oro que habia regalado el rey Ordoño al templo de Santiago, y otras varias alhajas de oro y plata, y que no bastando todo este para completar doscientos cincuenta marcos de plata, añadió el obispo cuarenta marcos de su propio peculio. Hist. Compostel. lib. II. cap. 16. Asi no estrañamos que diera el crítico Masdeu al obispo Gelmirez las calificaciones de simoniaco y otras no menos duras, como hemos indicado en el principio de este capítulo.

ademas al nuevo arzobispo la legacía apostólica sobre los obispados de Mérida y de Braga (1120), desde cuya época goza de tan insigne privilegio la iglesia compostelana.

Habia hecho valer el obispo como mérito para impetrar aquel honor los servicios anteriormente prestados al sobrino del papa, el príncipe Alfonso Raimundez, y el papa á su vez debió poner por condicion al prelado que siguiera favoreciendo la causa del hijo de su hermano. Ello es que en la bula de ereccion de la nueva metrópoli se declara explícitamente lo que habian contribuido á aquella concesion los ruegos de Alfonso. Los compromisos que con tales tratos adquiriera Gelmirez en favor del hijo y en detrimento de los derechos de la madre, aunque ocultos y tenebrosos, no debieron ser tan secretos que no los trasluciera doña Urraca. Acaso estos manejos movieron á la reina, de suyo dada á la movilidad, á partir por cuarta ó quinta vez á Galicia (1121) sirviéndole ahora de aparente motivo el recobrar los estados de Tuy que su hermana doña Teresa le tenia usurpados. Condújose tan mañosamente la reina en esta ocasion que comprometió al prelado á que la ayudára en aquella empresa, no solo con su persona, sino con sus hombres de armas, y hasta con los caballeros de Compostela que por fuero no estaban obligados á avanzar hasta el distrito de Tuy. La campaña fué tan feliz, que á pesar de las dificultades que ofrecia el Miño, las tropas gallegas penetraron hasta el territorio portugués, incendiando, talando y asolando campiñas y poblaciones. Rápida avanzaba la conquista de Portugal, y aunque doña Teresa se retiraba presurosa al distrito oriental de Braga llegó su hermana doña Urraca á tenerla sitiada en el castillo de Lanioso. Debió la condesa de Portugal su salvacion á un desenlace inopinado que nos revela, ó la inconsecuencia y veleidad, ó la artería y la doblez con que obraban todos los personages que figuran en esta interminable madeja de intrigas y de enredos.

El arzobispo, á quien sin duda ligaban compromisos con la infanta de Portugal, viendo la demasiada prosperidad de doña Urraca manifestó su deseo de regresar á Santiago con pretesto de atender á los negocios de su diócesis. La reina que sospechaba de su lealtad y que meditaba vengarse del prelado le suplicó que no la privára de su presencia en tales circunstancias y cuando tan útiles podian serle sus prudentes consejos. Solo por este maquiavélico designio podemos esplicar el tratado de paz y amistad que apareció de repente celebrado entre las dos hermanas, por el cual la de Castilla cedia á la de Portugal el dominio de muchas tierras y lugares en los distritos de Zamora, Toro, Salamanca y otros, y la de Portugal juraba defender y amparar á la de Castilla contra todos sus enemigos, moros ó cris-

tianos, y no acoger ni permitir en sus dominios á ningun vasallo que fuere rebelde á la reina. Hecho este concierto, retiróse el ejército invasor hácia Galicia. Llegado que hubieron todos á la márgen izquierda del Miño, dispuso la reina que pasáran el rio los primeros los caballeros y hombres de armas del arzobispo Gelmirez. Tan pronto como le faltó al prelado su gente, la reina le mandó prender y encerrar en un castillo, sin que le quedára otro recurso que protestar contra tan estraño y desleal procedimiento (1).

Por uno de esos fenómenos que se observan en las revoluciones, los compostelanos antes tan enemigos del prelado y que tan sañosamente le habian perseguido, se aunaron ahora para defenderle y gestionar por todos los medios su libertad. Cuando la reina volvió á Santiago no encontró sino descontento y enojo. El cabildo juró libertar á su arzobispo aunque le costára consumir para ello todas las rentas de la iglesia. El hecho de la prision no hizo sino apresurar el desarrollo de la trama que contra la reina habia. Separóse de ella su hijo, y con él el conde Frolaz de Trava y los principales hidalgos gallegos, que con sus tropas acamparon á orillas del Tambre al Norte de Santiago; conmovióse la ciudad, y vióse forzada la reina á poner en libertad al arzobispo, el cual, no contento con esto, reclamó enérgicamente la devolucion de las rentas, castillos y posesiones de que la reina se habia apoderado, cuestion capital para Gelmirez, y en que halló todavía renitente á doña Urraca. Ofensa era esta que perdonaba el arzobispo menos que la de la prision, y asi juró no apartarse de la liga ni dejar las armas hasta que le fuesen restituidos á su iglesia sus honores, esto es, sus castillos y tierras. No cedió la reina en esto, y se salió al campo con sus tropas; salió tambien con las suyas el arzobispo y se unió con las de don Alfonso y los confederados: unos y otros acampaban cerca de Monsacro y estaban para venir á las manos ambos ejércitos, cuando á propuesta del arzobispo, dicen sus parciales, se entablaron negociaciones de paz entre el rey y la reina, de que resultó un tratado de avenencia que la reina garantizó dando en rehenes sesenta caballeros de su comitiva, y de que el arzobispo sacó el partido que se proponia, que era el recobro de sus rentas y posesiones. Segun los autores de la Compostelana, habia mandado ya el papa Calixto á los prelados de España que celebráran concilio y excomulgáran á la reina su

(1) Convienen todos en que doña Teresa habia dado aviso confidencial á Gelmirez del atentado que su hermana proyectaba contra él, y que el prelado no habia querido creerlo. Prueba esto las buenas inteligencias que habia entre el arzobispo y la de Portugal, y que todos obraban con falsía y con doblez.

cuñada si no daba libertad á don Diego Gelmirez y no restituia sus bienes á la iglesia de Santiago.

¿Sería duradera y sólida la paz ajustada en Monsacro entre el rey, la reina, el arzobispo y los condes y caudillos de uno y otro campo? Imposible en aquella anarquía de partidos y de encontrados intereses. No faltaron todavía desazones y disturbios, que omitiremos por menos importantes y menos ruidosos. Un legado enviado espresamente por el papa Calixto parece logró por fin mantener por lo menos en aparente armonía á la madre y al hijo, y muchas veces aparecen en las escrituras firmando unas veces doña Urraca y don Alfonso, otras la reina sola, y otras tambien solo el rey: prueba de lo poco deslindados que se hallaban sus derechos y dominios, y de que tampoco en realidad conreinaban. Era una situacion anómala en la que se hallaba el reino de Castilla, pues lo que en rigor habia era una reina madre tolerada por un hijo tambien rey, y un monarca hijo tolerado por una madre tambien reina. Sin embargo, la conducta poco hábil de la reina para el gobierno del estado á pesar de la energía de su carácter, sus inconsecuencias y humillaciones, sus intimidades con don Pedro de Lara que traian agriados á los caballeros castellanos y que la pusieron en conflictos y situaciones desdorosas para la magestad, el partido que habia ido ganando su hijo don Alfonso, años hacía rey nominal de Galicia, única bandera inocente y pura que se habia enarbolado entre tantos manchados estandartes, la esperanza que á todos infundian las cualidades de este príncipe que se encontraba ya mancebo, todo contribuyó á que en los últimos años adquiriera el hijo una verdadera supremacía en los estados de la madre. Así continuó esta situacion tan difícil de definir hasta marzo de 1126, en que despues de una vida tan tempestuosa falleció la reina doña Urraca en tierra de Campos, ó segun comunmente se cree, en Saldaña. Lleváronla á sepultar á San Isidro de Leon, donde se conserva su cuerpo y su epitafio (1).

A las turbulencias intestinas que hicieron tan desastroso el reinado de doña Urraca, se habian agregado las invasiones y entradas de los musul-

(1, Hasta la muerte de esta señora ha sido contada por algunos de una manera bien desfavorable á su reputacion y honestidad, suponiendo unos haber fallecido en el acto de dar nueva sucesion, cosa inverosímil en su edad, y que no hallamos justificada, otros haber quedado muerta de repente á la puerta de San Isidro de Leon cuando salia de despojar el templo de las alhajas sagradas: tampoco esto lo hallamos apoyado en fundamento digno de fé. Lo que no tiene duda es que dejó dos hijos del conde de Lara, Fernando y Elvira. Los maestros Florez y Risco se esfuerzan por probar que los legitimó casándose con el mencionado conde: pero este matrimonio no recibió por lo menos las solemnidades ordinarias. Florez, Rein. Catol. tom. I. Risco, Hist. de Leon, tomo. I.

manes que vinieron á acabar de perturbar el pobre reino de Castilla, harto agitado ya en lo interior. El emperador de Marruecos Alí ben Yussuf habia venido de Africa nada menos que con cien mil caballos, al decir de los árabes (1), y despues de haberse detenido un mes en Córdoba se encaminó á tierra de Toledo (1109) talando y destruyendo sin misericordia cuanto encontraba; los hombres huian espantados á los montes, y el pais quedó asolado y como yermo. Algun tiempo mas adelante (1110) puso sitio á la insigne ciudad, que defendia y gobernaba el valeroso Alvar Fañez, apoderándose los africanos de los bellos jardines de la derecha del Tajo. Aproximaron los Almoravides sus máquinas á los muros de la ciudad y comenzaron el ataque, que por espacio de siete dias rechazaron vigorosamente los castellanos. Una noche arrojaron los de África multitud de proyectiles incendiarios á una de las mas fuertes torres del muro, que comenzó á ser devorada por las llamas. Los cristianos que se hallaban en ella lograron apagar el fuego vertiendo sobre los combustibles gran cantidad de vinagre. Los asaltos que despues intentaron los africanos fueron tan infructuosos como el fuego. Al sétimo dia dispuso Alvar Fañez una salida impetuosa que desconcertó á los sitiadores y les obligó á levantar el cerco quemando todas sus máquinas (2). Pasaron éstos á desahogar su rabia sobre Talavera, de que se apoderaron, y volvieron sobre Madrid, Olmos y Guadalajara, en cuya situacion se declaró la peste en el ejército de Alí, lo cual le forzó á regresar á Córdoba, y de allí á Africa (3). Pero otro cuerpo de Almoravides mandado por Seir Abu Bekr recorria el Algarbe y quitaba á los cristianos muchas de la ciudades ganadas por la espada de Alfonso VI.

Libre Alvar Fañez de aquella innumerable morisma, tomó despues la ofensiva, y haciendo con sus toledanos una atrevida escursion á Cuenca la arrancó, aunque por poco tiempo, del poder de los Almoravides (1111). Mas no dejaban á su vez los sarracenos de aprovecharse de las disensiones que agitaban la Castilla, y dos años mas adelante (1113) la comarca de Toledo se halló de nuevo invadida por otro ejército africano mandado por Mazdali (4), que devastó á sangre y fuego el pais, tomó la fortaleza de Oreja, degolló sus defensores, cautivó mugeres y niños, y puso otra vez sitio á Toledo (1114). Libertóse tambien esta vez la ciudad, gracias á la intrepidez de

(1) Conde, part. III. c. 25.—Al-Kartás.—Chron. Adef. Imperat.

(2) Anal. Toled. primeros.—Chron. Adef.—Al-Kartás.

(3) En esta ocasion se cree fué cuando se descubrió la imágen de Nuestra Señora de la Almudena, tan venerada en Madrid, en uno de los lienzos de la muralla rotos en este ataque por el ejército moro. Chron. Adef.—Al-Kartás.

(4) El que muchos de nuestros historiadores llaman Amazaldi.

Alvar Fañez, si bien á costa de haber perdido en un combate setecientos de sus valientes soldados. Este insigne capitan, el mas famoso de los guerreros castellanos de la época de Alfonso VI., si se exceptua el Cid, despues de haber combatido tan brava y heróicamente á los sarracenos, murió á manos de sus mismos compatriotas, víctima de las discordias civiles que destrozaban el reino castellano. Contábasele entre los partidarios del rey de Aragon, y en una espedicion que hizo á Segovia, asesináronle en esta ciudad los parciales de Castilla (1). Dióse el gobierno de Toledo al capitan Rodrigo Nuñez; y en las vicisitudes y oscilaciones que en este agitado periodo sufrió la monarquía castellano-leonesa, Toledo pasaba alternativamente al poder del monarca de Aragon, ó de la reina de Castilla, ó del jóven rey Alfonso Raimundez su hijo, segun que las circunstancias hacian momentáneamente mas poderoso cada bando por aquella parte (2).

(1) En la octava de la pascua de 1114. Anal. Toled. primeros. Era 1152.—Cron. de Cardeña.—Ib. Burgense.—Ibn Khaldum.

(2) A este tiempo se refiere, al decir del obispo Sandoval, un suceso tan ruidoso como dramático, que se cuenta haber ocurrido entre el rey de Aragon y los vecinos y defensores de la ciudad de Avila. Con noticia, dicen, que tuvo el aragonés de que el infante don Alfonso, á quien él vivamente andaba persiguiendo, iba á ser llevado por los castellanos de Simancas á Avila, envió un mensage á esta ciudad donde contaba con algunos parciales, diciendo esperaba lo acogerian llanamente y como obedientes súbditos cuando á ella viniese. Contestó al de Aragon Blasco Jimeno que gobernaba provisionalmente la ciudad, que los caballeros de Avila estaban prontos á recibirle y aun á ayudarle en las guerras que hiciese contra los moros, pero que si llevaba intenciones contra el niño Alfonso, no solo no le recibirian, sino que serian sus enemigos mas declarados. Indignó al aragonés contestacion tan resuelta é inesperada, y juró vengarse. A poco de haber sido entrado el tierno nieto de Alfonso VI en Avila, donde fué alzado y reconocido por rey, acampó Alfonso de Aragon con su ejército al Oriente de la ciudad. Desde allí despachó un mensage á Blasco Jimeno, diciendo que si era cierto que habia muerto el nuevo rey de Castilla (pues se habia divulgado esta voz) lo recibiesen á él, prometiendo otorgar mil privilegios y mercedes al concejo y vecinos de la ciudad; y si fuese vivo se le mostrasen, empeñando su fé y palabra real de que una vez satisfecho de que vivia, alzaria el campo y se retiraria á Aragon. Contestó Blasco Jimeno que el rey de Castilla, su señor, se hallaba dentro sano y bueno, y todos los caballeros y vecinos de Avila dispuestos á defenderle y á morir por él. Respecto al otro estremo, despues de consultado y tratado el punto, se convino en satisfacer al rey de Aragon bajo las condiciones siguientes: que el aragonés entraria en la ciudad acompañado solo de seis caballeros, todos desarmados, para ver por sus propios ojos al nuevo soberano de Castilla, y los de Avila por su parte darian en rehenes al de Aragon sesenta personas de las principales familias, que quedarian retenidas en su campo mientras se verificaba la visita, despues de lo cual se obligaba, «sopena de perjuro y fementido», á devolverlas sin lesion ni agravio. Hecho por ambas partes juramento de cumplir lo pactado, el rey de Aragon se acercó al muro y puerta de la ciudad con sus seis caballeros, y de ella salieron los rehenes para el campamento aragonés. Recibido el de Aragon por Blasco Jimeno y varios otros nobles de Avila, «yo creo, buen Blasco, le dijo, que en verdad vuestro rey es vivo y sano, y asi no es menester que yo éntre en la ciudad, y me bastará y daré por satisfecho con que me le mostreis aqui á la puerta, ó aunque sea en

Desventurada suerte hubiera sido la de Castilla devorada por las discordias, si los musulmanes hubieran continuado haciendo en ella sus terribles irrupciones. Mas por fortuna suya limitáronse desde 1114 á rápidas y pasageras entradas, gracias á que el rey de Aragon los traia por allá entretenidos y no poco maltratados. Porque este monarca, desde que desechado por los castellanos, lanzado de Burgos y declarada solemnemente la nulidad de su matrimonio con doña Urraca, se retiró á sus estados, si bien no renunció á sus pretensiones sobre Castilla y dejó en varias de sus plazas guarniciones aragonesas para tenerla siempre en respeto y poder hacer la guerra ó por sí ó por sus capitanes, dedicóse desde entonces á guerrear activamente

lo alto del muro.» Recelando, no obstante, los de Avila si tan generosas palabras encerrarian alguna traicion, subieron al niño rey al cimborio de la iglesia que está junto á la puerta, y desde allí se le mostraron. Hízole el de Aragon desde su caballo una muy urbana cortesía, á que contestó el tierno príncipe con otra, y satisfecho al parecer el aragonés se volvió á su campo sin permitir que de la ciudad le acompañára nadie.

Tan pronto como llegó á sus reales, mandó á sus gentes que allí mismo á su presencia degolláran todos los rehenes, como asi se ejecutó, llegando su ferocidad al estremo de hacer hervir y cocer en calderas las cabezas de aquellos nobles é inocentes ciudadanos; de lo cual, dice la tradicion, le quedó á aquel lugar el nombre de *las Fervencias*. A la nueva de tan horrorosa y aleve ejecucion, todos los abulenses ardian en deseos de tomar venganza; pero encargóse de ella el mismo Blasco Jimeno, que salió á retar personalmente al rey de Aragon, al cual alcanzó cerca de Ontiveros, marchando con su hueste camino de Zamora. Hízole detener el de Avila so pretesto de ser portador de una embajada de su concejo, y cuando se vió enfrente del rey, con entera voz y severo continente le echó en cara su felonía, y concluyó diciendo: «E vos como «mal alevoso é perjuro, non merecedor de «haber corona é nombre de rey, non cumpliste lo jurado, antes como alevoso matastes los nobles de los rehenes, que fiados «de la vuestra palabra é juramento eran en «el vuestro poderío. E por lo tal vos repto «en nombre del concejo de Avila, é digo que «vos faré conocer dentro de una estacada «ser alevoso, é traidor, é perjuro.» El rey encendido en cólera, mandó á grandes voces á los suyos que castigaran el desacato y osadía de aquel hombre, y que le hicieran pedazos. Echáronse sobre él los de la comitiva del rey, defendióse Blasco valerosamente, mas los ballesteros le arrojaron tantas lanzas y dardos, que al fin cayó muerto despues de haber herido él á muchos. En el sitio donde esto acaeció se puso una piedra que llamaron *el Hito del repto*, y allí se erigió una ermita, donde dicen está sepultado Blasco Jimeno. En premio de tan insigne lealtad concedió el rey don Alfonso VII. á la ciudad de Avila grandes exenciones y privilegios, y les dió por armas un escudo en que se vé un rey asomado á una almena. —Sandoval. Cinco Reyes.—Gil Gonzalez Dávila en su monarquía de España, tom. I. lib. 2., hace una referencia, aunque ligera y rápida, de este hecho. No sabemos de donde lo hayan podido tomar, ni comprendemos como pudiera acaecer en la época que Sandoval determina, que fué despues de la batalla de Villadangos, cuando el niño Alfonso fué llevado por el obispo Gelmirez al castillo de Orcillon, ni entendemos cómo su madre y el prelado pudieron dejar allí al tierno príncipe, contra lo que insinúan las crónicas mas antiguas, ni cómo ni con qué objeto pudieron traerle entonces los castellanos á Simancas y á Avila, ni cómo pudo estar el de Aragon en Avila cuando todos les suponen sitiando á Astorga. Dejamos todo esto á cargo del prelado historiador, ya que no nos espresa ni las crónicas ni los monumentos de donde haya podido sacarlo.

contra los moros fronterizos de sus dominios, que ojalá á esto se hubiera concretado siempre para gloria suya y bien de toda España. Desde entonces comenzó á aparecer Alfonso I. de Aragon príncipe ilustre y guerrero hazañoso y grande. Mostróse otro hombre el aragonés desde que suspendió por lo menos, ya que no renunciára á su porfía y terquedad de dominar en Castilla, y bien le indicaron los sucesos que no era el pelear con cristianos sino con moros la empresa á que estaba llamado.

Ya antes habia hecho probar á los sarracenos el vigor de su corazon, la fuerza de su brazo, el templo de sus armas, y el brio de las tropas aragonesas. Habíales ganado á Ejea, á cuyos pobladores otorgó grandes franquicias, y denominó de los Caballeros en honor de los que á conquistarla le ayudaron; Tauste, sobre las riberas del Ebro, en cuyo triunfo debió mucho á la valentía y esfuerzo del intrépido don Bacalla; Castellar, en que tuvo presa á la reina de Castilla, y en que puso una guarnicion de aquellos terribles *Almogavares*, que tan formidables se hicieron á los moros (1); y por último Tudela, á las márgenes del Ebro, donde pereció el rey de Zaragoza Almostain Abu Giafar, aquel célebre emir que hasta entonces habia sabido mantenerse independiente entre los cristianos y los Almoravides. El árabe Abdallah ben Aita que se halló presente en la batalla de Tudela con el sábio Asafir, la cuenta de este modo. «El virtuoso y esforzado rey de Zaragoza Abu Giafar Almostain Billah salió contra los cristianos que tenian puesto cerco á Tudila, y con escogida caballería fué á socorrer á los suyos..... y peleando el rey Abu Giafar valerosamente por su persona, le pasaron el pecho de una lanzada y cayó muerto de su caballo. Con esto los muslimes cedieron el campo y la ciudad fué entrada por los cristianos..... Llevaron los musulmanes el cuerpo de su rey á Zaragoza y le enterraron con sus propias vestiduras y armas..... y luego fué en ella proclamado su hijo Abdelmelik, llamado Amad-Dola, que ya habia dado muestras de su valor en la batalla de Huesca y en las algaras de Tauste y de Lérida (2).» La ciudad conquistada se dió en feudo de honor al conde de Alperche, á quien principalmente se debió la victoria;

(1) Eran los *Almogavares* una tropa ó especie de milicia franca que se formó de los montañeses de Navarra y Aragon, gente robusta, feroz, acostumbrada á la fatiga y á las privaciones, que mandados por sus propios caudillos hacian incesantes correrías por las tierras de los moros cuando no servian á sus reyes, viviendo solo de lo que cogian en los campos ó arrebataban á los enemigos. Iban vestidos de pieles, calzaban barcas de cuero, y en la cabeza llevaban una red de hierro á modo de casco; sus armas eran espada, chuzo y tres ó cuatro venablos: llevaban consigo sus hijos y mugeres para que fuesen testigos de su gloria ó de su afrenta.

(2) Conde, part. III. c. 25.—Pero el autor árabe supone la conquista de Tudela en 1110. Zurita (Anal. c. 42) la hace en 1114, lo que hallamos mas conforme á la marcha de las operaciones de Alfonso.

señaláronse a sus moradores grandes términos, y se les concedió que fuesen juzgados por el antiguo Fuero de Sobrarbe.

Pero el gran pensamiento del monarca aragonés, el proyecto que ocupaba su ánimo desde que ciñó la corona de sus mayores, y de que le tuvieran distraido sus campañas de Castilla, era la conquista de Zaragoza. Para preparar su grande empresa comenzó una activa persecucion contra los reyes y caudillos moros de Zaragoza, de Lérida, de Fraga, y contra los fronteros de Valencia y otros comarcanos. La fama de sus proezas volaba por todas partes. Un ilustre príncipe estrangero vino en 1116 á aumentar el esplendor de su ya brillante córte y comitiva, y á acrecer los términos de sus estados (1). Fué este el distinguido don Beltran de Tolosa, hijo del conde don Ramon de Tolosa que casó con doña Elvira, hija de Alfonso VI de Castilla. Era de consiguiente don Beltran deudo del mismo rey de Aragon. Habíase distinguido su padre y ganado gran prez en las guerras de la Tierra Santa, y el mismo don Beltran con setenta galeras genovesas y con ayuda del rey de Jerusalen, habia conquistado á Trípoli, y héchose señor de aquella ciudad. Este valeroso príncipe vino á hacerse vasallo del rey de Aragon, y á ofrecerle no solo el condado de Tolosa, sino los señoríos de Rodes, Narbona, Carcasona, con otros honores pertenecientes al condado. Don Alfonso dejó todos estos estados al conde don Beltran para que los poseyese á título de feudo y con réconocimiento de vasallage. Asi iban engrandeciéndose los límites del reino de Aragon, parte por los triunfos de las armas, parte por resultado de la gran fama y reputacion de su valeroso príncipe.

Zaragoza se hallaba ya cercada en este mismo año de 1116, con cuya noticia el emperador de los Almoravides, Alí, envió desde Granada en su socorro un crecido número de tropas de caballería al mando de Abu Mohamed Abdallah, que obligaron á Alfonso á levantar el cerco. Pero sucedió que desconfiando el rey de Zaragoza, Amad-Dola, del caudillo de los Almoravides, se salió de la ciudad con su familia y tomó el partido de ofrecer á los cristianos su alianza y amistad contra los moros de África. Gran arrimo fué este para el rey de Aragon. Disgustados los zaragozanos con esta alianza llamaron al walí de Valencia, Temim, hermano de Alí, y toda la comarca se declaró por los Almoravides. Las tropas africanas de Andalucía vinieron en

(1) Los principales caballeros estrangeros que le acompañaban eran (ademas de Rotron, conde de Alperche): Gaston de Bearne, el conde Centullo de Bigorra, el conde de Cominges, el vizconde de Gabartet, el obispo de Lascares, Auger de Miramont, Arnaldo de Cabadan, con otros nobles de Bearne y de Gascuña. Agregábanse á estos los ricos-hombres de Aragon y de Navarra en gran número.

socorro de la siempre amenazada Zaragoza: mandábalas el valiente Temim, y llevaba consigo los mejores gefes almoravides y lamtunas: inútil fué toda esta afluencia de guerreros mahometanos; Alfonso los fué derrotando en multitud de batallas, que fuera largo enumerar, y que justificaron bien el dictado de *Batallador* con que se le apellida. Engreido con estos triunfos, despreció ya Alfonso la alianza y amistad de Amad-Dola, y le exigió que le entregase la ciudad. Vióse Amad-Dola mas comprometido de lo que esperaba, y no sabiendo que partido tomar, se decidió por fortificar y defender á Zaragoza.

Reunióse entonces toda la gente de armas de los cristianos, y en el mes de mayo de 1118 se puso en movimiento un numeroso ejército de francos y aragoneses, que fueron tomando á Almudevar, Sariñena, Gurrea y otros pueblos, y pasadas las riberas del Ebro y del Gállego avanzaron sobre Zaragoza. A los ocho dias eran ya dueños de las aldeas del contorno y aun de los arrabales que habia fuera de muros. Acudió el rey en el mismo mes de mayo con sus ricos-hombres y toda su gente de guerra, y comenzó á apretar el cerco con mayor actividad. Defendíanse los de dentro con desesperado brío; y como hubiese pasado el mes de junio sin poder rendir la plaza, desconfiados ya los franceses de poderla tomar, y por otra parte nada lisonjeados por el rey, segun ellos escriben, volviéronse á Francia sin que el rey hiciera la menor demostracion de estorbárselo quedando solo los condes y vizcondes. El aragonés perseveró con su gente en el cerco, estrechándole mas cada dia, y combatiendo la ciudad con máquinas y torres de madera. Faltáronles á los sitiados los víveres; perecian ya de hambre y cansábanse de esperar socorro, y como dice uno de sus historiadores, «ya no le aguardaban sino del cielo.» Alfonso les ofreció seguridad en sus vidas y haciendas y que podrian morar libremente en la ciudad ó donde quisiesen; con cuyas condiciones entregaron la plaza, y entró en ella triunfante el *Batallador*, y se alojó en el palacio real que llamaban la Azuda, junto á la puerta de Toledo. Muchos nobles muslimes pasaron á Valencia; Amad-Dola se retiró con toda su familia á la fortaleza de Rota'l-Yeud.

Asi se recuperó para el cristianismo la antigua y famosa César Augusta de los romanos, la ciudad de mas consideracion que conservaban ahora los sarracenos en el centro de España y que habian poseido sin interrupcion cuatrocientos años cumplidos. Terrible golpe fué este para los musulmanes, tanto como de gloria y prez para el monarca cristiano de Aragon. El cual en remuneracion al señalado esfuerzo y constancia que en esta empresa habia mostrado el conde Gaston de Bearne, le hizo merced de la parte de la ciudad que habitaban los mozárabes, que eran ciertos barrios de la parro-

quia de Santa María la Mayor, para que los tuviese en feudo de honor, y asi se intitulaba señor de la ciudad de Zaragoza, como era costumbre. Al conde de Alperche le dió otro barrio y parte de la ciudad que está entre la iglesia mayor y San Nicolás. A los pobladores y vecinos concedió grandes privilegios é inmunidades, entre ellos la exencion de tributos, declarándolos infanzones y dotándolos de otras franquicias que explanaremos en otro lugar. La mezquita mayor fué convertida en basilica cristiana, y nombrado su primer obispo el venerable varon don Pedro Librana, á quien consagró el papa Gelasio II. (1).

Ufano el rey don Alfonso con tan señalada conquista y conociendo la importancia de aprovechar el desánimo y terror de los mahometanos, juntó de nuevo sus tropas, y dirigiéndose hácia el Moncayo tomó varios lugares de las riberas del Ebro; ganó á Tarazona, donde restableció su antigua silla episcopal; y Borja, Alagon, Mallen, Magallon, Epila y otros pueblos de aquella comarca pasaron en aquella expedicion al dominio de las armas aragonesas. Encaminóse luego hácia Calatayud, ciudad importante por hacer frontera de los reinos de Aragon y Castilla. Rindióse tambien Calatayud á las triunfantes armas del rey Alfonso (1120), que dotó á sus nuevos pobladores de fueros y leyes para su gobierno, y fuéronse entregando Bubierca, Alhama, Ariza, y otros muchos lugares de la comarca que riega el Jalon. Púsose despues sobre Daroca, lugar fortisimo entonces, y como la llave para el reino de Valencia y tierras de Cuenca y de Molina. El africano Temim, un tanto recobrado de sus anteriores derrotas, habia enviado contra Alfonso una florida hueste de infantería y caballería. Encontróse el ejército moro con el aragonés en un pueblo cerca de Daroca llamado Cutanda; trabóse alli una reñida pelea, en que los cristianos dejaron tendidos en el campo á veinte mil voluntarios muslimes, sin experimentar por su parte pérdida alguna: triunfo que por extraordinario nos parecería increible, si no hubiéramos tomado esta noticia de los mismos historiadores árabes. Murieron, dicen estos mismos, en esta terrible batalla Abu Bekr ben Alari, el alfaqui Ahmed ben Ibrahim, y otros caudillos y personas de cuenta; el resto del ejército huyó desbaratado á Valencia (2) El rey don Alfonso escogió un lugar en las fuentes del rio Jiloca, que hizo poblar y fortificar, por ser sitio á propósito para enfrenar las correrías y cabalgadas de los moros de Valencia y Murcia, al que

(1) Conde, cap. 25.—Zurita, cap. 44.

(2) Zurita y los historiadores modernos de Aragon ponen equivocadamente la victoria de Cutanda en el mismo año de la conquista de Zaragoza. Los Anales Toledanos concuerdan con el historiador árabe.

puso por nombre Monreal, y fué de gran servicio para la defensa y conservacion de sus dominios por aquella parte.

El genio emprendedor de Alfonso no se satisfacía con ir dando tan buena cuenta del emirato de Zaragoza, ni se contentaba con ensanchar sus estados por las fronteras de Valencia y de Castilla. En 1122 vióselc atravesar el Pirineo y penetrar en la Gascuña francesa, sin que las memorias antiguas nos expliquen la verdadera causa de esta expedicion extraordinaria: tal vez quisiera resucitar antiguas pretensiones de los reyes de Aragon á aquellos estados. Ello es que el conde Centullo de Bigorra, uno de los que se habian retirado del sitio de Zaragoza, presentósele á rendirle pleito homenage y á dársele por vasallo, prometiéndole tener en su nombre aquel pais, y cuanto en adelante pudiese conquistar. Entonces el rey de Aragon quiso pagar ó su humillacion ó su generosidad, haciéndole merced de la villa de Roda á las riberas del Jalon, de la mitad de Tarazona con su término, de Santa María de Albarracín con su territorio, cuando la ganase de los moros, con otras rentas y heredamientos cuanto bastase para el mantenimiento de doscientos caballeros que habian de servir en la guerra, con dos mil sueldos ademas de moneda jaquesa en cada un año. Ya antes hemos visto empleado por el rey don Alfonso este mismo sistema de recompensas, que llamaremos honores ó feudos, especialmente con los condes francos que ó le rendian vasallage ó le auxiliaban en la guerra.

Infatigable don Alfonso, y no pudiendo tener ociosa su espada, todos los paises hallaba buenos para guerrear contra los infieles. Asi de vuelta de su espedicion á Gascuña entró talando y destruyendo las vegas y campos que los moros tenian á las riberas del Segre y del Cinca. Ganó á orillas de este último rio el pueblo y castillo de Alcoléa, cuyo señorío dió á uno de sus ricoshombres por servicios que le habia prestado; batió despues en muchos reencuentros á los moros de Lérida y Fraga; entróse por el reino de Valencia, quemando campiñas y demoliendo las fortalezas y lugares que querian defenderse; avanzó de la otra parte del Júcar; taló la vega de Denia; prosiguió por el reino de Murcia camino de Almería, y asentó sus reales sobre Alcaráz al pié de una montaña. Pero no se detiene aqui el torrente. Los mozárabes de Andalucía, noticiosos de las proezas del aragonés, han reclamado secretamente su socorro, y excitádole á que invada el territorio andaluz, ofreciéndole incorporarse á sus banderas. Espéranle como al gran libertador de los cristianos, y Alfonso avanza intrépidamente con una hueste de escogidos guerreros, y el estandarte de Aragon se vé ondear en la fértil vega de Granada y en las risueñas márgenes del Genil (1125). Acude la poblacion mozárabe á engrosar las filas de sus hermanos; tiemblan los musulmanes gra-

nadinos, á quienes gobernaba entonces Temim, el hermano del emperador, y rezan la *azala del miedo* (1). Amenaza la hueste cristiana á la ciudad, pero las nieves y las lluvias vienen á contrariar los esfuerzos de Alfonso, que por espacio de diez y siete dias tiene que luchar contra los elementos mas que contra los enemigos; al cabo de los cuales se decide á levantar el campo y se pone en marcha, no en retirada hácia Aragon, sino avanzando hácia el mar. Franquea audazmente los difíciles pasos de la Alpujarra, cubiertos de nieve, llega á Motril, descubre la bella y templada campiña de Velez Málaga, gana la playa de aquel mar que tanto ansiaba ver, y tomando una barquilla penetra en aquellas olas que bañan las dos costas española y africana (2).

Satisfecho con haberse dado este placer, retrocede casi por los mismos paises, atraviesa hondos valles y empinados riscos; desde la cumbre de Sierra Nevada dirige una mirada hácia las lejanas costas del continente africano desenvuélvese á costa de mil dificultades de los embarazos que á su marcha oponen, ya las nieves, ya las bandadas de musulmanes que por todas partes le cercan y le acosan; á la ida y á la vuelta no han cesado de molestarle los sarracenos; algunos valientes ha perdido, la fatiga y los combates han diezmado sus filas, pero él ha logrado triunfar hasta de once régulos mahometanos, y por último, despues de mil riesgos y penalidades logra el audaz aragonés volver á las tierras de sus dominios, seguido de mas de diez mil mozárabes andaluces á quienes proporciona una nueva patria, y con indecible contento de los cristianos aragoneses que con razon temblaban por la suerte de sus hermanos y por la vida de su rey (1126).

Tal fué la famosa y arriesgada expedicion de Alfonso el Batallador, una de las mas atrevidas de que hacen mencion las historias, y que si no dió por fruto ninguna ocupacion sólida de ciudades y territorios enemigos, fué de un efecto moral inmenso, desconcertó á los infieles, hízoles ver á donde llegaba el valor y la intrepidez de un monarca cristiano, libertó millares de familias mozárabes y dejó sembrada la desconfianza entre los infieles y los cristianos que antes les habian estado sumisos. Lo peor fué para los que tuvieron la desgracia de no poder seguir sus banderas, pues recelosos ya los musulmanes, y con el fin de prevenir nuevas defecciones, tomaron la dura medida de trasportar multitud de mozárabes andaluces al suelo africano,

(1) La oracion que rezaban en los trances apurados, abreviando las postraciones y ceremonias, y asistiendo á las mezquitas con armas. Conde, c. 29.

(2) Al decir de los árabes de Conde, cogió por sí mismo un pescado, ó por cumplir un voto que hubiese hecho para cuando llegase á aquella playa, ó por el orgullo de contarlo en Zaragoza.

donde los mas murieron víctimas de la miseria y de los malos tratamientos (1).

La muerte de la reina doña Urraca de Castil'a, acaecida en 1126, y la proclamacion solemne de su hijo don Alfonso Raimundez en Leon bajo el nombre de Alfonso VII, convirtió de nuevo la atencion y las miras del monarca aragonés hácia aquella Castilla en otro tiempo por él tan codiciada, y á lo que parece no olvidada nunca. Pero la posicion de este reino variaba de todo punto con la elevacion del hijo de doña Urraca. Al desconcepto en que la veleidad y la poco asentada conducta de la madre la habian colocado, sustituia el universal contentamiento y beneplácito con que los magnates castellanos y los nobles leoneses recibian y aclamaban al hijo, iris de paz y anuncio de sosiego despues de tantas y tan deshechas borrascas. Las ciudades y plazas en que se conservaban guarniciones aragonesas iban sometiéndose al nuevo soberano, ó eran expulsadas por los habitantes mismos de las poblaciones. Mas no era el Batallador hombre que consintiera verse impunemente despojado de lo que todavía pretendia pertenecerle. Ambos Alfonsos estaban resueltos á sostener lo que cada cual llamaba sus derechos; el de Castilla con el ímpetu y ardor de un jóven ávido de gloria y convencido de asistirle la justicia; el de Aragon con la confianza y el orgullo de un conquistador avezado á las lides y á las victorias, y prevalido del ascendiente que creia darle la edad y los títulos de antiguo esposo de la madre del castellano: ambos juntaron y prepararon sus huestes; el de Aragon fué el primero que rompió por tierras de Castilla avanzando hasta el valle de Támara (cuatro leguas de Palencia). Encontráronse allí los dos ejércitos, mas afortunadamente cuando amenazaban á Castilla nuevos males y estragos, cualquiera que hubiese sido el vencedor, ni el de Aragon se atrevió á atacar, ni el conde de Lara que guiaba la vanguardia del de Castilla mostró deseo de pelear con los aragoneses (que no era el de Lara afecto á su nuevo soberano), y como interviniesen ademas los prelados de ambos reinos en favor de la paz, concertóse ésta dejando al aragonés regresar libremente á sus estados, y obligándose á entregar en un plazo dado las plazas que aun conservaba en Castilla (1127).

Ni el Batallador se mostró escrupuloso en el cumplimiento de las condiciones de la paz, ni dejó por eso de devastar el pais castellano que atravesó,

(1) Los pormenores de esta famosa algara del Batallador se hallan en el cap. 29. part. III. de Conde. Las crónicas cristianas no hablan de ella: Zurita la menciona, aunque con circunstancias algo diferentes de las de los árabes de Conde. Algunos la confunden con la que poco mas adelante hizo Alfonso VII. de Castilla á otro punto de Andalucía.

y la paz de Támara fué mas bien una mal observada tregua, puesto que á los dos años volvió otra vez el aragonés á inquietar la Castilla poniéndose con su ejército sobre la fortaleza de Moron. Acudió presurosamente el hijo de doña Urraca á la cabeza de todos sus vasallos, á escepcion de los Laras que rehusaron ya seguirle, y halláronse otra vez castellanos y aragoneses cerca de Almazan prontos á combatirse. Pero otra vez mediaron los prelados, y tampoco fueron infructuosas sus pacíficas amonestaciones y consejos. El de Aragon quiso que se guardára consideracion á su edad, y que la propuesta de concordia partiera del de Castilla como mas jóven y como entenado suyo que habia sido. Condescendió el castellano con un deseo que le pareció justo, y entonces el aragonés mostróse generoso diciendo: «Gracias á Dios que ha inspirado tal pensamiento á mi hijo: si hubiera obrado asi antes, no me habria tenido por enemigo; ahora ya no quiero conservar nada de lo que le pertenece.» Y ordenando que le fueran restituidas las fortalezas que aun retenia en Castilla (1129), retiróse á Aragon, «y nunca mas entró en Castilla, dice el cronista obispo de Pamplona, si bien por eso no faltaron guerras y muertes entre castellanos y aragoneses, que por muchos años se hicieron todo el mal y daño que pudieron como crueles enemigos. (1)»

El Batallador, cuyo genio activo no podia sufrir el reposo, sin dejar de atender al gobierno de su reino ocupóse tambien en acabar de sujetar las comarcas de Molina y Cuenca. Con esto y con haber dado á poblar á los condes y auxiliares franceses un barrio de Pamplona concediéndoles los mismos fueros que á los moradores de Jaca, juntó de nuevo sus tropas en Navarra, franqueó otra vez los Pirineos, y puso sitio á Bayona (2), no sabemos con qué título. Acaso le movieron á esta nueva empresa agravios que el conde de Bigorra y otros sus aliados hubieran recibido del duque de Aquitania. Ello es que consigió enseñorearse de Bayona (1131). Mas como la ausencia del centro de su reino realentára á los mahometanos de Lérida, Tortosa y Valencia, causando algunos descalabros á los aragoneses, apresuróse Alfonso á repasar el Pirineo, y otra vez los escudos de Aragon volvieron á reflejar en las aguas del Ebro, del Cinca y del Segre. Mequinenza, importante fortaleza mahometana situada en los confines de Cataluña, se rindió al Batallador en junio de 1133. Los estandartes aragoneses fueron luego paseados por las riberas de aquellos rios, y por último acometió don Alfonso la difícil empresa de apoderarse de Fraga, fuerte por su natural posicion, en estrecho lugar co-

(1) Sandov. Cron. de Alfonso VI.—Son, sin embargo, inexactas las fechas que da á estos sucesos.—Aun es mas manifiesto el error de Mariana, que pone esta paz en 1122

(2) No á Burdeos, como dice erradamente el inglés Dunham.

locada en un recuesto de tan angosta subida que muy pocos bastaban á defenderla, cuanto mas que todo aquello lo tenian los moros grandemente fortificado. Asi fué que por dos veces se vió obligado don Alfonso á levantar sus reales. Pero esta misma resistencia y dificultad le empeñaba mas y mas y comprometia á no cejar en su empresa, y juró por las santas reliquias no desistir hasta no verla coronada con buen éxito. Asegúrase que ya los sitiados se allanaban á rendirse por capitulacion, y que el aragonés desechó con indignacion su oferta, agriado con la anterior tenacidad de los moros. Entonces estos se prepararon á hacer un esfuerzo desesperado, y llamando en su ayuda con instancia á Aben Ganya, walí de Lérida, y acudiendo este caudillo con un refuerzo de diez mil Almoravides que acababa de recibir de África, trabóse un récio y fiero combate, en que los cristianos fueron atropellados y rotos, sufriendo tal mortandad, que millares de aragoneses quedaron tendidos en las llanuras. Allí pereció tambien el heróico monarca, Alfonso el Batallador (1), con otros valientes nobles aragoneses y francos, entre ellos los hijos del de Bearne, Centullo de Bigorra, los obispos de Rosas y Jaca y muchos otros señores principales. Fué esta desgraciada batalla en julio de 1134. «El famoso dia de Fraga, dicen los escritores árabes, no le olvidarán nunca los cristianos.»

Asi acabó el conquistador de Tudela, de Zaragoza, de Tarazona, de Calatayud, de Daroca, de Bayona, de Mequinenza, y de mil plazas y ciudades; el vencedor de cien batallas, la gloria de Aragon, y el terror de los moros. Don Alfonso I. de Aragon fué un rey cual convenia en aquellos tiempos, batallador, activo, incansable; jamás hizo alianza, ni transigió con los infieles.

Réstanos dar noticia del extraño é inconcebible testamento de este príncipe, que tanto hizo cambiar la situacion no solo de Aragon sino de toda España. Hallándose este monarca en octubre de 1131 con su ejército sobre Bayona, y viéndose sin hijos que pudieran sucederle en el reino, otorgó su célebre y ruidoso testamento que ratificó dos años despues en el fuerte de Sariñena. Despues de dejar multitud de ciudades, villas, lugares, castillos, términos y rentas á otras tantas iglesias y monasterios que señalaba, declaró herederos y sucesores de sus reinos y señoríos por partes iguales al Santo Sepulcro, y á los caballeros del Templo y á los Hospitalarios de Je-

(1) En esto convienen los Anales Toledanos, el Anónimo de Ripoll y el arzobispo don Rodrigo con los historiadores árabes. Zurita, Traggia y otros cuentan con alguna variacion la muerte de Alfonso I. La que nosotros hallamos mas confirmada es la que hemos consignado. Convenimos en esto con el moderno historiador de Aragon, el Sr. Foz, tom. I. p. 263.

rusalen, de tal manera que le sucediesen en todos sus derechos sobre sus súbditos y vasallos, prelados y eclesiásticos, ricos-hombres y caballeros, abades, canónigos, monges, militares y burgenses, hombres y mugeres, grandes y pequeños, ricos y pobres, con la misma ley y condicion que su padre, su hermano y él habian poseido el reino. «Doy tambien, añadia, á la Milicia del Templo mi caballo y todas mis armas, y si Dios me diere á mí á Tortosa, sea para el hospital de Jerusalen..... De esta manera todo mi reino, toda mi tierra, cuanto poseo y heredé de mis antecesores y cuanto yo he adquirido y en lo sucesivo con el auxilio de Dios adquiriere y cuanto al presente doy y pudiere dar en adelante, todo sea para el Sepulcro de Cristo y el hospital de los pobres y el templo del Señor, para que los tengan y posean por tres justas é iguales partes..... con la facultad de dar y quitar, etc. (1).»

Veremos mas adelante las novedades y alteraciones á que dió lugar este famoso y singular testamento.

(1) Archivo de la corona de Aragon, Reg. I. fol. 6.

CAPITULO V.

ALFONSO EL EMPERADOR EN CASTILLA.

RAMIRO EL MONGE EN ARAGON: GARCIA RAMIREZ EN NAVARRA.

De 1126 á 1137.

General aplauso con que fué aclamado Alfonso VII. de Castilla.—Vistas y tratos con su tia doña Teresa.—Sujeta algunos condes rebeldes.—Sus triunfos en Galicia y Portugal.—Ríndensele las plazas ocupadas por los aragoneses.—Pasa á su servicio el emir Safad-Dola.—Gloriosa incursion de Alfonso en Andalucía.—Eleccion de Ramiro el Monge en Aragon, y de García Ramirez en Navarra: sepáranse otra vez estos dos reinos.—Entrada del castellano en Zaragoza.—Ríndenle homenaje los reyes de Aragon y de Navarra. El conde de Barcelona y los de Gascuña en Zaragoza.—Proclámase solemnemente Alfonso VII. emperador de España.—Diferencias entre aragoneses y navarros.—Tratado de Vadoluengo.—Preparativos de rompimiento.—Conducta de don Ramiro el Monge.—Célebre anécdota de la *Campana de Huesca*.—Abdicacion de don Ramiro.—Desposa á su hija con el conde de Barcelona y le cede el reino.—Cataluña.—Ramon Berenguer III. el Grande.—Sus guerras con los moros.—Ensanches y agregaciones que recibe el condado.—Conquista de las Baleares —Espedicion del conde á Génova y Pisa.—Sus alianzas con el de Aragon.—Profesa de Templario y muere.—Ramon Berenguer IV.—Establece el órden de Templarios en Cataluña.—Casá con la hija de Ramiro el Monge de Aragon.—Únense Aragon y Cataluña y forman un solo estado.

Ensánchase el ánimo del historiador como debió dilatarse el de los castellanos al pasar del calamitoso y mísero reinado de doña Urraca, al espléndido y próspero de don Alfonso VII. su hijo. Jóven de 21 años cuando murió su madre (1126), educado en la escuela práctica de los infortunios, juguete inocente desde su infancia de las rivalidades de los magnates, de los rudos procedimientos de su padrastro y de la desacordada ligereza de su

misma madre, forzado á actuar sin intencion ni voluntad propia en todos los enredos de aquel perpétuo drama, único astro que brillaba puro en medio de las tinieblas de aquel turbio horizonte, destinado por su nacimiento á ocupar el trono castellano, apreciado por las prendas y virtudes que habia tenido tantas ocasiones de descubrir en su temprana carrera de vicisitudes y de vaivenes, proclamado años hacia rey en Galicia, monarca nominal primero, comparticipe despues en el reino de Castilla con su madre, y el verdadero soberano de hecho en los últimos años de doña Urraca, fué á los dos dias del fallecimiento de esta solemnemente aclamado y coronado el jóven Alfonso rey de Castilla y de Leon en la iglesia catedral de esta ciudad con universal aplauso y contentamiento. Apresuráronse á reconocerle y rendirle homenaje los condes y señores de Asturias, Leon y Castilla, habiendo pasado luego á Zamora, donde se hallaba su tia doña Teresa de Portugal, y donde un año antes se habia armado caballero su primo don Alfonso Enriquez (tan célebre luego como fundador del reino de Portugal), allí fueron á jurarle obediencia los condes é hidalgos de Estremadura y de Galicia. En un pueblecito de la comarca de Zamora, nombrado Ricobayo, celebraron una entrevista el nuevo monarca castellano y su tia la condesa de Portugal, y estipulóse entre los dos una paz por un determinado periodo de tiempo.

No le faltaron sin embargo al jóven Alfonso algunas chispas y aun llamaradas que apagar, restos del fuego que en los diez y siete años del reinado de su madre habia devorado la monarquía. Negáronse á obedecerle algunos condes, ya resistiendo entregarle las fortalezas que poseian, ya alzando bandera de rebelion en Castilla y en las Asturias de Santillana, bien como parciales del rey de Aragon, bien como antiguos favorecidos de doña Urraca, que acostumbrados á las preferencias de la madre, y aun á la especie de soberanía que á la sombra de aquella privanza habian ejercido en el reino, no sufrian tener que someterse como otros cualesquiera súbditos al hijo. Eran los principales entre estos el íntimo valido, y al decir de algunos, oculto esposo de la reina, don Pedro Gonzalez de Lara, y su hermano don Rodrigo Gonzalez. Fué el jóven monarca apagando estos parciales incendios, sometiendo los rebeldes, ocupando sus fortalezas, y tranquilizando el reino, usando para con los sediciosos de mas generosidad de la que ellos podian esperar y acaso merecian. Habian logrado los de Lara apoderarse de Palencia á la voz del rey de Aragon y ayudándolos los caballeros de Burgos y de Castrojeriz que estaban por el aragonés. Acudió con presteza don Alfonso y recobrada la ciudad y cayendo en su poder los díscolos condes, escepto don Rodrigo Gonzalez que pudo fugarse á Asturias, hízolos encerrar en las torres de Leon; mas á poco tiempo por intercesion de sus parientes púsolos

en libertad el magnánimo príncipe como quien no temia á tan impotentes enemigos. Despojado de sus feudos el conde de Lara, y no pudiendo sufrir la abatida y humilde situacion á que despues de su pasada grandeza se veia reducido, allá se fué á buscar al rey de Aragon, y cuando este príncipe tenia sitiada á Bayona murió de resultas de heridas recibidas en un desafío con don Alfonso Jordan, el hijo de don Ramon de Tolosa, pariente del rey. Así acabó el célebre favorito y amante de la reina doña Urraca, objeto de tantas murmuraciones y celos en Castilla (1).

Quedaba todavía su hermano don Rodrigo el fugado de Palencia. Mas toda aquella tenacidad hubo de ceder ante la actitud imponente del rey, que entró devastando á sangre y fuego las tierras y castillos en que aquel se habia hecho fuerte. El término de esta expedicion, omitiendo las circunstancias menos importantes que refieren algunos cronistas, fué que arrepentido de su rebeldía el de Lara pidió humildemente perdon á su soberano, jurando que de allí adelante seria su mas fiel y leal servidor. Correspondió el rey á su humillacion con tal generosidad, que para tenerle mas obligado por la gratitud no solamente le volvió á su gracia, sino que le confió la tenencia de Toledo, la mas importante de Castilla. Y no le pesó de ello en verdad, porque el honrado castellano fué despues uno de los caballeros que hicieron al rey mas útiles servicios y le dieron mas leal ayuda en las guerras contra los infieles.

Estas contrariedades, y las que por otra parte le suscitaba el rey de Aragon y dejamos referidas en el anterior capítulo, no fueron las solas que tuvo que arrostrar y vencer el jóven monarca de Castilla y de Leon en los primeros años de su reinado. Sosteniendo su tia doña Teresa de Portugal con admirable perseverancia las pretensiones de independencia que no logró ver realizadas don Enrique su marido, continuaba en Galicia despues de la concordia de Zamora, no solo fortificando y guarneciendo sus castillos del Miño, sino levantando otros nuevos, como quien se preparaba, y no con mucho disimulo á resistir la dominacion de su sobrino. Fiaba la de Portugal en el valimiento de don Fernando Perez, el hijo del conde de Trava, antiguo ayo del príncipe, y en los barones y caballeros portugueses y gallegos con quienes aquel tenia relaciones de parentesco ó de amistad. Intimas eran las de doña Teresa y don Fernando, y mas de lo que al buen nombre y al decoro de una princesa convenia, y que llevadas á términos todavía mas estremosos que las familiaridades que tanto en Castilla se habian murmurado entre doña Urraca y el de Lara, habian de producir no tardando

(1) Sandov. Chron. del Emperador Alfonso VII.

en Portugal disgustos y explosiones mas estruendosas que las que habian conmovido la monarquía castellana. La actitud, pues, de doña Teresa movió á Alfonso VII., su sobrino, á ponerse con numeroso ejército sobre Galicia y Portugal. La suerte de las armas favoreció, como era lo natural, al mas poderoso, y vióse doña Teresa obligada á reconocer la supremacía del monarca castellano. Ya en aquel tiempo se habian alzado algunos nobles portugueses contra la privanza del amante de doña Teresa, don Fernando Perez, y en favor del hijo de la condesa, el jóven don Alfonso Raimundez, que acababa de ceñir el cinturon de caballero en la iglesia de San Salvador de Zamora, y á quien su madre habia tenido hasta entonces en vergonzosa oscuridad y apartamiento de los negocios del estado y sin consideracion alguna en la córte. Hallábanse los parciales del jóven Alfonso en Guimaranes, cuando llegó el ejército de Castilla á poner cerco á la ciudad. Convencidos los sitiados de la debilidad de sus fuerzas, declararon en nombre del jóven Alfonso Enriquez que se consideraba y consideraria en adelante vasallo de la corona leonesa. Un poderoso y honrado hidalgo del pais, llamado Egas Moniz salió por fiador de aquel reconocimiento, y confiado en su palabra Alfonso de Castilla, volvióse para Compostela con el arzobispo Gelmirez que le habia acompañado con sus hombres de armas en esta espedicion, y que intervino no poco en aquel ajuste de paz (1).

Iba de esta manera el nieto de Alfonso VI. allanando dificultades, aquietando su reino y haciendo respetar su nombre. Su matrimonio con doña Berenguela, hija del conde don Ramon Berenguer III. de Barcelona, celebrado en 1128 en Saldaña, fué principio de la amistad que despues tuvo con el conde barcelonés: y la belleza, la dulzura, el talento y las virtudes de esta princesa le dieron pronto un saludable ascendiente en el ánimo de su jóven esposo, que nunca tuvo que arrepentirse de seguir los prudentes consejos de la reina. Esta señora y la hermana del rey, doña Sancha, á quien tuvo siempre en su compañía, no menos distinguida é ilustre por su

(1) Hist. Compost. lib. II. c. 85.—Cuenta la tradicion portuguesa, y juntamente algunas historias, que cuando los sucesos de 1128 (de que nosotros hablaremos mas adelante) pusieron el Portugal en manos de Alfonso Enrique, y este príncipe y los barones portugueses eludieron la promesa y compromiso de Guimaranes con el rey de Castilla, solo el honrado Egas Moniz sostuvo lo que habia jurado. Y añaden que para dar un testimonio de su lealtad se dirigió, llevando consigo su muger y sus hijos, á la córte del monarca, al cual se presentó con los pies descalzos y una soga al cuello, como quien preferia entregarse á la muerte antes que dejar de cumplir una palabra empeñada. Grandemente irritado estaba Alfonso VII. mas desarmó su ira aquella prueba inaudita de lealtad, y le dejó ir libre, quedando para él en el concepto de un noble caballero. Hercul. Hist. de Portugal, tom. I. p. 288, y not. XII.

ingenio y altas prendas, eran consultadas por el monarca en los casos mas difíciles y en los mas árduos negocios del Estado, y guiábanle por lo comun con tino y con madurez, y no sin merecimiento y sin justicia dió y mandó dar á su hermana el título honorario de *reina*, nunca hasta entonces aplicado á las hermanas de los reyes (1).

La retirada de don Alfonso de Aragon el Batallador á consecuencia de la concordia de Almazan, de que dimos cuenta en el precedente capítulo, desistiendo de sus pretensiones sobre Castilla (1129), fué un suceso feliz que dejó desembarazado al castellano para atender á las cosas del gobierno interior de su reino, como lo hizo ya en las córtes ó concilio de Palencia celebrado aquel mismo año, y para poderse dedicar á guerrear contra los infieles, siguiendo en esto las huellas de su ilustre abuelo. Inquietábale no obstante ver la fortaleza de Castrojeriz, ocupada todavía por algunos pertinaces aragoneses, y no descansó hasta ponerle tan apretado cerco que forzó á sus defensores á rendírsele (1130). Era ya grande con esto el respeto que á los sarracenos inspiraba el nombre de Alfonso VII. de Castilla: y como en aquel tiempo hubiese muerto el antiguo emir de Zaragoza Abdelmelek Amad-Dola en su fortaleza de Rota'l-Yehud, último asilo en su desgracia, su hijo Abu Giafar Ahmed, apellidado Safad-Dola, cansado del humillante protectorado del rey de Aragon en que vivia, y temiendo el disgusto con que sus propios súbditos llevaban su alianza con un rey cristiano, tomó la resolucion de reconocerse vasallo del rey de Castilla, cediéndole á Rota'l-Yehud con otras plazas fuertes de su ya reducido emirato. Recibióle benévolamente el monarca leonés, y agradecido al servicio que en esto le hacia, dióle á su vez varios señoríos en Castilla y Leon, desapareciendo de este modo los últimos restos del célebre emirato de los Beni-Hud de Zaragoza (1132), de aquellos belicosos príncipes que tanto y tan heróicamente habian luchado con los reyes cristianos de Aragon (2).

Los cristianos de Toledo y los musulmanes de Andalucía se hostilizaban mútuamente haciendo repetidas irrupciones en sus respectivos territorios. Tachfin ben Ali era el general que sostenia la guerra en España á nombre de su padre el emperador de los Almoravides. Alfonso VII. desplegó en la guerra contra los infieles igual energía á la que habia mostrado para la

(1) Luc. Tudens. Chron. página 103.—Chron. Adef. Imperat.—Bofar. Condes de Barcelona.—Sandoval equivoca la fecha del matrimonio de Alfonso VII. como muchas otras.

(2) Conde, part. III. c. 33.—El obispo Sandoval comete varias inesactitudes al dar cuenta de este suceso, y supone muy erradamente que Rota 'l-Yehud, ó Roda de los Judíos, que pertenecia á Aragon, era una Rueda que dice está «á la entrada de Andalucía.»

pacificacion interior del reino. Una noche se vieron los moros tan de improviso atacados en su campo y con tal ímpetu y bravura, que por confesion de los mismos historiadores árabes «muy pocos Almoravides escaparon de su vengadora espada.» El esforzado Tachfin se mantuvo con unos pocos sufriendo con admirable constancia las mas peligrosas arremetidas de la caballería castellana, hasta que él mismo herido en una pierna, de que quedó ya imperfecto siempre dió graciasde poder escapar con vida. El faquí Zakarya, su alcatib, escribió con ocasion de esta batalla una cásida de elegantes versos en que le consolaba de su derrota, describia lo horroroso del combate y le daba oportunos avisos y consejos militares (1).

Orgulloso con este triunfo el de Castilla, juntó á las márgenes del Tajo un numeresp ejército y resolvió hacer una atrevida invasion en Andalucía, á semejanza de la que ocho años antes habia hecho su padrastro el rey do Aragon. Su nuevo vasallo el árabe Safad-Dola se ofreció á servirle de guia en su marcha. Dividió el rey su ejército en dos cuerpos para proveerse con mas facilidad de subsistencias; á la cabeza de uno marchaba él mismo; guiaban el otro el ex-emir Safad-Dola y aquel don Rodrigo Gonzalez de Lara, el antiguo rebelde de Leon, Palencia y Asturias, que tal era la confianza que le inspiraban y la fidelidad con que le servian el musulman recien allegado y el cristiano antes enemigo. Por dos distintos puntos atravesaron la sierra, y juntáronse allá en el suelo andalúz donde los mantenimientos abundaban.

«Era la estacion de la siega, dice la crónica de don Alfonso, y el rey mandó incendiar las mieses, las viñas, los olivares y las higueras. Consternó el terror á los *Morabitas* (los Almoravides) y á *los hijos de Agar* (los musulmanes andaluces). Abandonaban los infieles las plazas que no podian defen-

(1) Hé aquí algunos de los versos con que el poeta pinta lo récio de aquella batalla:

Trábase nueva lid, espesos golpes
Se multiplican, recio martilleo
Estremece la tierra, y con las lanzas
Cortas se embisten, las espadas hieren,
Y hacen saltar las aceradas piezas
De los armados, y al sangriento lago
Entran como si fuesen los guerreros
Camellos que la ardiente sed agita.
Cual si esperasen abrevarse en sangre
Que á borbollones las heridas brotan,
Fuentes abiertas con las crudas lanzas....»

Trad. de Conde, p. III. c. 32.

der, y se retiraban á los castillos fuertes, á las cuevas de los montes y á las islas del mar. Plantó el ejército cristiano sus tiendas cerca de Sevilla, quemando los pueblos y fortalezas abandonadas: llenaron su campamento de cautivos, de ganado, de aceite y de trigo. El fuego devoraba las mezquitas con sus impíos libros, y los doctores de su ley eran pasados al filo de la espada. De allí pasó el rey á Jerez, que destruyó, y avanzó hasta Cádiz. A vista de esto los príncipes andaluces enviaron á decir secretamente al emir Safad-Dola: «Habla al rey de los cristianos para que nos libre de los Almoravides; y le serviremos contigo, y reinarás sobre nosotros tú y tus hijos.» Safad-Dola, despues de haber consultado con el rey, les respondió: «Andad y decid á mis hermanos los príncipes de Andalucía que se apoderen de todas las plazas fuertes, y hagan la guerra á los Almoravides, y el rey de Leon y yo vendremos á socorreros.» Pero el rey determinó retroceder en seguida, que no era para contarse todavía seguro en aquellas tierras, y regresó sin descalabro á la comarca de Toledo (1).»

Despues de esta famosa algara tuvo el rey que sofocar algunas alteraciones y revueltas que habian movido en Asturias los condes don Gonzalo Pelaez y don Rodrigo Gomez, que al fin tuvieron que darse á partido, contribuyendo no poco á la feliz terminacion de estas sublevaciones los consejos que don Alfonso seguia recibiendo, asi de su esposa doña Berenguela como de su hermana doña Sancha (1133). Y eso que no se mostró el rey el mas celoso guardador de la fidelidad conyugal, pues en una de estas expediciones á Asturias aficionóse á una dama llamada Gontroda, hija del conde don Pedro Diaz, «y húbola (dice el obispo cronista) en su poder, y de ella una hija que se llamó doña Urraca, y dió para que la criase á su hermana la infanta doña Sancha (2).»

En tal estado se hallaban las cosas de Castilla en 1134 cuando acaeció la muerte de don Alfonso el Batallador en los campos de Fraga, que vino á ocasionar grandes mudanzas en todos los reinos cristianos españoles, y á acrecentar el poder del monarca y de la monarquía castellana. Tan luego como se supo el fallecimiento, juntáronse aragoneses y navarros en Borja, donde celebraron córtes, á que asistieron ya no solo los ricos-hombres y caballeros, sino tambien procuradores de las ciudades y villas, ó sea de las

(1) Cron. de Alfonso VII.—Condé no habla de esta espedicion. Algunos la confunden con la de Alfonso el Batallador, aun siendo tan distintos los puntos á que se dirigieron. Segun Sandoval, el conde castellano que mandaba el segundo cuerpo no era don Rodrigo Gonzalez el de Lara, sino don Rodrigo Martinez Osorio.

(2) La misma que veremos despues casarse con el rey de Navarra don García Ramirez.

universidades, como allí se denominaban (primer caso en que hallamos mencionada la asistencia del brazo popular á las córtes del reino), para tratar de la eleccion de sucesor, sin tener en cuenta para nada el testamento de don Alfonso en que legaba el reino á las tres órdenes religiosas del Templo, del Sepulcro y de San Juan de Jerusalen; que ni siquiera se cuestionó entre los aragoneses ni les ocurrió poner en tela de duda la ilegalidad de tan extravagante testamento. Tenia gran partido entre ellos un rico-hombre nombrado don Pedro de Atarés, señor de Borja, á quien algunos hacen biznieto, aunque bastardo, de Ramiro I.: mas dos caballeros aragoneses que conocian bien ciertos vicios de su carácter, y á quien tachaban principalmente de arrogante y presuntuoso, tuvieron bastante persuasiva para torcer las voluntades de los unos y bastante maña para agriar é indisponer con él á los otros, y ya no se pensó mas en don Pedro de Atarés. Fijáronse entonces los aragoneses en don Ramiro, hermano del Batallador, monge del monasterio de Saint Pons de Thomieres, cerca de Narbona. Parecióles á los navarros desacordada proposicion la de elegir para rey á un monge, y asi por esto como por aprovechar la ocasion de recobrar su independencia y darse otra vez un rey propio, acordaron retirarse á Pamplona, y allí por sí y sin contar con los de Aragon alzaron por rey de Navarra á don García Ramirez, hijo del infante don Ramiro el que casó con la hija del Cid, y nieto de don Sancho, aquel á quien mató en Roda su hermano don Ramon. De esta manera volvieron á separarse Aragon y Navarra despues de haber formado por cerca de medio siglo un mismo reino.

Con esto los aragoneses resolvieron definitivamente en las córtes de Monzon colocar la corona de su reino en las sienes del monge Ramiro, y obtenida del pontífice la doble dispensa de la profesion monástica y del sacerdocio, el buen monge no tuvo reparo en trocar el sayal y el báculo por el cetro y la diadema, y en prestarse á añadir el sacramento del matrimonio al del órden, casándose, á pesar de los cuarenta años de hábito, con doña Inés, hija de los condes de Poitiers y hermana del duque de Aquitania. En octubre de aquel año (1134) se hallaba el monge-rey ejerciendo la potestad real en Barbastro (1).

(1) Mariana y otros autores dicen haberle concedido la dispensa el papa Inocencio II. Sabau, siguiendo á Ferreras, afirma haberlo hecho el antipapa Anacleto. Mariana, Zurita y Traggia, con el historiador de San Juan de la Peña, suponen que don Ramiro habia sido abad de Sahagun y despues obispo electo de Burgos, de Pamplona, de Roda y Barbastro. Hay quien lo niega el órden sacerdotal. Véase á Traggia, Memorias de la Academia de la Historia, tom. III., el cual niega lo de las córtes de Borja y de Monzon, tan admitido por todos los historiadores.

Mas el de Castilla que aspiraba á alzarse con una buena parte de la herencia del de Aragon, alegando el derecho que á ello tenia como biznieto de Sancho el Mayor de Navarra, que se habia ido apoderando ya de Nájera y de las plazas de la Rioja que habian poseido los monarcas castellanos sus mayores, con pretesto tambien de socorrer á Zaragoza contra los ataques de los Almoravides, iba acercándose á esta ciudad con poderoso ejército. Ni el de Aragon ni el de Navarra contaban con fuerzas para resistirle, ni tal era su intencion tampoco; antes bien conveniales á uno y á otro ganar la amistad del castellano, temiendo cada cual por su parte la guerra que la separacion de Navarra amenazaba producir entre navarros y aragoneses. Asi no solamente entró Alfonso VII. sin resistencia en Zaragoza, donde se hallaba el rey-monge en el mes de diciembre, sino que éste le cedió la ciudad de Zaragoza con toda la parte del reino de Aragon de este lado del Ebro, reconociéndose feudatario del de Castilla y rindiéndole pleito-homenage. Confirmó don Alfonso como rey á las iglesias de Zaragoza los privilegios que les habia otorgado el Batallador, y don Ramiro se retiró á Huesca contentándose con titularse rey de Aragon, de Sobrarbe y Ribagorza, y suponiendo en los documentos vasallo suyo á García Ramirez, rey de Pamplona (1). Habian concurrido tambien á Zaragoza el hermano de la reina de Castilla Ramon Berenguer IV. de Barcelona, los condes de Urgel, de Fox, de Pallás, de Cominges, el señor de Mompeller, con varios otros condes y señores de Francia y de Gascuña, y todos hicieron confederacion y amistad con el monarca de Castilla. Satisfecho este con el resultado de su espedicion, y dejando en Zaragoza guarnicion de tropas castellanas, volvióse á Leon, donde vino á encontrarle el nuevo rey de Navarra, que deseando tenerle de su parte en las diferencias que preveia con el de Aragon, se hizo tambien vasallo suyo.

Parecióle á Alfonso VII. que quien tenia debajo de sí á tan poderosos príncipes bien podia ceñirse ya la corona imperial. Con este pensamiento convocó córtes en Leon para la pascua del Espíritu Santo (1135). Celebráronse estas con toda solemnidad en la iglesia mayor, asistiendo á ellas la reina doña Berenguela, la hermana del rey doña Sancha, don García, rey de Navarra, don Raimundo arzobispo de Toledo, que habia sucedido á don Bernardo, con todos los demas prelados, abades y grandes del reino. Tratóse el primer dia de negocios pertenecientes al buen régimen eclesiástico y político del Estado. Verificóse en el segundo la solemne ceremonia de la proclamacion. Rodeado de numeroso y brillante cortejo fué conducido el rey del palacio á la iglesia de Santa María: esperábanle allí los prelados, magna-

(1) Carta de donacion de la era 1173, citada por Blancas, Comentarios, p. 148.

tes y clero: desde la entrada hasta el altar mayor fué llevado en procesion, marchando el monarca entre el obispo de Leon y el rey de Navarra; pusiéronle con toda pompa el manto y la corona imperial: y las bóvedas del templo resonaron con los cantos de los himnos sagrados y con las aclamaciones de *Viva el Emperador*. Terminada la augusta ceremonia, acompañaron todos á Alfonso al real palacio, donde el nuevo emperador agasajó á la comitiva con un suntuoso banquete. Al siguiente dia volviéronse á congregar los grandes y prelados, y acordaron varias disposiciones sobre asuntos religiosos y políticos, siendo el primero y mas importante la confirmacion de los fueros y leyes otorgadas por los monarcas anteriores (1).

Mientras esta superioridad alcanzaba el de Castilla, no era posible que hubiese paz ni concordia entre aragoneses y navarros con sus dos reinos y sus dos reyes, uno y otro precisados á ampararse de la proteccion del emperador. Miraban los aragoneses la Navarra como una parte integrante de su monarquía; consideraban los navarros á don Ramiro como inhábil para llevar la corona por su profesion, estado y edad; la guerra amenazaba, y hacíanse ya grandes daños en los lugares de las mal deslindadas fronteras. Para poner remedio á estos males acordóse, á instancia y diligencia de los prelados y algunos ricos-hombres amantes de la paz, que se nombráran tres jueces por cada uno de los reinos, que decidiesen como árbitros la querella. Juntáronse estos seis jurados en Vadoluengo: el arbitrio que tomaron fué que cada uno de los dos monarcas gobernase su reino, pero que don Ramiro fuese considerado como padre y don García como hijo, y que los términos de Aragon y de Navarra serian los mismos que en otro tiempo habia señalado don Sancho el Mayor, á lo cual añaden algunos la incalificable cláusula de que don Ramiro hubiera de mandar sobre todo el pueblo, don García sobre el ejército y los nobles. Por mas que esta sentencia, dada sin duda con mejor intencion que acierto, dejára vivo el gérmen de la discordia entre los dos monarcas, ambos manifestaron conformarse con el fallo, y en su virtud pasó el de Aragon á Pamplona como á dar seguridad y firmeza al convenio. Recibióle el navarro con toda pompa y solemnidad; mas de la sinceridad y buena fé con quo en esto precediera, tuvo muy pronto motivo

(1) Chron. Adef. Imperat.—Sandoval, Cinco Reyes.—Risco, Hist. de Leon. En este último puede verse la refutacion de los argumentos de Moret, para negar la asistencia del rey de Navarra á la coronacion imperial de Alfonso VII.—El título de emperador se habia aplicado ya en documentos y epitafios á mas de un rey de Leon y de Castilla, y los escritores aragoneses le dan á su monarca Alfonso I. el Batallador; mas ningun príncipe cristiano habia recibido en España solemnemente la investidura y la diadema imperial hasta Alfonso VII. de Castilla.

de recelar don Ramiro, puesto que un caballero fué á avisarle confidencialmente de que aquella misma noche trataba don García de apoderarse de su persona. Fuese ó no verdad el proyecto, el rey monge le creyó, y de noche, de prisa, disfrazado y con solos cinco de á caballo que le acompañáran salió de Pamplona como un fugitivo, y caminando toda la noche, llegó al monasterio de San Salvador de Leire, y desde allí con poca detencion pasó á Huesca (1).

Con tal proceder era ya imposible toda reconciliacion entre el aragonés y el navarro, y se hizo aun mas inminente que antes un rompimiento entre ambos reinos. Don García comenzó á disponer sus gentes para la guerra: con objeto de tener á su devocion los caballeros y ricos-hombres, hízoles grandes donaciones y mercedes, y el obispo y cabildo de Pamplona anduvieron con él tan generosos que le franquearon el tesoro de la iglesia para las atenciones de la campaña. Don Ramiro hacia iguales preparativos en Huesca (1136), pero sus escesivas larguezas y liberalidades con los magnates y ricos-hombres á quienes pródigamente habia ido dando los lugares y castillos de su reino, lo mismo que sus indiscretas donaciones á los monasterios é iglesias, habian debilitado su autoridad y poder en términos que ni le guardaban consideracion los grandes ni respeto el pueblo. Llamábanle, dicen, por menosprecio el *Rey-cogulla*, y aun cuando se haya exagerado su ineptitud hasta el punto de suponer que cuando cabalgaba, embarazado con la lanza y el escudo, tenia que sujetar y regir con la boca las bridas del caballo (lo cual está en contradiccion con los antecedentes que de su vida activa, aun despues de monge, tenemos (2), es no obstante cierto que carecia de valor para las cosas de la guerra y no tenia mas habilidad para gobernar un Estado. Por lo mismo no es de estrañar en tan débil monarca que

(1) Zurita. Anal. lib. I. c. 55.

(2) Traggia, Memorias de la Academia, tom. III.—Hé aquí cómo cuenta el romance lo que pasó entre él y sus caballeros al entrar en el primer combate en que se encontró:

Las riendas tomad, señor
con aquesta mano misma
con que asides el escudo,
y ferid en la morisma.
El rey, como sabe poco,
luego allí les respondia:
—Con esa tengo el escudo
tenellas yo no podria,
ponédmelas en la boca,
que sin embarazo iba....

apelase á la proteccion y amistad del de Castilla, para que le auxiliase contra el navarro, y que en la entrevista que con aquel tuvo en Alagon le cediese á Calatayud y demas pueblos que su hermano el Batallador habia conquistado en esta parte del Ebro, conviniendo no obstante en que Zaragoza fuese restituida al señorío de Aragon. Tampoco estrañamos diese en rehenes al emperador, segun algunos historiadores afirman, ó por lo menos le prometiese para mayor seguridad del asiento, su hija Petronila, con quien el castellano se proponia casar á Sancho su hijo mayor: que el rey-monge habia burlado los cálculos públicos, logrando, á pesar de sus años verse reproducido en una hija, destinada á causar grandes novedades en Aragon y en toda España.

Repugna ciertamente asi al genio apocado de don Ramiro como á la resolucion que luego tomó de abdicar el cetro y volver á la vida religiosa, el hecho ruidoso y la sangrienta ejecucion que algunos autores le han atribuido, con ocida con el nombre simbólico de la *Campana de Huesca*. Cuentan, pues, que habiendo enviado un mensagero á consultar con el abad de su antiguo monasterio de Saint Pons de Thomieres cómo deberia conducirse para tener tranquilo el reino y sumisos á los magnates que le menospreciaban, el buen abad hizo entrar consigo en la huerta del convento al enviado del rey, y á su presencia, á imitacion y ejemplo de Tarquino en Roma, fué derribando y descabezando las mas altas coles y lozanas plantas que en el huerto habia, advirtiéndole que por toda respuesta contase al rey lo que habia visto y presenciado. Con esto don Ramiro convocó (1136) á todos los ricos-hombres, caballeros y procuradores de las villas y lugares de Aragon para que se juntasen en córtes en la ciudad de Huesca. Congregados que fueron, espúsoles la peregrina especie de que queria fundir una campana cuya voz habia de oirse y resonar en todo el reino, á fin de convocar la gente siempre que fuera menester. El proyecto escitó la burla de los magnates aragoneses, pero nadie penetró la oculta y misteriosa significacion que envolvia. Desapercibidos fueron concurriendo un dia los grandes al palacio del rey, el cual habia colocado en una pieza personas de su confianza que ejecutáran su atroz designio. De esta manera, en cumplimiento de sus instrucciones, fueron uno á uno degollados hasta quince ricos-hombres de los mas principales, cuyas cabezas hizo colgar en una bóveda subterránea que aun se conserva. El sangriento espectáculo, manifestado al público, hizo, dicen, mas moderados y contenidos á los grandes. La anécdota, aun cuando no se apoya en documento alguno histórico fehaciente podria ser creible si se tratára de un príncipe mas cruel ó severo que don Ramiro, ó de mas ánimo y resolucion que él; pero aplicada al rey-monge, y

no confirmada por la historia, nos parece inverosimil é inadmisible (1).

Lo que hizo don Ramiro en aquellas córtes fué anunciar su pensamiento y resolucion de desprenderse de una corona tan erizada para él de espinas y de dificultades, y de retirarse otra vez á la vida religiosa y privada, puesto que tenia ya una hija en quien recayese la sucesion del reino. Tratóse en su virtud del casamiento de la infanta, aunque era á la sazon una niña de dos años. Hubiérala dado acaso el débil don Ramon al emperador don Alfonso que la destinaba para su hijo primogénito, si los aragoneses, que ni olvidaban sus recientes discordias y antipatías con los castellanos, ni querian de modo alguno que el reino de Aragon se incorporase con el de Castilla, no le hubieran persuadido á que la desposára con el conde don Ramon Berenguer IV. de Barcelona, que por su valor y sus virtudes, por la inmediacion de los dos estados y por la mayor analogía de costumbres entre los naturales de uno y otro reino, les ofrecia mayores ventajas, suponiendo que asi no tendrian tampoco por enemigo al de Castilla atendiendo el estrecho deudo y amistad que le unia con el barcelonés, como hermano que este era de la emperatriz. Ayudó á estas negociaciones Guillen Ramon de Moncada, senescal de Cataluña y uno de los magnates de mas influjo. Decidió, pues, don Ramiro dar su hija en esponsales al conde de Barcelona, y hallándose el 11 de agosto de 1137 en Barbastro se concertó el matrimonio de la infanta doña Petronila con don Ramon Berenguer, dándole con ella todo el reino de Aragon, cuanto se extendia y habia sido poseido y adquirido por el rey don Sancho su padre y por don Pedro y don Alfonso sus hermanos, salvos los usos y costumbres que en tiempo de sus antecesores tuvieron los aragoneses, y reservándose el honor y título del rey (2). En su consecuencia todos los burgeses de Huesca hicieron juramento de obediencia y fidelidad (24 de agosto) al conde de Barcelona y nuevo rey de Aragon (3). Y mas adelante en 27 de agosto y 13 de noviembre hallándose don Ramiro en Zaragoza, confirmó de nuevo á presencia de los ricos-hombres de Aragon su abdicacion absoluta del reino á favor de don

(1) El juicioso Zurita cuenta este suceso con duda y desconfianza. Traggia en su citada Memoria supone con Garibay, Briz Martinez y Abarca, «que este fué un cuento forjado para dar color á la inutilidad de don Ramiro, sobre el verdadero castigo ó justicia ejecutada en 1136 en algunos rehenes que se hallaban en Huesca, segun los anales ó memorias de Cataluña que alega Zurita.» Lo cierto es que ni el arzobispo don Rodrigo, ni el cronista de Alfonso VII., ni el Anónimo de Sahagun y su interpolador, que fueron los escritores mas inmediatos al suceso que se supone, hablan una palabra de un hecho tan ruidoso y que tan honda impresion habria causado en los ánimos. El ilustre académico citado espone otras varias razones, que no nos parecen concluyentes, para probar la falsedad de la Campana, ó mas bien de la Campanada de Huesca.

(2) Archivo de la corona de Aragon, pergam. n. 86.

(3) Ibid. pergam. n. 76.

Ramon Berenguer, y para que no hubiese duda en ello le hizo cesion de cuanto le hubiera retenido ó reservado cuando le entregó su hija (1). Hecha esta solemne renuncia, se retiró don Ramiro á San Pedro el Viejo de Huesca, donde principalmente pasó el resto de sus dias, no volviendo á tomar parte en los negocios públicos, y haciendo una vida retirada y oscura hasta mas de mediado el siglo XII. en que falleció (2).

De esta manera aquel reino que en tiempo de Alfonso el Batallador parecia que iba á absorber en sí todos los estados cristianos de España, comenzó por sufrir con Ramiro el Monge la desmembracion de Navarra, continuó por hacerse feudatario del de Castilla y concluyó por incorporarse al condado de Barcelona, acabando así la línea masculina de los vigorosos monarcas aragoneses, á los ciento y cuatro años de haber comenzado á reinar el primer Ramiro; todo por haber puesto la corona en la cabeza de un monge, que en el espacio de tres años trocó el sayal y la cogulla por el manto y la diadema, cambió el sacerdocio por el matrimonio, tuvo una hija, la desposó, enagenó el reino y se volvió á un retiro de donde no debió haber salido nunca.

Gran novedad fué para España la reunion de estos dos estados bajo el cetro de un solo príncipe, y uno de los pasos mas avanzados que en aquellos siglos se dieron hácia la unidad de la monarquía. Mas por lo mismo que en adelante habremos de considerar ya á Cataluña y Aragon como un solo reino, necesitamos exponer cuál era la situacion de Cataluña antes y al tiempo de verificarse este importante suceso.

Dejamos en el capítulo III. de este libro posesionado del condado de Barcelona á don Ramon Berenguer III., llamado el Grande, hijo del Asesinado y sobrino del Fratricida. Indicamos tambien los felices auspicios con que se habia inaugurado el gobierno del jóven príncipe, cuyos primeros años se habian pasado entre sobresaltos y agitaciones. Educado en la escuela de las campañas, animoso de corazon y resuelto, aliado y amigo de los belicosos y denodados condes de Pallars y de Urgel, hízose pronto temible á los mahometanos y contribuyó no poco á derribar el emirato de Zaragoza tan tenazmente sostenido por los terribles Beni-Hud. El caudillo Mohammed ben Alhag que de órden de Temim habia hecho una algara devastadora á tierras de Cataluña (1109), se vió á su regreso sorprendido por los montañeses catalanes en las fragosidades de las breñas, y allí pereció con multitud de almoravides y

(1) Ibid. pergam. numeros 85 y 87.

(2) No estuvo siempre despues de su renuncia en Huesca, como algunos han escrito. Hay documentos que prueban haber estado tambien en San Juan de la Peña, Borja y otros puntos. Se cree que vivió hasta 1154. De su esposa doña Inés apenas quedó memoria alguna; infiérese que se redujo tambien á la vida privada.

la mayor parte de los caballeros de Lamtuna que le acompañaban (1). Enviado luego contra el barcelonés con mas poderosa hueste el wali de Murcia Abu Bekr ben Ibrahim, taló los campos catalanes, incendió alquerías, robó ganados y frutos, y devastó de nuevo las comarcas; mas habiéndose juntado catalanes y aragoneses para cerrarle el paso en su retirada, vióse empeñado en un sério combate, en que si no fué del todo desbaratado, por lo menos setecientos musulmanes lograron, al decir de los historiadores árabes, «la corona del martirio.»

Un suceso doméstico vino en este tiempo á afligir el corazon del animoso conde barcelonés, á saber la muerte de su segunda esposa doña Almodis, que le dejó sin darle sucesion. Mas aquello mismo que le afectó como esposo fué ocasion de engrandecimiento para el pais y de agregarse nuevas joyas á la corona condal, puesto que quedando en aptitud de contraer terceras nupcias, enlazóse en 1112 con doña Dulcia, heredera de los condes de Provenza, que le trajo aquellas ricas y cultas posesiones, y agregó á Cataluña el célebre pais de la gaya ciencia que tan buenos imitadores encontró en los catalanes y cuyo contacto tanto influyó en el desarrollo de la literatura y de la civilizacion catalana. Coincidió con este suceso la incorporacion del condado de Besalú al de Barcelona por muerte sin sucesion de su último conde Bernardo, en conformidad á un pacto anterior. Con esto y con haberse visto forzados el vizconde Aton de Carcasona y su feroz hijo Roger á reconocerse feudatarios del de Barcelona obligándose á servirle y valerle como vasallos, veia don Ramon Berenguer el Grande ensancharse sus dominios con la agregacion de pingües estados, quedaba en disposicion de acometer empresas que habian de elevar muy alto su nombre y su fama. Una feliz casualidad vino á abrirle un nuevo camino de gloria.

La república de Pisa, cansada de sufrir las contínuas y molestas incursiones con que la fatigaban los sarracenos de las islas Baleares, resolvió al fin tomar venganza de sus importunos enemigos, y armó una flota para ir á buscarlos á las mismas islas en que se guarecian. El papa Pascual II. concedió á esta empresa los honores de cruzada, y en agosto de 1113 se dió á la vela aquella escuadra de voluntarios italianos que de todas partes, como á una guerra santa, habian acudido. Una tempestad los arrojó á primeros de setiembre á la costa oriental de Cataluña, que ellos creyeron ser Mallorca. Difundióse entre los catalanes la nueva del desembarco de aquella gente, y del objeto de su empresa. Ellos tambien habian esperimentado vejaciones de parte de los árabes isleños, y pidieron concurrir á la venganza

(1) Conde, part. III. cap. 24.

y ser incorporados en la expedicion. El conde accedió á la peticion de sus pueblos, y conferenció con los pisanos, los cuales no solo admitieron por compañeros á los catalanes, sino que dieron á don Ramon Berenguer el mando supremo de las fuerzas. Pasóse aquel invierno en preparativos, y en junio de 1114 tomó la armada el rumbo de las islas. La primera que sucumbió á las armas cristianas fué Ibiza. El 10 de agosto se apoderaron los cruzados del último baluarte, y demolidas las fortificaciones y repartido el botin, izó la escuadra para Mallorca. Desembarcado que hubo el ejército aliado, dirigióse á embestir la capital. Largo fué el cerco, los combates muchos, varios los azares, disputados los asaltos, y sensibles las pérdidas; pero fué mayor la constancia, y el conde tuvo buenas y muchas ocasiones de mostrar alli su denuedo y lo que valia su espada. Al fin, despues de pasar muchos trabajos y aun enfermedades en la cruda estacion del invierno, á principios de febrero del año 1115 se ordenó el general asalto por tres partes del muro simultáneamente; hasta diez veces fueron rechazados los cristianos, pero ni por eso se entibió su ardor impetuoso; apoderáronse del primer recinto, los demas cedieron ya pronto á su furia; todo fué desde entonces mortandad y estrago, y al través de la ruina y desolacion, y de los ayes y lamentos, y de aquel cuadro de horror y de muerte, un espectáculo consolador y tierno se ofrecia á los ojos de los cristianos, el de los cautivos cuyas cadenas rompian, y que se avalanzaban á llenar de bendiciones y abrazos á sus libertadores (1).

Grande fué aquella expedicion y conquista, y aparece mayor cuanto mas se consideran las dificultades de aquel tiempo. Mucha gloria recogió en ella el conde don Ramon Berenguer, no tanto por la parte real de adquisicion de un territorio que por entonces no habia de poder conservar, como por el influjo moral que adquiria su nombre, por el prestigio que aquel triunfo daba á las armas catalanas, por el impulso y desarrollo que habia de tomar su marina y por la comunicacion y tráfico en que habian de quedar con aquellos italianos. Por lo demas ni éstos podian mantener lo conquistado, ni la naturaleza de aquel ejército allegado de tan diversas gentes lo permitia, ni lo consentian tampoco las circunstancias de Cataluña acometida en su

(1) Nuestro malogrado amigo el señor Piferrer, en sus *Recuerdos y bellezas de España* (tomos de Mallorca y Cataluña), insertó curiosos documentos y pormenores acerca de esta famosa espedicion de pisanos y catalanes á las Baleares, sacados del Archivo general de la corona de Aragon, tales como el convenio celebrado en 1113 en San Felió de Guixoles entre el conde don Ramon Berenguer III. y los pisanos, y otros que confirma la crónica *Gesta triumphalia per Pisanos facta, etc.* de Muratori. En esta interesante obra hallará el que las desee circunstancias é incidentes en que no le es dado detenerse á un historiador general.

ausencia y hostigada por multitud de taifas muslímicas. Ademas que Yusuf no se habia descuidado en enviar sus naves al socorro de aquellas islas; y por todas estas razones los cristianos obraron con prudencia en dejar á Mallorca y regresar á sus respectivos paises, llenos de gloria, de riquezas y de cautivos moros. Y no por eso fué infructuosa aquella empresa: el orgullo musulman quedaba abatido; ya no podian infestar los mares con sus piraterías tan á mansalva como antes; los catalanes comprendieron toda la utilidad que podia prestarles la marina así para las conquistas como para el comercio, y se dieron á fomentarla, y sirviöles no poco para la seguridad de sus costas y para el tráfico mercantil en que habian de ser luego tan afamados.

Supónese el regocijo con que al regreso de tan gloriosa jornada serian recibidos los catalanes expedicionarios. Tenia ya entonces Alfonso el Batallador harto entretenidos á los moros de todas aquellas partes, lo que debió proporcionar al conde de Barcelona tiempo y desahogo para acrecentar sus fuerzas navales, á que le ayudaron sus súbditos con prodigiosa actividad, particularmente los barceloneses. Ello es que á poco tiempo vióse una numerosa flota catalana surcar atrevidamente las aguas del Mediterráneo. En ella iba el conde don Ramon con bastantes prelados y barones, y la competente dotacion de hombres de armas. No tardó la escuadra en arribar á Génova, donde halló honroso recibimiento. De allí tomó el rumbo á Pisa: de esperar era que el gefe de la expedicion aliada de catalanes y pisanos á Mallorca recibiese allí mayores obsequios. Y en efecto, cuentan las crónicas que al tomar tierra fué recibido en procesion solemne, y que á esta primera acogida correspondieron los ulteriores agasajos. Renovada allí y estrechada la alianza y la amistad con los que una feliz casualidad habia hecho antes amigos, envió el conde don Ramon desde Pisa una embajada al pontífice Pascual II. solicitando otorgase los honores de cruzada á los que le ayudasen á la guerra que pensaba emprender contra los moros de Cataluña. El papa condescendió gustoso con los deseos del conde, y Pascual II. no hizo mas que expedir una bula mas de este género; que casi le iban haciendo los pontífices el medio ordinario de alentar los cristianos á la guerra.

Contento el barcelonés con el buen éxito de sus negociaciones, emprendió el regreso á su patria. A su paso por Provenza halló que la fortaleza de Fossis ó Castellfoix se habia rebelado y separádose de su obediencia. Dispuso saltar á tierra con su gente, y de tal modo fué cercada y batida la ciudad por los barceloneses, que tomándola á viva fuerza pudieron proseguir con la satisfaccion de no dejar á sus espaldas plaza alguna enemiga. En este tiempo se habia enriquecido el condado de Barcelona con otra nueva

herencia semejante á la del condado de Besalú. Bernardo Guillermo, conde de Cerdaña, habia muerto sin hijos, y con arreglo á la condicion con que su hermano Guillermo Jordan le habia instituido heredero, pasaba su condado al de Barcelona. Así iban reuniéndose en Ramon Berenguer III. los diferentes estados en que desde el tiempo de los Wifredos andaba dividida la Cataluña (de 1116 á 1120).

Aunque el norte fijo de los pensamientos del conde don Ramon habia sido siempre la reconquista de la importante plaza de Tortosa, dedicóse primero, por lo mismo que habia tenido mas de una ocasion de conocer las dificultades de aquella empresa, á asegurar los puntos comarcanos. Fué uno de estos la célebre Tarragona, que aunque recobrada por su tio, el Fratricida, continuaba arruinada y desierta, expuesta siempre á los rudos ataques de los Almoravides. Ayudóle á su restauracion el Santo obispo Olaguer, á quien el conde nombró para aquella silla arzobispal, reiterando la donacion que á aquella iglesia habia hecho su tio de la ciudad y su territorio, añadiéndole á Tortosa, «cuando la divina clemencia quisiera volverla al pueblo cristiano.» El obispo Olaguer pasó á Roma, obtuvo la confirmacion del arzobispado, los honores del legado pontificio, y una bula promoviendo la cruzada para libertar las iglesias españolas. La venida de Olaguer, y la alianza con Génova y Pisa alentaron al conde á llevar sus estandartes por las campiñas de Tortosa hasta el pie de las murallas de Lérida. El resultado de este atrevido movimiento fué poner al walí de Lérida en la precision de celebrar un convenio por el que se le hacia tributario de ambas ciudades, y le entregaba los mejores castillos de aquella ribera: en cambio el barcelonés le concedió algunos honores en Barcelona y Gerona, y le prometió tenerle prontas para el verano siguiente veinte galeras y los barcos necesarios para trasportar á Mallorca doscientos caballos y su servidumbre (1).

No fué tan próspera la suerte de las armas al conde don Ramon Berenguer en los años que mediaron del 1120 al 1125. Distraido en este tiempo don Alfonso el Batallador con sus osadas escursiones á Valencia, Murcia y Andalucía, quedó solo el barcelonés para resistir á los Almoravides que con el grueso de sus fuerzas se arrojaron otra vez á vengar sus ultrages en Le-

(1) En el Archivo de Barcelona (Coleccion de escrituras rolladas del conde Ramon Berenguer III., número 229) hemos visto original el convenio celebrado en setiembre de 1120, que empieza así: «*Hec est convenientia que est facta inter Alchaid Avifilel et dominum Raimundum barchinonensem, comitem et marchionem: quod de ista hora in antea sint amici inter se et fideles, sine ullo malo ingenio et enganno. etc.*» Y aparece firmado por el conde don Ramon, á cuya firma sigue la de Avifilel en árabe.

rida y Tortosa. Las historias hablan de una desastrosa derrota que sufrieron los catalanes delante del castillo de Corbins entre Lérida y Balaguer, en que de tal modo fueron deshechos los cristianos, que solo quedaron de su ejército cortas y despedazadas reliquias. A este estrago se añadió la guerra que á don Ramon le fué movida por don Alfonso Jordan de Tolosa sobre el condado de Provenza, y en que tuvo que venir á una transaccion, por la que se convino en que se partiesen en iguales porciones la Provenza y Aviñon, quedando por don Alfonso el castillo de Becaire y la tierra de Argencia, concertándose ademas que cualquiera de las dos condesas que muriese sin hijos fuese devuelta su porcion á la que sobreviviera. Hízose este pacto á 15 de setiembre de 1125.

Conocieron ambos príncipes, el de Aragon y el de Barcelona, la conveniencia y aun necesidad de aunar sus esfuerzos para mejor resistir al enemigo comun, y al efecto tuvieron una entrevista, en que quedó acordada una union, que no era sino el principio y anuncio de la que en breves años habia de estrechar los dos reinos hasta refundirse las dos coronas. Mútuas eran, sino iguales las ventajas de esta alianza. El de Aragon, cuyo poder era mayor por tierra, aseguraba sus posesiones y quedaba desembarazado para atender á la parte de Castilla por donde Alfonso VII. en aquella sazon se presentaba amenazante. El de Barcelona, mas poderoso por mar, quedaba apto para atender á sus aprestos navales y para dar ensanche á la contratacion y al tráfico, que se hacia de cada dia mas activo. Asi se encontró bastante fuerte para imponer leyes á la república de Génova, que ya se hallaba en guerra con la de Pisa. Y en 1127 celebró un convenio con Roger, príncipe de la Pulla y de Sicilia, en que le prometió enviarle para el próximo verano una escuadra de cincuenta galeras; argumento grande del poder marítimo que alcanzaba ya Cataluña y del rápido progreso que en corto tiempo habia tomado, al cual se conoce bien lo que ayudaba el genio y disposicion de sus naturales. En aquel mismo año, no descuidando los negocios del interior, humilló al conde de Ampurias Hugo Ponce, cuyas demasías y altivez obligaron á don Ramon Berenguer á apelar á las armas, y haciéndole pasar por la mengua de ver derribadas las fortalezas que habia erigido de nuevo, le forzó á no conservar sino las que la ley le permitia como dependiente del conde de Barcelona.

En la historia de Castilla hemos hablado del enlace que en 1128 celebró don Alfonso VII. con doña Berenguela, hija del conde don Ramon Berenguer cuyo casamiento robusteció tambien el poder del catalan, y echó los cimientos de las relaciones y alianzas que habian de mediar despues entre aquellos dos distantes estados.

Mas á poco tiempo, debilitado ya el conde por la edad y por las fatigas, enflaquecidas sus manos y faltas de robustez para seguir manejando la espada, muerta ya su tercera esposa doña Dulcia, y presintiendo acaso que se le aproximaba la hora de dejar él tambien los trabajos de la tierra, en julio de 1129 hizo profesion de hermano templario en manos del caballero Hugo Rigal, que con su compañero Bernardo habia venido á aclimatar en Cataluña la órden y milicia del Templo, acompañando la profesion con la donacion del castillo y territorio de Grañena, como punto avanzado de la frontera, para que pudiese aquella milicia tener parte en la conquista de la importante plaza de Lérida. Cuando sintió que iba á sonar pronto la hora de bajar al sepulcro, se hizo conducir en una pobre cama al hospital de Santa Eulalia, y en aquel humilde trage y sitio le cogió la muerte en 19 de julio de 1131, al año justo de haber profesado de Templario.

Tal fué el fin del conde don Ramon Berenguer III, el Grande, el conquistador de Mallorca, el que echó los cimientos de la marina catalana y dió el primer impulso al desarrollo de su industria y su comercio, el que en tan revueltos tiempos se habia hecho respetar de las naciones estrangeras, é impuesto duras condiciones á sus naves, el que habia traido á Cataluña un tráfico, una literatura y una civilizacion que habia de producir un cambio benéfico en su estado social. A su muerte componíase su estado de los condados de Barcelona, Tarragona, Vich, Manresa, Gerona, Perelada, Besalú, Cerdaña, Conflent, Vallespin, Fonollet, Perapertusa, Carcasona, Redes, Provenza y numerosas posesiones hácia el Noguera Ribagorzana.

Heredólo todo su hijo mayor don Ramon Berenguer IV., escepto la Provenza, que dejó á su segundo hijo don Berenguer Ramon. Comenzó el nuevo conde de Barcelona muy pronto á acreditar que era digno sucesor de Berenguer el Grande, y mostró su respeto y amor á la justicia, remitiendo, siendo el soberano, á la decision de un tribunal, presidido por el arzobispo Olaguer, un litigio que traia con la familia llamada de los Castellet, cuyo pleito, atendidas circunspectamente todas las pruebas, se falló en su favor.

Don Ramon Berenguer IV. quiso dar cima al pensamiento de su padre, sancionando el definitivo establecimiento de los Templarios en Cataluña. Y habiendo promovido el arzobispo Olaguer una de esas asambleas mixtas de religiosas y políticas, llamadas concilíos, determinóse en ella la admision solemne de la milicia del templo en 1133, que sancionó el conde don Ramon como soberano, dando á los caballeros el castillo de Barberá, en las ásperas montañas de Prades, frontero de Lérida y Tortosa, la mas fuerte guarida que conservaban todavía los infieles.

Sucedió al año siguiente la desastrosa batalla de Fraga, en que murió don

Alfonso el Batallador, y cuya muerte vino á cambiar lá faz de todos los estados cristianos españoles. Desde la eleccion de don Ramiro el Monge hemos apuntado ya las relaciones del conde de Barcelona con el monarca de Castilla, la ida de aquel á Zaragoza, sus tratos con Alfonso VII., y cuanto medió hasta el casamiento de futuro de la infanta doña Petronila con el conde de Barcelona don Ramon Berenguer IV., y la incorporacion de Aragon con Cataluña por la cesion que de sus estados hizo don Ramiro, que es hasta donde en el presente capítulo nos propusimos llegar. Desde ahora la historia de Cataluña es la historia de Aragon, porque ya constituyen un solo estado.



APÉNDICES.

I.

EMIRES O GOBERNADORES DE ESPAÑA POR LOS CALIFAS DE DAMASCO.

Desde el principio de la conquista, hasta el establecimiento del califato independiente de Córdoba.

Tarik ben Zayad el Sadfi.
Muza ben Nosseir el Bekri.
Abdelaziz ben Muza.
Ayub ben Habib el Lahmi.
Alaur (el Horr) ben Abderranman el Tzakefi.
Abderrahman el Gafeki: 1.ª vez.
Alzama ben Malek el Chulani.
Ambiza ben Sohim el Kelebi.
Yahia ben Salema.
Hodeifa ben Alhaus.
Otman ben Abu Neza el Chemi.
Alhaitam ben Obeid el Kenani.
Abderrahman ben Abdallah el Gafeki: 2.ª vez.
Abdelmelek ben Kotan el Fehri: 1.ª vez.
Ocbah ben Alhegag el Seheli.
Abdelmelek ben Kotan: 2.ª vez.
Baleg ben Bassir el Caisi.
Thaalaba ben Salema el Ameli.
Abulkatar Hussam ben Dhirar el Kelebi.
Thucba ben Salema el Hezami.
Yussuf ben Abderrahman el Fehri.

CALIFAS OMMIADAS DE DAMASCO.

Moavia ben Abi Sofian.
Yezid ben Mohavia.
Moavia ben Yezid.
Meruan ben Hokem.
Abdelmelek ben Meruan.

DOMINARON EN ESPAÑA.

Walid ben Abdelmelek.
Suleiman ben Akdelmelek.
Omar ben Abdelaziz.
Yezid ben Abdelmelek.
Hixem ben Abdelmelek.
Walid ben Yezid.
Yezid ben Walid.
Ibrahim ben Walid.
Meran ben Mohammed.

II.

IMPERIO MAHOMETANO.

CALIFAS DE CORDOBA.

Año en que empezaron.	Nombres.	Año en que concluyeron.
755	Abderrahman I. ben Moawiah.	788
788	Hixem I	799
796	Alhakem I..	822
822	Abderrahman II	852
852	Mohammed I..	886
886	Almondhir	888
888	Abdallah..	912
912	Abderrahman III	961
961	Alhakem II..	976
976	Hixem II	1016
1016	Ali ben Hamud el Edrisita	1017
1017	Alkasim	1025
	Abderrahman IV	1023
	Abderrahman V.	1023
	Mohammed III	1025
	Yahia ben Ali..	1026
	Hixem III..	1031

MONARQUIA CRISTIANA.

REYES DE ASTURIAS.

718	Pelayo	737
737	Favila , su hijo..	739
739	Alfonso I..	756
756	Fruela I., hijo.	768
768	Aurelio	774
774	Silo.	883
783	Mauregato	789
789	Bermudo..	791
791	Alfonso II.	842
842	Ramiro I..	850
850	Ordoño I., hijo..	866
866	Alfonso III	909

DE LEON.

909	García	914
914	Ordoño II	924
924	Fruela II	925
925	Alfonso IV	930
930	Ramiro II	950
950	Ordoño III	955
955	Sancho I	967
967	Ramiro III	982
982	Bermudo II	999
999	Alfonso V	1027
1027	Bermudo III	1037
1037	Doña Sancha y Don Fernando I.	

REYES DE CASTILLA Y DE LEON.

	Fernando I	1065
1065	Sancho II	1072
1073	Alfonso VI	1109
1109	Doña Urraca	1126
1126	Alfonso VII.	

CONDES DE CASTILLA

	Fernan Gonzalez	970
970	García Fernandez	995
995	Sancho Garcés	1021
1021	García II	1029

CONDES FRANCOS DE BARCELONA.

822	Bera.	
	Bernhard 1.ª vez.	
	Berenguer.	
	Bernhard 2.ª vez.	
	Udalrico.	
	Wifredo el de Arria	
	Salomon	874

CONDES INDEPENDIENTES.

874	Wifredo el Velloso.	898
898	Wifredo II. ó Borrell I.	912
912	Suniaro ó Sunyer.	953
953	Borrell II.	992
	Miron.	996
992	Ramon Borrel III	1018
1018	Berenguer Ramon I	1035
1035	Ramon Berenguer I.	1070
1076	Ramon Berenguer II.	1082
	Berenguer Ramon II.	1096
1096	Ramon Berenguer III.	1131
1131	Ramon Berenguer IV.	

REYES DE NAVARRA.

	García Garcés.	
905	Sancho García Abarca.	925
925	García Sanchez el Temblon.	970
970	Sancho García II. ó Sancho el Mayor.	1035
1035	García Sanchez II.	1054
1054	Sancho III. Garcés.	1076
1076	Sancho IV. Ramirez. (Union con Aragon).	

DE ARAGON.

1035	Ramiro I.	1063
1063	Sancho Ramirez.	1094
1094	Pedro I.	1104
1104	Alfonso I. el Batallador	1134
1134	Ramiro II. el Monge.	1134
1137	Ramon Berenguer IV., príncipe de Aragon y conde de Barcelona	1137

NUEVA SEPARACION.

1134	García Ramirez	1150
1150	Sancho V. el Sábio.	1194
1194	Sanchó VI. el Fuerte.	

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

PARTE SEGUNDA.

EDAD MEDIA.

LIBRO I.

CAPÍTULO I.

CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ÁRABES.

De 711 á 713.

CAPÍTULO II.

GOBIERNO DE LOS PRIMEROS EMIRES.

De 713 á 732.

CAPÍTULO III.

PELAYO.—COVADONGA.—ALFONSO.

De 711 á 756.

PÁGINAS.

CAPITULO IV.

LOS OMMIADAS DE CORDOBA.

De 756 á 774.

CAPITULO V.

ASTURIAS.

DESDE FRUELA HASTA ALFONSO EL CASTO.

De 757 á 791.

CAPITULO VI.

RONCESVALLES.—FIN DE ABDERRAHMAN I.

De 774 á 788.

CAPÍTULO VII.

HIXEM Y ALHAKEM EN CÓRDOBA; ALFONSO EL CASTO EN ASTURIAS.

De 788 á 802.

CAPÍTULO VIII.

ALFONSO II. EN ASTURIAS: ALHAKEM I. EN CÓRDOBA.

De 802 á 842.

CAPÍTULO IX.

LA ESPAÑA CRISTIANA EN EL PRIMER SIGLO DE LA RECONQUISTA.

De 718 á 842.

PÁGINAS

CAPÍTULO X.

LA ESPAÑA MUSULMANA EN EL PRIMER SIGLO DE SU DOMINACION.

CAPÍTULO XI.

ABDERRAHMAN II. Y MOHAMMED I. EN CÓRDOBA: RAMIRO I. Y ORDOÑO I. EN OVIEDO.

De 822 á 886.

CAPÍTULO XII.

ALMONDHIR Y ABDALLAH EN CÓRDOBA: ALFONSO III. EN ASTURIAS.

De 866 á 912.

PÁGINAS.

CAPÍTULO XIII.

FISONOMIA SOCIAL DE AMBOS PUEBLOS EN ESTE PERIODO.

(SIGLO IX.)

CAPÍTULO XIV.

ABDERRAHMAN III. EN CÓRDOBA:

DESDE GARCÍA HASTA ORDOÑO III. EN LEON.

De 912 á 950.

PÁGINAS.

CAPÍTULO XV.

ABDERRAHMAN III. EN CORDÓBA:

DESDE ORDOÑO III. HASTA SANCHO I. EN LEON.

De 950 á 961.

CAPÍTULO XVI.

ALHAKEM II. EN CORDOBA:

DESDE SANCHO I. HASTA RAMIRO III. EN LEON.

De 961 á 976.

CAPÍTULO XVII.

ESTADO MATERIAL Y MORAL

DE LA ESPAÑA ÁRABE Y CRISTIANA.

De 910 á 976.

CAPÍTULO XVIII.

ALMANZOR EN CORDOBA:

DE RAMIRO III. A ALFONSO V. EN LEON.

De 976 á 1002.

CAPÍTULO XIX.

CAIDA Y DISOLUCION DEL CALIFATO.

De 1002 á 1031.

PÁGINAS.

CAPÍTULO XX.

REINOS CRISTIANOS:

DESDE ALFONSO V. DE LEON HASTA FERNANDO I. DE CASTILLA.

De 1002 á 1037.

CAPÍTULO XXI.

FRACCIONAMIENTO DEL CALIFATO.

GUERRAS ENTRE LOS MUSULMANES.

De 1031 á 1080.

PÁGINAS.

CAPÍTULO XXII.

FERNANDO I. DE CASTILLA Y DE LEON.

De 1037 á 1065.

CAPÍTULO XXIII.

LOS HIJOS DE FERNANDO EL MAGNO,

SANCHO, ALFONSO Y GARCIA.

De 1065 á 1085.

PÁGINAS.

CAPÍTULO XXVI.

GOBIERNO, LEYES, COSTUMBRES DE LA ESPAÑA CRISTIANA EN ESTE PERIODO.

PARTE SEGUNDA.

EDAD MEDIA.

LIBRO II.

CAPÍTULO I.

ALFONSO VI.—LOS ALMORÁVIDES.

De 1086 á 1094.

CAPÍTULO II.

EL CID CAMPEADOR.

PAGINAS

CAPÍTULO III.

FIN DE ALFONSO VI. DE CASTILLA:

SANCHO RAMIREZ Y PEDRO I. EN ARAGON: BERENGUER RAMON II. Y RAMON BERENGUER III. EN CATALUÑA.

De 1094 á 1109

CAPÍTULO IV.

DOÑA URRACA EN CASTILLA:

DON ALFONSO I. EN ARAGON.

De 1109 á 1134.

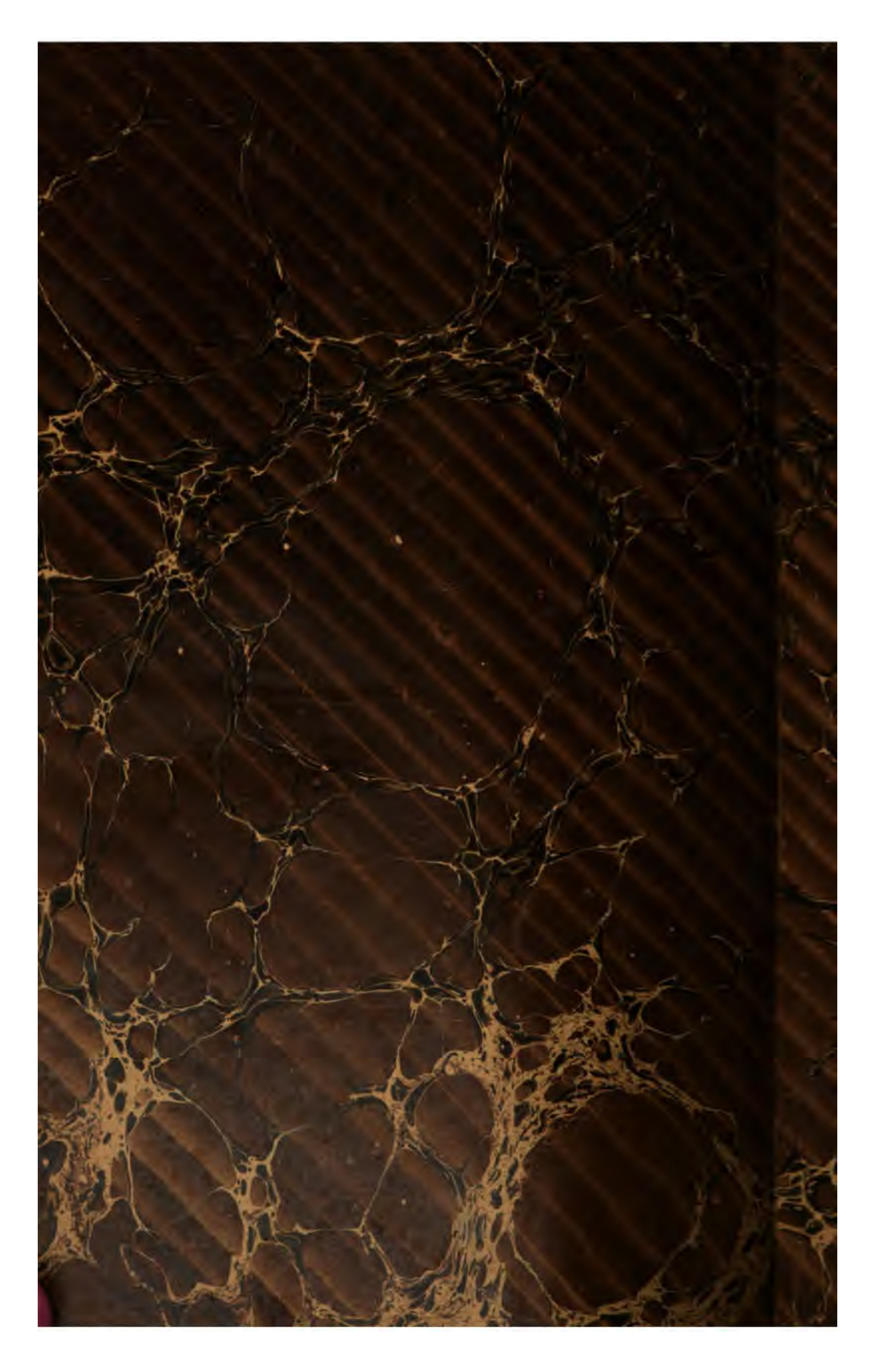
PAGINAS.

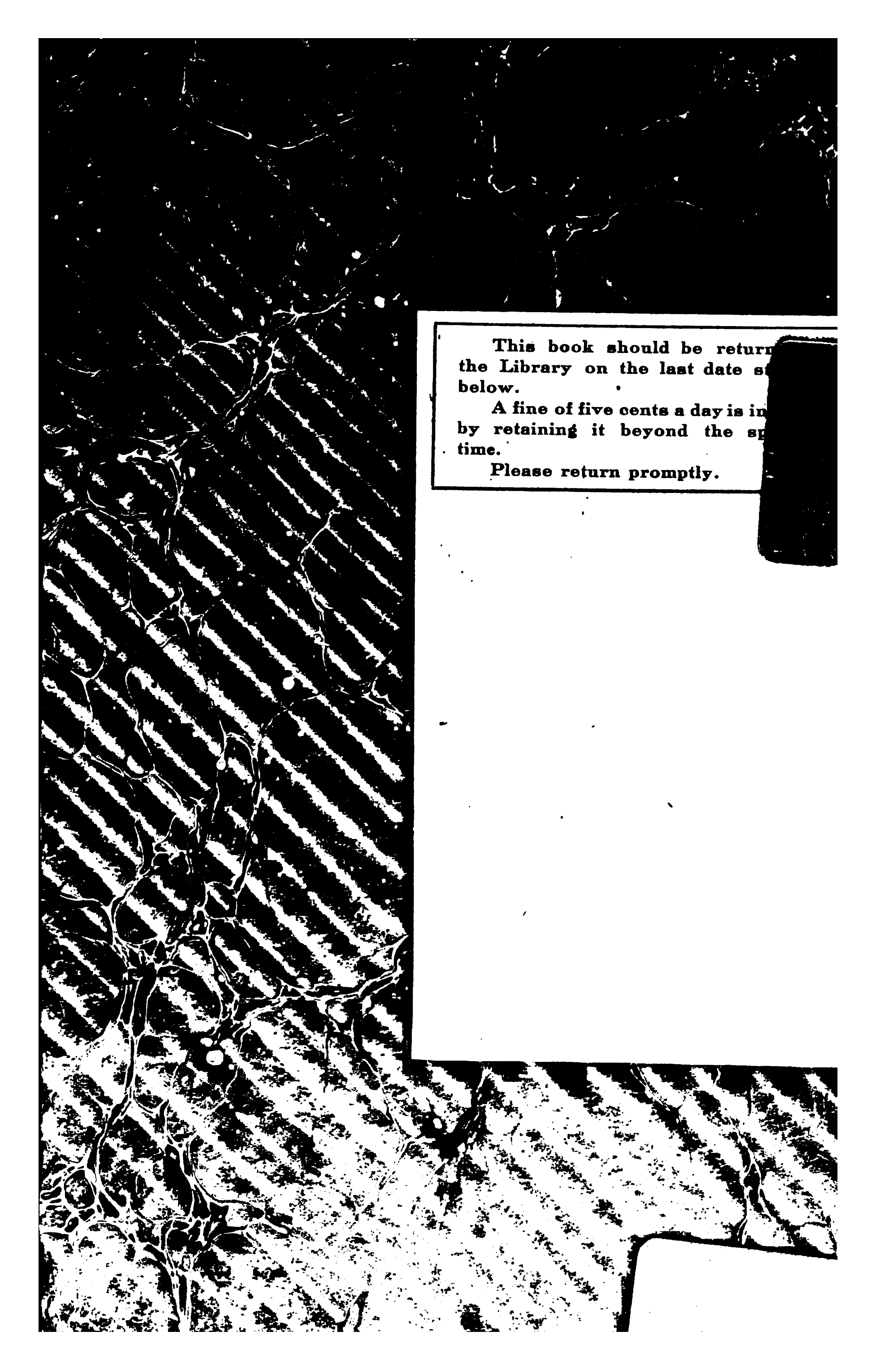
CAPÍTULO V.

ALFONSO EL EMPERADOR EN CASTILLA.

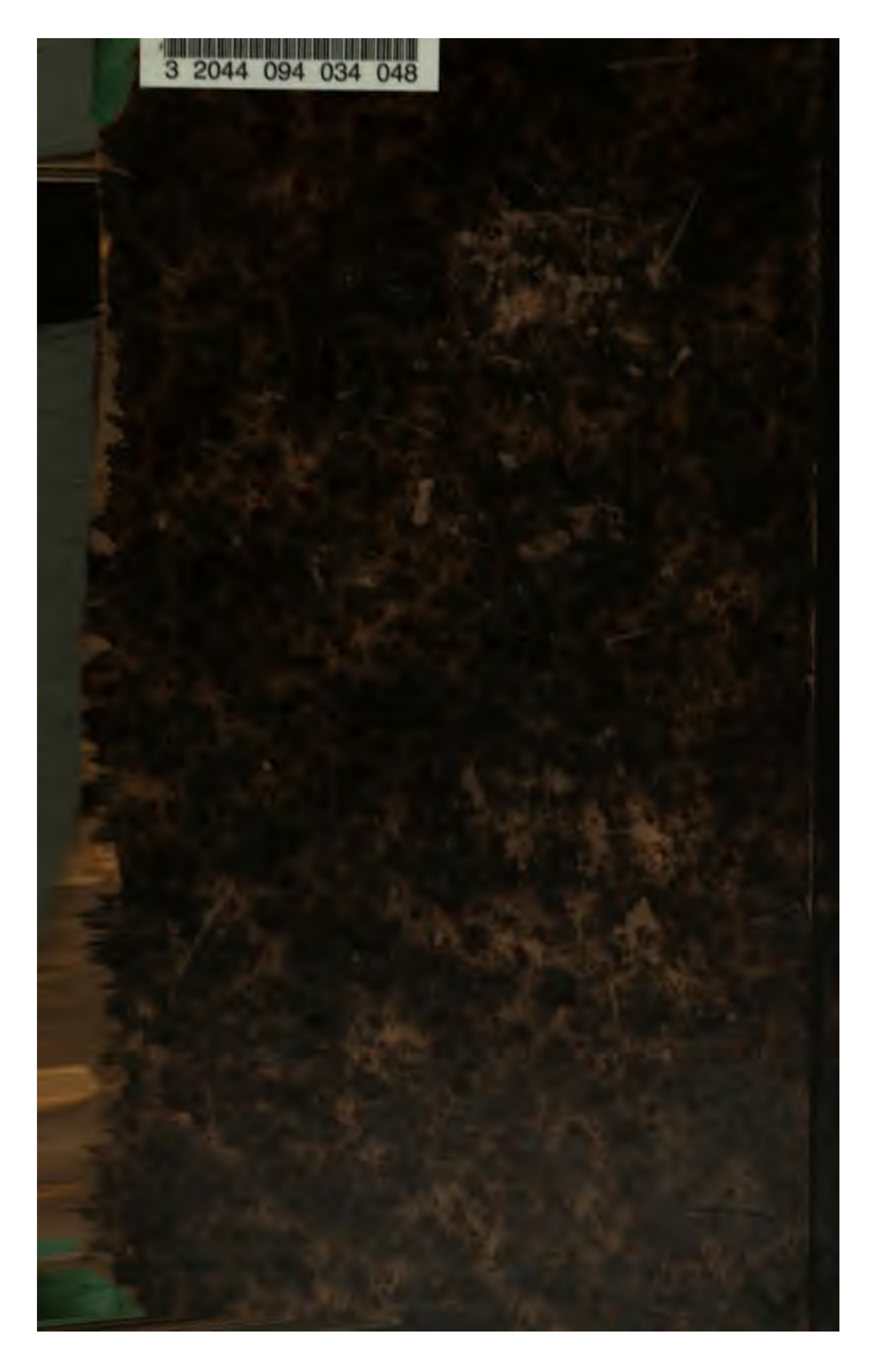
RAMIRO EL MONGE EN ARAGON: GARCIA RAMIREZ EN NAVARRA.

De 1126 á 1137





This book should be return
the Library on the last date s
below.
A fine of five cents a day is in
by retaining it beyond the sp
time.
Please return promptly.


3 2044 094 034 048

